


1840
SEMANARIO
Pintoresco Español.
Segunda Série. — TOMO II.



Semanario Pintoresco Español.

(Lectura de las Familias.)



SEGUNDA SERIE.

TOMO 2.°

Dió principio esta segunda série en 1.° de Enero de 1839, y en el que cumple hoy 31 de diciembre de 1840 (y forma el tomo 2.° de la segunda série) ha publicado los artículos siguientes, originales y trabajados expresamente, y lo mismo los dibujos y grabados que les acompañan.

[*Los articulos que llevan esta señal* tienen grabado.*]

ESPAÑA PINTORESCA.

* La catedral de Ciudad-Rodrigo, página 21. — * La catedral de Tenerife, 53.— * La catedral de Burgos, 65.— 74.— * Casa consistorial y palacio de Oñate, 81.— * El castillo de Segura, 89.— * Puerta nueva de Santa Engracia de Zaragoza, 96.— * El castillo del Carpio, 97.— * Cueva de Hércules y palacio encantado de Toledo, 100.— * Vista de Castellote, 120.— * El monumento de la catedral de Toledo, 121.— * El antiguo alcázar de Hijar, 137. —Circo máximo de Toledo, 144.— * El puente de Salamanca, 145.— * La plaza de Salamanca, 153.—166.— * El hospital de los locos en Toledo (vulgo el Nuncio), 156.— * El templo del Pilar en Zaragoza, 161.— * La universidad de Alcalá de Henares, 169.— * El monasterio de Yuste, 176.— * La lonja de Palma, 185.— * La torre de la Malmuerta, 197.— * Vista de Morella, 217.— * El acueducto de Segovia, 249. — * La catedral de Sevilla, 265. —273.— * El monasterio de Lupiana, 297.— * La plaza mayor de Córdoba, 305.— * La cartuja de Valldemusa, 319.— * El monasterio de San Salvador de Oña, 321.— * El castillo de Aguilar, 337.— * Vista de la villa de Almodóvar del Rio, 345.— El castillo de Bellver, 361.— * San Sebastian de Guipúzcoa, 393.

MADRID ARTISTICO.

* El oratorio del Caballero de Gracia, 12.— * El palacio de Liria, 109.— * Galería cubierta y mercado de San Felipe Neri, 124.— * El puente de Toledo, 208.— * Los jardines reservados del Retiro, 209.— * El real palacio, 241.

USOS Y TRAJES PROVINCIALES.

* Los gallegos de Finisterre, 49.— * Los catalanes, 224. — * Los aragoneses, 281.

COSTUMBRES NACIONALES.

* El cuento de vieja, 8.—13.—Los poetas y la melancolía, 54.— * Manuel el Rayo, 67.— * 77.— * 84.— * 93. — * 101.— * Máscaras sin careta, 80.— * La semana santa en Toledo, 110.—117.— * La feria de Almagro, 139.— * El sesto y sétimo, ó andaluces y manchegos, 181.— * La procesion del Corpus en Sevilla, 187.— * 193.— Las segundas nupcias, 203. — Mariano, 259.— * Una carga de caballería, 271.— Costumbres universitarias: la borla, 328. — * El tio lobero, 343. — * Las vaquillas de San Roque, 348.

HISTORIA DE ESPAÑA.

* D. Alvaro de Luna, 1.—La campana de Huesca, 59. — La batalla de los llanos de Baeza, 90.—99.—Entrada de Felipe II en Sevilla, 180.—Fiestas en Madrid en 1637, 195. — Noticia histórica de los adelantados, 318. — Garcilaso de la Vega (episodio del siglo XIV), 356.— * Pirámides druídicas en la isla de Mallorca, 410.

BIOGRFIA ESPAÑOLA.

* Santa Teresa de Jesus, 37.—El marqués de Villena, 43. — * D. Alonso Perez de Guzman el Bueno, 105.— * El P. Isla, 129.—138.— * D. Pedro Calderon de la Barca, 201.— * D. Gaspar Melchor de Jovellanos, 225.— * Raimundo Lulio, 285.— * Moratin, 289. — D. Antonio Gutierrez, 298.— * Cervantes, 329.—Juan de Juanes, 369.

RECUERDOS HISTORICOS.

La hermosa Fornarina, 19.—De la cautividad en Argel, 45.—La juventud de Napoleon, 287.—291. — * Abd-el-Kader, 354.— * Aníbal, 359.— * Carlota Corday, 363.

MORAL PUBLICA Y ESTABLECIMIENTOS UTILES.

Caja de ahorros de Madrid, 23.—El amor, 30.— * El instituto de la juventud española, 48.—Morir sin haber vivido, 52.—El fastidioso, 64.

COMERCIO Y NAVEGACION.

Noticias sobre la navegacion del rio Tajo, 69. — * Los barcos de vapor, 233.—La feria de Beaucaire, 240. — El canal de Castilla, 377.

CIENCIAS NATURALES Y ARTES INDUSTRIALES.

Meteorología, causas de los vientos, 5.— * El hombre fosil, 17.— * Ventajas que resultan del empleo y uso de las máquinas, 27.—De la aclimatacion de las plantas, 47. — * La fábrica de armas de Toledo, 61. — Minas de carbon de piedra, 86.—Las palmeras, 115. —Meteorologia: de las nubes, 125.— * Ciencia heráldica, 177.—Floricultura, 207.— * Cultivo de la vid, 230.—Insectos que destruyen las alfalfas y medio de extinguirlos, 324.— * Los llamas, 401.—La Neurose, 405.

CRITICA LITERARIA.

Coleccion de poesías en dialecto asturiano, 71.— Revista teatral, 126.—133.—De la novela moderna, 150.— * Noticias del teatro español anterior á Lope de Vega, 163. —172.—Victor-Hugo y su escuela, 189. — Consideraciones sobre el teatro y el influjo en él ejercido por el romanticismo, 198. — Revista dramática, 213.— Las poesías de D. José Espronceda, 221.—231.— * Poesías de D. Ramon Campoamor, 247.—Las novelitas francesas, 261. — * Recuerdos poéticos de la edad media, 263.—Lenguas orientales, 277.—Poesías de D. Miguel Agustin Príncipe, 309.— El movimiento de España, ó historia de las comunidades de Castilla, 335.—Historia de la civilizacion española desde la invasion de los árabes hasta la época presente, 355. — * Las obras de Quevedo, 374.—Literatura rabínica española, 379.—395.— * Gil Blas de Santillana, 399.

BELLAS ARTES.

* Rafael de Urbino, 9. — * El museo español de París, 41.—Sobre la demolicion de los monumentos artísticos, 230.—Esposicion de la academia de San Fernando, 339.— Música: método completo de piano, 347. — * Arquitectura: casa de los Fontes en Murcia, 409.

POESIA.

El rey en la procesion, 7.—15.—Meditacion, 40.— El suspiro del moro, 56.— * A un sepulcro, 79.—Quintillas inéditas de Baltasar de Alcazar, 80. — La cascada, 88. —Los deleites, 111. — El juicio final, 119. — Mi viaje al lugar, 135.—A unos ojos, 151.—El astro y la noche, 160. —Costumbres andaluzas, 167.—173.—El momento, 192. —La eternidad de Dios (soneto) 208.—A un amigo en la muerte de su esposa, 115.—* Al firmamento, 255.—* Moisés, 279.— * Los dos Jaimes, ó la justicia humana, 295.— * El Mesías, 312.—Laura, leyenda histórica, 335.—El valle de mi infancia, 352.—El último suspiro, 368.—Una noche de tempestad, 373.—El hijo de D. Farfan, 407.— El boticario de Zamora, 415.

GEOGRAFIA Y VIAJES.

* Costumbres turcas, 25.— * El palacio de Mafra en Portugal, 29.— * Venecia: el palacio del Dux, 33.— * La abadía de Westminster, 57. — * Los baños de Wisbaden, 73.—Sevilla en 1839, 83.—De Sevilla á Córdoba, 92.— Argel moderno, 107.— * Jerusalen en la época de las cruzadas, 113. — Cádiz (1839), 148. — * Vista interior de la bolsa de París, 256.— * La Habana, 257.—269.—Region calaica, 316.— * La torre de porcelana de Nanking, 353. — Egipto: la fuente de Moises, 362. — * La iglesia del Santo Sepulcro, 371.—Neron rey de las islas de Masacra, 373. —389.— * La hoz de Bárcena, 383.—Italia: Milan, 385. — * Viena, 390.

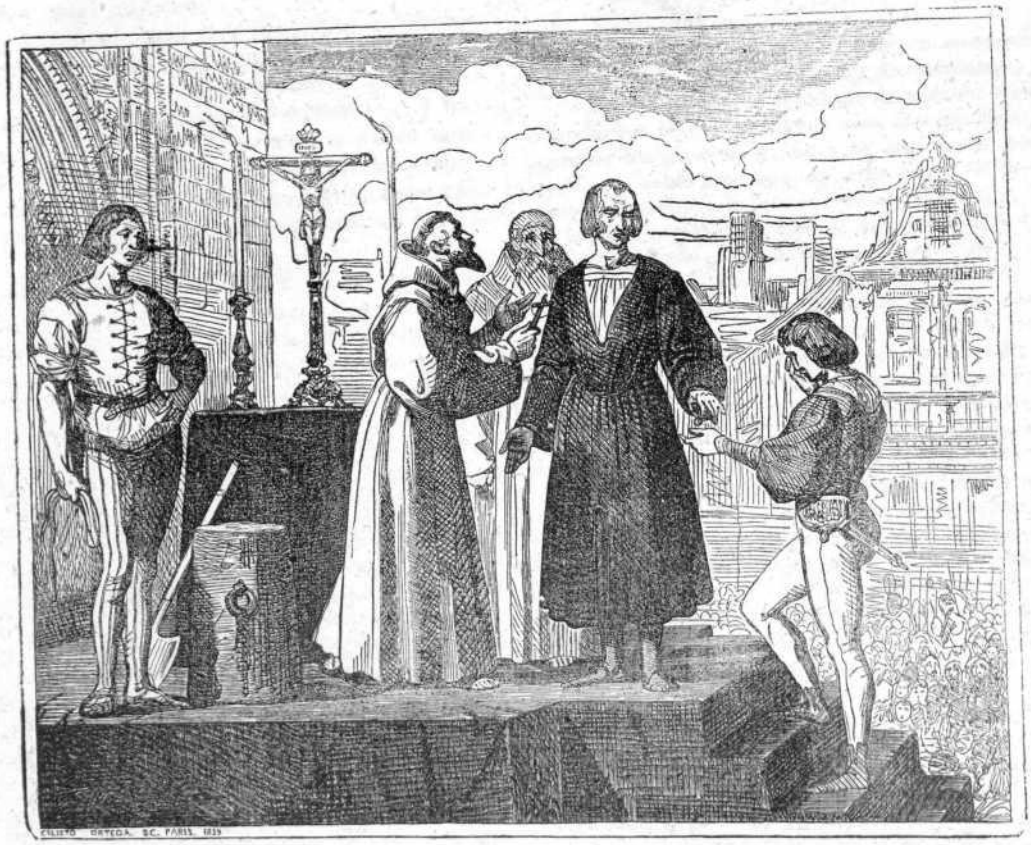
VARIEDADES.

El fin del año, 4. — Leonora, valada alemana, 31.— Episodio de la guerra de la independencia, 35.— * La torre de Ben-Abil, 122.—131.— * 142.—147. —158. — Las castañuelas en París, 220. — * El lago de Carucedo, 228, —235. — * 242. — 250. — Los nidos del tonquin, 279. — El nacimiento de Lope de Vega, 304.—El califa y el astrólogo, 306.— * El marqués de Javalquinto, 313. — El comandante manco y el soldado, 333.—341.—Antonio el siciliano, 381.—388.—El caballero doble, 397.—404. El caballero negro, 412.

Semanario Pintoresco Español.

SEGUNDA SERIE.

TOMO II.



(Ultimos momentos del condestable Don Alvaro de Luna.)

A NUESTROS LECTORES.

Al dar principio al quinto año del Semanario, quisiéramos poder ofrecer á nuestros constantes suscritores todos aquellos adelantos que entraron en nuestro cálculo al intentar aclimatar entre nosótros por primera vez una publicacion modesta, popular, útil é inofensiva como la que dirigimos.

De nuestra parte estaba escitar el celo de plumas distinguidas para que se prestasen á cooperar con sus trabajos propios á una obra que nos propusimos siempre revestir de un carácter de nacionalidad, y cuyas páginas habian de llenar preferentemente los monumentos artísticos, los hombres ilustres, los usos y costumbres, las producciones científicas y literarias de nuestra España, tan descuidada generalmente por nuestras mismas plumas y pinceles.

Llevados de igual sentimiento de patriotismo aspiramos tambien á crear entre nosotros los medios artísticos de egecucion, emancipándonos de la dependencia de los artistas extranjeros, y haciendo cultivar á los nuestros el grabado en madera, único que puede surtir convenientemente á este género de publicaciones, que por su forma y por su pre-



cio son las mas necesarias para popularizar los conocimientos útiles y amenos.

Creemos habernos acercado á nuestros deseos en ambos estremos, y el público lector al recorrer las páginas del tomo que concluyó con el año de 1839, y verlas suscritas por firmas bien conocidas y apreciadas en la república literaria, no dudamos que sabrá estimar el celo con que hemos empleado en su obsequio nuestras escitaciones, nuestros medios, y hasta nuestras relaciones personales.

Igualmente tenemos la satisfaccion de haber abierto una nueva palestra en que lucir su talento á varios jóvenes artistas dibujantes y grabadores, los cuales por sus esfuerzos propios, sin maestro especiales, y destituidos de otros mil medios par aprender y perfeccionarse, han llegado en nuestr entender á acercarse mucho á los extranjeros, de cual ofrecen buen testimonio los grabados de *Exposicion de la academia* trabajados por *D. Castilla*, y los que acompañan á la entrega de hoy y son; la *Portada* del tomo anterior, por *D. V. Ca telló; El cuento de Vieja*, por D. *F. Batanero*; por último el bellísimo de los *Ultimos momentos D. Alvaro de Luna*, por *D. C. Ortega*, jóven tista que impulsado de su entusiasmo y vencien mil obstáculos, pasó hace algunos meses á la ca

tal de Francia á perfeccionarse en el grabado, y nos remite en prueba de sus rápidos adelantos el bellísimo con que hoy damos principio al SEMANARIO. Nuestro célebre compatriota *D. Federico de Madrazo*, autor de este precioso dibujo; el original *Alenza* que ha hecho el de la vieja, y el jóven D. Antonio *Bravo*, el de la portada, han contribuido no poco con su esmerado trabajo á hacer resaltar el de los grabadores ya citados.

Hay sin embargo en este género de publicaciones muchos elementos que combinar para su debida perfeccion, y desgraciadamente no todos están en nuestro pais á igual altura, ni en manos de los directores de una empresa semejante el hacerlos marchar con igual impulso.

No basta escoger buenos y conocidos colaboradores, y preparar concienzudamente los trabajos literarios y científicos, no basta procurar igualmente á toda costa dibujos originales é ineditos, y hacerlos grabar con esmero; es preciso tambien contar con la parte material del papel y de la prensa, que por la índole particular de esta publicacion exige otros medios que los que se emplean en las comunes.

Por una fatalidad inconcebible, y en medio de los notables adelantos que se hacen diariamente en nuestro pais, la fabricacion del papel de impresion está todavia tan atrasada, que no dudamos asegurar que acaso es el objeto que sufre menos comparacion con el extranjero. Tal vez se esplique este atraso por la proteccion que el arancel dispensa á nuestras fábricas, manteniendo la prohibicion (ó su equivalente por el recargo de un derecho enorme) á la entrada del papel extranjero, y dando lugar no solo á que nuestra fabricacion no adelante por falta de rivalidad, sino á que el papel tenga un coste por lo menos doble que el corriente en Francia é Inglaterra. Hemos aprovechado sin embargo la ocasiòn de una nueva fábrica establecidà el año último con grandes desembolsos en las inmediaciones de esta Corte, y creemos que en adelante podrá perfeccionarse este artículo por medio de las costosas máquinas que su dueño ha introducido en ella.

La dificultad y falta de práctica en nuestras imprentas de esta parte delicada del mecanismo del arte que consiste en usar de las prensas y máquinas tipográficas para imprimir con el molde los grabados con toda la delicadeza que exigen, da tambien lugar á que estos pierdan muchas veces su efecto principal; á pesar de ello, creemos haber adelantado en la impresion del *Semanario* regularmente en este punto en el año último, y es de esperar que en el entrante quedarán completamente servidos nuestros lectores.

Recapitulando lo arriba expresado reconocemos que todavia nos falta algun camino hasta llegar al punto que nos hace desear nuestro deseo; pero estamos persuadidos de que siguiendo en él con la misma constancia que hasta aquí, y no perdonando medio de mejora por difícil ó costoso, podremos al fin obtener todo el aprecio de nuestros lectores imparciales, y felicitarnos por haber realizado el pensamiento de esta publicacion popular.

CRÓNICA NACIONAL (1).

Ultimos momentos del condestable D. Alvaro de Luna.

.....« Otro dia muy en amaneciendo oyó «misa muy devotamente, y recibió «el cuerpo de nuestro Señor, y de«mandó que le diesen alguna cosa con que bebiese, y tra«geronle un plato de guindas de las cuales comió muy «pocas, y bebió una taza de vino puro. Y despues que «esto fué hecho cabalgó en una mula y Diego Destuñiga «y muchos caballeros que le acompañaban, é iban los «pregoneros pregonando en altas voces: *Esta es la jus«ticia que manda hacer el rey nuestro señor á este cruel «tirano y usurpador de la corona real en pena de sus «maldades mandándole degollar por ello.* Y asi lo lleva«ron por la calle de Francos y por la costanilla hasta que «llegaron á la plaza donde estaba hecho un cadalso alto «de madera, y todavía los frailes iban juntos con él es«forzándole que muriese con Dios: y desque llegó al ca«dalso hiciéronle descabalgar, y desque subió encima vi«do un tapete tendido y una cruz delante y ciertas an«torchas encendidas, y un garavato de hierro hincado «en un madero, y luego hincó las rodillas y adoró la «cruz, y despues levantóse en pie y paseóse dos veces «por el cadalso: *y allí el maestre dió á un page suyo «llamado Morales á quien habia dado la mula al tiempo «que descabalgó, una sortija de sellar que en la mano «llevaba y un sombrero y le dijo: Toma el postrimero «bien que de mí puedes recebir, el cual lo recibió con «mucho llanto.* Y en la plaza y en las ventanas habia «infinitas gentes que habian venido de todos los lugares «de aquella comarca á ver aquel acto, los cuales desque «vieron al maestre asi andar paseando comenzaron de ha«cer muy gran llanto; y todavía los frailes estaban jun«tos con él diciéndole que no se acordase de su gran es«tado y señorío y muriese como buen cristiano: él les «respondió que así lo hacía y que fuesen ciertos que en la «fé parecía á los santos mártires. Y hablando en estas «cosas alzó los ojos y vido á Barrasa, caballerizo del prín«cipe y llamóle y díjole: *Ven acá Barrasa, tu estas «aquí mirando la muerte que me dan, yo te ruego que «digas al príncipe mi señor que dé mejor galardon á «sus criados que el rey mi señor mandó dar á mí.* E ya «el verdugo sacaba un cordel para le atar las manos, el «maestre le preguntó *¿que quieres hacer?* el verdugo le «dijo: *quiero señor ataros las manos con este cordel*; el «maestre le dijo, *no hagas asi*, y diciéndole esto quitóse «una cintilla de los pechos y diósela y díjole: *atame con «esta é yo te ruego que mires si traes buen puñal afila-*

(1) Puede verse el artículo biográfico de *D. Alvaro de Luna* escrito por D. Antonio Gil y Zarate, en el número 123 del Semanario.

«*do por que prestamente me despaches.* Otrosi le dijo; «*dime; aquel garavato que está en aquel madero ¿para «qué está allí puesto?* el verdugo le dijo que era para que «despues que fuese degollado pusiesen allí su cabeza; el «maestre dijo: *Despues que yo fuere degollado hagan del «cuerpo y de la cabeza lo que querrán.* Y esto hecho co- «menzó á desabrocharse el collar del jubon y aderezarse «la ropa que traia vestida que era larga de chamelote «azul forrada en raposos ferreros, y como el maestre «fué tendido en el estrado luego llegó á él el verdugo y «demandóle perdon y dióle paz y pasó el puñal por su «garganta y cortóle la cabeza y púsola en el garavato, y «estuvo la cabeza allí nueve dias y el cuerpo tres dias: y «puso un bacin de plata á la cabecera donde el maestre «estaba degollado para que allí echasen el dinero los que «quisiesen dar limosna para con que le enterrasen, y en «aquel bacin fué echado asaz dinero, y pasados los tres «dias vinieron todos los frailes de la misericordia y to- «maron su cuerpo en unas andas y llevároule á enterrar «en una ermita que dicen S. Andrés donde se suelen en- «terrar todos los malhechores, y dende á pocos dias fué «sacado de allí y llevado á enterrar al monasterio de San «Francisco que es dentro en la villa. Y pasado asaz tiem- «po fué traido el cuerpo con su cabeza á una muy sun- «tuosa capilla que él había mandado hacer en la iglesia «mayor de la ciudad de Toledo: y asi huvo fin toda la «gloria del maestre y condestable D. Alvaro de Luna.»

Por complemento de la esplicacion del grabado que vá al frente de este número, hemos obtenido de la amistad de uno de nuestros mas distinguidos literatos, autor de un bellísimo drama titulado D. Alvaro de Luna, *que muy en breve tendrá el público ocasion de admirar en el teatro, que nos permitiese insertar aquí unas preciosas décimas que el autor pone en boca de aquel desgraciado magnate en sus últimos momentos.*

DON ALVARO

mirando un reloj de arena.

Arena, que sin sentir
tan callada vas pasando,
contigo veloz llevando
mi fugitivo existir;
lo que resta á mi vivir
mido ya en tí con certeza;
pues con bárbara fiereza,
á impulsos del hado insano,
al caer tu último grano
caerá tambien mi cabeza.

Caerá cuando alzaba al cielo
mas orgullosa mi frente,
cuando con planta insolente
pisaba al vencido suelo.
A tanto remonté el vuelo
en alas de la ambicion,
que en tan alta elevacion
cercano el sol me abrasára:
¡Que la suerte me faltára
sobrándome corazon!

¡Morir¡ ¿Qué importa la muerte
cuando con gloria se alcanza,
si viene en pos de una lanza
vibrada por mano fuerte?
Morir debí de esa suerte,
que fuera honroso morir;
mas ¡esta infamia sufrir,
yo que de grande blasono!
¡debiendo subir á un trono,
á un vil cadalso subir!

Y qué, ¿el lustre de mi fama
el cadalso empañará?
No, que antes él brillará
con la luz que ella derrama.
Mas ennoblece que infama
al que es de virtud ejemplo;
y si hora en él me contemplo,
tal vez la posteridad,
obrando con equidad,
hará que se cambie en templo.

Porque en mis hombros robustos
treinta años sostuve el trono,
guardándolo en su abandono
de contrarios mil injustos.
Débil, sin gloria, entre sustos,
yo le dí fuerza y quietud;
y un dia con rectitud
la historia á los dos juzgando,
mi lealtad ensalzando,
culpará su ingratitud.

Mas lejos ya tal locura;
grande fuí, pequeño soy,
y solo pensemos hoy
en otra mayor ventura:
Sí, que en la celeste altura,
si alcanzarla merecí,
grande seré como aquí;
y esta grandeza falaz,
si en el mundo es tan fugaz,
pura, eterna será allí.

EL FIN DEL AÑO.

El 31 de diciembre del año último entre once y doce de la noche el jóven Cárlos de... tomó una llavecita que tenia pendiente de la cadena de su reloj, y con ella abrió una cajita de caoba de la cual sacó un libro infolio forrado en tafilete negro.

Por poco inclinada á la melancolía que se halle nuestra alma, por poco aficionado que sea nuestro espíritu á las ideas filosóficas, difícil es ver concluir un año sin entregarse á sólidas reflexiones. Si es un año de nuestra juventud, es una perla que se desprende de ese collar de ilusiones que ensarta nuestra imaginacion. Si un año de nuestra edad madura, un nuevo fruto del árbol de nuestra vida: ó si un año de nuestra vejez, un escalon que descendemos hácia la tumba....

Cárlos de... es un jóven como hay muchos, mas de

los que se cree, en el mundo en que vivimos. Bajo de una apariencia frívola y ligera, oculta un carácter recto y una razon inalterable, y nunca deja pasar una cosa sería sin examinarla, ni da un paso sin saber bien donde sienta el pie.

Los comerciantes tienen un gran libro en que escriben los guarismos de sus negocios, un registro oficial en el cual se desarrolla su fortuna mercantil sobre una doble columna de pérdidas y utilidades. El libro de Cárlos era muy semejante en la forma, solo que en lugar de su fortuna era su vida la que se hallaba anotada en partida doble sobre aquel registro, en el cual todas las noches escribia el bien ó el mal que habia hecho, lo que habia ganado ó perdido, la felicidad y la desgracia de aquel dia. La mayor parte del tiempo se reducia á una nota igual; porque en la vida ordinaria son raros los sucesos, y la existencia de Cárlos al abrigo de una modesta fortuna se pasaba en una tranquila independencia.

El último dia y la última hora del mes de diciembre estaban próximos á espirar, y Cárlos hizo su balance; sumando, pues, su diario queria saber lo que el año le habia producido, ó lo que le habia costado para el presente y para el porvenir. Trataba únicamente de adiccionar los dias felices y los dias fatales, marcados cada uno con una señal particular; y nada mas fácil despues que hacer el balance de los sucesos buenos y malos.

Antes de entrar nuestro jóven en los pormenores de esta recapitulacion hojeó su libro desde la primera hasta la última página, y vió con sorpresa que de los 365 dias de que se compone el año, solo 16 estaban anotados con la señal de un suceso cualquiera. Los demas no habian dejado ningun recuerdo, y su historia se limitaba á estas palabras.

—«Me levanté; me desayuné; me paseé; comí; cené; y me fuí á acostar.—»

Los teatros, los saraos, las visitas eran unas variaciones demasiado leves. Y esta monotonia no hay que atribuirla á la vida ociosa que llevaba Cárlos. Las personas ocupadas pasan una vida por lo menos tan uniforme como la suya. De nueve á tres en el bufete si son empleados particulares; en el despacho si son funcionarios públicos, en el tribunal si son curiales ó magistrados; en la caja ó en la bolsa si son comerciantes, tal es el empleo regular del tiempo; todos los dias se repiten las mismas ocupaciones, y el mismo guarismo cero se repite en el libro de su vida.

«Asi es, decia entre sí tristemente que no he vivido mas que 16 dias en este año; lo restante del tiempo he vejetado. Si saco la cuenta por horas encuentro, que he empleado tres mil, esto es, la tercera parte del año en dormir; seiscientas en vestirme; ochocientas en comer; el fastidio ha tenido una parte no pequeña, y la casualidad no ha querido favorecer los momentos que me restaban disponibles. ¿Deberé quejarme, ó me daré por contento?»

Era preciso separar de la balanza cincuenta semanas sin pérdidas ni utilidades, sin accidentes de ninguna especie. De los 16 dias que se habian preservado de esa monotonia ocho llevaban la señal de la felicidad y otros ocho la de la desgracia. Pero acaso la igualdad de esta particion deberia desaparecer por la importancia mas ó menos grande de los sucesos.

Dos veces en el año se habia visto en peligro de morir.—En el servicio público habia adquirido un ataque pulmonar yendo de patrulla en una cruda noche de enero, porque asi lo exigia la salud del estado.—Su caballo se le habia desbocado en otra ocasion, y lo habia arrojado en una zanja profunda. Tambien es cierto que en dos ocasiones se habia visto en ocasion de hacer fortuna. Le habian propuesto que tomase parte en una especulacion cuyo éxito escedió á todas las esperanzas, y en la que hubiera ganado diez mil duros si hubiera aceptado.—Una de sus tias le propuso casarse con una hermosa jóven; habia vacilado algun tiempo, y por fin se decidió por la negativa. Tres meses despues la misma jóven habia adquirido una herencia inesperada que ascendia á algunos millones, pero entonces era indispensable renunciar á tan ventajoso partido, porque los millones aspiraban nada menos que á una corona ducal.

Un amigo á quien Federico sirvió de testigo en un desafío, quedó muerto en el campo.—Una mujer á quien amaba, le habia hecho traicion.—Le habian robado una preciosa repeticion mientras admiraba un magnífico cuadro en la esposicion de artes.—Una comedia que habia tenido la debilidad de componer sin necesidad se la habian silbado; tales habian sido sus desgracias durante el año.

Sin embargo, el año habia tenido muy buenos principios. El dia 2 de febrero habia recibido una carta en que le anunciaban la muerte de un pariente remoto suyo, y con ella la herencia de 12000 pesos que en la particion le habian cabido.—Poco despues habia adquirido por dos duros un cuadro de un célebre pintor que valia mas de 500.—Las demas aventuras del año consistian en seis conquistas femeniles de mas ó menos precio.

Hecha pues la cuenta se encontró que el balance del año producia una suma igual de utilidades y de pérdidas. La dicha y la desgracia en lo pasado eran iguales, y nada habia ganado ni comprometido para el porvenir.

La balanza estaba igual en ambos lados, pero era preciso quitar del platillo del año finado un año menos de existencia y en el platillo del nuevo unas cuantas canas mas; este último hizo inclinar la balanza hácia aquel lado, y el dió á conocer *que el año que menos se pierde, se pierde un año.*

METEOROLOGIA.

Causas de los vientos.

Entre los fenómenos que diariamente se presentan á nuestros ojos, no son ciertamente los menos dignos de atencion los meteorológicos, y solo puede atribuirse á la costumbre de estarlos viendo continuamente, el que se miren, por decirlo asi, con indiferencia por la mayor parte de las gentes, atendiendo tan solo á los efectos materiales que causan ya en bien, ya en mal; pero sin procurar averiguar nunca la causa de estos imponentes fenómenos. Preciso es tambien confesar que la meteorologia, si bien ha hecho progresos considerables de algunos años á esta parte, no se halla todavia al nivel de otros ramos de las ciencias físicas, y es de creer que no llegará á igualarse á ellos hasta que se haya reunido un caudal considerable de observaciones, sobre las cuales pueda establecerse sólidamente la ciencia. Como quiera que sea, no cabiendo en el espacio de el *Semanario*, ni siendo conforme á su índole, el presentar un curso completo de este ó el otro ramo del saber humano, basta el estado en que la meteorologia se encuentra, para poder dar una idea ge-

neral á nuestros lectores de los fenómenos que mas les importa conocer.

Nos proponemos, pues, presentar en algunos artículos con toda la sencillez que nos sea posible, y huyendo cuanto podamos de términos científicos y de consideraciones elevadas, una esplicacion de los fenómenos de los vientos, las nubes, el rocío, la niebla, la lluvia, la nieve, la escarcha, el hielo, el arco iris, la aurora boreal, etc. etc., empezando hoy por dar á conocer las causas de los vientos.

Sabido es de todos que el globo de la tierra gira sobre su eje en el espacio de 24 horas, movimiento que produce los dias y las noches, y que por lo mismo ha recibido el nombre de *rotacion diurna*; y no lo es menos que este globo se halla rodeado por una cantidad de aire llamado atmosférico, que llega hasta cierta altura, que todavia no se ha podido determinar con exactitud, aunque se cree por cálculos muy fundados que podrá tener de elevacion por término medio de diez y seis á diez y siete mil pies.

Esta cubierta de aire que rodea nuestro globo, ó esta *atmósfera*, que es el nombre que se le dá, debe seguir, y sigue efectivamente el movimiento de rotacion de la tierra; pero como no está verdaderamente unida á la parte sólida, ni á la líquida que constituye los mares, y por otro lado es menor su peso específico, resulta que su movimiento no es tan rápido como el de la tierra, y por consiguiente parece que debe formarse una corriente de aire en sentido contrario al movimiento de rotacion del globo, esto es, de oriente á occidente.

Pero esta diferencia de velocidades no es igual en todos los puntos de la tierra, sino que es mucho mas sensible en el *ecuador* (que es el círculo que divide á la tierra en dos partes iguales perpendicularmente al *eje* sobre el que se mueve), y desde allí vá gradualmente disminuyendo hasta los *polos* ó extremos del mismo eje; asi es que desde dicho círculo hasta una distancia de seiscientas ó setecientas leguas á uno y otro lado, reinan constantemente unos vientos de levante, ó sea en direccion de oriente á occidente, conocidos con el nombre de vientos *alisios* ó *monzones*. Desde dicha distancia hasta los polos pierde su fuerza la causa principal que produce aquellos vientos, y por último se hacen insensibles.

Mas no es esta la única causa de los vientos, sino que hay otras muy poderosas. En el dia, que ha llegado á ser tan comun el lanzar á la atmósfera globos hechos de papel, por medio del enrarecimiento del aire, saben todos, aunque nunca hayan saludado la física, que el calor hace el aire mas ligero, y que siéndolo propende á subir sobre el mas pesado, el cual por una consecuencia necesaria, ha de bajar á ocupar el espacio que aquel deja. Ahora bien, el suelo ó el agua que se hallan en contacto con las capas inferiores del aire en las regiones ecuatoriales comunican su calor á dichas capas, principalmente por la noche, época en que la ausencia del sol hace que se enfrien las capas superiores; las moléculas de aire inferiores enrarecidas por el calor y hechas mas ligeras, suben hácia lo mas alto de la atmósfera, y el sitio que dejan le ocupan las moléculas que anteriormente se hallaban á su lado; este movimiento vá continuándose de unas en otras moléculas, y resulta que todas se mueven en la direccion de los polos hácia el ecuador, produciendo dos nuevas corrientes de aire que, sintiendo en parte los efectos de la primera causa de que hemos hablado, no pueden seguir exactameute la direccion que hemos dicho, sino que se desvian una y otra hácia el occidente. El aire que debajo del ecuador ha subido á la parte alta de la atmósfera vá acercándose al uno ó al otro polo en virtud de la perturbacion de equilibrio que ha sufrido la masa total, y enfriándose sucesivamente, hasta que al llegar á las regiones mas frias, viene á ser arrebatado por la corriente inferior, y aproximado de nuevo hácia el ecuador.

Tales son las dos causas universalmente reconocidas, que dan origen á los vientos generales, mas estos se encuentran modificados por una infinidad de circunstancias; la atraccion que el sol y la luna egercen sobre la atmósfera, y que varía tan notablemente cuando los dos astros la verifican en un mismo sentido ó en sentidos contrarios; la diferente posicion de la tierra con respecto al sol, segun las épocas del año, que hace que unos mismos puntos del globo reciban mucho mas calor en ciertas estaciones que en otras; las nubes que suspendidas en la atmósfera oponen un obstáculo mayor ó menor á la marcha del viento; el estado eléctrico de la misma atmósfera; las desigualdades de la superficie de la tierra que presentan á veces á los vientos generales un estorvo que no pueden vencer, y les obligan á tomar una direccion muy distinta de la que llevaban; en fin, las erupciones volcánicas, la combustion de los cuerpos, la respiracion y transpiracion de los animales y vegetales, etc. etc. contribuyen poderosamente á la alteracion de dichas corrientes, ya variando su direccion, ya aumentando su velocidad y fuerza, ya disminuyéndola ó acaso neutralizándola del todo. Cada una de estas causas, considerada por sí y aisladamente no producirá un grande efecto, mas cuando se reunen varias, ó pueden obrar en sentido opuesto unas de otras, y destruyéndose mútuamente no producir efecto alguno sobre el viento; ó pueden obrar todas en el mismo sentido, y en ese caso si este es inverso, al movimiento de la corriente paralizarla completamente, que es lo que sucede cuando no se percibe viento alguno, y se dice que se está en calma; ó si es favorable al movimiento pueden aumentar la fuerza de este, y llegar á formarse los vientos fuertes y los huracanes. El pretender tomar en consideracion el efecto de cada una de estas causas citadas, nos haria entrar en cálculos y combinaciones que no caben en los estrechos límites de un periódico; pero lo dicho basta para que nuestros lectores puedan formar una idea general del influjo que tienen en la formacion y modificacion de los vientos.

Concluiremos este artículo con una tabla de las velocidades del viento segun las diferentes circunstancias, y de los nombres que recibe segun la velocidad con que se mueve.

Velocidad del viento en una hora.

6.400 pies.	Viento apenas sensible
13.000	Viento sensible.
26.000	Viento moderado.
70.000	Viento algo fuerte.
128.000	Viento fuerte.
260.000	Viento muy fuerte.
290.000	Tempestad.
319.000	Gran tempestad.
375.000	Huracan.
582.000	Huracan capaz de arrancar los árboles y derribar las casas.

Nos parece inútil hablar de los efectos naturales de los vientos, pues todo el mundo conoce su saludable influencia cuando son moderados, y sus consecuencias terribles cuando llegan á los cuatro últimos grados de la tabla anterior.

P. B.

EL REY EN LA PROCESION.

I.

Cuando su luz y su sombra
mezclan la noche y la tarde,
y los objetos se sumen
en la sombra impenetrable,
en un postigo escusado
que á una callejuela sale
de una casa, cuya puerta
principal dá á la otra calle,
dos hombres que se despiden
se ven, aunque no se sabe
ni cual de los dos se queda,
ni cual de los dos se parte.
Ambos mirándose atentos,
ambos un pie hácia adelante
parados en el dintel
están, y entrambos iguales.
Por fin el mas viejo de ellos,
hundiendo el mústio semblante
entre el sombrero y la capa
en ademan de marcharse,
torció la cabeza á un lado
pronunciando un *nó* tan grave,
que bien se vió que era el fin
de las pláticas de enantes.
Sin duda el otro entendido
no encontró que replicarle,
pues bajando la cabeza
callóse por un instante.
—«Buenas noches» dijo el viejo;
tartamudeó un —«Dios le guarde»
el otro. mas decidiéndose
hizo hácia el viejo un avance:
—Mírelo bien, y cuidado
no se arrepienta, compadre.
—Nunca echó mas que una cuenta.
—Piénselo bien, y no pase
sin contar lo que vá de él
á don Juan de Colmenares.
—Señor, replicó el anciano,
en tiempos tan deplorables
ya sé que lo pueden todo
los ricos y los audaces.
—Pues mire lo que le importa,
que rico y audaz señales
son con que marea la fama
á los que en mi casa nacen.
Callaron por un momento,
y continuando mirándose,
dijo el viejo tristemente,
aunque en tono irrevocable:
—Nunca lo esperé de vós,
mas tampoco vos ni nadie
puede esperar mas de mí.
—Pues entonces adelante,
idos buen viejo con Dios,
que estoy deprisa y es tarde.
Cerró la puerta de golpe
á escuchar sin esperarle
una respuesta que el viejo
tuvo tentacion de darle,
y acaso por su fortuna
quedó á tal punto en la calle,
para dársela á la puerta
donde la deshizo el aire.
Volvió el anciano la espalda,
y en dos golpes desiguales
sus pasos descompasados
pueden de lejos contarse;
porque sus pies impedidos
deben à su edad y achaques
una muleta que marcha
un pié que los suyos antes.
La esquina á espacio traspuso,
y á poco otro hombre mas ágil,
saliendo por el postigo
siguió en silencio su alcance;
túvole al volver la esquina,
tendió los ojos sagaces,
y enderezó los oidos
atento por todas partes;
mas no oyendo ni escuchando
de que poder recelarse,
tomando el rastro del viejo,
echó por la misma calle.

II.

En un aposento ambiguo
medio portal, medio tienda,
que hace asimismo las veces
de cocina y de despensa,
pues dá su entrada á la calle,
y en confuso ajuar ostenta
camas, hormas y un caldero
colgado en la chimenea,
hoy seis personas distintas
que hacen al pie de la letra
(salvo el padre que está ausente)
una raza verdadera.
Un mozo de veinte abriles,
una muchacha risueña
de diez y seis, tres muchachos,
y una anciana de sesenta.
Y aunque á las veces nos turban
engañosas apariencias,
zapateros son de oficio
si á espacio se considera;
que está la estancia aromada
con vapores de pez negra,
que ribetea la moza,
y que el mozo maja suela.
—Mucho tarda, dijo el último,
padre esta noche, Teresa.
—Ya ha tiempo que ha anochecido.
—Muchacho, atiza esa vela,
y deja quieto ese bote.
Y esto diciendo en voz recia
el mozo, siguió en silencio
cada cual en su tarea,
el chico sitiando al bote,
ribeteando la doncella,
majando el mozo á compás,
y dormitando la vieja.
Con monotonos murmullos
arrullaban esta escena
el son de la escasa lluvia
de un aguacero que empieza,
el no interrumpido son
con que hierve la caldera,
y el tumultuoso chasquido
con que la luz chisporrea.
—¿Las nueve son? dijo el mozo.
—Oh, las ánimas suenan
con sus campanas, repuso
santiguándose Teresa:—
—¡Las ánimas, y aun no viene!
y echando atrás la silleta,
se puso el mancebo en pié,
y encaminóse á la puerta.
Al ruido que hizo en el cuarto
despertándose la vieja
dijo: ¿rezais á las ánimas?
—Si señora, estése queda.
—Asió al mancebo la aldaba,
mas la habia alzado apenas
cuando un espantoso golpe

venció la puerta por fuera.
Muerto soy dijo una voz;
cayó un embozado en tierra,
y vióse un hombre que huia
al fin de la callejuela.
En derredor del caido
se agolparon, que aun conserva
algun resto de la vida
que le arrancan á la fuerza;
mas no bien le desenvuelven
por ver piadosos si alienta,
un grito descompasado
lanzó....la familia entera.
Blasfemó el mozo con ira,
desmayóse la doncella,
y la anciana y los muchachos
en llanto á la par revientan.
—«Padre ¿quién fué?» —preguntaba
sosteniendo la cabeza
del anciano moribundo
el hijo que llora y tiembla.—
Echóle triste mirada
su padre, como quien lega
su razon y su justicia
en quien se fija con ella.
—*Juan*....

—¿Qué Juan?
—*de Colmenares*,
balbuceó con torpe lengua,
y sobre el brazo del hijo
dobló la faz macilenta.

Reinó un silencio solemne
por un instante en la escena,
y á reunirse empezaron
vecinos de ambas aceras;
llegó la justicia al punto,
y mientras *justicia* ella,
partió por la turba el mozo
en faz de intencion siniestra—
—¿Dónde vá? dijo un corchete.
—Siendo yo su sangre mesma
¿á donde sino al culpable?
—Voy con vos.— Enhora buena.
(—Por si acaso, vá seguro)
dijo para sí el de presa,
mientras el mozo resuelto
ganó á una esquina la vuelta.

(*Se concluirá*).

Diciembre de 1839.

J. DE ZORRILLA.



EL CUENTO DE VIEJA.

ADVERTÉNCIAS. 1.ª El ajuste del molde no ha permitido cabida para el cuento de vieja, que irá en el siguiente.

2.ª Hoy se reparte á los suscriptores la portada, el índice y cubiertas del tomo de 1839, y se advierte para que puedan reclamarlo de los repartidores.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.



RAFAEL DE URBINO.

Rafael Sanzio nació en la ciudad de Urbino, capital de un ducado que formaba parte de los dominios de la Iglesia. Juan Sanzio su padre fué pintor, y le hizo dedicarse desde la infancia al mismo arte; pero viendo los rápidos progresos del jóven Rafael, quiso darle por maestro el mejor profesor que entonces habia, y le condujo á Perusa donde le hizo entrar en la escuela de Pedro Vanucci, llamado el *Perugino*.

Este fué el último pintor célebre del siglo XV. Conservaba aun aquella especie de simplicidad primitiva y su candidez religiosa, que despues cedió su lugar á cualidades de ejecucion mas brillantes aunque á nuestro modo de pensar menos puras y en cierto modo mas profanas. El color de dicho maestro era claro sin ningun abuso, y aun sin ningun estudio en las mezclas: sus composiciones eran de una regularidad que prendaba la vista facilmente, su dibujo esmerado si no era fino y armonioso, sus espresiones eran contemplativas y tranquilas. Rafael se modeló prontamente sobre estos ejemplos por una especie de simpatia instintiva que le impelia á imitar con preferencia todas las formas cuya gracia, verdad y dulzura constituian la principal belleza. Hallándose en Perusa, y antes de llegar á la edad de 17 años, compuso varios cuadros, en los cuales al paso que conservaba el estilo del Perugino, daba ya á sus obras mas animacion y movimiento. Por entonces concurrió con Pinturrichio, otro discípulo del Perugino, á decorar con frescos la biblioteca que sirve hoy de sacristía á la Catedral de Siena.

En los primeros años del siglo XVI se habia formado en Florencia un foco revolucionario que cambió la faz de las artes. Leonardo Vinci que habia nacido muchos años antes en aquella ciudad, se hallaba entonces en el apogeo de su reputacion: distinguíanse sus obras por un trabajo á la vez mas estudiado y mas gracioso que el de los artistas que le habian precedido, y parecia trazar una nueva senda. Miguel Angel que se hallaba en la flor de su juventud, y que hasta entonces solamente se habia distinguido por su cincel, escedió repentinamente á Leonardo Vinci por la ejecucion de su carton de la *Guerra de Pisa*, en el que la habitud de la anatomía y la direccion particular de su genio, le permitieron hacer brillar todo lo mas maravilloso, difícil y profundo que encierra la ciencia del dibujo. En Florencia era donde se determinaba aquel movimiento científico que iba á elevar al arte á un grado mas alto del que se habia visto en el siglo precedente, aunque haciéndole perder algunas de sus mas preciosas cualidades.

Rafael que había bebido en Perusa en la fuente del arte sencillo y religioso de la edad media, conocia la necesidad de apropiarse los nuevos progresos á que la ciencia conducia á la pintura. Fue á Florencia en 1503 y permaneció en 1504. Obligado á pasar á Urbino por causa del fallecimiento de sus padres, volvió en 1505 á la ciudad

de Médicis donde permaneció haste 1508. Tuvo dos maestros; uno fue Bartolomeo su contemporáneo que á un buen estilo de dibujo unia colorido muy rico y mas armonioso que el de sus rivales; el otro Masaccio que muerto en el siglo precedente habia dejado en la capilla *del Carmine* modelos en que Rafael podia encontrar reunidos la graciosa sencillez de la edad media que tanto amaba, y el principio de aquel estilo hácia el cual se dirigia todo el arte moderno de su siglo.

Por grandes que fuesen sus deseos de ponerse desde luego en armonía con los progresos que diariamente hacia la pintura, los cuadros que ejecutó en Florencia que son numerosos, llevan aun la impresion fiel de las lecciones y de los ejemplos del Perugino. La sobriedad casi desnuda de la composicion, la claridad de los tonos, la exactitud un poco seca del dibujo, la dulzura de las espresiones, causan aun el mayor embeleso; esto es lo que llaman el primer estilo de Rafael, y hay personas que le prefieren á los que despues siguió.

Fortificado Rafael por los estudios que habia hecho, trató de luchar con Leonardo Vinci y Miguel Angel en el lugar mismo de su triunfo, y se dirigia á Florencia á solicitar obras dignas de sostener la comparacion con las de aquellos dos maestros, cuando fue llamado á Roma. El papa Julio II despues de haber abierto la carrera á su genio, quiso coronar por la gloria de las artes la supremacía que habia dado á la santa sede por la habilidad de sus negociaciones y por la fuerza de sus armas; confió á Bramante su arquitecto el cuidado de elevar templos y palacios que llegasen á la altura de sus grandes miras políticas. Bramante hizo que fuese á Roma Rafael que era pariente suyo. Julio II acogió con benevolencia al jóven artista que á la sazon tenia la edad de 25 años; le encargó de decorar las salas del Vaticano, y le mandó empezar sin dilacion por la que llaman *della Segnatura*.

Los cuadros que Rafael habia ya compuesto hubieran bastado á inmortalizarle. Pintando la sala della segnatura se colocó fuera de toda comparacion. Como aquella sala servia de introduccion y por decirlo así de prefacio á todas las demás; quiso formular con su pincel los pensamientos que segun él presidian al desarrollo de la historia humana cuyos principales sucesos debia colocar en las salas siguientes. Eligió por objeto de los cuatro frescos que componian la primera, cuatro objetos abstractos: la teología, la filosofía, la poesía y la justicia. Representó á la teología por *la disputa de los doctores sobre el Santísimo Sacramento*; á la filosofía por *la escuela de Atenas*; á la poesía por *el parnaso*, y á la justicia por la *jurisprudencia*: Así es como se llaman las cuatro grandes páginas de esta sala.

Rafael empezó por pintar la *disputa del Santísimo Sacramento*. En él se encuentra el mas bello esfuerzo de su primer estilo; aquella limpieza de tonos, aquella viveza tranquila de espresiones y defectos que constituyen el carácter de las pinturas religiosas de la edad media y el sello particular de la escuala del Perugino: seguramente no seria fácil encontrar una forma mas apropiada al objeto. La *escuela de Atenas* que Rafael pintó en seguida presenta al contrario el principio de su segundo estilo: aquí todo es mas sabio, mas vivo, mas razonado; las luces están contrastadas por la sombra; los grupos delineados con una habilidad mas calculada; el carácter de las figuras es menos divino, pero tiene una especie de profundidad humana y reflejada que proviene de una época mas dudosa y filosófica.

Mientras que Rafael se ocupaba en esta composicion, Miguel Angel á quien Julio II habia hecho asimismo venir de Florencia para reunir en Roma todo lo mas notable que habia en el mundo, decoraba el cielo raso de la capilla Sistina. Dicen que Bramante que como arquitecto tenia las llaves de la capilla, la abrió á Rafael en ausencia de Miguel Angel para enseñarle los trabajos de su rival; añaden que al efecto que su vista produjo sobre el pintor de Urbino se debe la diferencia que se advierte entre el estilo de la *Disputa sobre el Santísimo Sacramento* y la de la *escuela de Atenas*. Mas esta anécdota ha sido desmentida; no era necesaria esta casualidad para la transformacion que se hizo en el ingenio de Rafael: hacia ya tiempo que trataba de rivalizar con el vigor y la ciencia de Miguel Angel; y como hemos dicho, habia ya estudiado en Florencia su carton de la *guerra de Pisa*.

Otra causa tuvo sin duda mucha mayor influencia sobre la nueva direccion del grande artista. En aquel tiempo la antigüedad salia de su sepulcro. Roma la antigua revivia en la nueva Roma; la literatura latina se habia restaurado en Italia; las obras maestras del estatuario y de la arquitectura antigua salian poco á poco de aquel suelo que las habia ocultado durante los siglos de barbarie. El carácter ideal que respiraban aquellas obras estimuló vivamente á Rafael que tenia una predisposicion natural para conocer é imitar lo perfecto. Desde aquella época, para representar los principales personages de la *Escuela de Atenas*, se sirvió de los bustos de los filósofos que recientemente se acababan de descubrir: se esforzó para poner en armonía el acierto con la elegancia austera de aquellos fragmentos, y puso tambien su espíritu en el conjunto de la composicion.

Si nos estendemos tanto sobre estas dos obras es porque en ellas se halla toda la historia del talento de Rafael. Su ingenio fue uno de aquellos raros presentes que la naturaleza solo hace á largos intervalos y á algunos séres privilegiados. Permítasenos sin embargo interrogar los secretos y esplicar los efectos. Si Rafael adquirió una gloria que le hizo superior á sus contemporáneos, fue por haber representado simultáneamente las dos tendencias de su siglo. Miguel Angel tiene acaso mas originalidad que Rafael: nada tomó mas que de sí mismo, mientras que Rafael hace consistir toda su gloria en llevar al último grado de perfeccion todas las cualidades de sus rivales. Miguel Angel es un coloso de fuerza y magestad, y jamas hombre ninguno mereció mejor que él el nombre de creador. Pero Rafael es la espresion mas sublime y mas completa de su tiempo. Participa como su siglo de todas las santidades sencillas de la edad media; como su siglo, se distingue por el estudio y la cultura de la antigüedad; y últimamente es como su siglo cristiano y pagano, religioso y filósofo. He ahi su gloria suprema é inmarcesible.

Despues de haber pintado esta primera sala del Vaticano emprendió Rafael una innumerable multitud de obras que ocuparon los doce últimos años de su vida, y que los límites de nuestra biografía nos impiden enumerar y examinar con detencion. Para tantos trabajos se hizo ayudar por los discípulos que se reunieron enderredor suyo, y que le formaron una especie de corte en medio de la cual vivia con todo el lujo y autoridad de un príncipe. El pincel de Julio Romano, el de Francisco Penni, el de Juan de Udino y otros infinitos ejecutaron bajo su direccion las obras cuyos dibujos, y á veces el modelo les daba él mismo. El fue tambien el que estendió en Italia el uso del grabado. Este arte inventado en Florencia en el siglo precedente por Tomasio Finiguerra era aun de una ejecucion muy limitada y difícil, aunque Alberto Durero le habia perfeccionado en Alemania. La correspondencia que Rafael estableció con aquel grande artista, le puso en estado de conocer su método y hacerle aplicar á vista suya por Marco Antonio Raimondi, que desde entonces esparció por toda Europa, no como se cree los cuadros de su maestro, sino dibujos que este hacia espresamente para el grabador.

Leon X, que sucedió á Julio II en la cátedra de San Pedro, no trató á Rafael con menos distincion que su predecesor. Encargado de continuar su trabajo en las salas del Vaticano, el pintor representó bajo formas tomadas de la historia de la edad media los resultados que la política de Julio II y de Leon X habian seguido para la exaltacion de sus pontificados. *La misa de Bolsena*, *el castigo de Heliodoro*, *la libertad de San Pedro*, *la invasion de Atila*, *el incendio del Borgo* son las mas admiradas de todas aquellas obras, y en las que se conoce que trabajó mas el maestro.

Rafael sucedió á Bramante en el cargo de arquitecto de la santa Sede: en calidad de tal hizo construir el patio del Vaticano que se llama *patio de los aposentos*: despues de haber guarnecido la circunferencia de las galerías, trató de decorarlas. Acababan de descubrirse las termas de Tito; y en ellas se habian admirado multitud de arabescos. Rafael que se hallaba dominado de una viva pasion hácia las artes de los antiguos, quiso emplear en los aposentos del Vaticano este genero de decoracion, el cual enriqueció por el uso del método que asimismo tomó del paganismo, la alegoría.

A su cargo de arquitecto reunió muy luego el de superintendente de las antigüedades. Leon X le mandó presidir las escabaciones que se hicieron en Roma, y restablecer en la ciudad eterna los monumentos de lo pasado cuyos vestigios pudiesen encontrarse. Rafael se ocupo de estos trabajos durante los últimos años de su vida; y segun un contemporáneo suyo, ninguno habia estudiado la ciudad de Roma ni la conocia mejor que el. Conociendo que el arte romano no era mas que una imitacion del arte griego, quiso remontar á los manantiales de este y envió á la Italia meridional y aun á la Grecia dibujantes que á nombre suyo esplorasen todos los monumentos y todas las obras de un gusto mas puro que subsistiesen aun en aquellas comarcas. Facil es de conocer la utilidad que debió sacar de sus descubrimientos en la série de sus trabajos. Pero donde Rafael dió á conocer todo lo que debia á la antigüedad y lo que de ella se habia apropiado no solo de su gusto sino de su espíritu, fue en los cuadros de Galatea y de la fábula de Psiquis que pintó en el palacio que Agustin Chigi el mas rico negociante de su tiempo habia hecho edificar en el Transtevere.

Así es que á medida que se adelanta en la carrera de Rafael, se le vé marchar cada dia con mas anhelo hácia el estudio y la imitacion de los antiguos. Su genio tiene en cierto modo dos polos, el cristianismo forma el uno, el paganismo el otro. Sucedió que en aquella alma tan admirablemente docta se mezclaron la castidad cristiana y la voluptuosidad pagana; y de aquella fusion hecha en el seno de la naturaleza mas delicada de los tiempos modernos salió el tipo ideal de la Vírgen, que Rafael reprodujo tan amenudo en medio de las demas obras y con una gracia cada vez mas pura y sorprendente. La cabeza de la Madona es por decirlo así el punto de interseccion en que se encuentran las dos inspiraciones que presidieron á la vida de Rafael. Es el resumen de su existencia y de su ingenio, la espresion mas elevada del modo de sentir del pueblo italiano, y el producto mas poético de la civilizacion del siglo XVI.

El pincel de Rafael adelantaba cada dia tanto como su talento. Habia tambien adquirido fuerza, vigor y movimiento en el dibujo. Ademas, la escuela naciente de Venecia habia empezado á dar á las cualidades del colorido un impulso superior á todo lo mas vivo y ardiente que se habia podido producir ó esperar, y Rafael que nunca quiso permanecer inferior á las escuelas rivales de la suya, puso su atencion en aquellos nuevos progresos, y quiso tomar parte en ellos. Habia perfeccionado su dibujo por la escuela de Miguel Angel, de los Florentinos y de la antigüedad; quiso perfeccionar su colorido por la imitacion de los Venecianos. Aquel esfuerzo constante de su genio para llegar á una espresion á la vez mas elevada y de mayor animacion, determinó en él una mudanza, y dió lugar á lo que se llama su tercer estilo.

Se considera como del último estilo de Rafael la Batalla de Constantino que Julio Romano pintó despues de la muerte de su maestro sobre sus dibujos, y los célebres cartones que existen en Inglaterra en el palacio de Hampton Court, y que habian sido compuestos para servir de modelos á los tapices que Leon X hizo tejer en las ricas fábricas de Flandes. En aquellos admirables cartones se advierten los que representan *á S. Pablo predicando en Atenas*: *la pesca milagrosa*: *S. Pedro y San Pablo sanando cojos*: *la adoracion de los reyes*: *los discípulos de Emaus*: *la degollacion de los inocentes*, *y la ascension de Jesucristo*.

La obra maestra del tercer estilo de Rafael es el cuatro de *la Transfiguracion*, la mas célebre y la última de sus obras. Esta magnífica concepcion, que fué objeto de tantos comentarios, inspiró á Vasari, discípulo de Miguel Angel las palabras siguientes. «Este último término de la pintura marca tambien el último término de la vida del pintor (1).»

Rafael murió de edad de 37 años el 7 de Abril de 1520. Parece difícil que hubiese podido nunca escederse á sí mismo; pero es cierto que si hubiese vivido algunos años mas habiera recibido el capelo cardinalicio. Su ambicion que acaso aspiraba á reunir á la potencia del ingenio la de la autoridad mas elevada que habia entonces en el mundo, le habia aconsejado permanecer siempre en estado de tener entrada en las dignidades eclesiásticas. Si Rafael auxiliado por su poderosa clientela hubiese llegado á ser pontífice, ¿puede preverse cual hubiese sido el porvenir del catolicismo y el del arte? Rafael fué expuesto en su palacio, al lado del cuadro no concluido de la Transfiguracion. Su muerte ocasionó un sentimiento universal. A su entierro concurrió todo lo mas grande que existia en Roma, que á la sazon era aun la capital del mundo; y su cuerpo fué colocado en el panteon romano, donde el cardenal Bembo escribió su epitáfio. Su nombre es casi sinónimo de la perfeccion del arte. Su genio es una de las mas bellas glorias de la humanidad.

Los cuadros del gran Rafael que posee nuestro Museo de Madrid, son los siguientes, habiéndose traido á él los cuatro que existian en el Monasterio del Escorial.

1.° *La Sacra familia.*

2.° El admirable lienzo conocido por el Pasmo de Sicilia que representa á *Jesucristo caminando al Calvario.*

3.° Un *retrato de Sassoferrato*, célebre jurisconsulto del siglo XIV.

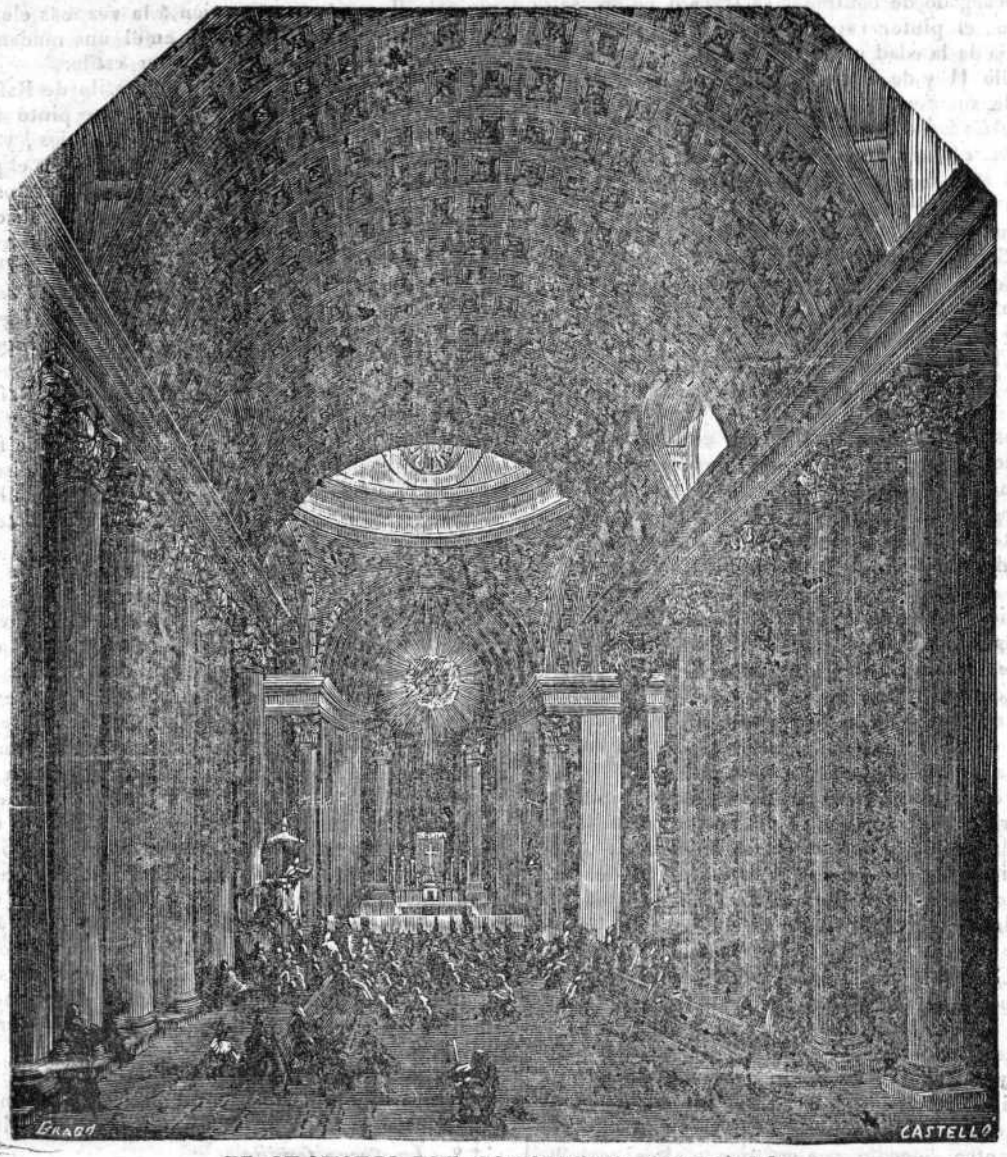
4.° *La visitacion de nuestra Señora á Santa Isabel.*

5.° *Nuestra Señora con el niño y San Juan* leyendo el *agnus dei.*

6.° *La Vírgen y el niño*, célebre cuadro conocido por *La perla.*

7.° El otro igualmente célebre conocido por *La Vírgen del Pez.*

(1) De este cuadro, el primero del mundo, hay en las salas de la academia de San Fernando una admirable copia, hecha por Julio Romano, discípulo predilecto de Rafael.



EL ORATORIO DEL CABALLERO DE GRACIA.

Entre las varias construcciones modernas que señalaron en Madrid la restauracion de la buena arquitectura merece especial mencion el oratorio de la Congregacion del Santísimo Sacramento, conocido por el del Caballero de Gracia, sito en la calle del mismo nombre.

Este ejemplar sacerdote, llamado *Jacobo de Grattis* fué natural de Módena, y caballero de la órden de Cristo, y vivió en esta calle hasta la edad de 102 años en que murió, y fue enterrado en la iglesia del convento de monjas franciscas á que habia cedido su propia casa, y ha permanecido tal hasta que fue cerrado en 1837. Parécenos del caso hacer aquí esta distincion para que no se siga confundiendo á este Jacobo Grattis con el otro llamado Jacobo Trezzo, escultor y fundidor de Felipe II, pues la casualidad de vivir este en Madrid á un mismo tiempo y calle inmediata á que dió tambien su nombre (Jacome-Trezzo) ha sido causa de que Dávila, Quintana, Ponz, otros historiadores de Madrid le hayan creido uno solo.

No contento el celo religioso de nuestro Caballero de Grattis con haber cedido su propia casa á aquel convento, fundó tambien la Congregacion del Santísimo Sacramento, que labró á sus espensas en 1654 el oratorio de que hoy nos ocupamos, el cual fue reconstruido á fines del siglo pasado por el digno arquitecto D. Juan de Villanueva, y sacando el mejor partido posible del escaso terreno, y de algunas otras circunstancias á que hubo de atenerse, supo darle aquella forma elegante y sencilla que distinguen especialmente todas las obras de este célebre artista, de que vamos á hacer una ligera reseña en justo homenage á su privilegiado talento.

D. Juan de Villanueva nació en Madrid á 15 de setiembre de 1739 de familia artística, y dirigido por los buenos estudios obtuvo varios premios y una plaza de pensionado en Roma donde permaneció siete años en el estudio de bellas artes. Restituido á Madrid y distinguiéndose por sus conocimientos le enviaron á Granada á sacar los diseños de las antigüedades de la Alhambra y despues se estableció en el sitio de S. Lorenzo á las órdenes

del religioso obrero y con un corto salario para empaparse en el estilo de Juan de Herrera y Juan Bautista de Toledo. Distinguióse allí por la fábrica de la casa del consul francés y otras, y mas adelante por las lindas casas de campo del príncipe é infantes, por lo que fue nombrado arquitecto de SS. AA. Pero lo que debe llamar sobre todo la atencion fue el atrevimiento con que emprendió la mudanza de la escalera, zaguan y puerta de la gran fábrica del real monasterio y la felicidad con que conservó el todo de la idea general de tan respetable edificio. Su mérito le fué sucesivamente proporcionando nuevos honores hasta los de director de la academia de S. Fernando, arquitecto y fontanero mayor de S. M. y de la villa de Madrid, intendente honorario y otros; siendo tal su crédito y consideracion en la corte, que muerto en 1811 con general sentimiento, fué depositado públicamente su cadáver en la capilla de Belen propia de los arquitectos en la parroquia de S. Sebastian, distincion muy singular en aquella desgraciada época.

Sus muchas y magníficas obras están diseminadas en todo el reino; y en Madrid acreditan su escelente gusto la iglesia del Caballero de Gracia. (La vista interior de este bello oratorio que ofrecemos hoy á nuestros lectores ha sido tomada por el jóven profesor D. Antonio Bravo, y nos parece llena de exactitud é inteligencia.) El balcon de las casas consistoriales, el teatro del Príncipe, la entrada del jardin Botánico, el cementerio de la puerta de Fuencarral y lo construido por él de la plaza Mayor. Pero sobre todo lo que inmortaliza el nombre de Villanueva es el magnífico Museo del Prado, cuya vista y descripcion dimos en la entrega 25 del año último.

UN CUENTO DE VIEJA (1).

«Porque habeis de saber que el que no crée en brujas, no crée en Dios: que hay gentes tan tercas que dicen que esas son fantasías de las viejas, y acontecios que se cuentan para dormir chiquillos; pero es porque no han visto lo que estos ojos que han de comer la tierra.» = Así hablaba la tia *Caquirucha*, sentada á la puerta de su humilde figon, á una familia de pobres espigadores, que buscando un abrigo á los ardores del sol, se guarecian durante la siesta á la sombra de la seca espadaña hacinada en la techumbre de la casucha. Ni Goya pudo imaginar en sus ratos de inspiracion un grupo tan pintoresco como el que formaba esta coleccion de entes atezados y miserables; ni Hoffman en sus momentos de embriaguez, soñar tamaños abortos como los que narró á su auditorio la respetable posadera con una gravedad doctoral. Cinco eran los oyentes que rodeaban á la vieja, sin contar en este número á un galgo mestizo, con mas hambre que cola, y mas olfato en las narices que lastre en el estómago; pero yo me creo dispensado de describir sus trages y respectivas actitudes, porque todo cuanto pudiera decir sobre el particular se halla sobradamente espresado en la lámina á que se refiere este artículo, la cual puede consultar si gusta el curioso lector. Solo advertiré, porque esto no lo dice la lámina, que aquella venerable anciana que apoyada en su báculo mira fijamente á la jóven espigadora, es una mendiga ambulante, conocida en toda la comarca del cuadro por el sobrenombre de la *cartuja*, y que á fuer de verdadera cosmopolita antes de ayer pedia limosna á la puerta de una iglesia en Daimiel, ayer compraba dos cuartos de flor baja en el estanquillo de Almagro, y hoy pasa la siesta oyendo consejas en la quinta-hospedería-figon de la madre *Caquirucha*. Item mas, la redoma que se halla colocada sobre la grosera meseta, no es la del famoso encantador Villena, que por espacio de tantos siglos contuvo el espíritu del hechicero marqués, y que rota en estos tiempos por la mano de Garabito, entre nubarrones espesos de humo, ha lanzado una lluvia continuada de oro sobre la empresa de teatros. La redoma de nuestro dibujante en cuestion, es una redoma plebeya que nada debe á la majia antigua ni á la moderna, que á falta de espíritus contiene vino manchego, y que solo sirve para remojar la palabra, como dice la gente vulgar, ó para humedecer las fauces, como decimos los cultos, de la habladora viejezuela.

Vuélvese á anudar en este punto el hilo del interrumpido discurso y la *Caquirucha* continúa: «Pues como os iba diciendo, sabed de tan cierto que hay brujas como que nos habemos de morir, y que deprenden las artes malas con el demonio ó quien quiera que sea (porque esto no está averiguáo) y hacen mal de ojo á las criaturas, y se llevan por los aires á los grandes cuando se les antoja y arman danzas y orquestas en las nubes cuando se muere un escribano. Tambien hay *saludadores*, aunque estos pobres van ya de capa caida desde que ahorcaron á dos en una semana, y chuscarraron á otro en un horno como si fuese un lechoncillo. No hay que decir que esto es mentira, porque ha pasado en mis tiempos, y me acuerdo ó toadia del corregidor que los sentenció; como que le lavaba la ropa mi agüela, que en paz descanse. = ¿Y los saludadores matan? dijo á esta sazon uno de los oyentes, el escuálido chiquillo que apoya una mano en el hombro de la espigadora. = No, hijo mio, continuó la vieja, porque no son médicos de profesion. Es verdad que deprenden algo de yerbas, y que tienen pato con el demonio; pero son unos tios campestres, así como tu padre que está presente, que andan de quasiquiera modo, y no gastan faldones, ni baston con bolras, como los dotores, de que Dios nos libre. Los saludadores, para que lo entiendas, son unos hombres que se pasan una barra ardiendo por la lengua y no se queman; que sacan tan frescos una moneda de una caldera de aceite hirviendo, sin calentarse siquiera las manos, y que pisan con los pies descalzos sobre las ascuas, como tú andas sobre una parva de trigo. — ¿Pues cómo es, replicó de nuevo el chiquelo, que ese saludador que V. cuenta salió chuscarrado del horno? — Porque el diablo se descuidó aquel dia, repuso la *caquirucha*, y no se acordó de huntarle antes de que le encajaran en él. — Tambien hay, añadió despues tomando un poco de aliento, difuntos, que se aparecen, y duendes que regüelven las casas, y entran y salen haciendo visages feos y temerosos. Esta casa que veis, donde vivo yo a Dios gracias como buena cristiana, era del mismo amo de aquel molino que hay allá abajo junto á la alameda, que por mal nombre le llaman el *molino del duende*, y cuando yo era chiquitica sucedieron en él unas cosas, que dá espanto el oirlas. — ¡Ay; cuéntelas V, cuéntelas V.; esclamaron á la vez todos los circunstantes con la mayor algazara. Cuéntelas V., repitió la chiquilla, dejando de roer una torta que tenia entre las manos..... La vieja hizo un gesto afirmativo, los oyentes abrieron las bocas para escuchar mejor, el perro enfiló el hocico en la direccion de la torta, y la historia tuvo principio de la siguiente manera. —

«Pues señor, habeis de saber que hará como cosa de 70 años, dia mas ó menos, que el abuelo del Sr. Paco el herrador del lugar, tenía tratos y contratos con el tio Antonio el molinero, y este tio Antonio tenía una mujer muy arrogantona y bien parecía, que se llamaba Juana. Pues señor, habeis de saber, que por este tiempo había

(1) Véase la lámina del domingo anterior.

en el pueblo una bruja muy ladina que llamaban la tia Garrucha, la cual traia encizañados á muchos matrimonios, y daba los malos á quien queria, y se escapaba de noche por la chimenea dando ahullidos como una loba, y hacia cosas tan fuera del aquel que es natural, que toico el lugar estaba metido en un puño, y los señores de justicia, cuando pasaban por delante de la briboua, se quitaban la montera, y la hacian el mondiu de puro miedo y asuros que les daba su hechicería. Pues señor, como iba diciendo, el abuelo del Sr. Faco, que era hombre de malas mañas y andaba siempre hecho un perdío, sin encomendarse á Dios ni al diablo, se metió un dia de rondon en casa de la *Garrucha*, y la pidió que hiciese de manera que le diese el tio Antonio su molino, y que la Juana le quisiese á él y no quisiese á su marío, como Dios manda. Habiais de ver allí, como la bruja escomenzó á hacer redondeles en el suelo con una vara de junco, diciendo muchas oraciones en latin y no sé cuantas palabrotas, y como dió una patada en un ladrillo, y el ladrillo se levantó, y salió un bote de ojalata, y del bote de ojalata salió un monigote muy feo con unos vigotazos.... —Pues señor, vamos á lo prencipal que es el probe molinero, el cual saliendo una noche para el pueblo con una carga, al llegar muy cerca de la huerta de *Panucho*, vió una mujer sentada en una piedra que le pidió de limosna un poco de arina para hacer una torta. El que tenía muy güenas entrañas y hacía muchas caridades, mas que se la dió sin pensar en tal cosa y siguió su camino.

Vamos á que cuando venia de vuelta, se topa á la mesma mujer que encarándose con él, le dá un cacho de torta, y le dice: «Come, Antonio, que tendrás neseciá, y arrea la mula de priesa que haces falta en el molino, y tu mujer está con un fraile.» Entonces el probe mozo echó á andar, y sintió un desfallecimiento tan grande en el estógamo que se comió la torta; pero apenas hubo acabado de tragarla, cuando los demonios se le repartieron por el cuerpo, y empezó á echar humo por las narices y por la boca, y á torcer los ojos y dar unos gritos tan feroces que la mula espantada derribó los costales y echó á correr por los campos sin poderse contener. Por fin, arrastrando y como pudo el desdichádo Antonio se golvió á su molino cuando vido que por una ventana se descolgaba un fraile de San Francisco con unas barbas que daba espanto el mirarle. Entró todo asustáo en su casa, y busca por aquí, busca por allí, mas que no encontró á su mujer. Pues señor, empieza á sentir un ruido como si arrastrasen cadenas, y un rumor de cerrojos, y un caer de peñascos sobre el techo quebrantando las tejas, que parecía que Dios le llamaba á juicio, y que se hundía la casa. ¡Ay, se me olvidaba decir que la rueda del molino andaba ella sola sin que naide la tocase, y que todo el trigo se puso negro como si le hubieran desaumáo con azufre. Pues señor, el probecico Antonio, sin saber lo que se hacia, echa á correr rio abajo, sin parar un minuto, y al llegar á la *charca de la perdiz*, como quien vá al camino de Madril, se sienta en una piedra á descansar; cuando cátate que sale del agua un monigote muy feo con un gorro colorado en la cabeza, y dempues de aquel sale otro, y dempues otro; en fin hasta doce monos todos con gorros de color: luego que los vido se puso á tiritar como un azogue; pero ellos sin hacerle daño ninguno se pusieron á armar un baile muy estraño, haciéndoles el son desde las nubes con panderetas, no se sabe quien; pero yo aprendo que serían los diablos, porque ¿quién sino ellos se habia de poner á cantar á aquellas horas? Pues como iba diciendo, dempues que arrematáron el baile, sacaron una red muy larga, muy larga, y se pusieron á pescar; y á poco tiempo sacaron un pez que tenia una cabeza muy disforme y una cola lo menos de dos leguas; cuyo pez asi que se sintió fuera del agua comenzó á quejarse y á llorar como una criaturica recien nacida. Pero esto no es nada: ya vereis, ya vereis.—

Aquí la Caquirucha hizo una breve pausa para dar un tiento á la redoma, y prosiguió así. «Estábamos en el pez que lloraba como un niño, y ahora sabreis, que dempues se apareció en una nube la mesma mujer de la torta, que segun se dice era ni mas ni menos que la tia *Garrucha*, la bruja de quien hablamos antes. Es de advertil, que esta hechicera, como todas las demas presonas que deprenden la magia negra, se mudaba la fisonomía del rostro cuando se le antojaba, y así es que el molinero no la conoció. Pues señor, traia un candil en la mano zurda, y una nabaja en la derecha; dió con la luz en los ojos al pez, el cual al continenti se puso tan manso como una paloma y dejó de llorar, abrióle el pecho la bruja con la nabaja, y le sacó una vegiguita, le hechó á la charca, y al instante, y como mano de santo se desepararon las aguas y salió de ellas un cuervo con alas blancas, que comenzó á revolotear hasta que apagó la luz. Entonces la tia *Garrucha* cogió al probe Antonio de un brazo, y montándole á caballo encima del cuervo, le dijo; «Tente firme y no tirites que en dos horas te voy á llevar á Valencia para que veas á tu mujer.» Y como si fuera un relámpago echaron á volar los dos, y otoadía no se ha guelto á saber lo que se ha hecho del probecillo.

—¿Y la molinera (dijo con vehemencia y prontitud la jóven espigadora) qué se hizo despues de ese acontecío tan prodijioso?— La molinera, continuó la vetusta, anduvo rodando por el mundo, hasta que se acomodó á servir en casa del picaron que solecitó la perdicion de su marío, y malas lenguas dicen.... pero dejemos de murmuraciones porque á cada uno su alma en su palma. = Vamos á que desde el dia en que Antonio se fué por los aires caballero en el cuervo, naide se atrevió á acercarse al molino ni á pescar en la charca, porque se sentía un ruido que daba pavor, así como si arrastraran cadenas por el suelo y dieran aldabazos en las puertas: á mas de esto, todas las noches á la mesma hora se veia asomar un candil en la ventana que cae á la acequia, y se oian unos gemidos como los que dan las almas en pena; por lo cual dieron las gentes en decir que aquel molino era del duende; y habiendo ido el señor cura y la señora justicia, con el guisopo y los santos evangelios á echarle de allí, tuvieron que volverse atras porque no pudieron resistir el fetor del azufre que había al rededor de la casa, y porque vieron salir por la mesma ventana donde estaba el candil un brazo largo y seco envuelto en una manga de fraile.

Al llegar á este punto los dos chiquillos sobrecogidos de pavor creyendo ver ante sus ojos el fraile de la manga, se arrojaron en los brazos de su madre haciendo un gesto simultáneo de espanto: entonces el perro acechador se avalanzó de un salto sobre la torta que quedó abandonada en el suelo; la *Cartuja* dió un grito y enarboló el garrote para pegarle: entre estos vaivenes la frágil mesa pierde el equilibrio, y la redoma rueda con estruendo haciéndose mil pedazos contra las piedras, y rociando la seca arena con el licor de Baco: la *Caquirucha* se levanta enfurecida de su asiento y vomita imprecaciones contra los chicos y los perros; la espigadora imita su ademan y la devuelve injuria por injuria y manotéo por manotéo; el marido sale á su defensa, y jura no volver á pisar el humbral de la hospedería,... ¡A Dios plácidos coloquios! ¡A Dios envidiable paz de la cabaña! El miedo de un chiquillo y la golosina de un galgo acaban de derrocar en este punto tu imperio: la civil discordia ha arrojado ya su fatal manzana sobre esa mesa de pino, y dado brusco fin al *cuento de la vieja*.

C. Diaz.

EL REY EN LA PROCESION.

(Conclusion. Véase el número anterior).

III.

Son treinta dias despues,
y el mismo lugar y hora,
la misma vieja y los chicos
con mesa, mancebo y moza.
Cada cual en su tarea
sigue en paz, aunque se nota
que todos tienen los ojos
del mancebo en la faz torba.
El, sin embargo, en silencio
prosigue atento su obra,
sin levantar la cabeza
que sobre el pecho se apoya.
Tan doblada la mantiene,
que apenas la llama roja
que dá la luz, alumbrarle
las cejas fruncidas logra;
Y alguna vez que el reflejo
las negras pupilas toca,
tan viva luz reberberan
que chispas parece brotan.
La verdad es, que una lágrima
que á sus párpados asoma,
viene anunciando un torrente
en que el corazon se ahoga.
Y el mozo, por no aumentar
de los suyos la congoja,
á duras penas le tiene
dentro el pecho y le sofoca.
Largo rato asi estuvieron
en atencion afanosa,
todos mirando al mancebo,
y este mirando á sus hormas;
Hasta que al cabo Teresa,
mas sentida ó mas curiosa,
le dijo: -¿estás malo, Blás?-
y á su voz limpia y sonora
siguió otro largo intervalo
de larga atencion dudosa.
Nada el hermano responde,
mas ella su afan redobla;
que no hay temor que la tenga
la valla de una vez rota.
-¡Cómo estás tan cabizbajo!...
y aquí Blás interrumpióla.
-¿Y qué tengo que decir
á quien sin padre y sin honra
debe vivir para siempre?-
Y aquí la familia toda
rompió en ahogados sollozos
á tan infausta memoria.
Sosegóse, y siguió Blás
en voz lamentable y honda,
-El rico, y nosotros pobres,
débil la justicia y poca,
y el rey en caza y en guerra.
¿Qué puede alcanzar quien llora?
-¿Qué, por libre se atrevieron....
-Poco menos, pues sus doblas
pudieran mas con los jueces
que las leyes.-
-Las ignoran!-
dijo indignada Teresa.
-No, hermana; las acogotan!
contestó Blás, sacudiendo
su mazo con ciega cólera.
Siguió en silencio otro espacio,
y otra vez Teresa torna.
-¿"Mas la sentencia cual fué,,?-
dijo y calló vergonzosa.
-¿La sentencia? gritó Blás
revolviendo por las órbitas
los negros y ardientes ojos.
¿La sentencia pides? óyela.-
Todos se echaron de golpe
sobre la mesilla coja,
que vaciló al recibirles,
á oir lo que tanto importa.
-«Sabeis que el de Colmenares
hoy pingüe prevenda goza
en la iglesia, y que á Dios gracias
y á mi diligencia propia
se le probó que dió muerte
á padre (que en paz reposa).
Pues bien, no se porqué diablos
de maldita gerigonza
de conspiracion que dicen
que con su muerte malogra,
dieron por bien muerto á padre
y al clérigo....
-¿Le perdonan?
-No, vive Dios, le condenan;
¡mas ved que dogal le ahoga!
condenanle á que en un año
no asista á coro, mas cobra
su renta, es decir, le mandan
que no trabaje y que coma."

Tornó á su silencio Blás,
y á sus sollozos la moza,
ella cosiendo sus cintas,
y él machacando sus hormas.

IV.

Está la mañana limpia,
azul, transparente, clara,
y el Sol de entre nubes rojas
espléndida luz derrama.
Toda es tumulto Sevilla,
músicas, vivas y danzas;
todo movimiento el suelo,
toda murmullos el aura.
Cruzan literas y pages,
monges, caballeros, guardias,
vendedores, alguaciles,
penachos, pendones, mangas.
Flota el damasco y las plumas
en balcones y ventanas,
y atraviesan besamanos
donde no caben palabras.
Descórrense celosías,
tapices visten las tapias,
los abanicos ondulan,
y los velos se levantan.
Cuantas hermosas encierra
Sevilla á su glori saca,
cuantos buenos caballeros
en sus fortalezas guarda,
ellos porque son galañes,
y ellas porque son bizarras,
las unas porque la adornen,
los otros para admirarlas.
Oyense al léjos clarines,
y chirimías y cajas,
y á lengua suelta repican
esquilones y campanas.
Mas no vienen los hidalgos
armados hasta las barbas,
ni el pálido rostro asoman
las bellas amedrentadas;
que no doblan los tambores
en son agudo de alarma,
ni las campanas repican
á rebato arrebatadas:
Que es *la procesion del Corpus*
que ya traspone las gradas
del atrio, y el rey D. Pedro

acompañándola baja.
Padillas y Coroneles
y Alburquerques se adelantan
con Osorios y Guzmanes,
pompa ostentando sobrada.
Y bajo un pálio D. Pedro
de ocho pu zones de plata,
descubierta la cabeza,
y armado hasta el cuello, marcha.
En torno suyo el cabildo
diez individuos encarga
que de escuderos le sirvan
en comision poco santa;
mas tiempos son tan ambiguos
los que estos monjes alcanzan,
que tanto arrastran ropones
como broqueles embrazan.
Entre ellos se vé D. Juan
de Colmenares y Vargas,
que deja por vez primera
la reclusion de su casa.
No porque el año ha cumplido,
sino porque el año paga,
y doblas redimen culpas
si se confiesan doradas.
Rosas deshojan sobre ellos
las hermosísimas damas,
y toda es flores la calle
por donde la corte pasa.
Envidia de las mas bellas
salió á un balcon del Alcázar
la hermosísima Padilla,
orígen de culpas tantas.
Hízola venir D. Pedro,
y al responderle la dama,
soltó sin querer un guante,
y ojalá no le soltára.
Lanzóse á tom ar la prenda
muchedumbre cortesana:
muchos llegaron á un tiempo,
mas nadie tomarla osaba,
que fuera accion peligrosa
aparte de lo profana.
Partiendo la diferencia
salió de la fila santa
el bizarro Colmenares
con intencion de tomarla.
Mas no bien dejó su mano
del pálio el punzon de plata,
y puso desde él al rey
cuatro pasos de distancia,
cuando un mancebo iracundo
con irresistible audacia,
se echó sobre él, y en el pecho
le asentó dos puñaladas.
Cayó D. Juan, quedó el mozo
sereno en pie entre los guardias
que le asieron, y D. Pedro
se halló con él cara á cara.
La procesion se deshizo,
volvió gigante la fama
el caso de boca en boca,
y ya prodigios contaban.
Juntáronse los soldados
recelando una asonada,
cercaron al rey algunos,
y llenó al punto la plaza
la multitud codiciosa
de ver la lucha empezada
entre el sacrílego mozo
y el sanguinario monarca.
Duró un instante el silencio
mientras el rey deboraba
con sus ojos de serpiente
los ojos del que le ultraja.

—«¿Quién eres?» dijo por fin
dando en tierra un patada.
—«Blas Perez»— contestó el mozo
con voz decidida y clara.
Pálido el rey de coraje
asióle por la garganta,
y asi en voz ronca le dijo,
que la cólera le ahogaba.
—"¿Y siendo tu rey aquí,
voto á Dios ¿por qué no hablaste,
si con ocasion te hallaste
para obrar con él asi?,,
Soltóse Blas de la mano
con que el rey le sujetaba,
y señalando al difunto
repuso tras breve pausa.
—Mató á mi padre, Señor,
y el tribunal por su oro
privóle un año del coro,
que en vez de pena, es favor.
—Y si vende el tribunal
la justicia encomendada,
¿no es mi justicia abonada
pára quien justicia mal?
—Cuando el miedo ó la malicia
(dijo Blas) tuercen la ley,
nadie se fia en el rey
medido por su justicia.—

Calló Blas, y calló el rey
á respuesta tan osada,
y los ojos de D. Pedro
bajo las cejas chispeaban.
Tendiólos por todas partes,
y al fuego de sus miradas,
de aquellos en quien las puso
palidecieron las caras.—
Temblaron los mas audaces,
y el pueblo ansioso esperaba
una esplosion en D. Pedro
más récia que sus palabras.—
Rompió el silencio por fin,
y en voz amistosa y blanda
el interrumpido diálogo
asi con el mozo entabla.—
—¿Qué es tu oficio?—
—Zapatero.
—No has de decir, vive Dios,
que á ninguno de los dos
en mí sentencia prefiero.—
Y encarándose D. Pedro
con los jueces que allí estaban,
dando un bolsillo á Blas Perez
dijo en voz resuelta y alta.
—Pesando ambos desacatos
si con no rezar cumple él
en un año, cumples fiel
no haciendo en otro zapatos.—

Tornóse D. Pedro al punto,
y brotó la turba osada
murmullos de la nobleza
y aplausos de la canalla.
Mas viendo el rey que la fiesta
mucho en ordenarse tarda,
echando mano al estoque
dijo asi ronco de rabia.
—«La procesion adelante,
,,ó meto cuarenta lanzas
,,y acaban, voto á los cielos,
,,los salmos á cuchilladas.,,—
Y como consta á la iglesia
que es hombre el rey de palabra,
siguieron calle adelante
pálio, pendones y mangas.

Diciembre de 1839.

J. DE ZORRILLA.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.

CIENCIAS NATURALES.



EL HOMBRE FOSIL.

San de saber nuestros lectores que en la vecina tierra de Francia, donde tanto se sabe y tanto se yerra, donde tanto se piensa y tanto mas se habla; habia un sábio, de estos raros, si los hay, por su excelente pasta y por su buen deseo de poner los tesoros de su ciencia al alcance de todo el mundo: proceder en el cual, segun nuestros lectores saben muy bien, no están de acuerdo todos los de su especie. Como quiera (porque esto no es del caso) el bueno de nuestro hombre habíase arrojado de cabeza

en las simas de la *paleontológia* (que por si á nuestros lectores se les indigesta la palabrilla, es el nombre que se ha dado al estudio de los animales que vivian antes del diluvio, y cuyos osamentos y reliquias fósiles se encuentran en las diversas capas de tierra que forman la corteza de nuestro globo), y aferrado en su buen propósito de enseñar al que no sabe, habíase formado una especie de tertulia de gente poco leida, es verdad; pero sin embargo, de sensatez, y sobre todo deseosa de aprender, y llena de ansiosidad por las maravillas de la ciencia.

A estos tales, pues, púsose á explicar el honrado sábio los misterios de la infancia de la tierra, los esfuerzos de la materia para organizarse y recibir la vida en su inerte seno, y su primera transformacion en aquellos seres indefinibles que tanto tenian de plantas como de animales; primer aborto de la vida orgánica. Esplicóles en seguida el segundo periodo paleontológico con sus bosques de helechos gigantescos y sus animales ya mas cumplidos, dotados de vértebras: luego el tercero con sus animales monstruosos, sus *plesiosauros*, especie de lagartos del tamaño de una ballena, con cuello de culebra de mas de treinta pies de largo y con aletas de cetáceo, animal que ni aun soñado nos lo figuraríamos mas horrible ni mas feroz; y mas adelante los *mastodonsauros*, lagartos ya de índole pacífica, y que se alimentaban de yerbas. Despues de esto les contó las maravillas del cuarto periodo paleontológico en que derramándose de nuevo el mar por los continentes, volvieron á ser los peces los habitantes de la mayor parte de sus espacios: pero lo que sobre todo arrebató al pasmado auditorio, fueron los animales colosales y poderosos que corrian el mundo todavia desierto en su quinto y sesto periodo paleontológico: aquellos *megaterios* (de los cuales conservamos un esqueleto en nuestro gabinete de historia natural) y aquellos rinocerontes de nariz alavetada, y por último la dominacion sangrienta del gato gigante, que tenia el tamaño y corpulencia de un buey, y sus luchas tremendas con el *gran mastodonte*, cuadrúpedo muy semejante á los elefantes de hoy, pero mas pesado y de mayores dimensiones.

Al llegar á la segunda época de este sexto periodo, queria explicar á sus oyentes el buen doctor, un suceso que guardaba él como para corona de sus relatos.

—Pues, si señor, les dijo; en esta época caracterizada y marcada por depósitos de recientes aluviones, concluyen los tiempos anti-diluvianos y comienzan los históricos. La mayor parte de los animales monstruosos de que he hablado van á desaparecer uno tras otro, y los demas se modificarán en tales términos, que vendrán á ser lo que en el dia son. Los continentes existen ya lo mismo que los de hoy, y un mapa de la tierra en aquel tiempo, si acaso se diferenciaba en algo de los que nos trazan ahora los geógrafos, seria, cuando mas, en pormenores insignificantes.

Sin duda que estais aguardando de un instante á otro la aparicion del hombre; pues á fe que no vais descaminados: pero, segun debeis figuraros tambien, se le ha adelantado su caricatura material, su mohin, si se quiere; porque allí teneis un mono que salta de rama en rama por los bosques de la Provenza.

—¿Cómo es eso? repuso uno de los oyentes; ¡monos en Francia!

—Si señor; y segun os dejo dicho, en Provenza es donde el naturalista Latet ha encontrado sus primeros osamentos en 1837.

Pero, chito! idos acercando muy despacio, porque os voy á enseñar en esa caverna de las cercanias de Lieja un ente que por fuerza habeis de reconocer. Aquí le teneis dibujado y restaurado por mi. (Y les mostró un dibujo en un todo igual al que vá al frente de este número del Semanario).

—¿Y es este el *hombre fósil*?

—Sí por cierto.

—Pues señor, le habeis hecho tan parecido á un mono que no hay mas que pedir.

—¿Y qué queríais que yo le hiciera? Asi era él; y aunque os hagais cruces de aqui á mañana, os diré que los caracteres de su raza se encuentran en la naturaleza viva, si bien por separado.

—Esto si que me parece todavía mas estraño! pero, hombre, esta cabeza con esos morros tan pronunciados...

—La he calcado yo servilmente sobre un cráneo fósil hallado en las arenas de Baden, cerca de Viena. Amen de esto, los negros de Etiopia os ofrecen aun el mismo semblante.

—Y estas piernas tan delgadas, sin muslos y sin pantorrillas, y estos pies aplastados de tan desmesurada largura?

—Si os tomáseis el trabajo de abrir la edicion grande del viaje del capitan Dumont-Durville, ya veríais por los primorosos grabados que la adornan, que los naturales del puerto del Rey Jorge y otros muchos parages de la Occeania, tienen todavía menos muslos y pantorrillas que mi hombre fósil, y no menos largo ni chato el pié.

—¿Pero y este que se separa de los otros dedos del pie ni mas ni menos que el pulgar de la mano?

—Si hubieseis visto salvages del Brasil, ó de algunas poblaciones de los alrededores de Cayena, ó lisa y llanamente los Charruanos que han dejado morir tan indignamente de pesadumbre en una dura esclavitud en París, la ciudad de la libertad, sin duda hubierais echado de ver que tenian el pulgar de los pies separado y casi opuesto á los demas dedos. Por esta razon son tan soberbios ginetes, porque con este pulgar del pie asen fuertemente su estribo de cuerda.

—Sea lo que quiera; lo cierto es que yo no he visto ningun hombre velludo como un oso.

—Asi es la verdad, pero es porque el uso contínuo de los vestidos ha gastado este primer vestido que la naturaleza habia dado á los hombres. Leed la Escritura, amigo, y allí vereis como Esaú era velludo á modo de un cabrito. Todavía existen un gran número de individuos que no le van en zaga en este punto.

—¿Y por qué le habeis puesto un hacha de piedra en la mano?

—Porque en la misma caverna de Chokier, cerca de Lieja, se han encontrado tambien revueltas con osamentos de hombres, de rinocerontes, de osos, etc., diversos objetos de una industria humana que apenas comenzaba tales como una aguja hecha de la espina de un pez, un hueso cortado en punta, pedernales labrados en guisa de flechas, cuchillos y hachas, y otros huesos trabajados de distintos modos. En otros depósitos de la misma época es decir, en otras cabernas, se han encontrado igualmente vasos groseros de barro cocido al sol y otros vasos de hasta de buey de distintas hechuras.

—De modo que segun vuestra cuenta, en otras muchas partes se habrán encontrado hombres fósiles.

—Sí por cierto: v. g. en las cavernas de Biza, de Londres, de Lonvignargues, de Durfort y de Nabrigas; y otras varias cavernas de la provincia de Lieja, en la Guadalupe etc. etc. Facilmente notareis que los osamentos humanos de estos diversos lugares pertenecen en general á unas razas completamente diferentes de las que viven hoy en Europa. De modo que las cabezas encontradas en Baden, y sobre las que he calcado yo mi hombre fósil

tienen analogía con las razas negras africanas, si bien es mas prominente su hocico. Las que han desenterrado á las orillas del Rhin y del Danubio, parecen menos antiguas, y se asemejan ya menos á los monos; pero mucho á las cabezas de los Caribes y de los antiguos habitantes del Perú y de Chile.

—Cuidado, que estos son hechos positivos. Y siendo así ¿cómo es que la Academia de las Ciencias no dá todavía crédito á la existencia de los hombres fósiles?

—Eso es porque... comprendeis bien?... la filosofía... entendeis esto?.... y luego la opinion del maestro Jorge que acaba de morir.... todo está bien claro; y precisamente por todas estas razones no cree la Academia en semejante cosa.

—Pues, amigo, ni una palabra se me alcanza de todo lo que estais diciendo.

—No importa: pensad en lo que os he dicho, adivinad su espíritu y tendencia, seguid el dedo de Dios en el órden de los tiempos y de la creacion, y no tendré mas que deciros.»

Hasta aquí el sábio naturalista: y como tras de palabras como las suyas vendrian muy mal las de quien, si algo tiene de tal, es el deseo, hemos resuelto dejarlo en tal punto, y lo dejamos.

LA HERMOSA FORNARINA (1).

La posteridad ha conservado muy pocas noticias sobre la historia de la célebre querida de Rafael, de aquella mujer de una hermosura prodigiosa que tan grande imperio ejerció sobre el corazon y el ingenio del príncipe de los artistas, y las pocas noticias que han quedado, solo dan una idea incompleta de aquella jóven, á quien es preciso colocar entre la *Laura* del *Petrarca* y la *Beatriz* del *Dante*.

El influjo de la Fornarina fue, por decirlo así, el principio de una nueva era para la pintura, y sobre todo para aquella parte del arte acaso la mas importante de todas, la del idealismo en la realidad; esto es, aquel sentimiento religioso y moral á cuyo impulso debemos las obras maestras de la escuela italiana.

El sentimiento del ideal existía ciertamente en los cuadros ó en las estátuas de las escuelas que han precedido á la de Rafael, pero existian en el estado místico. El tipo austero y meditativo de las Vírgenes de Duccio, de Cimabue, de Masaccio, no era sino la personificacion de la vida ascética; y al ver sus semblantes pálidos y sérios, sus miembros agudos y huesosos, se conocen las austeridades de la penitencia y las vigilias de la contemplacion. En las *madonas* de Rafael se halla un orden de ideas perteneciente á mas completa inspiracion. Rafael es otro Pigmaleon: ha sabido idear y trasladar al lienzo la belleza abstracta, la mas pura de la forma humana, al mismo tiempo que da á esta belleza un alma, foco celeste de todas las virtudes; en una palabra ha sabido enlazar el estilo con la espresion moral. Esta idealizacion de la materia habia sido en vano intentada para representar á la madre de Dios, hasta que Rafael llegó á prendarse de la Fornarina.

Aquella mujer llegó á ser, por decirlo así, el genio protector de la pintura; las Vírgenes que Rafael pintaba participaban de sus graciosos contornos, de sus formas tan castas y tan positivas á la vez que no nos cansamos de admirarlas. Cuantas veces ideaba una Vírgen revestida de todas las bellezas terrestres, ya fuese *María* ó *Galatea*, la imagen de Fornarina se interponia siempre entre su idea y su pincel, y la modesta hija del panadero (1) se representaba incesantemente á la ardiente imaginacion del artista.

El que quiera formarse una idea de lo que fue aquel amor, que se represente la posicion de Rafael y la de Fornarina. Cuando Rafael vió aquella mujer tan amada, era ya reputado por uno de los principales pintores que habian existido, y era tal la admiracion hácia sus obras, que le hubieran conducido en triunfo al capitolio y como al Petrarca le hubieran coronado. Como Rubens era apreciado por los grandes, y á su imitacion vivia como príncipe (*moda pittore, moda príncipe*) en el palacio que se habia hecho construir. Su nombre era pronunciado por todos, y su imagen debia ser venerada en el corazon de una multitud de ilustres señoras romanas. ¿Y cómo olvidar la que le habia visto aquella noble y hermosa cabeza, aquel semblante en el que se reflejaban las mas bellas cualidades del corazon? Hallábase dotado de aquella modestia y de aquella amenidad que se encuentran en los hombres que á una gran dosis de talento saben unir una afabilidad y una dulzura de costumbres que de repente agradan y que jamás pueden olvidarse. La Fornarina, pobre plebeya, no poseia mas que su belleza; pero ¡cuan grande era preciso que fuese esta belleza para que Rafael la elevase hasta él! ¡Con qué ardor debia amarla! En cuanto á ella, debió prendarse del artista con aquel amor esclusivo y sin límites que caracteriza á las mujeres romanas: Fornarina fue pues el ídolo de Rafael; se mezcló en todos sus ensueños, y se colocó en todas sus creaciones.

Ved aquella divina mujer de formas juveniles en pié sobre la concha marina que la sirve de carro y rodeada de dioses y tritones. No es ni Tetis ni Anfitrite; es *Galatea* á quien ha prestado Fornarina las proporciones esveltas y elegantes de su cuerpo, y su semblante cándido, animado por un sentimiento de voluptuosidad. ¿Quereis ver un admirable tipo de la fé sin límites, de aquella devocion inflamada que no puede equivocarse? Vedla en la *Transfiguracion*. En el primer plano aquella figura de mujer arrodillada en el suelo y manifestando á un niño el milagro que se opera á sus ojos; aquella mujer es tambien Fornarina. En todas partes se la vé; así en los altares como en las paredes de los palacios de sus Mecenas, sean estos papas ó príncipes. Rafael manifestó á todos la imagen de su amada Fornarina, el ideal de todas sus concepciones. En el pabellon del jardin del palacio de Borghese se vé un retrato pintado al fresco por Rafael; este retrato representa á Fornarina; en la galeria Borghese se conserva otro. Pero el retrato mas verdadero, el mas auténtico es el que se halla en el palacio Barberini. Es una figura de medio cuerpo, notable por cierta estrañeza de estilo; está desnuda hasta la cintura, y levanta hasta su seno finos y trasparentes

(1) Habiendo hablado en el Semanario del domingo anterior de la vida y obras del gran Rafael, parécenos oportuno el completar aquella noticia con la relativa á la célebre beldad que tan grande influjo ejerció en el alma de aquel artista.

(1) *Fornarina* se deriva de *Fornaja*, panadera.

ropages: se la vé sentada debajo de un emparrado, y rodeada de flores: una especie de turbante cubre su cabeza. En el brazo izquierdo lleva un bracelete sobre el cual se lée: Raphael Urbinus. Noble y vigorosa italiana de tez morena é igual, recuerda por la amplitud de sus formas, las mas hermosas Venus de la antigüedad. La nariz es un poco ancha, pero los ojos son grandes y llenos de fuego; la frente vasta é inteligente; el color de la cabellera de un castaño que tira á rubio claro. Parece que los maestros de las escuelas de Italia han conservado el gusto tradicional de sus antepasados los poetas romanos que estimaban en tan alto grado los cabellos dorados; el *flavam comam*. Horacio, Ovidio, Prepercio, Catulo, al cantar en sus inmortales versos los nombres y la hermosura de las Pyrrhas, de las Jagaunas y de las Callidias no se han olvidado de alabar el admirable color de la cabellera de sus amadas.

En la tribuna de la galeria de Florencia hay otro retrato de mujer que ha querido atribuirse á Rafael, y considerar como el de la Fornarina, pero no es sino una invencion de D. Antonio Rafael Mengs que grabó aquella pintura, y quiso por este medio dar voga y celebridad á su obra.

Si en el dia nos es poco menos que seguro el conocer el rostro de la mujer que tanta influencia ejerció en el corazon del gefe de la escuela romana, justo es decir que nada ó muy poco se sabe de su historia particular. En el siglo XVI se escribia poco; no habia entonces esa curiosidad inquieta que se apodera con avidez de los mas mínimos pormenores de la existencia de un hombre ilustre. La atencion se fijaba sobre cada una de las obras que salian de su taller; las admiraban con entusiasmo; pero el individuo respiraba tranquilo detras de su obra. El coronista se ocupaba de la vida productiva, y olvidaba los hechos de la vida privada. Esto es lo que casi siempre hizo Vasari. A Rafael por ejemplo nos le manifiesta niño en el obrador de su padre en Urbino; luego en la escuela de Perugino; le sigue de alli á Florencia, á Roma y á otras ciudades que enriqueció con sus obras maestras; pero se contenta con describirlas, y calla sobre la vida privada del pintor.

Si los detalles de la historia de Rafael nos son tan desconocidos, con mayor razon deben serlo los de Fornarina. Muy poco es lo que sobre este particular nos revelan las tradiciones populares de Roma. Su verdadero nombre nos es desconocido, pero se sabe la calle en que habitaba. Inmediato á un puente que conduce á la *Strada Balbi* se vé una casita vetusta que sirve aun de despacho de pan, y que se conoce por *la casa Fornarina*; una lápida contiene las palabras italianas que acabamos de anotar, y parecen indicar bastante bien que en ella habitó la querida de Rafael. Situada en una calle casi desierta y en cuartel poco frecuentado, la mayor parte de curiosos viajeros se guardan de visitar aquellas ruinas cuya existencia apenas presumen.

Vense sin embargo algunos estudiantes alemanes que van á aquel lugar á cumplir una voluntaria peregrinacion; porque en aquel sitio fue donde *Rafael Sancio de Urbino*, jóven y lleno ya de talento, en el año 1508 yendo á casa del rico banquero Agusttino Chigi para quien estaba pintando las paredes de una capilla, vió por primera vez á la hermosa Fornarina que despachaba panecillos, (*pognettes*) en la tienda de su padre. Olvidóse en un momento de los frescos por concluir y los bosquejos comenzados, á pesar de los buenos consejos y amistosas amonestaciones de su protector. Las visitas matutinas del jóven pintor á la tienda del panadero se hicieron tan frecuentes y retrasaban tanto su obra, que despues fue conocida bajo el nombre de *Stanze di Rafael*, que Chigi impaciente por ver concluidos sus bosquejos no tuvo otro recurso para atraer al artista á su obrador que invitar á la hija del panadero á que viniese á habitar su palacio, lo que en efecto egecutó, y desde entonces el maestro, absorto de amor, continuó sin interrupcion sus trabajos empezados.

Fornarina no se separó jamás de Rafael, y permaneció á su lado hasta la muerte. Cuando este pintó los célebres frescos del Vaticano, Fornarina era su compañera inseparable, el genio inspirador que presidia á sus estudios. El papa no veia con placer la pasion del pintor á la hija del panadero, y la continua presencia de esta en el palacio le desagradaba. Un dia le preguntó con un énfasis y amargura difíciles de disimular: —¿Quién es esa mujer? —Si su santidad me lo permite, (contestó Rafael) le responderé que es *mis ojos*.—Calló el papa, y Fornarina continuó siendo el alma encarnada del artista.

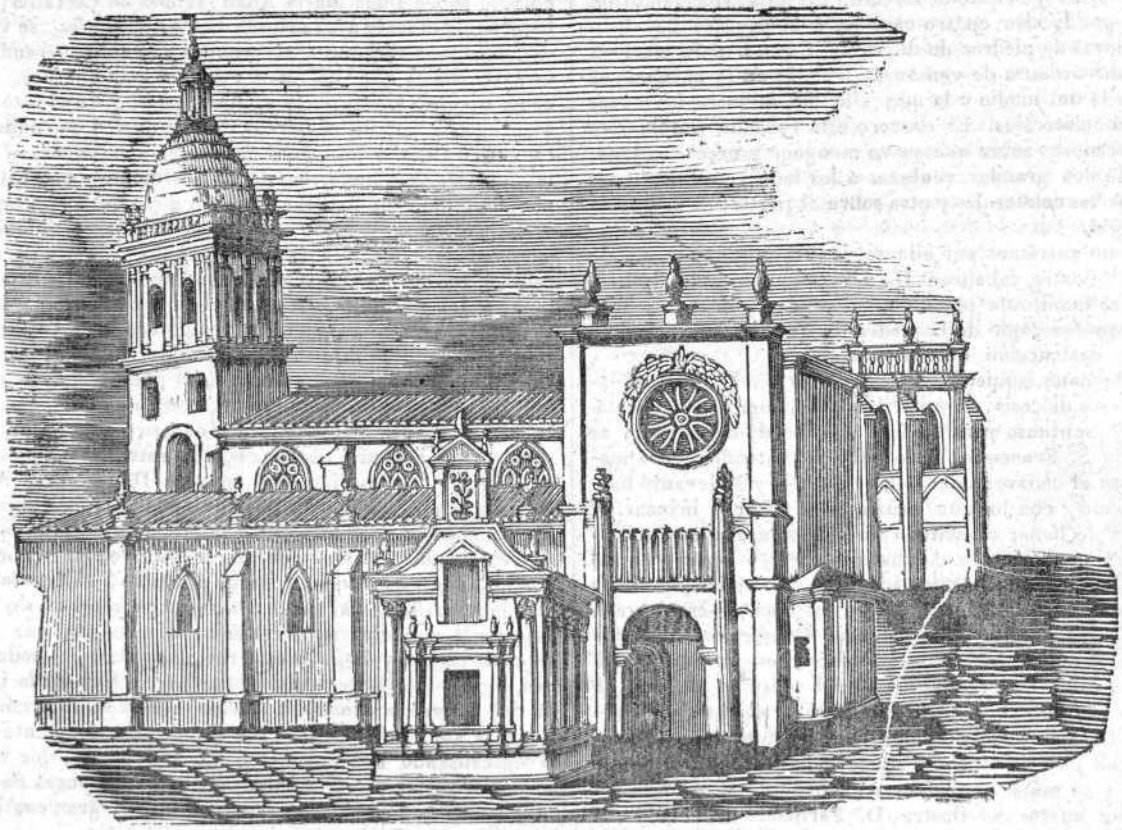
El mundo con el espíritu de injusticia que le caracteriza ha hecho pesar sobre esta mujer la desgracia que en la fuerza de la edad y del talento precipitó á Rafael en el sepulcro. Atribuyen su temprana muerte al abuso en los placeres del amor. Cuando vió que su fin se acercaba, hizo separar de su lado á su querida, y en sus disposiciones testamentarias la aseguró con que vivir decentemente: poco despues murió, y su muerte, como una calamidad pública, esparció el luto y la desolacion en toda Italia.

Es bien triste la historia de esos hombres, de esos raros ingenios cuya frente en la flor de la juventud se vé ya coronada de la brillante aureola de la gloria. Cuando se espera verlos llegar con la edad á una perfeccion infinita, verlos recorrer regiones á las cuales ninguna inteligencia ha podido alcanzar; deslumbran al mundo con una luz repentina, semejante á la de esos meteoros que aparecen sobre la tierra; pero esa luz se desvanece luego y desaparece de repente.

Iguales ejemplos nos presenta la historia de la música. Mozart, Weber y Bellini resplandecieron y murieron como Rafael. ¡Cuántos hombres ilustres víctimas de igual destino no encontraríamos en la literatura! Los pensamientos vivificantes, las poderosas creaciones, los trabajos de un espíritu de energia, parecen exigir una dilatada existencia, y apenas llenan el espacio de algunos años gloriosos, sí, pero febriles y deboradores. El espíritu demasiado ardiente desgasta su fuerza y su energia en perjuicio de la fuerza y la energia del cuerpo. El equilibrio indispensable entre el cuerpo y el espíritu se destruye para siempre, y la vida se estingue en medio de los mas sublimes esfuerzos. Estos hombres viven demasiado para vivir mucho tiempo.

Asi es como el amor de un hombre de talento hizo inmortal la belleza de una simple hija del pueblo; estraño capricho de la fortuna que dispuso que la imagen de una mujer sin nombre, humilde retoño de una familia plebeya, habitante de un arrabal oscuro y desierto, fuese para siempre el ornamento de los palacios y del genio. ¡Cuantas grandes princesas á quien pueblos enteros ensalzaron en vida, habrán envidiado el perpetuo *apoteosis* asegurado por el divino pincel de Rafael á la hermosura de Fornarina!

ESPAÑA PINTORESCA.



LA CATEDRAL DE CIUDAD-RODRIGO.

Cuando el rey de Castilla D. Alfonso VIII hubo restablecido la paz en su reino, despues que tomó por traicion el castillo de Zurita, trató de asistir á las córtes de Toledo para que tenia convocado gran número de títulos y prelados.

Por este tiempo que corria el año de 1170 divertíase el rey D. Fernando II de Leon en visitar sus estados y reparar las quiebras de la morisma, haciendo buenos oficios en remediar tantos males de que se dolian sus vasallos. Andaba la jente asombrada por las voces que se oian de que iban á acontecer muchas desgracias en aquel año por haber salido de su cauce el rio Tajo, llegando hasta la iglesia de San Isidro de Toledo, con grandes temblores de tierra que acompañaron aquellos pronósticos.

Y Don Fernando, que tenia muchos brios y fortaleza de ánimo, pasaba con grande dilijencia de unas ciudades en otras alejando el miedo por lo que contaban en Castilla. Sucedió que pasando el rio Tormes mandó levantar la villa de Ledesma que era la antigua Alcorisa, y un forajido portugués que tenia muchas noticias de aquel terreno, se acercó á él y aconsejóle que levantase la antigua Mirobriga para resistirse en las guerras contra los de su nacion, por ser en paraje muy defendido por la naturaleza y abastecido de mucha corriente de agua dulce.

Mandó el rey esploradores que reconocieron ser verdad lo que decia, y por su aviso reparó la ciudad que hoy se conserva con el nombre de *Ciudad-Rodrigo*, por el conde que la pobló, llamado de esta suerte.

Despues de algun tiempo llevó á esta ciudad el obispado de Calabria, ordenando que no se distinguirá por otro nombre, y que habia de recibir toda la antigüedad del primero, por lo cual siempre se distinguió esta silla con el nombre de calabriense, á la que se edificó un templo en el sitio mas alto de la ciudad entre las dos puertas del Rey y del Postigo. Su planta y asiento es en forma de cruz, y la obra de sillería bien labrada de tres naves sobre ocho pilares torales muy gruesos. Sus basas son de obra dórica y capiteles de obra corintia, formando las naves por lo alto cuatro capillas y el crucero de cinco cerraduras de piedras de diferentes formas. Para claridad tiene dos órdenes de ventanas, las mas en la nave mayor que es la del medio y la mas alta, las otras en las naves bajas ó colaterales. El crucero está rodeado por lo alto de corredores sobre que se ve menguar y crecer la luna, y tiene dos grandes ventanas á los lados encima de las dos puertas colaterales y otra sobre el pórtico de la puerta principal.

Como entramos por ella se ve un sepulcro en donde yace el ilustre caballero D. Alvaro Alfonso de Robles, segun se manifiesta por un rótulo conservado en las historias que se copió de la piedra de que ha sido perdido por la destruccion de tantos años.

A la mano izquierda yace el Sr. D Pedro Diaz, obispo de esta diócesis, á quien iban á exponer en un cenotáfio muy suntuoso para cantar el oficio de difuntos; y se apareció S. Francisco, y sucedió que estendiendo la mano sobre el cadáver dijo: — levántate — y se levantó bueno y sano, con lo que comenzó á saltar y brincar. Y despues de haber resucitado vivió treinta dias en los cuales predicó al pueblo é hizo penitencia: apenas corrió esta época cuando fué llamado otra vez á juicio, y relata la fama que no le aprovecharon los dias de esta nueva vida porque estaba ya condenado. Conservanse las circunstancias principales de este suceso en un lienzo pintado en que aparece el entierro del obispo y el acto de volver á la vida, adornado con todo el aparato que correspondia á la ceremonia que iba á ejecutarse.

Sigue el sepulcro del noble caballero Albar Perez Osorio y su mujer Doña María Pacheco, y cerca de ellos están los huesos del ilustre D. Fernando de Toledo que fueron traidos de tierra de moros allende el mar, donde peleó muchos años contra los infieles.

Sigue una pizarra con un letrero que dice «aquí yace la ilustre Marina Alfonso que llamaban la coronada» enterraron á esta señora en un sepulcro adornado con gran lujo, y construido de muchos mármoles y otras piedras que se han perdido por el curso de tantos años y la turbacion de los tiempos. Era de nacion portuguesa, y cuenta la fama que hizo cosas muy difíciles y estrañas sobre las que hay una mas estraña que las otras, y es que supo guardar su castidad hasta que le llegó su última hora. En fuerza de cuya propuesta sacan los argumentos de que habia sido requestada por un mancebo hijo mayor del Señor de su tierra, mozo que pretendia en el hervor de sus amores la satisfaccion de sus deseos, siguiéndola en el campo cuando iba sola. Sucedió un dia que viéndose los dos en el campo, por guardar y conservar su castidad respetando mas el valor de su limpieza que á la florida juventud, gallardía y nobleza del hijo de su Señor, le mató, quebrantándole con grande ánimo la cabeza con un carzillo que en las manos tenia. Luego despues de lo cual como que habia hecho una muerte subió en una yegua y se vinó á España. Era dama de mucha hermosura y lumbre de discrecion.

En medio de la nave mayor está el coro de nogal muy vistoso, llevando en la cornisa de la nave cuatro estátuas que son del rey D. Fernando de Leon y su esposa, del obispo D. Domingo y la que está en frente es de S. Francisco que cuando pasó por esta ciudad á la de Santiago se asombraba la jente de ver un hombre metido en un saco, descalzo de pie y pierna, ceñido su cuerpo con una soga y un báculo para sustentarse, y como por aquel tiempo se cubrian las bóvedas, mandó el obispo retratarlo y ponerlo sobre el otro pilar de enfrente.

A la otra parte de la iglesia habia en lo antiguo un epitafio sobre Doña Maria Adan, señora de Cerralbo, que habiéndole muerto á su marido D. Sancho Perez, se vistió de gerga y se ciñó con cinco vueltas una soga, jurando no quitarla hasta que no fuere vengada esta muerte. Mas como no tenia de su parte á quien acudir para el reto, hizo pregonar por las comarcas de esta ciudad que endonaria toda su hacienda y daria su hija en matrimonio al que la vengase. Corriendo dias llegó finalmente un caballero portugués llamado Estevan Pacheco que salió á la vengar y retó en el campo á cinco caballeros del linaje de Garcilopez, matadores de D. Sancho, de los que solo comparecieron dos. Señalado el lugar peleó con ellos delante de la justicia, y los venció uno á uno en el sitio llamado de S. Francisco, que conservó largo tiempo una cruz en memoria de este suceso renovada por última vez en tiempo de D. Felipe IV. Despues cumplióse el plazo del desafio sin que los otros contrarios viniesen, con lo cual recibió este caballero el premio que alcanzó con su valor digno por sus prendas y honra de ser contado entre los hidalgos de Castilla, en lo que vino muy gustosa Doña Maria Adan con condicion que de allí adelante habia de sustentar el bando contra Garcilopez como lo hizo. En seguida quitó dos vueltas de las cinco con que se habia ceñido, por ser dos los contrarios que habian perecido, siendo tal su fortaleza que llevó las restantes hasta su muerte sin comer pan á manteles ni vestirse de otra suerte que con sacos de jerga, y hoy dia está retratada de este modo en una figura de relieve que hay en la sepultura en la iglesia del convento llamado la Caridad donde se enterró.

A la salida de la iglesia por la parte de occidente está descansando Francisco Gonzalo Maldonado, que no se pudieron gastar en sus honras arriba de 12 onzas de cera por mas que estuvieron ardiendo un dia gran cantidad de hachas, y muchas órdenes de velas.

Conforme se sale por esta puerta se tropieza con los muros de la ciudad, y desde los que se registra toda la estension de la torre sembrada de cicatrices que hicieron las bombas mientras duró el sitio de los franceses. Por esta parte y cabe la iglesia hay una plazuela con un monumento en memoria de aquella guerra, que es un cenador á manera de los que se estila pintar en los paises de los abanicos. Rodéale gran frondosidad de árboles y rosales que se secaron apenas los habian enterrado en la tierra, adornados con muchos asientos que han destruido ya las lluvias.

J. A. G.

En el artículo «descubrimientos de Baena» inserto en las entregas 50 y 51 hay las erratas siguientes:

Pág. 398, col. 1.ª, línea 51, donde dice DEIDO, léase DEICO.
Id., col. 2.ª, línea 8., donde dice *Eneo*, léase *Cneo*.
Id., col. 2, línea 39, donde dice *Stroszianos*, léase *Strozianos*.
Id., id., línea 49, donde dice *su*, léase *sus*.
Pág. 401, col. 2, línea 2, donde dice *Pampilonenses*, léase *Pompilonenses*
Pág. 402, col. 1.ª, línea 1.ª, donde dice *cada cual la diferencia de personas por medio de sobrenombre*, añádase antes libertos: antes bien de ilustre orígen. Establezcamos etc.
Pág. 402, col. 1.ª, línea 19, donde dice SVBSCHRIPSI, léase SVBSCRIPSI.
Pág. id., col. id., línea 22, debe estar con letra comun y no bastardilla.
Pág. id., col. id., línea 52, donde dice *Capóndulas*, leáse *Capéndulas*.
Pág. id, col. 2, línea 5, donde dice *nos impone* léase *nos imponen*.
Pág. id., col. id., línea 56, donde dice *en octubre*, léase *en noviembre*.
Pág. id, col. id., línea 63, donde dice *solictó* léase *solicitó*.
Pág. id., col. id., línea 63 y 64, donde dice *inspeccion de Andalucia* léase *inspeccion de Antigüedades de Andalucia*.
Pág. id., col. id., línea 68, donde dice *han vencido*, léase *ha vencido*.
Pág. 403, col. 1.ª, línea 1.ª y 2.ª, donde dice *libertos, antes bien de ilustre orígen. Establezcamos en mejor cortadas*, léase *mejor cortadas, contando de antemano, etc.*

CAJA DE AHORROS DE MADRID.

A continuacion ofrecemos un estado demostrativo de las operaciones de la caja de ahorros de Madrid desde 17 de febrero (dia de su instalacion) hasta fin del año último (1). No dudamos que al recorrerle nuestros lectores experimentarán un vivo placer por mirar establecida ya y popularizada entre nosotros la institucion mas previsora y verdaderamente noble de este siglo. El pueblo de Madrid al acogerla tan favorablemente ha dado una prueba mas de su sensatez y virtudes, y por consecuencia de ellas *mil ciento cincuenta y un individuos*, ó familias, han sabido poner á cubierto de la disipacion, y llevar á este depósito comun de sus economías *un millon trescientos veinte y nueve mil ciento cincuenta y nueve rs.* Suma verdaderamente admirable, si se considera el corto espacio de cuarenta y seis semanas que cuenta la caja, y lo difícil de arraigar una institucion de esta clase en un pais en donde desgraciadamente escasea la confianza por causas bien notorias.

Nótase igualmente en el estado que las demandas de devolucion son infinitamente menores que las imposiciones, pues que solo han consistido en 92,461 rs. 12 maravedises en todo el periodo que comprende el estado, y aun de las 162 demandas solo 70 fueron por el completo de la suma impuesta; las demas solo fueron por una suma á cuenta de mayor cantidad existente.

En la designacion por clases de imponentes se observa el mismo órden lógico y natural que ya en otras ocasiones hemos hecho notar, de las necesidades respectivas.

Esperemos, pues, confiadamente que en el año entrante esta institucion recibirá todo el aumento que su importancia reclama, y que el ejemplo de la capital del reino cundirá generalmente en las de provincia, como ya en algunas se ha verificado.

Para que lleguen á apreciarse por nuestros lectores las ventajas que ofrece la caja á la economía de las familias, y puedan aprovecharse de ellas en el año entrante, nos parece oportuno presentar aquí una tabla sinóptica de la progresion de capital é interés acumulado; escogiendo para ejemplo la cantidad menor que admite la caja que es *una peseta semanal*, y calculando su aumento en treinta años. Esta tabla puede servir de base tambien para los que impongan mayores cantidades, multiplicando las sumas por igual número al de las pesetas impuestas. Por ejemplo, si la imposicion semanal es de un duro, la suma total multiplicada por cinco será al cabo de treinta años la cantidad de 59,519 rs. 14 mrs.

Producto de una peseta impuesta semanalmente con el interés de 4 por 100 acumulado al capital al cabo de 30 años.

	Rs. vn.	mrs.
Al fin del año 1.° se ha convertido en	212	8
2.°	432	32
3.°	662	17
4.°	901	9
5.°	1.149	18
6.°	1.407	26
7.°	1.676	11
8.°	1.955	20
9.°	2.246	2
10	2.548	5
11	2.862	10
12	3.189	1
13	3.528	28
14	3.882	8
15	4.249	25
16	4.631	33
17	5.029	16
18	5.442	30
19	5.782	29
20	6.320	»
21	6.785	2
22	7.268	23
23	7.771	23
24	8.294	26
25	8.838	27
26	9.404	20
27	9.993	»
28	10.604	32
29	11.241	13
30	11.903	30
Cantidad impuesta en los 30 años	6.240	»
Se ha convertido con el interés acumulado en	11.903	30
Ha ganado	5.663	30

(1) En adelante solo insertaremos un estado al fin de cada año.

Estado *demostrativo de la caja de ahorros de Madrid desde el 17 de febrero hasta fin del año de 1839.*

Dias de recibo	Cantidades depositadas.	Número de puestas.	Nuevos imponentes.	Cantidades devueltas.	Número de pagos.	Pagos por saldos.
Domingo 17 de febrero.	19.214	112	112	,,	,,	,,
24 ,,	34.629	163	131	,,	,,	,,
3 de marzo.	36.186	193	98	2.088 ,,	3	3
10 ,,	28.832	169	64	,,	,,	,,
17 ,,	29.606	165	40	,,	,,	,,
24 ,,	21.172	134	21	40 ,,	1	1
31 ,,	24.102	117	26	532 13	2	2
7 de abril.	23.861	170	34	,,	,,	,,
14 ,,	26.325	166	34	100 ,,	1	1
21 ,,	20.526	139	23	,,	,,	,,
28 ,,	20.825	139	14	140 10	2	2
5 de mayo.	22.924	165	20	321 6	2	2
12 ,,	24.536	138	24	20 3	1	1
19 ,,	26.046	144	19	2.401 26	9	9
26 ,,	22.936	149	16	,, ,,	,,	,,
2 de junio.	32.862	168	20	320 26	2	2
9 ,,	20.763	136	13	2.818 20	1	1
16 ,,	34.298	153	18	,,	,,	,,
23 ,,	28.241	159	23	932 9	2	1
30 ,,	27.039	159	17	756 ,,	3	,,
7 de julio.	27.049	172	9	4.136 ,,	3	,,
14 ,,	24.906	157	16	2.646 11	5	2
21 ,,	23.750	142	11	2.045 ,,	2	,,
28 ,,	21.360	138	11	487 2	3	2
4 de agosto.	35.348	166	18	290 ,,	4	,,
11 ,,	32.008	166	25	2.090 20	5	2
18 ,,	26.340	153	14	2.294 5	7	3
25 ,,	22.978	117	9	101 9	1	1
1 de setiembre.	23.356	137	14	432 26	3	1
8 ,,	30.000	165	12	4.962 29	5	4
15 ,,	29.423	157	12	480 2	4	1
22 ,,	27.457	149	15	1.478 10	5	1
29 ,,	27.123	158	6	8.495 18	7	3
6 de octubre.	44.732	177	29	5.402 16	6	4
13 ,,	24.395	152	8	5.432 7	9	2
20 ,,	30.939	158	14	190 ,,	2	,,
27 ,,	40.162	186	21	3.062 20	5	2
3 de noviembre.	35.487	169	15	234 ,,	2	,,
10 ,,	33.812	173	17	8.036 3	8	1
17 ,,	37.150	157	22	6.640 ,,	6	,,
24 ,,	26.739	140	5	7.379 ,,	10	5
1 de diciembre.	30.082	157	12	651 ,,	4	3
8 ,,	34.087	148	15	1.229 29	3	1
15 ,,	37.582	176	18	3.301 5	5	3
22 ,,	42.185	154	21	2.568 ,,	5	,,
29 ,,	35.786	168	15	7.923 27	14	4
	1.329.159	7.130	1.151	92.461 12	162	70

CLASES DE IMPONENTES.

Menores de ambos sexos	342
Hombres	523
Mujeres	216
Total de imponentes existentes en el dia	1.081

Estos, los hombres, se subdividen en las clases siguientes:

Domésticos	118
Artesanos y jornaleros	84
Empleados	103
Militares	74
Otras varias clases	144
	523

Resulta, pues, que el capital impuesto en las 46 semanas del año, ha sido de rs. vn. 1.329.159
Las devoluciones han sido de. 92.461 12

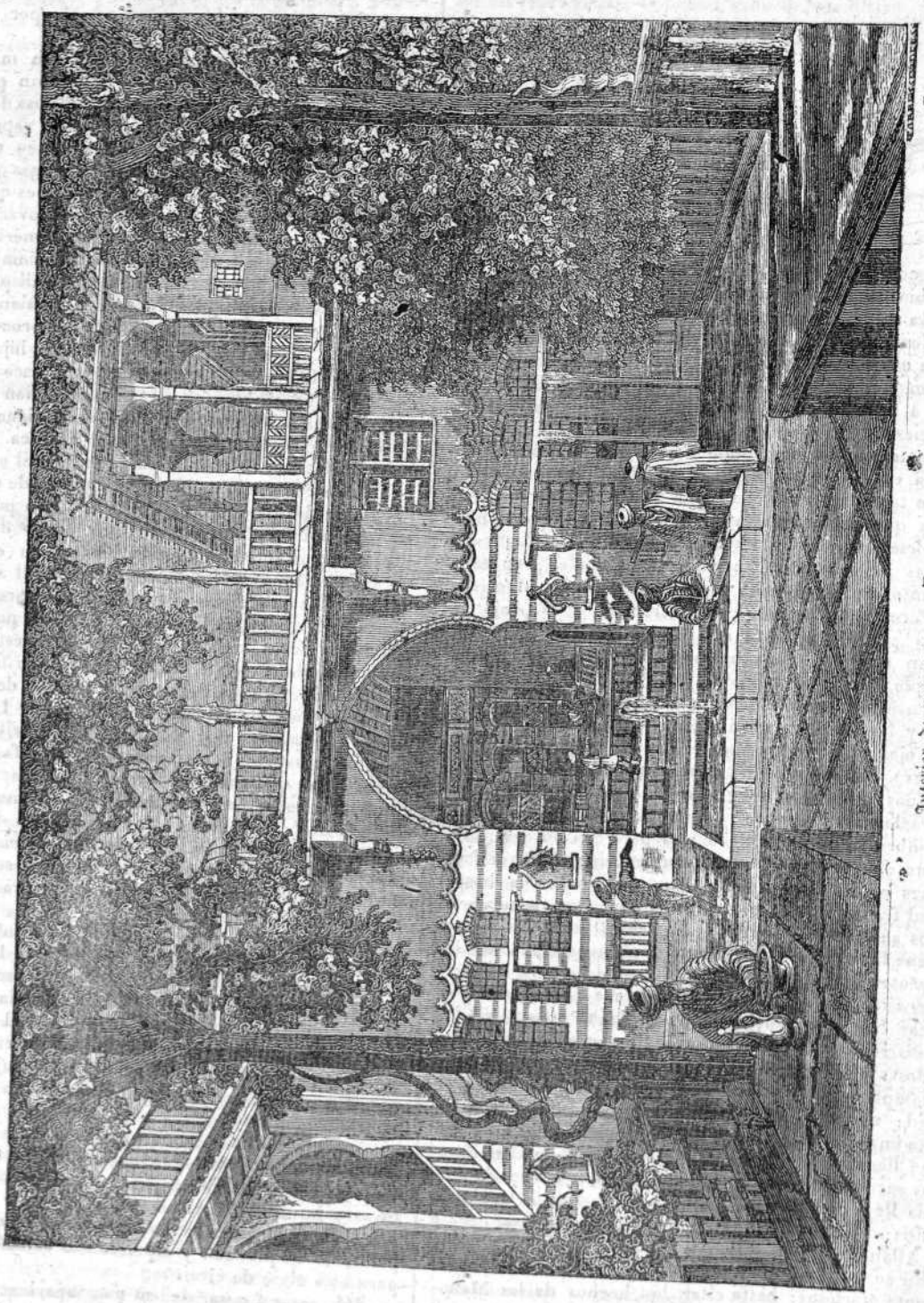
Queda en fin de año un capital existente de. 1.236 697 22

El número total de imponentes ha sido de. 1.151
Se han separado en el año por saldo de sus libretas. 70

Quedan en fin de año. 1.081

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.

COSTUMBRES TURCAS.



Interior de una casa en Damasco.

COSTUMBRES DE LOS TURCOS.

Interior de una casa en Damasco.



No es fácil formarse una idea exacta de las costumbres de un pueblo, que, aunque visitado continuamente no nos es apenas conocido; cuyo idioma han desdeñado los orgullosos sabios como el lenguaje de una nacion bárbara; y sobre la cual por consecuencia poseemos muy pocos datos infalibles. Unos han alabado en extremo á los turcos; otros no han querido ver en ellos mas que unos hombres crueles, fanáticos é ignorantes que han llevado el hierro y el fuego á la hermosa patria de los Pericles y de los Demóstenes.

Seguramente que cuando humea aun la sangre derramada en los heróicos esfuerzos de la nueva Grecia, cuando tantas lágrimas se vierten aun en memoria de los héroes que perecieron en aquella lucha; y cuando pueden oirse los cánticos lastimeros de los *Miriologos* con que las mujeres moraitas suavizan su viudez, no es el momento mas á propósito para disculpar á los otomanos.

Pero seria injusto considerar á estos bajo el mismo punto de vista que á los pueblos europeos. No son una verdadera nacion, sino mas bien un ejército que vivaquea sobre el campo de batalla. Ellos gobiernan los paises sometidos como una tierra conquistada, y los tributos que imponen á los súbditos no son á sus ojos mas que un rescate (los llaman *rescate de las cabezas*). En los griegos, armenios y judios no ven mas que unos pueblos subyugados. Y ¿qué interés pueden inspirarlos unos hombres á quienes no conocen sino bajo el nombre de *perros*? Soberbios para con los extranjeros, no deponen su exterior orgulloso sino con aquellos á quienes reciben como huéspedes, y entonces la hospitalidad franca y generosa que los conceden recuerda las de los antiguos patriarcas. Su caridad hácia los pobres no tiene límites, y está bastante bien demostrada por los numerosos establecimientos que llevan el nombre de *Karvanserals*. Cada señor emplea una parte de sus rentas en edificar hospicios, dotarlos, ó al menos construir á las inmediaciones de un camino árido fuentes sombreadas por frondosas arboledas. Con la admirable hospitalidad de los tiempos primitivos han conservado asimismo la mayor piedad: nunca sucede que un musulman emprenda un asunto importante sin haber antes dirigido al cielo su plegaria; lleno asi de confianza en la bondad de Dios espera los sucesos con una santa resignacion, y cuando la desgracia llega á atacarle, en vez de derramar lágrimas, humilla su frente entre el polvo, y se consuela al pensar que Allah lo ha querido asi.

En cuanto á su destreza en la guerra sus títulos son bastante gloriosos: basta citar los hechos de los Mahometos, de los Solimanes, y de aquellos guerreros á los cuales no pudieron resistir ni los esfuerzos desesperados de Paleologo, ni el brillante valor de los caballeros de Rodas, ni la audacia de los valientes italianos que comandaba Minotti. Si los turcos modernos distan en este particular de sus antepasados, no es porque carezcan de esfuerzo, sino porque en el dia en que la sangre fria y el calculo han reemplazado al ardiente valor de los antiguos, y deciden la suerte en los combates, los ejércitos otomanos mal disciplinados, sin táctica, y con una artillería débil y mal organizada no pueden luchar con las naciones europeas, que si los vencen es solo por estas ventajas.

Su gobierno en tiempo de paz es aun mas ruinoso. Un déspota débil ha gozado hasta aquí de un poder ilimitado para hacer mal; la venalidad escandalosa de los cargos públicos al que dá mas por ellos; ministros rapaces; sacerdotes ignorantes y fanáticos que no tienen otra pasion que el espíritu de cuerpo; tales son las plagas que minaban poco á poco el imperio otomano. Verdad es que sus últimos soberanos han ensayado inútiles innovaciones; pero algunos han pagado con su cabeza esta temeridad, y solo por medio de un horroroso deguello fue como Mahamud pudo deshacerse del cuerpo de genízaros dispuesto siempre á sublevarse. Despues introdujo tambien otros cambios en las costumbres de sus súbditos, procurando modificarlas á la europea, y por último su hijo y sucesor Abdul Medjid acaba de dar un gigantesco paso, concediendo á su pueblo una carta ó declaracion de derechos equivalentes á los que disfrutan las naciones europeas. En este momento, pues, en que se verifica tan notable transformacion, es cuando parece mas util el estudio de un pueblo cuya originalidad está á punto de desaparecer.

Fuera del tiempo de guerra, el turco parece olvidar en la tranquilidad de su retiro las penas de esta larga peregrinacion que llaman vida. Para él la existencia es un sueño dichoso que debe terminar en el sepulcro, un banquete cuyas delicias es preciso apresurarse á saborear. Grave, silencioso, indiferente á todos los pequeños intereses de la tierra, pasa la vida dulcemente estendido sobre los cojines de su sofá en medio de las odoríficas nubes de su braserillo de perfumes ó de su pipa de ambar. Saborea el rico de Moka, y el opio le transporta en sueños al paraiso de Mahoma donde brillan las huris de los ojos negros; ó bien para disipar su fastidio sus mujeres forman en torno suyo coros de danza acompañados de canciones voluptuosas y de la dulce armonia del laud. Terminada la comida hace las abluciones de estilo; dirige al cielo su plegaria cuando la voz del *muezim* se deja oir desde lo alto de los minaretes y se duerme en medio de los ensueños de amor y en los brazos de su bella esclava circasiana.

Las mujeres, aunque custodiadas con cuidado, sin embargo no estan absolutamente privadas da la libertad como lo aseguran algunos viajeros. En primer lugar se procuran una especie de independencia con la posesion de su dote que las pertenece en propiedad: el uso de la poligamia es tambien muy poco comun, sin embargo de que el Alcoran permite casarse con cuatro mujeres. Ademas que ellas saben muy bien vengarse de un marido infiel, gracias á ciertas mujeres judias ó jitanas que tienen libre entrada en los harems. Por medio de ciertas flores colocadas de un modo convencional pueden sostener una correspondiencia amorosa, y se citan afortunados aventureros introducidos en el terrible recinto á pesar de los penetrantes ojos de los eunucos. Los cementerios turcos plantados de plátanos y cipreses son célebres sobre todo para esta clase de citas.

Las casas á pesar de su poca apariencia recomendada por los peligros que rodean al que hace alarde de sus riquezas, estan por lo general magnificamente decoradas en lo interior. Hermosos patios rodeados de galerías

y adornados de fuentes; vastas habitaciones cubiertas con ricos tapices de Persia y artesonadas de maderas preciosas, suelos adornados de arabescos de oro y azul y de pinturas de flores; una sala de baños de cuyo centro se eleva un surtidor de agua que cae con dulce murmullo en estanques de marmol; ventanas que en aquel hermoso clima dejan un libre acceso al aire y á las aves, balcones adornados de tiestos de rosas y jazmines: vastos jardines adornados de alegres kiosques y bosquecillos, en que la lila, el laurel, el tulipan y los naranjos mezclan sus hermosos colores, y el céfiro se recrea en una atmósfera de perfumes; en el sitio mas retirado el solitario *harem*; tal es la bella mansion donde el musulman, y sobre todo el habitante de Damasco espera el dia en que se cumplan en él las promesas del Corán.

ECONOMÍA INDUSTRIAL.

VENTAJAS QUE RESULTAN DEL EMPLEO Y USO DE LAS MÁQUINAS.

Si se consideran las ventajas que resultan del empleo y uso de las máquinas económicamente, es decir, respecto á la mano de obra, la cuestion está resuelta de suyo favorablemente. Figurémonos la operacion de moler el trigo con un molino movido por el agua, y con un molide mano, segun lo ejecutaban los antiguos. Cualquier molino de agua puede moler al dia sesenta fanegas de trigo próximamente, operacion que para hacerse á brazo en un solo dia necesita ciento cincuenta hombres lo menos. Ahora bien, la caida de agua puede costar cincuenta reales al dia, y la mano de obra de aquellos hombres setecientos cincuenta, poniendo el jornal á cinco reales, que en muchos parajes habria que pagarlo á seis y aun á mas. La invencion de los molinos de agua, como existen generalmente, procura pues un ahorro ó economía de setecientos reales en cada sesenta fanegas de trigo reducido á harina, cantidad considerable respecto al valor del trigo. El precio del pan en consecuencia puede hoy dia ser comparativamente mas barato que en los tiempos antiguos.

Por consiguiente la ventaja de servirse de máquinas respecto á la economía es indisputable, y justamente es este el lado por donde se les ataca. Se dirá: es verdad que el trigo y el pan pueden comprarse mas baratos, pero tambien es verdad que se quita el pan y el trabajo á los jornaleros; el agua ofrece una economía considerable respecto á moler el trigo, pero en perjuicio de los molenderos á brazo, cuyo trabajo se suprime. He aqui los inconvenientes que se achacan á las máquinas, y que por estar acreditados en el vulgo nos parece muy del caso disipar.

Desde luego puede observarse que los artesanos á quienes reemplaza una máquina, quedan dueños de su tiempo y de su trabajo, y que por lo tanto pueden dedicarse y ocuparse, como realmente se ocupan, en crear nuevos productos. El consumidor, que se ahorra setecientos reales en la compra de harina, tiene siempre la misma renta anual, la misma suma de que disponer y que gastar, ó en sus comodidades, ó en consumos productivos que necesitan otra clase de trabajo, otra mano de obra en que se emplean los brazos sobrantes. Ademas, que estos mismos infelices, aunque esten algun tiempo sin trabajo se ahorran en mantenerse una tercera parte de lo que gastaban antes de haber máquinas, porque estas abaratan los productos. Por otro lado la produccion y el consumo abunda mas; las personas que trabajan y aun las ociosas se encuentran mejor provistas, y son mas ricas; si disminuyen los molenderos á mano, se aumentan en cambio los negociantes y los artesanos de otra industria; y por cada producto que necesita pocos brazos, hay ciento que necesitan en gran número.

Hay que añadir que las máquinas multiplican los productos intelectuales. Si no tuviésemos mas que el azadon para cavar la tierra, acaso seria preciso para mantener toda la poblacion del pais apelar á cuantos brazos se ocupan en las artes, en los oficios, en las ciencias, etc etc. La invencion pues del arado nos proporciona las artes, y permite destinar los bueyes y las mulas á las labores agrícolas, y los hombres á cultivar su talento.

No hay duda que ciertos productos tienen sus límites marcados, y que por ejemplo no se necesitan en un pais un número de sombreros mayor que el de las cabezas en que hay que ponerlos. Pero no se olvide que la produccion en general aumenta el bienestar, y este contribuye poderosamente á acrecer la poblacion, ya facilitando los matrimonios, ya prolongando el término medio de la vida: para convencerse de esta verdad no habia mas que comparar los datos estadísticos y el movimiento de poblacion en todas las naciones antiguas y modernas.

Pero aun dado caso que no se aumentase la poblacion, habia mas consumo en razon de que se comprarian productos nuevos con el sobrante que economizaban las máquinas; por consiguiente se aumentaria el bienestar. La palabra baratura es sinónima de abundancia, y cierto no seria gran mal que todos tuviesen un poco de todo. Llegará dia en que la industria y la produccion ayudadas mutuamente, aumentarán en gran manera la fortuna de las clases medias, y estas tendrán cierta opulencia en sus casas, en términos que todo el mundo gozará mayor número de comodidades.

Es seguro que la invencion de las máquinas lleva consígo ciertos disgustos y males pasajeros, momentáneos.

Cuando un producto escede las necesidades con gran desproporcion, es preciso saber dedicarse á otra industria, y los trabajadores no tienen ciencia infusa ni conocimientos para todo. Por otra parte, es muy penoso, y se acomoda mal con las necesidades diarias de estas gentes, un nuevo aprendizaje: tampoco se improvisan en el momento empresarios ni capitales para una industria nueva, y esta no prospera sino á fuerza de tiempo, con el cual llegan á tomarla gusto los consumidores.

¿Pero acaso estos motivos son suficientes para detener el progreso que va entrando por grados á las naciones en la carrera de la civilizacion, y que les proporciona bienestar y abundancia? ¿Seria esto comprender bien los intereses de las clases pobres, de los que mas sufren? Y deteniendo los progresos de la industria ¿no se haria un perjuicio y un daño mucho mayores á los mismos cuyas desgracias pretendia remediarse? Supongamos que

se hubiese estorbado en la vecina Francia la introduccion de las máquinas y tornos para hilar el algodon; ¿que habria sucedido? que no podrian fabricarse en estas clases de manufacturas mas que hilos y percales toscos, desiguales en su tegido y carísimos; Los extranjeros llevarian una inmensa ventaja, y se recurriria á la prohibcion de dichas telas, que es el remedio que generalmente está en moda; pero no pudiendo resirtir el contrabando un beneficio de veinte y cinco ó treinta por ciento entre el precio de dentro y los de fuera, la industria esterior surtiria totalmente de este artículo á la Francia, é imposibilitadas las fábricas de aquel pais de sostener la concurrencia, no se venderia una vara de percal hecho á mano. ¿Cuál seria entonces la suerte de la clase trabajadora?

El motivo mas poderoso de ilustrar estas cuestiones no es el de deliberar sobre la prohibicion ó el uso de las máquinas, sino desmostrar y hacer ver los errores y preocupaciones que en este particular existen, con el objeto de que no nos privemos de los beneficios positivos de semejantes instrumentos por temor ó por ignorancia.

El mal pasagero ó momentáneo que causa á los trabajadores la introduccion de una máquina, que economice muchos brazos, le atenuan mil circunstancias.

En primer lugar, las máquinas de esta especie son por lo comun complicadas y costosas. Un molino de trigo es un aparato de consideracion; una máquina para tundir paños, que reemplace á los tundidores de mano, cuesta cuarenta ó cincuenta mil reales lo menos; y cualquiera máquina de vapor la mas comun y sencilla cuesta todavía mucho mas. Añádase que como necesitan estas y casi todas gran cantidad de materiales para su trabajo, sobre lo crecido del coste, exigen ademas grandes anticipaciones; el número de personas que pueden comprarlas ó usarlas es por consiguiente muy reducido, y la lentitud con que se verifica la introduccion es de suyo un remedio para el mal que se preconiza.

En segundo lugar, la resistencia que oponen siempre la rutina y el temor de hacer innovaciones arriesgando un capital muy crecido, hacen que subsistan en gran parte y por mucho tiempo los procedimientos antiguos con preferencia á los nuevos; y asi es que la transicion en este concepto es lenta y por grados.

En tercer lugar, que á medida que las máquinas se multiplican y que la sociedad se perfecciona, es mucho mas difícil introducir estos procedimientos tan espeditos; en consecuencia ni las máquinas se aumentan al infinito, ni el número de brazos ocupados disminuye á cada instante. Las artes tienen cierto límite que no puede traspasar la fuerza bruta ó ciega de una máquina; por lo tanto hay ocasiones en que es indispensable el auxílio del hombre, y en que ningun otro motor puede reemplazar su inteligencia, su raciocinio y su discurso.

En cuarto lugar, que proporcionalmente hablando, no hay mayor número de artesanos desocupados donde abundan las máquinas que donde escasean. Apenas se conocian en Inglaterra las máquinas en tiempo de la reina Isabel, y sin embargo fue entonces cuando se creó el arbitrio ó contribucion para los pobres, que ha servido para aumentarlos. Las clases trabajadoras que hoy se quejan mas son las de los paises donde no se han introducido aun estos miserables y espeditos medios de fabricacion, como por ejemplo en Polonia. En la China se hace todo á brazo, y los artesanos se mueren de hambre. Hay ciertos claros, por decirlo asi, inevitables en los trabajos mecánicos y en las manufacturas, pero no hay que echar la culpa de ello á las máquinas. Todos cuantos productos industriales se conocen estan espuestos á grandes riesgos ó inconvenientes, que son resultados de la demanda ó del consumo, cualquiera que sea el modo como se fabriquen. En los paises en que todo se hace á brazo falta por cierto el trabajo, pero es para las máquinas no para los hombres.

Aun hay mas. La introduccion de las máquinas favorece ó los mismos trabajadores cuyo trabajo se cree que suprimen, pues la esperiencia acredita con hechos, que el número de los consumidores aumenta en una proporcion infinitivamente mayor que la que guarda la disminucion de los valores mismos. A veces la baja de una cuarta parte del precio en cualquier género dobla el número de compradores, mayormente cuando el sistema que se emplea en la fabricacion es espedito y breve, como sucede con las máquinas; por manera que se consigue hacerlo mejor y mas barato.

Tenemos un buen ejemplo en la prensa de imprimir. Los libros hoy dia sobrepujan infinitamente al número de manuscritos que se conocian en lo antiguo, y cuestan mucho menos; y así es que aunque esta máquina tan espedita haga por un lado con un solo operario el trabajo de doscientos copistas, multiplica por otro los libros, y las artes y manufacturas que son consiguientes, á saber: el grabar los punzones, el abrir las matrizes, el fundir los carácteres, el fabricar el papel, operaciones que cualquiera que las haya presenciado habra visto el número de personas que en ellas se ocupan. Auméntanse todavia los que abrazan la profesion de autores, de correctores de pruebas, de encuadernadores, libreros, etc., etc., y se verá si esta máquina en vez de privar de trabajo á los artesanos á quien reemplaza, no centuplica el número de personas que en lo antiguo se ocupaban en semejante género de industria.

F. M.



VIAJES.—PORTUGAL.



EL PALACIO DE MAFRA.

A cuatro leguas de la embocadura del Tajo, las montañas del Cintra declinan hácia el Oceano; allí se eleva con magestad el suntuoso palacio de Mafra cuyo edificio representa el grabado.

El palacio, el inmenso convento y la iglesia de Mafra fueron construidos en el reinado de Juan V para cumplir el monarca con el voto que habia hecho por el nacimiento de un heredero; y los tres edificios debidos al talento de un arquitecto extranjero y hermoseados con pinturas y esculturas ejecutadas por artistas de diferentes naciones forman el mas magnífico monumento de Portugal.

La ereccion del palacio de Mafra introdujo en aquella nacion el arte de tallar y cincelar la piedra con una delicadeza estremada, y proporcionó asimismo el descubrimiento de bellísimos mármoles en la montaña de Cintra y en las carreras de Pero Pinheiro. Piedras de mármol de todos colores y de una rara magnificencia se emplearon en aquellas obras, elavoradas con la misma perfeccion que si fuesen en madera: siendo de admirar sobre todo las columnas, los capiteles de mármol encarnado y negro que decoran tres de los principales altares.

La nave de la iglesia no corresponde á la idea de grandeza que hacen formar su mesa cuadrada y su frontispicio imponente, imitacion aunque imperfecta del de S. Pedro de Roma. En el vestíbulo que llaman la Galilea y en varias capillas, se ven colocadas hasta cincuenta y ocho estátuas de mármol de Carrara, algunas de ellas de un trabajo esmerado. El palacio está rodeado de un parque, de jardines, y de un bosque cerrado, reservado para la caza (la tapiada de Mafra), el cual tiene tres leguas portuguesas; cuyo terreno antiguamente cultivado y en el dia entregado á los javalíes, á los ciervos y á los venados, ha sido usurpado á la agricultura. El rey D. Juan VI de Portugal padre de D. Pedro y de D. Miguel habitó el palacio de Mafra antes de partir para el Brasil: complacíase en aquella residencia verdaderamente la única digna de un soberano en Portugal; habia empezado á embellecerla, y se proponia amueblarla con una riqueza igual á la magnificencia de las habitaciones.

El reinado de Juan V (de 1705 á 1750) será eternamente grato á la memoria de los portugueses. Hacia algunos años que Portugal se hallaba en guerra con la Francia: el rey enviando sus plenipotenciarios á Utrecht hizo firmar el tratado que restituyó la paz á ambos reinos. Portugal entonces empezó á gozar de una seguridad completa sin tomar parte en las agitaciones de los demas estados de Europa. Juan V se abstuvo de levantar tropas, y economizó la sangre de sus súbditos: consideran-

do la guerra como un azote horroroso. Mas seducido por el aspecto de grandeza y opulencia que Luis XIV habia impreso á su siglo, animó acaso demasiado las artes superfluas, y concluyó por dar á su trono un falso brillo.

En los últimos años de su vida se vió atacado de una estremada languidez: cedió á España la colonia del Santísimo Sacramento en cambio de algunas poblaciones del Paraguay. Entregado entonces á las prácticas de una devocion minuciosa descuidó los negocios políticos. Constantemente se manifestó riguroso observador de la justicia. Amó las bellas letras, y fundó la Academia real de la Historia de Portugal, ramo de literatura siempre glorioso y brillante en la antigua Lusitania.

Voltaire escribió con su tono burlon que todas las festividades de Juan V eran procesiones, y todos sus edificios monasterios. Mafra es un testimonio evidente de esta verdad y sin duda el monarca conocia á fondo las costumbres de su pueblo: sabia que las poblaciones de la península aman las ceremonias en que brilla el oro y la purpura, en que el incienso perfuma los aires; y que el portugués lo mismo que el español, gusta de las solemnidades piadosas en que el alma parece elevarse hacia el criador. Por otra parte ¿á quien sino al espíritu religioso debemos los mas suntuosos monumentos, las mas nobles magnificencias? La fé sola ha producido objetos grandiosos, y cuando se vé á un pueblo desprenderse de toda creencia, puede asegurarse sin vacilar que marcha hácia su ruina: el abismo se halla abierto ante sus pasos, y en su corazon solo le resta impotencia, disgusto, miseria y desesperacion.

ESTUDIOS MORALES.

EL AMOR.

Entre las pasiones que al hombre asedian ninguna seguramente puede disputar la preferencia á la del amor, porque nuestros primeros padres conocieron ya sus efectos, esperimentaron sus rigores, y entraron en averiguaciones que la civilizacion sucesiva hizo mas profundas, aunque sin fruto. De aqui nace que no hay espresion en nuestro idioma que, despues de haber merecido tantos exámenes y definiciones, haya dejado un campo tan vasto para entrar á discurrir por ella con la misma libertad que si nada se hubiese edificado sobre los infinitos cimientos sentados por ingenios felices que dejaron correr sus plumas en los momentos en que acaso miraban sus almas víctimas de impresiones violentas.

La corrupcion de las costumbres y el abuso que la sociedad ha hecho hasta de las instituciones de naturaleza, que por traer un orígen tan venerable debieron respetarse, son causas en que apoya la mala inteligencia, la siniestra interpretacion dada al amor para envolver en la oscuridad del crímen al sentimiento mas grato de nuestra existencia, al móvil de las acciones del hombre, y al que dispone en fin hasta de sus procederes asi en lo político como en lo moral. El verdadero amor nada tiene en sí que no sea puro; y no alcanzamos como en un siglo en que se presume vivir bajo luces mas claras de inteligencia y saber que las que brillaron en otras épocas, se proscriba por algunos entes ridículos una voz en que fundan la destruccion de las costumbres, y presagian la ruina de sus hijos.

Por amor no solo entendemos la pasion que mueve á los dos sexos inspirando deseos voluptuosos, ni es posible sujetar á tan estrecha órbita una espresion que comprende mayores ideas y es susceptible de una estrema latitud. Llámase amor vulgarmente el torpe deseo, á los lascivos impulsos y á las imágenes lúbricas que asaltan á la imaginacion en los diferentes periodos de la vida humana; y bajo la salvaguardia del amor se disfraza la infame y mezquina pasion del interés, la descompuesta ambicion de honores, y hasta los brutales deseos. ¡Con qué energia asegura un jóven haber inspirado el amor á una belleza y rendídola á sus obsequiosas palabras! ¡con qué calor pretende pintar á sus amigos el triunfo debido á su mérito ó cuando menos á su inteligencia! ¡Insensato! ¿y podrá la sociedad oir sin rubor tan vana jactancia? ¿Qué otra cosa presentan muchas de nuestras tertulias, que imbecilidad de unos y despego á la naturaleza de los otros, codiciosos de hallar la felicidad donde al fin existe su ruina?

Entre la aridez de cumplidos impertinentes ¿puede llamarse amor á la fingida solicitud con que un galan aparenta rendirse á los pies de su señora, sin que seguramente le obligue á ello otra idea que la de un criminal pasatiempo para vanagloriarse despues al mostrar inscrito un nombre mas en el catálogo de sus conquistas? Imposible es contemplar con impasibilidad estas escenas tan repetidas en la sociedad, y que se desprecian cual nimiedades, sin premeditar que llevan envueltas en sí mayor transcendencia que la que aparentaban en sus primeros efectos. El amor que nace de la inclinacion entre dos personas de diferente sexo, no es en nuestro sentir un simple afecto motor de deseos que satisfechos estinguirian aquel pasagero ardor, y por consiguiente nos hallamos discordes con los que asi opinan.

El amor fué venerado entre los antiguos como una divinidad, porque opinaban que á su abrigo se perfeccionaban las almas ilustres de nacimiento siendo emprendedoras de grandes acciones, y por ello era esencial en los caballeros andantes el servir á una dama á quien como á un ser superior dirigian todos sus sentimientos y dedicaban sus acciones. ¡*Ah, si mi dama me viese*! decia Floranes trepando á los muros en un asalto. Sin embargo la juventud inesperta debe prevenirse contra los delirios que ocasiona el amor cuando degenera en frenesí. Su acceso es dulce y risueño: su perspectiva parece la de la felicidad; pero mil amarguras se esconden entre sus engañosas caricias y de aguzadas espinas están cubiertas las rosas que el mismo hace nacer. El amor impuro no nos lisongea sino para tiranizarnos despues cruelmente, de suerte que el filósofo Cratés aseguraba que una vez poseido el hombre de esta pasion, solo podia desvanecerla una de tres cosas, el hambre, el tiempo ó el cordel, aunque destinaba á los locos esta última receta.

Hasta aqui hemos tratado del amor que se fomenta entre dos personas capaces por su posicion de poderse agradar; pero aun conocemos otra clase de amores que si no tan violentos, tienen asiento en el corazon y se afianzan con profundas raices.

El amor conyúgal nos dá una idea completa de ello, y en los repetidos ejemplares que tenemos de él, se funda este dictámen. Preguntando á Valeria, dama romana y jóven todavía, porque rehusaba recibir un segundo esposo, respondió, *porque el primero no ha muerto sino para los otros; el vive y vivirá siempre para mi.* Prueba de amor conyugal es la que dieron las mujeres

de Winsperg en 1138 en que el duque de Witemberg que se opuso á la eleccion del Emperador Conrado III fué encerrado en aquella ciudad viéndose despues obligado á ceder á la fuerza. El Emperador hizo gracia á las mujeres de que saliesen libres cada una con la carga que mas estimase, y la varonil esposa del Duque aprovechándose de esta ocasion tomó á su marido sobre sus hombros, y lo mismo las demas mujeres á los suyos, enterneciendo tanto á Conrado que los perdonó á todos.

Camma mató con un veneno á Siñorix príncipe de Galacia porque este asesinó á su esposo Sinato. *Erigone* de Macedonia que mató al usurpador del trono Arquelao porque dió muerte á su marido Learque. *Pantea*, mujer de Abradate rey de Lusiana que se mató viendo muerto á su marido en el campo de Ciro. *Artemisa* que edificó el célebre Mausoleo á su marido Mausolo, tomando en bebida sus cenizas para darle sepultura mas tierna, y otros infinitos ejemplos de heroismo conyugal que pudiéramos citar, á no temer incurrir con la dilacion de este artículo en el desagrado de nuestros lectores.

El amor fraternal ocupa tambien un lugar muy preferente entre nuestras pasiones. ¡Que dulzura no hay en mis pensamientos; decia Valerio Máximo: nosotros hemos sido formados en un mismo seno y recibidos en una misma cuna: nosotros hemos dado á los mismos parientes los dulces nombres de padre y madre; ellos han hecho por nosotros unos mismos votos, y la gloria que tenemos de nuestros antepasados es una misma. Una mujer es querida, los hijos son amables, los amigos apreciados; pero como no conocemos todos estos objetos de nuestra afeccion sino durante el curso de nuestra vida, los sentimientos que nos animan por ellos no pueden tener el fondo de los que han nacido con nosotros.

El amor paternal, el amor filial y la amistad nos darian materia para estendernos hasta lo infinito, pudiendo decir mucho de el síncero amor ó afecto sencillo que engendra la amistad, y de la que no puede sustraerse quien tenga ideas. «El hombre enteramente solo, decia el ilustre Canciller Bacon, es aquel que no tiene amigos. El mundo no es para él sino un vasto desierto y un lugar de destierro y tristeza en que habita con los animales errantes.»

Asi entendemos el amor, y asi le juzgamos en los diferentes estados y colores con que se nos dá á conocer. Por mas reflexiones contradictorias que pretendamos hacernos, hallamos en él una sublimidad y una grandeza que otros desconocen. Cada cual, segun comun sentir, vé los sucesos del mundo de distinto modo, y en este caso confesamos, que el lente con que le examinamos, es favorable á los principios que defendemos.

A. DE I. Z.

LENORÁ,

(Balada Alemana) (1).

Lenorá se levanta al rayar el dia: está libre de sus tristes sueños:—«Wilhelm! eres infiel, ó no existes? ¿Cuánto tiempo vas á tardar aun?»—Se habia ido á la batalla de Praga, siguiendo al rey Federico, y desde entonces no habia habido noticias suyas.

El rey y la emperatriz, cansados de sus sangrientas querellas, apaciguándose poco á poco, hicieron al fin la paz; y... clings clang... al son de las trompetas y de los timbales, cada ejército volvió á sus hogares, coronándose de alegres guirnaldas.

Y en todas partes y sin cesar, en los caminos, en los puentes, jóvenes y viejos hormigueaban para ir á su encuentro.—«Loado sea Dios!» esclamaban muchos hijos, muchas esposas.—«En buen hora vengas!» ¡esclamaba mas de una novia. Pero, ay! solo Lenorá aguardaba en vano un saludo y un beso.

Ella recorre por todos lados las filas: en todas partes pregunta. De todos cuantos han vuelto, no hay uno que pueda darle noticias de su querido. Helos que ya van lejos; entonces, arrancándose los cabellos se tira al suelo, y se revuelca con delirio.

Su madre acude. «Ah! Dios te ampare! ¿Qué es eso, pobre hija mia?»—y la estrecha entre sus brazos.—O madre mia! ha muerto! ha muerto! perezca el mundo y todo! Dios no tiene piedad! Infeliz! Infeliz de mi!—Dios nos ayude y nos perdone! Hija mia, implora á nuestro Padre; lo que el hace está bien hecho, y jamás nos niega su socorro—O madre mia! madre mia! os equivocais... Dios me ha abandonado; de que me han servido mis oraciones? de qué me servirán ya?»

—«Dios mio! tened compasion de nosotros! quien conoce el padre sabe tambien que no abandonará á sus hijos; el Santísimo Sacramento calmará todas tus penas. —O madre mia! madre mia! el fuego que me devora nada hay que pueda apaciguarlo... ningun sacramento puede volver la vida á los muertos.»

—«Escucha, hija mia, quién sabe si el pérfido habrá formado otras relaciones con alguna jóven extranjera?... Olvidalo! anda, que no tendrá buen fin! y las llamas del infierno aguardan su muerte.

—«O madre mia! ó madre mia! muertos están los muertos; lo que está perdido perdido, y la tumba es mi único recurso. Ojala no hubiese nacido nunca! Antorcha de mi vida, apágate, apágate en el horror de las tinieblas! Dios no tiene piedad.... Oh! que desgraciada soy!...»

—«Dios mio! ten piedad de nosotros. No entres en juicio con mi pobre hija: ella no sabe el valor de sus palabras.... no se las cuentes por pecados! hija mia, olvida los pesares de la tierra; piensa en Dios y en la felicidad eterna; pues te queda un esposo en el cielo.»

—«O madre mia! qué es la felicidad? Madre mia, qué es el infierno?...La felicidad se halla donde está Wilhelm, y el infierno donde él no está! Apágate, antorchra de mi vida, apágate en el horror de las tinieblas! Dios no tiene misericordia....Oh! que desgraciada soy!»

Así la fogosa desesperacion despedazaba su corazon y su alma y la hacia insultar la providencia de Dios. Ella se lastimó el pecho, ella se retorció los brazos hasta el ocaso del sol, hasta la hora en que las estrellas doradas resbalan suavemente en la bóveda del firmamento.

Pero que ruido suena por de fuera.... Trap! trap! trap!.... es lo mismo que el paso de un caballo. Y despues parece que se desmonta un ginete con un rechinar de armaduras; sube los escalones.... Oid! oid! la campanilla ha silbado dulcemente... King ling gling!... Y al través de la puerta ana voz grata habla de esta manera:

«Ola! ola! abreme, hija mia! ¿Velas; niña, ó duermes? Piensas siempre en mí? Nadas en alegria ó en llanto?—Ah! Wilhelm! eres tu, tan tarde por la noche?....

(1) Esta bellísima balada es una de las mas populares de Alemania. Su autor es Burger, y la célebre madama Stael la cita en su obra sobre la Alemania. La traduccion que ofrecemos á nuestros lectores está hecha directamente del aleman, habiéndose procurado conservar su enérgica sencillez.

velaba y lloraba... ¡Ay! he sufrido cruelmente.... De donde vienes en tu caballo?

—«No montamos á caballo mas que á media noche y vengo del fondo de la Bohemia: por eso he llegado tan tarde para llevarte conmigo.—Ah! Wilhelm! entra primero aquí, pues oigo silbar al viento en la selva. Entra, querido mio, para que te estreche entre mis brazos.»

—«Deja silbar al viento en la selva, niña: que importa que el viento silbe? El caballo escarba la tierra; las espuelas resuenan: no puedo quedarme aquí. Ven, alma mia, calzate; salta á las ancas de mi caballo: pues restanos que andar cien leguas para precipitarnos en el lecho nupcial..»

—«Ay! como quieres que andemos hoy cien leguas para precipitarnos en el lecho nupcial? La campanada de las once está vibrando todavía.—Mira, mira como brilla la luna.... Nosotros y los nuestros vamos de prisa: apuesto á que te llevo hoy mismo á mi habitacion.»

—Dime pues donde está tu habitacion, y como es tu cama de novio.—Lejos, muy lejos de aquí.... Silenciosa, húmeda y estrecha, seis tablas y dos tablillas.—Hay sitio en ella para *mí*?—Para nosotros dos. Ven, alma mia, sube á las ancas; el festin de la boda está preparado, y los convidados nos esperan.»

La muchacha se calza, toma vuelo y salta á las ancas del caballo; cruza sus manos de azucenas al rededor del ginete que ama; y luego adelante.. Hop! hop! hop!... asi resuena el galope.... Apenas respiraban caballo y ginete y bajo sus pasos chispeaban los guijarros.

O ¡cómo á la derecha á la izquierda volaban á su paso los prados, los bosques, y los campos ¡como resonaban los puentes debajo de ellos! «¿tiene miedo mi niña? brilla la luna....—*Hurra*! los muertos van de prisa. Tiene miedo de los muertos?—No, pero deja á los muertos en paz!»

«Que significa allá abajo ese ruido y ecos cantos ¿á donde vuelan esas bandadas de cuervos? Escucha.... es el ruido de una campana: son los cantos de los funerales.—Tenemos un muerto que enterrar.»—Y la turba se acerca con acompañamiento de cantos que semejan los roncos acentos de los habitantes de las lagunas.

«Despues de media noche sepultareis ese cadaver con todo vuestro concierto de quejas y cánticos siniestros: yo llevo á mi esposa, y os convido al festin de la boda. Ven, Sorchantre; adelántate con el coro, y entona el himno del matrimonio. Ven, sacerdote ¡nos echarás la bendicion para echarnos despues en el lecho nupcial.»

Han cesado cánticos y quejas.... el ataud ha desaparecido: sensible á su muerte, ved ahí á la turba que les sigue.... *Hurra* ¡*hurra*! aprieta los hijares del caballo, y despues adelante.... ¡Hop! hop ¡hop! asi resuena el galope.... Apenas respiraban caballo y ginete, y bajo sus pasos los guijarros chispeaban.

O ¡cómo á la derecha, á la izquierda volaban, á su paso, los prados, los bosques, y los campos ¡y como á la izquierda, á la derecha volaban las aldeas, las villas y las ciudades! «¿tiene miedo mi niña? brilla la luna... *Hurra* ¡los muertos van de prisa. Tiene miedo de los muertos?....—Ah! deja á los muertos en paz.

—«Mira ¡mira! ¿ves agitarse al lado de esas horcas, aéreos fantasmas que platéa y hace visibles la luna? Bailan en torno de la rueda. Ea, pícaros, acercaos! cuidado con que se me siga y se baile la contradanza de la boda.... Vamos al lecho nupcial.»

Husch! husch! husch!... toda la cuadrilla se lanza trás ellos con el ruido del viento entre las hojas secas: y luego adelante... Hop! hop! hop!... asi resuena el galope. Apenas respiraban caballo y ginete, y bajo su paso los guijarros chispeaban.

O ¡cómo volaba, cómo volaba á lo lejos todo lo que alumbraba la luna al rededor de ellos!.... Cómo huian el cielo y las estrellas sobre sus cabezas! «Tiene miedo mi niña? brilla la luna....—Hurra! los muertos van de prisa.—Oh! Dios mio! deja á los muertos en paz!»

—«Animo, negro caballo mio, creo que canta el gallo: pronto estará pasado el arenal.... Siento el aire de la mañana. Caballo mio, apresúrate.... Concluida está nuestra carrera, el lecho nupcial está á punto de abrirse; los muertos van de prisa!... Henos ya aquí!»

Lánz se á rienda suelta contra una reja de hierro, toca ligeramente con la fusta.... Los cerrojos se quiebran, y las hojas se apartan gimiendo. El ímpetu del caballo lo lleva entre tumbas que aparecen por todos lados al resplandor de la luna.

Ah! mirad! en el mismo instante tiene lugar un prodigio espantoso: el manto del ginete cae pedazo por pedazo como yesca quemada: su cabeza no es ya mas que una descarnada calavera, y su cuerpo se convierte en un pálido esqueleto que tiene una güadaña y un reloj de arena.

El caballo negro se planta furioso, vomita centellas, y de repente.... ay! se sepulta y desaparece en lo profundo de la tierra; bajan ahullidos de los espacios del aire; levántanse gemidos de la tumbas subterráneas.... Y el corazon de Lenorá palpitaba de la vida á la muerte.

Y los espíritus, á la claridad de la luna se formaron en rueda á su alrededor, y bailaron cantando asi: «Paciencia, paciencia! aun cuando la pena destroze tu corazon no blasfemes nunca al Dios del cielo! Libre está ya tu cuerpo: ¡Conceda Dios el perdon á tu alma!»

A. C.

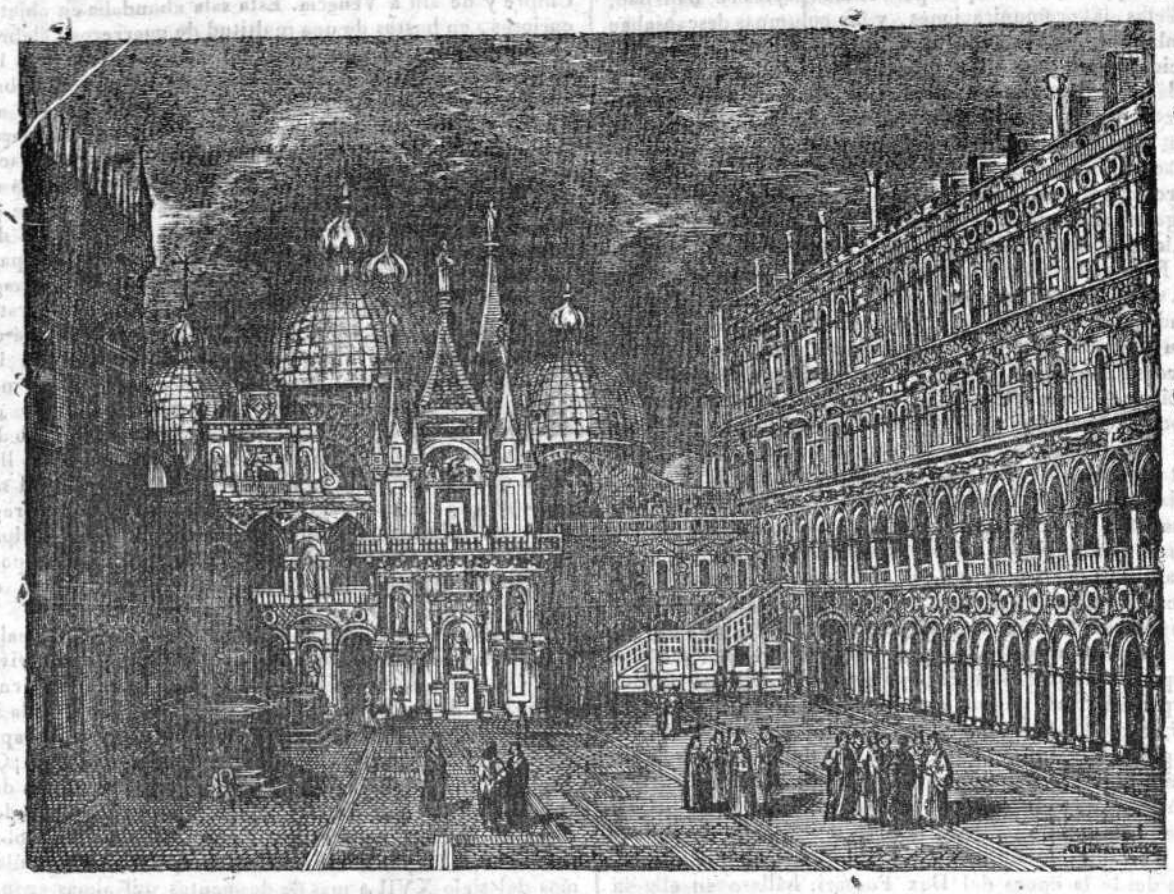
ADVERTENCIA.

Por falta de espacio en el número anterior no añadimos al estado final de año de la caja de ahorros, que en los cuatro meses desde principios de setiembre en que dimos el último, han asistido á auxiliar á los individuos de la junta directiva en los trabajos dominicales de la caja las personas siguientes.

Don José Segundo Ruiz.—D. José de Cafranga.—D. Manuel Gonzalez Allende.—D. José Antonio Ponzoa.—D. Nicolás Contreras y Lopez.—D. Joaquin Francisco Pacheco.—D. José Eugenio Eguizabal.—D. Manuel de Zarazaga.—D. Ignacio Perez Moltó.—Don Francisco Santander.—D. Andrés Caballero.—D. Santiago Tornamira.—D. Vicente Quadrupani.—D. José Eustaquio Moreno.—D. Manuel Tarancon.—D. Pedro Pidal.—El Conde de Vigo.—El Marqués de Montesa.—D. José Isla Fernandez.—D. Luis de San Clemente.—D. Francisco de Sales Mayo.—D. José María Monreal.—D. Antonio Campesino.—D. Basilio Castellanos.—D. Antonio Felipe Gonzalez.—D. José Ciudad.—D. Felix Sanchez Marin.—Don Pedro Sabater.—D. Ramon de la Sagra.—D. Sebastian de Torre.—D. Enrique de Vedia.—D. Manuel Bárbara.—D. Ramon Soriano y Pelayo.—D. Tomas María Zanon.—D. Rodrigo de Aranda—D. Joaquin Francisco Campuzano.—D. Ignacio Ortega.—El Marqués de la Roca.—D. Francisco Antonio Pando.—D. Bartolomé Santamarca.—D. Francisco de la Presilla.—D. José Garay.—Don Antonio Ondovilla.—D. José Agapito Real Rodriguez.—Don Luis María Pastor.—D. Juan Albisua.—El Conde de Santa Coloma.—D. Genaro Perez Villamil.—El Conde de Valmediano.—D. Juan Sala.—D. Vicente Pereda.—D. Juan Vela.—D. Genaro Sanz.—Don Ignacio Juez Sarmiento.—D. Juan Sevillano.—D. Fernando Fernandez Casariego.—D. José Argüelles.—D. Benito Serrano y Aliaga.

MADRID IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.

VIAJES. — VENECIA.



EL PALACIO DEL DUX.

La historia, la poesía y la pintura se han apoderado de Venecia, y nos han dado á conocer sus lagunas, sus gondoleros, su mar apacible y su hermoso cielo. ¡Quién no recuerda las cantigas de *Byron* en la melancólica peregrinacion de *Childe-Harold*! «Veo salir á Venecia del centro de las ondas, esclama, como si la vara de un encantador la hubiese hecho elevar en un momento; parece la Cibeles de las mares con su tiara de orgullosas torres, magestuosa en su marcha como la soberana de las aguas. Sus hijas tenian por dote los despojos de las naciones, y el inagotable Oriente derramaba en su seno la lluvia de sus tesoros. Revestida con la púrpura convidaba á sus banquetes á los monarcas que se engreian con tan distinguido favor. Aquellos tiempos dejaron de existir, pero la hermosura de Venecia permanece. Los imperios caen, las artes desaparecen, mas la naturaleza nunca muere. No ha olvidado aun Venecia cuan apreciada fué en otros tiempos; todavía es el centro de los placeres, la ciudad mas alegre de la tierra, el carnaval de Italia.»

Los acentos de Byron han tenido millares de ecos; todos los poetas de una y otra escuela han cantado las maravillas y magnificencias de Venecia. Nosotros aprobamos este entusiasmo por tan noble ciudad, y si algo reprensible encontramos en los viajeros y en los artistas, solo es el haber descuidado mucho los pormenores para manifestarnos el conjunto. Alaban los antiguos monumentos de Venecia, el palacio del Dux, los de Mocenigo, Pisani, Grimani, Barbarigo, d' Abresci, y ninguno

se ha tomado la molestia de describirlos. Tratarémos por hoy de llenar este vacio, al menos en lo concerniente al palacio Ducal.

El palacio ducal (cuya vista interior va al frente de este artículo) es un vasto edificio cuadrado de una arquitectura magestuosa. Por un costado se apoya en la ciudad, por el otro se halla descubierto, y dá sobre uno de los canales. La fachada principal es de marmol rojo y blanco. Así en lo interior como en lo esterior se ven pilares y columnas que forman pórtico; este pórtico antiguamente no estaba tapiado, de forma que por todas partes se hallaban, abiertas las comunicaciones, y las columnas descansaban tambien sobre sus pedestales; pero las frecuentes inundaciones obligaron á levantar el suelo de la plaza, y los pedestales quedaron enterrados, lo que hace bastante mal efecto para el cuerpo del edificio. Sobre la cornisa hay una barandilla compuesta de millares de columnitas. El palacio ducal es tan extraordinario como la iglesia de S. Marcos que está contigua, iglesia sumamente estraña y singular. Las parades del palacio estan adornadas de embutidos en mosáicos de diferentes colores.

Este edificio impuso por mucho tiempo respeto y terror. Allí residió durante cuatro siglos la inquisicion del estado; y las cabezas que el terrible tribunal hacía caer, eran generalmente espuestas en la tribuna esterior de S. Marcos. Los consejos y todas las oficinas de la administracion estaban situadas en el palacio ducal: las menos importantes ocupaban el piso hajo; las demas se elevaban por grados segun el órden de dignidades y poder hasta el piso mas alto, que le ocupaba el triunvirato de los inquisidores de estado. Inaccesibles en su retiro á ninguna otra persona que no fuesen los ejecutores de sus decretos, no veian ni aun á sus mas próximos parientes durante los cuatro meses que cada uno de ellos se hallaba en ejercicio. La famosa *boca de Leon* que se hallaba á la puerta de la habitacion de los inquisidores, ya no existe; pero se distingue aun en la pared la abertura que ocupaba. Las cárceles estaban separadas del palacio ducal por un canal que atravesaba el célebre *ponte dei sospiri*, y por el cual eran conducidos los presos al tribunal. Ningun ciudadano de Venecia se hallaba exento de la jurisdiccion de la inquisicion de estado, ni aun los mismos inquisidores, porque dos de ellos reunidos al Dux podian hacer perecer á su colega.

La puerta principal del palacio ducal, la *de la carta*, data desde la época del Dux Foscari; hállase en ella la estátua arrodillada delante de un leon alado con otras cuatro figuras que representan las virtudes de Foscari. Esta entrada conduce al patio interior, cuyo piso se halla enlosado con grandes piedras, y en su centro hay dos cisternas para el uso del palacio; al rededor de este patio hay una galería llamada *el Brodio*, donde los grandes de Venecia se reunian para tratar de los negocios de la república. De este modo se ponian al abrigo de las sospechas que hubieran podido ocasionar á los inquisidores de estado si su reunion se ejecutase en otro punto. Muchas estátuas adornaban aquel patio; la mayor parte de ellas traidas de Grecia. La escalera que conduce al segundo pórtico es de mármol blanco, y sobre esta escalera se verificaba la coronacion del Dux el dia siguiente al de su eleccion. En el primer piso y de trecho en trecho se ven cabezas de leon embutidas en la pared: á la izquierda hay una capilla dedicada á San Nicolás, notable por las pinturas al fresco del Ticiano. La primer sala inmediata á la escalera es la de las cuatro puertas, decorada con varios cuadros del Veronés; la pintura emblemática del cielo raso debida al pincel del Tintoreto representa á Júpiter conduciendo á Venecia en el Adriático. La sala de los diez, próxima á la de las cuatro puertas es el sitio en que se reunia el consejo, tribunal encargado de vigilar por la seguridad del estado, con poder absoluto sobre todos los ciudadanos; el cielo raso ofrece un magnífico fresco de Pablo Veronés, que representa á Júpiter lanzando sus rayos contra los vicios y un genio alado con un libro en la mano donde se inscriben los decretos.

La sala de armas inmediata al consejo de los diez ostenta sus puertas de cedro del Libano trasportadas á Chipre y de allí á Venecia. Esta sala abundaba en objetos curiosos, en bustos de una multitud de guerreros célebres en notables armaduras, entre las cuales se contaban las que Enrique IV de Francia llebaba en Arques y en Ibri, remitidas á Venecia por el mismo Enrique luego que ascendió al trono francés. Todos estos objetos desaparecieron en las últimas invasiones francesas y austriacas que concluyeron con la libertad y la independencia de Venecia. La sala del Escudo, se llamaba así porque en ella se veia suspenso el escudo de armas de la familia del dux reinante y conducia á una galeria, que servia de paso á la sala en que el dux recibia á los embajadores. La magnífica sala del consejo está adornada con todos los retratos de los dux pintados por Tintoreto. En el medio se vé un marco vacío cubierto por un crespon fúnebre, y se lee esta inscripcion: *Locus Marini Falieri decapitati*: en medio de todos aquellos hombres de estado, se halló un conspirador, Marino Faliero, decapitado sobre el atrio del palacio ducal. De esta sala se pasa á la del sufragio, llamada comunmente del escrutinio donde se reunia el senado para la eleccion de magistrados; abunda en fragmentos de pintura en que se ven delineadas las principales hazañas de los guerreros venecianos en aquella época en que Venecia se hallaba en el mas alto grado de esplendor.

No abandonemos á aquella ciudad y su antiguo palacio sin dar una mirada de tristeza sobre las ruinas vivas aun de la antigua y poderosa república, sin lamentarnos de su infortunio, de sus desgracias. Venecia vencida ha visto concluirse sus trece siglos de libertad, y va desapareciendo poco á poco de la escena activa del mundo. «¡Oh Venecia!, esclama Byron con amargura; tus palacios desiertos, tus calles solitarias, la presencia de tus vencedores, todo contribuye á esparcir una nube sombria sobre tus muros.» La poblacion de Venecia que ascendia á últimos del siglo XVII á mas de doscientas mil almas apenas sube hoy á ochenta mil habitantes, y este número disminuye con rapidez; el comercio, y los empleos oficiales, origen de la grandeza veneciana se acabaron; la mayor parte de las casas patricias se ven hoy desiertas, y no se veria ni una sola en pie si el gobierno alarmado con la demolicion reciente de setenta y dos palacios, no hubiese formalmente prohibido este triste recurso de la pobreza. Lo que queda de la orgullosa nobleza veneciana se halla confundido con los ricos judios sobre las márgenes del Brenta; y el nombre de *gentil uomo veneto* es lo único que nos ha quedado de ella. Finalmente, podria decirse de Venecia segun la espresion de la escritura que *muere todos los dias*: ¡triste y penoso espectáculo y poderosa leccion para el orgullo de los pueblos!

EPISODIO
DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA
EN 1809.

Cuando el primer cuerpo del ejército francés al mando del mariscal duque de Belluno pasó el Tajo cerca de Almaraz, mandaba yo una compañía de cazadores que precedia á la vanguardia, encargado de desembarazar el camino.

Entre los habitantes de la orilla opuesta de quienes tomaba noticias del pais, llamó muy particularmente mi atencion un hombre de estatura y forma colosales, que respondia á mis preguntas con una claridad y precision que me admiraron. Su traje, que era el de un simple arriero, descubria el cuerpo mejor formado que haya visto nunca. Me pareció tener mas de seis pies; su fisonomia, naturalmente morena, era al mismo tiempo dulce y grave: su órgano de voz tenia un no sé qué de seductor; en fin este modelo perfecto de la naturaleza era á mis ojos la imagen viva de aquellos famosos caballeros á quienes nada resistia en los torneos; y tal era el gusto que esperimentaba en preguntarle, y oir sus respuestas, que perdia de vista el objeto importante á que se dirigia la conversacion.

En esto llegó un oficial de estado mayor y le encargué de este arriero como un guia del que podia sacar un buen partido en aquel pais montuoso, á que parecia acostumbrado, y continué mi reconocimiento sobre el camino de Trujillo, ocupada la imaginacion de aquel ser, cuya inteligencia y esterior anunciaban otra cosa que un simple aldeano.

Habiendo tomado posicion en la tarde de aquel primer dia en las alturas, se me vino á anunciar que el guia que habia dado estubo por estraviar una columna, por lo que, habiendo sospechado de él, se le habia registrado, y encontrádosele instrucciones secretas del general en gefe español Cuesta.

Aunque no me sorprendió mucho esta noticia, no dejé sin embargo de manifestar un disgusto que no pude ocultar, porque no podia definir el sentimiento de atraccion que me habia inspirado un simple arriero, y este sentimiento se aumentó de tal modo, que cuando ví que arriesgaba su vida, resolví hacer todos mis esfuerzos para obtener su perdon.

Entonces era yo fiscal de uno de los consejos de guerra de aquel ejército, y me estremecia la idea de tener que ser el acusador del preso. En vano procuré verle; se le habia entregado á la guardia del cuartel general que se hallaba á dos leguas atrás.

Al dia siguiente entramos en Trujillo, ciudad que habia sido abandonada del todo al aproximarse una division de caballería llegada allí por la mañana. El mariscal hizo ocupar todas las posiciones que rodean aquel importante punto, estableciendo en aquella su cuartel general.

Combatido siempre por la fatal idea de que aquel hombre iba á ser juzgado, y por seguro condenado á muerte, me fuí á la cárcel donde le habian puesto. Estaba en una agitacion estremada, porque ninguna luz de esperanza podia disminuir mis mortales temores. Apenas me hubo descubierto, dió un paso hácia mí, abriéndome los brazos, á los que me arrojé sin poder proferir una sola palabra.

¡Cuanto me alegro de veros, Señor! me dijo, en muy mal francés, estrechándome contra su pecho..... estaba seguro de que si supieseis mi suerte me compadeceriais.

Era tal mi emocion que no pude responderle. «Bravo jóven, continuó, aquietaos, ved como yo estoy tranquilo... Sé, sin embargo, que vuestras leyes son terribles.... y que aqui tal vez debe acabar mi suerte..... oh! si siquiera yo fuera solo!»..... Y pronunció estas últimas palabras con acento penetrante.—«No desconfieis, le repliqué; mi corazon me dice que sois un hombre de honor, y os juro que haré todo lo posible para libertaros.—Bien es verdad, dijo él, que vuestras leyes!... Pero, (añadió estrechándome la mano, y tomando un aire decidido) habia hecho el sacrificio de mi vida, y sabré morir por mi patria.» Y como si estuviese solo, se paseaba á paso largo.... hablaba muy alto en español.... su produccion era animada, parecia inspirado, y dispuesto á hacer una accion heróica.» Se oirá, continuó, con una voz fuerte, y con el gesto y acento de la mas exaltada energía, se oirá este canto español, este canto de libertad, y mi voz será tan firme marchando á la muerte, como lo fue en los dias de victoria.»

No pude contenerme mas, y mis lágrimas corrieron copiosamente. Lo conoció el español, me cogió la mano, y me pidió papel y tintero para escribir á sus hijos. «Pero, díjele yo ¿que funesta inspiracion os hace entrever la muerte tan cerca? ¿estais pues en una posicion tan desesperada? Escuchadme! y prometedme responder con franqueza.... conozco todas nuestras leyes, soy indivíduo de uno de nuestros tribunales militares; puedo daros buenos consejos; habladme sin rebozo, y como hombre de honor.»

« Eh! que quereis?... ¿que podeis hacer por mí?... nada, pues que nada puede libertarme. Sin embargo, para corresponder á vuestra confianza, os prometo contaros mi singular vida.... ojalá os acordeis alguna vez del desgraciado Antonio (1).

Le dejé en efecto, sin darle tiempo de responderme, volando en casa de mi coronel el Baron Jamin, á quien referí todo lo que acababa de pasar; estando de tal modo afectado que le comuniqué mi emocion. Apenas habia acabado de hablar, me dijo, seguidme á casa del general Barrois para disponer los medios de librar á ese desgraciado.

Llegados en casa de dicho general repetí mi relacion. Abundando aquel en nuestros temores y en nuestras esperanzas, tuve la dulce satisfaccion de verle ir inmediatamente y volver un momento despues para anunciarme que el español no seria juzgado.... Estubo para írseme la cabeza de alegria, queria correr á la cárcel, mis piernas me sostenian apenas. En fin, llego á donde estaba aquel desgraciado...escribia..—Estais en libertad! esclamé.—¿Qué decis, amigo?.. Por dios, esplicaos!...—Si! estais en libertad, (repliqué) no sereis juzgado, y el mariscal consiente en no trataros sino como á un simple prisionero. Desde esta mañana sabia que se os iba á entregar á una comision militar, y el terrible resultado no habria sido dudoso!... «Pero, no ignorais, continué, la obligacion que acabais de contraer con el ejército francés.—Os entiendo, y os juro por los juramentos mas sagrados que nunca mas tomaré las armas contra la Francia.» Al anochecer nos separamos dejando para el dia siguiente la relacion interesante de su vida. En aquella misma tarde dí cuenta á mi coronel y al general de lo que habia pasado: mientras tan-

(1) He puesto este nombre por haber perdido en España mis apuntes adonde se hallaba el verdadero que aquel tenia, y me dijo.

to ellos mismos se habian ocupado de hacer una colecta que me encargaron de entregar á nuestro español, contando con ir á verle al dia siguiente.

Me reuní á mi batallon que habia vivaqueado junto á una puerta de la ciudad, y me regozijaba de llevarle al preso al otro dia el producto de la colecta, cuando se me dió en la noche la órden de marchar antes de amanecer. No tuve tiempo de ir á la cárcel; envié al preso por un sargento de mi compañia comestibles, y dinero.... El sargento me trajo de su parte los votos posibles por mi felicidad, y su nombre que escribió en una targeta.

Mucho fué mi sentimiento al marchar sin haber podido volver á ver á aquel hombre estraordinario, por quien me sentia tan interesado. Su historia escitaba vivamente mi curiosidad aumentada por algunas esclamaciones suyas. En fin, la certeza de haber contribuido á conservar la vida de un hombre que me habia inspirado tanto interés, me causaba un bien inesplicable.

El ejército nos siguió algunas horas despues; y el mariscal, no habiendo dejado en Trujillo mas que una corta guarnicion, reuniéndose á la vanguardia, marchaba á su cabeza sobre Medellin. Allí nos aguardaba el enemigo hacia tres dias, y tuvo lugar la accion tan sangrienta cuyo éxito es harto conocido.

En la noche de dicha accion me hallaba de guardia sobre el mismo campo de batalla, habiendo hecho recojer y traer á mi puesto muchos españoles heridos, á los que curaba de primera intencion un practicante de mi regimiento. Se hallaba entre aquellos un jóven como de catorce años, cuya fisonomía espresiva me llamó la atencion. Su cabeza estaba envuelta con un lienzo ensangrentado; su mirada arrogante era la de un valiente que sabe lo que manda el valor desgraciado, porque aproximándose me dijo en muy buen francés: «mi oficial, haced me den de beber, porque me muero de sed.» El tono imperativo de aquel jóven, que estaba vestido como un simple granadero, me admiró; sin embargo, yo mismo le dí de beber, y le hice curar, pues habia recibido en la cabeza siete ú ocho sablazos, aunque ninguna de las heridas era peligrosa.

Cada vez y cuando el cirujano cortaba los bordes de sus diferentes heridas le decia al jóven soldado: « amigo mio, os debo hacer mal, pero un poco de paciencia, pronto habré concluido.»—Continuad, Sr., respondia el jóven, sé sufrir; ojalá fuesen estos mis únicos padecimientos!.... ¿Teneis acaso otras heridas? le pregunté yo.—No; las heridas de que hablo son de aquellas que los médicos no saben curar; asi es que yo querria morir hoy.—Preciso es que seais muy desgraciado, díjele yo; vuestra situacion me interesa.... venid conmigo descansareis un poco, mañana estareis tal vez mejor,» y le conduje á mi vivac esperando que mas tarde podria aliviar la suerte de aquel jóven.

Aguardaba con impaciencia el dia siguiente por la mañana, y el momento en que pudiese renovar la conversacion con mi pobre herido; y tan luego como le hice tomar algun alimento, le estreché para que me diera pormenores sobre su posicion, ofreciéndole mis servicios. «Ah, mi oficial, me dijo, soy bien desgraciado!.... véome solo en el mundo.... ayer mis dos hermanos han sido muertos á mi lado, habiendo sabido por la mañana que nuestro padre habia sido cojido por los franceses que le habrán hecho pasar por las armas... nada mas tengo que me interese en el mundo, la existencia es para mí un peso.»—Procurando entonces consolarle, le pregunté si en primer lugar estaba bien cierto que sus hermanos hubiesen perecido: «demasiado lo estoy por desgracia, me respondió: han sido muertos por la misma bala.—Y vuestro padre—¿cómo sabeis que ya no existe? Lo hemos sabido por un testigo de su muerte. Mi padre, señor, era capitan de granaderos: era el hombre mas hermoso del ejército!! —A este elogio, pronunciado con entusiasmo, hice un movimiento de sorpresa que aturdió al jóven, y repitió con fuego, «si señor, el hombre mas hermoso de toda España; se le habia encargado por el general en gefe, su amigo, una comision secreta de una grande importancia.—¿Hace mucho que sucedió eso, le pregunté con precipitacion?—No señor, no hace más que ocho dias que nos dejó para ir sobre el Tajo. —Continuad.—Ayer mañana algunas horas antes de la batalla, un soldado que le habia acompañado, disfrazado como él en aldeano, vino á decirnos que se le habia escogido para guia de una columna francesa, pero que no conociendo los caminos habia estraviado la tropa; que se le habian sorprendido sus papeles, juzgándolo, y pasándolo por la armas en Trujillo.

Con trabajo podia contenerme, pues mis facciones se trastornaban visiblemente. ¿Cómo se llama vuestro padre? le pregunté, buscando la targeta que me habia traido el sargento que habia enviado á la cárcel de Trujillo.—Antonio.... me respondió. Este nombre era (1) el que estaba escrito en la targeta que le presenté, diciéndole, amigo mio, os aseguro que vuestro padre *vive* aun....—¡Vive!...—No creo que jamas esperimenté una emocion igual.... abrazé á aquel jóven, que olvidando lo que sus heridas estorbaban sus movimientos, se arrojó á mis brazos, pronunciando con transporte mis últimas palabras... ¡Vive!... «—Si, amigo mio, vuestro padre existe. Efectivamente fué preso, y habria esperimentado toda la severidad de nuestras leyes, si por una casualidad, de la que bendigo al cielo, no me hubiese inspirado un interés indefinible... El mariscal que nos manda le ha concedido la vida.... le volvereis á ver, y, sin perder un momento, venid conmigo, voy á tratar de haceros marchar á Trujillo.

Le conduje al carruage que iba á salir á aquella ciudad. Entre nuestros heridos reconocí uno de mis compañeros (Monsieur de Turckheim,) oficial del 2.° de húsares, y despues edecan del general Rapp, que se colocaba en un carro cubierto que salia pronto con el convoy, y le recomendé vivamente á mi jóven; el cual marchó en el, acompañándole mis recuerdos y simpatía.

Algunos meses despues tuve noticia de mis dos prisioneros, y que llegados á Madrid habian obtenido, por la mediacion de un edecan del rey, su libertad bajo palabra que no quebrantaron.

Despues acá no he sido tan dichoso para ver, ni para saber la suerte de unos seres que me habria sido muy grato volver á hallar.

Julio Marnier, (2) antiguo capitan de cazadores del regimiento número 24 de línea.

---

(1) Se repite aqui lo que en la nota anterior, de que tal nombre no es el verdadero, y si uno inventado solo con el fin de apoyar en él la referencia del acontecimiento.

(2) El autor de este artículo, casado en el dia con una señora de distinguida familia de la capital de las Andalucías, y coronel de estado mayor agregado al ministerio de la guerra, vive en París calle de San Honorato, número 368, y desearia saber si existe alguno de los individuos ó de la familia que son el objeto del mismo artículo; pues si bien la pérdida de su verdadero nombre parece ser un obstáculo, no menor que los años que han pasado, no obstante, por los hechos mismos que se refieren, y no tan fáciles de olvido, pueden reconocerse y comunicarle el aviso para honrosa complacencia del que les dispensó tan señalados servicios.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



SANTA TERESA DE JESUS.

Uno de aquellos seres á quienes se complace la divinidad en favorecer con cuantos dotes y sobresalientes prendas pueden caber en una criatura humana, sin hacerla ascender á la clase de los querubines del empíreo, uno de aquellos conjuntos de toda perfeccion que crea en el intérvalo de muchos siglos y en un momento de predileccion, para gozarse en su obra y presentarla al mundo como un recuerdo de su infinito poder y sabiduría, fue sin duda alguna Santa Teresa de Jesus que adornada con

el precioso velo de la virginidad, ciñó sus sienes con la corona de laurel que le merecieron sus escritos, y la hizo aparecer mas vistosa y brillante á influjo del puro resplandor de la aureola de gloria que supo atraer del cielo en torno de su cabeza.

Varios son los aspectos bajo que se puede considerar á esta mujer grande; como ejemplar de santidad y virtud, como reformadora de toda una orden religiosa, y como afamada escritora. En todos ellos apareció admirable á los ojos de la Europa entera; pero no permitiéndonos los estrechos límites de este artículo que nos hagamos cargo de estos tres títulos á cual mas honoríficos con la detencion debida, pasaremos rápidamente la vista por los dos primeros, reservando nuestra principal atencion á la elegante escritora, modelo del habla castellana y á la filósofa profunda.

Teresa de Cepeda y de Ahumada, reformadora de la orden de Carmelitas, en su primitiva observancia, nació en Avila el 12 de mayo de 1515, siendo fruto del matrimonio de D. Alonso Sanchez de Cepeda y de Doña Beatriz de Ahumada, ambos de calificada nobleza.

A los 20 años de su edad y en el de 1535 tomó el hábito en el convento de las Carmelitas de Avila, donde pudo entregarse totalmente á la austeridad de vida y contemplacion que tanto anhelaba. Fue tanto lo que adelantó en el camino de la virtud, que haciéndose incomprensible á la débil vista de los ojos humanos, fue tenida por ilusa y por hipócrita, y se trató de delatarla á la inquisicion y de exorcizarla como á poseida; pero Teresa salió victoriosa de tan singular pelea. Habiendo observado que no se seguia en el convento la regla monástica en toda su pureza, y no pudiendo tolerar por mas tiempo su espíritu de rectitud y clara ilustracion tales abusos y relajacion, meditó la gigante empresa de reformar la orden de Carmelitas, y despues de vencer inmensos obstáculos, echó los primeros cimientos de su reforma fundando en 1562 el convento de San José de Avila, donde se siguió la observancia de los antiguos padres del Carmelo. Increible parece que en solos doce años fundase diez y siete conventos. Con no menor rapidez y buen éxito hizo la reforma de los frailes, secundada por Fr. Antonio de Heredia, y el célebre por sus virtudes y talentos San Juan de la Cruz.

Habiendo dado feliz cima á su grandioso pensamiento, se dedicó Teresa á consignar por medio de preciosos escritos las pruebas de su claro ingenio y del amor divino y fervorosa religiosidad que la acompañaron hasta el seno del sepulcro.

Murió el 4 de octubre de 1582 á los 67 años de su edad y á los 20 despues de la reforma. Su cuerpo fue enterrado en el convento de Alba, donde se conserva en el dia. En 1614 fue beatificada por el pontífice Paulo V, y en 1622 solemnemente canonizada por el papa Gregorio XV.

Las córtes de 1617 y de 1626 la eligieron por patrona y abogada de estos reinos para invocarla en sus necesidades, y las córtes generales y extraordinarias de 1812 ratificaron esta disposicion en 28 de junio.

La escesiva modestia y humildad de nuestra autora nos hubiera privado del precioso tesoro de doctrina que encerraba su corazon, si las ilustradas personas que dirigieron su conciencia no la hubiesen obligado á revelárnoslo.

En 1562 escribió el discurso de su vida por mandato del P. Fr. García de Toledo. En el mismo año escribió por orden de su confesor el P. maestro Fr. Domingo Bañez *El camino de perfeccion*. En 1573, por mandato del P. maestro Fr. Gerónimo Ripalda, el libro de las fundaciones de los monasterios. En 1577 el castillo interior del alma, ó *Las moradas*, por orden del doctor Velazquez.

Por mandato de algunos superiores escribió los conceptos del amor de Dios sobre algunas palabras del cantar de Salomon, libro precioso, cuya pérdida debemos lamentar eternamente, pues fue condenado á las llamas por un indiscreto confesor suyo, que dejándose dominar de un acalorado celo contra las doctrinas que por aquel tiempo propalaba la heregía de Lutero permitiendo á toda clase de personas interpretar y esplicar las sagradas letras, creyó ver una falta grave, donde solo habia amor y respeto á la divinidad. Mas para consuelo nuestro se libraron de tan fatal determinacion algunas páginas de este escrito lleno de fuego, por haberlas copiado una monja y depositándolas en manos de personas ilustradas que las han transmitido hasta nosotros. Ademas de estos libros escribió unas Meditaciones sobre el padre nuestro, el libro sobre el modo de hacer las Visitas de los conventos, una admirable coleccion de Cartas, modelo del estilo epistolar, y otros varios opúsculos de menor importancia. El estilo de las obras de Santa Teresa es castizo, propio y sencillo, si bien á veces asciende á la sublimidad mas elevada cuando arrobándose en estasis celestiales deja toda marca terrenal, y sirviéndose del lenguage y espresiones de los ángeles, prorumpe en palabras de fuego que se imprimen en el corazon del que las lee.

Hábil conocedora del corazon humano, no emplea en sus escritos los argumentos *ad terrorem* que estremeciendo el alma de quien no tiene pura la conciencia y embargando sus facultades intelectuales, le impiden penetrar la fuerza persuasiva que en sí encierran, si no que enterneciendo el corazon con amorosos discursos, pinta con tan suavísimas palabras y con tan bellos colores el deleite que derrama en el cuerpo una alma pura, espresa con tal mesura y caridad la fealdad del vicio, que el culpable se deshace de dolor, y el justo se cree transportado á las mansiones de la eterna vida. El giro agraciado de sus espresiones; la sencillez y propiedad de las comparaciones que siembra en el discurso de sus obras; el afan y celo que manifiesta por darse á entender aun de los talentos mas desgraciados, y la delicadeza y fino tacto, imposibles de esplicar y que son esclusivos de una mujer, cautivan de tal modo el entendimiento que le hacen recoger todo el fruto de su preciosa doctrina.

En el *Camino de perfeccion* que escribió para las monjas de S. José, las recomienda el amor y caridad que deben observar unas con otras, las persuade á desviar los ojos de las vanidades mundanas, á elevarlos hacia la luciente esfera de la divinidad y á sostenerse cual rocas inmobles contra los tiros de la maledicencia, escudadas con la modestia y humildad, joya la mas preciosa de las vírgenes. Consuela á las almas fervientes que deseando penetrar los misteriosos arcanos con que está velado el ser supremo, se entregan al abatimiento, al contemplar caidas las alas de su corazon, sin haber conseguido el anhelado objeto, y las exhorta á que respeten y admiren esta sabiduría incomprensible, porque la divinidad se goza en ello, como se gozaría un monarca, si amase á un pastorcillo y le cayese en gracia y le viese embobado mirando el brocado y la púrpura de su real vestido, sin saber que es aquello.

En sus *Meditaciones sobre el padre nuestro* nos presenta al supremo Hacedor cual padre querido á quien debemos nuestra existencia, cual monarca que nos tiene preparado un reino de gloria, cual amoroso esposo que

se goza en su amada y adorna sus sienes con el cendal púdico de la castidad y con guirnaldas y joyas y aderezos, cual médico que visita sin interés alguno, y que promete á los enfermos que á un solo gemido serán sanos, pues derramando el precioso bálsamo de su sangre restañará sus heridas, y con el agua de su costado las lavará y dejará sin mancha ni señal alguna; y cual solícito pastor que alimenta á sus obejas con los pastos de su celestial doctrina, que lleva en sus brazos á la obeja fatigada, la reanima entre su seno, vela durante su sueño, y sentándose en medio de ellas, con la suavidad de sus consolaciones, las hace música en sus almas. En el invierno les busca los abrigos donde descansen de sus trabajos; recátalas de las yerbas ponzoñosas, y las conduce por florestas y jardines deleitosos á las fuentes de aguas de vida.

¡Con qué pureza esplica aquellas palabras del cantar de Salomon. «*Béseme el Señor con el beso de su boca, porque mas valen tus pechos que el vino, que dan de sí fragancia de muchos olores*»! ¡con qué finura y destreza interpreta estas palabras por los afectos morales, sin empañar una sola idea con el significado casual que parece encontrarse en ellas!

Por medio de aquellas palabras *sentéme á la sombra del que deseaba, y su fruto es dulce para mi garganta*, espresa la inefable dulzura y felicidad del alma que habiendo vencido los mundanos afectos, queda amparada con una sombra á manera de nubes de la Divinidad y siente un descanso tan dulce que aun le molesta el haber de resollar, y tiene las potencias tan sosegadas y quietas que aun un leve pensamiento no le querria admitir la voluntad. De aquella sombra celestial vienen influencias y rocío tan deleitoso que bien y con razon quita al alma el cansancio que le han dado las cosas del mundo. No ha menester menear la mano ni levantar la consideracion para nada; porque cortado y mondado y aun comido le dá el Señor de el fruto del manzano á que le compara su amada, y la deleita con amorosos discursos.

Pero adonde mas es de admirar la belleza de su estilo, el fuego que ardia en su corazon inspirado por el espíritu Divino, donde nos revela claramente, á pesar suyo, los celestiales dones con que Dios la favoreció durante su vida, es en el libro de las *Moradas* en donde guiando al alma por siete grados de oracion, la facilita de un modo admirable la union con la Divinidad, union tan pura y tan perfecta cual se une el agua del cielo que cae en un rio ó en una fuente sin poderse ya separar, ó cual se mezclan en una estancia los rayos de luz que penetran por diversas ventanas. Allí esplica la santa autora las dulzuras que comunica la Divinidad en los estasis y arrobamientos cuando llamando así á el alma, el cuerpo siente faltar el calor natural, vase enfriando aunque con grandísima suavidad y deleite y siente elevarse á la par que el espíritu por una dulce violencia que no puede resistir hasta la mansion celeste de la gloria.

Una alma estasiada en la contemplacion y coloquios con la Divinidad no podrá menos de espresar sus ardientes causas con el lenguaje sobrenatural, armonioso y sentimental de la poesía. Así es que al despertar Teresa de sus gloriosos transportes, al contemplarse aun en un mundo de dolor y mortificacion, y al recordar los precios deleites de la vida del cielo que la ha dado á gustar su místico esposo, enagenado de dolor y pesadumbre su amante corazon esclama con toda la emocion del sentimiento religioso.

Vivo sin vivir en mí
Y tal alta vida espero
Que muero porque no muero.

Aquesta divina union
Del amor con que yo vivo
Hace á Dios ser mi cautivo
Y libre mi corazon;
Mas causa en mí tal pasion
Ver á Dios mi prisionero
Que muero porque no muero.
Solo con la confianza
Vivo de que he de morir
Por que muriendo el vivir
Me asegura mi esperanza:
Muerte, dó el vivir se alcanza,
No te tardes que te espero,
Que muero porque no muero.
Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida,
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte;
Mira que muero por verte
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.
Cuando me gozo Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte
Se me dobla mi dolor;
Viviendo en tanto pavor
Y esperando como espero
Que muero porque no muero.
Ah! que larga es esta vida,
Que duros estos destierros
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida;
Solo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero
Que muero porque no muero.

Así habla un angel que habiendo gozado de las inefables dulzuras de la gloria, es condenado á permanecer en el mundo terrenal y llora su destierro.

Las obras de Santa Teresa de Jesus han merecido por tan raras cualidades la admiracion del mundo. En vano un escritor protestante tiñó su pluma en el veneno de la impostura y del sofisma, siete veces trazó los horribles caracteres, pero al contemplar que todas sus calumnias se deshacian por la claridad de los escritos de nuestra autora, cual se disipa el hálito lanzado en un espejo, siete veces volvió á borrar lo escrito.

Creemos no deber concluir esta mal trazada esposicion sin manifestar la opinion respetable de nuestro apasionado Fray Luis de Leon que en su exámen sobre las obras de Santa Teresa dice: «En la alteza de las cosas que trata, »en la delicadeza y claridad con que las trata, y en la »forma del decir y en la gracia y buena compostura de »las palabras y en una elegancia desafectada que deleita »en estremo, dudo que haya en nuestra lengua escritura »que con ellos (los libros) se iguale.» Y mas adelante. «Con cada una de sus palabras pega al alma fuego del »cielo que la abrasa y deshace, y quitándole de los ojos »y del sentido todas las dificultades que hay, la deja tan »descargada de su peso y tibieza y tan ansiosa del bien, »que vuela luego á él con el deseo....»

José de Vicente y Caravantes.

POESIA.

MEDITACION.

La tarde va á espirar.... Lejano y tibio
El sol ya terminando su carrera
En las tranquilas aguas reberbera
Su postrimera luz.
Y los alegres pájaros meciendo
Entre las ondas sus pintadas plumas,
Hacen saltar las cándidas espumas
Con su leve chapuz.
Y las flores que lánguidas doblaron
El mustio cuello en el calor del dia,
Se alzan risueñas á la luz sombría
Del moribundo sol.
La tarde va á espirar.... La luna apenas
Entre la luz y sombras indecisa
En la azulada esfera se divisa
Con dudoso arrebol.
Murmura el viento entre el ramaje espeso
Las amarillas ojas arrastrando,
Y en la faz de las aguas resbalando
Con leve agitacion.
Pardas tinieblas el espacio hienden,
Que oscurecen el cielo por instantes,
Cruzan las aves de la noche errantes
En vaga confusion.

Otra vez llegue la noche
Con vaporosa tiniebla,
Que el etéreo espacio puebla
De fantástica vision;
Y otra vez la ave nocturna
Se lamente en la enramada,
O en la sombra cobijada
Tienda el ala de crespon.
Y otra vez mi mano incierta
En la cítara resbale,
Y otra vez tan solo exhale
Triste acento funeral.
Que las horas tras las horas
Con lentitud se suceden,
Y en su amargura no ceden
Los instantes de mi mal.

Mil veces en la noche triste y sola
Junto al callado lago en el estío
Mezclé yo con las gotas de rocío
Mis lágrimas de hiel.
Y huyó la noche, y se escondió la luna,
Y ya la aurora en el Oriente brilla,
Y yo del lago en la tranquila orilla
Inmovil como él.

En vano busqué anhelante
Dó fijar el pensamiento;
Que es mayor mi abatimiento
Cuanto mi anhelo es mayor.
En vano fijé en el cielo
Mis pupilas fatigadas:
Sus estrellas veo apagadas
Y su luna sin color.
Y fatigada la mente
Se abandona en desaliento
A este vago sentimiento
Sin objeto ni razon.
Y vive en el sueño acaso
El mal que do quier suspiro,
Y es fantasma, que deliro,
Y es quimérica ilusion.

Una ilusion!!.... pero ilusion amarga,
Que me abisma en un sueño fatigoso,
Y en vano el corazon luchará ansioso
Su imperio á destruir.
El mundo inerte ante mis ojos miro,
Naturaleza entera enmudecida,
Que en mi congoja eterna sumergida
Olvidé su existir.
La tarde va á espirar.... ¿Y qué me importa?
¿Qué me importa que el sol su carro agite,
Y trémulo hácia el mar se precipite,
Huyendo á otra region?
¿Qué me importa su luz? ¿Qué sus colores
Cubiertos para mí de negro manto,
Si mi pupila ciega por el llanto
No goza en su ilusion!!....

CAROLINA CORONADO.

ADVERTENCIA.

La direccion del *Semanario* tiene ya en su poder, y publicará en la entregas succesivas los siguientes artículos y grabados, todos inéditos y trabajados expresamente por autores y artistas distinguidos.

La catedral de Burgos.—La batalla de los llanos de Baena.—El museo español en París.—D. Enrique de Aragon, marqués de Villena.—La ciudad y palacio de Oñate.—Jerusalen, en tiempo de las Cruzadas.—D. Alonso Perez de Guzman, el Bueno.—El Albaicin de Granada.—El cardenal de Toledo.—Dos novelas de costumbres españolas.—El monasterio de Yuste.—D. Alonso Ercilla.—La catedral de Tenerife.—El circo máximo de Toledo.—Dos artículos de Escenas Matritenses.—Minas de carbon de tierra.—El padre José Francisco de Isla.—El puente y plaza de Salamanca.—Los jardines reservados del Retiro.—La lonja de Palma.—La iglesia de Mejorada.—Los catalanes.—Una visita á Westminster.—D. Pedro Calderon de la Barca.—Los gallegos trashumantes.—La fábrica de armas blancas en Toledo.—Varias composiciones poéticas.—Y otros muchos artículos de España pintoresca, Biografía é historia nacional, trages, usos y costumbres, crítica literaria, ciencias, artes, economia é industria.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.



La Santa de la Flecha, por Zurbarán.

[Cuadro existente en el Museo Español de París.]

EL MUSEO ESPAÑOL EN PARIS.

La galería española abierta en el palacio del *Louvre* en 7 de enero de 1838 se compone de cerca de cuatrocientos cuadros que se atribuyen á mas de ochenta pintores diferentes. Entre estos los que mayor número de obras reunen son: Vicente Juanes conocido por *Juan* de *Juanes*, Juan del Castillo, Alonso Sanchez *Coello*, Theotocopuli llamado *el Greco*, Orrento, Luis de Tristan, Herrera *el viejo*, Rivera conocido por *el Españoleto*, Zurbarán, Velazquez de Silva, Murillo, Alonso Cano, Espinosa, y Valdés Leal. Merecen tambien ser citados algunos otros, aunque sus obras no son tan numerosas, en razon de la celebridad que adquirieron en España: tales son Caxes, Céspedes, Roelas, Morales (*el Divino*) Navarrete (*el Mudo*), Rivalta, Moya, Pacheco, padre político de Velazquez, Pareja, esclavo de Velazquez, Mazo Martinez, yerno de Velazquez, Tovar y Villadomat.

La mayor parte de estos nombres apenas eran conocidos en Francia hace treinta años, y nadie podia imaginarse allí que en nuestra España hubiese existido una série de pintores de una originalidad bastante notable para que fuese necesario clasificarlos bajo el título de *escuelas*. Millin, por ejemplo, ninguna mencion hace de la pintura de nuestro pais en su Diccionario de bellas artes, y divide toda la gran familia de los pintores solo entre las escuelas de Italia, Francia, Alemania, Flandes é Inglaterra. Algunas obras maestras confundidas en la escuela italiana del Louvre, los salones del mariscal Soult, algunos grabados bastante raros, las aserciones de algunos viajeros por lo comun desfiguradas (lo que á nuestro entender pudo hacernos mas daño que favor) era lo único que habia podido hacer presumir á los artistas franceses que acaso podrian hallar modelos y manantiales de inspiracion de este lado de los Pirineos.

La nueva galería lejos de poseer un crecido número de cuadros capitales como han supuesto escritores franceses sin voto en la materia por serles de todo punto desconocida nuestra escuela, y como han repetido muchos en España para escitar una necia odiosidad contra nuestros vecinos suponiendo que nos habian privado de los mas preciosos tesoros artísticos, solo se compone por lo general de cuadros medianos. Y es muy de observar que si los jóvenes literatos franceses, hoy dia dueños absolutos de la opinion en bellas artes, en tanto estiman esta nueva adquisicion, es porque la serie de asuntos espuesta á sus ojos, coincidió en un todo con las ideas de autoridad y de ascetismo feroz y sombrío que ellos siempre supusieron en nosotros. Esta verdad solo puede sentirse allí delante de aquellos mismos cuadros, viendo aquellas escenas crespusculares de frailes que atrozmente se martirizan, los unos ridículamente colgados de sendas vigas, los otros devanándose á torno los intestinos, y oyendo los graciosos comentarios del tropel que siempre los rodea relativos á nuestro estado social y creencias religiosas. Estos cuadros de que hemos hecho mencion por mera incidencia, pues por su mérito no debieran nombrarse, estos asuntos en que el pintor lució mas su rara fecundidad en inventar suplicios que sus talentos de artista, se atribuyen en el catálogo de dicha galería á Zurbaran con notable falta de conocimiento, dado que ni la transparencia de las sombras, ni el modo de tratar los hábitos blancos que tanto distingue á este célebre maestro, se advierte en lo mas mínimo en dichos cuadros. Todos los demás representan asuntos de la historia sagrada, martirologios, muy frecuentemente escenas de la vida contemplativa, rara vez hechos profanos. A la severidad de los asuntos, únese lo misterioso del colorido, la lobreguez de los fondos.... porque uno de los caracteres en que mas nos diferenciamos de los estraños, fué siempre nuestra manera de concebir las ideas religiosas; fenómeno fisiológico que pudiera confundir á los que nos hacen herederos del sensualismo entero de los árabes. En los españoles la santidad y el misticismo escluyen las ideas del amor y de lo bello, por el contrario los italianos que solo conciben la devocion bajo las formas de la suprema belleza; el pueblo flamenco tan devoto ó acaso mas que el nuestro, necesita para orar imágenes hermosas y risueñas; solo sabe elevar su alma á la contemplacion del misterio por medio del halago de los sentidos; en suma, el español no comprende que las santas del cielo puedan participar de la naturaleza terrestre, y el flamenco é italiano reconociendo como primer atributo celestial la suma belleza, no considera como digno símbolo una imágen privada de la hermosura del mundo físico, única belleza conocida al hombre.

Nuestros pintores no podian menos de espresar sus argumentos como ellos y la masa del pueblo los concebian.—Claro es que nuestros mas célebres artistas formados por lo general en el estudio de la escuela italiana, supieron en sus obras elevarse sobre el comun modo de sentir; y no citamos ejemplos que corroboren estas dos observaciones porque fuera largo asunto considerados los límites y objeto de este artículo. Lo que por ahora nos importa asentar es, que fuera de estas luminosas escepciones, las obras de los pintores españoles, especialmente de los que no estudiaron fuera de su pais, tienen visiblemente el carácter de que hemos hablado.—Con que no podian menos de ser tan aceptos á aquella seccion del público parisiense que suele marcar el tono para el público entero, los trescientos y tantos cuadros de medianos pintores recogidos en España por persona que debió tener gran deseo de no defraudar en sus esperanzas á los folletinistas de Paris.

No se crea pues que hemos perdido grandes tesoros. —Diga el inteligente que haya visitado la galeria española del *Louvre*, si en aquellos tres salones los escasísimos cuadros verdaderamente capitales no lucen en aquellas paredes como raras estrellas en noche tenebrosa.

Un libreto, redactado segun se cree bajo la direccion del Sr. Baron Taylor, inspector general de todos los establecimientos de artes de Francia, sirve de guia á la multitud de curiosos y aficionados que visitan estos nuevos salones, y por ser rara la página de este índice en que no abunden los nombres de Zurbarán (1) y otros autores no menos célebres, queda aquel público mas maravillado de la gran copia de los pretendidos originales que del mérito de la escuela. No obstante, se leen en él con cierto interés estractos biográficos de los pintores; mas es sensible no hallar un resumen sobre la historia de las bellas artes en España: en breves páginas hubiera podido hacerse, y seguramente no podia presentarse una

(1) *Al frente de este artículo colocamos el grabado de uno de los cuadros atribuidos á* Zurbaran, *y designado en el libreto por el nombre de* La Santa de la Flecha.

ocasion mas favorable para popularizar con rapidez las nociones sobre los principios, progresos y decadencia de la pintura en la península. Se indica únicamente por algunos paréntesis del libreto la division de la escuela Española, en Sevillana, Castellana, Cordovesa, Valenciana etc. Hasta ahora los artistas no habian admitido tantas subdivisiones, y el autor francés de un diccionario biográfico de pintores españoles en tiempo de la restauracion solo se habia propuesto distinguir tres grupos; la escuela de Valencia, la de Madrid y la de Sevilla. Habia designado como gefe de la primera á Vicente Juanes, de la segunda á Velazquez de Silva, y de la tercera á Bartolomé Murillo. Sin dar demasiada importancia á este sistema que con mas estudios y nociones mas recientes acaso deba modificarse, le admitimos en este primer artículo, y en lo sucesivo hablaremos á nuestros lectores de los tres grandes maestros que acabamos de citar.

BIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

EL MARQUÉS DE VILLENA (1).

La memoria de aquellos hombres, que dotados de un genio privilegiado, fueron la gloria de su época y la admiracion de sus coetáneos, no muere ni decae en los siglos venideros; antes por el contrario, le sucede lo que á los cuerpos que se retiran de la luz, que á la par que se separan de ella, se presentan colosales á nuestra vista. No porque hayan corrido cuatro siglos desde los tiempos en que floreció, para honor de su patria y de la literatura, el nombrado Marques de Villena es motivo para que caiga en el olvido, y todo lo contrario sucede, cuando su nombre vive y vivirá siendo vulgarmente conocido. Ofrece la vida del marqués tal cúmulo de acontecimientos públicos y privados, tantas noticias interesantes y curiosas, que nos arrojamos á dar una reseña de ella.

Don Pedro, primer condestable de Castilla, descendiente de los reyes de Aragon, y segundo y último marqués de Villena, casó con Doña Juana, hija natural del rey D. Enrique II de Castilla, que la tuvo en Doña Elvira Iñiguez, como lo espresa en su testamento. Nació de este enlace D. Enrique y D. Alonso, los que quedaron huérfanos, y bajo la tutela de D. Alonso, padre de Don Pedro, que murió en la batalla de Aljubarrota á 14 de agosto de 1385, cuando nuestro marqués tenia poco mas de un año, pues nació en 1384. Dedicado por el abuelo á la carrera de las armas, la única de su época, la repugnó extraordinariamente, entregándose con desmedida pasion al estudio de las artes y las letras, y sordo al furor caballeresco de su tiempo, nada le llamaba la atencion sino sus indagaciones, sus estudios y sus libros; embebido en cuanto su injenio le arrastraba, toda otra senda que no le guiase á aquel punto era para él de poca estima y aprecio. Segun escritores antiguos era el marqués pequeño de cuerpo, pero grueso; de rostro hermoso, blanco y encarnado; bebia y comia con esceso; era de áspera condicion, é inclinado á mujeres.

Trató el abuelo de casar al marqués su nieto, para lo cual obtuvo el consentimiento del rey D. Enrique III, primo hermano del nuevo esposo; y las bodas se efectuaron siendo la elejida Doña María de Albornoz, Señora de Valde-Olivas, Salmeron, Torralba, Alcocer y Beteta. El rey entonces le hizo donacion del condado de Cangas y Tineo en Asturias, pues el marqués nada poseia del señorío de Villena, como manifestaremos tomando el hilo de mas arriba. Como el rey D. Enrique II tratase de atraer á su partido á todos cuantos caballeros podian contribuir poderosamente al sosten de su causa; dió con este objeto á D. Alonso de Aragon, abuelo de nuestro D. Enrique de Aragon, el señorío de Villena con título de marqués, pero consintiendo en todo la reina Doña Juana Manuel que era la Señora de Villena, cuyo señorío lo hubo por muerte de su hermano D. Fernando Manuel que no dejó sucesion. D. Alonso renunció el marquesado en su hijo D. Pedro, reservándose para sí el usufructo, con la idea que casase con Doña Juana, como sucedió: muerto D. Pedro antes que su padre en la batalla de Aljubarrota, como queda dicho, el marquesado de Villena fue embargado por esta causa. Habiendo fallecido despues D. Pedro pidió Doña Juana su esposa la dote de 30.000 doblas, que como tal le dejó su padre D. Enrique III; entonces se vieron en la necesidad de vender el marquesado, segun lo mandó el consejo de D. Juan I, mas el rey se apoderó del marquesado por via de compra en el año de 1394, y lo unió á la corona. Asi no cesaba el marqués de Villena de suplicar á su primo D. Enrique III, para que le restituyese en su mayorazgo; todas las diligencias fueron infructuosas, y tuvo que avenirse con el condado citado de Cangas y Tineo: pero él sin embargo, aunque no disfrutaba el marquesado, se intituló siempre y firmó *Marqués de Villena*, y asi es conocido y citado.

No pasó mucho tiempo sin que se alterase la paz y armonía entre los nobles esposos, por los pretestos que cada uno alegaba á su favor, acriminándose por tanto debilidades y defectos los mas feos y deshonrosos: bien que Doña María en cuanto á sus virtudes no correspondía á la alta cuna de sus abuelos: como mujer cedia al brillo de una corona; y como esposa faltaba á los deberes mas santos que existen en la sociedad. Un hecho vino á manifestar la verdad de esta opinion, que no hemos forjado indudablemente á la noble esposa del marqués de Villena: autores de la mejor fé y probidad aseguran espresamente la correspondencia ilícita entre el rey y Doña María.

Vacante el maestrazgo de Calatrava en el año 1404 por muerte de D. Gonzalo Nuñez de Guzman, electo en 1385, trató el marqués, dominado de un espíritu de ambicion que siempre le guiaba; trató pues de ocupar dicho hueco por tantos títulos apreciable y codiciado, y aun fue apoyado por el rey, que le ofreció su real proteccion zanjando cuantos obstáculos pudieran oponerse hasta verlo colocado en el maestrazgo. Aqui vemos puestas en juego cada una de las pasiones que movian á estos altos personajes; el marqués y su esposa deseosos de quedar en libertad, lo consiguen por este medio, el rey

(1) *Han sido vanas todas las diligencias que hemos hecho para hallar un retrato del célebre* Marqués de Villena, *para acompañar á este artículo. Es de creer que no existe ninguno.*

brindando al esposo con la dignidad de maestre, le halaga su espíritu avaricioso; y el rey que apreciaba mas el objeto de su pasion que la honra del marqués, aparece indigno de la corona de Castilla. Asi que mandó inmediatamente una órden á los frailes, caballeros y comendadores de la órden de Calatrava para que suspendiesen la eleccion de maestre hasta tanto que él no se hallase presente. Llegó el rey á Toledo en 1404, y el dia de la eleccion que era en Santa Fé se presentó allí y propuso que fuese electo D. Enrique de Aragon, conde de Cangas y Tineo. Los electores rechazaron con firmeza la propuesta, sintiendo al parecer no dar gusto al rey porque la persona que indicaba carecia de los requisitos y circunstancias necesarias para ser elejido maestre de la órden; pues D. Enrique era casado, y por tanto ni tenia el hábito, ni era profeso en la orden. Todas estas objeciones que el rey tenia previstas las desbarató; diciendo que el matrimonio del marqués no era válido, porque era impotente de impotencia natural, por lo que Doña Maria su esposa habia pedido la nulidad del matrimonio; y entonces ya podria entrar en la órden: en lo tocante á ser profeso, no habia reparo, en atencion á que el Papa le concedia el que pudiese profesar sin preceder el noviciado. Los frailes hicieron saber al rey, que el condado de Cangas y Tineo no renunciándolo D. Enrique antes de profesar, por su muerte lo heredaba la órden; á lo cual repuso el rey que le obligaría á que lo cediese á la corona, para que quedase asegurado. Llevadas á cabo todas las diligencias con una celeridad notabilísima, y conducida Doña Maria por Fr. Juan Henriquez Franciscano al convento de Santa Clara de Guadalajara, se volvieron á reunir los electores en Santa Fé en donde se leyó á presencia del rey la sentencia de nulidad del matrimonio y la renuncia del condado, y en vista de todo dieron al marqués de Villena el hábito, inmediatamente la profesion, y acto continuo le elijieron *maestre de Calatrava*. Otros caballeros que les pareció que no era justificado cuanto se habia efectuado en Toledo, elijieron al mismo tiempo en Calatrava á D. Gonzalo Nuñez de Guzman; esto era á principios del año de 1405. El rey sabedor de todo marchó inmediatamente con el maestre Don Enrique á Calatrava pretestando que era requisito indispensable el hacer la eleccion en aquel convento. D. Enrique fue elegido nuevamente, y D. Luis temiendo que el rey le obligase á renunciar, pasó á la villa de Alcañiz que era de la órden, y envió procuradores al Papa: pero nada consiguió mientras vivia el rey. En 1406 asistió el marqués de Villena á las córtes que tuvo D. Enrique en Toledo.

Poco menos de tres años estuvo en el Maestrazgo el marqués, pues por muerte del rey Enrique III, que fué á 25 de diciembre de 1407, cayó de su silla en donde solo le sostenian y aseguraban los respetos á la autoridad real. Muerto el Monarca castellano, los frailes, caballeros y comendadores de la órden de Calatrava se reunieron en capítulo general, y pronunciaron la sentencia de excomunion contra aquellos que elijieron por maestre á D. Enrique de Aragon, porque ni era profeso á causa de estar casado con Doña Maria Albornoz, ni era válida la sentencia de nulidad, pues que solamente se dejó tildar de la nota de impotente, por lograr sus planes de ambicion. Que la doña María despues de dada la sentencia ni habia contraido nuevo enlace, ni entrado en religion. Que D. Enrique despues de vestir el hábito, con poco respeto de él, habia tenido en algunas ocasiones en su casa, y mesa y cama á la Doña María, con escándalo de la órden, y que siendo descuidado en todo lo perteneciente á ella, no hizo otra cosa mas que estar en contínuas desavenencias, enemistades y disputas con los comendadores. Al peso de tantos y tan enormes cargos no tuvo mas que descender el marqués de su maestrazgo, y fué depuesto de dicho encargo en el citado capítulo, celebrado en 1407: y reelijieron en su lugar al ya nombrado D. Luis Gonzalez de Guzman.

Cuando D. Enrique supo la noticia trató de defenderse en las villas y castillos que poseia de la órden, para estorbar á Don Luis la posesion de ellas; con esta ocasion hubo grandes disensiones entre los caballeros, pues unos estaban por el marqués, y otros por D. Luis. El cisma duró seis años, hasta que cometida la causa al capítulo general de la órden del Cister, reunido en Borgoña, dio la sentencia definitiva en el año de 1414 declarando no haber sido válida la eleccion de D. Enrique, y confirmando la de D. Luis: los caballeros rebeldes cedieron, menos doce de ellos.

Por los años de 1412 pasó el marqués de Villena á Aragon al servicio de su tio D. Fernando el Honesto, rey de aquel reino y conde de Barcelona: en esta ciudad florecia la poesía provenzal, llamada la *gaya ciencia*; á causa de una academia que se fundó en tiempo de D. Juan el primero de Aragon, por dos mantenedores del consistorio de Tolosa. Estaban en suma decadencia estas reuniones cuando D. Enrique llegó á Barcelona; pero él las restauró, y mientras estuvo en dicha ciudad hizo que se celebrasen juntas y certámenes cuyas sesiones él mismo presidia; les dejó escritos varios reglamentos en su *arte de trovar*, que dirijió al célebre marqués de Santillana, su grande amigo. Pero llegó en el año de 1414 la resolucion definitiva de su Maestrazgo, segun llevamos espuesto. Este golpe acibaró todos los momentos de su vida; y pasó á unirse otra vez á su esposa Doña María, hallándose pobre, sin mas bienes que los de su mujer, pues el condado de Cangas y Tineo lo habia renunciado. En tan triste situacion suplicó varias veces al rey D. Juan el II, para que le señalasen algunas rentas en pago del condado que habia renunciado en su padre, y el rey cediendo á las repetidas súplicas del marqués, le hizo donacion de la villa de Iniesta, situada en las ruinas de la antigua Egelesta, obispado de Cuenca. Se retiró á ella con su esposa, y desengañado como suele acontecer á los hombres de estado de las intrigas y laberintos de la córte, se dedicó constantemente al estudio de la filosofía, y en particular de las matemáticas y astronomía, que eran sus favoritas, por lo que su época le dá el sobrenombre de *brujo*, hechicero, nigromántico ú astrólogo, epitetos que han llegado hasta nosotros: tal es la fuerza que adquieren las opiniones del vulgo.

En su retiro escribió varios tratados de poesía, de historia, filosofía, y componia trovas: en estos estudios pasó los veinte años que pasó en Iniesta, pero casi siempre molestado del mal de gota que padecia. A ocasiones visitaba los pueblos de su mujer, ó la córte, y cuando se hallaba en esta, fué acometido de calenturas que le causaron la muerte en 15 de diciembre de 1434, á los 50 años de edad. El rey sintió estremadamente su pérdida, y mandó se celebrasen solemnes honras por el difunto Marqués de Villena, como eran debidas á un tio suyo. Su cadáver fue sepultado en el convento de S. Francisco de Madrid, junto al altar mayor al lado de la epístola. No dejó sucesion lejítima; solo dos hijas naturales Doña Beatriz, y Doña Leonor de Aragon.

Muerto el marqués bien sea la envidia, ruina de mil reputaciones, bien la idea que el vulgo habia formado de D. Enrique, corrió la voz de que en sus obras se hallaban doctrinas sospechosas y de mal ejemplo, y que

desdecian de un cristiano; pero por eso no dejaban de hallarse otras dignas de su ingenio y estudio, que debian guardarse para aprender y estudiar con ellas. Todos los códices del Marqués estaban en poder del rey á quien los legó, y dice Fernan Gomez que ocupaban dos carretas. El rey encargó la espurgacion de los códices á D. Fr. Lope de Barrientos, maestro del príncipe D. Enrique, y obispo de Segovia; sea lo que fuese sobre el parecer del reverendo, por mas que trate de disculparse de su *tratado de las especies de la adivinacion*, que compuso y dirijió al rey D. Juan, lo cierto es (con grande dolor lo escribimos) que la mayor parte de las obras y códices del marqués fueron mandados quemar de órden del rey, cuya ejecucion llevó á efecto el mismo Barrientos en Santo Domingo el Real de Madrid. Algunos manuscritos ú copias que andaban en manos de varios de la córte se salvaron, y todos aquellos que el mismo censor, tuvo á bien reservarse para sí. Poco despues del auto de fé (digámoslo asi) el rey y el obispo se arrepintieron de lo hecho; tales son las debilidades de las acciones humanas, y cuando estas son irreparables una execracion jeneral cae sobre sus autores.

Despues de tan cruel persecucion como sufrieron los libros de D. Enrique lograron escapar del naufragio algunas obras, las que solamente citaremos. *Traslado de latin en romance castellano de la Eneida de Virjilio, la cual romanzó D. Enrique de Villena*: es un manuscrito que contiene los tres primeros libros de la Eneida traducidos en prosa castellana, lo hizo de todo el poema; pero esto es lo único que se conserva: esta version fué hecha por el año de 1428, y es la primera que se conoce en Europa en lengua vulgar: tiene glosa marjinal. Tradujo tambien la *Divina Comedia* del Dante, y se ignora si existe como la obra intitulada *Retórica nueva de Tulio*. Segun el cronista Gonzalo Garcia de Santa María, compuso D. Enrique una comedia alegórica que se representó en Zaragoza á presencia de los reyes. *El libro de los trabajos de Hércules*, fué impreso por primera vez en Zamora año de 1483, se reimprimió en Burgos en 1499 por el impresor Juan de Burgos, uno y otro ejemplar son libros rarísimos. Algunas de las obras de nuestro marqués que existian manuscritas en la biblioteca del Escorial, perecieron en el incendio de 1671, y algunas otras deberán conservarse: por esta biblioteca se publicó el *Arte cisoria* de Don Enrique, en un tomo en 4.° año de 1766.

JUAN COLON Y COLON.



DE LA CAUTIVIDAD EN ARGEL.

El presente artículo en que tan interesantes detalles se dan acerca de la suerte de los cautivos en la antigua regencia de Argel, y sobre los establecimientos y trabajos de los misioneros españoles para aliviarla, nos ha sido dirigido por un amigo nuestro, viajero distinguido, y vecino de una de las principales ciudades de nuestra costa de Levante, que acaba de visitar personalmente la ciudad de Argel, hoy colonia francesa, y en ella ha podido recoger aquellos detalles, que creemos serán muy interesantes á nuestros lectores en el momento en que una nueva lucha empeñada por los naturales de aquella region contra el poder francés llama la atencion de los políticos y de los hombres ilustrados sobre esta conquista de la civilizacion europea.

Los cautivos de Argel eran ó del *Belic*, ó gobierno, ó de los particulares, pues apenas un corsario hacia una presa, y que por el tormento de los palos, habian hecho declarar á cada cautivo su calidad y riqueza y la de los demas, eran presentados al Dey, á donde acudian regularmante los cónsules. Se examinaba rigurosamente si eran pasajeros ó de la tripulacion, y se comenzaba el reparto.

Primero tomaba el Dey de cada ocho uno, escojiendo lo mejor, como capitanes, carpinteros, escribanos y ademas las mujeres bonitas y los que se presumian ricos; y dejaba el resto para los armadores y el *Taifa* que se los repartian por mitad, y los llevaban al *Baptistan* ó mercado donde se hacia la primera venta á los revendedores. Estos los paseaban por las calles, proclamando sus calidades, profesion ú oficio, y el precio que daban de cada uno, que no era nunca muy subido porque la venta definitiva se hacia en presencia del Dey, que tenia la preferencia.

El precio de la primera tasacion se repartia por mitad entre los armadores y el Taifa, y las pujas ó aumento pertenecia todo al gobierno.

Los esclavos del Belic llevaban un anillo de yerro al pie, y estaban distribuidos en tres cárceles, en las que se les encerraba todas las noches, despues de haber pasado rigorosa lista. Durante el dia los empleaban en servicio de la regencia haciéndoles llevar los bagajes de los turcos, ó trabajar en los arsenales; algunos eran condenados á trabajar con cadena, ya por sujecion ó castigo, ya para hacerles desear mas el rescate haciéndoles mas dura la esclavitud. Alguna vez el Dey enviaba á la mar á aquellos en quien tenia mas confianza, y les dejaba el tercio de la piratería que hacian. Otros que tenian algun dinero establecian tabernas, ó las alquilaban á los judios, que no les tomaban mas que el 3 ó 4 por ciento en cada una, lo que hace al año un 50 por 100, sin contar los subidos derechos que tenian que pagar al Dey á proporcion del vino que vendian, cuyo precio les fijaba todo igual fuera bueno ó malo. Sin embargo habia algunos que lograban reunir bastante para pagar su rescate que no bajaba de 1,000 ó 1,200 pesos fuertes; pero eran raros los que querian la libertad.

Las tabernas eran tan oscuras y hediondas como hoy dia, y los judios y aun los moros las solian visitar

con igual devocion que los cristianos, y el tabernero tenia el derecho de despojarles de sus vestidos si no pagaban su escote. Daban á cada esclavo tres panecillos al dia por único alimento, dejando que su industria ó la caridad de los cristianos supliesen los demas.

Trabajaban en invierno y verano desde el amanecer hasta ponerse el sol, y solo les dejaban de descanso los viernes de cada semana.

Los cautivos de particulares eran mas ó menos desgraciados segun el caracter de sus amos, el suyo propio y su habilidad; algunos lo pasaban tan bien que compraban la seguridad de ser siempre esclavos del mismo dueño ó familia, y renunciaban á volver á su pais. Pero esto no era comun, porque como los dueños deseaban el rescate, que les valia mucho dinero y regalos, los trataban mal y con mas crueldad cuanto mejor rescate esperaban, y asi esta desgracia recaia ordinariamente sobre la clase mejor y mas acomodada.

Los curas y relijiosos tenian el consuelo del *hospital Español*, que mientras no podia rescatarlos pagaba á sus dueños para que los dejáran acudir á dicho establecimiento á ayudarles en sus piadosas tareas.

Tanto el Dey como los particulares alquilaban sus esclavos reteniéndose los dos tercios de lo que ganaban ó mas, segun la avaricia del dueño.

En medio de tantos trabajos y de tan miserable espectáculo resplandecia la piedad española, que sin distinguir lenguas ni naciones consolaba á todos los cautivos cristianos. Los PP. Trinitarios erijieron en un principio algunas capillas, siendo la primera la que vino á ser con el tiempo Hospital general, encima de la carcel de Belic, (calle de *Baba-Zoun*, de que apenas existen ya restos). En ella se daban á los enfermos los consuelos espirituales y corporales, que permitia la limosna, hasta que reunidos todos los establecimientos en este solo, se aumentaron los medios y las comodidades. Su fundador fué el P. Sebastian del Puerto, del convento de trinitarios descalzos de Burgos, celoso por la redencion de cautivos, que habiendo venido por la primera vez á Arjel en 1546, rescató 200 esclavos, y compadecido de las miserias de los demas, pidió de nuevo limosna y fundó el hospital en 1551. Habiendo vuelto con el emperador Cárlos V que lo habia hecho su consejero, cuando quiso sitiar á Argel, se dice que predijo el naufragio de la armada, y murió cargado de años y de méritos en 1556. Este hospital fue casi enteramente reedificado en 1612 por los PP. Bernardo de Monroyo, Juan de Aguila y Juan de Palacios, á quienes un acontecimiento bastante comun los retuvo en esta ciudad. Fue el caso que una mora de las mas ricas de Argel, hija de Mahomet Aga, fue aprehendida en la mar, y conducida á la isla de Córcega.—En esta isla conoció algun cristiano que se encargó es pecialmente de su conversion, y que hablándole al alma, logró que se hiciera cristiana para hacerla su mujer. En efecto, asi lo hizo tomando el nombre de *María Eugenia*, en lugar del de *Fatima* que antes llevaba, y habiendo rehusado siempre el dinero que le ofrecian para su rescate, murió cristiana en 1639. Los enviados á procurar su redencion, irritados de no haberla conseguido, esparcieron la voz de que habian usado con ella las mayores crueldades para obligarla á hacerse cristiana, lo que irritó tanto al Dey (que sabia irritarse facilmente, porque esto le procuraba regalos y dinero para apaciguarle) que hizo al momento poner presos á estos religiosos que amenazó de quemar vivos, é hizo confiscar el dinero que le habia pagado por 300 esclavos, y volver á estos á la esclavitud. Sufrieron con tanta paciencia su suerte estos buenos PP., que al cabo de algun tiempo y de regalos el Dey les dió la libertad; pero nunca el permiso de volver á España, y ellos se dedicaron enteramente á la reparacion del hospital y al socorro de los miserables cautivos hasta que perdieron la vida. El Padre Bernardo de Monroyo volvió por otra causa semejante á entrar en prision, en la que murió tan llorado de los cautivos que á pesar de su pobreza rescataron su cadáver que fue enterrado por Fr. Luis de los Angeles. En fin este hospital fué notablemente aumentado por Fr. Pedro de la Concepcion, que se dedicó con tanto celo á la defensa de los cautivos y de la Religion Católica, que murió quemado.

En dicho hospital se recibian los cristianos de todas naciones, y á las mugeres enfermas se les pasaban medicinas, y las visitaba el medico cada dos dias; tambien se vendian medicinas á los turcos en provecho del establecimiento.

El cementerio estaba fuera de la Puerta de *Babalnet*, y era tambien efecto de la rara caridad de otro español capuchino, confesor de D. Juan de Austria, que habiendo caido prisionero recibio de dicho príncipe su rescate, que el empleó en comprar y fundar un cementerio, y habiendoselo enviado de nuevo, en rescatar algunos esclavos, dedicándose él voluntariamente al servicio de estos, y murió cautivo, dejando edificados á los mismos infieles. En él hay enterrados una multitud de varones eminentes en verdadera caridad; (lo está tambien el hijo del general Bourmont y un comandante que murieron en el asalto de la plaza de 1830). Todas estas concesiones costaron mil trabajos, humillaciones y sacrificios de toda especie, y les costaban continuamente á dichos religiosos pues eran el blanco de la irritacion continua del Dey.

Todas las potencias tenian cónsules en Argel con solo el objeto de hacer menos cruel trafico de su pirateria que no pudieron impedir, en muy repetidas espediciones la mayor parte desgraciadas, de las cuales las mas notables por todos estilos fueron españolas. Casi todos los reyes eran tributarios de la regencia argelina bajo formas mas ó menos humillantes. El único medio de conservar la amistad del Dey era el oro, los regalos y aun las humillaciones. Todo se hacia pagar en esta tierra de degradacion, los saludos de la plaza, las visitas, hasta el asiento. En 1778 el comandante de la escuadrilla veneciana que traia el regalo al Dey, quiso estar sentado á su audiencia, lo que le costó 6,000 duros.

He aqui los tributos que se pagaban al Dey hasta el año 1830, épaca de su ocupacion por los franceses.

Las dos Sicilias 24,000 duros y un regalo de 20,000.

Portugal id.

La Toscana por un tratado de 1823 no pagaba tributo, mas sí un regalo consular de 25,000 duros. La Cerdeña debió á la Inglaterra el no pagarlo, pero hacia un gran regalo á cada Consul que enviaba.

España id.

Inglaterra 3,000 duros á cada cambio de Consul.

Estados Unidos id.

La Holanda que cooperó al bombardeo de 1816 id. Hanover y Breme bajo la proteccion de la gran Bretaña no pagaban tributo, mas sí un gran regalo á cada nuevo Consul.

Suecia y Dinamarca 15,000 duros al año en madera de construccion y municiones de guerra, 10,2 duros cada 10 años y 6,000 á cada nuevo consul, y por esto el Dey tomó la maña de hacerlo cambiar cada dos años, y se consintió no á mudar el consul, mas sí á pagar el regalo.

La Francia á pesar de los tratados hacia fuertes regalos y á menudo.

Quando los regalos ó tributos tardaban, el Dey fijaba al Consul un término, como si este fuera señor de los elementos, y si pasaba despedia al Consul ó le aprisionaba. A mas de estos regalos habia otros para los ministros, empleados y mediadores, pues ya se ha dicho que allí nada se hacia sin el dinero.

ECONOMIA RURAL.

DE LA ACLIMATACION DE LAS PLANTAS.

La España goza de todas las circunstancias mas á propósito para la aclimatacion de cuantos vegetales se conocen en el mundo. Aclimatar es acostumbrar á una planta á vivir en un pais diferente del suyo; esto es muy difícil y solo se consigue á fuerza de tiempo y de trabajo, porque tiene que modificar su organizacion hasta hacerse insensible á las influencias del diverso clima en que se la coloca. Tambien es aclimatar transportar un vegetal de un pais lejano á otro en que goza de una situacion semejante, en cuyo caso prospera como si fuera indígeno.

Nuestra España puede proporcionar la influencia de todas las temperaturas desde la mas fria hasta la mas caliente, primer requisito para traer vegetales de todas las zonas. Su clima se compone de tanta diversidad de climas que en su parte mas meridional encuentra el africano los abrasadores rayos de su sol, y en Castilla la Vieja se encogerá de frio el moscovita. Hay provincias en que se admiran de ver nevar, y en otras es tan ordinario como en losmontes de Armenia. En Galicia, Asturias y demas costa de Cantabria con parte de Navarra no cesa de llover, y hay estensos terrenos secos y áridos que esperan el agua como en Palestina.

Si dividimos los climas agronómicamente, esto es, segun las plantas que producen, España admite todas las divisiones; unos quieren que sean cuatroel clima de la manzana, de la vid, del olibo y del naranjo. Cualquiera de estos vegetales que determinan los climas segun los agricultores, nos dan un fruto que por su bondad, abundancia y calidad es suficiente para indemnizar al cultivador sus gastos y fatigas. Si atendemos á la division de climas húmedos, frescos, secos, cálidos y ardientes todos cinco tenemos, y presentan la posibilidad de aclimatar las plantas que nos propongamos; la naturaleza de nuestros terrenos cultivables es tan variada que las mas delicadas no requieren el esmerado cultivo que en otros paises. Mas de la mitad de las que poseemos son exóticas: los griegos, los romanos y los árabes aprovechándose de la fertilidad de este suelo lo enriquecieron con una infinidad de producciones que ningun pueblo de la tierra se encuentra en la posesion de tantas que siendo exóticas han perdido su primitivo orígen, y las miramos como indígenas. Si en efecto la mayor parte de los vegetales que tenemos son exóticos podremos aclimatar un número mayor. El éxito de las primeras tentativas nos responden de lo que nos debemos prometer en adelante, y esperiencias hechas posteriormente hacen concebir las mas lisongeras esperanzas. Tenemos la caña de azucar, el añil, la batata, la cochinilla, el chirimoyo, cocos, plataneros, y no hay duda podriamos traer el arbol del pan, la pimienta, el cacao etc. Estos vegetales como todos de los climas mas ardientes no podrian sufrir desde luego las repentinas trasmisiones de calor á frio y de frio á calor á que se halla afecta nuestra atmósfera; es preciso acostumbrarlos por grados aclimatándolos primero en las islas Canarias como un punto intermedio, y despues traerlos á nuestra Península al clima de la caña miel y del añil.

Cada clima tiene sus propiedades dependientes de su temperatura, y esta consiste en la mayor ó menor aproximacion al ecuador y de la mayor ó menor elevacion sobre el nivel del mar. Hay una porcion de circunstancias que pueden influir en hacer una localidad mas cálida, como la exposicion al medio dia, el estar resguardada de los frios vientos del norte por una cordillera de montañas, y la naturaleza del terreno, esto es su composicion química; lo que debe llamar la atencion del cultivador para la aclimatacion. Cada vegetal está sujeto como un esclavo á las leyes de la organizacion, por la que ocupa siempre un lugar determinado cuando se abandona á sí mismo. Precisamente las plantas mas útiles se hallan circunscriptas á límites mas estrechos, cuyos hábitos y localidades debe estudiar el agrónomo con todos los fenómenos que se derivan para proporcionar el clima que le conviene. Se acostumbra con facilidad á una nueva patria todo vegetal que tiene una existencia de tres, seis ó nueve meses, el de raiz tuberosa y de cebolla que es propia de la gran familia de las liliaceas la hermosura de nuestros jardines, y la que pierde sus tallos todos los años. Los vegetales leñosos se transportan de los climas calientes á los templados con dificultad, pero con muy poca los que se despojan de hojas todos los años y tienen sus yemas cubiertas de alguna materia viscosa, resinosa ó de una borra.

A toda planta originaria de paises calientes procuraremos en su germinacion y principio de crecimiento para que pueda resistir la intemperie el calor necesario por medio de abrigos naturales, es decir, de los que resultan de una exposicion privilegiada, siendo la mas caliente la del medio dia; mas si se halla preservada de los vientos del norte se echará mano de instrumentos y otras materias que resguarden los vegetales del rigor del frio; imitemos á los extranjeros que en un ingrato clima gozan de los mismos frutos que nosotros con un cielo benéfico. Ellos se valen de las estufas, de arcas cubiertas de cristales de campana, no olvidando el calor que pueden proporcionar las camas calientes, que está en razon de las materias que entran en su composicion. Si la altura vertical de 480 pies españoles equivale á un grado de latitud, ó sea á la disminucion de un grado de calor, tenemos todas las latitudes, porque al mismo tiempo que hay en España fertilísimos valles hay tambien alturas muy elevadas. Los vegetales de climas frios se dan muy bien en los templados, é indicando la naturaleza que las altas montañas se hallan destinadas para coronarse de árboles podriamos traer del norte los que nos sumimistrasen madera de construccion, formar con ellos estensos bosques que cubrieran este árido suelo, los vientos al atravesarlos se impregnarian de humedad que despues resolverian en lluvia que fertilizaria tantos campos sin cultivo por falta de riego. No hay ninguna provincia que no esté rodeada de elevadas montañas, las que si se plantaran de árboles se remediaria la falta de combustible, mal que amenaza á España.

No habiendo mejor pais que este para la naturalizacion de todo vegetal, su situacion, la diferencia de sus climas,

la altura y direccion de la cadena de montañas, todo favorece los esfuerzos de un cultivador industrioso, pero desgraciadamente por ignorancia y por el pernicioso influjo de la desidia, no solo no tratamos de aclimatar mas plantas, sino que ni sabemos mejorar los frutos de las que poseemos desde la mas remota antigüedad.

JOSE ECHEGARAY.

EL INSTITUTO DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA.

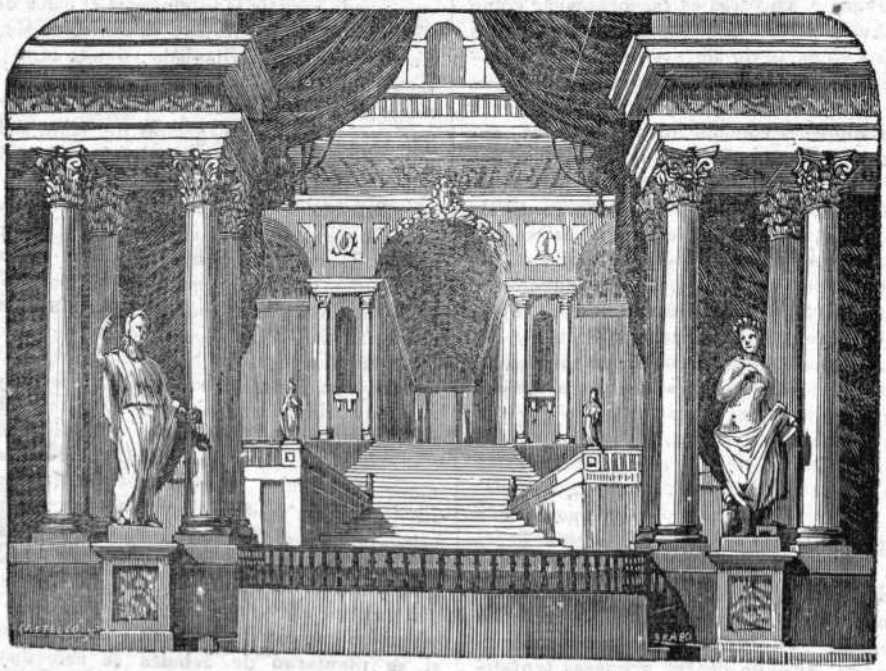
La nueva asociacion que ha adoptado el título de Instituto Español hizo su inauguracion solemne en el nuevo y magnífico local en que se halla establecido, calle de Toledo, casa del Excmo. Señor duque de la Roca, el domingo último 2 de frebrero á las 12 del dia con asistencia de su junta directiva, del Excmo. Sr. arzobispo de Valencia inspector de beneficencia y de una numerosa y distinguida sociedad.

El socio secretario Sr. Terradillos leyó una estensa memoria sobre el orígen, progresos y estado actual de este nuevo establecimiento, y anunció las 20 cátedras que han de establecerse en él, con otros pormenores que sentimos no tener á la vista. En seguida el profesor de geografia D. Sebastian de Fabregas pronunció un discurso inangural, y luego se tocaron dos sinfonias por una numerosa orquesta, y unas variaciones en el acordeon por la niña Isabel de Diego, ciega de nacimiento; terminando el acto con la apertura de las salas de esposicion de objetos de bellas artes trabajados por los socios del Instituto.

Al dia siguiente 3 y á las 8½ de su noche celebró dicha corporacion su primera sesion pública en el nuevo salon, no temiendo equivocarnos si aseguramos que la concurrencia pasaba de mil personas, entre las cuales se veia todo cuanto encierra Madrid de notable, en talento, belleza y distinguida posicion social. Se cantaron varias escogidas piezas á toda orquesta por las señoras y caballeros socios, y las secciones de literatura y de pintura contribuyeron tambien con sus trabajos al mayor brillo de la funcion.

El inmenso salon preparado para el caso y las hermosas salas adyacentes adornadas todas con esquisito gusto y elegancia, dieron á entender la inteligencia y celo de la junta directiva y de su presidente el Sr. Marqués de Sauli: y esta belleza del local unida á la ventaja de una escojida sociedad, ofrece una lisonjera perspectiva en las próximas funciones con que el Instituto trata de alternar sus trabajos artísticos y literarios.

Careciendo, repetimos, de mas pormenores, y queriendo sin embargo consignar en nuestro Semanario el principio de este establecimiento que con otros de su clase viene á dar una prueba mas de los sentimientos de cultura y de filantropía que distinguen á la sociedad matritense, nos ha parecido conveniente estampar aqui estas cortas líneas, habiendo hecho grabar para acompañarlas un dibujo del gracioso adorno arquitectónico que forma el testero del gran salon, obra de nuestro jóven artista D. Antonio Bravo, socio del Instituto.



MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.

USOS Y TRAJES PROVINCIALES.



LOS GALLEGOS DE FINISTERRE.

Seme aquí, caro amigo, despues de haber cruzado toda la tierra de Jallas, muy cerca de Finisterre, como quien dice en un confin del mundo. Esta comarca de Galicia es tan otra de la que te describí en mi última (1), que mas bien que á Galicia, se parece á la Alemania de las novelas, con sus selvas negras pobladas de bandidos, sus cavernas de la muerte llenas de espectros, y sus sierras de tétrica forma y misterioso nombre. A primera vista solo hallo por diferencia entre uno y otro pais el que este carece de los góticos castillos tan frecuentes en aquel, y de los habitantes de rubia cabellera y ojos azules, en cuyo lugar veo aqui hombres de morena tez y serio aspecto, que viven en miserables casucas metidas en un arenal, ó agrupadas á la sombra de un pequeño bosque, ahora calvo con el rigor de los hielos, como suelen estarlo los nidos

(1) Véase la entrega 44 del Semanario del año anterior.

de los grajos allá entre el negro follaje de los pinos.

Es muy triste no ver al rededor de sí, en un dia de cuero, sino estas melancólicas figuras en medio de una corta haza, rodeada de dilatados arenales, y oscurecida por la mole enorme de la montaña contigua cubierta de altos brezos, de retamas y de aulagas de dorada flor. No lo es menos descubrir en ella un hato de ovejas negras; hallar sentado al lado del camino sobre una mata de helechos al hombre que las guarda, ó mirarlo de pie en la ladera, apoyado á su cachiporra, vestido de andrajoso buriel, y con sus atezados y largos cabellos cubiertos por una gorra vieja, y observar como en el instante que siente los pasos del transeunte, levanta veloz su cabeza, y le dirije una mirada estúpida para saludarle poco despues con una corta espresion relijiosa. Es tambien triste apercibir mas adelante, en medio del camino ó en el terrazo próximo, una cruz solitaria hecha de granito ó de dos toscos trozos de roble, la cual está allí como signo espiatorio para purificar el lugar en que ha caido la víctima de un asesinato, ó como marca que indica el punto donde debe posarse un momento la carga de un atahud, que es conducido á la lejana parroquia; atravesar luego un bosque de siniestros ruidos, en cuyo centro se divisan algunos hornos de teja ó de carbon, cerca de los cuales vaga un tiznado montañés y ladra un mastin, advertidos ambos de que alguien pasa, por el crujir de las hojas secas amontonadas en el suelo; pisar á la salida de este bosque un puente construido con largos troncos de pino y el pavimento de tierra y aulagas, y mirar colgado en la añosa encina que está mas allá, junto á esa taberna aislada, á un fiero lobo relleno de paja ó de juncos. Todo esto, amigo, es tristísimo; y si te acuerdas de los cuentos de ladrones que circulan por el orbe, de las trampas profundas que se abren en los aposentos de los mesones solitarios, de los cadáveres recientes hallados debajo de las camas, y de otras cosas á este tenor, inventadas seguramente para que temiesemos dejar el rincon del mundo en que hemos nacido; no dejarás de conocer que en esta ocasion se hallaría mi espíritu cruelmente fatigado, y que mis ojos lo verían todo bañado de un color sombrío.

No creas por eso que este pais carece de poesía; como esta nace de los contrastes, ciertamente la hay y muy sublime en esta tierra salvaje, aunque no sea mas que su misma aspereza mezclada de admirable simplicidad, su uniformidad llena de grandeza, y el silencio que reina en sus cóncavos valles... Y no todo es tan estéril: cerca de las pobres aldeas por aquí esparcidas, los brezos y las retamas han cedido su lugar al centeno, al maiz, á las patatas y á las cebollas, y para animar estas soledades muertas, hay ademas de los hombres y sus animales, aguas vivas que saltan en arroyos desde las grietas de las peñas, y que riegan en riachuelos de lúgubre murmullo voluptuosos praditos de cesped y mayas, que mirados desde la altura parecen tapices de terciopelo verde franjeados por vistosas cintas de plata; y hay tambien cuervos que graznan continuamente entre nubes cenicientas, y lobos que ahullan á media noche, rondando los establos, y que se responden mutúamente de distancia en distancia, haciendo así que su bronco ahullido semeje el repetido alerta de las centinelas que guardan un campo ó una fortaleza.

Actualmente los estoy oyendo en la montaña de enfrente, desde una casa decrépita de San Martin de Duyo, la cual tiembla á cada ráfaga de viento como el niño que pisa la nieve al esceso del frio. Oigo asimismo un ruido continuo, bastante parecido al redoble de muchos tambores tocados á cierta distancia, que es producido por la mar que se bate á los pies de la aldea.

La mar!... viviendo ahí contigo nunca me hubiera figurado lo que realmente es. Una estensa masa de agua mas estensa, mucho mas estensa que todo cuanto se descubre desde un otero que domine la mas vasta llanura. Tú la creerás sin mas movimiento que el que tiene un caudaloso rio, pero te equivocas; aquí nunca se ve apacible, nunca está quieta; se irrita al sentir la brisa mas suave, se incha notablemente, se avalanza hácia la costa bramando como un toro en celo, se derrama sobre el arenal, dando un violento empuje á las barquillas amarradas en él, haciendo adelantar muchos pies la línea de conchas y de algas en que se habia estrellado la ola anterior, y dejando mas acá otra nueva línea matizada de espuma, que es luego borrada como la precedente. Admira y llena de terror la vista de esta rada tempestuosa, incesantemente transtornada, incesantemente agugereada en surcos, en cavernas y en valles, y herizada á su vez de montañas movibles que se precipitan las unas encima de las otras con horrísono estruendo, y que al fin se ajitan en torbellinos sobre la arena con sus crestas de espuma. Sin duda este incesante y ruidoso vaiven de las oleadas ha socabado las dunas en que dormia en paz esa Duyo histórica, antigua capital de los *Nerios*, desde donde gobernaba Filotro á toda esta tierra, esa Duyo convertida á la fé por los discípulos de Santiago y testigo de sus milagros. ¿Dónde estan ahora los palacios de Filotro, el templo dedicado al sol cuyo ídolo cayó á la voz del apóstol? Las murallas defendidas por fuertes cubos, las casas y los moradores de esta celebérrima ciudad? Cedieron al poder de su destino. El Océano de blandas aguas se precipitó sobre ella, y engulló su presa sin dejar siquiera un hueso: así es, que por mas que ensanchaba las pupilas para descubrir la antigua poblacion, solamente veia en el que fue su asiento un árido playazo; las algas y los juncos son ahora sus edificios, y los mariscos sus habitantes.

Sin querer te he pintado ya cuanto me rodea; me falta únicamente añadir á los trazos desparramados en la série de mi relacion acerca de los actuales vecinos de estos lugares, algunos otros, que te tomarás el trabajo de unir á aquellos.

Las mujeres se ocupan jeneralmente en la fabricacion de encajes y de redes, en hilar ó en el transporte y ciertas preparaciones menores del pescado. Los hombres de la ribera reparten sus horas entre el cabotaje, la pesca y los naufrajios; los del centro en la arriería, la labranza, la ganadería y la fabricacion de carbon, de tejas ó de loza. La vida de estos es mas prosáica, la de aquellos mas romancesca. La mar es su hacienda, su campo, su viña, viña y campo empero que muchas veces dan sus cosechas sin previo trabajo como en la edad de oro.

Arriba por acaso durante las calmas del verano un buque mercante á estas ásperas playas, y hételos ahí transformados en bestias de carga, ayudando con buena voluntad á desembarcar géneros casi siempre de contrabando, y conduciéndolos á parajes en que el ojo vijilante del resguardo no pueda descubrirlos. Si esta ocupacion les falta, van por la noche en su débil barquilla á arrancar con sus anchas redes, de en medio de las olas, algunos millares de sardinas, y á la mañana siguiente las distribuyen en los pueblos inmediatos. Pero el invierno es la sazon de sus mayores cosechas; no porque entonces aborde aquí mayor número de buques, no porque la pesca sea mas productiva; sino porque el invierno con sus recios uracanes y su aire henchido de nieblas,

es la estacion de los peligros, de las desgracias y de los naufrajios Por eso durante los malos temporales verás á estos hombres con sus negros cabellos flotantes y sus sencillos trajes, armados de un largo palo terminado por un doble garfio de hierro, deslizarse como fantasmas de muerte á lo largo de las peñas resbaladizas, quedar estacionad s por horas enteras sobre sus picachos, con los pies metidos en la espuma que de cuando en cuando los corona, y tender sus ojos de verde pupila por la inmensidad de las aguas, procurando descubrir cuanto voga entre las profundas arrugas de su superficie. ¡Para ellos son los barriles de ron, las cajas de azucar, los cofres, las maletas, los pedazos del casco, los tablones del combés, las ricas provisiones de la pobre nave derrotada! ¡Para ellos cien cadáveres que les dan sus despojos en pago de unas lijeras exequias, y de una huesa abierta en tierra estraña! ¡Para ellos el naufrajio y sus horrores, frutos sangrientos de la estacion de las tempestades!

Para concluir añadiré aun un rasgo mas á los anteriores, el cual por sí solo retrata todo un carácter. Sabes que, aunque cerciorado de que todo pais tiene una historia llena de maravillosas aventuras y de añejas leyendas de brillante poesía, nunca fué mi intento escudriñar los hechos que las dieron ser, ni hojear las crónicas que los refieren, porque carezco de fé al oir las tradiciones, de ciencia al ver las ruinas, y de paciencia al coordinar los materjales casi siempre contradictorios en que se fundan; mas cuando el azar me los trae mondos y lirondos ¿por qué no he de recojerlos y hacerte participante del hallazgo? En este estado me ha puesto hoy mi huesped, sacerdote de esta parroquia, y hombre respetable y altamente respetado por estos moradores, á tiempo que nos paseábamos juntos por la playa.

—«Estraño es, me dijo, que no haya llamado la atencion de V. ese epitáfio cubierto de liquen, colocado por él acaso al pié de esas peñas, y abrigado por un hombre con ese frondoso sauce de Babilonia. ¡Si hubiera sido el de la tumba de Napoleon!!.... pero bien que un sepulcro solo ofrece interés á quien tiene dentro de él algunos recuerdos; para los demas hombres es un objeto muy insignificante.... Me parece que he logrado picar su curiosidad, y me toca ahora satisfacerla.... escuche V.!»

—«Un dia de los últimos de enero de 1809, cuando las plazas mas fuertes del reino se hallaban subyugadas por el ejército francés, y los pueblos menores sufrian á su vez inauditas tropelias, *Corcubion* fué invadido por una partida de dragones de la division del mariscal Ney, y conminado bajo pena de muerte á entregarles abundantes raciones y 20,000 rs., en el perentorio término de 24 horas.

Entre tanto los gefes y soldados de esta partida, mas parecidos á fieras que á hombres, ejecutaban todos los escesos imagibles, aterrando con ellos á los pocos habitantes que no habian querido abandonar sus hogares para buscar un refugio mas seguro en las rocas de la costa ó en los senos de la montaña; el ayuntamiento falto de medios y de voluntad para cumplimentar aquella orden, y sin mas esperanzas que las del cielo, se aventuró á enviar un propio al Excmo. Sr. Marqués de la Romana para noticiarle semejante tiranía, y pedirle un arbitrio seguro para resistirla.»

«Cayetano Melgar, jóven el mas valiente de la comarca, encomendando al Señor la suerte de su querida María, y anteponiendo el amor de la patria al que profesaba á su tierna esposa; la dejó con su madre en el asilo que esa derrocada gruta les ofreciera, y se brindó á buscar al general español, y á manifestarle las necesidades de la villa. Salió con esta honrosa comision el 1.º de Febrero, y el 28 todavía se ignoraba el resultado de ella, de modo que suponiendo muerto al mensajero, hubo de hacerse igual encargo á Domingo Trillo. María, cansada de llorar la pérdida de su amado, no tenia ya mas lagrimas que verter; pero al verla arrimada á la peña; la tez marchita, los párpados caidos, los negros cabellos desaliñados y todos sus miembros privados de aquellos vivos movimientos que tanto hacian un dia resaltar sus gracias, cualquiera diria que estaba poseida de un sincero y horroroso dolor. Los que íbamos á consolarla en su mortal angustia, no teníamos valor, despues de haberla visto, para hablar una sola palabra, ni aun para levantar los ojos delante de ella, de suerte que ella y nosotros inmóviles, y con los macilentos rostros debilmente teñidos por la rojiza luz de los tizones, formábamos un cuadro tristísimo cuyo fondo era esa gruta oscurecida por las tinieblas de una noche de febrero.»

«El 5 de marzo la vuelta de Melgar volvió la vida á María y la ventura á sus amigos, llenando al mismo tiempo de coraje á todos los moradores las lisonjeras noticias de que fué portador. Todos se habian alarmado con ellas, y todos obraban de acuerdo, y con el mayor sigilo, para hacerlas valer en contra del francés.—No debia tardar en estallar la mina, pero un nuevo suceso demasiado aciago para Melgar, apresuró la esplosion.»

«Sin duda por delacion de algun bastardo español, á las 12 de la noche del 17 cayó el noble mancebo en poder de los enemigos: de poco le sirvió haberlo evitado durante un mes con sus viajes nocturnos, por rodeos desusados y caminos intransitables; el hado queria una víctima, y Melgar debia sentir la fuerza de su voluntad. Probado el delito de que era acusado por su propia confesion, fué sentenciado á muerte.»

«Puede V. considerar que sentimiento no causaria en todos nosotros la noticia de esta muerte cierta, cuando habia sido tanto el de una muerte supuesta. María, al recibirla, quedó un momento suspensa; despues, por un efecto sobrenatural ó acaso á virtud de un furioso delirio, se levantó de repente, vibró en derredor de sí lucientes miradas de loca alegria, y haciendo un brusco ademan para que la siguiésemos, salió de su asilo, y se dirigió á pasos de jigante al punto en que estaba preso su amado. Volámos en pos de ella á nuestro pesar; mas ya no éramos solos; los alaridos de la madre habian reunido á todas las mujeres de la villa y á no pocos hombres, que armados cada cual con lo que pudo, se echaron impetuosamente sobre 100 franceses, fuerza reunida de las dos partidas de Cé y Corcubion, los cuales obedeciendo á órdenes superiores se replegaban á Santiago hácia las dos de la madrugada del 18. María, ciega de furor, todo lo atropellaba sin reparar á los caballos ni á los jinetes, á los aceros que blandian sobre su cabeza, ni á las llamaradas de las armas de fuego, que eran la única luz de tan singular contienda. Esta heroina, escudada por una potencia sobrehumana, inflamaba con sus actos nuestro valor y el ardor guerrero de las que la seguian. A él cede al fin el orgulloso francés, busca en la fuga su salvacion, y Melgar está ya en los brazos de María, que es entonces victoreada con entusiasmo por sus compañeras de armas, mientras nosotros corriamos á auxiliar á otro prisionero inglés que dejaron mal herido.»

«Estaba escrito que una víctima debia caer, y este acaecimiento tal vez no hizo mas que cambiar la perso-

na. María volvió con Melgar á su asilo de la costa, temerosos de una nueva invasion, y al momento fué acometida de una violenta fiebre. Todas las fibras de su corazon se habian rasgado con la demasiada tirantez que esperimentaban: despues aun se aumentó mas con el sentimiento que la causaron los acontecimientos sucesivos, y principalmente la quema de Corcubion, Cé, Finisterre y otros pueblos del distrito, efectuada por el enemigo en venganza de su primera humillacion; y la pobre niña no tuvo remedio sino sucumbir.»

«Ahi mismo dimos sepultura á esta flor deshojada en breves dias; rezamos, llorando sobre ella, las preces de la iglesia, y clavamos á su cabezera una cruz formada de dos pedazos de mastil.... Melgar, consolado al cabo por la amistad, corrió á vengarse de los asesinos de su esposa, ingresando en las filas de la independencia, y mas tarde, cuando el cielo nos la habia vuelto, puso ahí esa losa, y plantó ese sauce.»

G. L.

MORIR SIN HABER VIVIDO.

Un francés llamado Pedro Legrand que acaba de morir en Dijon, á la edad de 71 años, ha dejado escrita de su puño la siguiente

CURIOSA MEMORIA.

Ante todas cosas advierto que en mi concepto deben rebajarse de la vida humana todos los momentos de dolor, de pena, de fastidio, de desesperacion, de sueño y de deseos. Sobre esta base paso á hacer cuenta de la mia.

A los tres años me destetaron; á los seis sabia hablar aunque mal; á los siete me rompí la cabeza, y no curé hasta los nueve. Por consecuencia debo rebajar estos nueve años de mi existencia, porque nadie se atreverá á sostenerme que es vivir chupar leche agria de una mala nodriza, no saber hablar, y romperse la cabeza.

A los nueve años comenzé mis estudios, y como tenia la cabeza descompuesta á causa de mi caida, era bastante torpe para aprender, de suerte que al cabo de dos años ya conocia casi todo el alfabeto. La letra Z me valió unos cuatrocientos azotes, y las otras veinte y cinco poco mas ó menos; pero en fin á los doce años ya sabia leer á costa de mi sangre y mi pellejo. Entonces intenté aprender el latin, y únicamente pude conseguir olvidar mi propia lengua; de manera que á los 15 años no sabia nada mas que mantenerme á pan y agua, y parecia un esqueleto.—Con que hay que rebajar por de pronto otros seis años.

A los quince, mi padre me puso de escribiente de un procurador, y allí empezó otro nuevo género de martirio para mí.—Levantábame á las seis, barria el despacho, encendia la lumbre, y en fin, hacia todo lo que me mandaban, y sin embargo, el procurador siempre quejándose de mí, y mi padre siempre castigándome injustamente. Con que bajamos otros cinco años en este martirio.

Cumplidos los veinte, mi padre muy enojado por lo que él llamaba mi torpeza, me puso de marinero á bordo de un buque que iba á las Indias; dejoles á VV. pensar lo que allí sufriria, lavando el entrepuente, trepando á los palos, plegando las velas, y todo al compas del látigo del grumete — y esto duró cuatro años hasta que á los veinte y cuatro compadecido mi padre me puso una tiendecilla de mercería, y me casó con la muchacha Ursula Papafigos, hija de un tornero vecino nuestro que tenia unos cuatro mil pesos de dote hipotecados sobre una fábrica de papel.

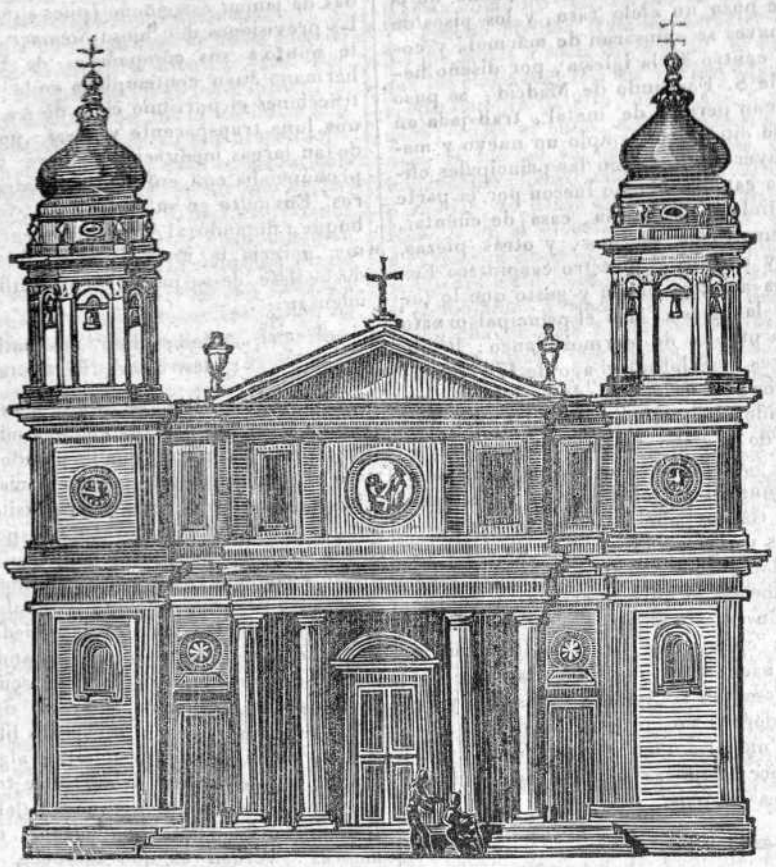
Con esto fuí dichoso una noche; pero al siguiente dia observé que mi esposa tenia un tumor en una pierna, por lo cual es verdad que la pobre me pidió mil perdones, y tuve que concedérselos en consideracion al dote. Pero por qué tanto una maldita riada echó á bajo la fábrica de papel, y con ella el dote mi Ursula, de suerte que no me quedó mas que la mujer y el tumor por añadidura. Pero en fin á los treinta años tuve la fortuna de perder aquella de resultas de este, y ambos me dejaron en paz.—Bájense pues los seis años que habia pasado en maldecirlos.

Ademas, como lo general de los hombres, yo he dormido la tercera parte de mi vida y algo mas si he decir verdad, con que hay que bajar veinte y cuatro años de un tajo.—Vaya otro año largo que he ocupado en buscar la llave de mi papelera que se me perdia cuatro veces por semana, porque, digo, me parece, que no es vivir buscar una llave.—Tres años en afeitarme, peinarme y lavarme las manos.—Cinco años en rabiar de las muelas y curarme constipados y otras frioleras.—Dos años perdidos en conversaciones insípidas, como por ejemplo ¿Como está V.?—Para servir á V., ¿y V.?—A los pies de V.—¿Ha visto V. que frio hace?—Ya, ya—que invernito — etc. etc. etc.

Seis meses en cepillar el sombrero y otros seis en ponerme los guantes, —un año maldito en los entreactos del teatro — otro año lo menos en leer las grandes obras de nuestros poetas, y otro en quejarme de los malos guisos de las cocineras.—Total 71 años.

Posdata: Los treinta dias que he vivido son los que precedieron á la noche de mi boda. Creíame dichoso contemplando á mi futura por la fachada, pero como luego que reconocí el edificio me burlé de mí mismo y de aquellos dias, los doy desde luego por nulos y de ningun valor. No me queda pues mas que una noche de goce positivo, pero de esta noche me burlo ahora. Con que ya muero á los 71 años sin haber vivido un solo dia.

ESPAÑA PINTORESCA.



LA CATEDRAL DE TENERIFE.

En el centro de la ciudad de San Cristobal de la Laguna de Tenerife, en las Islas Canarias, se erigió el año de 1515 la iglesia parroquial titulada de N. S. de los Remedios, bajo la direccion de Miguel Alonso, arquitecto portugués; y aunque en sus principios se hizo de una sola nave con 80 pies castellanos de largo y 36 de ancho, con el tiempo se aumentó con cuatro mas, divididas por 26 columnas dóricas, que todas cinco constituyen el ancho de 131 pies. La capilla mayor quedó con 50 pies de largo, 35 de ancho, y 41 palmos de altura, y para subir á ella hay cuatro gradas de cantería. El cerramento de esta capilla es forrado de madera; en su centro se vé pintada al óleo una gloria, y en ella un círculo de querubines, en cuyo medio está el Espíritu Santo, tallado, con resplandores tambien de relieve, y todo lo demas está lleno de pinturas alegóricas, ejecutadas con buen colorido y correcto dibujo por Francisco de la Paz, pintor natural de Canaria, el año de 1757. Los costados de esta capilla se forraron con madera, y se pintaron primeramente imitando el damasco carmesí, y despues al temple con buenas pinturas hechas por D. Juan Miranda. En el crucero hay una grande cúpula formada de piedra tosca, con cuatro vidrieras que bañan de luz la mayor parte de la iglesia, adornada por lo interior con arquitrabes, friso y cornisamento, sostenida por cuatro pilares de órden jónico, con pedestal y basa ática. El techo de toda la iglesia es de madera de tea, cubierto con tejado. Tiene tres puertas, una que es la mayor tras del coro, y otra en cada uno de los costados que miran al norte y sur, resguardadas estas dos últimas por canceles de madera. En los dichos costados de norte y sur hay 16 vidrieras, que hacen la iglesia sumamente clara. En 1618 se fabricó una torre de 36 varas de altura hasta la cornisa del cuerpo de campanas.

El año de 1813 se derribó el antiguo y mal formado fróntis de este iglesia, y tomando por modelo el vistoso de la catedral de Pamplona en España, simplificando su ornato del órden dórico, para que no fuese tan costoso, ni se echase tanto de ver el gusto de este, con el ningun mérito artístico que tiene el cuerpo de la iglesia, dejándole los arranques para darle en todo tiempo mas altura al templo, se dió principio á él bajo la direccion de los maestros Juan Nepomuceno y Pedro Diaz, que la dirigieron hasta el cornisamento del primer torreon, y despues lo continuaron el año de 1817 los maestros de mampostería Ventura de la Vega y Pedro Pinto, amaestrados en la preciosa y bien acabada catedral de Canaria.—Erigida esta parroquia en catedral en 1819 por bula del Sto. Padre Pio VII, y Real auxiliatoria del Sr. Don

Fernando VII, continuó la obra hasta el año de 1835, que por la penuria de los tiempos se paralizó, quedando concluido el torreon de la parte del sur, y en el segundo cuerpo el de la parte del norte. Al techo de la nave del medio se le puso un cielo raso, y los pisos de las tres principales naves se enlosaron de mármol, y colocado el coro en el centro de la iglesia, por diseño hecho en la academia de S. Fernando de Madrid, se puso una valla de hierro con perillas de metal, trabajada en Sevilla, con lo que se dió á este templo un nuevo y magestuoso ser. Construyéronse tambien las principales oficinas necesarias á una catedral, como fueron por la parte del norte la sala captiular, secretaría, casa de cuentas, biblioteca, sala de remates de diezmos, y otras piezas, cuyo edificio dirigió y ejecutó el maestro carpintero Felipe Amaral, con mas acierto, órden y gusto que lo fué el antiguo cuerpo de la iglesia. Mas el principal ornato de esta catedral es su púlpito de mármol blanco: hízolo traer de Génova Andres José Jaisme el año de 1767. Junto á la tercera columna, en el centro de la iglesia, sobre un pedestal cuadrado, descuella un colosal Angel, que con su hombro izquierdo y mano derecha sostiene un basamento ochavado en 4 caras, y en cada una sobresalen tallados los cuatro evangelistas: el hermoso y animado rostro del angel, sus rizados cabellos, su elegante posicion, la soltura de sus vestidos, el plumaje de sus alas, la expresion del semblante de los doctores evangelistas y sus escorzos, todo embelesa al curioso artista, y encanta al que fija su atencion en esta elegante obra de las mas bien ejecutadas de su clase, que llama la atencion de todo extranjero, y la hace superior á todas las que de esta naturaleza nos presentan las iglesias de España y de América. Los demas adornos son proporcionados al entusiasmo religioso de nuestros virtuosos mayores, resfriado y disminuido por la tibieza y pocos arbitrios de los presentes moradores del pais.

COSTUMBRES.

LOS POETAS Y LA MELANCOLÍA.

En el año de 1834 me embarqué en Cádiz para Sevilla en compañía de uno de mis hermanos recienvenido de Florencia. Mucho tiempo habiamos estado separados, mientras el recorria instruyéndose en los paises mas cultos de Europa, viajaba yo con comisiones de una casa de comercio de Amsterdam. Acostumbrado á trabajar en cuentas de *haber y debe*, doblado dia y noche sobre el *libro mayor y el diario*, mis pensamientos no se elevaban hasta la atmósfera de las abstracciones filosóficas y de las meditaciones de la poesía. Para decirlo en pocas palabras yo era un pobre hombre, en pequeño círculo encerrado y abatido; pero mi hermano reunia cabalmente todas las cualidades que me faltaban: era mi complemento, mi apéndice, ó por mejor decir, yo era el cuerpo, y él el espíritu: al menos así me lo decia él mismo, y yo que soy dócil y bonachon por naturaleza no puse la menor dificultad en creerlo á pie juntillas.

Prosigo mi cuento. Navegábamos para Sevilla en el vapor por medio de aquel mansísimo rio que corre entre campiñas cubiertas de estensa verdura, cercadas sus orillas por melancólicos sauces. Mi hermano no bajó á la cámara siquiera: mientras que los demás pasajeros jugaban al tresillo ó llenaban sus estómagos con sendas tajadas de jamon estremeño (pues aquel dia reducíanse á eso las provisiones del lujoso *Steamer*, poco semejante en este punto á sus compañeros de Inglaterra), mi infeliz hermano Juan contemplaba embebido en profundas distracciones el purísimo cielo de Andalucía, iluminado por una luna transparente y clara: no sé yo que sacaba él de tan largas meditaciones; pero de cuando en cuando pronunciaba con enfático tono algunos versos extranjeros. Envuelto en su ancha capa, inclinado en la próa del buque, flotando al viento sus negros y rizados cabellos, me parecia la imágen de Childe-Harold entonando al despedirse de su patria las magníficas estrofas que comienzan:

Adieu; adieu, my native shore,
Fades ó er the waters blue:

No estrañe el lector esta cita romántica de Lord Byron en boca tan profana como la mia, porque ha de saber, si saberlo quiere, que he pasado dos años en Londres; y la segunda pregunta que me hacian las apreciables señoritas á quienes por vez primera visitaba, era por lo regular, si habia leido las obras de su poeta favorito: apenas habia pronunciado el nó fatal con aire contrito y humillado, cuando advertia en sus miradas y labios una especie de desden despreciativo que lastimaba mi sensible corazon. Vivia así como un paria en la sociedad inglesa; hasta que cansado de este destierro, y deseando como cada hijo de vecino que las nietas de Eva me escuchasen, me fuí bonítamente una mañana á la libreria de Colburn, pedí las obras de Lord Byron: pagué dos libras, siete schelines, y me volví á casa á aprenderme algunos trozos de memoria, lo que no dejó de costarme trabajo, si se atiende á que no entendia entonces una palabra de toda aquella fraseología de montañas y lagos, de venganzas y de amores: verdad es que tampoco la entiendo mucho todavía.

Larga ha sido la digresion, pero mas larga fué la meditacion de mi hermano: cansado de hablar con los marineros, con el capitan, con los pasajeros, y con un hermoso loro que traia una señora americana, fastidiado de tresillo, y harto mi estómago del eterno jamon con tomates, volví á subir á cubierta, y volví á hallar á mi imperturbable hermano abstraido en sus vagos y atmosféricos pensamientos. Me acerqué á él y le dije con un tono cariñoso.—¿Estas pensando en la hermosa fábrica de papel que se podria establecer en esa orilla? ¿No bajas á tomar algo?

—«Nada; me respondió secamente. No me canso de respirar este aire, de contemplar este cielo: aquí adoro á Dios como los persas en medio de la naturaleza, y medito como Platon al eco de las olas. ¿Recuerdas las orillas del Rhin que tan bellos versos inspiraron á Byron cuando cruzaba enamorado su plácida corriente? Todas las sensaciones que allí sentia se renuevan ahora en el Guadalquivir. Mi memoria vuelve á las gratas ilusiones de lo pasado, é involuntariamente mis labios murmuran las dulcísimas composiciones de Wordsworth, y las meditaciones vagas, suaves y siempre melancólicas de Lamartine. ¡Qué bien comprendemos aqui las quejas y recuerdos de Mignon en el Whilhelm Meister de Goethe! Te lo confieso; detesto la sociedad: he vivido con la vida del alma en Alemania, y en Italia: la naturaleza y la soledad hablan una lengua inteligible para mí.»

—Mi hermano está loco, dije para mí capote: es hombre al agua; pero como no soy amigo de contradecir á

nadie, le dejé, y no le volví á ver hasta tocar el muelle de Sevilla: allí por supuesto tuve que encargarme del registro de los baules, de los mozos de cordel, de las gratificaciones en las puertas, y de todas las menudencias que repugnaban al carácter de mi hermano.

Nos alojamos en Sevilla en cierta casa de huéspedes de la calle de las Armas que no olvidaré mientras viva. Por la mañana salia yo á mis especulaciones mercantiles, y cuando volvia de la calle de Francos, harto de lidiar con mercaderes gallegos y castellanos que ni palabra entienden de crédito y giro, me hallaba mi casa ocupada con una porcion de jóvenes estudiantes del tercer año de leyes, con mas orgullo que diez bajáes, y mas charlatanes que veinte y dos mil loros. No sé como y cuando habian conocido á mi hermano, lo cierto es que le rodeaban, y que entre ellos ejercia Juan una especie de soberanía debida á su superior talento y á su mayor ilustracion. Ellos no estudiaban jurisprudencia; el derecho patrio de Salas dormia cubierto de polvo en sus mesas; pero en cambio tenian obstruida la memoria con los trozos mas estravagantes de Victor Hugo, y es de notar que apenas sabian francés; recitaban á menudo las robustas composiciones de Quintana, alguno que otro verso de Gallego, y sobre todo las mas ardientes canciones patrióticas; porque todos aquellos niños eran republicanos, revolucionarios, únicamente porque les parecian cualidades de hombres fuertes, sin saber á punto fijo que significaban revolucion y república. Bebian cerbeza y ponche, se dejaban sin peinar el cabello, atusaban como podian el naciente bozo; hablaban de los placeres de la melancolía, y sobre todo jamás se hacian lazo regular y simétrico en la corbata, pues nada era mas prosáico segun ellos que ocuparse de cosas tan frívolas.—No ha de creerse por eso que eran desaliñados y tontos, se vestian á su modo, afectando no pensar en ello, y pensaban á su manera corriendo tras la originalidad: pero en la mayor parte de ellos habia gérmenes de escelentes cualidades que hubieran podido ser útiles á la sociedad y á ellos mismos, si no se hubiesen torcido desde su nacimiento. Al principio procuraban burlarse de mis mezquinas ideas y de la pobreza de mis recursos: yo les aguanté algun tiempo por consideracion á mi hermano; pero todo cesó el dia en que con la mayor política posible abrí la cancela, agarré á uno por el cuello del corbatin, le pegué tres ó cuatro bofetones y un puntapié por apéndice que lo echó bailando en medio de la calle.

Desde entonces me temian como á un oso salvaje, y aun llegando á ser buenos amigos y á escucharlos con mas tolerancia, tuve tiempo de llegarles á conocer y de estudiar su carácter.

Despues que con mi grosera brutalidad se fué disipando el tropel de los niños aspirantes á poeta no quedaron mas que dos que fuesen asiduamente á ver á mi hermano. El uno era un muchacho de 19 á 20 años, pálido, delgado, con miradas desdeñosas, maneras estudiadas y desmedido orgullo. Se llamaba Tomas del Alamo y habia nacido en Almería. Ponia poco de su parte para adelantar en el mundo, y por consecuencia natural no adelantaba; por lo que solia decir que la felicidad ha sido hecha tan solo para los imbéciles. Gustaba de las mujeres, pero demasiado orgulloso y pedante las fastidiaba en vez de seducirlas: los desaires no tardaban en venir, y estos desengaños le convencieron de que la mujer nunca se prenda del verdadero mérito, ni se apasiona mas que de los bárbaros y fatuos. Odiaba el sexo femenino por despecho, y decia con mucha gravedad que si hubiese asistido al famoso concilio, hubiera defendido, como muchos esclarecidos prelados, que las mujeres no tienen alma, opinion que tiene á su favor un artículo del Korán. Este pobre Tomas del Alamo, cansado de hacerse el interesante, ha aceptado una plaza de oficial en la secretaria de un gobierno político de tercera clase, y trabaja como un desesperado en su prosáico destino.

Jacobo Medina tenia un carácter mucho mas adusto. No iba jamas á sociedad alguna, ni recitaba otros versos que los elegiacos: leia las noches lúgubres de Cadalso, y vestia siempre de luto, en verano y en invierno. Aficionado, como el buho, á las sombras de la noche, abominaba la luz del sol que lo distraia de sus profundas y melancólicas abstracciones. No salia de su casa sino para dar un paseo por la orilla del rio, á la luz de la luna, y en el silencio de la soledad. Fastidiábale el mundo, porque decia que solo encontraba en él medianias y nulidades ambiciosas.—El fin de Medina ha sido trágico y lamentable. Vivia cerca de San Juan de la Palma una muchacha de diez y siete años, de conducta equívoca, pero de maravillosa hermosura. Su frente era tan serena como la de un angel: sus miradas bajaban como rayos por entre las largas pestañas de sus negros ojos: su boca de carmin era risueña y pura: el óvalo de su cara perfecto: habia algo de las vírgenes de Murillo en su semblante casi infantil.—Medina la vió, y ciegamente enamorado, empezó á espresarle su pasion en tono lacrimatorio y cavernoso: la muchacha se rió al principio, pero se fastidió despues, y sin escuchar lamentaciones ni suspiros, se entregó á cierto conde rico y gastador que montaba admirablemente á caballo y hablaba divinamente el gitano. El amante desesperado se degolló con una navaja de afeitar: los socorros no alcanzaron, y espiró como habia vivido maldiciendo la sociedad, y renegando del mundo.

En cuanto á mi hermano Juan, ya es otra cosa: ha hecho muchos versos; algunos buenos, la mayor parte bonitos y monotonos: cansado de la poesía, se arrojó con vehemencia en los estudios políticos: republicano ardiente é inexorable, deseaba ser diputado para lanzar por la Península el fuego de su esterminadora palabra: por fortuna no lo ha conseguido: su intolerante fanatismo ha ido disminuyendo con la progresion del tiempo y el conocimiento de los hombres: ahora, querido lector, aunque me cueste rubor el decirlo, es mas retrógrado que yo. Ya no vá al café, ni declama endecasílabos melancólicos. Se ha casado con una guapísima muchacha de Carmona que le ha llevado en dote algunos miles de pesos, muchas fanegas de tierra de labor, y treinta mil pies de olivo en la vega. En el momento que escribo me están aturdiendo con sus gritos dos chiquillos que tiene mas robustos que dos becerros, y ademas su mujer está embarazada. Mi hermano vive mediana, aunque oscuramente; monta á caballo por las mañanas, y examina por sí mismo el estado de sus propiedades, se levanta temprano, toma las cuentas de sus dependientes, y se informa cada dia del precio del trigo en la alhóndiga. Ayer me dijo que le buscase un comprador para veinte mil fanegas que le sobraban. Quieren hacerlo diputado, pero el se echa á reir, y no consiente. En fin, quien le viese ahora tan grueso y colorado como un patan, dichoso en medio de su prosáica familia, ¿podria conocer en el al jóven y melancólico poeta que recien venido de Florencia contemplaba estasiado las frondosas orillas del Guadalquivir?

C. B.

EL SUSPIRO DEL MORO.

Todo respira alegría
en la risueña Granada;
la gente corre y se empuja
por sus calles y sus plazas.
Van á ver al nuevo rey,
que diz que llegó á la Alhambra,
y á Doña Isabel su esposa,
la heroina castellana.
En la torre de la vela
estan fijas las miradas:
allí ondea el estandarte
en que hay una cruz bordada.
¡¡«Granada!!» dice una voz
por sus altezas,, y clama
todo el pueblo á otra voz "vivan,,
que el eco lleva en sus alas.
Es el marqués de Mondejar,
alcaide de sus murallas,
muy querido de los reyes,
varon noble, y de pujanza.
Don Fernando del Pulgar
armado de todas armas,
es aquel que se distingue
por su apostura y su talla.
El que lleva una cruz roja
sobre el pecho y en la capa,
es el adalid valiente
maestre de Calatrava.
Aquel otro es el alcaide
de los donceles; gallarda
es su presencia, y airosa:
¡cómo le miran las damas!
Confesor es aquel monje
de la reina, y por la santa
piedad, primer arzobispo,
hoy ha bendecido el ara.
Ya sale el rey ¡cuál se agolpa
el pueblo; apenas los guardias
bastan para contenerle,
que tal es de verle el ansia.
¡Qué taciturna es su frente!
¡cual derrama las miradas
entorno suyo al descuido
cómo si desconfiara!
Pero la reina, ¡qué hermosa!
es tan rubia como el ámbar,
y blanca como el marfil,
y airosa como la palma.
Sus ojos azul de cielo:
en su frente está pintada
la felicidad, y mira
con la efusion de su alma.
¡Qué sonrisa tan amable!
miel destilan sus palabras,
y su rostro es tan hermoso
como hermosa es la esperanza.
Van á la antigua mezquita,
en cuya cumbre se ensalza
la cruz de su religion
sobre la luna africana.
Y los guerreros valientes,
y las bellas castellanas,
y un pueblo entero les sigue
entre vivas y entre salvas.

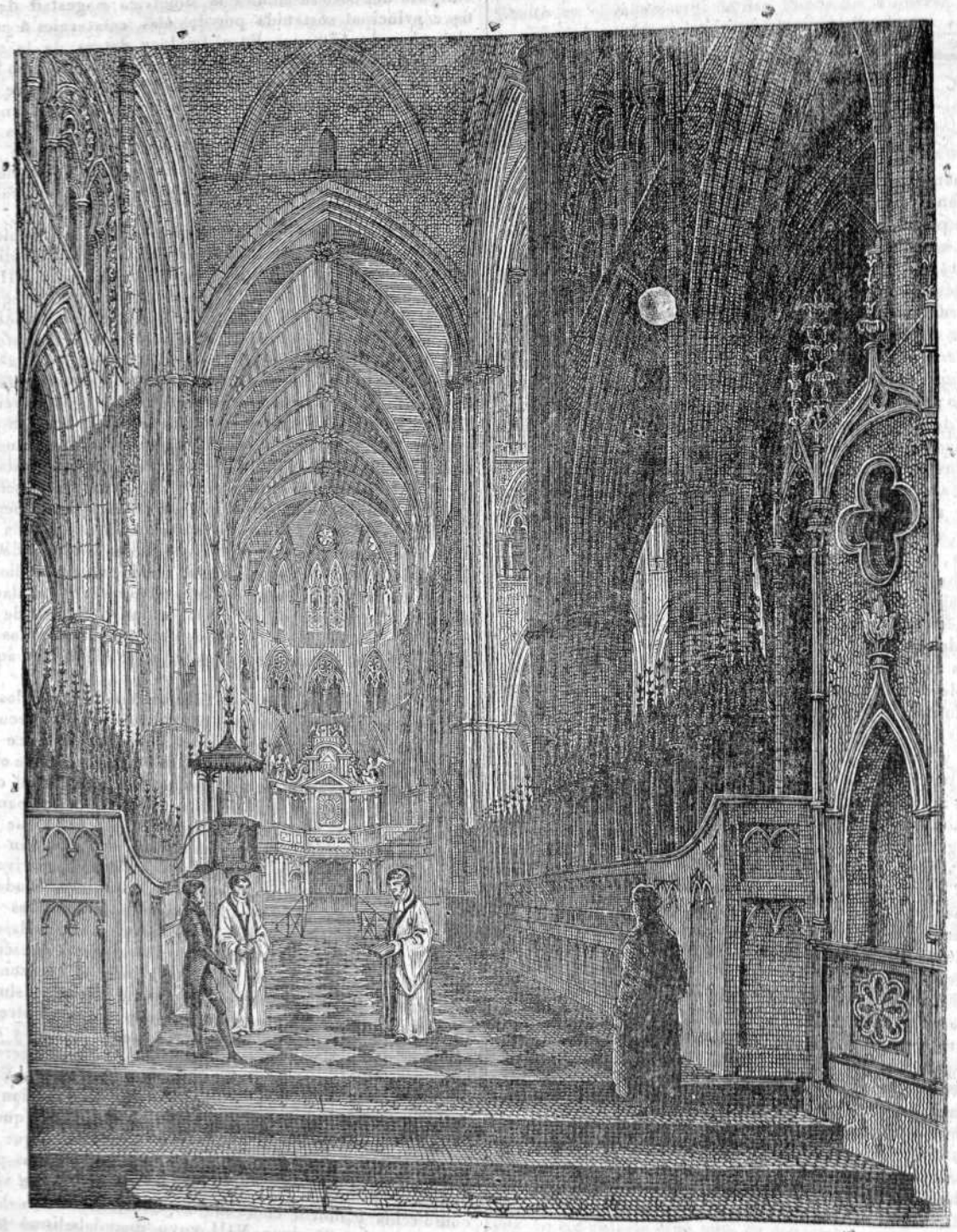
Y mustio y sombrío se aleja llorando
el antiguo rey que allí se asentó:
y sus servidores le siguen, mirando
el techo en que un dia su cama meció.
Silencio de muerte sus lábios sellaba:
acaso un suspiro lanzaba Boabdil,
que luego la brisa que en torno volaba
llevára á la orilla del manso Genil.
Ya los añafiles, pífano, atambores
ni ya las dulzainas nunca sonarán:
ni en la Vivarrambla sembrada de flores
cañas y torneos jamas correrán.
Caerá en el olvido la antigua pujanza
de Alamar y Zayde, Gazul y Almanzor:
¿dónde está su aliento, su brazo, su lanza
que hundiera al cristiano en miedo y terror?
Granada se aleja de sus turvios ojos;
Granada, ¡ay! se huye al triste mirar;
Granada la cierran eternos cerrojos
que Alá solamente podrá quebrantar.
Ya han cruzado el llano risueño y florido
de la hermosa vega por última vez;
y la golondrina que torna á su nido
verán envidiosos volar desde Féz.
Ya han pasado el rio de Sierra nevada,
tambien se han dejado atras á Alhendin:
la planta tardia mueven, y cansada
como quien sufria destierro sin fin.
La cuesta han subido, ya están en la cima:
todos á Granada miran con ardor;
¡cuán bella es la patria! ¿Qué prenda de estima
podrá junto á ella robar nuestro amor?
El pueblo lanzado la mira afanoso,
un suspiro ardiente la embia Boabdil:
suspiro que sale del pecho angustioso
cual sale un gemido de lábio febril.

Y ese *suspiro* repiten
los guerreros, las hermosas,
y sus ojos son dos fuentes
en un campo de amapolas.
Allí esperaba el anciano
acabar en paz sus horas,
y sus párpados cerrara
una mano bien hechora.
Allí esperaba el consorte
reposar junto á su esposa,
y que sus cuerpos unidos
cubriera una misma losa.
Allí esperaba la amante
recibir tierna y gozosa
la fé de su adorador
y pagarle cariñosa.
Allí la tímida Vírgen
oyó temblando una trova.
Allí empezó la ilusion
que el corazon parte ahora.
Allí tambien el doncel
enamorado juróla
el amor que arde en sus venas
cual sobre el fuego el aroma.
Tambien esperaba allí
cubrirse de eterna gloria
y poner cien estandartes
á los pies de su Señora.
Allí quedan los naranjos
que en afortunadas horas
plantára inocente el niño
para dormir á su sombra.
Todo se acabó; y el llanto
de entre sus párpados brota
cual las perlas del rocío
cubren del lirio las hojas.
Sollozando y en silencio
todas sus penas devoran,
que llevan partida el alma
y en sentimiento se ahogan.
Asi se aleja Boabdil
sin esperanza y sin gloria
por el camino en que un dia
arrastraba su carroza.
Y los guerreros valientes,
los ancianos, las hermosas,
y un pueblo entero le sigue
entre amargura y congojas.

A. J. Moreno Gonzalez.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.

RECUERDOS DE VIAJE.



(La Abadía de Westminster.)

UNA VISITA Á LA ABADIA DE WESTMINSTER.

Rara vez han buscado en Inglaterra los viajeros ni los arqueólogos una escuela bajo el aspecto de las bellas artes. Efectivamente, el carácter mercantil de los ingleses, su propension predominante hácia todo lo que sea industria y goces positivos no han permitido al genio artístico tomar aquel vuelo grande y desinteresado que en otros paises. Pintura, arquitectura, música, todo esto lo adquieren los ingleses del extranjero. Los monumentos mas notables de Londres son hijos del cerebro francés, como lo hace observar un publicista contemporáneo. El puente de *Westminster* y el nuevo de Londres, el parque de *San James*, el *Tunnel* ó puente debajo del Támesis, están allí para acreditarlo; y el palacio Montaigú uno de los mas bellos edificios de aquella capital cuyos cielos rasos estan pintados por Santiago Rouseau y Cárlos Lafosse, fue construido bajo los planes del arquitecto francés *Pouget*.

Sentado este principio, no es poco digno de admiracion, al recorrer la Inglaterra, el encontrar de tarde en tarde algunos antiguos monumentos debidos al cincel gótico, en aquellas épocas en que el cristianismo universalizaba su buen gusto arquitectónico á despecho de los naturales; verdaderos testamentos de una religion muerta por decirlo asi en aquellas comarcas, Oasis católicos esparcidos en medio de las ideas anglicanas.

La abadia de Westminster es sin contradiccion la mas notable de todos ellos. No es fácil visitarla sin verse acometido de las dos ideas que abarcan su doble destino, esto es; *el altar* y *la tumba*. Dios y la nada (1). Ayer el culto y la vida; hoy el silencio y los sepulcros: ayer el alto pensamiento de la eternidad, los reyes arrodillados: hoy el espacio limitado del tiempo y de la historia; hoy las grandezas reales hundidas debajo de una losa de algunos pies.

Tal es aquella antigua abadia que no cuenta menos de 12 siglos, y que solo abre sus sagradas bóvedas á la coronacion y al sepulcro de los príncipes. Es la doble escalera por donde se sube al trono y por donde se desciende de él: ¡imponente leccion dada á los monarcas de la tierra!

Si se ha de dar crédito á las historias inglesas la abadia de Westminster fue fundada hácia el año de 604 por Seberto, rey de los sajones, concluida mucho tiempo despues por Enrique III que depositó en ella los restos de Eduardo el confesor, y engrandecida por Enrique VII á principios del siglo XVI. La capilla que lleva el nombre de este monarca es indudablemente uno de los mas bellos fragmentos de arquitectura que ha dejado el jenio del cristianismo. Divide á la iglesia en dos cuerpos separados; uno atrevido y colosal, y el otro mas pequeño pero mas gracioso. El primero lleva hasta el mas alto estremo la severidad de sus labores; el segundo contornea á sus pies la gallardía de sus pequeños cincelados. Ambos estilos reproducen con bastante exactitud las dos edades del catolicismo pasado y del presente; la austeridad de las catacumbas, y el lujo de las córtes.

Al entrar por la puerta principal que mira al Oeste enfrente del coro se admira la simétrica magestad de la nave principal sostenida por dos alas colaterales á una elevacion de 150 pies. En el fondo y detras de la sala donde la Cámara de los comunes tuvo en otro tiempo sus sesiones está la capilla de Eduardo I, que solo ofrece de notable su vejez y sus recuerdos históricos. Vense aun en ella los antiguos sitiales de la coronacion conducidos de Escocia por aquel príncipe y el escudo que Enrique VI llevaba en la batalla de Azincour. Es lo único que el tiempo ha conservado á la Inglaterra de aquella memorable jornada.

Desde este punto es de donde empiezan á prolongarse en toda la latitud del templo los sepulcros diseminados de los reyes hasta la capilla de Enrique VII de que ya hemos hablado. Una espaciosa nave y dos pequeñas alas afiligranadas componen esta última division á espaldas de la antigua. Aquí se reune casi toda la historia de Inglaterra! ¡cada losa que se pisa corresponde á un recuerdo! ¡y qué recuerdos los de *Enrique VIII, María é Isabel*! Aquellos grandes potentados á quienes ayer la Europa entera hubiera parecido estrecha son hoy tan pequeños en aquellos lugares que apenas los distinguimos á nuestros pies! Coronas de ceniza apagada.... hasta el mismo *Cicerone* que por algunos *schelines* os las señala con el dedo, parece temer que su voz no las disperse.

Enrique VII fundador de aquella capilla se halla en medio de la nave en un sepulcro ricamente esculpido en forma de altar. Ocupa el puesto de honor en medio de todos los demas, como un huesped que acaba de darlos asilo. Enfrente de él estan las sillas adornadas de diferentes escudos, donde se reunen algunas veces los caballeros de la órden del Baño, cuyo fundador fue aquel monarca.

Al recorrer las alas que forman los dos costados de la nave se olvidan por un momento todos los recuerdos para fijar toda la energía de la meditacion sobre dos sepulcros colocados uno enfrente de otro. En uno de ellos descansa la desventurada MARIA DE ESCOCIA, en el otro ISABEL: ¡el verdugo enfrente de la víctima!; ¡espantosa antítesis! Las dos reinas, una de las cuales fue tan grande en desgracias y en virtudes y la otra tan admirada por su genio y su poder, las dos reinas, rivales en el trono, parecen serlo aun en el sepulcro. Dudaria el viajero á cual de los dos monumentos fúnebres dar la preferencia, si el estuco del primero no recordase el antiguo nombre de los *Estuardos*; á su vista se escitan todas las simpatías, todo el amor, todo el corazon, y este tributo no le rendimos á la reina de Escocia, sino á la mujer que tantas desventuras supo sufrir. Entre la viuda de Francisco II que empezó por defectos y debilidades que la historia perdona para engrandecer su vida sobre el cadalso político, y la hija de Enrique VIII cayendo desde lo elevado de su trono en una pasion de 70 años; entre una reina martir por su belleza que la envidiaron juntamente con su trono, y una reina que sucumbe á una desesperacion amorosa, la historia ha pronunciado su fallo. *María* fué reina para morir; *Isabel* vivió como reina y murió como mujer. Continuémos.

Hé aquí á Enrique VIII cuyo maquiabelismo pesó tan poderosamente sobre el siglo XVI; que hizo pasar seis esposas desde su lecho al tajo fatal; desafió á la

(1) Ya digimos en otra ocasion que esta célebre abadia encierra los sepulcros de los reyes y de los hombres mas ilustres de la gran Bretaña, como tambien que hace mucho tiempo se verifican en ella las ceremonias de las coronaciones.

dignidad pontificia, y estableció entre él y Roma una barrera de sangre: allí su hija María que hace 300 años pertenece á la historia, y la historia aun no la ha juzgado: mas allá aquel Cárlos II que despues de haber tenido un reinado sin trono, tuvo un trono sin reinado.

Dejando las sepulturas Reales para volver á la parte antigua de la iglesia, se halla una multitud de monumentos fúnebres que atraen á la imaginacion recuerdos no menores. Aquí descansan las personas ilustres cuyos nombres han honrado á la Inglaterra. Este es el panteon ó por mejor decir el apoteosis del genio, porque la abadía de Westminster es un palacio donde los grandes hombres conceden un lugar á los reyes del pais.

Cuando visiteis aquella iglesia deteneos en la parte llamada *rincon de los poetas* (*the poets corner.*) Entonces no sereis español, ni francés ni inglés; os arrodillareis á pesar vuestro ante la sombra del gran *Shakespeare*, sereis poeta en el sepulcro de *Milton*, raciocinador delante de las cenizas del inmortal *Bacon*, artista con el actor *Garrick*; cantareis con *Spencer*, *Adisson* ó *Goldsmith*; llorareis con *Richardson*, y el fabulista *Gay* os consolará con su epitáfio que él mismo compuso.

Si os deteneis ante otros nombres ilustes, hallareis el de *Isaac Newton* que descubrió la gravedad universal; el del célebre *Watt* que aumentó el poder del vapor, finalmente de aquellos dos ilustres rivales *Fox* y *Pitt*, tan diferentes en su política y tan semejantes en su ingenio. Fox, arrebatado tan jóven á los tiempos de su elevada inteligencia; Pitt, el hombre de bien, la potencia del talento, de quien Walter Scott dijo: «Mientras que la buena fé y la paz pública sean apreciadas, derramad una lágrima sobre este mármol insensible; porque el que supo conservarlas, Pitt, descansa en él.»

CRONICA NACIONAL.

LA CAMPANA DE HUESCA.

Muerto sin hijos el rey de Aragon y Navarra D. Alonso el Batallador, y poco conformes los que fueron sus súbditos con el testamento en que dejaba por herederos de sus estados á los Caballeros del temple, hospitalarios, y de Jerusalen, se levantaron diversos altercados acerca del sucesor en ambas coronas. Reunidos en Borja aragoneses y navarros el año 1134 con el fin de elegir rey, y cuando pacian unirse los pareceres para nombrar á D. Pedro de Atarés, señor de aquella ciudad, varon de partes muy aventajadas, y descendiente, segun algunos, de la casa real, Pedro Tizon de Quadrayta y Pelegrin Castillazuelo, hombres de grande ingenio y autoridad, propusieron la eleccion del infante D. Ramiro, hijo legítimo de Don Sancho su señor, y hermano de D. Alonso, á quien desde los primeros años de su edad le habia dedicado su padre á la religion, haciéndole tomar el hábito de San Benito en el monasterio de San Ponce de Tomeras.

Divididos asi los pareceres partiéronse de las córtes remitiendo la eleccion á las que sobre ello se habian de celebrar en Monzon. Empero desconfiando los navarros de la poca aptitud para reinar del monje D. Ramiro, acordaron elegir á persuasion de D. Sancho de Rosas, obispo de Pamplona, á Don García Ramirez, nieto de D. Sancho, y lo alzaron por rey sin voluntad ni acuerdo de Aragon.

Los aragoneses reunidos en Monzon aclamaron á Don Ramiro, que aunque monje y obispo de Roda y Barbastro no dudó en llamarse rey dés que murió su hermano. Don Ramiro fue coronado á la edad de cincuenta años, y adquiriendo dispensa del pontífice Inocencio Segundo, el monje, el sacerdote, el obispo, casó el año 1135 con Doña Ines, hermana de Guillen, conde de Poitiers y de Guiena.

Las turbulencias y repetidas contiendas suscitadas por las pretensiones de los monarcas de Navarra y de Castilla, y á las que ningun obstáculo oponia D Ramiro por su flojedad y negligencia, engendraron descontentamiento en los grandes que ansiaban la guerra. Engrandecidos los ricos hombres con las donaciones desmedidas de castillos y lugares que el rey les hacia, principiaron á no acudir á sus llamamientos y á despreciarle, echándole en cara su pacífica vida monástica, con el nombre de *carne* y *coles*, ó *carni-col* y con el no menos ridículo del *rey cogulla*. Los demas que no fueron partícipes de su liberalidad, movidos de envidia lo trataban de pródigo é imbécil, y dividido todo él como en parcialidades, reinaba por do quier la anarquía y la confusion.

Viéndose D. Ramiro en tal conflicto, y no sabiendo que partido tomar, envió secretamente un comisionado con una carta suya á Fr. Frotardo, abad de San Ponce de Tomeras, maestro suyo en la religion y persona de quien hacia gran confianza, en la cual le esponia el estado de su reino, pidiéndole consejo acerca de lo que deberia hacer para apaciguar tantas altercaciones. El abad, que conocia el corazon de D. Ramiro, no respondió palabra al infanzon, y conduciéndole á una huerta, principió á cortar á su vista con un cuchillo las cabezas de las coles y demas hortalizas mas altas y lozanas que allí habia, despidiéndole sin otra respuesta.

Luego que D. Ramiro recibió esta contestacion, mandó llamar á los ricos hombres mesnaderos y procuradores de las villas y lugares de Aragon para que se juntasen á cortes en la ciudad de Huesca, y venidos que fueron, les propuso el proyecto que tenia formado de fundir una campana que desde Huesca se oyese por todo el reino. Los grandes tuvieron con esto un motivo mas para mofarse de la simplicidad del rey. Pero un dia señalado mandó el rey reunirse en su palacio á todos los nobles, y conforme iba llegando cada uno de aquellos de quienes se queria asegurar para la venganza, le mandaba pasar adelante hasta que daba en manos de los suyos en un retrete que aun se conserva en el dia en el mismo palacio. Asi fueron presos y muertos quince de los mas principales ricos hombres mesnaderos de Aragon;

los cinco caballeros de la casa de Luna, Lope Ferrandez, Ruiz Gimenez, Pedro Martinez, Fernando y Gomez de Luna, D. Ferriz de Lizana, D. Pedro de Berga, D. Gil de Trujillo, D. Miguel de Azlor, D. Pedro Coruel, D. Garcia de Vidaura, D. Ramon de Foces, D. Garcia de la Peña, D. Pedro de Lusia y D. Sancho de Tortona.

El último que entró fué D. Ordaz, el cual apenas penetró en la fatal estancia vió catorce cabezas brotando sangre ordenadas en círculo á manera de campana, y en un extremo sobre un paño mortuorio un túmulo de cuerpos descabezados.—He ahí la campana que he mandado fundir, dijo D. Ramiro dirigiéndose á Ordaz; pero observo que aun no está completa ¿Qué pensais que la falta?—¡La lengua! esclamó D. Ordaz con voz sepulcral.—Pues vos servireis de lengua, dijo D. Ramiro, y mandándole cortar la cabeza fue colocada en medio del círculo. Desde entonces los descendientes de este desgraciado llevan por armas una campana con lengua, y por yugo una mata de col y una cruz sobre ella.

Pocas horas despues, los hijos de los que tan desgraciadamente habian perecido veíanse asomados á las ventanas del alcazar de D. Ramiro. Por bajo de ellas pasaron hasta quince atahudes acompañados de multitud de religiosos, cantando el *requiem æternam*. Algunos de los presentes al ver el fúnebre cortejo y el nombre de sus padres en los tarjetones que de los féretros pendian, prorumpieron en amargo llanto. Entonces D. Ramiro dirigiéndose á ellos les dijo:—«Ved aqui para que os envié á llamar: la campana que habia de fundir es esa, sirviendo de metal para ella la sangre de los que encendieron el fuego en que han sido derretidos: he mandado matar á vuestros padres para que aprendais á no mofaros de vuestro rey.» Al saber este horrible suceso los demas nobles esclamaban aterrorizados «¡carne y coles le llamábamos, carne y coles nos ha dado!»

Esta campana resonó por todo el reino con tal ruido que lo llenó de espanto y de terror manteniéndolo en calma en lo sucesivo. D. Ramiro mandó hacer un monasterio de la iglesia de S. Pedro de Huesca en 1137, y se retiró á él con cierto número de clérigos de su capilla donde vivió bajo la regla de S. Benito hasta el 1147, en que falleció, habiendo casado de antemano á su hija doña Petronila con D. Ramon conde de Barcelona, á quien habia dejado la administracion del reino con el título de príncipe de Aragon, reservándose él, no obstante su retiro, el libre uso de la autoridad real.

Los cuerpos de los nobles que tan desgraciadamente murieron, fueron llevados á la iglesia de S. Juan de Jerusalen de Huesca que está cerca del palacio real, y en ella se erigieron unos sepulcros donde yacen y se conservan en el dia.

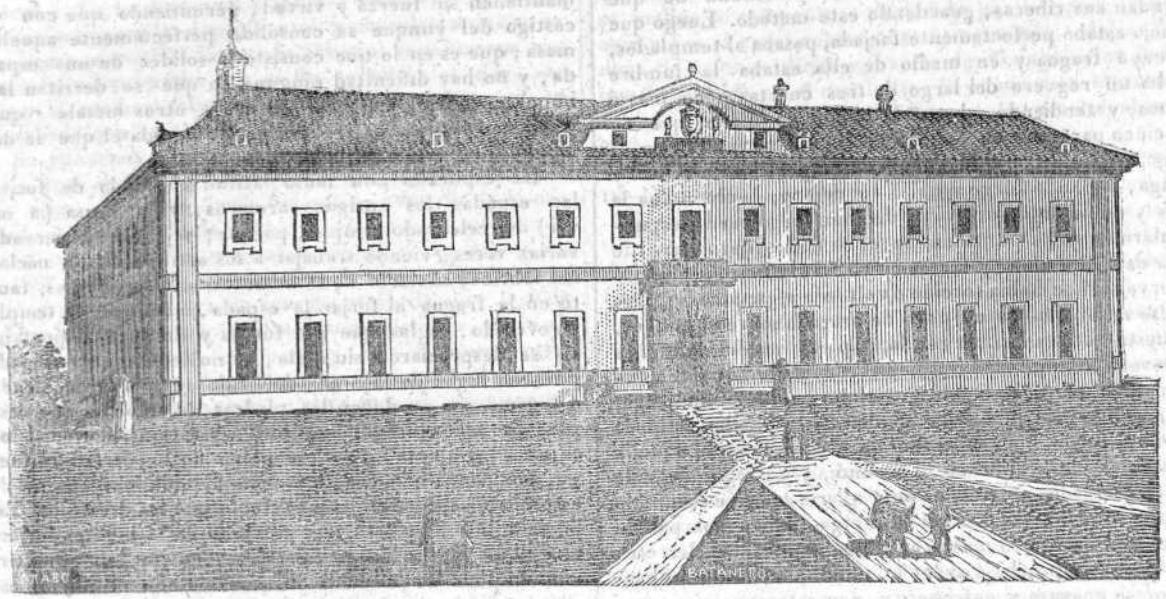
El primer deseo que se despierta en el ánimo del viajero que se halla en la ciudad de Huesca, es el de visitar la estancia donde se ejecutó la muerte de los nobles. Este monumento ignorado en la generalidad hasta que el drama del Sr. *Garcia Gutierrez* salió á luz, se halla debajo de lo que es teatro de la universidad, desde que agregó el palacio real á este establecimiento científico D. Felipe III por donacion hecha en Madrid á 21 de Junio de 1611. Una escalerilla estrecha y desmoronada que hay junto á la silla de la presidencia, conduce á esta terrible mansion: el pavimento es de tierra, en figura ovalada, de no muy grandes dimensiones, y cuyo exámen no ofrece atractivo alguno á las investigaciones del arqueologo.

Sus paredes lisas y sin adorno alguno, su bóveda pobre y sin ningun atavío, su cornisa enteramente desprovista de las vistosas molduras, follajes y relieves que tanto admiramos en las obras de los godos y de los árabes ninguna novedad ofrecen; y por otra parte las piedras cuadradas y simétricamente empotradas que constituyen el edificio presentan una monotonía sin igual. Dos agugeros cuadrilongos ofrecen estrecho paso á la luz natural que iluminando débil y pálidamente la estancia aumentan el terror que ya por sí sola inspira. La tradicion acaso discordante en algun modo con el género de muerte que sufrieron los nobles, señala como vestigios del tablado que debió alzarse para ahorcarlos, unos agugeros que se ven bajo la cornisa á una altura proporcionada del suelo. En medio de la bóveda se mira una grande anilla de donde, segun voz vulgar, fué colgado D. Ordaz.

Tambien se conservan en la actualidad los sepulcros donde fueron enterrados los nobles, pues en derredor de la iglesia antigua de S. Juan que está junto á la nueva, hácia el septentrion, se ven 18 túmulos, quince de los cuales son los de los quince caballeros; todos ellos se conservan con grande entereza, aunque solo en dos se ven pintadas unas campanas sin lengua. Uno de ellos especialmente sobresale por el adorno de la pintura, aunque no se puede leer el epitáfio que hay escrito en él por hallarse muy borrado. Solo nos resta para concluir este artículo rebatir una opinion del célebre cronista *Zurita* que dice «que estas sepulturas fueron de caballeros templarios, de cuya órden y convento fue aquella casa primero, y no tiene alguna divisa ó señal de aquellos linages (de los nobles) que eran de los mas principales del reino.» Pero *Zurita* anduvo equivocado en este punto, pues ademas de que las campanas que se ven pintadas en los sepulcros manifiestan claramente el hecho que dió motivo á su construccion, no es cierto que aquella casa fuese de los templarios, porque estos no fueron á fundar su órden en el reino de Aragon hasta el año 1141, cinco años despues del suceso de la campana; porque esta iglesia de S. Juan de Jerusalen la fundaron los comendadores de S. Juan mucho antes que la órden de los templarios cayera y se estinguiera, puesto que en el año 1136 en que acaeció el hecho de D. Ramiro eran señores de esta iglesia y casa hacia ya 27 años, de todo lo cual se deduce que no pudieron ser estas tumbas de los templarios, porque la única iglesia y casa que tuvieron en Huesca y que despues fue de los comendadores de S. Juan se llama en el dia la iglesia del temple, é igual memoria se hubiese conservado de estos caballeros, si hubieran ocupado en algun tiempo la iglesia de S. Juan de Jerusalen.

J. DE V. Y C.

INDUSTRIA ESPAÑOLA.



LA FÁBRICA DE ARMAS BLANCAS DE TOLEDO.

Desde los mas remotos tiempos de la antigüedad han florecido en Toledo las artes y maniobras indispensables para pasar la vida humana; pero aunque se pudiera fijar la época del primer establecimiento de muchas manufacturas, no asi con la fábrica y gremio de armeros y espaderos de esa ciudad cuyo orígen se pierde con el de su misma fundacion, y en esta oscuridad y falta de documentos, solo podré dar algunas noticias que en las historias se encuentran repartidas. Bien notorio es lo que dice el poeta Gracio Falisco, autor que vivió en tiempo del famoso Ovidio, quien en el tratado de *venatione* vers. 341, dice «*Ima toletano præcingant ilia cultro*» De este poeta hace mencion el mismo Ovidio en la última Epístola del Ponto *ad invidum* diciendo: *Aptaque venanti Gratius arma daret*» Cervantes en su Quijote igualmente hace mencion de las espadas toledanas del perrillo, llamadas asi, por usar de marca en ellas su forjador la figura de un perro.

La fábrica de los cuchillos y espadas de Toledo continuó por muchos siglos con la misma ó mayor fama, sostenida no por el real Erario, sino por buen número de individuos armeros, que juntos componian un lucido cuerpo ó gremio, labrando cada uno en su casa, y templando con el mayor primor las espadas, por la utilidad que se les seguia, pues los compradores de dentro ó fuera del reino se iban á la lonja del mas famoso artesano, y all compraban las hojas por cientos ó por docenas, y asi procuraban cada cual aventajarse en la labor, logrando algunos, por su sobresaliente habilidad, el título de espaderos del Rey, grabándolo asi en sus espadas, con todas letras y en los cantos del recazo como fueron Nicolás Hortuño, Juan Martinez, Antonio Ruiz, Dionisio Corrientes, y otros. A este lucido cuerpo de armeros de Toledo estaban concedidos por los señores reyes de Castilla varios privilegios y esenciones, que les libertaban del pago de alcabala y cientos con los demas derechos que devengaban al Erario la venta de sus espadas, y las compras de hierro, acero y demas que se gastaba en la fábrica, alcanzando esta esencion á los basteros que traian á Toledo hastas para lanzas, alabardas, picas y espontones, y á los que comerciaban y traian guarniciones, tablas de haya, cueros y conteras para vainas.

El acero que se gastaba en esta gran maniobra, desde sus principios fué el de la fábrica antigua de Mondragon, única en España por aquellos tiempos, celebrada casi por todo el mundo por rica y abundante, y cuyas espadas, despues de muchos siglos, subsisten aun de tan sobresaliente calidad, que son apetecidas por todos los extranjeros, que admiran su fortaleza, hermosura y finísimo temple. En el dia sea porque ese acero de Mondragon ha degenerado de su fuerza, ó porque sus

vetas y fábrica no lo producen como antes, no se usa este y sí el de Alemania que ha surtido el mejor efecto, saliendo con él las armas de un temple nada inferior al de las antiguas.

El ser tan celebradas las espadas de Toledo ha movido á muchos la curiosidad de averiguar la causa que haya podido influir para ello, y al efecto algunos han creido que los antiguos armeros de esta ciudad poseian y tenian secreto reservado para el temple de sus armas; pero se engañan, pues nunca tuvieron ni usaron otro que el agua del Tajo, y la arena blanca y menuda de que abundan sus riberas, guardando este método. Luego que la hoja estaba perfectamente forjada, pasaba al templador, en cuya fragua y en medio de ella estaba la lumbre hecha un reguero del largo de tres cuartas poco mas ó menos, y tendiendo sobre el la hoja, de modo que de las cinco partes de su largo solo las cuatro percibian el fuego, dejando fuera de él el trozo ó porcion de recazo y espiga, y dando fuego igual á lo demas; hecha ascua la hoja y de color de cereza la dejaban luego caer perpendicularmente de punta en un cubo de madera lleno de agua del Tajo clara y fresca, y ya fria la hoja se sacaba y observaba si se habia torcido ó volteado alguna cosa, pues en ese caso echaban un poco de arenilla sobre el yunque, y puesta encima la hoja con la piqueta en frio despues de revenida golpeaban con tiento y cuidado la parte cóncaba de la tal vuelta, continuándolo por todo su largo, hasta que la hoja quedaba perfectamente derecha. Despues volvia al fuego, participando de él únicamente aquella quinta parte que antes no le recibió, y ya fogueada y de color de hígado, esto es, cuando queria hacerse ascua, la tomaban con las tenazas por la espiga, daban una pasada de sebo de carnero ó macho en rama, esto es, sin derretir, y al punto empezaba á arder lo untado, dejándolo asi hasta que se apagase y enfriase; y con esta operacion quedaba el temple perfeccionado, de modo que la hoja nunca brincaba ni doblaba.

Ademas del agua del Tajo, usaban tambien los antiguos armeros para la forja de la arena de sus riberas, como indiqué poco hace, teniendo una porcion de ella á la mano, y cuando el bollo de acero y hierro estaba hecho ascua, y bien caldeado como debia para la perfecta union y solidez, empezaba á disparar algunas chispas brillantes como estrellitas; inmediatamente le apartaban del fuego, y tirando un poco de arena, la arrojaban al ascua, con lo que cesaban las chispas, y luego pasaba al yunque y martillo, continuándose esto hasta la mas perfecta union de los metales.

Son en gran número los poetas y autores que alaban las aguas del Tajo por sus escelentes cualidades, y una de ellas, la de ser á propósito para el temple y fineza de las armas, y sin estos testimonios lo comprueba la práctica observada en tantos siglos, por los espaderos toledanos, que siempre han convenido que en esta ciudad, por particular influjo de la atmósfera, ú otra razon que no se alcanza, tienen estas aguas virtud ó cualidad oculta que conduce al logro de tan maravilloso temple.

Muchos mas son los autores que alaban el oro de que abundan sus arenas, probando su existencia y uso, y aunque al presente no se encuentre, es porque no se busca, pues en el siglo pasado existian algunos, que llamaban artesilleros, que lababan las arenas de las orillas, y por medio de unas cribas, ademas de sacar algunas piezas pequeñas de oro, plata, y otros metales, solian brillar con viveza en el fondo de la artesilla las innumerables partículas de oro que dicen los autores, y las que desperdiciaban aquellos artesanos por ser demasiado sutiles y casi impalpables.

Supuesto esto ya se puede conocer la causa porque nuestros antiguos armeros usaron de estas arenas al tiempo de forjar las espadas, y cuando empezaba á caldear el ascua, pues llegando á este punto, cuando se arroja la arena al fuego se liquida y derrite, y lo mismo sucede cuando pasa sobre ella la hoja hecha ascua bañando toda su superficie, como si fuese un barniz finísimo, y cubriendo los innumerables poros del metal, abiertos á la violencia del fuego, por donde se escapan sus espíritus en las chispas, los que retrocediendo y reconcentrándose, mantienen su fuerza y virtud; permitiendo que con el castigo del yunque se consolide perfectamente aquella masa, que es en lo que consiste la solidez de una espada, y no hay dificultad ninguna en que se derritan las imperceptibles partículas de oro y otros metales, que contienen las citadas arenas, y esto impida el que se disipen los espíritus del acero.

He esplicado con tanta latitud el modo de forjar las espadas los antiguos armeros, y la causa (á mi ver) del celebrado temple, porque, segun he observado varias veces, viendo trabajar á los artífices en la nacional fabrica, advierto no se observan aquellas reglas, tanto en la fragua al forjar la espada, como en el temple y revenido, reglas que por fútiles y de poca importancia se despreciaron sin duda, y no lo son en realidad, pues en lugar de la arena del Tajo se usa de la molada ó legamo que producen las piedras de amolar, que despues de seco queda polvo sútil, y esto á la verdad no es un equivalente, pues ese polvo no lo derrite el fuego, por voraz que sea, asi como liquida la arena, y de este modo no puede surtir el efecto que las arenas del Tajo, ni cubrir los poros, que se abren en la hoja al forjarla, y que quedan luego en ella, y se pueden advertir, aun despues de amolada y acicalada con el mayor esmero.

En cuanto el temple de la espada, luego que está hecha ascua, la meten tendida de corte en una caja de madera llena de agua, y en estando fria la sacan, y para el revenido no se usa en la actualidad del sébo en rama, y sí del jabon, (si no me engaño) cosa diametralmente opuesta á el invariable uso de los armeros antiguos, cuyas espadas son y serán siempre la admiracion de todos, y seria conducente se mirase á mejor luz negocio tan importante, pues guardándose las antiguas reglas, sin duda alguna saldrian las espadas todavia con mas belleza, temple y fortaleza que el que ahora sacan, no obstante que en la actualidad compitan con las demas de Europa, y asi proseguiria sin disputa alguna aquel esplendor y fama que por todo el mundo han tenido las espadas de Toledo, aludiendo á esto aquellos versos que dicen:

Vencedora espada
De Mondragon tu acero
Y en Toledo templada.

Dando ya por concluida esta digresion, sigamos con los progresos de esta fábrica. Ya por el siglo 18 habia decaido tanto, que casi no habia en Toledo artífices que forjasen espadas, y llegando esto á noticia de Cárlos III, deseoso del bien y felicidad de sus pueblos, y del restablecimiento de las artes y manufacturas, se movió su real ánimo á plantificar de nuevo esta fábrica, como en efecto se verificó el 1761, disponiendo las oficinas con buen método y proporcion para las maniobras en los corrales de la casa de correos, teniendo la entrada dicha fábrica frente á la de los carros del convento de agustinos recoletos, y ya todo arreglado se dió principio á la obra por Luis Calisto, cuchillero famoso y forjador de

espadas, en Valencia, de donde se le trajo para este fin, siendo de mas de 70 años, con otros operarios ademas elegidos por el director.

No contento con eso el celo del monarca, y advirtiendo que la fábrica en el local que ocupaba no podia tener el ensanche y capacidad que se requeria para el caso, y deseoso al mismo tiempo de hacer una obra digna de la grandeza de sus deseos, proyectó la construccion de un gran edificio, suficiente á abrigar en su seno todas las máquinas y talleres necesarios, y á mas habitaciones para los dependientes, y consultándolo con su arquitecto mayor D. Francisco Sabatini se tantearon varios locales á propósito, y al fin se eligió el que hoy ocupa la nacional fábrica, cuya vista se representa en el grabado que vá al frente de este artículo.

Su situacion es á la orilla del Tajo, á un extremo de la vega de Toledo, distante de la ciudad como unas 2.@ varas, en el sitio donde fue antes la huerta de la caridad, antes llamada de Daza, la cual consta comprada por el rey en 5 de noviembre de 1777 en precio de 32,489 rs. pagados á los comisarios de la cofradía de la caridad segun escritura de compra otorgada ante José de Cobos. Se empezó por este mismo año la obra, y vino á acabarse de un todo á fines de mayo de 1782, pues consta que el arquitecto y director de la fábrica D. Francisco Sabatini hizo formal entrega del edificio al ingeniero D. Antonio Gilman, comisionado al efecto, en 27 de julio de 1783.

Su figura es rectangular de 416 pies de longitud y 225 de latiud; tiene dos grandes patios, con sus arcos, pilares, y galerias al rededor y diferentes minas subterráneas para el desague de las aguas llovedizas que desembocan al rio por los estremos del canal de las ruedas. La fachada principal es sencilla, y en el medio está un arco almohadillado que forma la entrada. Superior á él hay un escudo de armas reales y una targeta con esta inscripcion:

CAROLO III REGE.
ANNO MDCCLXXX.

A la izquierda, conforme se entra en el pórtico, está la capilla, sumamente linda, adornada con sus pilastras, cornisamento y molduras de yeso, muy bien distribuidas. Está dedicada á Santa Bárbara, y en su altar principal tiene una escelente efigie de la Santa pintada por Montalbo, que sucedió á otro lienzo mejor de Bayeu, que se llevaron los franceses. Pasado el pórtico, está el patio principal, con arcos y ventanas distribuidas con sencillez y elegancia. Todo al rededor de las galerias, tanto altas como bajas estan los pabellones para los dependientes de la casa y oficinas, y á cada ángulo se halla una escalera para subir á la habitaciones del segundo piso y buardillas.

Sigue luego otro gran patio, donde se encuentran las máquinas para el amolado y acicalado, y demas talleres y fraguas correspondientes. Quedan divididos los dos patios por una gran crugia, destinada en el piso bajo para almacen de armas y pertrechos, y en el alto para habitaciones, ocupando su parte céntrica el reloj, cuya muestra se presenta al pórtico de la entrada.

La fachada opuesta á la principal es un grande murallon, con barbacana, fundado sobre zaupeado ó enrejado, á la orilla del Tajo, el que cierra por el lado de Poniente el edificio. Caminando por la izquierda á lo largo del referido muro, se halla un estanque, en que desembocan dos cauces subterráneos, que atravesando por bajo de tierra la plazuela que llaman de las Barcas, y la huerta llamada antes de la inquisicion, traen las aguas desde el molino de Azumel, tambien apellidado del papel, para el movimiento de las máquinas. Este cauce ó canal alto que corre toda la fachada occidental del edificio es todo de sillería, y 6 pies de anchura: en él estan las dos ruedas que mueve el agua, la que desemboca luego en un grande estanque curbilineo, y de allí vuelve al rio por otro canal construido en un estremo.

La embocadura del doble conducto ó canal está situada en el paraje llamado plazuela de las Barcas. Su principio es una porcion de acequia revestida en línea curba, que tiene una reja de hierro para dar paso al agua, que se inclina á ese punto, contenida por la presa. Desde aquí sigue el canal subterráneo atravesando toda la llanura de la plaza dicha y huerta de la inquisicion hasta que desemboca en el canal alto. El conducto subterráneo es de 18 pies de latitud, dividido en dos canales abovedados de 6 pies de diámetro y 2 de montea.

Para la construccion de este conducto fue preciso quitar algun corto terreno á la huerta adyacente que era de la órden de Santiago, y encomienda llamada de las casas de Toledo, y sobre su enagenacion se otorgó escritura de venta en 11 de noviembre de 1778 ante el escribano Cobos.

Toda la fachada de poniente, que es donde estan las máquinas, tiene por la parte inferior unos grandes sótanos embovedados, donde estan las ruedas, y para bajar á ellos hay una magnífica escalera de dos ramales, toda de sillería, y con sus descansos.

Lo demas del edificio corresponde, en su buena construccion y cómodo repartimiento, á lo ya descrito. Hay en la actualidad en esta fábrica 7 fraguas de forjar hojas de sable y lanzas, otra de herramientas, un taller de vainas de yerro para espadas del arma de caballería, que antes no se hacian, una fundicion de guarniciones de metal, un taller de lima, y otro de carpintería y grabado, y ademas el de montura.

Este establecimiento, aunque en un principio estuvo á cargo de la hacienda nacional, en la actualidad depende del cuerpo de artillería, y para su régimen y administracion interior hay un director, un capitan del detalle comisario, oficial 1.° pagador 4 oficiales terceros. Ademas hay un cura castrense, y juzgado privativo con asesor, fiscal y escribano para conocer de las causas relativas á los dependientes de esta fabrica que gozan el fuero privilegiado del arma de artillería.

N. MAGAN.

GALERIA DE CARACTERES.

EL FASTIDIOSO.

La pluma tiembla en la mano del escritor al ir á trazar en imperfectas líneas el bosquejo de uno de los caracteres mas indefinibles, mas estraños, y sin embargo mas comunes de

nuestra mísera humanidad. Con efecto, ¿cuál de mis lectores al escuchar aquel epiteto no siente ver delante de sí aquella fantástica procesion de seres enojosos y antipáticos que pueblan el mundo, y que parecen espresamente concebidos para no dejarnos aficionar demasiado á sus glorias perecederas? La pluma, vuelvo á decir, tiembla en la mano del escritor, al ir á atacar de frente aquellos seres terribles y numerosos, aquella fantástica pesadilla del sueño que llamamos vida, y aprovechando un corto instante que le dejan en paz, cierra su puerta con dobles guardas, y todavia dominado por el recuerdo de su vision, esgrime su peñola, templa su paleta y en desahogo de su tormento ensaya á trazar asi el espíritu y la forma de sus verdugos.

El fastidioso es un ser casi humano, mitad hombre y mitad piedra berroqueña, con la pesadez del dromedario, la actividad de la pulga, y la perseverancia del mosquito: se alimenta como la sanguijuela de la sangre humana que consume: se adhiere, como la ostra á la roca, al infeliz sobre quien pesa su fatalidad: tiene la locuacidad monótona é irreflexiva del papagayo; la impasibilidad del jumento, y el importuno halago de un perro casero.

Su vida generalmente es larga, y goza de sus facultades hasta sus últimos momentos; rara vez pierde el uso de sus miembros y sentidos, aunque suele á veces quedarse algun tanto sordo, lo cual lejos de contrariarle le sirve mas bien para no aguardar respuesta y hablar constantemente.

La salud del fastidioso es escelente, y como diriamos en lenguaje moderno, *providencial*, porque si enfermase podrian sus desgraciados amigos disfrutar algunos instantes de desahogo, y no cumpliría asi su mision sobre la tierra, que es apurar la paciencia del prójimo.

Por esta razon el fastidioso es gran madrugador, y emplea pocas horas en el adorno de su persona, para ocuparlas en seguir constantemente á sus víctimas, Es amigo de visitas extemporáneas, y no hay hora en el dia ni en la noche asegurada contra su aparicion. Pasea mucho, y viaja tambien en persecucion de aquellos á quienes no puede hallar en casa; y si alguno huyendo de su irresistible dominacion tuviera la ocurrencia de irse á esconder en las arenas del Desierto ó en las heladas islas del Polo, esté seguro de que por el correo anterior habia salido el fastidioso con el objeto de esperarle á su llegada.

Los caracteres amables y bondadosos son aquellos en que mas frecuentemente hace presa, sin que esto sea decir que un genio regañon é indómito pueda bastar tampoco á alejarle, porque no hay ira posible ante un hombre que á todo dá la razon; que si sonreis, rie á carcajadas; llora si suspirais; si os quejais de frio, corre á escarbar el brasero; os quita las motas del vestido, os deja la acera en la calle, y os cubre con el paragua cuando llueve, todo con el objeto de que sufrais su monotona y cansada relacion. El que pretenda conjurarle con su frialdad y despego, se equivoca; el fastidioso no entiende de indirectas; al desden responde con cortesía; á la distraccion con perseverancia: si os pilla con el sombrero en la mano para salir de casa, dice que os acompañará porque vá casualmente por el mismo camino; si estais en la cama se sienta á la cabecera, y os asegura que él experimenta los mismos síntomas, aunque seais mujer y esteis con los dolores de parto; si le cerrais en fin vuestra puerta, vuelve por la ventana á deciros que dejó olvidado el baston.

En la calle es inútil el caminar de prisa, porque él hallará medios de saliros al paso para deteneros en una encrucijada combatida de los vientos contrarios; allí os bloqueará entre el guardacanton de la esquina y un coche parado; os cojerá los botones del chaleco, ú os arreglará el lazo de la corbata, mientras que se informa cuidadosamente de la salud de vuestra mujer, de vuestros hijos, de vuestros amigos y del obispo que murió en la mar: todo esto intermediado con sendos polvos de tabaco que os ofrecerá, y que os hará tomar aun cuando no lo gasteis.

Otras veces, y en una concurrencia ó diversion en que os halleis complacidos, sentados tal vez al lado de una mujer hermosa, os preguntará por la vuestra, si sois casado; ú os llevará aparte con mucho misterio á un estremo de la sala para deciros en confianza que se ha publicado la bula, ó que se murió Cárlos III. En política os recitará palabra por palabra el discurso que habeis leido en el Eco por la mañana. En literatura hará en plena tertulia el ánalisis ó mas bien diseccion de la comedia que todos han visto, escena por escena; y si tal vez permite á los demas tomar la palabra, á cada una que pronuncien aplicará un cuento vulgar y sabido de todo el mundo, diciendo á cada paso «se ván ustedes á reir mucho» sin reparar en que él es el único que se rie.

Hombres son estos dotados de una gran memoria que retiene todos los sucesos públicos y privados de que han sido testigos, desde el motin de Squilace hasta la coalicion de los aguadores, complaciéndose en repetirlos con desastrosa proligidad. Su vista es perspicaz como la del lince, y jamas olvida las facciones de aquel á quien una vez ha fastidiado. Distínguele desde una legua, corre á él, le agarra del brazo, y á trueque de que le escuche una hora le lleva á su casa ó le convida á tomar café.

Pero el fastidioso que á mas de fastidioso es desgraciado, es el último término, el *nec plus ultra* del fastidio. Aunque os encuentre cuatro veces al dia, todas cuatro os ha de encajar la historia lamentable de su desgracia desde que nacieron sus bisabuelos y los bisabuelos de su mujer. Y ¡cuidado con que os oiga suspirar de impaciencia ó de desesperacion! porque interpretando vuestros suspiros por signos de lástima ó de interés, y creyendo que ha logrado enterneceros, redoblará sus esfuerzos y esclamaciones, sin considerar que vosotros probablemente hallareis muy natural el que á hombre semejante le engañe su mujer, se le subleven los hijos, y le abandonen los criados por no aguantarle.

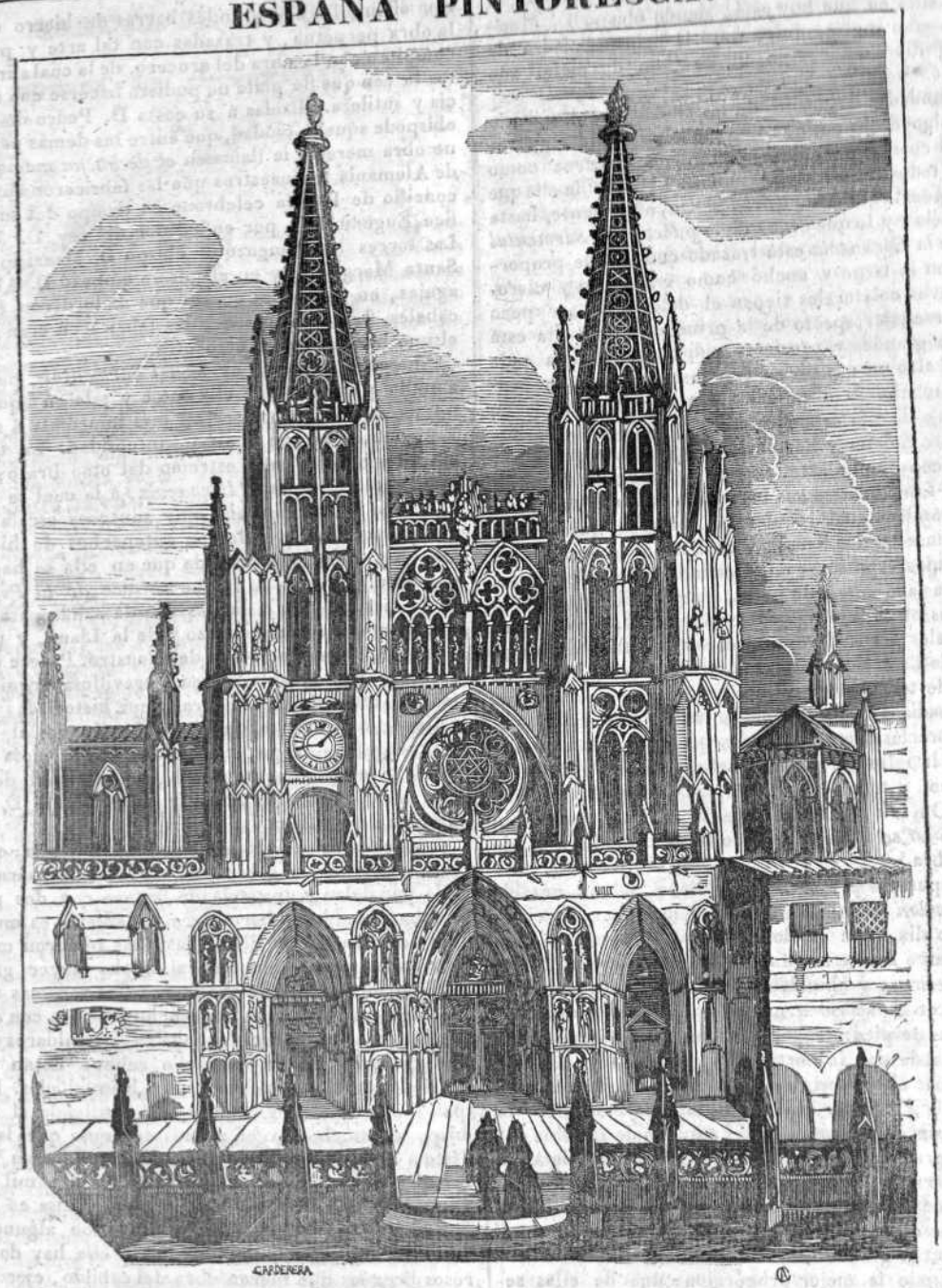
El fastidioso feliz suele repetir con énfasis que «é no se fastidia nunca,» y es muy natural que asi suceda por la misma razon que la muerte no muere jamás.

Por lo demas, ¡míseros mortales destinados á evitar el fastidio del fastidioso! si una vez ha llegado á marcaros como sus víctimas, no hay poder en la tierra bastante á libertaros de su dominacion, porque su omnipresencia es la de Dios, y su fatalidad la del destino. Con la vista del águila os distinguirá entre mil, y con las alas del avestruz os alcanzará en la carrera. Unicamente su muerte pondrá fin á vuestro tormento, y si él es tal que os haga llegársela á desear, pedidle á Dios que sea repentina, pues de lo contrario estais espuestos á esperimentar su larga agonia, y morir de fastidio antes que él.

Pero colguemos en fin aqui la peñola, no sea que el lector venga á advertirme de que he trocado los frenos, y que el pintor se ha convertido en el modelo que intento bosquejar.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.

ESPAÑA PINTORESCA.



LA CATEDRAL DE BURGOS.

La Santa iglesia metropolitana de Burgos, dedicada desde sus principios á la Vírgen Santísima, en grandeza, nobleza y hermosura de su ejecucion artística es una de las mas insignes que tiene nuestra católica religion, lo cual mejor se declara con la vista que con la delicadeza de la pluma. Su primera fundacion fue en la ciudad de Oca, ahora villa con título de Villafranca de Montes de Oca, en tiempo del emperador Constantino. Pereció la ciudad de Oca con toda su jente en la entrada de los moros en España, y por esta razon se trasladó la catedral á la ciudad entonces, y ahora villa de Valpuesta; la cual tambien fue destruida por los moros poco despues. Trasladóse en tiempo del rey D. Alonso llamado el católico á Santa María de Gamona, distante media legua de Burgos, desde donde fue trasladada á aquella ciudad en tiempo del rey D. Alonso el VI, quien cedió al efecto sus palacios: en ellos permaneció hasta que en el año de 1221,

el rey D. Fernando el Santo, tercero de este nombre, la trasladó al sitio en que hoy está, siendo obispo D. Mauricio, de nacion inglés, quien puso la primera piedra de aquel magnífico edificio en 20 de julio de dicho año de 1221.

Está fundada en medio de la ciudad, y el edificio conserva algo de lo antiguo aunque ahora está muy renovado. El cuerpo principal es en forma de cruz como lo son casi todos los templos católicos. Lo largo de ella que es desde la puerta que llaman *del Perdon*, al poniente, hasta el presbiterio, y lo que cruza de la puerta *del Sarmental* hasta la *de la Coronería* está trazado con grande proporcion, asi en lo largo y ancho como en lo alto y claro. Las dos naves colaterales tienen el defecto de ser poco altas y estrechas respecto de la principal: toda ella está rodeada de grandes y preciosas vidrieras, dividida cada una por lo alto en dos piezas con sus pilastras que proporcionan mucho la obra del ventanage terminando en arco. Debajo de ella estan los arcos principales que descansan sobre fuertes y hermosos pilares muy gruesos y fabricados con mucho arte. Son en todos veinte y dos, y tienen por fundamentos sus basas ochavadas de tanta anchura y grandeza cual requiere la máquina que sustentan. Divídense en dos ileras, y cada uno de ellos hace sus intercolumnios espaciosos en igualdad. Los seis primeros tres de cada lado entrando por la puerta principal, estan exentos; los otros seis siguientes ocupan el coro. Sobre los principales arcos de estos pilares está todo el cuerpo de la iglesia lleno de corredores en el mismo grueso de la pared, de tal manera dispuestos que de unos á otros hay sus pasadizos, y por ellos se anda toda la iglesia. Estan tan preciosamente labrados que la hermosean mucho. Tiene la iglesia por dentro el espacio de 500 pasos en contorno, y toda es de escogida piedra blanca llamada de Ontoria, primorosamente labrada y tan bien sentada que no se halla en toda ella ni el menor resquicio de quiebra.

De seis puertas principales que tiene, la mas notable es la *del Perdon* llamada de *Santa María*, entre el Oriente y medio dia, que es donde está la fachada principal (1), á cuyo frente se vé una gran plaza y enmedio de ella una hermosa y abundante fuente: dicha puerta tiene delante un espacioso atrio enlosado y sus antepechos con capiteles de piedra repartidos con mucha proporcion y simetría. Adornan la portada un gran número de hermosas estátuas al natural de apóstoles y evangelistas. Enmedio de ella, por coronacion, estan las personas de la Santísima Trinidad, y mas abajo el tránsito de la reina del cielo. Una gran pilastra en la cual se mira una imágen muy preciosa mas que del tamaño natural, de María Santísima, divide en dos la puerta, á cuyos lados existen otras dos que corresponden á las dos naves colaterales; y aunque no tan grandes contribuyen á hermosear la fachada guardando la mejor proporcion: una de ellas se restauró con poco acierto segun el gusto greco-romano.

Sobre estas tres puertas se elevan las dos famosas torres de las campanas y el frontispicio de la iglesia; todo tan ricamente adornado de figuras, flores, follages, cornisas y lo demas que pide el arte, que causa admiracion; especialmente las figuras ó imágenes de los siete infantes de Lara estantes en el espacio que media entre una y otra torre. Estas en un principio quedaron sin acabarse, pero despues se fabricaron sobre ellas dos maravillosas agujas ó chapiteles de la misma piedra de Ontoria ochavadas con varios claros y claravoyas por las cuales para mayor seguridad pasan los aires: estan por lo interior afianzadas con grandes barras de hierro que hacen la obra perpetua, y trazadas con tal arte y primor que compiten con la obra del crucero, de la cual afirman cuantos la ven que de plata no pudiera hacerse con mayor gracia y sutileza. Hízolas á su costa D. Pedro de Cartajena, obispo de aquella ciudad, que entre los demas por tan insigne obra mereció le llamasen *el de buena memoria*. Trajo de Alemania los maestros que las fabricaron cuando fue al concilio de Basilea celebrado en tiempo del sumo pontífice Eugenio IV, por embajador del rey D. Juan el II. Las torres las comenzó el obispo D. Mauricio el dia de Santa Margarita, y en el mismo empezó D. Alonso estas agujas, en cuya obra consta que se tardaron trece años cabales. Los maestros que las fabricaron eran hermanos, el uno hizo una y el otro otra.

La cuarta puerta es la *del Sarmental*, porque cae á aquella plazuela. Por ella entra y sale en aquella santa iglesia el prelado por ser las mas inmediata á su palacio. Está fabricada con mucha suntuosidad. La quinta está enfrente de esta en el estremo del otro brazo, que llaman la alta y *la de la Coronería*, á la cual se sale desde la misma iglesia por una muy suntuosa escala con mucha proporcion dividida con antepechos de hierro, que solo con adornarla sirve de que en ella se haga el monumento. La sesta es la que se dice *de la Pellegería* y es la mas próxima á la pasada; dá salida para las calles que llaman de San Lorenzo y de la Llana, y por dentro hace correspondencia á la del claustro. Parece por defuera un grande retablo por su maravillosa arquitectura: á mas de otras muchas figuras tiene historiados de medio relieve los martirios de los dos San Juanes el Bautista y el Evangelista, y por coronacion una hermosa imagen de María Santísima acompañada de multitud de ángeles: esta obra la costeó la liberalidad del obispo D. Juan Rodriguez de Fonseca.

El coro tiene todo el ancho de la iglesia: es muy capaz; su asiento es sobre basa y gradas de mármol; ciérrale por delante una reja de bronce con dos puertas de mucha grandeza y hermosura. La sillería es muy grande con dos órdenes de sillas, las altas tuvieron mucho mayor coste porque tienen en sí mucha mayor grandeza y ostentacion que las de abajo; en todas son mas de ochenta, de nogal, labradas con mucho primor, con embutidos de box y otras maderas esquisitas, respaldares de lo mismo y muchas figuras de medio relieve. Estan separadas unas de otras por columnas muy bien talladas. La principal que es la de enmedio y está destinada al Sr. arzobispo es mucho mayor y mas suntuosa que las demas. Hízola á su costa el ilustrísimo Sr. D. Estevan Vela, que fue el primero que la tuvo, y gastó en ella mil ducados. Cerca todo el coro una muy grande cornisa en la que se hallan repartidos con mucha proporcion algunos santos de bulto. De uno y otro lado sobre ella hay dos primorosos órganos que fueron obra del cabildo, ejecutados en 1638 por Juan de Argete, maestro insigne en este arte. Enmedio del coro está el facistol de forma piramidal, con muchas molduras y frisos, todo de bronce dorado y capaz para contener los libros del coro que los hay muy ricos y numerosos; porque en los oficios hay y puede haber iglesias catedrales que igualen á esta, pero no que la escedan. Corónale una hermosísima imagen de talla de María Santísima con la cual tienen mucha devocion todos los que asisten al coro. Hízola el célebre maestro Juan de Ancheta en 1578. Debajo del facistol yace honoríficamente sepultado el Sr. D. Mauricio, obispo de Burgos, que fabricó esta iglesia.

(Se concluirá.)

(1) Véase el grabado que vá á la cabeza de este artículo.

MANUEL EL RAYO.

NOVELA DE COSTUMBRES.

I.

Por toda la dilatada costa española de entrambos mares desde el golfo de Cantabria hasta el Cabo de Rosas el contrabando es verdaderamente escandaloso. No se trata aqui de aquellos contrabandistas tímidos que pueblan los límites de nuestras provincias, y ayudados de mil disfraces, armados de mil estratagemas, logran escapar á la persecucion del fisco, renegando en circunstancias peligrosas de una profesion que la necesidad ó la codicia les hizo abrazar por un momento; no; el verdadero contrabandista español, el que abraza en sus operaciones toda la estension de nuestro territorio, desprecia á aquellos cobardes imitadores, y gusta de ser conocido en todas partes por el título de una profesion que considera útil é indispensable á la sociedad: tiene sus costumbres propias, sus usos, sus canciones, su lenguage, su vestido peculiar; su persona es por lo regular atlética y terrible; su marcha grave y reposada; sus actitudes, el manejo de la capa y el sombrero llenos de elegante desden. Familiarizado con la intemperie, su salud es fuerte y vigorosa, y en sus refriegas con los dependientes del resguardo jamas suele estar dirijido ni por espíritu de aborrecimiento ni de venganza, mirando solo en ellos unos hombres obligados por deber á oponerse á su tráfico, asi como él á seguirle: segun estos principios jamas ó rara vez se convierte en agresor; mas si se vé atacado empeña tenazmente todas sus fuerzas en la lucha, y solo pone fin á ella cuando despues de muchas horas de combate siente faltarle las últimas fuerzas de resistencia. No pocas veces queda por dueño del campo, y entonces tampoco se obstina en perseguir á su enemigo, dando bien a conocer que no empeñó la accion sino por pura necesidad en defensa propia.

El carácter del contrabandista español es igualmente notable por la puntualidad en los empeños contraidos, lo sagrado de sus palabras y la indignacion y encono con que mira á los ladrones y asesinos, al paso que enumera con orgullo el número de aduaneros que hizo morder la tierra á impulsos de su trabuco. Pero si hemos de hallar el verdadero tipo del contrabandista español, fuerza será buscarle en las costas del medio dia desde el cabo de Gata hasta la embocadura del Guadiana. Sabido es que Gibraltar situado enmedio de ambos puertos es el gran depósito de que la Inglaterra se sirve para inundar á toda España de los inagotables productos de sus fabricas; y en comparacion de esta irrupcion inmensa es poca cosa el contrabando hecho por la frontera de los Pirineos y sobre la raya de Portugal.

A Gibraltar pues deberá trasportarse el observador que quiera conocer al verdadero contrabandista español; no porque estos hombres extraordinarios hayan fijado su domicilio en aquella fortaleza, sino porque les sirve de centro y punto de partida para sus operaciones. Allí los sorprenderá, como suele decirse, con las manos en la masa, cargando y armando sus barcos; enganchando la tripulacion, y preparandose á las mas arriesgadas empresas, con aquella calma imposible, aquella sangre fria áspera y desabrida que forman por lo general el fondo de su carácter, y que fueron durante cincuenta años las calidades distintivas de uno de ellos llamado *Manuel el Rayo*, cuyas últimas aventuras vamos á referir á nuestros lectores.

Hijo de un contrabandista igualmente famoso, nada era a los ojos de Manuel superior a esta profesion. Atrevido y emprendedor, habiase enriquecido en ella saliendo siempre victorioso en multitud de encuentros con el resguardo de mar y tierra, y siempre rodeado de hombres igualmente animosos y emprendedores, justificaba bien el sobrenombre de *El rayo* con el que era conocido en toda la comarca. Su estatura era alta, y su persona bien cortada. Sus facciones pronunciadas y severas, y el color cetrino de su tez tostada por los rayos del sol meridional, y sus anchas patillas y barba poblada, realzaban notablemente el caracter enérgico y vigoroso de su semblante. Llevaba constantemente cubierta la cabeza con el acostumbrado pañuelo de color, y encima el sombrero de cucurucho y alas grandes: una zamarra de piel negra con agugetas de plata y una ancha chupa de terciopelo ajustada con multitud de botones de filigrana: dos filas de estos adornaban tambien la costura del calzon de ante, y unos ricos botines de correa delicadamente bordados sujetaban la pierna. Con esto y la ancha faja de seda encarnada, desdeñosamente arrollada en torno de la cintura y la característica capa andaluza manejada con gracia y desenvoltura, completaba el avio nuestro Manuel cuando los trabajos de su profesion no le permitian algun descanso. Pero llegaba la hora de volver a la faena, y entonces arrollada la capa a la grupa de su caballo, tomaba en su lugar una larga manta rayada, echandola sobre el hombro izquierdo; guarnecia la cintura con dos pares de pistolas cargadas hasta la boca, montaba en su troton, y echaba a andar puesta la mano en el gatillo de su escopeta.

Hácia ya doce años que nuestro contrabandista habia perdido á su mujer, quedándole por único fruto de su union, una niña de cinco años llamada *Casilda*, en quien habian venido á reunirse todos los sentimientos afectuosos de su corazon. Habiala hecho dar una buena educacion, si asi puede llamarse el estudio de las primeras letras hasta el punto de entender con trabajo el *Ejercicio cuotidiano*, el de la música, hasta poder acompañarse á la guitarra algunas graciosas coplas del *Sereni*, y el de la danza, bastante á poder desempeñar las graciosas actitudes de *la Cachucha*; educacion por otro lado no muy inferior á la que por aquella época (1817) solian recibir nuestras señoritas, á quienes se tenia miedo de enseñar á leer, en la persuasion de ponerlas así á cubierto contra las asechanzas de los amantes.

Casilda, pues, con tan ligera instruccion llegaba ya á aquella época de la vida en que lleno el corazon de nuevos é inesplicables sentimientos, desdeña ya los recuerdos de la primera edad, para embriagarse en un presentimiento vago del porvenir; y no una vez sola mirándose al espejo y reconociendo su hermosura, un sentimiento natural de orgullo se dibujaba en su espresion y actitudes, adoptándolas tales que hubieran podido servir de moledo al divino pincel de los Murillos y Zurbaranes.

Mas si el corazon de Casilda se habia regocijado al reconocer los atractivos de su persona, el de Manuel por el contrario la veia con temor, y como hombre que durante el curso de su larga vida tan llena de incidentes y aventuras, conocia bien todos los géneros de seduccion que el amor sabe emplear contra el sexo débil; temia por su hija adorada, y hubiera querido siempre encontrarse á su lado, maldiciendo á su profesion que le

condenaba á tan larga ausencia. Tenia en fin por ella el mismo amoroso cuidado que Victor Hugo ha prestado á Tribuleto hácia Blanca, y rodeaba á su hija de las mismas precauciones que segun el poeta francés inventó para su hija el bufon de Francisco I.

El severo contrabandista, sabia pues, que en un pueblo pequeño está menos espuesta la virtud de una mujer que en una gran ciudad, por abundar menos en aquellos esos ociosos mozalvetes que se ocupan como por juego en labrar el deshonor de las familias; y por esta razon habiase retirado de Cádiz y fijado su domicilio al otro lado de la bahia en la linda ciudad del Puerto de Santa María. Allí pues, en una casa bastante cómoda y elegante de la calle de Palacio, y bajo la sola inspeccion de una antigua criada, la vieja Marta, crecia en gracias y adelantaba tambien en misteriosos ensueños la hermosa Casilda, la hija adorada de nuestro Manuel.

Y tal era su retiro que la pobre muchacha no veia alma viviente sino su vieja guardadora. Las espesas celosías de sus ventanas impedian á los profanos paseantes penetrar con su vista hasta lo interior de la casa, y á no ser porque todas las mañanas veian los vecinos salir á Marta á buscar las provisiones, hubieran podido tomar aquella casa por un castillo encantado. Casilda tambien salia, pero era únicamente los domingos á misa, si bien al amanecer y siempre cubierta con su velo, y escoltada por la vieja; y tal era la precaucion del buen contrabandista, que él mismo las habia trazado el itinerario hasta la iglesia, el sitio mas obscuro de ella en que debian colocarse, y el mas prudente uso del velo, y sobre todo del abanico, todo con el objeto de que no pudiesen llamar la atencion de persona alguna.

Sin embargo, bien habia Marta echado de ver, que su señor solia á veces admitir á su mesa a un jóven mancebo de hasta unos veinte y cinco años, gallardo, bien portado, y vestido con el obligado trage de la vida contrabandista. Esta infraccion de la regla impuesta por el Manuel, la edad del mozo, su colocacion en la mesa al lado de Casilda, sus miradas a esta, su distraccion y arrobamiento, y alguna que otra palabra mas ó menos significativa, hicieron entrar a Marta en serias cavilaciones, hasta que en fin, vino a sacar en limpio que si su esperiencia secular no la engañaba, el viejo Manuel proyectaba alguna cosa seria, y que era muy posible que el jóven contrabandista acabase por ser yernó del veterano. Y fueron tantas las diligencias que la vieja camarera hizo para averiguar la verdad del caso, que al fin pudo escuchar el siguiente dialogo de sobre-mesa entre el viejo y el mancebo.

Casilda acababa de levantarse de la uesa, y entrambos contrabandistas guardaban el mas profundo silencio, saboreando como distraidos su cigarrillo de papel. De repente Antonio (que era el mozo), suspiró, y encarandose al viejo le dijo:—

A la verdad, Manuel, que Casilda es una muchacha como un oro.—Ola, replicó el viejo, ya veo que no eres ciego.—Camaraa, no hay que enfadarse, pero estoy enamorao de ella.—Naa tiene de palticular; donde menoz se pienza zalta la liebre.—Es que no lo he dicho toó; y.... vaya.... si tu eres gustoso, yo lo seré en ser su marío. —Antonio, replicó gravemente Manuel, ¡cuidao con burlarse de los santos sacramentos!—Hombre yo no me burlo, y lo juro por esta cruz—(Y hecha la señal con los dedos pulgares la besó respetuosamente) Manuel le lanzó una mirada encantadora como de quien intentaba adivinar por el semblante el interior de su corazon; en fin, despues de una pausa regular exclamó.

—Antonio, es verdad que amas á mi hija?—Que no entre en el cielo, si te he dicho mas que la verdad.— —¿La harias tu feliz?—La tendré como una reina.— Muy bien; te permito aspirar á su mano; pero mira; antes de poseer tan preciosa joya, es preciso merecerla. Yo se bien quien eres; no ignoro que te has visto en circunstancias delicadas, en terribles encuentros, y que nunca has perdido ni el valor ni la serenidad; se que tus manos saben manejar bien el trabuco, y harto mejor que yo lo saben los esbirros del resguardo; pero esto no basta, y necesito una prueba mas de tu aptitud. Escuchame. Tengo intencion de dar una repasata á un maldito guarda-costas que se nos anda siempre asomando entre el cabo Espartel y la embocadura del Guadalquivír, y me ha parecido del caso confiarte esta mision peliaguda, quiero decir, que pondré á tu cuidado la defensa del primer cargamento que tenga que introducir por esta costa, y cuenta con lo que haces, porque solo haciéndolo bien podrás llamar tuya á Casilda.—

—Sea, respondió Antonio entusiasmado; entregame tu charanga, *La Trinidad* y sesenta hombres escojidos, y yo te respondo con ayuda de Dios y de nuestra señora que ese maldito falucho me le he de amarrar á la popa; ó ha de ir á contarlo al fondo de los infiernos.—

—No tardará en presentarse la ocasion, dijo con gravedad el veterano; pero no hay que esponer la vida sin gracia--Por lo demas tiempo nos queda, por que así como Casilda no tiene mas que 17 años y yo no pienso casarla hasta los 18 cumplidos—Hagase tu voluntad, dijo Antonio, procurando ahogar uu suspiro—¡Ah! se me olvidaba, replicó Manuel. Es preciso tambien que tu me espliques algunas circunstancias de tu vida. Tu andabas antes al contrabando en las costas de Málaga, ¿por qué las dejaste y te viniste á estas?—Es un secreto que yo debo callar—Ola! ¡dijo Manuel con un tono impetuoso,! despues de lo que acabo de prometerte guardas todavía conmigo secretos?—Antonio no respondió.—Que dices á esto? gritó Manuel con voz aspera y sonora—Digo que... en fin, voy a contartelo todo.

—Habra unos diez años que perdí a mis padres, dejandonos a un hermano una hermana y yo, dedicado aquel al comercio en Malega, y yo entregado por inclinacion a esta vida aventurera. Esto ya lo sabias; pero ahora sabras lo que ignorabas. Un jóven de Marbella de unos veinte años, que habia recibido de Dios una hermosa figura y un corazon de tigre, y de sus padres una fortuna inmensa, y una perversa educacion, vino a pasear a Malaga, y por que tanto vió a mi hermana y se le antojó enamorarla. Pasaronse algunos meses antes que mi hermano llegase a entender nada; pero cuando quiso acudir al remedio, ya no le tenia, quiero decir que mi hermana habia sido víctima de un vil seductor .. Mí hermano entonces, como puedes conocer, no tuvo otro remedio que probocar al picaro de Arevalo, pero este malvado aprovechandose de un descuido de mi pobre hermano, le asentó un par de puñaladas que le dejó en el sitio.—

—Dios le tenga en descanso;—dijo en voz baja Manuel.

Luego que yo supe esta terrible desgracia, prosiguió Antonio, me hallaba en Calahonda en las gargantas de la Alpujarra, y volando en alas de mi furor llegué á Málaga, busqué al asesino para saciar mi venganza; pero en vano; porque temeroso de ello habia escapado del peligro, y nunca mas he vuelto á saber de él. Dejé entonces mi ciudad natal, con la intencion de no volver á ella ni ver jamás á mi desgraciada hermana, causa de mi deshonra y de la muerte de mi hermano, y me vine á Cadiz donde te ofrecí mi brazo, y el deseo de seguir en un todo tns huellas. He aqui la historia de mi vida.

—Ya la sabia yo,—dijo Manuel con sonrisa.—Pues en-

tonces ¿por qué me la preguntabas? — para ver si eras franco conmigo — ¿y qué, dudabas de ello? — No; pero entre dos que bien se quieren, con verlo basta. — Pues ya lo has visto. — Aqui hicieron los dos un rato de silencio, é interrumpiéndole despues Manuel.

—¿Conocerias al asesino? —dijo á Antonio. —Si por cierto, replicó este. — Y si por casualidad le hallases ¿qué harias? — Como hay Dios que le matara. — Pues yo te lo prohibo, ó no seras jamas mi yerno; dijo el viejo. —Lo he jurado, replicó Antonio suspirando — El obispo de Cadiz te levantará el juramento — ¿Mas por qué me has de prohibir?.... — ¡Por qué! ¡por qué!... Porque yo no quiero para mi hija á un hombre que podrá manchar á traicion sus manos en la sangre de un cristiano; porque, ademas, tendrias que andar como él ahora, prófugo, oculto y huyendo de las manos de la justicia; y porque entonces nuestra Sra. del Carmen, patrona de los contrabandistas, no te daria su proteccion.

Esta última observacion pareció hacer una gran impresion en Antonio, y despues de un rato de reflexion — Dices bien, Manuel, esclamó, seguiré tus consejos. — Fio en tu palabra — Puedes hacerlo. — Y dicho esto se separaron los dos.

Pocas horas despues Antonio iba ya camino de Gibraltar, á esperar en esta plaza las órdenes de Manuel, que le confiaba hasta aqui las expediciones menores, reservándose para él propio las mas peligrosas.

Habíanse pasado algunos dias despues de aquella conversacion, cuando Manuel recibió la siguiente carta de uno de los primeros mercaderes de Sevilla.

«Sr. Manuel

»Muy señor nuestro. — quisieramos sino hay inconve»niente, surtir el almacen con unas mil piezas de muse»lina, otras dos mil de percal, francos de derechos. Si »V. puede entregarse de esta operacion, sirvase V. darse »una vuelta por acá para arreglar el negocio — Quedan »de V. sus afectísimos servidores.

Tal y tal.»

Al dia siguiente de recibida esta carta, no bien apuntaban los rayos del sol, cuando despues de abrazar estrechamente á Casilda, y reencargar á Marta el mayor celo en su guarda, el valiente Manuel, con su cigarro detras de la oreja, armado de todas armas, trotaba sobre su bridon camino de Sevilla, tarareando en voz alta el gracioso *polo* de su paisano Manuel Garcia.

«Yo que soy contrabandista
y campo por mi respeto,
á todos los desafio
y a ninguno tengo miedo.»



EL RIO TAJO.

NOTICIAS SOBBE SU NAVEGACION.

El celebrado y caudaloso Tajo nace, y tiene principio en las sierras de Cuenca, cerca de la raya de Aragon, en un valle que llaman las Veguillas, y el Moro Rasis *Bonita*, no lejos del rio Fucar. Segun nuestras antiguas y fabulosas tradiciones, dióle ese nombre el famoso rey Tago, que

celebran los primeros anales de España. Es de los rios mas caudalosos que tenemos, y que mas leguas corre, pues naciendo donde queda indicado, discurre desde norte algun trecho á medio dia, torciéndose cuanto mas va hácia el ocaso, hasta que a 40 leguas de sus fuentes rodea a Toledo, y trastorna su curso hácia Poniente, y sin hacer mas torceduras notables, a las 140 leguas de su nacimiento presenta sus aguas al mar de Lisboa, y cuando llega a ese punto aparece tan pujante, que tiene casi 3 leguas de anchura. La marea sube hasta cerca de Almerin y Santarem, entrando por él navios hasta la misma capital del imperio portugués.

La fuente donde nace llamase hoy de *Pie izquierdo* y procede de la Sierra de Albarracin, y montes de la muela de S. Juan, 8 meses cubiertos de nieve. A pocos pasos de su nacimiento, engrosado con otras fuentecillas pasa por las vegas de su nombre, donde cria delicadas truchas asalmonadas. Entra luego en la provincia de Cuenca, a quien sirve a trechos de límite, con las de Soria y Guadalajara. En la primera recibe por su derecha el Oceseca, Cabrilla, y Gallo, dentro de la 3.ª, el pequeño Cifuentes, pasando por la villa de este nombre y la de Trillos. Verificada esta confluencia, vence unas montañas que dividen sus corrientes de lo que se forma la famosa olla de Bolarque, cercana a la desierta morada, y convento de los carmelitas descalzos. Luego sigue placidamente por los hermosos campos de Zorita y media legua de Auñon recoge al Guadiela por la izquierda, y asi enriquecido baña los muros de la villa de Zorita corriendo muy solitario, si bien caudaloso por los hermosos jardines de Aranjuez elevados 621 varas sobre el mar, y aqui se le une el Jarama, por norte, enriquecido ya con las aguas del Tajuña y del Henares. Unido con estos rios discurre su viaje, llega cerca de Villaseca, y poco mas abajo recibe por el mediodia el arroyo grande de Algodor, dicho en tiempo de los romanos Gotor. Camina por dehesas hasta llegar á los bosques de Aceca, y pasando por Higares y Azuquezca ciñe los muros de la encumbrada ciudad de Toledo en forma de herradura, entrando en ella por oriente, y sierras encumbradas, y saliendo por el ocaso, á visitar la vega y regar sus hermosas huertas. Prosigue luego fertilizando nuevas dehesas, y cerca de Villamiel recibe al Guadarrama, pasa por Ventosilla sitio de recreo de los arzobispos de Toledo, y luego aproximandose a la puebla de Montalvan y ya cerca de Talavera, se le une por norte el Alberche, y a mas antes de llegar a este punto, el Torcon, Sedana y Pusa. Deja el Tajo a Talavera, y prosigue hasta la villa llamada Puente del Arzobispo, por el puente que en semejante lugar mandó hacer el célebre prelado D. Pedro Tenorio. Sigue luego el Tajo por Talavera la vieja y cuatro leguas despues, por bajo del puente que llaman del conde y villa de Almaraz, de la que a tres leguas esta el soberbio puente de ese nombre, hoy destruido. Poco mas abajo, por el norte, recibe el Tajo al Tietar, que pasa por junto á Arenas, y sigue luego por el puente llamado del Cardenal, y por las ruinas de otro llamado de Alconeta donde hay unas barcas con ese nombre. No lejos de aqui recibe por el norte otros cuatro rios llamados Alagon, Ergos, Ponzul, Laca y Cecere, y con todo ese caudal pasa por Alcántara, y por bajo de la famosa Puente de Trajano, y de allí al lugar de Herrera, límite de España y Portugal. Entra en este reino, y a poco se le unen varios otros rios como el Alpiarza, Zatas y Almansor, y todos juntos entran en Lisboa concluyendo asi el curso de tan celebrado rio.

Es celebrado el Tajo por muchos historiadores y poetas que han ensalzado sus arenas de oro y dulzura de sus aguas. S. Isidoro en el capítulo 21 del lib. 13 de sus etimologias, Marcial en el epigrama 50 del lib. 1.º y en el 81 del 10 le llaman el dorado, igualmente Montano, Ludovico Vigo, y á esto alude el célebre Garcilaso en aquellos versos, que no puedo menosde transcribir.

. . . . . .
Las telas eran hechas y tejidas
del oro que el felice Tajo envia
apurado despues de bien cernidas
las menudas arenas dó se cria.
. . . . . .

No tiene duda, que en las partículas de la arena de este rio van envueltas muchas imperceptibles de oro purísimo como infinitas veces se ha comprobado, y no se que en todas la orillas del Tajo suceda esto; mas es constante que acaece en las de Toledo, compitiendo muy bien a ese rio el renombre de *Aurifer*.

Sus aguas son potables, de buen sabor, y pueden caracterizarse de medicinales por los minerales que encierran. Es muy abundante y sabrosa su pesca de anguilas, truchas, sabalos, lampreas, albures, bogas, carpas y barbos; sus arboledas y riberas son muy amenas, y sus campos muy fértiles. Tiene muchos molinos y norias, con gran número de presas, para la direccion de las aguas; las que siempre han servido de obstaculo para la navegacion por ese rio.

Tentativas de navegacion.

Diferentes ensayos se han practicado en varias épocas, para conseguir el beneficio de la navegacion por nuestros rios y de la construccion de canales, pero todos esos proyectos, ó han quedado ahogados en su nacimiento, ó si han llegado a plantearse, se han estinguido cuando la nacion empezaba a reportar sus beneficios.

Cuando la guerra del Portugal en 1580, que tuvo por éxito la reunion de las dos coronas, Juan Bautista Antonelli famoso arquitecto hidraulico que vino desde Italia, donde era natural, a España en 1559 al servicio del emperador D. Carlos, despues de haberse acreditado con muchas obras, propuso a Felipe II hacer navegables los rios Tajo, Guadalquivir, Ebro, Duero, y otros asegurando su posibilidad y los inmensos bienes que resultarian de tan benéfico proyecto. Penetrado el rey de su utilidad, mandó que por via de ensayo hiciese Antonelli la esperiencia en el Tajo navegando las 24 leguas que hay desde Abrantes a Alcantara, para lo cual con fechas 1.º de abril espidió una real cédula dirigida a los jueces, alcaldes mayores, y demas justicias de aquellos partidos, para que protegiesen aquella navegacion, y probeyesen de lo necesario al dicho Antoneli. Con fecha 23 de junio se espidió otra cédula, dirigida al licenciado Guajardo, alcalde mayor de Alcantara, para que comprase y probeyese de todo lo necesario a Antonelli para el propio objeto, y con igual fecha otra a los concejos y demas justicias de Castilla sobre lo mismo, y de este modo verificó Antoneli la navegacion y reconocimiento del Tajo por aquellas 24 leguas, con toda felicidad, segun relacion que hizo al rey fecha 20 de mayo de 1581.

Habiendo salido con felicidad de este primer ensayo, y deseando Antonelli llevar adelante su intento, se arrojó en 1582 al Tajo en una chalupa con 4 remeros portugueses, con el fin de navegar por él desde Alcantara a Toledo. El barco referido navegó con toda felicidad, y en 19 de enero de 1582 llegó a esta ciudad a la ribera de la vega, cosa que llenó de asombro a los vecinos que se

agolpaban a verlo. El 22 se puso la chalupa en un carro de 4 ruedas, y la pasaron por la vega enunciada a la ribera opuesta para evitar asi las presas, a lo cual estuvieron presentes segun Esteban Garibay, el arzobispo Don Gaspar de Quiroga, y el corregidor que era entonces de Toledo D. Fadrique Portocarrero y Manrique.

Navegó el barco el mismo dia a la tarde camino de Aranjuez, entró en el Jarama, y por el canal se acercó a Madrid, de aqui se aproximó al Pardo, dió luego la vuelta volviendo a pasar por Toledo, y el 3 de marzo continuó su curso rio abajo hasta Lisboa, donde llegó con toda felicidad.

Verificado el reconocimiento, é informado el rey de que el Tajo podia hacerse navegable, vuelto de Portugal a Castilla, propuso eso mismo en las córtes de Madrid a los procuradores de los reinos. Hubo entre ellos varios pareceres y ¡cosa rara! Los procuradores de Toledo, que tenian mas obligacion de favorecer la empresa por los notables beneficios que redundaban a la ciudad, fueron los primeros que la contradijeron, y no solo ellos sino la mayoría del vecindario abominaba el proyecto y le juzgaba por dañoso y malo; mas a pesar de todo, los demas procuradores a cortes conociendo los beneficios incalculables de la empresa, ofrecieron 100 Ⓓ ducados a Antonelli para que con ellos removiese los obstaculos, y con diversas trazas pusiese corriente la navegacion del Tajo, lo cual se verificó a poco tiempo, tanto que el mismo Felipe II quiso en 1584 disfrutar esta navegacion yendo por agua desde Vacia-Madrid a Aranjuez en dos barcos chatos de 33 pies de largo muy adornados que hizo construir Antonelli, en los que se embarcaron el rey, los infantes, y séquitos de SS. MM., concluyendo su viaje con toda felicidad.

Luego por mandado del rey se hicieron en Toledo en 1586 cierto número de barcas, competentes para esta navegacion, siendo corregidor D. Francisco Carvajal, y el año siguiente fueron bendecidas 7 de aquellas, en la ribera y sitio, que, junto a los molinos del papel, se llama hoy plazuela de las barcas, el 31 de enero, por Gaspar Calderon cura de S. Martin, habiendo este bajado en procesion con su clero, muchos religiosos, é innumerable concurso.

Embarcaron en ellas 50 galeotes y buena cantidad de trigo, siendo su capitan Cristobal de Roda, sobrino de Antonelli. La capitana hizo señal de partida con una trompeta, y a el tercer toque comenzaron los barcos a navegar, y continuaron prósperamente, llegando en 15 dias a Lisboa, y antes de su retorno a Toledo, falleció en esta ciudad Juan Bautista Antoneli, primer autor de la navegacion, que se repitió con buen éxito en los años 1588 y 1589, conduciendo por agua a Portugal grandes cantidades de trigo y otros efectos.

Por muerte de Antonelli mandó el rey tratar con el aparejador Andrés de Udias, lo que faltaba en la navegacion del Tajo para los viajes subsiguientes; y ciertos barqueros de Abrantes se obligaron a venir por el rio desde aquella villa hasta Toledo en 40 dias. En 1592 se formaron reglamentos para la navegacion, se libertó de derechos á los cargamentos, se fijó el modo de despachar las guias, y las formalidades de salida etc., de modo que llegó a estar tan corriente la navegacion, que las estofas trabajadas en Toledo y Talavera y otros géneros, que iban por agua a Portugal se vendian alli con estimacion, asi como los géneros del norte que por mar entraban en Lisboa llevados por el rio hallaban pronto despacho en Toledo, Madrid y otros puntos cercanos a las riveras.

No consta el punto de perfeccioa a que llegó esta empresa, ni las causas de su abandono en el próximo reinado de Felipe III; habiendo quedado de ella, por señal y memoria en Toledo el nombre de plazuela de las barcas, en la vega de esta ciudad, porque alli estaba el embarcadero para la navegacion del Tajo.

En tiempo de Felipe IV con motivo de la sublevacion y guerra de Portugal para la conduccion de las provisiones de guerra y boca a la frontera se quiso volver a plantear la navegacion del Tajo desde Toledo a Alcantara, y a este fin en 1641 formaron unos soberbios planos del curso y direccion del rio los ingenieros Luis Carduchi y Julio Martelli que no surtieron efecto alguno. Igual suerte tuvieron los preparativos que se hicieron en el reinado de Carlos II para el mismo objeto y riego desde Madrid a Aaranjuez, Alcala y otras partes, y los planos que al efecto levantaron los ingenieros armeros D. Carlos y D. Fernando Grunembergh, y las diligencias practicadas en 1740 para resucitar la propia navegacion lo que igualmente sucedió en el ministerio de D. José Carvajal años despues en que se hizo a toda costa un modelo de madera y cristal para el canal de Manzanares que se habia de unir al Tajo, y continuar su navegacion hasta Lisboa.

En nuestros dias y por el año 1828 se volvió a reproducir la misma idea, y para llevarla a cabo el arquitecto *Marco-Artu* a quien se dió esta comision despues de tener a la vista los planos de Carduchi y Martelli y demas que conducia al efecto, construyó un barco, que llamó Antonelli en memoria del famoso hidraulico de que queda hecha mencion, y con el hizo un viaje de reconocimiento desde Aranjuez hasta Lisboa, pasando por Toledo el 10 de abril de 1829, y despues de sacar el barco a tierra para salvar las presas vuelto a votar al agua siguió su camino el 18 del propio mes. El 25 de octubre del mismo año volvió el citado Marco-Artu a hacer rio arriba un 2.° reconocimiento en otro nuevo barco llamado Tajo que se habia construido en Lisboa.

A pesar de todas estas diligencias y planos que nuevamente se levantaron todo se quedó en proyecto por causas que ignoro, pribando asi al comercio y agricultura de los incalculables bienes que redundarian de una empresa tan útil y grandiosa, que si otros tiempos pudo llevarse a cabo, igualmente hubiera podido verificarse en estos, no faltando proteccion en el gobierno, único móvil del engrandecimiento interior de las naciones.

N. MAGAN.

POESIA.

Acaba de publicarse en Oviedo una obra por estremo interesante, y es una Coleccion de poesias en dialecto asturiano (1). *Sin perjuicio de analizar debidamente esta importante, publicacion literaria, no podemos menos de recomendarla desde luego al público, ni resistir á la tentacion de trasladar aqui para muestra, parte de una de las composiciones que contiene. Por ella podrán juzgar nuestros lectores de la grata sencillez, y belleza poética de aquel dialecto.*

LA PALIZA.

Co la choqueta terciada
y el civiellu llevantadu,
Pericon el de Maruxa
Non tien miedu al mas pintadu,

(1) Un tomo en 4.° Véndese en Madrid en la libreria de Sanchez, calle de la Concepcion Gerónima.

Y piernes llime y costielles
Como quien llime morgazu.
Con cevera y con tocin
Criólu so pá bien fartu.
Xudes i dió les corades,
Fuerra Bernardo del Carpiu,
Y ansi esfarrapa los llombos
Como s'estiñara un sardu.
Sueltu, rechonchu, membrudu,
Con el pechu llevantadu,
De pantorrilles carnudes
Y del cuerpu bien trabadu,
Mas recio q' una muralla,
Mas derechu q' un forcadu,
Una facina de paya
Lleva sobre los costazos,
Y baste d' un emburrion
Como s' enfade un carbayu:
Yé so geniu un puzcalabre,
Son de fierru los sos brazos,
Y sacó d' una gafura
Corazon fégado y bazu.
Travesau é ná campera,
Si llevanta el so verdascu
Y pon el cuerpu derechu
Y patrás da un par de pasos,
Y mira un pocu fosqueru
Y echó de sidre dos cuartos,
Mil diablos lleve si naide
Aunque se tenga por guapu,
Y saluda los focicos
Y toma el fuelgu á so cuayu.
Quien non diga Viva Sieru,
Ha de pagai el portazgu;
Y d' un torollu sin non
Vien á besai los zapatos.
Vilu yo na romería
Fosqueru, arremolinadu
Envolvida la mollera
En un pañuelu floriadu,
Con calzones de Segovia
Y aguyetes de á dos cuartos,
Y la montera picona
Entornada par un lladu,
Q' otru Roldan parecia
O el sobrin de Carlo Mano.
Puestu el primeru na danza
Patrás y palante andando,
Perezosu y galvaneru
Sollivia el cuerpu llivianu,
Como se mez al Nordeste
Vara verde d' avellanu.
Ya s' arrevalga de piernes
Y detien diez aldeanos
Ya otros diez d' un emburrion
Dexa nel suelu zampados,
O ya en medio de la rueda
Como na corrada el gallu,
Erguidu se pon y un viva
Que saca de los calcaños
Llancia de la boca fuera
Con q' á todos tiembla el cuayu.
Naide gurguta; y él solu
Dueñu de todu el cotarru,
Echa ixuxús y reblinca
Dando vueltas al so palu.
Los mozos de la rivera
Que na esfoyaza cantaron,
Los que lleven é na fiesta
Con relicarios el ramu,
Los que diz que son valientes
Porque non cansen en sallu,
Los que pe la noche ponen
A les moces el carbayu
Y galantien pe l' aldea
De sidre y castañes fartos,
¿Donde están? ¿que se fixeron?
Vengan aqui con mil diablos.
¿Ni á ver siquiera s' atreven
Los ñudos del mio verdascu?
Non se escondian y el que quiera
Medir lo que tien de llargu,
Que mire en tientes mio cara
Y eche hácia min un revalgu,
O si non que á la so moza
Mas non siga los calcaños,
Nin ñunca ablanes y ñueces
Y traiga de los mercados.
Yo i diré que ye un exencle
E nos focicos metanos
Buenu pa comer boroña,
Pero non para dar palos.
Ansi dijo el farfanton
Mirando pa todos llados,
Con una risa fisgona
Y una cara de los diablos.
Iba echar un ixuxú
En so coraxe enfotadu,
Cuando Xuan de la Ravera,
Rapaz de puños y cuayos
Caliente y de bon calter
Y probadu nos trabayos,
Fartu de tanta falancia
Y por otros atuzadu
Sin ser ya dueñu del fuelgu
Y un pocu arremolinadu,
Da dos pasos hácia lante
Con el palancon terciadu,
Y arregañandoi el diente
Le mira deriba á baxu
Y falai d' aquesti modu
Como quien non tien cuidadu.
Non nos vendia tantes ronques
Nin ande tan llevantadu,
Pericon el de Maruja
El fiu del Madrilanu.
Por mas que llevant' el gritu
Y faga aqui d' espantayu,
Tantos tien comido crudos,
Como cocidos y asados.
Ya yo vi medir el suelu
Otros un pocu mas altos;
Baje el tonu y non s' atufe
El demoniu del mazcayu;
Q' a topar en mio concencia
La forma del só zapatu.
¿Non t' acuerdes que te dieron
Con llombardades el pagu
La noche de la foguera
E na fiesta del Rosariu?
¿Y qué allá na mio quintana
Unos mozos te torgaron
Arrimándote la cesta
Y solmenándote el cuayu?
Pos lo q' entonces pasó
Puede repetirse ogaño.
Y ansi como aqui me vés
Delgaducu y pequeñacu,
De les tos faladuries
Fago yo tan pocu casu
Que non se me dá por elles
Un ochavu segovianu.
¡Muera Sieru, muera el gochu
Q' aqui llevanta el verdascu!

Se suscribe al Semanario Pintoresco en Madrid en la librería de Jordan calle de Carretas, y en la de la Viuda de Paz frente á las Covachuelas. En las provincias en las administraciones de correos y principales librerías. Precio de suscriccion en Madrid. Por un mes *cuatro* reales. Por seis meses *veinte* reales. Por un año *treinta y seis* reales. En las Provincias *franco de porte*. Por tres meses *catorce* reales. Por seis meses *veinte y cuatro* reales. Por un año *cuarenta y ocho* reales.

Las cartas y reclamaciones se dirigirán francas de porte *á la Administracion del Semanario*, calle de la Villa, número 6, cuarto principal.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.

RECUERDOS DE VIAGE.



LOS BAÑOS DE WISBADEN.

Wisbaden ó Visbaden es la capital del ducado de Nassau, pequeña monarquía constitucional situada entre el gran ducado prusiano del Bajo Rhin y el gran ducado de Hesse-Darmstad. Es célebre por sus baños, que son en el dia los mas frecuentados de Alemania, y á que concurren infinidad de extranjeros de la primera distincion (1). La parte central de los edificios que representa el grabado, es el salon de baile: el ala izquierda está totalmente ocupada por mesas de juego, entre las cuales las mas concurridas son las destinadas á la *ruleta*, y sus utilidades son tan cuantiosas, que el arrendatario paga anualmente al duque de Nassau treinta mil florines por solo el privilegio de la banca. El ala derecha es una especie de fonda-café. Aun cuando el esterior del edificio es muy sencillo, el interior de ambas salas es elegante y distinguido, y el salon de baile mágnifico y espléndido. El piso se compone de diversas maderas, simétricamente colocadas en forma de mosáico: á cada uno de sus lados se observa una fila de columnas de mármol de órden corintio, las cuales sostienen una sencilla y espaciosa galería: los intercolumnios se hallan ocupados por un considerable número de bustos y estátuas de marmol: el techo está en forma de bóveda, y aunque su color es sombrío, se halla decorado con bastante gusto: todas las habitaciones son de una espaciosa dimension.

Estos tres edificios, y el parque que está inmediato á ellos, sirven de punto de reunion á los forasteros que durante el buen tiempo concurren á Wisbaden, y cuyo número asciende generalmente á muchos millares. Las termas, las aguas minerales y los baños están dentro de la misma ciudad, y á muy corta distancia de los sitios mas concurridos; pero como por cada cincuenta personas que concurran á Wisbaden apenas habrá una que vaya con otro objeto que con el de divertirse, esta circunstancia es de muy corta entidad. Por otra parte es costumbre que los enfermos que se bañan ó toman las aguas lo ejecutan muy de mañana, por lo general antes de las siete, porque los alemanes son muy madrugadores, y todos los forasteros se ven obligados á conformarse con sus usos; de aquí resulta que los medios de restablecer la salud no se oponen á las diversiones del dia.

La poblacion está llena de grandes y magníficas fondas, cada una de las cuales tiene su mesa redonda en la que comen multitud de personas; porque allí no se acostumbra á comer en particular. Las mesas redondas mas concurridas rara vez tienen menos de doscientos á trescientos cubiertos: la hora de comer suele ser la una. Durante la comida, una compañía de músicos colocados en una galería alta ejecutan algunas piezas, y en los intermedios bajan al salon para pedir su recompensa á cada uno de los concurrentes. Esta música es bastante buena, la comida escelente, abundante y barata; (una sopa, seis principios, postres y una botella de vino por once reales); la reunion es agradable, y la diversidad de pueblos de que se compone la hace en extremo divertida. A las tres se separan; los caballeros para fumar sus pipas, y las señoras á emprender de nuevo sus labores. En algunos dias de la semana una compañía de hábiles artistas se coloca debajo de la tienda que ocupa la derecha del grabado, y ejecuta variás sinfonías delante de la sociedad que pasea por los jardines públicos. Dos veces á la semana hay baile que empieza y concluye á una hora regular. Rara vez se baila otra cosa que *wals*, y tanto los caballeros como las señoras acostumbran á dar una vuelta por la sala de juego, y arriesgar algun dinero durante los intermedios.

Wisbaden tiene asimismo un bonito teatro y una compañia bastante buena, que á veces es reforzada por los mas notables actores de las grandes ciudades de Alemania: allí únicamente es donde suele de tiempo en tiempo presentarse el duque y la duquesa de Nassau. Su residencia habitual no es Wisbaden, aun cuando tienen en aquella ciudad su palacio, sino *Biberick*, bonita po-

(1) Para que se vea la afluencia prodigiosa que la moda ha establecido, baste decir, que en el último año de 1839 han concurrido á Wisbaden los extranjeros siguientes: 3652 ingleses, 211 americanos, 4478 franceses, 86 dinamarqueses y suecos, 56 españoles, 676 rusos, 62 polacos, 85 italianos, 457 suizos, 475 holandeses, 231 belgas, 8000 alemanes, que en todo hacen unos veinte mil extranjeros, entre los cuales se han contado 170 príncipes con sus respectivas comitivas. Déjase conocer la inmensa riqueza que proporcionarán á aquel pais tan numerosas y distinguidas visitas. ¡Y todo por los esfuerzos de la civilizacion y del buen gusto, mas bien que por el don natural de las aguas!

blacion situada á alguna distancia sobre el Rhin. Y no porque Wisbaden sea una mansion incómoda; nada de eso: algunas montañas que se elevan entre la ciudad y el rio, bastan para preservarla de las nieblas que se levantan en las tardes del estio y del otoño, y su situacion en un valle al pie del Taunus, unido al calor constante aunque moderado que exhalan sus aguas termales, dulcifican sensiblemente el rigor del invierno germánico. Pero sus inmediaciones son aun mas agradables; y á mas de eso el palacio de Biberick es infinitamente superior al de Wisvaden. Notase sobre todo en el magnífico y vasto jardin, un pequeño edificio llamada *Platz*, el cual se halla situado sobre una colina, y está espresamente destinado á la caza. La entrada principal del salon tiene á cada uno de sus costados un venado de bronce; y el salon mismo se halla decorado de cuadros debidos al pincel de un hábil artista de Viena que asimismo representa venados en diversas situaciones. La construccion del edificio imita exactamente la arquitectura de las mansiones señoriales de la edad media, de cuya época abundan en Wisbaden los restos, asi como los de la antigüedad asiatica, griega y romana; y las numerosas escabaciones que se han hecho y continuan ejecutándose, han descubierto multitud de monumentos, que hacen aun mas concurrida aquella poblacion tan notable por sus vistas pintorescas, sus curiosidades, sus aguas minerales y su deliciosa campiña.

M. U.

LA CATEDRAL DE BURGOS.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

El coro de que hemos hablado tiene toda su vista inmediatamente al crucero, el cual se arruinó en 1539 á media noche á causa de un tremendo uracan. Era obispo á la sazon el Ilmo. Sr. D. Fray Juan de Toledo, religioso que habia sido de la órden de Sto. Domingo, é hijo de los Excmos. Sres. duques de Alba; con cuya ayuda, del cabildo, del condestable de Castilla, de la ciudad, de algunos caballeros entre los que se distinguió D. Diego Bernuy que dió quinientos ducados y de muchos ciudadanos de los cuales consta que solo de los que vivian en el Huerto del rey se recogió de limosna en un dia catorce mil ducados, volvió á reedificarse. Esta maravilla consta de cuatro pilares muy fuertes, grandes y elevados que llegan con una misma proporcion hasta las bóvedas principales. En ellos, fuera de otras mil cosas, hay varias imágenes de apóstoles y doctores repartidas con mucho órden y concierto por todos ellos, metidas en nichos ó medallones que los hermosean mucho. Sobre estos cuatro pilares, cada uno de los cuales consta de tres cuerpos empiezan los cuatro fortísimos arcos sobre que estriba toda la máquina, toda la cual es de hermosa piedra blanca, y forma ochavada. Sobre los arcos se dejan ver los escudos de armas de la iglesia, de la ciudad, del reino y del obispo. Siguense tres órdenes de corredores, entre los cuales hay en cada ochavo una grande vidriera ricamente labrada con mucho adorno de florones, santos de bulto, cornisas, frisos y variedad de molduras. Por remate de todo se miran unos lazos hechos con tal primor y grandeza que causa admiracion el ver todo aquel conjunto, por la maravillosa armonia y suntuosidad que encierra.

Por la parte esterior guarda el mismo órden en ventanas, corredores, efigies, florones, cornisas, frisos y molduras: los corredores son tan espaciosos por uno y otro lado que se anda por ellos sin estorvo alguno. De los mismos pilares se levantan cuatro agujas tan altas como todo el edificio, al cual vienen á tener enmedio á manera de torrecillas, y contribuyen mucho á la hermosura de tan magnífica obra. En los remates de cada ochavo se elevan otras de mucha altura que terminan en unos angeles de tamaño mayor que el natural cada uno de los cuales tiene en su mano una veleta de hierro con su cruz: sin que apesar de la elevacion en que se hallan se haya caido hasta ahora ninguna. Entre unas y otras hay algunas imagenes de santos, y en la parte que mira á la puerta del Sarmental hay un Santiago á caballo. Cierran por abajo esta parte del edificio dos grandes rejas de bronce que mandó fabricar á su costa el ilustrisimo Sr. D. Manuel Francisco Navarrete Ladron de Ruvaras en las que se gastaron una gran suma de ducados que con las que siguen toda la capilla mayor, de hierro ricamente doradas completan una obra de las mayores de todo el reino. Acabóse la fábrica del crucero en el año de 1556, y se tardó en ella 17 años. La empezó al arquitecto José Vallejo, el cual murió estando en dicha obra, y se halla sepultado en aquella iglesia, y la prosiguió otro llamado Felipe, natural del ducado de Borgoña en Francia, el mismo que ejecutó las obras del tras altar mayor y de la capilla del Condestable. Fué muy grande artífice y uno de los tres que vinieron á España, y enseñaron en ella las artes de la arquitectura y escultura en tiempo del emperador Cárlos V.

La capilla mayor es tan magestuosa, que dudo haya otra en las dos Castillas que la iguale. Tiene en sí el espacio de las otras naves colaterales. Para entrar en ella desde el crucero hay una sola grada, y á los estremos de ella están dos primorosos púlpitos que fabricó á sus espensas al mismo tiempo que las rejas y de la misma materia el propio ilustrísimo prelado. El presbiterio es muy capaz y espacioso; se levanta sobre algunas gradas de jaspe, mármol y pizarras, interpolado con sus antepechos; de igual materia es el pedestal del retablo. Ya digimos como hasta el presbiterio está todo de uno y otro lado con mucha proporcion, resguardado con las rejas doradas que mantienen los pilares ricamente labrados con mucha talla y efigies de los santos que nacieron, vivieron y murieron en aquel arzobispado.

La luz que las infinitas vidrieras comunican al presbiterio, es mucho mayor que la que tiene el resto del templo. Allí no se entierra ningun cuerpo que no sea de familia real, en atencion á los muchos que en él descansan. En el pedestal del retablo mayor yace el infante Don Juan, hijo legítimo del rey D. Alonso el Sabio, que fué levantado por rey de Leon, en tiempo del rey D. Fernando el IV su sobrino año de 1450. Murió desgraciadamente en el mismo año en la Vega de Granada, y fundó en dicha Sta. iglesia dos capellanias y un aniversario. Tambien yace al otro lado D. Sancho hijo del rey Don Alonso XI, que ganó la batalla tan celebrada del Salado; con su mujer Doña Beatriz, hija del rey D. Pedro de Portugal, que llamaron el justiciero, y de Doña Inés de Castro llamada la Rica-hembra. Algunos autores como Salazar de Mendoza, y el maestro Arriaga dicen que yace en el mismo lugar el infante D. Fernando de la Cerda, pero parece mas seguro que está en el monasterio de las Huelgas.

Ocupa el retablo mayor todo el llano de la capilla en semicírculo cóncavo, de modo que los dos lados vienen á formar dos alas levantándose desde el pedest

hasta lo alto de la bóveda: es todo él de muy fino nogal. Dióse principio á su obra en el año de 1577. Los maestros que la dirigieron fueron dos hermanos llamados Rodrigo y Martin de Haya; tardaron en ella quince años. Doráronle otros dos maestros en 1596 llamado el primero Juan de Briznas, natural de Madrid, y el segundo Gregorio Martinez, de Valladolid, en lo que ocuparon tres años cabales, y tuvo de coste once mil ducados. Segun opinion de los inteligentes, es obra que se hallarán muy pocas ó ninguna que la escedan en perfeccion. El lugar preferente le ocupa una imagen de Ntra. Sra. á quien esta dedicado el templo, toda de plata maciza y tamaño mas que natural. Hízola en 1578 el célebre estatuario Juan de Ancheta y su coste segun consta fué de 550 ducados. Esta imagen es la que con el título de Sta. María suele salir en rogativa siempre que lo pide la necesidad. Por todo el retablo hay efigies de bulto de los mas de los apóstoles y evangelistas, de muchos ángeles, y varias historias de la Reina del cielo repartidas con mucha simetria por todo él, al cual corona una grande imagen de Cristo crucificado.

Detras del altar mayor hay otras piezas dignas de aprecio, y son cinco ochavos ó planos á manera de retablos hechos con gran primor, en que se registran algunos de los misterios de la vida y pasion de Cristo formados en medio relieve de figuras del tamaño natural. Entre ellos hay otras muchas figuras de santos apóstoles, evangelistas y doctores. Es obra de infinito primor y elegancia. Uno de los recuadros es moderno y muy inferior á los demas.

El claustro es magnífico, proporcionado á lo demas del edificio, suntuoso y de grande hermosura, todo de piedra blanca menos algunas listas del suelo que son de pizarras. En los espacios de él se hallan algunas figuras que representan muchos sucesos de los reyes de España. A la entrada se vé á Doña María de Padilla y sus hijos, todos de talla entera. Hay en él tres capillas: la primera está dedicada á S. Gerónimo, y por ella se dá entrada á la sala capitular y al archivo que está encima: una y otra pieza las hizo el cabildo en 1596. La otra capilla está muy próxima á la antecedente y es dedicada á Sta. Catalina vírgen y martir, muy distinta de otra que hay en la iglesia, Sirvió algun tiempo de depósito al cuerpo del rey D. Enrique III, hasta que su sucesor el rey D. Juan el II le trasladó á Toledo. El adorno y riqueza de esta capilla es muy grande, pues á mas de estar enlosada con piedras de marmol, jaspe y pizarras con muy singulares labores, la adornó con una cajoneria de nogal rica y suntuosa aunque de bastante mal gusto, con aldabones de bronce, y las efigies de medio cuerpo de todos los prelados, hechas por el pintor Juan de la Cuadra. Tambien está enriquecida con muchos espejos y con tres primorosos retablos. Corrió esta obra por cuenta del P. Fr. Pedro de Cardeña. En todo el claustro se registran tambien muchos y muy suntuosos sepulcros elevados del suelo de muchos señores obispos de aquella santa iglesia y de algunos prevendados de ella, como consta de sus rótulos que seria muy largo el referir.

Capillas.

Entre las demas cosas que concurren al ornato de aquella santa iglesia merecen particular memoria las muchas y grandes capillas con las que escede á otras catedrales de España. La primera empezando por la derecha es la de *Nuestra señora de los Remedios*, llamada asi por una santa imágen que se venera en una de las puertas por la parte de adentro, con quien toda la ciudad tiene mucha devocion. En esta capilla esta actualmente el famoso crucifijo que estuvo en el convento de S. Agustin. La capilla es muy grande, y se edificó en forma de cruz: en aquel sitio estuvo antes el claustro antiguo. Está toda ella alhajada con cinco retablos.

La capilla *de la Presentacion* es suntuosa, está muy bien servida, y adornada de ricos ornamentos, y de muchos vasos sagrados para el culto divino: su retablo es grande y curioso con muchas figuras de medio relieve: en medio de él se vé una excelente pintura de nuestra Señora, alhaja que segun los intelijentes no tiene precio, y es el mismo de la sacra familia atribuido á *Miguel Angel*. El fundador de la capilla yace en un suntuoso sepulcro de mármol á las gradas del altar mayor de la misma; á los lados del altar hay embutidos otros dos entierros de parientes del fundador.

La capilla *de S. Juan de Sahagun* estuvo antes dedicada á santa Catalina, virgen y martir: hoy despues de la canonizacion lo está á dicho santo, canónigo que fué de aquella santa iglesia y cura en el lugar de Tañebueys de la sierra del mismo arzobispado. Sirve de oratorio á los canónigos, y de sepulcro donde yacen la señora doña Maria de Rojas, su marido y demas descendientes marqueses de Pozas.

En frente de la puerta del Cristo y al fin de la nave del crucero está la capilla *de la Visitacion* que es de las mas antiguas. Reedificóla y dotóla el Ilustrísimo Sr. D. Alonso de Cartajena como se vé en los escudos de sus armas que por toda ella se rejistran, que es una flor de lis. Antes estuvo dedicada á santa Marina y su Ilustrísima la dedicó al misterio de la Visitacion de nuestra señora que esta de maravilloso pincel en el altar principal. En medio de ella y junto á las gradas yace el cuerpo de aquel insigne prelado, y por toda ella se hallan sepulcros de obispos de aquella santa Iglesia y de caballeros parientes del fundador. La sirven con muy decentes rentas seis capellanes y un mayor que suele ser dignidad de la santa Iglesia, algunos acólitos y demas necesario para el culto divino, para el cual tiene muy buenas alhajas que dejó el fundador.

La capilla *de S. Enrique* estuvo antiguamente dedicada á S. Andres, y otra que estaba próxima á ella á la Magdalena. No se sabe quienes las fundaron, y solo consta que en una y otra están sepultados algunos obispos. Ilustróla y adornóla haciendo de las dos una el Ilustrisimo Sr. D. Enrique de Peralta y de Cardenas reedificándola con mucha suntuosidad añadida una media naranja con su linterna de maravillosa hechura. En el retablo se venera un *Ecce Homo* de mucha devocion, en el lugar principal próximo del que representa al glorioso emperador S. Enrique. Está ricamente alhajada de todo lo necesario para el culto divino: el cuerpo de dicho prelado yace en un suntuoso sepulcro al lado de la epístola, en el que se vé su estátua del natural, en bronce, todo hecha con mucho primor. En la misma hay otro altar dedicado á los dos santos á quienes antes lo habian estado las dos capillas. Todo cuanto alli se mira hace admirar la piedad y magnificencia de tan gran prelado.

Síguese á esta la que llaman *de los condes de Carrion* que por ser la mas próxima á la capilla mayor sirve de sacristía. En aquella yacen sepultados los caballeros señores de aquellos estados. En sus sepulcros no hay armas ni rótulos, solo se nota que tienen coronas como si fuesen reyes. El retablo era muy antiguo todo de varias pinturas de los apóstoles y mártires. — A esta sigue la de Santiago que es la parroquia.

Segun el mismo órden sigue la magnífica capilla *de la Purificacion* llamada *del Condestable* que antiguamente estuvo dedicada al apostol S, Pedro, y en ella servian

solo los cuatro capellanes que llaman del conde D. Sancho, los cuales instituyó el Rey D. Enrique II su hermano. Fué de nuevo edificada en 1487 por D. Pedro Fernandez de Velasco condestable de Castilla, y su mujer doña María de Mendoza y Figueroa, duquesa de Frias á quien habia dado aquel Ilustrísimo cabildo para labrarla en 1482. Es muy célebre por sus fundadores y por su mucha grandeza y suntuosidad. En ella yacen los espresados fundadores en un suntuoso sepulcro junto á las gradas de un altar, fabricado de piedra mármol, en donde se ven sus retratos muy al vivo, cada uno de ellos tiene al pie su epitafio: el del condestable dice asi:

«*Aqui yace el muy ilustre D. Pedro Fernandez de Velasco, Condestable de Castilla, señor del estado y gran casa de Velasco, hijo de D. Pedro de Velasco y de doña Beatriz Manrique condesa de Haro. Murió de* 60 *años siendo solo Virrey de estos reinos por los reyes católicos.*»

El epitafio que tiene su mujer á los pies dice tambien asi.

«*Aqui yace la muy ilustre señora doña Mencia de Mendoza, condesa de Haro, mujer del Condestable D. Pedro Fernandez de Velasco, hija de D. Iñigo Lopez de Mendoza y de Catalina de Figueroa, marqueses de Santillana. Murió de* 76 *años en el de* 1500.

Al lado de este sepulcro hay una gran piedra de jaspe de tres palmos de gruesa y de mas de ocho en cuadro y 18 de largo. Es de las piezas mayores que de su materia pueden hallarse. No ha sido posible atinar con que fin traerian dicha pieza, sino que fuese con el de que todos viesen su magnitud. Toda la fábrica es de piedra blanca de Ontoria, su forma ochavada, y muy espaciosa. Por todas sus paredes que son anchas y fuertes se ven infinidad de molduras, cornisas, frisos, florones y cuanto el arte pueda inventar, y muchos y grandes escudos de armas de los Velascos. Asi por el interior como por el exterior antes que empiezen los arranques de las bóvedas hay magníficos corredores. En cada uno de los huecos se ve una estátua de un hombre de armas de tamaño mas que natural: cada uno de ellos tiene una bandera en la mano y juntamente sus lanzas. Las vidrieras por donde se comunica la luz son muchas y colocadas con simetría. Es toda ella muy semejante á la obra del crucero, como que está ejecutada por el mismo maestro. Sirven esta capilla nueve capellanes con el mayor que es siempre dignidad de aquella santa iglesia y cuatro acólitos con muy buena renta. Adornáronla los fundadores con muchas riquezas y alhajas para el culto divino; muchos ornamentos y cálices entre ellos uno de oro de gran valor con su patena guarnecida de diamantes y perlas. Entre las muchas reliquias que hay se cuenta una espina de la corona de Cristo. Los tres altares que la adornan, aunque son muy antiguos en su labor, son maravillosos por lo raro y airoso de su forma. En el del lado del evangelio hay una hermosa imágen de S. Gerónimo, obra de Gaspar Becerra, de la que hace mencion el docto Palomino. La sillería y el órgano son tambien de mucho mérito. En esta capilla hay igualmente sepultados algunos señores. obispos.

La capilla de *S. Gregorio* estuvo antes dedicada á los santos. ángeles. Su altar es privilegiado por bula del sumo pontífice Gregorio XIII sacada por el ilustrísimo arzobispo D. Francisco Pacheco. En esta capilla colocó el cabildo la imágen de S. Fernando, rey de España, que habia servido para las grandes fiestas que se hicieron con motivo de su nuevo culto, que fueron grandiosas por haber sido aquel rey el fundador de la catedral en el sitio que ocupa.

La capilla de *la Anunciacion de Nuestra Señora* es de la misma traza, y tan pequeña como la de S. Gregorio. Compróla al cabildo el ilustrísimo Sr. D. Juan de la Torre, obispo que fue de Ciudad-Rodrigo, electo de Canarias y de Salamanca y canónigo maestre-escuela de la santa iglesia de Burgos, hijo de la misma ciudad, para su entierro y el de su familia; y en efecto apenas murió en Ciudad-Rodrigo en setiembre de 1639 trasladaron su cuerpo á aquella capilla.

La de *la Natividad* es de muy buena traza y gracioso edificio. Su bóveda es un medio limon hecho con mucho arte, y suntuosidad y con la claridad necesaria. Fundóla y dotóla doña Ana Espinosa, mujer que fué de D. Pedro Gonzalez de Salamanca, cuyo patronato vino en breve á caer en los caballeros Sanzoles, y últimamente la poseian los Mirandas. La adornó su fundadora con un rico retablo en el que hay algunos sucesos de la vida de María Santísima en medio relieve ejecutados con primor.

En correspondencia de la que hoy se llama de S. Enrique está la capilla de *S. Nicolás*; es muy poco el adorno que tiene, y parece estraño que siendo tan bueno su edificio no se haya procurado alhajarla. De los muchos sepulcros que hay en ella solo es conocido el del Ilustrísimo señor obispo D. Juan de Villahoz.

Saliendo del crucero y entrando en la segunda nave del mismo lado se encuentra la gran capilla de la Concepcion y Santa Ana, cuyo edificio demuestra mucha antigüedad. Fundóla y dotóla el ilustrísimo señor obispo D. Luis Osorio y Acuña en el año de 1488. Es muy capaz asi en ancha como en alta. Está adornada con cuatro altares; el mayor es muy grande y digno de verse por su grandeza y singular fábrica, está adornada con muy buena sillería y órgano. Servianla 22 capellanes y un mayor: en medio de ella se halla el sepulcro en que descansan los huesos del fundador, que es muy suntuoso.

Seguian despues hácia la puerta principal las capillas de Santa Lucía, Santa Praxedes y otras, de todas las cuales á principios de siglo XVIII se hizo una tan grande y suntuosa como disparatada y churrigeresca dedicada á Santa Tecla, sin que por eso dejase de tener por entonces su panegirista en un poema en folio asaz grueso.

Queda pues hecha aunque rápidamente una reseña de las muchas y magníficas capillas que rodean esta santa iglesia; en todas las cuales se celebran diariamente los oficios divinos, sin que se estorven unas á otras, siendo asi que en las mas de ellas hay grandes y sonoros órganos. Por todas estas razones y por su maravillosa construccion ha sido y es tenida esta iglesia por una de las maravillas de nuestra España católica, acreditando nacionales y extranjeros con el testimonio de su admiracion el celebrado dicho del emperador D. Cárlos I que esclamó que *joya era aquella tan preciosa que deberia estar con funda para que no pudiese ser vista sino á deseo.*

La mayor parte de los monumentos sepulcrales que contiene son preciosísimos y en estremo curiosos, ya por los históricos personages representados en sus bellas esculturas, ya por las delicadas labores que los decoran y ennoblecen. Como varios de ellos compónense de un cuerpo de graciosa arquitectura, hay sin embargo la desgracia de que en los arcos del centro se hayan colocado algunas imágenes de devocion aunque de ningun mérito artístico, con lo cual y los candeleros y demas adornos modernos quedan ocultos los bellísimos bajos relieves hechos en la mejor época de nuestras artes. Citaremos en apoyo de esta observacion las capillas de la Presentacion, la Concepcion y Santa Ana, en la última de las cuales se halla casi enteramente cubierto el suntuoso mau-

leo junto al altar por un retablo de la Virgen del Pilar de detestable gusto. En la capilla de Santiago quedan tambien sacrificados otros sepulcros muy buenos con las esteras y muebles viejos: y por último una de las capillas que están en el semicírculo del tras altar mayor sirve de almacen al inmenso maderaje del monumento de semana Santa, dejando ocultas y perdidas varias memorias muy curiosas é interesantes. Esperamos de la ilustracion de aquel respetable cabildo provea el remedio oportuno á estos abusos que se estienden á otras parroquias de la misma ciudad como tambien á otras catedrales é iglesias de nuestra España, con mengua de nuestra opinion artística y motivo de baldon á las plumas extranjeras.

MANUEL EL RAYO.

NOVELA DE COSTUMBRES (1).

«Madre la mi madre,
Guardas me poneis,
Y si yo no me guardo
No me guardareis.»

II.

El inmortal Cervantes al poner en boca de una de sus heroinas la coplilla que arriba cuelga, no fué mas que un sencillo intérprete de lo que la esperiencia demuestra como averiguado; á saber; que nada es mas dificil que guardar á una mujer que no quiere defenderse á sí propia. Y si esto es regla general en todos los paises ¡cuánto mas no lo ha de ser bajo el bello cielo de Andalucia, en donde los ardientes rayos del sol y el aura suave y perfumada, impregnan, por decirlo asi, los sentidos de una dulce voluptuosidad, haciendo al mismo tiempo nacer flores prematuras en la tierra, y tempranos deseos en el corazon!

Cádiz habia sido la cuna de *Casilda*; la muchacha rayaba ya en los 17 abriles, y era habitadora del lindo Puerto de santa Maria!....

Un domingo que se hallaba en misa, acompañada de su vigilante dueña y sentada á la morisca sobre una estera redonda en el suelo de la iglesia, los pies cuidadosamente recojidos y cubiertos con la basquiña, el dorso del cuerpo apoyado en una de las columnas de la iglesia, el velo de la mantilla recojido con coqueteria sobre el peine de concha permitia ver toda la gracia de su semblante que podia competir en belleza con un boton de rosa entreabierto que entretegia en los bucles del lado izquierdo; y abriendo y cerrando desdeñosamente el abanico, parecia seguir el impulso de la costumbre mas bien que á una intencion determinada.

El sacerdote iba ya á echar á los fieles la bendicion, y todavia el libro de devocion de Casilda estaba abierto por la primera página; una ligera sombra de tristeza y de impaciencia se pintaba en su frente, y en sus hermosos ojos daba bien á entender una ansiedad que procuraba en vano disimular. Mas de pronto una ligera sonrisa vino á cambiar el aspecto de aquel hermoso semblante, y un gallardo jóven que la miraba hacía mucho rato con atencion, y que se hallaba al otro lado de la iglesia en pie y apoyado como ella en una columna, respondió instantáneamente á aquella sonrisa con otra igual. Estaba cubierto con una elegante capa, y su talla aunque no muy elevada, era noble y esvelta, sus facciones regulares aunque algo afeminadas, y unos hermosos ojos que manejaba con destreza, cautivarian al que los miraba, si no revelasen á su pesar un no sé qué de afectacion é hipocresia que por otro lado no desdecia de su edad, que podria ser de seis lustros.



Habiéndose encontrado las miradas de ambos jóvenes con una rápidez tal que Marta misma no pudo observarlo, Casilda dejó caer el velo sobre su semblante, hasta que al salir de la iglesia, en el momento en que

(1) Véase el Semanario del domingo anterior.

la gente se agrupaba á la puerta, por un movimiento estratégico se encontró nuestro galan al lado de la hermosa, precisamente en el instante en que varias personas se hallaban interpuestas entre ella y su dueña, y bajando misteriosamente la mano recibió de Casilda una carta diciéndole en voz apenas perceptible, —«se la devuelvo á V. porque no sé leer la letra de mano.» —

El astuto jóven que habia previsto sin duda este inconveniente, la entregó otro papel diciéndola que aquel le entendería, y sin aguardar respuesta desapareció rápidamente entre la turba. Llegada á su casa la hija del contrabandista abrió con prontitud este billete, y vió que en caracteres perfectamente imitados á los de imprenta contenia estas solas palabras.—«Hermosa Casilda, yo la adoro á V.—Fernando.»

«¡Hermosa Casilda!...» dijo la muchacha alzando la vista hácia un espejo que delante tenia, y sonriéndose con satisfaccion al ver confirmada en él la verdad de aquellas palabras.... «Yo la adoro á V....» repitió una y mil veces, y quedó largo rato pensativa, deshojando entre sus dedos aquel mismo capullo de rosa que poco antes adornaba su cabellera, y luego suspiró repitiendo con ternura el nombre del dichoso «Fernando.»

Tres meses despues de aquella escena, y pocos dias antes de la vuelta de Manuel, en el instante en que el sereno del barrio acababa de cantar las once de la noche, un hombre embozado en su ancha capa y cubierto hasta los ojos con el sombrero calañés, se paseaba silenciosamente por la sombría y solitaria calle del Palacio; y no bien sonó las doce la campana de la iglesia, se colocó en el cancel de una puerta frontera á la del contrabandista, permaneciendo allí inmóvil y casi sin aliento, los ojos fijos en las ventanas de Casilda. De repente un ligero ruido como de una puerta entreabierta con precaucion, vino á interrumpir la monotonia de aquella escena, y una mujer vestida de blanco alargó su mano, é hizo una pequeña señal, con lo cual el galan corriendo precipitadamente á su encuentro, se introdujo en la casa y volvió á cerrar con la misma precaucion y silencio.

¡Infeliz Casilda! ¿por qué abriste? ¡Marta! ¿por qué dormias? ¡Manuel! ¿por qué estabas en Sevilla?

Pocos dias despues de la partida de nuestro contrabandista para aquella ciudad, Antonio habia recibido en Gibraltar la carta siguiente:

«Mi querido Antonio: Ha llegado la ocasion de hacerte digno de Casilda. La casa de.... me confia un cargamento de valor de medio millon de reales, y he pensado en confiarte la direccion de esta empresa. ¡Por Dios, Antonio, que tengas cuidado! ¡Seis mil duros son el premio de esta operacion, y veinte y cinco mil de pérdida si la vírgen no te protege! Escúchame, pues.

«Cargarás las mercancías en la góleta *la Trinidad*, y ademas del patron y sus treinta hombres, engancharás otros sesenta de tripulacion. Tu partida de Gibraltar deberá ser por la noche y con el mayor sigilo, y luego que te halles en la mar harás cargar los cañones, trabucos y demas armas, disponiendo tambien que las hachas estén preparadas para el abordage; al enfilar el Estrecho, seguirás la costa de Africa para evitar los fuegos de Tarifa, y lo mismo harás si puedes de cualquier otro encuentro en las aguas; mas si te vieses perseguido de cerca, no titubees en aceptar el combate, y romper el fuego á babor y estribor. A su tiempo te haré conocer el santo y punto de la costa entre Rota y Chipiona en que debe verificarse el alijo; allí estaré yo para hacer las señales convenidas. Dios te proteja, y te traiga á la memoria que Casilda debe ser la recompensa de esta operacion importante que te encargo.»

P. D. «Harás decir dos misas para implorar la proteccion de nuestra santa patrona.»

De regreso nuestro Manuel al Puerto de Santa María, y despues de haber abrazado á su Casilda, empezó á ocuparse en los preparativos de defensa de la costa en el momento del desembarco; y como tenia bien conocidos á todos los hombres que en aquellas comarcas saben exponerse alegremente por precio de algunos doblones al fuego del resguardo, bien pronto quedó hecha su eleccion y concluido el pacto respectivo.

«¿Estás disponible?—Sí por cierto.—Quiero emplearte.—¿Por cuantos dias?—Por doce.—¿El negocio es de empeño?—Seremos bastantes.—¿Cuanto da su mercé?—Seiscientos rs.—Negocio concluido.—Toma la mitad.—Gracias, nuestro amo.—Encontrarás armas y municiones en la venta del Puerto, camino de Chipiona.—Entiendo: el santo y seña.—Manuel se arrimaba entonces á su oido y le decia en voz baja: *Nuestra Señora del Cármen*. El 22 de setiembre á las 8 de la noche en la ensenada *de la Salud* cerca de la roca de la *Gran fantasma*.—Allí estaremos.—Pues Dios te guarde.—Sr. amo, ¿cuantas misas se han dicho?—Dos en Gibraltar y dos aquí.—Dios nos dé su gloria, y la vírgen del Cármen su proteccion.»—

Desde el dia de la llegada de Manuel al Puerto de Santa María, un pañuelo blanco colocado de manera que podia verse desde la calle, se hallaba atado de la parte afuera de la celosía, y en una de las ventanas que daban á los aposentos de Casilda. Todas las mañanas y las tardes el consabido jóven aparecia al principio de la calle del Palacio, y no bien miraba ondear el pañuelo en las rejas de su amada, mordia los lábios con despecho, pronunciaba algunas esclamaciones casi imperceptibles, y retrocedia rápidamente por donde vino. Manuel no habia observado esta señal hasta el mismo 22 de setiembre, en el instante que preparaba su marcha para la roca de la Gran fantasma. Herido súbitamente á su aspecto, permaneció algunos minutos mirando atentamente el pañuelo con una especie de estupor, y torciendo luego bruscamente el pasó hácia una de las callejuelas que desembocan en la plaza del Polvorista, entró en la cabaña de un pescador amigo suyo, le llamó aparte, y le dijo con voz sombría y misteriosa.—

«Pedro, ¿estamos solos?—Solos, respondió el viejo pescador.—Toma ese doblon de á ocho, y deja por hoy tus redes.—¿En qué puedo servirte?—Conozco tu prudencia, y quiero confiarte un secreto.—Siéntate y habla, respondió Pedro presentándole un escaño.—No tengo tiempo, porque marcho en este instante á la roca de la gran fantasma.—Entiendo.—Creo que algun bribon anda haciendo la rueda á mi hija.—¡Ave María purísima! (dijo Pedro santiguandose): y qué es lo que quieres?—Quiero que hagas centinela dia y noche al rededor de mi casa; que observes con la mayor atencion, y que partas inmediatamente para la ensenada de la Salud si alguna circunstancia te hace conocer que mis sospechas son fundadas.—Por el Santo Angel de la guarda te juro que no entrara una mosca en tu casa sin conocimiento mio.—Descanso en ti.—Puedes hacerlo.—Hallarás siempre un caballo á tu disposicion en casa del compadre Bartolo.—Quiera Dios que no tenga necesidad de subir en él.—Gracias: á Dios Pedro.—A Dios Manuel.»

Y el contrabandista se alejó al acabar estas palabras, y una hora despues seguia á caballo el tortuoso sendero

que guia á la roca de la Gran fantasma. Durante casi toda la travesía de las cuatro leguas cortas que separan la ensenada de la Salud, del Puerto de Santa María, permaneció pensativo y silencioso; pero al dar la vista á aquella, el peligro á que iba á exponerse le hizo palpitar el corazon, y afirmándose bien sobre los estribos, arrojó su cigarro, sacudió airosamente la manta, y apretando los hijares de su bridon, comenzó en alta voz su acostumbrada cantilena:

Alza, que viene la ronda
y se empieza el tiroteo.

A UN SEPULCRO.

. . . . . .

"ne pouvant fuir la mort, veut triompher du temps."

(MILLEVOYE.)

Entre lúgubres árboles descubro
al opaco lucir de tibia luna,
fúnebre mármol que su frente eleva,
mansion de muerte, solitaria tumba.

Héla tú allí: contra su helada losa
en vano el aquilon su horrenda furia
bramando impele, que la mar agita
y los fuertes alcázares derrumba.

Circundada de altísimos cipreses
que en continuos vaivenes se columpian
los ve impasible doblegarse en torno
cual viles cortesanos que la adulan.

Yo te saludo, asilo de la muerte,
yo te venero, soledad augusta,
de tus contornos el silencio envidio
de calma llenos y de paz profunda.

No el confuso tropel que agita al mundo,
ni el lamento del triste en su amargura,
ni el desenfreno, no; de las orgías,
la calma de la nada en tí perturban.

Pródigo el sol, pero á la muerte avaro,
pasa apenas la lóbrega espesura
de cien gigantes que en sus verdes hojas
la luz te roban que su copa inunda.

No matizan tu suelo tiernas flores
de mágico color, no su frescura
un arroyo te presta, que á tus plantas
murmurando se aleje de su cuna.

¡Cuán sublime eres tú! ¡cuánto terrible
si el huracan que silbador relucha
por reducirte á escombro, tus cipreses
lleva barriendo la pradera mustia!

Fantasma inmoble en el desierto llano,
espantas á la tímida hermosura
que perdida en la noche tormentosa
llegó temblando á tu mansion adusta.

Monumento fatídico, tus piedras
que la mano del hombre de una en una
fué colocando con siniestro anhelo,
de tu nombre fatal sarcasmo y burla;

Tu blanca mole de pulido mármol,
de la muerte funesta vestidura,
solo cubre un puñado de cenizas
que en vano el aire dispersar procura.

Quizá apagó tu losa de algun rey
con la diadema que aunque brilla abruma
ilusiones sin fin de amor y gloria
que cayeron envueltas en la púrpura:

O el águila imperial que al sol miraba
de hito en hito, cual reina del altura
cayó inerte á tus pies, cortado el vuelo,
de fango llena la rizada pluma.

Que la indigencia á tu pesada mole
jamás dió de sus huesos la blancura,
ni te pidió su asilo la miseria
para que al odio mundanal la encubras:

Que no tuvo jamás asilo el pobre,
ni pan, ni abrigo, ni al nacer la cuna
ni sudario al morir le presta el mundo,
que un muladar le da por sepultura.

Ni es tampoco de tímida doncella
ese túmulo, no, que no circundan
la huesa virginal tristes cipreses,
sino la palma y la azucena pura.

Ni del guerrero que la sien corona
de verde lauro, la ceniza ocultas,
que al pié de la bandera cayó exánime,
y la bandera cubrirá su tumba.

Tranquilos descansad, reyes del orbe,
mientra ese mármol funeral anuncia
vuestra grandeza, que se hundió en la huesa
porque humana grandeza no se cumpla.

Descansad en la paz! hasta que el tiempo
por quien la vida ni en las piedras dura,
con guadaña de lluvias y aquilones
nuevas arrugas en su frente esculpa;

Y caiga lentamente derruida
la que es ahora fábrica robusta,
y las cenizas que duraron siglos
despojos sean de comun fortuna!

FERNANDO DE MADRAZO.



Las siguientes quintillas hasta ahora inéditas, son del célebre poeta sevillano BALTASAR DE ALCAZAR, *autor del bello romance que principia:*

En Jaen donde resido
vive D. Lope de Sosa.

Hame dado voluntad,
hermosísima Beatriz,
de averiguar con verdad
lo que sabe una perdiz
comida por navidad.

Porque la fama parlera,
del primer polo al segundo
lo celebra de manera
que entre los gustos del mundo
le dá la palma primera.

Es abril cuando esto quiero,
ved que confusion tan nueva,
porque si á diciembre espero,
que es el tiempo de la prueba,
podré morirme primero.

Y si la pruebo este mes,
no habrá perdiz entre mil
que sea tal; y si lo es,
no dará el gusto en abril
como lo dará despues.

En esta empresa que sigo,
que quizá fué por mi mal,
me dijo un falso testigo
que ningun remedio hay tal
como teneros conmigo:

Porque de vuestra beldad
se averigua un caso estraño,
y es que en esa bella edad,
y en cualquiera mes del año,
sois perdiz por navidad.

MASCARAS SIN CARETA.



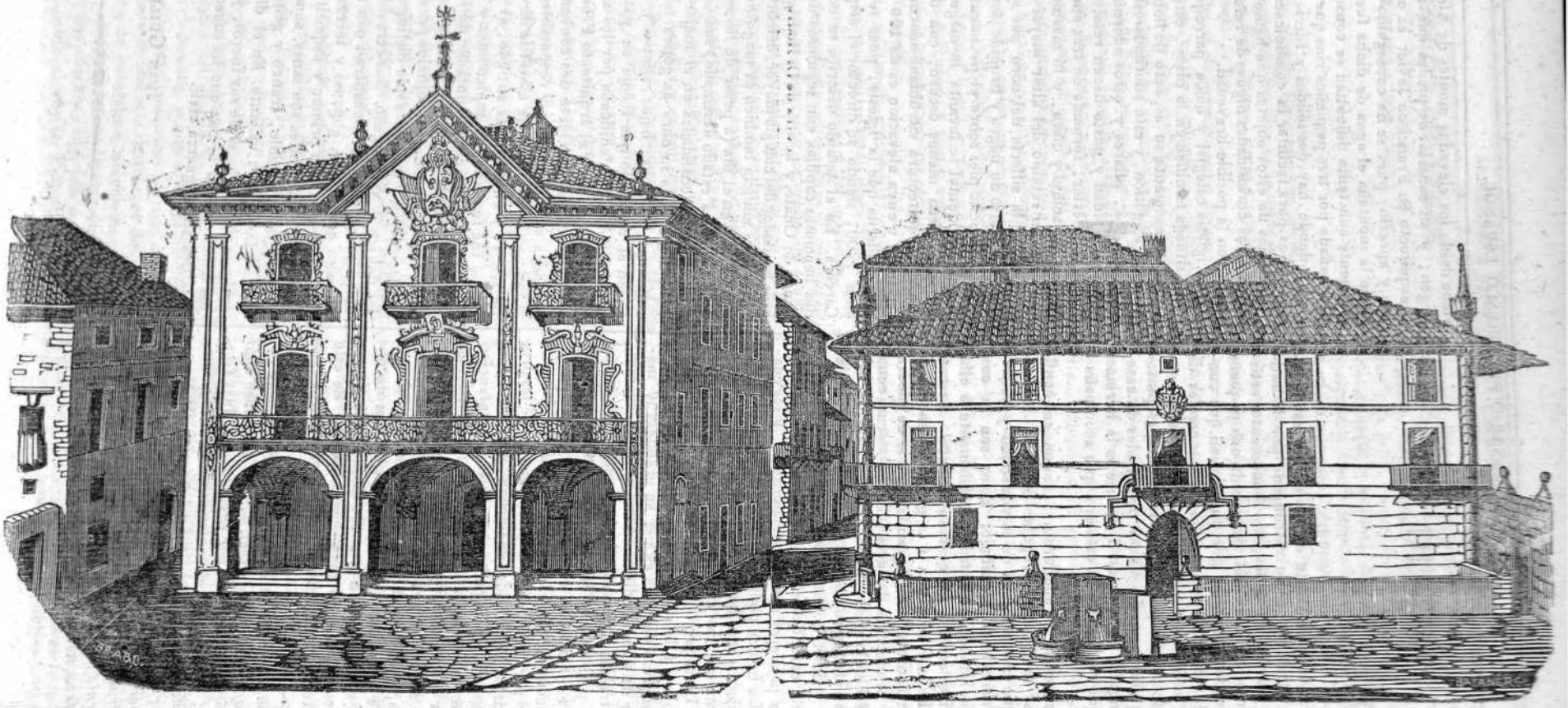


AMORES PÓSTUMOS.

....*Memento, homo*.... acuérdate, bribon, de que fuí tus amores.

—*Nestio quid dicis*.... (¡Cielos! ¿cuando he cometido yo el pecado de bestialidad?)

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.



PLAZA DE OÑATE, CASA CONSISTORIAL, Y PALACIO.

OÑATE [1].

La villa de Oñate es una de las mas notables en el suelo vascongado por la antigüedad de su orígen y monumentos artísticos que encierra. Situada en el declive de una pequeña eminencia, llamada *Torrealde* por un torreon que conserva, que fué antiguamente castillo de los condes de esta villa, se extiende su poblacion en desiguales grupos por el frondoso valle que forman las montañas pintorescas que la rodean, y dos líneas principales de caserío hacen un ángulo, cuya union ó vértice es la hermosa plaza pública que representa la estampa que acompaña á este artículo.

Esta es despejada y anchurosa: aunque su configuracion no es enteramente regular ni todos los demas edificios que contiene son de la visualidad y belleza que los que manifiesta el dibujo. Estos son la casa consistorial y la inmediata, situada paralelamente á ella, y que forman vistosamente su costado oriental. La casa consistorial es bella y ostentosa á la par que sencilla en sus adornos y estructura. Es un grande edificio de piedra, sin los quilates primorosos del arte (obra moderna construida á fines del siglo pasado) con dos órdenes de balcones trabajados en hierro con esquisito gusto y completa uniformidad y simetria. En su parte superior se ven las armas de la villa compuestas de los cuarteles que recuerdan los tiempos primeros del vascongado suelo, y los cuales tienen, segun hemos podido comprender, íntima conexion y semejanza con las divisas que usaron los antiguos pobladores de las sociedades establecidas en los territorios de Lárraga y Murguía. Su parte interior es estensa y cómoda, y la sala principal que sirve para las asambleas ó congreso del pais es por su grandeza y magestad la mejor de todo el edificio. Este contiene ademas, en piezas construidas á propósito, la armeria, el depósito, la carcel y el archivo con otras habitaciones destinadas para los empleados en el servicio de la villa.

La casa inmediata, solar de una de las familias del pais, es la que eligió para domicilio durante la guerra de las provincias Don Cárlos Maria Isidro de Borbon, y no tiene mas que esta circunstancia para poder ser notable, en atencion á que su estructora artística no ofrece nada de particular como el lector podrá observar en el dibujo.

El interior sin embargo es anchuroso, está perfectamente alhajado, y no deja de proporcionar bastante comodidad á los que le habitan, segun tubimos ocasion de observar cuando se hospedó en él el Sr. duque de la Victoria en la época del tratado de Vergara. Al pie de este edificio está situada la fuente que llaman *vieja*, cuya agua viene desde los elevados montes de Aloña donde tiene su orígen, y su cañeria de piedra que fue construida por el arquitecto D. Francisco Javier es obra de mucho mérito y aprecio; pues se ha conseguido con ella conducir desde la montaña el agua de dicha fuente, lo que anteriormente con tanta dificultad se conseguia. La poblacion está bañada por tres pequeños rios que se juntan en esta plaza, donde hay dos sólidos y fuertes arcos construidos sobre ellos para facilitar la comunicacion de la villa.

Ademas de estos objetos que hemos descrito contiene Oñate otras curiosidades dignas de referirse, y que trataremos con la posible brevedad.

La iglesia colegial y única parroquia que hay en la villa, situada tambien en la plaza, ostenta en ella grande y magestuosamente su aspecto de nobleza y antigüedad. Su estilo es gótico, y está adornada esteriormente de cornisa, escudos, pilares y otros adornos, que distribuidos con oportunidad y gusto hacen resaltar mas su belleza. Su parte interior, formada de tres anchas y elevadas naves, es espaciosa y clara, y lo mas notable que se halla en ella es el retablo del altar mayor por el primor de su trabajo, la sillería del coro por sus bellas molduras, y el presbterio de negro y bruñido jaspe por su elevacion de mas de ocho pies sobre el pavimento de la iglesia. En su lado occidental se levanta la magnífica torre tambien de jaspe, pero menos oscuro, con dos elegantes cuerpos de arquitectura vitrubiana adornados de cornisas y estátuas, y cuya elevacion es de 190 pies. Esta obra es mas moderna que la iglesia; pues se construyó por los años 1700, siendo su director el arquitecto D. Manuel Carrera. En el templo descrito se contemplan tambien dos hermosas capillas con sepulcros de mármol, la una del conde de Oñate, y la otra de D. Rodrigo de Mercado Zocoyola fundador del colegio mayor, célebre universidad de esta villa. Este edificio tambien es magnífico y ostentoso y aun conservaba en el dia (á pesar de los estragos de la época y usos á que ha estado destinado) sus áulas, capilla, biblioteca y demas localidades en el mejor estado de brillo y esplendor. Toda su obra es gótica adornada de galerias, columnas, estátuas, bajos relieves y demas adornos que hacen el cuadrado que forma su patio principal vistoso y encantador. Fue edificada por los años 1540, y dirijida su construccion por el arquitecto Francisco Pedro Picart.

Hay ademas en Oñate dos conventos de monjas conservados en buen estado y respetables por la antigüedad de su orígen; de uno de ellos fue director San Francisco de Borja, y el otro mas antiguo, al parecer, y de estilo gótico fue fundado con esplendidez y ostentacion por Don Juan Lopez Lazarraga, contador de los Reyes Católicos.

Las calles de Oñate son anchas, espaciosas y cómodas, y la mayor parte de sus edificios presentan aquel aspecto de antigüedad y grandeza que distingue en general á todos los del suelo vascongado. Sus cercanias son deliciosas y amenas: en ellas se encuentran con frecuencia hermosos palacios con armas, almenas y torres, y modernos caseríos edificados con primor y esquisito gusto. Las costumbres de sus habitantes son sanas, sencillas y religiosas, y su carácter tan noble, franco y generoso como emprendedor, irascible y valiente. En el dia Oñate goza de las antiguas instituciones de sus fueros, y con ellas de los gratos beneficios de la paz que ha sucedido venturosamente á la desastrosa guerra civil.

JUAN GUILLEN BUZARÁN.

(1) *El dibujo y artículo de* OÑATE *tienen ademas del mérito de la oportunidad y exactitud, el de haber sido trabajados espresamente, este por el capitan* D. JUAN GUILLEN BUZARAN, *y aquel por el comandante* D. SENEN BUENAGA, *ambos adictos al E. M. G. del ejército del Norte, los cuales alternando sus fatigas militares con su entusiasmo y conocimientos artísticos, nos han favorecido con este y otros trabajos dignos del mayor aprecio, entre los cuales se cuenta una vista y reseña de la fortaleza de* SEGURA *que ofrecemos para el domingo próximo á nuestros lectores.*

RECUERDOS DE VIAJE.

SEVILLA EN 1839.

Ya me tienes, Fernando, en Sevilla, en la encantadora Sevilla, en la querida del sol, como dice Dumas, en la ciudad de la felicidad y los placeres.

Tal vez me tacharás de inconsecuente en mis afecciones, recordándome mi cariño y entusiasmo hácia esa ciudad. Y por ventura lo he perdido? No; mil veces al surcar en una ligera barquilla las tranquilas aguas del Guadalquivir, y viendo á lo lejos, en medio de la dormida ciudad, elevarse magestuosa la Giralda, descollando altanera de entre esa alfombra de naranjos y limoneros que crecen á su pie, mil veces apartando los ojos de tan magnífico espectáculo, los he vuelto ansiosos de descubrir al lejos la encantadora Granada. En vano mi vista se cansaba; el horizonte mezquino y estrecho ponia un obstáculo invencible á mis deseos; pero su Alhambra, sus *cármenes* bañados por las parleras ondas del Genil y Darro, la pintoresca Sierra Nevada, todo esto unido á tantos recuerdos de dicha y de infantil alegria pasaban por mi mente cual ensueños purísimos de la niñez.

Te he nombrado á Granada y á Sevilla, y quiero darte mi parecer sobre esas dos perlas de la estendida España, sobre esas dos sultanas rivales del sol del mediodia.

Granada con sus recuerdos moriscos de ayer, con sus palacios afiligranados, en que apuraron los árabes los inmensos tesoros de su brillante fantasía, Granada con sus deliciosos jardines y su Sierra Nevada, conmueve mas la imaginacion. Joven, llena de gracias, está en los primeros años de su vida. Sevilla con su Giralda y su Guadalquivir, aparece á la vista si menos seductora, tal vez mas majestuosa. Granada es una niña esbelta y encantadora con la coquetería de los pocos años; Sevilla, enmedio de la carrera de su vida, ostenta su belleza, si menos seductora, tal vez mas sólida. Es la ciudad de Herrera y de Murillo.

Hay en ella dos pueblos diferentes: la ciudad y Triana, que une un puente de barcas. Quédese Triana con sus gitanos y sus *Esmeraldas*, con sus costumbres de ha seis siglos, para otro dia que te escriba, y ocupémonos hoy de lo que propiamente constituye la ciudad. Como en todos los pueblos cuya existencia se pierde allá en los siglos, encierra Sevilla dentro de unos mismos muros dos poblaciones distintas, la una de esa edad que fué, la otra que aun cuenta los dias de su vivir.

Si bien soy muy jóven, mis ojos no pueden menos de volverse á lo pasado. Hay en esos siglos que jamás volverán tantos recuerdos de grandeza que es preciso consagrarles algunas líneas.

En muy corto trecho se encuentran el *Alcázar*, la *Lonja* y la *Catedral*, principales monumentos que en Sevilla llaman la atencion. Tal vez la reunion en tan corto terreno sea emblema que nos muestra lo breve del tiempo de nuestro poderío. Sí, hubo un momento en que el sol no se ponia en los dominios españoles, hubo un dia en que fuimos los árbitros del destino de los pueblos. Pero ese tiempo pasára velozmente, y hoy solo nos quedan los edificios, páginas brillantes de nuestras glorias, contra los cuales se ha estrellado el torrente destructor del tiempo.

El *Alcázar*, obra de los árabes, manifiesta en lo poco que conserva de su primitivo ser, esa imaginacion oriental, esa riqueza en todos sus adornos, hija solo de los pueblos del mediodia. Reedificólo el rey D. Pedro, y necesariamente tiene que resentirse del estado de ignorancia en que se encontraban en aquellos dias las naciones del Occidente. Los hombres del siglo actual quisieron enmendar esta falta, é incapaces de producir nada, nos quisieron quitar hasta la memoria de nuestros antiguos y santos monumentos. Han blanqueado la fachada, y han puesto un letrero que dice: «*Reedificóse en* 1810.»

A un lado, y entre la yerba y musgo que la rodea, se eleva majestuosa la *casa-Lonja*. Allí está, para recordarnos que fuimos los que descubrimos y conquistamos un nuevo mundo; allí está, para mostrar á la raquítica generacion del dia, lo que pudo el genio de los españoles en los reinados de Carlos y de Felipe.

Hay recuerdos que si halagan el orgullo de los pueblos, asesinan tambien á los que aun tienen sentimiento en sus corazones. El mio necesitaba un consuelo, y fuí á buscarlo al templo del Señor. El torrente de las revoluciones ha dejado tambien en él impresa su destructora huella... ¿Donde están sus innumerables lámparas de plata...? ¿dónde la multitud que acudia con la fé y esperanza en el corazon á entonar cánticos al Dios de nuestros padres? Desiertas y silenciosas recorrí las inmensas naves sostenidas por cien columnas. Aun quedan algunos restos salvados del naufragio: aun se encuentra allí la tumba de Fernando, aun se ven al reflejo de los pintados cristales los cuadros de Murillo.

El crepúsculo de la tarde iba á apagar su última luz, y preciso me fue abandonar el templo. Solo pasé por bajo de la Giralda, y despues de haber lanzado una mirada á ese angel que le sirve de corona y que se pierde entre la neblina, entré en un laberinto de callejuelas contiguas á la catedral. Habitado en su mayor parte este cuartel de la ciudad por los canónigos y demas dependientes de la iglesia, manifestaba ese mismo silencio que habia notado en el templo. Ya la noche cubria la tierra con su manto, y ni una estrella se veia en el cielo. Los faroles ó no se encienden en calles por donde nadie transita, ó no les habia llegado aun su hora.

Llena mi alma de recuerdos, se perdia en el laberinto de los siglos. Tal vez en el sitio en que estaban mis pies estuvo parado el cantor de la batalla de Lepanto; tal vez Rioja al retirarse de los maitines de la catedral tuvo el primer pensamiento de su epístola á Fabio.

¡Y todo ya pasó! veloz el tiempo
Entre sus pliegues nuestras glorias lleva...,

Un grito de «*quien vá?*» vino á sacarme de mi extasis. Era un amante que esperaba á la reja de su amada. Enemigo, como soy, de estorbar á nadie, apresuré el paso, pasando y cruzando callejuelas. En la esquina de una de ellas miré un busto colocado en una especie de nicho. Tal vez, dige, será la estátua de Murillo. Pero el busto, en vez de corona de laurel tenia una diadema, en vez de pincel sus manos sostenian un cetro. Era la imagen de D. Pedro el Cruel.

Recordando mi primera idea, quise buscar la estátua de Murillo; y en vano me fatigué. Murillo en Sevilla no tiene el mas pequeño monumento. Los hombres del siglo XIX, del siglo de la ilustracion y de las luces no han levantado un recuerdo á su memoria. Han hecho bien: le sobra su nombre para su eterna gloria (1).

Sin guia, sin direccion, sin fin alguno, atravesando calles y cruzando plazas, me ví en la de *San Francisco*. Esta es la línea divisoria que separa la ciudad vieja de la nueva. Tambien sus edificios llevan impreso el sello

(1) A mediados del verano se creó una comision presidida por un artista conocido en Sevilla por sus talentos, que antes de proceder a la instalacion de un museo se ha encargado de la ereccion de un monumento a la memoria del pintor español.

del siglo en que vivimos, de este siglo fascinador. Las *cancelas*, los patios y jardines, iluminados por multitud de luces nos mienten mil ilusiones; deslumbran la vista, sin dejar huella en el corazon.

Arrastrado por la multitud me llevó esta á la *plaza del Duque*. Allí hacinado un gentio inmenso, flota de un lado al otro, cual se mecen las olas del agitado mar. Pero yo me ahogaba, mi corazon necesitaba una atmósfera mas ancha donde poder respirar libremente. No lejos se halla la *Alameda vieja*; allí está sola y abandonada, habiendo sido un dia el único paseo de Sevilla. A un estremo se ve la inquisicion medio arruinada.

Llena mi alma de tan diferentes sensaciones, rendido de cansancio me retiré á casa. Bullian en mi mente multitud de ideas, y mi alma se perdia en el recuerdo del tiempo que ya fue. Un nuevo sol, brillante cual el sol de Andalucia, volvió á lucir y pude ver claro. Sevilla, dige, crece por momentos en poblacion y en riquezas; ¿será el último suspiro de un moribundo?—No; yo tengo una esperanza, yo oigo en mi corazon una voz que me dice que no está lejos el dia en el que alumbre para Sevilla y para toda España un sol radiante. Vendrá un tiempo en que nuestra patria, recordando lo que fue, vuelva por su olvidado nombre. Entonces la lira de los Herreras y Leones volverá á entonar cánticos de alabanza al Dios de nuestros padres.

DIEGO COELLO Y QUESADA.

MANUEL EL RAYO.

NOVELA DE COSTUMBRES (1).

III.

Saliendo de Rota en direccion de San Lucar, se descubre una de las campiñas mas risueñas y fértiles de España. Por un lado se mira todo el pais cubierto de hermosos olivares, y por otro, y en los sitios escabrosos, se cultiva la viña que produce el esquisito vino conocido en toda Europa con el nombre de *Tintilla de Rota*. Mas adelante la campiña es aun mas varia; desaparece la vid, el pino sucede al olivar, y altas montañas divididas entre sí por torrentes impetuosos, cortadas en picos elevados é incultos, cuyas blanquecinas cabezas se confunden á veces con las nubes, desafian al recio impulso de los huracanes, é inspiran siempre al viagero colocado á su pie aquel silencioso pavor de que todo hombre se vé poseido ante los magníficos cuadros de la naturaleza.

En las gargantas de estas montañas deshabitadas, es donde anidan los mas temibles bandoleros, y todo al rededor es lúgubre y sombrío aun en las riveras del mar donde aquellas van declinando y dividiéndose en varias grietas, efecto de la accion incesante de las aguas. Esta última circunstancia es aun mas sensible en cierto sitio, en que la mar, entrando en una estrecha y profunda garganta, presenta una ensenada segura y apacible, aunque tan pequeña, que apenas pueden fondear en ella tres ó cuatro embarcaciones á la vez; por uno de los costados la enorme roca, elevandose como una inmensa muralla mas de 150 pies sobre el nivel del mar, ofrece á la vista un segundo cuerpo en su parte superior, como si la masa que le forma hubiese sido de intento colocada allí por la mano del artista, y entre el primero y segundo cuerpo, un gran pico de roca seco y descarnado se adelanta hácia las aguas por largo espacio, presentando a cierta distancia el aspecto de un brazo gigantesco. Esta estraña singularidad es la que ha hecho que los contrabandistas hayan dado á aquella roca el nombre de *La gran fantasma*, cuyo título confirma todo el que la ve desde el mar.

La pequeña bahia que se encuentra al pie de aquel imponente coloso no es otra que *la ensenada de la Salud*, como ya habrá adivinado el lector, la misma en donde debe verificarse el desembarco del cargamento cuya defensa habia sido confiada a Antonio.

El 22 de setiembre á las 8 de la noche todas las gentes que Manuel habia tomado a sueldo se encontraban reunidas hasta en número de 60 en la ensenada de la Salud. Ninguno habia faltado á la consigna; y sobre todos los puntos culminantes de las colinas que la rodean se veian acechos armados de todo punto, con órden de hacer fuego á toda figura humana que no respondiese a la seña. El grueso de la compañia, escondido en una grieta de las rocas, debia acudir al primer punto amenazado en donde fuese necesaria su presencia, y Manuel, subido en la cima de la gran fantasma, armado con sus cuatro pistolas, de pie, y apoyando la espalda en la cabeza del gigante granítico, dominaba desde allí hasta una inmensa estension de tierra y mar. No lejos de él Francisco Muñoz, uno de sus hombres de mas confianza, paseaba á guisa de centinela por los senderos mas escabrosos de la montaña. Un silencio terrible reinaba en su alrededor, y el mar, apenas rizado por una ligera brisa, no dejaba escuchar mas que el monotono balance de las olas que llegaban perezosamente a besar el pie de la montaña.

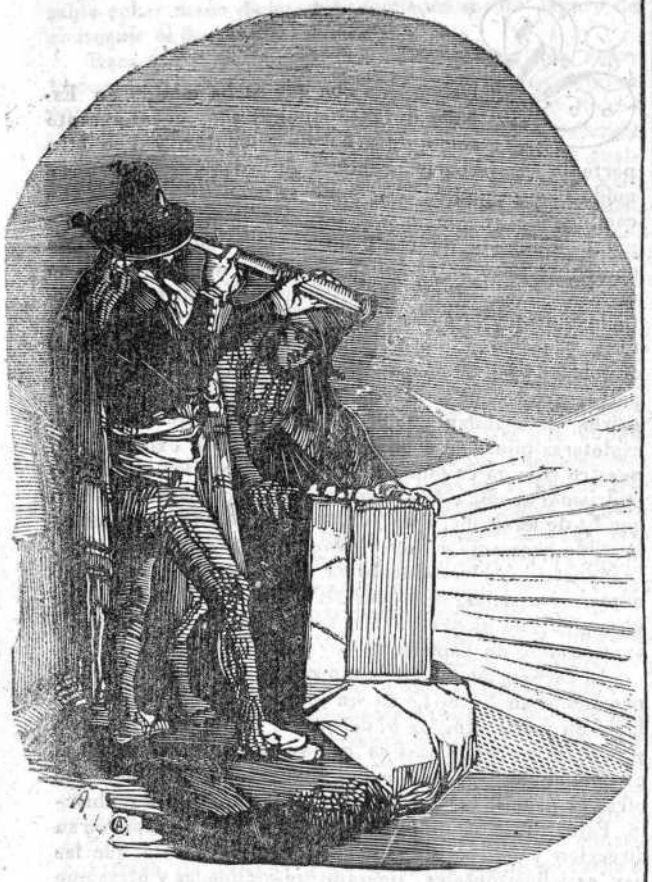
Nuestro contrabandista con su anteojo de noche consultaba el horizonte, pero nada se alcanzaba á ver sobre la superficie de las aguas en el inmenso semicírculo que abrazaban sus miradas, y ya habria pasado una hora en esta silenciosa ansiedad, cuando Francisco observó que el anteojo del contrabandista no saltaba ya de un punto á otro, sino que estaba fijo hácia uno determinado, que. á juzgar por la altura del instrumento, debia divisarse bastante lejano. De repente Manuel sin perder de vista el objeto que llamaba su atencion, —«Haz una señal,» le dijo á Muñoz en voz baja.—¿En qué direccion? contestó este.—Un poco á la derecha de la farola de Cadiz. —Francisco abrió entonces una linterna sorda de tres pies de alta, y dejó ver una luz clara y vivísima por el reverbero interior de la linterna, mas disparada solamente en un estrecho círculo, en direccion del cual se presumia estar el objeto que habia visto Manuel.

Despues de un cuarto de hora de silencio,—«Todavía nada» (dijo Manuel con impaciencia), «y sin embargo á estas horas debería estar Antonio á lo menos á la altura de la farola.»—Continuó volviendo á dirigir el anteojo hácia aquel punto del horizonte. Algunos minutos despues de pronunciadas estas palabras:—«Muñoz, Muñoz, dijo con alegria, ¿no ves alla abajo la respuesta á la señal?—

Un pequeño punto luminoso casi imperceptible distinguíase en efecto, aunque solo con la ayuda del anteojo, como anegado en una espesa niebla en medio del horizonte.—«Haz la segunda señal,» dijo el contrabandista. —Muñoz hizo brillar por tres veces una masa de luz que aparecia y desaparecia con la rapidez del relámpago, efecto de cierta cantidad de pólvora colocada en un foso de la montaña. Manuel guardaba silencio.—«Sea enhora-

(1) Véanse las dos entregas anteriores del Semanario.

buena,» dijo en fin; hé aquí la respuesta de la goleta á la segunda señal.... ¡Perezosa!... Bien sabia yo que vendria á la cita!... añadió con la espresion del amor propio satisfecho.—Muñoz, preven nuestra gente, y toca la bocina.»



Y en el mismo instante un sonido particular, agudo y monotono interrumpió el silencio de aquellos sitios. El eco de las montañas repitió por intervalos este sonido, y todo volvió despues á quedar en silencio.

—« La brisa empieza á refrescar.... La mar está buena. Podrán estar aquí dentro de una hora (dijo el contrabandista estendiendo su manta sobre lo escarpado de la montaña.) Haz centinela, Muñoz, que voy á descansar un instante.»—Diciendo esto encendió su cigarro y se tendió boca arriba en el límite de la montaña con las piernas colgando hácia el abismo.

Hacia ya media hora que estaba en esta posicion, y Muñoz continuaba haciendo reflejar su linternon hácia la goleta que debia acercarse al abrigo de aquel faro accidental. Todo era silencio en torno de ambos, cuando de repente un ligero rumor como si fuera producido por el paso rápido de un hombre, se dejó escuchar á alguna distancia; el contrabandista se puso en pie de un salto, y él y Muñoz prepararon sus escopetas, la mano en el gatillo, el oido atento, conteniendo la respiracion, y en este acecho permanecieron inmóbiles procurando penetrar con su vista las sombras de la noche; pero en vano; porque nada que se moviese llegó á fijar sus miradas.—« Esto habrá sido sin duda, dijo Manuel en voz baja, alguna bestia feroz que se habrá precipitado allá al fondo: no importa, bueno es estar con cuidado. Acuérdome que una noche á esta misma hora un ruido semejante al que acabamos de oir, me llamó de repente la atencion. Estaba solo, y dirijí mi vista á todos lados hasta que allí á la derecha, al otro lado del torrente, por bajo de esa roca que negrea allí mas, noté algo que se movia, armé mi escopeta é hice fuego.... algunos gritos lastimeros vinieron al instante á penetrar mis oidos, pero el peligro habia pasado, porque los gritos salian del precipicio: al dia siguiente distinguí mutilado y hecho pedazos por la caida el cuerpo de un espion de la costa.—

Apenas habia Manuel acabado estas palabras, cuando otro ruido aun mas extraño vino á interrumpir su misteriosa conversacion. Un cañonazo disparado á lo largo del mar, y en la direccion de la ruta de la goleta, hizo temblar la base de la gran fantasma. Manuel tomó precipitadamente su anteojo, y enfilándole hácia el lado del horizonte de donde habia partido la explosion.... ¡Cara.... amba....! gritó con furor, pronunciando una de las interjeciones tan frecuentes en esta clase de hombres — ¿Qué has visto? dijo Muñoz con interés. — ¡Por el diablo que me lleve, dijo el contrabandista, creo que es el brik guardacostas que avanza á toda vela contra la goleta, y amenaza atacarla....! —

La vista perspicaz del contrabandista no se habia engañado; era el *Veloz* de la marina real, que siguiendo el aviso que le daba la torre de Tavira en Cádiz, señalándole un buque que segun maniobra sospechosa parecia contrabandista, habia salido al mar, y se encontraba, favorecido por la marea baja, muy cerca de la goleta.

Manuel parecia fuertemente agitado, aunque afectando serenidad, y dejábase adivinar en él la ansiedad en que le tenia el resultado del lance, que sin duda iba á empeñarse. Ayudado de su anteojo expiaba con atencion todos los movimientos de ambas embarcaciones, aunque á veces la obscuridad las ocultaba á sus pesquisas; un silencio de algunos minutos habia sucedido al primer cañonazo; escuchóse en seguida el segundo, despues el tercero, y otro, y otro, y otro: luego, en fin, y durante un cuarto de hora un prolongado fuego de mosquetería, infinidad de fogonazos al través de una densa nube de humo, un ruido imponente y terrible prolongándose magestuosamente entre las ondas, y que repetian á lo lejos las altas montañas de la costa como el eco del trueno en una horrorosa tempestad.... De allí á poco todo quedó en silencio y completa obscuridad.

El contrabandista paseaba siempre a lo lejos su mirada sombría y amenazadora. Muñoz no osaba ya dirigirle la palabra, y solo con la muda y atenta observacion de sus movimientos procuraba adivinar el desenlace de aquella importante lucha: una sola palabra, apenas pronunciada, se escapa de la boca de Manuel. — « Nada » — y esta palabra con su brevedad desesperadora no era otra cosa que una duda mas, susceptible de cualquiera interpretacion. De repente, en fin, y como herido de una súbita aparicion—« se ha salvado, se ha salvado», — grita Manuel desde arriba con tal voz, que pudo ser escuchada por el grueso de la compañía que acampaba al pie de la montaña. Momento semejante a aquel en que el vigia de una embarcacion, colocado en el palo mayor, deja escuchar a la tripulacion aquellas palabras mágicas de *tierra, tierra.*

— « Toca la llegada, y enciende los fuegos de guia», añadió el dichoso Manuel. — Al instante Muñoz hizo oir el agudo sonido de la corneta: un confuso movimiento se escuchó a los pies de la gran fantasma; inmensas fogueradas de ramas secas alumbraron en un instante la estrecha entrada de la Ensenada de la salud, y permitieron distinguir hasta medio centenar de hombres, todos

armados y formados en pie sobre la rivera; el linternon, que hacia dos horas ardia en la cima de la montaña, quedó instantáneamente apagado; el contrabandista Manuel apareció enmedio de su tropa, y mandando el silencio tomó la bocina, y dirigió a los de la goleta estas palabras.

—¡Ola! Compañeros, ¿quién vive? — «Nuestra señora del Carmen», — respondieron los de la embarcacion.—

—«Sea ante todas cosas bendito y alabado el Santísimo Sacramento del altar», (dijo el contrabandista volviéndose á los suyos, y santiguandose humildemente).—«Por siempre sea alabado», respondieron los otros con gravedad, y pusieron las armas en pabellones.

Un cuarto de hora se habria pasado, cuando una pequeña embarcacion, rotos los palos agugereada por todas partes, y con cuatro hombres muertos y siete heridos sobre el puente, entraba en la ensenada de la Salud. Era la goleta del contrabandista Antonio.

Atracada que fué a la costa — «Dios os guarde, hijos mios», dijo Manuel con una voz grave: — «y a V. tambien, nuestro amo», respondieron los hombres de abordo; y despues ni una palabra mas, ni otro movimiento que el de trescientos brazos ocupados en descargar el buque en medio del mas absoluto silencio, solo interrumpido por los chirridos de las poleas que ayudaban a levantar los fardos. Todas aquellas sombras se agitaban sobre las rocas en el seno de la mas completa obscuridad, y únicamente de vez en cuando solian aparecer aca y aculla algunas lucecillas de varias linternas, a quienes lo espeso de la niebla no permitia estender su claridad mas que a un estrecho semicírculo.

Antonio y Manuel permanecieron un momento abrazados hasta que retirándose a un lado: — Estoy contento de tí, dijo este a aquel con una expresion de ternura. ¿Estabais muy lejos cuando el brik ha disparado la andanada? — Dos leguas largas. — ¿Y le habeis tratado bien? — Cerca de un cuarto de hora le han dominado mis fuegos. — Y él por consecuencia tambien os habra hecho gran daño? — Cuando ha podido virar de bordo y utilizar todas sus piezas, ya habia perdido el palo mayor, y la mitad de su tripulacion yacia muerta en el entrepuente. — ¡Y sin embargo, dijo Manuel, tenia doble gente y artillería, y hubiera podido abrasar a mi pobre goleta! — La última abordada es la única que nos ha causado las pérdidas y averías que podras ver. — ¿Y luego? — ¡Luego! ¿qué habian de hacer? huir como unas gallinas. — ¡Bien por Antonio! gritó Manuel, ¡bravo! desde este dia te tengo por todo un contrabandista. — Siempre seré digno de este título, y..... de la mano de Casilda, dijo Antonio mirando fijamente a Manuel. — ¿De mi hija? contestó este con un movimiento extraño, que no se ocultó a los ojos penetrantes del jóven. — Sí por cierto.... ¿acaso habras mudado de intencion? dijo Antonio con abatimiento. — Nada de eso, replicó Manuel, y antes bien es posible que no espere para uniros al término que habia fijado — ¡Qué dices!, esclamó Antonio lleno de alegría. — Digo la verdad, contestó Manuel procurando reprimir un suspiro. — Acaso sera?... Despues hablaremos, le interrumpió el padre de Casilda. — Y dicho esto se alejó, como atormentado por un vago presentimiento de la desgracia que acaso le amenazaba, y sin poder apartar su imaginacion de aquel pañizuelo blanco que habia visto suspenso en las rejas de su hija.

Antonio entre tanto, lleno el corazon de ilusiones y de esperanzas, saboreaba las últimas palabras de Manuel, que parecian asegurarle el cercano término de sus deseos.

ESTUDIOS CIENTÍFICOS.

MINAS DE CARBON DE PIEDRA.

El abandono con que se ha mirado en España durante muchos años el interesante ramo de arbolado y montes, y por otra parte la legislacion y practicas absurdas que se han seguido en este punto, hacen que se conozca ya la falta de combustible, y que su precio vaya aumentandase con rapidez. En vista de estos antecedentes no dudamos que dentro de poco se realizara el cuadro aterrador que la mano maestra del sabio y distinguido agronomo D. Antonio Sandalio de Arias ha trazado al hablar de esta materia. Considerando el mal que nos amenaza, y viendo que el gobierno no se ocupa del remedio, imposible de otra parte, puesto que se necesitan muchos años para conseguirlo, naturalmente se ocurre la idea de que pudieran esplotarse minas de carbon de piedra, cuya existencia en nuestro pais no es dudosa. Obtenido este artículo, no solo podriamos acudir a la escasez de leña y carbon de madera que ha de aflijirnos, sino que tendriamos ademas el combustible necesario y mas a propósito para maquinas que la industria ha introducido ya en nuestro suelo, y cuyo número ira siendo mas considerable a medida que la paz y un gobierno protector de los intereses materiales vayan arraigandose en España.

El carbon de piedra, cuyo uso esta hoy dia muy generalizado en Europa, es un producto natural que se halla en venas situadas a diferentes profundidades de la superficie terrestre; asi es que se encuentra a veces el carbon en las primeras capas del terreno, al paso que otras es preciso bajar a trescientas toesas para descubrirlo. Estas venas se diferencian mucho unas de otras en su direccion y estructura; en su direccion, puesto que las hay casi horizontales, ligeramente inclinadas y otras que se aproximan a la vertical; en su estructura, porque unas son anchas y poco elevadas, y otras por el contrario estrechas y de grande altura. A medida que van esplotandose unas y otras se abren galerías que siryen para transportar el carbon desde el parage donde se estrae de la vena hasta el punto donde se carga, como despues veremos.

Las marcas de pescados y vegetales que se encuentran en el carbon, y particularmente la figura gigantesca de una especie particular de plantas que rara vez deja de hallarse, dan una idea exacta acerca de la naturaleza de este producto, el cual se ha formado a no dudarlo ó por una gran combustion verificada a poca distancia de la superficie horizontal, ó por la inmersion de una cantidad prodigiosa de plantas y objetos combustibles, que las diferentes revoluciones y trastornos acaecidos en el globo durante los primeros siglos han hecho descender a una gran profundidad. Esta es la manera mas convincente de probar semejante hecho, puesto que vemos, que cuando se quiera sumergir la madera con animo de que permanezca mucho tiempo debajo del agua (segun se verifica en la construccion de puentes y obras hidraulicas) se carbonizan los estremos que han de entrar en el fondo del rio, con lo cual se conservan indefinidamente.

El proceder que se emplea para buscar el carbon de piedra, es conforme a las observaciones geológicas que se han hecho ya en las minas esplotadas; y es probable

que se haya debido a la casualidad el encontrar las primeras minas.

Aunque la disposicion de las diferentes capas bajo las cuales se halla el combustible sea por lo general la misma, es sin embargo imposible conocerla con exactitud cuando la vena está a una gran profundidad, con solo examinar las capas superiores. Por lo tanto es indispensable echar mano de la sonda como un medio seguro de conseguir el descubrimiento.

Rara vez se encuentra en un parage una sola vena, lo comun es que haya otras varias paralelas casi siempre entre sí; por manera que cuando se halla una en direccion horizontal, se esta moralmente seguro de descubrir otras al rededor que tengan la misma inclinacion; é igualmente, si la direccion de la primera que se halla es vertical, las demas que se vayan descubriendo en sus inmediaciones iran casi infaliblemente en el mismo sentido. En ambos casos es facil encontrar varias venas una vez descubierta la primera; y hay mineros tan prácticos en este conocimiento, que sabiendo donde esta la primera vena, señalan con la mayor exactitud el parage donde es preciso cabar para encontrar las restantes.

Sucede a veces con frecuencia, que despues de haber seguido algun tiempo la vena una misma direccion, se halla una cantidad considerable de piedras que impide estraer el combustible. Ordinariamente basta separar este estorbo para volver a descubrir la vena en el mismo sentido, pero en otras ocasiones es preciso cabar durante algun tiempo hasta que viene a aparecer la vena mas arriba, mas abajo, a derecha ó á izquierda. Tambien tienen mucha practica los mineros para encontrar las venas interrumpidas por semejante accidente.

La esplotacion de las minas de carbon de piedra se verifica abriendo primeramente en tierra un pozo ancho de figura exagona, y cuando la profundidad es considerable, y la masa de combustible de alguna importancia, se coloca una maquina de vapor para subir y bajar unos grandes toneles ó cubos que se cargan de carbon al pie del pozo en el parage adonde van a parar todas las galerías subterraneas. Hay unos muchachos que llevan en carretillas el carbon desde el parage en que los mineros lo estraen de la vena hasta el punto donde se carga en los cubos para que lo suba la maquina; cuando las galerías son suficientemente anchas, lo cual sucede siempre que las venas lo son considerablemente, se emplean caballerías para hacer este servicio; y como seria muy peligroso no apuntalar la escavacion, y por otra parte costaria mucho hacerlo con pies derechos de madera, segun se practica en las venas que tienen poca anchura, se deja de cuando en cuando un machon ó pilar del mismo carbon, lo cual es suficiente para impedir los hundimientos, y que se trabaje con seguridad.

Una de las cosas mas dificiles que hay que hacer en la esplotacion de las minas, y para la cual se necesitan conocimientos especiales y facultativos, es introducir el aire atmosférico en las galerías subterráneas, a fin de estraer los gases deletéreos que se desprenden constantemente, sin lo cual se asfixiarian los trabajadores. Para conseguirlo se establece a todo lo largo de las galerías una série ó continuacion de tubos que van a desembocar al parage en que se recoge la ceniza de un horno preparado al efecto. Por medio de estos tubos se conserva en los pozos de estraccion y en las galerías una corriente de aire que a veces es preciso disminuir. Sin embargo, hay venas que contienen tal abundancia de gas hidrógeno, que las galerías se llenan instantáneamente; el humo que despiden los trabajadores comunica el fuego a este gas sobremanera inflamable, y se verifica una terrible esplosion que hace perecer con frecuencia a todos los peones que hay en la galería. Para evitar este funesto accidente, que ha sido causa de que se abandonen ricas minas despues de haber hecho grandes trabajos y desembolsos, ha inventado Mr. Davy (uno de los sábios a quien deben mas las ciencias físicas y matemáticas), una lámpara ó linterna de seguridad, a la cual se ha dado el nombre de su autor, y que ha salvado a estas horas la vida de infinitos trabajadores,

Conociendo, pues, Mr. Davy el esperimento físico de que una llama no penetra al través de una tela metálica cuando las mallas son muy pequeñas y espesas (de lo cual puede cualquiera convencerse tomando una vela y un pedazo de tela de esta especie), discurrió encerrar dentro de una tela metálica de mallas muy finas la luz que por precision deben llevar todos los mineros. De este modo, cuando se desprende el gas hidrógeno en las galerías, entra en las lámparas por los espacios que dejan las mallas y se inflama allí dentro; pero en virtud de la propiedad de que hemos hablado, no puede comunicarse el fuego a lo esterior, a no ser que el minero inadvertidamente deje prolongar la inflamacion el tiempo suficiente para que el hilo metálico se ponga rojo. Cuando llega este caso, basta apagar la lámpara ó colocarla simplemente en la parte mas baja de la galería, porque el gas hidrógeno como mas ligero está siempre en la parte superior. Las lámparas están hechas de manera que sin necesidad de abrirlas puede el minero sacar la mecha para dar mas luz y aun despabilarla.

En algunos pozos de carbon ha ocurrido un accidente que aunque no es tan peligroso para las personas que trabajan, puede sin embargo ocasionar la pérdida de la mina; este accidente es la inflamacion espontánea del carbon mismo.

Se han visto con frecuencia algunos montones colocados al aire libre calentarse lo suficiente para determinar la inflamacion de los gases que se desprenden y del carbon mismo. En las minas de Saint-Etienne (Francia) sucedió una parecida el año de 1832; el fuego se apoderó espontáneamente de una rica vena, y fue imposible apagarlo. Y á fin de que no se arruinase enteramente la esplotacion, se aisló por medio de galerías bien anchas la parte encendida, y se la rodeó de gruesas paredes de fábrica con objeto de interceptar la comunicacion del aire esterior con el resto de la mina. Es probable que el fuego se apagase con esta precaucion; lo cierto es que ha seguido esplotándose la misma vena.

Pero todavía no se conoce un medio completamente eficaz para evitar otro accidente mas funesto aun, como es la inundacion a que están espuestas las minas. Con la idea de prevenir este contratiempo en lo posible, á medida que se abre el pozo se van colocando al rededor piezas de madera en figura de arco apoyadas unas contra otras, y bien calefateadas sus junturas. Pero no obstante esta precaucion, el agua se abre paso, cae en el fondo de los pozos, y los llenaría al fin sino se tuviese cuidado de estraerla contínuamente. A este fin se prolongan los pozos por mas abajo de las galerías de esplotacion, y se dispone todo en términos que las aguas vayan a parar naturalmente a un mismo sitio, donde se establece un sistema de bombas movidas por una máquina de vapor de una fuerza consiederable, la cual trabaja constantemente dia y noche para que el depósito esté siempre vacío.

Hay otras minas en que se colocan varias máquinas para estraer el agua a corta distancia unas de otras, en cuyo caso se hacen pozos particulares, donde se recojen las aguas de los diferentes pozos de estraccion por medio

de un sistema de galerías subterráneas bien entendido.

Los trabajos que se ejecutan en las minas, por vasta que sea la esplotacion, no presentan en la superficie del terreno mas que un pozo generalmente de la misma anchura, y las máquinas de vapor que se emplean en estraer el carbon y el agua de las inundaciones. Para ver, pues, las galerías es preciso bajar a los pozos, cuya descension se hace en los cubos mismos que sirven para estraer el combustible. Como a unos diez ó doce pasos distante de tierra, si es la primera vez que se baja, comienza a sentirse una especie de desvanecimiento que dura algun rato, pero que desaparece generalmente al llegar al fondo. Los trabajos subterráneos que allí hay se reducen a galerías mas ó menos anchas y dilatadas, donde reina una oscuridad profunda, por cuyo motivo se camina siempre con una luz en la mano. Las bóvedas que se atraviesan están guarnecidas de unas paredes hechas con una especie de piedra que se encuentra en la misma mina en seguida del carbon. De cuando en cuando hay machones que se tiene cuidado de renovar cuando amenazan ruina; y a veces sucede que mientras se hace esta operacion hay hundimientos considerables y peligrosos.

La operacion de hacer saltar la mina se reduce a abrir con un pico bastante largo un agugero de tres ó cuatro pies de profundidad en la mina misma, cuyo trabajo debe ser sumamente penoso porque los hombres que lo ejecutan sudan en términos que despiden de su cuerpo un humo parecido al que se desprende del agua hirbiendo. Concluido el agugero se aplica pólvora como se hace ordinariamente en los barrenos de canteras, y salta la mina haciendo un ruido sordo ó apagado.

F. Merás.

POESIA.

LA CASCADA.

I.

¡Bien haya el dulce quejido
de la tórtola inocente,
á cuyo arrullo querido
responde con fiel jemido
la voz de su amor ausente!

¡Bien haya la brisa pura,
que el vuelo llevando ufana
hácia la selva cercana,
con suave acento murmura
el canto de la mañana!

En himnos mil de armonía
formais sublime concierto;
sin sus acordes sería,
cascada, tu melodía
el espanto del desierto.

Esa voz que en tu hondo seno
muje y la tierra conmueve,
¿quién á elevarla se atreve?
¿quién ha lanzado ese trueno
sobre tu espalda de nieve?

De fuente humilde nacida
que tus furores estraña,
vagaste un tiempo perdida
por la cumbre carcomida
de tu desnuda montaña:

Y cauces mil recorriendo,
prendada de su belleza,
acopiaste con presteza
y vertiste con estruendo
las perlas de su riqueza.

De entonces tu ardiente enojo
ni diques halló ni brio
que freno diese á su arrojo.
Altiva con el despojo,
conquista de tu alvedrío,

Te estrellas de roca en roca
sin que tu fuerza sucumba:
¡fuerza tenaz que derrumba
cuanto tu saña provoca
al báratro de tu tumba!

¿Cuál flor de puros colores
podrá contrastar osada
tus tumbos asoladores?....
Pues no respetas las flores,
adios, tremenda cascada.

II.

Vedla de lejos.—¡Cuán bella
entre torrentes de espuma
desprende su leve bruma
como su velo una estrella!
Al diáfano seno deja
sus tornasoles el dia,
y en cambiantes mil envia
el iris que los refleja.
Cuando sus ondas dilata
y entre peñascos se mece,
su inmensa mole parece
monstruosa sierpe de plata:
sierpe que recta camina
salvando escollos sin cuento,
cegados con el aliento
que de su boca fulmina.
Tiempo será que su frente
ceda á la ley del destino,
y que borre un torbellino
la huella de su corriente;
que ese monte audaz humano
con fácil planta nivele,
y lo que fue no revele
ni aun el musgo de un pantano.
En sus victorias vencida,
fingiendo ardor y recreo,
asi, burlando el deseo,
veloz nos deja la vida.
¡Oh esperanza! ¡oh sombra vana!....
Amad su risueño encanto,
los ojos negad al llanto,
mas nunca digais "mañana!"

Cayetano Rosell.

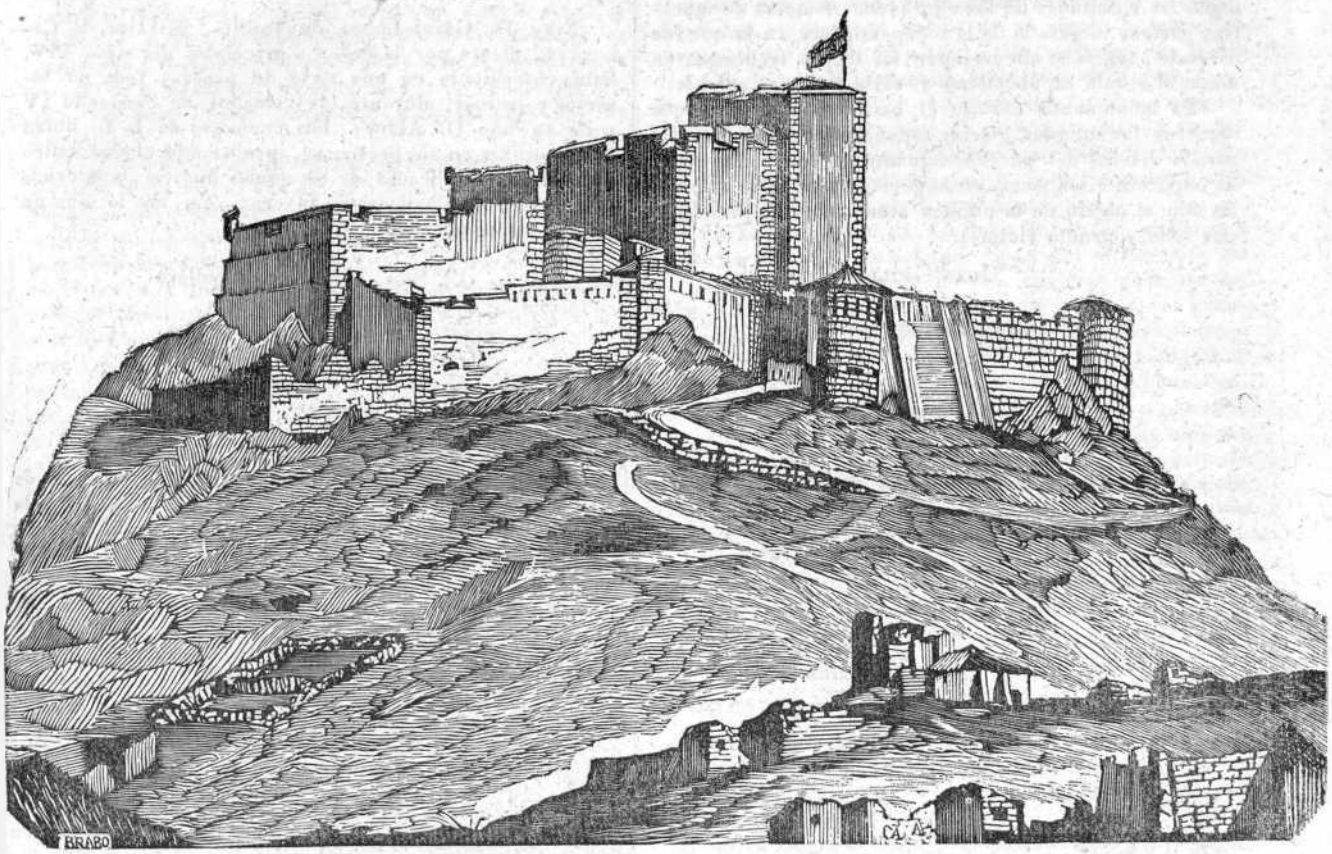
ADVERTENCIA.

Con la entrega de hoy se reparte el *Prospecto* de la segunda edicion del *Semanario*, que tenemos ofrecido al público, y cuya suscripcion queda abierta hoy 15 de marzo.

Habiéndose roto en la prensa el grabado nuevo que acompaña á dicho prospecto, los Señores suscriptores habrán de dispensar si todas las pruebas de este no han salido con la delicadeza que hubiéramos deseado.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.

ESPAÑA PINTORESCA.



EL CASTILLO DE SEGURA.

La vista del magestuoso castillo de Segura, con sus almenas y torreones, ofrece al curioso é ilustrado viajero que se aproxima á sus muros el recuerdo de aquellos tiempos en que los grandes españoles fundaron estos fuertes edificios, primero para contrarrestar heróicamente las violentas irrupciones de los moros, y despues para combatir, en peligrosas y largas contiendas, las demasias del poder ó los obstáculos de su ambicion.

Pocos podrán ser los monumentos de esta especie que quedan en España, que se conserven en el estado de firmeza del que nos ocupamos. Los siglos que pasaron rápidamente destruyendo las generaciones con su pasado curso, respetaron, al parecer, los duros cimientos de esta gloriosa fortaleza, donde se estrelló en los remotos tiempos el poder africano, y donde existieron posteriormente los valientes adalides que defendieron con brioso esfuerzo la libertad é independencia de su suelo. Al contemplar detenidamente en este viejo monumento la firmeza de sus muros, la resistencia de sus torreones, y la solidez de toda su obra, no puede menos de admirarse el observador curioso al recordar la antigüedad de su orígen, y entristecerse al mismo tiempo advirtiendo con que exceso las obras de los hombres sobreviven á la existencia de ellos. Fundador de este castillo un monarca piadoso y magnánimo que erigió sus cimientos sobre las desnudas rocas en que hoy se eleva, no dudó en afirmar que por su posicion *segura* seria el mas firme é inespugnable baluarte contra las violentas y traidoras tentativas de los enemigos de la fé y del pueblo cristiano. Efectivamente en él se detuvo el torrente impetuoso de sus conquistas, y desde entonces se denominó fortaleza *Segura*, la que como tal habia sido colocada y edificada en aquel sitio.

Domina con su magestuosa elevacion los cercanos y escarpados montes, los negros bosques, los estensos pinares y los ondos y silvestres valles por donde se estiende en retorcido curso el caudaloso rio Vevel. Al pie de esta escarpada eminencia existió el pueblo que tomó tambien el nombre de *Segura* por el de la célebre fortaleza

que le dominaba, y el cual, despues de sus largos años de existencia, fue envuelto en los dolorosos estragos de nuestra desgraciada guerra civil, y destruido de tal manera que apenas quedan en el dia en la falda de la montaña que le sirvió de abrigo ruinoso, vestigios de su antiguo ser y pasada prosperidad.

El castillo ha tenido muchas y diferentes alternativas, segun las vicisitudes de las épocas mas famosas de nuestras guerras inclusa la de la independencia, en la que fue ocupado, segun se afirma, por las tropas francesas, en razon al estado de abandono y olvido en que estaba.

Es monumento curioso el castillo de *Segura* que recuerda las antiguas glorias españolas y *seguro* baluarte para la defensa del pais. Antiguamente fue célebre por su importante influencia en la guerra, y en el dia tambien ha sido el objeto de la pública atencion, y el premio de una feliz y pronta victoria.

JUAN GUILLEN BUZARÁN.

CRÓNICA NACIONAL.

LA BATALLA DE LOS LLANOS DE BAENA.

Cuando ya el sol por las cumbres
Dora las humildes plantas,
De la sarracena gente
Oyen grita y algazara:
Apercíben sus caballos,
Que ya lo estaban de armas,
Y en buena guisa de hidalgos
Para sus contrarios marchan.

ROMANCERO GENERAL.

I.

Eclipsada la gloria del imperio muzlímico á mediados de la era de 1,300, subió al trono de Granada, por muerte de Ismail, el valeroso Mahomad, ó Muhamad, IV de este nombre. Dotado de un genio emprendedor, de una actividad incansable y de talentos militares nada comunes, su primer paso fue reprimir el ardor de los cristianos, guarneciendo las fronteras de su reino con fuerzas capaces de combatirlos y aun de vencerlos. Ninguna coyuntura mas favorable á sus miras ambiciosas, que la division y los bandos alzados en Castilla, durante la minoría de Alfonso XI. Los tutores, dueños sucesivamente de los resortes del gobierno, segun la fortuna en el combate ó en la corte favorecia sus secretos manejos, abusaban de la autoridad real á su antojo, ora compartiendo entre sí las riquezas y las mercedes, ora señalándose cada cual y rebelando las provincias que debian obedecerle. ¡Triste fruto de encontradas pasiones, en que el interés individual, sobreponiéndose á los deberes del hombre y del vasallo, quebranta los pactos de una fé jurada, y sacrifica al capricho las fortunas é intereses depositados en sus manos!

Turbulentos los ánimos de ambos partidos, en vano pretendian obrar de acuerdo contra el enemigo comun: en vano el poderoso auxilio de las órdenes militares arrostraba peligros en bien de la fé y prez de la monarquía. Las gloriosas jornadas de Martos, la toma de Tiscar y de Yllora, la entrada, que hiciera el infante D. Pedro en la vega, hasta tres leguas de la ciudad musulmana, y por último, la toma de varios castillos, entre otros, el de Riat ó Rute, debidas al heróico esfuerzo de tantos y tales caudillos, viéronse repentinamente malogradas por la funesta batalla de los llanos de Baena, de que nos proponemos hablar.

Frey D. Garci-Lopez de Padilla, Maestre de Calatrava, electo por la órden á principios del siglo XIV, habia acreditado en una série de proezas toda su bizarría y lealtad, durante los reinados de Fernando IV y de su hijo D. Alonso. Los enemigos de la fé huían despavoridos en su presencia, prefiriendo el encuentro con fuerzas duplicadas de las demas huestes, á la cruda guerra de los caballeros de la cruz. Asi nos lo dice un cantar de aquel tiempo:

Ay Dios, qué buen caballero
El Maestre de Calatrava;
Donde diz, que el moro dijo
»Reniego de tí, Mahoma,
»Y de tu secta malvada,
»Porque un fraile capilludo
»Meta la lanza en Granada.

No menos piadoso que guerrero, obtuvo Padilla de la Santa Sede gracias singularísimas, entre otras, la creacion de una nueva órden militar, dependiente de la suya, titulada de *Montesa*, y erigida en el castillo de este nombre, para defensa de los reinos de Valencia, Aragon y demas sus colindantes. Asimismo dió impulso y contribuyó á la ereccion de la de Cristo en Portugal, sujetándola en un todo á la regla y estatutos de Calatrava. Por último enlazó sábiamente la gloria de la religion con los intereses mutuos de aquellos institutos, en especial la esclarecida órden de Santiago, renovando y ampliando cierta antigua alianza entre sus caballeros, cuyos artículos consignaban la inviolabilidad de sus respectivos privilejios. «E si alguna otra órden »(decia el pacto) paz ficiere con los moros, tambien »por la otra órden, como por la suya, sea tenudo de lo »facer: é la otra órden, asi se esfuerze de le ayudar, que todos sean vistos por todas cosas, ser frailes de una órden.» Obligáronse tambien por los mismos tratados, á que, »si el rey ó sus tutores quisieren quebrantar los privile»gios, de cualquiera de estas órdenes, ó entremeterse en »las otras cosas de ellas contra sus usos y costumbres, »ó hacer algun otro agravio, se juntasen todas tres órdenes para suplicarle y requerirle no lo hiciese; y no »bastando esto, tomasen otro medio conveniente.»

Empero la discordia, avezada, á pesar de tantos esfuerzos, á introducir en los honrados pechos castellanos el tósigo que devoraba sus empresas, dió pavulo á la emulacion ardiente y despues al encono y envidia contra el invencible Maestre. Su misma rectitud, su nombre, acatado de amigos y enemigos, su indeclinable severidad en el premio ó en el castigo, fueron las armas de que el infierno se valió para mancillar su acrisolada virtud. Fernan Ruiz, clavero de la órden, ayudado de otros revoltosos y malos súbditos, habia provocado en 1301 un cisma en ella, rebelando varios castillos y pueblos de encomienda contra su señor legítimo; y suspendiendo por una eleccion arbitraria la autoridad de Padilla, le obligó á recurrir á la Silla Apostólica en queja de tales desafueros. El abad de Betania, á quien el pontífice cometió el juicio de los reos, reconociendo la inocencia del Maestre, condenó á sus detractores, y le re-

habilitó en sus cargos, en el capítulo general del Cister del año siguiente. Cedieron las pasiones á la voz de Dios y de la paz Pero el fuego ardia bajo la ceniza; y muy pronto veremos entronizada la maldad y la traicion.

II.

Las fronteras del reino de Granada ofrecian en 1318 un aspecto diferente que en los tres años anteriores. El valeroso Mahomad, ansiando vengar los agravios de los cristianos, y recobrar las perdidas villas de su imperio, se preparaba á invadir por puntos diferentes la parte meridional de la provincia de Córdoba, en cuya ciudad ardian los odios y las venganzas á la sombra de los partidos.

Si, para reprimir los escesos de los unos y catigar la perfidia de los otros, el ejército cruzado de Calatrava hubiera tomado á su cargo la guerra contra infieles, la posteridad consagraria un recuerdo ilustre á los que la promovieron y escitaron. D. Juan Nuñez del Prado, Clavero de la órden y dueño casi esclusivo de la voluntad del maestre, habia sacrificado su gratitud á la ambicion de sucederle en el mando. Empleando toda la influencia que con este gozaba en vencer sus prudentes razones; atizando en tanto la discordia y renovando antiguos ó casi apagados enconos, obtuvo, no sin repugnancia, el consentimiento de Padilla para aquella empresa. Las críticas circunstancias del pais, víctima de los bandos, el aumento progresivo de fuerzas en el reino musulman, la hermandad jurada recientemente entre las órdenes, y toda otra causa razonable, se hubo entonces de desatender.

Almagro, villa del señorío del maestre, fué destinada para punto de reunion de los caballeros; y muy luego lucidísimas huestes de la mas ilustre sangre española aprestaron sus armas y sus esfuerzos para combatir por la fé. La juventud, impaciente en adquirir laureles y renombre, entregaba su brazo á una muerte segura, sirviendo de instrumento á la traicion. En tanto no descuidábase el Clavero de lisonjear á sus afectos con promesas y dones, llegando el dia de su elevacion; y aquella discordia fatal, que imprimiera á la sazon en los ánimos una mezcla indefinible de pasiones y de entusiasmo, de fé y de inmoralidad, volvió á parecer de nuevo entre los esforzados campeones de la cruz

La vega de Granada invadida por ellos, despues de una memorable y victoriosa entrada por el fuerte de Muradál, y por las tierras de Ubeda y Baeza, fué muy en breve teatro de sus hazañas. Distinguíanse por su arrojo varios caballeros de la comitiva del Maestre, entre otros el alferez del pendon de la órden, Fernan Ruiz de Toledo. El espanto de los moros crecia, conforme se aproximaban los cruzados: El astuto Mahomad, concentrando en tanto numerosas fuerzas en la campiña de Córdoba, aparentaba ceder al bloqueo de los cristianos, presentándoles alguna débil resistencia, favorable á sus planes, hasta lograr el mas completo triunfo de su inesperta temeridad.

El pérfido Nuñez veía colmadas con brillante éxito las empresas concebidas para apoyo de la traicion: gozábase en silencio de igual suerte en sus planes revoltosos, cuyos primeros síntomas aparecerian muy luego concitando las rivalidades y los odios, disponiendo los ánimos al descontento, y atribuyendo á su ingrato orgullo el buen fruto de aquella jornada. Todo contribuia á favorecerle. Dispersas las haces moriscas al frente de las torres de la Alhambra, talados los campos y alquerías de la vega, entradas á saqueo sus villas y demolidas sus atalayas, dieron vuelta á sus hogares los caballeros de Calatrava, cargados de despojos. Engreíanse del propio esfuerzo, y sin oir mas voz que su antojo, ni mas canto que una presuntuosa alegria, censuraban el descontento de Padilla, calificando su prudencia de timidez y sus prevenciones, de desvarios, hijos de la decrepitud.

Libres de un riesgo aparente, salieron los cruzados del territorio Granadino, y al contemplar desde sus límites las torres y castillos de las encomiendas, cuya cruciza mole sobresalia en la verde campiña de Córdoba, aguijaban sus trotones, impacientes de llegar á Almagro, donde les esperaba en brazos de su deudo la justa recompensa del valor. El peligro, sin embargo, no habia desaparecido, y el veterano maestre, dócil hasta entonces á los consejos de sus capitanes, anunció al ejército la necesidad de variar de rumbo, tomando los ásperos senderos de las sierras que conducian dificilmente á aquel punto en vez de las fáciles y descubiertas llanuras de Baena, que se perdian ante sus ojos.

—Os hé escuchado yá, D. Juan Nuñez (dijo al Clavero el anciano maestre) y solo por vos y por el honor de mi brazo, seguidoos habia y dirijido vuestros pasos en las álgaras de la vega. Dios y el poder de la órden os libraron de la muerte, hijo mio; pero la muerte y la deshonra os aguardan allí si no me obedeceis. Encanecido en la guerra de infieles, avezado á los encuentros del enemigo, logré con la esperiencia el medir sus fuerzas y penetrar sus recursos. Mahomad cuenta con ellos; con la cimitarra de sus Valies, con tercios numerosos y con esas alturas, que al penetrar en la campiña, serán otros tantos baluartes, donde oprimidos é indefensos moriremos sin gloria y sin vencimiento. Precaver es la ciencia del caudillo; huir fuera mengua á nuestra fama. ¿Qué medio pues, nos resta? Uno solo tal vez. Doblar las montañas y herirlos dentro de su campo. Imbéciles los muzlimes bajo la espada del cristiano, sorprendidos y desconcertados en su fuga, llevarán la cobardía y la vergüenza hasta los muros de esa ciudad impía, ofreciendo á Mahoma por trofeos los miembros yertos de sus soldados. Y bien, mis caballeros, tal empresa para la fé, tal mandato de un señor y de un padre, serán tambien desoidos?... No os alucineis, y elegid: ó el honor y los triunfos, ó la muerte y las cadenas!...—

Inmóvil quedó el ejército al oir esta patética arenga: los treces y comendadores de la comitiva de Padilla seguidos de los mas veteranos capitanes, le prestaron sumision y juraron seguir sus banderas. La juventud, mas obstinada é imprudente, guardaba triste silencio, y el pérfido clavero con un puñado de ambiciosos resistia inobediente al soberano mandato. Persuasiones, ofertas y razonamientos inútiles, aumentando el peligro hasta hacerlo inminente, resolvieron al maestre á partir; pero ya era tarde. La enseña sanguinaria de los moros, precedida de un tropel innumerable de fantásticos soldados, avanzaba en buen órden hácia el escuadron de la cruz.—¡Piedad de nosotros!... murmuró el maestre, alzando sus ojos al cielo arrasados en lágrimas: y afirmándose luego en los estribos, enristra la lanza y abatida la cimera, arremetió con ímpetu á lo mas profundo de las masas infieles, seguido de sus caballeros, á quienes escitaba con el ejemplo y con la voz esclamando.... *Santiago... Santiago, cierra España*... Espantados los moros de tanta bravura, y cediendo poco á poco el terreno, aguijados siempre por el implacable Padilla, buscaron asilo en un fuerte escuadron de alárabes, situado á pié firme en las llanuras de Baena. Comienza de nuevo la lid y se encarniza; saltan los escudos en piezas y mézclanse confusamente los capacetes con los turbantes. La espada del maestre sembrando el desórden en las filas enemigas, es el rayo de la Divinidad, que venga sus ultrajes.... ¡Inútiles proezas!... El

:

valor cede al número, el héroe desfallece, y la flor de Castilla sucumbe al hierro homicida, despues de señalar con sangre los fastos de la gloria y de la religion.

(*Se concluirá*).

MAMUEL DE LA CORTE Y RUANO.

RECUERDOS DE VIAJE.

DE SEVILLA A CÓRDOBA.

1839.

Salí de Sevilla, sin tener el gusto de abrazarte, y al ver al lejos y acaso por última vez la hermosa capital del mediodia; al divisar esa Giralda descollando altanera por cima la vastísima alfombra de casas y torres que la cercan, cual descuellan las pirámides entre las elevadas palmeras del Ejipto; al advertir el curso tranquilo del Guadalquivir, todo bajo ese cielo tan puro y nacarado de la bella Andalucia, colorado por los primeros rayos del sol en el oriente, unido a tantas perdidas ilusiones, a tantos desvanecidos sueños de felicidad, la idea de abandonar acaso para siempre esa ciudad donde libre y feliz mi juventud voló, hizo asomar una lagrima a mis ojos.

Un instante despues solo guardaba mi alma un recuerdo. Sevilla habia desaparecido, y el Guadaira se deslizaba bañando los viejos y derruidos torreones, atalaya un tiempo de los moros, hoy recuerdos no mas para Alcalá de los Panaderos. Este lindísimo pueblo es un sitio real que la naturaleza ha colocado a dos leguas de esa ciudad, nacida para ser la reina de Andalucia.

Dos horas despues estabamos en Mairena, que a su feria debe un nombre que lleva con trabajo. ¿Te acuerdas de aquellos dias felices que pasamos juntos en dicho pueblo? Ya han desaparecido los rebaños, las tiendas para guarecerse de los ardores del estío, los pastores que venian a vender sus ovejas, los jitanos que traian los caballos, las inmensas vacadas que poblaban los estendidos llanos de esta comarca. Ya han desaparecido las bellas y los galanes que venian de Sevilla en soberbios y enjaezados alazanes. Hoy solo queda un monton de casas apiñadas, solas y abandonadas. ¡Ceñir a sus sienes una corona, recibir durante tres dias la adoracion y el tributo de todos los pueblos de la estendida España, y verse hoy sin cetro, sin diadema! ¿Y qué importa, si el año que viene volvera a ser reina?

Al anochecer llegamos a Carmona, antigua corte de reyezuelos moros. Allí se mira mostrando sus desmantelados muros, sus pardos torreones, manifestando en los despojos lo que fueron en el tiempo de sus glorias. Esta asentada en una elevada colina desde donde la vista alcanza un horizonte inmenso. Tambien tiene Carmona su parodia de Giralda, pero la torre de Carmona es a la de Sevilla lo que el vuelo del aguila a las aletadas del murciélago.

Desde esta antigua ciudad hasta la Luisiana solo se encuentra una venta miserable. La Luisiana es un lugarcito de cien vecinos, entre los que aun encuentra el viajero algunos de los primeros pobladores.

A dos leguas y media esta Ecija, sepultada en un hoyo, con su puente de Carlos III, con sus doradas estatuas, y sus vagos recuerdos perdidos en la noche de los siglos.

Ya no vuelve a encontrarse mas poblacion que la Carlota; y esto merced a que el hijo de Felipe V dirijió una mirada de proteccion a estas hermosas y casi desiertas provincias. No ha un siglo desde la vieja Carmona hasta la antigua Córdoba, en una estension de diez y ocho leguas, sola Ecija se ostentaba señora de aquellos estendidos llanos.

Parece incomprensible tamaña despoblacion en provincias tan feraces y bajo el cielo de la encantadora Andalucia. Preciso es achacarla al descubrimiento de un nuevo mundo, en pos del cual volaron los españoles abandonando el pais mas bello de la tierra; á las contiendas con los arabes; a la larga y desastrosa guerra de sucesion y acaso, mas que a nada, a la amortizacion de la propiedad.

Dormimos en la Carlota, pueblo lindísimo con su única calle de arboles y casas, con su humilde palacio, con sus serenos y alumbrado. Nada quiero decirte con respecto a las costumbres de estos pueblos. La Andalucia es muy conocida, y la índole de sus moradores demasiado marcada para no manifestarse a primera vista. Tal vez en estos pueblos, jóvenes hoy, se encuentra un recuerdo de las costumbres patriarcales; sera tal vez una ilusion de mi alma, pero he creido hallar mas sencillez que en otros pueblos de la baja Andalucia. Por lo demas, si quieres tradiciones, si buscas esa poesia que nace del corazon y de los encantos del suelo, corre a unirte conmigo, y recorreremos todos estos contornos.

El modesto palacio que hizo Carlos es hoy el local donde se reune el concejo-municipal. Allí se dan las boletas de alojado, y allí recibí la mia de mano de un jóven de quince años que, sabiendo leer y escribir menos mal que los demas del pueblo, ejerce la jurisdiccion administrativa.

Vendrá un tiempo en que los convoyes se hayan olvidado; hoy aun no ha llegado este instante. Antes una galera, un coche, contenia una familia; hoy un convoy es todo un pueblo que se mueve. Tal vez esto tendra sus inconvenientes, mas para mí tiene palpables ventajas. Por de pronto tienes sociedad, y yo creo que no envidias al hombre orígen del *pacto social*. En fin, en un pueblo encuentras todo. ¡Cuantos y cuantos amores habran devido su orígen a estas caravanas! Tienes a mas la casi seguridad de no ser robado, y si te saliera una partida, antes de hacerlo te enviaria al otro mundo, y ya ves que esto no deja de ser ventajoso. Al menos lo es en mi opinion, pues creo que nada hay tan terrible como vivir sin camisa en este siglo de la civilizacion y de las luces.

Al salir de la Carlota, y por espacio de mas de una legua, el camino que tu planta huella es el pais mas bello de la tierra. Casas blanquísimas con su cruz colorada hecha de tejas; otras color café con sus techumbres fabricadas de pieles como armiños; aquí un rebaño de ovejas triscando en las colinas; mas alla brioso alazan cordovés pastando en la llanura; todo esmaltado de flores que mece ese purísimo ambiente de Andalucia.

Con razon colocarón los antiguos en estas rejiones los Eliseos campos, y ahora y solo ahora conozco con cuanta razon nuestros poetas han llenado sus obras de idilios y canciones pastoriles. Si no he encontrado las bellas zagalas y las lindas pastoras de los pies de nieve y rosa, de las trenzas de oro, he hallado por do quiera una naturaleza rica, un suelo lleno de encantos y poesía, un pais donde el vivir es morar en el cielo.

Mas cual si la naturaleza quisiera ostentar su poderío, mostrándose a cada instante bajo distintas formas, engalanada con variados atavios, esta escena cambia bien pronto, y la vista no descubre por do quiera mas que desnudas cañadas, sin un arbol, sin una choza. Los pastores desaparecieron con sus rebaños, y la venta del *Mango negro* se mira señora de aquellos contornos. La situacion de esta, unida a su nombre, a las mil y mil tradiciones a que diera objeto, imprimen un aspecto verdaderamente fantastico a esta antigua guarida de bandidos.

Mas al trepar una colina, bien pronto se muda la escena, y nada son en comparacion de este golpe de vista las fatigas y peligros que lleva consigo el viajar en estos tiempos. Una inmensa llanura, mas alla Córdoba ceñida con una cinta de plata, Córdoba cercada de jardines, con sus desmantelados muros, y alla al lejos los altos montes de Sierra Morena con sus picos cubiertos de nieve, con sus sombríos olivares dó van a perderse los últimos reflejos de ese sol de fuego que alumbra la capital un tiempo de un imperio, la ciudad de mil y mil recuerdos.

Si despues de haber admirado las bellezas de la naturaléza, quieres ver las obras del hombre, mete espuelas a tu caballo, traspasa el puente, admirable construccion de hace once siglos, entra por una de las antiguas puertas de la ciudad, y sin pararte en nada, dirige tus pasos a la catedral-mezquita. Cuando hayas recorrido sus inmensas naves, cuando hayas contado sus cien y cien columnas, cuando hayas visto la sillería del coro, página cincelada donde esta escrita la historia de una religion santa, cuando hayas admirado tantas y tantas bellezas, aléjate sin mirar a su fachada. La verias tinta de sangre fresca española, salpicada de balas que hermanos asestaron al pecho de sus hermanos. En los muros de la ciudad de Almanzor hoy crece la palmera al lado de la yedra, hoy es escombros lo que ayer fuera el baluarte inexpugnable de la ciudad.

Al recorrer sus tristes y solitarias calles, al mirar tantos despojos hacinados por el tiempo, recordé los versos de nuestro poeta, que tantas veces te he oido repetir:

Estos, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora
Templos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Italica famosa....

¿Por ventura es menos infeliz la suerte de Córdoba? Acaso llorarías tambien cual yo lloré, y tus lagrimas se unirían a las aguas de ese rio, donde no encuentran una quilla, siendo testigo de sus glorias y desgracias. Lloraras, sí; porque si eres jóven y entusiasta, si leiste cuando niño ó te contaron despues de tantas y tantas glorias, el recuerdo de lo que fué, la triste realidad de hoy arrancara lagrimas a tus ojos.

Córdoba fué una de las primeras ciudades del mundo, y la primera en su siglo en cuanto a ilustracion, riqueza y poderío. Cuna de la civilizacion, lo fué tambien de la poesía, de esa poesía oriental llena de idealidad, hija de los arabes.

Si tú no eres de los que sacrifican en el altar de Apolo, si algo te se ha pegado del materialismo de este siglo, sino crees mas que en lo positivo (puesto que asi se llama lo que a los sentidos satisface) Córdoba tiene un nuevo título a tus recuerdos. Los arabes que en ella vivieran fueron los inventores de los números.

Mañana iremos al Carpio. Tuyo.

D. C. y Q.

MANUEL EL RAYO.

NOVELA DE COSTUMBRES (1).

IV.

Todo el cargamento de la goleta se hallaba ya amontonado en la playa, y Manuel daba las órdenes á la tripulacion para que, dándose á la vela, volviesen cuanto antes á guarecerse á la bahia de Gibraltar, estendiendo sus instrucciones al piloto para que á su llegada á aquella ciudad hiciese enterrar en lugar sagrado á los cuatro hombres muertos, y dispusiese la celebracion de una misa por el descanso de sus almas. Recomendó asimismo á su celo el mayor cuidado con los siete heridos que á duras penas podian ocultar sus dolores; concluidas que fueron estas prevenciones la embarcacion, desplegadas las velas, salia magestuosamente de la ensenada, cuando de repente y con no poca sorpresa de Antonio y de los demas circunstantes reunidos en torno del capataz, dejóse oir una voz sombria y sonora que le dirijió estas palabras.

—«¿Tienes valor, Manuel?»—

A esta brusca interpelacion el contrabandista hizo un movimiento de sorpresa, y todos los circunstantes, fijando la vista en él, esperaban la respuesta al atrevido incógnito, cuya repentina aparicion en aquellos lugares no acertaban á esplicar; hasta que al fin el contrabandista, como volviendo en sí y pasando su mano por la frente bañada de un frio sudor,

—Ah ¡eras tú Pedro! (dijo con una voz que dejaba adivinar la mas profunda conmocion).—Sí por cierto, respondió el viejo pescador.—Y qué vienes á decirme?—Una desgracia.—¿Qué es lo que oigo? Qué dices? que es lo que has visto? habla, responde, (interrumpió Manuel con el acento de la desesperacion).—Segun habias dispuesto, respondió Pedro con voz grave y serena, marché á tu casa... —Silencio,—dijo el contrabandista con imperio, y volviéndose luego hácia Antonio,—haz trasportar los fardos, le dijo, á la caverna de *los Cuervos* de la roca negra, y cuida de que el tabaco quede escondido bajo la arena: yo voy á hablar un instante con este hombre.

Y agarrando fuertemente por el brazo á Pedro, le llevó aparte al pie de la montaña diciéndole.—¿Qué es lo que has visto, Pedro, habla bajo.—Mucho temo afligirte. —¡Dios mio! que es lo que vá á decirme! dijo el contrabandista con un temor convulsivo; y permaneció largo rato en silencio entre el temor y el deseo de aclarar el terrible misterio sobreponiéndose en fin á aquella especie de vértigo.

—No importa, Pedro, continuó, dímelo todo, ¿qué es lo que has observado?—Tu hija....—Habla pronto.—Tu hija esta noche á las diez....—Pronto.—Ha abierto la puerta a un hombre.—¿Hay mas?—El hombre ha entrado, y la puerta se ha vuelto a cerrar.—¡Mil diablos te lleven! es imposible! mientes, dijo Manuel fuera de sí. —He estado esperando un cuarto de hora largo, proxiguió Pedro con frialdad, para ver si salia, con intencion de seguirle y darte sus señas; hasta que en fin, viendo que nadie se movia, y hallando por fortuna el candado

(1) Véanse las entregas anteriores del Semanario.

en la puerta, le corrí, eché su llave y.... ¿entiendes? antes de dos horas puedas asegurarte de la verdad, y castigar la ofensa que te se haya hecho. Esta es la llave del candado.

Y diciendo estas palabras, el viejo pescador presentaba en efecto la llave al contrabandista; pero en vano; porque este nada veia ni escuchaba. Cual si fuera herido de un rayo, permaneció largo tiempo inmóvil, los ojos clavados en el suelo, contraidas las cejas, y respirando con dificultad: arrojóse bruscamente contra la montaña, y rechinando los dientes y mordiendo la tierra, dejaba de tiempo en tiempo escapar esta esclamacion «¡*sangre*!»

De repente incorporándose con energia.—Marchemos, dijo a Pedro arrastrandole hacia la playa.—Paróse de allí a algunos pasos, y con tono solemne.—Júrame, continuó, que no diras a nadie lo que has visto.—Te lo juro por el alma de mi padre.—Pues vamos.

Antonio acababa de partir para la caverna de los Cuervos de la roca negra, y Manuel dejó sus intrucciones á Muñoz para que se las participase á aquel, previniéndole que antes de pocas horas estaria de vuelta. Dicho esto marchó con Pedro, y en pocos minutos estaban de regreso en el Puerto de Santa Maria, en el momento en que el reloj daba las tres de la mañana.

—Dame la llave del candado, dijo Manuel en voz baja.—Ahí está, le contestó; Pedro ¿entro contigo?—Sí; tu presencia me puede ser útil.—¿Cuál es tu proyecto? —Pronto lo sabrás ... Mira Pedro, abre tú, que me tiemblan las manos, y temo hacer ruido.... Asi .. ahora toma la llave de la puerta.... Dos vueltas....—Ya está.—Entra primero, Pedro, y cerraré la puerta.—¡Qué oscuridad! —Espera, yo te guiaré.—¿Donde estás?—Dame la mano. Baja dos escalones...Bien... Ya estamos en el patio.

El contrabandista miró atentamente por todas las ventanas del interior, y en todas partes observaba silencio y oscuridad.

—Subamos, dijo: he aqui la escalera. Sube diez y ocho escalones....Ya estamos en la galería.... Este es el cuarto de Casilda. ... no hay luz.... escuchemos.

Manuel acercó el oido á la puerta, y permaneció cinco minutos en esta posicion.—Nada oigo, dijo retirándose. Escucha tú ahora.—Pedro se colocó en la puerta, pero nada mas oia que la alterada respiracion de Manuel.—Nada, dijo al fin Pedro....—«Un rayo de alegria brilló sobre la ancha frente del contrabandista.—« Pedro, dijo, si acaso te hubieras equivocado? si hubieras tomado una vision por realidad?

«Espera, calla, dijo el viejo pescador interrumpiéndole.—Qué has oido? replicó el padre de Casilda por cuyos miembros corrió un estremecimiento eléctrico.—Calla, repitió Pedro, hablan en voz baja cerca de nosotros.—¿Qué dices?—Escucha.»

Un ligero bisbiseo, apenas imperceptible, hirió entonces los oidos del contrabandista, sin que pudiera determinar que dicho ruido saliese ó no del interior de la habitacion de Casilda. Como el hombre que se ahoga ó se halla próximo á caer en un precipicio, quiere escapar a su muerte por los medios mas extraordinarios que le dicta la desesperacion, aunque fuera el de asir un hierro ardiendo; asi Manuel, ante la evidencia de su desgracia, buscaba un medio de persuadirse de que aun podria estar equivocado, llegando hasta desear que fuesen ladrones ó asesinos los que se habian introducido en la habitacion de su hija. Siguiendo esta idea, para él consoladora, dió algunos pasos pidiendo a Dios de corazon que fuese cierta; pero en vano; todo era silencio en derredor suyo, y solo alla en el fondo de la habitacion se dejaba oir siempre el mismo misterioso dialogo. El desventurado Manuel sintió faltarle las fuerzas, y apoyado en la pared, inmóvil é irresoluto, observaba un triste silencio.

—Vamos, ¿qué hacemos? le dijo Pedro, haciéndole volver de esta especie de estupor.—Vas a verlo, respondió Manuel con decision.—¿Para qué montas tus pistolas?—¿No me decias que era menester sangre?—Sí, pero la muerte del seductor ¿hara mas honrada a tu hija?—Dices bien, replicó Manuel despues de un momento de reflexion. Esperame aquí.—«Y dicho esto se dirijió al cuarto de Marta, en donde todavia lanzaba algunos tibios resplandores una lamparilla colocada sobre la mesa, y solo se escuchaba el ronquido de la vieja que dormia profundamente. Manuel encendió una luz, y volviéndose adonde Pedro se hallaba. «—Llama a la puerta, le dijo.»—Pero Pedro sorprendido de la estrema palidez de su semblante y lo desencajado de sus ojos, quedó mirandole inmóvil sin acertar a pronunciar una palabra.—¿Qué tienes? le dijo Manuel, llama a la puerta.—Pedro obedeció; pero nadie respondió al llamamiento.—Puede que el hombre que esta encerrado adentro tenga armas (dijo Manuel); toma tú esta pistola, y llama segunda vez.—Hizolo asi Pedro, y pasados algunos momentos de silencio, una voz de mujer que revelaba bien la mayor conmocion, contestó.—¿Quién llama?—«Tu padre.»—Contestó el contrabandista con una voz de trueno; y viendo que nada se movia.—Abre aquí, continuó, ó echo la puerta abajo.—Y acompañando la accion a la amenaza, rompió las tablas, y vino la puerta al suelo con un ruido que hizo temblar la casa.

Casilda se habia arrojado del lecho, cubierta ligeramente, y con el cabello flotante sobre sus hombros, los brazos tendidos, la mirada desencajada.—«¡oh padre mio padre mio!» esclamó; y cayó sin conocimiento sobre el suelo.—Quédate a la puerta, dijo Manuel a Pedro, y haz fuego al que intente pasar.—Es inútil esa órden—dijo una voz varonil salida de la estremidad de la sala, y Fernando con el rostro demudado, temblando y sobrecogido de sorpresa, apareció enmedio de la sala con los brazos cruzados sobre el pecho.

A su vista Manuel dió un paso atrás, y arrojando fuego en sus miradas, la frente sombría y amenazadora, trémulo el labio, fuerte y precipitada la respiracion, semejaba á un atleta en el momento en que victorioso acababa de arrojar por tierra á su temible adversario. Cediendo por tres veces á un movimiento nervioso y convulsivo, habia alargado su mano al gatillo de la pistola, pero otras tantas pudo reprimir este siniestro movimiento. Una infernal sonrisa asomó á sus labios, cual la alegría del tigre cuando mira á su presa antes de devorarla; mas sobreponiendose otra vez, rompió al fin este terrible silencio, y con una voz breve é imperiosa.—«Sígueme,—» dijo al desgraciado Fernando.

Marta, que habia despertado al ruido, corrió en esto á saber su causa, y redoblando el furor de Manuel á la vista de la vieja, lanzóse violentamente sobre ella, y agarrándola por la garganta, la hizo caer de rodillas á sus pies.—Encomienda tu alma á Dios, la dijo. Vas á morir. —¡Yo!.... Valgame María Santisíma. ¿Qué es lo que he hecho? interrumpió la vieja á semejante apóstrofe.—¿Qué es lo que has hecho? replicó Manuel con los ojos encendidos de cólera. ¿Qué es lo que has hecho?.... Mira, mira ese hombre ¿cómo se halla aquí? Tú debes saberlo; tú, á quien yo habia confiado el cuidado de mi hija. Dime ¿cómo se ha introducido en su cuarto? Tú le conocias ¿no es verdad? ¿eres su cómplice en la infame accion que cubre mi frente de vergüenza, y me preguntas que has hecho?.... Mira á Casilda, mírala allí inmóvil, muerta tal vez y deshonrada. Mi hija deshonrada, ¿y me

preguntas que has hecho? Encomienda tu alma á Dios, porque vas á morir sin remedio.—

La pobre Marta confundida por lo grave de la acusacion, y por la terrible amenaza que el contrabandista la fulminaba, besaba los pies de su señor regándolos con su llanto; estendia hácia él sus manos trémulas y descarnadas, y no podia pronunciar una palabra en su defensa, porque la conmocion la ahogaba la voz.

Manuel la miraba siempre con furor, aunque al aspecto de tanta desesperacion, la contemplacion de su vejez, sus blancos y escasos cabellos, esparcidos en desórden, y la elocuencia muda de sus lágrimas y suspiros, acabaron por dominar el corazon del contrabandista, y desarrugar un momento su tempestuosa frente.—Pruébame al menos, la dijo, que no eres culpable y háblame... pero no.... quitate de mi vista, vete, sal de mi casa... Y sintiendo pasar este ligero movimiento de clemencia,—Véte al instante, continuó, ó si tardas un minuto mas, no puedo contener mi furor; pero no, quédate, ten cuidado de esa mujer, y tú Pedro ayúdala.—Despues dirigiéndose a Fernando —«Sigueme.»— le dijo con imperio, y Fernando le siguió.

El seductor de Casilda se hallaba en pie, delante de Manuel, pálido y tembloroso como el criminal delante de su juez en el momento en que la justicia humana vá á pronunciar la sentencia que condena al suplicio su cabeza, y no osaba levantar los ojos ante aquel padre justamente irritado, ante aquel hombre que venia á ser á la vez su acusador, su juez, y acaso su verdugo.

Entre tanto Manuel, paseando silencioso y precipitado por la habitacion, procuraba comprimir sus violentos trasportes, hasta que al fin, afectando una tranquilidad que estaba lejos de esperimentar, se paró de repente, y dirigiéndose á Fernando:

«¿Quién eres?» le dijo con gravedad, y al parecer sin enojo. Fernando, que esperaba una esplosion terrible, no pudo menos de hacer un movimiento de sorpresa.—«No te muevas» gritó el contrabandista, tomando este movimiento en otro sentido. «No te muevas, ó mueres en el acto.»

El corazon de Fernando palpitó, conociendo que la calma de Manuel era solo aparente, y que al menor chispazo podia inflamarse aquel pecho volcanizado; llamó pues en su auxilio á la prudencia, y componiendo su semblante con todo el esterior de vergüenza y de arepentimiento, respondió prontamente á la interpelacion de su juez.—Mi nombre es Fernando Zarzal.—¿Tu patria?—Granada.—¿Porqué la has dejado?—Por viajar.—¿Eres rico?—Bastante.—¿Quién son tus padres?—Hace tres años que los perdí, y estoy solo en el mundo.—¿No eres casado?—No.—

El contrabandista guardó un instante de silencio, y despues continuó.—¿Cuánto tiempo hace que estás en el puerto de Sta. María?—Cinco meses.—¿Y cuánto que conoces á mi hija?—Cerca de cuatro.—¿Dónde la viste?—En la iglesia...» (Manuel rechinó los dientes, y dió un fuerte bramido).—«Y es verdad lo que me has dicho, continuó.—¿Dudais acaso de mí?, contestó Fernando con cierta altivez.—¿Qué si dudo?... respondió Manuel, como sintiendo renovar su furor. ¿Quién no ha de dudar de lo que sale de la boca de un infame, de un vil seductor....¿Qué si dudo?....¿Sábes tú quien soy? ¿Ignoras que estas hablando con el padre de la mujer que has deshonrado?...¿Conoces todo el poder de este nombre, y el derecho que me dá para dudar de tu infame conducta? ¡Malvado! tu has asesinado mi honor y mi reposo: has cubierto mi frente de oprobio: te has introducido traidoramente en el lugar mas sagrado de mi casa. ¿Y me preguntas si dudo de tus palabras? ¡Cobarde! ¿parécete que no debo yo informarme de ti, como tu lo hiciste de mi antes de asesinarme? No conoces que me perteneces? ¿no conoces que estamos unidos el uno al otro por un lazo terrible, que nadie mas que la muerte puede desatar?—

Manuel respiró un momento, y aprovechándose Fernando de este instante, iba á responder; pero el contrabandista continuó.—Sí, que cualquiera tiene derecho de esterminar la vívora que encuentra oculta en su hogar; yo usaré de este derecho. ¿Me entiendes?... Tiembla, pues, el momento en que egerza mi venganza, no le precipites con una palabra mas.—Hé aquí mi pasaporte, dijo Fernando interrumpiéndole, y Manuel le recorrió rápidamente comparando sus señas con las de Fernando; y despues de esta escrupulosa pesquisa, guardó el pasaporte, y volvió á pasearse por la habitacion. Su frente ora apacible y tranquila, ora sombría y amenazadora, reflejaba bien la lucha de sus encontrados afectos, y Fernando, observándole silencioso, procuraba leer en ella su terrible sentencia.

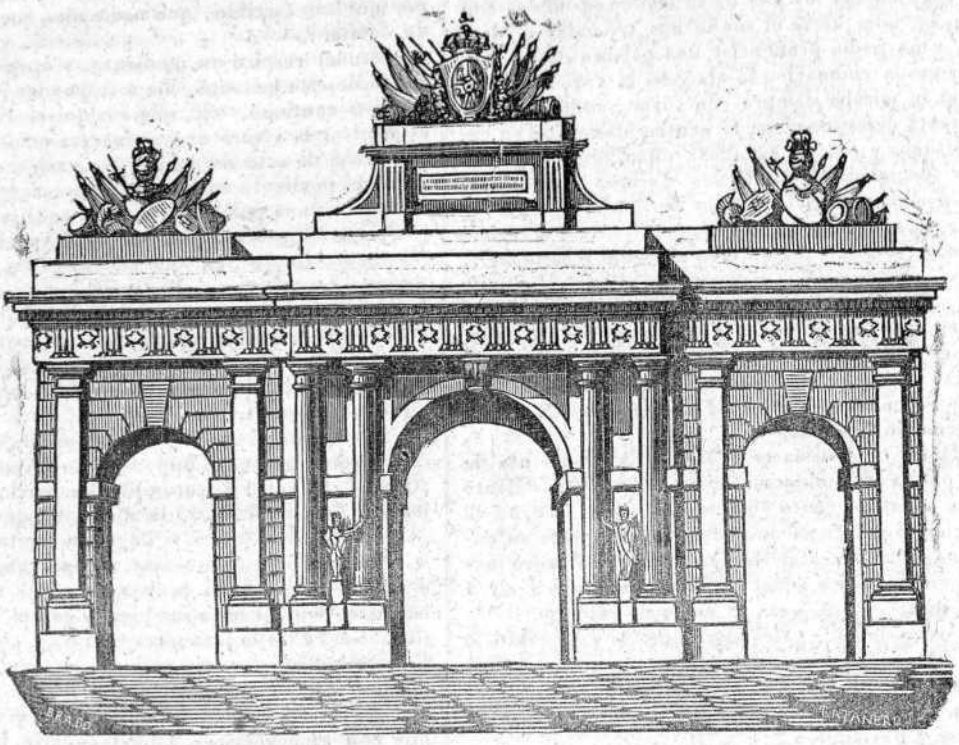
De repente el contrabandista, mirándole fijamente, le dijo con una gravedad imponente.—¿Amas a Casilda?—¡Qué si la amo! (prorumpió Fernando con un movimiento de entusiasmo), la adoro mas que a mi alma.—¿Y la harias tú dichosa si llegase a ser tu mujer?—

Sea que Fernando amase verdaderamente a Casilda, ó ya por el temor de la venganza del terrible contrabandista, dejóse caer a sus pies, y con el acento mas apasionado—Yo os lo juro, respondió, y ojalá que ella os pudiese hablar por mi, para que no pudieseis dudar de la sinceridad de mis palabras, y si toda mi vida.... Pero Manuel interrumpiéndole.—Levántate y ven conmigo, le dijo con arrogancia.—¿Adónde?—¿No basta que yo lo mande?—Fernando no tuvo por conveniente responder.—¡Pedro! (gritó Manuel hácia el lado donde aquel estaba) ¿qué es de Casilda?—Acaba de volver en sí.—Necesito un hombre ¿dónde está tu hijo?—Voy á buscarle.—Y luego que este se presentó.—Vas á seguirme á la roca de la Gran fantasma, y es preciso que sea pronto, porque ya no tardara en amanecer. Tu Pedro antes de mediodia partiras con Casilda para la Ensenada de la Salud, de modo que llegueis antes de ser de noche. ¿Entiendes?—Perfectamente.—José, dijo en seguida al hijo del pescador ¿estas armado?—Llevo mi escopeta.—Pues marchemos, y tú Fernando síguenos.»

Y dicho esto desaparecieron despues de haber lanzado Manuel una rapida mirada sobre su desdichada hija.



MONUMENTOS PUBLICOS.



PUERTA NUEVA DE SANTA ENGRACIA EN ZARAGOZA.

Para honrar y perpetuar la memoria de los dos asedios que sufrió Zaragoza en la justa causa de la independencia de la nacion y de su legítimo rey, se sirvió resolver S. M. en real órden de 3 de julio de 1819 se construyese una puerta decorosa y decente en el sitio llamado de santa Engracia; obra de necesidad y ornato público, que testificase en las ruinas de aquel sitio la fidelidad y constancia de sus habitantes, señalando á dicho fin los productos de cierto impuesto que pagaban algunos géneros coloniales á su entrada en aquella ciudad. Empezada dicha obra, en 1830 ofrecerá una sorprendente perspectiva, ya se mire desde el puente de la Huerva que conduce á *Torrero*, ó ya desde el arco de *Cineja* ó puerta de san Fancisco; perspectiva de que ha gozado la ciudad cuando á la entrada de Fernando VII en ella, de vuelta de Cataluña, se levantó dicha puerta con bastidores de lienzo.

Su forma general es la siguiente: tres ingresos en los centros de otras tantas calles que desde la del *Coso* siguen paralelas hasta la embocadura del puente del rio Huerva. Sobre un zócalo de 6 palmos se elevan columnas de 43 de órden dórico con su correspondiente cornisamento en toda la estension que es de 160 palmos: sobre la cornisa y banquillo, en el centro, un cuerpo atico coronado de un escudo de armas reales con trofeos militares. Las puertas colaterales son mas angostas que la del centro, aunque las impostas de los tres arcos se hallan en una misma recta horizontal. Estas dos puertas se hallan adornadas con pilastras disminuidas y los paños almohadillados, teniendo por remate grupos de trofeos romanos. En los espacios de los intercolumnios del cuerpo del centro habrá dos estatuas en el frente esterior, que representen la *Agricultura* y *Navegacion*, y otras dos en el interior que figuren el *Comercio* y la *Felicidad pública*, y sobre ellas y en los tarjetones del cuerpo atico, inscripciones alusivas á la heróica defensa de Zaragoza.

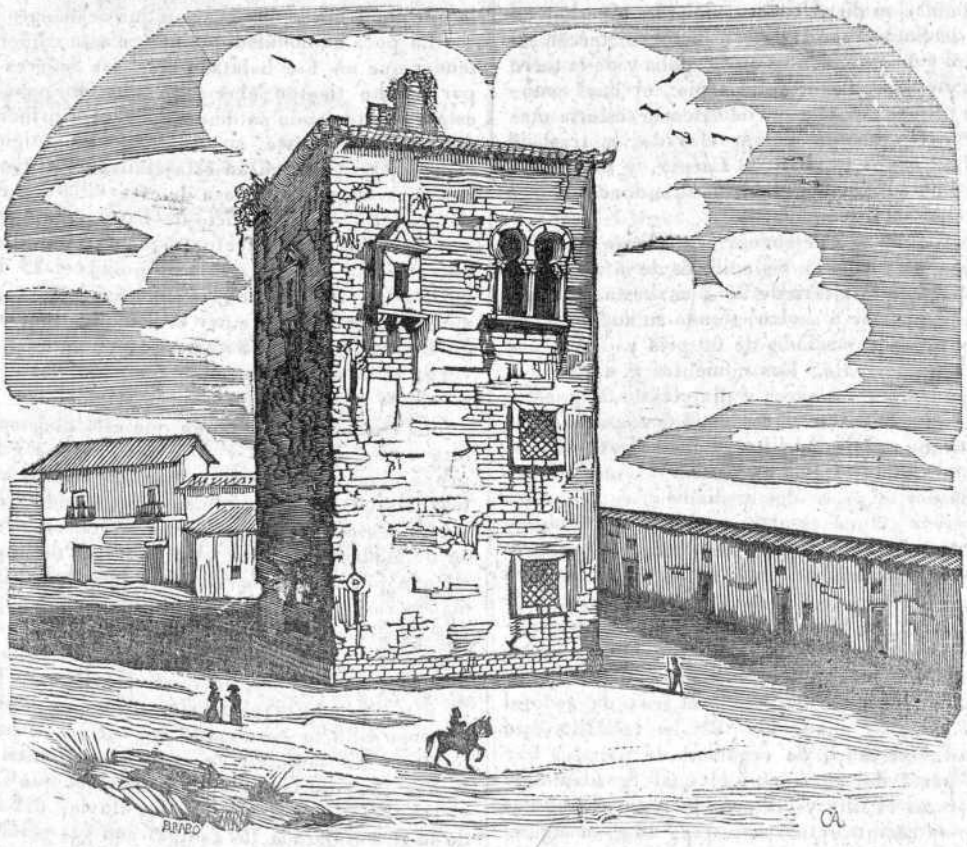
Se suscribe al Semanario Pintoresco en Madrid en la librería de Jordan calle de Carretas, y en la de la Viuda de Paz frente á las Covachuelas. En las provincias en las administraciones de correos y principales librerías. Precio de suscriccion en Madrid. Por un mes *cuatro* reales. Por seis meses *veinte* reales. Por un año *treinta y seis* reales. En las Provincias *franco de porte*. Por tres meses *catorce* reales. Por seis meses *veinte y cuatro* reales. Por un año *cuarenta y ocho* reales.

Las cartas y reclamaciones se dirigirán francas de porte *á la Administracion del Semanario*, calle de la Villa, número 6, cuarto principal.

En las mismas librerias se halla abierta la suscripcion á la primera série del Semanario; tres tomos en folio (1836, 1837 *y* 1838) *y los Señores suscriptores pueden recoger la primera entrega, continuando la publicacion de las demas, en los términos anunciados en el prospecto.*

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.

ESPAÑA PINTORESCA.



EL CASTILLO DEL CARPIO.

Cinco leguas al E. N. E. de Córdoba, en un cerro de mediana elevacion, á un tiro de bala de la orilla izquierda del Guadalquivir, está situada la villa del Carpio, que algunos escritores han juzgado que es la Ebora de los romanos á que Plinio llamó cereal. Otros han asegurado que es la Onuba que pone el mismo cerca de Córdoba á la orilla izquierda del Betis; empero otros colocan á Ebora a dos leguas de Bujalance y á una del Carpio hácia el cortijo llamado del trapero, y reducen á Onuba al sitio que ocupan las ventas de Alcolea. Colocando Plinio aquella antigua poblacion á la orilla izquierda del Betis, se echa de ver el error de los que la suponen en el citado parage que ocupa la orilla opuesta. Otros finalmente pretenden que Onuba estuvo donde ahora los Cansinos, sitio distante de Córdoba mas de tres leguas, donde se descubren muchos vestigios de antigüedad. Aunque no sea facil resolver esta duda en medio de tan diversas opiniones y de la confusion que producen los varios sitios que en este territorio manifiestan rastros de poblacion, nos inclinámos á creer que el Carpio debe reducirse á la Onuba con mas grados de probabilidad que á ninguna otra.

Mas sea de esto lo que fuere, lo cierto es que en los contornos de esta villa se han encontrado en varias ocasiones monumentos de antigüedad romana que prueban la existencia de una poblacion de aquellos tiempos en este parage. En los de Ambrosio de Morales se descubrió el magnífico enterramiento de la familia de los Acilios en que estaban sepultados Lucio Acilio Barba, de la tribu galeria, Lucio Acilio Terenciano, Cornelia Lepidina, hija de Cornelio Lepido, mujer del anterior, y Acilia Lepidina, hija de estos. En nuestros tiempos se ha encontrado igualmente otro sepulcro labrado en una pieza de marmol blanco en figura de atahud; mas la lapida que lo cubria, donde estaria la inscripcion que regularmente tendria, ya no existe. Tambien se han encontrado vasos sepulcrales, lucernas de barro, y un trozo cilíndrico de ara en que se ven los instrumentos de los sacrificios, delabro, disco y

preferículo en medio de un feston que pende al rededor.

No lejos del lugar que hoy ocupa la villa del Carpio sobre la orilla del rio existia al tiempo de la conquista de Córdoba, es decir por los años de 1236, una pequeña poblacion llamada Alcocer, restos acaso de Onuba, hácia el sitio que en el pago de Huertas que se estiende por la ribera del citado rio ocupa la ermita de San Pedro que ha conservado el sobrenombre de Alcocer, donde aun se ven algunos vestigios de antigüedad. Los donadios repartidos por el rey San Fernando al linage de Sotomayor en esta poblacion de Alcocer, vinieron a recaer en Garcimendez de Sotomayor II de este nombre, tercer señor de esta casa y heredamientos en Córdoba y de la torre de Bujugenal y primer Señor del Carpio, el cual conociendo que la pequeña poblacion de Alcocer estaria mejor situada y defendida en parage elevado, la trasladó al cerro que hoy ocupa la villa del Carpio, y mandó labrar una torre en su cima en el mismo sitio donde duraba otra antigua en parte demolida.

Elévase esta fortaleza dejándose ver a larga distancia de la poblacion en medio de los edificios de la villa y en su plaza principal, a la altura de 93 pies hasta el pavimento del piso superior ó azotea, siendo su anchura por los frentes del norte y mediodia de 60 pies y de 45 por los de oriente y occidente. Los cimientos y muros son de sillares pequeños, y los arcos y dinteles de las puertas y ventanas de piedra molinaza rosada. Las esquinas y algunas otras partes son de ladrillos perfectamente unidos, y todo lo demas de muy sólida argamasa. Tiene este castillo la entrada por la parte del mediodia y se sube a los pisos altos a favor de una escalera estrecha y suavísima formada de escalones muy bajos y dividida en varios tramos, muchos de los cuales tienen lumbrera. Los pisos son tres, en cada uno de los cuales hay una pieza de 100 pies cuadrados, de bóveda; con adornos al gusto gótico; y cada lado de norte y mediodia, tiene un gracioso ajimez sostenido por una columna de marmol blanco. El espesor de los muros es de 9 pies, y el area de todo el edificio de 2700 pies cuadrados. Estaba rodeado este castillo de un fuerte muro de argamasa de que aun hay restos por la parte del mediodia, el cual fue demolido para desembarazar el sitio y labrar casas y otros edificios contiguos. En su recinto actual se incluye un gran algibe, por lo que no podia faltarle agua en mucho tiempo, a la guarnicion de la fortaleza. Las almenas que la coronaban en otro tiempo se han ido desplomando, y de las garitas que ocupaban sus cuatro esquinas con saetias por la parte inferior, apenas queda en algunas algo mas que los grandes canes que las sostenian.

En el muro del norte tuvo embutida una lápida que ahora se halla en el de oriente á cubierto de una casilla pegada al muro de aquel lado que hemos omitido en el dibujo para presentar el edificio exento. la cual dice asi:

En el nombre de Dios amen.

Esta torre mandó facer Garci Mendez de Sotomayor Sennor de Jodar é fizola Mahomad e fue obrero Rui Gil é fizose en era de CIↃCCCLXIII annos.

(Año de Cristo 1525.)

Christus vincit. Christus regnat. Christus imperat.

Y al lado de esta se encuentra otra lápida de mármol blanco con la inscripcion siguiente:

Ferdinandi de Silva, Alvarez de Toledo. Albensium ducis erga antiquitatem studio proavosque pietate, lapis hacc apud Ambrosium Morales hispanarum scriptorem rerum celebris, ob nimborum injuriam ex opposita parietis facie avulsa hacque utpote loco tuto posita anno MDCCLXXI.

El arquitecto de esta obra, segun indica la inscripcion espresada, era moro, como todos ó casi todos los que en aquellos tiempos se dedicaban á las artes, y especialmente á la arquitectura; de modo que los vencedores entregados al ejercicio de las armas tenian que valerse de los vencidos, y depender de la inteligencia y habilidad de los que habian subyugado con su esfuerzo y valentia. De este mismo nombre Mahomad con el apellido de Agudo hubo otro moro maestro mayor de los albañiles y soladores de los alcázares de Córdoba por los años de 1477, lo que confirma la observacion que acabamos de insinuar.

La poca comodidad que ofrece este edificio, da á entender que no fue habitado por sus Señores, al menos por mucho tiempo; los cuales hacian poco asiento en esta villa, teniendo su domicilio y casa principal en Córdoba que aun existe, siendo la de mas antigua construccion que se conserva en esta ciudad. En tiempos posteriores se labró en la plaza de esta villa una casa á la que llaman *el palacio*, edificio de bastante estension y solidez pero de muy defectuosa planta, que fue reedificado en 1766. En este palacio hizo posada el 19 de febrero de 1624 el rey D. Felipe IV yendo á Córdoba, y fue obsequiado magníficamente por el marqués del Carpio D. Diego Lopez de Haro y Sotomayor, el cual dispuso para divertir al monarca que en la plaza del castillo se corriesen toros y cañas.

La elevacion del sitio en que está construida la fortaleza y el cielo alegre y despejado de que goza esta villa proporciona gozar desde lo alto de aquella amenas y estendidas vistas, especialmente de la sierra que tiene al norte. Descúbrese gran estension del arrecife que conduce de Madrid a Cádiz y pasa por bajo de la poblacion: el rio que por medio de verdes y apacibles riberas y formando varios giros tuerce hácia noroeste frente de la villa, y á poca distancia mueve las azudas, llamadas vulgarmente las gruas, las cuales en número de tres, suben el agua para regar los terrenos contiguos á la altura de 51 pies desde el nivel del rio, y estan colocadas en un solidísimo edificio construido en 1565: la península que forma el Guadalquivir en su orilla septentrional llamada la *Huelga*, sitio fecundo de caza menor que suele destruir el rio cuando hinchado con las lluvias del invierno sale de madre é inunda los campos con sus grandes avenidas: y finalmente la sierra poblada de olivos y otros árboles y arbustos que se eleva al frente, ofreciendo alegre y variada perspectiva.

Esta villa fue erigida en marquesado que poseen hoy los duques de Alba, por el rey D. Felipe II en favor de D. Diego Lopez de Haro por cédula espedida en Bruselas á 20 de enero de 1559.

Los Señores de esta casa tienen su panteon debajo del crucero y presbiterio de la iglesia parroquial, al cual se baja por una buena escalera de jaspe de un solo tramo, y se entra por una razonable portada, sobre la cual se ve el escudo de los fundadores. Este panteon, que es obra suntuosa y capaz, consta de dos naves de piedra molinaza rosada sostenidas de robustos pilares. Sus muros tienen hornacinas al rededor en las cuales estan colocados los cadáveres. A la derecha de su entrada hay una pieza cuadrada, de bóveda, la cual por tener un eco que se corresponde de un ángulo á otro opuesto, es llamada *de los secretos*. En este panteon estan sepultados D. Garcia Mendez de Haro, obispo de Málaga, que murió en esta villa en 1597: D. Fr. Plácido Pacheco, monge benedictino, varon muy distinguido en su religion, hijo de D. Juan Pacheco de Haro, clérigo y oidor de la chancilleria de Valladolid: D. Luis Mendez de Haro y Sotomayor, 4.° mar-

qués del Carpio que murió en Madrid en 1614 y algunas otras personas de esta ilustre familia.

Réstanos decir que el vulgo de este pais está persuadido de que esta villa es de la que tomó apellido el insigne hijo de Doña Jimena y del conde de Saldaña; pero deben saber que no de esta villa ni castillo, sino del que este famoso paladin edificó á cuatro leguas de Salamanca, donde ahora esta la villa de Alba, es del que tomó nombre Bernardo del Carpio.

L. M. Ramirez y las Casas-Deza.

CRÓNICA NACIONAL.

LA BATALLA DE LOS LLANOS DE BAENA.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

III.

En un espacioso salon de figura circular, bóvedas inmensas recargadas de adornos y follages, muros macizos, en cuyos principales frentes sobresalian grupos de banderas, orlando blasones partidos en bandas gules y plata con las armas del reino de Leon y superados de insignias de Rico-hombre, cruzaba tranquilamente desde el uno al otro estremo un personage de edad provecta, blancos cabellos, barba luenga y poblada, y continente á la vez mesurado y profundamente triste. Cubria su cabeza un birrete ó capuz monacál, y su pecho la cruz militar de Calatrava. Era el Maestre Don Garcia de Padilla; aquel guerrero invencible, que próximo á bajar al sepulcro, ceñida su frente de laureles, habia estado á punto de perder la vida á manos infieles, y buscaba ahora asilo en el castillo de Cabra contar la feroz venganza de la morisma, triunfante por primera vez de su esfuerzo en la malhadada batalla de los llanos de Baena.

¡Qué contraste.! Ayer, soberano de vastas provincias, gefe de la hueste mas ilustre de la nobleza de Castilla, padre de una sola familia, y primer caudillo en las gloriosas lides del ejercito de Calatrava: hoy, abatido y desgraciado sin fama y sin soldados, victima de la perfidia musulmana, y objeto de la impostura de sus propios hijos. Padilla, siempre magnanimo y piadoso, habia arrostrado los mas inminentes riesgos por salvar su honor y el honor de la fé: pero la ingratitud de sus caballeros no pudo resignarle en su vencimiento y humillacion: aterrábale la perspectiva de un cisma, y la conducta del rebelde Prado, que fugitivo de la rota de Baena y seguido de sus cómplices alzaba en Villareal la bandera de la usurpacion, le desconcertaba y oprimia. Calumniado por ellos ante el mismo trono de D. Alonso ¿cómo justificar su lealtad sometiéndose al juicio de un príncipe irritado, sin declinar sus privilegios y faltar á la alianza jurada por las tres órdenes....? Cómo intentarlo, sin caer en manos de sus encarnizados enemigos? Estos recuerdos, embargando el espiritu de Padilla, le sumian en profundo dolor. Arroyos de lágrimas corrieron mas de una vez de sus mejillas venerables.

—Todos los buenos (esclama) los leales á su Dios y á su fé, han perecido ante mis ojos· Testigo de su agonia, vi el alma pura de tantos héroes volar á los pies del Altísimo. Señor, perdon para ellos, y para tantos desgraciados....! La copa de tus iras derramada sobre mi corazon, predice futuros desastres. Morir como ellos murieron habria sido mi dicha, Dios poderoso. La infamia entonces no cubriria las cenizas del guerrero, ni la traicion hallaria hoy nuevos crímenes que perpetrar y nuevas vidas que ofrecer!—

Enagenado el Maestre con tales pensamientos no percibió el rumor confuso, que en el patio del castillo escitaba el arribo de un mensajero, y cuando el comendador de Cabra D. Nuño de Arias le llamó por su nombre y entregó un pergamino cerrado, juzgó que la divina providencia, compadecida de sus ruegos, le anunciaba el fin de tales desmanes y sacrificios. Pero no era asi: el aviso contenia las mas tristes nuevas. La rebelion crecia por momentos, los moros invadian la frontera por segunda vez, y Cordoba estrechada por sus armas, pedia los auxilios de los caballeros de la órden. Padilla no vacila, reune las numerosas reliquias de su ejercito y recibiendo del comendador Arias el homenage de lealtad, como su legítimo gefe, vuela al socorro de los pueblos fronterizos, y seguido del pendon de Calatrava, penetra en Cordoba á cumplir sus deberes. Alli le sorprendieron recientes desengaños: el ingrato clavero Nuñez del Prado, auxiliado de la proteccion del rey y de un corto puñado de pérfidos caballeros, habiase proclamado, en medio de una eleccion turbulenta, Maestre de Calatrava.

¿Cómo podrá la pluma espresar con viveza el cuadro de los males que desde entonces se siguieron al reino y á la órden....? No habian pasado tres años, cuando viniendo á las manos ambos partidos en Villareal, quedó el campo cubierto de cadaveres, y Padilla gravemente herido. Los pueblos de la Mancha, en especial Miguelturra, fué asolado por los traidores. Otros resistieron la intrusa jurisdiccion del Maestre. Sustanciése, sin embargo el proceso en toda forma, y declarado Padilla por verdadero gefe de la órden ante el capítulo general, sufrieron sus contrarios el condigno castigo. A poco, renaciendo los odios, y sin ser dueño por su avanzada edad de reprimirlos, verificó este su renuncia condicional en 1329, eligiendo la órden para sucederle al clavero Prado.

Empero su nombre, signo tiempo habia de convulsiones y de partidos, no bastó á pacificar con nueva y prudente conducta las provincias de su mando; y en tanto que el nuevo Maestre combatia en Algecires al lado de su protector D. Alonso, Mahomad invadiendo á la cabeza de grandes huestes la campiña de Córdoba, tomaba castillos, asolaba pueblos, y volvia á Granada lleno de cautivos y de despojos. !Tal y de tanta influencia habia sido para ambos reinos el malogrado desastre de los llanos de Baena!

IV.

La providencia, cuyos decretos reservaban á la virtud el premio de los trabajos, y al crímen la pena del escarmiento, señaló á Prado la hora de su justicia. Corrian los años de 1355, y D. Pedro de Castilla, nombrado, *el cruel*, gobernaba con duro cetro sus estados. Mal avenido con el Maestre de Calatrava, y deseoso de dar este cargo á D. Diego Garcia de Padilla, hermano de su manceba Doña Maria, hizo decapitar á D. Juan Nuñez en el castillo de Maqueda. Asi pagó el traidor su ambiciosa ingratitud, y el nombre de Padilla, de amargo recuerdo para él, vino á acibarar en un cadalso sus últimos momentos: porque está escrito en el libro eterno, *con la misma vara que midieres serás medido.*

Manuel de la Corte y Ruano.

CUEVA DE HÈRCULES,

Y PALACIO ENCANTADO DE TOLEDO.

Una de las antiguallas mas notables que tiene la ciudad de Toledo, y que ha llamado y llamará siempre la curiosidad de todos los que van á visitarla, es la famosa, y ponderada *cueva de Hércules*, de que tantas fábulas y consejas refieren nuestros antiguos y modernos historiadores faltos de escritos y auténticas memorias, y bien sobrados de cuentos y ficciones las mas pueriles que nos trasmitió la ignorancia y falta de crítica de nuestros tiempos primitivos.

El origen y principio de esta famosa cueva es tan oscuro como la misma fundacion de Toledo, que se pierde en la inmensidad de los siglos. Hay quien atribuya la obra de esta cueva á Hércules el Griego, otros al Egipcio, muy sabio en la magia, cuya facultad aseguran se esplicó en su recinto, algunos autores con la misma certidumbre, que hubieran tenido, si se hubieran en ella matriculado por alumnos. Aun llevan mas adelante el cuento, pues dan por seguro que al cabo de una manga, ó recondito escondrijo de esta cueva hizo labrar Hércules un palacio encentado, y en él puso un arca cerrada que contenia los lienzos, figuras y caractéres que pronosticaron á el infeliz D. Rodrigo la pérdida de España, habiendo este monarca osado penetrar en aquel Alcazar misterioso, sin haberle arredrado la inscripcion que vió a la entrada, ni la estatua de bronce y formidable estatura, que colocada en un oscuro apartamiento, daba golpes los mas fieros con una maza de armas, ni por último las visiones y estrañas cosas que allí se le presentaron, y que fatamente refieren nuestros antiguos coronistas, y trae en su historia el sabio Mariana, que arrastrado por la corriente del vulgo, no pudo menos de incluirlo; aunque bien conocia ser delirios, lo que a su pesar sentaba, relativo a estos sucesos.

Con estos antecedentes no es estraña la fama y opinion que ha contraido esta cueva, y el interés que han tenido varios en apurar y descubrir su contenido, ó el uso para que la destinaron en los tiempos mas remotos. Su existencia es segura é indubitable. Tiene su entrada y principio en la iglesia parroquial de san Ginés, situada casi en lo mas alto de la ciudad. El arco ó puerta por donde se entra a ella está en una bóveda de la misma iglesia, que llena de escombros y cadáveres, le encubre casi todo, advirtiéndose tan solo la estremidad de la clave, y un poco del muro ó tabique que cierra la entrada.

Camina esta cueva, segun dicen los que hablan de ella, por bajo de tierra hasta el espacio de tres leguas, y aunque en su principio no fuese tan grande, los usos para que en lo antiguo la aplicasen, serian causa de su engrandecimiento y latitud. Su fábrica y adorno interior aseguran que es raro, por la compostura de arcos, pilares y labradas piedras de que está adornada, y para prueba de la longitud de la cueva refieren que un muchacho despaborido, huyendo del justo castigo que le iba á imponer su amo, se entró sin reparar por ella adentro, y anduvo tanto espacio, que vino a salir a tres leguas de la ciudad, camino de Añover de Tajo.

No falta tambien historiador crédulo y vieja setentona, que refieren, el primero en sus escritos, y la segunda en sus veladas, que existe en la dicha cueva un gran tesoro escondido bajo de tierra, ocultado allí por los romanos, al que guarda dia y noche un vijilante y fiero perro, que conserva las llaves de estas grutas, y tiene por oficio deborar á los que se acerquen con miras hostiles a tan ocultos lugares, no atreviéndose nadie a pelear con esa espantable alimaña, perpetuo centinela de las codiciadas riquezas.

Estas, y otras muchas fábulas que se contaban de esta cueva misteriosa, movieron la curiosidad del sabio arzobispo y cardenal D. Juan Martinez Siliceo de examinar y ver lo que dentro hubiese. Al efecto mandó descubrir y limpiar la entrada, y prevenir hombres, con mantenimientos, linternas y cordeles, y ya junto, y dispuesto todo, entraron los esploradores con buena dosis de miedo, y a poco tiempo turbados y perdidos de espanto, traspasados de la frialdad, salieron y al punto les tomaron juramento de decir verdad en lo que hubiesen observado, y declararon (para justificar su espanto) que a cosa de media legua, (que regularmente seria milla, pues el miedo hace las leguas mas largas) se encontraron unas estatuas de bronce sobre uno como altar, de las cuales, la mayor se cayó del pedestal haciendo un ruido, que les llenó de pabor; pero que cobrando animo, dieron con un golpe de agua (lo cual es verosímil) que no pudieron atravesar, y cuya rapida corriente y espantable ruido dió al traste con el poco valor que les quedó a nuestros aventureros; y unido esto a la frialdad de la cueva, y sutileza de la atmósfera que en su interior concabidad se respiraba, les hizo volver pies atras, y salir al aire libre con caras de difuntos, llenando de admiracion a los que los aguardaban, juzgando saldrian ricos y medrados, y vieron por el contrario, que a poco enfermaron todos, y los mas fueron victimas de su arrojo, movido por lo cual el cardenal Siliceo mandó cerrar y lodar la cueva, para evitar de ese modo que nadie entrase, no consiguiendo el principal fin que tuvo ese prelado en su esploracion, cual fue el desengañar al vulgo y hacer cesar las hablillas; antes por el contrario tomaron estas mas cuerpo con la relacion de los que la reconocieron, inspirada sin duda ó por el escesivo miedo, ó por la aprension y misteriosas ideas, de que iban inpregnadas sus cabezas, semejantes a las que D. Quijote llevaba cuando osó penetrar en la cueva de Montesinos.

Lo cierto es, que desde ese reconocimiento (funesto en verdad para sus autores) el cual acaeció por los años de 1546, nadie ha vuelto a examinar esa cueva, ni aun siquiera se ha proyectado hasta el año pasado en que un curioso por descubrir antigüedades intentó reconocerla por segunda vez, a cuyo efecto se hicieron algunas diligencias y preparativos, pero por falta de medios é intereses absolutamente necesarios para poner espedita la entrada, y purificar el aire encerrado por tantos años en aquellas gargantas de la tierra, se frustró el proyecto que hubiera sido de utilidad, y curioso al mismo tiempo el relato y memoria que del contenido de la cueva pudiera haberse hecho, disipando de una vez cuantas consejas andan impresas, y se cuentan de tan tremendo lugar.

Son varias y muy curiosas las opiniones en que sobre el uso de esta cueva discordan los autores, unos que fué ó sirvió de templo dedicado a Hércules, otros, y es a mi ver lo mas probable, que sirvió en tiempo de los romanos de cloaca principal por donde desaguaban las inmundicias de la ciudad, pues son bien notorios los soberbios edificios subterráneos que para ese objeto mandaron construir los romanos, no solo en Roma é Italia, sino en muchas ciudades de las provincias que dominaron, y con especialidad en Toledo, ciudad a propósito para este género de obras por sus muchas cuestas y general desnibel, confirmando esto mismo una inscripcion y lápida

romana que estuvo fija en un antiguo torreon del puente de Alcantara, y que ya no existe, la cual hizo trasladar y tradujo el sabio Albar Gomez de Castro, y que puede verla el curioso copiada en la historia de Toledo del conde de Mora en su primera parte.

Otros opinan sirvió esta cueva de templo gentílico en la época de la dominacion romana, dedicado a los dioses infernales, y luego posteriormente de cementerio para los cristianos, y punto de reunion para las ceremonias y misterios de nuestra religion a semejanza de las catacumbas de Roma. Ultimamente muchos juzgan sirvió esta cueva de mina subterranea para poder salir sin riesgo de la ciudad en ocasion de un asedio. En resúmen nada de cierto se puede establecer en este caso, quedando libre el campo, y fantasía de cualquiera para discurrir sobre el uso de esta famosa cueva, y sobre su contenido como mejor le acomode, yo por mi parte he cumplido con mi objeto, que no ha sido mas, que poner de manifiesto cuantas noticias he podido hallar, fabulosas ó verdaderas, de esta cueva memorable, de la que tanto se ha escrito, y de la que tan poco cierto se sabe.

N. MAGAN.

MANUEL EL RAYO.

NOVELA DE COSTUMBRES (1).

V.

Una hora hacia ya que el sol doraba con sus ardientes rayos las elevadas cimas de las montañas que rodean á la Gran fantasma, cuando los tres viageros llegaron á la ensenada de la Salud. Antonio acababa de partir por tercera vez á la caverna de los Cuervos en la roca negra, y Francisco Muñoz era el que allí se hallaba, acompañado por algunos hombres. Por el número de mercancías que aun cubrian la playa, juzgó Manuel que la operacion de la guarda les ocuparia aun todo el dia. Antonio no podia regresar antes de mediodia, y por grande que fuese el deseo que el contrabandista tenia de hablarle, le era forzoso esperar hasta aquella hora: dirigióse pues, hacia un bosque resguardado por elevadas rocas, con intencion de disfrutar algunos instantes de reposo, despues de haber encargado al hijo del pescador Pedro, que no perdiese de vista a Fernando, y a Francisco Muñoz que indicase a Antonio, en el momento de su llegada, el lugar adonde se retiraba. Tendióse luego sobre el cesped, colocó a su lado la escopeta, encendió su cigarro, tomo una pistola en cada mano, y despues de una lucha penosa y dilatada, entre el cansancio físico y moral contra la tumultuosa multitud de pensamientos que provocaban el insomnio, venció al fin aquel, y se quedó dormido.

Tres horas hacia que el sueño pesaba sobre sus parpados, pero estaba muy lejos de haber sido para él un bálsamo reparador: de sus labios entreabiertos se escapaban a veces palabras vagas, cuyo sentido hubiera sido difícil comprender: un sudor frio corria de las arrugas sombrías y profundas de su tempestuosa frente: de repente se despierta sobresaltado, se incorpora, y cediendo a un movimiento tan habitual como de instinto, prepara sus pistolas, dirige en torno suyo los estraviados ojos, y da un grito de sorpresa al ver de pie a su lado a un hombre que le miraba con interés é inquietud. Era Antonio.

(1) Véanse las entregas anteriores del Semanario.

Manuel guardó silencio por algunos instantes: sabia todo lo que habia padecido, y lo que le restaba que padecer como padre, y preveia todo lo que Antonio iba á padecer como amante. Esta idea le agoviaba, y no se sentia con fuerzas suficientes para despedazar con solo una palabra el corazon del jóven contrabandista; llegando á desear que estuviese allí Pedro para encargarle de dar á conocer á aquel la noticia fatal.

Antonio le observaba silenciosamente con una admiracion mezclada de zozobra.—«¿Qué tienes?»—dijo por fin el jóven contrabandista.—Tengo que decirte, contestó Manuel con voz grave y conmovida; siéntate á mi lado.... ¿estamos solos?...escucha... Antonio, si llegases á saber que la que tú has amado, que la que amas todavia, que tu novia, que Casilda en una palabra, no es digna de tí; si te digesen que su corazon ha palpitado ó palpita de amor por otro, si te asegurasen que un hombre ha ocupado ya su lecho ¿qué harias?—¿Y por qué supones cosas que tú mismo tienes por imposibles? replicó Antonio con estrañeza.—Contesta á mi pregunta (continuó Manuel), ¿qué harias?—Romper la cabeza del insolente calumniador, contestó Antonio haciendo un ademan terrible.—Pues bien, hiere, dijo Manuel inclinando la cabeza, hiere; mi hija está deshonrada.—¿Qué dices? repusó Antonio con sobresalto.—La verdad, contestó Manuel.—¿Sueñas aun? dijo aquel fijando sobre el contrabandista sus ojos alterados.—Te he dicho la verdad, replicó este con el acento de la desesperacion.—¿Y cuál es el infame?—Ya sabes su nombre; sin duda le he pronunciado en sueños.—Fernando Zarzal.—El mismo.

Antonio permaneció como abismado bajo el peso de aquella terrible revelacion, que heria su pecho como la punta de un agudo puñal; despues de un largo espacio de silencio, dijo por fin con una voz sombría.—¡Ah! ¡Fernando Zarzal! sin duda le habrás muerto?—No: vive aun.—¡Vive! esclamó Antonio incorporándose y dejando brillar en su semblante una feroz alegría....¡Vive! y ¿dónde está? ¿dónde? y añadió blandiendo el puñal que pendia de su cintura ¡Oh Manuel! ¡cuánto te agradezco que no hayas derramado su sangre! te has privado de ese placer, has querido reservármele á mí solo.... ¿eh? permite que te abrace por esa generosidad...¿Dónde está? Dilo, Manuel... respóndeme...¿Dónde está?...Quiero deshacer su cabeza entre mis manos, como quien espachurra un insecto... —Fernando Zarzal no morira tal vez.—¿Qué dices?—Tu mismo vas á dictar su sentencia—¿Qué misterio...?—Voy á esplicártele.—Di, pues.—¿Me prometes hablarme con franqueza? dijo con voz grave el padre de Casilda.—Jamás disimulé mis pensamientos, repuso Antonio.

Sucedióse un prolongado silencio: Manuel fue el primero que le rompió despues de haber dejado escapar un dilatado suspiro.—Antonio, dijo con voz grave pero casi temblando de conmocion, con una palabra vas á despedazar para siempre mi corazon, ó á lisongearle con la esperanza de un porvenir tranquilo y dichoso: pesa bien tu respuesta; hé aqui lo que quiero preguntarte. ¿Quieres, despues de lo que te he revelado, dar á Casilda el título de esposa tuya?—Manuel trataba de leer una respuesta en los labios del jóven contrabandista; todos los suplicios de la inquietud estaban pintados en su rostro, y por la palidez de sus facciones, por su convulsiva inmovilidad, se podia juzgar del inmenso interés con que esperaba la respuesta de Antonio. Este, con los ojos bajos é inclinados hácia el suelo, parecia tambien víctima de una lucha violenta en el interior de su corazon: su silencio prolongó por algun tiempo la penosa ansiedad, hasta que en fin, una voz sorda y sombría vino á espirar en sus

labios — «*No*» — dijo, y su cabeza cayó involuntariamente sobre el pecho.

—Manuel permaneció absorto un momento, y estremeciéndose luego repentinamente murmuró estas palabras. — Fernando Zarzal no morirá. — ¡Cobarde! replicó Antonio. — «Fernando será esposo de Casilda» añadió á media voz el contrabandista; y Antonio sin ser ya dueño á contener su indignacion. — ¿Qué dices?... Es imposible. — Será; y ¿quien podria oponerse? ¿no soy dueño de disponer á mi gusto de la mano de mi hija? te repito que será. ¿Acaso me queda otro medio para cubrir su falta? ¿ó he de ir yo mismo á dar publicidad á una desgracia que me llena de oprobio? porque es preciso ser francos, y con la misma lealtad con que todo te lo he descubierto, lo descubriria igualmente á cualquiera otro que aspirase á ser su esposo; y ¿crees tu por ventura que estaria yo en ánimo de hacer cada dia semejante confesion? ¿imaginas acaso que podria soportar con paciencia que se me diese en rostro con un repugnante desden, que hiriese constantemente mis oidos el insultante *no* con que acabas de ofenderlos? Desengañate pues, no me queda otro camino para abogar mis horribles recuerdos. La pérdida de Zarzal, su fuga, ó cualquiera otro obstáculo para su union con Casilda serian en este momento una calamidad para mí; y al contrario, haciéndole esposo de mi hija, quedará salvada su debilidad ante los ojos del mundo, y á los propios mios será al dia siguiente de su union con Zarzal tan pura como lo era antes de conocerle. — Tienes razon, dijo Antonio en voz baja. — No quiero, pues, volver á parecer por el puerto de Sta. Maria hasta que mi hija sea esposa de Zarzal, y esta misma noche iremos a S. Lucar, en cuya ciudad.... —Pero ¿dónde esta tu hija? interrumpió vivamente Antonio. — Dentro de pocas horas la verás. —¡Qué! ¿debe venir aquí? —Antes de ser de noche. — Pues adios; dijo Antonio con una voz sombría, estendiendo su mano a Manuel — ¿Y adónde te quieres ir? esclamó este con interés. — Quiero abandonarte. — ¡Abandonarme!... y ¿por qué? — Al decir esto, los ojos del viejo se arrasaron en lagrimas. — Si de aqui a algunos dias, continuó Antonio con una tranquilidad aparente, llegases a saber que se ha hallado en la playa el cadaver de un hombre arrojado por las olas, solo te pido que te acuerdes de mí. —¿Qué es lo que intentas? esclamó el contrabandista con un movimiento de terror, y al decir esto, un pequeño ruido vino a llamar la atencion de ambos interlocutores.

Antonio volvió rapidamente la cabeza, y lanzando un grito agudo. —¿Quién es aquel hombre? esclamó· — ¿Cual? ¿donde le ves?—Allá abajo, entre las rocas, á la sombra de aquel gran pino, acompañado de otro hombre vestido de pescador. ¿No le ves?—¡Ah! ¿por qué quieres saberlo?—¿Quién es aquel hombre, te pregunto? preciso es que yo lo sepa, tu reposo y el de Casilda depende de ello; vamos responde—y diciendo esto sus ojos desencajados centellaban de coraje, y en su mano brillaba el horrible puñal.—Guarda esas armas, dijo pausadamente el contrabandista, y ten entendido que mientras Fernando Zarzal esté defendido por mi, nadie se ha de atrever á atacarle.—¿Quién? ¿Fernando Zarzal? gritó Antonio bramando de furor; y el viejo Manuel temió que una nueva desgracia amenazaba su cabeza. —¿Que quieres decir? — Ven conmigo, respondió Antonio y llevándose á Manuel que apenas podia seguir la precipitada marcha del mancebo al traves de las rocas, hasta que llegando al pie de la montaña, Antonio se paró de repente.—¿Cómo dices que se llama ese hombre?—Fernando Zarzal. —Es falso. ¿De donde dices que era?—De Granada.—Falso tambien ¿Qué mas ha dicho?—Que viajaba por gusto —Mentira.—¡Cómo! si tengo su pasaporte! — Mentira, mentira, su pasaporte miente como él. —El diablo me lleve ¿pues quien es ese hombre? replicó enfurecido Manuel?—¿Quieres saber quien es? pues bien; es el mismo que yo busco hace años, el jóven de Marbella de quien te he hablado, el infame Arévalo, el asesino de mi hermano.

Si la gigantesca cabeza de la Gran fantasma desprendida violentamente de su inmenso pedestal y lanzada por una fuerza sobrehumana hubiese venido á caer á los pies del contrabandista, seguramente no hubiera esperimentado su pecho el asombro de que quedó poseido al escuchar estas palabras. Sus ojos fijos é inmóviles (empañados por una silenciosa lágrima) daban á entender los padecimientos interiores de su alma: Antonio le miraba y sonreia, pero con aquella sonrisa satánica de la venganza; esclamando: —¡Al fin le he vuelto á hallar! y sea Dios ó el diablo quien me lo presente, doy gracias á Dios ó al diablo por habermele echado al paso... ¿No es verdad Manuel que me le cedes, y que encargas á mi brazo mi venganza? ¿No es verdad que puedo ya cumplir el juramento de arrancarle la vida?... Dejame, dejame, Manuel, que beba su sangre... No te opongas á mis deseos; y diciendo estas palabras vibraba un puñal ante los ojos de Manuel—¡Detente! esclamó este con una voz espantosa, sujetando con fuerza el brazo de Antonio.—Dejame.—Detente digo: ¿que es lo que pretendes? yo tambien quiero tener parte en la venganza.—¿De veras? replicó Antonio brillando en su frente la alegria.—Voy á darte la prueba.—Pues vamos allá.—Vamos.—

Y ambos se dirijieron hacia la pendiente de la roca, en donde suponian encontrar á Arévalo.... De repente Manuel se paró.—Espera un poco, dijo.—¿Que idea te ocurre?—Espera te digo y escuchame: yo he oido, no sé donde, pero yo le he oido, que en una ocasion un hombre asesinó á otro por venganza como nosotros; pero en el momento en que sumerjió el puñal en su corazon, la sangre salió á borbotones de la herida, y algunas gotas cayeron sobre las manos del asesino... quiso hacer desaparecer aquellas señales acusadoras, pero cuantos medios empleó para conseguirlo fueron inutiles; cuanto mas lababa las manchas mas claras se manifestaban.... Aquellas gotas de sangre siempre frescas, siempre vivas, que le recordaban continuamente su crímen, le despertaron los remordimientos, los remordimientos le condujeron á la desesperacion, y la desesperacion á la muerte.... — Eso es un cuento, replicó Antonio con una voz que daba á entender por lo menos la duda—¿Donde está la prueba? dijo Manuel.—Yo no lo creo. — ¿Y porque? ¿no vemos diariamente cosas aun mas extraordinarias? — En fin ¿qué pretendes?... Quiéres, me has dicho, tomar parte en la venganza ¿renuncias ya á ella? — No. —Pues entonces ¿qué intentas hacer?

Manuel reflexionó por algunos momentos, y en seguida levantó lentamente los ojos hácia la cima de la Gran fantasma. Antonio siguió maquinalmente el mismo movimiento. Al volver á fijarlos en el precipicio se encontraron sus miradas, y un rayo de diabólica alegria brilló sobre los duros surços de su atezada frente.

Los dos contrabandistas se habian entendido.— ¡Hasta la noche! dijo Antonio — ¡Hasta la noche! repitió Manuel con una voz sombría. Y se separaron.

VI.

Aun no eran las nueve de la noche: opacas nubes que giraban de Norte á Sur tocaban á su paso en la cabeza de la Gran fantasma; ni una estrella centelleaba á lo lejos sobre la oscura línea que formaba el horizonte, y apenas

se distinguía un reflejo pálido producido por la farola de Cádiz, cuya luz ocultaba en intervalos una espesa niebla. Todo presagiaba una de aquellas terribles tempestades tan frecuentes en ambos equinocios; el viento soplaba húmedo y violento, caprichoso é inconstante; la mar mugía lúgubre y sordamente, y sus olas amenazadoras comenzaban á elevarse, como preludios imponentes de las terribles luchas á que suelen entregarse los elementos en el inmenso laboratorio de la naturaleza.

—«Tengo frio»—dijo Fernando Zarzal, que se hallaba al lado de Manuel sobre la cima del gigante de granito. — «Y yo miedo.» añadio temblando y con voz débil y tímida la desdichada hija del contrabandista. — El temor que te inspira la proximidad de la tormenta no tardará en disiparse, repuso Manuel. — ¡Qué noche tan oscura! prosiguió Casilda ¿Cómo bajaremos? — No estoy yo aqui para guiarte? Jamás te estraviaste mientras tu padre estuvo á tu lado. — Pero es imposible que la nave que nos espera pueda acercarse á la costa en una noche de tempestad. Habrá sin duda vuelto a la mar. Bajemos, pues, — Y ¿quién se atreve a dar consejos a quien lleva cuarenta años de esperiencia? dijo Manuel con una voz de trueno. —

Sucedióse un largo y profundo silencio. — ¿Creeis, dijo por fin Fernando, que vuestras gentes estarán de regreso de la caverna de los Cuervos ó como la llamais, para el momento en que llegue la nave? — ¿Qué te importa.? — ¡Qué! ¿estamos solos? se atrevió a esclamar Casilda. — «Solos» — contestó su padre con una voz aterradora. La infeliz se estremeció, Fernando murmuró entredientes algunas palabras ininteligibles.

— ¿Qué tienes? dijo Manuel con gravedad. ¿Acaso ese inmenso y magestuoso espectaculo te llena de espanto? ¿No se eleva tu espíritu al sentir ese estremecimiento convulsivo de la naturaleza? ¡Si tu supieses cuantas veces me he hallado en este lugar en el momento en que los elementos llenos de furor se despedazaban entre sí! porque esta roca es mia: es mia por derecho de conquista. Los huesos de los imprudentes que han osado disputarme su posesion, están allá abajo en el abismo. Aquí soy potentado: y ¡ay del temerario que sin mi permiso se atreva a pisar este lugar! ¡Ay sobre todo del criminal que impelido por la casualidad ó por la fatalidad de su destino crea encontrar aqui un refugio! ¡Ay!... Ay! sí, ¡ay de tí si me hubieses engañado, si no fueses Fernando Zarzal Tu juez va a parecer: tu verdugo te herirá... si mien.tes — ¡Qué oigo! dijo Fernando estremeciéndose. Silencio, esclamó el contrabandista. — Pero padre mio ¿será posible? — Silencio, repitió Manuel con voz terrible. — Y al resplandor de los relampagos que empezaban a brillar, vió Fernando al terrible contrabandista, con rostro sombrío, y armadas las manos con dos pistolas. De repente dió un agudo silbido. — Aqui estoy, — dijo Antonio saliendo de entre uno de los escondijos de la roca. Casilda y Fernando dieron un grito de espanto y de sorpresa.

— Quien nada debe, nada teme, dijo gravemente el viejo contrabandista, y volviéndose hácia Antonio. — Te he prometido, prosiguió, darte á conocer al que debe ser esposo de mi hija; ahí le tienes; mírale.... ¿Es esta la primera vez que le has visto? — Y al decir estas palabras Manuel abrió la linterna sorda que llevaba debajo de la capa, y su resplandor dejó ver el rostro de Fernando Zarzal.

— Antonio retrocedió de furor al mirar claramente al asesino de su hermano; y empuñando el terrible puñal, se adelantó en seguida hácia él. — «Monstruo, exclamó, heme aqui frente á frente.... — ¡Gran Dios! ¿qué es lo que veo? dijo Fernando con un temblor convulsivo. — ¿Qué ves? ¡Qué! ¿ningun secreto presentimiento te ha indicado que yo estaba oculto á dos pasos de tí? ¿No te ha avisado tu conciencia de que tu infame pecho iba á dejar de latir? ¿No oistes una voz lúgubre que te decia: «Antonio Doblado, el hermano del que cobardemente asesinastes despues de haber deshonrado á su hermana, va á despedazarte entre sus manos? «Arrodillate, Arévalo, arrodillate y encomiéndate á Dios; porque vas á parecer ante su presencia: pero sea breve tu oracion. Yo haré un esfuerzo para detener por un instante mi brazo. — ¡Antonio Doblado! exclamó Arévalo con abatimiento. — Sí, este nombre encierra la sentencia de tu muerte.... ¿Estas dispuesto? continuó Antonio levantando su puñal.

Al oir esta terrible revelacion, Casilda cayó sin conocimiento sobre la piedra del Gran fantasma: y su padre corriendo á socorrerla dejó caer de sus manos la linterna que rodando hasta lo profundo del abismo dejó aquella escena en la mas completa obscuridad. Arévalo temblaba ante el terrible vengador que acababa de aparecer á su lado; un sudor frio inundaba su conmovida frente, y su cabeza se inclinó hasta las rodillas como impelida por una fuerza sobrehumana; en el estravio de su razon solo pudo pronunciar estas palabras con voz quebrada y suplicante: — ¡Piedad! ¡piedad! Antonio — ¿Piedad? repitió este con voz aterradora, ¿tuvistes acaso piedad de mí cuando tu puñal atravesó traidoramente el corazon de mi hermano? ¿tuvistes piedad cuando deshonraste á mi hermana? ¿tuvistes pieded cuando engañastes á esta jóven que me estaba prometida?.... Disponte, repito, que vas á morir. — Espera, espera, exclamó repentinamente Manuel, deteniendo a Antonio. — No, contestó este, ¿qué intentas? este hombre me pertenece y ¡ay del que intente contener mi brazo! — Detente, dijo, quiero hablarle.... — Arévalo, continuó el padre de Casilda con voz solemne y conmovida, en el momento en que tocas al término de la vida, tengo un favor que pedirte: escucha: yo te perdono el mal que me has causado, pero sé generoso con el hermano del que asesinaste: no le obligues á cometer un crímen igual; no nos pongas en la precision de enrogecer nuestras manos con tu impura sangre: la muerte está alli, el abismo está debajo de tus pies.... Vé.... y nosotros rogaremos por tu alma. — Vé, repitió Antonio.

Estas palabras hicieron concebir alguna esperanza á Arévalo; levantó la cabeza como para imponer á sus adversarios, y dijo con entereza. — Nó, nunca! — Vé, continuó Manuel con voz de trueno; ¿no conoces que no puedes vivir? ¿No te dice tu corazon que tu muerte es justa?... Sí, vé te digo. Siento que el crímen impulsa ya mi mano.... — Y los ojos de ambos contrabandistas centelleaban en la oscuridad, y lanzábanse de sus pechos agudos sonidos. Arévalo iba retirándose siempre para evitar el continuo contacto de las puntas de los puñales, y ya sus pies tocaban en los últimos límites de la roca. Casi suspenso encima del abismo, todavia su voz ahogada repetia. — Nunca, nunca! Pero al ir á dar un paso mas para escapar a la continua acometida de sus verdugos... ¡Cielos!... La tierra ha faltado a sus pies, pierde el equilibrio y... — «Estamos vengados.» — Dijo en fin Antonio; y él y Manuel marcharon en direccion opuesta al sitio de aquella catástrofe.

Un inmenso relámpago surcó en este momento el horizonte, y el estampido del trueno siguió un instante despues; la desdichada Casilda vuelta al fin de su parasismo, se levanta precipitadamente; recorre con avidez su vista á uno y otro lado buscando á su amado Fernando; mas solo vé á su padre inmóvil, silencioso y pintada en su semblante la inflexibilidad.... Adivina entonces la horrible venganza, y conociendo en fin que el hombre á

quien habia amado tanto, habia cesado de existir, un grito de dolor y de desesperacion fue el único desahogo que al abandonarla de nuevo las fuerzas dió á conocer lo profundo de su herida.

Pero el terrible Manuel sin parecer conmovido por tan desastrosa escena. — « Casilda, la dijo con voz grave, procurando hacerla comprender su siniestra intencion; ánimo, hija mia, ahora te toca á tí.... Tu amante te espera alla abajo.» —

Este horrible apóstrofe penetrando fuertemente en el corazon de aquella infeliz criatura, hizo prevalecer en ella el sentimiento natural de la vida, y por un movimiento involuntario cayó de rodillas á los pies de su terrible padre, sin acertar á pronunciar una palabra de perdon. — « Sin duda me pides que te perdone, dijo Manuel enternecido; si, hija mia; tu no bajarás al sepulcro acompañada de mi maldicion; pero entre mi deshonor y tu muerte no debes titubear. Entierrale contigo, Casilda, y espera allí á tu desgraciado padre que no tardará en seguirte. — Piedad¡ Piedad padre mio! — gritó á este tiempo Casilda apoyada en las fuerzas de la desesperacion: si mi padre me perdona, tambien el mundo me perdonará. — No, no, hija mia; dijo Manuel con la voz ahogada y balbuciente: el mundo tiene menos misericordia que un padre: mira la prueba: mira alli aquel hombre que te amaba, y que estaba pronto á unir contigo su existencia; pues bien; preguntale ahora si consiente en llamarse tu esposo: tu verás que ni tu llanto ni tu desgracia serán bastantes a enternecerle. — Antonio, Antonio, gritó Casilda con amargura; perdoname por Dios. — Antonio, replicó Manuel con voz solemne ¿quieres tener compasion de mi hija? ¿consientes en recibirla por esposa? —

La respuesta que iba a escaparse de la boca del jóven contrabandista era el decreto de vida ó muerte de Casilda; y ella y su padre, procurando ahogar sus suspiros, miraban a Antonio, como el criminal contempla el semblante de su juez.

— « No » — gritó este con una voz sombria. La desventurada jóven lanzó un grito penetrante, y se arrojó en los brazos de su padre como para buscar un abrigo contra la muerte; pero Manuel levantandola en ellos por un movimiento de desesperacion. — Esto es ya demasiado, no puedo sufrir mas. — esclamó; y marchó precipitado, arrastrandola consigo al borde del abismo: la infeliz jóven no tenia ya ni resistencia ni lagrimas que oponer; Manuel, en el acceso de su frenesí, ni la conoce ni la mira; alzala en fin para precipitarla, y en el momento en que sus brazos la iban a abandonar.... — «Detente.» — (grita con terror Antonio) la viuda de Arévalo sera mi mujer.» —

A estas palabras Manuel se vuelve rapidamente, y dejando a Casilda en el suelo se dirije a Antonio, estrecha fuertemente su mano: — ¿Lo juras? — le dice con un movimiento de entusiasmo. — Lo juro, respondió gravemente Antonio; y ambos permanecieron abrazados algunos instantes.



Pocos minutos despues, a la luz de los relampagos, viósele bajar sosteniendo entre los dos a la infeliz Casilda apenas vuelta en sí, y luego tomaron juntos la vuelta del Puerto de Santa María.

Fin de la novela.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



DON ALONSO PEREZ DE GUZMAN, EL BUENO (1).

Si progenitor ilustre de la casa de Medina Sidonia D. Alonso Perez de Guzman, por sobrenombre *el Bueno* fue uno de los mas ilustres personages de su tiempo: sus hechos le calificaron de consejero sabio en la paz, de caudillo valeroso en la guerra, y de fidelísimo en servicio de los reyes de Espa-

(1) En la historia del monasterio de S. Isidro del campo, estramuros de la ciudad de Sevilla, fundacion del mismo D. Alonso Perez de Guzman, escrita en el año de 1598, se supone que el duque de Medina Sidonia D. Alonso su 8.° nieto, mandó en 1570 abrir su sepulcro en la iglesia de dicho monasterio, para reconocer su cuerpo que hallaron entero embalsamado con una túnica de tafetan blanco, envuelto en un paño de brocado verde labrado, y una almohada de la misma tela por cabecera, y es tradiccion de que el célebre Antonio *Vandik* pintó el retrato que existe en casa del Excmo. señor marqués de Villafranca, conforme á las noticias y señas que se tomaron en el acto del reconocimiento, y corrobora este concepto el que los paños que adornan el cuadro, corresponden con los que se dice estaba envuelto el cuerpo.

ña D. Alonso el Sabio, D. Sancho el Bravo y D. Fernando el Emplazado; pero su gloria llegó al mas alto grado con la hazaña que ejecutó en la edad de 38 años cumplidos.

Tal fue la heróica defensa de la plaza de Tarifa en el año de 1294, plaza la mas importante en aquel tiempo por la facilidad con que podian pasar del Africa crecidos ejércitos, y ser el mejor baluarte y la llave de toda España; y por lo mismo la de que mas deseo mostraron los moros fronterizos, en especial el rey de Marruecos que la habia perdido dos años antes, combatiéndola fuertemente el mismo rey D Sancho por mar y tierra.

Al principio del citado año creyó Abenjacob, rey de Fez, se le presentaba la mejor ocasion de recobrarla; el infante D. Juan, huyendo de Castilla por las desavenencias que tenia con su hermano el rey D. Sancho, se acojió primero al reino de Portugal, desde donde hacia correrías por la parte de Leon. Pero sabedor de que su hermano habia requerido á D. Dionisio de Portugal no contraviniese el pacto de no admitirle en su tierra, se embarcó en Lisboa, y habiendo dirigido su rumbo á Francia, una recia tempestad le hizo torcerle á Tanger donde el dicho rey de Marruecos le recibió cortesmente, y trató asi á él como á los caballeros que le acompañaban con grande honra y regalo.

El infante D. Juan manifestó desde luego á Abenjacob que la costa de España estaba desprovista de naves, porque el rey su hermano habia licenciado las del almirante genovés Benito Zacarías que la custodiaban, y que se habian alejado de la frontera las tropas de la defensa para sosegar los disturbios que habia en lo interior del reino; y aprovechándose Abenjacob de una ocasion tan favorable, dió al infante D. Juan cinco mil ginetes y competente número de peones que acaudillados por Amir primo del citado rey de Marruecos, pasaron el estrecho de Gibraltar, y empezaron á combatir á Tarifa por mar y tierra con el mayor empeño, usando de los ingenios de guerra de aquel tiempo y con especialidad de dos mandrones colocados uno en el cerro de Santa Catalina sobre la isleta y otro al lado opuesto sobre la fortaleza, con que arrojaban crecidas porciones de piedras contra las casas, muros y castillos.

Dieron á la plaza muchos y muy fuertes combates, y el mas obstinado y vigoroso fue el del asalto que intentaron a los seis meses de haberla sitiado, pues llegaron a poner las escalas en los muros escudados de mantas de madera cubiertas de hierro.

Luego que D. Alonso Perez de Guzman supo por espías que el ejército de Abenjacob se dirigia contra Tarifa, la abasteció de soldados, armas y municiones: la plaza era pequeña, apañada y bien cercada con baluartes y terraplenes, portas y estacadas. Desde cualquiera de sus torres se veian las otras, y en breve podian ayudarse mútuamente los cercados. En ellas habia dispuesto Don Alonso Perez de Guzman muchas piedras, fuegos, y calderas de pez, resina y aceite para lanzar sobre los que se llegaban á los adarves, y varios artificios de madera para que sus soldados sacasen las cabezas fuera de las almenas sin ser heridos de los sitiadores, y de este modo vencieron el postrero y mas récio combate con que los moros hubieran tomado la plaza, si los sitiados no fuesen animados por tan valiente capitan.

Tal era el aspecto que presentaba Tarifa, cuando viendo el infante D. Juan y Amir que no podian tomarla por fuerza ni por las ofertas y grandes promesas que habian hecho a D. Alonso Perez de Guzman, buscaron otro medio que les pareció mas eficaz, y motivó la heróica accion que la historia ha consagrado como única en su género.

La relacion que va a hacerse de ella es conforme á la Crónica del rey D. Sancho escrita unos treinta años despues del suceso: a varios privilegios del mismo rey y de su hijo D. Fernando el Emplazado, y a la Historia de Pedro Barrantes Maldonado, escritor de la vida y hechos de D. Alonso Perez de Guzman y de sus sucesores, quien dice al referir esta hazaña que en el año de 1540 pasó a Tarifa a reconocer su situacion y fortalezas para hacer la descripcion exacta de la plaza.

Al dia siguiente de dicho combate, los moros alzaron un capacete con una lanza, que era señal de paz, y los sitiados alzaron otro, que lo era de que se la otorgaban, y llegando cerca de los muros digeron á los que estaban sobre ellos que el infante D. Juan y Amir les pedian treguas de medio dia para hablar con D. Alonso Perez, y que fuesen a decirle si se las otorgaba y si saldria a hablar con ellos a una de aquellas torres. D. Alonso les contestó que viniesen luego, porque el iria a la torre del Cubo, y desde allí veria lo que le querian hablar; y saliendo del castillo por el adarve que habia delante de la puerta, se fue a dicha torre distante unos cincuenta pasos del castillo, la cual se llamaba del Cubo porque era redonda y ademas hacia un través ó flanco en una esquina que guardaba la mar. Llegaron los moros por el arenal hasta un pequeño tiro de piedra y entre ellos el infante D. Juan, y despues de haberse saludado mútuamente dijo Amir.—«Cide Alfonso, Abenjacob mi señor »te saluda y ruega que pues fuistes suyo, le des esta villa »que fue suya, por el pan que comiste en su casa y por »el bien y honra que de ella sacaste.»—D. Alonso le »contestó.—«Cide Amir, ni cuando yo serví al rey »Abenyuzaf y á Abenjacob su hijo, dí sus villas á los »cristianos, ni ahora que sirvo al rey D. Sancho de Cas»tilla daré Tarifa á los moros.—No perderias mucha »honra en ello,—dijo Amir, y D. Alonso le replicó,— »Pues que tanto subes de honra combatamos los dos solos »en ese arenal sobre si perderia ó no honra en dar la villa »que tengo del rey D. Sancho á su enemigo Abenjacob, »y os aseguro el campo.—Amir respondió «No he menes»ter poner mi persona trayendo un buen caballero que »la ponga por mí, y volviéndose al infante D. Juan le »dijo ármese la jente y combátase la villa luego: mas el »infante le reposo que quien se habia defendido tan bien »en los seis meses, mejor lo haria despues de haberles »muerto mucha jente de su ejército.»

Entonces el infante D. Juan le presentó su hijo Don Pedro Alfonso que solo tenia diez años, atadas las manos atrás diciéndole.—«Este es el niño que me diste para »llevarle al rey D. Dionis de Portugal» y habiéndole acercado veinte moros al pie de la torre ó cubo, dijo Don Alonso: «conozco que es mi hijo mayor el mas »amado y querido, pésame mucho el verle en vuestro »poder, y no en el de á quien yo le embiaba» y entonces el niño empezó á llorar diciendo.—«Padre, méteme allá »que me quieren matar estos moros» y este respondió. «Hijo, holgára meterte en mis entrañas para que si te »hicieran mal pasára primero por mí, mas no puedo »ahora»: y viniéronsele las lágrimas á los ojos al ver la cosa que mas amaba en poder de sus enemigos sin haberlo sabido ni sospechado hasta aquel punto: luego apartaron al niño, y D. Alonso dijo al infante y á los moros «¿Que me queriais hablar?—y el infante renpondió, «que me entregues la villa hoy en todo el dia, y sinó os mataré vuestro hijo sin ninguna piedad»

Don Alonso despues de haber estado suspenso algun tiempo le respondió: «La villa de Tarifa yo no os la da»ré, que es del rey D. Sancho mi señor, y le hice he»menage por ella, peró yo os daré por mi hijo lo que

»pesare de plata ó las doblas que vosotros quisiereis:» y replicándole el infante que no le estaba bien aquel partido, se alejó de la torre y envió á decir á D. Alonso le entregase luego la villa porque sino en su presencia degollaria al instante á su hijo. Entonces D. Alonso como tan buen alcaide, teniendo en mas la fé y servicio que debia á su rey que su sangre y la vida de su hijo, dijo en voz alta: — «Por que no penseis que os tengo de entregar la villa por las amenazas de la muerte de mi hijo; »ved ahí un cuchillo con que le degolleis; » — y echando mano del que tenia en la cinta, le arrojó á los moros diciendo «Antes quiero que mateis ese hijo y otros »cinco si los tuviese, que dar la villa del rey mi señor de »que le hice homenage.» — y con esto se quitó de las almenas, y entró sin mostrar su ánimo alterado, en el castillo, donde estaba su mujer Doña Maria Alonso Coronel, ignorante de lo que habia pasado.

Luego que el infante D. Juan oyó aquellas palabras de D. Alonso, y vió echar el cuchillo por las almenas de la torre del Cubo, recibió tan grande enojo que mandó dar muerte al inocente niño, y los moros en efecto lo mataron con el cuchillo que habia arrojado su padre.

Ganado Gibraltar fue menester asegurar la tierra para que los pobladores vinieran y tuvieran segura la entrada, y pudiesen sembrar y coger sus panes, y para esto se habian de asegurar las villas de Gausin y Benarrabá y Algotacin y otros lugares que estaban a nueve leguas de Gibraltar en una sierra muy aspera, y para esto mandó el rey a D. Alonso con la gente que le pareció bastante: partió del real a 15 dias del mes de setiembre del año de 1309 para ir a Gausin, y andaban mal los caballos por la gran aspereza de la sierra, y los moros desde encima con sus ballestas tiraban, de que eran buenos tiradores, y hacian mucho daño, y D. Alonso y los suyos les acometieron é hicieron huir yendo en el alcance. Don Alonso llevaba buen caballo, y con la gana de seguillos adelantóse de los suyos hiriendo y matando dellos; los moros viéndole tan adelantado repararon y dieron en él con muchas saetas é hiriéronle mortalmente; el valeroso caballero viéndose tan mal herido y que se iba desangrando y faltándole las fuerzas, habiendo ya llegado los suyos, llamó á gran priesa á un confesor capellan suyo que siempre traia consigo, y con mucho arrepentimiento pidió á Dios perdon de sus culpas y pecados, derramando muchas lágrimas, y suplicando a S. M. le perdonase y no mirase á sus flaquezas y miserias sino á su misecordia, y que moria por ensalzar su santa fé, y con este arrepentimiento y contricion y llamando el nombre de Jesus y de su bendita madre, ayudándole algunos religiosos en aquel punto, dió su alma á su criador en viernes á 19 de setiembre del año 1309, siendo de edad de 53 años: fue muy esforzado y valiente caballero, muy diestro en las armas, y amigo de los pobres.

Muerto el valeroso caballero, todos los que habian ido con él dejaron de seguir los moros y tomaron su cuerpo con grandísimo sentimiento, y lo trageron al Real de Algecira donde por el rey y todo el campo fue muy sentida su muerte, y luego se aparejaron para traer su cuerpo su hijo D. Juan Alonso de Guzman, y su hermano Don Albar Perez de Guzman, y su sobrino D. Pedro Nuñez de Guzman, y sus dos yernos con otros muchos señores y caballeros, y pedida licencia al rey que la dió con mucho sentimiento, porque queria mucho á D. Alonso, y todos cubiertos de luto salieron del Real, y los caballeros cortaron las colas á los caballos como era costumbre en aquellos tiempos cuando perdian á su capitan y caudillo en la guerra, y puesto el cuerpo en una caja cubierto con un paño rico de brocado que el rey envió para sobre la caja, y con muchos cirios encendidos llegaron á Medina Sidonia y á S. Lucar, y desde allí en barcos llegaron á Sevilla, donde se le hizo un grandísimo y real recibimiento de ambos cabildos y de todos los caballeros de Sevilla, porque D. Alonso Perez de Guzman era de todos muy amado, y á la usanza de aquellos buenos tiempos salieron tambien su cara y amada mujer Doña Maria Alfonso Coronel, con sus dos hijas cubiertas de gerga, que era el uso de los lutos y trages de los señores en semejantes ocasiones, y a estas señoras iban acompañando todas las señoras de la ciudad con sus lutos ordinarios, y llevaron muchos cirios que se mandaron hacer en sabiendo su muerte.

El cuerpo fue llevado á la iglesia mayor, hasta otro dia que se hicieron los oficios funerales por el arzobispo y cabildo y todos los religiosos, los cuales allí digeron sus vigilias y misas.

Y todo acabado, el siguiente dia llevaron su cuerpo á su monasterio de S. Isidro una legua de la ciudad, que él habia edificado en Sevilla la vieja en las ruinas de la famosa Itálica, patria de los famosos emperadores Trajano y Adriano, y del gran Teodosio, y dichas allí sus misas y sufragios por su ánima, fue sepultado en un sepulcro de marmol que está asentado sobre dos feroces leones y una sierpe sin lengua, y esculpidas en él sus armas en unos escudos, con un letrero y epitafio de letras antiguas al rededor del que ansi dice:

Aqui yace D. Alonso Perez de Guzman el Bueno, que Dios perdone, que fue bien aventurado, é que punió siempre en servir á Dios é á los reyes, é fue con el muy noble rey D. Fernando en la cerca de Algecira; estando el rey en esta cerca fue á ganar á Gibraltar, é despues que la ganó entró en cabalgada en la tierra de Gausin, é ovo facienda con los moros é matáronlo en ella viernes 19 *de setiembre, era de* 1347 (año 1309.)

RECUERDOS DE VIAJE.

ARGEL MODERNO (1).

1839.

Estimado amigo: en 8 de noviembre de 1839, llegamos á la terrible inhospitalaria tierra donde tantos españoles sufrieron esclavitud; hoy su puerto está lleno de buques europeos, sus comunicaciones con Francia son fáciles y seguras por medio de barcos de vapor, y los buques de guerra franceses aseguran la costa y el continente. La ciudad parece una cantera, toda enjalbegada por de fuera, las casas están amontonadas unas sobre otras, y son de una forma esterior parecida á las mas humildes del medio dia de España.

El campo es muy hermoso, siempre verde y ameno, sembrado de blanquísimas casas de recreo aun de tiempo de los moros, fertilidad á mi ver engañosa, pues en ninguna parte he reconocido progresos en la agricultura, á pesar del mucho esmero y empeño que han puesto los nuevos colonos en adelantarla. Cada cual esplica este triste fenómeno á su manera, el que mas sólidas razones dá, y mas claramente lo esplica, es á mi entender Mr. Pe-

(1) Esta interesante reseña de Argel, la debemos al mismo amigo, viagero español que nos remitió la que insertamos en una de las entregas anteriores del *Semanario*, sobre la esclavitud de los cristianos en aquella antigua regencia.

llissier en sus Anales argelinos, cuya opinion no es del caso trasladar aquí, porque alargaria demasiado esta mi carta.

Vése a lo lejos el famoso castillo de Cárlos V, recuerdo triste de la malograda intrepidez de los españoles, pues allí colocaron sus baterías, que no hubieran sido infructuosas á no haber tambien peleado contra ellos los elementos. Por el mismo punto atacaron los franceses en 1830, mas felices y mas acertados, allí murió el hijo del general Bourmont, que fue sepultado en el cementerio de los españoles.

Las calles de la ciudad son tan estrechas, oscuras y tortuosas, que un europeo no se puede, sin verlas, formar idea de ellas. Vénse llenas de moros, árabes, beduinos, espahis, kibales, negros y negras, judíos y judías, y de un enjambre de europeos que con ellos se confunden, ya por lo sucios, tal vez por lo desalmados, pues aqui vienen todos los que no pueden parar en su pais. De sus varias lenguas han formado un baturrillo, que todos entienden, con tal de que el dinero les sirva de diccionario. Aquí ví realizado lo que decia mi catedrático de filosofia, «que no se perdieron todas las lenguas en la torre de Babel, que quedó aun por lenguage universal, el de la accion, cuyo diccionario indispensable es el dinero.» Los moros entienden y saben muchas palabras españolas, porque en todo tiempo ha habido aqui esclavos de esta nacion. En el dia se cuentan en esta ciudad unos 5000 españoles, y hasta cerca de 8000 en toda la regencia: esto solo demuestra las ventajas que nos habia de producir la colonizacion permanente y progresiva de este pais, sin tener que echar de menos á ninguno de cuantos van, pues como ya se ha dicho antes, son de los que no pueden estar en su pais.

Las casas son como un conventito cada una, tienen tres porterías ó esquifas, en donde se dejan las babuchas, y hay fuentes para lavarse los pies, una escalera ancha pero incómoda, un claustro y al rededor las habitaciones sin ventana ninguna á la calle, lo que es muy bueno para evitar el calor. Ningun hombre entra en ellas, solo las mujeres se visitan, en cuyo caso suelen estarse un par de dias, y comen y duermen juntas; en cuyo tiempo el amo de casa no entra á ver á su familia por no ver á la forastera.

Los pisos y aun las paredes están cubiertos de azulejos idénticos á los nuestros; ¿y no lo han de ser si vinieron de Valencia ó de Italia? pero se conservan nuevecitos porque no sufren el martirio de los clavos y herraduras, que tanto martirizan tambien á las limpias y económicas amas de casa. Zelosías, puertas, aldabas, rejillas, todo tiene un no sé que de simpático con nuestra tierra, simpatía que he creido hallar en muchas cosas.

Uno de los objetos de primer interés en este pais son las tiendas moras; estas son pequeñas y sin lujo, pues dicen los moros que todo el que se pone en una tienda lo ha de pagar el comprador, y cuanto mas lujosa esté la casa, tanto mas cara se venderá la mercancia. No acostumbran á regatear, supongo es porque no mercan las mujeres, y tambien porque muchos moros ricos tienen la tienda mas que por especulacion por entretenimiento; pues en ella reciben á sus amigos, y hablan con muchos á quienes no podrian recibir en su casa. Asi no suelen tener mas que mercancías limpias y agradables, como bordados, cordones, gomas, esencias etc. La de jazmin se vende á 1600 rs. vn. la onza; la de almizcle á 500; y la de rosa á 140. Las tiendas francesas por el contrario, son lujosas por de fuera, pero muy caras por dentro; es indispensable el regatear, y aun asi salen todos haciendo que los mas judíos de todos los judíos de Argel son los cristianos.

Estuve en tiempo de Ramadan ó cuaresma que dura 30 dias, durante los cuales no comen de sol á sol, ni se permite fumar, ni tomar café, ni placer ó diversion de ninguna especie. En este tiempo rezan mucho su trisagio diciendo 33 veces «No hay sino un Dios — 33 «Dios es grande» — y 33 Gracia de Dios.» Estos rosarios son parecidos á los nuestros, pero de coral, pasta de ambar, dientes de pescado, y tal vez de perlas: á moros que no parecian muy ricos los he visto llevar de 60 duros. Cuando bostezan se tapan la boca como nosotros hacemos la cruz para que no entre el mal espíritu, y cuando estornudan dicen tambien «Dios te ayude.»

Otro de los objetos que llama la atencion del forastero, son los baños, en cuya esplicacion no me detendré, porque todo el mundo conoce los baños turcos de vapor. Desde las doce á las cinco de la tarde es el tiempo destinado á las mujeres, y desde las 6 en adelante el de los hombres.

Las mezquitas en donde antes segun el dicho del Profeta, ningun mal creyente podia poner el pie, se pueden visitar hoy dia con mucha facilidad, descalzándose los pies y guardando la debida compostura. Son de varias formas mas ó menos ricas, y adornadas con muchos versículos del Alcoran, y celebran sus oficios al anochecer cuando todo el mundo ha concluido su trabajo. El culto se reduce á cánticos del Alcoran sin mas ceremonia que la de levantarse, humillarse, y besar la tierra por dos veces: lo que imitan todos y se repite tanto que les tiene en continuo movimiento. Al entrar hay una fuente en donde muchos se lavan los pies ó los brazos, otros la cara, y algunos beben. — La compostura y devocion es general, tanto entre los viejos, como entre los jóvenes, que no afectan como entre nosotros desprecio de las prácticas religiosas. — Hay dos sectas, la Alefi que siguen los turcos, y la Melequi los moros, pero difiérese mas en la legislacion que en el dogma: asi hay en Argel dos jueces ó cadis, uno para cada una que juzga sus desavenencias y está en la calle de Bab-el huet. — Las Barberias llaman tambien la atencion por su singuralidad y por la simpatia que guardan con las nuestras antiguas. Son como estas un sitio de recreo y distraccion, tertulia, y café, pues con el mismo juego y con los mismos cacharros con que se calienta el agua para hacer la barba, se confecciona el café, y el mismo tiempo que se habia de perder de esperar, se aprovecha para averiguar las noticias, murmurar del prójimo, indagar secretos domésticos etc. La operacion de afeitar es aun mas cómica que la de Fígaro y los egecutores de la misma destreza y buen humor que los nuestros, lo que prueba que son descendientes, *pur sang* de la misma raza árabe que los nuestros. Afeitan la cabeza, los brazos, la frente y los sobacos, el paciente parece de goma elástica, y el barbero lo manipula con la misma destreza y descuido que los nuestros.

Antes era permitida la prostitucion, y ahora tan tolerada que dudo que en ninguna otra parte encuentre un extranjero mas medios ni mas variados de satisfaccion al libertinage. — Las costumbres moras tengo entendido son muy licenciosas, y las mujeres y aun niñas mantienen (segun se me ha asegurado) conversaciones no toleradas en Europa, prueba de ello parece un espectáculo público escandalosísimo que en tiempo de cuaresma ó Ramadan ocupan la noche que no se puede pasar por ser tiempo santo en orgias ni festines: llámase *Las sombras de Garagus*, y es tan licencioso y brutal que un europeo no puede á menos de verlo formarse exacta idea de el; sin embargo los niños de 12 y 14 años lo frecuentan á sabiendas de su familia, lo que prueba que no lo tienen por malo, pues lo permiten en el santo tiempo de Ramadan.

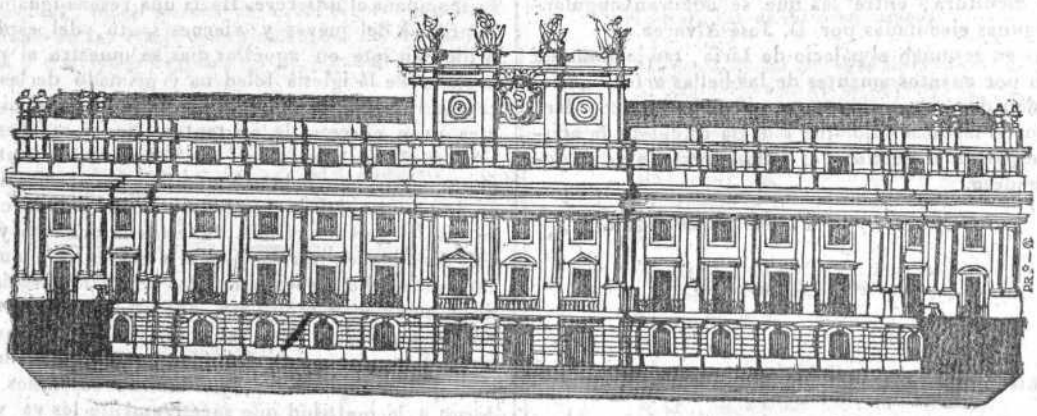
El comercio se reduce enteramente á importacion, y las tiendas de lujo á la francesa son como se ha dicho mucho mas caras que en Francia. — Los españoles se dedican por lo regular á la agricultura, al comercio de verduras, frutas, cigarros, y comestibles. La mayor parte son insulares ó Alicantinos, y estos los que cuidan mejor las haciendas, y los que menos han perdido en las tierras; pero faltos de capitales, de créditos y de reputacion, entran en sus empresas bajo los mas desfavorables auspicios: otro tanto sucede á los mas de los colonos, y esta es una de las causas del atraso de la agricultura en este pais.

De Mahon, Palma, Torrevieja y Alicante llegan continuamente faluchitos con frutas, granos, huevos, aceite, y aun verduras, y un gran número de pasageros y pasageras que creen llegar á la isla de Jauja, y tienen que volverse poco tiempo despues quizas peor de lo que fueron, no por culpa del pais, sino porque pensaron ganar dinero sin capital y tal vez sin trabajar. Sale de Argel cada semana un barco de vapor para Tolon, y cada quince dias uno para Bona y otro para Oran. Si desde Cartagena hubiera uno de comunicacion para este último puerto serian mucho mas fáciles y económicas las comunicaciones con Tolon y las islas Baleares. Creo que el único obstáculo que se opone son las cuarentenas que tanto perjudican al comercio y tan poca utilidad reportan hoy en dia, habiendo ya en dichos puntos juntas de sanidad, boletas y patentes como en los demas puertos de Europa, y nuestros correspondientes cónsules y vice-cónsules. — El de Argel recibe muy bien á los españoles, y mira mucho por sus intereses que le dan harto en que entender, siendo generalmente estimado de los nacionales y de las autoridades de aquel pais. — Posee esta ciudad un museo naciente de historia natural y de antigüedades con una cátedra de árabe y otra de francés, anejas al colegio: hay una biblioteca pública con obras modernas y unos 60 volúmenes manuscritos árabes que contienen como unas 800 obras originales, algunas de mucha estimacion, otras que solo cuentan pocas hojas; la mayor parte son de poesia ó religion. — Tienen tambien tratados originales del Dey con algunos príncipes cristianos que no hacen gran favor á estos por los títulos con que ensalzaron á aquel gefe de piratas, siendo uno de los mas originales el de *muy honrado señor*. — El mas honroso que ví fue el de un padre general español trinitario calzado para el sosten del hospital de cristianos cautivos.

Tal es Argel en el dia, sin hablar de las obras actuales del muelle y de otras muchas cosas que pueden ser el objeto de otros artículos. — El que quiera enterarse de lo que cuesta á la Francia su mantenimiento y defensa, de los diversos planes de colonizacion, de los trabajos ó proyectos de sanificacion del llano pantanoso del Espidicha, y otros pormenores puede consultar los anales de la regencia de Argel de Mr. Pelicier impresos en 1839, las obras de Mr. Genty de Bourg, el viaje de nuestro célebre Badia, y otros varios.

C. DE R.

MADRID ARTISTICO.



EL PALACIO DE LIRIA.

Al terminar la plazuela de Afligidos, entre la iglesia de este nombre y el seminario de nobles, aparece este hermoso edificio, que por su grandiosidad y magnificencia puede considerarse como la mejor casa particular de cuantas existen en Madrid. Fué mandado construir en el año de 1770 por el Excmo. Sr. D. Jacobo Stuard Fitz-James, tercer duque de Berwich y Liria, bajo la direccion del célebre profesor D. Ventura Rodriguez, de cuyo plano original está copiado el dibujo que antecede, y que á mediados de 1779 lo presentó concluido con la solidez, regularidad y buen gusto que se nota en todas las obras de tan distinguido artista.

Forma la planta de este palacio un cuadrilongo, cuya decoracion consiste en un cuerpo rústico hasta el piso del cuarto principal; sobre él se elevan dos fachadas iguales, una que mira á la plaza y otra al jardin. Por uno y otro lado tiene en el medio cuatro columnas dóricas, y en lo demas de la circunferencia pilastras con arquitrave, friso y cornisa correspondiente. Sobre esta hay en lugar de balaustrada, un ático, que se eleva en los dos medios; y tiene por la parte de la plaza los escudos de armas de los duques, y por la del jardin las cifras de sus apellidos.

Las estancias y habitaciones interiores corresponden por su capacidad y lujo artístico á la bella apariencia de tan magestuoso esterior, notándose particularmente entre otras la destinada para capilla, con rico pavimento de mármol, un magnífico retablo, y elegantes tribunas, decoradas sus paredes con escelentes pinturas al fresco del hábil profesor D. Antonio Calliano.

Contribuye notablemente á la belleza y adorno de

este edificio el gran jardin que consta de dos planos, uno en medio al piso del cuarto bajo, y otro que le circuye por tres lados á la altura del principal, dando vuelta á unos terrados construidos en los ángulos sobre la plaza, y subiendo del uno al otro por escaleras bien dispuestas. Los plantíos de árboles frutales, las mas variadas y vistosas flores, seis lindísimas fuentes, diferentes estatuas de mármol, y algunas otras de adornos ejecutadas modernamente con el mayor gusto y elegancia, forman el pensil mas grato y delicioso que puede presentar el arte.

Por lo respectivo á la plaza, sobre ser grande, la hace magnífica la hermosa perspectiva de los terrados que hemos dicho, destacados graciosamente de los ángulos del edificio, con sus balaustradas y antepechos, y las berjas de hierro puestas en semicírculo que la dividen de la calle, con pilares interpuestos coronados de sirenas. Mucho pudiera mejorarse todavia, sustituyendo al mezquino arbolado, que apenas dá escasa sombra en dos líneas paralelas, la formacion de jardines al uno y otro lado de la calzada que sirve para el tránsito de los carruages, y de dos calles bien dispuestas que los dividiesen de esta, partiendo desde las puertas laterales; pero la escasez de aguas que en el dia esperimenta la casa ofrece un grave obstáculo para la realizacion de este proyecto.

A la derecha del palacio, y en un local á propósito existe una buena galeria de pinturas, en que el ilustre padre del Excmo. Sr. duque actual reunió muchos y excelentes cuadros de las mejores escuelas; así como una preciosa coleccion de vasos etruscos, que adquirió á gran costo en sus diferentes viages por Italia. Tambien hay varias obras de escultura, entre las que se admiran singularmente algunas ejecutadas por D. José Alvarez.

Tal es en resumen el palacio de Liria, tan justamente celebrado por cuantos amantes de las bellas artes han tenido ocasion de verlo: monumento ilustre que recordará á los siglos el fastuoso lujo que todavia ostentaba la aristocracia española al declinar el último periodo de su poder y grandeza.

F. M. de Sanjuan.

LA SEMANA SANTA EN TOLEDO.

Nadie duda que el lujo y ostentacion en los templos, el arreglo y decoro de las ceremonias sagradas que la iglesia ha dispuesto para la celebracion de sus sublimes misterios, elevan al verdaderamente cristiano a una region superior, conmueven su alma por las impresiones de los sentidos, y aun sin querer la transportan hasta el trono mismo de la divinidad. Materiales y de barro fabricados, necesitamos imágenes y signos que nos conmuevan y al vivo nos presenten lo que quiza de otro modo no se pudiera comprender.

Entre cuantas épocas celebra nuestro verdadero y religioso culto, ninguna mas célebre que la santa semana, en la que se recuerda nuestra redencion, y sus dolorosos misterios. En aquellos dias vestida de luto llora la iglesia los padecimientos del Salvador, le acompaña en todos ellos, hasta que recibiendo sus últimos suspiros reserva el cuerpo en un sepulcro. En semejante tiempo las ceremonias sagradas y misteriosas significaciones se multiplican en todo el orbe cristiano, y ya en ciudad populosa, ya en una miserable aldea se representa lo mismo, aunque con diversas decoraciones.

Con todo, para mas mover la devocion del pueblo el culto divino es en esa ocasion mas grave e imponente, y las procesiones, misereres, y demas piadosos ejercicios se ejecutan en cada pueblo con arreglo á su costumbre, añadiendo lo que se creyó oportuno para mover el corazon humano docil en verdad á estas sensaciones, si le acompaña una piadosa creencia, y una fé viva de aquello mismo que ve. He aqui el orígen verdadero de tantos estilos y costumbres populares en semejantes dias, mucho mas visibles, y de mas bulto, en las grandes capitales, donde los recursos son mayores, mas pudientes las clases, y por consiguiente mas brillante y ostentoso el resultado.

En tiempos mas felices, y en que no habia la penuria en que nos hallamos ¡cuanto de esto se admiraba en algunas catedrales! como se agolpaba la gente circunvecina a presenciar lo que siempre admiraba en las iglesias de Sevilla, Valencia, Santiago, y con especialidad en la primada de Toledo; con la que ninguna ha podido competir dentro y fuera de España sin esceptuar quiza la misma Roma, con todo el esplendor del solio pontificio. De buena gana haria una exacta descripcion de todo lo que un curioso tiene que ver en Toledo en época tan sagrada, tal como la gravedad, y magestuoso canto de las tinieblas, y la dulce aunque triste melodia con que se acompaña el miserere. Haria una reseña igualmente del Pontifical del jueves y viernes santo, del esplendor y brillo con que en aquellos dias se muestra al pueblo el prelado de la iglesia toledana y primado de las Españas cercado de 14 dignidades cubiertas con su mitras y de otra gran porcion de asistentes. No se me pasaria por alto la pública y solemne bendicion de los santos oleos, que se consagran y bendicen conforme al ritual romano en la mañana del jueves santo, ni la humilde ceremonia en que el mayor prelado de estos reinos laba y besa el pie desnudo de varios pobres vestidos de blancas túnicas, ni mucho menos la riqueza y preciosidad de los ternos, muebles y utensilios, que en esa época tienen su propio y peculiar uso, asi como tambien de tantos ejercicios y sermones, de tantos y tan variados monumentos, que se reproducen, y muestran sus tibios resplandores a la multitud que sucesivamente los va visitando, y que ora por devocion, ora por curiosidad no concurre a los templos sino en semejante ocasion.

Una descripcion por breve que fuese de todo lo indicado habia de ocupar mucho, y parecer al propio tiempo increible, al que no tuviese una idea de lo que es Toledo en semejantes dias, y escasa y diminuta al que haya tenido el gusto de estar una semana santa en esta ciudad, y en los tiempos en que el brillo de su catedral todo lo eclipsaba, y cuando su culto se acercaba mas y mas, al que recibirá el eterno de las potestades celestes en las regiones supremas. Con todo, para dar algunos matices á este cuadro y que no aparezca cual un desnudo y miserable bosquejo haremos, una ligera reseña de las diversas procesiones, que salen en Toledo por ese tiempo, en las que se encuentra mas originalidad que en las demas ceremonias de esa época sagrada, siendo aquellas una muda continuacion de los antiguos autos representados en otros tiempos en las calles y en las plazas, figuradas sus escenas por los grupos de esculturas llamadas pasos, que son llevados en las mismas procesiones, no

cediendo en nada las obras de esta clase, que existen en Toledo, á las ponderadas de Sevilla, Valencia y Madrid.

Antes de la invasion francesa salia el miércoles santo una devota procesion del convento de S. Juan de los Reyes, por la cofradia del Santísimo Cristo de la humildad. Tenia los siguientes pasos: *la oracion del huerto* con los apóstoles dormidos, a el cual acompañaban los gremios de albañiles y carpinteros, todos vestidos de serio. Seguia el del *improperio* representando a Jesus en la presencia de Anas, y recibiendo la sacrílega bofetada, y era acompañado por el arte de la seda. En seguida el Santísimo Cristo *de la humildad*, dispuesto a la crucificacion, y a los lados los religiosos de S. Francisco, cerrando la procesion, la dolorosa y un crucifijo. Todos estos pasos los quemaron los franceses, y solo algunas sagradas imagines se pudieron libertar del general destrozo.

El jueves santo sale otra procesion por la antiquísima cofradia de la Veracruz, fundada segun se cree, por Rodrigo Diaz de Vivar, alias *el Cid*. Su primer paso es la *cena*, al que acompañan albañiles y carpinteros. Sigue luego *Jesus con la cruz acuestas*, ayudado por el cirineo, y acompañan los del arte de la seda. Se admira en seguida el gran paso de la *elevacion de la cruz*, adornado con muchas esculturas é imagenes de judios, y delante en el mismo paso se vé una estatua de Moises con las tablas de la ley, y la misteriosa serpiente de metal, símbolo de nuestra redencion. A este paso acompañaba antes la venerable órden 3.ª. Sigue detras el crucifijo que llaman *de las aguas*, imagen de mucha veneracion en Toledo, una dolorosa, y un *lignum crucis*. Esta procesion salia antes del cármen calzado, y en la actualidad de la parroquia de la Magdalena, y tanto en esta, como en la que se dirá despues, no se guarda ya aquel rigoroso método y formalidad en las clases ó gremios que debian acompañar tal ó cual paso vestidos de ceremonia.

(*Se concluirá*).

N. Magan.

POESIA.

LOS DELEITES.

Abandonadme ya, tristes ensueños
Que pesais sobre el pecho estremecido;
Desde que vino el alba os he sentido
Mis palpitantes sienes golpear;
Y aun escucho en mi cérebro abrasado
Zumbar los ecos de letal tristeza,
Ora que el sol reclina su cabeza
En las ondas de púrpura del mar.

En vano con la plácida esperanza
De adormir las serpientes de mis penas,
Hice correr el opio por mis venas
Para templar su devorante ardor.
Continua agitacion, no blanda calma,
Vino á atizar la hoguera del martirio;
Sus espantosos sueños, su delirio
Doblaron con angustias mi dolor.

¡Tú, á quien no puedo resistir, concede
Breve descanso al ánima doliente;
Déjame ver al sol en Occidente
Recoger sus destellos y morir!
Siempre bañó mi corazon llagado
Con bálsamo dulcísimo esa hora;
Si ha de llegar la muerte con la aurora,
La miraré con júbilo venir.

Deja volver mi vista á lo que ha sido,
Y sobre un alma de cansancio llena,
Como gotas de lluvia sobre arena,
Las memorias estériles caerán.
No temas, no, que de mis secos ojos
Desprenda el llanto su raudal de duelo,
Que aun cuando pida lágrimas al cielo,
Lágrimas á mis ojos no vendrán.

Hay consuelos y vida para el alma,
Donde del áura al suspirar sonoro,
Se eleva un sol espléndido, de oro,
Sobre un cielo de nacar y zafir.
Hay un recuerdo allí, donde los mares
Besan las playas con amantes olas;
Donde riza entre sauces y amapolas
Su corriente de azul Guadalquivir.

Llevadme allá, Naturaleza amante
Deja al hombre gozarse en sus sonrisas;
Sus perfumes, sus ondas y sus brisas
Vuelven la vida al triste corazon.
Al traspasar la falda de la sierra
Respirando tu aliento, Andalucía,
Mi vista débil ya, deslumbraría
La clara luz de mi natal region.

Las copas de los sáuces de tus montes
Al viento flotan en la verde falda;
Como redes de plata entre esmeralda,
Los arroyos esparcen su cristal.
Y en tus selvas.... ¡cuán dulce ver la luna
Brillar por entre el lóbrego ramage,
Mientras cubre fantástico celage
Su blanca frente, cual sútil cendal!

Noches de amor! las plácidas orillas
Brindan con grutas de misterios llenas;
Llegan las ondas lánguidas, serenas,
A apagar de los sáuces el ardor.
¿Quién, respirando el delicioso ambiente,
No siente arder su pecho moribundo,
Si los suspiros del dormido mundo
Son un himno magnífico de amor?

Oh! cuando en medio de la espesa niebla
Que cubre aqui la atmósfera sombria,
Fantasmas de mi ardiente fantasía,
Descansais vuestras alas junto á mí,
Vuelve otra vez la juventud lozana
Con su séquito inmenso de ilusiones,
Y á todas nuestras mágicas visiones
Dá vida mi doliente frenesí.

Entonces pasa tu divina sombra,
Amante, Elvira, cual lo fuera un dia;
Vuelvo á escuchar tu voz, y todavia
Siento mi sangre al corazon correr.
Faltan voces al labio estremecido,
Y amorosos mis ojos como antes,
Clavo en tus ojos húmedos, brillantes
Con espresion celeste de placer.

Y otra vez vuelan rápidas las horas
En deleites divinos disipadas,

Y otra vez á tus lánguidas miradas
Late mi pecho con dichoso afan.
Y otra vez reclinado en las orillas,
Del pescador oyendo los cantares,
Jazmines, y violetas, y azahares
Sus perfumes dulcísimos nos dan.

Guadalquivir!... junto á tu verde orilla,
De tus valles floridos en la calma,
Las dulces ilusiones de mi alma
Nacer á un tiempo y marchitarse ví;
La tierra era un Edén, cuando en los aires
Trasparentes y azules sacudía
El cielo de cristal de Andalucía
Sus nubes de topacios sobre mí.

Vuela mi pensamiento dó la costa
Elévase de Cádiz encantada,
Cual la concha de Venus, arrullada
Por la espuma pacífica del mar.
Allí llegan, al soplo de las brisas,
Las blancas ondas de murmullo llenas,
Los miembros de marfil de sus sirenas
Con sus líquidas perlas á bañar.

Porqué aun resuenan en mi triste oido,
Del mar al eco, sus celestes cantos?
Porqué miro sus mágicos encantos,
Sus bellos rostros que formó el amor?
¿Por qué otra vez ¡oh Laura! como flechas,
En mi pecho tus cánticos se hunden,
Y el arpa, y los suspiros se confunden
En las noches sin fin de mi dolor?

*

¡Volad, volad, memorias! ¿que se han hecho
Las mujeres que amé, cándidas, puras?
Beben las unas heces y amarguras,
O yacen tristes en marmóreo lecho.
En rico carro, bajo ebúrneo techo,
Rameras otras, pérfidas, impuras,
Van á vender sus yertas hermosuras,
Sus secos labios, su insensible pecho.
Todas ya, sin amor, sin emociones,
A una dicha tristísima, mentida,
Rindieron sus ardientes corazones.
Pálidas sombras de ilusion perdida,
Dejadme sin mis fúlgidas visiones,
Pero pasad, aunque lleveis mi vida.

*

Llegad, bellos fantasmas de deleites!
Los que verteis en mágico conjuro,
De la mujer sobre el semblante puro
Blandas tintas de nacar y arrebol;
Los que bañando en nectar y delicias
Sus encantados labios de corales,
Nadais en sus sonrisas celestiales,
Cual astros en la atmósfera del sol.

Vosotros que girais, como las auras,
Entre sus negros, nítidos cabellos,
Cayendo en trenzas en sus hombros bellos,
Flotando en rizos en su blanca sien.
Vosotros, los que amantes, á su oido
Murmurais las palabras amorosas,
Cual la esperanza dulces, cariñosas,
Cual la esperanza pérfidas tambien.

Espíritus que en ojos seductores
Vibrais ardiente rayo, diamantino!
Los que velando su fulgor divino
Prestais mas languidez á la beldad!
Venid todos! espíritus, fantasmas,
Que inspirais los engaños, los amores,
Dejad encantos, y dejad dolores;
No imploro vuestras redes; mas llegad!

Os invoqué otro tiempo, y como Eva
La impura voz de la fatal serpiente,
Con atencion mi juventud ardiente
Vuestros mágicos cantos escuchó:
¿Donde mi dicha fué? la dulce calma
Huyó por siempre del doliente pecho;
El blando sueño abandonó mi lecho,
Y el porvenir sus puertas me cerró.

Este cansancio horrible que me abruma,
Sin hallar tregua á mi dolor profundo;
Los objetos que pasan en el mundo,
Estendiendo sus sombras sobre mí;
Este cuerpo que dobla cada dia
Triste la fiebre con su soplo ardiente,
Las arrugas precoces de mi frente,
¿Son esos los placeres que os pedí?

Si los perdidos cánticos de gloria
En la mar, en los aires escuchára;
Si á lo menos el alma se lanzára
Como otro tiempo en alas de la fé;
Si las espesas sombras qne me cercan
Un pensamiento grande disipase;
Si un fanal de esperanzas señalase
Término y ruta á mi cansado pié;

Si en las olas sin fin del Oceano,
Si en los llanos inmensos del desierto
Fuese á parar el pensamiento incierto,
Hallase norte su incansable imán;
Si el corazon latiese estremecido
Al eco del cañon en la batalla,
Bajo nubes preñadas de metralla,
Sobre el crater ardiente del volcan;

Ay! entonces la dicha encontraría
Que nunca alcanzo, mas que siempre sigo;
La tierra esteril me ofreciera abrigo,
Y ancho camino abriera á mi ambicion.
Mas es en vano ya; mi mente inquieta
En miserable círculo se agita;
No cual antes frenético palpita
Con gloria y con amor mi corazon.

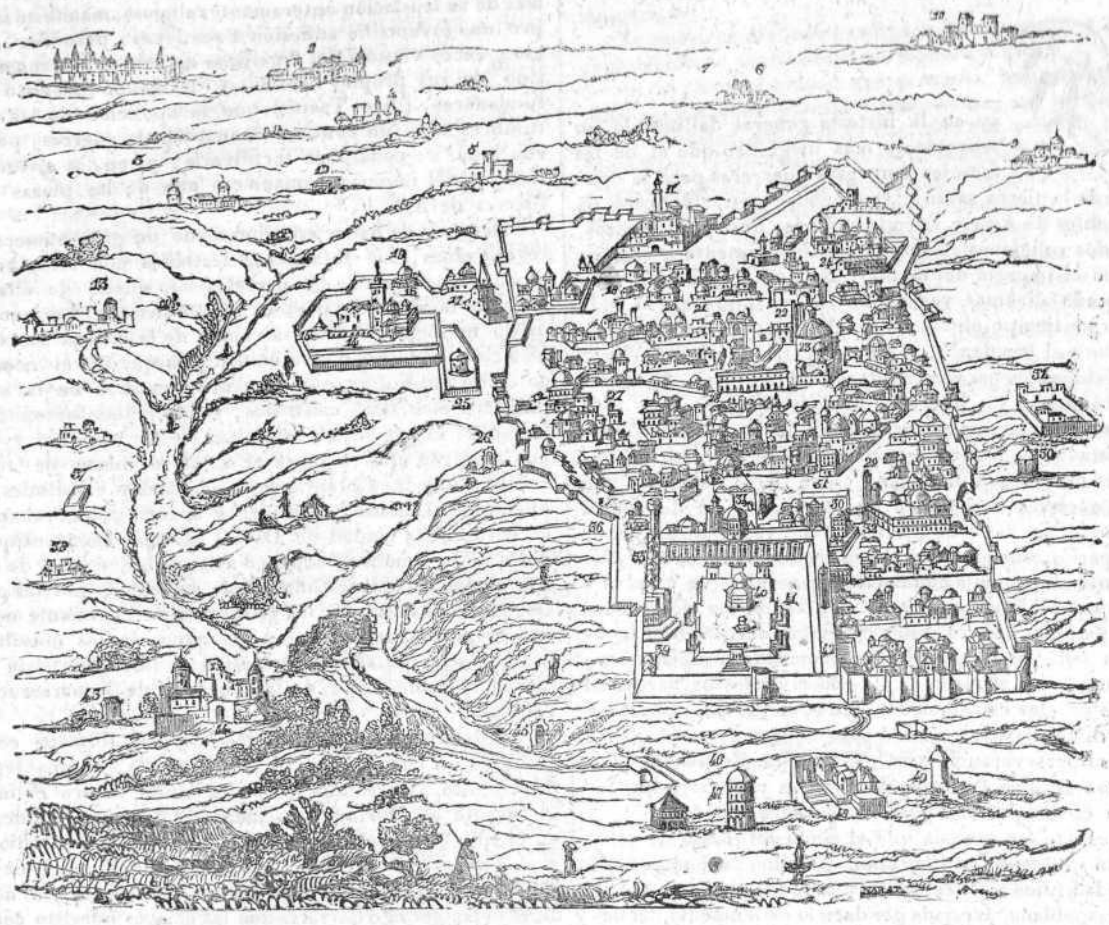
*

Crecen dos palmas su ramage alzaudo,
En orillas opuestas de un torrente;
Sin juntar nunca su follage ardiente,
Sin unirse jamas, mas siempre amando.
Crecen, sus ramas tristes inclinando,
Hasta que airado el ábrego inclemente,
Las sepulta á la par en la corriente,
Juntos sus troncos á la mar llevando.
Asi tambien tu suerte de mi suerte,
Separa, ¡oh Julia! piélago enemigo,
Y muero solo, y mísero sin verte.
En vano en mi delirio te persigo,
Que en las espesas sombras de la muerte
La tumba sola me unirá contigo.

SALVADOR BERMUDEZ DE CASTRO.

Se suscribe al Semanario Pintoresco en Madrid en la librería de Jordan calle de Carretas, y en la de la Viuda de Paz frente á las Covachuelas. En las provincias en las administraciones de correos y principales librerías. Precio de suscriccion en Madrid. Por un mes *cuatro* reales. Por seis meses *veinte* reales. Por un año *treinta y seis* reales. En las Provincias *franco de porte*. Por tres meses *catorce* reales. Por seis meses *veinte y cuatro* reales. Por un año *cuarenta y ocho* reales.
Las cartas y reclamaciones se dirigirán francas de porte *á la Administracion del Semanario*, calle de la Villa, número 6, cuarto principal.

MADRID IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.



JERUSALEN.

ESPLICACION DEL PLANO.

1 Belen.
2 Buticella.
3 Lugar donde nació Jesus.
4 Sitio en que nació Elías,
5 Morada de Simeon.
6 Punto donde nació Abacúc.
7 Montañas de Judá.
8 Muros arruinados.
9 Iglesia de los moros.
10 Castillo de Emaus.
11 Castillo de Pisa.
12 Sitio donde se apareció la estrella á los magos.
13 Villa del mal concilio.
14 Monte Sion.
15 Puerta de Sion.
16 Sitio donde murió la Vírgen.
17 Palacio de Caifás.
18 Casa del evangelista S. Marcos.
19 Cementerio de los cristianos.
20 Lugar donde la Vírgen y Santa Ana encontraron á Jesus.
21 Sitio donde fue apresado S. Pedro.
22 Cárceles de los turcos.
23 El santo sepulcro.
24 La puerta de hierro.
25 Sitio donde lloró S. Pedro.
26 Punto donde los judios querian ocultar el cuerpo de la Vírgen.
27 Plaza de los judíos.
28 Bazar.
29 Sitio donde fue detenido Simon Cirineo.
30 Iglesia de nuestra Sra.
31 Sello de los tres reyes.
32 Palacio de Herodes.
34 Palacio de los patriarcas.
35 Torre de los turcos.
36 Puerta de la Estrella.
37 Campo Santo.
38 Sepulcro de Raquel.
39 Morada de los frailes menores.
40 Iglesia actual.
41 Plaza de la Iglesia.
42 La célebre piscina.
43 Sitio donde los judíos ocultaban el fuego santo.
44 Casa de las mujeres de Salomon.
45 Fuente de la Vírgen.
46 Torrente de Cedron.
47 Sepulcro de Absalon.
48 Enfermería.
49 Sepulcro de nuestra Sra. en el que se ocultaba el apostol Santiago.
50 Sello de los apóstoles.
51 Sitio donde Jesucristo dijo á las hijas de Jerusalen: "no lloreis sobre mí."

JERUSALEN

EN LA ÉPOCA DE LAS CRUZADAS.

Hay en la historia general del mundo un espectáculo mas magnífico que el de las famosas empresas guerreras para la conquista de la tierra santa? ¡Qué cuadro, en efecto el de los pueblos de Asia y Europa armados unos contra otros, el de dos religiones atacándose recíprocamente y disputándose el imperio del mundo! Despues de haberse visto amenazado diversas veces por los musulmanes, siendo por largo tiempo objeto de sus invasiones, se despierta de pronto el occidente, y parece tratar de desprenderse de sus cimientos para precipitarse sobre el Asia. Los pueblos abandonan sus intereses, sus rivalidades; y en toda la tierra solo ven una comarca digna de la ambicion de los conquistadores, juzgando que en todo el universo no habia otra ciudad que Jerusalen, otra tierra habitable que la que encierra el sepulcro de Jesucristo. La desolacion se esparce por todo el Oriente, y los restos dispersos de los imperios señalaban los caminos que conducen á la ciudad Santa. En aquella conmocion general se ve á las virtudes mas sublimes mezcladas con todos los desórdenes de las pasiones: los soldados cristianos arrostran el hambre, la sed, las fatigas, las enfermedades propias de un clima nuevo, y el rigor de las armas de los bárbaros: en las mas crueles estremidades, enmedio de sus escesos y de sus discordias que á cada paso renacian, nada puede cansar su perseverancia y su resignacion. En fin, despues de cuatro años de trabajos, de miserias y de victorias, Jerusalen es conquistada por los cruzados.

Tales son los sucesos que el genio del Tasso ha celebrado en su *Jerusalen libertada*: «Destino curioso es el de esta ciudad (dice Mr. Mazuy en una de sus notas); solitaria y casi despoblada, arrojada por decirlo así enmedio del desierto, ha escitado en todas épocas el celo religioso de las poblaciones. Los judios lloran aun por Jerusalen, y sus tribus dispersas solo alimentan la esperanza de ir á morir bajo el olivo de sus antepasados, y encontrar un asilo bajo la piedra funeraria de las riveras del Jordan. Los musulmanes consideran asimismo á Jerusalen como la ciudad santa, la ciudad privilegiada, y Mahoma prometió sus recompensas á los creyentes que vayan á visitarla. Los cristianos han rodeado á Jerusalen con el velo de un culto mistico; y sobre todo en la edad media la ciudad santa llegó á ser en cierto modo la imagen de aquella Jerusalen celestial de que habla San Bernardo con tanto entusiasmo. En el dia Jerusalen es un objeto de peregrinaciones históricas; mas de un sabio, mas de un poeta han ido á recibir inspiraciones sobre sus ruinas; dígnlo las bellas descripciones que nos han quedado desde el *Itinerario* de Chateaubriand hasta la *correspondencia* de Michaud y Ponjoulat y el *Viage* de Lamartine....»

La historia suministra pocas nociones positivas sobre la fundacion y el orígen de Jerusalen La opinion general es que Melchisedec llamado en la sagrada escritura rey de Salem, tenia en ella su residencia: en seguida fue capital de los Jebuseos, lo que la hizo tomar nombre de Jebus. Es pues probable que del nombre de *Jebus* y del de *Salém* que significan *Vision*, y *mansion de la paz* se formase el nombre de *Jerusalen* que se la daba en tiempo de los reyes de Judá. Desde la mas remota antigüedad, Jerusalen no cedia en magnificencia á ninguna de las ciudades de Asia, y Jeremias la llama *ciudad admirable* á causa de su belleza. David la titula la mas ilustre y gloriosa de todas las ciudades de Oriente. Por la naturaleza de su lejislacion enteramente religiosa, manifestó siempre una invencible adhesion á sus leyes; pero fue muchas veces víctima del fanatismo no solo de sus enemigos sino de sus propios habitantes. Habiendo previsto sus fundadores, (dice Tácito) que la oposicion de las costumbres seria un continuo manantial de guerras, pusieron todo su conato en fortificarla, y en los primeros tiempos del imperio romano era una de las plazas mas fuertes de Asia.

Despues de haber esperimentado un gran número de revoluciones, fue totalmente destruida por Tito, y segun las amenazas de los profetas solo quedó de ella un horrible monton de piedras. El emperador Adriano demolió en seguida hasta las ruinas de la ciudad santa, é hizo construir una nueva ciudad á la que dió el nombre de *Aelia Capitolina* para que nada quedase de la antigua Jerusalen. Los cristianos, y los judios fueron desterrados: el paganismo erigió sus ídolos, y Júpiter y Venus tuvieron altares sobre el sepulcro mismo de Jesucristo. Enmedio de tantas profanaciones y vicisitudes, los pueblos de Oriente y Occidente apenas conservaban el recuerdo de la ciudad de David, cuando Constantino la devolvió su nombre, convocó á los fieles, é hizo de ella una ciudad cristiana. Conquistada en seguida por los persas, reconquistada por los griegos, cayo finalmente como una presa ensangrentada en las manos de los musulmanes que se disputaban su posesion, y llevaban hasta sus muros el doble azote de la guerra y de la persecucion religiosa.

Jerusalen en tiempo de las cruzadas formaba como en el dia un cuadro mas largo que ancho, de una legua de circuito. Encerraba en su estension cuatro colinas: al Oriente el *Moriah* ó la mezquita de Omar, edificada en el sitio que ocupó el templo de Salomon: al mediodia y al poniente el *Acra* que ocupaba todo el ancho de la ciudad: al norte el *Bezetha* ó la ciudad nueva; y al nordeste el *Golgotha* ó Calvario que los griegos miraban como centro del mundo y sobre el cual se elevaba la iglesia de la Resurreccion. En el estado en que se hallaba entonces Jerusalen habia perdido mucho de su fortaleza y estension. El monte Sion, no estaba ya encerrado en su recinto y dominaba sus murallas entre el mediodia y Occidente: los tres vallados que circuian sus muros habian sido terraplenados en diferentes sitios por Adriano, y el acceso de la plaza era mucho menos difícil sobre todo por la parte del Norte.

El plano de Jerusalen que damos á nuestros lectores es referente á aquella época en que Godofredo de Bouillon y los cruzados acababan de hacerse dueños de la ciudad. Muchos de los monumentos que arriba se mencionan han desaparecido, y el cuadro mas completo de los que aun existen puede resumirse en los siguientes.

1.° La casa del pontífice Anás cerca de la puerta de David al pie del monte Sion. Los armenios han hecho allí una iglesia.

2.° El sitio de la aparicion del Salvador á María Magdalena, María madre de Santiago y María Salomé, entre el castillo y la puerta del monte Sion.

3.° La casa de Simon el fariseo, donde Magdalena confesó sus errores.

4.° El monasterio de Santa Ana madre de la Vírgen y la gruta de la Concepcion debajo de la iglesia del monasterio.

5.° La carcel de San Pedro cerca del Calvario: en sus

viejos muros se enseñan las escarpias de hierro que sujetaban las cadenas.

6.° La casa del Zebedeo, muy cerca de la carcel de San Pedro.

7.° La casa de María madre de Juan Marcos, donde San Pedro se retiró cuando le salvó el angel.

8.° Lugar del martirio de Santiago el mayor donde hay un convento de armenios.

Pero el monumento mas notable, el mas noble, el mas venerado de todos los edificios cristianos, es el *Santo sepulcro*. Deshiades, embajador de Luis XIII cerca de la Puerta Otomana, que visitó la ciudad santa en 1627, nos dejó una descripcion tan exacta del santo sepulcro que creemos de nuestro deber reproducirla á la letra, porque ha tenido poca ó ninguna variacion.

«La iglesia del santo sepulcro, dice, es muy irregular, y antes se entraba á ella por tres puertas, pero en el dia no hay mas que una, cuyas llaves guardan cuidadosamente los turcos, á fin de que no entren los peregrinos en el templo sin pagar los nueve *cequies* que les estan impuestos: á la entrada en la iglesia se encuentra la piedra de la uncion sobre la cual fué ungido de mirra y de aloe el cuerpo de nuestro Señor. Algunos afirman que es de la misma roca del monte Calvario; otros aseguran que fue conducida á aquel sitio por dos discípulos secretos de Jesucristo. Sea lo que quiera, la indiscrecion de los peregrinos que arrancaban de ella pedazos, ha obligado á cubrirla de marmol blanco y rodearla de una balaustrada de hierro.

A treinta pasos de aquella piedra se halla el santo sepulcro, que es como un pequeño gabinete practicado en una roca viva á punta de cincel: la puerta principal solo tiene cuatro pies de elevacion, de forma que es preciso inclinarse para entrar en él. Su interior es casi cuadrado, y en su centro se vé una mesa de piedra sobre la que fue colocado el cuerpo del Salvador: pero la supersticion de los orientales que creian que habiendo dejado sus cabellos sobre aquella piedra no los abandonaria Dios, ha obligado á cubrirla de marmol blanco. Hay en aquel santo lugar cuarenta y cuatro lámparas que arden continuamente.

«A doce pasos del santo sepulcro se encuentra una gran piedra de marmol negro que señala el sitio donde Jesus se dejó ver de Magdalena en forma de jardinero. Mas adelante está la capilla de la aparicion, donde segun tradicion se apareció Jesucristo á su madre la primera vez despues de la resureccion. Continuando en la vuelta por el interior de la iglesia se encuentra una capilla pequeña embovedada que tiene siete pies de largo por seis de ancho, llamada *la carcel de Cristo*, porque en aquel sitio fue puesto mientras hacian el hoyo para la cruz. Inmediato hay otra capillita de cinco pies de largo por tres de ancho, que es el sitio donde nuestro Señor fue desnudado por los soldados antes de clavarle en la cruz.

«Al salir de esta última capilla á mano izquierda se encuentra una gran escalera, que conduce al lugar donde se hallaron la santa cruz, los clavos, la corona de espinas y el hierro de la lanza, que habian estado allí ocultos durante mas de trescientos años. A diez pasos de esta capilla se vé una estrecha escalera que conduce al monte *Calvario*. Este lugar que en otros tiempos fue tan ignominioso, santificado con la sangre del Salvador los primeros cristianos cuidaron de él muy particularmente, y despues de haber limpiado las inmundicias y quitado toda la tierra que le cubria, le rodearon de tapias, y en el dia es una capilla elevada incluida en el recinto del templo. Al otro lado, que es al mediodia está el lugar donde fué levantada la santa cruz: se vé aun el hoyo practicado en la roca que tiene cerca de pie y medio de profundidad, á mas de la tierra que le obstruye. Muy inmediato está el lugar donde se elevaron las cruces de los dos ladrones, y para honrar aquel sitio arden continuamente cincuenta lámparas.»

En nuestros dias no es tampoco Jerusalen como se han complacido en pintárnosle un monton informe y confuso de ruinas; es una ciudad que presenta noblemente á la vista sus murallas intactas y almenadas, sus mezquitas y sus columnatas, millares de capiteles que reflejan los rayos del sol, sus antiguas torres defendiendo las murallas, á las cuales no falta ni una piedra, ni una tronera, ni una almena: y en medio de aquel Océano de casas y de torres solo se distingue el *santo sepulcro* y el *calvario* confundidos entre los edificios que los rodean. Es dificil de esplicar de este modo el lugar que ocupan el calvario y el sepulcro, que segun las ideas que nos suministra el evangelio deberian hallarse sobre una colina retirada, estramuros y no en el centro de Jerusalen.

Tal es el aspecto de la ciudad desde la cima del *monte de las olivas*. Esta montaña desciende en un rápido declive hasta el profundo abismo que la separa de Jerusalen, llamado el *valle de Josafat*: valle célebre en las tradiciones de los judios, de los cristianos y de los mahometanos, acordes todos en colocar en aquel sitio la terrible escena del juicio final.

AGRICULTURA.

LAS PALMERAS.

La agricultura, aunque enlazada íntimamente con todas las ciencias naturales, es una ciencia independiente, que posee un orden de verdades que exclusivamente la pertenecen. Todos los que hasta aquí se han ocupado en perfeccionarla, han ido amontonando en voluminosos libros un gran número de métodos, procedimientos y prácticas de cultivo canonizadas por la rutina y la costumbre, y solo aplicables al pais en que escribian. Pero ya es tiempo, que deduciendo de la multitud de hechos observados reglas y preceptos generales, elevemos á la agricultura al digno rango de ciencia fundada en principios fijos é invariables. Lo alcanzaremos, si seguimos el camino que la misma naturaleza nos enseña, que es el estudio de las plantas, y de los agentes de la vegetacion. No estamos en el caso de comparar, como lo hacia Tournefort, el acrecentamiento de los vegetales al de los minerales. Las plantas son unos seres que gozan de vida, tienen sus necesidades que satisfacer, y estas son el resultado necesario de su organizacion; y asi como varia esta entre un cuadrúpedo, un ave, un reptil, un pez y un insecto; del mismo modo existen diferencias muy marcadas en la organizacion y por consiguiente en las necesidades de las diversas familias, géneros y aun especies de plantas.

Entre los muchos y preciosos vegetales que poseemos hace siglos, y que nos proporcionan un esquisito y sabroso fruto, tenemos la palmera, cuyo cultivo en grande se ha hecho en España el patrimonio de un solo pueblo, y pudiera extenderse ventajosamente por todas las costas del mediodia y con especialidad en las localidades mas resguardadas de los vientos frios del norte. Parecerá atrevimiento que yo escriba sobre el cultivo de la palmera despues de tantos y tan célebres autores como han tratado de esta materia; pero no haré mas que ir espigando por el fertil campo que aquellos recorrieron.

El exámen de la organizacion de la palmera nos manifiesta que no es un arbol como los demas: su tronco tiene un diámetro igual en toda su longitud, sin corteza, lo que parece tal, es el residuo de las estremidades de las hojas que cayeron; no se ramifica, la fuerza y centro de su vegetacion se hallan en su estremidad superior, si se corta por su tronco ó hastil no vuelve á brotar como los demas árboles; en su interior no se observan capas concéntricas de madera sobrepuestas, ni conducto ó estuche medular, solo fibras leñosas entrecruzadas irregularmente y sus espacios llenos de substancia medular; su semilla se parece á la de un grano de trigo; sus raices son fibrosas, mas parecen destinadas para sostener al vegetal que para suministrarle un abundante alimento, y se prueba, en que la palmera vive en terrenos arenosos y secos en donde el escesivo calor y aridez del terreno no le permite al hombre otro cultivo. Todas las plantas tienen dos séxos, siendo las mas hermafroditas, mas la palmera es unisexual con los órganos de la generacion en diferente pie de planta; por cuya razon los agricultores aproximan las flores del macho á la hembra y aun sacuden el polvo fecundante para que impregnando mas número de flores femeninas resulte mayor cantidad de frutos. Del estado de las flores se deduce el momento mas favorable para practicar dicha operacion, y aunque pudiera manifestar las señales que indican su oportunidad, me ha parecido conveniente tratar este asunto con estension en un artículo en que hablaré de la hibridacion natural y artificial de las plantas.

La multiplicacion de la palmera puede ser por semilla, pero tarda muchos años su desarrollo; es preferible por hijuelos ó cogollos, porque con este método se consiguen mas hembras y se eligen las castas de fruto mas esquisito, no despreciando el primer medio porque es el único que nos puede proporcionar nuevas variedades quizá superiores á todas las conocidas. El agente esencial del crecimiento de la palmera es la yema terminal que existe en la parte superior y céntrica de su tronco: si se cortára pereceria la planta. En la áxila de toda hoja hay una yema que generalmente aborta en el arbol en cuestion, porque absorve toda la fuerza de accion la que se halla en el ápice, pero cuando á esta se le impide ó mas bien distrae su desarrollo cortando por su base todo el hacecillo de hojas que nacen de su centro, se la obliga á arrojar otros brotes laterales, que pudieran muy bien figurar con el tiempo como unas ramas, y cuando no, servirnos para propagacion de la palmera que nos pareciera mas útil.

El datil es el fruto que nos suministra tan precioso vegetal: todos nuestros esfuerzos deben dirigirse á perfeccionar su maduracion. Hay muchas variedades de dátiles diferentes por su grosor y por el gusto: mas en España se conocen dos castas que son dulces y ásperos. Los primeros se comen como salen del arbol sin previa preparacion, y son sabrosos y gratos al paladar: los segundos no son comestibles sino despues de rociarlos con vinagre y de sufrir una especie de fermentacion. Tanto para la mejora de los primeros, como para evitar el procedimiento á que se sujetaron los segundos convendrá comprender el fenómeno de la maduracion de todos los frutos. Desde el momento que la flor femenina, que es la que tiene el rudimento del fruto, recibe el impulso vital del poder fecundante que desprende la flor de la palmera macho, principia una vida activa, atrae hácia sí el jugo nutritivo en cuanta cantidad le es dable, y le permitan las circunstancias de la planta. El fruto entonces principia á desarrollarse y crecer, cuya marcha pudiera el hombre muy bien favorecer con un largo y benéfico riego, sin necesidad de repetirse mas esta operacion. Crecido ya el fruto, principia este á elaborar los jugos que tiene, cuya accion es puramente local y no depende del arbol, sino del mismo datil. El agente que determina la maduracion y desenvuelve la materia azucarada es el calor, y el cultivador podrá emplear cuantos procedimientos crea capaces de aumentar su accion sobre el fruto ó bien sobre la planta en su totalidad. Con este fin se plantarán en tierras calientes, esto es, en las que prepondere la silice ó arena, y sino las hay la mano del hombre modificará el terreno. Se elegirá la exposicion al mediodia como la mas caliente, y si la localidad estuviere resguardada de los vientos del norte por una montaña, por su inclinacion ú otra cualquiera causa seria mas conveniente. La experiencia ha confirmado que los frutos engruesan mucho mas y maduran mejor cuanto menos azotadas se hallen las plantas de vientos fuertes, por cuya razon se procurará una exposicion privilegiada.

Si la maduracion en efecto es un fenómeno local del fruto, introduciendo los dátiles en vasijas de cristal ó vidrio reflejando los rayos del calórico, y aumentando su accion, se perfeccionará y acelerará indudablemente. Se obtendrán resultados ventajosos cubriendo tambien los dátiles con sacos de crin y con cualquiera cuerpo negro, que tienen la propiedad como todos saben de aumentar el calor. Es preciso combinar todos los agentes de la vegetacion, de modo que riegos, labores, abonos, conspiren á un mismo fin. En los años y localides húmedas, la savia entra en el fruto en abundancia, pero sale insípida por no poder elaborarla: hé aqui porque no deben plantarse las palmeras junto á riachuelos ó parages húmedos á no ser en un pais ó localidad muy ardiente. En donde el riego suple la falta de lluvia se aplicará abundante en épocas oportunas, pero de ninguna manera se debe detener el agua en el hoyo hecho á propósito al pie del tronco, porque lleva el riesgo de podrirse, y las raices no absorven sino por sus estremidades mas filamentosas que son las mas lejanas.

Este vegetal es de los mas productivos al labrador, no solo por el fruto, sino que se utiliza de sus hojas, del jugo, de las raices con las que se hacen sogas, y hasta el hueso del dátil molido se aprovecha para el alimento del ganado de cerda. Los habitantes de las costas meridionales hallarian un recurso para remediar la pérdida de sus mieses ocasionada por la falta de agua en donde suelen trascurrir muchos meses sin caer una gota. El cultivo en grande de las palmeras atraeria el comercio tanto interior como esterior de su fruto, y no echariamos menos los muchos millones que nos dejaba la barrilla de Alicante.

JOSE ECHEGARAY.



LA SEMANA SANTA EN TOLEDO.

(Conclusion. Véase el número anterior).

El viernes santo por la tarde sale de la parroquia muzarabe de santa Justa la otra procesion, por la cofradía de la Soledad: delante va un crucifijo, y en seguida un paso de grandísima elevacion, que representa el *Descendimiento* con muchas imagenes. Luego una cruz sencilla, y al llegar a este trozo de procesion acompañaban antes por un lado y otro el gremio de sastres, vestidos de calzon de terciopelo, media de seda, y un corpiño ó tonelete de olandilla negra, que terminaba en un gorro piramidal, con caidas a la cara, y espaldas, dejando cubierto el rostro, como con mascara, los cuales eran llamados vulgarmente *Mariquitas las negras*; llevaban su pito y tamboril enlutados, y uno enmedio con una bandera arrastrando, pintada en ella el sol, luna y estrellas. Estos disfraces, por dar margen a irreverencias y escandalos, fueron justamente suprimidos, como se advirtió el año 1824 que salieron en esa forma por estar aqui SS. MM; siguen luego (y esto se conserva) 27 armados de cota de malla con sus hermosos yelmos, petos y espaldares de fino acero, un tonelete de seda, espada al cinto, y empuñando grandes alabardas. Todos estos son del arte de la seda, y van en dos filas caminando enmedio el que llaman maestro de campos, con armadura completa sumamente preciosa, cuyos embutidos son todos de oro cincelado; lleva un gran coleto de ante, y un cetro de madera en una mano; van ademas el alferez con la lanza arrastrando, el abanderado con una bandera por el suelo, semejante a la que dije poco hace. Estos no llevan rodela; pero si la tiene un chico pequeño, que sigue luego tambien armado completamente, y el que llaman *Morrillel* armado, pero sin yelmo y con solo un bacinete en la cabeza, rodela y espadin, cubierto el rostro con un velo. Recorriendo toda la armada va de arriba abajo el que llaman sargento, con su alabarda, la punta mirando a la tierra, y sin tocar a ella escepto en la catedral, que la vuelve. Todo este acompañamiento viene de muy antiguo, vinculado en el gremio del arte de

la seda, y de ellos el mas antiguo es el gefe, nombrandose los demas oficios en junta. El ir armados quiere representar la custodia de soldados romanos, que guardó el sepulcro del Señor, pues en medio de ese acompañamiento va el paso del sepulcro, segun se representa en la lamina, en la que va figurado este trozo de procesion, a la que cierran el estandarte y nuestra Señora de la soledad de santa Justa.

Tanto en esta, como en la anterior procesion, van trompeteros vestidos de sacos negros, y cubiertos de sendos antifaces, anunciando su llegada con lúgubres sonidos, llevando el mismo trage los que reparten la cera, y llevan en hombros los pasos.

Antiguamente salian en estas procesiones gran número de penitentes y disciplinantes azotandose publicamente, lo que posteriormente fue prohibido, conservandose aun en Toledo esas y otras costumbres, por espacio de algunos años, despues de la prohibicion, justamente hecha, por ocasionar escandalos, y disipaciones en la agitada multitud, que en semejantes dias anda por las calles visitando los sagrados monumentos, y toma á veces como diversion, lo que en otro tiempo fue establecido para la mejor contemplacion de los misterios mas sublimes que tiene nuestra santa religion.

Descripcion del monumento de la catedral (1).

Una de las cosas que mas admiran, y casi la principal que vienen á ver los inumerables curiosos de todas partes, que en la época de la semana santa concurren á la ciudad de Toledo, es el decantado y precioso *monumento* de su catedral. Mucho, es verdad, llama la atencion en aquel tiempo santo la grandeza y dignidad conque se celebran los oficios divinos en esta primada iglesia, lo imponente de las procesiones y demas sagradas ceremonias; pero la vista sorprendente del monumento iluminado, y la riqueza estremada de su construccion y adornos, cuyo valor desmesurado pocos pueden figurarse, arrebatan mas que todo al espectador, que nunca pudo representar en su mente un conjunto y reunion aglomerada de esa clase.

Sensible es á la verdad, que, la estremada decadencia, ó pobreza mas bien á que ha llegado la reina de las iglesias, orgullo en otro tiempo de nuestra creencia nacional, no permita en estos últimos años á su obra y fabrica, por los gastos que trae consigo de planteo y alumbrado, la colocacion de este grande monumento, y sí que le sustituya otro, sumamente mezquino, que se pone en la capilla del sagrario. Con todo, para dar mejor idea á los que hayan visto esa máquina, y para que se formen otra adecuada los que no hayan tenido el gusto de examinarla, daré una descripcion exacta de este monumento.

El monumento que antes habia en esta catedral, al que sustituyó el nuevo, era todo de pasta, madera y lienzos, pintado en 1668 por los famosos Ricci y Carreño, y nunca mereció los elogios que, con su acostumbrada prodigalidad, les da por esa obra Palomino, pues estaba lleno de columnas salomónicas, cartelones y follages; lo cual movió á principios de este siglo la construccion del moderno monumento, por orden del cardenal D. Luis de Borbon, y siendo obrero D. Francisco Perez Sedano. Se concluyó de todo punto esta obra en 1807, y á su estreno fue inumerable la concurrencia de forasteros que acudió á esta ciudad, tanto que por aquellos dias estaban intransitables sus calles y plazas.

Este monumento es todo de madera pintada, é imitada á mármoles, con la mayor perfeccion: le trazó y dirigió el arquitecto D. Ignacio Haam, que lo era entonces titular de esta iglesia. Se arma debajo de las dos últimas bóvedas de la nave mayor, y su planta y arreglo interior es de lo mas sólido y bien combinado que puede imaginarse. Multitud de pies derechos y escalinatas sostienen la graderia, y al hermoso tabernáculo dos órdenes de vigas ó pies derechos, en estremo grandes, que forman dos circulos, uno incluido en el otro, y sujeto todo el maderamen con multitud de tornillos, argollas y barretas de yerro, con tanta solidez que mas parece obra perpetua, que un monumento, que ha de servir un solo dia. Presenta aquel una sola fachada, pero imponente y respetuosa. Forma su primer término una pequeña graderia, á cuyos estremos, sobre dos plintos que estan á su nivel se admiran 4 estátuas (dos á cada lado) mas que del grandor natural, y trabajadas en madera, imitando en su pintura al alabastro con suma perfeccion. Representan soldados vestidos á la romana, 2 en pie con sus lanzas, como guardando el sepulcro del Señor, y los otros sentados en graciosas actitudes; y todos son obra de D. Joaquin Aralí famoso escultor y vecino que fue de Madrid.

Pasado este primer descanso arranca otra graderia, que en su parte céntrica vá disminuyéndose, hasta el mismo tabernáculo, y por los lados guarda la forma circular, con peldaños muchos mayores imitados al mármol negro, y en el propio sitio están una á cada estremo dos escalerillas, con barandillas de hierro para subir al tabernáculo. En el promedio de esta escalinata, sobre plintos, están dos ángeles mancebos, del natural, arrodillados en actitud de adoracion, obra de D. José Antonio Tolch, terminando esta graderia en un plano circular de 6 varas y media de diámeto, donde sienta el precioso y nunca bastante alabado tabernáculo.

Es este de órden corintio, y le componen 16 columnas imitadas á mármol de 4 varas de altura solo su fuste, con basas y capiteles perfectamente dorados, y formando cuatro hermosos grupos, reciben todo el cornisamento que tiene mas de una vara de elevacion, con su arquitrave, friso y cornisa, todo enriquecido con las doradas molduras que corresponden á ese órden, y guardando la figura circular, con cuatro proyecturas á los repetidos grupos de columnas. Sobre esto carga el sotabanco, y la hermosa cúpula ó media naranja llena por fuera de fajas, recuadros y festones dorados, y por el interior de casetones divididos por cintas, con florones en su centro, los cuales van en disminucion hasta la clave, encubierta por uno mayor. Sobre el mismo sotabanco sientan ocho ángeles mancebos, dos en cada proyectura de la cornisa, sobre la que se apoyan y tienen en sus manos repartidos todos los atributos de la Pasion, cuyas estátuas son obra de D. Mariano Salvatierra, y en la cúspide de la cúpula sobre un grupo de nubes descansa una gran estátua de la fé de 10 pies de elevacion, ejecutada por el ya citado Aralí.

En lo interior del tabernáculo, sobre un zócalo, se eleva una urna sepulcral, disminuida por el inferior, sostenida por grifos y adornada con guirnaldas y festones dorados, dentro de la cual se encierra la sagrada hostia el jueves santo. Coronan esta urna dos ángeles niños llorando y un grupo de gloria en la parte superior con ráfagas y querubines, obra toda de D. José Tolch, ejecu-

(1) *La vista del magnífico monumento de Toledo se esta grabando, y se dara en la entrega próxima del* Semanario.

tada con la mayor delicadeza. Toda la demas obra de este bien ejecutado tabernáculo corrió por direccion de los escultores D. Narciso Aldebo, y D. José Ripoll por 171.600 rs. Todas las estátuas que llevamos referidas tuvieron de costa mas de 200,000 rs. La graderia y planta que ejecutó Eugenio Alemau, sin hacer cuenta de la madera y colores para el pintado que todo ascendió á mas de 120000 rs. tuvo de costa 191,224 rs. Todo el hierro de barandillas y tornillaje costó 140000 rs., de forma que asciende á unos 800.000 rs. el coste del citado monumento, sin contar pabellon ni colgadura, que es su mas bello y ostentoso ornamento.

Este riquísimo pabellon es de seda encarnada, y oro, cuyas ambas cosas tiene con la mayor profusion. De sarga carmesí tiene 942 varas, y no es de estrañar esa magnitud, pues tiene su principio desde la misma bóveda superior del templo, á la que se fija, por medio de un anillo circular, donde se prende el pabellon que baja luego ensanchándose con la mayor gracia, hasta que á cierta altura se figura cojido por unos moños ó figurados lazos, y cae luego recto, formando un semicírculo que abraza gran parte del monumento. Su preciosa cenefa ó figurado rebes es de glasé de oro finísimo con fleco de 3 cuartas de largo, realzando tambien á este pabellon 293 estrellas bordadas de oro y sembradas en su interior (conteniendo cada una media onza de este metal), asi como unas dobles caidas que agracian, formando ondas, el mismo anillo del que salen varios cordones con borlas de oro, de grandor desmesurado, que cuelgan cruzándose por delante. Todo el coste de este pabellon con oro, seda y hechuras pasó de 400,000 reales. ¿Y que diré de la costosa colgadura de terciopelo carmesí, con galon y fleco de oro, que adorna los lados del monumento, cojiendo los postes de la nave mayor, y formando la mas completa armonía con el pabellon? Solo se puede hacer juicio de su preciosidad, sabiendo que el galon y fleco que la embellece tiene sobre 600 onzas de oro y de terciopelo 2000 varas, y que todo su coste ascendió á mas 400,000 reales.

Para iluminar, en su mayor elevacion, el citado pabellon y colgadura se consigue este objeto por medio de una gran cruz de bronce dorado, de mas de cinco varas de altura, la que, en medio de la nave, queda suspendida en el aire, pendiente de una maroma de seda, fija en la bóveda. Esta cruz se ilumina completamente por 222 luces, que tiene repartidas, cuyos mecheros reciben las 8 arrobas de aceite que consume, de los cajones de bronce dorado á fuego que forman su esterior cubierta ó superficie, y solo el que lo vea por sí mismo puede figurarse lo que sorprende este singular capricho, con especialidad por la noche; que, no advirtiéndose la cuerda, parece verse la cruz en el aire, sin pender de nada.

Sobre otras 400 luces iluminan la graderia y tabernáculo, y esté unido á lo demas, forma el conjunto mas grandioso, pudiéndose decir sin exajeracion, que, sino el mas agraciado, es el mas rico y precioso que se conoce, el monumento de la catedral de Toledo, de lo que pueden responder cuantos le han visto; asenso general, que dará quizá mas fe que todas las auténticas razones que comprueban mis asertos.

N. MAGAN.

EL JUICIO FINAL.

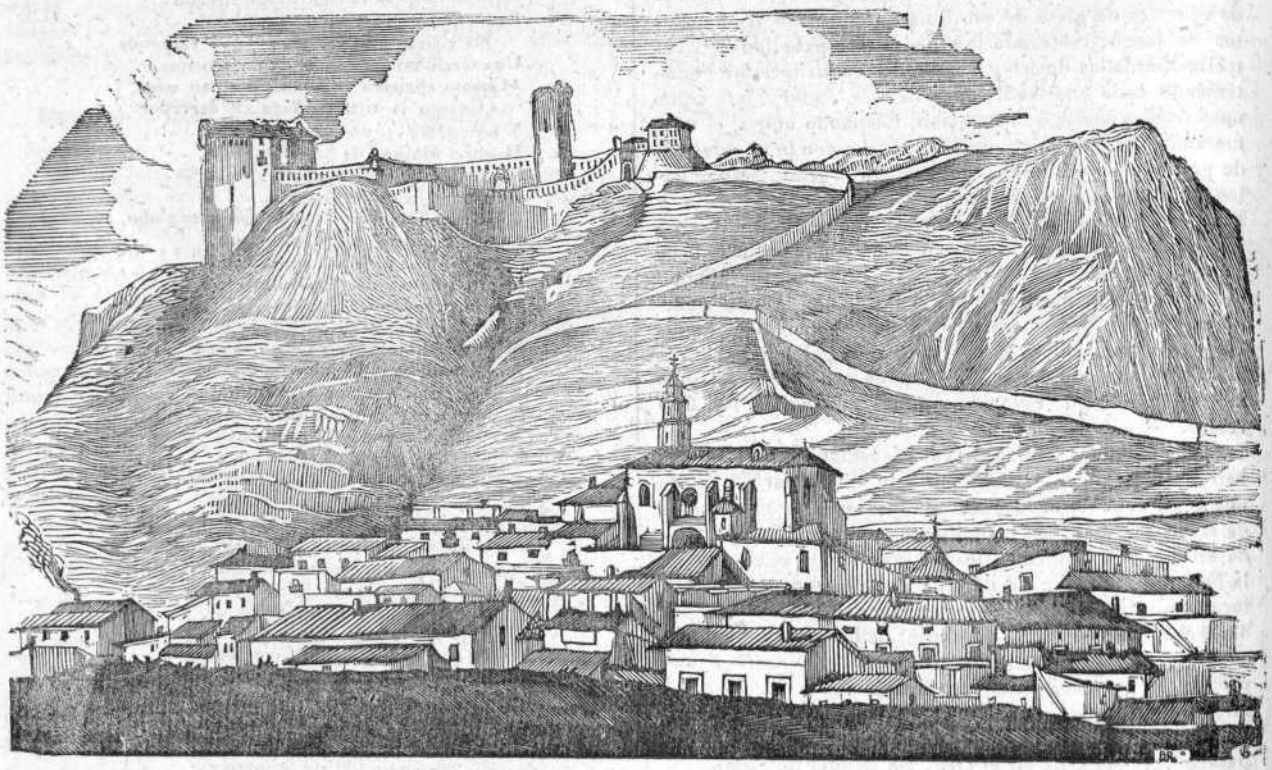
Veniet, veniet, illa dies.
DIV. HIER.

Ese sol tan magnífico y tan bello,
Alma y solaz de la celeste esfera,
Cuya lumbre á torrentes reberbera
Sobre las ondas del inmenso mar:
Y esos astros de fuego centellantes
Que tachonan el cóncavo azulado,
Y á que el dedo de Dios ha señalado
El tiempo, la medida y el lugar;
Y las flores que pueblan las campiñas
Que el viento mece, y que al besarlas bebe
El suave aroma que desparce leve
El balsámico ambiente del pensil;
La gala y brillantez de un bello dia,
Y el dulcísimo encanto de la noche
Cuando rasga su tierno y fragil broche
La purpurina rosa del abril.
¿No vivirán por siempre? "no" responde
Una terrib'e voz, la voz de un trueno;
»Cuanto encierra el Atlántico en su seno,
»Cuanto la tierra ofrece en derredor.
Y las estrellas, y ese sol que gira
Desde el Masur á la Siveria helada,
Se tornará en cenizas polvo y nada
En general y súbito fragor.
Que vendrá un dia en que el terrestre globo,
En sus cimientos fragil vacilando,
Se cubrirá de nieblas, anunciando
Su estrepitoso y decretado fin;
Y sorprendido el hombre en el deleite
Juntará el trueno su estampido al coro,
Mientras rubio licor en copa de oro
Rodaba allí en el báquico festin;
Y al resonar la voz atronadora
Se animarán en su mansion los muertos,
Y el polvo inerte, los escombros yertos
Hombres serán y ricos de vigor;
Y cual despues de lluvia tormentosa
En la estiva estacion se arremolina
El hormiguero que á su hogar camina
Con anhelante y bullicioso afan,
Asi los muertos vagarán sin guia
Sus espantados ojos revolviendo,
Y allá su antigua vida recorriendo
Gemidos de terror exhalarán.
La trompa que Gerónimo en Tebayda
Escuchaba incesante noche y dia,
Y sus combulsos miembros compelia
A desgarrar su pecho en espiacion,
Y con su sangre el abundoso llanto
Mezclar al sonreir del sol primero,
Y con su sangre á su alumbrar postrero
Entre ayuno y vigilia y oracion,
Resonará otra vez; y desde el Eter
El infinito espacio recorriendo,
Los descarnados brazos estendiendo
Se acercarán los hombres al Señor,
Que bajará de magestad velado
En un trono de luz resplandeciente,
Y su tremenda y justiciera frente
Confundirá al malvado de terror.
Y fiel ejecutor de sus promesas
Dará lugar junto á su propia silla
Al que secára el llanto en la mejilla
Del huérfano infeliz, y lo acogió.
Al que partió su pan con el hambriento,
Al que al lecho de muerte se acercára,
Y la mansion del crímen visitára,
Y allí tambien consolacion llevó.

Mas con terrible voz dirá al impío,
Al de entrañas de acero « ¡no veias
Que con tu misma mano allí escribias
Tu propia y eternal condenacion!
Maldito de mi padre y de los hombres
Calcinarán tus huesos en la hoguera,
Que no quisiste cuando tiempo era
La puerta abrir de celestial Sion."
Y rechinando sus caninos dientes
Irá la turba en altos alaridos
Como perros rabiosos entre ahullidos
Que atronarán el mundo en derredor.
El hijo maldiciendo allí á su padre,
Y el padre al hijo embestirán feroces:
Sus antiguos deleites y sus goces
Ora serán su eterno torcedor.
Y los astros entonce en desconcierto
Súbito girarán en el vacío,
Y el sol se apagará, yermo y sombrío
El universo al caos volverá;
Volverá al caos que al eterno plugo
Hacer y aniquilar, que el es potente
Y así lo decretó dentro en su mente;
El así lo escribió, y así será.

A. S. Moreno Gonzalez.

ESPAÑA PINTORESCA.



VISTA DE CASTELLOTE.

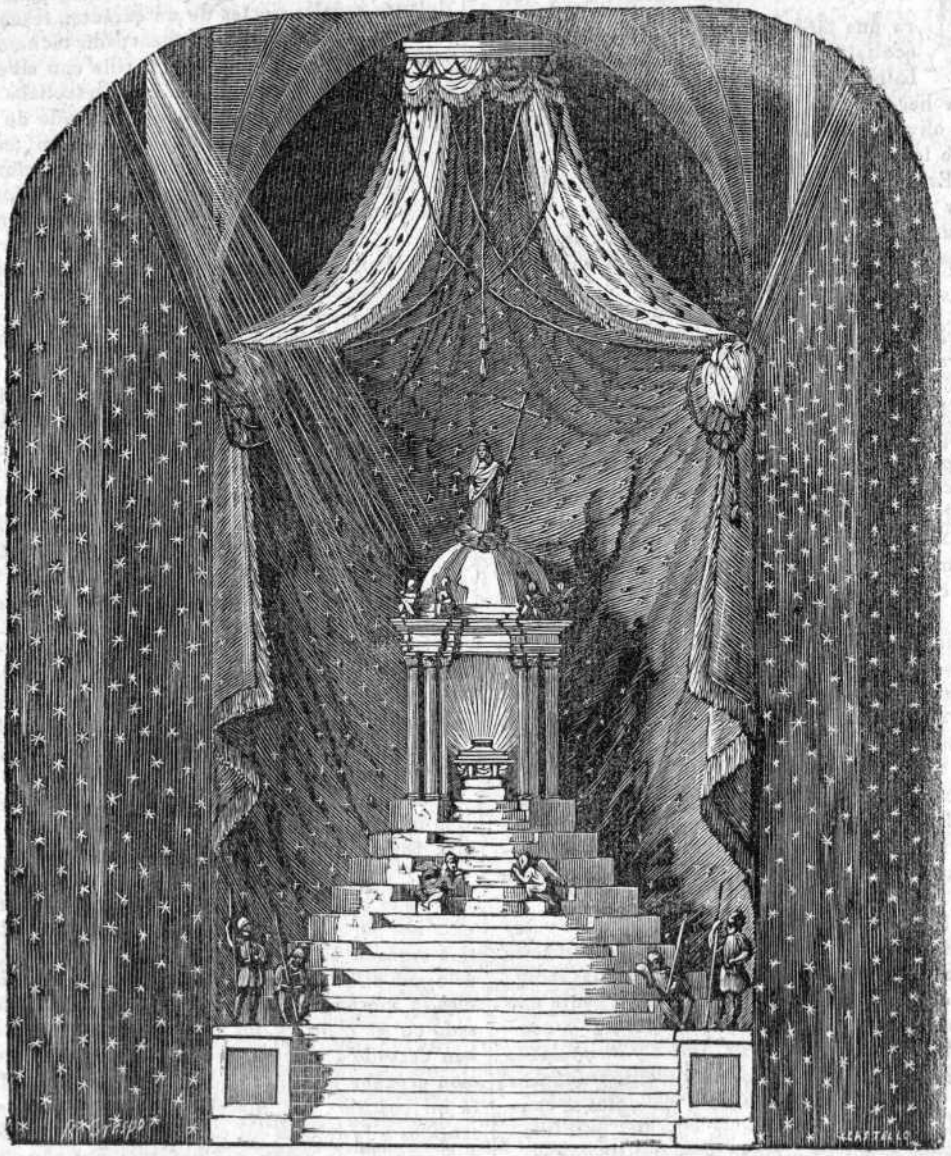
Se suscribe al Semanario Pintoresco en Madrid en la librería de Jordan calle de Carretas, y en la de la Viuda de Paz frente á las Covachuelas. En las provincias en las administraciones de correos y principales librerías. Precio de suscriccion en Madrid. Por un mes *cuatro* reales. Por seis meses *veinte* reales. Por un año *treinta y seis* reales. En las Provincias *franco de porte*. Por tres meses *catorce* reales. Por seis meses *veinte y cuatro* reales. Por un año *cuarenta y ocho* reales.

Las cartas y reclamaciones se dirigirán francas de porte *á la Administracion del Semanario*, calle de la Villa, número 6, cuarto principal.

En las mismas librerías se halla abierta la suscripcion á la primera série del Semanario; tres tomos en folio (1836, 1837 *y* 1838) *y los Señores suscriptores pueden recoger la primera entrega, continuando la publicacion de las demas, en los términos anunciados en el prospecto.*

MADRID IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.

ESPAÑA PINTORESCA.



EL MONUMENTO DE LA CATEDRAL DE TOLEDO.

(Véase su descripcion en el *Semanario* del domingo anterior.)

LA TORRE DE BEN-ABIL.

NOVELA.

I.

El robo de la cristiana.

Era una tarde del mes de marzo: el sol se ocultaba tras las colinas de la sierra de Gibalbin: el aire de la primavera empezaba á vivificar la hermosísima vega jerezana, y los campos cubiertos de olivos, de naranjos y granados, mostraban aquel aspecto lozano y pomposo, peculiar solo á tan hermoso clima. Esas campiñas estaban desiertas sin embargo; y los pocos y recelosos viageros apretaban el paso de sus cansadas monturas al divisar las altas torres de la ciudad que se dibujaban en blanco relieve sobre el rojizo horizonte.

Y grande atrevimiento manifestaban los que fiados en su fortuna subian aquellos temibles aunque silenciosos senderos. Jerez acababa de ser tomado por los cristianos: la enseña católica ondeaba en el minarete de la mezquita sarracena, y los hijos de los godos penetraban por vez primera en aquella ciudad que les aseguraba el dominio de las llanuras mas fértiles de Andalucia: pero aun les quedaban muchas horas de combate, largas noches de vigilias y trabajos si habian de sacar el fruto de conquista tan importante. El territorio jerezano estaba cubierto de castillos moros; sus dueños aguerridos, ayudándose mútuamente con sabia política y constantes esfuerzos, dominaban la campiña hasta las mismas murallas de la ciudad; y á veces los ginetes moros entraban por las puertas mal guardadas, corriendo las calles, sembrando el terror en los descuidados cristianos, y escitando el entusiasmo de aquella poblacion inquieta, mahometana en su fé, árabe en su sangre, y que con toda la vehemencia de su raza aborrecia a los bárbaros soldados de Leon y de Castilla. ¡Desgraciado del hombre de armas que se alejaba diez pasos del recinto fortificado! las flechas sarracenas caian a millares sobre su coraza, y su cabeza tal vez amanecia fija en una de las puertas, clavada allí por mano desconocida.

Ruy Diaz Ponce era adelantado de la frontera: veterano en aquella clase de combates, comprendió pronto que era preciso variar de sistema para sojuzgar las llanuras: la paz le era necesaria, porque la escasa gente que contaba bastaba apenas para guardar los muros, y contener a los habitantes de la ciudad. Hábil y disimulado, propuso una tregua, aceptada con imprudente franqueza por los moros, que aunque esforzados y valientes se cansaban pronto de las penalidades de la vida del guerrillero, acostumbrados como ya estaban al reposo de sus castillos y a las delicias de sus serrallos. Este dia era el último de la tregua: el adelantado estaba satisfecho: los refuerzos que aguardaba habian llegado ya: era el último dia, y se habia celebrado por eso con toros y cañas en la ciudad: tal clase de fiestas tenia sobrado atractivo para que faltasen al convite los caudillos sarracenos. Asi es que aquella tarde habia pasado alegremente entre juegos y zambras; mientras Ruy Diaz examinaba uno por uno á sus enemigos, calculaba sus recursos y su gente, y formaba nuevos proyectos para enmendar los errores antiguos.

Los tambores y dulzainas habian dado por concluido el espectáculo: la tregua habia espirado ya, y todavia un jeque moro, acompañado de un guerrero inferior en rango al parecer, contemplaba parado en la calle del Algarbe las celosias de una casa cubierta de esmaltados arabescos que lindaba casi con el arco de la muralla. El infiel era mas alto que lo comun de su casta: no tenia las anchas proporciones de los caballeros castellanos: pero sus hermosas formas denotaban la agilidad y la fuerza: sus facciones morenas eran bellas y espresivas, y en sus ojos brillaba una energia poco comun unida con un aire de dulzura señales ciertas de un carácter resuelto al par que melancólico. El albornoz encarnado tachonado de medias lunas de plata, la marlota amarilla con ribetes negros, y su turbante blanco sobre el cual descollaba una riquísima garzota de perlas, indicaban lo elevado de su gerarquia. A su lado brillaba el alfanje de damasco, ceñido al cuerpo por un tahali de seda y oro: en la cintura asomaba el puño de granate de una daga, y en su mano cimbrábase flexible una lanza larga y ligera. Montaba un caballo berberisco, cuyas formas elegantes lucian entre los plateados arreos que lo adornaban: los ojos redondos y encarnados, las orejas pequeñas y transparentes, las piernas ágiles y descarnadas lo hacian conocer por una flor del desierto, crecida á la sombra de la tienda del beduino.

—«Señor es tarde, esclamó en voz baja el moro á su gefe, —la luna comienza á brillar sobre el horizonte, y las estrellas asoman entre el azul del firmamento. Si te encontrasen aqui los cristianos, ni tu vida ni la mia.... —Calla Giaffar: si temes por tu existencia, déjame solo: yo no salgo de aqui sin la hija del Nazareno: he venido á buscarla, y las torres de mi castillo me verán entrar con ella, ó no me verán entrar jamás.

—Aben-Gazan, tu fiel servidor te ha seguido á los combates; cuando las flechas de los cristianos caian como el granizo sobre nuestras cabezas, ¿le has visto alguna vez perder el color de su semblante? pero tus soldados aguardan tus órdenes ocultos trás ese torreon destruido: los últimos ecos de la zambra se han perdido ha largo tiempo entre los ecos del zarzain: los enemigos van á cercarnos:... la sangre del hijo de Aben-Abul Gazan caerá sin gloria por la hija de un infiel?

—Escucha Giaffar; la vírgen cristiana es mas bella que la hurí del Profeta; sus ojos centellean como estrellas bajo el blanco velo que oculta su rostro: ella ha de venir, y la sorpresa y la audacia facilitarán mi conquista. Tú no lo sabes, pero si yo he aceptado la tregua ofrecida por el orgulloso castellano, si he entrado en la ciudad sagrada sin haberla ganado con mi valor, por ella, solo por ella ha sido, Giaffar: tres lunas hace que mis ojos la vieron en la primer tregua, tres lunas han pasado en el cielo, y los párpados de Aben Gazan no se han cerrado al sueño, porque en su delirante imaginacion cruzaba la sombra aérea de la cristiana. Desierto está mi castillo, los placeres del harem han saciado mis sentidos y fastidiado mi corazon, mi alma necesita ya las dulzuras de un amor que nuestras voluptuosas odaliscas no pueden dar ni comprender jamás.

—Pero señor, ella te ama?

—Ella, ella no me ha visto mas que una vez, y odia con todo el fanatismo de su sangre goda a los sectarios del profeta, pero ¿qué importa? yo la enseñaré el amor, y la sultana, la esposa de Aben-Gazan sera coronada reina algun dia en el imperio de los califas. Mas.... vanas son nuestras palabras: escucha; es necesario combatir, recuerda mis órdenes, ponte al frente de mis soldados; al oir mi voz acudid, y sed lo que habeis sido: cuando estemos fuera de la ciudad dejadme solo: nadie me siga, porque se perderia inútilmen te: dad la vuelta por la sier-

ra; los arroyos y los montes no os dejan paso por otro lado:... en cuanto á mi sé lo que debo hacer; marcha, y que la luz del sol pueda verte á la sombra de las palmeras de nuestros campos.

Giaffar inclinó la cabeza y se retiró: Aben Gazan solo guardaba la calle solitaria, y cualquiera que de lejos hubiese visto al gefe sarraceno, le hubiera creido una estátua de la guerra, un cuerpo sin vida, tal era la inmovilidad de su postura, y la gallardía de su aire. El moro parecia engolfado en melancólicos pensamientos: sus ojos estaban clavados en la plazuela que avecindaba la calle, y su mano jugaba distraida con el puño del yathagan. De repente se afirmó en los estribos, y recogió las riendas del caballo: su cabeza alta é inclinada en la actitud de la meditacion procuraba percibir algun sonido lejano y confuso. No se engañaba; los ecos de una dulzaina se hicieron mas sensibles cada vez, y se oia ya el alboroto de una turba descuidada y alegre que poco á poco se acercaba á la calle: algunas cabezas asomaron en la plaza; eran pages y criados que acompañaban á dos señoras cubiertas con largos velos: ya entraba la turba por la calle del Algarbe, y el moro no se habia movido aun: un grito sonó de repente entre el pacífico acompañamiento; el jeque habia sido visto, pero pronto como un rayo, la lanza en ristre, el alfange colgado de la mano derecha, apareció Aben-Gazan ahuyentando á los ociosos, á los pages y á los prestes que cercaban á la hija del poderoso Ruy Diaz.

Solas habian quedado las dos damas, cuyos velos cayeron entre la confusion y el alboroto: el semblante de la mas anciana era la espresion de la cólera y el orgullo; mientras la mas jóven, la bella Inés, pálida como la muerte, entreabiertos los labios, sin hallar en su temor un grito, cayó arrodillada en el umbral de su puerta misma. El moro habia echado pie á tierra, sus ojos contemplaron tímidamente por un instante á la vírgen castellana; al mirarla casi exánime, sus facciones contraidas revelaban una lucha interior, pero esta indecision duró un momento: el eco de un clarin sonó la alarma por las calles:... el sarraceno ya no duda, levanta con brazo poderoso á la cristiana, y la coloca delante en su caballo impaciente: su mano izquierda la sostiene mientras en la derecha blande la lanza y mantiene el alfange colgado del puño. Pero ¿qué hará? la calle está cercada por algunos soldados que noticiosos de la aparicion del moro han acudido apresuradamente. Aben-Gazan no vacila, recoge las riendas del bridon y procura penetrar la falange castellana: su lanza ha atravesado ya dos soldados; pero el mismo Ruy Diaz acude con varios de sus caballeros.... el moro tiene que retroceder; los cristianos van á adelantarse con furia. ¡Alah il Alah! grita el sarraceno, y el escuadron de ginetes árabes oculto trás las ruinas del antiguo castillo se arroja precipitadamente sobre los cristianos: nivelado está el combate; pero la calle es estrecha, los moros no pueden pasar, y cada momento aumenta su peligro, porque cada momento trae nuevos enemigos á la lucha. El brazo de Aben-Gazan no desmaya, no está ahora cual solia el primero en la línea; el tesoro que guarda no le permite esponerse así; pero su frente está serena, y su voz domina el tumulto de la batalla ¡Por aquí! esclama con acento de triunfo, y se precipita por una estrecha callejuela ocupada por algunos soldados recien venidos, á quienes sorprende la violencia del ataque: todos los moros se lanzan á rienda suelta tras su gefe; los cristianos los siguen, y entre el clamor de la pelea, el rechinar de los cascos de los caballos en las piedras de las calles, la confusion de la ciudad y las maldiciones de los heridos, alcanzan los moros la puerta de Gulhamar: pero ay! nuevos peligros los esperan allí; porque la puerta está guardada por un piquete de guerreros castellanos: la impetuosa carga de los sarracenos disminuye el número de contrarios, pero no logra forzar el paso; y ya viene encima Ruy Diaz con sus guerreros: la suerte de los moros vá á ser fatal; mas una granizada de flechas arrojada por manos desconocidas hace morder el polvo á la mayor parte de los soldados que la puerta sostenian; una nueva carga del escuadron sarraceno arrolla á los pocos que aun quedan, y los moros ya respiran porque ya ven un horizonte inmenso estenderse ante sus ojos. La noche habia cerrado entre tanto, pero fúlgida y pura brillaba la luna en el despejado azul del firmamento: oianse solo los ecos del galope de los caballos cansados, y mas atrás ganando terreno sobre sus enemigos, se precipitaban los caballeros castellanos.

Aben-Gazan se detuvo un momento, su hermosa cristiana pálida y desmayada pesaba como un cadáver sobre su brazo: el moro la contempló con tristeza, y apretándola contra su corazon, soltó de nuevo las riendas de su brioso berberisco.

Y siguen, y siguen corriendo casi confundidos los unos y los otros hasta llegar á un cerro que hacia torcer sobre la izquierda el camino, hácia la tierra de Gibalbin: por medio de aquella eminencia, un sendero casi impracticable conducia á las escarpadas colinas del Albar, y al arroyo del Sepulcro.

Seguid, exclamó Aben-Gazan deteniéndose: seguid, que estos perros correrán conmigo.

Giaffar siguió con sus compañeros á todo escape el ancho camino de la sierra, mientras Aben-Gazan inmóvil, haciendo flotar el blanco velo de la vírgen para llamar la atencion de los cristianos, y repitiendo el grito de guerra de su tribu, aguardaba á sus enemigos. — «Ruy Diaz, yo soy Aben Gazan, hijo de Aben-Abul.»

«Está en nuestro poder» exclamó el caudillo castellano: «el perro tiene á mi hija en sus malditos brazos: por los clavos de Cristo, ahora no se escapará. Ninguno siga á los fugitivos: solo el jeque puede importarme.— Ocupad ese camino, y cercad el cerro; que si logra pasarlo, no tiene mas que una senda, la que lleva al arroyo del Sepulcro: allí se encontrará sin salida como un lobo, porque no hay caballo ni pies humanos que puedan saltar la anchura de su corriente.— Pero ni aun se mueve el insensato: seguidme.»—

En efecto; inmóvil estaba el moro al lado del cerro sueltas las riendas de su caballo, contemplando con tranquilos ojos y una sonrisa de satisfaccion los preparativos de sus enemigos. Envainado el alfanje, y quieta la lanza en la cuja, el indómito sarraceno parecia aguardar la muerte sin pensar en disputar su vida: los cristianos ya estaban próximos: la lanza de Ruy Diaz Ponce casi alcanzaba el pecho del moro y Aben-Gazan no se movia.

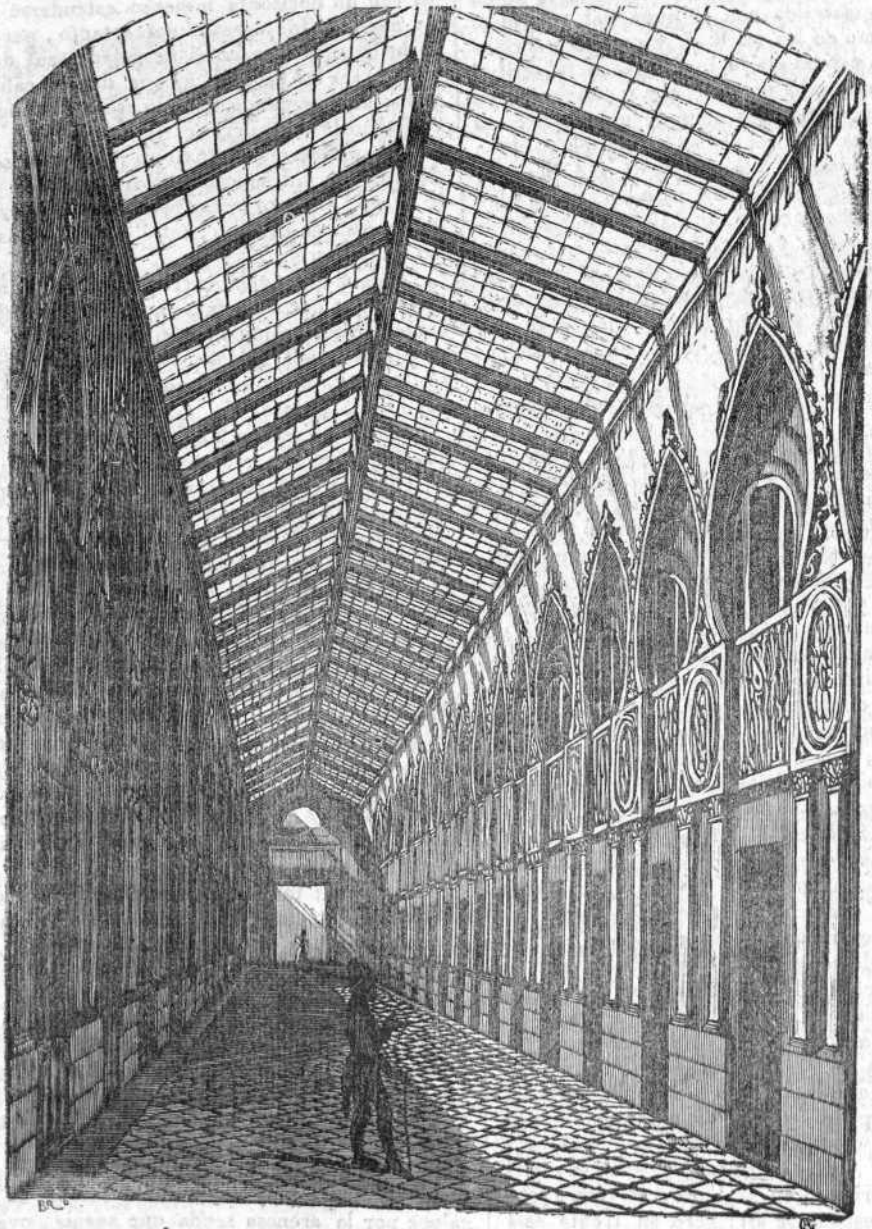
«Ríndete» exclamó el caballero sorprendido. El moro no respondió, pero inclinando su cabeza, tocó la oreja de su caballo que partió como una flecha por los escarpados senderos del cerro; atónitos los cristianos se lanzaron detras de él, escuchando el eco de su precipitado galope por la arenosa senda que seguia, oyendo ya el mugido del arroyo crecido con las lluvias de la primavera.

El caballo del infiel se habia perdido entre las sombras de la noche: su garzota sola brillaba á lo lejos centelleando á los rayos de la luna: los cristianos llegaban ya á orillas del arroyo del sepulcro. «Oh! no se escapará» decia Ruy Diaz: «los mas crueles tormentos....» La voz quedó helada en su garganta: lleno de asombro y de terror supersticioso, habia visto al caballo de Aben-

Gazan lanzarse como una flecha á la otra margen del ancho y espantoso precipicio: un sudor frio pasó por su frente: los cristianos hicieron la señal de la cruz, porque al acercarse, al medir con sus ojos la estension del abismo, no podian concebir tan misterioso salto, y su imaginacion les pintaba el berberisco del jeque como una creacion del infierno.— El moro por su parte parecia gozar de su sorpresa: á la otra margen del arroyo contemplaba á sus enemigos: un momento se inclinó sobre el arzon de la silla, y saludando con la lanza á los atónitos castellanos, se perdió á galope en la alameda de naranjos que se estendia hasta la torre de Ben-Abil.

C. B.

MADRID ARTISTICO.



GALERÍA CUBIERTA, Y MERCADO DE S. FELIPE NERI.

En un artículo que publicamos en la primera série del Semanario, dimos á conocer á nuestros lectores estas construcciones tan generalizadas en la capital de Francia con el nombre de *Passages*, que vienen á formar, digamoslo así, una perpetua comunicacion interior entre sus calles mas frecuentadas, con gran comodidad del público y del movimiento de la industria parisiense.

Aquella costumbre tan necesaria en París por la rigidez del clima y el prodigioso aumento de su comercio, no lo es ciertamente tanto y por razones opuestas en nuestra capital. Sin embargo, digimos entonces, y repetimos ahora que siempre es ventajoso el ensanchar el círculo de las comodidades públicas, y dar á conocer los adelantos de buen gusto que tan grata hacen al forastero la permanencia en las grandes capitales de Europa. Por eso emitimos en aquel artículo lo conveniente que seria aprovechar la ocasion de buen local, y de un propietario nada apocado en sus cálculos para construir *mercados cubiertos* para comestibles, y galerias para tiendas de objetos de lujo.

Ambos objetos, pues, se hallan realizados ya en el local que ocupó el convento de S. Felipe Neri, y en el dia de hoy domingo 19 de abril quedará abierta al público la bellísima galería, y el hermoso mercado, construidos en aquel local por los señores Bertodano y compañía, bajo la direccion del jóven arquitecto *D. Mariano Marco-Artu*, el cual en el plan y seguimiento de esta obra, única de su especie en nuestra capital, ha manifestado una decision y buen gusto á que no podemos menos de dar el debido parabien ¡Ojalá que el espacio hubiera permitido desplegar sus ideas, adaptando á él el bello proyecto de otra galeria mas en grande que trabajó con destino al local de la Soledad!

El edificio se compone de una *galeria cubierta* de cristales y de un *mercado*. Este edificio hace honor á sus dueños, pues es indudable que los Sres. Bertodano y compañía, al comprar dicho solar y edificar en él invirtiendo al efecto cuantiosas sumas, han hecho un interesante servicio al vecindario de esta capital que se resiente de falta de mercados; y en verdad que nada hay mas repugnante que el que las plazuelas que deben servir para el tránsito y desahogo de los vecinos, esten ocupadas en términos que casi á hora ninguna del dia es posible pasar por ellas, sin la mayor incomodidad, sin recibir malos olores y emanaciones fétidas que inficionan el aire que se respira, especialmente en las casas inmediatas á dichas plazuelas, todo con grave perjuicio de la salud pública. Por esta razon el edificio de que hablamos es un bien material y positivo para el vecindario.

La *galeria cubierta*, exactamente igual á los Passages de Paris, forma un departamento totalmente separado, y está destinada al comercio de modas y vestido. Tiene 240 pies de longitud, tres entradas, una por la calle de Bordadores, otra por la de las Hileras, y la tercera por el centro de la fachada de la plazuela de Herradores. Su pavimento está todo guarnecido de losas de piedra. Gózase en ella y en sus tiendas de la mayor claridad posible. Los portones de estas tienen 8 pies de ancho por 12 de alto, y están cubiertos de grandes cristales. Cada tienda tiene sobre sí una pequeña habitacion en piso alto, y algunas tambien su sótano.

La decoracion de esta galería ofrece notable novedad, y es de un gusto que puede llamarse gótico-arabesco. Se compone de pilastras pareadas, carece de cornisamento, y en lugar de este oportunamente suprimido, tiene una faja corrida que forma tableros y antepechos figurando un calado de buen gusto. Arrancan sobre esta faja los arcos apuntados, conteniendo en sus centros las ventanas semicirculares que dan luz al interior del piso alto. No obstante la novedad de esta decoracion tiene la unidad de carácter que difícilmente suele conseguir el artista al separarse de la observancia rigurosa de cualquiera de los géneros de arquitectura conocidos. El pintor de esta hermosa galería D. Francisco Martinez ha realzado con su acreditada habilidad la idea del arquitecto del edificio. Debe sentirse tan solo que la circunstancia inevitable de localidad no hayan permitido dar á esta galería mayor amplitud, si bien tiene la muy suficiente para el tránsito y concurrencia del público, pues á haber tenido un punto de vista conveniente se hubiera mas satisfactoriamente gozado del gusto correcto de los adornos, la hermosura de las formas, y la belleza y armonía de su composicion arquitectónica.

De esta breve descripcion se infiere que los concurrentes á esta hermosa galería podrán sin salir de ella recorrer una gran porcion de tiendas con toda comodidad libres de las lluvias y de la nieve del invierno, asi como de los rayos abrasadores del verano, y de consiguiente en toda estacion deberá ser un lugar de lucida concurrencia.

El mercado ocupa una grande estension en el interior del edificio. Tiene 4 entradas, dos por la calle de Bordadores y otras dos por la de las Hileras. Consta de tres calles al descubierto y de cinco cubiertas. Los locales para la venta se componen unos de tiendas con sótanos y habitacion al nivel del piso del mercado, pero que hacen cuarto principal á la calle de las Hileras unas y á un gran patio interior del edificio las otras. Creemos supérfluo el manifestar cuan útil y conveniente es á los comerciantes de mercado tener reunidas tienda, sótano y habitacion. Otros locales se componen solo de tiendas muy capaces para carne y pescado, si bien hay ademas, y aplicables á estas tiendas, una porcion de sótanos espaciosos. El resto del mercado se compone de cajones destinados á la verdura, á la caza y á la fruta, cuyas mercancías se colocarán por un órden tan conveniente al público como á los vendedores. Las aguas llovedizas que caen sobre la cubierta de este mercado bajan por cañones de plomo á targeas conducidas á las alcantarillas públicas.

De aplaudir es el desinterés de los dueños de este establecimiento, que han sacrificado hasta cierto punto su propia conveniencia en obsequio de la salubridad pública y del desahogo de los concurrentes, como se conoce á la primera ojeada que se dirige al interior del edificio, pues lejos de haber aumentado como podian, han disminuido el número de tiendas y cajones, dando á estos y á aquellas el mayor ensanche con el fin de procurar la ventilacion posible, y los medios de limpieza y aseo que se requieren en establecimientos públicos de esta clase.

Para que nada deje que desear este mercado, tiene un pozo de aguas abundantes en el cual se coloca una bomba que ha de servir no solo de seguridad contra incendios, sino tambien para regarlo diariamente y cuantas veces se requiera en tiempo de verano.

Ultimamente, despues de bien examinado este edificio atendida la irregularidad del solar, su enorme desnivel y otros obstáculos que sé han presentado al arquitecto, se vé que este los ha salvado de la manera mas completamente satisfactoria; y que ha sacado el partido mas ventajoso que puede exigirse.

METEOROLOGIA [1].

DE LAS NUBES.



odos saben que una parte del agua que se halla reunida sobre la superficie de la tierra, ya en los mares, ó ya en los rios, la-

(1) Véase el Semanario del 5 de enero.

gunas, etc. pasa continuamente á la atmósfera en forma de vapores, sútiles y mas ligeros que el aire. Segun los esperimentos de los Sres. Gay-Lufssac y Dalton, parece que la única causa de esta evaporacion es la accion del calórico, pues debiéndose equilibrar el que se encuentra en el agua con el que se halla en el aire, pasa alternativamente de un fluido al otro, y al trasladarse del agua al aire lleva consigo una multitud de partículas acuosas, que llegan á ser visibles sobre los rios en las mañanas hermosas de verano al salir el sol, que es cuando por lo regular suele estar el aire mas frio que el agua. Tambien se carga la atmósfera de agua en estado de vapor, en virtud de la accion que egerce el sol sobre la última, comunicándole un grado de calor tal, que hace que pasen al estado aeriforme muchas de sus partículas.

Como estos vapores ácueos son específicamente mas ligeros que el aire, se elevan á la parte superior de la atmósfera, hasta que encontrando una temperatura suficientemente fria, se condensan formando vesículas pequeñas y huecas como bombas de jabon, configuracion que observó Saufsure por primera vez, reconociendo tambien que dichas vesículas se hallan siempre eminentemente electrizadas.

Los vapores acuosos que se hallan en el aire pueden encontrarse en tres estados distintos: 1.° en un estado de disolucion perfecta, en cuyo caso son absolutamente invisibles y no turban la transparencia del aire; 2.° en un principio de condensacion; y 3.° en un estado de condensacion tal, que no pudiendo ya sostenerse en el aire, se precipitan hácia la tierra en forma de lluvia, nieve, granizo, etc.

Cuando las partículas acuosas se hallan en un estado completo de disolucion, el aire está, como hemos dicho, claro y transparente, pero si este aire que necesariamente tiene un grado de calor algo elevado para mantener el agua en estado de vapor, llega á una region de la atmósfera cuya temperatura sea mas fria, entonces se verifica un principio de precipitacion, las partículas de agua se condensan y hacen visibles, y se presentan á nuestros ojos bajo la forma de un cuerpo opaco á que se dá el nombre de *nube*. Sin embargo, como las moléculas que forman las nubes se encuentran en ellas en un estado muy ténue todavia, se mantienen suspensas en el aire, á mayor ó menor altura, á no ser que uniéndose al agua que contienen nuevos vapores, ó determinándose por otras causas la aproximacion de las partículas acuosas se formen gotas de mayor peso específico que el agua, en cuyo caso caen á tierra bajo una de las formas que hemos dicho, y que examinaremos una por una en otros artículos.

El aire tiene diferente temperatura y por consiguiente distinto peso y densidad, segun su altura sobre la superficie de la tierra, de donde resulta que los vapores se elevan tambien mas ó menos en la atmósfera segun su densidad, hasta que encuentran una capa atmosférica de menor peso específico que ellos. Asi es que las nubes se forman á diferentes alturas segun los diferentes grados de densidad de los vapores que las constituyen, y de las capas de aire con las cuales han de ponerse en equilibrio, y aun despues de formadas es fácil concebir que pueden subir ó bajar en la atmósfera segun las alteraciones de temperatura que puedan sufrir las diferentes capas de esta.

No es fácil determinar el límite de elevacion á que llegan las nubes. Algunos físicos han creido que jamas suben á mas de 1400 pies castellanos, pero hay muchas razones para creer que no es asi, pues si se considera que la cima de las montañas mas altas que se conocen está eternamente cubierta de nieves, y que estas se forman probablemente de la condensacion de las nubes que, mas ó menos concentradas, llegan á aquellas regiones, se concebirá que las nubes pueden llegar á alturas prodigiosas.

El Monte Blanco, en los Alpes, que es la montaña mas alta de Europa, se eleva hasta 17094 pies sobre el nivel del mar; el Chimborazo que descuella entre los Andes, en la América del Sur, tiene 23577 pies de altura, y todavia es mucho mayor la de los montes Himalayas, en Asia, pues su pico mas elevado sube hasta 28000 pies, ó sea cerca de legua y media de altura vertical sobre el nivel del Océano. Pues bien, los viageros que han subido á estas diferentes montañas, han atravesado muchas veces nubes que ocultaban el cielo á su vista, y que despues de haberlas pasado, las han visto á sus pies ocultándoles la tierra; pero á todas las alturas á que han subido, han hallado el suelo humedecido por las nubes, mas ó menos espesas, que vienen á tocar en él. Esta humedad continua, y las nieves perpetuas que cubren las cimas de las montañas, y que deben provenir de las mismas causas, surten constantemente de agua á los manantiales de los rios que regularmente bajan de las montañas elevadas. Asi es que por un efecto de la infinita prevision de la naturaleza, en los tiempos mas secos y calurosos, sirven las nubes como de canales aéreos por los cuales se distribuye convenientemente el agua á los diversos paises de la tierra.

En cuanto á las formas con que las nubes se presentan á nuestra vista son tan variadas, que es imposible describirlas, y seria ademas un trabajo inútil, pues no hay persona alguna que no haya tenido muchas veces ocasion de notar en las nubes ya la figura de una ciudad, ya la de un guerrero á caballo, ya la de una serpiente, ú otras muchas figuras estravagantes, á las cuales es preciso conocer que ayuda tambien mucho nuestra propia imaginacion.

Respecto á su color es indudable que son blancas, ó mas bien transparentes, y que los diversos matices que presentan á nuestra vista son únicamente efecto del modo con que, segun su diferente densidad, la disposicion de sus partículas, y su posicion respecto á nosotros, reflejan ó refractan los rayos de la luz solar.

En otros artículos sucesivos hablaremos de la lluvia, la nieve, el rocio, etc.

P. B.

CRÍTICA LITERARIA.

REVISTA TEATRAL.

No habiendo permitido el espacio y objeto principal del Semanario hacer un exámen analítico de cada una de las producciones dramáticas representadas en la temporada cómica que acaba de transcurrir, vamos á manifestar ahora nuestro dictámen acerca del mérito y condiciones no de todas ellas, sino solamente de las que han cautivado la atencion pública de un modo mas determinado y constante.

No creemos fuera de propósito formar aquí ante todo la lista de las obras originales representadas en el teatro del Príncipe durante el citado periodo.

Obras dramáticas.	*Actos.*	*Autores.*
No ganamos para sustos	3	D. Manuel Breton de los Herreros.
El conde D. Julian	5	D. Miguel Agustin Príncipe.
Juan Dandolo	5	D. José Zorrilla y D. Antonio García Gutierrez.
Cada cual con su razon	3	D. José de Zorrilla.
La redoma encantada	4	D. Juan Eugenio Hartzembusch.
¡Una vieja!	4	D. Manuel Breton de los Herreros.
Vellido Dólfos	4	D. Manuel Breton de los Herreros.
Don Alvaro de Luna	5	D. Antonio Gil de Zárate
El Pelo de la dehesa	5	D. Manuel Breton de los Herreros.
La lealtad de una mujer ó aventuras de una noche	3	D. José de Zorrilla.
El zapatero y el rey	4	D. José de Zorrilla.
La Visionaria	3	D. Juan Eugenio Hartzembusch.
Lances de Carnaval	1	D. Manuel Breton de los Herreros.

Trece son, pues, sin contar *La Boda* y *el Duelo*, *la Rosmunda* y *Pruebas de amor conyugal*, escritas para el Liceo, ni *Los cortesanos de D. Juan II* y alguna otra produccion representada en un teatro subalterno, las obras dramáticas originales puestas en escena en Madrid durante el año cómico de 1839 á 1840: escaso número por cierto para la capital de una nacion donde con tanta facilidad se desarrolla y crece la planta del ingenio, pero digno no obstante de atencion si con el de otras épocas se compara, y si se tienen en cuenta la decadencia de nuestros teatros, la falta de actores, y el desaliento y disgusto que infunden en los ánimos los azares y desventuras de una guerra civil.

Entre todas las producciones citadas, la comedia de mágia titulada LA REDOMA ENCANTADA es la que ha logrado éxito mas brillante y sostenido, éxito colosal, atendidas las circunstancias, y de que no habia ejemplo alguno desde la representacion de la célebre *Pata de cabra*. Antes de emitir nuestro dictámen crítico acerca del mérito literario de esta produccion, procuraremos poner de manifiesto porque las comedias de mágia obtienen fácilmente un favor popular que rara vez alcanzan aun aquellas producciones en que resplandecen prendas literarias de grande importancia y valia.

Desde que algunos escritores doctrinales del siglo pasado quisieron sujetar el gusto público al crisol de una crítica mas ó menos lata y acertada, es decir, hará algo mas de sesenta años, se está declamando en balde contra aquella insensata preferencia. Por aquel tiempo asistia el público con perseverante ahinco á las representaciones de *el Mágico Bayalarde* y *Marta la Romarantina*, y hubo compañía cómica que al paso que alimentaba el popular estravío con estas producciones y con los dramas *militares* de Comella y otros ingenios del mismo jaez, á la sazon muy aplaudidos, desechaba *el Viejo y la Niña* de Moratin. Este ejemplo y otros muchos análogos ocurridos en épocas recientes, no deben, por lamentables que sean, maravillar á nadie, teniendo presente por una parte como quiera que las compañías cómicas no pueden menos de considerar al teatro, mas que como templo del arte, como medio de especulacion, se ven en la necesidad de halagar las ideas dominantes, y seguir el giro que la aficion general determina, y por otra que el público no es en materias literarias juez tan competente como de ordinario se supone.

Fuera de esto, el instinto del goce es mas poderoso en el hombre que el instinto de la conveniencia, y como el público mira cual es natural, en el teatro un lugar de recreo mas bien que una cátedra de buen gusto y sanas doctrinas, no puede dejar de preferir lo que esparce el ánimo y deleita los sentidos, á lo que proporciona mayor enseñanza, si bien menor suma de diversion y entretenimiento. Pues si el público manifiesta esta propension en todo género de espectáculos, ¿cómo maravillarse de la predileccion que concede á las comedias de mágia, donde á varios atractivos comunes á todos los dramas, se une el de las sorpresas y trasformaciones propias de esta clase de producciones?

La mágia reducida en la antigüedad al simple estudio de los fenómenos de la naturaleza y del arte, favoreció de un modo harto eficaz el cultivo de las ciencias naturales y exactas. A ella pertenecen los prodigios de Arquímedes, los célebres pájaros del emperador Leon y cuantos progresos estraordinarios hicieron entonces la medicina y la mecánica. La inclinacion innata y poderosa que en todos tiempos han manifestado los hombres á cuanto sale en la apariencia de las leyes naturales, ejerció tambien suma preponderancia en aquellas edades remotas, y en esta inclinacion fundó el espíritu religioso sus maravillas y sus misterios. Sócrates consultaba los oráculos, y los héroes de Roma creian ver estampado su destino en las entrañas de las víctimas ó en los libros de las Sibilas!

El arte de la mágia es tan antiguo como lo es en el hombre la aficion á las cosas sobrenaturales, pero su índole ha variado con las épocas y con las revoluciones de los estados. La ciega credulidad que la ignorancia de los pueblos bárbaros trajo consigo, dió á la mágia un giro mas torcido é interesado. La que antes era una ciencia noble y verdadera se convirtió en una profesion inmunda pero lucrativa, que contribuyó eficazmente á cimentar el fanatismo religioso y las preocupaciones mas absurdas. Creyóse en la edad media que la suerte humana dependia de los astros, y que los astros estaban ligados á los círculos mágicos de los astrólogos, y esplotando estos diestramente una persuasion que nadie trataba de combatir, se hicieron dueños de las pasiones de los príncipes y magnates, y hallaron el oro que negaba la alquimia á sus afanosas investigaciones.

Mas no fue la mágia esclusivamente un medio de estafa. Cultivárónla muchos de buena fé y sin mas móvil que el amor al saber. El célebre profesor aleman Goerres prueba hasta la evidencia en su obra *acerca de los cuentos populares de Alemania* que el doctor *Fausto* que conoce el mundo literario en la obra-maestra de Goethe, no es un ente imaginario por una leyenda del vulgo, sino un personage histórico, contemporáneo y amigo de Paracelso y del famoso Cornelio Agrippa, que consagró su vida al estudio de las ciencias ocultas. Agrippa tenia tanta fé en la ciencia que cultivaba, que no dudó en afirmar en el libro primero de su tratado *de occulta philosophia*, «que bastan algunas palabras mágicas para embravecer de repente el mar mas sereno, desencadenar los vientos, parar el sol, y desprender las estrellas del firmamento....» En suma, el marqués de Villena; Jacobo I de Inglaterra; el docto Reuchlin, amigo del

uicioso Erasmo; el conde de la Mirandola, que fué el asombro de su siglo por la universalidad de sus conocimientos; el mallorquin Raimundo Lulio; Alberto-el-Grande, y otros muchos personages que no pueden ser tachados de estafadores, ni de ignorantes, fueron acusados de haber formado pacto con el diablo por cultivar las malas é imaginarias artes que constituyen la estraña enciclopedia de las ciencias ocultas.

La reflexion, las investigaciones científicas y el espíritu de exámen y de discusion han dado un golpe mortal á la ceguedad de otros tiempos, y las artes cabalísticas que han avasallado por espacio de muchos siglos la credulidad de los pueblos, el entendimiento de los sábios, la fé de algunos padres de la iglesia (1), las disposiciones de los tribunales (2), y aun la autoridad del derecho canónico (3); esas artes engañosas que escitaron alternativamente el terror y el asombro de las naciones, que tantas veces fascinaron la razon, y que hallaron no pocos mártires entre sus adeptos, han luchado en balde contra las luces de la moderna filosofia. Pasó el tiempo de la hechicería. Ya nadie compra la esclavitud del demonio á costa de la salvacion de su alma: acabáronse las evocaciones y las fórmulas misteriosas: cesó el empeño fatal de convertir el plomo en oro; y las almas en pena volvieron á la sepultura. Pero aun dura, y durará mientras exista el poder de la imaginacion, deseo de conocer los secretos del porvenir, y aficion vehemente á cuanto es dificil esplicar. En la incrédula Francia no faltan personas que especulen lucrosamente con aquellos dos sentimientos innatos en el hombre, y nosotros mismos hemos visitado por curiosidad á la célebre M. elle Lenormant, que se ha enriquecido ejerciendo el pretendido arte de la adivinacion.

¿Como hemos, pues, de admirarnos de que guste el público con predileccion de las comedias de mágia, siendo, como lo son, inesplicables para la mayor parte de los hombres las combinaciones de la mecánica, los fenómenos del galvanismo, de la acústica y de la óptica, las propiedades del iman y de los fluidos eléctrico y magnético, y las sábias aplicaciones de la química?

Muy distantes estamos nosotros de poder hacer uso en nuestra escena de todos los recursos que ofrecen las ciencias físicas y matemáticas, y el autor de LA REDOMA ENCANTADA ha tenido que luchar á cada paso con la escasez de medios materiales. En las comedias de mágia son mas atendibles los efectos de la maquinaria que las situaciones puramente dramáticas, porque este género de espectáculos se dirige mas á los sentidos, que á la sensibilidad ó al entendimiento. Pero no siendo esto practicable de un modo absoluto en el actual estado de nuestros teatros, el señor Hartzenbusch ha tenido que suplir con escenas cómicas la falta de artificios mecánicos, y para dar idea del acierto con que lo ha ejecutado, basta decir que ya se han popularizado los personages de la comedia, y que se han hecho casi proverbiales algunas de sus sales cómicas.

El autor se ha aprovechado de algunas ideas de un cuento de Mme. Beaumont, y de algunas situaciones de una comedia de mágia (*féerie*) de los señores Vanderburch y Laurencin titulada *Peau d' âne*; pero el principal pensamiento cómico que consiste en la duplicacion del conde de la Viznaga y de D. Lain, está copiado del *Amphitryon* de Moliére. Escenas enteras como la tercera, octava y novena del segundo acto y no pocas agudezas de diálogo están casi calcadas sobre las de esta admirable comedia, y singularmente el personage de D. Lain tiene mas que analogía con el festivo carácter de *Sosie*. Las imitaciones del señor Hartzembusch tienen el valor de originales, porque están hechas con el acierto y correccion que distinguen todas las obras de este escritor.

Fuera de esto hay en LA REDOMA ENCANTADA gran copia de pensamientos originales que se distinguen por la ternura ó la sublimidad, alusiones satíricas muy oportunas, y algunas escenas de efecto teatral, como la octava del tercer acto, dispuestas con suma delicadeza y buen gusto. No podemos, sin embargo, ocultar que la estension de las dos escenas del gabinete diabólico al final del segundo acto nos parece demasiado larga. De la versificacion nada diremos. Pondremos, si, una muestra, y ella será el encomio mas encarecido.

Temiendo el marqués de Villena que se desvaneciese el amor de Dorotea al verlo en su figura natural, dice:

D. ENRIQUE.

Si mi nombre ó mi figura
fuese lo que en mi te agrada....

DOROTEA.

.....
.....

No te ofenda la franqueza
de un cariño verdadero:
lo que yo en mi esposo quiero
no es fausto, ni gentileza,
ni titulos, ni dinero:
quien merece mi aficion,
no es el señor sino el hombre
que me hace de su alma don:
quiero en él su corazon,
y allí no hay rostro ni hay nombre.

D. ENRIQUE.

Cesaron, ídolo mio,
mis amargas inquietudes:
á la suerte desafio,
pues tengo con tus virtudes
sujeto su poderío.
Dicha en la ciencia busqué
y en la gloria y los honores;
¡ay! ¡cuánto me equivoqué!
la hiel de los sinsabores
en copa de oro apuré;
que no es dichoso en la tierra
quien entre muros sombríos
montones de plata encierra,
ni quien vierte sangre á rios
en los campos de la guerra,
ni quien á fuerza de dar
tormento al sabio discurso,
logró poder señalar
á las estrellas el curso
que en el cielo han de llevar.
Amor es el bien mayor
que en esta oscura morada
le dió al hombre su hacedor,
que le formó de la nada
por un impulso de amor.

(*Continuará.*)

(1) San Agustin, *ciudad de Dios*, lib. 21, cap. 6.

(2) Puede verse en la historia del Emperador Cárlos V por Sandoval la curiosa relacion que hace este prelado de la informacion judicial que mandó practicar á uno de sus oidores la audiencia de Pamplona acerca de las brujas de Navarra, y de las determinaciones tomadas con este motivo.

(3) DU PERRAY, *de la Capacité des Ecclésiastiques*, l. I.

NOTA. *Los señores suscritores á la segunda edicion de la primera série de esta obra, (1836, 1837 y 1838), pueden servirse pasar á las librerías donde se hayan suscrito, á recoger el segundo cuaderno ó entrega que comprende los meses de julio, agosto y setiembre de 1836.*

MADRID IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



EL P. ISLA.

El P. Isla, uno de los españoles mas notables del siglo pasado, tanto por sus amenos escritos, como por su vasta erudicion, fue uno de los sábios contemporáneos.

D. José Francisco de Isla nació en Vidanes á las inmediaciones de Valderas, en Leon, el dia 25 de abril de 1703. Su padre D. José Isla de la Torre pertenecia á una de las familias principales del pais, y su madre doña Ambrosia Rojo no fue la que menos contribuyó con sus

conocimientos nada vulgares á los rápidos adelantos de su hijo. Dotado de un talento precoz, y de una aplicacion incansable, demostró desde su infancia lo que habia de ser en lo sucesivo; de modo que á la edad de 11 años se graduó ya de bachiller en leyes. Cuatro años despues trató de casarse con una señorita de su edad, pero reflexionando ambos en sus pocos años, determinaron dilatarlo á pesar de lo adelantado que estaba el negocio. Bien distante se hallaba entonces el jóven Isla de pensar el género de vida tan opuesto que habia de llevar en lo sucesivo, y tanto mas que desde pequeño habia demostrado una especie de aversion genial y decidida contra los jesuitas: pero algun tiempo despues cambió de tal modo y tan de repente, que pasando de un estremo á otro, determinó entrar en la compañía, y á pesar de las instancias de sus padres, y de la perspectiva halagüeña que se presentaba á los ojos de un jóven noble, bien acomodado, y de una nombradía ya mas que comun á la edad de 16 años, fue tal el teson con que se sostuvo, que sus padres hubieron de condescender bien á pesar suyo, y tomó la sotana en el colegio de Villagarcía de Campos el año de 1719.

Durante su noviciado, habiendo caido en sus manos una obrita francesa que contenia una novena de S. Francisco Javier, la tradujo al castellano como por entrenimiento, á pesar de no saber casi la lengua francesa y carecer de diccionario: hizo esta pequeña version con tal exactitud y propiedad que habiéndola visto su maestro le exhortó á continuar en aquel trabajo, y en efecto pocos años despues, mas enterado ya en el francés, dió á luz la *vida de Teodosio el grande* escrita en francés por *Flechier* que está justamente reputada por uno de los buenos modelos de traduccion, y de las obras mas correctas en su clase.

Habiendo pasado á estudiar á Salamanca dió pruebas de qué no era menos para la inventiva que para la traduccion: escogióle el P. Losada para ayudarle á escribir en las fiestas que se hicieron en Salamanca con motivo de la canonizacion de S. Luis Gonzaga, sobre las cuales se le habia encargado componer un libro que tituló *La juventud triunfante*: desempeñó Isla con tal gracia la parte que se le confió de la descripcion de la mogiganga, y amenizóla con tales chistes, que se ha trasmitido hasta nuestros dias; cosa que á buen seguro no hubiera logrado á no proceder de tan buena pluma. Esto fue lo que decidió á la diputacion de Navarra pocos años despues á encargarle la descripcion de las fiestas que se hicieron en Pamplona el año de 1746 con motivo de la proclamacion del rey D. Fernando VI. Era á la verdad empresa ardua, pues bien mirado, la diputacion no habia hecho mas que lo preciso del ceremonial, y ni aun eso habia visto el P. Isla que por aquellos dias habia estado ausente. A pesar de eso, hubo de condescender, y escribió el famoso folleto titulado: « *Dia grande de Navarra.* » *Triunfo del amor y de la lealtad* etc., tan célebre y tan vulgar que indudablemente fue de lo poco bueno que mandó hacer su diputacion en aquellas fiestas, que á no haber sido por la pluma del P. Isla yacerían como tantas otras sepultadas en perpetuo olvido.

Bien sabida es la persecucion que este folleto originó á su autor, por creerse, como suponian sus émulos, que debajo de aquellas alabanzas hiperbólicas se contenia una finísima sátira. A pesar de sus protestas y de su defensa tuvo que salir de la provincia: pero esto no impidió el que se despachasen dos copiosas ediciones.

Disgustado al ver la persecucion que le habia acarreado su obra original, retiróse al colegio de Villagarcía deseoso de disfrutar la tranquilidad necesaria para las grandes obras que meditaba: volvió á sus traducciones, tomando con empeño la del *Año cristiano* escrito en francés por Croisset, que publicó ayudado por la real munificencia del rey D. Fernando, que le suministró los medios necesarios por conducto de su ministro el marqués de la Ensenada: al mismo tiempo tradujo tambien y dió á luz el compendio tan vulgar de la *Historia de España escrita en francés por el R. P. Duchesne* añadido por el traductor con muchas notas críticas, y unos versitos que sirven de encabezamiento á los capítulos, y facilitan el retener y traer á la memoria su contenido, de modo que podemos decir sin temor de equivocarnos que la traduccion es mucho mejor que el original. Desde aqui fue donde dirigió principalmente la mayor parte de aquellas graciosas *Cartas* que dió á luz su hermana doña María Francisca despues de su muerte. Pero lo que principalmente le ocupó en aquel retiro fué lo que el llamaba *su frailecito*, la famosa obra de *Fr. Gerundio de Campazas*. Viendo los muchos obstáculos que se oponian á su publicacion y á que saliese en su nombre, tuvo que darla á luz en Madrid el año de 1758 bajo la firma de D. Francisco Lobon, que no es un seudónimo como algunos han creido, sino el nombre de un cura de Villagarcía, hombre tambien de conocimientos nada vulgares, y que contribuyó no poco á la conclusion de la obra.

Pero entonces no salió á luz mas que el primer tomo que fue arrebatado de manos de los libreros en menos de dos dias. Habiendo el rey leido uno de los ejemplares, le gustó mucho, tanto por el modo como por el objeto, y dió tales demostraciones de ello, que el comisario general que se hallaba presente no pudo menos de escribir á su autor dándole la enhorabuena: tambien la reina mandó que se lo trajeran con todas las demas obras del autor, y hasta el pontífice leyó y apludió la obra luego que llegó á Roma. A pesar de eso, levantóse contra el autor una furiosa persecucion: acusáronle de que en su libro se contenian proposiciones heréticas y mal sonantes, y á pesar de haber sido aprobada por todos los sábios contemporáneos, entre otros los sábios benedictinos Feijoo y Sarmiento, y de la recomendacion que estamparon al frente los hombres de mas mérito (1) en virtudes y saber, se mandó suspender la segunda edicion del primer tomo, y la impresion del segundo. Pero habiendo obtenido alguna copia del segundo tomo, varios amigos suyos lo hicieron imprimir fuera de España: esto le acarreó otro disgusto todavia mas sensible para él, pues habiéndolo llevado á mal varios individuos de su religion, tuvo que sufrir un castigo no pequeño por haber tenido la debilidad de confiar el manuscrito á unos seglares antes de haber obtenido la aprobacion de su religion, sobre lo cual le reprendieron agriamente las personas mas notables de ella, aunque aprobaban en general la obra y el objeto. En cuanto á su mérito, es digno de notarse el testimonio del sábio literato D. Juan Sempere y Guarinos en su famosa obra titulada *Biblioteca Española de los mejores escritores del reinado de Cárlos III.* « Esta obra (dice en el tomo 3.°) fue recibida con el mayor aplauso, como lo manifiesta el haberse vendido todos los ejemplares de ella en 24 horas.» Pero habiendo sido delatada al santo tribunal de la inquisicion, se prohibió de allí á poco tiempo. No obstante se cree que ha producido mucho efecto

(1) Fueron estos 4 individuos de la Real academia de la historia, á saber; D. Fr. Alonso Cano calificador de la Inquisicion y obispo de Segorbe, D. Agustin Montiano y Luyando ministro de Gracia y Justicia, D. José Aguirre obispo electo de Barbastro, D. Juan Manuel Santander y Zorrilla Bibliotecario mayor de S. M.

en la reforma de la oratoria sagrada, sirviendo de gran freno á los malos predicadores, el temor de incurrir en la nota y apodo de *Gerundios*. Mientras se estaba tratando de la prohibicion de esta historia, escribieron varios papeles contra ella, particularmente uno del P. Marquina con el título del Penitente y otro de D. José Maimó y Rives traductor del método de estudiar del Barbadiño. A uno y otro respondió el P. Isla, al primero con cuatro cartas escritas por el mismo estilo que la historia de Fray Gerundio, y al otro con una apología. Fuera de España ha sido sumamente celebrada la historia del P. Isla. El marqués de Caraccioli, sugeto bien conocido por su piedad y literatura, en una de sus cartas escribia de esta suerte. «Me alegro que leas á Fr. Gerundio: esta obra pone á la vista del lector de la manera mas delicada todas las necedades é ideas gigantescas de ciertos predicadores españoles. El autor, hombre de mucho talento, la ha compuesto para desacreditar los malos sermones, asi como Miguel de Cervantes escribió su *D Quijote* para desacreditar las aventuras de la caballería que reinaba entonces.»

Para mayor afliccion suya le fue preciso poco tiempo despues ir á Santiago donde estaban sus padres moribundos, y sus hermanas enfermas, teniendo que dejar su amado retiro y sus estudiosas ocupaciones; y desde allí pasó á Pontevedra donde se estableció. Allí fué donde le cogió la órden para la espulsion de los regulares de la compañía, el dia 3 de noviembre de 1767.

Mostró en aquella ocasion su firmeza, pues deseoso de animar á sus compañeros desplegó todo su ingenio para traerlos entretenidos con su humor festivo y sus dichos agudos y oportunos: pero cuando llegó la hora de marchar, la naturaleza hizo su oficio, y le atacó una perlesia que le postró en cama poniéndole á las puertas de la muerte: fue preciso sangrarle á toda priesa, con lo cual se halló á los pocos dias en disposicion de marchar como lo ejecutó, á pesar de las ofertas que se le hicieron por las autoridades, y de las instancias de sus amigos que le reconvenian por esponerse á una muerte inevitable. Habiendo llegado á Santiago pasó inmediatamente á la Coruña donde se embarcó con los demas espulsos. Es indecible lo que en aquella situacion hubo de padecer: hacinado con sus compañeros de infortunio á bordo del navio Nepomuceno, tuvo que sufrir los trabajos de una larga navegacion, sin poder tomar tierra ni en los estados pontificios, ni en Toscana, ni en Génova, pues de todas partes los rechazaban las costas inhospitalarias de Italia; y hubiera sucumbido quizá, á no haberle favorecido el capitan del navio D. José Bianes franqueándole su mesa y habitacion. Aportó al fin á Córcega en donde vivió 15 meses en compañía de un cura que le hizo el favor de llevarlo á su casa. Allí en medio de la miseria, y de los horrores de un sitio en que les faltaba á estos espatriados hasta el agua que reservaba para sí la guarnicion, supo dar pábulo á su genio estudioso, y halló tiempo para traducir á nuestro idioma las *Cartas del abogado Constantini*, aprendiendo al mismo tiempo la lengua toscana.

Poco despues los franceses le hicieron evacuar la isla con los demas compañeros, obligándoles á embarcarse en las naves que habian traido á Córcega la guarnicion: viéronse entonces en un compromiso bien apurado, pues la república de Génova les impedia el desembarcar, y los franceses les apremiaban á desocupar los navíos. En aquel conflicto les fue preciso alquilar unas embarcaciones viejas que estaban desarboladas en el puerto, y allí se acomodaron como pudieron: al fin, habiéndoles permitido saltar á tierra despues de bastante tiempo, se dirigieron á Bolonia, punto que se les habia designado. Tocóle al P. Isla alojarse con otros muchos en una casa de campo llamada *Crespalano*: allí permaneció dos años bastante bien respecto de las incomodidades pasadas: durante aquel tiempo se entretuvo en escribir y consolar á sus amigos, y traducir varias obritas italianas; como tambien algunos tratados en vindicacion de la literatura española, muy abatida en el concepto de los académicos italianos. Pero donde mas se dedicó á este trabajo fue en Bolonia á donde se trasladó despues y donde puso muy en su punto las glorias literarias de nuestra nacion, aprovechando la mucha deferencia que le habia adquirido el célebre nombre de autor del Gerundio: á esta celebridad mereció el verse rodeado y obsequiado de todas las personas notables de aquella ciudad. Pero á pesar de eso su franqueza le originó un disgusto que fue de los mayores que tuvo en su vida.

(*Se concluirá.*)

LA TORRE DE BEN-ABIL.

NOVELA.

(Véase el Semanario del domingo anterior.)

II.

EL PADRE Y EL HERMANO.

En frente de la casa de la calle del Algarbe, que hemos presentado en el capítulo anterior á nuestros lectores, están parados diversos grupos de gente del pueblo. Con vehemente gesticulacion pero en voz baja, y señalando á la puerta, hablan mujeres y hombres disputándose, aplaudiéndose, pasando de un entusiasmo á otro con la viveza característica de su orígen africano. Sin embargo grandes diferencias distinguen á estos corrillos. La raza conquistadora no ha tenido tiempo de mezclarse aun con la raza vencida, y un encono ardiente, implacable, aunque sofocado por el temor separa á los antiguos señores de la ciudad, de las rudas é insolentes familias de los invasores. Hacíase de notar el cristiano por sus cabellos rubios, sus azulados ojos, sus anchas espaldas y su aire guerrero; contaba en lengua desconocida y tosca, con ademanes groseros, los acontecimientos de la tarde, inclinándose respetuosamente cuando con aire contrito pasaba algun preste para entrar en casa del Adelantado. Mas lejos conversaban algunas mujeres de larga saya y blanca toca, parando á los hombres de armas que entraban y salian continuamente, llevando y trayendo órdenes de los caballeros; mientras los corros de los moros, cada vez mas numerosos é inquietos ocupaban el arco de la muralla, y todas las callejuelas que se estienden hoy de derecha á izquierda hasta la plaza de Plateros, entonces del Aljafar: envueltos en sus blancos albornoces, tendidos ó de pie bajo las ventanas de las casas, hablaban entre sí de negocios al parecer muy importantes, porque en sus miradas, en sus gestos habia una exaltacion poco comun á los indolentes y afeminados moros de Andalucía.

«¡Alah akbar!» decia un anciano sarraceno, cuya poblada barba, blanca como la nieve, inspiraba respeto y obediencia. «Esos perros cristianos han celebrado el último Ramadán en la ciudad santa. El alfange del profeta vá á caer sobre sus malditas cabezas, y el estandarte de la luna flotará otra vez sobre la mezquita profanada. Dios es grande.





— «El infiel está apurado», respondia otro cuyos centelleantes ojos se fijaban con ansiedad en la fachada de la casa fronteriza: la perla de su collar, la granada de su jardin está en poder de nuestros hermanos; y á buen seguro no irán á buscarla á la montaña.»

— «Que vayan»: replicaba un jóven árabe casi sin bozo en el espresivo semblante. «Que vayan, y veremos que encuentran á su vuelta: las cabezas de sus mujeres y de sus hijos coronarán las almenas de la ciudad, y el silbido de las flechas sarracenas sonarán con mas fuerza que las dulzainas y chirimías para saludar su vuelta. No, no irán.»

— «Allá está mi casa: miradla: mis jardines, mis baños, mi harem, todo ha sido presa del bárbaro godo: mis jóvenes odaliscas han sido entregadas á esos rudos guerreros, y los clavos de hierro de sus borceguíes destrozan mis pavimentos de alabastro y ébano. Mi hogar ha sido profanado por esos perros, y la sangre de mis padres ha corrido en los estanques de las fuentes. Yo podia haberme reunido con los Gazules en la montaña: pero he preferido arrastrarme en la miseria por clavar algun dia el puñal en el pecho de ese Gonzalo de Vargas, cuyo penacho insolente descuella entre las filas de sus soldados. Y ese dia vá á llegar. ¡Oh, si los infieles saliesen! El consejo de sus gefes se prolonga demasiado: la ofensa que han recibido no tiene perdon: que busquen al águila en su nido, y sus garras arrancarán el corazon de los cazadores. ¡Cuánto han sufrido esos orgullosos cristianos en las justas de ayer tarde! ¡con qué destreza envolvian nuestros ginetes á esos soldados cargados de hierro, sin corazon, sin alma, fuertes como los elefantes, y estúpidos como los camellos! Ruy Diaz estaba pálido de cólera al ver vencidos sus mejores caballeros por la flexible lanza de Aben Gazan. Y su hija.... su hija es ahora la odalisca de un moro, esclava como una africana en la soledad de su harem.»

«¿Y viste, replicó el anciano, viste Muza cuan certeras cayeron nuestras flechas sobre los soldados de la puerta de Gulhamar? pues si saliesen.»

«Si saliesen, Muza, no volverian.... pero....

Aquí la conversacion fue interrumpida por la llegada de algunos hombres de armas encargados de despejar la calle: sacudiendo fuertes garrotazos con el asta de su lanza sobre los espantados moros, hicieron retirar á todos los ociosos que ocupaban el recinto: el grupo en que poco ha oimos hablar á Muza y á Almanzor se perdió un momento entre la turba fugitiva, volviendo á aparecer luego en la esquina del torreon.

— «Van á salir: el consejo se ha acabado, y de su resolucion depende todo....

Lentamente iban saliendo en efecto los caballeros castellanos, llevando detrás un page con la lanza y el escudo. Algunos monjes y prestes con hábitos negros y desnuda la cabeza se retiraban tambien con los ojos fijos en tierra, que no levantaban ni aun para responder á los respetuosos saludos de los soldados. Cada uno se dirigió á su habitacion: la calle quedó en silencio por algun tiempo, y solo se oia la acompasada marcha de los centinelas que con lentos pasos cruzaban la plaza hasta el arco del muro.

Largo rato habia pasado desde la disolucion del consejo, cuando dos guerreros salieron de casa del adelantado, envueltos en largos mantos pardos con broches de oro: aunque estaban cubiertos sus vestidos, se conocian sin embargo en la riqueza de los brillantes cascos, coronados de anchurosos y flotantes penachos la alta clase de sus dueños; los soldados los saludaban con respeto al oir

el santo y la seña que pronunciaban con voz firme y un tanto imperiosa: á la derecha iba el mas anciano; y no era fácil conocer que lo era, porque su paso marcial y altanero no se resentia de la inseguridad y flaqueza de los años: pero su largo vigote casi blanco que no encubria del todo la capa que lo envolvia señalaba un hombre que se acerca á la vejez. El jóven guerrero que le acompañaba algo mas flaco, y de mas elegante aspecto hacia resonar sobre las piedras sus espuelas de un modo que denotaba impaciencia y cólera. Estaban cerca del torreon, y el anciano decia en voz baja á su compañero.

«Calmate, Rodrigo: las empresas mejor combinadas se pierden por sobrada precipitacion. Por la corona de Cristo; ¿crees que anhelo menos que tú la venganza? ¿crees que mi corazon está helado por los años, ó me juzgas insensible á la infamia de mi casa?

—«Pero señor, replicaba el jóven, señor, ¿comprendeis que el infiel tiene á estas horas á Inés entre sus malditos brazos, comprendeis que es su esclava, su concubina, el juguete de los impíos hijos de Mahoma?»

— «Vive Dios», esclamó irritado el viejo; vive Dios, que si hablas otra palabra que dé pábulo á la hoguera de rabia que me devora, arranque tu lengua con mis manos sin reparar que eres mi hijo. ¡Silencio! veremos pronto quien prueba mas su ardor en la batalla. Para nosotros no hay ya mas que venganza inexorable. Tu hermana Inés no pertenece al mundo: el convento la espera, si nuestros esfuerzos la arrancan de manos del infiel: con ella pierdo la esperanza, el consuelo de mi vida.... pero si muriese antes de vengarme....»

— «Entiendo, señor, si murieseis, ni mis ojos se cerrarian, ni descansaria mi cuerpo hasta rociar vuestro helado cadáver con la sangre del moro.»

«Pues bien Rodrigo: vamos á ver á Gonzalo de Vargas: mañana antes de amanecer deben salir las tropas: los pasos de la montaña están mal guardados porque no creen los moros que podremos aventurarnos fuera de la ciudad para buscarlos en sus guaridas: caeremos como el rayo sobre ellos, y dueños de aquellos difíciles barrancos no encontraremos obstáculo que nos impida llegar *á la torre de Ben-Abil*.... Entonces.... la venganza es mia, solo mia.... Sobre todo que los habitantes de esta ciudad inquieta, que esos perros que todavía lloran sobre los sepulcros de sus padres no sepan nuestra partida hasta que nos vean volver arrastrando las cabezas de sus hermanos á las colas de nuestros caballos. Preparadlo todo con el mayor silencio y reuníos....»

Al llegar aqui, los ecos de las voces se perdieron completamente. Muza y Almanzor siguieron en silencio esperando oir algunas palabras mas: pero el tono en que hablaban los dos cristianos, y la distancia cada momento mayor que los separaba, hacian ya inútil su vigilancia y su acecho.

«Lo has oido? dijo Almanzor temblando de rabia.

— «Lo he oido» replicó Muza con afectada tranquilidad. El tigre juega de antemano con la presa que aguarda.... pero es en sueño.... mañana vendrá la realidad.. Corre: en este mismo instante deben salir todos los hombres disponibles.... las armas están en la bóveda secreta de la mezquita.... La mina y el portillo están abiertos.... Uno á uno.... Cuando esteis fuera de las murallas, envia corredores en todas direcciones para dar la alarma.... Ocúltate en las gargantas de la sierra.... Yo no puedo ir consigo: aun me falta que hacer en la ciudad: pero no temas: la luz del alba me verá á tu lado en las alturas de Gil-al-bin.

CRÍTICA LITERARIA.

REVISTA TEATRAL.

(Conclusion. Véase el número anterior).

Pasando á hablar ahora del drama del señor *Don Antonio Gil y Zárate* titulado Don Alvaro de Luna, no podemos menos de hacer notar ante todas cosas el grande esfuerzo que supone, haber acometido un asunto que no es teatral por su naturaleza, porque ni es propio para remover los afectos íntimos del corazon, ni puede empeñar la curiosidad, como quiera que el funesto término de la privanza de Don Alvaro, que sirve de desenlace al drama, es de muy pocos ignorado. Hacer, por otra parte, base del plan el cuadro de las intrigas y arterías con que un cortesano ambicioso acelera los últimos instantes de un valimiento ya moribundo, es haber ido en pos de la dificultad por el placer de combatirla. No debe inferirse de esto que nosotros pensemos como los críticos franceses del siglo XVII que no comprendian que pudiese interesar una fábula dramática cuyo principal resorte no fuese el amor. Nuestra aversion á todo dogma esclusivo y estremo nos hace desaprobar este abuso sistemático y convencional, con tanta mayor conviccion, cuanto que el teatro griego, norma infalible de la literatura dramática francesa de la citada época, presenta varios ejemplos de producciones en cuya trama no interviene el amor, entre los cuales ocupa el primer lugar el *Filoctétes* de Sófocles, en el cual son hombres todos los personages. Nosotros juzgamos á todos los afectos y pasiones capaces de inspirar interés; pero no desconocemos que los sentimientos tiernos son los de efecto mas fácil y seguro en la escena, y por eso admiramos el tino y genio del señor Gil de Zárate, que tanto partido sabe sacar aun de aquellos asuntos que estriban en intereses puramente políticos.

Difícil seria seguir paso á paso la marcha complicada del Don Alvaro, y no lo consintieran, por otra parte, los estrechos límites á que estamos circunscritos. Nos contentaremos, pues, con apuntar nuestras principales observaciones. El pensamiento fundamental del drama consiste en presentar el carácter histórico de D. Alvaro de Luna; pero ¿es siempre el D. Alvaro del drama aquella figura colosal é imponente del reinado de D. Juan el Segundo? ¿Nos ha mostrado el autor en todo el discurso de la obra á aquel valido astuto, audaz, soberbio y ambicioso que la tradicion y el sentir de sus contemporáneos nos han trasmitido? Forzoso es confesar que D. Alvaro despliega en algunas situaciones toda la importancia y solemnidad de su carácter histórico; pero este mismo carácter está en otras algun tanto desnaturalizado. Unas veces manifiesta la arrogancia enfática de un palaciego entronizado, mas bien que la firmeza y seguridad de un hombre acostumbrado por espacio de treinta años á ver acatada su voluntad cual la suprema ley; y otras se muestra mas débil de lo que conviniera á su engreimiento y poderío. En el tercer acto ruega con sobrada humildad al marqués de Villena que le devuelva su hija, y el espectador vé con disgusto á D. Alvaro reducido á semejante humillacion. El valido sabe muy bien que Don Juan Pacheco es inflexible, singularmente con respecto á aquellas cosas que pueden entorpecer el vuelo de sus ambiciosos deseos, y á pesar de los impulsos del

amor paternal, no debe, en nuestro dictamen, perder su natural violencia. Creemos, en una palabra, que la escena VI de dicho acto debiera empezar por donde acaba, esto es, amenazando el condestable al de Villena.

El carácter de D. Juan Pacheco está magistralmente bosquejado en la bella escena última del primer acto; y es tan bello y vigoroso en esta situacion, que oscurece el de D. Alvaro, su competidor. Pero en el resto del drama no es mas que un intrigante vulgar, y el taimado y sagaz cortesano se convierte en la escena II del acto cuarto en un imprudente y difuso declamador. No comprendemos por que se ha desentendido el autor del personage de la Reina, que como enemiga de D. Alvaro, hubiera sido en nuestro sentir el agente mas natural, y al mismo tiempo el mas poderoso y dramático para hacer frente á la preponderancia del privado. D. Juan-el-Segundo es casi siempre aquel monarca débil, juguete de sus cortesanos, mas dispuesto á ocuparse de las perfecciones de una trova que de la ventura de sus pueblos. Pero este mismo carácter tímido y apocado hace á nuestros ojos inverosímil la entrevista que tiene con Don Alvaro en la prision, entrevista que fuera de esto, hubieran sabido evitar los enemigos del Condestable. La mirada de Don Alvaro debe tener un poder irresistible y fascinador para el que ha sido por tantos años esclavo de su voluntad, y el rey, subyugado por la grandeza y elevacion de alma que manifiesta el valido en los últimos instantes de su vida, debe estar decidido á perdonarlo á toda costa desde el momento en que se resuelve á verlo, y no manifestar la tenacidad impropia y mal fundada que despliega, aguardando para concederlo, á que D. Alvaro implore su perdon.

El asunto es causa de que el desenlace no despierte en manera alguna el interés del espectador. Todos saben de antemano el paradero que aguarda al Condestable, y falta por consiguiente en toda la composicion aquella grata incertidumbre que es la fuente del interés dramático.

La estructura del Don Alvaro nos parece en general bastante acertada, bien que inferior á la de la *Rosmunda*. Las cualidades que sobresalen en el drama, son, á nuestro entender, la belleza de algunas situaciones, la eleccion y enlace de la mayor parte de los pormenores episódicos, la elevacion moral de las ideas, las galas del lenguage poético, y el giro teatral de la espresion. En esta última parte no conocemos rival al señor Gil de Zárate.

Poco diremos de El Pelo de la Dehesa, una de las obras mas notables del señor *D. Manuel Breton de los Herreros*. El público conoce ya la índole de este escritor, y la comedia citada tiene todas las grandes bellezas y la mayor parte de los defectos de sus anteriores producciones. Abunda en situaciones cómicas, la versificacion es rica y fluida, el diálogo natural, inimitable, y los chistes innumerables. Pero adolece de falta de vigor é invencion en la intriga, de mala disposicion en la estructura, y de exageracion é impropiedad en los caracteres. Y estos defectos no nos parecen de modo alguno disculpables en el señor Breton, porque estamos persuadidos de que le sobra ingenio para evitarlos y que solo la falta de meditacion puede hacerle incurrir en ellos. Las comedias tituladas *Muérete y verás*; *No ganamos para sustos*; *¡Una Vieja!*; la que ahora nos ocupa, y alguna otra, prueban evidentemente que el autor no desconoce el arte de conducir la fábula y que sabe prestar á sus planes cierto grado de intencion moral ó filosófica, empleando las armas de la ridiculez y del escarmiento contra los vicios de la sociedad. Pero uno de los mayores males de que se resiente en el dia la literatura, es la precipitacion y poco estudio con que se escribe; parece que los escritores miran como primer título de gloria el número y no la perfeccion de las obras, malgastando en vanos ensayos un ingenio que bien aprovechado pudiera producir modelos, y poco les inquieta que la sana razon condene sus obras, ó que la posteridad haya de juzgarlas, con tal que su nombre y sus escritos fatiguen las prensas diariamente. Estas reflexiones nos parecen tanto mas justas con respecto al señor Breton, cuanto que no contento en sus últimas comedias con hacerse dueño de la risa del auditorio, como tantas veces lo ha conseguido, sin mas auxilio que la naturalidad y brillante versificacion del diálogo y la abundancia de los chistes, ha procurado dar á la accion cierto enredo y movimiento, y elegir para base del plan la demostracion filosófica de alguna verdad ó la correccion de algun estravío.

Esta misma laudable tendencia se advierte en El pelo de la dehesa; pero en la disposicion del argumento se notan algunas inconexiones hijas sin duda de falta de meditacion. El carácter de D. Frutos, que constituye por sí solo el pensamiento fundamental de la comedia es indeciso y poco consecuente. Unas veces es un labriego záfio, intratable y estúpido, que desconoce todo miramiento, que ignora hasta las cosas mas triviales que dicta el sentido comun: otras un hombre, tosco, sí, pero discreto, sensible y generoso. Asi se manifiesta en la escena XI del segundo acto cuando oyendo decir que al dia siguiente han de firmarse los contratos esclama:

Jamás igual regocijo
en mi corazon sentí:
la amaré á usted como un hijo
y como un esclavo á tí.
.....
.....
Es tosca mi educacion
para aspirar á tal moza,
yo te hago esta confesion;
pero tengo un corazon
como de aquí á Zaragoza.
El encontrará camino
de agradar á mi mujer:
para amar con desatino
no creo que es menester
que uno sea lechuguino.
En lo que yo no este ducho
corrige tu mis maneras,
verás que dócil te escucho.
Tú harás de mí lo que quieras....
siempre que me quieras mucho.
Asi con igual placer,
luego que al pié del altar
me digas: soy tu mujer,
tu me enseñarás á hablar;
yo te enseñaré á querer.

Este lenguage apasionado sin lima y sin artificio alguno es perfecto en boca de D. Frutos, y si constantemente fuese su carácter el que manifiesta en este lúcido intervalo, no apartaria de sí ni un instante el interés del espectador, como en no pocas ocasiones sucede. Si Don Frutos en vez de condenar, indistintamente, cual lo hace, todas las costumbres de la corte, no tanto por no ser juiciosas como por no ser las suyas, hiciese algunas concesiones, y acabase á pesar de ello por convercerse de que:

no se cambian las costumbres
como se cambian las modas,

y de que no pueden vivir en union dichosa personas cuya educacion, hábitos y aficiones son tan diferentes, entonces la leccion filosófica de la comedia seria mas palpable y eficaz todavia.

Los demas personages están tambien poco estudiados. La marquesa no habla siempre en el tono que corresponde á su clase. Doña Elisa, que en el acto primero manifiesta profesar á D. Miguel la mas cordial indiferencia y que replica á la criada, cuando esta le advierte que aquel esperaba de un dia á otro el ascenso á capitan:

Aun asi,
fuera mucho atrevimiento,
siendo yo hija de un marqués,
que aspirase á ser mi dueño,

sale despues, sin saber por qué, con el mismo D. Miguel á implorar á las plantas de su madre, como una heroina de novela, la aprobacion de su casamiento. El personage de D. Remigio es inútil para el argumento; pero divierte, y nosotros no nos atrevemos á condenar lo que escita la risa del espectador.

Esta comedia abunda en situaciones cómicas, como casi todas las del autor. Es felicísima la escena VIII del cuarto acto, en que Elisa y D. Frutos, convencidos ya de los inconvenientes que acarrearia su matrimonio, se deciden á romperlo, y al mismo tiempo se niega cada uno de ellos por razones particulares á tomar la iniciativa en tal resolucion. Tambien es ingenioso el medio que emplea el autor para sacar á D. Frutos de su apurada situacion, haciéndolo acreedor de la marquesa.

Despues de estas ligeras observaciones, repetiremos al señor Breton de los Herreros lo que ya en otra ocasion le hemos dicho: que debiera emplear su privilegiado ingenio en estudiar con mas empeño la alta comedia de Moliére. Su mérito principal consiste hasta ahora mas que en la pintura del corazon humano, en las agudezas del diálogo, en la pintura local de las costumbres, y en el feliz manejo de los modismos del lenguage social. Puede aplicársele lo que decia un célebre crítico hablando de Regnard: *il ne fait pas souvent penser, mais il fait toujours rire.*

Para terminar este artículo, haremos mencion de EL ZAPATERO Y EL REY, drama del señor *D. José de Zorrilla*. Este distinguido jóven se ha propuesto emplear su imaginacion creadora y vigorosa en imitar las producciones de nuestro teatro antiguo, y cada uno de los pasos que dá en la carrera dramática, es una nueva prueba de su acierto y habilidad. En su último drama, que á un argumento bien combinado reune notables prendas de estilo, ha tratado de presentar el carácter histórico de D. Pedro-el-Cruel. No asegurariamos nosotros que lo haya completamente conseguido; pero no titubeamos en elogiar el esmero que ha empleado el señor de Zorrilla en dar al violento carácter de aquel monarca un colorido menos odioso que el que la tradiccion le atribuye. Gran cordura ha manifestado, en nuestro sentir, el autor, no juzgando las acciones del siglo XIV segun los principios del nuestro. Las atrocidades de D. Pedro, no fueron, como se ha supuesto, crímenes cometidos, por el deleite de cometerlos, sino justicias implacables y sangrientas venganzas que no desdecian de las costumbres del tiempo, y que estaban autorizadas por la horrible política que reinaba á la sazon en todos los tronos. Sin contar á Cárlos-el-Malo, »zote de Navarra, otros dos Pedros, Pedro I de Portugal y Pedro IV de Aragon, tiranizaban la Península, y acaso era D. Pedro el-Cruel el mas humano de los tres. La historia tiene sus predilecciones y sus antipatías. «Juan rey de Francia,» dice Voltaire en el *Ensayo sobre las costumbres*, «que habia asesinado á su Condestable y á cuatro señores de Normandía, fue apellidado »Juan-el-Bueno, y la historia llama cruel á Pedro de »Castilla, sin considerar que subió al trono á la edad »de diez y seis años, y que debieron torcer sus naturales »inclinaciones la lisonja y la falta de freno.»

La justicia de la historia se asemeja á veces á la del destino, de la que dice Juvenal:

Committunt eadem diverso crimina fato;
Ille crucem sceleris pretium tulit, hic diadema.

Por el mismo crímen, á uno la corona, á otro el cadalso!

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

POESIA.

MI VIAJE AL LUGAR.

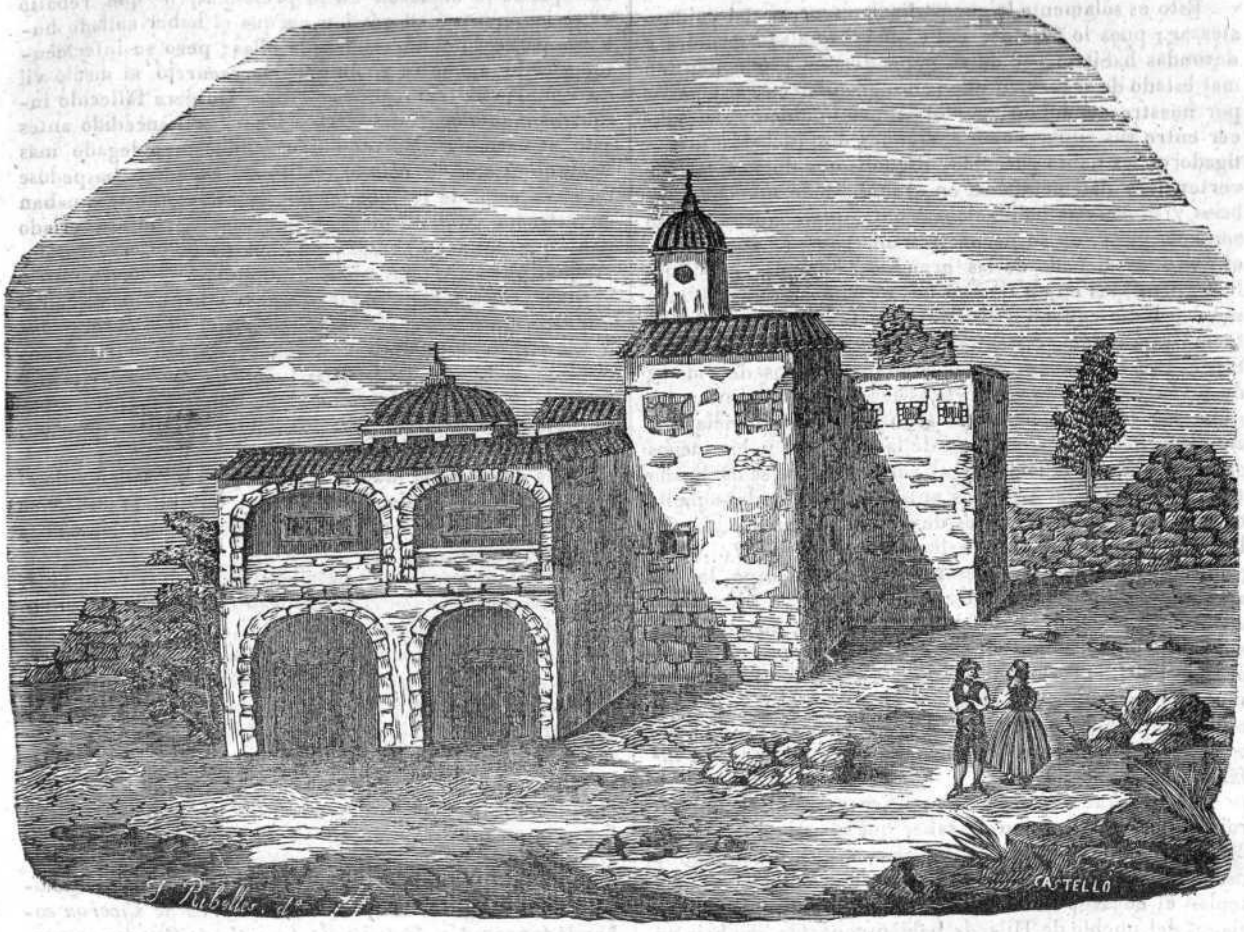
Hay momentos desgraciados
en que nada sale bien,
y en que parece que inspira
los pensamientos Luzbez;
Momentos de Purgatorio
tan malditos de cocer,
que deben tenerse en cuenta
para otra cuenta despues.
En ellos de nada sirve
la ignorancia ni el saber,
ni meditar á derechas,
pues todo sale al revés;
Y sin embargo en momentos
tan aciegos yo pensé,
(y pésame haber pensado
disparate como aquel.)
Pensé viajar, correr tierras....
por el espacio de un mes,
y ver si con otros aires
llegaba á robustecer.
Pensé olvidarme de versos,
de teatros, de cafés,
de amigos, de golosinas....
y de otras cosas tambien;
Y en la soledad del campo
entre tomillo y laurel,
pensé encontrar todo aquello
que aquí en la Corte no hallé.
¡Pero ay.... que mi pensamiento,
segun he visto despues,
solamente me ha servido
para mas enflaquecer!
Emprendí mi caminata
caballero en un corcel
de la raza del de Sancho,
símbolo de pesadez;
Famoso rucio rodado....
y tan rodado de pies,
que en el puente de Toledo
por poco ruedo con él.
Allí en aquellas alturas
nos dió el viento tal vaiven
que yo me temí un naufragio,
y *encallar* con mi *bajel*.
Pero sopló de *babor*
con un cierto ten con ten,
que nos llevó de *bolina*
por la via de Aranjuez;
A veces *á todo trapo*
tomando el rizo otra vez,
y amainando otras, me pude
hasta entonces sostener;
Mas un *tábano* picó
por la *popa á mi bajel*,

y este alzándose de *quilla*
me arrojó por el *baupres*.
¡Maldito insecto, que me hizo
volar en un santi-amen,
y por poco me desnuco
ó me quebranto la nuez!
Con esto y otros trabajos
al pueblo por fin llegué,
y en él creció por desgracia
mi pasion.... ¡cómo ha de ser!
Fuíme á casa de un tal Pedro
que hacia de alcalde y juez,
á quien conocí de niño,
y me ha pesado despues.
Al verme me abrazó Pedro
con tanto amor y estrechez,
que dudo que mas hiciera
el rey D. Pedro el Cruel.
Cinco minutos estube
entre Pedro y la pared,
intentando, pero en vano,
poder desasirme de él.
No hubo medio, me apretaba
el labriego con tal fé,
como si fuera á cargar
con algun costal de mies.
Mas quiso Dios que aflojára,
y apenas yo respiré,
me llevó casi á empellones
do estaban sus hijas tres.
Las tres cari-acontecidas
se pusieron á la vez,
y yó cari-acongojado
ante ellas me presenté;
No hubo muchas ceremonias,
ni el *«reconózcame usted....*
porque allí los cumplimientos
sobran, y sobran muy bien.
Fuese Pedro, y me dejó
ante aquel rústico haren:
de hito en hito me miraron,
callaron, y yó callé;
Mas apenas el silencio
osado quise romper,
se me volvieron cotorras
de Pedro las hijas tres.
Una de ellas, sospechando
que me hacia gran merced,
me apostrofó en estos términos....
«qué facucho que está usté.»—
Y yo no encontrando en mí
indicios de robustez,
le respondí agradecido
—«Sí, facucho, verdad es:»—
—¿Y hay en *Madril* muchas fieras?—
—¿Fieras? haylas á granel.—
—¿Y muy grandes?—
—Como ustedes...!
Las alcanzáran á ver....
—¡Ay Jesus!—
—No, no hacen daño—
—Y algunas tendrán tambien
muchas patas.—
—Todas andan
como ustedes, en dos pies.—
—¿Y qué estilan las *usías*?—
—¿Lo mismo que las *usted*.—
—Llevarán adornos de oro.—
—Con efecto, de oro-pel.—
—Irán á misa en calesa.—
—No se quieren esponer;
Las que van, son solamente
usías de Lavapies.—
Y á tan pulidas preguntas
precisado á responder,
me hallaba mas sofocado
que entre los brazos del juez.
Por fin concluyó la plática
con invitarme las tres
para un baile aquella noche,
y yo por tal lo acepté.
Era un baile por convite
en casa del tio Tonel,
porque diz que se casaba
un hijo de su mujer.
Y apenas oscureció
allá me fuí con las tres,
y en una cuadra encontramos
de mozuelas hasta diez.
Al verlas muy cortesmente
á todas las saludé,
y para ello usé la frase
de «Beso á ustedes los pies.»
Mas nunca lo hubiera dicho,
porque un gañan como un buey
salió detras de un pesebre,
se plantó, y dijo; «Oiga usté;
Aquí no se besa á *naide*,
porque por vida de quien,
que aunque soy un animal
yo me las sé componer.»
Dijo, y dando media vuelta
y recogiendo los pies,
se volvió muy satisfecho
á su pesebre otra vez.
En esto paró aquel litis:
siguió el baile.... ¡pero que,!
si en mi vida he visto danza
mas parecida á tropel.
¡Qué brincos! ¡y qué patadas!
¡Coces eran, bien lo sé!
porque una me señaló
con los cuartos del envés.
Aquella era danza estraña,
y por sus giros noté,
que mas que baile español
era cafre ó iroqués.
Yo me sentí indispuesto,
y á estar tan malo llegué,
que tomé por buen remedio
salir del infierno aquel.
Mas quiso Dios infinito
y quiso...., y no sé porque,
dar un tiento á mi paciencia,
y la probó á su placer.
Me puse enfermo; y el médico
por mi mal vino despues,
y ví que el tal, en conciencia
ni albeitar debiera ser.
Pues como dice Gil Blas
de Sangredo, este tambien
la tigera de las Parcas
conservaba en su poder.
Un purgante me mandó
para suavizar la piel,
Sangrías para sudar,
con calentura comer,
Para aprietos de garganta
dispuso me dieran té,
y para un dolor de estómago
me mandó baños de pies.
No esperé á ponerme bueno,
al punto el lecho dejé,
y débil, aquijotado,
á buscar fuí mi corcel;
Y huyendo de los gañanes,
y de las mozas tambien,
y de bailes, y boticas,
y de médicos y juez,
Me despedí de aquel pueblo
por siempre jamás amen,
y alegre tomé el camino
para la corte otra vez.

T. Rodriguez Rubí.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORAN.

ESPAÑA PINTORESCA.



EL ANTIGUO ALCAZAR DE HIJAR.

Estiéndese el pueblo de Hijar en la deliciosa y florida rivera del rio Martin, en la provincia de Aragon, y entre las curiosas antigüedades que contiene, cual son los vestigios de sus nueve torres, los cuatro arcos llamados vulgarmente de San Blas, del Puente, de la Vírgen de los arcos, y de San Antonio Abad, y su vieja iglesia parroquial, cuyo orígen se pierde en la oscuridad de los tiempos, se cuenta tambien como monumento de antigüedad y grandeza, el célebre alcázar que se cree fue en un tiempo palacio del rey D. Jaime I de Aragon y despues ostentoso domicilio de los duques de esta villa.

Hállase situado en una ancha y espaciosa esplanada que en forma de plaza tiene la villa en la parte mas elevada de la eminencia en cuyo declive está situada. Cercan á esta plaza fragmentos ruinosos de antiguos y fuertes muros que con sus torreones y almenas existieron en aquel sitio, y á un estremo de él y en el lugar mas cómodo y vistoso se levanta el antiquísimo y deteriorado alcázar cuya primorosa estructura interior pudimos admirar solo en los bellos y desordenados restos de su pasado esplendor.

Entrando por su puerta principal se vé desde luego un patio cuadrado y ancho formado por los espaciosos andales bajos y la alta galería, aquellos y esta con fuertes y hermosas columnas de mármol que contienen la trabajada techumbre. Para subir á la galería que dá entrada al interior del edificio se encuentra á mano derecha una cómoda y ancha escalera fabricada de piedra, con sus viejas paredes llenas de pinturas de gusto é inteligencia, muchas de ellas ya casi borradas por el trascurso de los años. La galeria principal á que esta escalera conduce tiene una construccion gótica tan primorosa y esmerada que á pesar de los ultrajes del tiempo y el abandono ruinoso en que se encuentra todo el edificio, ella ostenta con magestad y grandeza su noble orígen y antigüedad. Contiene escudos, pilares, bajos relieves, cornisas y otros bellos adornos tan oportunamente distribuidos que la vista se recrea en ellos á pesar del injurioso velo que los cubre. Por esta galeria se vá al grande salon que pertenece al frente principal

del Alcazar. Este salon contiene ademas de los primores y bellezas de su estructura, miserables restos de los adornos con que fue en un tiempo vestido, y cuya opulencia, segun el dicho de las gentes del pais, escitaba la admiracion de los viajeros

Esto es solamente lo que pudimos recorrer del ruinoso alcázar; pues lo restante del edificio, que son grandes y desnudas habitaciones de su dependencia, estaban en tan mal estado de seguridad que se nos prohibió entrar en ellas por nuestro conductor, por el peligro inminente de perecer entre sus ruinas como á algunos desgraciados investigadores les habrá sucedido. Escuchamos dóciles tal advertencia, y deteniéndonos en el umbral de aquellas sombrias y silenciosas habitaciones contemplamos grande rato con amargura, en su perpectiva miserable y aterradora, el éxito desdichado de las grandezas humanas. — «Aquí hubo príncipes en un tiempo nos deciamos á nosotros mismos y hubo con ellos brillante corte, placeres, ostentacion y grandeza. Estos solitarios espacios estarian entonces con la reunion de sus habitantes llenos de vida y de juventud; y bajo estos viejos techos se abrigarian las quimeras de la ambicion, el orgullo de la opulencia, los intereses del estado, el fuego de las pasiones y los sueños seductores de la felicidad y el amor. ¿Y que se ha hecho todo esto? ¿dónde estan los anhelados gozes de aquella dicha? Los adorados objetos de aquella fortuna? ¿La salud y el contento de aquella feliz existencia?....¡Ah! ¡funesta realidad! han desaparecido: el tiempo los ha arrebatado en su curso veloz y destructor y de aquella edad afortunada y gloriosa apenas quedan, en estos ruinosos vestijios, confusos recuerdos de su pasado ser y prosperidad... ¡Terrible porvenir! ..»—A semejante consideracion se abisma el alma, se entristeze el corazon, se entivia el anhelo de los placeres, se disipa el humano orgullo, y reconoce el hombre sensato y pensador su inferioridad y miseria.

Despues que salimos de aquella mansion tétrica y arruinada tuvimos ocasion de saber que el principal origen del triste estado en que se hallaba, era el abandono y descuido con que, hacia años, era mirada por los que tenian el encargo de atender á sus reparos: que los aucianos del pueblo de Hijar la habian conocido aun bajo un pie de lucimiento y magnificencia que encantaba, y que los muebles y ricos adornos de sus habitaciones habian ido paulatinamente desapareciendo. Supimos tambien que tenia este alcázar grandes y dilatados subterráneos (de los cuales aun quedan señales) que se estendian hasta la órilla del rio Martin, por donde es fama que los sirvientes de los príncipes y los duques subian el agua al palacio.

Viniendo á Hijar desde la parte del pueblo de Andorra se vé perfectamente por su espalda el aspecto magestuoso de este antiguo alcázar que con número considerable de vistosas y enrrejadas ventanas mira á la deliciosa margen del rio.

Posteriormente al reconocimiento que hemos descrito el alcazar se undió por algunas de sus partes, y fue casi totalmente derruido en atencion á su mal estado de seguridad y á varias desgracias ocurridas.

JUAN GUILLEN BUZARAN.

EL P. ISLA.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

El dia 9 de julio de 1773 por la noche, estando ya acostado con sus compañeros fue allanada su casa, y conducido preso del modo mas infame, y despues de 19 dias de prision fue desterrado á un pueblecito miserable donde permaneció mas de dos años en el estado mas deplorable y abatido, lleno de dolores y de indigencia: el motivo fue haber defendido su instituto de varias imputaciones que se le hicieron en su presencia, y que rebatió victoriosamente, en ocasion en que el haber callado hubiera parecido confirmacion de ellas: pero su interlocutor viendo ajado su amor propio, recurrió al medio vil de acusarle al tribunal eclesiástico. Hubiera fallecido indudablemente en su destierro á no haberle sucedido antes esto al cardenal Malvezzi: succedióle otro legado mas benigno el cual le mandó restituir á Bolonia: hospedóse en el palacio de los condes de Tedeschi que le amaban en estremo, dándole mesa y habitacion, con un criado para que le acompañase, pues ya no podia andar solo. Apenas pudo disfrutar alguna quietud, volvió al punto á sus tareas literarias á pesar de su mucha edad y continuos achaques, y en tal estado tradujo el *Arte de encomendarse á Dios* que dedicó á su hermana Doña Maria Francisca, y la famosa obra del *Gil Blas de Santillana*: hizo esta traduccion en beneficio de un pobre caballero español que se lo pidió asi para socorrerse con su impresion, como lo verificó.

Mas como hacia mucho tiempo que habia desusado el castellano, esta traduccion, aunque no desmerece de su pluma, no salió con todo, tan correcta como las demas versiones suyas.

En estas ocupaciones pasó los últimos años de su vida, que fueron harto dolorosos. Falleció el dia 2 de noviembre de 1781, en el palacio de Tedeschi de Bolonia, á la edad de 78 años 6 meses y 7 dias de resultas del ataque de perlesia que padeció en sus últimos años: fue enterrado en la parroquia de Santa Maria de Muratele, con gran sentimiento de sus hermanos y de todos los españoles é italianos que le habian tratado.

Ademas de las obras que van mencionadas en este artículo compuso varios *Sermones* que se imprimieron en 6 tomos en 4.°, á pesar de la gran repugnancia que mostró para ello. Una obrita en *defensa de los servitas y de los hospitalarios de San Juan de Dios*. Varias apologias de la religion. Las *notas á los libros de Ciceron* sobre la senectud y la amistad. *La vida de Ciceron* en verso didascálico castellano en impugnacion de varios abusos literarios y morales. *Las cartas del bachiller Juan de la Encina* en que con motivo de impugnar un escrito insignificante sobre el método de curar los sabañones, se estiende á tratar varios asuntos de química y medicina, ridiculizando el mal gusto de escribir de unos y las erradas opiniones de otros acerca de estos asuntos. Tambien salieron á luz despues de su muerte dos tomos en 8.° con varias piezas sueltas ineditas que se titulan *Rebusco del P. Isla*: pero hay en el una gran porcion de cosas que no son suyas, como tampoco lo son el titulado Mercurio, con varias noticias contemporáneas; y las cartas del Parnaso que corren con nombre suyo. Despues de su muerte se publicaron tambien por su hermana Doña María Francisca sus *cartas familiares* en seis tomos en 8.°. Pero desgraciadamente una gran porcion de obras suyas se han perdido ó al menos han quedado ineditas.

Entre otras se sabe que compuso varias memorias relativas á la *historia y espíritu del siglo*, otra obrita titulada *Los magistrados esterminadores*; (crítica del parlamento francés): unas notas al proyecto ó *historia de Bourg Fonterines: anatomia de la carta pastoral de un prelado*, en 4 tomos en 4.° Otros muchos papeles se le embargaron á su salida de España, y en vano trató de recuperarlos, escribiendo para ello al conde de Aranda, el cual se escusó alegando que se habian depositado en la

biblioteca reservada de los estudios de San Isidro: pero hay motivo para creer que no entraron allí tales papeles, ó al menos que existieron muy poco tiempo.

Lo peor es que aquellos papeles eran quizá de lo mejor que habia escrito en su juventud, y casi todos en verso, lo cual hace su pérdida tanto mas sensible.

Esta multitud de escritos da á conocer sus profundos talentos y mucha invencion: con todo, es de admirar que las traducciones sobrepujan en número á sus obras originales. Varias causas concurrieron para ello: las persecuciones que le atrajeron sus dos obras originales *el dia grande de Navarra*, y el *Gerundio*, que son sin disputa de lo mejor que escribió; las trabas que imponia su religion á todos los escritores; el deseo de dar publicidad á varias obras morales compuestas en el estranjero, que fue en lo que mas se empleó; pero sobre todo, su mucho encojimiento y humildad, que le impedia dar rienda á su imaginacion festiva y bulliciosa. Por esta razon se conjeturó con fundamento que si hubiera sido seglar, y hubiera dado libertad á su pluma, inundara la España de obras festivas y de gusto que le hubieran hecho el Quevedo del siglo XVIII.

Algunos en vista de sus escritos satíricos se han empeñado en considerarle como un hombre taimado y de mucha reserva, siempre pronto á denigrar á sus enemigos.

Antes al contrario, su corazon era sumamente franco y candoroso y amigo de favorecer á todos en cuanto podia: su conversacion era igualmente viva y animada, chistosa y honesta, á lo cual concurria una soltura de lengua admirable, y su lenguage siempre puro y castizo. Con todas estas buenas cualidades y á pesar de su vida retirada y silenciosa, tuvo que luchar con todos aquellos trabajos á que parece se hallan condenados los hombres grandes, y que son como una pension de la gloria humana.

V. F.

COSTUMBRES PROVINCIALES.

LA FERIA DE ALMAGRO.

I.

Por el camino que conduce desde Bolaños á Almagro, marchaban con reposado continente el dia 2 de febrero de no sé que año, una carabana compuesta de catorce ó veinte personas, entre jóvenes, ancianos y párbulos de ambos sexos; cabalgando los unos en el caballo de S. Francisco, y arrellanados otros en albardones de paja movidos por cuadrúpedos asnales. Gente aldeana toda, que rebosaba alegría y salud; que trasegaba el vino del pellejo al estómago en cualquier época del año, y que en esta á que nos referimos, lo hacia con mas ahinco, para ahuyentar el frio de la estacion y entretener el tiempo ocioso.

Descollaba entre esta muchedumbre, á la manera que descuella el chaparro entre los matorrales de un monte bajo, la enorme y abotijada persona del Sr. *Juan Colmena*, el mas rico de los cosecheros de Bolaños, con sus puntas de hidalgo y sus ribetes de entendido; el cual, oprimiendo los lomos de una robusta mula, se entretenia en arrear con una varita de olivo la cenicienta pollina, donde envuelta en jamuas caminaba su esposa. Estos tiernos consortes, que en el estado de la naturaleza, quiero decir, despojados de sus vestidos, vendrian á componer un peso de veinte y tantas arrobas, parecian nacido uno para otro; ni mas ni menos que el elefante fue criado para su hembra, y la madre de los terneros nació para el reposado y sesudo buey. El Sr. *Juan Colmena* frisaba en la edad de los cincuenta años, y era sin embargo tan candoroso como un niño de escuela. Su mujer la señora *Leoncia*, ocupaba en cuanto á edad el término medio en la série de números de la lotería primitiva; pero habia avanzado tan poco como su digno consorte en la progresion de los desengaños mundanos, é iba anunciando en su franca fisonomía, que participaba mucho de la sencillez de los pavos y gallinas de su corral. Mostrábales grande deferencia y respeto el resto de la comitiva; porque en Bolaños, como en todas las aldeas y ciudades del mundo, el pobre acaricia y adula al rico, y el rico yergue la cabeza en la presencia del pobre; ora vivan sometidos al yugo de los Califas, ora gocen la benéfica influencia de los gobiernos que tienen por lema *igualdad ante la ley*.

¿Pero á dónde se dirige esa gente? ¿Cuál es el motivo que los mueve entre nubes de polvo encaminándolos hácia ese inmenso lugaron cuya torre se divisa á lo lejos? — Curioso lector, levanta los ojos unos cuantos renglones mas arriba, abre despues el calendario de Castilla la Nueva por la segunda hoja vuelta; coteja la fecha en que se celebra la feria de Almagro, con la que tiene esta fidedigna historia, y saldrás inmediatamente de la incertidumbre en que ahora yaces. Solo te advertiré, porque esto no lo dice el calendario, ni está escrito en los precedentes renglones, que el Sr. *Juan Colmena*, que á la sazon saca de entre los pliegues de la faja un largo bolsillo de estambre verde y cuenta con mucha pausa diferentes monedas, tiene el proyecto de cambiar en el mercado su modesta cabalgadura por un alazán cordovés que respingue, caracolée y sacuda las crines, cuando el gordo propietario vaya en persona á visitar su vacada ó á entretener el ócio en la cuadrilla mujeril que le recoje la aceituna. La señora *Leoncia* se propone en este viage tres importantes objetos. 1.° El de satisfacer la comezon, tan natural en su sexo, de ver y ser vista, de curiosear, tocar, entrar, salir, pavonearse, preguntar, regatear, revolver y criticar. 2.° El de comprarse una saya de percal, fondo amarillo, con grandes ramos encarnados y verdes; igual á la que ha visto á una señora alcaldesa, de no sé que pueblo, en las últimas funciones de novillos; y 3.° El de poner en movimiento toda la masa humoral por medio del egercicio, respirar nuevos aires, y aun consultar á algun físico forastero de los que concurren á la feria, sobre los medios de conseguir algun tierno *Isaac*, alejando de sí el fatal anatema de esterilidad como otra nueva *Sara*.

Los demas personages del acompañamiento llevan miras muy diversas en esta jornada, que fuera largo especificar: quien piensa comprar una faja de estambre y unos escarpines azules; cual trata de mercar unos zapatos de cabra para hacer un regalo á su novia; y cual otro, por último, se propone vender unas grandes hevillas de plata del visabuelo de su muger (único resto que conserva de la carta dotal) para pagar su iguala al cirujano, el herrage al albeitar, y los derechos de un entierro al Sr. cura de la parroquia.

II.

Todo es bulla y algazara en la gran plaza de Almagro; todo ruido de campanillas: todo grito de vendedores, todo relincho de caballos. Aquí los curiosos se agolpan á ver una respetable muletada que entra de pronto en el

mercado, en la que los machos y mnleteros todos traen el pelo de la dehesa; allá los forasteros se agrupan al rededor de las tiendas de percales y estameñas, devorando con los ojos los pintorreados florones y los dorados orillos; acá los chicuelos se paran estupefactos á contemplar una manta de higos y unos cenachos colmaditos de nevádos roscones; acullá los galanes hidalgüelos se apresuran á comprar corchetes y botonaduras de feligrana en el puesto del platero, luengas navajas al chalan, y sendos conos de terciopelo con relumbrones de talco en la ambulante tienda del constructor de las monteras. Nada huelga en este recinto; pisa el pie, el ojo observa, calcula el cerebro, la gente empuja, los perros olfatean, los pobres mendigan, los mercaderes engañan. Solo algun escuálido cortesano, que casualmente se encuentra en el pueblo con objeto de ver si las aguas gruesas entonan su estómago debilitado por las píldoras, es el que se pasea con aire indiferente por la plaza, buscando en vano con la vista las antiquísimas sillerías, los viejos fregaderos, las mutiladas sartenes, y demas asquerosos muebles que representan un papel tan principal en la gran feria de Madrid.

En el estremo occidental de este mercado, que es donde generalmente se hace toda clase de cambios, ó *gardas*, por hablar en el idioma del pais, se encuentra reunida una porcion considerable de gitanos de ambos sexos, que sin dárseles un bledo de que sus ascendientes fuesen *Bohemios* ó *Egipcios*, egercitan su industria para vivir y conservarse, como Dios manda, ora engañando al prójimo con trueques y combalaches, ora diciendo la buena ventura á los que tienen la mala de darles oidos; y ora, en fin, escamoteando con singular destreza aquello que nunca sobra en los bolsillos del que lo lleva y que tanta falta suele hacer al que no lo tiene en el suyo.

En medio de esta turba chalanesca se encuentra un hombre largo y enjuto, con dos cañas de pescar en vez de pantorrillas, y una coleta de pelo entrecano que le cuelga por la espalda hasta tocar al hueso puvis. Llámase el tio *Perucho* y es el corifeo de la cuadrilla egipcia, desempeñando á la vez las funciones de legislador, capataz, sumo pontífice, y recaudador del derecho de la cuatropea. Está metido en una conversacion tan grave como tirada con el señor *Juan Colmena*; y segun se colige por la atencion con que este observa de reojo á un caballo negro que entre otros varios tiene de venta el *Perucho*, ha fijado ya su eleccion, y el cambio de la mula debe verificarse muy pronto, bajo las condiciones que se estipulen y acuerden por ambas partes.

No muy lejos de este sitio, se descubre á la señora *Leoncia* revolviendo con impertinente afan, una cajita de sortijas que le presenta una gitana. Rodéanla seis ó siete mozuelas de la misma casta que la vendedora, todas de teces morenas, de cabellos desgreñados, de ojos vivarachos y de lengua espedita. Tan acosada se encuentra la redonda aldeana, que no sabe como contestar á las ofertas y preguntas de aquel enjambre, ni cual anillo elegir de los muchos y de variadas formas que se le ofrecen á la vista.—Lleve su merced este rubí, señorita, que tiene los mesmos colores que esa cara de cielo.—Yo si fuera zu mercé, compraria esa esmeralda para zer afortunada en amorez.—Calla tú, yegua pia; y qué necesiá tiene zu mercé de ezmeraldaz con eze amorcito de talle y eze Jezu de palmito, que paece una vírgen de loz ángelez.—Lo que debe llevar la ceñorita, ez ezte anillo de oro con diamantes, y estos cintillicos de plata para los niños.—No tengo la dicha de ser madre, dijo *Leoncia* suspirando, y acomodándose en el dedo la preciosa tumbaga.—Señorita, déjeme su mercé mirar esa mano, esclamó la que llamaban *yegua pia*, sin duda por las enormes pecas que á manera de manchas se estendian por su rostro. Déjeme por la vírgen mirarla, que asi la ampare el fruto de sus benditas entrañas, como la color de las rayas y las cruces que forma la palma, me dicen que su mercé está en cinta.—Y diciendo y haciendo se dió dos vueltas al cuerpo con las puntas del pañuelo que á manera de chal le colgaba de los hombros, sacó la pierna derecha con gracia como si fuera á bailar un *alante dos*, cogió el brazo de la aldeana, que esta alargó sin repugnancia alguna, y mirándolo de hito en hito, entabló un interrogatorio, despues una forma de oracion, y en seguida un pronóstico, que fueran dignos de narrarse, si el ruido que á la sazon formaban en aquel tránsito varios carros cargados de vino, no impidiéra percibir con distincion las mágicas palabras de la adivina.



Mas dejemos á la señora *Leoncia* que ventile á su sabor las cuestiones mujeriles que fueren de su interés, y trasladémonos de nuevo al parage donde el obeso *Colmena* y el enjuto *Perucho*, dignos trasuntos del hombre *gordo* y el hombre *flaco* de nuestros dias, disputan acaloradamente, sobre el valor, mérito y cualidades del *caballo en venta*.—Para que se perzuada zu mercé de lo que ez ezte vicho voy á hacer que el *pipiolo* le dé un trote en pelo.—Oye, muchacho, zube encima de eza beztia y dala cuerda hazta que zude loz hígados; que este señor quiere avizorar como brazea.—No hay que quitarle la mantilla, (dijo un mozalvete del corro, con sendas boto-

naduras de plata en calzon, justillo y chaqueta, larga chorrera acanalada, y pañuelo de seda ajustado á la frente.) —No hay que tocarle á la cincha, que no ce le ha dao toadía el pienzo y ce le pueden rezfriar los riñones.— Aguarda, *pipiolo*, que te dé el eztrivo.—En esto se acercó al interlocutor un muchachuelo como de seis años, afirmó la punta de un pie en la mano del mozalvete, y haciendo un pequeño empuge se puso á horcajadas encima del caballo con tanta presteza y desemboltura, como pudiera hacerlo un alumno del circo Olímpico de París. —Arrea, *morito*, y no le dezboquez, dijo entonces el chalan dando una fuerte palmada en el anca del animal, y al punto el *moro* como si le entendiera, ó mas bien como si sintiese el pinchazo del aguijon (1), emprendió un trote largo enhestando las orejas y haciendo corbetas que merecieron los mayores aplausos de la concurrencia. Despues de esta prueba se procedió á un exámen escrupuloso de las patas del caballo, que se hallaron sanas y sin ningun alifaz aparente; se le abrió la boca y se contaron los dientes que estaban completos, blancos y sin granillo; se calculó la edad en un lustro no cumplido, atendiendo á que el animal no habia mudado aun los dientes de leche.



Y despues de mil altercados, de setecientas exageraciones por parte de la cuadrilla gitanesca, y de quinientas contorsiones por la del *Colmena*, que ora abriendo los ojos para mirar al alazan, indicaba sus vivos deseos de poseerle, y ora metiendo la mano en el bolsillo decia bastante lo sensible que le era disminuirle de volúmen, consumóse la *garda*; el *morito* con su mantilla de bayeta de cuadros pasó á poder del propietario de Bolaños; y la mula de este con todo su aparejo y 20 doblones en buena plata, entró en el fondo comun de la cofradía vagamunda.

No bien se habia concluido este trato, tan ventajoso para el Señor *Colmena*, que no cabia en sí de gozo por haber puesto á su empresa tan venturosa cima, cuando se sintió tirar de la manga por su amable consorte, que le dijo al oido con aire de satisfaccion. —«Chiquillo tenemos.» —¿Qué quieres decir con eso? exclamó regocijado el Sr. *Juan*, echando un brazo al cuello de su caballo y otro al de su mujer.—Que he comprado, dijo esta, unas yerbas cogidas en América ó en las Indias, allá, muy lejos, con las cuales haciendo un cocimiento de vino blanco y tomándole en luna creciente, antes de los diez meses tendremos rorro en casa.—Mira, mira otra merca que he hecho.—¿Y qué significa ese rollo de bayeta y esas tiras de lienzo que traes ahí.—¡Majadero; exclamó la señora *Leoncia* empinándose en las puntas de los pies para alcanzar á la oreja de su marido; merecías no ser padre jamas, ya que eres tan torpe que no conoces que estos son los avíos para la *envoltura* de tu hijo!....

III.

Por el camino que conduce desde Almagro á Bolaños, marchaba en reposado continente la mismísima alegre carabana de que hemos hecho mencion en el principio de este artículo. Todos sus individuos habian dejado algunas monedas en la feria, pero en cambio traian abundante provision de efectos y halagüeñas esperanzas de sorpresa para sus respectivas familias. Solo el redondo y apelmazado *Juan Colmena* era el que regresaba algun tanto taciturno, flojas las riendas en la mano, y libre el pensamiento que vagaba por el estrecho aposento de su cerebro, como voltigea el murciélago en un desvan acosado por los chiquillos y ofuscado por la luz de un candil. Todo el placer que esperimentaba su corazon al verse á caballo sobre un *moro* jóven, fogoso y de buena estampa, se lo amargaba el recuerdo de su mula querida; aquella tierna compañera de sus paseos campestres y de sus fatigas labriegas. A mas de esto, entraba en cuentas consigo mismo y calculaba por celemines y cuartillos las fanegas de trigo que tendria que vender, para reintegrar á su monetario de los 75 pesos fuertes que habia estraido del arcon, y sacaba por resultado, segun el mal estado que presentaba la cosecha, que estaba en el caso de apelar á las *medidas extraordinarias* de economía, para evitar un hundimiento en el edificio de su fortuna. Yendo y viniendo en estas tristes cavilaciones, volvió de pronto la cabeza para mirar á su digna consorte, que abstraida tambien con sus pensamientos, marchaba sin hablar palabra y sin acordarse siquiera de arrear á su acanea; y con tono mas de marido que de amante, la dirigió una brusca interpelacion. —¿Que cuánto dinero he gastado? repuso la señora Leoncia, tirando del ramal á su jumenta y haciendo un alto repentino con muestras de confusion y de desagrado; ¿que cuánto dinero he gastado? no parece sino que soy alguna mujer despilfarrada, que arruina á su marido sin ton ni son, echándose galas y moños, ó comprando higos y galguerias.. Es verdá que he mercado una saya y unos escapularios de la virgen, y un rosario de plata y otras cosas que me hacen tanta falta como el comer; pero á buen seguro que todavía traigo cinco duros de los veinte que saqué del lugar. Y para pro-

(1) Los gitanos suelen llevar un anillo armado de un pequeño aguijon ó punta de hierro para espolear á las caballerías afectando acariciarlas.

bar lo que decia, echóse la mano atrás á buscar la abertura de la saya, metió, sacó, volvió á meter y sacar, y mudando veinte y cinco colores, diciendo mil veces ¡Jesus, y doscientas mil aves marías, concluyó confesando no sin despecho y rubor, que la habian robado el dinero y el rosario de plata con la adicion de un pañuelo de yerbas que no tenia mas que cinco labaduras, y la caja del rapé que era de hoja de lata con charol amarillo. Sus sospechas y sus maldiciones recayeron inmediatamente sobre la aventurera *yegua pia*, que al introducirla en el bolsillo las misteriosas yerbas de la fecundacion, habria estraido estos objetos por evitar, sin duda, que padeciese detrimento la misteriosa medicina.

Llorosa y acongojada la buena lugareña por la pérdida de sus alhajas, sintióse acometida de pronto de una idea aterradora. La adivina, habia abusado de su confianza robándola traidoramente; ¿no podria del mismo modo haberse burlado de su sencillez pronosticándola lo que tanto anhelaba, y vendiéndole á caro precio unas plantas destituidas de la virtud prolífica? Esta duda cruel puso el colmo á su ansiedad y desesperacion. Dió mil vueltas entre sus dedos al papel, sin atreverse á desdoblarlo, lo acercó á las narices para ver si el olfato podia penetrar el arcano, lo guardó de nuevo, volvió en seguida á sacarlo, y por último decidiéndose de una vez, despliega los dobleces, examina el contenido, y lo arroja violentamente contra el suelo, llena de vergüenza y de rabia. Las plantas raras, las yerbas traidas de América y que cocidas en vino blanco y tomadas en cuarto creciente tenian prodigiosa virtud de alejar la esterilidad, eran en suma unas flores cordiales, tan secas, tan insípidas y tan á propósito para promover una abundante traspiracion, como las que usaba la *señora Leoncia* en cualquier cuarto de luna en que se sentia constipada.

Difícil fuera enumerar las imprecaciones que hizo y los denuestos que pronunció, cuando llegó á penetrar hasta el fondo de su amargo desengaño. El señor *Juan Colmena*, á pesar de sus cuentas y de los nuevos desfalcos de su conjunta y atrahillada mujer, no pudo menos de soltar la carcajada al ver las hojas secas de amapola y la flor de malvas á tan caro precio compradas; y queriendo hacer gala de su inteligencia y superioridad en materias de comercio, metió las espuelas á su alazan, esperando una corbeta ó un respingo gracioso, que pusiese de manifiesto la escuela, gallardía y vigor de su gentil cabalgadura. Pero ¿cuál fué su sorpresa al advertir que el sumiso animal sufrió resignado la espuela, y solo emprendió un medio trote cogeando de una mano, para volver un minuto despues á su marcha pausada y fatigosa? Picóle segunda vez, y segunda vez repitió las mismas evoluciones; apeóse entonces, reconocióle detenidamente, y despues de darle mil vueltas, ausiliado en esta operacion por todos los labradores de la carabana, se convenció con asombro de que el caballo estaba abierto de pechos y tenia una herida profunda en el casco de una mano. Atribulado entonces y lleno de disgusto, mandó hacer alto á la gente con pretesto de tomar un refrigerio, y dió órden á uno de sus gañanes para que quitase los aparejos al *moro* y le pusiera en el arnero un razonable pienso con que restaurase sus fuerzas. Nuevos descubrimientos nuevas consternaciones. El lomo del animal estaba acribillado de mataduras, y los remiendos de piel cosidos diestramente para taparlas, solo servian para esacerbar su dolor en aquella parte, produciéndole convulsiones y continuos estremecimientos. Aturdido *Colmena* y sin saber lo que le pasaba, movíase de un lado á otro no acertando á disculpar su torpeza, ni á disimular la ira, la tribulacion y la angustia que abrigaba en su corazon.—Es muy jóven, decia procurando consolarse á sí mismo; no tiene aun cinco años, y será fácil curarle: en teniéndole 15 dias á mi cuidado, yo respondo de que ha de beber los vientos; porque es de casta de muchos brios. Apuesto á que come dos cuartillos de cebada de una asentada....—

Hízose en efecto la prueba; el caballo alargó el hocico hácia el arnero movido del poderoso instinto de la necesidad, pero al querer masticar los primeros granos, se desprendieron uno tras otro de sus viejas mandíbulas hasta cuatro dientes eterogéneos que el arte habia ingerido en ellas para suplir provisionalmente la falta de los naturales.

Este postrero é inesperado desengaño, acabó de dar al traste con la poca paciencia que restaba á *Colmena*, destruyendo de una vez sus ilusorias esperanzas. Mohino y cabizbajo emprendió de nuevo el camino hácia su casa, seguido de su mujer, no menos afligida y confusa que él, y de toda su comitiva; reflexionando tristemente, que habia llevado á la feria gran parte del fruto de sus ahorros, y que traia en cambio una piel para forrar sus baules, y una emboltura para el primer espósito que apareciese en la pila de la parroquia.

C. Diaz.

LA TORRE DE BEN-ABIL.

NOVELA.

(Continuacion. Véase el número anterior.)

LA EMBOSCADA Y LA PELEA.

Al alba blanqueaba el firmamento, y la luna pálida y triste declinaba en el horizonte. Con el mayor cuidado marchaban á la descubierta cuatro flanqueadores cristianos registrando los barrancos y cerros que anunciaban ya las inmediaciones de la terrible sierra, mientras un poco mas atras se estendia como una larga serpiente de plata el brillante escuadron de Ruy Diaz Ponce que, conducido por su gefe, marchaba sin recelo por las estrechas veredas de los espantosos precipicios. Ningun motivo habia de temor. El silencio mas profundo habia acompañado su paso por las feraces campiñas, y las crestas de la sierra que brillaban ya á los primeros albores del dia aparecian á sus ojos desnudas y severas: ni un solo turbante se destacaba en el profundo azul del horizonte.

Cabalgaba Ruy Diaz Ponce melancólico y taciturno: su hijo Rodrigo contemplaba con orgullo y esperanza la lucida tropa de los caballeros españoles, y en su semblante asomaba de cuando en cuando una sonrisa feroz al tender sus ojos por la cumbre de las desiertas montañas. Y asi caminaron algun rato, y las primeras luces del sol los vieron empeñados en la subida de las montañas. De repente uno de los flanqueadores volvió riendas al caballo, y llegándose á Ruy Diaz le dijo al oido algunas palabras.

«Caballeros, exclamó el adelantado: tenemos botin: cerrad las filas, y silencio.»

Efectivamente, á pocas varas de distancia se veia un grupo de campesinos moriscos, llevando al interior de la sierra sus ganados. Los cristianos procuraron alcanzarlos al trote de los caballos, pero ellos se perdieron en un bosquecillo que llegaba á la cumbre de la sierra. Ruy Diaz no tenia en cuenta al seguirlos el interés de la presa, pero temia que aquellos moros diesen la alarma en toda la montaña, y quedose con esto malograda su atre-

vida espedicion. La tropa marchó adelante, y se internó en un terreno cortado por rocas y precipicios, cubierto de árboles que impedian el movimiento de los caballos. El primero que se lanzó fue Ruy Diaz: detras Gonzalo de Vargas: Rodrigo quedó mandando los escuadrones castellanos. Las ramas y las rocas los separaron un momento, pero de repente se oyó la voz del anciano gritando con fuerza: «Santiago y cierra España!» Los caballeros metieron espuelas á sus caballos, pero de repente una lluvia de flechas cayó sobre sus armaduras, y como por encanto se vieron rodeados de un enjambre de moros. El choque fue fatal: los cristianos no pudieron resistir el inesperado ataque y se retiraron en desorden: Rodrigo les gritaba: «deteneos!» pero sus palabras no fueron oidas hasta despues que, saliendo del terrible bosque, pudieron rehacerse para resistir al enemigo. Entonces los moros salieron uno á uno; los ginetes llevaban cogido de las riendas á sus bridones, y saltaban agilmente á la carrera sobre ellos para ir al encuentro de los castellanos: las alturas estaban coronadas de sarracenos que arrojaban sus certeros dardos desde las rocas inaccesibles: muchos caballeros habian perecido en tan desigual contienda, pero Rodrigo mantenía todavia el campo, aguardando á su padre, temiendo por su vida.

Lo vió, pero lo vió al lindero del bosquecillo, acompañado de Gonzalo de Vargas, luchando ambos contra una multitud de moros que los cercaban: su suerte era irremediable, porque no habia retirada para ellos: todo estaba ocupado por los enemigos: delante, detras, por los costados se apiñaban los feroces sarracenos, armados de lanzas y de yathaganes. El anciano no vacilaba: su espada brillaba como el rayo sobre los blancos turbantes de los moros, y Gonzalo de Vargas acreditaba en aquel combate el indómito valor que tan célebre le hizo despues en los anales de la guerra. Rodrigo miraba colérico y apenado el peligro de su padre: volviéndose á los caballeros castellanos señaló al adelantado que luchaba aun con energía; —« seguidme!» — exclamó, y el escuadron cristiano saltó á escape por encima de las rocas entre las nubes de flechas que caian desde las alturas vecinas. Las turbas de moros corrian de un lado á otro: desorganizadas, sin gefes, sin plan alguno, se desbandaban á la llegada de los castellanos furiosos, para ocupar los desfiladeros de los montes. Pocos pasos faltaban ya á Rodrigo para alcanzar á su padre: el penacho de Ruy Diaz ondeaba entre los vecinos arbustos, y su grito de guerra resonaba entre el tumulto de las armas y el clamor de los combatientes. Libre podia contarse ya, cuando un moro de alta estatura y blanca barba salió de entre la multitud: su lanza describió algunos círculos sobre su cabeza, y cayendo luego sobre el casco del adelantado, lo arrancó de su frente destrozando la visera. Entonces se paró é hizo una señal, los moros que le cercaban se retiraron para resistir el choque de la caballería española. El sarraceno arrojó la lanza, y sacando con increible ligereza de la vaina su encorvada cimitarra, gritó en alta voz.

«Ruy Diaz, yo soy. Muza-ben-azil, hijo de Aben-Jusaf. La venganza ha levantado su mano: vas á morir.»

«Perro, exclamó el adelantado: la sangre de tu raza es infame:....»

No acabó: el alfanje del sarraceno cayó como una clava sobre su cabeza, hendiendo el cráneo, y haciéndole arrojar por la boca y por los ojos torrentes de sangre: el guerrero cayó sin proferir un gemido: sus ojos se agitaron convulsivamente en sus órbitas, y quedaron luego inmóviles, conservando su acostumbrada espresion de magestad y fiereza.

«Padre mio,» murmuró vacilante Rodrigo: una nube pasó un momento por su frente, pero recobrado al momento de su afliccion gritó con furia. «Adelante! coged á ese perro infiel.» No fue necesario; Gonzalo de Vargas lo habia prevenido: mientras que el moro contemplaba alegre su victima, la lanza del cristiano habia atravesado el pecho de Muza; y cortando su cabeza, la arrojó como guante de desafío al tropel de los sarracenos que aun resistian: pero pronto empezó el desorden: los moros cedieron el campo, y se acogieron á las alturas: Rodrigo avanzó, y recogiendo el cadáver de su padre, lo hizo colocar en el caballo de un soldado.

— «Guárdalo bien, exclamó! guárdalo, y esta tarde rociaremos su semblante inanimado con la sangre de su enemigo. O padre mio, cumpliré mi juramento.»

Los cristianos iban á seguir: el espanto de los moros les hubiera abierto camino entre las montañas: pero un grito de guerra sonó por todas las colinas. «Abul Gazan! Abul Gazan!» El nombre terrible del jeque se repetia con ecos triunfantes entre los sarracenos; y por la vertiente occidental de la sierra bajaba fuerte y compacto un lucido escuadron de guerreros mahometanos. Rodrigo no aguardó: haciendo una seña á los soldados, metió espuelas á su caballo para ir al encuentro de los moros: estos se detuvieron y aguardaron el choque sin moverse. Las lanzas se cruzaron: moros y cristianos se confundieron: y la voz de Rodrigo llamaba á Abul Gazan. no aguardó mucho: el terrible sarraceno estaba enfrente inclinado sobre su brioso berberisco. El caballero alzó su lanza, y blandiéndola con fuerza la arrojó contra el pecho de su enemigo: certero hubiera sido el golpe, si Abul Gazan no hubiera bajado la cabeza hasta el cuello de su bridon: la lanza pasó por encima silbando, y fue á clavarse en un arbol vecino. El moro se arrojó como un relámpago sobre el cristiano: de un tajo cortó las riendas del caballo: y el segundo golpe de su alfanje dando en el casco de Rodrigo, lo hizo vacilar en la silla, y caer despues aturdido bajo los pies del berberisco del jeque. El moro iba á concluir con su enemigo, inclinándose en la sierra, sacaba ya su daga de la vaina, pero al mirar al caballero, un pensamiento repentino le hizo mudar de resolucion: silbó, y su silbido fue repetido por los ecos de los valles.—

«Giaffar, gritó á su fiel servidor que permanecia á su lado, parando los golpes de los castellanos; «retiraos y aguardadme en la llanura: que Almanzor ocupe todas las gargantas de la sierra.» El guerrero se inclinó al escuchar la orden del gefe, y pronto el escuadron morisco partió como un relámpago. Los moros de á pie bajaron con terribles alaridos de las alturas para caer sobre los cansados castellanos: en aquel momento se acercó Gonzalo de Vargas á Rodrigo.

«Señor, van á envolvernos ¿qué hacemos?

— «Combatir hasta morir, respondió el inexorable guerrero: pero levantándose todavia aturdido de la violencia del golpe, tendió su vista por el horizonte.—

No hay esperanza, exclamó: partid: yo quedo á.... vengarme.—

«¡Dudas de mí! replicó Gonzalo: mañana tendremos mas fuerzas, y yo te juro no descansar hasta verte vengado: vive para derramar la sangre de los moros.»

«Pues bien; partamos, dijo Rodrigo: partamos....»

Los caballeros volvieron las riendas á sus cansados caballos: por fortuna pudieron llegar antes que los enjambres de moros que los seguian á los linderos de la temible sierra; y libres ya de aquel peligro, diezmados por el combate de la mañana, contemplaban con melancólicos ojos al sol subiendo á su zenit entre los dorados vapores

de las montañas. Las agujas y torres de Jerez aparecieron en el horizonte; y los cristianos, pálidos y tristes, apretaron los hijares de sus caballos fatigados.

ANTIGUEDADES ROMANAS.

CIRCO MAXIMO DE TOLEDO.



a antiquísima ciudad, de la que dijo un célebre historiador *urbs parva, set valde munita*, célebre en todas épocas y tiempos lo fue con mucha preferencia en la ocasion en que los romanos dominadores del mundo ocuparon con sus victoriosas armas la fertil y codiciada España. Era por entonces Toledo capital de la parte llamada Carpetania donde residian el Presidente, los Hamines y se guardaban los tesoros públicos, no sirviendo empero todo esto de obstáculo, para que perteneciendo esta insigne ciudad al convento síndico de Cartagena, acudiese allí con sus pleitos. Dudan los historiadores si en tiempo de la legacía del pretor, P. Carisio, siendo emperador Augusto, fue ó no hecha colonia; pero aun dejando esto, es indisputable que tuvo fuero de batir moneda, como lo demuestran algunas que han quedado, lo cual es un grande privilegio, sin otros muchos que se pudieran alegar.

Érales á los romanos muy útil ennoblecer ciudad tan fuerte y á propósito para su conservacion con suntuosos edificios, que acreditasen la grande estima en que la tenian.

Uno de los principales y mayores que tuvo, fue *el circo máximo*, cuyas ruinas aun permanecen en la vega de esta ciudad. De este célebre monumento han hablado todos los historiadores de Toledo, con mas Bosarte, Ponz y Cean Bermudez; pero ninguno se ha parado á esplicar con individualidad esos venerables restos de la potencia romana, ni á detallar su forma medidas y actual estado, despues de las destrucciones que ha padecido.

Vénse hoy en la vega de Toledo, junto al convento que fue de los mínimos, las ruinas de este gran circo, que en su tiempo (segun lo que yo he observado) competiria con los de Barcelona, Cartagena, Tarragona y Mérida. La materia de su construccion es argamasa de piedra menuda y cal tan unido y petrificado, que está hecho un cuerpo fortísimo, tanto que la injuria de los tiempos no lo ha deshecho del todo. Estas ruinas se estienden formando, con dos líneas paralelas, un amplísimo espacio, que comenzando en forma cuadrada fenece luego en circular, teniendo de longitud 1045 pies castellanos y 332 de ancho por la parte oriental en que antes estaba una antigua ermita llamada la capilla de Montero.

Estas líneas de argamasa que formaban las paredes laterales presentan otra interior como de cuatro pies de grueso, separada de las primeras como 3 varas, de lo que se colige, que el primer cimiento, que es mas grueso, debia sostener una muralla ó pared de gran peso, y el segundo estaba destinado á formar sobre él un antepecho, pórtico ó corredor marchando igualmente paralelo con la muralla por toda su estension.

Al estremo que termina como queda dicho en forma circular se miran ciertas bóvedas de la misma argamasa, cuyas entradas están por la parte esterior elevadas como 9 pies de la superficie de la tierra, y ván estrechándose hasta fenecer en un arco de poca altura que sale al óbalo. Por la parte superior sustentan un plano de 12 pies de ancho con bastante pendiente ó declive hácia dentro que dá al instante á conocer, que aquello estaba para formar una gradería de arriba abajo.

Este grande circo, cuyo uso era destinado para los espectáculos de juegos militares y carreras á caballo ó en carros, tuvo entrada y salida por cuatro arcos muy capaces del mismo argamason. Uno de ellos esta entero en la parte que mira entre norte y poniente. Es bastante grande, pues quitando la tierra que en mucha parte le encubre, podia entrar por él un carro triunfal, aunque fuese muy corpulento. En el lado opuesto y otros á correspondencia solo han quedado los estribos de otros arcos guales.

Aunque este monumento, tan célebre en otro tiempo, manifieste hoy poca hermosura en su construccion, no se puede dudar que fue obra soberbia y conforme á la vanidad de los romanos en los edificios públicos, pues cuando se abrieron las zanjas para la planta del convento de religiosos mínimos, que llaman San Bartolomé de la Vega, y que coje un buen trozo de dicho arco, por la parte occidental, se hallaron muchas columnas, no muy altas, de precioso mármol, hermosas, robustas y bien tratadas, alabadas de los lapidarios por sus colores y venas, con especialidad una que servia de sustentáculo al púlpito de la iglesia de ese convento, la cual ya no existe despues de la destruccion de aquel.

Contiguo á este mismo circo por el lado de Poniente se hallan otros cimientos, cuya línea empieza desde la muralla del mismo circo, y desde esta parte marchan por la derecha formando un círculo, que fenece por la izquierda con la muralla principal. La longitud de este espacio es 65 varas, y la latitud 85. Un poco mas distante, pero no lejos, hácia el norte hay vestigios del mismo argamason, como son 11 cepas macizas en figura triangular equilátera, colocadas en buen orden, formando todas un espacioso medio óbalo cuya entrada tiene de ancho 198 pies y de fondo, hasta el foro, 161.

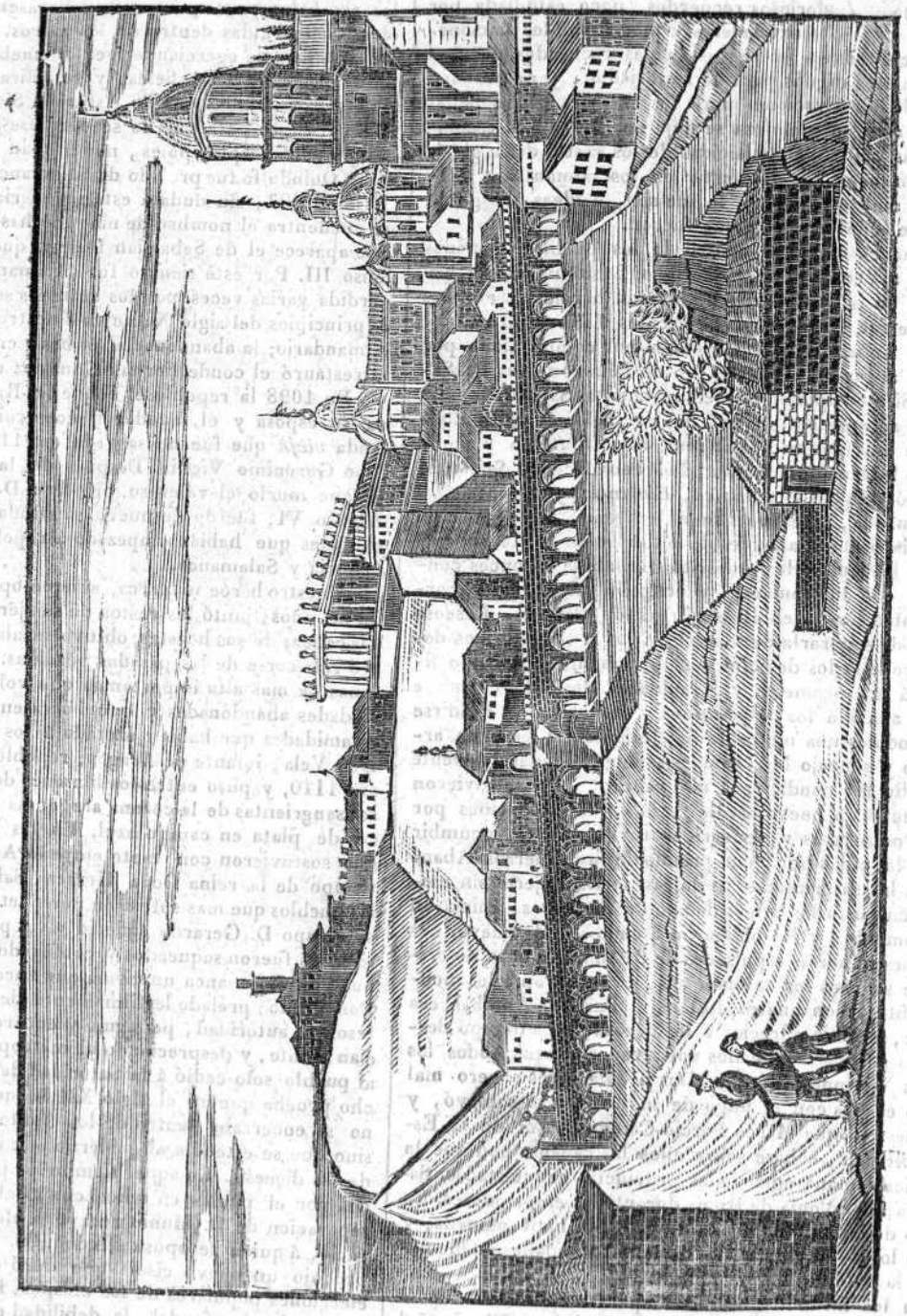
Todas estas otras ruinas dicen Pisa y otros que son de un templo gentílico, otros suponen que fuese una naumaquia, pero es de creer mas bien que fuese un ausiliador para las fiestas del circo: á no ser que se quiera decir que desde el templo saliesen los romanos á solemnizar las fiestas religiosas con las distracciones civiles, lo cual carece de antecedentes.

A pesar de el conato de destruir permaneció en pie mucha parte del circo romano de Toledo, durante la dominacion Goda, hasta los años de 911, cuando los moros ocupaban esta ciudad, sujeta por aquel tiempo á los reyes de Córdoba, que á Abdala sucedió Abderraman II su nieto, que á poco de entronizarse entró en tierra de Toledo con 40000 hombres á sujetar por armas esa ciudad, que tenia tiranizada el rebelde Calib Aben Hatsur. Puso su campo en la vega, mas los primeros dias hicieron los sitiados algunas salidas protegidos por las ruinas del circo máximo, lo que fue causa, segun dicen los historiadores árabes, de que se allanase del todo esa gran fábrica, y quedase en los términos en que hoy la vemos, mostrando, sí, pequeños vestigios, pero grandiosos recuerdos, que arrebatan al anticuario á tiempos muy remotos, creyendo oir el estrépito de los clarines, ver la polvareda levantada por las carreras de carros y caballos, y escuchar el murmullo del sinnúmero de espectadores, que en otros tiempos serian presenciales testigos de los magníficos juegos que se celebraron en este suntuoso circo.

N. MAGAN.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.

ESPAÑA PINTORESCA.



EL PUENTE DE SALAMANCA.

SALAMANCA.

Salamanca, una de las ciudades de mas gloriosos recuerdos, poco estudiada por los extranjeros y menos por los nacionales, ofrece todavía entre sus ruinas recuerdos para el poeta, asuntos dignos para el historiador, y un manantial rico de observaciones para los amantes de las bellas artes. Su antigua grandeza se deja ver entre sus escombros, y las piedras enmohecidas de los restos de su gloria no pueden menos de despertar en los salmantinos sentimientos melancólicos por lo que son, é ideas de grandeza y de orgullo por lo que fueron.

Salamanca ocupa el centro de los pueblos llamados Vettones ó Vectones de la antigua Lusitania. Su origen se pierde en la noche de los tiempos heróicos; algunos creen que fue fundada por Hércules Libico, otros por Hércules Tebano; pero la opinion mas comun tiene por fundador al famoso Teucro, hijo de Telamon, rey de Salamina. Si esta opinion es cierta, cuenta Salamanca mas de 3000 años de antigüedad. La voz Salamanca significa tierra de adivinacion; Antonino Pio, Plutarco y Julio Frontino la llaman *Salmatice*, Polyeno Macedon *Salmatis*, y Polybio y Lybio *Ermandica*, *Elmantica* y *Halmantica*.

Salamanca, á pesar de su antigüedad, no aparece en la historia hasta el año 550 de la fundacion de Roma, 220 antes de la venida de Jesucristo. Hallábase entonces confederada con los romanos, y ocupaba un puesto importante entre los pueblos enemigos de Cartago. Deseoso Annibal de separarla de sus contrarios la ofreció ricos dones, pero ella los desechó constantemente guardando fidelidad á sus promesas y juramentos. Irritado el héroe africano atacó á los salmantinos y les obligó á rendirse imponiéndoles una multa de 300 talentos. Llenos de ardimiento y sonrojo los vencidos se negaron enérgicamente á cumplir las condiciones del vencedor, y sostuvieron con valentía un nuevo asedio, hasta que combatidos por huestes numerosas y aguerridas tuvieron que sucumbir sacando las vidas por único premio de sus esfuerzos. Abandonaron los salmantinos sus hogares; las mujeres sin embargo ocultaron las armas debajo de las ropas, animaron á los hombres, y les obligaron á combatir de nuevo. Los cartagineses fueron espulsados de Salamanca, mas no creyéndose seguros los salmantinos, se retiraron á los montes y obtuvieron una capitulacion honrosa. Annibal era valiente, y sabia apreciar á los héroes. Poco tiempo despues los generales romanos volvieron á ocupar todos los pueblos Vectones y entre ellos á Salamanca; pero mal avenido el pais con el yugo de sus tiranos se sublevó, y fue necesario que Marco Porcio Caton, Pretor de la España Ulterior, echase sobre ellos las cadenas con que la república romana oprimia las provincias conquistadas. Salamanca fué colonia de Roma durante los emperadores. En tiempo de Tiberio gozó del derecho de batir moneda, y uno de los duumviros de su curia hizo medallas en memoria de la patria y del emperador.

En los fastos de la iglesia aparece Salamanca como una de las sillas episcopales mas antiguas. El español Prudencio que vivió á mediados del siglo IV hace honorífica mencion de la mitra Salmantina, segun refiere Pedro de Marca, segun el Rmo. Argaiz, cronista general de la órden de S. Benito el primer obispo de Salamanca fué S. Pio martirizado en el año 83. En los concilios toledanos que se celebraron antes de la invasion de los musulmanes se encuentran las firmas de Eleuterio, Providencio, Holemundo y algunos otros prelados de Salamanca.

En el siglo VIII las hordas sarracénicas inundaron la España, y se verificó el funesto trastorno que habian preparado los elementos viciosos y mal combinados de la antigua monarquía de los Godos. Salamanca fue invadida tambien, y sus habitantes se vieron forzados á residir en los arrabales para que no se apoderasen de las fortificaciones construidas dentro de los muros. Los prelados que tanta influencia egercian sobre los pueblos, no pudieron permanecer entre los fieles, y se retiraron con Pelayo á las escabrosas montañas de Asturias. Sin embargo nuestros príncipes para que no se perdiese la memoria de las antiguas sillas episcopales, nombraban obispos *in partibus*. Quindulfo fue prelado de Salamanca desde el año 780 hasta el 792; sin duda á este sucederian otros, pero no se encuentra el nombre de ninguno hasta el año 864, en que aparece el de Sebastian I muy querido del rey Alfonso III. Por este tiempo fue Salamanca conquistada y perdida varias veces por los antiguos señores de España. A principios del siglo X fue casi destruida por el famoso Almandario; la abandonaron árabes y cristianos, hasta que la restauró el conde Fernan Gonzalez en el año 938.

En 1098 la repobló el conde D. Ramon; doña Urraca su esposa y él mandaron construir la catedral llamada *vieja* que fue consagrada en 1100 por el prelado Don Gerónimo Vichio. Despues de la batalla de Uclés en que murió el valeroso príncipe D. Sancho, hijo de Alonso VI, fueron de nuevo saqueadas y destruidas las ciudades que habian empezado á repoblarse, entre ellas Segovia y Salamanca.

Nuestro héroe monarca, aunque oprimido bajo el peso de los años, juntó los restos de su ejército, y poniéndose á la cabeza de sus huestes, obtuvo señaladas victorias, y logró rehacerse de las pasadas pérdidas. Mandó á las personas de mas alta importancia que volviesen á poblar las ciudades abandonadas y que borrasen las huellas de las calamidades que habian azotado á los pueblos. El conde Don Vela, infante de Aragon, repobló á Salamanca en el año 1110, y puso entre los blasones de la ciudad las barras sangrientas de la corona aragonesa con la orla de cruces de plata en campo azul. En las guerras desastrosas que sostuvieron con tanto empeño Aragon y Castilla en tiempo de la reina Doña Urraca, Salamanca fue uno de los pueblos que mas sufrieron por parte de los aragoneses; el obispo D. Gerardo padeció vivas persecuciones, y los templos fueron saqueados y profanados. Por el año 1133 hubo en Salamanca un cisma que duró cerca de dos años. Don Munio, prelado legítimamente depuesto, sostuvo con teson su autoridad, persiguió y encarceló á los que le hacian frente, y despreciando al metropolitano, al clero y al pueblo solo cedió á la autoridad del pontífice. Este hecho prueba que en el siglo XII la jurisdiccion episcopal no se encerraba dentro de los límites de lo eclesiástico, sino que se estendia al gobierno administrativo y judicial de las diocesis. En aquel tiempo los prelados eran elegidos por el pueblo en union con el clero; despues de la separacion de D. Munio recayó la eleccion en D. Berengario, á quien se opuso el conde D. Pedro Lupo, lo que produjo un nuevo cisma que duró otros dos años. Las elecciones populares de los obispos, la anárquica y viciosa constitucion feudal, la debilidad de los monarcas y las sangrientas guerras con los árabes serian datos bastantes, aun cuando no hubiera otros, para resolver el problema de si la España era ó no venturosa en aquella época de tinieblas.

(*Se concluirá.*)

SANTIAGO DIEGO MADRAZO.

LA TORRE DE BEN-ABIL.

NOVELA.

(Continuacion. Véanse los números anteriores.)

IV.

LA CRISTIANA Y EL SARRACENO.

Declinaba el sol hácia su ocaso en una de aquellas calurosas tardes del mes de agosto, en que los vapores de fuego de la tierra se mezclan en la atmósfera con las nubes purpurinas del horizonte. Todo yacia en el silencio mas profundo al rededor del castillo de Aben-Gazan: apenas rizaba un aura ligera y tímida la superficie de los estanques del jardin: apenas se mecian con lánguido murmullo los álamos y sauces de las dilatadas alamedas. Parecia que la naturaleza cansada, estenuada con los calores abrasadores de la mañana, dormia melancólicamente, aguardando los céfiros amorosos de la noche. Y sobre el cielo, sobre la tierra, sobre los aires se estendia una ráfaga inmensa de viva llama, mientras al borde del glorioso horizonte, entre palmeras y encinas asomaba el sol por última vez su disco abrasador. Comenzaba el fugitivo crepúsculo de Andalucia, y los pájaros se inclinaban en las ramas de los árboles para presenciar la despedida del astro de la luz, antes de undir su moribunda cabeza en el seno de los mares.

Las ventanas y balcones de la torre estaban cerrados aun, solamente una persiana entreabierta daba paso á la cristiana que inclinada en los hierros dorados del balconage contemplaba con melancólicos ojos el espléndido panorama que se desarrollaba á su vista. No era ya la tímida doncella que apenas alzaba el blanco velo en las sombras del templo, y que al lado de su piadosa madre escuchaba embebida en contricion devota las pláticas de los monges, y los sermones de los prestes. Su fisonomía casi infantil ha poco acababa de formarse: sus ojos rasgados y negros, llenos de vida, de deleites, de amor, estaban sin embargo oscurecidos por un velo de tristeza que les daba una espresion de resignacion angélica. El óbalo perfecto de su semblante disputaba al marfil su blancura y su palidez: sobre su cuello caian en rizos irregulares sus rubios y brillantes cabellos: pero en su frente, en sus ojos, en los ángulos de su boca, vagaba una espresion que no era ni el amor ni el espanto: toda la firmeza de una resolucion irrevocable, toda la abnegacion de un sacrificio voluntario y doloroso prestaban á su semblante una magestad melancólica, cual debió tener Adán al resignarse á su grande y trabajoso destino, tras las visiones y pacífica felicidad del paraiso.

Lentamente se levantó la cortina roja que cubria el fondo de la sala, y el sarraceno se adelantó timidamente hácia el balcon. Inés estaba embebida en sus pensamientos; la luna de plata que empezaba á luchar con los últimos reflejos del horizonte trepaba entre ligeras nubes por el azul del firmamento. Aben-Gazan inmóvil contemplaba á la cristiana: no se atrevia á interrumpirla, pero su actitud respetuosa, su tristeza, denotaban el profundo interés que subyugaba el corazon del moro.

—Hurí de las huríes: ¿qué te arrebata de tal manera? contemplas á Phingari sobre el cielo, ó aguardas que el ángel de la noche venga á cerrar tus ojos con sus dulces labios? Tu esclavo está á tus pies, é implora una mirada: habla.

La cristiana volvió la cabeza: su amante estaba á sus pies, y la miraba enagenado. Levántate, Aben-Gazan, ¿qué quieres de mí? ¿Mi amor? lo tienes: si; lo tienes: porque el cielo y el infierno se han conjurado contra mi reposo: pero pretendes arrancarme los remordimientos que me devoran? pretendes que huya de mi memoria el recuerdo de mi patria perdida, la imágen de mis padres que me llaman, del Dios vengador á quien ofendo? No: todo puedo sacrificártelo, y todo te lo sacrifico; pero mis penas, mis presentimientos vendrán siempre á helar el cariño de mi alma, á apagar el deleite que tu presencia me inspira ¡Oh! si el redentor de los hombres tocase tu corazon, si la luz de la fé inundase tus ojos. ¡Aben-Gazan! lo juro; entonces nadie podria llamarse tan feliz como tu amante: Inés fuera tu esclava: no te amaria mas de lo que te ama: es imposible, pero al menos no se avergonzaria de adorarte.

—Mira, Inés: contempla allá trás los cipreses del jardin: aquellas columnas rotas, aquellas murallas que se desploman, aquellas fuentes agotadas, todas esas ruinas, ese polvo han sido un tiempo el asilo de los conquistadores del mundo. Ese cadáver de una ciudad es Asta-Regia: hace mucho, mucho tiempo trageron aquí los romanos sus legiones: el mundo entero era suyo: ¿dónde están? pregunta á los sepulcros que aun cubren mis jardines: allí vinieron, allí lucharon: allí elevaron altares, y sus ídolos han caido con ellos: sus dioses han muerto, y entre los escombros de sus templos yacen sus restos informes. Cuantas veces desde este mismo balcon en que te inclinas ahora, he contemplado esas ruinas del tiempo, mas elocuentes que la voz de tus sacerdotes, y los gritos de nuestros santones fanáticos. Ellas me han dicho que el hombre vive y muere, esclavo de sus propias ilusiones: que el mismo crea á los fantasmas que le hacen temblar, para que luego venga una generacion que en nombre de otras creencias tan vanas, tan absurdas, pise con desprecio como nosotros los objetos de su idolatría.

—Te escucho con terror, Aben-Gazan: no sé que imperio fatal egerce sobre mi alma tu palabra: me parece que blasfemas, y sin embargo no puedo maldecirte, ni huir como debiera tu presencia. Pero ¿porqué hablas asi? Si todo lo que me cuentas es la verdad, si todo muere, si todo es perecedero y fragil como las ruinas que contemplamos ¿porqué no buscar trás la muerte un asilo que nos vuelva á unir á las personas que amamos en el mundo? La religion de mis padres ha sido revelada por Dios mismo: el que bajó á predicar su palabra, enseñaba el amor: el amor es la fuente de mi creencia. ¡Oh! Aben-Gazan, grande entre todos los guerreros de tu raza: escucha las súplicas de una mujer que te sacrificaría su vida. Abandona la senda de perdicion en que camina tu alma: abre tu entendimiento á la fé; y serás el primero entre los cristianos, como eres el primero entre los idólatras.

—Calla, calla, Inés: dejemos esos pensamientos: sin comprenderla admiro tu religion de caridad y dulzura: yo sé que guarda recompensas para el justo y arrepentimiento para los que faltaron: pero ahora soy sarraceno: mis hermanos me han encomendado su defensa, y antes moriré que abandonarlos. Y luego, y luego, cuando los cristianos hayan dejado nuestro territorio, cuando el estandarte de la media luna ondee al soplo de la victoria sobre la pacífica Andalucía, cuando los hijos de

Muza y de Tarif levanten con nuevo esplendor el trono sublime de los califas, entonces mi adorada Inés será la reina de los reyes vencidos, cemo será dueña del corazon de Aben-Gazan. O si no quieres el imperio que te ofrezco, déjame vagar como nuestros padres por las montañas de la Siria, por los desiertos de Asia, sin mas patria que mi tienda, sin mas amparo que el cielo: y tu, Inés, tu serás la paloma de paz y la promesa de mi arca vagabunda: sé la estrella que guie la marcha incierta de tu amante. Mas allá de los mares hay una tierra de libertad: lejos allí de los tuyos, separado de los mios, iguales serán nuestros sacrificios; podremos vivir en esa dulce tranquilidad que anhelas. Y si nuestra vida no ha de estar exenta de peligros, si las tempestades de una fortuna contraria han de asaltar mi fatigada vida, tu amor, tu dulce amor compensará todas las desdichas. La suerte puede trocarse: los amigos pueden vendernos: mi brazo puede desfallecer: pero tu corazon será siempre mio, y cuando todo cambie á nuestro lado, solo nosotros no mudaremos. Comunes nuestros males, comunes nuestros placeres ¿qué podrá separarnos? Mira: esa estrella que acompaña el trémulo paso de la luna, esa es la estrella del amor: mira que luz tan pura vierte sobre la pacífica tierra: en todas partes nos alumbrará. Decide tú de nuestro destino. Contigo todos los trabajos me parecieran fáciles, dulces todas las penas, encantadores todos los climas. Habla, Inés: ¿podrás separar mi vida de la tuya? ¿podrás abandonarme?

La cristiana no respondió, pero sus ojos se fijaron melancólicamente sobre los ojos de Aben-Gazan: su cabeza cayó sobre el hombro del moro, mientras que una lágrima surcaba su pálida megilla.

La cortina del salon volvió á levantarse, y un esclavo negro se acercó, inclinándose respetuosamente hácia el jeque sarraceno.

— ¿Qué quieres? preguntó con voz severa el moro ¿á qué has venido?

— Señor, respondió el esclavo: Almanzor y Muza te aguardan en el jardin: dicen que tienen que hablarte al momento, y por eso tu fiel servidor se ha atrevido á interrumpir tu coloquio.

— Marcha. — Aben-Gazan hizo una señal con la mano, y el esclavo se retiró: Adios, murmuró en voz baja á Inés: tal vez tenga que ausentarme: el corazon de tu amante queda contigo; ¿me será permitido esperar que pensarás en mí?

Oh: vuelve, respondió la cristiana: vuelve: ya no tengo mas patria, mas familia que tú: vuelve. ¿Qué será de mí si me abandonas?

Aben-Gazan salió, y en el patio encontró á los dos moros envueltos en sus blancos albornoces. ¿Qué dicen los cristianos del combate de la sierra qué dispone el adelantado?

El adelantado ha muerto allí, respondió con gravedad Muza, y su hijo Rodrigo ha jurado vengarlo. Prepárate, Aben-Gazan, porque la insurreccion fermenta: nuestros hermanos han cobrado brios, y todo está dispuesto para libertar á la ciudad sagrada del yugo nazareno. Las armas están distribuidas y guardadas: á una señal se levantan como por encanto los combatientes y degüellan á los cristianos. Prepárate, porque se te aguarda: cuando te hayas presentado delante de las murallas, acomete sin vacilar: un clarín sonará dentro de la ciudad, y entonces los castellanos sucumbirán: ni uno solo se salvará del dogal ó del cuchillo.

Iré, respondió el gefe sarraceno: pero la vida de Rodrigo ha de ser mia: guardadlo: me lo entregareis; no pido mas que ese premio por mis esfuezos.

Todo es tuyo, replicó Almanzor: tu dispones de nuestras vidas, de nuestras suertes: pero guárdate de esa compasion que manifiestas hácia los cristianos, porque son como las serpientes que devoran el pecho que las abriga. Venganza por venganza! Sangre por sangre! ¿dónde están nuestras mujeres, nuestros padres, nuestros hermanos? que el verdugo sea víctima á su vez.»

No.» Dijo Aben-Gazan: la suerte de los prisioneros quedará arreglada despues de la victoria: marchad: mañana enviaré las tropas á la garganta de la sierra: al dia siguiente iré yo mismo á asaltar la ciudad: secreto y discreccion; al ponerse el sol ese dia alumbrará el estandarte de la media luna sobre la mezquita de Jerez.

(*Se concluirá*).



RECUERDOS DE VIAJE.

CADIZ.

(1839).

Velada entre las sombras de la noche y al incierto reflejo de la luna se dibujaba á lo lejos sombría y fantástica la inmensa montaña á cuya falda se estiende esa ciudad medio española, medio inglesa, mitad europea, mitad africana, Gibraltar, ese pueblo de católicos y protestantes, de árabes y judíos, de soldados y contrabandistas, se veia desde lejos triste, sombrío despues que el cañonazo de la tarde habia impuesto silencio á aquella ciudad de comerciantes. Oíase á lo lejos la voz del centinela, el canto del cárabo nocturno, ó el mujir de las olas que iban á estrellarse en playas africanas. ¿Cuánta poesía para el alma, cuántos recuerdos para un corazon español! Dos mares allí, dos mundos ante nuestros ojos; á un lado el mundo de las pirámides, al otro el mundo del Capitolio; allí la patria de Mehemet-Alí, aquí la de Napoleon!

Hubo un dia en el que el hombre en su loco orgullo, señalando aquellos montes, dijo al mundo. « No hay mas allá! ¿Dó estan hoy las columnas de Hércules? ¡Mísera impotencia!

Hace once siglos los hijos de Allá ocupaban esas playas; hace once siglos el estandarte de la media luna se miraba donde hoy se despliega al viento el leopardo de Albion. Y qué, patria mia, ¿será por siempre tu destino

ver tus campos, tus playas, tus ciudades presa de enemigos? Recordar que han existido un Cid y un Gonzalo, un San Fernando y una Isabel, y al tender los ojos á las ciudades que ellos conquistaron no ver la enseña victoriosa de nuestros padres!...

Los gritos de los pasageros que en la magnífica cámara de popa celebraban un banquete vinieron á sacarme de mis pensamientos.

Bebamos, y olvidemos
El tiempo que ya fué.

Despues cuando se apuraron la botellas de Champagne y de Burdeos, cuando los unos cayeron beodos y los otros mareados, á los brindis del banquete, á los gritos del festin se signieron instantes de un silencio sublime. Las olas venian de vez en vez á mojar la proa de la nave, ó á empañar los cristales de la cámara. Escuchábase tan solo el sonido del reloj que daba la hora, la voz del piloto que señalaba el rumbo, ó la patria cancion del marinero escocés.

Ocho horas habian pasado cuando un grito de alegria vino á despertarnos de nuestro sueño. Era el grito de la tripulacion que saludaba al sol naciente al mismo tiempo que á Cadiz que al lejos se veia.

Nunca podré olvidar aquel instante de mi vida. A diez y ocho años, cuando el corazon vive de ilusiones, de sensacion el alma, cuando todo es poesía para la imaginacion, era aquel espectáculo uno de los mas sublimes que se pudieran ofrecer á los ojos.

Desde la popa del navío se miraba el inmenso Océano cual poblado bosque cubierto de bajeles, cuyas banderas de mil y mil colores se desplegaban al viento. A nuestro alrededor pueblos que se dibujaban á los primeros rayos del sol en el Oriente, y sobre todo eso, y dominando á todo eso, Cádiz, la hermosa ciudad de Andalucía, saliendo del mar blanca, pura, encendida á los primeros reflejos del astro brillante del mediodia. Era una vírgen esbelta, cándida, amorosa en el dia de sus bodas. ¿Y quien no ha soñado cuando niño al leer la historia de nuestra patria con la colonia de los Fenicios, con la ciudad querida de Hércules y Julio César? Y despues, ya jóven ¿quién no ha consagrado un pensamiento á la ciudad emporio de dos mundos, á la cuna de nuestra libertad, de nuestra independencia nacional?

Granada, Sevilla tiene una vega, un Guadalquivir, una Alhambra, ó un Alcázar, tienen campos de flores, cármenes y jardines de naranjos y limoneros, pero Cádiz tiene su cielo nacarado, sus mares y sus brisas, sus castillos y su muralla que bañan las olas del Océano.

La lancha habia ya llegado, y los pasageros saltamos en ella. «Aquel vapor de hierro que veis allí, nos decia el marinero, es para el gran Turco: está hecho en Inglaterra, y es un regalo de la Reina Victoria al Sultan. Aquel otro navío en el que veis la bandera tricolor llegó ayer de Burdeos; esa magnífica fragrata saldrá mañana para el nuevo mundo. ¿Quereis ir al puerto, á Sanlucar ó á Sevilla: dentro de media hora sale el *Guadalquivir*. Y toda esta relacion era interrumpida de tiempo en tiempo, por alguna de esas canciones de una música tan vaga, tan sentida y melancólica como son todos los cantos de la Andalucía.

Momentos despues saltábamos en la muralla, y atravesando la puerta *de la mar* nos encontramos en Cádiz, en la bellísima Cádiz. Al ver aquellas casas ya blancas como armiños, ya pintadas de mil colores, aquellos patios tan limpios, sus azoteas llenas de flores, jardines artificiales debidos á la mano del hombre, aquellas calles tiradas á cordel, llenas de lucidas tiendas y transitadas por todo un pueblo el mas elegante, el mas civilizado de nuestra España, conocimos con cuanta razon se la ha llamado la perla de la Andalucía, la taza de plata de nuestra nacion.

Yo no sé donde he leido que aun en los últimos dias de nuestro gran Colon, su alma poética abrigaba la esperanza de encontrar aquellas doradas ciudades del imperio de Asia que ocupaban todos sus ensueños de gloria. No sabia el grande hombre que llegaría un dia en que en nuestra España se cumplieran sus ensueños.

Pero Cádiz, dicen, va perdiendo por instantes. Es un jigante que ve desfallecer sus fuerzas, y que en vano defiende su antigua gloria, su antiguo poderío.

Sus casas anhelaba ver: la casa de Gargollo; San Felipe Neri y la plaza de San Antonio son sus páginas escritas de nuestra historia moderna.

La casa, palacio un dia, tenia una cadena á la puerta: aquella era la señal de que la habia habitado un rey. Vamos claros; me dige, ¿quién llevó las cadenas, el pueblo ó el monarca?

En San Felipe habia dos letreros, el uno escrito con letras de oro, el segundo con tinta: 1812, 1823.

La plaza de San Antonio es el paseo y tertulia de Cádiz. En las noches del estío ves allí á todo un pueblo que se entrega al contento y al placer. Yo no sé lo que tienen las gaditanas: bellas y elegantes, ardientes y pudorosas reunen todo el encanto de las sevillanas, todo el sentimiento, toda la elegancia de las hermosas de Madrid. Y al ver esa mujer que pasa aérea, esbelta, bella cual los ensueños de niño, esa mujer de ojos negros, rasgados, húmedos y brillantes, de rostro pálido ó sonrosado, cuyo pie lijero se esconde en la revuelta falda, cuyas negras trenzas se dejan ver por entre esa mantilla que vela tanta hermosura, al mirar esa mujer que te recuerda tus bellos fantasmas de niño, tu, *hombre de mundo*, ¿qué es lo que sientes en tu corazon antes frio?

Huye, aléjate de estas playas, do el sol, los árboles, los pájaros que cantan, la brisa que murmura, la naturaleza toda respira amor; huye sí, de eso que tu llamas ilusion mentida, y que es una ilusion tan bella; huye y deja á mi corazon jóven que se embriague en su delirio.

El teatro de Cádiz es uno de los mas bellos de España. Aquellos palcos con cristales, aquella galería que le rodea, como una cinta de mil colores, y en la que las bellas gaditanas pueden lucir esa cintura que se pierde entre los pliegues del vestido, y ese cabello cuyas trenzas caen sobre el pecho virginal, aquel foso tan espacioso, todo lo hace digno de la ciudad un dia emporio de dos mundos. La vez primera que estuve en él, se representaba esa inimitable comedia de Moreto: *el desden con el desden*.

Cádiz tiene dos paseos: *la muralla* para tomar el sol en los dias de diciembre, *la alameda* para respirar la brisa del mar en las tardes del estío.

Una de esas tardes al ocultarse el sol en las ondas del Océano el cielo estaba mas rojo que de costumbre. La gente habia abandonado aquellos sitios para ir á pasear á la plaza de S. Antonio, y un silencio sublime reinaba en aquellos instantes. Bella es la hora en que el último rayo del sol vá á perderse en el lejano horizonte; pero allí, bajo el cielo de Andalucía, á orillas del mar ese instante solemne, relijioso es mas bello, mas magnífico aun. Las olas del mar por entre las piedras de la dormida muralla venian á morir á mis pies; la gran muralla estaba sola enteramente. Entonces olvidándome de nuestros dias quise perderme en el laberinto de los siglos. ¿Dónde está el anfiteatro romano, dónde el templo de Hércules? El tiempo lo ha destruido todo. En aquel momento, ten-

diendo la vista sobre el mar cubierto de innumerables buques, me creí transportado al tiempo de Felipe II y Cárlos III. Sí, aquellos bajeles componen la *gran armada* que vá á llevar la guerra á la orgullosa Isabel, aquellos los que van á conquistar á nuestro Gibraltar. Pero la bandera que se desplegaba estendida al viento no era la española. Sobre la superficie de las aguas habia un letrero: *Trafalgar*. El Océano habia sido el sepulcro de nuestro poder.

A los pocos momentos empezó una de esas tormentas de verano tan frecuentes bajo el ardiente cielo de Andalucía. Habia á poco trecho una desamparada garita, y allí fuí á guarecerme de la tempestad. Retumbaba el trueno en los ámbitos del cielo, el relámpago iba á apagarse en las ondas del mar, y de cerca se escuchaba el compasado caer de la lluvia, el soplo del huracán y los gritos de los marineros. Flotaban los buques sobre las aguas del Océano: chocándose los unos contra los otros ó rompiéndose contra las *puercas*. Las olas se estrellaban contra el borde de la gran muralla, y no parecia sino que el mar queria tragarse á la ciudad. Media hora despues la tormenta se habia disipado: la luna se miraba salir de entre las nubes anunciando á la temerosa ciudad, cual el arco iris al mundo, que aun le quedaban dias de existencia.

Y esto es vivir, y esto es vida?

Y qué importa? Otros pueblos tienen la lava de los volcanes, ó el temblor del terremoto. Pues bien, Cádiz tiene al Océano que la tragará un dia.

Al saber que varios buques de la Gran Bretaña se habian estrellado contra las rocas, que nada quedaba ya de aquellos bajeles que orgullosos parecian desafiar á la ciudad un dia llave de los mares, no pude dejar de esclamar, como J. Janin, «aprende, pueblo de comerciantes.»

Un dia un ruido inmenso vino á despertarme de mi sueño. Se oia el eco del cañon, y en la ciudad la voz de las campanas que anunciaban la nueva festividad. Aquel dia debia bendecirse la nueva catedral. En 1839 habia algo de grande, de poético, de sublime en ver á un pueblo que ve decaer su poder, correr al templo del Señor. Era el hombre que se inclinaba ante la divinidad.

Corre pueblo á los altares, entona el himno de alabanza al Dios de nuestros padres. No importa, no, que hoy solo tengas un recuerdo de lo que fuiste, que el Dios que te arrojó en el Océano cual inmenso bajel en medio de los mares, que el Dios que te hizo un dia emporio de dos mundos tambien puede volverte tu gloria y tu poder.

DIEGO COELLO Y QUESADA.

CRÍTICA LITERARIA.

DE LA NOVELA MODERNA.

Dificil es dar gusto al público con una novela; y no será ciertamente porque el género haya pasado de moda: nunca, al contrario, se ha mostrado mas libre, mas atrevido, mas grande que en nuestro siglo. La novela ha penetrado en todas partes: es el alimento de todas las imaginaciones, y siempre caida, se levanta triunfante siempre, revestida de nuevos y mas seductores atavíos. Antiguamente (y no es muy lejana esta antigüedad) la novela era el patrimonio de los talentos superficiales y frívolos: sus autores eran mirados con indiferencia, sino con desprecio, y apenas se le concedia por compasion un asiento en el alto Congreso de la literatura. Las posiciones han variado, y el drama poco ha triunfante y orgulloso, ha naufragado en el analisis de la crítica y el escepticismo de la época. Para elevarse á mayor altura, para conservar su antigua importancia, no ha perdonado sacrificio alguno: pero todos los sacrificios son inútiles, cuando llega la hora fatal de la decadencia ó de la transformacion. La comedia y la tragedia, estas dos bellísimas hermanas, hijas de civilizaciones grandes y pérdidas, fueron casi desterradas del teatro, sin tener en cuenta la nobleza de su orígen, la magestad de su existencia y la antigüedad de sus servicios: su misma severidad, su tranquilo decoro han sido los motivos de su ruina. Ha venido en su lugar el drama, lleno de pretensiones, de exigencias: todo lo ha tocado en poco tiempo, todo lo ha corrido; se ha presentado bajo todos aspectos, y siempre el público impaciente le ha pedido nuevas formas. Ahora se muestra cansado, exánime al fin de su carrera; y al volver los ojos á la Francia, á la Inglaterra, á la Alemania, los amantes de las creaciones teatrales, los que tienen fé en el adelanto dramático ven con dolor indiferente al público á sus esfuerzos, corriendo tal vez tras las antiguas comedias de Moliére, las portentosas producciones de Shakespeare, y las admirables tragedias de Schiller. Nosotros, que en nuestra atrasada marcha, oimos tardíos y confusos los ecos de las naciones que pretendemos imitar, nosotros que admiramos siempre lo que está ya probado y gastado en otros paises, nos complacemos aun en el monstruoso artificio de los dramas modernos, insulsas imitaciones de groseros originales.

Esta que es para nosotros indisputable verdad, será considerada como una atroz blasfemia por los fanáticos entusiastas de la moderna escuela. Sin negar el mérito, la sublimidad tal vez de algunos dramas contemporáneos, juzgamos poco apreciable el género dominante, y no culpamos á los autores, porque no son culpa suya las exigencias y el descontento del público, corrompido poco á poco, educado por decirlo asi, con estravagancias y exageraciones.

Pero si el drama ha perdido su influencia, la novela la ha ganado; y la ha ganado á tan alto punto, porque se ha confundido en cierto modo con él, aceptando su animacion y su viveza, desechando su precipitacion y sus contrastes. La novela no se presenta ya como antes se presentaba, tímida, monotona y fria, pintando tipos uniformes de imposible virtud y de imposible perversidad. Ni *Cárlos Grandisson* ni *Clara Harlowe* producirán emociones en este siglo materialista, pero razonable. No pedimos al pintor iguales grupos de figuras blancas del todo, ó del todo negras: deseamos ver la representacion de la vida, pero de la vida comun, con sus defectos, sus violencias, sus goces, sus pesares, sus crímenes, sus virtudes, mezclados, confundidos, como son en *sí*: no pretendemos que se dé alma á una abstraccion del entendimiento: pedimos que se copie á los hombres que hablan, que se mueven á nuestro lado, porque al examinarlos, al conocerlos, conocemos tambien el mundo y la naturaleza. La sociedad de nuestro siglo es infinitamente variada, infinitamente inquieta: ha pasado por todas las situaciones: en su frente han venido á estrellarse las revoluciones

mas terribles, las reacciones mas sanguinarias: en su seno han ido á fructificar las mas atrevidas teorías, los mas estravagantes sistemas; y ella lo ha escuchado todo, todo lo ha visto: el hombre no vive ya como vivia, pegado, como á una concha, á la posicion que su nacimiento, su riqueza, y agenas preocupaciones le formáran: el hombre choca hoy á cada momento con el hombre: en todas partes se encuentran, en todas partes combaten, y de todas estas luchas, de todos estos choques, nace un sentido comun, que no es ya como en otro tiempo, el conocimiento de la vida, es el conocimiento de la humanidad.

Para esta civilizacion de medias tintas, para esta sociedad sin barreras que se atreve á todo, y á todo alcanza, era necesaria una novela que, satisfaciendo á las exigencias del interés y de la moral, reflejase en sus páginas, como en un espejo inmenso, la eterna duda, el incesante anhelo, la confusion, los gritos, las esperanzas de la humanidad que levanta sus tiendas para entrar en terrenos desconocidos: en terrenos que podrán ser la tierra de promision, pero que podrán ser tambien el desierto y la soledad. Mucho tiempo, hacia que existian los elementos de esta novela: perodispersos, sin conexion, sin base. El genio de Walter Scott los sacó de tan profundo caos, dando un género nuevo, que por su giro y su interés dramático, la verdad de sus pinturas correspondia á la sociedad presente, y por sus recuerdos, sus leyendas, sus animadas historias, se enlazaba con las mas bellas tradicciones de la sociedad antigua.—Las imitaciones de Walter-Scott se han agolpado en pocos años con profusion increible vacias, exageradas, sin fondo histórico ni social, hubieran podido desacreditar las magníficas creaciones del Homero escocés, si no brillasen en ella claros y puros los rayos de una filosofía consoladora, el profundo conocimiento de la humanidad que nunca pasan, que gustan siempre, porque son de todos los tiempos y de todos los paises.

En el dia la novela se ha lanzado en todas las sendas sin vacilar y con fé. Las costumbres de antiguos tiempos, las artes de otras épocas, las ciencias enterradas con el siglo que ilustraron, vuelven á reinar en el mundo, levantándose de sus tumbas para encantar la imaginacion de los lectores.—Por otra parte, atacando los dogmas religiosos, minando por su base los cimientos de la sociedad, proscribiendo con escarnio todos los restos de instituciones venerables y caidas, la novela es una palanca de destruccion que arrolla en un instante lo que edifica lentamente la filosofía. La novela habla á las imaginaciones, y la mayor parte de los hombres obedecen á su imaginacion. Asi van admitiéndose como axiomas en la sociedad las mas estrañas paradojas; asi parecen naturales los contrastes mas exagerados; asi adquieren cierto brillo romanesco los mas estravagantes sistemas.

Al leer una novela original que tenemos á la vista, descansa alegre la imaginacion. *La proteccion de un sastre* es un cuento, si cuento puede llamarse, en que no hay crímenes ni sistemas, ni contrastes, ni sofismas, ni revoluciones sociales, ni predicaciones políticas. Escrita sin pretensiones, sin trabajo, sin preparacion alguna, no tiene enredoso argumento, ni interés dramático. pero en cambio es una graciosa conversacion en que los pensamientos profundos vienen envueltos en frívola corteza, en que los chistes son oportunos y abundantes, fácil y correcta la locucion. El autor tuvo ciertamente un plan al empezarla, pero cediendo al impulso de sus ideas, se ha engolfado en contínuas digresiones que entretienen y divierten la atencion mas que pudiera hacerlo la complicacion de muchos lances: el lector al acabar la novela, pide cuenta al autor de sus distracciones, pero vuelve á abrir el libro para distraerse de nuevo.—El estilo es original y fácil: infinitamente dócil se dobla con la mayor flexibilidad á todos los pensamientos del escritor: á cada paso se corta, se enreda, ó se estiende cautivando la atencion con tanta variedad.

Haríamos un análisis del argumento, pero su trama es tan sencilla, que en dos renglones pudiéramos esplicarla. Es la vida de un hombre que viene cándido y pobre á Madrid: sus alternativas, sus miserias, sus esperanzas son las esperanzas, las miserias, las alternativas de tantos otros que vienen á buscar á Madrid un porvenir incierto. Es un hombre que comienza á vivir en la sociedad con los defectos comunes, y las virtudes vulgares: no es un héroe, víctima de inmensas desgracias, con admirable talento y sin igual valor: vive, siente como todo el mundo, y es una figura verdadera, porque es una figura natural.

El argumento, y lo repetimos, falta casi completamente á la novela; y sin embargo tiene un encanto particular de lenguage y de estilo, de digresiones y pensamientos originales, de candidez y de talento, que se lee con suma delicia, sin cansar un momento la atencion. Es un difícil problema fácil y venturosamente resuelto.

La novela del Sr. Alvarez es una de las mas lindas y raras producciones que se han presentado al público español, y si nuestros lectores quieren gozar un rato de dulce entretenimiento, y amenas distracciones, le aconsejamos la lectura de la *Proteccion de un sastre*.

S. B. DE C.

POESIA.

A UNOS OJOS.

¡Ojos llaman á esos ojos!
¡Válgame S. Hilarion!
No pienso oir en mi vida
un disparate mayor.
¿Qué ojos, ni qué calabazas?
bota-fuegos si que son:
canníbales, trogloditas,
beduinos.... qué sé yo?
Ojos que de muertes viven,
á guisa de enterrador;
cuyo oficio es del verdugo
la sangrienta ocupacion;
Nombre de ojos no merece
ni otros que á los ojos dió
el bando de los poetas,
de apodos grande inventor.
No se han de llamar luceros,
ni compañeros del sol,
ni cupidillos flecheros,
ni saetas del amor.
Cazadores son de oficio,
que en su dañina aficion,
el dia que matan poco
se ponen de mal humor.
¿Qué matan he dicho á secas?
¿Qué matan?... ¡Jesus, señor!

Y tanto, que en lo asesinos
no tienen comparacion.
Un Cabrera es cada uno;
dos Oregitas los dos;
sus miradas, dardos.... tiros
á metralla de cañon.
Han dado en llamarlos *buenos*,
pero es equívoca voz:
bueno llaman en la plaza
al toro mas matador.
Menos gente en cien visitas
mata un médico doctor,
que ellos así á la callanda
de una ojeadita ó dos.
E infeliz á quien miran....
así.... con cierta intencion,
¡hay! no tiene otro remedio
mas que encomendarse á Dios.
Si miran medio do midos,
siente uno frio, calor,
angustias, hipo, calambres,
y acaba por convulsion.
Si es mirada de soslayo,
entonces mucho peor,
que el rabo de vuestros ojos
rabo es de alacran atroz.
Si á alguno miran airados
¡qué desconsuelo! ¡qué horror!
entra el frenesí, el delirio,
y aquel hombre ya murió.
Si miran indiferentes,
ah! qué desesperacion!
Es caso de suicidio,
y no hay remedio mejor.
Lo que consejas antiguas,
ó poética ficcion
suponen del basilisco,
se cumple, señora, en vos:
Pues con mirar dais la muerte
infundiendo tal ardor,
que cada pecho es un Etna,
una Troya y un Moscovy.
Dicen que allá en el desierto
el bendito S. Anton
diabólicos artificios
del infierno resistió;
Y que visiones muy feas
en horrenda tentacion,
ni hacerle pecar pudieron
ni amedrentar su valor.
Quisiera yo que viviese
hoy dia el siervo de Dios,
á ver que tal resistia
ese mirar tentador.
Quien le resista, y no peque
siquiera con la intencion,
á la palma del martirio
se hace sin duda acreedor.
¿Y cómo permite el cielo
que con su industria feroz
sigan menguando esos ojos
de España la poblacion?
Tobías, que jamás hizo
daño ninguno, cegó;
¿y no hay una golondrina
para esos ojos, señor?
La suerte de Belisario
merecerian: varon
que dejó de hacer la guerra
luego que de ver dejó.
Aunque acaso vos seriais
como el forzudo Samson
que ya ciego, á centenares
los filisteos mató.
Conserva á santa Lucía
el mundo gran devocion,
por las milagrosas curas
que en ojos malos obró:
Hiciera al orbe cristiano
la santa mayor favor
si en vez de sanar mil ciegos
os dejara ciega á vos.
Y como á cada alma sola
acometen ellos dos,
hay lo de dos contra uno,
que es en proverbio traicion.
Si al menos fuese uno solo,
ya mudaba la cuestion;
partamos la diferencia;
de los males el menor.
Ya que no cegueis, señora,
pongámonos en razon,
quedaos tuerta siquiera,
quedaos tuerta por Dios.
Un ojo abierto le basta
á cualquier buen tirador
para dar muerte al ser vivo
á quien su tiro asestó.
No errareis la puntería
con solo un ojo; que no
mas certera es la escopeta
por ser de doble cañon.
Y siquiera, de consuelo
me servirá en mi afliccion,
ver que mi mal sufre en parte
quien todo mi mal causó.
Cegáronme vuestros ojos;
y no es exageracion,
que á no ser ciego, *vel quasi*,
no usára estas gafas yo.
Mirad, si con justa causa
tengo á esos ojos rencor:
pues que me hicieron el daño
sin darme reparacion.
Si al menos solo un momento
me mirasen con amor!
Yo entonces de sus agravios
les concediera el perdon.
Que en un punto acabarian
mi existencia y mi dolor,
haciéndome sus miradas
añicos el corazon.

EL ESTUDIANTE.



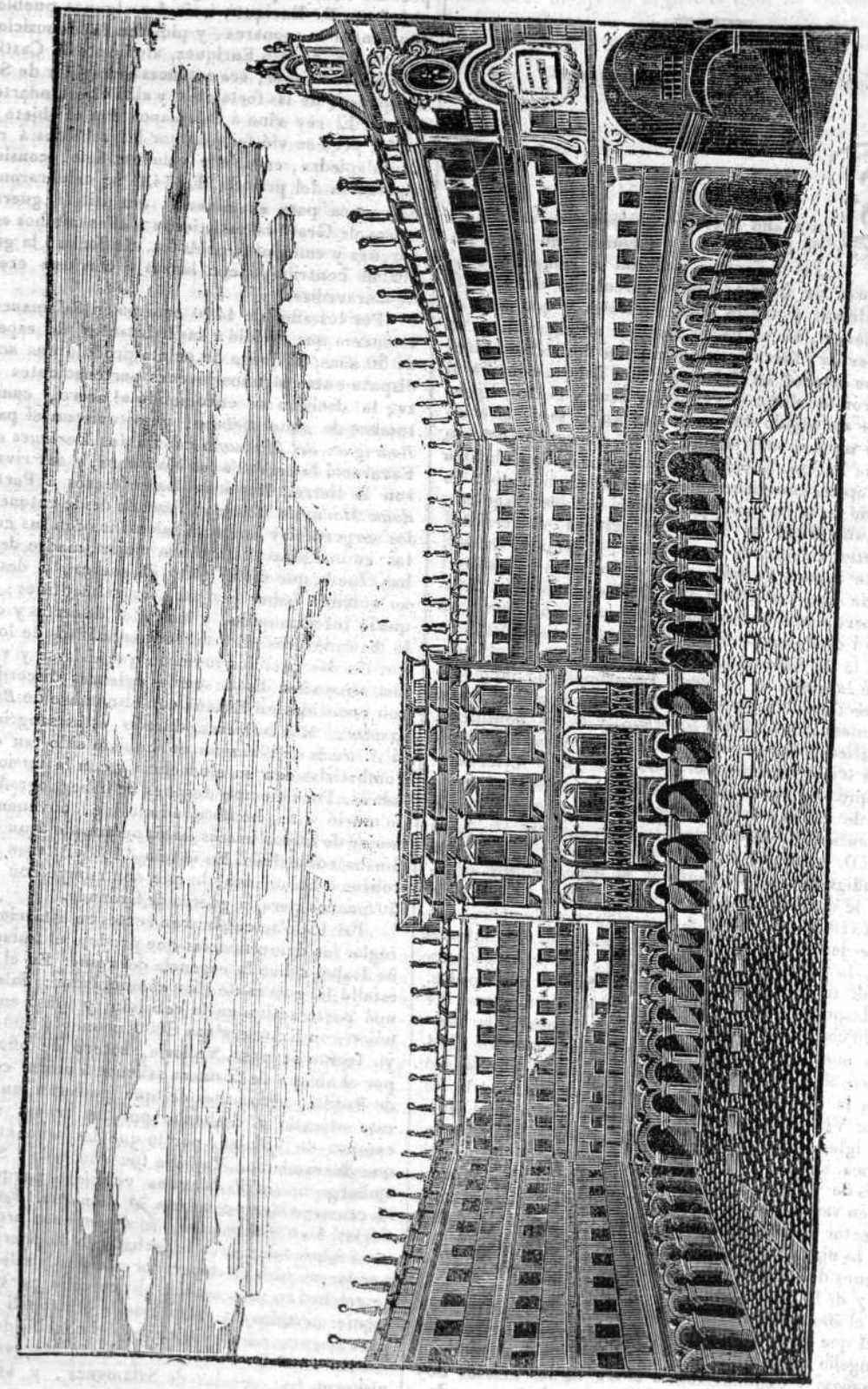
Se suscribe al Semanario Pintoresco en Madrid en la librería de Jordan calle de Carretas, y en la de la Viuda de Paz frente á las Covachuelas. En las provincias en las administraciones de correos y principales librerías. Precio de suscriccion en Madrid. Por un mes *cuatro* reales. Por seis meses *veinte* reales. Por un año *treinta y seis* reales. En las Provincias *franco de porte*. Por tres meses *catorce* reales. Por seis meses *veinte y cuatro* reales. Por un año *cuarenta y ocho* reales.

Las cartas y reclamaciones se dirigirán francas de porte *á la Administracion del Semanario*, calle de la Villa, número 6, cuarto principal.

En las mismas librerías se halla abierta la suscripcion á la primera série del Semanario; tres tomos en folio (1836, 1837 *y* 1838) *y los Señores suscriptores pueden recoger la primera entrega, continuando la publicacion de las demas, en los términos anunciados en el prospecto.*

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.

ESPAÑA PINTORESCA.



LA PLAZA DE SALAMANCA.

SALAMANCA.

(Continuacion. Véase el número anterior.)

En el año 1147 se reunieron los caballeros de Salamanca, y formando un ejército á sus espensas, salieron á campaña contra los moros de Badajoz; pero careciendo de un gefe que subordinase á tantos nobles rivales y que no conocian superior, no pudieron sostener un encuentro con el rey de Sevilla y fueron completamente deshechos. En el año 1197 se celebró en Salamanca un famoso concilio al que asistieron los obispos de Castilla, Leon y Portugal presididos por un legado del pontífice; en el se declaró incestuoso y nulo el matrimonio de D. Alonso IX con su prima Doña Teresa. El obispo de Salamanca, llamado Don Vidal, se opuso enérgicamente á esta resolucion, por lo que incurrió en la ira del Papa, y sufrió notables disgustos.

En el año 1200 se fundó su célebre universidad, rival en otro tiempo de las de París, Bolonia y Osford; es bastante comun la opinion de que el estudio general de Palencia fue trasladado por D. Fernando III á Salamanca; pero como consta por documentos auténticos, la universidad de Palencia fue fundada por Alonso VIII de Castilla y la de Salamanca por Alonso IX de Leon, envidioso de la gloria de su rival. La primera no pudo sostenerse por falta de recursos, mientras la segunda floreció cada vez mas favorecida de los reyes y de los pontífices. De ella salieron los que compusieron las tablas alfonsinas y los que tradugeron las obras de Averroes, Avicena y Abenzarque. En el año 1288 entró en esta ciudad y se apoderó de su alcázar D. Lope de Haro que favorecia las pretensiones del infante D. Juan contra D. Sancho IV; D. Lope cometió todo género de tropelias, por lo que indignados los salmantinos se alzaron contra su tirano, y le desalojaron de la ciudad.

En 1310 se celebró el 2.º concilio de Salamanca, en el que se declararon inocentes los caballeros Templarios de toda la Metrópoli Compostelana; sin embargo esta órden fue totalmente estinguida y sus bienes confiscados. Un año despues nació en esta ciudad el célebre Alonso XI que tanto contribuyó con su prudencia y valor á dar unidad á la monarquía haciendo respetar el trono. En 1381 se celebró el 4.º concilio salmantino, en el que se dió por nula la eleccion de Urbano VI y por legítima la de Clemente VII dando pábulo al horrible cisma que dividió á la iglesia en el siglo XIV. En el año 1395 vivia en Salamanca el famoso Enrique de Aragon, hermano del Marqués de Villena. Despues de haber hecho rápidos progresos en varias ciencias, y de haber desempeñado el cargo de rector de la universidad, dió en la locura de dedicarse á la nigromancia. De este tiempo traen orígen las tradiciones del Negro, de la redoma, de la cueva de Clemesin, y de la madre Celestina.

En el año 1411 entró en Salamanca San Vicente Ferrer, del que tantas tradiciones se conservan, y convirtió al Evangelio numerosas familias de judíos penetrando en las sinagogas y exponiéndose á la ira de los celosos defensores de los ritos hebráicos. Por este tiempo se educaba en Salamanca el célebre Tostado, doctor en todas facultades, y cuyo nombre es proverbial aun entre el vulgo por la inmensa fecundidad de su pluma. En el año 1423 prendió Juan II por instigaciones de D. Alvaro de Luna al infante D. Enrique; irritados algunos pueblos se alzaron contra su monarca, y pidieron la deposicion de Don Alvaro. D. Alonso Enriquez, almirante de Castilla y partidario del infante, era entonces corregidor de Salamanca; se apoderó de las fortalezas, y alzó el estandarte de la rebelion. El rey vino á Salamanca con el objeto de pacificarla, pero se vió forzado por los rebeldes á retirarse á Cantalapiedra, en donde viéndose solo, consintió en la separacion del privado. En 1431 se celebraron cortes en Salamanca para examinar si era útil la guerra con los moros de Granada; asistieron á ellas muchos esclarecidos varones y eminentes prelados. Se declaró la guerra, y la ciudad contribuyó con lanzas y con una crecida suma de maravedises.

Por los años de 1440 ocurrió en Salamanca un funesto suceso que dividió á sus habitantes por espacio de mas de 30 años. El juego de pelota produjo una acaloradísima disputa entre algunos jóvenes pertenecientes á la nobleza; la decision se encomendó al acero, como era costumbre de aquel tiempo, y sostuvieron el palenque dos *Rodriguez del Manzano* contra dos *Enriquez de Villalva*. Favoreció la suerte á los Manzanos, y sus rivales mordieron la tierra. Huyeron los primeros á Portugal, pero *doña Maria de Monroy*, llamada desde entonces la *Brava*, los sorprendió y entró en Salamanca con sus cabezas puestas en una pica. Esta osada mujer, madre de los Villalbas, fue la que dió el grito de guerra, y desde entonces no volvió á haber paz para los salmantinos; el comercio quedó interrumpido, y las calles desiertas y ocupadas solo de cadáveres. Era tal la inseguridad de los habitantes que los dos partidos tuvieron que aislarse y vivir en barrios separados. Estas son las célebres discordias que fueron conocidas en España con el nombre de *Bandos de Salamanca*. Mas hubieran durado estas sangrientas luchas, si *S. Juan de Sahagun* no hubiera sido tan constante en combatirlas con su elocuencia y con la uncion de sus palabras. Poco tiempo despues de haber logrado este triunfo murió este hombre admirable, envenenado por una mujer de cuyos brazos habia arrancado á un noble que la amaba con delirio. En el año 1480 visitaron los reyes católicos á Salamanca, la que contribuyó con 100 lanzas y 50 peones para la guerra de Granada.

En 1506 se celebraron cortes en esta ciudad para arreglar las desavenencias que produjo el testamento de doña Isabel sobre la regencia del reino. En el año de 1520 estalló la guerra de las comunidades; Salamanca tomó una parte activa en la rebelion, y puso en campaña en union con Extremadura 6000 peones y 200 lanzas, á cuyo frente se puso Valloria, botero de oficio. Avisados por el obispo de Zamora salieron á unirse con el ejército de Padilla, pero antes de que pudieran juntarse, se vió este atacado y deshecho por las tropas reales en los campos de Villalar, por lo que los salmantinos tuvieron que desvandarse. Valloria fue ahorcado; Salamanca sin embargo no sufrió ninguna vejacion, porque la nobleza se conservó siempre adicta al monarca. En 1535 entró Cárlos I en Salamanca, se dispusieron arcos triunfales, y se fabricó de nuevo la fachada de la puerta de Zamora por la que hizo el emperador su entrada solemne. En 1565 se celebró en esta ciudad un concilio provincial al que asistieron todos los obispos de la Metrópoli Compostelana para ejecutar las disposiciones del concilio de Trento.

En 1600 D. Felipe III y Doña Margarita de Austria visitaron las escuelas de Salamanca, y asistieron á un

grado de pompa alternando en los asientos con los doctores, y recibiendo la propina que suele distribuirse entre estos. Por el mismo tiempo murió en esta ciudad el maestro Francisco Sanchez, llamado el *Brocense*, catedrático de retórica y griego de la Universidad, escritor profundo y original y de una erudicion inmensa. En 1611 fueron espulsados del obispado de Salamanca 942 personas por sospechosas de mahomestimo. En 1626 el Tormes salió de madre, y perecieron el convento de los Recoletos, el de las monjas Agustinas, el colegio de niñas huérfanas, el de los Premostratenses de Santa Susana y 500 casas.

En la guerra de sucesion que dividió á la España á principios del siglo pasado, Salamanca se decidió por Felipe V, y sostuvo con valor las embestidas de los aliados. En 1706 fue atacada por los portugueses mandados por Magallanes; se defendió valerosamente por el espacio de algunos meses á pesar de la escasez de sus fuerzas, y de la debilidad de sus muros, pero al fin tuvo que capitular. Poco tiempo despues volvió á ser ocupada por el mariscal Armendariz, general de Felipe V; irritados los aliados la atacaron de nuevo; pero no pudieron subyugarla. En 1755 ocurrió el famoso terremoto que hizo sentir sus efectos á varias ciudades de España, y que conmovió profundamente á Salamanca.

Durante la guerra de la independencia Salamanca fue uno de los pueblos que padecieron mas descalabros. Fue ocupada sucesivamente por los generales Lapice, Ney y Marmont; el segundo arrancó á los clérigos de sus hogares y los condujo á Valladolid. En junio de 1812 fue atacada por los ingleses una partida de franceses que estaba posesionada del convento de S. Vicente. Sufrió un bloqueo de 11 dias que ocasionó á la ciudad daños considerables. En julio del mismo año se voló el almacen de la pólvora, y desaparecieron dos calles enteras. En el mismo mes se dió la gran batalla *de los Arapiles*, llamada tambien de Salamanca, en donde lord Welington logró una victoria completa, y adornó con nuevos laureles la corona de su gloria. En 12 de noviembre del mismo año volvieron otra vez los franceses y saquearon bárbaramente y contra todas las leyes de la guerra á una ciudad indefensa y en la que entraron sin oposicion.

De esta desastrosa guerra trae su principal orígen el estado de languidez en que se halla sumida Salamanca en la actualidad: no se da un paso sin tropezar con escombros, ni puede tenderse la vista sin hallar largas y silenciosas calles, en donde se elevan altos paredones que no ocultan ni un solo viviente ni escuchan mas voz que el rugido del viento que los azota. En tiempo de la guerra de la independencia se arruinaron el colegio de Cuenca, el de Oviedo, el del Rey, el de la Magdalena, el de los Verdes, el de Trilingüe, parte del del Arzobispo, el convento de S. Agustin, el de S. Vicente, el de la Merced y algunos otros.

A pesar de no hallarse Salamanca en el estado de esplendor en que se encontraba cuando el inmenso concurso de los estudiantes hacia fijar sobra ella los ojos de la Europa y del mundo, es sin embargo muy digna de llamar la atencion del sabio por las inmensas riquezas que posee todavia. Esta antigua ciudad de los Vectones está situada á los 41° y 20' de latitud y 12° y 50' de longitud sobre la margen derecha del Tormes en tres pequeñas colinas, una al S. otra al O. y otra al E. Su perímetro es de 4,415 varas. Las calles son estrechas, tortuosas y y sucias, y las casas antiguas y sin uniformidad.

La plaza mayor es de las mejores de Europa; (1) tiene un pórtico al rededor con 88 arcos, de los cuales algunos de mayor dimension que los demas sirven de desembocadero á las calles. Consta de 53 casas con tres órdenes de balcones: 83 1/2 en el primer alto, 89 1/2 en el segundo y 89 en el tercero. Es cuadrada y de las dimensiones siguientes; el lienzo que mira al Norte, tiene 91 varas; el del Oeste 99; el del Sur 100 y el del Este 100. La casa consistorial ocupa uno de los frentes de la plaza; está adornada de escudos, columnas, niños y hojarasca de mal gusto. En el primer cuadro hay 6 columnas de órden corintio y en el segundo cuatro. En las enjutas de los arcos al rededor de la plaza están algunos heroes y reyes de España, figurados en bustos de relieve y del tamaño natural. Esta plaza produce un efecto maravilloso cuando está iluminada, por hallarse todos los balcones á nivel y tener igual número de luces. Se empezó la obra en 10 de mayo de 1720 y se concluyó en 3 de marzo de 1733. Las trazas de este edificio las hizo D. Andres García de Quiñones, que empezó á dirigirle, le continuaron los célebres Lara y Churriguera, y le concluyó D. Gerónino García de Quiñones, hijo del primero.

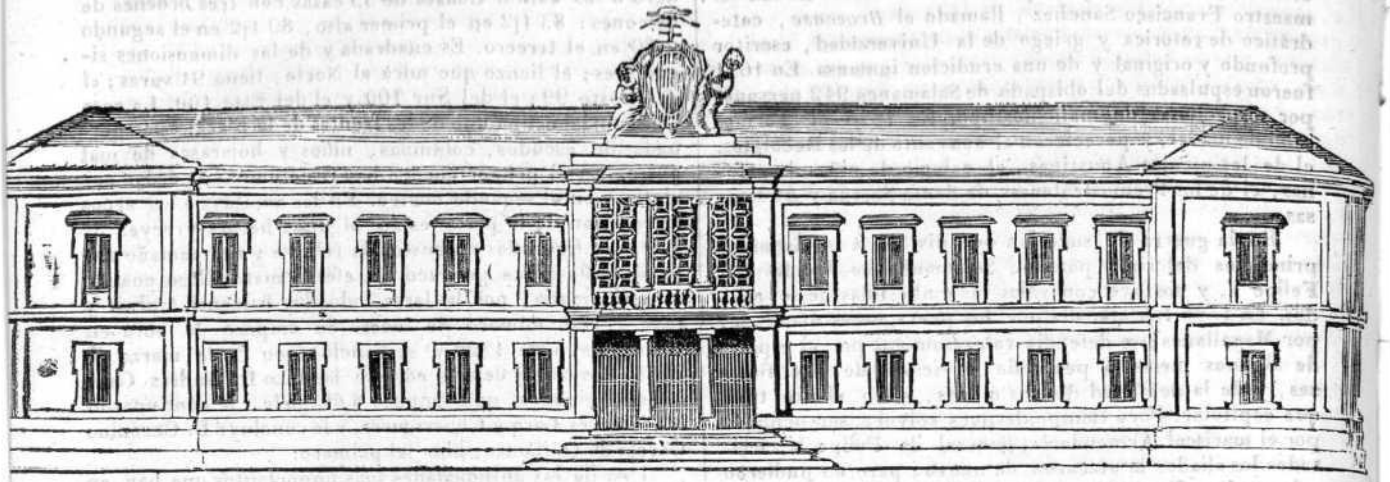
Una de las antigüedades mas importantes que hay en Salamanca, y acaso en toda España, es el magnífico puente que se halla á 250 varas de la puerta del rio. (1) Tiene 27 arcos y 423 varas de largo por 8 3/4 de ancho. Una mitad es de construccion romana, y la otra, reedificada en tiempo de Felipe IV, pertenece á época posterior. Divide las dos mitades una torre en pabellon que hace un muy buen efecto. La obra antigua es de una construccion parecida á la de los puentes de Segovia, Mérida y Alcántara; al principio del puente habia antes una piedra informe que figuraba un toro: monumento antiquísimo que ha arrancado la innovadora ilustracion de estos últimos tiempos. Hay tambien almenas en las acítaras ó antepechos, que debe ser añadidura de época no tan remota como la que la tradicion asigna á esta portentosa obra. Es opinion bastante recibida que fue hecha por Hércules, y reedificada por el emperador Trajano cuando compuso el camino de la Plata, que vá de Salamanca á Mérida; pero es mas probable que la construyera este gran monarca. Cuando se recompuso el puente en 1767, debajo de una losa se encontró encerrada en una caja una medalla de platina, que por una parte tenía la figura de un Hércules con la clava en la mano izquierda, y apoyada la derecha en un pilar. D. Mariano Tejerizo halló otra igual de cobre. Tal vez Trajano haria á Hércules deidad tutelar de esta obra.

(Se concluirá en el número próximo.)

SANTIAGO DIEGO MADRAZO.

(1) Véase el grabado que vá al frente de este número.

(1) Véase el grabado que se dió en el Semanario anterior.



EL HOSPITAL DE LOCOS EN TOLEDO

(Vulgo *el Nuncio.* (1).

Dignos son por cierto de memoria eterna aquellos hombres benéficos, y verdaderamente amantes de la humanidad, que procuraron por todos los medios posibles dulcificar y hacer menos sensibles los males, pribaciones y enfermedades de toda especie á que estan sujetos cuantos habitan en la superficie del globo, y que con el sacrificio de sus rentas, y aun de las casas de su morada, patrimonio de su abolengo, levantaron y erigieron un sinnúmero de fundaciones á cual mas provechosas.

Entre todos los de esa clase, ningunos de tan honrosa mencion como aquellos que tratan, y es su instituto, remediar al hombre en su situacion mas deplorable, y cuando privado del juicio que le ennoblece y distingue de los brutos, se coloca en nivel aun mas inferior que aquellos. ¡Desgraciada posicion! cuyos lastimosos efectos no pueden menos de arrancar dolorosas sensaciones al que recorre con detenimiento los espaciosos claustros y galerías del suntuoso hospital de dementes, que se encuentra en Toledo, cuya vista va al frente de este artículo, y cuya descripcion ocupará su contenido.

Fundó en sus principios vá utilísima hospitalidad por los años de 1483 D. Francisco Ortiz, nuncio apostólico del papa Sixto IV. Para la ereccion de este hospital de dementes alcanzó el fundador facultad apostólica por bula de Sixto IV expedida en Roma en 23 de marzo de 1483, por la que se conceden muchas gracias y privilegios á ese hospital, y posteriormente Julio II dió otra bula ejecutoria sobre lo mismo, nombrando por jueces para llevarlo á efecto al Abad de San Bernardo, prior de la Sisla, y Arcediano de Toledo, su data á 23 de junio de 1505, y en su cumplimiento, en el citado año, se hizo la bendicion del hospital, y cementerio por el reverendísimo D. Juan Quemada, obispo de Mitria, con licencia, y siendo Arzobispo de Toledo el gran Cardenal Mendoza.

Comenzó por ese tiempo la hospitalidad y cura de los dementes en las propias casas de la morada del fundador Ortiz que son las mismas que hoy en Toledo llaman del *nuncio viejo*, é hizo unas constituciones, por las que fijó en 33 el número de pobres que se habian de admitir, y ademas de los dementes quiso se curasen y sostuviesen en ese establecimiento algunos espósitos; mas luego que se llevó á cabo el gran hospital, que á ese efecto fundó el Cardenal Mendoza, determinó que en lugar de los espósitos, se sustituyesen 12 ancianos, que habiendo gozado conveniencias, hubiesen posteriormente llegado á pobreza, á los que llamaban *donados*, cuya hospitalidad cesó hace mucho tiempo por falta de rentas, manteniendo la casa al presente uno tan solo de aquellos, que hace de portero, para conservar la memoria de la primitiva fundacion.

Pasados algunos años, el mismo D. Francisco Ortiz con acuerdo del Cabildo de la iglesia de Toledo, á quien dejó por patron, perpetuo y soberano administrador de la memoria, hizo nuevas constituciones en 3 de junio de 1508, otorgadas ante el notario Juan de las Cuebas, y por ellas, despues de fijar con base sólida las rentas y gobierno de la memoria, añadió al Patronato al ayuntamiento de Toledo, y al pariente suyo mas cercano elegido por el Cabildo, y en junio de este mismo año falleció el fundador, cuyos restos, con los de sus padres, yacen sepultados en la capilla del nuevo hospital, trasladados del antiguo.

A pesar de lo útil y aun necesario de este establecimiento, el sábio D. Juan de Vergara, que á mediados del siglo XVI escribia la historia de Toledo que corre bajo el nombre de Alcozer, se quejaba, y estrañaba el que, á pesar de la utilidad de esta institucion, ninguno hasta su tiempo la habia acrecentado con rentas; habiéndolo hecho con otras obras pias no tan beneficiosas á la humanidad; y penetrado de esos sentimientos el ilustrado canónigo cuando falleció, que fue por el año 1557, mandó en su testamento toda su hacienda á ese hospital. Lo propio hizo en el siglo siguiente el racionero Alfonso Martinez, que por espacio de 40 años ejerció con los pobres

(1) Vulgarmente se llama así este establecimiento por haber sido su fundador Nuncio del Papa.

dementes (siendo director del hospital) los actos de la caridad mas acendrada.

En este estado encontró la memoria en nuestros dias el siempre memorable cardenal de *Lorenzana*, arzobispo que fue de Toledo, y advirtiendo lo mezquino del local donde se ejercia la hospitalidad, determinó con sus grandiosas miras el construir á sus espensas un hospital suntuoso para los dementes, llevando por objeto la salubridad y al propio tiempo la conveniencia de los desgraciados que le habian de habitar. Hizo á ese fin los planes para el edificio el arquitecto y académico de mérito D. Ignacio Haam, y elegido terreno y compradas las casas necesarias se puso la primera piedra en 12 de junio de 1790. Tres años fueron suficientes para su conclusion, habiendo gastado aquel prelado en su fábrica mas de 9 millones de rs., y ya terminada de todo punto, fueron trasladados á ella los dementes en 15 de mayo de 1794.

Este edificio, cuya principal fachada es la que va al frente de este artículo, es de lo mejor construido, y reune las circunstancias de solidez, comodidad y belleza de tal modo, que es la admiracion de los extranjeros, que han confesado ser en su clase uno de los mas bellos y bien pensados que han visto, despues de recorrida toda Europa.

Su planta es un cuadrilongo de 230 pies de longitud por 220 de latitud. Sus cuatro muros son de piedra labrada en los ángulos, zócalo y cornisamento, y todo el entrepaño es de ladrillo encarnado y raspado que hace la mejor vista. Consta de 2 cuerpos, sin contar los sótanos y demas piezas subterráneas, con sus órdenes de ventanas, adornadas con elegantes y bien trabajados frontispicios.

La fachada principal es imponente: la constituyen 2 cuerpos de arquitectura; el primero de 4 columnas y pilastras dóricas, pareadas y superiores á estas otras de orden jónico, campeando entre sus pedestales una balaustrada de piedra de Colmenar, y termina en una como gradería donde sientan las armas del cardenal, sostenidas por dos robustos mancebos, grupo que en la misma clase de piedra fue trabajado por D. Mariano Salbatierra. En el friso de la cornisa intermedia se lee con grandes letras doradas esta inscripcion latina:

»*Mentis integrè sanitati procurandae*
»*aedes sapienti consilio constitutae. Anno domini* 1793.

La fachada opuesta del norte ofrece tambien una elegante perspectiva por el juego que hacen las ventanas de todo el edificio, y los arcos y rejas, abrazadas por pilastras dóricas, formando el mejor compartimiento.

La entrada presenta un espacioso atrio, sostenido por cuatro columnas dóricas, y un gran tramo de escalera en el centro que en su remanso se divide en cinco brazos ó ramales, tres al frente y dos á la parte opuesta, sosteniéndose su gran caja en cuatro columnas jónicas; lo que hace que, sacando la del Alcázar, no haya mejor escalera en Toledo.

Lo demas del edificio corresponde en su solidez y cómoda distribucion á lo ya descrito. Consta de cuatro patios, cada uno de doce arcos en cada piso, que divide una imposta, y sencillamente adornados. Dos de estos patios son correspondientes á las habitaciones de los capellanes y los restantes al departamento de los dementes, los cuales están cojidos con rejas para mayor seguridad, sirviendo uno para las mujeres y otro para los hombres. Todo al rededor de las galerías estan situados los dormitorios ó jaulas, que son unos pequeños aposentos, en cuanto cabe la cama y una silla. Al lado derecho por dentro tienen su retrete, y por fuera corresponde una puertecilla con su cerrojo, y encima otra proporcionada para darles la comida, cuando estan furiosos. Los dormitorios de las galerías altas son mas espaciosos.

Tienen ademas dos grandes piezas donde se reunen, con un fogon ó chimenea cercada de un enrrejado que sirve para que, sin riesgo, puedan calentarse en el invierno. Comen en otra pieza grande, que llaman refectorio, y pueden espaciarse en unas hermosas galerías con vista al campo, situadas en la fachada del norte.

La capilla, dedicada á la Visitacion de nuestra Señora, cae en el centro de los cuatro patios. Es de figura obal, y por defuera sobresale circular con una cúpula resguardada con planchas de plomo. Su interior está muy adornado, guardando el óden corintio, con pilastras al rededor, cornisamento, festones y otros adornos elegantemente distribuidos. A un lado y á otro de esta capilla, correspondiendo á los patios, estan dos arcos abiertos en los muros y cerrados con balaustrada, detras de los cuales pueden oir misa, si quieren, los dementes de uno y otro séxo. Lo demas del edificio está cómodamente arreglado, y dispuesto para habitaciones de los dependientes y demas objetos necesarios, con prontas comunicaciones, que facilitan las escaleras escusadas, distribuidas con el mejor acierto y economía.

La direccion de este establecimiento ha estado á cargo del Cabildo hasta el año 1837, y desde entonces corre por cuenta de la junta de beneficencia. Sus rentas bastaban antes, y aun sobraban, para sostener los pobres dementes que contenia la casa; pues los hay tambien que pagan su manutencion. En el dia por efecto de las circunstancias se encuentra esta hospitalidad en la mayor miseria, no llegando, ni con mucho, sus rentas á sufragar los gastos; aunque reducidos á la menor espresion. Estos, segun el presupuesto aprobado por la junta para el año pasado de 1839, estaban contenidos en la manutencion de 19 pobres dementes, á quienes se les dá diariamente media onza de chocolate, ocho id. de carne, una de tocino, dos de garbanzos, veinte de pan y 12 mrs. diarios para verduras. aceite, etc. Ademas el vestuario interior y esterior, cama y labado de ropa, lo cual unido á otros gastos indispensables, y á diferentes cargas de justicia que tiene contra sí el establecimiento, no llega su total importe á 60000 rs., y las rentas del hospital, segun el citado presupuesto, no ascendieron á mas de 15.110 rs. y 19 mrs. vn.; resultando por consecuencia un deficit considerable, que le ha causado la falta de muchas rentas, entre las que se numeraban cerca de 40.000 rs. en diezmos, que percibia este hospital de la mitra de Tortosa y de préstamos y beneficios.

A pesar de todo, por los desvelos de la junta de beneficencia se conserva la hospitalidad y se dá un trato regular á los infelices dementes; sosteniéndose de estos al presente quince entre mujeres y hombres, y hay ademas nueve pensionistas que pagan su asistencia cada cual segun su posibilidad.

Para el servicio del hospital hay los siguientes empleados: un rector que es eclesiástico, un donado que hace de portero, dos enfermeros para los hombres, y dos enfermeras para las mujeres, una cocinera, una ayudanta, sacritan y dispensero, médico, cirujano y dos barberos.

Esta escasez de rentas que queda ya demostrada, ha sido la causa de que en este hospital no se haya procedido á la cura de esta enfermedad en lo relativo á los pobres, y sí solo se tienda á la conservacion de aquellos desgraciados, prolongando su existencia y evitando por todos los medios posibles el que puedan atentar contra sí mismos, ó hacerse algun daño en su cuerpo si son acaso furiosos, lo cual se consigue sujetándolos con cintos, es-

posas ó grillos, el tiempo que duren aquellos conatos á la propia destruccion.

Si caen malos de enfermedad mortal, son asistidos con esmero hasta su último suspiro, y algunos han recobrado su razon perdida en aquel trance, y recibido los consuelos de la religion. La mayor parte no sanan, ni se les conoce mejoria ni adelanto alguno; antes por el contrario el roce y trato continuo que tienen mútuamente unos con otros es causa de acabar de perturbar su entendimiento, y completar una demencia que quizá en un principio no fue mas que una manía tolerable. Esto se advierte á las claras en los enfermos que llevan en este local algunos años; no puede hallárseles alguna manía seguida, ni coherencia de palabras, en lo relativo á ella, y sí solo no se oyen de sus bocas mas que un cúmulo de desatinos y vaciedades profiriendo á veces la idea ó manía primordial, que fue quizá causa de su desgracia. Víctimas acaso los mas de alguna intriga ó meditada persecucion, algunos pasan sus dias en continuas quejas y súplicas; creen tener á la vista el objeto odioso causa de su ruina; se enfurecen y tiemblan luego en seguida, esperando un castigo que nunca llega, y que cada vez se les figura mas horrible. La sospecha de un atroz delito, el miedo de la pena y de la infamia es capaz de pervertir el uso de la razon á un genio pusilánime, y mucho mas si en su cerebro se encuentran algunas disposiciones. No hay pasion vehemente que no pueda causar tal estrago; pero mejor que todas el susto ó destemplada ira, porque son mas violentas y afectan mas de lleno á la imaginativa; y si aun queda alguna chispa de razon, despues de llevados á cabo tan lastimosos efectos, está tan oculta que es difícil y solo obra de mucho ingenio, ó de una casualidad el acertar con ella. Algunos ejemplares de estos se han conocido en este establecimiento, pero son muy raros, y en los mas la razon completamente apagada nunca por mas que se sople, puede producir el mas leve resplandor.

Temblemos á la vista de un estado tan deplorable al que facilmente podremos ser conducidos por causas imprevistas, sin fiarse en la completa sanidad, y despejado talento, pues en los de esta clase se ven mayores estragos, asi como un golpe daña menos la máquina de un reloj sencillo que la fuerte y complicada de una repeticion preciosa.

N. Magan.

LA TORRE DE BEN-ABIL.

NOVELA.

(Conclusion. Véanse los números anteriores.)

V.

LA PLAZA DEL ZARZAIN.

Mas que medianamente concurrido se hallaba aquella mañana el mercado. En un estremo de la poblacion se estendia una ancha plaza llamada el Zarzain, rodeada de graneros y almacenes, sitio público, mercado ó feria, lleno siempre de curiosos, ruidoso siempre, frecuentado por todos los moros agricultores de las cercanías. Recostados en mantas rojas que les servian de tapices, envueltos en sus albornoces rayados, aguardaban indolentes la llegada de los compradores. A la derecha solo se veian frutas y granos: los limones, las naranjas, los afamados albérchigos de la sierra estaban amontonados junto á los montes de dorado trigo, y entre las anchas mazorcas de maiz. Sobre la izquierda, en un terreno arenoso y llano, paseaban los chalanes sus caballos berberiscos y cordobeses cubiertos de flecos de seda, para escitar la codicia de los castellanos, poco acostumbrados á manejar tan hermosos animales. Asi es que frecuentemente rodaban por el suelo los soldados de Castilla, sin poder enfrenar la furia de sus indómitos bridones, mientras pasaban los ágiles moros dominando con una cinta sus fogosos corceles, entre corbetas y saltos, ó piafando ante los corros del pueblo apiñado que aplaudia su destreza y habilidad. Mas abajo en un rincon de la plaza, bajo tiendas de pintada lona, se situaban los mercaderes que esponian á la vista del público los ricos chales, los tapices de Persia, los albornoces de Sevilla, y los bien templados alfanjes de Damasco.

Todo era movimiento y vida en el poblado recinto: el relincho de los caballos, los aplausos de los curiosos, el vocerío de los vendedores se confundian con ecos discordantes y estrepitosos. Pero para un observador atento y desocupado revelaba aquella plaza secretos y misterios que solo la indiscrecion ó el tiempo podian descubrir. Siete ú ocho sarracenos pasaban como distraidos entre los bulliciosos grupos, hablando en voz baja, repitiendo siempre unas palabras convenidas que tan bien pudieran ser una señal como parecer un aviso. Y con grande hospitalidad los acogian, porque apenas los habian escuchado, cuando todas las frentes se desarrugaban, y los gritos y la jácara comenzaban con mas fuerza, fuese para saludar su venida, ó para disimular su llegada.

Dos castellanos paseaban á lo largo la plaza, y eran el objeto de la atencion general. El uno era Rodrigo Diaz Ponce, adelantado de la frontera: despues de la muerte de su padre, nadie le disputaba esta preeminencia: su grado en la milicia, su valor en las batallas y sobre todo sus desgracias recientes le atraian el homenage de sus honrados y leales compañeros. A su lado estaba Gonzalo de Vargas, jóven guerrero lleno de orgullo, de pasiones fogosas y vehementes, pero valiente en los combates, sereno como nadie en los peligros.

En esta turba de miserab'es esclavos, decia á este tiempo á Rodrigo, hay una alegría inusitada que me sorprende: este pueblo tan feroz, tan uraño se divierte hoy con cualquier cosa. Por vida mia, ó celebran nuestra derrota de la sierra, ó encubren algun proyecto hostil bajo su disimulada algazara.

—No creas, replicó Rodrigo, que estas envilecidas criaturas se lamenten de su opresion: acostumbradas á obedecer nos temen y no piensan en levantarse: si hubiera habido en estas almas una centella de valor hubieran luchado ya como sus hermanos de las campiñas: pero son cobardes, y nos sufrirán siempre como nos han sufrido hasta aqui. Pero ahora, dime ¿has cumplido lo que ofreciste? ¿Tenemos ya los vestidos que nos faltan para nuestra atrevida espedicion? Si el moro llevó los albornoces y los turbantes, esta misma noche podremos salir, y mañana, mañana estará mi padre vengado, consagrada á Dios mi hermana profanada, ó mi cadáver servirá de alimento á los cuervos de los campos: qué importa la muerte si lavamos la mancha que nos cubre, si conseguimos antes de morir la venganza que anhelamos?

—Todo está dispuesto, replicó el guerrero: pero

marchemos pronto: no sé porqué, pero mi corazon me dice que antes de poco ha de ser necesaria aqui nuestra presencia.

Ambos abandonaron la plaza, y se perdieron entre los oscuros arcos que á la calle del Algarbe conducían. Entonces los corrillos se agruparon: algunas palabras de Muza escitaron las aclamaciones de la muchedumbre, y todo quedó en un silencio profundo, interrumpido luego por la ronca voz de los vendedores del mercado.

VI.

LA VENGANZA Y EL COMBATE.

Iba á salir el sol; sus rayos primeros iluminaban las crestas de la sierra: en el castillo de Aben-Gazan todo está en movimiento ya: los ginetes contienen la impaciencia de sus briosos caballos que arañan la tierra aguardando la hora de marchar: el jeque en un aposento dá las órdenes á sus servidores.

— «Que avisen á Ibrahim;» — un esclavo salió, y á pocos instantes volvió con un moro alto y de resuelta fisonomía.

«Tú conoces los desfiladeros de las montañas, y has mandado nuestros escuadrones en muchos combates: reune toda la tropa disponible, y marcha sobre la ciudad: cuando el sol lance á plomo sus rayos de fuego, has de estar á la vista de las murallas. Antes te alcanzaré yo, pero sino llegase á tiempo, no te detengas: pon atento oido, y escucha: un clarin sonará dentro de la ciudad: ataca entonces cualquier puerta; antes que todo es salvar á nuestros hermanos que se levantan dentro de Jerez por la causa comun: y si por una fatalidad no permitiese el profeta que esté reunido contigo, si fuesen cortas tus fuerzas para apoderarte de la ciudad, resiste al menos hasta mi llegada: salva á nuestros hermanos, te repito: yo aguardo aqui á los jeques de Occidente: Giaffar ha ido en su busca: dentro de poco nos uniremos, Ibrahin, y arrojaremos para siempre al cristiano de la ciudad sagrada.»

El moro se retiró, y á pocos momentos se oyó el ruido de los caballos en el patio: otro instante.... y los escuadrones sarracenos se perdian á lo lejos entre una nube de polvo.

Solo quedó Aben-Gazan: sus pasos impacientes median la sala; sus ojos se volvian á cada momento con inquietud hacia la llanura: nada: silencio y soledad. Si no viniesen: pensaba tristemente el moro: dirian... oh! poco me importa lo que dijeran... pero la esclavitud de mi patria, el suplicio de mis hermanos.... tamaña empresa fallida.... este pensamiento es por sí solo bastante á hacerme morir.

Oh! no me abandones! murmuró trémula y doliente una voz á su lado. Aben-Gazan volvió la cabeza: Ines lloraba en un almohadon, y volvia hácia él su mirada suplicante.

El moro se estremeció al escuchar los ecos de aquella voz querida: por un instante le abandonó su resolucion, pero recobrada su firmeza, se acercó á consolar á su amante. Te lo he dicho, exclamó con tono cariñoso: mi ausencia será corta, y es la última: lo oyes? es la última: mañana habré cumplido mi deber y mis promesas: mañana vuelvo á tu lado para no separarme mas: tú decidirás entonces de mi suerte: desde mañana no tengo patria, no tengo ley, solo tengo amor.

Aben-Gazan cogió la mano de Inés y la llevó respetuosamente á su labio: la cortina se levantó de repente, y dos moros cubiertos de albornoces blancos se presentaron repentinamente á su vista.

¿A qué venis aquí, exclamó colérico el jeque sarraceno: perros! os atreveis á parecer ante vuestro señor, sin prevenirlo? En mis patios esperan los que quieren hablarme: en esta sala se entra sin mi permiso, pero solo para dejar la cabeza.

— No venimos á interrumpir tus dulces coloquios, Aben-Gazan, pero tenemos que hablar, y el tiempo vuela. — Goza en el seno de esa infame cristiana que robaste, traidor, á sus padres, pero ven. En cuanto á tí, Inés Diaz Ponce, renegada de tu fé, infiel á tu patria, ingrata á tu familia, estrecha entre tus brazos al enemigo de tu Dios, y al besar su mano, deleítate en tu júbilo, porque esa mano está manchada con la sangre de tu padre degollado en Gibalbin.

«Perro! vas á morir: exclamó frenético de furia Aben-Gazan.

— Al fin nos encontramos.» — Respondió el encubierto moro: tengo sed de tu sangre, y voy á beberla. Su albornoz cayó de repente á sus pies: su mano arrojó el turbante, y ante los atónitos ojos del jeque y de su amante temerosa apareció fria y severa la figura de Rodrigo. Armado de punta en blanco, cubierta la cimera con enlutado crespon, al lado de Gonzalo de Vargas, parecia que sus miradas de fuego caian sobre sus enemigos para anonadarlos. Ven, valiente jeque, ven. Tus hermanos quedan en la sierra: ¿serás tan atrevido solo como insolente en su compañía?

Aben Gazan sacó su dorada cimitarra: los dos cristianos estaban preparados ya.

¿Donde están tus esclavos? preguntó friamente Rodrigo? Estás solo: ya lo veo: los guerreros castellanos no acostumbran á combatir sino cuerpo á cuerpo, uno á uno. Gonzalo, retírate: ya sabes el paso de la sierra: aquí quedo yo: guárdame en la ciudad; no me oyes? retírate.

Con alguna repugnancia se conformaba á tan terrible mandato el valiente guerrero: al fin salió amenazando y maldiciendo: el galope de su caballo se escuchó á los lejos entre las estensas alamedas.

— «Ay de tí! perro sarraceno! Castilla y Santiago! exclamó el adelantado de la frontera y se arrojó impetuosamente sobre el moro: apenas podia este parar los golpes terribles del frenético cristiano. «Oh! deteneos! exclamó Inés, y acudió á separar á los combatientes. — «Retírate! vete al lado del infiel, dijo Rodrigo: Inés cayó: la espada de su hermano habia atravesado su seno: su sangre salpicó las ropas de su amante.

«Asesino» — exclamó con ronco acento el moro: los aceros volvieron á cruzarse, el castellano mejor armado, mas fuerte, luchaba con ventaja en la reducida sala donde no podia desplegar el sarraceno su agilidad y destreza: la espada del cristiano cayó al fin como una maza sobre su frente, hendiendo el turbante y haciéndolo arrodillar con la violencia del golpe: allí combatia el sarraceno: lleno de furia disputaba la víctoria á su adversario; pero la sangre que caia en anchas gotas de su abierta cabeza inundaba su semblante y cegaba sus ojos. — Iba á caer, pero antes de morir recogió sus fuerzas: su alfanje tocó la cara del cristiano, pero su desmayado brazo no pudo dar violencia al golpe: cayó el sarraceno, y su cabeza fue á reposar en el seno de la moribundo Inés.

Rodrigo contempló durante un momento este espectáculo doloroso: una lágrima se asomó á sus párpados; pero este momento de flaqueza pasó como una nube: sacando de su cintura la afilada daga, se acercó al cadáver palpitante del moro: la cabeza quedó separada del tronco, goteando sobre el esmaltado pavimento. — Rodrigo apartó con el pie el cuerpo de su profanada hermana, y exalando un angustioso suspiro bajó al desierto patio del

castillo. El caballo berberisco del jeque estaba atado á un poste, ricamente enjaezado, aguardando á su Señor.

El precipitado galope de muchos bridones se oia á lo lejos: el ruido se acercaba cada vez mas: al fin el castellano divisó entre una nube de polvo los escuadrones sarracenos: á su frente venia Giaffar.

Rodrigo entonces monta en el soberbio berberisco que relincha de impaciencia; coloca en el arzon de la silla la cabeza de Aben Gazan envuelta en un paño blanco: pero el cristiano ha sido visto: Giaffar se lanza á escape detrás de el seguido de un enjambre de moros: el castellano se inclina sobre el caballo que vuela como un águila por las arenosas alamedas: el arroyo del sepulcro está á la vista; Rodrigo suelta las riendas, y el generoso bridon se lanza á la otra margen dejando á los moros llenos de furia impotente.

Y siguió, y siguió el cristiano hasta divisar las agujas de Jerez: un estrépito, un vocerío á que no estaban acostumbrados sus oidos vino á sorprenderlo de repente: los clarines sonaban; rechinaban las armas. —«Paso, perros! exclamó Rodrigo al llegar á la puerta de Gulhamar.—Muza y Almanzor estaban allí.—Muere, exclamó el primero, hijo de infieles, verdugo de los buenos: diez lanzas tocaron á la par el pecho del cristiano: la sangre corrió á torrentes por las junturas de la coraza.

Tomad.» —Exclamó al caer y arrojó la cabeza de Aben-Gazan á los pies de los moros: la palabra espiró en sus labios: Rodrigo Ponce no existia.—Los sarracenos habian sacudido el yugo de sus conquistadores.

C. B.

POESIA.

LOS ASTROS Y LA NOCHE.

Romped las nieblas que ocultando el cielo
Corren los aires en flotante giro,
Y derramad sobre el dormido suelo
Vuestros lucientes rayos de zafiro.

Lucid! lucid! el ánima afligida
Siente sed de ilusion, sed de esperanza,
Ya que preside á mi angustiosa vida
Negro fantasma de eternal venganza.

Ay! yo no sé de mi: no me comprendo:
Ardiente el alma en su ambicion desea
Otros fatales goces que no entiendo,
Que cruzan como sombras por mi idea!

Vil juguete tal vez de la fortuna,
Siempre cansado y solitario vago,
Cual cisne que por lóbrega laguna
Trocó las aguas del nativo lago.

¡Quién me volviera las fugaces horas,
Ay! tan fugaces cuanto fueron bellas,
Cuando en las playas de la mar sonoras
Contemplaba la luz de las estrellas!

Solo el rugir del piélago escuchando,
Embriagado en la atmósfera marina,
Volaba el pensamiento, arrebatando
El alma ardiente á la region divina.

De la fé sobre el ala sostenido,
Cruzaba por la bóveda ondeante,
En la sublime inmensidad mecido,
Navegando entre globos de diamante.

Y siempre, y siempre me humillé postrado
Ante las puertas del eterno imperio;
Y nunca pude penetrar osado
De esa esfera clarísima el misterio.

¿Sois las mansiones en que aguarda el alma,
Libre ya de esta mísera existencia,
A recibir, en espiatoria calma,
Esa que implora angelical esencia?

¿Sois tal vez los magníficos palacios,
Trono inmortal de fúlgidos querubes,
Cortando en su carrera los espacios,
Rompiendo escollos de doradas nubes?

¿Sois los fanales que en su vago vuelo
Guiarán al hombre en las etéreas salas,
Cuando triunfante y justo alcance el cielo,
De la oracion sobre las blancas alas?

Cuando estasiado en lánguida tristura
Llega á mis ojos vuestra luz serena,
Quiébranse mis recuerdos de amargura,
Cual la espuma del mar sobre la arena.

No sé que acentos de entusiasmo y gloria,
Blancos fantasmas que en silencio giran,
Despiertan al pasar en mi memoria
Con las mágicas voces que suspiran.

Mi existencia está aquí: yo tengo un alma
Que no abate contraria la fortuna;
Capaz de hallar, como Endimion, la calma
En los trémulos rayos de la luna.

El sol! el sol magnífico, luciente
Me agovia con el peso de su lumbre:
Oh! nunca llegue el astro del Oriente
A traspasar del monte la alta cumbre!

Quede en las nubes de su triste ocaso,
El eje ardiente de su carro roto,
O arrastre triste el moribundo paso
Por otro suelo frígido y remoto.

Su luz pesada como el plomo oprime:
Yo no quiero su luz; amo la sombra,
Que este retiro lóbrego, sublime,
Ni espanta el alma, ni la mente asombra.

Bajo las ramas del ciprés doliente,
En mi pereza muelle descansado,
Dejo el triste vaiven de lo presente,
Busco el grato solaz de lo pasado.

Bellas venis, visiones de placeres,
Gratos recuerdos, sombras amorosas;
Bellas venís, dulcísimas mujeres,
Verdes praderas, flores olorosas.

Con el nocturno zéfiro os respiro;
De las estrellas con la luz os veo;
Y con sed ardentísima os aspiro,
Con pasion vehementísima os deseo.

Mas no: volad, espíritus amantes;
Respetad, ay! de un mísero la calma:
Pasareis caprichosos, inconstantes,
Y luego inquieta dejareis mi alma.

Solo en vosotros fijaré mis ojos,
Astros brillantes, admirables faros,
Que en la triste ansiedad de mis enojos
Solo me queda fé para adoraros.

Derramad blanda luz sobre mi frente;
Y cuando el aire se colore en grana,
Viéndoos morir sobre el purpúreo Oriente
Me hallará solitario la mañana.

SALVADOR BERMUDEZ DE CASTRO.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.

ESPAÑA PINTORESCA.



EL TEMPLO DEL PILAR EN ZARAGOZA.

Entre los muchos monumentos artísticos que á cada paso ofrece nuestra patria ocupa un lugar muy distinguido el tempo metropolitano de nuestra señora del Pilar de Zaragoza, ya por la magnificencia y suntuosidad, como por la causa maravillosa que dió orígen á su fundacion, y por ser el primero de la ley de gracia en todo el orbe católico.

Es tradicion constante, recibida y contestada no solo en Aragon y en España, sino tambien en toda Europa y aun fuera de ella, que en el año 40 de Cristo, imperando en Roma Cayo Calígula, cuando el apóstol Santiago el mayor estaba predicando el Evangelio en la ciudad de Zaragoza, á tiempo que oraba con sus discípulos á las riberas del Ebro, á la media noche del dia dos de enero, se le apareció la madre de Dios, viviendo aun en carne mortal, acompañada de coros de ángeles que traian su imagen y una columna de jaspe, y que mandó al santo apóstol que en aquel lugar edificase y dedicase á Dios á honor suyo una capilla colocando aquella sagrada efigie sobre la columna, prometiéndole su proteccion para toda la ciudad y para toda España, y la perpetua duracion de la fé católica; y que al momento Santiago, ayudado de sus discípulos, erigió una pequeña capilla de ocho pasos de ancha y diez y seis de larga en la que colocó el santo simulacro sobre la columna.

Esta reducida capilla fue sufriendo en lo sucesivo varios reparos y mayor estension: en el año 1435 fue necesario repararla por haberse incendiado parte de ella, lo que se hizo habiendo dado para los gastos de su reparacion cincuenta florines y cincuenta escudos de oro la reina Doña Blanca de Navarra: en el año de 1686 se determinó derribar toda la capilla para erigir en su lugar el nuevo tabernáculo, eligiéndose los planes y diseños del pintor Don Francisco Herrera, caballero del hábito de Santiago. El serenísimo príncipe D. Juan de Austria libro 4200 pesos para abrir las zanjas, y concedió por diez años á la nueva fábrica las pingues rentas de la encomienda de Alcañiz del orden de Calatrava, cuya gracia prorogó por otros diez años en el de 1700 en que falleció.

En el año 1717 se determinó igualar el piso de la plaza al nivel de la iglesia, pues se habia edificado en la llanura del rio sin hacer cuenta con la altura de la plaza de la ciudad que era tal que habia que subir dos estados por algunas partes, y se necesitaban muchas gradas para bajar al templo. No sabiendo como proveer á los gastos del desmonte, determinó el arzobispo de Zaragoza animar á la poblacion con su ejemplo y en efecto, el 27 de noviembre de 1717, dia en que se celebraba la fiesta de los desposorios de nuestra Señora, despues de cantadas las vísperas se vieron en la plaza del Pilar el Ilmo. Sr. Don Manuel Perez de Araciel y Rada, arzobispo de Zaragoza, y el cabildo y regidores, formados en dos filas, los cuales comenzaron á desmontar la plaza pasando las espuertas de tierra de mano en mano hasta el rio Ebro. Este ejemplo produjo los efectos deseados, de suerte que desde el dia 26 de noviembre de 1717 hasta el 2 de enero de 1718

(38 dias) se desmontó la plaza, habiéndose sacado doce mil novecientos y sesenta estados de tierra.

La figura que se dió al templo, es la de un paralelogramo rectángulo en longitud de quinientos pies: tiene tres naves espaciosas las cuales estan divididas en siete arcos.

Hallándose el templo del Pilar en estado de poderse erigir la nueva santa capilla se tropezó con una dificultad para su construccion.

Como la sagrada imágen y santa columna no se debia mover del mismo sitio en que la colocó el apóstol Santiago, y como la proximidad del Ebro no ofrecia bastante espacio para plantear el templo Metropolitano que habia de comprender al tabernáculo de modo que pudiera quedar en medio de su frente la santa imágen, era necesario inventar una idea que hiciese propio y misterioso el estar á un lado la imágen de la Virgen.

Muchos y varios fueron los diseños que se inventaron para la nueva capilla, pero ninguno vencia este obtáculo hasta que habiéndose consultado al célebre español Don Ventura Rodriguez, arquitecto del rey D. Fernando VI, académico de la insigne academia de San Lucas de Roma y director de la real de San Fernando, hizo un diseño de gran magnificencia y buen gusto en el que supo vencer el mencionado obstáculo, disponiendo la frente del altar, de manera que en el centro representa la venida de la Virgen cuya figura está en accion de señalar al apóstol Santiago y compañeros convertidos que se representan en el otro altar á su diestra, que en donde está nuestra Señora que es el otro altar á su izquierda, ha de quedar colocada, y se le ha de edificar la santa capilla.

Aprobado este diseño se principiaron los trabajos construyéndose bajo su direccion un tabernáculo de figura elíptica por el interior alzado sobre un prolongado plano que tiene ciento y nueve palmos de diámetro de costado á costado con los macizos, y desde la testera interior donde están los altares hasta su entrada principal solo tiene noventa y nueve y medio, siendo su circunferencia de seiscientos ochenta y seis palmos y su elevacion de ciento treinta y tres.

Los pedestales son de órden toscano, las basas, columnas y capiteles de corintio, y el cornisamento de órden jónico.

Cerrada enteramente en el lado de poniente que ocupan los altares, tiene en los demas tres ingresos principales y seis pequeños en los espacios de los intercolumnios.

Su zócalo es todo de jaspe de Ricla, pueblo de este reino, y los pedestales que se elevan del zócalo para sostener las columnas de piedra de la Puebla de Alborton, tambien pueblo del pais. Sobre ellos cargan las basas de las columnas y pilastras de bronce, de palmo y medio de elevacion adornadas con festones de laurel, y en ellas se sostienen las treinta y cuatro columnas y otras tantas pilastras de veinte y cinco palmos de elevacion que son de jaspe de Tortosa. Los entrepaños y contrapilastras se han labrado de un jaspe muy sólido de Tabuenca. El arquitrave y cornisa de este cuerpo es de piedra de la Puebla y su friso de jaspe de Tortosa.

Para adornar esta soberbia fabrica hasta la cornisa se reparten por su interior y esterior diez y seis puertas, y fijándose sobre las cuatro que tienen los dos costados por defuera, unas cartelas compuestas de diversas piedras; coronan las restantes otras doce medallas de mármol de Carrara con marcos de piedra de la Puebla, de la que tambien se construyeron las jambas, dinteles y cornisas, siendo los fondos de sus vacíos de jaspe verde de Granada.

En los relieves de las medallas se representan los principales misterios de la vida de nuestra Sra., y son obra de Don Manuel Alvara y D. Cárlos Salas, y en los de las puertas, que son de bruñido nogal, varios geroglíficos obra de D. José Ramirez.

En la testera interior del tabernáculo estan colocados los tres altares de que ya hemos hecho mencion, siendo obra de D. José Ramirez las figuras del altar del centro y del de la derecha, que son de mármol.

El nicho de la Vírgen del Pilar está cubierto de cristales, y tachonado de brillantes estrellas su fondo que imita al lapisazuli. Dá magestad y belleza á este adorno un resplandor de plata guarnecido de pedrería que circuye la imagen, y sobre él hay un dosel de plata cuyo remate es un ángel con la espada en la diestra.

La imágen es de madera de cedro al parecer; tiene dos palmos de alta, su rostro es muy gracioso y modesto, y el color algo moreno. Tiene un niño desnudo en sus brazos el cual sujeta en la mano izquierda un pajarillo, y estiende el brazo derecho por el pecho de la Vírgen cuyo manto tiene asido. La Vírgen lleva una corona en la cabeza, su ropage es de talla labrada que la cubre hasta la garganta en que está cerrado con unos botoncillos. Este ropage está ceñido con una correa, y la llega hasta los pies, descubriendo los zapatos que son muy agudos de punta. El manto baja desde los hombros hasta los pies, igualándose con el ropaje ó túnica dicha. El pilar en que está colocada es de jaspe; tiene dos varas de alto, y está cubierto con una capa de bronce muy bien labrada; pero por la parte de afuera adonde se llega á adorarle está descubierto un espacio orbicular poco mayor que la palma de la mano.

El ara de la santa imágen la rodea una barandilla de cuatro mil onzas de plata, y por delante del presbiterio de los tres altares, guardando para memoria la distancia de los diez y seis pasos de longitud y ocho de latitud de la primitiva capilla, corre otra barandilla, cuya basa y cornisa son de piedra de la Puebla, y sus pilastras de jaspe de Tortosa, embutidas en sus vaciados de planchas de plata. Encima de la cornisa hay fijados muchos candeleros, y en las principales festividades se sobreponen unas azucenas felizmente imitadas que la adornan sobremanera, siendo el peso de la plata de todo esto diez y seis mil onzas. Su coste fue veinte y cinco mil pesos, y su artífice D. Domingo Estrada, natural de esta ciudad.

Fuera de la capilla y á espaldas del altar del centro, hay una gran medalla ejecutada por D. Cárlos Salas que representa la Asuncion, y asi dentro como fuera del santuario se admiran diferentes medallas, estátuas y adornos trabajados en bellos mármoles y estucos por los citados Ramirez, Salas, D. Manuel Alvarez y los escultores Don Juan de Leon y D. Leon Lozano, siendo de admirar particularmente las estátuas de S. Gerónimo, S. Isidoro, S. Braulio, S. Julian, S. Beato de Liebana, S. Beda, S. Antonino de Florencia, y Santo Tomás de Villanueva.

En la cúpula y su linterna están pintados al fresco por D. Antonio Gonzalez Velazquez, pintor de cámara de S. M., la venida de nuestra Sra. y la primitiva capilla en el acto de estarla fabricando el apóstol Santiago: Don Francisco Bayen pintó cuatro bóvedas, su hermano Ramon tres cúpulas menores que la principal, y otra Don Francisco Goya, que tambien pintó la bóveda del coro de la capilla.

El pavimento de la capilla es de jaspes y mármoles finos de Italia, y se delinea en él, con varios embutidos, la misma planta del tabernáculo.

El todo de la capilla presenta un hermoso templete aislado y formado bajo la gran cúpula principal del templo.

En frente de la entrada principal del tabernáculo y á proporcionada distancia, está hácia el Oriente el coro, que es una capilla de fondo de 44 palmos y su anchura de 84. En sus dos costados, sobre cuatro columnas de mármol negro con vasas y capiteles de jaspe, descansan dos tribunas para los músicos. Consta de dos órdenes de sillería primorosamente labrados, siendo su materia ébano y caoba, y tiene dos órganos.

Pero lo que hay que admirar sobremanera es el coro principal de esta iglesia, el cual consta de tres órdenes de sillas, cuyo número asciende á 115, todas de roble de Flandes: hiciéronse el año 1546 por Juan Moreto Florentino, Nicolás de Lobato, y Esteban de Obray, maestros mazoneros, quienes lo ajustaron en 62000 sueldos.

En los respaldares de las sillas del primer órden por la mano derecha contando desde la silla del presidente, se representan en bajos relieves la vida de N. S., y por la izquierda la de la Vírgen. En línea particular se vé su jornada desde Jerusalen á Zaragoza, y la fundacion de la capilla. Las rejas del coro son de bronce doradas y quebradas á trechos con varias cifras y ligaduras de gran primor: hízolas Tomás Celma por 23000 sueldos, y las acabó en cinco años. La cornisa que lo remata está hecha con sus frisos y alquitraves, y sobre ella se ven varias estátuas. Hízose el año 1577. Unida al rejado está la barandilla donde salen los canónigos á oir los sermones. Todo él está fundado sobre una muy rica tarasca de jaspes, mármoles blancos y negros á óbalos, cuartetes, lazos y puntas de diamante. El balaustre es de bronce dorado con un remate y globos de lo mismo. El basamento de mármoles lo hizo Guillen Salvan, cantero mallorquin, por 20,000 sueldos, y lo acabó en cinco años. En la tribuna sobre el coro mismo esta puesto el órgano que hizo Guillanme de Lope por 15,000 sueldos, y lo acabó en 1594.

El altar mayor es obra de gran mérito. Su materia es alabastro; en el nicho principal esta la Asuncion de la Vírgen, siendo algunas figuras de mas de trece palmos de altas, y en los dos que le hacen lado su nacimiento y presentacion, todo de alabastro, sacado de la villa de Escatron. Todas las figuras grandes y pequeñas, todo el trepado, flores, frutos, arabescos y caprichos que adornan el retablo, estan perfectamente acabados. Se ajustó la obra el año 1509 con el maestro Damian Forment, valenciano en 18,000 ducados, y lo acabó en 1515. El ara del altar tiene de admirable por lo esterior riquísimas tablas de mármol blanco muy bien labradas y unidas. Debajo de ella esta depositado el cuerpo de S. Braulio, obispo de Zaragoza.

Las capillas mas dignas de consideracion, son la de San Lorenzo, cuyo retablo ejecutado en mármoles de mezcla es de D. Ventura Rodriguez.

La de S. Antonio, cuyo retablo es de mármoles de mezcla y sus costados se hallan decorados con dos grandes medallas de escultura de D. José Ramirez, y los zócalos de la portada con primorosas obras de bronce ejecutadas por D. Lamberto Garro. En la de S. Joaquin es muy notable un sepulcro erigido á espensas de S. M. para honrar la memoria del duque de Montemar, D. José Castillo de Albornoz, cuyo monumento fue ideado por D. Esteban de la Peña, y consiste en un obelisco sobre el pedestal y en dos figuras alegóricas que representan la justicia y el valor, ejecutadas en mármol por D. Lamberto Martinez el año 1765. La estátua de S. Juan en su capilla es de D. Gregorio Meza, y de D. Joaquin Arali las obras de escultura del retablo de mármoles de mezcla, construido á espensas de D. Martin de Goicoechea á espaldas del altar mayor para colocar el crucifijo que allí habia.

No acabariamos nunca si hubiesemos de manifestar todas las bellezas que se admiran en este templo, y asi concluiremos con una leve descripcion de su esterior no concluido, querepresenta el grabado que vá al frente.

Su elevacion hasta la primera cornisa que es la del rejado de las capillas, es de 68 palmos, y hasta el cornisamento de lo alto de todo el cuerpo de la iglesia de 130. En los ángulos del templo se elevan cuatro torres iguales en diámetro y altura, siendo su mayor diámetro 53 palmos. Cada torre se compone de tres cuerpos y la cúpula. El primero tiene de elevacion 130 palmos, el segundo 104, y el tercero 85: siguen un banquillo de 16 palmos y remata con la cúpula de 120 de elevacion: el todo 455.

Las paredes son de ladrillo, y distribuidas con pilastras y cornisamentos.

En medio de las cuatro torres, formando una quina, sobresale el cimborio.

Tiene el templo cuatro puertas, dos que dan á la plaza del Pilar y las otras dos á la ribera del rio Ebro. En cada puerta hay un atrio de 40 palmos de diámetro en cuadro, con su puerta de un rejado de hierro, cuyos remates estan floreados con los primores que admiten. Esta cerradura tiene de diámetro 33 palmos, y la puerta principal 24.

LITERATURA.

NOTICIAS DEL TEATRO ESPAÑOL ANTERIOR A LOPE DE VEGA.

PRIMERA ÉPOCA.

DESDE JUAN DE LA ENCINA HASTA LOPE DE RUEDA.

Al proponernos dar una reseña de los adelantos y del progreso de la escena española en el siglo XV y parte del XVI, hemos tenido á la vista la única obra que hasta ahora se conoce en este jénero escrita por D. Leandro Fernandez Moratin; en la cual el escritor llenó admirablemente la idea que se propuso, y dió á conocer por primera vez á los españoles el orígen de las representaciones teatrales, en esta nacion. La obra de Moratin es escelente, y su desempeño aumenta la reputacion justamente adquirida de uno de los primeros literatos, que florecieron en el último tercio del siglo pasado y principios de este. Sin embargo, como que todas estas clases de obras la constituyen principalmente la erudicion y las investigaciones bibliográficas, es imposible que un hombre solo haya tenido á la vista todo lo escrito é impreso en aquellos tiempos que investiga, y mas cuando estos son distantes y los documentos raros y difíciles de hallar: nada debe estrañarse de cualquiera omision ó inexactitud.

Nosotros, al presentar este artículo sobre el teatro anterior á Lope, no hacemos otra cosa mas que seguir á Moratin, agregando solo á los artículos correspondientes las noticias que hemos adquirido, ya enteramente nuevas ya las que sirvan para rectificar alguna ú otra, que no pudo hacer Moratin por falta de datos: todo lo iremos advirtiendo en su lugar respectivo. Lo difícil que es adquirir la obra de los *Orijenes*, á causa de su coste, hace

que el conocimiento del teatro español antiguo no sea tan comun, y esté tan generalizado como debia. Esta es la idea que nos ha movido á presentar este estracto ó compendio, rectificado y aumentado en la parte que hemos podido hacerlo.

Don Eujenio de Ochoa publicó en París en el año de 1838 un *Tesoro del teatro español* en cinco volúmenes; el primero contiene los *Orijenes* de Moratin, y el editor nada añadió á la espresada obra, solo la enrriqueció con un apéndice á la coleccion que de muestras del teatro anterior á Lope puso Moratin en su historia. El Sr. Ochoa nos ha reimpreso ciertamente algunas composiciones raras y de mérito, pero entre ellas ha colocado tres de otros tantos injenios valencianos, á saber Tárrega, Aguilar, y Castro, autores que los creemos del teatro de Lope, y á cuyo índice pertenecen. Las comedias de los citados poetas fueron impresas en Valencia á principios del siglo XVII, con otras varias de injenios de aquella provincia y ciudad. Nosotros ignoramos que razon haya para colocar á los mencionados poetas en la época de nuestro teatro anterior á Lope: el colector del tesoro habrá tenido sus justísimos motivos literarios para hacerlo así.

Año. 1492. El primero que aparece como poeta cómico es sin duda *Juan de la Encina* que nació en Salamanca á mediados del siglo XV. Estudió en la universidad de su patria protejido del maestrescuela D. Gutierre de Toledo: estaba en la corte á la edad de 25 años al servicio de la casa del Duque de Alba. Fué escelente profesor de música, tanto que habiendo pasado á Roma, se ignora en que tiempo y con que motivo, el célebre Leon X le nombró maestro de la capilla pontificia; y despues lo recompensó con el Priorato de Leon. En el año de 1519 era ya sacerdote, y entonces hizo un viaje á Jerusalen acompañando á D. Fadrique Enriquez de Ribera, primer marqués de Tarifa; volvieron en el mismo año, y en el de 1521 publicó Encina en Roma su peregrinacion puesta en verso, llamando al Poema *Tribajia*; dichas poesías se encuentran en la relacion que del viaje del duque se imprimió en Sevilla en 1606. Ya habia cumplido Encina 65 años cuando regresó á su patria, en donde murió en el de 1534, segun lo afirma el P. Avila en su *historia*, impresa en 1606; añadiendo que fué enterrado en la iglesia catedral. La coleccion de las obras de nuestro poeta fue publicada con el título de *Cancionero* en Salamanca, 1496 y en 1509: Sevilla 1501: Burgos 1505: y en Zaragoza en 1512 y 1516. Todas las composiciones dramáticas que hay en el cancionero son unas doce, y van con el título de Eglogas. Estas obras se han hecho rarísimas, y solo pueden verse algunas de las mencionadas eglogas en la publicacion que nuestro difunto amigo el Sr. D. Juan Nicolás Bolh, hizo del *Teatro anterior á Lope de Vega*, impreso en Hamburgo año de 1832. Escribió Encina una farsa titulada: *Plácida é Victoriano*, impresa en Roma 1514, composicion que alaba encarecidamente el anónimo autor del *diálogo de las lenguas*. La inquisicion tuvo á bien el prohibirla, segun se vé en el índice del año de 1559.

1500. Fue contemporáneo de Juan de la Encina *Francisco de Rojas*, continuador de la *Celestina*. Esta obra, segun todos los críticos, se atribuye á *Rodrigo de Cota*, toledano, que floreció en el reinado de D. Juan el II y en el de Enrique IV, autor del conocido *Diálogo del amor y un viejo*. Rojas, bachiller en Leyes y natural de la Puebla de Montalban, añadió en unas vacaciones de quince dias veinte actos al primero que corría de la Celestina, todo en prosa. Lo mismo fue publicarse que adquirió tan grande celebridad, que apenas habia nacido, y sin embargo que la inquisicion la cercenó y la tuvo prohibida, se hicieron en España, (que hayan llegado á nuestra noticia,) diez y nueve ediciones en varios años, desde el de 1500 que fue la primera en Salamanca, hasta la de Madrid 1633. Las impresas en el extranjero serán unas doce, sin contar las traducciones. D. Leon Amarita hizo una edicion de la Celestina en 1822 digna de toda recomendacion literaria y tipográfica.

1513. *Pedro Manuel de Urrea*, de una familia ilustre, publicó un cancionero, impreso en Logroño por Arnao Guillen Brocar en el año 1513, en el que se halla la *Egloga de la trajicomedia de Calisto y Melibea*, puesta de prosa en verso.

1514. Don Bartolomé José Gallardo en su papel volante llamado el *Criticon*, núm. 4.° y 5.°, publicado en la corte en 1836 nos dá noticia de un poeta cómico, hasta ahora desconocido, cuyo nombre es *Lucas Fernandez*, salamanquino, y por tanto coetáneo y paisano de Juan de la Encina. Sus obras cómicas son seis farsas, y fueron impresas en Salamanca por Lorenzo de Leon Dedeí año de 1514.

1514. Egloga de autor anónimo, que se encuentra en la novela *Cuestion de amor* impresa en Amberes por Martin Nucio en 1598.

1515. *Francisco de Villalobos*, médico de D. Fernando, de D. Cárlos su hijo y despues de Felipe II, murió de edad muy avanzada: su patria fue Aragon. Dió á conocer á Plauto en la famosa traduccion que hizo en prosa de la comedia *Anfitrion* de aquel poeta. La imprimió con anotaciones en Zaragoza año de 1515: y con todas sus obras en Zamora por Juan Picardo en 1543, y en Sevilla 1574.

1517. *Bartolomé de Torres Naharro* nació en la Torre pueblo cerca de Badajoz: vivió la mayor parte de su vida en Roma, despues de haber sido rescatado de la cautividad que sufrió en Arjel. Era presbítero y estaba al servicio de Fabricio Colona, jeneral del Papa. Ignoramos las demas circunstancias de su vida, como el año y lugar de su fallecimiento que se cree fue en Italia. Sus obras poéticas, que intituló *Propaladia*, fueron impresas por primera vez en Nápoles, año de 1517 por Juan Pasqueto, y no en Roma, como dice Moratin: esta edicion que poseia el citado Bolh contenía seis comedias; en las ediciones de las obras de Naharro hechas en Sevilla 1520, 1533 y 1545 se contienen ademas otras dos comedias. Todas estas ediciones son rarísimas, y la que suele hallarse es la de Madrid de 1573 por Pierres Cosiu; pero está sumamente estropeada y llena de lunares y faltas á causa de las enmiendas y mutilaciones que mandó hacer en las obras de Naharro el tribunal de la inquisicion; que encargó para el efecto á D. Juan Lopez de Velasco, de feliz memoria, encargado tambien de correjir el Lazarillo de Tormes y las rimas de Castillejo. El Sr. de Bolh insertó cuatro de las mejores comedias de nuestro autor en su mencionada obra del *Teatro anterior á Lope*.

1520. *Vasco Diaz Tanco*, natural de Frejenal en Estremadura, floreció á fines del reinado de Cárlos V. Fue hombre sumamente laborioso, y escribió varias obras de las cuales algunas se han publicado, pero la mayor parte se han perdido por haber quedado inéditas. Estuvo en Galicia y Portugal la mayor parte de su vida, y segun dice él mismo, estuvo algun tiempo en poder de infieles. Fue poeta lírico y dramático, pero repetimos que nada se conserva, y solo la lista de sus obras con los títulos se lee en su opúsculo del *Jardin del alma cristiana*, que fué impreso en Valladolid por Juan de Carvajal en 1552. En el prólogo de la espresada obra pone los títulos de las siguientes composiciones dramáticas: tres trajedias; tres

comedias; tres farsas, y diez y siete autos. Moratin no tuvo noticia mas que de las tres trajedias.

1521. Tres comedias de autores anónimos que fueron impresas en Valencia por Jorje Castilla en 1521.

1522. *Cristoval de Castillejo* parece que compuso comedias, pero hasta ahora se ignoran sus títulos y si existen. En la Biblioteca del Escorial existia M. S. una farsa de este poeta titulada *Constanza*, de la que habla y analiza Moratin. Segun nos han informado, esta única pieza conocida de Castillejo, desapareció de la espresada biblioteca por los años del 20 al 23, sin que despues se haya podido saber su paradero. ¡Triste fatalidad que persigue á nuestra literatura! Castillejo nació en Ciudad-Real al espirar el siglo XV, y murió de edad muy avanzada en el monasterio cisterciense de San Martin de Valdeiglesias, en cuyo convento tomó el hábito.

1523. *Pedro de Altamira*, autor de un auto sobre la aparicion de Jesus á sus discípulos cuando iban á Emaus: impreso en Burgos en el año de 1523.

1524. *Esteban Martinez*: escribió é imprimió en Burgos en casa de Juan de Junta, año de 1528, un auto de *Como fue concebido* San Juan y de su nacimiento.

1528. *Juan Pastor*: auto al nacimiento, impreso en Sevilla año de 1528; ademas escribió tres farsas de las cuales solo una se imprimió.

1529. *Fernan Perez de Oliva*: cordobés y nació por los años de 1494. Fue catedrático de filosofía en París; y volvió á España en 1524, y en Salamanca obtuvo la cátedra de la espresada ciencia. Cárlos V le nombró maestro del príncipe su hijo, cuyo encargo no llegó á desempeñar por haberle arrebatado la muerte, antes de cumplir los 40 años, en el de 1533. Oliva tradujo en prosa del griego el Anfitrion de Plauto, la Electra de Sofocles, y la Hecuba de Euripides: cuyas obras juntas con otras del autor fueron publicadas por su sobrino el célebre Ambrosio de Morales en Córdoba, por Gabriel Ramos Bejarano año de 1585; y reimpresas en Madrid, dos tomos, en 1787.

1530. Farsa sobre el matrimonio de autor anónimo, impresa en Medina del Campo por Juan Godinez de Millis en 1530.

1531. *Jaime de Huete* escribió la comedia *Tesorina*, que se la prohibió la inquisicion en el citado índice de 1559.

1532. *Autas Izquierdo Zebrero*; auto de nuestra salvacion, que se imprimió en Sevilla por Fernando Maldonado en 1532: ademas otro auto de un milagro de la vírgen del Rosario, impreso en Valencia en 1589.

1533. *Gil Vicente*: de este fecundísimo poeta portugués nada nos dice Moratin: escribió varias piezas en castellano, y asi se le coloca entre los autores que componen el teatro español anterior á Lope. Conjeturamos que nació Vicente á fines del siglo XV, pues la primera representacion de sus obras fué hecha en el año de 1502. Estuvo casado y tuvo dos hijos, Luis y Paula, esta última en el año de 1561 era moza de cámara de la tia del rey. Murió Gil Vicente en 1557 en la ciudad de Evora, y fue sepultado en la iglesia de S. Francisco. Todas las obras de este poeta dice Moratin que las imprimió su hijo Luis en 1557, lo que creemos una equivocacion; la primera vez que vieron la luz pública fue en la edicion que hizo su hija Paula en Lisboa año de 1562, en casa de Juan Alvarez; libro rarísimo que hemos registrado y leido cuidadosamente. Andres Lobato hizo reimpresion en Lisboa de las obras de Vicente en 1586. Contienen seis autos en castellano y una comedia, sin contar otras varias piezas en las que los interlocutores ya hablan ó dialogan indistintamente en portugués ó castellano. El mencionado Bolh insertó en su coleccion ocho composiciones de este desconocidísimo poeta portugués.

1534. Comedia *Orfea* de autor anónimo y mandada prohibir en el índice citado.

1535. *Francisco de las Navas*: escribió la comedia *Tidea*, pero se la prohibió la Inquisicion.

1536. *Feliciano de Silva*. *La segunda Celestina*, comedia impresa en Venecia en 1536.

1537. *Andres Prado*: escribió una farsa que fue impresa en Medina del Campo por Juan Godinez en 1537.

1539. Tragi-comedia alegórica del Paraiso y del Infierno, de autor anónimo, y fue impresa en Burgos por Juan de Junta en el año de 1539.

1540. *Juan de Sedeño*, vecino y natural de Arévalo: la tragi-comedia de Calisto y Melibea puesta en metro é impresa en Salamanca por Pedro de Castro en 1540.

1540. Dos coloquios de poetas anónimos el uno impreso en Sevilla en 1540, y el otro en Valladolid en el mismo año.

1541. Farsa Custodia, escrita por autor desconocido: fue prohibida por la Inquisicion en 1559.

1542. Dos farsas tambien de autores anónimos, y que fueron igualmente prohibidas.

1542. Tragi-comedia de *Lisandro y Roselia* sin nombre de autor, impresa en Madrid, año de 1542.



LOPE DE RUEDA.

1544. *Lope de Rueda*: poeta sevillano que nació á principios del siglo XV, fué batidor de oro en su patria; pero dejando este oficio, se hizo actor y autor de comedias; formó una compañía, y corrió con ella las principales ciudades de España, recogiendo en todas partes aplausos sin número. Floreció Rueda desde el año 1544 en que se dió á conocer, hasta el de 1567 en que probablemente falleció. En 1557 representó en Segovia; y en esta ciudad, ó en otra tal vez de Castilla, le vieron Cervantes y el desgraciado Antonio Perez, siendo testigos de su habilidad. Falleció en Córdoba, y el cabildo de aquella catedral mandó que fuese enterrado entre los dos coros. Se conservan de este célebre sevillano cuatro comedias, siete pasos, todo en prosa, y un coloquio llamado *Prendas de amor* que es lo único que se conserva en verso, y dos en

prosa. Todas estas obras fueron impresas en Valencia por Juan de Timoneda que las recogió, en casa de Juan de Mas, año de 1567 y 1570. Sevilla por Alonso de la Barrera en 1576. En Logroño con el título de el *Deleitoso* publicó Matías Mares en 1588 los siete pasos de Lope, con el coloquio en verso. El Sr. de Bolh colocó en su obra las cuatro comedias con los dos pasos en prosa. Algunos atribuyen á nuestro poeta la farsa del *Sordo*. Gracian y Cervantes hacen relacion en sus obras de dos pasos de Rueda que no han llegado á nosotros.

1547. Tragedia Policiana de autor anónimo y no citada por Moratin, fue impresa en Toledo año de 1547.

SALAMANCA.

(Conclusion. Véanse los números anteriores.)

Uno de los edificios que llaman mas la atencion del viagero, es el de la universidad (1) la portada principal hecha en tiempo de los reyes Católicos, es de un gusto delicadísimo por el prolijo esmero de sus adornos plateresco. En el pórtico del patio se halla la entrada de la capilla de S. Gerónimo, obra lindísima, y cuyo altar mayor está adornado con hermosas columnas de mármol. Inmediato á este edificio se halla el de escuelas menores, cuyos arcos son de bastante buen gusto; en ellas está el gabinete de física bastante deteriorado en el dia.

Entre los edificios pertenecientes á los colegios, hay algunos de un mérito singular. El colegio mayor de San Bartolomé, llamado tambien *el viejo* fue restablecido en estos últimos años al mismo tiempo que el del arzobispo, mas en la actualidad ni en uno ni en otro se hallan colegiales. Ocupaban los de S. Bartolomé un magnífico edificio, que se halla frente de la catedral y cerca de la Universidad, obra del arquitecto D. José Hermosilla. Tiene un pórtico con cuatro columnas de órden jónico compuesto, y un claustro con galería alta y baja de 16 columnas cada una; la alta es de la misma clase que el pórtico, y la baja de órden dórico. La escalera principal es magnífica; entre las ventanas que la dan luz, hay ocho columnas corintias resaltadas dos tercios de su diámetro.

El colegio mayor del arzobispo fué fundado en 1522. La capilla es gótica, y el claustro semi-gótico. Este suntuoso edificio se halla bastante deteriorado.

Los colegios mayores de Cuenca y Oviedo fueron arruinados en tiempo de la guerra de la independencia, pero se conservan todavía algunos restos preciosos. El primero era de estilo semi-gótico, y el segundo tenia una hermosa capilla de mármol y alabastro.

La órden militar de Santiago tenia en Salamanca un colegio llamado del rey, fundado por Felipe II. El edificio, obra de Juan Gomez de Mora, era preciosísimo; le arruinaron los franceses, y fue reedificado en parte en estos últimos años. En la actualidad está descuidado, y por último vendrá á arruinarse completamente.

Los colegios de Alcántara y Calatrava fueron fundados por el mismo monarca. El edificio de Calatrava existe todavia, aunque bastante deteriorado. La escalera es de las que llaman *al aire*; tiene 4 estancias de 10 pies de ancho que solo están unidas por la línea de la pared, y la otra está libre de todo punto de apoyo.

En la actualidad hay nueve colegios, casi todos de fundacion particular; el de la Magdalena, el de los Huérfanos, el de Carvajal, fundado para recoger los niños huérfanos mendigos y destinarlos al aprendizage de oficios mecánicos, el de los ángeles fundado por D. Gerónimo de Arce en 1563, el de S. Ildefonso, los Verdes, el de los Irlandeses, el de música para los niños de coro de la catedral, y el seminario conciliar. El colegio de los Verdes fue un magnífico edificio; pero en el dia no han quedado de él mas que ruinas; la casa de los huérfanos, obra del tiempo de Berruguete, es de bastante buen gusto.

Entre los conventos hay algunos de una grandiosa magnificencia y otros de un estilo correcto y de un gusto delicadísimo.

El convento de los Dominicos es una de las obras que dan honor á Salamanca; la iglesia es suntuosa; tiene una gran nave, crucero y linterna. El retablo del altar mayor es de mal gusto, pero hay en él un hermoso cuadro de Claudio Coello, que representa el martirio de San Estevan. La portada es parecida á la de la catedral (1); hay en ella labores delicadísimas y de un esmero prolijo.

La iglesia de las Angustinas es espaciosa, abunda en bellezas arquitectónicas, y llama sobre todo la atencion por los cuadros del Españoleto que la adornan. La portada es de mal gusto, y no corresponde al interior del edificio.

Los conventos de la Merced y de S. Cayetano se arruinaron en tiempo de la guerra de la independencia. El primero se reedificó en parte, pero no se concluyó.

Se hallan tambien arruinados el convento de S. Vicente, el de S. Francisco, el de S. Agustin, el de los Mínimos, el de los Menores, el Calvario, el de S. Antonio y algunos otros. Del primero se conserva todavía parte de su famoso medio claustro, una de las obras mas atrevidas y fuertes. El segundo se reedificó en parte, pero la obra nueva, que no tiene nada de particular, está amenazando ruina. El convento de S. Agustin se puso casi en estado de habitarse, pero no hace mucho tiempo fue demolido de nuevo.

Fuera de los muros de la ciudad hay tambien suntuosos edificios. El convento de San Bernardo es magnífico, y llama mucho la atencion por su célebre escalera que es de las que se denominan voladas. El todo de la obra es excelente, pero en el interior y en la fachada se encuentran algunos adornos de mal gusto. Las trazas de este edificio son de un monge, llamado Fr. Angel Manrique, que fue obispo de Badajoz.

Cerca de la puerta de San Pablo se halla el convento de los carmelitas calzados, bastante ruinoso por algunas partes. Este edificio, que han llamado el Escorial pequeño, es la obra de mas gusto que hay en Salamanca. Fue construido por Herrera, y segun otros por Francisco Correa. La iglesia, que describe una cruz griega de 90 pies en cuadro, es de orden dórico, y proporcion equilátera. La fachada, que tiene los mismos 90 pies y dos torres á los extremos, se compone de tres órdenes; el primero tiene pilastras y cornisa dórica, el segundo pilastras y cornisa jónica, y el tercero pilastras compuestas y fronton triangular.

La iglesia de los monges Gerónimos era de estilo gótico; en la actualidad está casi toda destruida. Contiguo á la iglesia está el colegio de Guadalupe, singularísimo en su línea, y admirable por la delicadeza de sus adornos.

(1) Véase el grabado en la entrega 40 del año 1839.

(1) Véase el grabado en la entrega 49 del año 1839.

Hay ademas otros varios conventos de frailes y monjas en los que se encerraban preciosidades de todos géneros. Llegaron á conocerse en esta ciudad 25 conventos de frailes y 25 de monjas. En la época de la exclaustracion solo habia 4 de monacales, 14 de religiosos de los demas institutos, 12 de religiosas, 2 beaterios ó colegios de reclusion voluntaria y 1 de reclusion forzada.

Entre todas las iglesias la mas digna de observarse por su hermosura y magnificencia es la de la catedral, que ya hemos descrito en uno de los números del Semanario (1). Contigua á ella se encuentra la catedral vieja, muy apreciada de los inteligentes. Consta de tres naves; la del medio tiene 190 pies de largo, 60 de alto y 55 de ancho. Sobre cuatro robustos pilares se levanta el cimborio que está adornado con columnas grandes, con otras mas pequeñas en dos cuerpos, y con ventanas en los espacios. Es redondo por dentro, y termina en pirámide escamada por fuera. La fachada es tosca y fuerte con muros de gran espesor; de donde nació el adagio de *Fortis Salmantina*.

El número de las parroquias es excesivo y no proporcional á la poblacion. Algunas de las iglesias parroquiales son notables por su antigüedad.

La iglesia de Sancti Spíritus, pertenece á las encomiendas de la órden de Santiago. El retablo mayor es de muy buena arquitectura; en la portada hay una inscripcion antigua curiosísima.

La iglesia de San Isidro es de la época del buen gusto; tiene el estilo de Berruguete.

Entre las obras de este género es digna de observarse la portada de San Martin, que consiste en 4 columnas en el primer cuerpo y dos en el segundo con medallas en las enjutas del arco. El retablo mayor es de buen gusto, pero está afeado por el tabernáculo que es de construccion moderna.

La iglesia de San Marcos es rotunda y de construccion muy atrevida. Fue fabricada por el conde D. Ramon.

La de Santa María, cuya, existencia consta en una escritura del año de 1173, tiene tres naves, y es bastante parecida á la catedral vieja.

La de Santo Tomé fue edificada por el conde D. Vela, y se consagró en 1136. En una escritura del mismo año se hace memoria de la iglesia de San Adrian. La de santo Tomas estaba ya construida en 1179, y la de San Cristobal pertenecia á los caballeros de San Juan en 1150.

Existen ademas de estas las parroquias siguientes: San Julian, S. Ramon, Santa Eulalia, S. Boal, S. Juan de Barbálos, S. Benito, S. Millan, Santiago, S. Pablo, San Blas, la Magdalena, S. Mateo, S. Bartolomé y S Justo.

Hay tambien algunas capillas entre las cuales la de la Cruz es la que mas llama la atencion por algunas de sus estátuas. La de la tercera órden de S. Francisco es de bastante mal gusto; otra hay fuera de la puerta de Zamora dedicada á Santa Bárbara, otra en el arrabal del puente, otra contigua al convento de carmelitas calzados que no es de los mejores tiempos de la arquitectura, y otra inmediata al colegio viejo.

Entre las muchas casas malas que hay en Salamanca, se ven algunas de una estructura lindísima, y que llaman la atencion por sus armas, escudos y otros adornos de buen gusto. Son muy apreciadas de los inteligentes, la casa de la *Salina*, la de las muertes, la fachada de la del vizconde de Garcigrande y el palacio de Monterrey, que abunda en adornos del estilo de Berruguete.

El teatro es bellísimo aunque pequeño, consta de dos órdenes de palcos, una galería con gradas que sirve de cazuela, y un patio con tres filas de lunetas. Hay tambien anfiteatro anatómico, y se está construyendo una plaza de toros.

Esta brevísima reseña que hemos hecho de las obras que encierra Salamanca, justifica sobradamente á los que la han llamado *la Roma chica*. Pocas son las ciudades de España que puedan rivalizar con ella en recuerdos de gloria, pocas las que dentro de tan corto espacio encierren tan singulares bellezas, y pocas las que tengan que llorar tanto por la inmensa distancia que separa lo presente de lo pasado.

SANTIAGO DIEGO MADRAZO.

(1) Véase la entrega 37 del año 1839.

COSTUMBRES ANDALUZAS.

PARTE PRIMERA.

VOTOS Y JURAMENTOS.

Málaga.

En el barrio del Purchel,
detrás de la calle ancha,
está la del Santo Cristo
como en lo antiguo llamaban.
Es calle de poco paso,
y parece que olvidada
está entre las otras calles
que la circuyen y abrazan.
Porque en tanto silencioso
el tiempo por ella pasa,
las otras han adquirido
con mil aventuras fama.
Ha habido en ellas festines,
y música, y algazara,
pendencias de todas clases
y nocturnas serenatas:
Encuentros maravillosos
donde con pocas palabras
se han terciado los estoques
con sombreros y nabajas;
Donde ha habido guitarrazos
y canciones estremadas,
y donde alguno ha perdido,
sin jugar, lo que llevaba.
Y en tanto que la del Cristo
está muda y solitaria
escuchando desde lejos
el rumor de sus hermanas,
Un tesoro de hermosura
allá en su silencio guarda,
que el majo Lucas Moreno
sabe bien donde se halla.
Allí vió po vez primera
entre las sombras á *Clara*,
que es hija de Esteban Sierpes,
Mejor dicho, Esteban Calma.
Allí fué donde al abrigo
de su cigarro y su manta
pasó las horas penando
un amor sin esperanza.
Donde le inspiró c nciones
su ardiente amorosa llama
que en son de queja entonó
al compás de su guitarra.
Y donde por fin *su prenda*
vencida de pruebas tantas,
se dejó ver una noche
en la entreabierta ventana.

— «Prenda mia. .. (dijo Lucas
al ver á su linda Clara),
¿Por qué quieren esos soles
tener á oscuras mi alma?
Por qué *me jases penâ*
elante de esa ventana,
pasando en claro las noches
mientras tu estás *sosegáa*?
¿No escuchastes las *playeras*
que te cantaron mis ansias,
cantares que son mas tristes
que *toa* la Semana Santa?
— Señó Lucas, sí escuché,
y cuando escuchando estaba

sin poderlo *remediá*
se me saltaron las lágrimas. —
—¡Qué dice usté, *resalá*!
¿y fué mi cantá la causa? —
—Si señó. —
— Bendita seas
Que asi mis amores pagas! —
—Callese usté, señó Lucas,
que no está á mucha distancia
mi padre, y pudiera ser
que escuchára esas palabras. —
—Ná me importa que lo sepa,
y el barrio tambien, mi alma. —
—A mi sí, porque no gusta
de amores por la ventana,
y sus gustos hase buenos
con el poder de la tranca. —
—¡Ay Jesú! ¡probe infelis
si haser tal cosa yegára! —
—¿Qué hisiera usté? —
— Con los ojos
le partiera las entrañas. —
—¿A mi padre? —
— Y es verdá,
entonses... lo perdonára. —
—¿Es de ver s? —
— Sí, mi vida,
porque ya no me acordaba
que tu padre es un *sagrao*
para el que tanto te ama. —
—Pues júrelo usté con prenda. —
—¿Pues no basta mi palabra? —
—No señó, que quien seolvia
tan presto del que me guarda,
no es mucho que no se acuerde
lo que promete á quien ama.
—¡Bien dicho! toma este *laso*
que aquí en mi *chambergo* campa,
y de respeto y amores
sirva de prenda, mi *Clara*. —
Mas no quisiera, mi reina,
que subiera á tu ventana
sin que otra prenda tus manos
á las mias arrojáran. —
—¿Y cuál le puedo yo dar? —
—Cualisquiera. —
— Vaya en grasia. —

Y diciendo esto la niña
buscó entre las verdes ramas
de las flores que crecian
delante de su ventana,
una prenda que pudiera
gustar al que la esperaba.
Su tanto Lucas Moreno
preludiando en su guitarra
con mucho garvo un *jaleo*
de aquellos buenos de Málaga,
mas que nunca enamorado
de aquella flor solitaria,
con dulce voz entonó
una tiernísima caña.
Al viento dió sus cantares
con tan armónica pausa,
con tan lánguidos acentos
y débiles consonancias,
que arrebató el corazon
de la que el canto escuchaba,
obligándola á decir
de amores cautiva el alma. —
—Bien *cantao*, mi señor;
toma esta prenda, y repara
es una flor con espinas
que *punsa* á quien mal la agarra. —
—Ay mis ojos! yo sabré
siu que me pinche, tomarla,
y en lugar de aqueste *laso*
poner á tu rosa blanca. —
—Cuide usté no lleve el viento
sus hojas y esas palabras. —
—Primero se *yevará*
mi persona en cuerpo y alma
que á sus hojas, y que mienta
en lo que digo, mi Clara. —
—Si lo espero del que sabe
entoná con tanta grasia;
y adios ya por esta noche
que se acerca la mañana. —
— A dios, mi gloria y mi vida,
ya se cumplió mi *esperanza*,
daudo fin á mis temores;
á dios gloria de las majas,
aquí tendrás por las noches
á Lucas y á su guitarra
que entonarán maraviyas
debajo de tu ventana. —
Dijo, y la calle adelante
con direccion á la playa
siguió el galan rasgueando
unas boleras robadas,
y cuando ya sus acentos
perdidos por la distancia
ya lánguidos, armoniosos
escasamente sonaban,
se mostró por el Oriente
rica de luz la mañana.

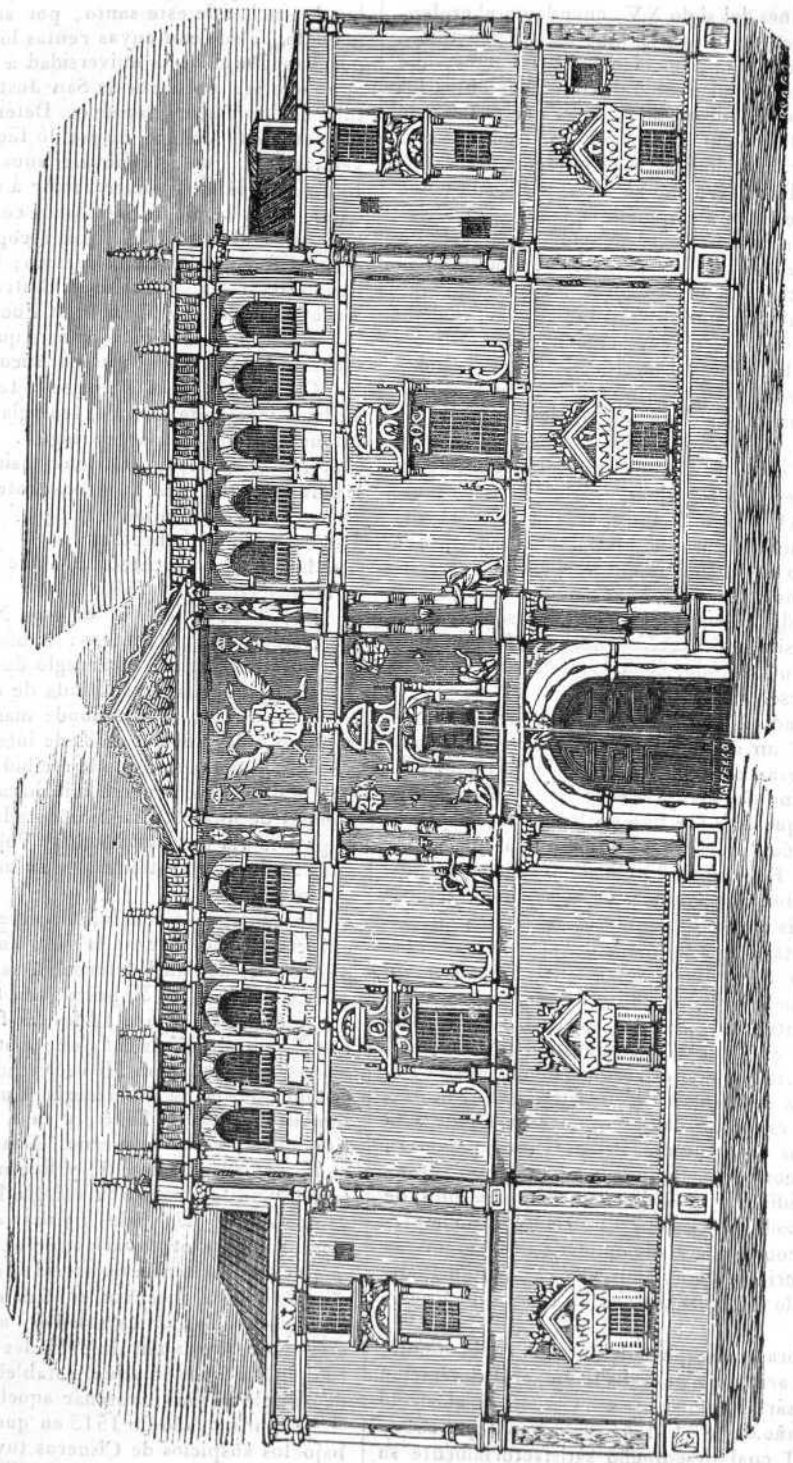
—

Una noche, y dos y mas,
el majo Lucas volvió
y á la hermosa enamoró,
con las coplas que cantó
de su guitarra al compás.
Y allí estaba hasta la aurora,
desde la sombra hasta el dia
pasar las horas solia,
y sus votos repetia
á su maja encantadora.
Y ella mostrando galana
sus hechizos seductores,
escuchaba sus amores
fantástica entre las flores
de su arabesca ventana.
Y así en amorosa vela
disfrutaban de otro sueño
mágico, dulce, halagüeño,
de la vida el mas risueño
sin pesares ni cautela.
Todo era amor, y armonía,
y sentimiento y ternura:
en la noche quieta, oscura,
suspiraba la hermosura,
y el galan de amor moria.
Y si alzaba su cantar
lo arrullaba el manso viento,
de su boca el dulce acento
y el sonoro movimiento
de las olas de la mar.
Y la emblemática flor
que en el sombrero llevaba,
en prueba de fé mostraba,
y en ella despues juraba
á su maja eterno amor.
Y otra flor quiso despues,
y Clara se la arrojó,
y á pedir otra volvió,
y Clara se la negó
porque no quiso dar tres.
Y queriendo en su porfía
tercera flor alcanzar,
pensó hasta arriba trepar,
y aquella flor arrancar
y tambien su lozanía.
Hay quien dice no subió,
y otros diz, que aunque villana
diligencia, no fue vana
pues subió hasta la ventana
y dicen que la alcanzó.
Pero el tiempo fué perder
contando esta travesura,
que en vano el vulgo murmura,
porque era la noche oscura
y nadie lo pudo ver.
Solo es cierto que el galan
que tanto en su amor soñaba
y por Clara deliraba,
con el tiempo que pasaba
se fue calmando su afan.
Y al fin, de ventura escasa
ella su amante perdió,
y la flor se marchitó,
y aquel amor se pasó,
que todo en el mundo pasa.

T. Rodriguez Rubí.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.

ESPAÑA PINTORESCA.



LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ DE HENARES.

LA UNIVERSIDAD DE ALCALA DE HENARES.

Fines del siglo XV, cuando ya el esplendor de la media luna estaba próximo á su ocaso, las ciencias y las artes, que hasta entonces habian permanecido desatendidas entre los españoles, principiaron á desarrollarse y á dar señales de vida: viéronse entonces multiplicarse por todas partes las universidades y los colegios, á los que concurria presurosa la juventud, que ya no se veia precisada como en los tiempos anteriores á empuñar la lanza, y embrazar la adarga á cada instante para defender su libertad y propiedades amenazadas por los árabes. De aquella época data la fundacion de las célebres universidades de Santiago, Valencia, Siguenza, Sevilla, Alcalá, Toledo y otras varias, fundadas la mayor parte por eclesiásticos, los cuales libres de la fatiga y tumultos de la guerra gozaban una posicion ventajosa para el cultivo de las ciencias.

Una de las mas célebres de aquel tiempo es la de Alcalá de Henares, que sobresale entre todas por la gran fama y nombradía de su fundador y por el alto grado de esplendor á que llegó en los tiempos sucesivos. Durante el reinado de D. Alfonso el Noble el arzobispo de Toledo Don Gonzalo, segundo de este nombre, solicitó y obtuvo del rey un permiso para fundar en Alcalá una universidad, con los mismos privilegios con que se acababa de fundar la de Valladolid, como consta de la escritura original que se depositó en el archivo del colegio mayor de San Ildefonso: pero con todo, el proyecto de D. Gonzalo no llegó á verificarse.

Estaba reservado á un hombre de mas brillante estrella el erigir allí un monumento á las ciencias. El año de 1498 trató el gran cardenal Cisneros de principiar la obra ideada por uno de sus predecesores, y aun se dijo con fundamento que este fue uno de los motivos que le impulsaron tres años antes á tomar la mitra que tanto habia repugnado. Eligióse el dia 28 de febrero de 1498 para colocar la primera piedra: y en el se reunió á presenciar la ceremonia un pueblo numeroso que pronosticaba ya las grandes ventajas que los habia de traer el proyectado establecimiento. Serian las 4 de la tarde cuando se vió salir de la iglesia de San Francisco su comunidad precedida de la cruz conventual; venian en seguida las autoridades eclesiásticas y civiles y las personas mas notables del pueblo presididos todos por el arzobispo de Toledo Fr. Francisco Jimenez de Cisneros vestido de Pontifical. Detuviéronse en un espacioso campo que habia frente á la iglesia, y entonces el arquitecto Pedro Gumiel, que era uno de los de la comitiva, trazó sobre el terreno el plano de un vasto edificio, y habiendo cabado en uno de sus ángulos, el arzobispo puso por su misma mano la primera piedra, y con ella una medalla de bronce con su busto, y una inscripcion que declaraba el objeto del edificio: aquel edificio habia de ser con el tiempo una célebre universidad.

Siguióse la obra con calor adelantando rápidamente, entre tanto que el arzobispo para darle mayor autorizacion trataba de interesar al pontífice en su favor, y al efecto envió á Roma el año de 1502 al Abad de San Justo Francisco Herrera, el cual desempeñó satisfactoriamente su comision, y obtuvo muchas inmunidades é indulgencias de los pontífices Julio II y despues de Leon X: aquel mismo año dotó Cisneros su fundacion en un millon de maravedises sobre las rentas reales.

A mediados del año de 1508 se hallaba ya concluido lo mas preciso del edificio, por cuya razon aprovechando Cisneros el poco tiempo que le dejaban libre sus graves ocupaciones determinó inaugurarlo por sí mismo, como lo verificó el dia 26 de julio del mismo año: dióle el título de *Colegio mayor de San Ildefonso*, poniéndole bajo la advocacion de este santo, por ser patron del arzobispado de Toledo con cuyas rentas lo habia fundado. Puso por canciller de la universidad á un tal Pedro Lerma, abad que era entonces de San Justo, vinculando el empleo en los abades sucesivos. Determinó igualmente que el rector del Colegio mayor lo fuese tambien de la universidad, y que se renovase anualmente el dia de San Lucas: eligió por primer rector á un tal Pedro Campos á quien habia traido de Salamanca con los demas colegiales, los cuales el mismo los habia escogido para ocupar el colegio. Los nombres de estos eran; Miguel Carrasa, Fernando Balbases, Bartolomé Castro, Pedro Santa Cruz, Antonio Rodrigo y Juan de la Fuente:

Los primeros catedráticos que puso fueron:
Gonzalo Gil, de Burgos, catedrático de teología escolástica.
Fr. Clemente de San Francisco, teología de Escoto.
Pedro Ciruelo, de Daroca, teología tomística.
Miguel Pardo, de Burgos, lógica.
Antonio Morales, de Córdova, física.
Alonso Ferrara, de Talavera, retórica.
Demetrio Creta, italiano, griego.
Pablo Coronel, hebreo.
Tambien puso dos catedráticos de derecho canónico llamados Loranca y Salceo.

El año 1513 vino el célebre Nebrija á ponerse bajo la proteccion de Cisneros: habiase este servido de sus conocimientos para el arreglo de la famosa Biblia Poliglota; pero cansado sin duda de este trabajo, ó por algun otro motivo le abandonó: mas habiendo sido postergado en Salamanca á otros de inferior mérito acogióse á su antiguo protector que le recibió segunda vez benévolamente dándole cincuenta mil maravedises de presente, y ademas de una cátedra bien dotada 40 fanegas anuales de trigo por via de gratificacion. Valióse mucho Cisneros de sus consejos, y tratóle hasta su muerte con la mayor familiaridad.

Interin que se concluia de arreglar definitivamente la universidad fundó en ella siete colegios menores dependientes del de San Ildefonso; á saber, uno titulado de la Madre de Dios con 36 becas para teólogos, el de San Pedro y San Pablo para 12 frailes franciscos. Dos para filósofos con 18 becas cada uno, otro dos para gramáticos griegos y latinos con 36 becas cada uno, y el de San Lucas que servia de enfermeria. Concluyéronse todas estas fundaciones el año 1510, y en el mismo les dió las constituciones para su gobierno. Aumentó tambien el número de cátedras hasta 46, y finalmente dejó para su dotacion y sostenimiento del colegio 11.000 ducados anuales, y muchísimas heredades y fincas en San Tuy, Anchuelo, Torrelaguna y otras varias partes. Prohibió rigorosamente que se enseñase en la universidad el derecho civil, alegando que este se enseñaba en Salamanca especialmente, y en otras varias universidades, al paso que las ciencias eclesiásticas estaban desatendidas en todas ellas, por lo cual habia fundado aquel establecimiento con las rentas de su iglesia para subsanar aquel defecto.

El mismo año de 1513 en que vino Nebrija á ponerse bajo los auspicios de Cisneros tuvo este la satisfacion de ver al rey D. Fernando el Católico dentro de la universidad: mostró el rey la mayor benevolencia conversando familiarmente con el rector y Cisneros, informándose del orden y progresos de los estudios. Entonces fue cuando

sucedió aquella anécdota que refieren varios autores contemporáneos. Era ya algo de noche cuando todavia el rey seguia paseando por los claustros, por lo cual los pages del rey encendieron algunas hachas para alumbrarle á su regreso; y con ellas principiaron á chamuscar á los estudiantes: estos mal avenidos con tales bromas los embistieron á palos y pedradas, obligándoles á refugiarse en las cátedras con no poca algazara; pero habiéndose presentado D. Cárlos de Mendoza sobrino de Cisneros bastó su presencia para contener á los estudiantes. Sintiólo mucho el rey luego que lo supo, y á pesar de su profundo disimulo, no pudo menos de manifestar á Cisneros su desagrado por el desacato que se habia cometido con sus criados, quejándose de la insubordinacion de los estudiantes, y de la impunidad que les permitia gozar.

Entonces Cisneros á pesar de la pasion con que se esplicaba el rey, le respondió —«Señor hasta las hormigas muestran su cólera cuando se las inquieta» — y en seguida manifestó la docilidad de los estudiantes que habian cedido á la primera insinuacion de su sobrino: con lo cual se dió el rey por satisfecho.

Preguntando en aquella misma ocasion Cisneros al rey qué le parecia de su fundacion, respondió este que estrañaba mucho que habiendo sacado tan magníficos planos y diseños de los mejores arquitectos de España, hubiese hecho una fábrica tan mezquina, pues toda era de tapias y ladrillo.

El cardenal respondió, que si él la habia levantado de tapias, los colegiales en lo sucesivo la edificarian de mármoles.

Verificóse asi en efecto: treinta años despues se principió á derribar la obra antigua, siendo rector D Juan Turbalán á pesar de la oposicion de algunos colegiales, tanto por los muchos gastos que se habian de ocasionar, como por la mucha solidez que conserbaba todavia el edificio primitivo.

Levantóse pues la hermosa fachada de piedra que subsiste hasta el presente. Sobre un zócalo de dos varas de piedra berroqueña se eleva la fachada, que consta de tres cuerpos adornados de columnas, figurones y relieves ejecutados con mucha exactitud y prolijidad: corona la obra una barandilla de piedra cortada en el centro con un ático, y algunas torrecillas y crestería. Es de notar en la fachada un gran cordon franciscano de piedra, que corre debajo de la cornisa del tercer cuerpo de un estremo al otro de la fachada, y desde allí cuelga hasta el zócalo. El conjunto de la obra tiene mucha gracia y magestad: es de un gusto semigótico, y el tiempo ha impreso sobre su piedra, que parece de Colmenar, aquel color de hoja seca que es en los edificios lo que las canas en el hombre. Dió su traza el famoso Rodrigo Gil de Hontañon, maestro de obras de la catedral de Salamanca: pero como su oficio le obligaba á permanecer la mayor parte del tiempo en Salamanca suplia sus ausencias Pedro de la Cotera: concluyóse la obra el año 1553. Cuatro años despues concluyó el mismo Cotera el patio del colegio trilingüe que tiene 36 columnas de orden jónico, y es del mismo gusto y material que la fachada.

Despues de atravesar un gran vestíbulo éntrase en el claustro principal de la Universidad: es un cuadrilongo de tres cuerpos adornados de pórticos y columnas, los del primero y segundo son de órden dórico, los del tercero pertenecen al jónico: la obra es toda de piedra berroqueña y de la mas severa arquitectura.

Corona la obra una barandilla de piedra con un medallon ó cuadro tambien de piedra en cada frontis: dos de ellos tienen las armas del cardenal y de la universidad, que son como un juego de ajedrez; en otro se ve á Cisneros en trage de cardenal con el baston de general en una mano, y un crucifijo en la otra: en el último se ve á Santo Tomas de Villanueva en trage de colegial mayor, pues lo fue de este colegio. Sobre la barandilla hay 24 torrecillas, y debajo de cada una hay una letra: combinadas las 24 dan la inscripcion siguiente:

«*En luteam olim marmoream nunc*:»

aludiendo á la contestacion que dió Cisneros al rey Don Fernando cuando este le hizo la observacion de lo poco que valia el edificio primitivo.

La parte baja del claustro dá entrada á las cátedras de la universidad y el segundo cuerpo están la mayor parte de las oficinas de la universidad, contaduría, secretaría, tribunal académico, rectoral, biblioteca, y sala de claustros; el tercer cuerpo contiene varias habitaciones que hace mucho tiempo estaban inhabitadas.

Hízose este claustro hácia el año de 1670, y dirigió la obra un tal Josef Sopeña que está enterrado en la capilla de la universidad: tuvo de coste setecientos cincuenta mil reales.

Pasado este claustro hay un gran patio llamado *de los Filósofos* que antiguamente llamaban de los *Continuos*; no se ofrece cosa notable mas que sus vastas dimensiones. En seguida se entra en otro patio ó claustro que es el del colegio trilingue de que ya hemos hablado: por él se entra al salon donde se conferian los grados de doctor conocido con el nombre de *Paraninfo* En otro tiempo fue este sitio el mas adornado y lujoso de la universidad: para embellecerlo fueron llamados los mas célebres adornistas del siglo XVI. El año de 1518 vino el célebre escultor Bartolomé Aguilar para trabajar en él, en compañía de Fernando de Sahagun: á fines del mismo siglo vinieron con el mismo objeto Alonso Sanchez, y Luis de Medina, tambien célebres escultores.

En el dia ya no le resta al Paraninfo de todo su ornato mas que un artesonado de madera muy deteriorado con molduras que estuvieron doradas, y algunas labores góticas en la parte superior de la pared muy deslucidas y estropeadas. Por el estilo de este salon es la capilla semejante en las molduras y artesonado, lo cual hace creer que pertenecen á una misma época: es bastante lóbrega, á lo que contribuyen sus ventanas abiertas en una pared muy gruesa, y los deslucidos tapices que cuelgan sus paredes. Sábese que los colegiales mayores trataron de hacer una capilla mas grandiosa, y aun mandaron sacar un plano de la fachada que se habia de hacer en la plaza mayor, que era por donde querian darle entrada: dicha perspectiva existía años pasados en el tribunal académico de la universidad. En la capilla mayor que está separada del resto de la iglesia por una gran berja está el famoso sepulcro de Cisneros; á su izquierda hay un gran cuadro que le representa con hábitos pontificales bautizando á los moros de Granada.

La descripcion del sepulcro y la vida del cardenal Cisneros se pueden ver en las páginas 271 y siguientes del tomo 2.° primera série del Semanario.

La biblioteca de la universidad se componia de 4 salas inclusas las reservadas: la primera que es la mayor tenia una estantería de madera dividida en dos cuerpos, quedando entre ambos un tránsito suficiente para alcanzar con mas facilidad los libros colocados en alto; la mayor parte de las obras que contenia la biblioteca eran de autores antiguos principalmente de teologia. Habia ademas una sala que servia de índice; y las otras dos eran reservadas: en una de ellas habia un magnífico esqueleto de cera hecho con tal maestria y exactitud que era justamente la admiracion de los inteligentes. En aquella misma sala

se veian esparramadas diferentes piezas de armadura antigua, un arcabuz de mecha, una ballesta y un casco, los cuales se decia vulgarmente que eran de Cisneros, lo cual no es creible si se atiende el descuido y mal estado en que se hallaban.

En otra piececita contigua se guardaban con alguna mas decencia varios donativos del fundador: entre otras cosas era notable su estandarte de tafetan carmesí, que tremoló á la par del pendon de Castilla, sobre los muros de Mazalquivir y Oran, cuando la España libre ya del yugo agareno fue á vengar su injuria en las desiertas playas de la Libia. Tambien se conservan en aquella misma habitacion las llaves de Oran que regaló el conquistador al colegio mayor, y varias cartas escritas de su puño, en una caja de terciopelo carmesí. Habia ademas algunos idolitos de bronce, una enorme flauta, una coleccion de muestras de los mejores mármoles de España, y dos grandes armarios que servian de monetario, aunque con poquísimas medallas desde la guerra de la independencia, en que desapareció la mucha plata que dejó el colegio mayor cuando su estincion. Frente á la puerta habia un medallon que creo que era de mármol, y en el un busto de Cisneros, que era de lo mas parecido al original. Aquí se custodiaba tambien la famosa *Biblia poliglota complutense* impresa en Amberes á principios del siglo XVI á espensas y por diligencia de Cisneros que gastó sumas inmensas tanto para comprar codices antiquísimos como para pagar á los hombres mas sábios de aquella época, con aquella liberalidad que usaba cuando se trataba de remunerar el mérito y el saber.

Nada diremos acerca de las escisiones que estallaron á fines del siglo pasado entre la universidad y el colegio mayor, escisiones que acarrearon la estincion prematura de este último. Tampoco hablaremos de la órden del gobierno que cerró las cátedras de Alcalá abiertas por mas de tres siglos, pues únicamente nos propusimos hacer una ligera reseña de la parte artística del edificio.

Con todo no podemos menos de lamentarnos con los amantes de las artes de la destruccion de este monumento histórico tan propio para su objeto, condenado á perecer á manos del tiempo, mas tardío sí, pero tan destructor como la piqueta. Quizá dentro de algunos años el viagero no encontrará mas que ruinas informes en el sitio donde existió la célebre universidad de Alcalá de Henares.

V. F.

LITERATURA.

NOTICIAS DEL TEATRO ESPAÑOL ANTERIOR A LOPE DE VEGA.

SEGUNDA ÉPOCA.

DESDE LOPE DE RUEDA HASTA LOPE DE VEGA.

1548. Juan de Mallara nació en Sevilla en el primer tercio del siglo XVI; estudió en su patria gramática griega y latina con el maestro Pedro Fernandez; cursó en la universidad de aquella ciudad filosofía, para lo cual se matriculó en 10 de marzo de 1548. Concluidos sus estudios pasó á visitar las principales capitales y universidades del reino, y regresando á su patria fue en ella maestro de humanidades. Se ignora el año de su muerte y las demas circunstancias de su vida; en el año de 1580 ya habia muerto. De las obras cómicas de este autor solo nos ha llegado la noticia, pues no se imprimieron. Hizo la comedia Locusta que se representó en la universidad de Salamanca, por estudiantes, en el año de 1548. La tragedia de Absalon, segun dice el mismo en su *Filosofía vulgar* impresa en 1568. Rodrigo Caro en sus *Claros varones* M. S. y en las *Antigüedades de Baena*, impresas en Osuna, 1622, cita una comedia de que él conservaba copia, compuesta por Mallara, en verso, en elojio de la Señora de Consolacion, y que con sus discípulos la vino á representar á la espresada villa, año de 1561.

1550. Juan de Rodrigo Alonso, vecino de Segovia, escribió una comedia sobre la vida de Santa Susana, fue impresa en el año de 1550, y se ignora el lugar.

1550. En este año se imprimieron tres comedias en Venecia, con los títulos de Trinusia, Bapnusia, y la Santa; que son sumamente raras, y de autor desconocido.

1552. Pedro Alvarez de Aillon escribió la comedia de Perseo y Tibalda; pero habiéndola dejado por concluir, la acabó Luis Hurtado de Toledo, y la publicó en Toledo, año de 1552.

1553. Un anónimo hizo la comedia de Peregrino y Jinebra, y solo se sabe que existe por el índice de la inquisicion de 1559.

1553. Luis de Avendaño publicó una comedia en el espresado año, cuya impresion se halla sin lugar.

1554. Luis de Miranda, natural de Plasencia, fue militar y despues clérigo; escribió en verso la comedia Pródiga, que se dió á la estampa en Sevilla, por Martin Montesdoca año de 1554.

1554. El bachiller Juan Rodriguez escribió la comedia Florinea, impresa en Medina del Campo por Guillermo de Millís, año de 1554. No la trae Moratin, ni la siguiente.

1554. Alonso de Villegas escribió una comedia que se imprimió en Toledo por Juan de Ferrer, año de 1554.

1555. Hizo un escritor anónimo la traduccion en prosa de las dos comedias de Plauto *Milites glorioso* y los *Menecros*; y las publicó en Amberes por Martin Nucio en 1555.

1558. Farsa sin nombre de autor impresa en Cuenca año de 1558.

1559. Juan de Timoneda, poeta valenciano, y librero. Fue muy celebrado en su época por las obras de pasatiempo que publicó á su costa; y entre ellas algunas suyas, pero encubierto con el anagrama de *Juan Diamonte*. Fue grande amigo de Lope de Rueda, su imitador, y editor de casi todas las obras de aquel injenio sevillano. Las piezas cómicas de Timoneda son las siguientes: en 1559 publicó en Valencia una traduccion de los *Menenos* y la comedia Cornelia. En la misma ciudad, año de 1564 en casa de Juan Mey se dió la coleccion que llamó *Turiana*, y contiene: un entremés: cuatro pasos: una trajicomedia: cuatro farsas; y una comedia. En el libro: *Cuaderno espiritual al Santísimo*, impreso en Valencia, 1597, se insertó el auto de Timoneda, *De La oveja perdida*. Pedro Mey en 1567 imprimió en Valencia un coloquio pastoril de nuestro poeta valenciano. Sus obras son rarísimas.

1560. Tres pasos de poetas anónimos insertos en la coleccion que con nombre de *Rejistro de representantes* coleccionó y publicó Timoneda en Valencia, 1567: están allí todos los pasos de Lope de Rueda.

1560. Andrés de Rojas Alarcon, *comedia de la Hechicera*, impresa en Madrid por Francisco Sanchez año de 1581. No la trae Moratin.

1560. Alonso de la Vega: este poeta fue autor y representante. Segun se conjetura por la coleccion de sus obras, que publicó Timoneda en Valencia en 1566, ya habia muerto en dicho año, y en la misma ciudad. Escribió dos comedias y una trajedia.

1561. Pedro Suarez de Robles hizo *Danza al Santísimo*, que se imprimió en Madrid año de 1561.

1562. La comedia de Serjio de autor anónimo, fue impresa en Venecia en 1562. No la cita Moratin.

1570. El representante Gaspar Vazquez publicó su comedia Constanza, en Alcalá de Henares, por Sebastian Martinez año de 1570.

1572. Pero Hurtado de la Vera, comedia *Dolería del sueño del mundo* que fue impresa en Amberes por los herederos y viuda de Stelsio en 1572.

1573. Pedro Simon Abril, nació en Alcaraz. Fue catedrático de griego en la universidad de Zaragoza, uno sino el primero de los humanistas de su época. Murió por los años de 1589. Se publicaron infinitas obras suyas, pero las cómicas son las siguientes: una traduccion completa de las seis comedias de Terencio por primera vez impresas en Zaragoza, 1577 por Juan Soler: correjidas por el autor en Alcalá por Juan Gracian, 1583: en Barcelona por Jaime Cendrat, 1599; y en Valencia en dos tomos en 1762. Tradujo Abril el Pluto de Aristofanes, y la Medea de Euripides, de cuyas versiones nos queda solo la noticia, la última parece fue impresa en Barcelona año de 1599.

1577. Fr. Gerónimo Bermudez, natural del reino de Galicia, tomó el hábito de la órden de Santo Domingo, y fue catedrático de teolojia en Salamanca. Vivia aun á fines del año de 1589. Este fraile publicó en Madrid, bajo el supuesto nombre de Antonio de Silva, dos trajedias, impresas por Francisco Sanchez en 1577: cuyas dos composiciones fueron colocadas en el tomo 6.° del *Parnaso español.*

1578. Un poeta anónimo publicó la comedia *Metamorfosea* en este año, pero ignoramos el lugar. El Señor Ochoa en su citado *Tesoro* reimprime esta rara comedia en el apéndice, y le dá por autor á Joaquin Romero de Cepeda, no sabemos con que fundamento. Moratin la refiere como de autor desconocido en el citado año de 78, y se remite á un ejemplar que vió y examinó en el convento de Sta. Catalina de Barcelona.

1579. Juan de la Cueva nació en Sevilla de familia ilustre por los años de 1550, y murió en su patria pasado el año de 1606. Sus obras dramáticas se representaron en su patria con general aplauso desde el año de 1579 al de 1580, en la huerta que llamaban de doña Elvira, que es donde en la actualidad existe la iglesia de los venerables. La primera parte de sus comedias y tragedias fué impresa en Sevilla por Juan Leon, 1588: contiene diez tragedias y cuatro comedias. La segunda parte no llegó á publicarse. El Sr. Ochoa ha colocado en el mencionado apéndice dos comedias del sevillano Cueva; el *Infamador*, y *el Saco de Roma.*

1580. Cristobal de Virues, nació en Valencia por los años de 1548. Se dedicó á la carrera de las armas, y se halló en el combate de Lepanto, de sus resultas obtuvo el grado de capitan; despues sirvió en los estados de Milan. Murió despues del año de 1609. Escribió este poeta cinco tragedias, las que fueron impresas, juntamente con todas sus obras poéticas, en Madrid por Luis Martin, 1609.

1581. Andrés Rey de Artieda nació en Valencia año de 1549, estudió leyes en aquella universidad, y en las de Lérida y Tolosa, graduóse de doctor, y obtuvo en la de Barcelona la cátedra de astronomía. Siguió juntamente la carrera de las armas; y se halló en la batalla naval de Lepanto: fué capitan de infantería, murió en su patria en 1613. Sus obras poéticas se publicaron en Zaragoza 1605. Sus composiciones dramáticas están reducidas á tres comedias y una tragedia; y hasta ahora nadie las ha visto, ignorándose si llegaron á imprimirse, escepto la tragedia que lo fué en Valencia en 1581, segun autores de nota.

1582. Joaquin Romero de Zepeda, este poeta imprimió sus poesías en Sevilla en casa de Andrés Pesconi, 1582, y con ellas la comedia *Selvage*; está reimpresa en el apéndice del *Tesoro del teatro español.*

1584. Miguel de Cervantes Saavedra, nació en Alcalá de Henares á 9 de octubre de 1547: estudió las humanidades en Madrid: pasó á Italia en 1569 en donde sentó plaza de soldado: se encontró en el combate de Lepanto, en él fue herido de tres arcabuzazos, de cuyas resultas le quedó manca y estropeada la mano izquierda. Embarcado en Nápoles para volver á su patria en 1575 tuvo la desgracia que á 20 de setiembre del espresado año, cayó en poder de los moros, y fué conducido á Argel. Logró su rescate en 1580, y vuelto á España casó en Esquivias en 1584 con doña Catalina de Palacios Salazar. Estuvo despues empleado en Sevilla mas de diez años, despues se trasladó á la Corte, cayó enfermo y le administraron la extremauncion á 18 de abril de 1616; murió el dia 23 de dicho mes á los 58 años de edad, 6 meses, y 14 dias. Cervantes escribió mucho para el teatro; él mismo cita en su adjunta al Parnaso, impreso en 1614, siete comedias que no se conservan mas que los títulos. En 1615 se imprimieron ocho comedias suyas con otros tantos entremeses, por la viuda de Alonso Martin, Madrid: cuya obra fue reimpresa en 1746 por D. Blas Nasarre. En 1784 el célebre librero é impresor D. Antonio Sancha hizo una edicion del *Viage al Parnaso* de nuestro autor, y le añadió la comedia *Los tratos de Argel*, y la tragedia *Numancia*; obras dramáticas de Cervantes, que por la primera vez veian la luz pública. Segun un apunte del ilustre sevillano Matute, se imprimió en Sevilla por Bartolomé Gomez en 1615 una comedia de Cervantes *de la soberana Virgen de Guadalupe*, que el mismo Matute leyó y la dejó anotada. Nadie dá razon ni cita esta comedia.

1585. Lupercio Leonardo Argensola nació en 1565 en la ciudad de Barbastro, de padres nobles: estudió las humanidades en compañía de su hermano Bartolomé. Fué secretario de la Emperatriz María de Austria, gentilhombre del archiduque Alberto, y cronista del reino de Aragon. Pasó á Nápoles al servicio del virrey D. Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemus; murió en dicha iudad año de 1613. A la edad de veinte años vió representar en Zaragoza tres tragedias que habia compuesto; una de ellas llamada *La Filis*, aun no se ha impreso; las otras dos lo fueron por primera vez en el tomo 6.° del *Parnaso español*, publicado por Sedano en Madrid, año de 1772.

1587. Gabriel Laso de la Vega, este poeta escribió dos tragedias y las insertó en su romancero, que fué impreso en Alcalá de Henares por Juan Gracian año de 1587.

Siendo nuestro objeto dar una reseña cronológica de los autores y composiciones del teatro español anterior á *Lope de Vega*, creemos que aqui deben parar nuestros trabajos, cuando ya en esta época contaba aquel fecundo escritor veinte y cinco años, pues nació en 1562, y por tanto debe colocarse en seguida del último poeta cómico de que hemos hecho mencion.

JUAN COLON Y COLON.

COSTUMBRES ANDALUZAS.

VOTOS Y JURAMENTOS.

PARTE SEGUNDA.

Está la calle sombría,
solitaria y sin rumor;
no se escucha del cantor
la dulcísima armonía.

Nada en torno de ella suena;
no turba el son amoroso
el fantástico reposo
de aquella noche serena.
Ni el viento como antes zumba,
porque ora débil suspira;
ni la mar inquieta gira,
ni en las arenas se tumba.
Que al soplo del manso ambiente
sus flotantes aguas riza,
y allá en la playa desliza
sus ondas lánguidamente.
¡Cómo esperar que esta calle
quedase de amores muda,
que si es la misma se duda
ó acaso un desierto valle!
Solamente en su ventana
Clara entre flores está,
meditando en lo que vá
desde un ayer á un mañana.
Recuerda, y alcanza á ver
se marchitaron sus flores,
y volaron sus amores
para acaso no volver.
Y aquel proceder impío
le arranca abundante lloro,
de ricas perlas tesoro,
de aquellas flores rocío;
Y exhala tan dulce aroma
la misteriosa ventana,
cuando en vez de la mañana
por ella Clara se asoma,
Que confunde los olores
su imágen de amores muda,
de tal modo que se duda
si es su aliento ó son las flores.
Allí al acabarse el dia
un recuerdo la llevaba,
y siempre por él tornaba
cuando la noche volvía.
Y solo ardientes suspiros
eran allí su consuelo,
suspiros que el aura al cielo
llevó en invisibles giros
Mas pudo á tanto llegar
lo que Clara suspiró,
que su padre la escuchó
en silencio sollozar:
Y diz que dejando el lecho
se acercó á saber su pena,
con la mirada serena
y con temor en el pecho.

—

¿Qué tienes tú, Clara mia,
(le pregunta Esteban Sierpes.)
por qué estás á la ventana
y con ese sonsonete?
¿Qué demonios te ha *pasao*?
cuéntamelo, aquí me tienes.
— Padre mio,.... no era *ná*,
estoy tomando el ambiente,
que fresco desde la mar
hasia esta ventana viene. —
— ¿Y esas lágrimas, *Clariya*? —
— ¿Estas lágrimas?... *á veses*
sin saber porque ni como
se me *hasen* los ojos fuentes. —
— Y los suspiros que dabas
son tambien de los de *á veses*? —
— Si señó. —
— ¿Y esa carita
que de vigilia *parese*
á *veses* así la pones
lo mesmo que ahora la tienes? —
— Si señó. —
— ¿Sabes que digo? —
— ¿Qué, padre mio? —
— Que mientes
— No señó. —
— Digo que sí,
y malos *mengues* me *yeven*
á la rastra de un *buchi*
si me has dicho lo que sientes. —
— Sí, padre. —
— Sobre que nó....
yo diré por donde viene
el viento que así te pone....
y permita dios no *yegue*
á mis *piños* el *maurró*
si no *asierto* lo que tienes. —
— No quiera el *sielo* señó
que usté mis penas *asiente*....,
ni me pida usté tampoco
que yo misma se las cuente. —
— Sobre que yo bien *desia*
no era aquello lo que sientes,
ni que esas lágrimas eran
tampoco de las de á *veses*.
Tu en la ventana al sereno
con achaque del ambiente,
tu *yorando* y suspirando
en tanto tu padre duerme...
Vamos claros, dí, muchacha
lo que te aflige y te duele;
suelta sin miedo la *muy*,
y no sigas en tus *trese*,
porque ya sabes que soy
tu padre, y me *yaman Sierpes*. —
— Y si despues que lo diga
de saberlo se arrepiente? —
— Arrepentirme? ¿y por qué!
— Porque es mi pena de suerte
que *alcansa* á nosotros dos,
y así padre no se empeñe
en saber secretos mios....
— Muchacha! pues aunque fuesen
los secretos mas ocultos
de *toa* la cristiana gente. —
— No quiera usté que los diga. —
— Si quiero, y erre que erre. —
— Por Dios, padre —
— No hay remedio. —
— Y si os pesa? —
— Que me pese. —
— Y si luego....
— Vamos presto
que ya la sangre me *yerve* —
— Pues *entoses* sepa usté....
y aquí Clara suspiró,
y á su padre refirió
de sus cuitas el por qué.
Y despues siguió llorando
de angustia y dolores llena,
y al ver su estremada pena,
dijo *Esteban* murmurando. —
— Tiene *rason* la muchacha,
y pues que *yora*, lo siente.
Es *meneste* que su padre
la perdone y la remedie.
Vete, Clara, á descansar
porque el dia andando viene,
y yo te pondré mañana
donde mas flores no entregues. —
Y despues que quedó solo
puesta la mano en la frente
dijo, con muestras de enojo
y con acento solemne,
— Yo haré te vuelva la flor
ese *chaval* insolente,
y sino que se prepare
y la *fila* se encomiende,
porque he de perder mi nombre
sino le pinto un *javeque*.

—

Apaga su lumbre el sol
en el lejano horizonte,
y las nieblas á su luz
se despliegan é interponen;
Jime el viento, y de las olas
el igual sonante choque,
son los ecos que acompañan
allá en la playa la noche.
Recatado, silencioso
discurre por ella un hombre,
y cuya planta se duda
si acaso en la arena pone,
Porque cruza tan veloz
rasgando las sombras dobles,
que se ignora si es el viento
ó si es un hombre que corre.
Al verle pasar, digeron
las viejas supersticiones
si era un trasgo, ó si eran dos
que giraban uniformes;

ó algun fantástico ser
de los que no tienen nombre
que llevaba algun mensage
tampoco se sabe á donde.
Pero es miedo lo que lleva,
porque le sigue otro hombre
que hace tiempo le persigue,
y su objeto se le esconde.
Andaba errando por plazas
y torcidos callejones,
y siempre su incierta ruta
iba siguiendo aquel hombre.
Pero ya estan en la playa,
y sin trabas que lo estorven
el remedio de su espanto
el primero en sus pies pone.
Mas el segundo corrió
al ver que el primero corre,
y ya cerca dice «*Lucas*»
y ambos quedaron inmobles.
— Que se *ofrese?* —
— Dos palabras. —
— Pues á desirlas muy presto. —
— Me *conose V., compare?*
— Conoserle? No por *sierto.*
y no se arrime usté tanto
porque sino... nos veremos. —
— Pues *asérquese* usté aquí. —
— Asercarme yo? no quiero
que tiene usté mala cara —
— Pues entonses yo me aserco. —
— Jesucristo! no se arrime
sin *rezar* un padre nuestro. —
— Un padre nuestro, y por qué? —
— Porque yo soy muy tremendo
si le llego á echar á alguno
de verás los *sinco dedos.*
— Sabe usté lo que le digo? —
— Que es lo que *dise?* —
— Que pienso
esta usté sino me engaño
pirrándose de canguelo.
— Yo canguelo no señó:
quiere usté ver al momento
como *yamo* con mi arrojo
hasta en las puertas del *sielo?*
¿quiere usté ver como arranco
de los mares los *simientos*
y luego con *eyos* corro
mas *velós* que el mismo viento?
¡Ay compare! usté no sabe
como las gasta *Moreno*
— Y usté no sabe cual es
de Esteban Sierpes el genio? —
— Madre mia! será usté
Esteban Sierpes? —
— El mesmo. —
Dijo Esteban acercándose
al arrogante mancebo.
— No me toque usté á la ropa
porque mi ropa es de fuego. —
— No es á la ropa, compare,
donde tocarle yo quiero.
usté conose á mi Clara? —
— Si señor; ¿y qué tenemos?
— Usté la entonó cantares? —
— Si señor, y de los buenos. —
— Y usté rondó por mi *caye?*
— Si señor, si bien recuerdo. —
— Y por que dejó la ronda,
sus cantos y sus requiebros? —
— Porque me puse muy ronco
de estar de noche al sereno —
— Y usté *conose* este *laso?* —
— Este *laso*: ¡Dios eterno! —
— No sabe usté de quien es? —
— Si señor, de mi sombrero. —
— No entiende usté lo que pide!
— Yo!... no *soñó*, no lo entiendo. —
— Pues yo se lo esplicaré
sin andar con mas rodeos.
Está pidiendo se cumplan
unos cuantos juramentos
que una noche á una mujer
en la ventana se *hisieron.*
Esta pidiendo una flor
que un hombre sin fé y sin freno,
en otra noche arrancó
á *fuersa* de amantes ruegos.
La mujer es hija mia,
el hombre es Lucas Moreno,
y si el último no cumple
sus votos y juramentos,
que encomiende su alma á Dios
y se cuente entre los muertos. —
Calló Esteban, y siguió
á sus voces el silencio.
Lucas Moreno vacila
entre el temor y el deseo:
ignora que responder;
pero al mirar lo resuelto
que Esteban busca el bolsillo
y saca de él.... un pañuelo,
Pensando que era otra cosa
dió un salto hácia atrás, diciendo. —
Eh! ¡compare! no hay por qué,
yo me caso, no hay remedio,
venga esa mano de amigos
y envaine usté ese *asero.*
Pues no quiero que s· diga
de Lucas en ningun tiempo,
que *desoyó* las *rasones*
de *Esteban Sierpes* su suegro.
— Asi le quiero yo á usté,
y asi acaba nuestro pleito.
Vámonos *hasia* mi casa,
y tírvale á usté de ejemplo
que el hombre debe cumplir
sus votos y juramentos.

T. Rodriguez Rubi.

EL MONASTERIO DE YUSTE (1).

El monasterio de San Gerónimo de Yuste, situado en el centro de la Vera de Plasencia, dista de esta ciudad siete leguas por la parte de Oriente, y es célebre por haber servido de retiro, donde murió el emperador Cárlos V, despues de la renuncia que hizo de sus varias coronas. Está al pie de la sierra negra, elevada, compacta y sin hendiduras que le defiende de los aires del norte en un terreno vivo, montuoso y lleno de perenes raudales de agua, que ha en aquella mansion deliciosa, variada en la vejetacion, y saludable.

El edificio puede considerarse como la reunion de tres cuerpos, todos con entrada principal independiente ademas de la interior y que mútuamente los comunica. Estos son el convento, la iglesia intermedia y el palacio al frente y medio dia.

Al primero se entra por una gran puerta, intermedía una plazuela que separa á su izquierda la hospedería del convento propiamente dicho. Aquella es una casa regular y cómoda; el convento en su centro tiene un patio cuadrado que tendrá aproximadamente sobre cuarenta y cuatro pasos de largo, y diez de ancho desde las paredes laterales hasta los arcos que son de piedra de granito bien trabajados y sostenidos por columnas de la misma materia. Sobre este se halla otro en un todo correspondiente y simétrico donde tienen la entrada las celdas y el coro. Se observa en sus restos mucha regularidad, solidez, elegancia y gracia en las medias cañas, y medallas trabajadas con bastante inteligencia y esmero. Fue abrasado por los franceses el año 10 con todas las demas dependencias, el molino harinero y el lagar de aceite, para cuyos ingenios y huerta tiene un canal de agua superabundante. Despues de la guerra de la independencia los monges redificaron gran parte del convento provisionalmente.

(1) *En el tomo primero del Semanario* (1836) *se insertó un artículo sobre este célebre Monasterio, que carecia de exactitud; y en justa reparacion ofrecemos el presente, escrito por un testigo ocular y juicioso.*

La iglesia que por su elevacion se salvó del incendio, preservando juntamente al palacio, consta de una sola nave muy espaciosa y con bóveda de piedra. En las paredes colaterales se hallan arcos entrantes con altares donde se celebra misa. En el testero á la parte de Oriente, está el altar mayor á donde se sube por cinco gradas envaldosadas de azulejos. Bajo estas gradas se forma un pequeño oratorio, en cuya bóveda de ladrillo se halla suspendido de argollones y fuertes cordones de seda el ataud esterior donde en el mismo sitio se depositó el cadáver de Cárlos V. A los pies de la iglesia sobre el ancel de la puerta principal tiene un coro bastante espacioso con sillería de nogal muy bien trabajada, con algunos bajos relieves alusivos á la venida del emperador á aquella casa. Su venida fue en medio de un numeroso concurso de gentes del pais que habian acudido al ruido de los preparativos que para recibir al nuevo huésped se hacian, y que se disputaban el agarrar de la silla de manos en que le condugeron, pues carruage ni aun hoy admite el terreno. Los de Cuacos, en cuya jurisdiccion está situado el monasterio, le transportaron desde lo alto de la sierra, en premio de cuyo trabajo pidieron vino, y le bebieron en tanta abundancia que embriagados como cueros dieron motivo á que asi se les retratase en uno de los respaldos de las sillas del coro.

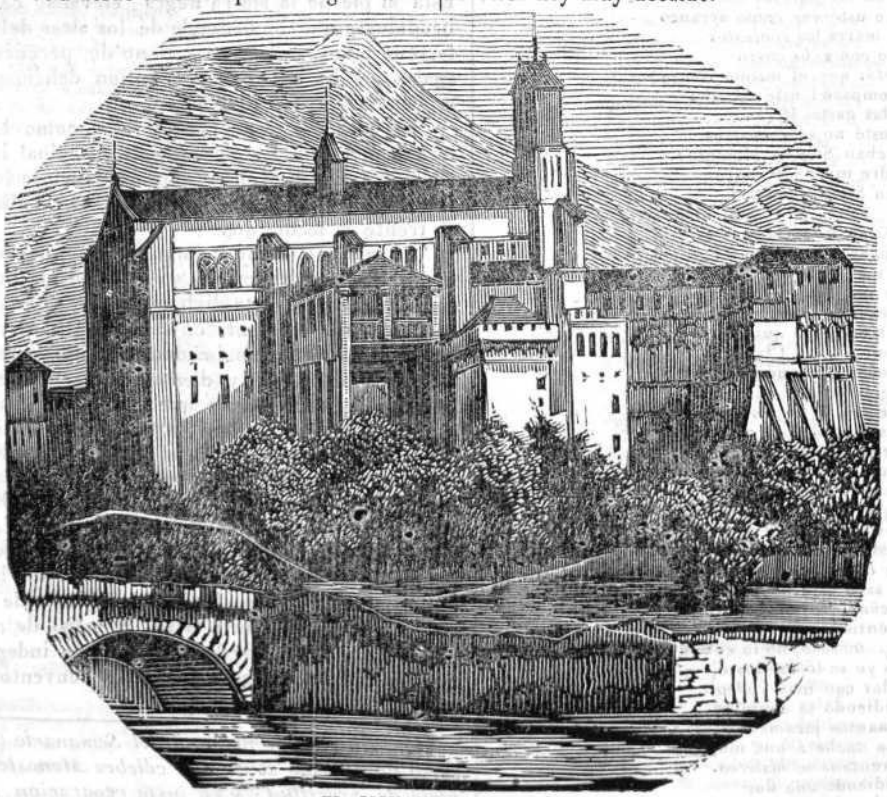
El prior alojó con la mayor magnificencia posible al forastero en su palacio, donde tuvo una mesa regalada y abundante, conservándose para ella acotados los gargantizos muy abundantes en truchas, y en una palabra lo mas rico y selecto de las esquisitas producciones de toda la Vera.

El palacio tiene dos pisos con salones espaciosos, techos artesonados, y la posible comodidad.

La cama donde dormía y murió el emperador, estaba colocada en una espaciosa alcoba pared por medio del altar mayor, que se veia desde la cama por una gran ventana abierta en el lado de la epístola: y forman un contraste muy notable *el lecho de ceniza* en que los aduladores de aquella época suponen murió Cárlos V los magníficos adornos de su gabinete, entre los que existen espejos de cuerpo entero con anchos marcos de ébano y florones esquisitos de bronce dorado á fuego. Tambien dá un testimonio irrefragable de la vida penitente, silenciosa y solitaria de nuestro monge la azotea que la ciudad de Plasencia edificó á sus espensas, con un magnífico espolon (hoy muy deteriorado) que sobre un arco se elevaba hasta la azotea, desde la puerta esterior del jardin: por esta salia de paseo á caballo por no consentir ruedas la fragosidad del terreno. Aun se conserva inmediata á la columna izquierda ó entrada á la azotea la banqueta de piedra, de que usaba para ponerse á caballo. En ella está el falsete por donde entraba al coro. Al jardin dan vista todas las luces del palacio y azotea. Es magnífico y espacioso, tenia muchos cipreses, hermosas calles y laberintos de bosques. Un gran estanque abundante en tencas, árboles frutales de todas clases, y muchos de espino particularmente naranjos.

El convento tenia rentas muy pingües y dehesas de mucho valor, pero unas pasaron al del Escorial con los restos mortales del emperador, y otras han sido enagenadas por los monges. Tiene aun heredades primorosas de olivos y viña con bastante tierra de regadío, en una heredad no lejos del monasterio llamada la Granja, y aun en las inmediaciones de la misma casa. El Sr. Tarrius compró esta con sus adyacencias por los años de 21, mejoró mucho sus viñas y olivares antes y despues descuidados, y aun proyectaba poner en él una fábrica de sedas, como la de Talavera.

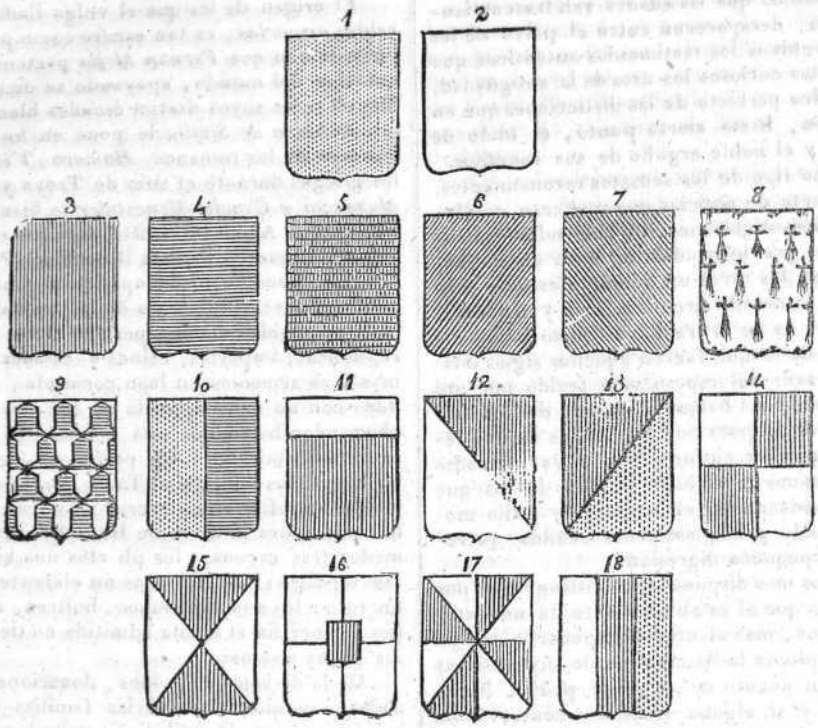
Proyecto grandioso que hubiera reportado utilidades intelectuales á la Vera, y correspondientemente fomentado y mejorado este abundante género de riqueza é industria hoy muy decaido. N. P. T.



EL MONASTERIO DE YUSTE.

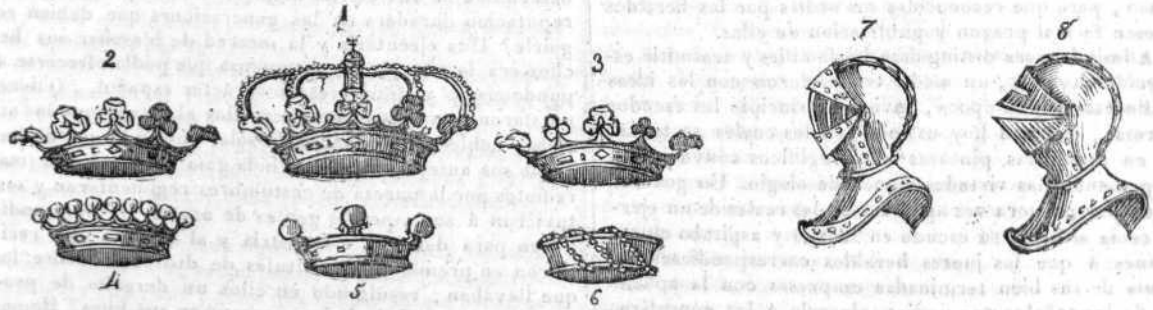
MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.

CIENCIA HERALDICA.



ESPLICACION.

Núm. 1. *Oro* ó amarillo.
2. *Plata* ó blanco.
3. *Gules* ó rojo.
4. *Azur* ó azul.
5. *Sable* ó negro.
6. *Púrpura* ó violado.
7. *Sinople* ó verde.
8. *Arminios.*
9. *Veros.*
10. Escudo partido.
11. Cortado.
12. Rompido.
13. Tallado.
14. Cuartelado.
15. Flanqueado.
16. Sobre el todo.
17. Gironeado.
18. Terceado en faja ó palo.



ESPLICACION.

Núm. 1. Corona real.
2. Id. de duque.
3. Id. de marques.
4. Id. de conde.
5. Id. de vizconde.
6. Id. de baron.
7. Morrion de noble de solar.
8. Id. de noble particular.

DEL ARTE HERALDICA.

A medida que las edades van trascurriendo, desaparecen entre el polvo de los archivos los testimonios auténticos que pudieran revelar á los curiosos los usos de la antigüedad, y presentar un cuadro perfecto de las distinciones que en un tiempo formaron, hasta cierto punto, el ídolo de nuestros guerreros y el noble orgullo de sus caudillos.

La historia, único tipo de los sensatos razonamientos, carece en mucha parte de noticias que pudieran conducirnos á profundas investigaciones, no habiéndose estampado mayores datos, por ignorados los unos de los escritores, y por exigir los otros un detenido estudio para hablar de ellos con la debida circunspeccion y madurez.

No de las letras, no de la tradicion debemos deducir tan solo congeturas de lo que fueron aquellos siglos misteriosos en que á través del espeso velo tegido por mil generaciones, pretendemos hallar la verdad de los hechos para conducirlos despues por las huellas de una legítima revelacion, porque circunscritos á ya marcadas pautas solo conseguimos reproducir la idea de los que nos precedieron, cambiándolas en lenguage y estilo moderno, pero divagando prodigiosamente cuando queremos realizar la mas pequeña digresion.

Nuestros antiguos mas dispuestos á distinguirse por acciones memorables que al establecimiento de un sistema social conservador, mas afectos á empuñar la espada que á trazar con la pluma la descripcion de sus heróicas hazañas, descuidaron cuanto de su parte podian hacer para perpetuarse, y si alguna tradicion conservamos en ciertos estremos, ha sido merecida á las artes principalmente á la pintura y escultura, fieles como la historia en geroglíficos y simbólicos monumentos.

Aunque desde los cartagineses estaba en uso este sistema de tradicion, los romanos le perfeccionaron en alto grado, y continuándose por los godos se mantuvo y aun conservó en toda su fuerza durante los tiempos del feudalismo. El valor y la galantería aplicaron aquellos signos á sus particulares acciones, y de aquí tomó origen el arte de *Armerías* llamado despues del *Blason* de la voz alemana *Blasen* que significa sonar la trompeta, porque de este modo se anunciaba la llegada de los caballeros al torneo, para que reconocidas sus armas por los heraldos hiciesen formal pregon y publicacion de ellas.

Admitido para distinguirse las familias y trasmitir esclarecidas hazañas, un medio tan conforme con las ideas caballerescas de la época, tuvieron principio los escudos de armas, que aun hoy usamos, en los cuales se trazaban en ordenadas pinturas los geroglíficos convenientes á representar las virtudes dignas de elogio. Un guerrero que por primera vez aparecia en los reales de un ejército ceñia al brazo su escudo en blanco y aspiraba en sus acciones á que los jueces heraldos correspondiesen en premio de sus bien terminadas empresas con la aplicacion de las señales que podian elevarle á las consideraciones de la nobleza; pues como dijo Calderon:

A merced de los reyes,
Que labran de los méritos las leyes,
Los valientes soldados
Para ser en la guerra señalados
Orlaron con gloriosos intereses
De empresas y divisas sus paveses:
Cuyas jactancias sumas
Emularon despues bandas y plumas;
Porque el ser conocidos
Los obligase á ser mas atrevidos:
Que el empeño es mayor cuando el empeño
Vá en sus señas diciendo, *este es mi dueño.*

El origen de las que el vulgo llama *armas* y los heraldos *armerías*, es tan oscuro como puede deducirse del empeño con que *Fernan Mejía* pretende remontarse á la creacion del mundo, apoyando su dictámen en que San Miguel y los suyos usaron escudos blancos con cruces rojas. *Diodoro de Sicilia* le pone en los egipcios, *Marcos Vulson* en los romanos, *Homero*, *Virgilio y Plinio* en los griegos durante el sitio de Troya y los doctos padres *Musancio y Claudio Menestrier* le fijan en los torneos celebrados en Alemania en 919 durante el imperio de Enrique I duque de Sajonia llamado el Pajarero.

Esta divergencia de opiniones contribuye poderosamente al acrecentamiento de las tinieblas en que se oculta la apetecida verdad; pero lo cierto es que diferentes repúblicas, imperios, reinos y estados tuvieron sus armas. Los armenios un leon coronado, los asirios una ballena con un niño montado en ella: los atenienses una lechuza: los babilonios una paloma en representacion de su reina Semiramis: los persas un águila: los egipcios un buey: los hebreos el Tau ó sea la letra T como señal y figura profética de la cruz: los lacedemonios una V: los macedones la clava de Hércules entre dos astas: los medos tres coronas: los partos una cimitarra: los scitas un rayo: los africanos un elefante, los cartagineses un toro: los romanos lobos, buitres, minotauros, javalíes, y por fin el águila admitida en tiempo de Mario: y los godos una rosa.

De la division de reinos, donaciones de villas y ciudades, reuniones de varias familias por matrimonios, servicios al estado y glorias particulares de los ciudadanos, resultó la multiplicacion de insignias y distintivos estampados sobre sus respectivos escudos, usándolos los nobles en sus sellos, enterramientos, anillos y reposteros y sobre las portadas de las casas solares y palacios donde los contemplamos hoy como un simple adorno, atribuyendo tal vez algun ridículo suceso al emblema de una alcurnia respetable.

Durante los siglos en que el uso de las armerías estuvo en todo su vigor, tuvieron los soberanos un tesoro inagotable de que disponer: ¿qué de empresas no acometia el hombre por llegar á distinguirse y legar á sus descendientes una eterna memoria de sus proezas y una reputacion duradera en las generaciones que debian seguirle? Una ejecutoria y la merced de blasonar sus hechos era la mas grata recompensa que podia ofrecerse al pundonoroso y desinteresado carácter español. ¿Quiénes prestaron mas importantes servicios al estado que los antiguos nobles denominados de solar conocido que disfrutando sus antepasados de la hida guía en los siglos mas remotos por la pureza de costumbres regimentaron y sostuvieron á sus espensas gentes de armas, y los acaudillaron para defender á la patria y al trono? ¿No recibieron en premio nuevos títulos de distincion sobre los que llevaban, resultando en ellos un derecho de propiedad que á su fallecimiento recayó en sus hijos? Hemos hecho esta corta digresion para probar aunque superficialmente la criminalidad que pesa sobre el desnaturalizado que sepulta en rancios pergaminos las glorias de sus mayores sin consagrarlas un leve recuerdo de amor y veneracion, y para asegurar que en nuestro sentir no es una aristocrática impertinencia la del hombre que ostenta sus blasones, siempre que para apoyo luzcan en él la probidad, el mérito y la virtud. ¿Si los duques, mar-

queses, condes y barones perpetuan sus títulos en sus sucesores, ¿serán de peor condicion los demas nobles? opinamos que estas distinciones como recuerdos históricos y honor de las familias deben conservarse y trasmitirse á los venideros, pero nunca para vejar con ellas á la masa general del pueblo, ni adquirir á su abrigo prerogativas con perjuicio de las demas clases de la sociedad.

Establecidas las reglas de armería, y reducidos á leyes sus preceptos se perfeccionó la grande obra del Blason dirigida por los heraldos y bajo los auspicios de los soberanos; y desde entonces dejaron de ser vagas como hasta aquella época las facultades con que cada cual se investia para blasonar sus hechos. Los heraldos que hoy se nombran cronistas y reyes de armas, eran jueces en la materia, y sus dictámenes y resoluciones tan sagradas como ahora se contemplan á pesar del trascurso de algunos siglos.

Los metales, colores, forros y figuras de animales y otros objetos por sus inclinaciones y usos respectivos forman la parte mas principal de esta ciencia heróica. Llámanse esmaltes al oro y á la plata correspondiendo al primero el color amarillo, y al segundo el blanco. Los colores se dicen *Gules* por el rojo, *Azur* por el azul; *Sable* por el negro; *Púrpura* por el violado y *Sinople* por el verde. Y los forros son, *Arminios* por el blanco y negro, y *Veros* por el blanco y azul: diferenciándose estos metales, colores y forros segun la direccion de las líneas de su sombra.

Los metales y colores tuvieron diferentes denominaciones entre los reyes y los títulos llamándose por los primeros, segun el órden con que van estampados *Sol*, *Luna*, *Marte*, *Júpiter*, *Saturno*, *Mercurio y Venus*, y por los segundos *Topacio*, *Perla*, *Rubi*, *Zafiro*, *Diamante*, *Amatista* y *Esmeralda*.

El *Oro* significa justicia, benignidad, clemencia, nobleza, riqueza, caballería, gravedad, amor, larga vida, poder y constancia; y los que le usan en sus armas estan obligados en ley de buenos caballeros á hacer bien á los pobres y defender á los príncipes.

La *plata* indica virtud, humildad, inocencia, felicidad, pureza, templanza, verdad, limpieza, integridad y vencimiento sin sangre; siendo obligados los que de este metal blasonan á defender las doncellas y amparar los huérfanos.

El *gules* ó rojo la caridad, valentía, nobleza, magnanimidad, valor, atrevimiento, intrepidez, alegría, victoria, ardid, honor, generosidad y vencimiento con sangre; y los que le estampan en su escudo deben socorrer á los oprimidos por injusticia.

El *azur* ó azul, la justicia, alabanza, dulzura, nobleza, perseverancia, y lealtad; y los distinguidos con él estan obligados á servir con desinterés á sus Reyes.

El *sable* ó negro, prudencia, duelo, sabiduría, ciencia, honestidad, constancia, secreto y muerte; y los que le usan deben socorrer á las viudas, á los huérfanos y á la gentede letras.

La *púrpura* ó violado significa la templanza, devocion, nobleza, soberanía, recompensa de honor, tranquilidad, dignidad y autoridad; y los que le usan deben socorrer á la religion y sus ministros siempre que padezcan siendo virtuosos.

El *Sinople* ó verde, esperanza, honra, cortesía, abundancia, amistad, servicio y respeto; y los que de él blasonan deben amparar á los paisanos y labradores, huérfanos, y pobres que estan oprimidos.

El *arminio* que como forro se pone en armería se usa desde que Bruto (hijo de Silvio)le adoptó por distintivo tomándole por de buen agüero al hallar un dia sobre su escudo uno de los animales llamados por aquel nombre En el blason significa inclinacion á caminar por mar y tierra, y Fernando V de Aragon instituyó una orden en que los caballeros usaban un collar con un arminio y el epígrafe *Malo mori quam fœdari*.

Los Veros parecidos á unos vasos ó copas de vidrio traen su orígen de un animal de varios colores semejante aun gato de quien los latinos digeron *Varius á varus coloribus* y que por corrupcion de la voz degeneró en la de *Veros*. Significan dignidad, y Cárlos Martel instituyó una órden de caballeria de *Veros* cuando venció á Abderramen.

Los animales representan distintos hechos segun las particulares inclinaciones de cada cual.

El *leon*, vigilancia, autoridad, dominio, magnanimidad, magestad y terror.

El *leopardo* valor y esfuerzo guerrero. *La pantera*, braveza, fiereza, ligereza y variedad. El *grifo* (fabuloso) fuerza, prontitud y ardiente vigilancia. *El ciervo* prontitud, ligereza, temor y recelo. El *unicornio* la castidad, fuerza y velocidad. El *javalí* el atrevimiento y valor inconsiderado. El *lobo*, el guerrero y encarnizado devorador de enemigos con vencimiento y despojos. El *oso*, el hombre magnánimo y generoso. La *zorra* la sagacidad y entendimiento. El *caballo* es símbolo de guerra, prontitud, imperio, y mando. El *camello* el trabajo y la riqueza. El *buey*, el trabajo, abstinencia y fertilidad. El *carnero*, *oveja* y *cabra*, guerra y atrevimiento porque los antiguos hacian arrojar en las fronteras por mano de un heraldo un carnero cuando declaraban guerra á otro reino. El *perro* la vigilancia, fidelidad y celeridad. El *gato*, el *conejo* y la *liebre* la libertad, temor, fecundidad y soledad. El *elefante*, la dulzura, opulencia, fuerza y magestad. Y *la aves* en general la libertad, ligereza, prontitud, presteza y temor.

Los objetos inanimados dan tambien materia para ilustrar el blason de las familias.

Los *instrumentos de música* son geroglíficos de la concordia, amor y alabanza que debemos á Dios.

Los *castillos* grandeza y elevacion, asilo y salvaguardia. Las *torres* constancia, magnanimidad y generosidad. El *puente* la alianza. El *pino* la perseverancia. El *roble* la mas venerable antigüedad. La *palma* victoria. Los *árboles* en general lealtad y fidelidad. Las *llaves* reposo, seguridad, y tranquilidad. Los *martillos* la guerra. Las *calderas* descendencia lejítima de ricos-homes, hoy grandes de España. El *áncora*, esperanza, seguridad y firme confianza. Y el *compas* la equidad, sabiduría y prudencia.

Las figuras quiméricas tienen tambien su significado como el *centauro* que demuestra el silencio. La *harpía* la avaricia, pleitos y cizañas. Y la reunion de muchos animales, el amor lascivo.

Para reducir á terminos técnicos las voces que pueden usarse en el blason se formó un diccionario tan estenso como el curioso podrá ver en la ciencia heróica de Avilés y en la adarga catalana de Garma y Duran. Dícese *afrontado* de lo que se pone de frente: *agedrezado ó jaquelado* lo que guarda figura de agedrez: *bandado* de lo que tiene bandas: *cordado* de los instrumentos de cuerdas y arcos de flechas, y un sinnúmero de palabras por este estilo.

Las demas partes de que se compone el arte heráldica exigen para su comprension un estudio detenido, siendo necesarios sus conocimientos al político, al literato y á cuantos quieran aclarar las revelaciones que el blason nos muestra en misteriosos geroglíficos.

El blason enseña á no colocar nunca esmalte sobre esmalte ni color sobre color, y á distinguir los escudos por sus distribuciones. (Véase la 1.ª viñeta.)

El escudo se coloca sobre una targeta ó adorno cualquiera al gusto del que le usa, en atencion á haberse asi acostumbrado de un siglo á esta parte; pero la insignia que le corona no deja esta libertad, porque cada clase lleva la suya. Los reyes, grandes y títulos usan corona. Los nobles de sangre y solar conocido morriones abiertos; y los de privilegio y egecutoria cerrados pero ambos adornados con plumas y colocados mirando al frente ó á la derecha del escudo, porque siendo á la izquierda se llama *contornado*, y pertenece solo á los hijos bastardos. Las coronas y morriones propios de cada categoría están demostrados en la 2.ª viñeta.

El arte del blason es de la mayor utilidad, y los que se dediquen á su estudio hallarán satisfechos sus deseos en los tratados de Avilés, Garma y Duran, Argote de Molina, Otálora, Fernan Mejia, Moreno Vargas, Ocariz, Castro y Salazar, Guardiola, P. Menestrier y otros muchos. De su exámen pueden deducirse, como dejamos notado, consecuencias muy interesantes y noticias dignas de saberse y perpetuarse. Por lo mismo es de lamentar que siendo una ciencia tan necesaria y que tanto ilustra, no haya merecido un lugar entre las cátedras del ateneo ó del instituto español. Bien conocemos que son muy pocos los que se hallan adornados de los requisitos indispensables para regentarla, porque la complicacion del arte heráldica presenta al parecer infinitos obstáculos, pero estos logran vencerse, sin graves dificultades, como nosotros lo hemos conseguido con el estudio y la constancia.

En una época feliz para España, porque las acciones distinguidas y caballerescas de sus hijos la inmortalizaron é hicieron respetar del mundo que con admiracion la contemplaba, se estimaba en mas una distincion de armería que cuantos tesoros se han estraido de las entrañas de la tierra. Las vicisitudes de las cosas humanas nos han hecho conocer por la esperiencia lo perecedero de las riquezas con que los hombres pretenden elevarse sobre sus semejantes, y al propio tiempo nos acreditan que un nombre sin mancilla y una reputacion adquirida entre laureles pasa á la posteridad aun combatiendo con la miseria, porque á pesar de cuantas reflexiones quieran hacerse, estamos convencidos de que el mérito personal hace mas partidarios que el que nace de la posesion de caudales, porque el primero se sobrepone á la muerte, y el segundo arrastra en su desaparicion todas las consideraciones que dispertaron sus respetos.

ANTONIO DE IZA ZAMÁCOLA.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ENTRADA DE FELIPE II EN SEVILLA.

La rebelion que los moriscos del reino de Granada suscitaron por los años de 1569, obligó á que el rey D. Felipe II moviese us tropas, y envió para la apaciguacion á su hermano Don Juan de Austria; el rey bajó hasta Córdoba en donde celebró cortes; estando en dicha ciudad recibió aviso de Sevilla, instándole para que con su presencia honrase una de las mas ricas capitales de su monarquía. El rey agradecido al regimiento y cabildo de tan ilustre ciudad, contestó que concluidos los trabajos de la guerra pasaría allá; con efecto por abril del año de 1570 se empezó á susurrar la visita del rey, y entonces se empezaron todos los preparativos de tan solemne recibimiento; anuncio que se hizo en la plaza de S. Francisco con atabales y trompetas. Por aquellos dias envió el rey desde Córdoba para que fuese asistente de Sevilla á D. Fernando Carrillo de Mendoza, conde de Priego: habiendo llegado á la ciudad consultó á su cabildo el que comisionó para cuanto hubiese que disponer de adornos y demas regocijos, al veinticuatro Francisco Duarte, factor de la caja de la contratacion. Determinóse que la entrada fuese por la puerta de Goles (desde entonces real), pues hubo varios inconvenientes para que fuese por la de la Macarena, por donde habian entrado siempre los reyes.

El sábado 29 de abril del año de 1570 durmió el rey D. Felipe II en la Rinconada, pueblo pequeño; y al domingo dia siguiente pasó á S. Gerónimo en donde oyó misa y comió. Cuando el asistente fue el sábado á besarle la mano en la Rinconada, le mandó tuviese barcas en el rio, para navegar por él hasta la Bella-flor; todo se puso en órden de modo que á las cuatro de la tarde del domingo flotaba una magnífica barca junto á la orilla que dá á S. Gerónimo. Embarcóse el rey, dió un buen paseo en el barco, y volvióse á dormir al espresado convento; mandando al factor Duarte que le aguardase al dia siguiente en el mismo sitio, dia primero de mayo. Llegó el nuevo dia, y el rey volvió á embarcarse, acompañado del prior Don Antonio, caballerizo mayor; el duque de Feria, capitan de la guardia; el conde de Chinchon, mayordomo; Don Rodrigo de Mendoza, y D. Diego de Acuña, gentileshombres de cámara, y el factor Duarte, el cual era el que esplicaba al rey todo cuanto se descubria desde la barca, ya de edificios ó de tierras. Desembarcó toda la comitiva en la otra banda donde es el monasterio de cartuja de nuestra Sra. de las Cuevas, salió la comunidad con el prior D. Fernando de Pantoja á recibir al su señor, el que oyó allí misa, concluida volvió á embarcarse; llegaron al puente de barcas el cual estaba cortado, para que no impidiese el tránsito; pasado el puente aparecieron todas las orillas cubiertas de naos empavesadas, que al pasar la barca hicieron sucesivamente la salva, y al llegar á la torre de Oro la hicieron trescientos arcabuceros que habia colocados en ella. Siguió su marcha el barco hasta llegar al rincon de Tablada, pasada la Bella-flor; en cuyo sitio desembarcó el rey y su acompañamiento: allí le tenia á la brida D. Diego de Córdoba, teniente caballerizo mayor, un caballo morcillo; todos puestos á caballo fueron hácia Bella-flor á la casa de placer, llamada las aceñas de doña Urraca, cuyo edificio estaba suntuosamente adornado, y pertenecia á D. Manrique de Zúñiga, hijo de la duquesa de Bejar: D. Juan de Sandoval, teniente de alguacil mayor fué el encargado de adornar esta casa y hacerla digna del monarca español; en donde despues de haber comido, sin duda, bien aderezadas viandas, se prepararon para entrar en Sevilla. A la una del dia llegaron los príncipes Ernesto y Wenceslao, sobrinos del rey, y el cardenal D. Diego de Espinosa, presidente del consejo, que desde S. Gerónimo atravesaron á Bella-flor.

Cuando se supo la venida de Felipe II dió comision el cabildo á Juan Gutierrez Tello, caballero del órden de Santiago, y alferez mayor de la ciudad que levantase gente de infantería, para el recibimiento de S. M.: el alferez, que por su destino le tocaba tal empresa, llevóla á cabo rápidamente, y por medio de bandos hizo la convocacion. El dia de la entrada á las ocho de la mañana se juntaron en la plaza del Salvador, al sonido de doce tambores y dos pífaros; todos vestidos y armados salieron en órden, en número de mas de tres mil hombres: á poco se juntó la gente de Triana que eran unos qui-

nientos Marcharon hácia Bella-flor, y el rey los estuvo viendo desde una ventana. A las dos y media de la tarde salió el rey para la ciudad con su acompañamiento, y antes de llegar al toldo de la Bella-flor, dispuesto para que los tribunales le besasen la mano: llegó el de la Inquisicion con todos sus familiares: despues el Gobernador del arzobispado con sus jueces: en seguida la audiencia. Se recogió el rey al toldo, y entró primero el cabildo compuesto de los veinticuatros, jurados, juzgado de los ejecutores y los alguaciles de los veinte; presidido por el asistente que le acompañaba el alguacil mayor y el conde de Olivares, alcaide del alcazar. Al punto besaron la mano los regidores, entre los cuales venia el duque de Arcos y el sucesor de la casa de Alcalá. Llegaron en seguida los procuradores y los escribanos del rey y públicos; los corredores de lonja, el cabildo eclesiástico todos montados en sendas mulas; cuando el dean Don Cristobal de Padilla pidió la mano al rey, el rey no se la dió.

Iba á salir S. M. del toldo, y llegó la hermandad; despues la universidad de Santa Maria de Jesus. Marchó en seguida la comitiva hasta San Telmo en donde el rey paró á refrescar y descansar; entonces llegaron los jueces y oficiales de la casa de la contratacion: despues el prior y cónsules del comercio. Siguió la marcha por la torre del Oro, y se repitieron las salvas por los arcabuceros de la torre y por las naos, en las que habia 300 piezas de artilleria de bronce y por tierra colocadas en diversos puntos; de hierro 400; en la puerta real habia sesenta piezas de grueso calibre. Cuando llegó el rey cerca del puente se corrió la seda en barcos, para lo cual habia dispuesto tres premios, que estaban en una de las barcas del puente: y corrieron tres cuadrillas de á cuatro barcos cada una. Siguió el rey por el lado del rio dirigiéndose á la puerta de Goles en donde lucia el ornato que dirijió Duarte, el jurado Francisco Carreño y el veinticuatro Bartolomé de Flores, obrero mayor de la ciudad. Al llegar á la puerta hicieron salva las piezas de artilleria: estaba aquella adornada con soberbios arcos, hechos de madera y adornados de columnas dóricas, medallones, estátuas, geroglíficos é inscripciones latinas y castellanas: rematando en un grupo colosal que representaba el Parnaso, con Apolo y las Musas. No sabemos que artistas ejecutarian las piezas y estátuas de este y de los demas adornos, pero es de presumir atendiendo al estado entonces de las artes en la capital andaluza, que serian de mérito. Llegó el rey al arco y celebró infinitamente la traza y el buen gusto de toda la obra. Se pintaron por la muralla para hacer mas lujosa la puerta 60 figuras que representaban los lugares y villas de la jurisdiccion de Sevilla: y se ignoran igualmente los pintores que las hicieron.

Habia despues un segundo arco que distaba del primero ochenta varas; era tambien un cuerpo de arquitectura dórica adornado de estátuas é inscripciones, y su elevacion era extraordinaria.

Toda la jente habia pasado el camino de los arcos, cuando entre los veinticuatros, rejidores y jurados se repartieron las varas del palio, bajo del cual habia de entrar el rey: que al llegar á la puerta fue cerrada con ímpetu, acercáronse á él D. Melchor Maldonado, y Don Francisco Manuel veinteicuatros; D. Gaspar, Suarez y Hernan Perez, jurados, que hicieron presente al rey; que los reyes sus antecesores habian permitido, que Sevilla llevase delante de su regimiento dos mazas de plata con las armas y sellos reales. En seguida salió el asistente, y dijo al rey: *Sevilla suplica* á S. M. *jure los privilegios, buenos usos y costumbres que tienen por sus antecesores los reyes de buena memoria.* El rey respondió: *Plàceme de muy buena voluntad, porque lo merece Sevilla.* El teniente del escribano de Cabildo Tomé Sanchez Doria pasó al altar, que habia dispuesto para tomar el juramento, que tomó sobre un misal, y una cruz de esmeraldas dorada. Al concluir rompieron varias bandas de música colocadas en diversos sitios, el asistente le presentó las llaves de oro, pero sin entregárselas; entró el rey bajo el palio, y las puertas fueron abiertas: al entrar por la puerta se repitió la salva de las naos y de las piezas. Apareció la calle de las armas adornada suntuosamente de brocados, telas de oro y plata, y de seda. La carrera fue por la plaza del duque de Medina, calle de las Sierpes, plaza de San Francisco, á donde salieron á recibir al rey mas de cuatrocientos frailes de dicha orden, sentados en escaños; calle de Génova hasta la catedral, cuya puerta mayor se hallaba adornada y en ella un altar: se adelantó el Cabildo presidido por el Dean, unido á él toda la clerecia y cruzes de las parroquias de la ciudad. Llegó el rey á la puerta, y tomado el juramento de guardar las inmunidades y privilejios de la iglesia, entró en ella. En gradas hubo fuegos artificiales; al tiempo de llegar el rey que ya iba anocheciendo. En seguida pasaron todos al alcázar, y al llegar desde una torre empezaron otros fuegos, y el rey fue aposentado aquella noche en el alcázar: la jiralda y catedral apareció toda iluminada, como la ciudad entera.

Estuvo el rey D. Felipe II quince dias en Sevilla en los cuales le obsequiaron con fuegos, toros, cañas y con toda clase de regocijos: estuvo tres dias retirado en Santa María de las Cuevas. Visitó la catedral, venerando el cuerpo de San Fernando. Partió de Sevilla para Jaen el dia 16 de mayo del espresado año de 1570.

J. C. y C.

EL SESTO Y SÉPTIMO,

Ó ANDALUCES Y MANCHEGOS.

I.

Era un meson como todos, ancho de patio y de aposentos estrechos, falto de regalos y sobrado de telarañas; con su banco de herrador en la portería, y su despacho de vino en el recibimiento. Tenía su muestra á manera de gallardete donde decia en letras gordas, *Posada para los arrieros de Andalucía y la Mancha*; y un librete de asientos en la mesa de la cocina con este encabezamiento, «*cuenta de lo que dejan los Manchegos y Andaluces.*» Pues en esta venta ó meson, situado á la orilla de un camino de herradura, se hallaban reunidos cierta noche diferentes personas, todas las cuales, á escepcion de dos, se ocupaban con ahinco en resolver el problema mas importante de la vida, esto es, en rellenar los estómagos de suerte que no quedase un solo hueco, un solo aposento vacío; á cuyo fin eliminaban de una enorme cazuela sendas tajadas de bacalao, cual si fuesen incógnitas, aunque ninguno de ellos habia saludado jamas el álgebra ni oido el nombre de ecuacion. Pintoresco era por cierto el cuadro que presentaba este corro de glotones, donde callaban todas las lenguas, y solo los ojos y las quijadas se movian; donde los dedos hacian oficio de tenedores y cucharas; donde el sucio mantel recogia todos los desperdicios de las espinas, y don-

de el vino saltando en vasos de verdoso cristal, regaba de vez en cuando la mesa, y se estendía á manera de inundacion hasta humedecer las ásperas cortezas del pan, profusamente esparcido en pedazos por el campo de batalla. Frentes ceñidas con pañuelos de algodon; cabezas forradas de vedijas de lana; melenas incrustadas de pajas, granos de cebada y polvo de los pesebres; rostros cobrizos; barbas borrascosas; tezes curtidas y arrugadas por el calor y el viento; cerdosos pechos medio cubiertos por camisas de estopa, y manos callosas de aspecto terréo, color ferruginoso, tacto áspero y dureza de cuarzo; he aquí el conjunto de objetos que á primera vista fijaban la atencion, al examinar aquel cuadro de Teniers, aquel plebeyo ambigú.

Y porque no faltase alguna pincelada dulce que contrastando con las monótonas sombras, ocres y tierras rojas del lienzo, hiciese mas grato y variado el colorido; habia deparado allí la casualidad una moza manchega de ojos pardos, trigueña tez, garganta medio desnuda y medio cubierta con un pañuelo fondo punzó y ramos blancos, pendientes de vidrio amarillo y boca de carmin, pequeñuela, graciosa y orlada de dientes, algo grandes pero iguales y semejantes en el esmalte á la cutícula interior del cascaron de un huevo. Esta ninfa se hallaba situada frente á frente de un jaque andaluz de buena estampa, arriero rico, eterno cortejador, el cual no la quitaba ojo, si bien no se atrevía á dirigirla la mas inocente chanza; por respetos á un paisano de la moza que cenaba á su lado, la habia traido consigo, y parecia custodiarla como un marido celoso ó como un hermano de los tiempos de Calderon y Lope de Vega.

Los dos personages, que sin tener parte en la cena, la tomaban muy activa en recoger los chispazos, y disfrutar el benéfico calor de un roble que ardía en el hogar, eran nada menos que el castellano de la fortaleza, hombre gordo, bebedor, soñoliento, oriundo de Tarragona; y el forjador de herraduras, que tenia su banco en el portal del castillo, y entretenia los ocios de la noche en rasguear las cuerdas de un guitarrillo, y en dar al viento su destemplada voz entonando seguidillas picantes y rondeñas salpicadas de tabernaria mostaza.

Mediada estaba ya la cazuela del rancho, y casi apurado el pellejo del vino, cuando entró en la escena un nuevo interlocutor, que con perdon sea dicho, era Pascual, el mozo de paja y cebada; quien dirigiéndose al arriero andaluz de que dejamos hecho mérito, le habló unas cuantas palabras al oido y desapareció, dicho su *aparte*, sin dirigir al auditorio otra frase mas que la consabida de *buen provecho*. — Coto, ceñorez, coto — exclamó el jaque levantándose repentinamente de su asiento, y sumergiendo en la salsa del bacalao un zoquete de pan. — Vuelvo al momento; — y echando de reojo una mirada á la moza y otra á su paisano y guardian, siguió los pasos de Pascual, no sin muestras bastantes de turbacion y de cólera.

Sabido es de todos cuantos han comido ó visto comer en comunidad, que el *coto* es una bandera blanca, un convenio de tregua, un armisticio que suspende por un tiempo dado las hostilidades gastronómicas, embotando el aguzado diente del mas hambriento comedor. Apenas el *coto* se ha fijado en el caldero del gañan, en la ortera del segador, en la fuente del viagero, todo ciudadano ora siegue, ora camine, que tenga un incontestable derecho á meter la mano en el rancho, tira la cuchara, y se resigna á esperar á que el fatal entredicho se alce, y la suspension de armas se termine.

Fieles observadores de esta práctica, los gastrónomos de nuestro meson retiraron simultáneamente los trinchantes dedos de la cazuela, y entablaron tantas conversaciones parciales, cuantos eran los grupos de paisanos, amigos, ó conocidos antiguos que componian aquel todo eterogéneo. Aquí se habia del valor del aceite y de las probabilidades de que suba de precio, allí de las enfermedades comunes á las mulas y su plan curativo; allá se refiere una historia de posada desportillando el carcomido crédito de la moza, y acullá se cuenta finalmente una aventura de ladrones, otra id. de sorpresa de contrabando, y otra tambien del atasco de una galera. El *manchego* y su moza eran los únicos que observaban el mas profundo silencio, mirándola él de soslayo con un aspecto sombrío, y fijando ella sus lindos ojos en la puerta por donde habia desaparecido el cortejante andaluz.

No se hizo este esperar largo tiempo; pero ¡gran Dios! cuán distinto y demudado volvía! — Su rostro brotaba fuego, sus manos temblaban de cólera, el calañés estaba hundido hasta las cejas, los dientes rechinaban como los goznes de una puerta; toda su traza, en fin, era la de un energúmeno, de un *enragé* ó para hablar mas propiamente la de un *Otelo*, si alguno ha visto representado este papel por el barbero de mi lugar.

Al verle tan descompuesto, dió media vuelta en su asiento, no sin harto trabajo, el craso catalan, poseedor del castillo; y le preguntó con soñolienta voz que era lo que le sucedia? — ¡Me han robado; exclamó fuera de sí el arriero» echando una mirada indagadora sobre cada uno de los circunstantes. — ¡me han robado!, y voto á Zan Caco que ci llego á dezcubrir el ladron, me he de hacer unoz botinez de zu piel, y he de colgar zu cabeza en lo maz alto de la Giralda para que ce cure al zol. — ¿Pero como ha sido eso, prorrumpieron á la vez algunos de los pasageros alarmados con las palabras del jaque. — Como ha é cer, dijo este, columpiándose sobre un pie en muestras de impaciencia y despecho; que tenía recogioz en un pecebre toicos los avioz de los machoz y me falten doz cabezaaz nuevecicaz guarneciaz de cazcabelez y campanillos, con zuz oregeraz de grana; una manta cin eztrenar y una cincha que no la ha gaztao maz rica ni el rey de Ezpaña con cer rey. — *Anem*, *anem*, dijo el posadero volviendo á recostarse en su asiento para dormir, y abriendo un palmo de boca: *molta vegadas tinc dic que no posen arrens en el estable* y *no me volen creure.... ¡Ira de Deu qué son tinc!!...* y sus ojos se cerraron al impulso de pertinaz modorra. El herrador guitarrista, recordando en aquel instante una copla que en su concepto cuadraba bien al asunto; cogió la vihuela, y empezó á cantar con destemplada voz

Si en el *sesto* no hay perdon....

Pero interrumpiéndole bruscamente el andaluz, á quien la sorna del ventero habia irritado aun mas que el hurto de su cincha y de sus campanillos, le dijo con acento de cólera; calla, dezpuntaor de clavos, cino quierez que te dezpunte yo las narices de un zoplamocoz? Con que te ponez á chillar cuando vez que tengo el alma regüelta de ira, y que estoy á pique de hacer una que cea zonáa; voto á Zan Caco! — Caballeros, prorumpió en seguida volviéndose á los demas circunstantes — Ciga la ronda, que yo ya he cenáo por esta noche, y sumergiendo los dedos en la cazuela, sacó de ella el tremendo *coto*, arrojóle á los hocicos de un mastin que lo devoró con ansia y salió de la cocina confundiendo y amalgamando allá en su lenguage los votos al cielo, las maldiciones al ladron y los denuestros al Señor de la fortaleza, que sin oirle seguia entregado al mas profundo y reposado sueño.

II.

Está serena la noche,
puro y despejado el cielo,
Las estrellas en su sitio
Y la posada en silencio.
La luna en menguante cuarto
Lanza pálidos reflejos,
Y el seco farol se apaga
Que estaba en la cuadra ardiendo.
Oyese el cántico agudo
Del sultan del gallinero,
Y el masticar de las mulas,
Y el ronco gruñir del perro.
Mas las mozas y zagales,
El herrador y el ventero,
Los yentes y los vinientes,
Los fámulos y los dueños;
Todos rendidos descansan
Entre picantes insectos;
Estos en duro pesebre,
Y en blando gergon aquellos.
Una doncella garrida
Nacida en manchego suelo,
Con dos ojos de carbon
En lo inflamables y negros,
Es la sola que no duerme,
Sin duda porque en el pecho
La rebullen los amores,
La pellizcan los deseos.
Está silenciosa y sola
Asentada en un caldero
Que sirve para dar agua
A mulas, asnos y perros,
Entre la pila y el pozo
Teniendo por techo el cielo.
Una cita diz que ha dado
En aquel sitio á un mancebo,
Y el corazon la palpita
Al simple rumor del viento.
Escucha, y siente pisadas;
Mira, y descubre á lo lejos
Una sombra que se mueve,
Y poco despues un cuerpo.
Fija en este sus miradas,
Reprime el molesto aliento,
Y oye que la dice el bulto.
«No te azuztez, dulce dueño.
¿Eztá el pájaro dormido? —
— Roncando como un podenco. —
— ¿Ez tu marido, ó tu padre,
O ací un cacho de cortejo.? —
— ¡¡Cá... si es solo un conocío
Que vive en mi mesmo pueblo. —
— ¿Y á que vaz en zu compañia? —
— Por ver si en Madrid encuentro
Un acomodo en la casa
De mi primo el esterero. —
— Tienez parientez? —
— No tal;
Porque á mi padre hace tiempo
Que de resultas de un lance
Le ahorcaron por el pescuezo.
Y mi probecica madre
Tomó el lance tan á pechos,
Que no ha güelto á ver el sol
Desde aquel instante mesmo. —
— ¿Y dime, prenda, quicieraz
tomarme por compañero.? —
— ¿Por qué no, dijo la moza
Bajando la vista al suelo. —
— Yo te llevaré á Ceviya
Que ez la reina de los reinoz;
Te enceñaré la Giralda,
Te regalaré pañueloz,
Veztidos y zarandajaz
Y otraz cozaz que no cuento
Tan hermozaz, que al mirarlaz
Te haz de rechupar los dedoz. —
— ¿Y cuando hemos de marchar? —
— A la madrugada. —
¿Y luego
Si mi paisano nos sigue
Y me machaca los huesos.? —
— Ci tu paizano noz cigue
Ya puede rezar el *Credo*.

—

De tono la voz bajaron
En este punto los dos,
Porque á este punto notaron
El ronquido de una tós.
Acercóse el arriero
A la moza un poco mas,
Y tropezó en un arnero
Que estaba de ella detrás.
Armó un ligero ruido
El maldito tropezón,
Y un espantoso ladrido
Sonó al punto en el meson.
¿Quién vá allá? dijo un zagal
Que de la cuadra salió. —
Tendióse trás el brocal
El andaluz, y calló.
No es nadie, dijo entre sí
El interpelante mozo,
Y entró en el zaquizamí
Volviendo la espalda al pozo.
Tornóse el hilo á anudar
Del coloquio interrumpido,
Mas tornó el can á atronar
El meson con su ladrido.
Alarmado un tanto el jaque
Echóse mano á la faja,
Preparando la navaja
Para el caso de un ataque.
Mas la tímida doncella,
Llena de susto y pavor,
Le conjuró por su amor
Que evitase una querella.

—

¿No ezcuchaz, dijo el amante,
Laz pizadaz allá dentro,
Y el rezoplido de un hombre
Que viene hácia aquí de quedo?
Pues cin duda ez el *paizano*
Que ha echado en el carro menoz
A la *paizanita*, y anda
Bazcándola por loz zueloz.
— ¡¡Jesus, jesus!.. Dios me valga....
Hasta luego... nos veremos....
Esclamó la pobre niña,
De su escondrijo saliendo. —
— Aguarda. —
— No puede ser. —
— Escucha. —

—¡Chis!... por S. Pedro.
—¿Porqué tiemblaz?
—Por mi honor,
Por tí.... por él.... hasta luego. —
Y saltó como una liebre
Dejando solo á su dueño.
Quedó el andaluz en guardia
Esperando largo tiempo
La llegada del rival;
Mas con asombro estupendo
Vió que el motor de la alarma
Era un humilde jumento,
Que solícito buscaba
(Despues de apurado el pienso)
La pila, donde otras veces
Halló fresco refrigerio.
Guardóse en la faja entonces
El homicida instrumento;
Escupió por el colmillo,
Y dijo mirando al cielo:
¡¡Ay Ceñor, que caro cuezta
Quebrantar tuz mandamientoz!!
A pique eztúve ezta noche
De echar al oyo un maztuerzo
Y de perderme.... tan zolo
Por tropezar en el *cezto*.

III.

Un cuarto de hora faltaria, minuto mas ó menos, para que la rosada aurora abriese las puertas del oriente, y preparase los flagelantes caballos del rubicundo Febo, cuando el mozo de la posada, que de todo tenia menos de rubio, descorria los cerrojos del porton para dar salida á la recua de un arriero. Fácil es colegir que el que tanto madrugaba, no podia ser otro que el enamorado andaluz, al cual las aventuras de la noche anterior no habian dejado pegar los ojos, y queria ganar tiempo para poner en salvo á su Elena, antes de que la saliese al encuentro el engañado Menelao. Apenas hubo salido del meson hizo alto y se puso á esperar á que llegase su ninfa; Presentóse por fin esta, y saludándole con una graciosa sonrisa, le dijo: —Pronto, pronto, á montar,... el paisano está despierto, y anda arreglando las colleras á toda prisa.... yo me he salido del carro sin que me viese, pero no tardará en volver, y Dios nos asista, si llega á encontrarnos, con el genio que gasta. — No he podido recoger otra cosa que mi ropilla y esta manta para arroparme en el camino. —¡Ezta manta! esclamó el andaluz dando una patada en el suelo, y mirando con ojos frenéticos á la moza.... ¡Ezta manta!... y quién te ha dado á tí ezta manta,? rezponde.... ¿dónde la haz cogido? ¿dónde eztá mi cincha, miz cabezaáz y miz campanilloz? Voto á zan Caco que cino me rezpondez..,. —Yo no he visto nada, esclamó la atribulada doncella, sin saber lo que la pasaba; yo no he visto nada.... , la manta es de mi paisano que la tenia en el carro; yo se la he cogido porque me parece que la he ganado bien en el tiempo que hace que le estoy cosiendo y remendando, sin contar otras frioleras.... ¿pero adónde vas, amor mio, oye.... espera.... ¿qué vás á hacer.... Vírgen Santisima, ese hombre se ha vuelto loco. —

Un momento despues la venta era una Babilonia, un cahos, una Liorna. El ventero daba voces, las criadas corrian, los arrieros gritaban. El *manchego* reclamaba á la moza, el *andaluz* le llamaba ladron y le pedia sus arreos, los perros ladraban, las mulas salian de los pesebres despavoridas; creció el rumor, emborrascóse la contienda, los rivales se desafiaron, la puerta del meson se convirtió en campo de Marte, travóse la escaramuza, comenzaron los cachetes, y entre el estruendo de los golpes, los ayes de los combatientes, los ronquidos del catalan que pugnaba por separarlos, y los gritos de la doncella, se dejó percibir la estentórea pero robusta voz del herrador que tranquilo sobre su yunque entonaba al son de la vihuela el siguiente cantar.

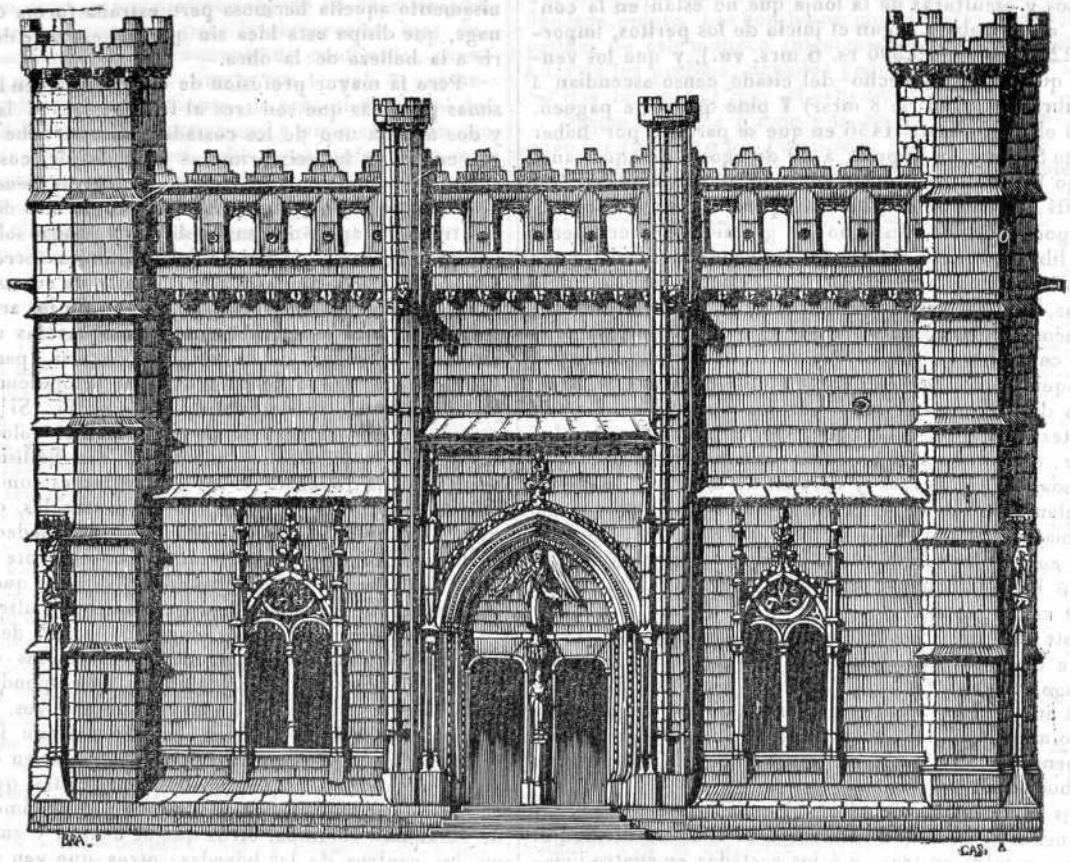
Si en el *sesto* no hay perdon,
Y en el *séptimo* rebaja,
Bien puede nuestro Señor
Llenar el cielo de paja.

C. Diaz.



MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.

ESPAÑA PINTORESCA.



LA LONJA DE PALMA.

Aunque en 1246 el rey D. Jaime I ya concedió á Ferrer de Granada el local para la fábrica de la Lonja de Palma, no se levantó esta hasta mucho tiempo despues. El proyecto formal de esta obra estupenda data desde 1409 (época en que la isla se hallaba escasísima de recursos), como lo prueva el real privilegio de D. Martin de Aragon, dado en Barcelona á 23 de marzo de aquel año. Corriendo la empresa por un cuerpo tan pudiente entonces como el del comercio mallorquin que tanto tiempo habia que deseaba tener su casa de contratacion, como ya la tenian en aquella capital los genoveses, ingleses y otras naciones, no es de dudar que desde luego se empezase á trabajar en la nueva lonja; pero el colegio de mercaderes, deseoso de adelantarla, firmó una contrata en 11 de marzo de 1426 ante Bernardo Sala, Notario con el insigne arquitecto *Guillermo Sagrera*, el cual se obligó á continuar y concluir la fábrica de la lonja por el precio de 22.000 libras mallorquinas (292.318 rs. de vellon) y bajo el plano por él antes presentado, con las condiciones siguientes: 1.ª 2.ª y 4.ª promete concluir la obra hasta la cubierta de las bóvedas en los doce años siguientes con la altura de 8 *canas* de Mompeller (17 varas castellanas), y en los 3 años siguientes á los 12 hacer y terminar las torres, almenas, y demas obras superiores: 5.ª y 6.ª se obliga á hacer todas las columnas, claves y pavimentos, de piedra de Santañy; y las pendientes ó enjutas de las bóvedas, de la de Sollevich: por las 4 siguientes se obliga á hacer para decoro de la obra diferentes ornatos; un solemne tabernáculo sobre la puerta principal que mira al Ebro con la efigie de la Vírgen; en cada uno de los otros tres frentes un ángel con un tabernáculo encima y las armas reales y de la ciudad á los lados, y en los cuatro ángulos del edificio las estátuas de S. Nicolás, San Juan Bautista, Santa Catalina y Santa Clara, todas las cuales y las demas que antes he dicho, se conservan en el dia perfectamente.

Terminada ya la obra, parece que en 1448 su autor que se hallaba en Nápoles (llamado por el rey D. Alonso V), empleado en la del Castelnuovo, puso por medio de

apoderado demanda de agravios al colegio de mercaderes de Mallorca. En ella espone: que por no haberle satisfecho los plazos acordados, ha tenido que empeñarse para llevar á cabo la empresa, cargando sus bienes en 306 libras (4065 rs. 30 ms. vn.) de censo anual; que él y sus hijos Francisco y Miguel, ademas de haber cumplido lo estipulado, han trabajado por espacio de 20 años á horas extraordinarias, para concluir y perfeccionar los adornos y esculturas de la lonja que no están en la contrata, cuyo trabajo, segun el juicio de los peritos, importava 2250 libras (29.896 rs. 6 mrs. vn.), y que los vencidos que habia satisfecho del citado censo ascendian á 948 libras (12.596 rs. 8 mrs.) Y pide que se le paguen. Siguió el litigio hasta 1456 en que se paralizó por haber muerto Sagrera en Nápoles á 19 de agosto de aquel año. Su hijo D. Francisco, prior y beneficiado en esta catedral en 1504, trataba de continuarlo, pero se redujo á transacion por haberle satisfecho el gremio de mercaderes 2500 libras (33.217 rs. 33 mrs.) á buena cuenta de lo que contra sus fondos alcanzaba. De los documentos que dejó citados, se infiere ser autor de nuestra lonja el arquitecto Guillermo Sagrera, pues aunque este en su contrata prometió continuarla, parece que ya se habia empezado por el croquis que él presentó; y por otra escritura de 19 de marzo de 1451, autorizado por los honorables Ramon Zaforteza y Bernardo Cotoner, Guillermo Villasolar *lapicida*, *civis majoricarum* se obligó á hacer dentro de un año todas las claravoyas y coronas de la lonja, de piedra de Felauix, á saber; dos claravoyas segun el dibujo que él habia presentado, y las otras y sus remates, segun estaban empezadas por Guillermo Sagrera, por cuyo trabajo le habia de abonar el colegio mercantil 280 libras (3720 rs. 14 mrs.)

Este edificio, acaso el mejor y el mas gallardo que se conoce en España del género gótico-germánico, es cuadrilongo, tiene su fachada al Oriente y uno de sus costados al Sur cerca y frente de la muralla que cae al mar: el otro mira al Norte, su espalda al Poniente, y es tan recomendable por su noble sencillez como por la sabia distribucion de su ornato.

Los muros están cortados perpendicularmente por pilastrones octógonos, que resaltados de ellos los dividen al frente y espalda en tres, y á los costados en cuatro iguales compartimentos. Estos pilastrones tienen sus ángulos cubiertos de hermosos junquillos delicadamente entallados. Una cornisa ó imposta de escaso realce pero de agranadas molduras, corriendo orizontalmente por todo el edificio le divide en dos partes iguales. Cuatro torres octógonas, de un solo cuerpo muy esbelto, y cortadas en toda su altura por varias fagitas tambien orizontales y octógonas flanquean sus ángulos descollando moderadamente sobre ellos, y una grandiosa y bella balaustrada ó cornisamento (que no se sabe que nombre darle), le corona y esconde su domo.

No es fácil esplicar cuanto le ennoblece esta corona. Sostiénela un ancho friso resaltado en lo alto del muro y apoyado en graciosos modillones; sobre él se levanta una magnífica crugía de grandes recuadros perforados, que á guisa de ventanas corren por todo el edificio. Sepáranlos de cuatro en cuatro los pilastrones que arrancando desde el centro del talus, suben atrevidos, no solo á cortar el friso, sino tambien á penetrar por el balaustre y descollar sobre él en la forma de torrecillas, aunque sin ganar tanta altura como las torres angulares. Unas y otras están coronadas de merlones y almenas triangulares, pero sin agujas ni chapiteles. Otra série de merloncillos triangulares corre sobre los dinteles de los recuadros ó ventanas, coronando todo el balaustre y completando esta especie de gran cornisamento, que asi por sus proporciones como por su estraña y caprichosa forma, es del mas gracioso efecto y ennoblece considerablemente el edificio.

Para que no chocase al esterior su grande altura, le dividió el autor en dos cuerpos, cuando en realidad tiene uno solo: tambien para suplir la falta aparente de luces, pues que no tiene ventana alguna sobre la cornisa ni aun debajo, por lo menos en forma de tal dió al cornisamento aquella hermosa pero estraña forma de ventanage, que disipa esta idea sin que por eso deje de concurrir á la belleza de la obra.

Pero la mayor profusion de ornato se vé en las riquísimas portadas que son tres al frente, tres á la espalda y dos á cada uno de los costados; mas se debe advertir que cuatro de las seis primeras y las dos del costado meridional, aunque con apariencia de puertas tienen el uso de ventanas, dando luz al interior por lo alto de sus arcos triples y apoyando sus umbrales y jambas sobre el talus que abraza el pie del edificio. Grandes torres elevadas hasta tocar la imposta con la cresta de sus cabeceras, rellenas pero perforadas en la luz alta de los arcos punteados con graciosos arabescos y enriquecidas con todo el lujo y delicadeza de la antigua crestería, parecen inventadas de propósito para ostentar la opulencia de la profesion á que se destinaba este edificio. Si pues se agrega á tanta riqueza la de seis estátuas colocadas en sus ángulos y puertas, y adornadas con bellísimos tornapolvos, la gallardía de las cuatro torres con sus altas cabezas coronadas, y la de tantas torrezuelas, que rompiendo la magnífica balaustrada descuellan moderadamente sobre ellos, no será de estrañar que se cuente á la lonja de Mallorca entre los mejores edificios civiles que conserva España del gusto gótico-germánico ó ultramarino.

Su interior no es menos magnífico; consta de una sola pieza partida en naves por altas y hermosas columnas estriadas en espiral. Estas columnas corresponden á los pilastrones esteriores y les sirven de estrivos. Son por consiguiente seis. No tienen capiteles ni aun impostas; sino que las espiras de las estrias mueren en el punto en que arrancan los junquillos ó medias cañas, que unidos en haces forman los arcos. Son estos en gran número; unos de columna á columna; otros que se cruzan y encuentran en los centros de las bóvedas; otros que van á buscar su apoyo y esconderse en el plano esterior de los muros, y todos nacen del tronco de las columnas como del de una erguida palma las magníficas plumas que se encorban en torno de él y le coronan. La base de la columna solo se distingue del fuste por su mayor diámetro, buscándole las estrias con una ligera inclinacion; y luego sigue él mismo adelgazándose hasta el nacimiento de los arcos. Por esto se vé que las seis columnas dividen el todo del edificio á lo largo en tres, y á lo ancho en cuatro altas y hermosas naves.

Hoy dia solo sirve la lonja de un melancólico recuerdo de la antigua prosperidad y opulencia de Mallorca, pues desde el golpe mortal que los portugueses dieron al comercio de las Baleares, cuando abrieron una nueva senda por el Atlántico á las preciosas mercaderías de Oriente, que venian desde Ejipto y Siria á los puertos del Mediterráneo, á tiempo que el de Mallorca era una escala de arribada y de descanso, perdió la isla todo su esplendor y cayó en el último desaliento.

Tanta grandeza no es pérdida sin embargo para el lucimiento, puesto que congregándose allí con permiso del gobierno y del consulado las máscaras de carnaval, sin otra diligencia que los de iluminarle bien, ofrece el mas magnífico salon de baile que puede concebirse.

LA PROCESION DEL CORPUS EN SEVILLA.

Las fiestas relijiosas se han celebrado siempre en la capital encantadora de Andalucía con cierta magnificencia y entusiasmo cristiano, que pocas ciudades de España han rivalizado con ella en esta parte, si es que alguna lo ha intentado. Esto parecerá arrogancia, pero la observacion mas detenida é imparcial no podrá menos de confesarlo, cuando vea al pueblo sevillano correr en tropel á presenciar su nombrada Semana Santa, la procesion jeneral del Corpus, la fiesta de la Concepcion, y otras solemnes que cada mes se tributan en casi todos los templos á los mas caros y sagrados objetos de nuestra relijion. El carácter andaluz es piadoso por naturaleza, fácil á conmoverse, efecto del clima que lo alimenta y le forma. El que vive respirando siempre el aire de Sevilla, de la que dijo un poeta:

> Centro de la hermosura y bizarría
> vida de España, sal de Andalucía (1).

Y mira de dia y de noche un cielo claro, el sol purísimo y abrasador; no puede dejar de que se entusiasme su corazon cuando ve pasar, por ejemplo, en la Semana Santa, esas representaciones de la Pasion de Jesus, llamados *Pasos*, cuyas imájenes suelen estar llenas de la suma perfeccion que á estos objetos dieron las artes en los siglos XVI y XVII. Cuando el pueblo sevillano se precipita ansioso á adorar estas imájenes, y cuando concurre al templo, no puede menos de alimentar poderosamente esa necesidad de relijion que su clima le hace llevar á un grado sobresaliente sobre los demas pueblos. En todas las épocas y circunstancias en que se ha encontrado Sevilla, ya de decadencia ó de opulencia, ya de guerras y trastornos civiles, siempre ha sido y es relijiosa por excelencia. La ceremonia, el boato y la ostentacion portentosa con que se daba en la catedral tributo de adoracion al Dios Supremo, la que en el dia (efecto de las angustias de la nacion) apenas es sombra de su anterior gloria y lustre; ha sido y es una fuente perenne en la que los sevillanos, recojidos en aquel soberbio edificio y cubiertos de aquellas altísimas bóvedas sacian abundantemente su piadoso pecho. Al pisar el pavimento de la catedral nadie deja de ser relijioso; ninguno nos negará esta sensacion, tan naturalmente esperimentada por todos, aunque negada por muchos.

La celebracion de la solemne Procesion del Corpus en Sevilla es una prueba de todo cuanto llevamos espuesto, y la reseña que hagamos de ella afirmará mas y mas nuestro propósito. La describiremos segun salia en el siglo XVIII, sirviéndonos para ello de un documento que para en nuestro poder, reducido á una tira de papel de 21 vara de largo, y cuarta de ancho, en la que está dibujada con pluma y dado colores toda la procesion, obra prolija de escaso mérito artístico, ejecutada por Nicolas de Leon Gordillo en 1747. Al mismo tiempo iremos advirtiendo lo que ha desaparecido, y asi resultará como en la actualidad celebra Sevilla una de las principales festividades de la relijion cristiana.

Precedia á esta procesion, como en todas las capitales del reino, y en casi todos los pueblos de alguna consideracion, la llamada *Tarasca*, máquina colosal de pasta y madera, que figuraba un monte sobre el cual descansaba un enorme monstruo alado con siete cabezas, que aludía segun algunos á los siete pecados mortales, ó á los vicios que huian despavoridos á la salida triunfante del Santísimo. Encima de la espalda del monstruo se elevaba una torrecilla con dos cuerpos por el último salia el llamado *Tarasquillo*, figura de dos caras, y puesta en un palo vestido de ropas sueltas y largas, lo meneaban en las paradas los conductores de la *Turasca*, que iban colocados en el hueco que hacia el figurado monte. Los continuos movimientos y saltos repetidos de este muñeco entretenian á los muchachos, y á los de los pueblos; aquellos pedian algunas veces á gritos que bailase. (*Véase el grabado.*)

Seguia el *Padre Pando* y la *Madre Papa-huevos*, despues los *Hijillos* ó los *Pandillos*, que eran entre todos cuatro figuras estrafalarias con cabezas descomunales, á cada una las conducía un hombre el que miraba por la boca de tan ridícula familia: los Pandillos llevavan en las manos algunos juguetes, ella abanico y varita, y él látigo y pandereta. Iban á continuacion los gigantes que tenian cuatro varas y media de alto, eran seis, tres parejas de hombre y mujer, una de ellas negra. Su vestido era talar, y de medio cuerpo arriba á la usanza de la época, siendo esmeradísima la parte de peinados, pues de ellos tomaban modelos, á guisa de figurines las damas y galanes. Acompañaba á esta *danza de los gigantes*, asi llamada, un tamboril y dos hombres enmascarados vestidos de arlequines, con una vara en la mano, en cuyo estremo estaban tres bejigas hinchadas: llamaban á estos las *Mojarrillas*, y daban á los muchachos y á los que se quedaban embobados viendo aquellas feas caricaturas. Servia el tamboril para hacer son á la danza que los gigantes tenian en la iglesia, ó en algunos sitios señalados de la estacion. Costeaba el ayuntamiento del fondo de propios cuanto era necesario para las figuras que llevamos referidas. —

Sea lo que se quiera de la significacion de tales personajes, es lo cierto que llegó un tiempo en que eran la piedra del escándalo estos títeres, en uno de los actos mas solemnes del cristianismo. La gritería, la risa y la algazara mas descompasada precederia al rededor de aquellos objetos, produciendo un contraste singular con la magestad y reverencia con que caminaba pausadamente todo lo demas de la procesion. No podemos dar la razon de la influencia que podia tener en la devocion de los fieles esta parte mímica, que tan estendida estaba por toda España; cuando muy al contrario, la hallamos indecoroso é impropio de un acto sagrado. Llevar unos mascarones, tengan la significacion que quieran, para que sean objeto de risa y de chacota, no podemos conciliar estos hechos, que nadie desmentirá, con esa devocion, con ese espíritu tan desusado de religion, que nos dicen de nuestros antepasados. ¡Cuales no serian las tristes consecuencias de llevar en procesion estos estrafalarios figurones, que el gobierno los prohibió sabiamente por cédula de 21 de julio de 1780! Algunos creerán que podian ser restos de los llamados *autos Sacramentales*, pero estos eran otros de los adornos profanos que llevaba la procesion é independiente de los referidos. En la de Sevilla iban cuatro carros, y á fin del siglo XVII quedaron reducidos á dos, estaban magníficamente dispuestos y conducian á los representantes con todas las tramoyas, aparatos y apariciones, con que se representaban las piezas de esta clase, eran sumamente costosísimos. El gobierno los prohibió en 3 de junio de 1765.

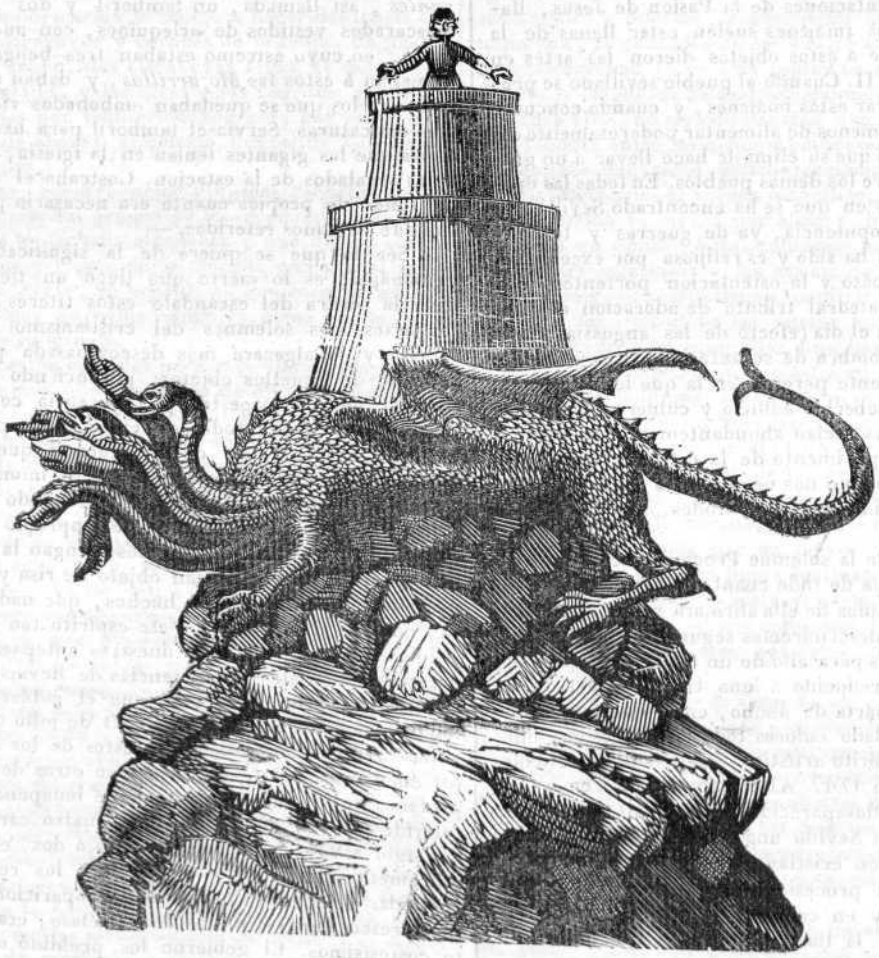
Seguian á los gigantones todos los estandartes de las

(1) Cristoval de Monroy, auto sacramental *las grandezas de Sevilla*: impreso en 1696.

cofradías de la ciudad, como van en el dia. La cofradía de Santa Justa y Rufina, con paso de estas dos vírgenes sevillanas, y sale ahora tambien. La cofradía de S. Diego de Alcalá, con paso de dicho santo, que no hace estacion, asi como la cofradía de S. Mateo, antiquísima en Sevilla y conducia la imágen de Ntra. Sra. de los Reyes, con estandarte que fué dádiva del rey San Fernando. Salen ahora las archicofradías del Santísimo, que no iban en lo antiguo. Despues la del Sagrario de la catedral con paso del niño Jesus. Seguian los estinguidos religiosos regulares, cuyo número solia ser exorbitante, en esta forma. Capuchinos, mercenarios descalzos, agustinos descalzos, mínimos de S. Francisco de P., mercenarios calzados, carmelitas calzados, agustinos calzados, San Francisco de la observancia con los recoletos y descalzos, y Santo Domingo. Van en seguida las veinte y cinco cruces de las iglesias parroquiales de la ciudad. El juez de la iglesia con su juzgado iban en este lugar; pero por estar unido al provisor van en el sitio que se señalará. Todos los clérigos de las parroquias, presididos por el provisor y vicario general, que forma con su tribunal unido al juzgado eclesiástico. En tres pasos, acompañados de sacerdotes, se ven varias reliquias de S. Leandro, de la corona de espinas, y *lignum crucis*; en lo antiguo iban trece pasos: delante del último se colocaba una de las cuatro danzas de niños que vestía el ayuntamiento con ciertos trages particulares y estrambóticos; llevaban palillos y tamboril con lo que se acompañaban en sus bailes. Los capellanes del coro, los veinteneros, y la universidad de Beneficiados, interpolados entre ellos tres danzas, de diferentes trages. una con espada y tamboril, otra con vihuelas, y la última con palillos y clarinete, hace muchos años que fueron desterradas de la procesion. Van á continuacion de los beneficiados dos canónigos de la iglesia colegial: el cabildo de la Santa iglesia, en cuyo centro marchan los colegiales con grandes cirios, y la capilla de música con los seises cantando villancicos; y danzan en algunos puntos de la carrera restos, sin duda, de las comparsas que en lo antiguo salian. Sigue la custodia, obra de tanta nombradía artística de la que haremos descripcion; vá rodeada de doce clérigos con ornamentos sacerdotales, detrás el preste; y si asiste el prelado vá de pontifical con sus familiares y demas acompañamiento. Cuando existia el llamado tribunal de la inquisicion, iba en seguida y despues el ayuntamiento. Cierra la procesion un piquete de tropas de la guarnicion, que segun ordenanza está tendida por toda la carrera.

(*Se concluirá.*)

J. Colon y Colon.



LA TARASCA.

CRÍTICA LITERARIA.

No podemos menos de recomendar á nuestros lectores el siguiente artículo que debemos á la amistad de su autor D. José María Quadrado, vecino de Palma en Mallorca, el cual con una crítica imparcial y juiciosa ha llegado á nuestro modo de ver á señalar los justos límites en que deben contenerse las encontradas calificaciones que los diversos partidos literarios se han nuevamente prodigado.

VICTOR HUGO

Y SU ESCUELA LITERARIA.

La historia de la literatura y de las artes, asi como la de los estados y de los imperios, no es para el atento observador sino la historia de las reacciones. Los estravíos de una epoca ó escuela hallan siempre su orígen en los abusos de la antecedente; y la opinion y la razon humana parecen condenadas como el péndulo, á oscilar de un estremo á otro, sin poder fijarse jamás en su aplomo y verdadero centro. Nadie en verdad sufre los efectos de esta fluctuacion, que revela mas que cosa alguna lo limitado de nuestro entendimiento y lo apasionado de sus fallos, como aquellos genios á quienes sus hechos ó escritos han procurado un nombre durante su vida, sujetos ademas de las eternas variaciones del espíritu ó de la opinion, al embate y choque de las pasiones y partidos; y mucho mas en una época en que es viejo lo de ayer, y en que la tierra y cuanto nos rodea parece girar sobre sí, con tanta velocidad que en pocos años vemos empezado y concluido el círculo, durante cuyo periodo diez generaciones antiguamente se sucedian. Tal se nos presenta Victor Hugo, gefe de la moderna escuela de literatura, ayer adorado como un Dios, y hoy condenado sin defensa por muchos literatos; ayer leon triunfante que estremecia las selvas con su rugido, y hoy conculcado en el polvo, aguardando solo la coz del asno para espirar.

Cinco años ha que nuestra aletargada poesía, mudos ó envejecidos sus mas gloriosos alumnos, pero asaz abundante en versos casi siempre menos que medianos para seguir con sus lisonjas el impulso de las circunstancias, último periodo á que llegar puede la literatura en su decrepitud, despertó por primera vez al nombre y á la voz de Victor Hugo; ora sea que la fama de este hombre, entonces mas que nunca pujante, no pudiese por mas tiempo dejar de salvar los Pirineos; ora que varios literatos vueltos ya de su emigracion, quisiesen ensayar en su patria lo que con tanto crédito y alabanza habian visto acogido en Paris (1). Al principio solo hubo silencio para admirar profundamente, y voz para aplaudir; secóse en aquel punto la abundante vena de los poetas, y sus liras enmudecieron, porque desde aquel dia ya no hubo *liras* ni *Parnaso*. Hablábase mucho entonces con énfasis y enigmas de la mision social de la poesía y de su emancipacion, de la necesidad de destronar los ídolos de la veneracion antigua, y de la nueva regeneracion que el mundo aguardaba, y de la cual Victor Hugo debia ser el Mesías. Poco despues los admiradores quisieron ser autores á su vez, y lo hiperbólico y monstruoso de sus producciones correspondió por lo comun á lo exagerado de sus principios. Por fin todos los secretos de la nueva escuela, con el nombre de *romanticismo*, pasaron de sus primeros adeptos al vulgo de los poetas, y de estos al vulgo de los lectores; y ¡ay de las obras y escuelas literarias, cuyos misterios vulgarizándose se profanan; cuyos ocultos resortes inoportunamente se descubren, como la mano del maquinista en los espectáculos; y en las que la gente de mundo y la turba de aficionados se encargan de representar el papel de protagonistas! Participando en su voga del espléndido triunfo de una moda reinante, sufre á poco la ridiculez y el desprecio que acompaña á una moda anticuada, y como á moda se la juzga siempre estremadamente y por capricho, y no con la imparcialidad y razon eterna que debe presidir en el juicio de las obras literarias.

Si por los esfuerzos de algun individuo, y no por el órden y naturaleza misma de las cosas, hubiesemos de esplicar la reaccion que al presente notamos, á nadie mejor que al Sr. Lista, al filósofo religioso, al decano, permítasenos el decirlo, de nuestra moderna literatura, atribuyeramos la caida de esta moda, á cuya sombra el mal gusto y la inmoralidad empezaban á cundir temiblemente. Sus artículos literarios, publicados en diversos periódicos, en los que tan noble y victoriosamente se defendia la causa de la razon, han dado márgen á las sensatas observaciones que hemos visto despues casi generalmente reproducidas; la seria reflexion ha concluido lo que la sátira empezó, y actualmente en teoría á lo menos, andan proscritos aquellos escesos que eran poco hace el encanto de las imaginaciones. Pero como si hubiese prohijado Victor Hugo los abortos todos de algunos cerebros febriles, sobre él ha recaido principalmente toda la hiel y violencia de la reaccion; se le ha designado como gefe de un club de jacobinos literarios, y como padre de una escuela *infernal* y desorganizadora, y no han aparecido desde algun tiempo acá sepulcrales coplas, romances del feudalismo, y escenas de veneno ó puñal, de que no se le haya hecho responsable. ¡Triste condicion de los genios inventores, la de ver invadido el camino que abrieron por una turba de secuaces que desacreditan con sus abusos al mismo que adulan servilmente con su imitacion; plantas rastreras y parásitas que socaban el edificio al cual se arriman! Pero, injusticia tambien manifiesta de la crítica, la de no juzgar de un género por sus originales y obras maestras, sino por miserables copias y ridículas parodias. Cuando tanto se ensalza á Calderon, no se cuentan ciertamente las embrolladas farsas y las absurdas licencias de los que le siguieron en el camino que con tanta gloria recorrió.

Acaso estas observaciones serán ya inoportunas y desdeñadas, porque para muchos el romanticismo de Victor Hugo en literatura es una cosa tan rancia y juzgada como el pacto social de Rousseau en política, y el materialismo de Destutt Tracy en filosofía; y esta palabra *rancia* es la censura mas amarga, y la sentencia de muerte para cualquier objeto en este siglo de novedades. Pero la analogía que se ha creido descubrir entre los principios disolventes y anárquicos del siglo XVIII con la anárquica literatura del XIX, entre los horrores de los jacobinos y los horrores de los románticos, es á nuestro ver mas ingeniosa que exacta, porque nosotros no podemos atribuir á las bellas letras tan profunda y grave intencion en sus concepciones, ni tanto poder en su influjo para realizarla y cumplir el objeto de sus tendencias.

(1) Los dramas *La conjuracion de Venecia* y *Aben Humeya* del Sr. Martinez de la Rosa, y *D. Alvaro* del Sr. duque de Rivas, los primeros que adoptaron, á nuestro juicio, las modernas formas, fueron escritos por sus autores en pais extranjero. Hasta el año 1834 no aparecieron en Madrid las obras de Victor Hugo.

Permítasenos con esta ocasion examinar en general esta idea de *tendencia*, palabra que en su genuino sentido equivale á *direccion hácia un objeto remoto*, y que en su acostumbrada aplicacion se toma *por el espíritu é intencion presente con que se obra*: impropiedad estraña, como lo fuera el llamar tendencia hácia una enfermedad á los síntomas que la manifiestan.

Como quiera que sea, esta palabra es una de las predilectas en la época actual, y con razon porque en ella nos parece ver grabado uno de sus principales caracteres, á saber: la espectacion y la inquietud. Este siglo en efecto siempre temiendo ó esperando, cree todo verlo *tender* hácia un fin determinado, y presta á las cosas el color é importancia que les dan sus esperanzas ó temores, como el enfermo de aprension que cuenta los latidos de su pulso atento siempre á la menor mudanza, ó como aquel pueblo que en su profunda abyeccion veia en cada profeta levantarse su Mesías. Asi que en cada nota diplomática cree ver transformada la Europa, y borrados los límites de los imperios; en cada máquina que se invente cree asegurar se el dominio de la naturaleza; en cada sistema que se formule cree haber conquistado el dominio de la verdad. El mismo achaque se ha pegado á la literatura: ya no se pregunta solo al poeta, como antiguamente, si sus versos son armoniosos, su fábula interesante, sus caracteres bien sostenidos; procúrase adivinar ademas su pensamiento dominante, la filosofía de sus ideas, y los principios ó sentimientos que se propone acreditar; nuevo método de juicios de mas empeño y dificultad que el antiguo, pero tambien de mas provecho y dignidad, cuya perfeccion grandes deberes exige de parte del crítico como de la del literato, y que entrambos han aceptado con placer, aunque tal vez con temeridad, aquel por el mayor lucimiento y gravedad que presta á su siempre ávido oficio, este por el instinto natural con que apetece el hombre se le atribuya en cualquier objeto una profunda intencion. Si la nueva crítica, pues, ha descubierto verdades y relaciones importantes, ha inducido tambien en errores é inexactitudes, que los mismos por ella juzgados se han guardado de desvanecer, hablando ellos los primeros de sus tendencias sociales, y dándose por consagrados al culto de una idea, cuando lo estaban al de la gloria esclusivamente, única deidad á la que los literatos comunmente sacrifican. Confesamos en verdad que no podemos comprender al mismo Victor Hugo ni dejar de sonreirnos, cuando en sus prólogos nos habla de *una mision que cumplir y de un edificio que levantar*, del cual solo debe juzgarse en su conjunto. Cuando terminado el drama ó la novela ha agitado deliciosamente el corazon en encontrados sentimientos, y ha dejado indeleble sello en la imaginacion, para nosotros su mision está ya cumplida, y su edificio levantado.

Imagínese cualquiera que campo habrán abierto las obras de tal autor tan nuevas en su fondo, en sus formas, y hasta en el fin misterioso que él mismo les atribuye, á esta mezcla de recuerdos, conjeturas, comparaciones y sentencias que en el dia se llama crítica literaria; como se habrá querido encontrar la esplicacion y espíritu de ellas en el sangriento trastorno de 1792, ó en la popular insurreccion de 1830; como se las habrá mirado como un catecismo de imprecaciones contra los reyes y los sacerdotes; como aquellos horrores y muertes de teatro se habrán comparado con los sanguinarios espectáculos del circo, que encrudecen á un tiempo y corrompen á las naciones; como á la voz de inmoralidad ó desenfreno literario cada cual pronuncie en sus adentros el nombre de Victor Hugo. Pero ya que tan aparte entran los hechos y carácter de cada autor en el juicio de sus obras, ya que la crítica y la biografía son por ahora inseparables, no comprendemos por de pronto porque sea demagogo y terrorista el hijo del general Hugo, el jóven pensionado de Luis XVIII por un título el mas honroso para él mismo y para el monarca (1), el célebre escritor en cuya casa cuelgan los dones de los príncipes reales que lo visitaron (2). E ignoramos ademas como por esos críticos tan severos se nos proponga como modelo el demócrata y fogoso Delavigne, y se ensalcen hasta las nubes los cantos republicanos del lírico Beranger.

No menos grave y general es la acusacion de inmoralidad que contra Victor Hugo se dirige. La inmoralidad puede estar en la esencia de una obra, cuando el crímen se vé en ella patrocinado y defendido; ó bien en sus formas accidentalmente, cuando se pinta el vicio mismo que no se recomienda ó tal vez se reprende con colores harto vivaces y halagüeños á la humana debilidad. De la primera culpa encontramos inocente á Victor Hugo: de la segunda apenas encontramos quien esté exento. Pocos en efecto son los escritores, románticos ó clásicos, idólatras ó cristianos, que no hayan hecho aparecer, ó bien en el fondo de sus cuadros, ó bien á un lado y como apartada, alguna figura voluptuosa, alguna escena en que el crímen hiera los ojos rodeado de una aureola de encantos. Pero si los ojos deben cerrarse alguna vez en tal cual pormenor de los cuadros de Victor Hugo, el alma puede contemplarlos en su conjunto sin que descienda á ella la corrupcion, defensa que no nos atreviéramos á estender á otros que se hacen pasar como de su escuela, á los de *Soulié* y de *Jorge Sand* por ejemplo, porque *Lelia* y las *Memorias del Diablo* son de aquellos libros que enrojecen la frente, y que son un crímen en la mano de una doncella.

La mas célebre de las obras de Victor Hugo, asi por su mérito como por su concepcion original, es *Nuestra Señora de Paris*, pintura amarga y á vuelta de algunas inexactitudes históricas, verdadera de unos tiempos que desgraciadamente no calumnia; libro singular en que un edificio es realmente el protagonista; y que semejante á este edificio cuyo nombre toma y cuyas gigantescas formas anima, se presenta imponente y sencillo en su conjunto y prolijo y variado en sus adornos; obra menos del arte que del capricho, en que todos los géneros se confunden; mole aérea y sombría que pesa sobre el alma y á un tiempo la sublima, en cuyos cuadros y relieves enigmas terribles se adivinan, cuyas figuras y personages, deformes en su mayor parte y mutilados, como las estátuas de aquel templo, no repugnan á la vista en su deformidad sino que la atraen y fascinan con encanto misterioso. La virtud, ó mas bien la debilidad y candor, es allí presa del fuerte; pero la perversidad, ó mejor las pasiones, llevan en sí mismas una terrible espiacion, porque ¿quién quisiera ser Claudio Frollo? A veces el corazon aterrado con el rugido de las pasiones, y con toda la miseria de la humanidad, y con toda la pompa de los suplicios, reposa en emociones harto puras y deliciosas, y encuentra lágrimas de ternura que derra-

(1) Victor Hugo escribia á la madre de un amigo suyo comprometido en una conspiracion, ofreciendo á su hijo un asilo; «soy muy realista, decia, para que se piense en venir á buscarle á mi cuarto.» Luis XVIII, á cuyas manos llegó esta carta, esclamó: «Conozco á ese jóven; obedece en esto á las inspiraciones de su honor,» y concedió á Victor Hugo una pension, que el poeta atribuyó al éxito de sus odas recientemente publicadas.

(2) En 1836 nuestro autor encontró un dia de vuelta á su casa un magnífico cuadro don del príncipe de Orleans y de su augusta esposa que en su ausencia le habian honrado con una visita, y en cuyo marco se leia esta inscripcion: *El duque y la duquesa de Orleans á Victor Hugo.*

mar. ¡Qué candoroso es aquel amor á Febo de la Esmeralda! qué heróico el de Cuasimodo á la Gitana! Ignoramos si Nuestra Señora de París será un libro que no se lea de aquí á veinte años, como afirma un célebre literato, el único quizá á quien se podia perdonar lo aventurado de la profecía; pero creemos que el que lo lea una vez con algo de ardor en el alma, y de poesía en la imaginacion, no borrará de ella mientras viva aquellos caracteres de fuego.

¿Y quién olvidará *El último dia de un reo de muerte*, monólogo admirable de un hombre solo y de una sola idea, en el que se ven los síntomas de la agonía del alma con mas certidumbre que los vé el médico en el rostro del moribundo; páginas terribles por las cuales una y otra vez giran los ojos, como la mariposa al rededor del fuego, por mas que sepan que han de dejar en el corazon largo peso de dolor y de amargura? Gran fondo de sensibilidad y compasion hácia la humanidad doliente, largas vigilias pasadas en la consideracion de sus miserias, arguye en su escritor esta obra á la cual no dudáramos atribuir grandes efectos morales, si fuésemos fáciles en concederlos á las obras de imaginacion.

Como poeta lírico no podemos hablar de Victor Hugo, porque no han llegado á nuestras manos *Las orientales*, en las que, si hemos de juzgar por algunas muestras y por el aplauso de los literatos, luce un sentimiento y una poesía verdaderamente oriental.

Menor alabanza, aunque fama no menor, merece como dramático, porque la exageracion de los caracteres y la inverosimilitud de la trama aparecen en las tablas mas visibles y chocantes; aunque en nuestro concepto, por lo general, está lejos de merecer las amargas acusaciones que bajo otro aspecto se le dirigen. Solo dos vicios consideramos peligrosos sobre el teatro, la lubricidad y la irreligion; porque el pudor y la religion son hermanos, y basta á veces una palabra para empañar su pureza y esplendor. Acerca de lo primero, sobrado libre ha andado nuestro autor en algunas escenas, y en esto no le escusamos; en lo segundo, si no brilla la religion como alma de sus invenciones, tampoco corre en ellas el riesgo de verse ofendida ó profanada. Por lo demas, sáquese á luz enhorabuena la ambicion, la venganza, el parricidio con toda su ferocidad y sangre fria, multiplíquense los horrores y los puñales á cada escena, corra la sangre hasta los espectadores: el drama podrá ser muy malo, literariamente hablando, pero no moralmente; merecerá silbidos, pero no abominacion. Y mucho menos que un fin inmoral atribuyéramos un fin anti-monárquico á los dramas de Victor Hugo, porque en él aparezcan algunos príncipes manchados de sangre, ó encenagados en vergonzosos placeres. Tiempo atrás Shakespeare habia ya concebido su Ricardo III, y su Atreo Crebillon; y desde la infancia del teatro, el papel de *tirano* llegó á hacerse proverbial. Ademas, aquellos hechos, personajes y costumbres tan apartadas de las nuestras, no pueden escitar mas que recuerdos de un siglo ya difunto, ni ejercer en los ánimos el poder terrible de los dramas políticos de la última mitad del siglo XVIII, en que solemnemente y en abstrato se vertian aquellos axiomas disolventes, aquellas declamaciones tribunicias que recogia con entusiasmo un auditorio medio corrompido. Y si estas reflexiones no se toman en consideracion, ¿quién acusará á Victor Hugo de haber hecho de nuestro Cárlos I un mozo atolondrado en los primeros actos del *Hernani*, y de Francisco I un seductor en *el Rey se divierte*, que vea y aplauda á los reyes de Calderon y de Lope de Vega ir escalando de noche los balcones, y penetrar aun en las alcobas nupciales?

Creemos haber sido bastante esplícitos hasta ahora para que nadie injustamente nos suponga defensores de ese cúmulo de absurdos morales y literarios que no sabemos por qué ha de llamarse *romanticismo*, ni aun ciegos sectarios del autor que, sin saber tampoco por qué, es llamado su gefe, y de quien hasta aquí nos hemos ocupado; pero quisiéramos que se le juzgase, no vaga y declamatoriamente, sino con respeto é imparcialidad, segun el espíritu, las bellezas y los defectos de sus obras, como se juzga á Byron y á Goethe, al lado de cuyas cenizas aguarda un lugar á las de Victor Hugo: quisiéramos que, dejando la crítica de ser hipócrita, no asqueáran tanto los *horribles* dramas del autor francés, los que aplaudian el *D. Alvaro ó la fuerza del sino*, y se estasiaban ante el *Rey Mongé* ó ante *Carlos II el hechizado*: quisiéramos que guardáran nuestros literatos, sino mayor veneracion, mayor gratitud al menos con aquel que abrió en su corazon tantas fuentes de poesía, á quien deben tantos castillos almenados, tantas góticas catedrales, tantas pálidas y aéreas hermosuras, y cuyo yugo, sin querer y quizá sin saberlo, pesa todavía sobre su imaginacion. Sin embargo, en esta reaccion, aunque laudable en su orígen, injusta y apasionada en sus estremos, nosotros descubriéramos un bien todavía, si nuestra literatura, sustrayéndose á favor de ella á todo influjo tiránico que la dominára, quisiera ser de una vez espontánea; si hubieran desaparecido esos vulgares poetas que siempre se cobijan á la sombra de un gran nombre; y si enmudeciera el coro de imitadores, para que nuestros jóvenes pudieran seguir los vuelos de su propio genio, y escuchar en el silencio las inspiraciones de su corazon. Pero en los elogios desmesurados que á nuestros cómicos antiguos, y á Calderon en especial se prodigan, y en las formas y asuntos prestados de sus obras que nuevamente prevalecen, se descubre la pretension de sustituir á la llamada escuela de Victor Hugo, otra escuela, que no por española es menos agena de nuestras costumbres y pasiones, ni circunscribe menos el círculo abierto á la imaginacion. Y cuando vemos que no se destrona un ídolo sin que otro se levante sobre sus ruinas; que los poetas no abandonan un camino sin abalanzarse á otro de tropel como rebaño; que á las grandes pasiones, á los envenenamientos, á las mujeres angélicas y á las meditaciones sepulcrales, van á suceder los grandes enredos, los duelos nocturnos, las damas tapadas, y los conceptos sútiles; nos saltan á la memoria, y de allí á la lengua, aquellas palabras del moro Farax en el Aben Humeya: *Ya buscais otro yugo! Encore un maitre!*

Cuando llegue á la posteridad (porque llegará sin duda), el nombre de Victor Hugo, se dudará que en cinco años haya sido sucesivamente reputado como Mesías regenerador del mundo y de la poesía, y como Antecristo de la literatura aparecido en dias de sangre y de decadencia para anunciarle su ruina; se burlarán de tan ridícula apoteosis y de declamacion tan furibunda, y no se comprenderá esta especie de maniqueismo literario del dia, segun el que se atribuye al poeta francés cuanto hay de malo y deforme, y cuanto de bueno y perfecto existe se hace proceder de Calderon. La posteridad á quien pasarán las obras de entrambos, y cuyo juicio afortunadamente por este motivo no podrá prevenirse, juzgándolas por sus defectos y bellezas, dirá: que Victor Hugo fue de una imaginacion vivísima, y que á veces por exaltada puede parecer delirante; de harta tendencia á lo tétrico y horrible, aunque no escéptico ni sardónico en su melancolía! en la animacion de los seres insensibles, y relaciones del hombre con la naturaleza, sin par ni semejante; gran conocedor del corazon humano, especialmente en las grandes luchas y grandes afectos; en las

situaciones, mas feliz que en la invencion de caracteres ó en la disposicion y trama de la accion; en los sentimientos casi siempre asombrosamente natural! en la espresion de ellos inimitable. Y de Calderon dirá, que fue de invencion brillante y rica; uniforme en la accion y personajes, pero variadísima en los incidentes; representante cual ninguno de las pasiones y costumbres de su siglo, aunque poco cuidadoso y exacto en la pintura de los demas; solícito mas bien en traer suspensa la imaginacion con maravillosos enredos y complicaciones, que en conmover el corazon con el lenguaje de los afectos; descolorido y monótono generalmente en los caracteres, mas por negligencia que por falta de habilidad; en sus pensamientos agudo y original, algunas veces filosófico, y raras tierno ó sublime; en la espresion harto amenudo hinchado y conceptista. Entonces ni Calderon ocupará el altar á que ha subido desde el polvo en que los preceptistas lo sepultaron, ni Victor Hugo yacerá en el polvo en que cayó desde aquel altar con mas rápida vicisitud; sino que entrambos ocuparán su lugar entre los genios de cada siglo; y sus idólatras y detractores no ocuparán ninguno, porque no tendrán nombre en la posteridad.

J. Q.

POESIA.

EL MOMENTO.

(Dedicada á D. José Zorrilla.)

I.

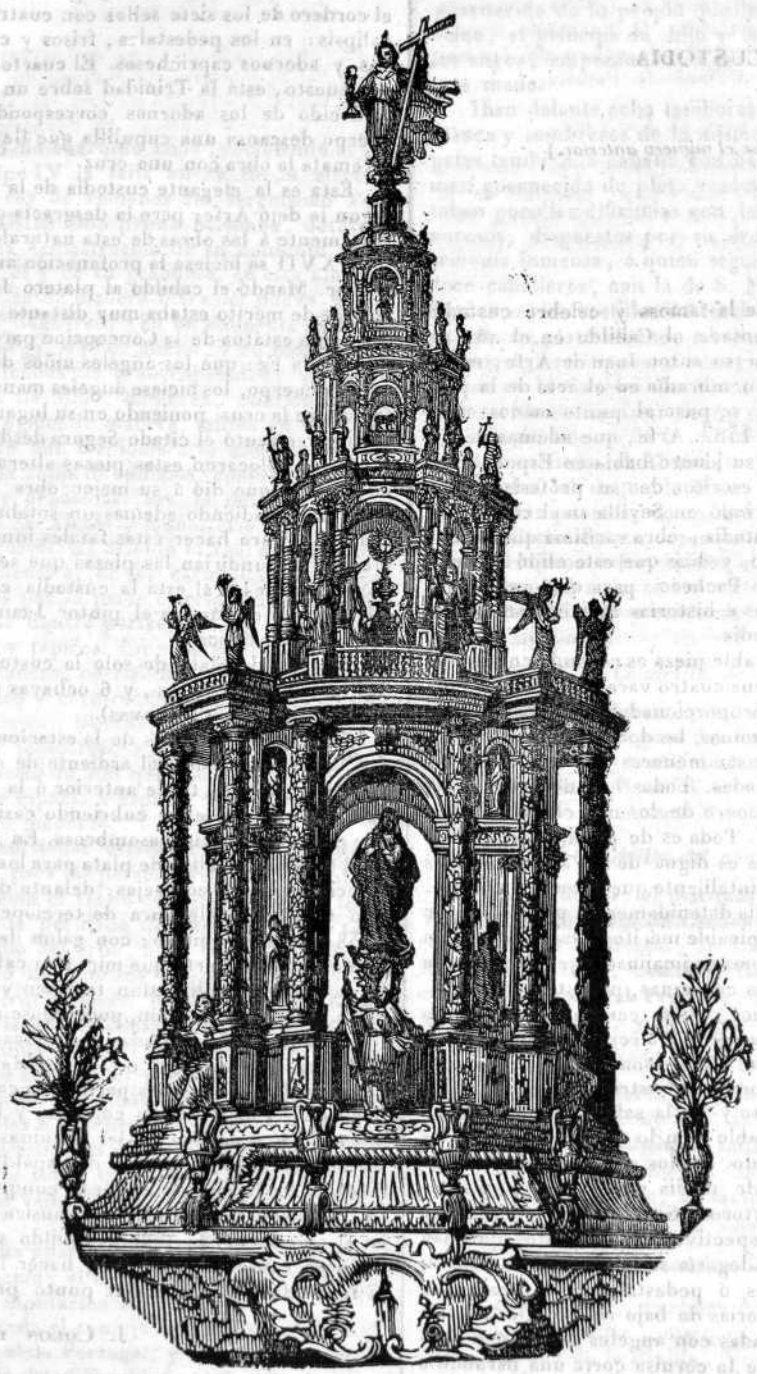
Hay para el hombre un momento
en que cuenta horas perdidas,
cual si tuviera mil vidas
destinadas al placer.
Un momento en que deliran
entre fantasmas y ensueños
los pensamientos risueños
del hombre y de la mujer.
Momento en que inquieta bulle
una idea en nuestra mente,
en que absorta el alma siente
misteriosa turbacion.
En que los dias son horas,
y las horas nos halagan,
y los pensamientos vagan
á merced del corazon.
Momento que ha de faltarnos
sin saber que le perdemos,
momento que apenas vemos
para llorarlo despues;
Que en medio de los placeres
detenemos nuestra planta,
con la risa en la garganta
y la copa á nuestros pies.
Porque llegará un momento
para angustiar el primero,
otro momento postrero,
sarcasmo del que pasó.
Y en él llorará el dichoso,
presa de amargo tormento,
el desdichado momento
que el segundo le robó.
Y correrán á porfía
tras de soñadas venturas
marchitadas hermosuras
en silencioso tropel.
Y hallarán de sus amantes
las frentes antes erguidas,
mústias despues y abatidas
por el fastidio cruel.
Que aquel momento de amores
de esperanzas y delirios,
en momento de martirios
convierte la realidad.
La realidad es la muerte
para el hombre que delira,
y lo pasado mentira,
y lo presente verdad.
¡Cuántas miserias creidas,
qué de contentos soñados
se confunden apiñados
en un momento fatal!
Allí la risa y el llanto,
la virtud, la hipocresía,
ha de igualar algun dia
la campana funeral.
Los pensamientos livianos,
los impuros devaneos,
los criminales deseos
aguardan un mismo fin.
Y el mismo término aguarda
el infeliz pordiosero,
que el altivo caballero,
que brinda en régio festin.
¡Así un terrible momento
nuestras miserias iguala!
Y qué! ¿No valdrá hacer gala
de riquezas y poder?
Y los dorados ensueños
de un momento maldecido,
morirán en triste olvido
para nunca renacer?
¿El hombre borrar no puede
de sus infames pasiones
las alegres ilusiones
con llanto del corazon?....
¡Ah! sus lágrimas amargas
llegarán allí tardías,
que estan contados los dias,
sin dias de apelacion.
Y al término decretado
del hombre el paso vacila,
y la brillante pupila
empieza triste á cerrar.
Y sacude torpes sueños
su turbada fantasía,
que el sueño de la agonía
hace al hombre despertar.
Y en torno de sí los ojos
faltos de luz vagos gira,
y le parece mentira
que tan pronto ha de morir.
Y alargar la vida quiere,
y la vida le abandona,
cuando la muerte eslabona
su pasado y porvenir.

II.

Por un momento de placer corremos,
al placer nuestra mente abandonamos,
porque miedo á la muerte no tenemos,
y en el otro momento no pensamos.
La risa y el festin son nuestra vida;
ruede el licor, porque el amor provoca:
y la mano se encuentra entorpecida,
sin que pruebe el licor la inmunda boca.
Y frenéticos vamos de comparsa
todos siguiendo el bacanal bullicio,
hasta que llega á deshacer la farsa
la sentencia fatal que asusta al vicio.
Porque aquí corre el hombre disfrazado,
para hacer su ventura mas completa,
y blasona virtudes el malvado,
cubierto con la pérfida careta.
El amigo al amigo infame vende,
que anhela, miserable, su tesoro,
y horribles zelos en su pecho enciende
el hipócrita vil con falso lloro.
Y el esposo voluble finge amores
á la incauta doncella seducida,
y el ruin estafador brinda favores,
y amparo generoso el homicida.
Mas ¡ay! que cuando llegue otro momento,
caerán hechos añicos los disfraces,
y los buenos allí tendrán contento
y penas roedoras los falaces.
De aquel festin se apagarán las luces,
y á oscuras nuestros vicios lloraremos,
y á otro festin de tumbas y de cruces
todos, uno tras otro, bajaremos.
Y el momento de orgías y de gloria
en momento de horror se habrá trocado:
que es la muerte del hombre nueva historia,
nueva irrision de su esplendor pasado.

J. M. de Andueza.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.



LA CUSTODIA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO EN SEVILLA.

LA PROCESION DEL CORPUS EN SEVILLA.

LA CUSTODIA.

(*Conclusion. Véase el número anterior.*)

La traza de la famosa y célebre custodia fue presentada al Cabildo en el año de 1580, por su autor Juan de Arfe, natural de Leon, maestro de nombradía en el arte de la platería: todo fue aprobado, se puso al punto manos en la obra, y fue concluida en 1587. Arfe, que ademas de ser el primer artífice que en su jénero habia en España, era al mismo tiempo docto escritor de su profesion, nos dejó un librito, que imprimió en Sevilla en el citado año de 87 describiendo la custodia; obra rarísima que poseemos. La dedicó al Cabildo, y dice que este elijió al canónigo licenciado Francisco Pacheco, para que entendiese en las figuras, geroglíficos é historias que habian de esparcirse por toda la custodia.

La traza de esta admirable pieza es redonda con los encasamentos resaltados; tiene cuatro varas de alto, está dividida en cuatro cuerpos proporcionados, cada uno de ellos tiene veinte y cuatro columnas, las doce mayores labradas de relieve, y las otras doce son menores y sirven de impostas á los arcos: estan istriadas. Todos los adornos son del gusto plateresco, en su jénero de los mas completos que produjo el feliz siglo XVI. Toda es de plata. La ejecucion de cada una de las piezas es digna de las alabanzas mas ponderadas, y solo el ojo intelijente que examine la custodia de la catedral de Sevilla detenidamente, podrá esplicar aquel sobresaliente é inespicable mérito en las estátuas, en los bajos relieves, y adornos de imajinacion esparcidos con profusion y acierto por las columnas, pedestales y frisos. El primer cuerpo es jónico; en su centro estaba (como diremos despues) la estátua de la Fé representada por una matrona con las insignias correspondientes, á sus pies la herejía, significada por un monstruo: á sus lados las estátuas del entendimiento y de la sabiduría humana; y la de San Pedro y San Pablo: en lo alto de la clave de la bóveda el Espíritu Santo. En los seis asientos del embasamento hay estátuas de media vara de alto, que representan los cuatro doctores, Santo Tomas y el Papa Urbano VIII. En los respectivos encasamentos que hay entre los arcos, van en alegoría seis de los sacramentos; son estatuitas. Las bases ó pedestales de las columnas ofrecen otras tantas historias de bajo relieve: las enjutas de los arcos estan embutidas con ángeles que tienen uvas y espigas. Por encima de la cornisa corre una barandilla con postes que reciben á doce ángeles niños con atributos de la pasion. El cuerpo segundo es corintio; las columnas de fuera están adornadas en sus dos tercios, y el de enmedio esta istriado oblicuamente. En su centro vá la sagrada forma en un viril de valor exorbitante por sus piedras preciosas y adornos de oro: se ven á su rededor á los cuatro evangelistas: por fuera entre columna y columna, y de dos en dos, hay estátuas de varios santos. Los pedestales están tambien adornados de relieve como el friso: encima de la cornisa de este cuerpo hay doce figuras que representan los dones y frutos del Santísimo Sacramento, segun Santo Tomas.

El cuerpo tercero es compuesto; en su centro está el cordero de los siete sellos con cuatro animales del apocalipsis: en los pedestales, frisos y columnas hay relieves y adornos caprichosos. El cuarto cuerpo es tambien compuesto, está la Trinidad sobre un arco Iris, todo enriquecido de los adornos correspondientes; sobre este cuerpo descansa una cupulilla que lleva una campanilla, y remata la obra con una cruz.

Esta es la elegante custodia de la catedral de Sevilla, segun la dejó Arfe; pero la desgracia que parece persigue tenazmente á las obras de esta naturaleza, hizo que en el siglo XVII se hiciese la profanacion artística que vamos á referir. Mandó el cabildo al platero Juan de Segura (que aunque de mérito estaba muy distante del de Arfe) que hiciese una estátua de la Concepcion para colocarla en lugar de la de la Fé: que los ángeles niños del cornisamento del primer cuerpo, los hiciese ángeles mancebos, y en el remate quitase la cruz: poniendo en su lugar la estátua de la Fé: obra que ejecutó el citado Segura desde 1668 á 1669; entonces se colocaron estas piezas alterando la traza y sabia disposicion que dió á su mejor obra el inmortal platero de Leon: añadiendo ademas un sotabanco con jarras de azucenas. Para hacer estas fatales innovaciones es probable que se fundirian las piezas que se quitaron. ¡Borron imperdonable! Tal está la custodia en la actualidad, y asi la grabó en lámina el pintor Juan de Valdés Leal en la espresada época.

El peso de plata de solo la custodia es en el dia de 2174 marcos, 5 onzas, y 6 ochavas (43 arrobas, 12 libras, 5 onzas y 6 ochavas).

Se adornan las calles de la estacion con grandes toldos que las defienden del sol ardiente de Andalucía; las casas aparecen desde la tarde anterior á la funcion colgadas de damasco y otras telas, cubriendo casi toda la fachada, lo que produce una vista asombrosa. En la catedral se coloca en el trascoro un altar de plata para los oficios, y todo aquel espacio se cierra con rejas: delante de la puerta grande está una gran colgadura de terciopelo carmesí que tiene 3038 varas de género; con galon de oro fino, lo mismo está colgada la parte que mira á la calle: las columnas de la nave de enmedio están tambien vestidas de terciopelo del mismo color y galon, pudiéndose asegurar que el costo de todas las espresadas colgaduras pasará de 800,000 reales vn.: la custodia está colocada en medio del espacio cerrado, sobre unas parihuelas con sus ricos frontales bordados, y con cuatro colosales y bien trabajados candeleros en cada una de las esquinas. En este sitio del trascoro se colocan bancos de espaldar tallados de oro y forrados de terciopelo carmesí, aunque no del mejor gusto, y sirven para el cabildo, música, etc.: se estrenaron en el año de 1778; todo el cabildo se traslada á este sitio para cantar las vísperas, hacer los oficios del dia de la festividad, y desde este punto parte la procesion.

J. Colon y Colon.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

FIESTAS EN MADRID EN 1637.

En 13 de enero de 1637, recibiendo el rey Felipe IV la feliz nueva de la eleccion del rey de romanos del serenísimo Fernando III su cristianismo primo hermano, determinó hacer una pública demostracion de su contento, que fuese benemérita de él y de su grandeza, en esta manera.

Plántose una plaza de madera fuera del nuevo y lucidísimo palacio del Buen-retiro en un eminente sitio que tenia 608 pies de largo, 480 de ancho, y en toda su circunferencia 408 balcones de gran capacidad, al fin en que trabajaron mas de 3000 hombres, cubriéndose la fábrica de tejados fingidos de madera, teñida en rojo, que miraba por la parte del mediodia á lo mas vistoso de esta Corte, asi por la copia de edificios, como por la frescura de su prado y arboledas. Por la del Septentrion terminaba la puerta de Alcalá y monasterio de religiosos descalzos de San Agustin. Al oriente el real de los de San Gerónimo y al occidente el de los carmelitas descalzos. Estaban los balcones por la parte esterior con barandilla de plata y oro y por dentro perfectamente colgados de variedades de sedas y tapices. En cada pilar que los dividia dos hachas blancas, corriendo por toda la circunferencia sobre el friso y cornisa 900 faroles de hermosos vidrios y graciosa forma, labrados para solo este efecto, en los cuales habia inumerables luces porque tenian á cuatro cada uno, demas de 300 que con ventajosa grandeza se señalaban de espacio á espacio breve, quedando entre uno y otro tres menores.

A la parte septentrional estaba fabricado un balcon de mayor eminencia para las personas reales, de barandillas doradas y lo mismo el techo con gran primor, teñido de agradable verde perfilado de oro: rompia la cornisa un hermoso globo del orbe, á un lado el 4.° planeta, rematándolo todo una corona imperial y debajo de ella esta letra: *Illustrat et fovet.* Adornaban tan vistosa estancia muchas vidrieras cristalinas, desde las cuales reververando esa máquina de luces, hacia dudar de la posibilidad de reducirse á número, y asi quedaba la claridad de la plaza en modo que podia preguntarse si habia amanecido con estrellas ó anochecido con sol.

Partian desde los estremos de la cornisa de este balcon en grande espacio sobre la de toda la fábrice los escudos y armas de los reinos que felizmente estan unidos á esta monarquía.

A la mano derecha aparecian el real consejo de Castilla, el de la inquisicion, el de las Indias, el de órdenes, el de hacienda y la diputacion del reino.

A la mano izquierda el consejo de Aragon, el de Italia, el de la cruzada, el de Portugal, y la Villa de Madrid.

Asistian el Nuncio de su Santidad, el Patriarca de las Indias, el embajador de la Magestad Cesarea, los de los reinos y diferentes repúblicas. Cuando el domingo 15 de febrero quiso dar S. M. principio á esta pompa, (con salir de casa de Cárlos Strata, Caballero del hábito de Santiago, que vivia entre los italianos y los clérigos menores, adonde fue á vestirse) hallada con el aparato y lucimiento posible á tal ocasion, desde allá hasta la puerta del real convento de San Gerónimo, procedía una suntuosísima calle con dos hileras de luces encendidas en varias y copiosas materias y agradables correspondencias, con que se manifestaba todo desde un estremo al otro, asi como pudiera de dia.

Sobre la primera puerta estaba fabricado un balcon, guarnecido de lo propio que la plaza, en que se puso la reina, el príncipe su hijo y la princesa de Carinan con los suyos, empezando luego á componerse la fiesta en este modo.

Iban delante ocho tambores á caballo vestidos de lana blanca y sombreros de lo mismo: seguiánlos cuatro trompetas tambien á caballo con baqueros de terciopelo carmesí guarnecido de plata y sombreros de lo propio: distaban poco los chirimias con los demas instrumentos sonorosos, dispuestos por su órden, llenando el aire de armonía inmensa, á quien seguian quince cuadrillas de á doce caballeros, con la de S. M. diez y seis, todas conformes en los vestidos de terciopelo liso negro, bordados de velo de plata blanco, tocados, plumas y jaeces de las mismas colores, puestos todos en vistosos caballos de dos en dos en la Carrera de San Gerónimo con sus hachas de cera blanca en las manos y con otras los seguian gran número de lacayos de la misma librea, siendo los padrinos de esta fiesta el Almirante de Castilla, el príncipe de Esquilache, el duque de Hijar y D. Cárlos Coloma. Estando todos puestos, como se ha dicho, salió S. M. de la casa de Cárlos Strata, acompañándole su cuadrilla, vestidos del mismo color, si bien el del rey y conde de Olivares, bordados de rica y vistosa labor. De las demas fueron cuadrilleros y entraron en ellas los señores y caballeros siguientes:

Cuadrilla de S. M.

Marqués de Belmonte, hoy duque de Maqueda, marqués de Cañete, marqués del Espinar, conde del Puerto, conde de Aguilar, conde de Barajas, conde de Fuensalida, conde de la Moncloa, conde de la Corzana, conde de Osidus y D. Francisco Mascareñas.

Cuadrilla del conde duque.

El conde duque, el marqués de Palacios, el conde de Visaven, D. Rodrigo de Cardenas, D. Luis Puerto Carrero, D. Lope de Hozess, D. Diego de Zárate, D. Diego Ramirez de Haro, conde de Bornos, D. Luis Carnero, conde de Layola del Príncipe, D. Juan de Vargas, Don Rodrigo Pimentel, y D. Juan de Silva.

Otra cuadrilla del conde duque.

El conde de Villalva, D. Francisco de Veamonte, Don Luis Gerónimo de Contreras, D. Antonio Bonal, D. García de Brizuela, D. Juan de Lujan, D. Francisco de Balcazar, D. Juan de Prado, D. Gaspar de Prado, D. Francisco de Rojas Vivanco, D. Gaspar de Robles y D. Juan Mejía.

Cuadrilla del condestable de Castilla.

El condestable, marqués del Frezno, su hermano, marqués de Cuellar, marqués de Stabara, conde de Grajal, conde de la Rivilla, Vizconde de Molina, Don Antonio Mesía de Torvar, su hermano D. Alonso Ortiz de Velasco y D. Pedro de Castalví.

Cuadrilla del duque del Infantado.

El conde de Tendilla por el duque, marqués de San Roman, marqués de la Fuente, marqués de Autona, conde de Oruña, conde de Villar, conde de Brantivilla, Don Esteban Hurtado de Mendoza, D. Baltasar de Zúñ-

ñiga, D. Bernardino de Ayala, D. Luis de Mendoza, y Don Gaspar Mantilla.

Cuadrilla del marqués del Carpio.

Marqués del Carpio, marqués de Povar, conde de Castrillo, conde de Lodosa, conde de Zedilla, conde de la Torre, D. Sancho de la Cerda, D. Fernando Barradas, D. Cristobal Guardiola, D. Francisco de Lerma, Don Martin de Saavedra y D. Luis de Peralta.

Cuadrilla del duque de Pastrana.

Duque de Pastrana, duque de Ciudad-Real, marqués de la Alameda, marqués de Almenara, marqués de la Mizeda, marqués de Mirallo, D. Francisco Luzon, Don Luis Frejo, D. Gaspar Bonifaz, D. Francisco de Angulo y D. Juan de Morales.

Cuadrilla del duque de Hijar.

El duque de Hijar, marqués de la Conquista, marqués de Castro fuerte, conde de Taroca, conde de Figueiro, conde de Villamonte, D. Francisco Gurrea, Don Alberto Coloma, D. Francisco Enriquez de Silva, Don Juan Ramirez, D. Pedro Niño de Castro, y D. José Strata.

Otra cuadrilla del duque de Hijar.

El conde del Real, D. Francisco Valenzuela, D. Pedro de Vasconcelos, D. Diego de Quiñones, D. Diego Guzman, D. Alonso de Paz, D. Rodrigo de Herrera, Don Gaspar de Guzman, D. Pedro de Alva, D. Gerónimo de Carvajal y D. Baltasar de la Cueva.

Cuadrilla del duque de Peñaranda.

Duque de Peñaranda, marqués de Fromista, conde de Montezuma, D. Juan de Cardenas, D. Fernando, de la Cerda, D. Francisco de la Cerda, D. Gerónimo de Vera, D. Gonzalo Manrique, D. Pedro de Vega, D. García de Cardenas, D. Rodrigo de Tapia, D. Pedro Reynoso y Toledo, señor de Utrillo.

Cuadrilla del conde de Oropesa.

El conde de Oropesa, marqués de Villa mayor, marqués de Tovar, marqués de las Navas, marqués de Malpica, marqués de Salinas, conde de Montalvan, Don Francisco Garnica, D. Manuel de Arriarán y Gambra, Don José de Castrejon, D. Alonso Lancol y D. Agustin.

Cuadrilla de D. Luis de Haro conde de Morente.

Conde de Morente, marqués de Comares, D. Luis Ponce de Leon, D. Francisco Mejia, D. Fernando Bazan, D. Cosme de Médicis, D. Fernando de Alarcon, Don Francisco Ibañez, D. Diego de Salcedo, D. Francisco Vivanco, D. Martin Porres y D. Vicente Zapata.

Cuadrilla del conde de Ricla.

El conde de Ricla, marqués de Malagon, marqués de Torres, conde de Concentaina, D. Alvaro de Luna, Martin Alonso de Ataide, D. Juan de Borja, D. Mateo Ibañez de Segovia, D. Salvador Correa, D. Pedro Hurtado de Curruera, D. Pedro de Valenzuela y D. Gabriel de Silva.

Cuadrilla del conde de Alva de Liste.

Conde de Alva de Liste, marqués de la Adrada, conde de Villa Franqueza, conde de Peñaflor, D. Manuel Enriquez, D. García Pareja, D. Luis de Córdoba, Don Pedro Niño, D. Fernando Rivadeneira Calderon, Don Pedro de la Mota Sarmiento, D. Pompeyo de Tassis y Don Luis Enriquez.

Cuadrilla de la coronada villa de Madrid.

El conde de Montalvo, su corregidor Francisco, Enriquez, Felipe Sierra, D. Gaspar de Valdés, D. Gerónimo Casanate, Claudio de Cos, D. Diego Ordoñez, Don Lope de Porras y Castro, D. Francisco Sardoneta, Don Francisco Mendez Testa, D. Juan del Castillo y D. Luis Zañes Montenegro.

Otra cuadrilla de la Villa.

Marqués de Cusano, D. Cristobal de Medina, D. Gerónimo Carmenas, Manuel Cortizos de Villasante, Pedro Martinez, D. Rodrigo de la Castra, D. Bernardo de Salas, D. Mateo Alonso de Ortega, D. Pedro Rodriguez de Villarroel, D. Gonzalo Pacheco, D. Diego Merás y Don Pedro Romero.

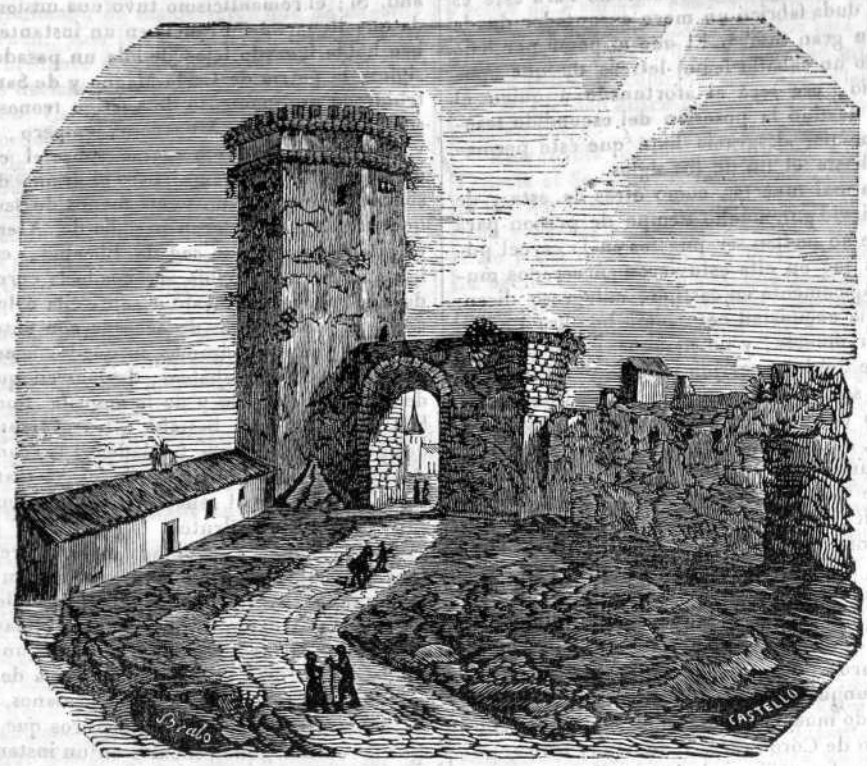
Luego se seguian dos carros triunfantes de maravillosa y apreciable traza, pintura y adornos hechos por Cosme Lot, industrioso arquitecto florentino, que tenian 22 pies de ancho, 30 de largo y 46 de alto. En la parte estrema de cada uno se levantaban dos pirámides, en cuyas puntas iban tremolando tafetanes carmesíes: alumbrábase cada uno con cien hachas, cargados de lucidísimas figuras con varias insignias é instrumentos músicos distribuidos con gentil órden. Cada uno iba tirado de 24 bueyes cubiertos con paños rojos, guarnecidos de plata y alumbrados con multitud de hachas, puestas en manos de hombres vestidos de velillos de plata de varios colores á la turquesa, crecia el número de las luces.

Cuarenta salvajes llevando en las manos grandes mazas encendidas como hachas. Con este órden iban andando hasta el balcon en que dijimos estaba la reina, entrando en la plaza en donde se hallaba cuando por ella entró S. M. gobernando su cuadrilla, el conde de Olivares la suya y cada uno de los demas la que le tocaba, formando varios laberintos de escaramuzas, compasados con los escudos de geroglíficos que para division de las cuadrillas estaban en diferentes puestos.

Fueron entrando los carros dando vuelta á la plaza, empezando las figuras á sonar los instrumentos, acompañándolos con su misma música, que llegando en frente del balcon de la reina, representaron un coloquio de la Paz y de la Guerra.

Al pie casi del mismo balcon estaban plantadas las vallas y el estafermo, adonde S. M. ejecutó la destreza que en esto tenia superior á todos, de comun aplauso, continuándolo los señores y caballeros. Dejó el rey la plaza subiéndose al balcon de la reina, despues de haber dado tanto que admirar; estuvo mirando el resto de la fiesta, que fueron representaciones, músicas innumerables, gente varia natural y extranjera, de cuantas naciones frecuentan su corte; y últimamente oyendo repetir las voces de tanta multitud junta, *viva la felicidad de Felipe IV, viva, viva*; con que los reyes se retiraron á las once á palacio del Retiro, dando fin á la fiesta, siendo de tal calidad, que la pudieron envidiar los mas pomposos frutos que celebran las memorias del mundo en siglos pasados y han de celebrar en los futuros.

ESPAÑA PINTORESCA.



LA TORRE DE LA MAL-MUERTA.

Cuando débil y vacilante el poder real en Castilla, apenas podia sostenerse contra las intrigas y manejos sediciosos de los ricos-hombres que hacian descaradamente la guerra á su rey, al mismo tiempo que detrozaban el pais con sus parcialidades, convirtiéndolo impunemente en teatro de sangre y de desolacion, no eran mas respetados los bienes y las vidas de aquellos á quienes declaraban su enojo y su enemistad; de lo que no son pocos los ejemplos que la historia nos ofrece, y la misma autoridad real que no era bastante á volver por sí y hacerse fuerte contra la arrogante osadía de los señores, podia menos vindicar las injurias é insultos hechos á los vasallos mas débiles, á quienes no les quedaba arbitrio para defenderse de la maldad y de la injusticia. Si alguna vez llegaban en aquellos calamitosos tiempos á castigarse los delitos y desafueros de aquella engreida y altanera nobleza, era con unas penas tan livianas que servian mas bien de estímulo para que se cometiesen nuevos crímenes, que de saludable escarmiento á la perversidad.

Esto se vió en Córdoba, y no por cierto en uno de aquellos reinados mas fecundos en maldades y turbulencias cual, fue el de D. Enrique III que tan amante nos lo pinta la historia de la rectitud y de la justicia. A principios del siglo XV cierto caballero de Córdoba poseido de una pasion que tan precipitada es, y tan poco consejo admite, como son los zelos, dió, sin causa bastante justa, muerte á su mujer, y «el rey, dice una memoria antigua, hecha la comun prueba mandó por condenacion que á su costa se hiciese esta torre,» que por este motivo llamaron *de la mal-muerta*, es decir, de la que murió injustamente. En ella, debajo del arco que la une al muro de la ciudad, en una lápida, en cuya parte superior se ven las armas de Castilla y de Leon, se grabó la inscripcion siguiente:

«En el nombre de dios. Porque los buenos fechos de los »reyes no se olviden, esta torre mandó facer el muy po»deroso rey D. Enrique, é comenzó el cimiento el doctor »Pedro Sanchez corregidor de esta ciudad, é comenzóse á »sentar en el año de nuestro Señor Jesu-Cristo de MCCCCVI »años é sendo obispo D. Fernando Deza é oficiales por el »rey Diego Fernandez, mariscal, alguacil mayor, el doc»tor Luis Sanchez corregidor, é regidores Fernando Diaz »de Cabrera, é Rui Gutierrez.... é Rui Fernandez de »Castillejo é Alfonso.... de Albolafia é Fernan Gomez é »acabóse en el año de MCCCCVIII.»

No es este de aquellos antiguos edificios que por las señales de su ancianidad, por ocupar sitios tristes y apartados de la habitacion de los hombres y otras circunstancias de las que hieren vivamente la fantasía, debiera dar materia á las consejas y cuentos en que para el vulgo consiste toda la historia de estos edificios. Es una fuerte y gallarda torre (1) bien conservada y construida en sitio

(1) Acordándose de estas condiciones el ingenioso autor del *Moro espósito* compara con esta decantada torre de su patria en

muy frecuentado por el pueblo; pero el nombre de la mal-muerta y estar ya ilegible la inscripcion ha dado márgen para que el vulgo finja á su placer las fábulas y maravillas que tanto halagan su credulidad. Para este es una torre que sin duda fabricó un moro encantador donde dejó escondido un gran tesoro. El que al pasar por bajo del arco corriendo un caballo lea el letrero de que apenas queda vestigio, ese será el afortunado á quien el sabio encantador destinó la posesion del escondido tesoro; condicion que por desgracia hará que éste permanezca sepultado hasta el fin de los siglos.

La torre de la mal-muerta, como otras de esta y de otras ciudades, sirvió por mucho tiempo de prision para los caballeros que no podian ser puestos en la cárcel pública. Uno de los que en ella estuvieron encerrados murió allí mismo trágicamente en castigo, milagroso dicen, de su delito. Tenia enemistad con cierto hombre á quien habia resuelto dar muerte, y no halló ocasion mas oportuna que la que le dió la procesion y visita del Santísimo Sacramento, que se celebraba en la parroquial de S. Miguel. El caballero vió á su enemigo entre la gente que habia concurrido, le acomete, y no teniendo este otro efugio se acoge á uno de los sacerdotes que iban en la procesion; pero no le valió el sagrado, porque el caballero le dió muerte allí mismo sin reparar el lugar en que cometia el homicidio. Fue llevado preso á la torre de la mal-muerta, y ya habia estado algun tiempo en ella cuando un dia llevando el viático para un enfermo que vivia en el campo de la Merced cerca de la torre, el caballero preso se puso de rodillas sobre el arco que dá paso á ella desde el muro, y ¡caso maravilloso! la piedra sobre que estaba, aunque firme, se desplomó, y cayendo á tierra sobre él quedó muerto allí mismo. Este suceso contaba el veinticuatro de Córdoba D. Juan de Armenta, pariente del caballero homicida, al doctor Enrique Vaca de Alfaro en 1682.

LUIS MARIA RAMIREZ Y LAS CASAS-DEZA.

REVISTA DRAMATICA.

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL TEATRO Y EL INFLUJO EN EL EJERCIDO POR EL ROMANTICISMO.

Liceo de Madrid.—La Cabeza encantada ó el español en Venecia, drama en cinco actos y en verso. Su autor D. Francisco Martinez de la Rosa.—*Teatro del Príncipe.—Garcilaso de la Vega*, drama en cinco actos y en verso de D. Gregorio Romero y Larrañaga.—*Emilia*, drama en cinco actos y en prosa escrito por D. Ramon Navarrete y Landa.

El teatro vá decayendo por instantes. El rayo fulgente que iluminára aun dia á Esquilo y á Euripides, á Shakspeare y Calderon, Schiler y Corneille despide hoy sus últimos reflejos, y acaso en breve se apague y estinga para siempre. Hace diez años pareció lucir para la literatura dramática un nuevo dia, un nuevo y brillante porvenir; pero ese dia ha pasado ya y la esperanza en el porvenir está desvanecida.

¿Cuál fue la *mision* que vino á cumplir el romanticismo? y decimos esto, porque nosotros no vemos en el una cuestion de formas solamente, porque nosotros no podemos ni aun imaginar que por espíritu no mas de bandería se alistáran en las filas de la nueva escuela hombres tan ilustres como Lamartine, Walter Scot y Chateaubriand. Sí; el romanticismo tuvo una mision grande, elevada que llenar. La Francia en un instante de delirio y fiebre habia lanzado lejos de ella un pasado de diez y siete siglos, la patria de Carlo-Magno y de San Luis habia destruido en un momento de vértigo tronos y altares, ilusiones y creencias. Una cosa, empero, quedára en pie, y ella sola pudo enseñorearse sobre el campo sembrado de sepulcros; el drama! pero el drama de Voltaire filosófico, político. Y no podia menos de ser asi. El pueblo que quiso hacer la gran parodia de Atenas y de Roma, el pueblo que en su sed de libertad, en su anhelo de igualdad mentida habia arrancado la corona de la frente de sus reyes para levantar sobre ella á los nuevos tribunos, no podia menos de aceptar con entusiasmo los dramas de Voltaire, dramas en que los acentos de libertad, de gloria, se escuchaban, dramas en que los recuerdos de la antigua Grecia y de la augusta Roma se encontraban juntos. No les bastaba á los ardientes republicanos del pueblo francés ver trasladados los *comicios al campo de Marte*; necesitaban asistir en el teatro á esa lucha entre el pueblo y el senado, entre el tribuno y Coriolano, entre Tarquino y Bruto.

A esa bandera levantada en nombre de la igualdad debia oponerse otra bandera apoyada en las tradiciones de los siglos, en los poéticos recuerdos de la edad media. Y esa enseña debió levantarse en Alemania, allí donde cada ruina de los desnudos castillos es un recuerdo, allí donde todo ofrece al alma la memoria de esos siglos pasados ya. Los libres y valientes Germanos, los descendientes de aquellos indómitos guerreros que humillára las águilas romanas, que vencidos en un instante de desgracia por el infeliz Germánico debian mas tarde levantar su frente para sacudir el yugo de la altiva Roma, los Germanos que habian llevado sus armas á los desiertos de la Palestina, que habian derramado su sangre en el siglo XVI por la relijion, sangre que debia prestar nueva vida al arbol de las creencias de sus padres, los Germanos se presentaron en la lid para combatir con las huestes de los hijos de Carlo-Magno, que habian renegado de su pasado, de su historia.

Pero no bastaba combatir, vencer en el campo, era preciso lidiar y triunfar con las ideas. Era preciso decirle al pueblo que en su delirio habia querido vestirse con el manto de Atenas y de Roma, al pueblo que habia destruido todas las clases, al pueblo que habia arrojado lejos de sí la relijion de sus padres «Nosotros tenemos tambien un recuerdo en esos siglos en que unidos á vosotros lidiábamos para conquistar el sepulcro del redentor divino; nosotros respetamos aun á los nobles hijos de los valientes cruzados: en vez de vuestro ayer de Roma y de Atenas, nosotros tenemos la memoria de la edad media, de esa edad de fé, de entusiasmo, de nobles y elevados sentimientos; en vez de vuestro culto á la razon y á la justicia, nosotros tenemos la relijion de nuestros mayores, la relijion que tiene á Sion y al Golgota por templo, á Abraham, Moisés, á Jesucristo por apostoles.» Esta y no otra fue la mision del romanticismo, mision por cierto grande y gloriosa. Y triunfó, sí; y la Francia humilló su altiva frente, y ella, la patria de Voltaire y Helvecio admitió la literatura de Shakspeare y Calderon.

La novela tuvo á Walter Scot y á Chateaubriand que crearon el uno el romance de la edad media, el otro la epopeya relijiosa; la poesía lírica ha tenido á Lamartine.

Un poeta de genio y de talento, un jóven venido de la Vendée debia hacer estensiva al drama la tendencia de la nueva escuela. Ese jóven de talento, ese poeta de ge-

el romance tercero al forzudo Alvar Sanchez cuando dice:

La torre de mal-muerta parecia
Quando la tempestad la embiste en vano,
Y en ella el huracan embravecido
Se estrella ronco de furor bramando.

nio fue *Victor Hugo*, el inspirado y entusiasta autor de las odas, de las orientales y del *Hernani*.

Porque prescindiendo de los defectos que no negaremos ¿qué era Hernani, sino la magnífica novela dramática de Calderon, el brillante reflejo del drama de Corneille? Porque preciso es decirlo, aun cuando parezca estraña semejante amalgama: Calderon y Corneille deben marchar reunidos. Sí, porque es necesario distinguir la escuela de Corneille y de Racine de la de Voltaire y Alfieri (permítasenos poner entre los dramáticos franceses al autor de Agamenon). Romántico fue Corneille, romántico fue Racine en el sentido que esta palabra tiene, en la única acepcion posible: románticos como lo fueron Calderon y Lope. ¿Donde hay mas destellos de esa lucha entre la pasion y el deber, el amor y la relijion, lucha que creára el cristianismo, donde cariño mas puro, pasiones mas nobles, sentimientos mas elevados, abnegacion mas sublime que en el autor del Cid y de Polyenta, en el poeta de Bayaceto y Atalia?

Pues bien, Hernani no es mas que eso: la lucha del amor contra el honor, de la pasion con su juramento terrible, el reflejo del honor español (acaso un tanto exagerado) tan sublimemente presentado en la escena francesa por el autor del Cid.

¿Pero era posible en el siglo XIX, en este siglo filosófico, en el que marchitas las grandes pasiones de la juventud de los pueblos, el alma no se eleva en alas de la fé, en el que el corazon gastado no puede seguir los vuelos de la ardiente fantasía del poeta, entusiasmarlo, conmoverlo con los recuerdos de una edad en que el amor era un culto, en que la relijion, el honor y todos las grandes y elevados sentimientos llenaban el corazon? Yo no lo se; pero para que Victor Hugo hubiera podido ser el apóstol de la humanidad era preciso que se alejára de la atmósfera en que vivia, y que se hubiera retirado al pais en que nació. Y allí, en medio del pueblo que con tanto denuedo, con tamaña desesperacion habia lidiado contra la república, allí á la sombra de los bosques, á la orilla de los rios, allí bajo el techo donde pasó los dias primeros de su juventud, haberse abandonado á la poética inspiracion de su alma jóven y entusiasta, á los sentimientos purísimos de su corazon. Y entonces, cuando hubiera escrito un drama ó un libro, apoyado en su fama encaminarse, cual Corneille, hácia París, subir al teatro, y conmover aquellos corazones, haciendo vibrar las cuerdas de sus almas.

Por desgracia no fue asi: el aire de la capital de la Francia secó las fuentes de purísima poesía que abrigaba en su corazon uno de los mas grandes é inspirados poetas del siglo XIX, y difícil será reconocer hoy en el autor de las *Voces interiores* y de *El rey se divierte* el poeta de las *odas y orientales*, el autor de *Hernani*. El drama se ha hecho político, y la política mata la poesía.

Un artículo que honra á su jóven autor y que todos habrán tenido el placer de leer en el último Semanario, ha hecho nacer en mi las reflexiones que preceden.

Acaso en ninguna nacion el romanticismo (y ya hemos dicho lo que por esta palabra tantas veces parodiada entendemos) pudo hallar mas favorable acojida que en España, en la nacion que tenia á un Calderon, á un Lope de Vega, y á un Moreto. Porque ¿qué otra cosa son los dramas de nuestros grandes poetas que bellísimos, magníficos poemas donde el amor, la religion, el honor, todos los sentimientos elevados y caballerescos se encuentran por do quier?

El distinguido literato que trasladó, y de una manera tan sublime, á nuestra escena una de las mas grandes creaciones del teatro griego, el autor de *Edipo* conoció tambien que una nueva era habia llegado para el drama, y bajo el influjo de ese sentimiento escribió la *Conjuracion de Venecia*, cuadro terrible, donde al lado del amor y de sentimientos dulcísimos está la desgracia y la venganza, donde al lado de la virtud está la tiranía; cuadro de brillante colorido, y en el que las pinceladas suaves se pierden entre los rasgos sombríos y profundos de nuestro poeta.

Entrañable cariño, manifiesta predileccion tiene á Venecia el Sr. *Martinez de la Rosa*. La Italia y la España son hermanas: el mismo sol luce en el cielo de Granada y Sevilla que en los de Nápoles y Venecia: el suelo de Italia regado está con la sangre de españoles; ella ha hecho crecer las flores que brotan en su suelo; la poesía de Virgilio y Garcilaso, del Tasso y Herrera es una misma; uno es nuestro pasado, una la historia de ambos pueblos.

Y á más de eso Venecia para el alma del poeta es un sueño de inagotable poesía. Terrible, sombría por un lado, la capital de la poderosa y temida república de la edad media, la reina y señora del Adriático, tiene su plaza de S. Marcos cubierta de sangre, la boca del leon que se traga las delaciones, los sombríos subterráneos donde se ahoga la voz del desdichado, el tribunal de los diez, el puente de los suspiros, las aguas de ese lago vasto cementerio; pero tiene tambien su carnaval interminable, sus bellas italianas ardientes y enamoradas cual las hermosas nacidas en la Andalucía; tiene tambien sus máscaras y gondoleros, sus trovas apasionadas, sus cánticos dulcísimos, su sol de fuego, su luna cándida y luciente, sus noches de ilusion y amores.

«Dejemos, ha dicho nuestro poeta, á la triste, á la sombría Venecia, pues ese cuadro ya le hemos dibujado; pintemos á la Venecia feliz y venturosa; en vez de la boca de hierro que delata, los labios que hablan amores, en vez del aire fétido que se respira en los lóbregos calabozos, la brisa que murmura y mece las banderas de las gondolas, en vez de la desdicha y del infortunio, cantemos el amor, cantemos el placer.»

Nada mas sencillo y ligero, y nada mas vivo y animado que el cuadro del *Español en Venecia*. Inés, nacida en Sevilla, en la encantadora Sevilla; Inés que ha sentido los rayos del ardiente sol de Andalucía; Inés apasionada y amorosa cual lo son las hermosas de la ciudad que baña el Guadalquivir; D. Luis, español y sevillano tambien que tiene de D. Juan Tenorio lo galante y veleidoso, sin lo terrible y sombrío: Strozzi, noble italiano, que ama tambien y que es celoso como todos los venecianos, y Salpicon, que es digno de ocupar un puesto entre los graciosos de Tirso y de Moreto, hé aqui los personages principales del drama del señor Martinez de la Rosa.

Bello es el primer acto en el que la esposicion se desliza sin sentir, enmedio de una noche de carnaval; cuandro que nos ha recordado el bellísimo tambien de la *Conjuracion de Venecia*; bella la escena doce del segundo acto en que hay tanta poesía, tanto amor; pero mas bello que todo eso es el tercero que nosotros no vacilamos en tener cual el mejor acto del drama. Hay tanta poesía, tanta animacion y viveza en los bellísimos versos de las escenas segunda, tercera y cuarta, que no podemos resistir al deseo de reproducir aqui algunos de ellos, pues dicen mas en su abono que lo que espresar pudieran nuestros débiles elogios.

Así habla el veleidoso D. Luis....,

Noche plácida y serena,
¡Como me hechiza tu calma
deleitosa!
Esento el pecho de pena,

Gustando á placer el alma
paz sabrosa;

Solo se escucha el rumor
del agua y brisa suave
dulce y blando;
O el canto del pescador,
O el ala fugaz del ave
revolando.

Gima preso de un cabello
Quien de amor se rinde al yugo,
vil cautivo;
Yo libre ostento mi cuello;
Libre al cielo hacerme plugo;
libre vivo.

Inconstante corre el rio,
Inconstante sopla el viento,
hierve el mar;
Y fuera gran desvarío
Voluntad y entendimiento
esclavizar.

De los cielos las estrellas
Y de los campos las flores
contar quiero.
Y en igualándose á ellas
Mis galanteos y amores
feliz muero.

. . . . . .
. . . . . .

No sabemos si hay en nuestra poesía algo mas dulce que esta armoniosa y suavísima música que se desliza sin sentir.

Y si quieren nuestros lectores una escena digna de Calderon y Lope, una escena en que cada verso encierra un bellísimo pensamiento, llena al mismo tiempo de gracia y de viveza, de poesía y de imaginacion, lean una y mil veces los siguientes versos.

ESCENA III.

Don Luis y Doña Ines á una ventana.

Inés (*cantando*). Farol de muchos colores
En un galan sienta mal;
Que tal vez es la señal
De tener muchos amores...!
Uno solo,
Uno si,
Y ese para mi!
D. Luis. Para vos, señora mia,
Para vos sola será....
I. ¿Quién me grita desde allá?
D. L. Que lo adivineis querria;
¿nada os dice el corazon?.
I. ¿Razon?... Tenerla procuro....
Como está tan alto el muro,
Llega muy confuso el son...
D. L. Decirme habeis ofrecido...!
I. ¿Ido?
D. L. Cual es vuestro nombre.
I. Que me fie yo de un hombre
¿Y si es falso y fementido?
D. L. Os juro que será fiel....
I. ¡Hiel! Eso si me dará....
D. L. Esclavo vuestro será.
I. Será lo que quiera él,
D. L. La voz se la lleva el viento.
I. Por eso no hay que fiar;
Que puede el viento llevar
Tambien vuestro juramento.
D. L. Con la sangre de mis venas.
I. ¿Penas? Las que me traereis.
D. L. Mientras viva me tendreis
Cautivo en vuestras cadenas.
I. ¿Acaso no teneis dueño?
D. L. Nunca di mi libertad.
I. ¿Y ahora en esta oscuridad
Quereis formar tal empeño?
D. L. Por esas luces divinas
Que alumbran el firmamento....
I. Vuestra voz se lleva el viento
A casa de mis vecinas.
D. L. Donosa sois por demas.
I. ¿*Mas* quisierais todavía?
D. L. Una tan sola querria.
I. Y las que vengan detrás.
D. L. Un Dios, un rey y un amor,
Esa señora es mi ley.
I. Pero antes que muera un rey,
Ya le poneis sucesor.
. . . . . .
. . . . . .

Bien se conoce en estos versos al poeta que ha bebido la inspiracion en nuestros galantes dramáticos para los que el amor era una religion y fuente inagotable de poesía.

¿Y por qué no ha dado rienda suelta al sentimiento, á la pasion que abriga su alma, porque su sensible corazon no ha dibujado con brillante colorido alguna otra de estas escenas que llevan al espectador á un mundo mas bello, á un cielo de ilusion y amores?

A esto nos responderá el distinguido literato de quien nos ocupamos, que no ha querido escribir un drama de pasion y sentimiento, ni dibujar un cuadro lleno de fuego y entusiasmo, y sí solo retratar uno de esos paisages floridos y amenos en que la naturaleza ostenta su sencilla y purísima belleza.

Y nosotros diremos tambien: añadid á toda esa poesía las dulces canciones que se escuchan en la callada noche, al rayo incierto de la tibia luna, los gritos de los marineros, las luces de los faroles de mil colores, todo el aparato escénico, y podreis adivinar tal vez el cuadro dibujado por el señor Martinez de la Rosa.

Si pedis un pensamiento á su drama, el poeta os dirá que ha querido hacer triunfar el amor de la inconstancia, el cariño, la pasion á la veleidad, la mujer amante y cariñosa del hombre inconstante y galanteador. ¿Y quién por mas veleidoso que fuera no se prenderia en los lazos de amor, si quien los tege es tan bella y adora con tanto delirio como Inés?

No concluiremos este artículo sin felicitar al ilustre poeta, á nuestra España y á nosotros mismos. Sí, nosotros lo decimos con alegría; al ver á uno de los hombres mas dignos de nuestra patria, á uno de los nombres mas ilustres de nuestra nacion al frente de la Academia Española y del Ateneo de Madrid, cautivando en este con sus elocuentes acentos á una juventud ansiosa de enseñanza y gloria, al verle diputado del pueblo español llevando su noble acento á la tribuna, al verle cual distinguido poeta contribuir entusiasta y ardientemente á las glorias del Liceo de Madrid, no podemos menos de consignar el tributo de nuestra veneracion al orador elocuente, gratitud y alabanza al distinguido literato.

Muy tarde llegamos ya para rendir tambien gracias á las bellas y socios del Liceo que tan felizmente comprendieron la obra del señor Martinez de la Rosa. Tanpoco como vale nuestro elogio, gustosos se lo damos.

Contra lo que habiamos pensado nos hemos estendido tanto, que no cabe en este artículo el juicio de los dramas de los Sres. Larrañaga y Navarrete. En nuestro próximo artículo analizaremos las obras de estos dos jóvenes poetas.

DIEGO COELLO Y QUESADA.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

En el momento en que los amantes de las glorias españolas dirigen una mirada de interés hácia la oscura tumba donde descansan los restos del gran poeta que Europa reconoce por uno de los genios mas sublimes de los siglos modernos; cuando la misma corporacion municipal de Madrid en union con las sociedades literarias y con algunas personas celosas de su gloria, combinan el medio de dar á aquellos restos nueva colocacion, y monumento mas digno, que el de una bóveda estrecha, oscura y ruinosa

que tambien ha de desaparecer con la próxima ruina de la iglesia de *San Salvador*; parécenos del caso ofrecer aquí á nuestros lectores, cuando no un artículo crítico y filosófico sobre las obras de nuestro gran poeta dramático, por lo menos una sucinta reseña de los principales sucesos de su vida, de aquella vida dedicada al servicio de su patria, y á la gloria y prez de las letras españolas. Sin embargo, no desistimos por esto de presentar mas adelante nuestro modesto juicio acerca de aquellas obras, que la moderna Europa admira hoy acaso con mas entusiasmo, y aprecia quizá con mas juicio que su propio siglo y el que le sucedió. Pues no es justo que en tanto que la Francia, la Inglaterra, y mas especialmente la Alemania, estudian y comentan al autor de *La vida es sueño*, y *El Tetrarca de Jerusalen*, permanezcan indiferentes los críticos españoles ante una reputacion que acata y ennoblece la voz unánime de todos los pueblos cultos.

Calderon, en fin vá á salir de su oscuro sepulcro para ser colocado por el respeto nacional en otro mas digno de su nombre; y el pueblo de Madrid, bajo cuyo cielo vió la luz el primer poeta de su siglo, y pintor delicado de la sociedad española; los hijos de Madrid, que pueden alzar sus frentes con orgullo, contando tambien entre sus compatriotas á un *Lope de Vega* y á un *Quevedo*, á un *Tirso de Molina* y á un *Moreto*, á un político *Antonio Perez* y á un militar *Ramirez de Orena*, á un *Alonso de Ercilla* y á un *Moratin*; los hijos de Madrid en quien la modestia propia ó la emulacion agena parece hoy mantener peregrinos en su patria, espectadores imposibles en su propia escena, sabrán aprovechar esta ocasion de tributar el justo obsequio á la memoria de su compatricio el gran Calderon de la Barca, y demostrar á propios y estraños que no son indiferentes á las glorias de su pueblo, ni miran con estúpido desden á los que con sus servicios ó talentos supieron ilustrarle y hacerle digno de ser el primero entre los de la española monarquía.

Don Pedro Calderon de la Barca Henao y Riaño, nació en Madrid á 14 de febrero del año de 1600, y fue bautizado en la parroquia de San Martin: fueron sus padres Diego Calderon de la Barca secretario de la cámara del consejo de Hacienda, y señor de la casa de Calderon del Sotillo, y Doña Ana Maria de Henao y Riaño, naturales ambos de esta villa y de conocido crédito en ella, los cuales trataron desde luego de dar á su hijo aquella esmerada educacion correspondiente á su ilustre linage. En su consecuencia, y despues de haber seguido los primeros estudios en el colegio imperial de Madrid, pasó D. Pedro á continuarlos á la universidad de Salamanca, donde aprendió las matemáticas, filosofia, geografia, cronologia, historia política y sagrada y ambos derechos, llegando á tan alto grado sus conocimientos en estos ramos, que á la edad de 19 años era ya tenido por uno de los mas distinguidos alumnos de aquella célebre universidad.

Ademas de esto, su natural é irresistible aficion á la poesia habíale dado ya á conocer ventajosamente en el orbe literario, y desde 1619 que dejó á Salamanca y vino á Madrid, hasta 1625 en que entró en la milicia para servir en los estados de Milan y de Flandes, sus primeras producciones dramáticas le señalaron en el concepto público como el digno sucesor del fenix de los ingenios, Lope de Vega Carpio. La profesion de las armas no le estorvó tampoco despues para seguir ardientemente en el cultivo de las musas, llegando á tal punto su justa reputacion que el rey D. Felipe IV, decidido protector de los ingenios de su tiempo, se sirvió llamarle á su corte para el servicio de las reales fiestas que por aquella época convertian el palacio de Madrid en un magnífico Liceo; y en premio de sus buenos servicios y de sus admirables escritos le honró por decreto de 3 de julio de 1636 con la merced del hábito de Santiago, que vistió en 28 de abril del año siguiente, á virtud del título que le fue espedido por el consejo de las órdenes militares.

Cuando en el año de 1640 salieron estas á campaña, Don Pedro Calderon recibió la espresa orden de S. M. para permanecer en Madrid, encargándole la composicion de la célebre fiesta que se representó en el sitio de Buen Retiro con el título de *Certamen de Amor y Celos*; pero el carácter generoso y el distinguido ingenio de Calderon le permitieron cumplir ambas obligaciones como poeta y como caballero, y concluyendo en breves dias la comedia, se encaminó á Cataluña, donde sentó plaza en la compañía del conde-duque de Olivares. Permaneció en el ejército algunos años, hasta que habiendo regresado á Madrid avanzado en edad y desengañado de la vida mundana, siguió el ejemplo de otros muchos ingenios de su época, y se acogió á la iglesia abrazando el sacerdocio en 1651. El rey continuándole como siempre su proteccion le confirió á poco tiempo una de las capellanías de los reyes nuevos de Toledo, y en dicho empleo y ciudad permaneció bastantes años, hasta el de 1663, en que cansado el rey de tenerle lejos de su persona, le nombró su capellan de honor con retencion de la capellanía de Toledo, concediéndole ademas una pension en Sicilia.

Durante mas de 37 años, escribió Calderon los *Autos Sacramentales*, que se representaban en la octava del Corpus en Madrid, Toledo, Sevilla y Granada, llegando segun se dice al número de 100 que fueron legados por él á su muerte al ayuntamiento de Madrid, en donde se guardaron hasta 31 de marzo de 1716 que la villa los cedió á D. Pedro de Pando y Mier, vecino de esta corte, para su impresion, como se verificó en 6 tomos en 4.° que comprenden 72 autos con sus loas.

Las comedias heróicas y de capa y espada que escribió Calderon desde la edad de 13 años hasta su muerte no son todas conocidas, y se asegura pasaron de 120. La misma fama del autor, su desprendimiento y escesiva modestia, dió lugar á multitud de impresiones parciales furtivas é incorrectas, en que introdujeron unas apocrifas, mutilaron otras, y dejaron de insertar las mas; como asi lo afirma el mismo Calderon en el prólogo á la primera parte de sus autos, única impresa durante su vida. Su hermano D. José Calderon imprimió en Madrid en 1640 la primera parte de estas comedias recogidas y sacadas de sus verdaderos originales, y su amigo D. Juan de Vera Tasis continuó con su aprobacion hasta el número de 9 tomos en 4.° en 1691, incluyendo en él una lista de las comedias verdaderas de D. Pedro, y en el 8.° la de las supuestas. D. José García de la Plaza hizo otra edicion de estos 9 tomos en 1726, y en 1760 se publicó otra en Madrid en 10 tomos por D. Juan Fernandez de Apontes, alterando su colocacion aunque sin aumentar comedias. Posteriormente se han hecho otras ediciones parciales en España y en el extranjero; pro la mas notable por su elegancia y buen gusto es la que se ha verificado últimamente en Leypsik, y comprende cuatro tomos (1).

Ademas trabajó Calderon otras muchas en compañía de otros autores, y escribió infinidad de composiciones sueltas, tanto poesías, como discursos críticos y pane-

(1) Despues de escrito este artículo, ha llegado á nuestras manos la primer entrega de otra edicion de Calderon que ha empezado en la Habana el editor D. Ramon Oliva, que por su buen gusto, calidad de papel, letra y correccion no dudamos en colocar muy superior á la de Alemania.

gíricos, que se hallan intercalados en diferentes obras de aquella época, y que le acreditaron de gran conocedor en todos los ramos de la bella literatura.

En 1666 fue elegido capellan mayor de la venerable órden de sacerdotes naturales de Madrid, que gobernó con mucho acierto, y en que empleó el resto de sus dias ocupado en buenas obras, hasta que el domingo 25 de mayo, dia de pascua de Pentecostes del año de 1691, murió Calderon con sentimiento general de la corte y duelo universal de la república literaria. Diósele sepultura en su parroquia de S. Salvador, el lunes 26 á las 11 de su mañana, llevando su cuerpo los sacerdotes naturales de Madrid con un vistoso séquito, y colocándole con grandes ceremonias los capellanes mayores que habian sido en la bóveda propia de aquella congregacion á los pies de la iglesia.

Por el testamento cerrado que otorgó en 20 de mayo ante Juan de Burgos, escribano del número, y un codicilo en 23 del mismo mes, mandó que despues de cumplido y pagado todo lo que en él era contenido, fuese su heredera la venerable congregacion de S. Pedro, con cargo de que por los dias de la vida de doña Dorotea Calderon su hermana, monja de Sta. Clara de Toledo, se la habia de acudir con los réditos que diese de sí el remanente de su hacienda empleado á satisfaccion de la congregacion, y despues de los dias de esta señora fuese todo de la misma congregacion.

La doña Dorotea falleció al año siguiente de 1752, y la congregacion agradecida fundó un aniversario perpetuo por el alma de D. Pedro, y le hizo á los pies de la iglesia y lado del evangelio un bello sepulcro de mármol negro con su retrato de tres cuartas de alto pintado al oleo por D. Juan de Alfaro, pintor de cámara del Sr. Don Cárlos II, y debajo una lápida con la siguiente inscripcion:

D. O. M.
D. Petrus Calderonius de la Barca.
Mantuae Urbe natus, Mundi Orbe Notus.
Rubro D. Jacobi Stemmatae auratus eques.
Catolicorum Regun Toleti.
Philipi IV et Caroli II Matriti ad honorem flamen.
Camoenis olim delitiarum amoenisimun flumen.
Quae summo plausu vivens scripsit.
Moriens prescribendo despexit.
Mixtarum ex indigens coetum.
Haeredem hac lege reliquit.
Ut verae gloriae cupidum tumulat inglorium.
Munifico tamen gratus benefactori,
Hoc marmone condidit
Octogenarium.
Anno Domini M.DCLXXXII.
Nec regum plausu fide, nec ingenio.

La venerable congregacion de sacerdotes naturales de esta villa puso aqui esta inscripcion, con permiso de Don Diego Ladron de Guevara, caballero del hábito de Calatrava, patron de esta capilla. Año de 1682.

COSTUMBRES PROVINCIALES.

LAS SEGUNDAS NUPCIAS.

No lejos de las márgenes del Ebro se levantan las débiles tapias de un pueblo desconocido en las geografías de Plinio y Estrabon, y nada célebre en las modernas cartas. Allí vivia hace algunos años un honrado infanzon, que por su noble alcurnia era respetado de todos sus vecinos, á lo cual contribuia no poco su descarnado semblante, y su prolongada coleta recogida con una gran red de seda negra que caia sobre su espalda. Apellidábase este bello señor D. Lesmes Bobadilla, descendiente por línea recta de un escudero del rey D. Jaime, á quien este en premio de sus buenos servicios domésticos dejó varios feudos en aquel pueblo para él y sus descendientes. Por luengos años fueron estos felices con la fortuna de su respetable abuelo: á ella debieron el empuñar casi de continuo la vara de la alcaldía, sonar el esquilon en los concejos populares, y ocupar el lugar preeminente en los festejos públicos. Pero como nada hay duradero en este mundo, hizo la pícara suerte que los bienes de fortuna caminasen en razon inversa de los honores, menguando aquellos conforme se acumulaban estos; á lo cual contribuia no poco el haber sido los ascendientes de Lesmes muy poco laboriosos y económicos, y muy mucho sistemáticos y orgullosos.

El mismo Lesmes despues de haber seguido un largo pleito sobre ciertas tierras, que á causa de su suelo infecundo yacian eriales, perdió el pleito, las tierras y otras varias fincas que le fueron embargadas y vendidas para el pago de costas y proceso. Esto exasperó hasta tal punto la fibra harto irritable de nuestro protagonista, que estuvo para marcharse al otro barrio, por no ver las iniquidades que en este se cometian; pero habiéndolo reflexionado mejor, y despues de haber filosofado por algun tiempo (merced al vacío de sus tripas); entró en cuentas consigo mismo, y vino á sacar en limpio que era cierto aquello de trabajar para comer. Tomó pues diferente rumbo que sus progenitores, y determinóse á cumplir lo que habia ofrecido cuando le bautizaron, de renunciar al mundo con sus pompas y vanidades: para ello metió en un rincon los títulos y pergaminos, y en lugar de la vara de la justicia tan *cara* á sus mayores, empuñó con mano fuerte la esteva de un arado. Al principio tuvo no poco que sufrir en escuchar las indirectas de la gente vulgar, y las patéticas esclamaciones de las viejas que recordaban las ya marchitas glorias de su linage; pero Lesmes constante á fuer de buen aragonés llevó adelante su honrado propósito, y gracias á su resolucion tuvo algun tiempo despues con los restos de su hacienda para pasarlo mejor que la mayor parte de sus ascendientes.

Principiábale á sonreir la fortuna, pero como esta señora es tan inconstante, cansóse luego de sonrisas y enseñó la calva, aguándole al bueno de Lesmes toda su prosperidad con la muerte de su cara consorte, fiel compañera en sus adversidades, la cual se marchó dejándole para memoria cuatro pedazos de sus entrañas. Sintiólo mucho Lesmes, pero reflexionando en el consejo de uno de sus amigos, que tratando de consolarle habia dicho «que todavia quedaban hijas de Eva» se dió tal prisa á obsequiarlas y pasarlas revista que antes de concluirse el luto ya le casaban lo menos con cuatro mujeres, pues tenia otras tantas ó mas novias, segun se decia en el pueblo. Pero la que prevalecia sobre todas, y la que verdaderamente arrebataba el cariño del viudo, era una muchachona del mismo lugar que sobresalia entre las otras mozas

«*Quantum lenta solent inter viburna cupressi.*»

Llamábanla vulgarmente *la Roya* porque tenia el pelo rubio, y por consiguiente los ojos azules, motivo por el cual las envidiosas la llamaban «ojos de gato:» como si fueran verdes y no azules. Es de saber que los maldicien-

tes del pueblo (que eran casi tantos como personas de ambos sexos) contaban á la Roya una larga cáfila de adoradores, entre los que figuraban en primer término un cirujano, que habia estado de partido en el lugar, y tuvo el negocio bastante adelantado, un estudiante sobrino del cura, y hasta cinco ó seis *notabilidades* mas, tanto del pueblo como de fuera de él. Estos eran los descubiertos, pues habia otros muchos pretendientes ocultos que no se habian atrevido á llegar á sus aras.

Pero entre todos los ocultos y manifiestos el verdadero predilecto de la Roya, el que por mas tiempo habia merecido sus favores, era el hijo del sacristan. Era este un jóven de 26 años, de raras prendas ó, como vulgarmente se dice, un estuche de habilidades: tenia profundos conocimientos en latin, y le hablaba tan sublime, que el cura mismo no lo entendia cuando le ayudaba á misa: era tal su destreza en escribir que el mismo Tritemio con todas sus claves difícilmente descifrará sus escritos, y hay quien dice que Torío no hacia letra como la suya. Pero en lo que mostraba sobre todo los quilates de su talento precoz era en la música, principalmente en la guitarra, la cual tocaba con tal habilidad, que su nombradía era vulgar por todos los pueblos á la redonda; motivo por el que sus mismos émulos que le odiaban á causa de su genio insultante y quimerista, se veian precisados á rendirle parias, cuando se trataba de dar alguna ronda (vulgo serenata) en obsequio de sus queridas. Por lo demas su físico nada tenia de *remarcable*, pues apenas llegaba á la marca, motivo por el que se eximia de quintas; *inda mais* tenia los ojos ribeteados de granos, y las narices bastante romanas: para completar las noticias que se han podido reunir acerca de este interesante personage solo resta decir que en el pueblo se le conocia con el alias de *Chupalámparas*, con el cual igualmente le designaremos nosotros. Tal era el antagonista de Lesmes.

Tiempo hacia que los dos aspirantes á la Roya se miraban de reojo como perros que tratan de abalanzarse á un hueso: dudoso era el éxito, y nadie se atrevia á decidir á que partido se inclinaría la victoria, y hasta el buenazo de Júpiter se estuvo mirando á la balanza esperando en que vendria á parar la fiesta, como en otro tiempo cuando andaban á trompazos los griegos y troyanos. Luchaban por una parte los antiguos amores, con el interes; la nobleza del viudo, con la juventud del sotasacristan, y la pobreza de este, con los cuatro hijos de aquel. Triunfó por fin el interes como es de uso y costumbre, y decidióse la suerte á favor de Lesmes.

¡Oh y quien será capaz de contar la desesperacion de Chupalámparas al saber la horrible infidelidad de su amada! Arrojó las sillas, se tiró los pelos, pateó el sombrero, dióse á sí mismo estupendas puñadas en la barriga y en la frente, y saliendo al campo se arrojó en un sembrado *á devorar su dolor* como dicen los románticos. Al verle en tal estado cualquiera le hubiera tenido por un Orlando furioso cuando supo la infidelidad de su amada Angélica. Ya hacia largo rato que habia anochecido, y en vano los piadosos vecinos esperaban oir el toque de oraciones: pasóse en blanco igualmente que el de ánimas, con no pequeño escándalo del pueblo. Noticias de tanto bulto no podian estar por mucho tiempo encubiertas; asi es que al dia siguiente no se hablaba de otra cosa ni en la carnicería ni en la plaza del lugar, que de las calabazas, y el despecho del repudiado amante de la Roya, dividiéndose las opiniones en distintos bandos segun eran sus intereses y parentescos. De aqui provenian los diferentes espectáculos que aparecian todas las mañanas en las ventanas de la Roya, pues unas amanecian adornadas de ramas, y con hermosas guirnaldas de flores, otras por el contrario se veia pendiente de ellas un enorme cardo, ó el descarnado cráneo de un borrico, segun las diferentes pasiones de los que habian rondado la noche anterior: á veces estos encontrándose unos con otros en la calle, y en medio de las tinieblas de la noche se endosaban mútuamente sendas palizas, con notable detrimento de las guitarras, y mucho mayor de las costillas de los beligerantes.

Por fin Lesmes, para quitarse de ruidos y salirse con la suya, determinó dar al traste con la viudez, y tapar con esto las bocas maldicientes: designóse pues para el dia de la boda el de las calendas de julio, (que aquel año cayeron en martes,) á pesar de las repetidas advertencias de las sibilas del pueblo que ya desde aquel momento auguraron los mas funestos resultados. Bien hubiera querido Lesmes por evitar ruidos haberse casado fuera del pueblo, lo cual tenia á su parecer grandes ventajas, pudiendo de este modo evitar las burletas que son indispensables en tales casos, pues pensaba permanecer una temporada fuera del pueblo, dando lugar á que se desahogasen los que pensáran divertirse á sus espensas: pero algunos amigos oficiosos con quienes lo consultó, *consultando* ellos quizá mas á su vientre que al bienestar del novio le ponderaron los graves inconvenientes de una boda hecha *á cencerros tapados* como ellos decian; y las hablillas, y el que dirán del pueblo, que por lo menos lo atribuiría á flaqueza de bolsillo, ó á que se habia vuelto *zicatero*. Cedió al fin Lesmes á tan ponderadas razones decidiéndose por el estremo opuesto á verificar su boda con tal aparato y solemnidad que deslumbrase á sus contrarios, y nada dejase que desear de las tan célebres de Camacho. Al efecto y en primer lugar se hicieron grandes aprestos de cocina y municiones de boca, enramóse vistosamente el corralon de la casa solar de Bobadilla, en donde se habia de dar un baile general, conceptuando este lugar como el mas á propósito atendida la estacion, y ademas se habilitó para comedor un enorme granero tambien de la casa, alisando lo posible las protuberancias de las paredes enjalvegándoles sus barbas con varias capas de cal, y adornándolo con los mejores muebles de la casa, y algunos de las vecinas. Entre estos y otros preparativos los sorprendió el dia de la boda.

No es para mí novel pluma el referir aquí el universal regocijo del pueblo, con tan plausible motivo; los brillantes vestidos de la novia, y el soberbio traje de Lesmes; traje con que se habia honrado su bisabuelo en iguales circunstancias, y que recordaba los principios de los dos siglos XVIII y XIX: con harto dolor tengo que omitir su prolongada tizona, con honores de virginidad, su bien empolvada coleta recogida con una gran red de seda carmesi al uso del pais, las enormes hevillas con diamantes como garbanzos, alhajas todas vinculadas en la familia, y finalmente aquel gran sombrero tricornio, que marchaba en batalla por las plazas, y en columna cerrada por las calles, pues que de otro modo no cabia.

El acompañamiento era igualmente numeroso y galan: las mujeres llevaban sus basquiñas azules, los hombres entrados en edad llevaban sus capas de paño de Silueca, de color de pasa que tiraba á pardo, pues asi lo exigia el ceremonial á pesar de la estacion; pero los jóvenes iban mas á la ligera adornados con sus calzones de pana azul, amen de las fajas moradas que les cubrian desde los pechos hasta las corbas, ocultando las asentaderas: completaban este adorno ocho varas de hiladillo azul en cada pantorrilla para sujetar la alpargata, las anchas cintas del escapulario, y el sombrero de quitasol.

Dirigióse pues el acompañamiento á la iglesia, en la que Chupalámparas mas resignado ya con su suerte, tuvo que pasar por el horrible tormento de ayudar á la misa nupcial, interin que su padre, que ademas de las funciones de sacristan, ejercia las de maestro de niños y organista, hacia resonar las bóvedas del templo, y retemblar sus vidrieras con las sonoras trompas del órgano, recordando aquel dicho vulgar.

Quod deficit in scientia, supletur in trompetis.

II.

En uno de los salones del antiguo solar de Bobadilla, de que ya hemos hecho mencion, se veia un gran número de gastrónomos ocupados en roer los huesos de un opíparo banquete y menudear tragos del tinto de la Cañada, que arrojaban de su seno las denegridas paredes de seis grandes cántaras con honores de tinajas. Entre tanto otro grupo mas fogoso y movible, se entretenía en preludiar un baile, ajustándose las castañuelas, y ensayando lucidas cabriolas.

Desgraciadamente la atmósfera estaba cargada de negros y espesos nubarrones que amenazaban una pronta tempestad, por lo cual fue preciso convertir el comedor en salon de baile con harto dolor de Lesmes, que deseaba hubiese sido en el sitio destinado, para que todo el pueblo hubiese disfrutado de él. Pero como nnnca una desgracia viene sola, sucedió para mayor dolor de los novios, que los gaiteros, que habian sido traidos espresamente para solemnizar la funcion, se hallaban imposibilitados de tocar, merced al mucho tinto que habian traspasado con permiso del casero, y fue opinion general de cuantos los vieron comer, que debian haberse estado purgando siete dias antes, segun la gran cantidad de comestibles que embutieron, y la sed devoradora que continúamente trataban de apagar.

Entonces fue cuando Lesmes vió á las claras lo horrible del precipicio en que el mismo se habia colocado, y lo mal que habia procedido en desechar el consejo de las personas sensatas que le habian advertido que no celebrase su boda en martes: pero ya no tenia remedio, y era preciso luchar impávido, y arrostrar con serenidad el maléfico influjo de su fatal estrella. En fin, por complacer aquella honrada concurrencia, hubo de aceptar, aunque con gran repugnancia, la oferta que de sus habilidades le hizo Chupalámparas, el cual como es de suponer era uno de los convidados por razon de su sagrado empleo; y él fue tan filósofo que se resignó á concurrir al convite nupcial, nada mas que por mostrar su benevolencia á las provisiones de los novios. Una vez pues aceptada su oferta marchó presurosamente á su casa, de donde condujo en peso toda su orquesta, compuesta de guitarrillo y gritarron, pues no se le puede dar otro nombre á aquel célebre instrumento vera efigies del arca de Noé: añadiéronse una bandurria, un par de yerrecillos, y una gran pandera con cascabeles, con lo cual quedó organizada una mas que decente orquesta.

Despues de una media hora larga que duró el templar y afinar los instrumentos, arreglar parejas, y colocarse los espectadores, rompió la orquesta con toda solemnidad dando principió con una *jota rasgada* que sirvió de obertura, é incontinenti salieron los novios á estirar las piernas: fuéronse en seguida mezclando las parejas, y alternando la orquesta todo su repertorio de jotas; *la jota alta*, *la estudiantina*, y *la jotita al aire*.

Notábase ya desde el principio en el director de la orquesta cierto aire de satisfaccion, y como de triunfo, mezclado con una sonrrisa insultante que daba margen para vaticinar un desenlace nada pacífico: en efecto, no tardaron mucho rato en sentirse los primeros síntomas de alarma, semejantes al sordo mugido precursor del terremoto. Lanzaba de cuando en cuando algunas coplitas que á pesar de su vulgaridad eran altamente ofensivas al decoro de los novios, tomándolas como suele decirse, *por donde queman*, y mas estando los ánimos tan poco avenidos. Una de ellas fue aquella tan manoseada cuarteta que dice:

Supuesto que no me quieres
no me da pena maldita,
que la mancha de una mora
con otra blanca se quita.

Oiga osté, seor músico, ¿por quien va eso?—Por naide.— Es que á mí no hay que venirme con endiletas.—

—¿Le he nombrado yo á osté, pues?—

—Quesque á mi parienta y á mí no nos ha de hacer la bulra dengun hijo de la rechota.—

—El que se pica, ajo come, cuanto ni mas que yo náa he dicho que pua ofenderles, que lo que yo canto lo pue cantar cualsiquier hijo de vecino.—

—Pues tengamos la fiesta en paz, y no andar con micerias, que ya se me va subiendo á mi la mostaza á las narices.—

—Haya paz, señores, gritó el tio Tripeta, que habia sido padrino de la boda y desempeñaba en comision el oficio de bastonero, y diciendo y haciendo dió un fuerte palo sobre la mesa, causando tal estruendo que sobrecogió á todos los espectadores, obligándoles á guardar silencio mal su grado, con lo cual se restableció la tranquilidad instantáneamente; entonces los músicos volvieron á puntear su jota como antes.

A todo esto la novia permanecia impávida como si á ella no le fuera nada, desentendiéndose de las risitas comprimidas que se dejaban traslucir al través de los abanicos, y de las tosecitas forzadas de sus émulas, que triunfaban de gozo á cada reproche que se dirigian los contendientes: todo lo observaba la Roya de reojo, y nada se la escapaba, pero reservaba para otra ocasion la venganza de estas pequeñas injurias, que jamas se perdonan las mujeres.

Lesmes por su parte estaba tambien notablemente alterado: y parecia luchar con algun pensamiento, ó maquinar en su mente algun proyecto de despique. Entretanto el baile habia vuelto á principiar, y Chupalámparas se preparaba á cantar otra vez, cuando de repente Lesmes se puso en pie diciendo—«Alguna vez había yo de echar mi carta á espadas: aura me toca á mi.»

—«Bomba, bomba» gritó el numeroso concurso sorprendido de tan inesperada proposicion: viendo el novio tan favorables disposiciones, tosió, escupió, frotóse las manos, y con voz algo alterada al principio arrancó de su pecho la siguiente coplilla.

¡Ay del probe que no tiene
con que salir á la plaza!
se tendrá que morir de hambre
si no traga calabaza.

Grandes fueron los aplausos que el bando de Lesmes, ó como si digeramos, el partido ministerial, le prodigó por su cancion; celebróse con estrepitosas carcajadas y furibundo palmoteo, y aun algunos por aumentar la zambra idearon el dar con los palos en el suelo, como si pidieran que se alzase el telon. No fue menor la vergüen-

za del atrevido monago: la cancion del novio habia sido para él una indirecta del Padre Cobos; se le habia echado en cara su miseria, su hambre, y sobre todo sus mal digeridas calabazas. Mordióse los labios de corage, rascó desaforadamente la guitarra, y con voz desentonada y presurosa se vengó de su contrario con la siguiente coplilla.

Un viejo recien casado
guardaba mucho su viña,
y se halló con el rebusco
cuando creyó hacer vendimia.

¡Oh válgame Dios! y cuán grande fue la furia que abortó en aquel momento el generoso pecho del hidalgo aragonés! levantóse furioso del asiento, estiró los puños, arqueó las cejas, mientras que sus movimientos convulsivos indicaban la cólera reconcentrada: embistió denodadamente á su competidor, y hubiéralo este pasado mal, á no haberse interpuesto algunos de sus amigos, y la misma Roya temerosa de que Lesmes hiciese algun desman. Miróla este con torvo ceño y adusto semblante, como si le preguntára «¿que dices á eso?»; sufrió la Roya aquella mirada con altaneria, bien persuadida de lo peligroso que le hubiera sido bajar la vista; y aquella altaneria parecióle á Lesmes que decia — «miente, es una calumnia» — y se dió por satisfecho.

Pero entre tanto que pasaba entre los novios esta conversacion muda, esta escena pantomímica é instántanea, algunos amigos suyos menos sufridos, se dirigieron hácia el músico procaz con ademanes hostiles y amenazadores, y le hubieran metido la copla en el cuerpo á garrotazos, á no haber él puesto pies en polvorosa, favorecido de otros amigos suyos, (como si dijeramos los de la oposicion), los cuales con achaque de evitar riñas y de meter paz, se pusieron por delante, y le libraron del primer ímpetu: pero viendo que los parciales de Bobadilla se disponian á perseguirle, tomaron posicion y se declararon las hostilidades dirigiéndose mutuamente apodos y reproches: iban ya á venir á las manos, ó por mejor decir á los garrotes, cuando de repente un estruendo horrisono y terrible ató las manos y suspendió los brazos de los partidarios de Bobadilla, helándolos por un instante de pavor. Entonces los contrarios inferiores en número, abandonaron el campo, tratando de mejorar de posiciones en la calle.

III.

El hijo del Sacristan al propasarse á insultar al respetable novio no habia procedido tan inadvertidamente que no hubiera procurado antes tener bien guardadas las espaldas.

En efecto habia reunido una gran tropa de descontentos, compuesta de los antiguos adoradores de la Roya, enemigos suyos personales en otro tiempo, y que ahora habian transigido con él, gracias á lo bien parado que habia quedado en sus amores: agregarónseles algunos que por diferentes motivos eran desafectos á Lesmes, y otros muchos alborotadores de oficio, que nunca faltan en los pueblos. Mancomunados todos ellos bajo las órdenes de Chupalámparas, habian recibido órden de permanecer silenciosos en la calle, como lo verificaron hasta el momento en que se presentó su gefe con el rabo entre piernas. Entonces para celebrar su llegada y saludar á los novios segun antiquísima costumbre en las segundas nupcias, ensayaron un ruidoso desconcierto de cencerros, cuernos, peroles, cabestros de campanillas y otros muchos instrumentos de este jaez,

Dirigia esta cencerri-cornada un mozancon de formas atléticas y mirar estúpido con mas trazas de Fauno ó de Centauro que de persona humana: conocido en el pueblo con el alias de *Camorra* era este el segundo gefe de la cuadrilla, y hacia el oficio de maestro de cornetas en aquella infernal charanga, soplando un enorme cuerno cuya habilidad poseia en tal grado, que en atencion á ella se le habia provisto en el empleo de Dulero, que equivale á director de la *machedumbre mular*, é inspector de los prados concejiles. No dejaron de asomarse á la ventana mas de cuatro envidiosas que repicando las sonoras almireces contribuian por su parte á la cencerril asonada.

¿Pero quién será capaz de pintar la furia de Lesmes al oir la diabólica serenata con que le obsequiaban.? Dirigióse al balcon en un momento de furor como si quisiera caer rápidamente sobre sus contrarios, pero detenido por sus amigos armóse con la espada de sus progenitores, y seguido de sus parciales que manejaban sendas estacas, se lanzó en la calle vibrando furioso su tizona.

Terrible fue la embestida de los de su partido que obligó á cejar algun tanto á sus contrarios, pero rehaciéndose estos de aquel ataque brusco dispararon sobre sus agresores una nube de sopas de arroyo, que causaron algunos chichones y no pocas escalabraduras: en seguida ambos partidos se estrecharon mutuamente, y principió una reñida pelea. Lesmes furioso busca por todas partes al objeto de su colera, y se abre paso con su tizona por entre los grupos opuestos: descubrélo por fin, no de otro modo que cuando Eneas encontró á Turno por entremedio de los escuadrones de los Rutulos. Estaba Chupalámparas á retaguardia y como huyendo el bulto de los palos, cuando se halló de manos á boca con su terrible competidor: vióse enteramente perdido; pero con todo, reuniendo sus fuerzas enarboló el palo que por su natural gravedad y el impulso que se le comunicó debiera caer sobre la cabeza del novio á no haber este huido el cuerpo; pero con todo no pudo evitar el que cayera sobre sus hombros dejándole de paso una oreja en camino para la enfermeria.

Apretó Lesmes los dientes de dolor y cólera, y antes de que su contrario segundase otro golpe quizá mas efectivo, le pegó tan estupendo tizonazo, que el infeliz vino mal de su grado á medir el suelo con sus espaldas. Entonces Lesmes poniéndole un pie encima, y vibrando su espada cual retablo de S. Miguel, se preparaba á ejecutar una sanguinolenta venganza. Allí se iban á perder las esperanzas bien fundadas de innumerables sacristías, allí estuvo espuesta á un inminente riesgo la flor y nata de los monagos aragoneses; y hubiera sin duda perecido víctima de un resentimiento conyugal, si el feroz Camorra no hubiera venido en su socorro descargando sobre la cabeza de Lesmes tan estupendo garrotazo que se la dejó abierta como granada de Játiva.

Dudoso era el éxito de la refriega, y ya habia bastantes heridos por una y otra parte, cuando apareció el alcalde acompañado del cura párroco: á su vista los revoltosos huyeron despavoridos diseminándose por las calles. Entonces salió tambien el escribano, que desde el principio de la paliza habia permanecido agazapado tras de una esquina; y con corteses y bien ponderadas razones manifestó la gravedad de tamaño delito, su perniciosa influencia, y la perentoria necesidad de entablar en el acto una sumaria. El cura bien penetrado de los filantrópicos y justificados deseos del signatario de la república, le manifestó que la gente del pais era muy mala para tratada con rigor, pues en vez de abatirse, se exasperaban y volvian contra la mano que les castigaba.

«Sin que sea visto, le dijo, que yo me oponga ni aun remotamente á las medidas que juzgue oportunas la justicia, creo, señor secretario, que debeis reprimir vuestros deseos de escribir.... ¿No veis aquella cruz?.... «Cuanto ni mas (interrumpió el alcalde), y perdoneme el señor regente que le atage su palabra honrada» que una paliza no es cosa de mucho aquel por aqui.... porque al fin cada uno es dueño de sus costillas, y el que no quiera polvo que no vaya á la era.» —Atónito el escribano como si le hubiera caido un rayo á los pies, apenas podia dar oidos á los discursos del alcalde: las últimas palabras del cura habian herido vivamente su imaginacion, recordándole el trágico fin de uno de sus predecesores que habia sido muerto allí de un trabucazo por creerle, y no sin fundamento, principal motor é instigador de una causa harto ruidosa que habia arruinado algunas familias, con aumento notable de la suya.

Sacóle de estas lúgubres reflexiones la voz de la tia Carpanta que asomada á su ventana con un candil en la mano preguntaba al alcalde con interés «si habia cosa de cuidiao.»—«No es cosa, contestó aquel, Chupalámparas tiene una mojada tal cual, el hijo del tio Panduro tiene un garranchazo en la pierna, y se ha descoyuntao un brazo, y el tio Lesmes tiene una gusanera en la cabeza; pero no ha sido cosa de cuidiao porque todos ellos aun pueden andar en dos pies.»—

No ha sido tan poco, replicó el tio Tripeta, porque la pérdida del enemigo ha sido superior, segun el rastro de sangre que han dejado en la calle. «¡Bendito sea Dios, dijo la estantigua cerrando su ventana, bien decia yo que los chicos de estos tiempos no tienen la cabeza tan dura como sus abuelos!»

V. DE LA F.

FLORICULTURA.

Sin flores y sin hermosas
¡Qué fuera de los mortales!...

J. AROLOS.

En todos tiempos y paises han sido las flores uno de los principales goces del hombre y uno de los mas privilejiados y duraderos adornos de la mujer. Ellas proporcionan al oriental los deliciosos perfumes que envidiamos aunque apenas conocemos; entapizan el suelo por donde ha de pasar el poderoso gefe de los sectarios de Alá, y adornan y perfuman el interior de las casas turcas. No son desconocidas estas costumbres en España; consérvanse aun en las provincias del mediodia, donde no hay fiesta sin flores, y en la singular Sevilla que con ellas, los mármoles y fuentes, convierte sus portales en Edenes, y logra combatir el angustioso calor del verano. Nada se parece en España ni fuera de ella á estos jardines árabes improvisados, donde la elegancia, la comodidad, la belleza y la frescura se reunen para halagar al que llega agoviado del insoportable calor. No son menos estimadas las flores en el Norte de Europa; en Inglaterra, Bélgica y Holanda hay bellísimos jardines y colecciones suntuosas; en París han imitado esta moda con esmero, y las hermosas, amando por simpatía la belleza de las flores, las han adoptado por adorno y por emblema, y no se creería ataviada en forma una señora para ir á un baile ó una *soirée* escojida, sin ir acompañada de un elegante ramo de las flores mas raras y de moda.

Por esto el mercado de flores de París donde hay á veces 200 mujeres vendiendo produjo en solo un dia (el 14 de agosto último) 50.000 francos, la venta de flores en solo un invierno unos 20.000 francos, y el terreno empleado en flores para vender unos 30 millones de francos al año, y dá ocupacion á 5000 personas.

Asi se promueve en aquel pais el gusto de las flores, que es tambien promover la agricultura; asi se ven sus bellos jardines ricos de flores y frutas de todos tiempos y paises, mientras en el nuestro, que con mas facilidad produce las unas y los otros, apenas se ven variedades de gusto ni colecciones de mérito.

Mas parece que la sociedad económica de Valencia, infatigable en promover todo lo útil en aquella provincia, celebra hace algunos años dos esposiciones públicas anuales una de flores y otra de frutas, que son las únicas de esta clase de que tenemos noticia en España, y que desearíamos ver imitadas en otras provincias.

En el Boletin enciclopédico de dicha sociedad, correspondiente al mes de mayo, se halla la relacion de esta esposicion que se celebró en los dias 15, 16 y 17 con mucha concurrencia y satisfaccion del público. Fue grande la variedad de flores escojidas; y aunque por haberse retardado la esposicion con motivo de los frios de abril y marzo no pudieron mostrar sus galas las elegantes *camelias*, los *rhododendros*, y muchas hermosa *amarilis*, no faltaron flores de gusto y hermosura, y plantas de gran mérito introducidas recientemente del extranjero y conservadas con inteligencia y esmero. La sociedad ha distribuido premios y menciones honoríficas á varias personas.

Nosotros nos complacemos en dar al público esta noticia, porque introducido en Valencia el gusto de la floricultura, creemos se estenderá con facilidad por toda la costa del mediterráneo en donde hay tanta ciudad rica y aficionada á los jardines. Entonces se verán en estos las mas hermosas variedades que se podrán obtener con seguridad y baratura en la indicada ciudad; y nuestras hermosas cuando reciban el homenage de un ramo, no será de flores vulgares y comunes, como ahora, sino de estimadas y quizá no conocidas del extranjero, y siendo las flores imagen de las mujeres, justo es que en un pais donde son bellas se procure tener flores hermosas.

Los aficionados á la floricultura pueden ver en los boletines de la sociedad económica de Valencia de los meses de abril y mayo un catálogo de flores y precios á que las vende un jardinero de aquella ciudad.

No podemos menos de recomendar á nuestros lectores esta interesante publicacion á que se suscribe en Madrid en la librería de Boix. La sociedad económica de Valencia dá con ella un ejemplo que deberían otras imitar para estender el fruto de sus tareas.

MADRID ARTISTICO.



EL PUENTE DE TOLEDO.

Aunque antiguamente existia en este mismo sitio otro puente de cuya forma arquitectónica no tenemos noticia, el cual debió ser reconstruido por los años de 1682 segun un largo informe de la villa de Madrid, que se inserta en la Noticia sobre la arquitectura española de los señores Llaguno y Cean, debió desaparecer del todo para dar lugar al nuevo, que es el que hoy existe, construido á lo que parece por los años de 1735, siendo corregidor el marques de Vadillo, época célebre en esta villa por las muchas obras que en ella se realizaron, si bien con la desgracia de haber sido dirigidas por el mal gusto de los arquitectos Rivera, Churriguera y sus imitadores.

Sin embargo, la importancia y solidez de esta obra no merece pasarla en silencio. Compónese este puente de nueve ojos, y sus pilares y arcos tienen grandeza y regularidad y están exentos de los estravíos del ingenio que le condujo; no asi los remates de los pasamanos ó antepechos, las torrecillas que hay á la entrada y á la salida, y los pabellones de enmedio en que están colocadas las efigies de S. Isidro y Sta. Maria de la Cabeza, en todo lo cual campea á su sabor aquella pueril decoracion gótico-platerésca que ha quedado sancionada con el nombre de su apóstol Churriguera. No obstante el gusto varía cada momento en las bellas artes, y camino las vemos llevar en el dia de alabar con entusiasmo muy en breve lo que hace medio siglo mereció la justa indignacion de los críticos. Por eso somos de parecer de que deben respetarse los monumentos artísticos que sirven como el presente á la esposicion de la historia del arte en sus diferentes periodos. Hablamos de aquellos en que en medio del estravío de la imaginacion se descubre alguna centella de genio, alguna originalidad en el artista; á los cuales sin duda dariamos la preferencia sobre la multitud de remedos de los buenos modelos de que en el dia nos vemos inundados por la turba de raquíticos copistas.

SONETO.

LA ETERNIDAD DE DIOS.

Jehová! Jehová! yo anhelo tu presencia;
Soy un gusano que sacude el cieno:
Mi vista entre la atmósfera del trueno
Se baña en tu inmortal omnipotencia.

Tu aliento es luz; la eternidad tu esencia,
Mientras lóbrego abismo de horror lleno,
Arrastra y quiebra en su insondable seno
Del vil mortal la mísera existencia.

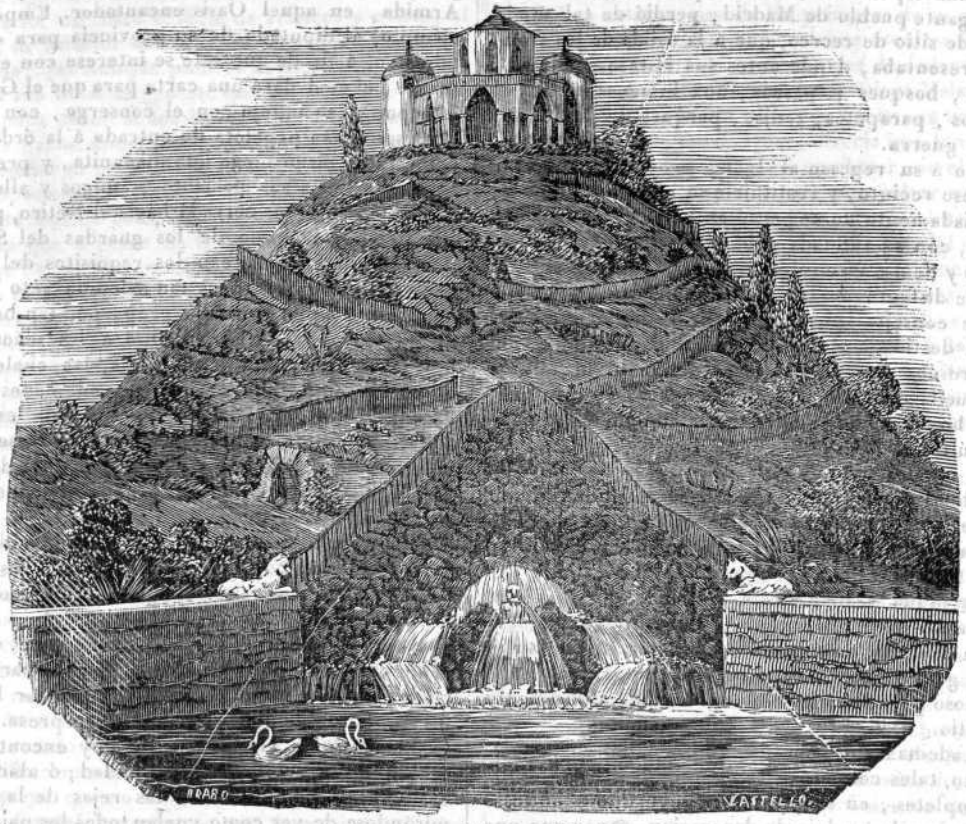
Los años que con años se confunden
Del tiempo movil á la planta alada
Mas rapidez en su carrera infunden:

Y á los ojos de Dios la hora pasada,
Los millones de siglos que se hunden
Menos son que un momento, son la nada.

SALVADOR BERMUDEZ DE CASTRO.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.

MADRID PINTORESCO.



La Montaña artificial en el Retiro.

LOS JARDINES RESERVADOS DEL RETIRO.

La primera época del reinado de Fernando VII, á contar desde su regreso de Francia en 1814 hasta la muerte de su segunda esposa Doña Maria Isabel de Braganza á fines de 1817, fue señalada para Madrid por una predileccion singular que tanto el rey como la reina mostraban hácia su heróica capital; complaciéndose en permanecer constantemente en ella, visitando todos los establecimientos públicos y particulares, pasando revistas lucidísimas, asistiendo á pie y sin ceremonia á los teatros, paseos y demas puntos de reunion, y poniendo en fin, especial cuidado en reparar los deterioros que la guerra con los franceses habia originado en la villa del *Dos de Mayo*. Especialmente el breve tiempo que duró el reinado de Doña María Isabel, se distinguió notablemente por aquella predileccion á Madrid, datando de dicha época muchos proyectos para su embellecimiento, de los cuales el mas útil fue el de la reparacion del Museo del Prado, y su destino á galeria de pintura y escultura; proyecto que seguido despues con el mayor teson por Fernando, forma hoy sin duda alguna la mas bella página de su reinado.

Los monarcas anteriores habian cada cual manifestado alternativamente su inclinacion y cariño á una de los sitios reales ó residencias campestres donde suelen retirarse durante la buena estacion. Cárlos I de Austria dió el primer impulso al embellecimiento de Aranjuez, y renovó el palacio de los Maestres de Santiago. A la severa y poderosa voz de su sucesor Felipe II se elevó el soberbio monumento del Escorial. El poderoso valido conde duque de Olivares supo aprisionar en su capital á Felipe IV, haciendo desplegar dentro de su recinto los magníficos jardines, las encantadas fiestas del Buen-Retiro. Felipe de Borbon, siguiendo su antipatía á su antecesora la casa de Austria, alzó sobre las ruinas del antiguo alcázar de Madrid un nuevo y magnífico palacio, y huyendo de los recuerdos de Aranjuez el Escorial y Buen-Retiro hizo aparecer por encanto á la falda de las escabrosas sierras carpetanas un nuevo Eden en los jar-

dines de San Ildefonso. Su hijo y sucesor Fernando VI volvió á renovar el perdido entusiasmo por Buen-Retiro. Cárlos III generalizó á Madrid y todos los sitios reales las grandiosas muestras de su proteccion y Cárlos IV continuó embelleciéndolos hasta que á su caida del trono vino la guerra de los franceses, y todas aquellas reales mansiones tuvieron mucho que padecer. Pero ninguna en los términos que el Buen-Retiro, que constituido por su situacion en una especie de ciudadela para tener en respeto al arrogante pueblo de Madrid, perdió de tal modo su carácter de sitio de recreo, que á la salida de los franceses solo presentaba, donde antes sus vistosos palacios, sus jardines, bosques y paseos, una inmensa multitud de escombros, parapetos, zanjas, parques de artillería, y efectos de guerra.

Fernando á su regreso al trono proyectó restaurar aquel hermoso recinto, y restituirle su pasado esplendor; mas desgraciadamente no se pensó en volverle su carácter de sitio real, con su animada poblacion, sus fábricas, palacio, teatro y demas circunstancias que le dieron aquella vitalidad que disfrutó en los siglos anteriores; y guiado mas bien de consejos apocados prefirió dividirle en dos partes, una destinada esclusivamente á paseo público; y la otra á jardines *reservados* para recreo de la familia real. De aquella primera parte hablamos ya en otra ocasion (1), y hoy nos proponemos tratar aunque ligeramente de esta última.

Los jardines *reservados* de S. M. se estienden desde la puerta de Alcalá hasta la esquina de la tapia sobre la que se eleva la *montaña artificial*, y luego siguiendo por la derecha todo el espacio comprendido entre dicha tapia y el estanque grande hasta la *casa de fieras*; lo cual viene á ser casi una mitad de el retiro; hallándose dividido tan dilatado espacio en varios trozos de jardin de diversos gustos, bosques, paseos y huertas, todo bastante frondoso para la escasez de aguas que esperimenta este real sitio.

Hállase ademas adornado todo ello con diferentes objetos de recreo, tales como fuentes, cascadas, grutas, montañas y templetes, en lo que se han invertido cuantiosas sumas y desplegado un lujo de decoracion, á par que una puerilidad de ideas, que entretiene agradablemente, sin causar en el ánimo del observador sentimientos mas elevados; de suerte que dificilmente podria lucirse mayor empeño en sembrar el oro para dar por resultado una cosecha mayor de magníficas superfluidades.

Con efecto, al ver al poderoso Monarca de España é Indias (porque entonces lo era) al poseedor de los magníficos vergeles de Aranjuez y San Ildefonso, de los palacios de Madrid y el Escorial, de la Alhambra de Granada, y de los Alcázares de Sevilla y de Toledo, dispensando sus tesoros en manos de sus aduladores, para que estos á fuerza de diligencia improvisasen una cabaña rústica, ó una cascadilla de nacimiento; una montaña de algunas toesas de altura, ó un templete sin carácter arquitectónico; una miserable parodia de un salon oriental, ó un estanque *soi disant* chinesco, no sabe uno si reir irónicamente de los raquíticos esfuerzos de la adulacion, ó llorar con amargura la malversacion de tantos capitales en una nacion pobre y desgraciada.

«Los pueblos, y los reyes (dice Victor Hugo) escriben en piedra la historia de su civilizacion, y consignan los adelantos de su época.» Cárlos III la dejó sin duda impresa en los magníficos caminos de Sierra Morena, en los suntuosos edificios de Madrid. La época á que ahora nos referimos quedó escrita en el Retiro, en techos de caña pintada, en torrecillas de cascabeles, en piedras y y corales imitados, en gabinetes de talco, y en una casa de fieras.

Los forasteros provincianos, sin embargo, no dejan de contar á los jardines reservados del retiro entre las maravillas del mundo, y acometen con ánimo sereno y decidido las mil y una diligencias indispensables para proporcionarse una targeta de entrada en aquel recinto de Armida, en aquel Oasis encantador. Empeñarán, (por ejemplo) al diputado de su provincia para que hable al ministro, á fin de que este se interese con el mayordomo mayor, el cual dará una carta para que el Gentil-hombre interponga su influjo con el conserge, con el objeto de que espida una papeleta de entrada á la órden del portador. Madrugarán luego una mañanita, y previa la convocacion de todos sus parientes, amigos y allegados, marcharán en columna cerrada hácia el Retiro, presentándose humildemente á uno de los guardas del Santuario; el que (cumplidos que sean los requisitos del visto bueno, y demas necesarios para tan solemne acto) empezará á conducir á aquel pasmado grupo por tan bello laberinto, dirigiendo su especial solicitud á las señoras mamás y hermanas de aquellos Anacharsis, las cuales no dejarán de corresponder con sus gritos y ademanes de sorpresa, y satisfaccion, cada vez que el guarda les dirá que en aquel banquillo acostumbra S. M. á sentarse de vuelta de paseo; que en aquella piedra tropezó un dia el infantito Don Tal; ó en aquel arbolito cogió un nido de gorriones su augusto papá. Luego dará cuerda á una fuentecilla de conchas que hay á la entrada, ó á la cascadita del rincon, y retrocederán con gran algazara todos los honrados espectadores al ver saltar el agua en direccion de sus sombreros, y los mas pequeñuelos correrán, y gritarán alborozados, preguntando por donde sale el chorro, y como es que se han mojado; con otras varias interpelaciones que no podrán menos de lisongear la vanidad de los directores de aquella magnífica sorpresa. Mas adelante entrarán en las grutas silvestres, y encontrarán grandes simpatías con su rústica naturalidad; ó alargarán los juncos y bastones por entre las rejas de la pajarera, admirándose de ver como vuelan todos los pajaritos, ó echarán miguitas de pan á los cisnes del charco, y al escuchar su graznido, bajo la fé de los poetas, creerán oirlos cantar.

A todo esto el guarda encargado de la enseñanza habrá ya endosado como letra de cambio á nuestro grupo provincial, poniéndolo á la órden de otro segundo guarda para continuar su curso, y recibiendo á su despedida una moneda argentada por via de quebranto; el segundo guarda les continuará la esplicacion otros cuantos pasos mas, y despues la misma operacion de trasiego, el mismo endoso á un tercero; y luego este á un cuarto; y luego á otro y á otro; todo con una precision de movimientos admirable, aunque no sin grave deterioro de las bolsitas de seda ó de abalorio de los señores visitantes.

De vez en cuando se interrumpe la monotonia de los jardines por algunos edificios aislados, reducidos por la mayor parte á gabinetes de descanso, en todos los cuales se echa de ver la predileccion que el director de la obra (que sin duda debia de ser romántico) tenia por los contrastes; pues todo se reduce á cabañitas rústicas de troncos y peñascos por fuera, y que en su parte interior se convierten en lindos retretes alhajados con todos los adornos y menesteres necesarios para descansar agradablemente del paseo, y.... ¡oh prevision admirable! hasta para pagar tributo (si necesario fuese), á una fácil y ter-

(1) Véase la página 31 del tomo 1.º del Semanario (1836.)

minada digestion. — Recintos misteriosos y fatídicos, que reproducidos con profusion en semejantes sitios y destinados á tan elevados personages, vienen á ser, á pesar de sus primores en espejos y argenteria, un recuerdo continuo de su flaca naturaleza, un *Memento homo*, muy filosófico, aunque no del mejor olor.

Preciso es hacer un grato descanso en el bello *salon oriental*, que siguiendo el mismo sistema de contraste ofrece en su esterior un tosco edificio de troncos y cañas, al paso que en su interior ostenta una elegante decoracion al gusto persa; que aunque pudiera achacarse de algo hiperbólica en sus detalles (puesto que no hayamos estado en Ispahan para saber si los salones del Shaa se hallan revestidos de perlas como nueces, ó de rubies como melones), sin embargo produce un conjunto verdaderamente alhagüeño, original y sorprendente. Tiene ademas este salon un tanto mas de comparacion con las pirámides de Egipto; y es que á pesar de las eruditas controversias, todavia no se ha podido averiguar de cierto cual fue el objeto de su construccion.

Al menos, en la *montaña artificial* que se mira de allí á algunos pasos; ya se infiere que el levantar allí á costa de espuertas de tierra y de onzas de oro una elevacion semejante, fue con el objeto (á todas luces razonable) de cubrir con una bellísima bóveda una noria que por mas señas se hundió á poco tiempo, y elevar sobre su altiva cresta una especie de mirador de forma ambigua, desde donde se dominan los tejados de Madrid y las deliciosas tierras de pan llevar del camino de Alcalá. Esta montaña que por entonces hizo mucho ruido sobre cual seria su objeto, suponiendo algunos nada menos que la edificacion de un castillo ó fortaleza inexpugnable donde poder retirarse en caso de ataque toda la poblacion de Madrid y sitios reales, quedó desde entonces conocida por el nombre de la *montaña rusa*, y á la verdad que ignoramos la razon, pues que mas que de Rusia tiene cierto sabor de la Alcarria; y nadie hasta ahora que sepamos ha pretendido resbalarse por ella en *treneaux*. En cuanto al edificio que la corona la opinion general ha sido mas justa, y ya que no ha podido hallarle objeto se ha atenido á la forma, cometiendo una figura retórica que llamamos comparacion, y apellidándole por simil *La Escribanía*.

Hay otra *casita de pescador* con su pequeña ria, bastante pintoresca; otra *del pobre*, con sus diversos compartimentos, lindamente imitados á la verdad, alhajada con rústicos utensilios, y hasta con rústicos dueños, figuras graciosas de movimiento, que consisten en una mujer que hila y mece la cuna donde duerme un chiquillo, y un pobre enfermo en su cama; los cuales saludan cortesmente al que entra á visitarlos, no sin asombro de nuestro ya olvidado grupo recien venido, que no puede comprender que todo aquello no sea arte del diablo. En otro tiempo estaba aumentada esta pobre familia con un bello granadero de realistas, hijo de la casa, el cual sin duda marcharia á batirse á las facciones, y sabe Dios cual habrá sido su suerte, sino se ha dado prisa á convertirse en patriota.

El *embarcadero* chinesco al frente del estanque grande es de lo mas bello y digno de elogio, no solo por su linda proporcion y elegante adorno, sino porque al fin tiene su objeto; si bien no ha cumplido *su mision sobre el agua*, sino alguna que otra vez, y eso hace muchos años y solo en la época á que nos referimos, cuando Fernando VII y su esposa doña Isabel se andaban surcando las pacíficas ondas del estanque en una bella gondola que se conserva en el astillero, como testimonio de la última de nuestras glorias marítimas.

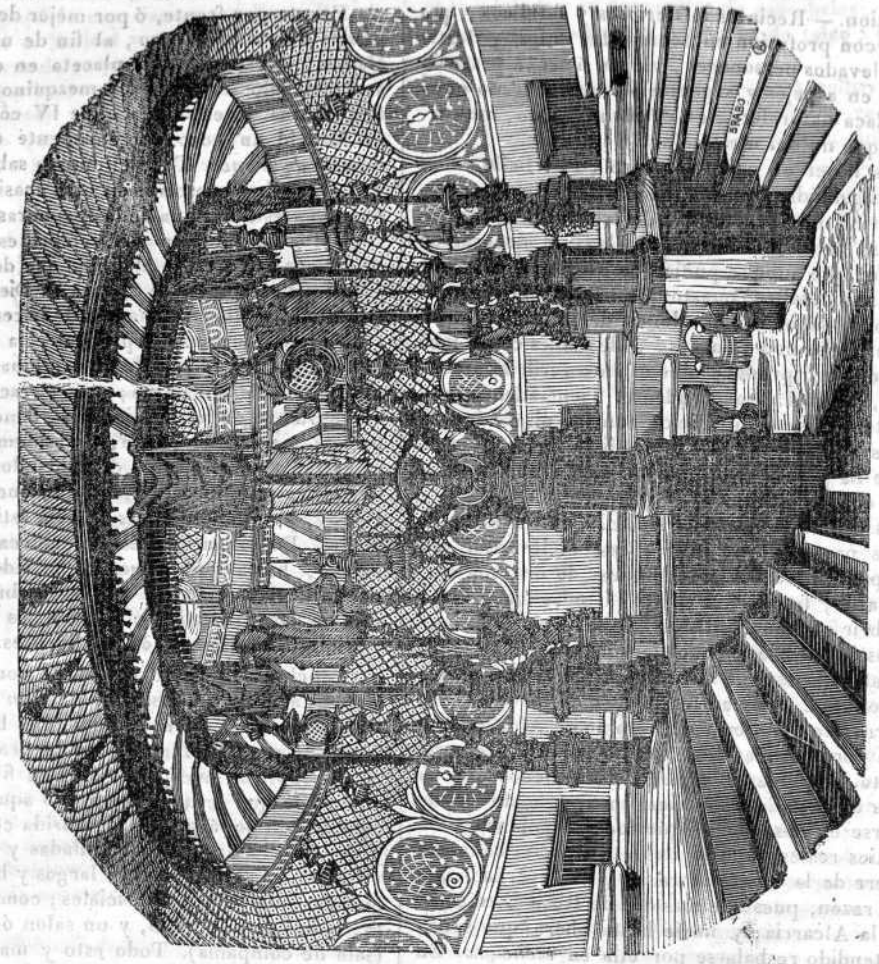
Frente por frente, ó por mejor decir, frente de las espaldas del embarcadero, al fin de una hermosa calle de álamos, se estiende una placeta en cuyo término medio se halla colocada sobre un mezquino pedestal la magnífica estátua ecuestre de Felipe IV conocida en el pueblo de Madrid un poco prosáicamente con el título de *El caballo de bronce*. Todo el mundo sabe, y por si acaso no, ya se lo digimos nosotros en otra ocasion (1) que esta hermosísima estátua, una de las primeras de su género en Europa, fue egecutada por el célebre escultor florentino Pedro Tacca con arreglo al dibujo que de órdendel rey le envió su primer pintor de cámara D. Diego Velazquez. La actitud del caballo en situacion de hacer una corbeta, y sosteniéndose sobre sus dos pies, ofrecia una inmensa dificultad que parecia imposible de combinar con el enorme peso y volumen de la estátua; pero el escultor supo vencerla, con asombro de los inteligentes, dando al caballo todo el brio de que es susceptible, y al ademan del rey la mayor magestad y nobleza, y no descuidando ninguno de los detalles. Esta magnífica estátua que tiene pocas semejantes es colosal, pesa 18000 libras, y está estimada en 40,000 doblones. En lo antiguo estuvo colocada á la entrada del Retiro; hasta que luego lo ha sido á donde se halla, siendo de lamentar que tan bella obra no se halle en un sitio mas frecuentado, ofrecida á las miradas del público, y á la admiracion de los inteligentes.

Concluye la parte reservada con la *casa de fieras*, último término del visitador, y *non plus ultra* de su entusiasmo y admiracion. El edificio es bello, elegante y bien dispuesto para el objeto, y no tendrán motivo de quejarse los exóticos huéspedes de este filantrópico establecimiento de que se haya escaseado aquella comodidad conciliable con su áspera y desabrida condicion. Espaciosas y cómodas jaulas, bien ventiladas y cerradas con dobles y fuertes rejas y trampas; largos y hermosos corredores; guardas diligentes y serviciales; comida abundante y grata; baños para la salud, y un salon ó emberjado de recreo (sala de compañía). Todo esto y mas tienen las señoras fieras; y ójala pudieran decir otro tanto los muchos desgraciados acogidos á los establecimientos de mendicidad en nuestra heróica capital.

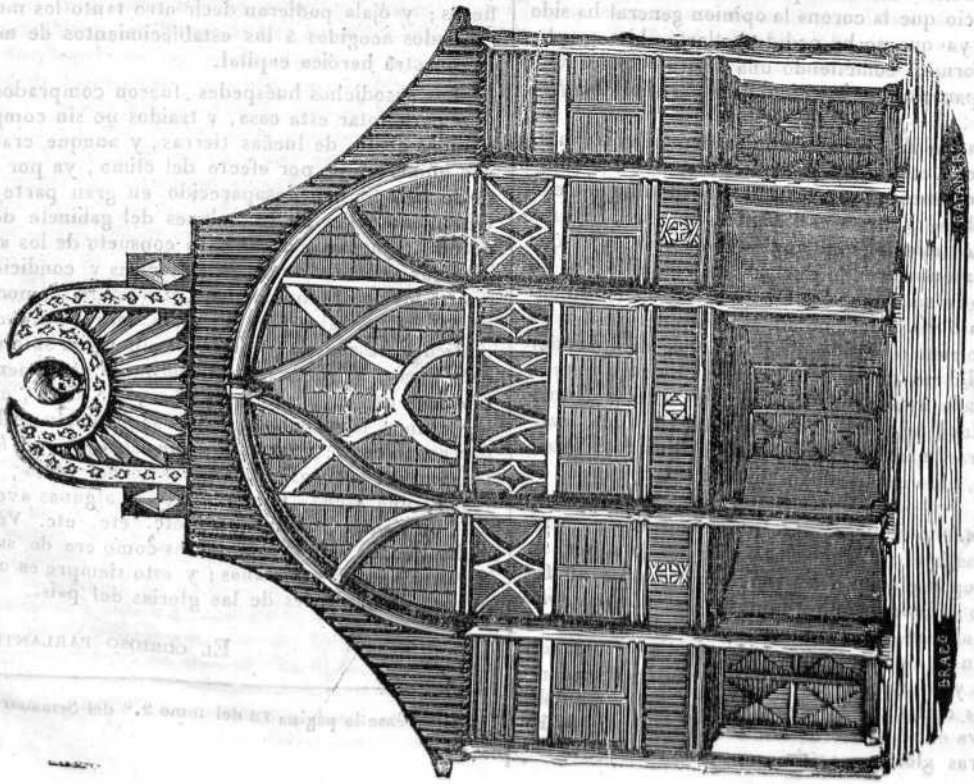
Los susodichos huéspedes fueron comprados *ex profeso* para dotar esta casa, y traidos no sin compromiso y grandes costos de lueñas tierras; y aunque eran en mayor número, ya por efecto del clima, ya por transcurso de tiempo han desaparecido en gran parte, ó se ostentan inmóviles en los salones del gabinete de historia natural. Quedan todavia para consuelo de los aficionados diversos animales de distintas formas y condiciones aunque todos comprendidos bajo el nombre un poco poético de *fieras*; por ejemplo: Primera fiera; Un *avestruz* raquítico y cascado que huirá de un raton si le ve pasar á cien varas; 2.ª fiera; un *dromedario* que apenas puede moverse con el peso de los años; 3.ª fiera; un *mandril* jugueton y revoltoso que todo se le vuelve saltar y jugar con la cola: hay ademas un *elefante* un *leon* y una *leona*, varios *osos* extranjeros y del reino, una linda *zebra*, una *hiena*, una *pantera*, y algunas aves de rapiña, un *águila*, un *casuario* etc. etc. etc. Vése por lo dicho que no somos tan pobres como era de suponer en fieras y estrañas alimañas; y esto siempre es un consuelo para los amantes de las glorias del pais.

El curioso parlante.

(1) Véase la página 73 del tomo 2.º del Semanario. (1837)



Interior del salon Oriental en el Retiro.



Esterior del salon Oriental en el Retiro.

REVISTA DRAMATICA [1].

Teatro del Príncipe.—Garcilaso de la Vega, drama en cinco actos y en verso por D. Gregorio Romero y Larrañaga.—*Emilia*, drama en cinco actos.—Su autor D. Ramon Navarrete y Lauda.

Quisimos considerar en nuestro primer artículo el influjo que el romanticismo ejerciera en el pensamiento literario, indicando nuestro parecer sobre la mision que en el drama fue llamada á ejercer la nueva escuela. La cuestion de formas, si bien menos elevada, no por eso desmerece de que le consagremos algunos cortos renglones.

¿Qué vino á hacer el romanticismo en la forma dramática? A nuestro entender lo mismo que ha dos siglos ejecutó Lope de Vega: romper las ligaduras tal vez harto apretadas impuestas á la tragedia por el clasicismo griego; dar mas latitud, mas espansion, mas vida y variedad de colorido al cuadro dramático; hacer en fin el drama mas novelesco. Y he aquí la valla que separa el drama de Calderon de la tragedia de Corneille, unidas en cuanto al pensamiento, diferencia nacida no de idea caprichosa, sino de las diversas circunstancias de ambas naciones. Al principiar el siglo XVII, nuestro pueblo ardiente y entusiasta, lleno de nobles y altivos recuerdos de su juventud aun no marchita, de su gloria y poder aun no desvanecidos, nuestro pueblo que recibiera en su infancia todo ese idealismo, toda la gala, toda la imaginacion oriental de los árabes, era mil veces mas poeta que el público que en el siglo de Luis XIV asistia á la representacion de las tragedias de Racine y Corneille. Por eso si la forma del teatro francés es mas ajustada, tal vez mas bella, la imaginacion, la gala, el genio campea mas libremente en nuestros sublimes dramáticos que en los de la Francia. Cotéjense las *Mocedades del Cid* por Guillen de Castro, con el *Cid* de Corneille y se verá palpablemente esto que nosotros decimos. Mas cercanos á la infancia de las naciones, nuestros dramáticos eran mas poetas, mas jóven nuestro pueblo les seguia en los atrevidos vuelos de sus almas, y enagenado el público que asistia á la representacion de los dramas de Calderon y Lope de toda la gala y brillantez de su genio, elevados en alas de su ardiente fantasía á una rejion mas alta, cautivados por la magia de esa poesía que se desliza sin sentir, jamas preguntaba al poeta si lo que les contaba sucedia ó no en el mundo. Lo que sus corazones sentian, los pensamientos que sus almas abrigaban, los recuerdos de gloria, gratos siempre á un pueblo valiente y entusiasta, sus creencias, sus sentimientos, sus pasiones nobles y generosas, su pasado, su presente, todo lo hallaban en las obras de sus poetas. ¿Qué les importaba que sus dramas no fueran mas que una magnífica novela ó un poema sublime?

Dos siglos pasados, el romanticismo ha querido vestir á sus obras con ese manto rico y variado de nuestro antiguo teatro. Pero en la patria de Corneille y de Racine, de esos dos adalides del clasicismo será esto hacedero? Un momento lo creimos, un instante abrigamos esa ilusion hoy desvanecida. Porque en vano, sí, se pretende hacer volver los dias de la infancia que pasaron ya para la vieja Europa.

Pero en nuestra España era muy diferente: para un pueblo que asistia entusiasmado á la representacion del *Rico hombre de Alcalá* ó á la del *Desden con el desden*, el drama moderno no aparecia como extranjero: era como dijo muy bien un distinguido literato, un hijo perdido que tras largos años y lejanos viages vuelve al hogar paterno mudados sus hábitos, cambiadas sus costumbres, olvidado tal vez de su patria; pero recordando todavia los tiempos venturosos de su infancia.

Sí, cambiados sus hábitos, mudadas sus costumbres, repetimos nosotros, y por eso no queremos la imitacion ajustada y esclusiva de nuestros antiguos y sublimes poetas, y por eso creemos reaccionaria la escuela que quiere volvernos á los dias de Moreto y Calderon.

Y no porque nosotros, con toda la efusion de nuestra alma no deseáramos volver, no; sino porque sabemos que no se detiene en su veloz carrera la vida de los pueblos, porque no ignoramos que nuestra juventud, que nuestra infancia ha pasado ya. Y prescindiendo de que un drama mas de este género solo sería una gota de agua en el inmenso Océano, prescindiendo de que la copia no es el cuadro, concediendo que hubiese un genio, que llegase á esa alta esfera donde se elevó Calderon ¿dónde está el público que ha de escuchar su obra? ¿Es por ventura el del siglo XIX, que solo en el teatro mira un pasatiempo, que tanto atiende al aparato escénico, á la contestura de la obra dramática, el público del tiempo de Felipe IV para quien el teatro era una necesidad y á quien nada importaba el mecanismo del drama? seguramente no.

Porque á medida que las artes han ido saliendo de la infancia, la poesía del drama ha ido abandonando el teatro; á medida que los sentidos ganan terreno, la inspiracion lo pierde; mientras el genio poético de Calderon se ha alejado de la escena, el talento dramático de Dumas le ha substituido. Lo que la cabeza gana solo es á costa del corazon.

Pero esta reaccion que todos observamos, y que nosotros queremos combatir por exagerada, tiene un fundamento ciertamente noble: el de poner un dique á los estravíos del romanticismo; asi el jóven que ve perder las ilusiones de su corazon, vuelve sus ojos para contrarrestar el torrente que todo lo destruye, á los bellos recuerdos de sus años infantiles.

Tómese, sí, de nuestro antiguo teatro los nobles y elevados sentimientos de nuestos poetas, que siempre encontrarán eco en los corazones españoles; tómese toda la gala toda la riqueza de su poesía; pero en vez de la novela del siglo XVII creemos el drama del siglo XIX, de siglo XIX crítico y pensador.

Hemos querido apuntar estas someras reflexiones, para ver lo que debemos esperar y lo que es preciso temer de esa tendencia que se advierte en muchos de nuestros poetas, por imitar nuestro rico teatro antiguo; hemos querido apuntar estas ligeras indicaciones porque uno de los jóvenes cuyos dramas vamos á analizar ha dado tambien en ese escollo, olvidándose que el siglo XIX no es el de Lope y de Calderon.

Garcilaso, nombre tan bello para todos los amantes de la poesía, Garcilaso, el Virgilio español, que sino es el mas grande de nuestros líricos, es tal vez el poeta mas digno de nuestra gratitud y alabanza, pues él fue el que elevó á toda su altura la rica lengua castellana, Garcilaso, el príncipe de nuestros poetas de sentimiento, y de quien puede decirse, como del inmortal Cervantes *que tambien lidió por su patria el buen poeta*, es uno de los nombres mas bellos, que mas simpatías produce en todo corazon español. ¿Y quién al leer en nuestro Mariana aquellos renglones consagrados al poeta no ha aplaudido el acto de Cárlos vengando la infeliz muerte de Garcilaso?

(1) Véase la entrega del domingo 21 de junio.

Pero bastaba nombre tan bello para un drama? Yo creo que no; mas si el poeta hubiera querido presentar, como en Torcuato Tasso, la lucha entre el genio y la debilidad, contra el poder y la fuerza, sucumbiendo en la lid el poeta ante el guerrero, acaso hubiera escrito un drama magnífico.

Entonces, es verdad, el poeta tenia que luchar con una inmensa dificultad: desde el instante en que se decidiera á presentar en escena y como personage principal á Cárlos I, ya Garcilaso tenia que inclinar su frente de poeta ante la cabeza del vencedor de Pavía. Sí, la esperiencia ha venido á demostrar que donde quiera que el poeta presente al monarca español, su colosal figura tiene que dominar á todas las demas; asi es que en *Bárbara de Blomberg*, en *D. Juan de Austria*, en *Hernani* á pesar de los amores de Blanca y Roberto, á pesar de la figura triste, sombría, pero grande tambien de Felipe II, de la del nieto del emperador, de ese jóven que un dia debia ceñir á sus sienes el laurel de Lepanto, á pesar de los amores tan bellos de Hernani y Doña Sol, en todos esos dramas solo se vé la colosal figura de Cárlos I. ¡tan grande es el emperador y rey, el César español!

Hora bien ¿qué es lo que ha hecho el Señor *Romero Larrañaga*? Abandonado el poeta á su inspiracion, perdido en el vastísimo campo que á su vista se estendía, ha tomado la pluma, ha escrito bellísimos versos, ha bosquejado escenas dignas de Calderon, ha pintado caracteres bellos los mas; pero en vez de escribir un drama solo ha bosquejado una complicada novela.

De aquí la figura de Magdalena bellísima tal vez en un poema y de mas en un drama, de aquí todas esas entradas y salidas de las que el público severo no podia dejar de pedirle cuenta; de aquí el que el poeta se haya visto perdido, abrumado tal vez por su imaginacion; al querer ajustar al molde de la escena una obra que no se habia escrito para ella.

Pero en cambio, ¡cuántas bellezas, cuantos destellos de talento, de imaginacion, prendas seguras para su porvenir dramático, encierra la primera produccion del Señor Larrañaga! El acto primero es un cuadro de Calderon: la misma vida, la misma riqueza y variedad, la misma complicacion de escenas, el mismo afan por enredar un nudo que desatar despues ingeniosamente, la misma gala en el lenguaje, y belleza en las descripciones. No menos bellas son muchas escenas del segundo acto, el bellísimo episodio del 4.° en que asistimos á la coronacion de nuestro poeta. El carácter de este, por lo general, está bien dibujado, y en el de Cárlos I hay rasgos que nos manifiestan que el Señor Larrañaga alguna vez se ha elevado á esa colosal altura en que se encuentra colocado el vencedor de Pavía, figura que si bien bosquejada por Victor Hugo y Delavigne, aun no ha hallado un poeta que la presente digna, y noblemente en el teatro. Asi no le hiciera escalar los balcones, cosa tan impropia del monarca español, emperador ya de Alemania, como el esconderse cuando rey en el Hernani en una alhacena.

¿Qué ha querido probar, nos dirán muchos, el Señor Larrañaga con su drama? A esto responderemos que el poeta no ha querido sostener ninguna de esas paradojas brillantes pero falsas de la nueva escuela, que no se ha apasionado por ningun principio social, y que siguiendo en esto á la mayor parte de nuestros dramáticos, se ha abandonadado á su rica y facil inspiracion, contándonos la vida de su héroe en bellos y dulcísimos versos dignos de Garcilaso.

El Señor *Romero Larrañaga* era ya conocido cual elegante poeta; en su drama se nos ha presentado como dulce y apasionado trovador. ¿Quiere ver el lector una prueba? Escuche estos acentos que se escapan de los labios del infeliz amante de Elisa.

Alarcon. ¿Qué decís?
Garcilaso. Que en oscuro apartamiento
vuelo á sumir mi abandonada vida.
Alarcon. ¡Qué estraño pensamiento!
¡Abandonar las armas! ¡qué locura!
¿con tanta juventud, con tanta gloria?
Garcilaso. ¡Y con tamaña y triste desventura?
Amor, y solo amor forma mi historia:
el me arrancó de mis tranquilos prados,
de mi Toledo, de mi patria hermosa,
y del blando dormir de mis cuidados.
El me ha impelido hácia el funesto estruendo
de guerra asoladora,
y á trocar por los pálidos claveles
de mis ricos jardines
los sangrientos laureles;
y por el dulce canto de mi aldea,
el ruidoso brindar de los festines.
Un ángel del amor, aqui en mi idea,
un ángel del amor, aqui en el alma,
sostuvo mi ardimiento,
y con su blanca palma
ornar quiso mi sien del vencimiento.
Y el ángel me engañó; y en noche umbría
hundió su sombra hermosa;
y la palma feliz que me ofrecía,
ceñida vi sobre la sien dichosa
de otro mortal.... que no la merecia.
Ya es un vacío el porvenir lejano
para quien nunca alvergará esperanza,
el tiempo que se huyó recuerdo vano
de mentida bonanza.
Solo el tiempo que pasa y condolece,
solo el dolor que me atormenta es cierto;
y esta ilusion que en mi martirio crece
como en tierra podrida el árbol muerto.
Alarcon. Ponedla en el olvido;
breves años contais, y juveniles,
de gloria hermosa y de esperanza llenos:
una mujer de menos
es una flor perdida en cien pensiles,
un eco solitario en mil cantares,
entre estrellas sin fin solo una estrella,
y es una gota en los inmensos mares
. . . . . .
. . . . . .

¿Y porqué ha trocado su laurel de poeta lírico por la incierta gloria de autor dramático? ¿Es menos bella por ventura la corona de Virgilio y Garcilaso que la que ciñe las sienes de Esquilo y de Calderon?

El señor Larrañaga es aun muy jóven, tiene talento y fecunda imaginacion: lo demas se adquiere con el tiempo. ¿Nos permitirá que le demos un consejo? Si asi fuera le diriamos que ya que ha comprendido á Calderon y Lope, que ya que ha podido seguirlos en los vuelos de sus ardientes y poéticas almas, vuelva los ojos á la tragedia de Racine y de Corneille para estudiar su admirable contestura. Tiempo es ya de que abandonemos todas esas niñerias de escuelas, y todos esos sofismas brillantes, y que aprendamos á colocar en una misma línea á Calderon y á Corneille, á Moliere y Moreto. Unamos, si, las bellezas de nuestro rico teatro antiguo con las del tea-

tro clásico; no desdeñemos las relevantes dotes del drama moderno creando así un teatro español, nacional, digno del siglo XIX, y que cual hermoso ramillete reuna las bellas y esparcidas flores. (*Se concluirá.*)

D. C. Y Q.

A UN AMIGO EN LA MUERTE DE SU ESPOSA.

ELEGIA.

Vuelve los ojos: verás
Destroncada la belleza,
Pálida y triste la flor,
La hermosa llama deshecha.
Calderon.—El Purg. de S. Pat.

I.

La noche con sombras la tierra ennegrece;
La luna entre nubes oculta el fulgor,
Y el trueno los cielos luchando estremece,
Al brillo del rayo, con ronco clamor.

Mil sombras se miran que el viento arrebata,
Que eleva en los aires, que vuelve á dejar;
Y arroja la luna destellos de plata,
Haciendo sus blancos sudarios temblar.

Y todas las tumbas abiertas estaban,
Escepto una nueva, dó brilla una luz:
Sus rayos funestos un hombre alumbraban
Que reza inclinada la frente en la cruz.

II.

Nada me queda ya, bajo esta losa
Descansa en paz una mujer querida;
Unica antorcha que alumbró mi vida,
Y á un soplo se apagó;
En la mansion de muerte en que reposa
La llama el corazon, la invoca el alma;
Y no responde... Y todo yace en calma,
Tranquilo, excepto yo!

Un lazo santo nos unió en el ara;
El mismo Dios bendijo mi ventura;
Un porvenir de paz y de ternura
Contemplaba en su amor.
La dicha que mi labio le jurára,
El tálamo nupcial que le ofrecia,
Fueron tan solo, oh cielos, tumba fria,
Lágrimas de dolor!

Y el mundo vive y goza en torno mio;
Y aun turban mi dolor tiernos acentos;
Y protestas de amor y juramentos
Resuenan junto á mi!
Solo, yo solo del destino impío
Maldigo y lloro la inclemente mano:
Y en vano gimo, y le demando en vano
La esposa que perdí.

Cual pobre flor que marchitó la tarde,
Cual dulce fuente que secó el estío,
Fué corto tu vivir; el llanto mio
Mayor que mi placer.
Y en vano es ya que solitario aguarde
La triste luz del venidero dia:
Amo el silencio de la noche fria
Donde la sueño ver.

Do sueño ver su pálido semblante
Iluminarse con mayor ventura:
Dó se une á mis acentos su voz pura
Vacilante de amor.
Mas pronto, ¡oh Dios! esta vision amante
Desaparece de mis tristes ojos,
Y tan solo me quedan por despojos
Su tumba, mi dolor.

El lánguido lucir de triste luna
Que entre las nubes lóbrega descuella;
El moribundo brillo que destella
El fúnebre blandon;
La lámpara clavada en la coluna
Que brilla y muere ante la imágen santa;
Son las luces que adora en pena tanta
Mi triste corazon.

Vagar en solitario cementerio
Mientras el viento en los cipreses zumba;
Y á la luz de los astros, de una tumba
El aliento aspirar;
Demandar á los muertos el misterio
De nuestra vida inútil de dolores,
Siendo ilusion el gozo y los amores,
Verdad triste el penar;

Esta es la suerte de mi amarga vida;
Mi existencia sin dicha, sin consuelo,
Cual las hojas marchitas por el suelo,
Gimiendo rodará.
Luego vendrá la muerte apetecida,
Y mi existencia se unirá á la nada,
Y nadie, oh Dios, sobre mi losa helada,
Nadie á rogar vendrá.

III.

Asi la cancion con que llora
El cisne su muerte fatal
Se eleva á los [illegible] cielos sonora
[illegible] del lago de limpio cristal:
Las plumas del pájaro flotan:
[illegible] lago alborotan,
Sus alas [illegible]
Y pronto el doliente cantor
No es mas que cadáver errante
Que arrulla la brisa sonante
Con dulce suspiro de amor.

Así trás su lúgubre acento,
Contempla este esposo el fatal
sepulcro, su triste lamento
Turbando el silencio mortal.
La piedra tocó su cabeza;
Invoca la muerta belleza,
Lamenta su edad juvenil,
Sin ver que la muerte en su brío
Marchita la mies del estío
Cual flor olorosa de abril.

Sin ver que es humano destino
Gemir entre pena y dolor,
Sin ver que, infeliz peregrino,
Tendrá que morir cual la flor.
Sin ver en el tiempo pasado
Aquel que otra niebla ha llevado
Edén celestial de placer;
Que entonces amaba dichoso,
Y que era terrible y forzoso
Muriese tan dulce mujer.

Bajó, bajó del alto cielo,
Querube de luz tutelar
A dar á tus males consuelo,
De perlas tu vida á sembrar:
Hermosa y fugaz cual las flores
Doró tus ensueños de amores,
Cumplió con amar su mision;
Y luego entre nubes de oro,
Querub, de querubes al coro,
Lanzóse á la eterna mansion.

Inspira su labio el acento
Que eleva entusiasmo inmortal,
De Dios al magnífico asiento
Al eco del harpa eternal,
Dejando la fúnebre losa,

Desde el sepulcro en que reposa
Se eleva su sombra hácia tí,
Tu paso en el mundo guiando,
Tan bella en su amor como cuando
Tembló entre sus labios el sí.

IV.

Mas no escucha mi voz.... Mísero, llora:
Llora la esposa que la tumba encubre:
Tu llanto ingrato que al eterno implora,
No romperá la losa que la cubre.

Mas una niña allí.... Fresco capullo,
Lindo boton que la mañana abriera,
¿Porqué dejas del zéfiro el murmullo,
Y tu inocente asilo en la pradera?

Las flores que en el campo mayo vierte,
Crecen aquí sin brillo, sin matices,
Mecidas al aliento de la muerte,
Humedeciendo el llanto sus raices.

¿Qué buscas tú de noche y desolada,
Al resonar del borrascoso viento?
Es fatal para tí, flor delicada,
De los sepulcros tristes el aliento.

Alzó la niña su semblante hermoso;
Volvió los ojos al sepulcro frio,
Y en los brazos se arroja del esposo,
Pronunciando sus labios: ¡padre mio!

Prenda querida que á mi amor dejára,
Murmura el padre, la que el alma adora!
Y en mi pena un instante se olvidára!
Tu eres el ángel de mi bien ahora.

Alzó sus manos juntas hácia el cielo.
Estrechóla á su seno con amor,
Y un suspiro de paz y de consuelo
Calmó por un momento su dolor.

1835.

SALVADOR BERMUDEZ DE CASTRO.



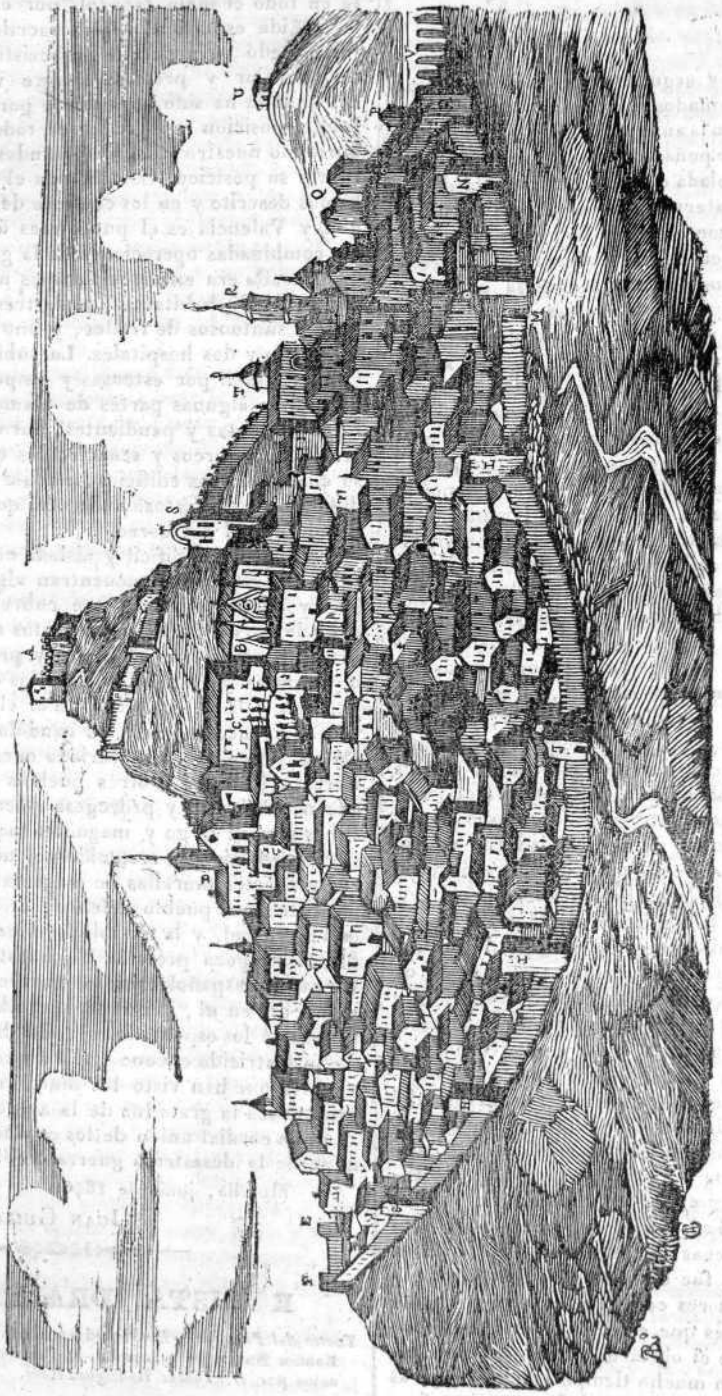
La casa del pescador en el Retiro.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores á la segunda edicion, pueden pasar á los puntos donde se han suscrito á recoger la primera entrega del tomo 2.° [1837]. La entrega segunda del mismo tomo se podrá recoger el próximo domingo 12 del actual.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.

ESPAÑA PINTORESCA.



VISTA DE MORELLA.

A.... Castillo.
B.... Iglesia arciprestal.
C.... Convento de monjas.
D.... Id. de San Francisco.
E.... Puerta del Estudio.
F.... Torre de la plaza del Estudio.
G.... Torre de la pólvora.
H.... Puerta del Forcall.
I.... Torre de Fredes.
J.... Puerta de San Mateo.
L.... Torre de Benedicto.
M.... Puerta de la Nos.
N.... Torre de la Vella.
O.... Torre de la fuente.
P.... Torre redonda.
Q ... Puerta de San Miguel.
R.... Parroquia de San Miguel.
S. .. Puerta de Ferrisa.
T.... Convento de San Agustin.
U.... Altura y Ermita de San Pedro Martir.
V.... Arcos del Acueducto.

MORELLA.

Dominante y orgullosa sobresale por cima de los apiñados y estensos cerros que la circundan la antigua Morella, edificada sobre un aislado y formidable peñasco, con sus viejos muros y su imponente castillo. Velada con la densa niebla de su cielo sombrío aparece á intervalos su mole confusa dibujándose en el oscuro horizonte, como la vision fantástica de las montañas y la soberana del desierto. Su terreno desigual y escabroso estiende con maravillosa profusion al rededor de los fuertes cimientos de las murallas, los profundos barrancos, los anchos valles, los agrestes yermos y las desiertas llanuras apenas cultivadas por la industriosa mano del hombre. El viajero que contempla por primera vez desde la altura de San Marcos ó desde la cúspide de otros elevados cerros cercanos, la vista portentosa de aquel inmenso y silvestre pais, le parece ver un *Océano* de montes dominado magestuosamente por la altiva Morella que en medio de estos se levanta. Ella sola es la señora de la tranquila soledad, y cuya cerviz altanera, confundiéndose con las nuves, descubre poderosamente los mas escondidos senos de sus incultas y escarpadas cercanías. Admirable es la informe estension de este suelo aglomerado de altos peñascos, negros bosques y anchas lomas; poblado de algunos rústicos colonos, y acompañado del escaso canto de las aves, el sordo murmullo del rio, y el rumor estrepitoso de los torrentes que por las escabrosas desigualdades se precipitan; pero mas admirable es aun el aspecto sorprendente de la caduca fortaleza, que, con su poblacion al pie rodeada de muros, sus derruidas almenas, sus pardos torreones y sus inscripciones y monumentos de antigüedad fue en un tiempo el opulento alcázar de algunos ilustres españoles, y hoy ominoso baluarte de la asoladora guerra civil.

El remoto orígen de la fundacion de Morella, segun la tradicion de sus habitadores, es del tiempo de los moros que ocuparon este territorio, como otros muchos de nuestra España, fundando pueblos, creando colonias, y erigiendo castillos. La naturaleza misma parece que habia destinado el eminente lugar en que está situada esta villa, para que fuese por su gigantesca altura y original aislamiento, el fuerte mas seguro y formidable del pais; respetable por su firmeza é importante por su posicion. En la época famosa en que los adalides cristianos acaudillados por el insigne D. Rodrigo Ruy-Diaz de Vivar conocido por el *Cid campeador*, opusieron el esfuerzo de su ardimiento heróico al embate furioso y destructor de las huestes sarracenas en el territorio que baña el abundoso Turia, Morella fue el único refugio que encontraron los bárbaros invasores contra el curso imponente y glorioso de los valientes que osaron contener sus conquistas. Este castillo fue el obstáculo insuperable y funesto que no pudieron en mucho tiempo vencer nuestras armas, y donde se estrellaron desgraciadamente las afortunadas victorias del héroe ilustre que las dirigia. Seguros los feroces enemigos, al abrigo de estos muros, de la constante persecucion de los indignados contrarios, dieron mayor estension al pueblo de Morella, fabricaron los torreones de su muralla y reformaron su castillo.

El terreno fragoso de las cercanías les favorecia tan completamente para poder á encubierto de aquellos salir de la fortaleza; que verificaban sus correrías por la parte del *Sur* de la provincia oprimiendo traidoramente con vejaciones, robos é injurias á sus pacíficos naturales. En el venturoso reinado de nuestros católicos monarcas Don Fernando y Doña Isabel, cuando se terminó gloriosamente en todo el suelo español, por el esfuerzo de sus hijos, la reñida espulsion de los sacrílegos sarracenos. Morella quedó en poder de los cristianos como el premio de su valor y preciosa sangre vertida. Desde entonces aquella ha sido importante por su formidable estructura y posicion topográfica en todas las guerras que han oprimido nuestro pais, disputándose los partidos beligerantes su posicion. Colocada en el escabroso terreno que hemos descrito y en los confines de las provincias de Aragon y Valencia es el punto mas útil y estratéjico para las combinadas operaciones de la guerra.

Morella era en otros tiempos una villa de 1,180 vecinos, 6,060 habitantes, tenia tres parroquias, dos conventos suntuosos de frailes, y uno primoroso de monjas, un pósito y dos hospitales. La subida á la poblacion es larga y difícil por estensas y empedradas cuestas adornadas por algunas partes de álamos y moreras; y sus calles violentas y pendientes, forman por la posicion de la montaña, arcos y semicírculos que presenta el confuso cuadro de sus edificios (muchos de ellos bellos y grandiosos), en un vístoso anfiteatro que se dilata por la parte meridional del cerro.

Al pie de la difícil y aislada eminencia en que Morella está situada se encuentran algunos mezquinos berjeles y pobres arbustos que cubren la falda de aquella elevada sierra. Se hallan en estos sitios solitarios y sombríos abundantes manantiales y preciosas fuentes, siendo de estas las dos principales las conocidas por la *Gazpachera* y la de S. *Lázaro*. Por el centro de los próximos barrancos corren los caudolosos rios *Bergantes* y *Chivz*, cuyo rápido y variado curso se estiende hasta el Forcall (Horcajo) y otros pueblos de sus cercanías que adornan la triste y pedregosa ribera. Morella recibe sus aguas por un largo y magnífico aqüeducto que tiene en sus inmediaciones, sostenido por una série de grandes arcos y fuertes murallas de magestuosa elevacion.

Este es el pueblo célebre, el formidable alcázar de la antigüedad, y la temible fortaleza de ominosa nombradía en la época presente de nuestra destructora lucha. La sangre española que tantas veces ha regado su suelo aun brota en él, quizá por permision divina, para patentizar á los espantados ojos del hombre la criminalidad de su fratricida encono. ¡Ojalá que la reciente y costosa victoria que han visto los muros de este baluarte sangriento sea la grata luz de la apetecida paz, el dulce lazo de la cordial union de los españoles, y el anhelado término de la desastrosa guerra civil!

Morella, junio de 1840.

JUAN GUILLEN BUZARAN.

REVISTA DRAMATICA. [1]

Teatro del Príncipe.—Emilia, drama en cinco actos.—Su autor Don Ramon Navarrete y Lanuza.—*Del mal el menos.*—Comedia en tres actos por *D. Tomas Rodriguez Rubí.*

El Sr. Navarrete, otro jóven poeta que tambien por primera vez aspira al laurel escénico, nos parece haber comprendido el drama del siglo XIX. La tragedia de pasion y sentimien-

(1) Véanse los Semanarios anteriores.

to, noble, elevada, sublime, el drama de la sociedad contemporánea, el cuadro de costumbres, en fin hasta la comedia de carácter satírica y picante de Moliere todo se intenta en Emilia. Cuadro vastísimo, inmensa carga que se ha impuesto el poeta al escribir su primera obra.

¡El drama de sociedad! ¡el cuadro de costumbres! y ¡cuando! En el tiempo en que nuestro pueblo no es aun una sociedad, cuando en la deshecha borrasca que hemos sufrido se ha destruido un edificio construido hace 14 siglos, sin haberle sustituido aun con nada; cuando como dijo muy bien Larra, el poeta tiene que adivinar las pinceladas aun no distintas en el cuadro. Porque si ciertamente nuestra sociedad no es ya la que tan maestramente retratára el autor del *Sí de las niñas*, en verdad que no habrá ninguno que se atreva á afirmar que es la tampoco la sociedad pintada en *Angela ó Clotilde*, en el *Proscripto* ó *Antony*.

Y no era este el solo escollo que debia encontrar el poeta en su camino: al decidirse á unir la elevacion de la tragedia con la gracia picante de Plauto y Moliere se impuso una carga superior á sus fuerzas. Para nosotros es casi indisputable que el carácter de elevacion, de sentimiento de la tragedia, es enteramente contrario á la índole de la comedia, y creemos que ni Corneille habria escrito nunca una buena comedia, ni Moliere un drama de pasion y sentimiento.

Y sin embargo y á pesar de tamaños obstáculos, el señor Navarrete los ha salvado cuanto era dable superarlos á un poeta que nos presenta su primera obra, y sino ha acertado á componer un drama perfecto, ha escrito una interesante novela dramática.

Y es tan cierto que el poeta ha escrito una bellísima novela, que todos los defectos de su drama consisten en haber saltado la valla que hay entre una y otra composicion; en haber dibujado un cuadro que no cabia en el estrecho marco de la escena.

Asi esos personages de mas en el drama, hubieran formado bellísimos cuadros de costumbres en un libro; las transiciones un tanto violentas en la escena, transiciones que son la piedra de toque de los noveles autores, no lo hubieran aparecido; y el carácter del jóven entusiasta y candoroso amante de Emilia primero, querido despues de Luisa, falso en el teatro, hubiera sido verdadero en la novela. Porque el poeta nos hubiera podido decir allí los motivos de tan violenta transicion y graduarla debidamente; porque lo que no es posible en un dia puede serlo en un mes; pero el público que no es el lector que sigue arrebatado por la magia del estilo los vuelos de la imaginacion del poeta, el público que juzga, y casi siempre bien, por las sensaciones del momento, el público que ha recordado haber sido jóven amante y entusiasta, y que nunca ha cambiado en un instante el amor puro y candoroso de un ángel por la pasion de una cortesana, no ha podido menos de sorprenderse y ha gritado «Eso no pasa asi en el mundo.»

En cuanto al desenlace, nosotros tenemos una opinion diversa de la de muchos literatos que han escrito sobre este drama: á nuestro entender debia terminar al exhalar el conde su último suspiro; lo demas es debilitar el efecto causado ya. Pero preciso era para esto que el jóven y fecundo poeta hubiera renunciado á hacer á Emilia hija de Luisa, y asi se lo hubieramos aconsejado. Si no puede decirse que el drama tenga dos acciones perceptibles, distintas como acontece en los Horacios de Corneille ó en el Edipo del teatro griego, hay si como en el Trovador dos acciones estrechamente unidas y que necesariamente tienen que producir dos desenlaces. Acaso nos dirá el autor ¿y el castigo de la culpable, y la moralidad del drama? A esto le contestaremos que la moral no consiste en que Luisa sea ó no madre de Emilia, y que el castigo que sufre la primera es bien terrible sin esto. No escuchar una palabra de amor, un acento de cariño, ella que se nos presenta tan apasionada, adorando con tanto delirio, recibir el perdon de manos de una rival!... yo no sé si hay nada mas terrible para el corazon de una mujer que ha sido querida con locura; que ama, sea por cariño, sea por orgullo, puesto que el orgullo es una pasion tambien.

Hemos querido apuntar los lunares que á nuestro entender empañan la primera obra de un jóven, y que en esto encuentran su disculpa, para poder elogiar libremente las bellezas que encierra. Y ¿quién no recuerda las bellas escenas del cuarto acto, escenas dignas de la elevacion sublime de la tragedia, quién no ha admirado el carácter de Leoncio que tanto honor hace á su autor, figura que sentimos no ver mas que bosquejada; y quién no ha dado rienda suelta á su risa al oir los cómicos acentos de la marquesa? Emilia es un ángel, y las palabras que de sus labios salen, derraman un colorido de pureza y ternura inefables sobre el cuadro del señor Navarrete. En fin la elocucion es noble, elegante, pura y correcta casi siempre, y el poeta nos ha dado una prueba de que conoce la culta y elegante sociedad. ¿Y por qué el señor Navarrete que sabe todo esto no ha suprimido la innecesaria escena del tercer acto entre la marquesa y Luisa?

En cuanto al pensamiento moral, filosófico de Emilia, no hacemos mas que cumplir con un deber al tributar por él nuestras alabanzas al poeta. Los que hayan asistido á la representacion de Emilia, abrigarán como nosotros la esperanza de que su jóven autor ocupará un lugar distinguido entre nuestros dramáticos: su talento escénico se revela ya en su primera produccion.

Y sin embargo, la primera obra de un jóven de talento no ha sido acogida, no ya con entusiasmo, sino con benevolencia y gratitud cual merecia. ¿Será esta reaccion que hemos notado todos en el público, efecto de esas ovaciones forzadas, de esos triunfos concedidos anteriormente á obras dignas de dormir en el polvo? Mucho recelamos que esto pueda haber influido en los últimos fallos del público; pero nosotros debemos decirle que á él no deben llegar todas esas miserias; su puesto es mas elevado, y desde alli, desde su alto asiento debe decidir cual jurado, si justa, generosamente tambien.

Condenar y ¿á quién? A un poeta que viene á presentarle su primera produccion, á un jóven que al ofrecerle su drama no ha cometido mas falta que tener sobrada imaginacion. Nosotros (y tenemos derecho para decirlo, pues siempre hemos acatado la sentencia del público) rechazamos ese fallo de unos pocos, de esos que aplauden al mismo tiempo las miserables farsas *Los dos zelosos* ó el *Capitan azul*.

Establézcanse mútuas concesiones entre el poeta y el público si queremos que la España posea un teatro nacional, y que la patria de Calderon y Lope de Vega no tenga que mendigar nada á extranjeras naciones.

DIEGO COELLO Y QUESADA.

Despues de escrita la revista antecedente otro jóven poeta, tambien nuevo en la carrera, ha presentado en la escena en estas últimas noches su primera obra dramática, y es preciso convenir que aunque por distinto camino se ha hecho acreedor á los vivísimos aplausos con que el público coronó su trabajo.

El Sr. *Rodriguez Rubí*, en efecto, con modesta pretension, no ha intentado desenvolver en su comedia ti-

tulada *Del mal el menos* todo el carácter de la sociedad contemporánea, ni reducir sus diversas fases á un punto único de vista, hipotético, brillante y armonioso, si bien las mas veces falso y convencional. No; el autor de que hablamos ha sabido á nuestro ver contenerse en mas justos límites; ha visto la sociedad en detalle; y ha considerado que una de sus fases, una de sus dolencias, era suficiente para su cuadro, sin pretender sujetar todas las demas en derredor de un pensamiento fatídico. Este modo de mirar clásicamente al mundo ha producido como era de esperar una comedia perteneciente al género *clásico*; con sus caracteres sencillos, su artificio verosímil, su filosofía natural y nada exagerada. Ni grandes recursos escénicos, ni movimientos atrevidos de pasion, ni figuras exóticas é incomprensibles; ni contrastes artificiosos; ni sofísticas declamaciones; de nada de esto ha echado mano el Sr. *Rubí* en su comedia *Del mal el menos*; y sin embargo ha sabido escitar la simpatía del público presentándole solamente la verdad; pero la verdad poética, facilmente ataviada con las galas sencillas del ingenio.

Ademas de esta modestia en su plan, tenia que luchar tambien el autor con la poca novedad de su argumento. Marido jugador y descuidado; seductor viejo y poderoso que hace servir á sus intenciones la disipacion de aquel; mujer bondadosa y amante que resiste noblemente á las asechanzas del vicio; hermano cariñoso y venido espresamente de las Indias para preparar un desenlace moral; nada de esto era nuevo en la escena, todo estaba ya demasiadamente prodigado; y si algun atrevimiento supone en el autor, será sin duda el haber concebido la idea de volverlo á presentar con éxito.

Pues bien; á pesar de todo lo ha conseguido; y esto forma el mayor elogio de un ingenio que ha sabido pintar con novedad, con gracia, con delicada intencion, lo mismo que cada noche ve el público en la escena; lo propio que cada dia mira indiferente en el gran teatro del mundo.

Lo que hay que admirar mas en la composicion del Señor Rubí es la soltura y desembarazo con que marcha la accion desde las primeras escenas; la posesion que toma del teatro un jóven que le pisa por primera vez; la rapidez y naturalidad del diálogo; la felicidad en los rasgos característicos; el chiste y *vis cómica* de la elocucion, y los versos fáciles y cadenciosos.

En esta comedia no podrán ciertamente citarse aquellos grandes vuelos del ingenio que caracterizan á un autor eminente; no se verá ciertamente el espectador encadenado á la intriga por un complicado lazo; no sentirá alternativamente aquellos violentos transportes del ánimo que tanto se procuran en la moderna escena; pero en cambio una placentera sonrisa, una satisfaccion halagüeña se mostrará constantemente en su semblante, como en aquel que reconoce su semejanza en la tersura del cristal.

Muchos rasgos epigramáticos; muchos pensamientos felices de la comedia podríamos citar en apoyo de nuestra opinion; tampoco dejaríamos de advertir algunos pocos que nos parecieron no de tan buen gusto; pero sería difícil hacer comprender á nuestros lectores su respectivo mérito, porque pende en su principal parte de los antecedentes de la oportunidad en que estan colocados; y esto no es fácil apreciarlo no conociendo todo el plan de la comedia. Baste decir que toda ella está como impregnada en multitud de sales de aquellas halagüeñas, originales y de buen sabor que han podido hallar nuestros lectores en las composiciones de *El Jaque Andaluz*, *Mi viaje al lugar*, *Votos y Juramentos*, y otras del mismo autor que hemos tenido el gusto de ofrecer al público por primera vez en las columnas del Semanario.

Aquí concluiremos por ahora nuestra revista dramática, habiendo aunque ligeramente analizado las cuatro únicas producciones originales que en lo que va del año ha presentado nuestra escena. Y si bien su número ha sido escaso tambien nos han revelado tres autores dramáticos mas, todos jóvenes, todos de claro ingenio, y que hacen esperar muy justamente que no será la última vez que habremos de ocuparnos en su elogio. M.

LAS CASTAÑUELAS EN PARÍS.

Hasta hace pocos años no se conocian en París mas castañuelas que el sonsonete que con cachos de pizarras hacian los pilluelos para acompañar el baile de los monos ó las habilidades de los perros sapientes; y este instrumento español era para los franceses uno de aquellos recursos románticos, que como el *toreador* y la espada toledana les sirven para dar colorido á toda novela ó viaje de los que pasan por peninsulares entre nuestros amables vecinos. —El autor se apoderaba de la palabra *Castagnettes* cuando le venia á cuento, y despues de haber jurado por *Santiago de Compostela* ó por la *Virgen del Pilar de Zaragoza*, concluia por rizarse el bigote y contonearse haciendo bailar el bolero á *Papilla la andaluza* con su correspondiente acompañamiento de castañuelas. Por supuesto que el tal viajero cuidaba de persuadir que habia tratado personalmente y aun con intimidad á la tal Papilla; pero desgraciadamente no habia visto las castañuelas, si ha de juzgarse por la descripcion que de ellas hacía.

Una noche del invierno de 1833 cuatro bailarines españoles (las Sras. Serral y Dubiñon, y los hermanos Camprubi) se presentaron en el teatro de la Academia Real y revelaron al público parisiense la *cachucha* y el *zapateado*, el *zorongo* y las *castañuelas*. Desde los primeros compases se alarmaron los concurrentes, resonaron los aplausos, se enardecieron las pupilas, comunicóse como por encanto aquel fuego que brillaba en las miradas de los bailarines, y estos se excedieron á sí mismos movidos de aquel entusiasmo general que habian sabido promover. El público, como un leon enfurecido, procuraba retener aquel ensueño que se desvanecia, y lo que jamas se habia alli visto, pidieron á gritos que se repitiese; y en efecto comenzó de nuevo el baile, y aquel furor, aquel entusiasmo voluptuoso, se renovaron despues en todas las noches subsiguientes.

Las castañuelas eran los principales instrumentos de un éxito tan feliz; ¡que picante alegria! que inquieta vivacidad! A mas de esto motivaban tan bien los graciosos y naturales gestos de los bailarines sostituidos á los frios y pretensiosos gestos de la danza clásica francesa!.. Si á los boleros españoles se les quitan las castañuelas, bailarán con gracia, pero no será la brillante cachucha; sus manos quedarán desairadas, sus gestos serán embarazosos; los espectadores ó no lo comprenderán, ó falsearán el sentido; los oidos no permanecerán pendientes de sus dedos; la cachucha es en fin incomprensible sin la castañuela.

Muy pocos dias despues todo París hervia en danzas españolas. La célebre bailarina francesa *Fanny Elssler* acabó de popularizar las castañuelas y la cachucha. El pueblo acudia con frenesí á las Variedades, luego al Palacio-Real, siguiendo constantemente á las parejas en todas sus

emigraciones teatrales. El primer sonido de la castañuela comunicaba á toda la concurrencia un choque eléctrico: venia en seguida una divertida farsa que figuraba un proceso contra el fandango, y el alegato de las castañuelas haciendo saltar al tribunal sobre su banco, aseguraba el éxito del pleito por la entusiasta complicidad de los buenos jueces, y el patio ratificaba de buena fé su fallo, porque sus concurrentes tambien saltaban al acompasado chasquido de la castañuela.

Todos los teatros quisieron tomar parte en tan brillantes resultados. El Gimnasio tuvo su cachucha á tres; el Boulevart del crímen olvidó por un instante el puñal por la castañuela; Napoleon, el mismo Napoleon, *el hombre del siglo* vencido por la España, cedió el Circo al fandango, y olvidó el puente de Lodi por la jota aragonesa.

La *crotalogía* invadió los conciertos; el salon de Vivienne y el Casino resonaron con sus alegres y acompasados traquidos. Empero ese instrumento que tan fácil parece á primera vista, requiere ser manejado por manos inteligentes é instruidas; tiene sus reglas y su método. Una cosa es sonar bruscamente dos pizarras como lo hacia el pilluelo de París, y otra tocar con gusto y facilidad la graciosa castañuela española que repele el esfuerzo y la brusquería del gesto, y que sin perder un ápice de su vivacidad se doblega con molicie bajo un dedo fácil, prestándose naturalmente á todas las exigencias de un armonioso acompañamiento.

La castañuela en fin cuenta hoy en París muchos entusiastas, pero muy pocos saben tocar este instrumento. Una de las mas bellas actrices del Gimnasio, y en verdad muy buena bailarina, la señorita Natalia, ataba las castañuelas al dedo de en medio, y estendiendo hácia arriba los dos de los estremos, hacia al público un ademan tan poco decente como falto de gracia, sin que consiguiese de ningun modo reproducir la facilidad y molicie de las posiciones de Fanny Elssler que colocaba las castañuelas al verdadero estilo español.

Nos acordamos haber visto en los conciertos *Musard ó Julien* á uno de los principales músicos encargado del acompañamiento de castañuelas. Atábalas al dedo de en medio, y volviendo hácia atras la mano, movia el brazo como un epiléptico, y solo repetia un sempiterno sonsonete cuya estrepitosa monotonia fatigaba prontamente el oido.

El Casino-Paganini fue mas feliz en este punto: habíase asociado á un italiano tan español en punto de castañuelas como el mismo autor de la crotalogía. Nos parece aun estar viendo á aquel hombre sentado en un rincon de la orquesta: alto, seco y nervioso, con su frac verde, sus mangas ligeramente levantadas, y sus castañuelas de madera ó de hierro ocultas enteramente en su ancha mano. Una obertura abria el sarao, las castañuelas permanecian silenciosas.—¿Quién es aquel extranjero, preguntaban, que solo y ocioso permanece enmedio de aquella animada multitud de músicos? Es un inspector de teatros, un periodista curioso, un miembro de alguna sociedad filarmónica que quiere escuchar la música de cerca, ó un príncipe ruso que ha pagado un centenar de rublos por sentarse por espacio de media hora al lado del sillon siempre vacío de Paganini?

La orquesta empezaba un wals; la vista triste del italiano brillaba como el relámpago; su cuerpo y sus brazos permanecian descuidadamente inmóbiles; pero sus manos se movian animadas con una prodigiosa agilidad. Las castañuelas resonaban; repentinamente quedaban silenciosas mientras la orquesta desarrollaba una melodia suave; pero pasada esta volvian á resonar con mas viveza dominando á los cien instrumentos á que acompañaban, arrebatando la atencion de los concurrentes, y arrancando de ellos al terminar el wals repetidísimas palmadas. Todos entonces á porfía querian ver á aquel hombre que de un instrumento tan pequeño sabia sacar tan ventajoso partido: todos se ponian en puntillas, y el nombre de *Sala* corria de boca en boca.

Lo que la señorita Essler ha hecho por la danza española, aquel hombre lo ha hecho por las castañuelas. Ambos cada uno á su modo han popularizado en Francia las danzas y la música de España, y los dos sin conocerse, se han en cierto modo complementado en este apostolado de artistas. La señorita Elssler se hace apreciable por la danza; pero cuantas bailarinas en el teatro ó en los saraos han tratado de imitarla, se hubiesen visto imposibilitadas de realizarlo si el Sr. Sala no hubiese acudido á su ausilio enseñándolas á servirse de la indispensable castañuela. El Sr. Sala revelaba todo el poder de aquel instrumento en los conciertos, pero ¿quién se hubiera acordado de los conciertos con acompañamiento de castañuelas, si la señorita Elssler no hubiese llamado la atencion con su voluptuosa cachucha?

El Sr. Sala ha sido y es el maestro de los bailarines y bailarinas de la academia real y de los teatros de París que ambicionan lucirse á la española. En la actualidad se halla instruyendo á una lindísima discípula, la señorita Bethoni, que se asegura debe reemplazar á Fanny Elssler que acaba de marchar contratada al teatro de Nueva-York.

La propaganda del Sr. Sala ha descendido hasta á los salones: de dos años á esta parte ha instruido numerosos discípulos, y con su escelente método bastan muy pocas lecciones suyas para formarse rivales. Empero cuida de conservar en su *modo* peculiar de sacar partido de las castañuelas, aquel *modo* inimitable del artista que constituye su personalidad, y le hace gefe de su escuela.

Hemos delineado los primeros desarrollos de la castañuela en el teatro y en los saraos de París. Si en alguno de los de Madrid resonase un instante tan rústico instrumento bastaría para que toda la concurrencia fashionable tomase sus schales y sombreros. ¡Cuán cierta es aquella fabulilla de Iriarte!

Que no hay nacion alguna
que á todo lo extranjero
no dé con gusto aplausos y dinero.

CRITICA LITERARIA.

LAS POESIAS DE D. JOSÉ DE ESPRONCEDA (1).

Cualquiera que observe el desarrollo y crecimiento de las artes en España de pocos años á esta parte, no dejará de tenerlo por un fenómeno curioso, digno de atento exámen. Música, escultura y arquitectura se han rebullido súbitamente comenzando á dar inesperadas muestras de vida: pintura y poesía se han remontado como de un salto á tal altura, que su repentino progreso tiene sus puntas de maravilloso. ¿Cuál es la mano que ha comunicado semejante impulso? ¿Qué causa ha podido producir tan estraña mudanza? En vano nos lo preguntariamos, porque

(1) Un tomo en 8.° prolongado.—Véndese en la librería de Escamilla, calle de Carretas.

nada en lo esterior seria capaz de satisfacernos. Ni la nacion ha subido al alto grado de esplendor en que un dia la vió y envidió el mundo, y desde el cual reflejaba rayos de gloria sobre el genio de sus hijos; ni la sociedad ó el gobierno dan á los talentos aquella clase de fomento real y positivo que tanto contribuye á fecundarlos y vivificarlos. Sonrojados y orgullosos á un tiempo, podemos decir que las artes en España viven de sí propias y de sus recuerdos, y que de su seno han brotado esas chispas de luz que sin duda prenderán en muchos ingenios, y levantarán en lo futuro alta y resplandeciente llama. Lo único que hasta el dia las ha desarrollado y las mantiene es el principio de vida que á todas partes lleva consigo cualquier pensamiento generoso y fecundo, la marcha incontrastable de las ideas y la tendencia irresistible de la época.

Tendencia irresistible en verdad, y que por todas partes deja profundas señales y vestigios. ¡Raro suceso! Este siglo que ha recogido el legado de destruccion del anterior, que ha encontrado rota y destrozada por el suelo la fábrica de lo que se llamaban abusos, que ha debido alcanzar y disfrutar por entero lo que entonces se reputaba y tenia por felicidad, es decir, el desarrollo de los intereses y medios materiales; este siglo, decimos, se ha presentado animado de tendencias espiritualistas, ha dado en rostro á los llamados filósofos con la vanidad de su universal panacea, les ha pedido cuenta de las instituciones antiguas que destruyeron sin reformarlas, del porvenir que le ofrecieron y que no han sabido darle, y por último de la paz y contento de presente que se le ha huido de entre las manos. Del espíritu de indefinido análisis introducido en todas las cuestiones, del movimiento y complicacion incesante de los intereses, de la pugna y colision continua de las ideas, solo una certidumbre hemos venido á sacar hasta el dia, á saber: que el corazon humano estaba necesitado de consuelos y de luz, que el alma tenia sed de creencias, y que todos los esfuerzos de la razon orgullosa y fria, no habian sido poderosos para descifrar la primera página del libro de la dicha. Entonces por una reaccion natural nos hemos refugiado en los dogmas y rudimentos mas sencillos de la conciencia, hemos buscado la fuente de la esperanza con el anhelo de los sedientos, y nos hemos sentado á la sombra del árbol del sentimiento, para pedir al murmullo de sus hojas inspiraciones con que llenar el vacío del corazon y templar la sequedad y aridez del espíritu. Sin embargo, como era dificultosa tarea la de reconstruir el santuario de nuestros afectos en un terreno de continuo removido y socabado por la discusion, estas circunstancias han dado márgen á infinitas dudas, desconfianzas y tristezas que han llegado á empañar el espejo del alma, produciendo al propio tiempo violentas luchas y vaivenes interiores. De aqui dimana el carácter vago, indeciso y hasta cierto punto contradictorio que han tomado las artes de imaginacion, segun que esperaban en lo venidero, lamentaban lo pasado ó se quejaban y maldecian de lo presente; pero aun en este desdichado camino, faltos de guia y de luz, al querer llegar á los santos vuelos y religiosa tristeza de Milton y de Leon, hemos tropezado en el escepticismo desconsolado de Childe-Harold y en la exaltacion insaciable y apasionada de René. Goete, Byron, Chateaubriand, Manzoni y hasta el mismo Beranger, poeta el mas festivo y amable de nuestra época, han participado de esta tinta melancólica y opaca en que está empapada la fantasía de la edad presente, que forma por decirlo asi, su tipo, y le presta su carácter especial y distintivo. Si la literatura ha de ser el reflejo y espresion de su siglo, para corresponder á su mision, forzoso es que la nuestra retrate las penas, los temores, las esperanzas y disgustos que sin cesar nos trabajan. De otro modo no la comprenderiamos.

No sin propósito hemos estendido semejantes preliminares porque con arreglo á ellos examinaremos el libro cuyo título vá por cabeza de este juicio, ya que el nombre harto conocido del autor, y las cualidades que manifiesta, contribuyen á su crédito y realce, asi por el fondo de sus creaciones, como por las formas con que las viste; no solo por su variedad, sino tambien por su unidad.

Abren esta coleccion diversos fragmentos de un poema épico titulado *Pelayo*, fruto de los primeros trabajos poéticos del autor y parte mas bien de su entusiasmo juvenil, que no de la madurez de su ingenio, pues los años en que le escribió por ser los de la adolescencia antes descubren las flores de la poesia que no sus frutos sazonados y maduros. En tal edad mas se presiente y adivina que en realidad se siente, y de aqui proviene el predominio de la imaginacion sobre los movimientos mas hondos y serios del corazon. Falta la esperiencia en las pasiones, y sobra la fuerza y pujanza en la fantasía, fuerza tanto mayor, cuanto que la lógica del sentimiento no viene á templarla ni á dirigirla. Estos fenómenos psycológicos sobrado fáciles de demostrar todavia se confirman con los fragmentos del *Pelayo*. Si se les piden pasiones enérgicas individuales y profundas; si se buscan rasgos de aquellos que de una sola plumada dibujan un carácter, no acertariamos tal vez á encontrarlos en ellos. Mas si lo que se desea son raptos de entusiasmo juvenil, ímpetus hidalgos y caballerescos, pasiones y caracteres ya que no lógicos y cabales, llenos de luz y de efusion; y finalmente la riqueza, gala y armonía de una versificacion al propio tiempo castigada y correcta, todo esto y aun mas podemos señalar en este ensayo épico. Y hemos dicho que mas que esto podian os aun mostrar, porque el cuadro del hambre, el del sueño del rey, son trozos de una robustez y vigor poco comunes en verdad, dado que la imaginacion abulte alguno de sus pormenores. Fuera de esto la descripcion del serrallo, la procesion, las quejas del anciano Teusis y la salida nocturna de Sevilla dejan poco que desear. En suma la crítica severa y fria no dejará quizá de echar de menos en esta obra filosofia, madurez y profundidad; pero de seguro hará justicia á las bellas y poéticas formas del decir, á la correccion y castidad que le sirven de basa, á los ricos destellos de imaginacion que por donde quiera campean, y á la entonacion pura y bien sostenida que en toda ella se nota. De sentir es que con el principio que llevaba ó con otro mas digno de su autor y mas adecuado á tamaña empresa, no haya llegado este poema á granazon y cumplido término, porque á nuestro modo de ver, no se encontrará en la moderna historia ningun asunto mas digno de la trompa épica que la invasion y conquista de España por los árabes; si ya no es que en el estado presente de las ideas y de la sociedad la epopeya es género de difícil cultivo, y poco acomodado á la filosofía del sentimiento: opinion de que no distamos, pues que en nuestro entender, la única epopeya compatible con el individualismo de las naciones modernas es la novela, tal como la han entendido Walter Scott, Manzoni y algun otro.

Dejando, pues, el *Ensayo Epico* y pasando á las *poesías líricas*, diremos que nos pesa de encontrar con el romance *A la noche*, porque á escepcion de cierta tinta apagada y melancólica que resalta en todo él, lo encontramos escaso de estro, número y hasta de natural y vigoroso enlace; de modo que solo podemos aceptarlo como punto de partida para conocer el camino que ha andado despues el autor, en cuyo caso no vacilamos en aprobar su

insercion. Esta composicion debe de ser uno de sus primeros pasos por el campo de la poesía, y las siguientes confirman esta opinion, pues nos recompensan con usura de la flojedad de la presente, y aunque desiguales en mérito, todas estan á gran distancia de ella. Limpia, fácil, tierna y llena de gracia y de frescura nos ha parecido la *Serenata*: maliciosa, ligera y de buena tonada la trova del page Jimeno que ya habiamos leido en el Castellano de Cuellar, y apasionada y sombría, dado que no tan bien sostenida como las anteriores, la *cancion de la Cautiva*,

En el bello poemita de *Oscar y Malvina* no solo imita el autor con feliz éxito el fondo de vaguedad melancólica y apasionada de Oscar, sino que tambien sus versos estan en completa armonía con aquellas imágenes descoloridas y suaves, como los rayos de la luna, y con aquellos acentos *lánguidos y dulces*

> Como el recuerdo del amante triste
> de su amada en la tumba.

Acaso no faltará quien tache de desaliñado y flojo alguno que otro verso de este trozo, pero en nuestro entender por ventura pasará plaza de bello lo que á otros parecerá incorreccion y desmayo, porque si hemos de tener en algo la armonía invitativa, y si en poesía la gracia y la hermosura resultan de la perfecta concordancia del pensamiento con la espresion, no será gran defecto una cadencia lenta y apagada, donde el sentimiento que revela, descubre á tiro de ballesta las mismas cualidades.

Tras de los sencillos y delicados tonos del bardo escocés viene el *Himno al Sol*, cual si con su inspiracion arrebatada y atrevido vuelo quisiera el autor contrastar las quejas sentidas de la musa de Morven, y mostrar de este modo la riqueza de su diapason poético. Esta escursion por el terreno de Píndaro parécenos bien concebida, sus imágenes elevadas, su versificacion tendida, robusta y armoniosa, la entonacion grave y sostenida y su conjunto proporcionado, regular y lleno de adornos. Sin embargo no escogeríamos para modelo esta poesía entre las de nuestro jóven, pues sin negar las prendas que la abonan, opinamos que bien pudiera haber dado al cuadro una ligera veladura de sentimiento que templase la viveza de los colores, y lo acercase mas al mismo tiempo á aquella desnudez y candor de espresion que en todos los grandes poetas acompaña las creaciones mas altas y peregrinas. Asuntos de este género y todavía mas tremendos y magníficos se encuentran en diversos lugares de la Biblia y sobre todo en el Apocalipsi, sin que por cierto la sencillez y cándido aliño de la frase altere ni menoscabe su efecto; y el autor mismo en su comenzado poema titulado *El Diablo Mundo*, leido en el Liceo de Madrid, ofrece pasages de imágenes mas fuertes y de pensamientos harto mas sombríos que los del Himno al Sol, tratados sin embargo de tal manera que el corazon y la fantasía se interesan á la par. No debemos echar en olvido que la poesía toma de dia en dia un carácter mas general y profundo, y que cuanto mas se acerque en sus formas á la verdadera naturaleza del sentimiento de suyo fácil y modesto en sus atavios, tanto mas derechamente se encamina al término de su viaje.

Al concluir el análisis de la primera subdivision de las poesías líricas de este tomo, nos sentimos descargados del peso mas grave de la crítica, que sin duda lo es la necesidad de poner tachas y encontrar defectos; y esto lo decimos porque el crecimiento que desde aqui adelante se nota á pocas enmiendas dá lugar.

No son nuevas fuera de España las canciones populares, asi como dentro de ella los romances del mismo género forman una de las mas ricas minas de su literatura. Sin embargo nadie negará al poeta Beranger la gloria de haber levantado y ennoblecido en la nacion cercana este linage de poesía, que gracias á su genio, vibra en el dia con todos los tonos del sentimiento, y presenta sus mas fugaces y delicados matices. La revolucion que de este modo ha logrado introducir en el arte es inmensa en nuestro juicio, pues lo ha convertido en instrumento de cultura, de moralidad y de enseñanza. ¡Rara transformacion! La poesía que en los últimos tiempos habia llegado á ser el patrimonio de las clases instruidas y acomodadas, ha bajado con la musa de Beranger, semejante á un nuevo evangelio, á la oscura vivienda del pobre, y ha tomado á su cargo con generoso empeño el enjugar lágrimas desconocidas, y curar llagas ocultas y acaso despreciadas. El dia que tal hizo acertó á labrarse un porvenir de gloria, reconquistó sus perdidos fueros, y pudo con razon prometerse que cualesquiera que fuesen los yerros y trastornos de la humanidad, su influjo nunca dejaría de guiarla á manera de estrella benéfica.

Esta musa que se acercaba á la multitud desdichada y menesterosa ya para consolarla, ya para alegrarse, ya para quejarse con ella, hubo de crearse una lengua que sus protegidos entendiesen. Semejante necesidad trajo consigo indispensables mudanzas en cuanto al tono y expresion de la poesía, y su lenguaje se ha hecho sencillo, noble y severo, no bastardo, chocarrero, ni villanesco. De esta suerte ha ganado en gracia, naturalidad y vigor, al paso que su influencia y su carácter se han estendido y elevado.

A este género pertenecen las canciones del Sr. Espronceda, que tenemos por una preciosa adquisicion para nuestro Parnaso. El desenfado, fluidez, casta diccion y variada armonía del *Pirata*, junto con la filosofía y verdad de su fondo, la convierten en una lindísima tonada popular, bien acomadada al carácter ardiente y aventurero de nuestra nacion. Gran conocimiento y maestría de la lengua suponen las estrañas rimas que usa y que tan agradable movimiento imprimen al tono de la composicion. Esta es una de las prendas mas aventajadas de esta coleccion, porque la armonía imitativa y la lengua castellana han ganado mucho en elasticidad con las difíciles combinaciones métricas que el autor ha introducido, no solo en el Pirata, sino tambien y mas particularmente en el *Verdugo* y en el *Estudiante de Salamanca*, sin tropezar siquiera en tan escabroso camino.

La cancion del *Mendigo* se separa de todo punto de la de Beranger, pues lejos de rebosar como ella encono y amargura, lejos de poner crudamente el dedo sobre esta hedionda llaga de nuestra sociedad, se reduce á bosquejar la mendiguez descuidada, holgazana, indiferente y en cierto modo satisfecha con su vegamunda libertad y sus poco envidiables goces. Por lo demas, aunque en nuestro entender, sus contornos no sean tan puros como los del Pirata, manifiestan la misma mano y orígen. Las tres restantes encubren cierta intencion profunda y un carácter social mas evidente. El *Verdugo* y el *Reo de Muerte* pertenecen á la escuela amarga, sardónica y desconsolada de Biron, y son hijas de aquella escena doliente y solitaria, que menospreciaba los consuelos, y se cebaba en sus propios dolores. El mismo giro hostil y sombrío, la misma tendencia rencorosa y desengañada del poeta inglés resalta en la tremenda poesía del verdugo. ¡Qué situacion tan bien imaginada! ¡Qué fondo de hiel y de despecho! ¡Qué órden y enlace tan lógico de pensamientos! ¡Qué metro tan acerado y feroz! ¿Dónde encontraremos una invectiva mas mordaz contra la pena de muerte, donde descubriremos mas á las claras esa disonancia

tan de bulto que manifiestan nuestras leyes y nuestros sentimientos, nuestras costumbres y la civilizacion de que hacemos alarde, que en estas palabras del Verdugo?

Al que á muerte condena le ensalzan!....
¿Quien al hombre del hombre hizo juez?
¿Qué no es hombre ni siente el verdugo
Imaginan los hombres tal vez?
Y ellos no ven
Que yó soy de la imagen divina
Copia tambien!
Y cual dañina
Fiera á que arrojan un triste animal
Que ya entre sus dientes se siente crugir,
Asi á mí, instrumento del genio del mal,
Me arrojan el hombre que traen á morir.
Y ellos son justos:
Yo soy maldito:
Yo sin delito
Soy criminal;
Ved al hombre
Que me paga una muerte! el dinero
Me echa al suelo con rostro altanero,
A mí, su igual!!

(*Se concluirá*)

ENRIQUE GIL.

TRAGES PROVINCIALES.



LOS CATALANES.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



DON GASPAR MELCHOR DE JOVE LLANOS.

Entre los españoles ilustres que mas honor han hecho á su patria en estos últimos tiempos, merecerá un lugar muy distinguido en la posteridad el Excmo. Sr. D. Gaspar Melchor de Jove Llanos y Ramirez, ya se consideren sus virtudes políticas y morales, ya sus altos empleos y destinos, ya su próspera y adversa fortuna, y ya finalmente su vasta instruccion y esquisitos conocimientos en la jurisprudencia, en las humanidades, en la historia, en la economía pública, bellas artes y otras ciencias. Los

que hayan leido sus eruditas y elegantes obras en estos ramos, especialmente el *Informe sobre la Ley agraria*, y los que hayan tenido conocimiento de su provided, honradez y bondadoso carácter, de su ardiente celo en mejorar y propagar la instruccion de la juventud, de las graves comisiones que le confirió el gobierno, de su infausto ministerio de Gracia y Justicia, de la injusta persecucion y atroz encerramiento que sufrió en un castillo de Mallorca por espacio de siete años, del afan y patriotismo con que despues trabajó en la junta central para convocar las cortes del reino, de las calumnias y amarguras que le ocasionaron estos desvelos, y finalmente de los trabajos que sufrió en el mar huyendo de los enemigos de su patria, de que resultó su lastimosa y precipitada muerte, no pueden dejar de apreciar su memoria ni de mirar con interés cuantas noticias pertenezcan á la vida y hechos de un hombre tan ilustre y digno de perpétua alabanza.

Asi lo han conocido y publicado muchos sabios escritores, y las academias y sociedades de que habia sido individuo, de las cuales algunas acordaron escribir su elogio en demostracion del aprecio que hacian de su mérito y en justo desahogo de la pena que les causó una pérdida tan irreparable. La academia de la historia deseosa de acertar en el que con arreglo á sus estatutos acordó que se escribiese, determinó que el académico D. Juan Agustin Cean Bermudez recogiese todas las noticias pertenecientes á la vida y obras del Sr. Jove Llanos por haber sido testigo inmediato de sus primeros estudios y de sus progresos, hasta que el destierro y las persecuciones los separaron y por haber recuperado y poseido la mayor y mas preciosa parte de sus escritos, y de dicho apreciable trabajo del Sr. Cean, hemos estractado las noticias siguientes:

D. Gaspar Melchor de Jove Llanos nació en la villa de Jijon en el principado de Asturias el dia 5 de enero de 1744, siendo sus padres D. Francisco Gregorio de Jove Llanos, regidor y alferez mayor de dicha villa, y caballero ilustre de aquel principado, y Doña Francisca Apolinaria Jove Ramirez, hija del marqués de S. Esteban del Puerto. Agoviados estos señores con el cuidado de su numerosa prole, que consistia en nueve hijos, cinco varones y cuatro hembras, cuidaron sin embargo de darles aquella educacion cumplida que su clase exigia, y dedicando los demas á varias carreras, pensaron destinar á D. Gaspar á la de la iglesia; á cuyo efecto enviáronle á Oviedo á seguir sus estudios en aquella universidad. En su consecuencia fué ordenado de prima tonsura á los trece años de su edad, y obtuvo un beneficio simple con que poder continuar sus estudios, hasta que pasó á la de Avila, en la cual obtuvo los grados de bachiller y licenciado en cánones, granjeándose por su aplicacion la proteccion y cariño del célebre prelado D. Bernardo Velarde y Cienfuegos, que descubriendo en él las mas brillantes disposiciones le trasladó á la universidad de Alcalá de Henares, y le proporcionó una beca canonista con voto en el colegio mayor de S. Ildefonso.

Aqui continuó D. Gaspar sus actos escolásticos sustituyendo varias cátedras, hasta que en 1766 se determinó á hacer oposicion á la canongía doctoral de Tuy; pero deteniéndose en Madrid algunos dias, sus muchos y buenos amigos y parientes (entre los que se contaba su tio el duque de Losada, sumiller de Corps), le obligaron á desistir de su intento de proseguir la carrera eclesiástica, aconsejándole la de la toga como mas análoga á sus circunstancias.

Por influjo de estas relaciones pudo obtener en octubre de 1767 una plaza de alcalde de la cuadra de la real audiencia de Sevilla, distincion muy singular en aquella época para un jóven de 24 años; pero la justa y merecida fama que ya disfrutaba por su talento y provided, le recomendaba cumplidamente. Al tomar las órdenes del presidente del consejo, conde de Aranda, no pudo este señor dejar de observar la gallarda figura y el hermoso pelo que adornaba la cabeza del jóven magistrado, y mirándole atentamente: —«¿Con qué V., (le dijo) estará ya «prevenido de su blondo pelucon para encasquetársele «como los demas golillas? pues no señor; no se corte V. «el pelo, yo se lo mando; haga que se le rizen á la es«palda como los ministros del parlamento de París, y co«mience á desterrar tales zaleas que en nada contribuyen «al decoro y dignidad de la toga.» —Este es el orígen y la causa de haber sido Jove Llanos el primero que se presentó en los tribunales sin peluca, ocasionando por entonces muchos chismes y murmuraciones de los hipócritas rutinarios que hubieron de ceder sin embargo á la poderosa autoridad del conde de Aranda y á la amabilidad, honradez, talento y gracia personal del nuevo togado.

Muchos y meritorios fueron los trabajos con que el jóven D. Gaspar se distinguió en aquella audiencia, tanto en la Sala del crímen como en la civil á que ascendió despues; alternando aquella importante obligacion con el contínuo estudio de las ciencias políticas y económicas y de la literatura, concurriendo á empaparse mas y mas en estos conocimientos á la tertulia del asistente de aquella ciudad D. Pablo de Olavide, y sosteniendo ademas importante correspondencia con los primeros hombres políticos y literatos de la nacion.

A mediados de agosto de 1778 se recibió en Sevilla con sentimiento universal la noticia de haber sido ascendido el Sr. Jove Llanos á una plaza de alcalde de casa y corte, y el mismo interesado vertió lágrimas al separarse en 2 de octubre de aquella hermosa ciudad. Llegado que hubo á Madrid recibió las visitas de todo lo mas lucido de la corte, que miraban ya en él uno de los hombres mas ilustres del pais, distinguiéndose entre los que se esmeraron en agasajarle el fiscal del consejo D. Pedro Rodriguez Campomanes, que le atrajo á su tertulia, haciéndole conocer en ella á los hombres mas instruidos de la corte, entre ellos á D. Francisco Cabarrús, con quien estrechó D. Gaspar una íntima y constante amistad. La sociedad económica matritense, la academia de la Historia, la de la Lengua y la de Nobles artes de S. Fernando, se apresuraron tambien á abrir sus juntas al gran político y literato, y en ellas comenzó aquella serie no interrumpida de trabajos que ilustran las memorias de dichos cuerpos, y que tanto habian de realzar su merecida reputacion.

Nombrado despues en 1780 consejero de las órdenes militares, una de las primeras y honrosas comisiones que se le confirieron fue la de visitar el convento de San Marcos de Leon, y de autorizar con su presencia la solemne eleccion de Prior; marchó á dicha ciudad y en el camino tuvo el placer de ver salir á su encuentro á D. Juan Melendez Valdés, con quien desde Sevilla habia seguido una larga correspondencia literaria. Despues de la visita del convento de S. Marcos pasó de nuevo á su pais con el objeto de desempeñar una comision de trazar y comenzar un camino de Oviedo á Jijon, y colocó por su mano la primera piedra de la puerta principal de dicha villa. Prolijo sería enumerar el celo y el entusiasmo con que D. Gaspar aprovechando la ocasion en beneficio de su pais y del reino de Galicia que tambien recorrió, impulsó en ellos multitud de obras de utilidad pública, visitó sus caminos, monumentos y establecimientos científicos, describiéndolos menudamente, y hasta fomentó el amor á las bue-

nas letras y al teatro, permitiendo representar en su pueblo la tragedia original de *El Pelayo*, que tenia escrita en Sevilla, y la comedia del *Delincuente honrado*, obra tambien de aquellos cortos ratos que le permitian las obligaciones de su destino.

De regreso á Madrid, y despues de haber informado sobre el desempeño de sus varias comisiones, continuó trabajando incansablemente en el consejo de las órdenes como individuo en las academias, sociedad económica, y bajo otra multitud de conceptos. Aquí le alcanzó poco despues una ráfaga de la desgracia en que habia caido su íntimo amigo Cabarrús, y á consecuencia de ella fue á Salamanca bajo el pretesto de visitar y arreglar los colegios mayores, y luego á Asturias, donde fijó su residencia durante once años, acaso los mas felices y útiles de su larga y laboriosa vida. Prolijo seria entrar aquí en la enumeracion de las muchas obras que en ellos proyectó, empezó ó llevó á cabo, en beneficio de la industria de aquel principado, del cultivo de las ciencias y del progreso de las letras españolas. Colocado allí, en la villa de Jijon, como un genio benéfico é infatigable, al mismo tiempo que instruia á sus paisanos en los medios necesarios para sus adelantamientos, influia con el gobierno para apartar los obstáculos que á ellos se oponian; visitaba las minas de carbon de piedra é impulsaba su elaboracion; trazaba caminos; levantaba murallones contra las olas y embates del mar; creaba establecimientos de instruccion y de beneficencia, y principalmente el famoso *Instituto asturiano*, cuya memoria ha quedado para siempre asociada á su nombre; desempeñaba frecuentes comisiones del consejo; hacia escursiones á las provincias de Leon, Zamora, Astorga, Salamanca, Valladolid, Palencia, Burgos, Rioja, Santander y las tres vascongadas, estudiando sus leyes, sus costumbres y su aspecto físico, y consignando todas estas observaciones en multitud de trabajos que desgraciadamente no han visto aun la luz pública.

De tan apacible y provechoso retiro fue arrancado impensadamente, pues disipadas las nubes en el cielo cortesano, y reintegrado en el favor el conde de Cabarrús, recibió el Sr. Jove Llanos en julio de 1797 despachos del Príncipe de la Paz en que le encargaba varios informes, y cuando se preparaba á despacharlos, se halló sorprendido con la noticia de haber sido nombrado embajador á Rusia.

Desde aquí principian las desgracias de D. Gaspar, pues aunque algunos las cuentan desde que salió honestamente desterrado á Jijon en 1790, juzgándole infeliz, nunca fué mas dichoso ni vivió mas contento que en aquella residencia. Los que con buena intencion contribuyeron á arrancarle de ella para elevarle á mas alto y distinguido destino, le precipitaron en la sima de las pesadumbres, de las persecuciones y de todo género de males que le siguieron hasta la muerte.

Todavía duraban en el pueblo de Jijon los regocijos y alegría que le inspiraba la elevacion de su protector y padre, cuando llegó á él la noticia de haber sido nombrado Jove Llanos ministro de Gracia y Justicia, y estendiéndose rápidamente por toda la nacion pareció anunciar á esta una época nueva de ventura, y fueron grandes las demostraciones con que en toda ella se celebró aquel acontecimiento. Pero desgraciadamente no produjo el resultado que era de esperar, porque dominado el trono por influencias superiores, se vió el nuevo ministro en la imposibilidad de desplegar sus planes y en la precision de abandonar su puesto á los nueve meses de haberle aceptado. Mandósele volver á Asturias á desempeñar sus comisiones, y desembarazado de cuidados penosos se entregó con todo ahinco al fomento de su amado instituto y demas establecimientos de su creacion, y preservarlos de las aceradas saetas que la emulacion y la envidia les dirijian. No eran solo á ellos á donde se encaminaban tan certeros tiros, sino al mismo fundador ilustre que con su gran reputacion hacia sombra desde un rincon de Asturias á los magnates de la corte, hasta que aprovechándose del ridículo pretesto de una traduccion en castellano del *Contrato social de Rousseau* que falsamente le atribuyeron, fue sorprendido en su cama en la madrugada del 15 de marzo de 1801, y conducido con escándalo por Leon, Burgos y Barcelona hasta Mallorca, donde fue encerrado en la cartuja de Valdemuza, tres leguas de la ciudad de Palma.

Allí, en un encierro injusto y bajo el peso de una desgracia no merecida, no le abandonaron su fortaleza de ánimo ni su amor al estudio, dedicándose por entonces al de la botánica, hasta que fue arrancado con mayor barbaridad aun de aquel asilo sagrado y encerrado con estrépito en el castillo de Bellver, á media legua de aquella ciudad. Fuera largo tambien el detenerse á esplicar el sin número de vejaciones que los satélites del despotismo cometieron con aquel ilustre español, en tanto que este haciéndose superior á ellas continuaba en su encierro aquellos trabajos que tan alto nombre le dan entre los políticos y literatos de nuestra nacion. En ellos siguió hasta que en 5 de abril de 1808, por una real órden del nuevo monarca D. Fernando VII se le levantó el arresto y se le permitió volver á la corte. Pero al llegar á Barcelona en 20 de mayo supo la ausencia de la familia real, el levantamiento de Madrid contra los franceses, y el nombramiento de Murat para la regencia de España. A su paso por Zaragoza mereció los mayores obsequios del capitan general de aquel reino el Sr. Palafox, y conferenciaron juntos sobre la necesidad de dar unidad al movimiento nacional contra los invasores. Entretanto el gobierno de estos brindaba inútilmente á Jove Llanos con el ministerio del interior, y la junta general del principado de Asturias le nombró individuo de la central que iba á establecerse.

Decidido á desempeñar tan espinoso encargo pasó á Madrid y Aranjuez á reunirse con sus compañeros y trabajar con ellos, hasta que el regreso de los franceses á la corte les obligó á trasladarse á Sevilla, y posteriormente á la isla de Leon. Los trabajos que realizó en la junta para la organizacion del nuevo gobierno y la convocacion de las cortes generales del reino han sido apreciados ya por la historia. Su deseo sin embargo de descansar de tan laboriosa vida era grande; y aunque cargado de años y de desgracias, escaso de salud y de medios, determinó regresar á su patria, saliendo de Cádiz el dia 26 de febrero de 1810 en el bergantin Nuestra Señora de Cobadonga, y arribando el 6 de marzo despues de una peligrosa travesía á la ria de Muros de Noya en Galicia. La primera noticia que allí tuvo fue la de haber ocupado los franceses las Asturias, y posteriormente tuvo que sufrir bastantes disgustos por parte de la junta principal de Santiago. Por último, libre Jijon del yugo de los enemigos se determinó á salir con direccion á aquella villa en 17 de julio de 1811, y pudo tener la última satisfaccion de entrar en ella el 6 de agosto siguiente á las voces de «*Viva nuestro padre y bienhechor*» con que le aclamaba el pueblo, y entre el repique general de campanas y el estruendo de la artillería de la plaza. Mas desgraciadamente los franceses no tardaron en volver á aparecer delante de ella; embarcóse precipitadamente Don Gaspar en un pequeño bergantin vizcaino, sufriendo una horrorosa tempestad que duró ocho dias, al cabo de los cuales pudo arribar con mucho trabajo al miserable puer-

lo de la Vega en los confines de Asturias, con intencion de trasladarse despues á una fragata inglesa, pero los elementos parecian haberse conjurado tambien en su contra; pues no permitiendo salir al mar le detuvo en aquel miserable rincon de la Vega hasta que fue acometido de una ejecutiva pulmonía que en dos dias terminó su existencia en 27 de noviembre de 1811 á los 66 años de su edad.

Muy pronto se divulgó por toda España la muerte del Excmo. Sr. D Gaspar Melchor de Jove Llanos con general sentimiento de la nacion y particular de sus tribunales, sociedades y academias científicas; y las cortes generales y estraordinarias, reunidas en la isla de Leon, queriendo dar un testimonio público á la grata memoria de este ilustre español, le declararon por un decreto especial *benemérito de la patria*.

EL LAGO DE CARUCEDO.

TRADICION POPULAR.

INTRODUCCION.

Hácia los confines del fértil y frondoso Vierzo, en el antiguo reino de Leon, siguiendo el curso del limpio y dorado Sil, y detras de la cordillera de montañas que su izquierda márgen guarnecen, dilátase un valle espacioso y risueño, enriquecido con los dones de una naturaleza pródiga y abundante, abrigado de los vientos y acariciado del sol. Tendido y derramado por su centro, alcánzase á ver desde la ceja de los vecinos montes un lago sereno y cristalino, unido y terso á manera de bruñido espejo, en cuyo fondo se retratan los lugares edificados en las laderas del contorno, esmaltados y lucidos con sus tierras de labor rogizas y listadas de colores; los nabales en flor que parecen menear en el espacio sus flotantes y amarillas cabelleras, como otras tantas nubes de gualda, y los blancos campanarios de las iglesias, que la ilusion óptica producida por la blanda oscilacion de las aguas convierte á veces en delgadas, altísimas y frágiles agujas.

Tan agradable perspectiva sube de punto y embellécese mas y mas segun se va acercando el observador, porque los cortes y senos de las colinas que rodean el lago forman bahías y ensenadas ocultas, donde las aguas parecen aun mas adormidas y quietas, y donde se perciben inmóviles y como encallados barquichuelos del pais, que no este nombre sino el de *canoas* merecian, pues que se reducen á dos troncos desbastados y huecos, groseramente labrados, unidos y sujetos por dos travesaños, sin proa, sin vela, sin quilla y hasta sin remos la mayor parte. Entre norte y ocaso levántase la pequeña aldea de *Lago* sobre un altozano de suavísima inclinacion que parece bajarse á beber las ondas, y sus casas pequeñas y revocadas por defuera se miran como otros tantos cisnes en la rada que por allí entra en tierra un buen espacio. Crecen en sus huertos y en los del vecino pueblo de Villarrando, situado un poco mas arriba, frescos y hojosos árboles que dibujándose en la líquida llanura á raiz de las cuestas y cimas áridas y negruzcas del *Monte de los Caballos*, que toda aquella ladera domina, le dan toda la apariencia de un bello y deleitoso cuadro encerrado en un marco obscuro.

Por el lado del Oriente está asentado el pueblo de *Carucedo* en una fértil cuanto angosta llanura, y en la misma direccion y sobre las crestas de los montes mas lejanos se distinguen las almenas y murallas del *castillo de Cornatel*, casi colgado sobre precipicios que hielan de espanto, verdadero nido de aves de rapiña, que no mansion de barones y caballeros antiguos.



Los viñedos, sotos y sembrados del pueblo llegan hasta las *Médulas*, famosas en tiempo de los romanos por las minas abundantísimas de oro que abrieron y explotaron en su término, y de las cuales se conservan maravillosos restos; y cerca de sus últimas casas y siguiendo la orilla meridional del lago campean grupos de venerables, seculares y bellísimas encinas, cuyas ramas, cual si estuvieran abrumadas de recuerdos, bajan en festones y colgantes por demas vistosos, á modo de árboles de desmayo ó de guirnaldas verdes y lustrosas; las montañas que caen hácia aquella mano están algo mas desviadas, y á diferencia de las que enfrente se encumbran, por donde quiera y hasta en la punta mas enriscada de los peñascos hacen alarde de gruesos alcornoques, robles corpulentos y menguados madroños. Por la parte occidental sujetan las aguas unos áridos y descarnados peñascales, y un poco mas allá extiéndense largas filas de castaños y nogales que rematan la orla del lago y hacen en el estío perpétua y deleitable sombra.

Si á esto se añade que multitud de lavancos azulados, de descoloridas gallinetas y otras mil aves acuáticas nadan en ordenados escuadrones por la sosegada y reluciente llanura; si se juntan y agrupan en la imaginacion el humo de las caleras que de ordinario arden alrededor; el trinar y el revolar de los pájaros, los rumores de los ganados, los cantares vagos y casi perdidos de los barqueros y pastores, y toda la quietud de aquella vida pacífica, concertada, activa y dichosa, fácil será de adivinar que pocos paisages alcanzan á grabar en el alma imágenes tan apacibles y halagüeñas como el *lago de Carucedo*.

Era una tarde serena de las últimas de marzo, en que el sol se acercaba á mas andar al término de su carrera, cuando un viagero jóven, que largo tiempo habia estado contemplando con embebecimiento tan rico panorama, entró en una barca donde armado de su largo palo le aguardaba un aldeano de las cercanías, mozo, y robusto. Difícil cosa sería deslindar ahora y señalar camino al confuso tropel de imaginaciones que se disputaban la atencion de nuestro viagero; y en verdad que nada tenia de extraño el ademan de distraccion apasionada y melancólica en que iba sentado á la punta de aquella primitiva embarcacion. Estaba el cielo cargado de nubes de nácar que los encendidos postreros rayos del sol orlaban de doradas bandas con vivos remates de fuego: las cumbres peladas

y sombrías del *Monte de los Caballos* enlutaban el cristal del lago por el lado del Norte, y en su estremidad occidental pasaban con fantasmagórico efecto los últimos fuegos de la tarde por entre los desnudos ramos de los castaños y nogales, reverberando allá en el fondo un pórtico aéreo y milagroso de expléndidas é imaginarias tintas, matizado y de prolija y maravillosa crestería enriquecido.

Las manadas de aves acuáticas retirábanse en buen concierto, y calladas como el sepulcro: el ángel de los ensueños dulces y virtuosos habia enfrenado las armas mas sutiles, y apagado todos los rumores del dia, cual si brindase al mundo un sueño de paz en su lecho de sombras y perfumes; y una estrella pálida y sola que por cima del casi borrado castillo de Cornatel habia comenzado á despuntar en el confin mas remoto del oriente, cárdeno y confuso á la sazon, venia á embellecer aquel indefinible cuadro con la esperanza de una noche pura y estrellada.



El lago iluminado por aquella luz tibia, tornasolada y fugaz, y enclavado en medio de aquel paisage tan vago, tan agraciado y tan triste, mas que otra cosa parecia un camino anchuroso, encantado, solitario, místico y resplandeciente, que en derechura guiaba á aquel cielo que tan claro se veia allá en su término, y que cruzaba la imaginacion en su desasosegado vuelo, complaciéndose en adornarlo con sus galas mas escogidas, y en colorarlo con sus mas hermosos matices.

Delante de tantas maravillas y á solas con una naturaleza tan tierna, tan virginal y misteriosa, ¡qué mucho que los pensamientos de nuestro viagero flotasen indecisos y sin contorno, á manera de espamas, por aquellas aguas sosegadas! ¡Qué mucho que su corazon latiese con ignorado compás, si por dicha se acordaba (y asi era) de haber visto el mismo pais en su niñez, cuando su corazon se abria á las impresiones de la vida, como una flor al rocío de la mañana, cuando era su alma entera campo de luz y de alegria, verjel oloroso en que el rosal de la esperanza daba al viento todos sus capullos, sin que la tempestad de las pasiones le hubiese llevado la mas liviana hoja, sin que la lava del dolor hubiese secado el mas tierno de sus tallos! Hay ocasiones en que siente el hombre desprenderse de este suelo y elevarse por los aires la parte mas noble de su ser, y en que arrebatado á vista de un crepúsculo dudoso, de un cielo claro y de un lago adormecido, con los ojos húmedos y levantados al cielo y con el pecho lastimado, prorumpe y dice con el tiernísimo y divino Fr. Luis de Leon:

«¡Morada de grandeza!
¡Templo de claridad y de hermosura!
El alma que á tu alteza
Nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja, escura?»

Al tercer verso de tan sentida endecha llegaría nuestro buen viagero, cuando la voz desapacible del barquero le atajó en su vuelo celestial, diciéndole:

«¡Ah señor! mire; allí por bajo de *lago* húbole en otro tiempo un convento.»

Aunque no muy satisfecho el jóven de ver así cortado el hilo de sus pensamientos, miró fijamente al barquero, y como viese pintado en su rostro un vivo deseo de contarle algo mas acerca del convento inundado y sorbido por las aguas, le contestó:

—Vamos, tu sabes algo de ese cuento, y te lo he de agradecer si me lo refieres.

—Yo, la verdad que le diga, repuso el barquero, no le sé toda la historia; pero si quiere deprenderla, mi tio D. Atanasio el cura dejónos un proceso muy grande de su letra todo que trae cuanto pasó bien por menudo.

—Pero, vamos, le replicó su compañero, tu algo has de haber oido por fuerza, y eso es lo que te pido que me digas.

Encaróse con él entonces el barquero y estuvo examinándole un buen rato, cual si á sí propio se preguntase si detrás de aquella levita abotonada, de aquel corbatin y aquella gorra no habria escondida tal cual punta de ironía y de burla. Por desgracia el viajero que encontraba no poco de cómico en semejante exámen, hubo de dejar asomar á sus labios una ligera sonrisa, con que desconcertado y mohino el barquero le dijo con aire de enojo:

—Yo no le puedo decir mas sino que por un pecado muy grande se anegó todo esto.

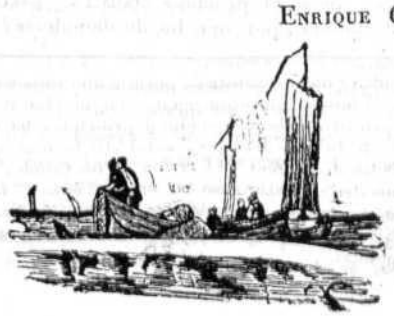
—Pues vaya, repuso el otro, endereza hácia la orilla, que los papeles de tu tio me lo declararán sin duda mejor.

Vogaron con efecto hácia allá; amarró su *piragua* el aldeano, y tomando la vuelta de *Carucedo*, volvió á poco rato con los papeles de su tio el cura diciendo al viagero: —Si los quiere, ahí los tiene, porque en casa solo se leer yo, y escribir tambien, añadió con énfasis, que aun voy poniendo mi nombre; pero como mi tio tenia cuasi revesada la letra, cánsanseme mucho los ojos. Ademas que el diablo cargue conmigo si algunas veces le entiendo una jota de cuanto dice. —

Agradecíólo el viajero el presente con corteses razones, y sobre todo con un cortés peso duro que hizo reir el alma del paisano; el cual dando un millon de vueltas en la mano á su sombrero de paja, y deseando á su compañero mil años de vida con un cumplimiento muy prolijo y enroscado, sin duda para probar que sabia algo de letras, se fué mas contento que el dia que estrenó sus primeros zapatos.

Parecióle á nuestro viajero por estremo curioso el manuscrito, y acortando ciertas sutilezas escolásticas que el buen don Atanasio no habia economizado á fuer de teólogo, lo adobó y compuso á su manera. Como es muy amigo nuestro y sabemos que no lo ha de tomar á mal nos atrevemos á publicarlo.

ENRIQUE GIL.



SOBRE DEMOLICION DE LOS MONUMENTOS ARTÍSTICOS.

Muy pocas ciudades ha habido en España mas ricas en edificios magníficos, elegantes y de mayor interés que Salamanca. Aunque se considere lo antiguo y célebre de su universidad, causa admiracion que una ciudad de estension tan mediana cuente tantos restos magníficos de arquitectura, de escultura y entallado. Parece que de todos los ángulos de la península, de Italia y de Alemania fueron á Salamanca escultores y tallistas á embellecerla en sus templos y colegios suntuosos, y aun en sus casas particulares, con mágicas y afiligranadas fachadas donde parece se han incrustado centenares de camafeos y adornos del mas esquisito gusto y belleza.

Desde el siglo XII hasta el XVIII podria haberse hecho una historia del arte en España llena de datos brillantes sin salir de su recinto. Pues bien, en medio de tantos tesoros, en medio de tantas bellezas artísticas, habia un edificio reputado con mucha razon por una de las maravillas de la ciudad, y decantado con el probervio comun que data mas de un siglo: «Media plaza, medio puente, medio claustro de San Vicente (1).»

Y ¿podrá creerse que esta última obra singular en su género, y despues de tantas otras arruinadas y demolidas desde la guerra de la independencia hasta nuestros dias; qué este claustro y monasterio situado en parage aislado y separado de la ciudad, por donde ni una calle debe pasar, ni una plaza debe practicarse, podrá creerse digo que lo veamos pronto reducido á escombros?

Asi nos lo han asegurado personas respetables, y la brutal piqueta vuelve á aparecer triunfante «¡porque es preciso hacer una plaza de toros!» cuando la plaza mayor de Salamanca donde se celebran estas fiestas, hace un siglo es tan espaciosa, tan galana y tan apropósito para ello; y cuando en ninguna ciudad de la nacion se ha pensado todavia, no digo en construir un colegio, una academia, una biblioteca ni museo, pero ni aun se han habilitado veinte conventos para utilidad del público, ni para poner á salvo las librerías saqueadas y diezmadas escandalosamente, ni los cuadros que nadie ha querido, ni finalmente tantas esculturas y primorosas sillerías que habia en los conventos y se han quemado para el rancho de los soldados!!!

Nada les importe enhorabuena que el monasterio de San Vicente sea de lo mas antiguo y venerable de la ciudad, que haya sido cuna de centenares de varones esclarecidos en virtud y en letras; ni sirva de pretesto que su iglesia y todo lo restante del edificio esté muy deteriorado, porque ya nuestros enemigos del año de 1808 todo lo desmoronaron en aquella ilustre poblacion, ni salgan á relucir las gastadas y artificiosas denuncias de ciertos arquitectos....pero el precioso claustro, parte tan pequeña del edificio ¿por qué ha de demolerse? Quien tal haya determinado no ha contemplado una sola vez la multitud de medallones esculpidos que parecen camafeos, ya en las claves, ya en todas las intersecciones de las elegantes aristas que adornan aquellas bóvedas bellísimas de los arcos. Pero sí; todo debe destruirse, porque cuando la fiebre haya pasado causaria eterna confusion el saber que toda aquella riqueza artística con todo el edificio, con sus puertas y ventanas, con su hierro y con su plomo, todo se ha vendido por menos de 15,000 rs. de vn.!! ¿Y es esta la ilustrada época de lo positivo? y es posible que la nacion haya de desprenderse en favor de unos pocos, de cosas que tanto valen por tan miserables sumas? Y para qué? para construir «otra plaza de toros» con que embrutecernos mas.

No nos cansaremos en llamar la atencion del gobierno, como otras veces lo hemos hecho para poner coto á estos actos del mas refinado vandalismo. ¿Nó ha habido alguna real órden para esceptuar del anatema de demolicion algunos monasterios célebres y brillantes monumentos del arte nacional? ¿Nó habria un espediente para salvar algunas capillas, altares, sepulcros ricos de bellos mármoles y labrados con singular primor, y que los propietarios de ahora no los aprecian mas que como un monton de piedra para construir una pared? Se han espedido, verdad es, reales órdenes para que los objetos de arte sean propiedad de la nacion y se coloquen en museos provinciales; mas la falta de órden y de fondos, la ignorancia y apatía han abandonado en la mayor parte de nuestras provincias todos los objetos artísticos aun los de fácil transporte. Con tantas convulsiones políticas desde el año 8 han desaparecido de los conventos la mayor parte de las preciosidades de arte manuables, asi lo que quedaba en la última supresion era muy poco comparativamente con lo que antes habia. Este poco se ha descuidado, se ha abandonado, deteriorado y perdido sobre todo en nuestras provincias del norte y occidente, y aun mas en los monasterios distantes de las capitales y en despoblado.

Y aunque todos los cuadros hubieran sido religiosamente recogidos, todos los que se han reunido de muchas provincias, no equivalen á uno de los numerosos altares y monumentos funerarios, obras sublimes de los Becerras, Junis, Berruguetes, Jordanes y Hernandez, que se han pulverizado estos últimos años en Valladolid, Burgos, Leon y otras ciudades del reino. Poco tiempo hace que se ha derribado un trozo bellísimo de la portada de la Trinidad fuera de las puertas de Burgos, que desde la guerra de Napoleon se conservaba aislada y perfilado su magnífico medallon como por encanto! para admiracion de los inteligentes y amantes de lo bello. Tal era su mérito y efecto pintoresco, que Mr. Roscoe en sus lindísimos volúmenes de las Escursiones por España, ha dedicado para reproducirla una estampa grabada en acero con singular primor, de las solas cuatro ó cinco que consagra á la patria del gran Rodrigo de Vivar. Sin embargo, á pesar de su insignificante grandor no ha encontrado gracia entre los señores individuos de la junta de armamento y defensa de aquella plaza!! Tampoco la encontraron ni la portada de san Gabriel en Valladolid, modelo perfectísimo de arquitectura romana, ni la suntuosa capilla de Fabio Nelli, enriquecida con muy sublimes pinturas al óleo y al fresco, á pesar de estar fuera de la línea de la proyectada fortificacion!!

¡Asi convertimos el oro en polvo! ¿Por qué la nacion ha de renunciar á estas preciosidades que con el tiempo nos pueden atraer tesoros? ¿No vemos que todas estas obras son tambien trofeos y muy grandes testimonios del genio español? Creemos pues que el gobierno de S. M.

(1) Se dice "medio claustro" porque una mitad si bien ejecutada por el mismo gusto no iguala con mucho la escelencia de los dos primeros lados ejecutados á principios del siglo XVI. Parece obra de Juan de Badajoz, autor del famoso claustro de la misma órden de S. Zoil de Carrion de los Condes. El hallarse dicho maestro en Salamanca en aquella época, la gran semejanza en la escultura, y venerarse en este de Salamanca el cuerpo de San Zoil, con otras razones largas de enumerar confirman mi opinion.

debe proveer para que tales restos de escultura se salven, recogiéndolos de los edificios cuya enagenacion pueda hacerse sin escándalo de la nacion, ó al menos poner condiciones al comprador, para conservarlos hasta que en época de bonanza puedan recogerse y colocarse en los museos provinciales. Veinte números de ese periódico no bastarían á denunciar los actos de vandalismo y de rapiña que en varios puntos de la nacion se han cometido. Por ahora los pasaremos en silencio por no fastidiar á nuestros lectores, sin que por esto deje de recaer tarde ó temprano sobre tales destructores, y sobre los que tal consienten, la general indignacion.

V. C.

CRITICA LITERARIA.

LAS POESIAS DE D. JOSÉ DE ESPRONCEDA.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

¡Qué sentimiento y que versos! ¿Para que mayor anatema contra esa prática que por mas que con la necesidad se cohoneste y encubra, no por eso deja de ser un sarcasmo del progreso de las luces? ¿Qué podrá añadir á esto la poderosa razon y las sabias investigaciones de los filósofos? Poco en nuestro entender; poco cuando menos que mas arrastre, convenza y cautive. Y despues de aquella emponzoñada y sangrienta diatriva de un hombre que arrojado de la comunion de los demas, ha podido muy bien perder los sentimientos de tal, ¿quién sino un verdadero poeta nos le presentaría interesante, descubriéndole á nuestros ojos por el lado de la paternidad?

¡Oh! ¿por qué te ha engendrado el verdugo,
Tú, hijo mio, tan puro y gentil?
En tu boca la gracia de un ángel
Presta gracia á tu risa infantil!

A esto pudiéramos llamar jugar con el corazon de los lectores, porque tránsito tan repentino, y al mismo tiempo tan lógico de la desesperacion á la ternura, y de una versificacion nerviosa, constante y descarnada á otra llena de uncion, de amor y de suavidad, no es fácil de concebirse, cuanto mas de ejecutarse.

La cancion del *Reo de Muerte* pudiera considerarse como un apéndice de la anterior, porque en realidad el drama no varía dado que varien los personajes. Como quiera que en el asunto algo se asemeje, el giro de los versos y la situacion son bien distintos, y aunque no esté templada por un tono tan rudo, de todas maneras aparece sombria, variada y empapada en desventura. La última cancion que nos queda por examinar es el *Canto del Cosaco*, canto lleno de nervio y de vigor salvage, filosófico en sus pensamientos, profundo en sus tendencias, y valiente cuanto correcto en su versificacion. Como la amarga censura de la política europea que envuelven los rudos acentos del Cosaco tal vez cuadraría mal en un periódico como el Semanario, por mas poseido que se halle el que esto escribe de las mismas ideas, nos dispensaremos de presentarlo por este lado; pero no sin recomendar á nuestros lectores su atento exámen. Del mismo asunto ha tratado Beranger con igual objeto, carácter y tendencia, y para gloria de nuestro autor y nuestra debemos decir que ha sobrepujado á tan insigne poeta, no solo en lo áspero y obscuro de las tintas, sino tambien en el estro y fuerza de verdad. Tal es por lo menos nuestra opinion, que gustosos sujetamos á la mas aventajada de los hombres de letras.

Vienen detras las poesias que el Sr. Espronceda ha llamado *históricas*, título que en nuestro entender algo mejor les cuadra que no el de *políticas*, porque si bien van todas enlazadas con nuestros sucesos y desdichas políticas, el autor ha tenido la suficiente discrecion para ceñirse á la idea general y luminosa de la emancipacion comun, sin descender nunca á las miserias de los partidos y á la ruindad de los intereses individuales. Por esta conducta merece el parabien de cuantos tengan en algo la dignidad del arte, pues si como hombre puede seguir el camino que le plazca, como poeta pertenece á la humanidad y al porvenir. Por lo demas el sentimiento que respiran estas poesías es entero, alentado y robusto: la entonacion igual y sostenida, y los versos de un temple recio, sonoro y acerado. El soneto á *Torrijos y compañeros*, la composicion que tiene por título *Guerra* y la dedicada á la muerte de *Depablo* (a) *Chapalangarra* por todos sus pliegues y resquicios dejan asomar la llama del rencor y del ardimiento que nuestras desastradas disensiones han encendido en tantos pechos. Dos exceptuaremos sin embargo entre ellas que se apartan de las demas: la *Despedida del Patriota Griego de la Hija del Apóstata* y la *Elegia de la Patria*. La primera nos parece inferior á las anteriores; mas no así la segunda, en que el autor con tanta delicadeza y maestria ha remedado los tonos del mas triste de los profetas, engalanándolos con todas los atavíos de nuestra poética lengua. Júzguenlo nuestros lectores por la siguiente muestra.

¿Qué se hicieron tus muros torreados,
Oh mi patria querida?
¿Dónde fueron tus héroes esforzados,
Tu espada no vencida?
¡Ay! de tus hijos en la humilde frente
Está el rubor grabado:
A sus ojos, caidos tristemente,
El llanto está agolpado.

Y digannos despues de haberla leido sino se las ha figurado oir un suspiro del viento entre las arpas de Israel colgadas de los sauces de Babilonia. Toda la tristeza de la emigracion, todo el amor y la hermosura de la patria ausente estan pintadas en esta tierna elegia.

Entre las poesías que despues vienen, llama muy particularmente nuestra atencion el *soneto á la rosa*, porque no conocemos en la lengua castellana ninguno mas terso, lleno, fluido y acabado. Nos persuadimos de que nuestro juicio en el particular será el del público, y de todas maneras lo emitimos francamente, deseosos de enmienda por si erramos. Creemos asimismo que nadie leerá los blandos y sentidos versos *á una estrella* sin ceder á aquel impulso de tristeza que siempre inspira el espectáculo de las creencias juveniles deshojadas y marchitas.

La composicion *á Jarifa* será la última en que nos detengamos, con tanto mayor motivo cuanto que la tenemos por la espresion mas cabal que se encuentra en este tomo, de esa poesía escéptica, tenebrosa, falta de fé, desnuda de esperanza y rica de desengaño y de dolores, que mas bien desgarra el corazon que lo conmueve. Condicion bien triste es la de una época que dicta tan desusados acentos, y condicion por desgracia forzosa en la nuestra en que el hombre divisa el porvenir cubierto de nieblas, y solo ve lo pasado al traves de la inquietud

y desasosiego presente. Este disgusto y ansiedad de que si ya no siempre, en muchas ocasiones adolecen todas las almas vigorosas, es un hecho que mal pudiéramos negar, y la poesía que lo traslade de seguro estará llena de verdad y cautivará la simpatía de muchos. Necesario es pues aceptarla á despecho de su desabrimiento, y aun cuando se hayan abierto sendas mas luminosas y enderezadas á mejor término en el campo de la literatura; mas no por eso dejaremos de decir, que cerrar al hombre las puertas de la esperanza, equivale á falsear su índole y contrariar sus mas naturales impulsos. Semejante filosofía ni perfecciona, ni enseña á la humanidad: hija del orgullo y del desengaño, llega á formar de cada hombre un ser á parte, y rota la asociacion de los afectos mas dulces del corazon, solo conduce al individualismo y á la anarquía en moral. Y cuenta con que no es esto lo que necesita un siglo de suyo egoista y frio: consuelos y no sarcasmos ha menester el corazon de los mas: esperanzas y no desencantos es lo que nos deben ofrecer, porque la desesperacion y la duda son impotentes para todo menos para el mal. Fuera de esto la poesía de Jarifa, de carácter elevado y ardiente, poblada de armonías muy bellas, está dotada de formas y proporciones regulares, y llena de gala y soltura en su diccion poética.

Llegamos por fin al *Estudiante de Salamanca*, corona de este tomo, y obra en que á nuestro sentir ha reconcentrado el autor todo el poder de su ingenio, de su corazon y fantasía. Su variedad extraordinaria, su raro y maravilloso asunto, su trabazon ordenada y lógica, su temeroso desenlace, la verdad y originalidad de sus caracteres, aquel baño de sencillez, de naturalidad y efusion que en todas partes lo realza, y por último el sinnúmero de tonos porque está templado y de ricas armonías que desenvuelve, levantan este cuento á una altura tal que sin duda tardará ningun otro en elevarse á ella. Las octavas de la primera parte en que el autor pinta y bosqueja á Elvira manifiestan gracia y dulzura inefables: en las quintillas de la segunda parte salta el estro y el sentimiento: melancolía, ternura y pureza angélica revela la carta de la infeliz, y finalmente pincel maestro, y figuras atrevidas y vigorosas se echan de ver en el cuadro dramático, que tan bella contraposicion ofrece con la vaguedad fantástica y medrosa, y con el trágico remate de la parte última. No señalaremos pasages de este poema, pues ni sabriamos por donde comenzar ni en donde dejarlo; pero los arriba indicados nos parecen bastantes para mostrar y convencer que la musa castellana puede envanecerse de tan cumplida obra.

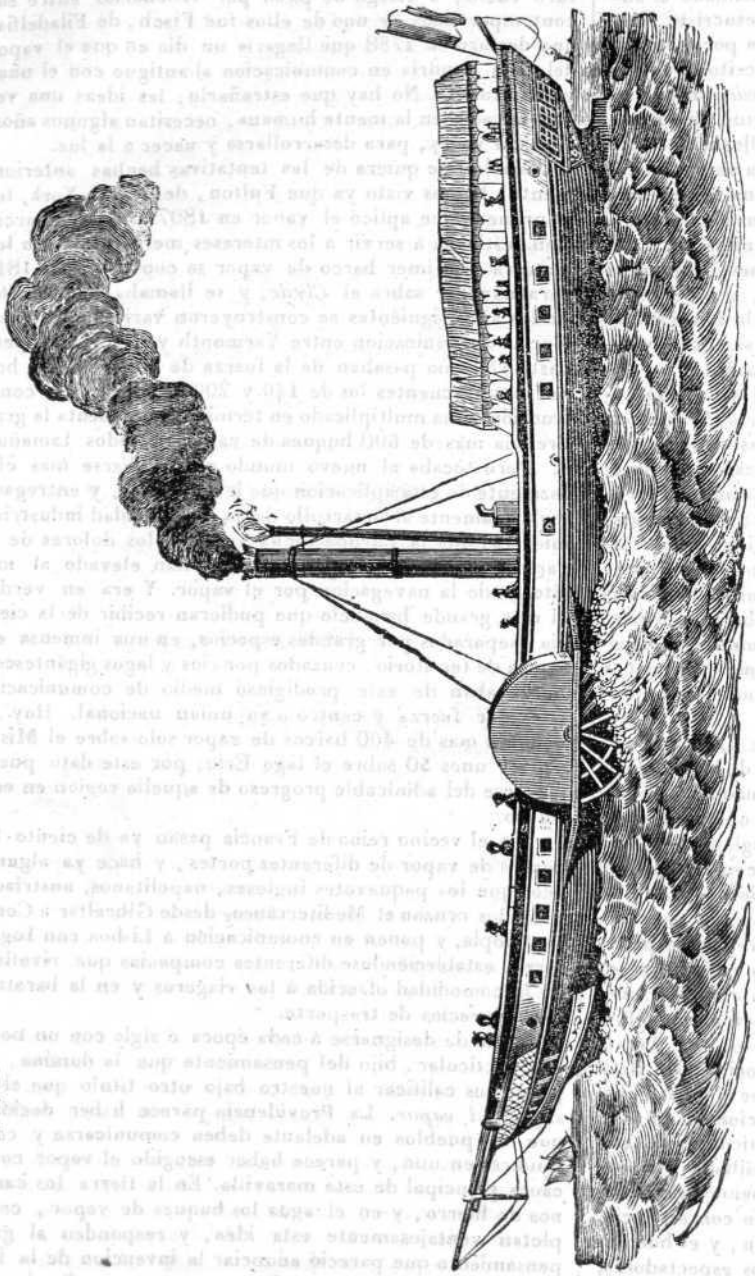
La aparicion de este libro es harto notable, y hará época en la historia literaria de nuestro pais, porque sin apartar la poesía de la gloriosa senda por donde la llevaron los Herreras y Leones, sin despojarla de sus elegantes giros, de su casta y numerosa diccion, de su música apacible, magestuosa y sonora, y sin desnaturalizar ni su orígen, ni su carácter, el Sr. *Espronceda* la ha subido á la altura de la época, ha logrado darle el colorido y trascendencia propia de las ideas, y la ha convertido en expresion fiel y genuina de nuestros sentimientos. De todo se encontrarán muestras en este volumen, porque todos los tonos del sentimiento están ensayados y recorridos en él, desde los raptos de la fantasía, hasta los acentos mas hondos del corazon. Su autor de consiguiente ha merecido bien de las letras y del pais donde ha nacido; pero la estimacion que le profesamos y nuestra habitual franqueza nos autorizan para decirle que mas pudiera haber hecho por su nombradía, y por el lustre de su nacion, que tiene puestas en él muchas y muy hermosas esperanzas. La reputacion que antes habia adquirido y que ahora confirman sus poesías, no debe servirle para dormir sobre su deliciosa almohada, sino para llevar adelante los nobles empeños que tiene contraidos con el porvenir todo hombre que posee sus privilegiadas disposiciones. Deseamos que estas palabras que tantos motivos tiene para creer sinceras, le sirvan de estímulo para dar cima con brevedad á su poema *El Diablo-Mundo*, que en el sentir de muchos le afianzará en lo venidero un nombre por mas de una razon envidiable.

ENRIQUE GIL.

ESTADO *de la situacion de la caja de ahorros de Madrid en* 30 *de Junio de* 1840 *y comparativo con el del año* 1839.

	AÑO DE 1839.	SEIS MESES DE 1840.	TOTAL.
Libretas principiadas	1,151	644	1,795
Idem canceladas	70	122	192
Existentes	1,081	522	1,603
Número de imposiciones	7,130	6,091	13,221
Idem de reintegros	162	232	394
Importe de las imposiciones	1.329,159	1.546,526	2.875,685
Idem de los reintegros	92,461 12	191,671 2	284,132 14
Saldo de capitales	1.236,697 22	1.354,854 32	2.591,552 20

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.



LOS BARCOS DE VAPOR.



El juego de las máquinas de vapor está fundado en dos principios, á saber: el desarrollo de la fuerza elástica del vapor acuoso por medio del calor, y su precipitacion súbita por el frio. La utilidad de estas máquinas es una verdad reconocida generalmente en nuestro siglo, y sus aplicaciones multiplicadas son hijas de la mas acertada investigacion, habiendo llegado á obtener un grado de perfeccion que acaso no hubieron de sospechar sus primeros inventores.

Muy larga y disputada ha sido en el mundo científico la averiguacion de quienes fueron estos, y apenas puede todavia fijarse, habiendo de recurrir para ello á la mas remota antigüedad. Heron de Alejandría, llamado el anciano, que vivia por los años 120 antes de Jesucristo, imaginó un pequeño aparato que ofrece sin duda por motor la aplicacion del vapor acuoso, y se halla descrito en el tratado que tiene por título *Spiritalia seu pneumática*, y es conocido por el nombre de *máquina de reaccion*. Pero esta aplicacion del vapor, si fué conocida en aquellos remotos siglos, quedó completamente olvidada, y no la vemos aparecer hasta mediados del XVI de la era cristiana, en que uno de aquellos génios insignes que preceden á una época de civilizacion, y pasan desgraciadamente incógnitos por falta de apoyo en la opinion de sus contemporáneos, adivinó el poder mágico de aquel asombroso agente, y no solo lo imaginó sino que lo aplicó espresamente á la navegacion. Y este hombre ilustre, casi desconocido en su época, y olvidado del todo por las posteriores, era español.

En 1543 *Blasco de Garay*, capitan de la armada española, propuso al emperador y rey D Cárlos V una máquina de su invencion para hacer andar las embarcaciones sin el ausilio de velas ni remos, y únicamente por el impulso del vapor. Y segun ha demostrado nuestro erudito y celoso compatriota el Sr. D. Martin Fernandez Navarrete, consta que en 17 de junio de dicho año se hizo la esperiencia en el puerto de Barcelona en un buque de doscientas toneladas que tenia por nombre la *Santísima Trinidad*. Pero este admirable descubrimiento permaneció sin resultado, como es uso y costumbre en nuestra nacion, donde tan desdeñosos solemos mostrarnos con los que apartándose del camino comun, anuncian á nuestros entendimientos una nueva verdad.

Los franceses dicen que Salomon de Caus en una obra impresa en 1615 habló largamente de la influencia poderosa del vapor, y describió algunas máquinas movidas por él, y el italiano Branca, en otra obra posterior, tambien trató de este asunto. La obra inglesa del marqués de Worcester, que generalmente es conocida por el título de *Century of inventions*, da tambien la descripcion de una máquina de vapor, y otros muchos mecánicos y escritores ensayaron y describieron repetidas pruebas de aplicacion de aquel agente, hasta que el escocés James Watt, nacido en 1736, introdujo en ellas tales mejoras que casi está reconocido por su principal inventor.

Hácia el fin del sitio de 1807 los habitantes de Albani (en los Estados-Unidos) agrupados á las orillas del Hudson, se divertian en mirar, no sin permitirse algunas chanzonetas mofadoras, una pequeña embarcacion sin velas ni remos, aunque provista de un cañon vertical que exalaba humo por su abertura superior, y ausiliada por entrambos lados con dos ruedas de paletas, semejantes á las de un molino. Pues este juego, al parecer sin consecuencia, era la aplicacion del vapor á la navegacion, y el hombre que la hacia y que escitaba la sonrisa de los espectadores, era *Fulton*, á quien hoy reconoce el mundo por uno de sus mas benéficos génios. ¡Quién hubiera dicho á aquellos sencillos habitantes que de allí á treinta años aquel miserable esquife ascendido á navio de tres puentes, les llevaria en quince dias á los habitantes de la Europa! Tal es la marcha de nuestro siglo; las novedades se suceden, y lo que hoy es objeto de risa mañana puede serlo de admiracion. Y no es solo el vulgo el que suele reirse de las verdades que no comprende. Todavia podemos leer los epigramas que inspiraba por aquella misma época á Walter-Scott la idea del nuevo alumbrado por el gas, y á los dos años la respetable *Oil-Gaz-Compani* vino á poner en sus manos el título de su administrador.

Pero si hay espíritus cuya prudencia se reusa á creer los progresos de las ciencias, tambien hay otros que por una especie de inspiracion alcanzan de muy lejos su futuro vuelo, á riesgo de pasar por visionarios entre sus contemporáneos, y uno de ellos fue Fisch, de Filadelfia, que declaró en 1788 que llegaría un dia en que el vapor del agua pondria en comunicacion al antiguo con el nuevo continente. No hay que estrañarlo; las ideas una vez engendradas en la mente humana, necesitan algunos años, siglos á veces, para desarrollarse y nacer á la luz.

Sea lo que quiera de las tentativas hechas anteriormente, hemos visto ya que Fulton, de Nueva-York, fue el primero que aplicó el vapor en 1807 á una embarcacion destinada á servir á los intereses mercantiles. En Inglaterra el primer barco de vapor se construyó en 1812 para navegar sobre el *Clyde*, y se llamaba *El Cometa*. En los años siguientes se construyeron varios para entablar la comunicacion entre Yarmonth y Norwich, pero hasta 1821 no pasaban de la fuerza de 80 caballos; hoy son muy frecuentes los de 140 y 200 caballos; y la construccion se ha multiplicado en términos que cuenta la gran Bretaña mas de 600 buques de vapor de todos tamaños.

Pero tocaba al nuevo mundo aprovecharse mas eficazmente de esta aplicacion que le pertenece, y entregado esclusivamente al desarrollo de su prosperidad industrial, mientras que la Europa lucha aun con los dolores de su parto político, los Estados-Unidos han elevado al mas alto grado la navegacion por el vapor. Y era en verdad el mas grande beneficio que pudieran recibir de la ciencia; separados por grandes espacios, en una inmensa estancia de territorio, cruzados por rios y lagos gigantescos, necesitaban de este prodigioso medio de comunicacion para dar fuerza y centro á su union nacional. Hoy se cuentan mas de 400 barcos de vapor solo sobre el Missisipi, y unos 50 sobre el lago Erie; por este dato puede juzgarse del admirable progreso de aquella region en este punto.

En el vecino reino de Francia pasan ya de ciento los barcos de vapor de diferentes portes, y hace ya algunos años que los paquevotes ingleses, napolitanos, austriacos y sardos cruzan el Mediterráneo, desde Gibraltar á Constantinopla, y ponen en comunicacion á Lisboa con Inglaterra, estableciéndose diferentes compañias que rivalizan en la comodidad ofrecida á los viageros y en la baratura de los precios de trasporte.

Si ha de designarse á cada época ó siglo con un nombre particular, hijo del pensamiento que la domina, no podremos calificar al nuestro bajo otro título que el de *siglo del vapor*. La Providencia parece haber decidido que los pueblos en adelante deben comunicarse y confundirse en uno, y parece haber escogido el vapor como causa principal de esta maravilla. En la tierra los caminos de hierro, y en el agua los buques de vapor, completan ventajosamente esta idea, y responden al gran pensamiento que pareció anunciar la invencion de la imprenta. En tanto que aquellos ponen en comunicacion directa los pueblos mas apartados de nuestro antiguo continente, estos cuidan de estrechar tambien los lazos que le ligan al nuevo mundo. Ya la Inglaterra por su comunicacion entre Londres y Bombay por Suez, el Austria por la navegacion del Danubio, esta gran arteria de la Europa, han puesto en relacion íntima al Oriente con el Occidente. La travesía de Londres á Bombay, que antes exigia por el Cabo de Buena esperanza cuatro meses á lo menos, ha quedado reducida á treinta ó cuarenta dias por los barcos de vapor del Mediterráneo y el mar Rojo, y gracias á la enérgica voluntad de Mehemet, aun se abreviará esta comunicacion con el establecimiento de un camino de

hierro en Suez. Allí, cerca del desierto, en el seno de la antigua cuna de las ciencias, el vapor vá bien pronto á desplegar sus maravillas, y 18000 árabes preparan ya un camino espedito á los productos y á los hombres de la civilizacion Europea. Finalmente, un mes separa hoy tan solo á Marsella de las orillas del Ganjes, y los últimos viages del *Sirius* y del *Great Western* acaban de poner á Londres y Liverpool ó catorce dias de Nueva-York.

Enmedio de tan rápidos adelantamientos hechos por las demas naciones en este y en otros puntos capitales, nuestra desgraciada España ha permanecido simple espectadora del vuelo prodigioso de una invencion que adivinó el primero uno de sus hijos; y dos ó tres barcos pequeños sobre el Guadalquivir y otros tantos sobre la costa cantábrica son los únicos de este género sobre cuya popa se vé flotar el pavellon nacional. ¡Y sin embargo, despues de la Inglaterra, no hay nacion alguna poseedora de mas ricas colonias, ninguna tan ventajosamente situada entre ambos mares para llevar á las mas remotas regiones los frutos naturales y los adelantos de la industria Europea!

EL LAGO DE CARUCEDO [1].

TRADICION POPULAR.

I.

LA PRIMER FLOR DE LA VIDA.

Fuéme la suerte en lo mejor avara,
Sombras fueron de bien las que yo tuve,
Escuras sombras en la luz mas clara.

HERRERA.

Los últimos del siglo XV alzábanse todavía las torres del monasterio de monges Bernardos, llamado San Mauro de Villarrando, en el recodo que forma en el dia el lago de Carucedo por entre norte y ocaso, y á la jurisdiccion y señorío de su abad estaban sujetos los pueblos de aquel contorno. Sin embargo, tenian á buena dicha vivir bajo tan blando yugo, porque era su señor un santo hombre lleno de caridad y evangélicas virtudes, hasta tal punto que en toda aquella turbulenta época las demasias del poder no habian costado una lágrima á ninguno de aquellos vasallos.

Contábanse dos entre ellos afortunados sobre todos y felices, porque se amaban con el primer amor, y no parecia sino que para eso solo los habia juntado allí la suerte, pues que ninguno habia nacido en aquellos fértiles valles, y ademas un misterio impenetrable envolvia en densas sombras el origen de entrambos. Del jóven que tenia por nombre *Salvador*, solo se sabia que siendo aun rapazuelo y con no poco recato habia llegado á la portería de San Mauro en compañía de un viejo, al parecer escudero, y desde entonces y sin otra recomendacion que una carta sigilosa para el abad, habíase criado á la sombra de aquellos claustros, siendo por sus buenas partes y generosa índole el amor de los religiosos y en especial del venerable Fr. Veremundo Osorio, su santo prelado. Habia cobrado este un cariño verdaderamente paternal al jóven Salvador, y ora dimanase de esta sola causa, ora ajustase su conducta á las reglas de la ya mencionada epístola, lo cierto es que no contento con emplear la aplicacion de su discípulo en diversos estudios, amaestrábale ademas en toda clase de ejercicios guerreros, y echaba en su alma los cimientos de un cumplido caballero y buen soldado. Y era asi, porque en verdad que nunca alma mas noble animó tan varonil y hermosa figura: nunca corazon mas valeroso latió en el pecho de un hombre. Tachábanle sin embargo los que le trataban, de adusto y desabrido en ocasiones; pero nadie se lo llevaba á mal, porque los mas discretos achacábanlo al misterio de su vida, y los demas disculpaban estas mudanzas de genio con los vaivenes propios de todo carácter apasionado y ardiente.

El orígen y calidad de *María*, que así se llamaba la doncella que amaba nuestro Salvador, no era menos obscuro ni dudoso. Allí habia llegado con una anciana, de nombre Ursula, que se decia su madre, y estas dos mujeres, como si se creyesen seguras en aquel apartado rincon de la tierra, habianse establecido en el pueblo de Carucedo, comprando en su término algunos bienes y ademas un escaso rebaño que la jóven María apacentaba en aquellos recuestos. Salvador, que sin tregua perseguia los animales montaraces, la vió y amó en la soledad; y esta pasion que como una flor crecia al manso ruido de las cascadas y entre el murmullo de las arboledas, tornóse con el tiempo árbol poderoso que echó en el corazon de entrambos profundísimas raices.

Sin embargo, estos amores que en boca de todos andaban, no llegaron á oidos del anciano Osorio tan pronto como era de esperar, merced al recogimiento de su vida: pero la habitual y melancólica distraccion en que vino á caer su discípulo, su hijo querido, no tardó en revelarle que alguna profunda espina estaba clavada en su corazon. Porque es de notar que el alma de nuestro Salvador, sedienta de cariño y de ternura, no se entregaba con todo á las bellas y alegres esperanzas de que sembraba el porvenir la inocente y crédula María; antes bien acostumbrado á la soledad y silencio del claustro, imaginativo y grave de condicion, y abrumado ademas con el secreto de su nacimiento, secreto fatal que hasta cumplir los veinticinco años no era lícito arrancar á cierto misterioso papel que el abad guardaba; en su corazon alternaba el resplandor de la dicha con las sombras de la duda y de la incertidumbre, y un millon de recelos á modo de aves agoreras, poblaban siempre el camino de sus pensamientos. Combatido de tantos y tan dolorosos vaivenes, amaba no obstante cada dia mas, porque si es dulce cosa el amor á los veinte años, en un corazon llagado de amargura se convierte en un consuelo inefable y celestial.

Como quiera, el buen Osorio que solo habia llegado al puerto de quietud al través de los escollos y tormentas de las pasiones, leia harto claro en la frente de aquel jóven el orígen de su tristeza y la lucha de encontrados afectos que se disputaban su espíritu. Las semillas de virtud y de honor que en él habia derramado con mano pródiga, y que ya comenzaban á dar tan abundantes como sazonados frutos, ponian su alma al abrigo de toda inquietud en punto á los intentos de Salvador; porque bien sabia que sus sentimientos podrian acarrearle en buen hora la desdicha, nunca empero la deshonra: no obstante, deseoso de sondear su llaga, y aun de remediarla, si ya no es que llegaba tarde, en un largo paseo que dieron un dia al caer el sol por la huerta del monasterio, tendida á la sazon por el espacio que ocupan hoy las aguas del lago, sin duda hubo de sacar á plaza tan delicado asunto, porque la conversacion fue larga, agitada y misteriosa. Volvian ya lentamente á la abadía, cuando antes de en-

(1) Véase el Semanario del domingo anterior.

trar se oyó que Salvador decia con respeto al abad:—Si, padre mio; cuanto me habeis dicho, antes me lo he dicho yo; el sacrificio que de mi entereza reclamais, ya hace tiempo que lo tengo yo resuelto, porque bien sé que el honor es de mas subido precio que la felicidad y que la vida, y ese mísero honor y la veneracion filial que os debo, me mandan aguardar el fallo del terrible papel; pero dejar de amarla es imposible, añadió con violencia, y mas imposible aun que vos me lo ordeneis. Su amor es para mi como la luz, como el aire, como la libertad, y no tengo mas corazones que á mi se inclinen que el de un viejo cercano ya del sepulcro, y el de un ángel que me abre las puertas de la vida. Mirad, el otro dia soñé que un guerrero me la robaba, y cuando desperté, me ví en pie en mitad de mi aposento, con los cabellos erizados y en la mano mi cuchillo de monte, con el cual buscaba el corazon de mi enemigo. —El buen abad meneó entonces la cabeza suspirando, y apoyándose en el brazo de Salvador, entraron los dos muy despacio por un embovedado y estrecho pasadizo que guiaba á la escalera principal, donde se separaron.

Larga y desvelada fue aquella noche para el enamorado mancebo, que apenas vió los primeros destellos de la aurora blanquear en el Oriente, con el arco á la espalda y su fiel cuchillo al lado, tomó la vuelta de las Médulas en busca de una deliciosa hondonada, donde solia ir María á apacentar su hato. Formaban los peñascos de alrededor una especie de media luna vestida de encinas enanas, de desnudos alcornoques y de urces en flor, y en una fresca gruta que en el costado derecho se descubria, entapizada de musgo y de olorosas violetas, estaba sentada la bella pastora fresca y galana sobre todo encarecimiento. Las líneas purísimas de su ovalado rostro, sus rasgados ojos negros llenos de honestidad y de dulzura, su frente blanca y apacible como la de un ángel, la nevada toca que recogia sus cabellos de ébano, el airoso dengue encarnado que ligeramente sonroseaba su cuello de cisne, y su plegada y elegante saya, le daban una apariencia celestial.

En aquel momento debia de pensar sin duda en sus amores, pues acariciaba con distraida mano á su leal perro y estaba casi melancólica de puro feliz. Desarrugóse al verla la frente del gallardo cazador, y apresuradamente se acercaba á su encuentro, cuando por cima de las rocas que en frente de la gruta se estendian, acertó á mecer el viento una pluma de águila. Paróse entonces y mirando con cuidado, sintió que le daba un vuelco el corazon al ver debajo de la pluma un gorro de ricas pieles, y debajo del gorro un semblante adusto y desabrido que con ojos codiciosos devoraba desde allí las gracias de la descuidada niña. Conocióle al punto Salvador, que harto conocido habian hecho á aquel hombre sus desafueros por todas las cercanias: pensó en su sueño, requirió su puñal, y de sus lábios se escaparon confusamente no se que palabras que así parecian arrancadas por una momentánea cólera, como hijas de una resolucion firme, inexorable y duradera. Entonces fue cuando los ojos del desconocido se encontraron con los suyos, y viendo aquel varonil y denodado semblante que con tanto ahinco le encaraba, bajó lentamente de su risco, lanzándole antes una mirada de despecho. Internóse despues en la espesura, y á poco rato se oyó el son lejano y confuso de un cuerno de caza que tocaba á recoger los dispersos cazadores.

Púsose á pensar entonces en su situacion nuestro valiente mozo, y como por una inspiracion súbita se le viniesen de tropel á la memoria ciertas palabras sueltas y terribles de la anciana Ursula, que revelaban no sé que misterios de persecucion y amargura, resolviose á dar parte de este suceso al venerable Osorio antes que á nadie; pero como su corazon acostumbrado á mostrarse todo entero á los ojos de María, dificilmente podria recatarle el nuevo secreto que le abrumaba, resolvióse á no hablarla en aquel dia. Por otra parte ocupaban su imaginacion negros recelos é inquietudes: así fue que se quedó rondando á manera de vigilante sabueso hasta la caida de la tarde, en que su amada recogiendo sus ovejas, se encaminó al pueblo, no sin mirar muchas veces con desasosiego y tristeza al rededor cual si se viese burlada en alguna dulce esperanza. Siguióla á lo lejos su apesarado amante, hasta que la vió desaparecer bajo las encinas que adornan la entrada de Carucedo, y en seguida aceleró el paso hasta llegar á la abadía.

Era la hora del crepúsculo vespertino, y aunque habia aun bastante claridad en el aire, ya los objetos lejanos iban perdiendo sus contornos, envueltos en los primeros vapores de la noche: solo el castillo de Cornatel, gracias á las líneas rigorosas de sus muros y á su situacion que le hacia descollar sobre el fondo obscuro de los montes lejanos, aparecia aun claro y distinto.



Todo este paisage miraba el piadoso abad desde la larga azotea de su cámara, cuando entró Salvador descolorido, sombrío y desgreñado.—¿Cómo así, Salvador? le preguntó Osorio sobresaltado; no parece sino que has recibido alguna herida mortal, segun lo pálido y turbado que llegas.

—Mortal, en verdad, padre mio, respondió este; mi sueño no era una mentira sino un presentimiento de mi leal corazon. Su fantasma ha tomado cuerpo á mis ojos y me la quiere robar.

—Cómo! interrumpió el abad asombrado, ¿hay por aquí quien se atreva á semejante desman? ¿No saben que á mi báculo de paz acompaña la espada de la justicia? ¿Quién es el temerario?

Estendió Salvador el brazo hácia el Oriente, y le mostró la masa del castillo de Cornatel que todavia se alcanzaba á ver en la cresta de la montaña.

—¡Don Alvaro Rebolledo, el castellano de aquella fortaleza! exclamó el religioso con espanto.

—El mismo, —replicó Salvador con una frialdad que daba demasiado á entender la firme resolucion que alimentaba su alma.—Hubo entonces una breve pausa, y era de ver al hombre de la edad y de la prudencia dolorosamente trabajado por amor de sus hijos; y al hombre de las pasiones y de la juventud sereno y tranquilo, como quien ha llegado á una de aquellas situaciones extremas y solemnes, en que es imposible volver atrás la planta. El abad fue el primero á romper el silencio.

—¿Y qué has pensado, Salvador? le dijo ya con calma.

—He pensado, respondió este mirándole con sus ojos garzos y rasgados fijamente, que soy hombre, amante y caballero, sino por mi alcurnia, á lo menos por mi corazon.

—Y por tu alcurnia tambien, repuso gravemente Osorio; que puesto que tu nacimiento sea tambien un misterio para mí, todavía la carta del santo abad de Cardeña me declara que Dios te hizo noble como la primera luz que viste.

Salvador alzó los ojos al cielo, donde ya brillaba una estrella rutilante, y enjugó una lágrima de gratitud al verse igualado con su rival. Osorio lo vió y le dijo:

—Escucha, hijo mio, estamos á la boca de la caverna del tigre, y si comparamos las nuestras con las suyas, mas desvalidos y flacos nos hallaremos que el cervatillo de los montes. Ese hombre, caudillo de la devocion y bando del poderoso conde de Lemus, señor de Ponferrada, puede llamar en su ayuda multitud de hombres de armas de su guarnicion, y aunque yo armase todos mis vasallos, no alcanzaríamos á parar su ímpetu y soberbia. Ya ves que todo propósito de venganza nos perderia sin remedio.

—Pero, señor, replicó el mancebo, ¿ni aun rescoldo y cenizas quedan en el pecho de ese hombre de la santa hoguera del honor?

—Ni aun eso queda, contestó el santo abad: los vicios han empedernido su corazon y secado en su alma la fuente del bien. Sus vasallos lloran hilo á hilo en la noche su humillacion y desventura, como el antiguo profeta; y á modo de los cautivos israelitas, por su dinero beben su agua y con su dinero compran su pan. Sin embargo si es cierto que aun el impío se pone en pie delante de la cabeza calva, yo iré al encuentro de ese hombre y le hablaré en nombre de su Dios, que tambien es mi Dios.

—¿Y María? repuso con angustia Salvador.

—Fíate de mi prudencia, contestó el religioso, porque si algo llegase á entender la pobre Ursula, tengo por cierto que ni tu mismo sabrias el paradero de las dos y las perderias para siempre.

Al otro dia muy de mañana el santo abad con su báculo y su diurno emprendió el largo camino que mediaba entre el castillo y la abadía. Llamó de paso á la puerta de Ursula, y entrando por ella con no poca estrañeza de las dos mujeres, como viese á la doncella á punto de salir con su hato, apartó un poco á la anciana y le dijo con sosiego:—No dejeis salir á María hasta que esté yo de vuelta, porque se ha levantado pleito entre el señor de Cornatel y mi abadía sobre el señorio de ciertos terrenos, y hasta dejar orillado este asunto me pesaría de ver que ninguno de mis súbditos quebrantase la tregua que tengo determinada. Allá voy, y por la tarde os diré lo que resuelto dejemos.—

Aunque el acento del piadoso varon rebosaba tranquilidad y calma, no por eso dejó de mirarle con ansiedad mientras hablaba aquella mujer.—Padre mio, le preguntó con zozobra, ¿nos amenaza algun nuevo riesgo? ¿Todavía no está llena la medida de nuestras persecuciones? ¿Seria cierto que nos vemos asomadas á un abismo?

—Con que segun eso, repuso el prelado sonriendo con cierto aire jovial, ¿en abismo nos convertís á mi y á mis santos religiosos? Pues en verdad que no deberemos quedaros muy obligados por la transformacion.—Y viendo que ni aun así quedaba tranquila, añadió con gravedad:—Por ahora no hay que temer, porque estais bajo mi guarda y amparo:—y en seguida enderezó sus pasos hácia el castillo de Cornatel. Hacia poco que habia salido el sol cuando se puso á trepar el agrio repecho á cuyo término se levanta aun en el dia esta fortaleza; y cuando llegó á la barbacana ya estaba bien alto. Los ballesteros que allí estaban de guardia, cuando vieron llegar á un religioso solo con su baston de peregrino, apresuráronse á franquear la puerta, y su comandante cruzando con él el puente levadizo, y guiándole por una estrecha y obscura escalera de caracol, le acompañó hasta una especie de antesala, donde unos hombres de desalmada presencia se entretenian en jugar á las tres en raya con un copioso jarro de vino y unos vasos de estaño sobre la mesa. Respondieron con algo de desabrimiento al saludo del abad, y pidiéndole despues uno de ellos permiso con tono irónico para continuar en su pasatiempo, mientras otro daba parte al amo de la visita, sin curarse mas de su huesped que si se tratara de un tonel vacío, tornaron á su tarea. A poco rato volvió el mensagero é introdujo al abad en el aposento de D. Alvaro.

—¿Qué diablos trae por aqui semejante abejarruco? preguntó uno de aquellos perdonavidas; ¿será que nuestro amo piense convertirse? Tú, Tormenta que has hecho de introductor, di, hombre, ¿qué gesto puso don Alvaro cuando le anunciaste la llegada del padre?

—El mismo que pones tu, Boca Negra, cuando por tu acostumbrada torpeza ves que te van llevando el dinero bonitamente, sin acertar á poner tres en raya una sola vez.

—¿Con qué es decir que Dios no le ha tocado todavía el corazon? replicó con alegria Boca Negra; sea su nombre bendito y alabado! Porque en verdad os digo, mis ovejas, que si al capitan se le antojase de repente tornarse hombre de bien, no sé lo que habia de ser de nosotros.

—Sin embargo, ¿quién sabe, repuso otro, si este buen fraile hará con él lo que el Salvador hizo con el buen ladron? que aunque en verdad no sea él como Cristo, tampoco nuestro amo llega ¡mal pecado! ni á la suela del zapato del buen ladron.

Rieron los valentones de la ocurrencia, y para remover estorbos y quitar amargores de boca, determinaron de tirar al fraile, si otra vez volvia, por una ventana que daba á un precipicio de mas de cien varas, y volvieron á su juego.

Abrióse por fin despues de largo rato la puerta del aposento de D. Alvaro, y aparecieron en su dintel el castellano y el abad. Acalorada debería de haber sido la plática, pues que los semblantes de ambos venian alterados, si bien el de D. Alvaro no respiraba sino avilantez y orgullo, mientras el de Osorio revelaba toda la dignidad de un alma elevada y de una conciencia pura. Acompañole el caballero con altiva cortesía hasta la escalera de caracol, y saludándose allí friamente volvióse el uno á su recámara y el otro salió paso á paso del castillo, turbado el ánimo y lleno de mil negros pensamientos Sin embargo, cuando llegó á casa de Ursula, compuso y serenó su venerable rostro para decirle que todavía no quedaban aclaradas las dudas, y que de consiguiente cuando María sacase á pacer su rebaño, lo llevase á las lomas y valles vecinos al monasterio, hasta que por vias amistosas aquel litigio se arreglase. Tenian ambas mugeres ciega confianza en las virtudes del abad, y asi se pusieron en sus manos, como pudieran entregarse en las de Dios. Aceleró en seguida el religioso sus tardos pasos, y ya el sol se ponia entre nubes de oro, de púrpura y morado, cuando llegó al átrio de S. Mauro, donde ardiendo en inquietud y vivas ansias le aguardaba Salvador.

—¿Qué nuevas traeis, padre y señor mio? le preguntó con acento turbado, saliéndole precipitadamente al encuentro y agorando desdichas á vista de su apesadumbrado continente.

—He soltado mi voz en el desierto, contestó el ancia-

no, y ni aun en aquellas bóvedas he encontrado un eco que repitiera mis palabras de paz y de amor. El malvado libra su esperanza en sus caballos y sus armas; y harto claro me ha dejado ver sus inícuos planes. Salvador, dijo despues resueltamente, el honor de María corre peligro aqui, y es preciso que se marche.—El jóven se retorció las manos de desesperacion.—Ya yo mismo la hubiera acompañado hasta ponerla en salvo, continuó el santo abad, pero el impío ha tendido sus redes, y no levantará mano hasta consumar su perdicion. Asi que, mañana al romper el alba mandaré un correo á mi hermano el abad de Carracedo, que tiene aprestado cierto número de lanzas y peones para ayudar á los reyes en la guerra de Granada, y pedirele que me acorra en este trance con una fuerza poderosa para defender á María y á su madre en su viaje, y sacarla de las garras del leon. En tanto aunque no es de sospechar que á nuestros mismos ojos suceda ningun desman, tu deber es guardar á la huérfana desvalida y mirar por ella: que Dios y tu derecho sean contigo.—Dicho esto partió aquel santo varon á encerrarse en su celda.

—Que Dios y mi derecho sean conmigo, «repitió Salvador, y que la mengua y el oprobio caigan sobre el que solo se atreve á desamparadas mugeres.»—

Rayó la luz del siguiente dia y ya el mensagero de Osorio caminaba la vuelta de Carracedo, cuando salia la jóven zagala con sus ovejas en busca de las laderas del norte, no poco sentida y aun enojada de la indeferencia de su amante, mientras este por su parte, juguete de la esperanza y de la inquietud, temblando por María y ardiendo en deseo de venganza, se encaminaba á un encumbrado pico que llamaban los naturales la *Espera del Corzo*, y que señoreaba todo el pais. No muy lejos y en la cumbre de una baja colina habia un delicioso prado natural, de umbrios castaños y espesos matorrales guarnecido, en mitad del cual brotaba una copiosa fuente que con sus aguas reverdecia aquella alfombra de esmeralda y flores, llamada el *Campo de la Legion*, recuerdo sin duda del antiguo dominio de los romanos en aquella tierra. No bien acababa de apostarse nuestro cazador en su atalaya, cuando por entre los castaños del Campo de la Legion apareció un rebaño y detras de él una muger de aéreo talle y peregrinas formas. Conocióla al punto y murmuró en voz baja.—¡Es ella!—

—Sentóse la niña á la márgen de la fuente, y con pensativo y triste ademan púsose á mirar las frescas olas que entre la yerba se perdian: clara señal de que alguna nube empañaba el cielo azul de sus ilusiones. Mirábala Salvador embebecido, y sin embargo, atento á su seguridad antes que á los impulsos de su propio corazon, escudriñaba con sus ojos de águila todas las honduras y collados · pero solo vió aldeanos desparramados por los montes que sin duda iban á hacer leña. No dejó de llamarle la atencion su número, pero el arreo le quitó todo recelo. Asi se pasó la mañana, y ya estaba bien entrada la tarde, cuando Salvador viendo que por el camino del castillo no asomaba el menor bulto, y que todo estaba tranquilo y en reposo, bajó de su risco para ir á consolar la pena de María, y torciendo á la izquierda presto llegó al pie de la colina por cuya mesa se estendia el Campo de la Legion. Comenzaba á trepar su blanda cuesta, cuando llegaron á sus oidos agudos y lastimeros ayes, y como conociese de cuyo pecho salian, voló en busca de la doncella como ciervo herido en busca de los arroyos del valle. Llegó desalado á los matorrales que guarnecian la pradera, y se quedó confuso al ver á Don Alvaro. ¿Por donde habia venido?.....pero ¿qué le importaba saberlo? ¿no lo tenia allí á solas? Asi es que en aquel punto le pareció mas hermosa su venganza que la misma María. Estaba la cuitada á los pies del feroz guerrero, y en vano se esforzaba este en levantarla, mostrándose hasta cortés y rendido; porque la triste, deshecha en llanto, con los cabellos en desórden y la toca caida, desolada y arrastrándose de rodillas, solo pensaba en desasirse de las nervudas manos de aquel hombre, y para ello le conjuraba por lo mas sagrado.—¡Oh! por Dios, por Dios santo, noble caballero, le decia con angustia, soltadme, ¿qué honra sacareis de atropellar asi á una pobre muchacha, vos que debías protegerla, porque sois fuerte, porque sois noble?...soltadme por amor de vuestra madre, por amor de la mia que se moriría de verse sola!....soltadme y toda mi vida rogaré por vos de rodillas, y no me acordaré sino de que fuísteis generoso, y de que os dolísteis del desvalido!.....

—María, respondió el caballero alzándola del suelo con violencia; te amo tanto, que antes que sin tí volvería sin vida á mi castillo.

—¡Mentís, cobarde, mentis! repuso la doncella encendida en cólera; villano! mal caballero! Salvador, Salvador mio, gritó con desesperacion, ¿cómo no vienes en mi ayuda?

—Aqui estoy! respondió á su espalda una voz bien conocida.—Soltó D. Alvaro á la niña que casi exánime fue á caer á los pies de Salvador, abrazando sus rodillas y esclamando:—El corazon me lo daba! El corazon me lo daba que no me faltarían Dios y tu brazo, vida mia!.....

—Ahora piensa en ti, contestó Salvador: por la encañada de los ruiseñores vas segura y desenvocarás en el convento: ampárate de sus muros que yo al punto te sigo.

—No iré tal sin tí, replicó ella: aquí moriremos juntos.

—No es tu vida lo que buscan, sino tu honra, dijo Salvador. Huye, añadió con angustia, porque los bandidos de este hombre andan cerca, y si viese que caias en sus manos, yo mismo te daria de puñaladas.—La doncella huyó.

Quedáronse frente á frente los dos rivales, mirándose con ojos encendidos. A los pies de D. Alvaro habia un capote de aldeano que esplicó á nuestro jóven el misterio de esta aventura. Por altivez callaba el caballero, y Salvador callaba tambien, porque apenas era dueño de los estraños ímpetus que arrebataban su alma. Reportóse sin embargo como pudo, y dijo á su rival:—En verdad, señor caballero, que no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague. Solos estamos y Dios es nuestro juez.

—¿Sois noble? le preguntó Revolledo con ironía.

—Si á fé, contestó sin descomponerse Salvador; y prueba de ello es que pude y aun quizá debi pasaros en claro y á mansalva con una flecha, y no lo hice por buscaros cara á cara.

—Voy á llamar á mis arqueros para que os prendan, y os hagan volar desde el mas alto torreon de mi castillo al riachuelo que pasa por debajo, y que tiene, segun dicen, un agua tan fresca, que alli podreis templar vuestra cólera.—Aunque Salvador tenia el arco armado, dejóle hacer; y aplicando el caballero su cuerno de caza á los labios sacó de él un punzante y prolongado gemido. Al punto, aunque lejano, respondió otro de igual especie.

—Bien está, dijo entonces.

—¿Con qué teneis miedo? repuso Salvador prorumpiendo en sardónica y destemplada carcajada. ¡Vive Dios que me maravilla! porque en este mismo sitio acabais de dar tales muestras de vuestra persona y con tan formidable enemigo que el mismo Lancerote os hubiera envidiado por ellas. Sin embargo, la precaucion es cuerda, porque

nunca me propuse que los cuervos se comiesen vuestro noble corazon, antes pensaba hacer que os enterrasen con la debida honra; pero una vez que vuestros arqueros van á tomarse ese trabajo, sacad vuestro puñal como ye el mio, y armas iguales, y á prisa, porque ya veis que tengo poco espacio. No os acobardeis, vive Dios, porque, como decimos por aqui los villanos, de hombre á hombre no va nada.—

—Perro! dijo el caballero desenvainando su puñal, y casi ahogado de cólera; tengo de arrancarte la lengua y azotarte con ella el rostro:—y diciendo y haciendo se fue para Salvador. Comenzó entonces una porfiada lucha, en que por una parte la destreza y la cólera, y por otra la bravura y agilidad peleaban con igual esfuerzo. Ya hacia un rato que batallaban sin ventaja, cuando á raiz de la colina oyóse ruido de armas y de gente.—Tu fin se acerca, dijo Don Alvaro.—Y el tuyo llegó ya, respondió Salvador, y dando un prodigioso y no pensado salto, derribó por tierra á su contrario y le hundió el cuchillo en el pecho hasta la cruz.—¡Socorro! socorro! gritó don Alvaro revolcándose en su sangre, en tanto que sus atónitos arqueros acudian á dárselo y Salvador huia por el opuesto lado.—¡Socorro! confesion! repetia con ansia; y en esto se le cortó el habla y espiró apretando el puñal con fuerza convulsiva.—Por allí se escapó el asesino, dijo uno de los arqueros.—Es Salvador el de la abadía, repitieron dos á un mismo tiempo; y asomándose todos allí, ya no vieron á nadie. A los pocos minutos entraba Salvador en el aposento de Osorio palpitante y sin aliento.—Y María? le preguntó, ¿dónde está María?

—¿Qué es esto, Salvador? esclamó el abad espantado.

En breves y desordenadas razones le contó Salvador lo ocurrido.—Huye, dijo entonces el abad, y escóndete en la cueva de las Médulas que llaman la *Palomera*, que esta misma noche iré á buscarte y á llevarte noticias de María. Sin aguardar á mas salió el mancebo, cruzó rápidamente la huerta del monasterio, saltó la cerca y por un valle que llaman en el dia *Foy de Barreira*, tomó el camino de las Médulas.

A poco rato se dirigian pausadamente á Cornatel los arqueros del castillo, conduciendo el cuerpo de su señor en una camilla hecha de ramas.

Las once de la noche serían cuando una especie de sombra se deslizó por la boca de la Palomera.—Salvador! dijo.—¿Quién me llama? respondió este.—Yo, respondió el afligido abad. Hijo mio, añadió, cumpliéronse mis desdichados pronósticos: Ursula y María han huido sin llevarse mas que sus alhajas, y aunque gentes de mi confianza las han seguido hasta la barca en que cruzaron el Sil, allí se han perdido del todo sus huellas. Por otra parte tu no puedes permanecer en el pais, porque los arqueros de D. Alvaro te han visto y te amaga la venganza de un poderoso.—¿Con qué, es decir que en un mismo dia pierdo todo cuanto amaba en la tierra? contestó Salvador.—Todo, respondió aquel varon piadoso, menos la honra y el amor de nuestro padre comun que está en el cielo.

—Salvador sollozaba en la sombra, y el viejo sentia partírsele el alma.—¿Han llegado ya los hombres de armas de Carracedo? preguntó por fin el jóven.—Esta noche han llegado.—¿Y cuando parten para Andalucía?—Mañana volverán á su monasterio y pasado saldrán de allí la vuelta de Córdoba.—Con ellos me voy, padre mio: quiero morir bajo los estandartes de la cruz.

Con esto salieron de la cueva silenciosos y tristes, y por trechas y veredas desusadas llegaron á la abadía. A la mañana siguiente antes de rayar el dia salió Salvador con sus nuevos compañeros, no sin recibir antes las lágrimas y bendiciones del buen abad, amen de un bolsillo bien provisto que segun dijo le habian entregado al confiarle su educacion. Cuando llegaron á la cima del Monte de los Caballos volvió el suyo Salvador para mirar por última vez aquellos sitios.

Derramaba el alba sus pálidas claridades por detrás del castillo de Cornatel, esmaltaba los rojos y agudos picos de las Médulas, y apenas blanqueaban á su escasa luz las torres de San Mauro: todo lo demas aparecia borrado y confuso. Pensó entonces en aquel santo hombre, guarda y amparo de su niñez, en aquel amor perdido, en aquellas esperanzas convertidas en humo, y con los ojos anublados esclamó:—¡Oh! ¿cuándo volverán á mi corazon la frescura y verdor que se han caido de él?—Enjugóse en seguida las lágrimas, serenó el semblante y apretando los hijares de su palafren, fue á reunirse con los soldados.

ENRIQUE GIL.

LA FERIA DE BEAUCAIRE.

Beaucaire, situada sobre la orilla derecha del Ródano en el extremo del puente Leguino que la une con Tarascon, es bastante menor que esta última ciudad, con la cual tiene muchos puntos de semejanza que resaltan á primera vista. En frente del castillo de Tarascon, sobre una eminencia á la izquierda, tiene tambien Beaucaire un castillo, donde van á visitar los extrangeros una capilla que fundó S. Luis al pasar por Beaucaire para ir á Aguas-Muertas, donde se embarcó para la Tierra Santa.

Seria Beaucaire una ciudad desnuda de toda importancia á no ser por la feria que se celebra en ella todos los años. Esta feria asciende á una época antiquísima. Cuando la civilizacion no habia facilitado todavía las relaciones comerciales; cuando carecian los mercaderes de todas las ventajas que les dan en el dia la seguridad de las correspondencias, los adelantos de la legislacion y el uso de las letras de cambio, eran estos mercados de absoluta necesidad, puesto que en ellos, como en las bolsas actuales, se reunian los mercaderes de todos los pueblos cercanos para negociar en una semana las especulaciones de todo un año. La feria de Beaucaire, como otras muchas en Francia y en Europa, ha sobrevivido á causa de su importancia especial á las necesidades generales que presidieron á su establecimiento.

Hácia fines de Junio, Beaucaire, silenciosa é ignorada durante todo el resto del año, se anima repentinamente de un modo extraordinario. A las orillas del Ródano se extiende una vasta llanura cercada de árboles, donde se construyen 400 barracas para depositar en ellas las mercancías. La ciudad se prepara á recibir en su seno el comercio que va á invadirla; los habitantes desocupan sus habitaciones, y se acomodan como pueden en los caramanchones y en las boardillas, porque las casas, que durante el resto del año valen apenas cien escudos (300 francos), se alquilan á veces por 1000 francos cuando llega la época de la feria. Por eso los comerciantes de Leon han comprado de algun tiempo á esta parte muchas casas en Beaucaire.

Las mercancías llegan en los primeros dias de Julio,

y el 21 á media noche, conforme á una antigua costumbre, anuncia un cañonazo la apertura de la feria; pero ya para esta época se han efectuado las mas importantes especulaciones, y todas las casas fuertes han hecho sus transaciones Sin embargo, desde el 21 hasta el fin del mes, término de la feria, siguen haciéndose ventas considerables, y empiezan á acudir los compradores y los curiosos: entonces empiezan á abrirse los almacenes, y el espectáculo de la feria aparece en toda su magestad. Imposible nos seria dar una idea exacta del aspecto que presentan entonces Beaucaire y las orillas del Ródano.

Todas las mercancías del universo tienen un depósito en esta feria. Las tiendas de la ciudad no contienen mas que tegidos; cada calle está destinada á la venta de un solo objeto de comercio, como las sederías de Leon, las cintas de St. Etienne, las indianas de Ruan, los paños de Sedan, de Elbeuf y de Louviers.

En las orillas del Ródano se establecen los genoveses con sus frutas secas y sus pastas; los perfumistas de Graffe, los cerveceros de Leon, los jaboneros y cordeleros de Marsella, los especieros de Levante y los destiladores de Languedoc. En la pradera estan amontonados los hierros de la Borgoña y del Borbonés; las maderas de Córcega, y las pieles del Norte; los cobres, los tarros, las sillas, los cueros, las máquinas y los instrumentos aratorios, las armas, los coches, los caballos y las mulas.

Las alamedas situadas entre la pradera y el Ródano contienen las mas elegantes y delicadas mercancías de la feria, como objetos de quincalla, de platería, de modas, cristales, porcelanas, libros, grabados, perfumes de Oriente, juguetes de Alemania, bronces, muelles, tapetes y todo lo que tiene relacion con el lujo y con las artes. En medio de todas esas mercancías circula una inmensa multitud de personas de todas clases, de modo que la feria presenta el aspecto, no solo de un mercado sino tambien de una fiesta.

Las poblaciones enteras de Nimes, de Aviñon, de Aix y de todos los pueblos y aldeas cercanas á Beucaire acuden á esta solemnidad, y forman un brillante concurso, en medio del cual descuellan por su hermosura las jóvenes de Montpeller, y las de Arlés por su tocado. Las aristocracias de Aix y de Arlés, tan orgullosas ambas, y tan ufanas de su nobleza, vienen á saludarse en este terreno comercial. Los banqueros de Leon y de Marsella, los agricultores de Vancluse y los de Camarga discuten alli sus recíprocos intereses. Los marineros de Tolon, acostumbrados á ver toda especie de espectáculos curiosos en los diferentes paises del mundo, confiesan que no han visto cosa semejante en ninguno de sus viages.

Durante la noche, sobre todo, es cuando presenta la feria un aspecto hermosísimo. Entonces se interrumpen los negocios, y nadie piensa mas que en pasearse: la ciudad, el prado, las alamedas, la playa, todo está iluminado: la concurrencia se estiende por todas partes, alegre, rápida y bulliciosa: los clamores desaparecen bajo la estrepitosa música de los saltimbanquis y charlatanes, que nunca dejan de alegrar con sus habilidades la feria de Beaucaire. Esta hora es la mas propicia para las tiendas de objetos agradables y de lujo, porque entonces empiezan los regalos y las galanterías. Pero es lo mas gracioso en esta turba tan alegre y tan animada, que la mayor parte de las personas que las componen no saben donde pasarán la noche, porque el que no ha tenido cuidado de asegurarse un asilo muy de antemano, corre grave peligro de dormir á cielo raso.

Beaucaire está lleno de mercancías, y apenas puede contener algunos pocos mercaderes: entonces Tarascon es el único refugio que se presenta para los mercaderes y los curiosos; pero seria menester que fuera 20 veces mayor para contener la afluencia de los que le piden asilo. En estas críticas circunstancias todo se convierte en casa; los coches y las carretas sirven de alcobas; los barcos amarrados á las orillas del Ródano se transforman en posadas, y para el que no tiene la fortuna de hallar uno de estos asilos provisorios, todo se reduce á pasar una noche de Julio bajo el sereno cielo de la Provenza.

En todas épocas ha sido muy frecuentada la feria de Beaucaire. Nunca ha prosperado mas que durante las guerras del imperio, porque entonces el comercio no tenia salida en el extrangero, y circulaba por consiguiente con mayor actividad en el estrecho espacio á que se veia reducido. En 1814 y 1815 fue la feria de Beaucaire una especie de tregua en medio de las conmociones que agitaron el Mediodía. En 1830 disminuyó algun tanto su actividad la llegada repentina de la revolucion de Julio; pero en 1832 influyó muy poco el cólera en esta feria, á pesar de que algunos malévolos extendieron la voz de que se habia desarrolado en Leon esta funesta plaga. El año pasado fue muy brillante la feria: las mercancías que han tenido mas despacho son los paños, los jabones y los hierros, como tambien los vinos del Ródano y los de Vancluse.

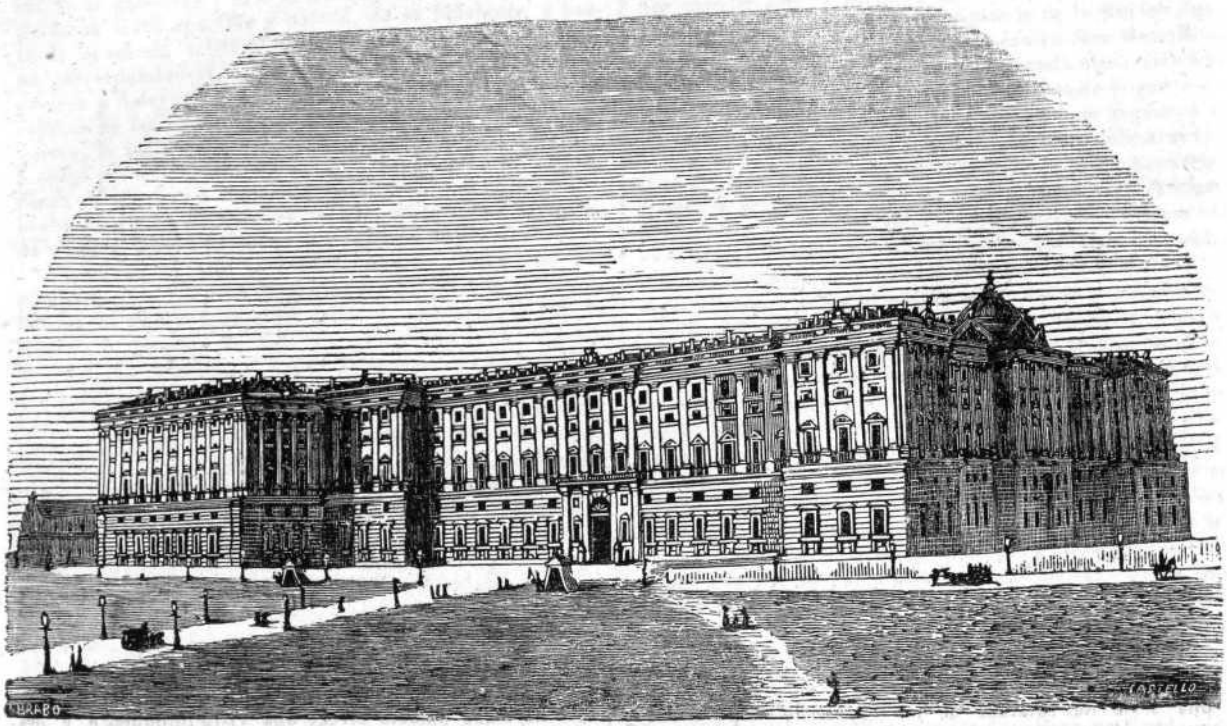
El domingo que precede á la feria el prefecto del Gard va de Nimes á Beaucaire y da un magnífico baile. En los últimos dias de Julio va disminuyendo progresivamente con suma rapidez la afluencia de los curiosos y de los compradores: los mercaderes encajonan los pocos efectos que les quedan, ó bien para evitar los gastos del trasporte, los ceden por poco dinero á algunos hábiles especuladores que esperan á este momento para hacer sus compras. Desde el 1.° de agosto se empieza á deshacer las barracas; la ciudad de madera desaparece, y la de piedra vuelve á sepultarse en su silencio y quietud habituales. ¡Beaucaire entonces se entrega á sus 11 meses de descanso! Pueblo dichoso, que gana en un mes con que vivir todo el año.

Para dar una idea del inmenso concurso que acude á y la feria de Beaucaire, y de la suma de dinero que hace circular esta feria, bastará decir que el puente Leguino, sobre 80,000 francos que produce al año, da 50,000 durante los 15 dias que dura la feria.

En cuanto podemos juzgar por las pocas noticias que nos han llegado hasta ahora, parece que entre los artículos que han de tener mas salida este año ocupan el primer lugar los cueros, los objetos de modas y los paños. Es indudable sin embargo, que puesto que el comercio ha quedado muy satisfecho del resultado de las ferias anteriores, todos los objetos habrán tenido bastante buen despacho sin excluirse los unos á los otros.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.

MADRID ARTISTICO.



EL REAL PALACIO.

En la parte mas occidental de esta villa, sobre una eminencia que domina la campiña regada por el Manzanares, y en el mismo sitio que ocupa hoy el Real Palacio, se elevaba el antiguo y famoso Alcázar de Madrid, que fue consumido por un horroroso incendio en la Noche-buena del año de 1734. Felipe V, que reinaba entonces, determinó construir uno nuevo que escediese á aquel en magnificencia, y para ello llamó á su servicio al abate Don Felipe Juvara, natural de Mesina, el mas célebre arquitecto de aquella época: ocupóse este en la traza del Real Palacio, y la ejecutó segun el modelo que se conserva en el museo topográfico del Retiro; pero como la estension que debia tener segun aquel modelo era tan inmensa, elijió Juvara el sitio de los altos de San Bernardino; mas el rey formó empeño de que fuese edificado sobre el terreno que fue el antiguo Alcázar, y se sacrificaron á esta idea los grandes planes de Juvara, y la inmensa ventaja de haberse estendido por aquella parte la poblacion de Madrid, como hubiera sucedido con notables mejoras de salubridad, conveniencia y hermosura. Prevaleció pues el deseo del rey, y D. Juan Bautista Sachetti, natural de Turin, fue el designado por el mismo Juvara antes de morir como el mas apto para esta empresa. Vióse este precisado á trazar otro palacio sobre el sitio del antiguo, aprovechando el declive y desigualdad del terreno con profundos cimientos para las oficinas y real servidumbre, de modo que lo que no pudo ser en estension y anchura lo fue en profundidad y elevacion. Satisfecho el rey con este arbitrio se aprobó la traza y comenzó la obra que hoy existe, poniéndose la primera piedra en 7 de abril de 1737.

Es un cuadrado de 470 pies de línea horizontal, y 100 de altura con salientes en sus ángulos en forma de pavellones, y dos alas aun no concluidas en la fachada principal, que se empezaron en el reinado de Cárlos III. Desde el plan terreno hasta la imposta del piso principal se levanta un cuerpo sencillo almohadillado, que forma el zócalo ó basa del cuerpo superior, hecho de buen granito cárdeno ó piedra berroqueña, y las jambas y cornisas de las ventanas de piedra blanca de Colmenar. Sobre dicho zócalo se eleva el referido cuerpo superior que inclina al órden jónico en muchas de sus partes, y está adornado de medias columnas y pilastras que sostienen la cornisa superior. Las columnas son doce en los resaltos de los ángulos, y cuatro en el medio de cada una de las fachadas, á escepcion de la norte que son ocho: en los intérvalos hay pilastras cuyos capiteles se diferencian de los de las columnas, pues los de estas son jónicos y los de las pilastras dóricos. Todo el edificio está coronado de una balaustrada de piedra que encubre el techo de plomo, sobre la cual estaba colocada en otro tiempo



una série de estátuas de los reyes de España desde Ataulfo hasta Fernando el VI, y en los resaltos de los ángulos habia otras que representaban varios reyes de Navarra, Portugal, Aragon, Méjico, el Perú, y otros soberanos y caciques indios, pero unas y otras se quitaron hace tiempo y existen en las inmensas bóvedas del palacio. Todo el edificio tiene seis puertas principales, cinco en la fachada del sur, que es la principal, y una llamada del Príncipe en la fachada de oriente. Las otras dos fachadas no tienen puertas. El patio es cuadrado con 140 pies de área, poco mas ó menos, y rodeado de un pórtico abierto de nueve arcos en cada lado. El segundo piso es una galería cerrada de cristales que dá entrada á las habitaciones reales y capilla. Entre los arcos del patio hay cuatro estátuas que representan los emperadores romanos naturales de España, Trajano, Adriano, Honorio y Teodosio, obras de D. Felipe de Castro y D. Domingo Olivieri, cuyas estátuas estuvieron antes donde ahora las columnas debajo del balcon principal. La escalera grande es muy suave, y consiste en un solo tiro hasta la meseta ó descanso que hay á la media altura, volviendo despues otros dos paralelos hasta la puerta de entrada por el salon de Guardias; toda la escalera es de mármol manchado de negro: enfrente de ella hay una estátua de mármol de Cárlos III, y en los intermedios de las balaustradas dos leones tambien de mármol blanco. Por último, toda la fábrica de este edificio es de una solidez estraordinaria por el espesor de sus paredes, por la profundidad de sus cimientos, por la solidez de sus bóvedas, y por el número de sus columnas. Todo es de piedra, y en él no se empleó mas madera que la necesaria para puertas y ventanas, cuya mayor parte es de caoba; y el aspecto esterior de este hermoso palacio ofrece una vista imponente y majestuosa. Asi le hubo de parecer á Napoleon cuando al subir la escalera de esta real casa en los primeros dias de diciembre de 1808 dijo poniendo la mano sobre uno de los leones de la balaustrada: «*Je la tiens en fin, cette Espagne si desirée.*» Y luego volviéndose á su hermano, el intruso rey de España, le felicitó en estos términos: «*Mon frere, vous serez mieux logé que moi.*»

EL LAGO DE CARUCEDO.

TRADICION POPULAR.

II.

LA FLOR SIN HOJAS.

Vanitas vanitatum et omnia vanitas.

Si el corazon de Salvador no saliese tan roto y ensangrentado de su primera prueba, sin duda se hubiera estremecido de entusiasmo y de alegría al verse llamado al sublime juicio de Dios, de que iba á ser teatro la Vega de Granada, y en que la cruz y la media luna se aprestaban á pelear por el imperio del mundo y de los siglos; pero sí, como dice un famoso poeta, «la flor y verdor de la vida mortal pasa con el dia, y por mas que torne abril, no torna á verdear ni á florecer» no estrañaremos que el cazador de San Mauro

caminase la vuelta de Andalucia pensativo y triste en medio de sus regocijados compañeros. Llamábase Juan Ortega de Prado el que aquel tercio acaudillaba, y era natural del Vierzo: soldado de gran corazon y altos pensamientos, endurecido en las fatigas de la milicia, codicioso de honra antes que de botin. Aficionóse por estremo de la gentileza y brio de nuestro Salvador, y cautivado de su trato apacible y cortés, de su hidalguía, y hasta de su misma tristeza, estrechó con él amistad y buena correspondencia, en términos, que no poco suavizó sus pesares y dolorosos recuerdos, ensanchando á sus ojos el camino de las armas y de la militar nombradía. Como quiera, la saeta estaba fija y enarbolada en su pecho, y á todas partes llevaba su dolor consigo; pero una esperanza lejana que á manera de crepúsculo dudoso alumbraba su alma por ventura, y ademas su natural denuedo y noble sangre le encendian en ansia de pelear.

Aguijado de tan generosos ímpetus, llegó con sus compañeros á Córdoba á principios de febrero de 1482. Estaba la tierra toda alborotada y embravecida con la pérdida y desastre de Zahara, acaecida en los últimos dias del año anterior, y á fuer de capitanes esperimentados aprovechábanse Diego de Merlo, asistente de Sevilla á la sazon, y D. Rodrigo Ponce, marqués de Cádiz, del general encendimiento, juntando orillas del Guadalquivir buen golpe de gente con que tomar justa satisfaccion del daño y agravio recibidos. No desperdició Juan Ortega la ocasion que se le venia á las manos, antes con gran diligencia encaminóse con su tercio á Sevilla, donde se presentó al marqués de Cádiz, que no poco se holgó de llevar en su compañia tan buena lanza, y le despidió con suma cortesía. Habian venido nuevas de que la villa de Alhama tenia flaca guarnicion, y esa desapercibida, y determinados de entrarla de rebato, con gran precaucion y cautela salieron ambos gefes de Sevilla, llevando consigo dos mil y quinientos de á caballo y cuatro mil peones.

Palpitábale el pecho de estraña manera á Salvador al ver cumplido uno de sus mas ardientes deseos. Caminaban con gran priesa y recato por sendas escusadas y tan ásperas, que la fatiga casi llevaba apagada la sed del botin y el odio á aquella gente descreida, cuando llegaron al fin del tercero dia á un valle por todas partes cercado de recuestos y altos collados, donde los soldados supieron que estaban á media legua de Alhama, con lo cual les volvieron las esperanzas y el brio. Concertáronse el de Cádiz y el asistente sobre la manera de dar el ataque, y acordaron que Juan de Ortega y Martin Galindo (soldado tambien de gran fama) se adelantaran con trescientos soldados plàticos y escogidos, y vieran de apoderarse del castillo. Escusado nos parece decir que Salvador caminaba de los primeros al lado de su capitan, y que llevaba uno de los cargos mas atrevidos de tan atrevida empresa. Era una de aquellas noches templadas y serenas que estienden sus estrellados pabellones sobre la dichosa Andalucía, cuando nuestros aventureros se acercaban recogidos y silenciosos al castillo de Alhama. Hicieron alto guarecidos de unas matas de árboles que allí cerca crecian, y en tanto Martin Galindo, Ortega y Salvador, llegáronse por diversos lados á raiz de la misma muralla, para ver si algun rumor por dentro se escuchaba; pero el fuerte castillo asemejábase á un vasto sepulcro, y ni los pasos del centinela, ni el relincho del caballo, daban á conocer la estancia de los guerreros. Estuvo nuestro jóven largo rato con el oido atento y cuidadoso, sin escuchar sino los latidos de su corazon: nada turbaba el silencio del interior ni de las afueras. Arrodillóse entonces é hizo una fervorosa plegaria á la madre de Dios, de quien siempre habia sido muy devoto, pidiéndole denuedo contra los enemigos de su nombre. Este nombre santo trájole á los labios otro de dulce y doloroso recuerdo, y pensando que tal vez iba á morir sin que bañase su huesa ni una sola lágrima, sintió apretársele el corazon.

Volvian en esto de su ronda Ortega y Martin Galindo, y como le hallaran de hinojos todavia, díjole el primero en tono bajo y un tanto irónico:—«¿Os ofreceis por caballero de la Vírgen, Salvador, que asi os poneis á orar antes de la batalla? Pues por la de la Encina, que creí que habíais tenido lugar para eso en San Mauro!»—Pesóle de la burla á Salvador, pero nada dijo; sino que llegando con gran priesa á donde el grueso de la gente estaba, y arrebatando una escala, arrimóla en seguida á la muralla y subió con valerosa determinacion, mientras Ortega y Galindo hacian lo propio por su lado. Esparciéronse los tres por los adarves matando tal cual centinela dormido que encontraban; pero Salvador ganoso de aventajarse á todos en aquella memorable faccion, echó por una escalera que guiaba al patio, con intencion de abrir la puerta á los de afuera y allanar la rendicion del castillo. Hízolo asi bajando brioso por medio de aquella oscuridad y temeroso silencio, y ya casi alcanzaba el logro de su intento, cuando al pasar junto al cuerpo de guardia que estaba cerca del rastrillo, acertó á salir un moro descuidado y medio desnudo. Sintió rumor de pisadas y preguntó con voz entera «¿quién vá? Respondióle Salvador hiriéndole de una punta que le hizo dar en tierra, gritando con las ansias de la muerte:—Al arma! al arma! los enemigos tenemos dentro.—Despertóse á las voces la guardia, y saliendo de tropel, cerraron con Salvador que por su parte solo sentia el malogro de su empresa. Procuraba ganar terreno hácia la puerta, pero cercábanle por todas partes sus enemigos, y aunque sus golpes caian tan recios que no habia adarga que los parase, era poco lo que adelantaba. Conoció sus deseos el moro que allí mandaba, y gritó entonces con todas sus fuerzas: —«El rastrillo! bajad el rastrillo!»—Pero no fiándose de nadie, abalanzóse á la escalera con intento de hacerlo por si propio, mientras los demas, viendo los desmedidos esfuerzos que hacia Salvador para ganar la puerta, redoblaron asi mismo los suyos. Apurada era su situacion, porque el estruendo que sonaba en los pasadizos del castillo harto claro le daba á entender los peligros que sin duda corrian sus compañeros, y una vez echado el rastrillo, podian los de dentro acudir á la muralla, volcar las escalas, y entonces solo les quedaba una muerte gloriosa y la pesadumbre de ver desvaratada una hazaña de tan venturoso principio. Acorralábanle en tanto mas y mas sus enemigos, y aunque habia ya tres tendidos delante de él, ciegos de ira y de vergüenza los demas, atropellaban por todo temor con menosprecio de sus vidas. En este tiempo el gefe de la guardia, puesto ya sobre un terraplen superior, les gritaba.—Apretadle, que va á caer el rastrillo y es nuestro!—cuando dando una gran voz y diciendo—«Mahoma, valme!»—cayó con la cabeza hendida por el medio del terraplen abajo. En seguida, y á modo de torbellino, salian por la puerta de la escalera dos guerreros que traian mal parados delante de sí unos cuantos moros, y que sin reparar en el número arremetieron con los contrarios de Salvador. Eran los tales Martin Galindo y Juan de Ortega, y aprovechándose nuestro mancebo de tan útil diversion, corrió á la puerta del castillo, abrióla de par en par, y dió larga entrada á los de afuera que de rondon se precipitaron; rompiendo y destruyendo cuanto se les ponia por delante. Reuniéronse entonces los tres amigos, y puestos á la cabeza de los suyos, poco tardaron en matar ó prender el resto de la guarnicion, quedando dueños y señores del

castillo. Al dia siguiente despues de una porfiada y récia batería, entraron asimismo en el pueblo los cristianos acaudillados por los mismos capitanes de la noche anterior, que se aventajaron maravillosamente á todos los demas.

Puso esta pérdida en gran consternacion á la morisma, como que vian á los enemigos en el corazon de sus tierras; y sobre ella se compusieron endechas y romances de tristísima tonada. El viejo rey Albohacen juntó aceleradamente un ejército de tres mil de á caballo y cincuenta mil peones, y con ellos caminó la vuelta de Alhama. Combatióla encarnizadamente durante muchos dias, y aun llegó á sacar de madre el rio de que se provee aquella villa, pero nada pudo contra el esfuerzo de los cristianos. Distinguióse Salvador en todos los lances y escaramuzas, poco contento de la alta prez que ganara de antemano, de modo que el marqués de Cádiz cobrole gran estimacion y le hizo muchas honras.

Como quiera el aprieto de nuestra gente era tal, que toda la Andalucía se alborotó y conmovió. Contábase por el mas poderoso entre los señores de esta tierra á Don Enrique de Guzman, duque de Medina-Sidonia, y en él tenian puesta todos la esperanza, si bien flaca por andar revuelto y enemistado con el de Cádiz, pero era harto hidalgo para anteponer particulares enojos al procomunal y á la ley de la caballería: asi fue que sacando el estandarte de Sevilla y juntándose con D. Rodrigo Tellez Giron, maestre de Calatrava; D. Diego Pacheco, marqués de Villena, y otros señores, acudió al socorro de sus hermanos. Alzaron el cerco los moros y se retiraron sin pelear, mientras los cercados salian al encuentro de sus libertadores con lágrimas de alegria en los ojos. El de Cádiz fuese con los brazos abiertos para D. Enrique, y con palabras en sumo grado comedidas y corteses pusieron término á las desavenencias que traian divididas las dos casas, sellando el pacto con el general alborozo. Pasaron alarde al otro dia del ejército cristiano, y á su vista fueron armados caballeros por el de Cádiz Juan Ortega y Salvador, calzándoles las espuelas el de Medina-Sidonia.



Por lo que toca á Martin Galindo, que ya lo era de Santiago, hiciéronle presente de una banda de honor y de un riquísimo alfange cogido en el saco de Alhama. Todos aquellos señores les honraron á porfia, saludándolos como á hombres los mas arriscados y valientes que en aquella faccion se hubiesen mostrado. El de Cádiz sin embargo no fue dueño de si propio, y harto mostró la predileccion que le merecia Salvador, en los encarecimientos con que lo presentó á los demas caballeros, maravillados de ver tan relevantes prendas en tan cortos años. Sacó entonces nuestro jóven dos cartas del seno y entregó una al maestre de Calatrava y otra al marqués, aguardando en silencio el resultado. A los pocos renglones que hubieron leido, vinieron entrambos á abrazarle diciendo el maestre:—¡Cómo asi! ¿Por qué el deudo cercano del valeroso Veremundo Osorio, del mejor amigo de mi padre, no viene á manifestarse á quien tanto le desea?—No menos cortés se mostró el de Cádiz que amaba tambien y respetaba al santo abad, á quien alcanzara en el mundo durante su juventud. Salvador adivinó al punto todo, puesto que nada supiese de antemano. El amor del piadoso cenobita acompañábale aun alli, y si le habia adornado con un apellido ilustre que en él se extinguia, habíalo hecho para que el mundo le acogiese con mas honra. Sintió el nuevo caballero una emocion profunda, y sin embargo respondió al maestre y al marqués que habia querido aguardar á que su brazo y su prosapia le abonasen al mismo tiempo; pero que sus favores de tal modo escedian el valor de entrambos, que no sabia como mostrarles su agradecimiento.—Escuchad, Salvador, le dijo el maestre despues de mirarle con atencion largo rato; aunque ni vuestra cuna ni vuestros hechos os subiesen tan alto, todavía hay en vuestra persona un no se qué que habla en favor vuestro. Mucho me habiais de honrar si me recibiéseis por vuestro amigo y compañero de armas, y no tengo reparo en pedíroslo, porque supongo, añadió con donaire, que no sois enemigo de mi noble órden, ni que os desdeñaréis de vestir un dia su santo hábito.—El de Cádiz, que lo oyó, dijo á Salvador:—El Maestre me ha ganado por la mano, y harto mas ganaréis en los escuadrones de Calatrava que no en mis banderas; pero sin embargo debeis saber, añadió apretándole la mano, que D. Rodrigo Ponce de Leon os estima y honra de tal manera, que le encontraréis con sus haciendas y su brazo siempre que le hubiéreis menester. Los demas caballeros hiciéronle tambien por su parte grandes ofrecimientos, y despidiéndose del bizarro Juan de Ortega, salió de Alhama con D. Rodrigo Tellez Giron, del cual no se volvió á separar.

Resplandeciente era la aurora de la carrera militar de Salvador, y ni él mismo pudiera esperar galardon tan alto. Tratábale el maestre con una amistad llena de miramiento y aun de ternura, que mas que otra cosa parecia fraternal cariño; los caballeros de Calatrava teníanle asimismo en mucho, y la gloria le entreabria las puertas de oro de su encantado alcázar. Sin embargo no era feliz: de contínuo se le venian á la memoria las rientes praderas de San Mauro, las soledades llenas de los acentos de su amor, y aquel vergel de recuerdos dulces y marchitos que animaba la imágen de María á modo de mariposa bellísima y errante: tan cierto es que el amor en una alma nueva se convierte en una pasion imperiosa y esclusiva que todo lo sujeta y subordina á su influjo.

Habian despachado un correo el de Cádiz y el maestre al venerable Osorio, dándole cuenta de las hazañas de Salvador y de la acogida que le habian hecho; y el mensagero que volvió al poco tiempo trajo cartas de gracias para los dos, y una mas larga para nuestro mancebo.

Decíale en ella que apesar de sus vivas diligencias no habia podido dar con el paradero de Ursula y María, pero que no por eso pensaba aflojar en sus pesquisas. Hablábale ademas con efusion y orgullo de la alegría que recibiera con las nuevas de su primera campaña, y concluia con saludables consejos y paternal ternura. Esta carta que Salvador abrió y leyó con indecible ansiedad, amortiguó aquella esperanza pálida y débil ya de suyo que relucia en su alma, y abrió de nuevo las llagas de su corazon. Afortunadamente volvió á resonar en Andalucía el estrépito de las armas, y á traer oportuna diversion á sus pesares. Sucedió por entonces el cerco de Loja, y sabido es que habiendo entrado los moros de rebato de los reales cristianos, cayó herido mortalmente de dos flechas el maestre de Calatrava. Con el espanto dieron los nuestros las espaldas, y cobrando ánimo los moros arremetieron con no vista furia contra el escuadron de la órden que al punto se agrupó en torno del caido maestre, y mantuvo solo la pelea hasta sacarle del campo; empresa con que salió al cabo Salvador, no sin recibir antes dos heridas. Aquella misma noche espiró D. Rodrigo Tellez Giron: lástima grande para todo el ejército por ser personage de altas prendas, y en la flor de su edad, que no pasaba de los veinticuatro años. Ni aun en la muerte desmintió la particular amistad que habia mostrado á Salvador, y espiró teniéndole asido de la mano y encomendándoselo muy encarecidamente á D. Gutierre de Padilla, clavero mayor de la órden.

Cuanto sintiese Salvador esta muerte, y cuan hondo le pareciera el vacío que en su corazon dejaba, no hay porque ponderarlo: baste decir que habia mirado al maestre con un afecto estraño y misterioso, que venia á ocupar en su pecho el lugar de los dulces cariños de familia, y que su falta ensanchaba sin medida aquel orizonte de soledad que por todas partes descubria. Al dia siguiente alzó el rey sus reales y se retiraron en buena ordenanza de sobre Loja. Acudió el marqués de Cádiz á consolar á Salvador en cuanto se lo permitian los riesgos del camino, y tornó á hacerle los mas cordiales ofrecimientos; pero D. Gutierre de Padilla le dió á entender que los adelantos y cuidado de aquel mozo eran ya deuda de la órden, promesa de que no se apartó jamás.

No le seguiremos por nuestra parte en todos los azares y peligros de esta porfiada guerra, durante la cual ninguna luz le trageron sobre la suerte de María las diversas cartas que desde San Mauro le enviaba el santo abad Recibió una cuando pusieron los reyes el cerco á la ciudad de Granada, edificando á su frente la villa de Santa Fé; y en ella le decia que habia vuelto atrás de los linderos mismos del sepulcro hasta donde le llevará una dolorosa enfermedad, pero que recobrado algun tanto habia tornado á sus pesquisas sin alcanzar por eso mas que antes; y por último, que iba perdiendo la esperanza de lograr ningun indicio, y aun de volver á ver á su hijo querido, segun la postracion en que habia quedado. De esta suerte los años empujaban hácia la huesa al hombre que le habia servido de padre; el maestre que como hermano le habia mirado descansaba ya en su fondo, y aquel amor que un dia le sirviera de norte y de fanal, desaparecia en las sombras del misterio ó de la muerte quizá. Miró detras de sí; allí la soledad y el vacío: volvió los ojos hácia adelante; allí los combates y su estruendo: alegróse de verlos tan cercanos, y precipitose en ellos con delirio.

Habíase escaramuzado reciamente una tarde, y Salvador se empeñó tanto en aquella ocasion, que vino á dar en una especie de emboscada donde mas de veinte moros le embistieron á la vez. Matáronle el caballo, y aunque, haciendo espaldas de una pared, se defendia valerosamente, era ya su muerte segura, cuando saliendo á galope de un bosquecillo de naranjos un caballero cristiano, cerró de tal suerte con los moros, que dando con dos en tierra y atropellando á los demas, los puso en despavorida fuga. Cogió entonces de la brida el caballo de uno de los muertos, y entregándoselo á Salvador, ambos salieron de aquel lugar la vuelta de Santa Fé. Caminaban en silencio, y nuestro jóven maravillado examinaba con suma atencion y curiosidad el arreo y apostura de su misterioso compañero Era este alto de cuerpo, llevaba baja la celada de su casco, una banda morada cubríale parte del peto y espaldar, y traia en el escudo por divisa un navío con las velas tendidas y en alta mar. Llegaban ya muy cerca de los reales, cuando Salvador rompió el silencio diciendo.—En verdad, señor caballero, que mereciais no ya un hábito el mas calificado de España, sino un reino por vuestra bizarra conducta. Alzad, os ruego, la visera, si quereis honrarme mostrándome el rostro de mi libertador, y aun su nombre para grabarlos en mi memoria eternamente.—« Mi reino no es de este mundo, » repuso el desconocido con voz grave y sonora, y aunque he estado cerca de esta generacion muchos años, ellos no han conocido mis caminos. »—Sorprendido se quedó Salvador al oir estas palabras bíblicas y solemnes, pronunciadas con un acento indecible de fuerza y de verdad. El guerrero prosiguió con tono lleno de afabilidad y de dulzura.—Pero vuestra cortesia me obliga tanto, que, puesto que en acorreros mas haya sido mi ganancia que la vuestra para hacer alarde de semejante accion, no solo os descubriré mi rostro sino que tambien os diré mi nombre. Llámanme *Cristoval Colon*.—Esto diciendo alzó la celada y mostró á Salvador un semblante reposado y lleno de autoridad. Eran sus ojos garzos, rubio su cabello, y su mirada de águila caudal y poderosa. Habia en aquella cabeza un no sé que de inspiracion, de fortaleza y de genio tan robusto y pronunciado, que Salvador se sintió penetrado de admiracion y respeto, y como flaco rapaz delante de un coloso. Entraron en esto en Santa Fé, y se separaron cortesmente llevando nuestro mozo el ánimo preocupado y lleno de la idea de aquel hombre misterioso. Preguntó á un caballero de Calatrava quién era Cristoval Colon, y contóle al mismo tiempo la aventura. Dióse á reir el caballero, y le dijo:—Es el loco mas hidalgo y mas valiente que he visto; pero son tan sandios los proyectos que revuelve en su imaginacion, que le han mermado el seso. Habeis de saber que pretende descubrir nada menos que un nuevo mundo, y ha presentado los proyectos á la corte; pero aunque ha fascinado á algunos, los mas le han lástima por su desatino.

Poco se contentó Salvador de oir hablar con tan escaso comedimiento de un hombre á quien sin saber por que tenia en mucho; amen de que se le hacia duro de creer que la locura ejerciese tamaña superioridad. Era su carácter naturalmente entusiasta, y so color de dar las gracias á Colon por su ayuda, pero en realidad para descorrer algo del velo que le encubria, encaminóse á su posada. Hay lazos secretos y simpatías que ligan á las almas elevadas, y las reunen en un punto, bien así como una mísera luz atrae á dos mariposas que vuelan en distintas direcciones. Por otra parte Salvador habia cultivado las ciencias entre los monges de San Mauro, y por una intencion pronta y feliz comprendió los planes gigantescos del gran Cristoval: de modo que el predominio del genio y el ascendiente de la razon le cautivaron al mismo tiempo con su seduccion irresistible. Desde entonces prohijó con ardor aquella idea milagrosa, y fue para el gran Colon como un hermano ó como un hijo.

Entre tanto amaneció el dia venturoso de la rendi-

cion de Granada. Era cosa de ver la pompa y magestad de los reyes y sus hijos, las armas y el arreo de los grandes, la tristeza de los moros, y el júbilo colmado de los cristianos. Entró el rey en el castillo de la Alhambra seguido de la flor de la caballería española, y despues de hecha oracion en accion de gracias, Fray Hernando de Talavera, Arzobispo electo de aquella ciudad, puso la cruz arzobispal, que delante de sí llevaba el de Toledo, en lo mas alto de la torre principal y del homenage con el estandarte real, y el de Santiago á los lados. Siguióse un alarido inmenso de alegria que llegaba á los cielos: todos los ojos estaban arrasados en lágrimas, y los corazones parecia querérseles salir del pecho á aquellos soldados valerosos. Volvieron los reyes á sus reales despues de recibir el parabien y homenage del nuevo reino, y aquella misma tarde entre los diversos premios que se repartieron, puso D. Fernando de su propia mano el hábito de Calatrava á Salvador, y Doña Isabel le regaló una cadena de oro; lisonjero galardon de su valentia y denuedo.

No era cumplido sin embargo su gozo, porque los recuerdos que entenebrecian su corazon, casi cerraban el paso á la luz de esperanza y de gloria que destellaban aquel dia las cumbres de la Sierra Nevada; pero aun de este leve resplandor que le llegaba, parecia ofenderse la suerte. Departiendo estaba con Colon sobre el intentado viage, cuando un correo que llegó al rey de Galicia, le trajo la última carta de Fray Veremundo Osorio. Lleno de tribulacion noticiábale el anciano como habia descubierto el paradero de María, pero que mas se holgara de no haberlo logrado jamás, pues que su triste amante la habia perdido para siempre, y debia rogar á Dios por ella. Desde muy atrás se habia arraigado semejante idea en el ánimo de Salvador, pero la realidad desnuda y yerma acabó de romper en su pecho un resorte que imaginaba ya quebrado, y cortó el último hilo que podia guiarle en el laberinto de la vida. Vió seca de repente la fuente del consuelo; miró en torno de sí y hallóse solo; buscó el estruendo de las batallas, y por donde quiera palpó el silencio de la paz; nada encontraba finalmente donde saciar el ansia de su alma calenturienta y desquiciada. Colon, que comprendia su amargura, le habló entonces de un viage portentoso, de peligros y de hazañas allá en el confin de la tierra, de una gloria duradera mas que el mundo y que las edades; y la mente exaltada de Salvador guió sus alas hácia estos campos de luz que aquel grande hombre le mostraba.

Despues de mil trabajos y penas salió por fin Cristoval Colon del puerto de Palos de Moguer el dia 3 de agosto de 1492, enderezando su rumbo hácia Canarias, y aunque hasta allí pudo llevar sosegados los ánimos de su gente, su viage en adelante fue un tegido de sublevaciones y de peligros, en que á no haber contado con el corazon de Salvador, se hubiese hallado de todo punto solo. La inmensidad de aquellos mares solitarios donde el ojo y el brazo del mismo Dios eran los únicos que pudiesen verlos y ampararlos, y la amistad de aquel hombre extraordinario que caminaba al través de los abismos en busca de una tierra desconocida, derramaron en el alma vacia y desconsolada de nuestro mozo un consuelo inefable y grande como su dolor. Caminaban entre tanto, y su camino parecia sin fin. Los ánimos mezquinos de aquella gente sin fé encendiéronse por último en tales términos, que ya ni la elocuencia y serenidad del almirante, ni el denuedo de Salvador, podian impedirles que volviesen las proas hácia España. Colon en semejante extremidad les prometió y juró de hacerlo así con tal que á los tres dias no encontrasen tierra; pero apenas los conjurados le dejaron solo con su único amigo, cuando desatinado y alzando los ojos y las manos al cielo, exclamó con el acento de la desesperacion: —¡Oh Dios mio, Dios mio! ¿Me vedareis como á Moisés la entrada en la tierra prometida, á mí que nunca he dudado de vuestra grandeza, á mí que no he tenido mas consuelo en mis tribulaciones que una idea de gloria para vos y para mis hermanos? ¡Oh Dios mio, Dios mio! —Salvador fuera de sí se volvia y revolvia á todas partes, como si pidiese ausilio al espacio y al silencio, cuando de repente y con el rostro inflamado asió del brazo al almirante, y le mostró una bandada de pájaros que batian sus alas hácia ellos. —Vedlas, le dijo con entusiasmo: ved las palomas del arca santa! Dios os las envia sin número cuando á Noé vino una sola. —Eran en efecto todas avecillas de poco vuelo, claro indicio de tierra cercana: pero aquel plazo fatal de los tres dias era como la espada de Damocles para el desolado Colon.

Aquella misma noche á cosa de las diez velaban ambos amigos en el castillo de popa, cuando llamó el almirante la atencion de Salvador señalándole una luz como de antorcha que á lo lejos relumbraba. Subia el resplandor, bajaba y escondíase como si lo llevase una persona en la mano, y los dos lo observaban palpitando, hasta que Colon exclamó con voz de trueno: —El Nuevo Mundo! El Nuevo Mundo! He aqui que las tinieblas cubrian su faz, y yo lo he sacado de las tinieblas! Yo soy el espíritu de Dios que era llevado sobre las aguas! —Al decir esto centelleaban sus ojos de tal modo y estaba tan sublime, que Salvador cayó involuntariamente de rodillas delante de aquel hombre exclamando tambien: —Sí, capitan, sois grande como el espíritu del Señor que cabalgaba en el torbellino. —Avergonzóse Colon entonces de aquel movimiento de orgullo, y dijo alzando á Salvador: —Nunca el vaso de barro se levantará contra el alfaharero que lo formó: del Señor es la redondez del orbe y la plenitud del mar, y nosotros no somos sino gusanos delante de él. —Abrazáronse en aquel punto los dos amigos, y largo rato estuvieron asi sin hablar palabra. Dos horas despues ya las tripulaciones cantaban el *Te Deum* en accion de gracias.

La tierra que vieron al amanecer era la isla de Guanahaní, á quien Colon puso por nombre San Salvador, tanto en memoria del Dios que le habia salvado, como de su generoso compañero. Tomaron tierra en seguida en medio de los isleños asombrados, y Colon plantó el estandarte real y la cruz entre las aclamaciones de los suyos, que entonces le adoraban como á un Dios. Aquellos salvages parecian de condicion blanda y pacífica, y Salvador se internó en la isla, porque su corazon necesitaba latir á solas. Ostentaba aquella tierra todas las galas de la virginidad y de la juventud: sus pájaros, sus árboles, sus flores, todo era nuevo y milagroso: sus arroyos corrian mas dulcemente que los pensamientos de una niña de quince años: era aquello la primer sonrisa de la naturaleza, un sueño de esperanza, de amor y de ventura. Todos los pensamientos de su vida pasada agolpáronse entonces de tropel á la memoria de Salvador, corrió de sus ojos larga vena de llanto, y con el pecho hinchado de sollozos exclamó: —María! María mia! ¿Por qué no nacimos los dos en este paraiso, lejos de los poderosos de la tierra? Nuestras horas se deslizarian como estos cristalinos arroyos, é iríamos á dar en el Océano del sepulcro con toda nuestra felicidad é inocencia. Angel de luz que estás junto al trono de Dios! Héme aqui solo y errante en estas playas apartadas, el corazon sin amor y el alma sin esperanza! ¡Oh María, María! —Murmuró en voz mas baja y se sentó llorando en la soledad con indecible amargura. Recobróse por fin al cabo de una buena pieza, y enjugándose las lágrimas fue á reunirse con sus compañeros y con

Cristoval Colon, de quien no se separó hasta su catástrofe, bien conocida de todos. Sabido es que los grillos y una sentencia de muerte fueron el galardon de sus servicios, y aunque el rey le recibió con distincion despues, y se enojó por demas de la barbarie del juez Bobadilla, ni castigó á este ni devolvió á Colon sus honores y prerogativas.

Salvador pensó entonces en la justicia de los hombres y en las mentirosas glorias del mundo: la hiel que por tanto tiempo habia ido filtrando en su corazon se derramó de él y emponzoñó su alma. Vió agostada aquella riquísima cosecha de fama y de honor que habia soñado; se sonrió amargamente y exclamó meneando la cabeza: ¡«Vanidad de vanidades y todo es vanidad!» Volvió entonces su corazon al padre de las misericordias, y diciendo un á Dios eterno al desgraciado Colon, tomó el camino de San Mauro de Villarrando, resuelto á aguardar la muerte bajo sus bóvedas silenciosas.

Enrique Gil.

CRITICA LITERARIA.

POESIAS

DE D. RAMON CAMPOAMOR (1).

Escasas como son hoy las ocasiones de sincero encomio, que se le ofrecen al escritor imparcial y desapasionado, aprovechamos gustosos esta que se nos presenta de hacer justicia al talento de uno de los jóvenes mas aprovechados de nuestros dias, y de llamar la atencion del público, que asaz perezoso y soñoliento, ha siempre menester del acicate de la crítica para fijar su desdeñosa vista sobre el que descuella rico en obras y en porvenir, en ese tan difícil como anchuroso campo de la literatura.

Hay una circunstancia que de por si abona las poesías del Sr. Campoamor; que una corporacion, un instituto artístico y literario las haya impreso de su cuenta, dando asi principio á la positiva proteccion que ha de dispensar en adelante al saber y al genio, contribuyendo á la difusion de las obras que sean dignas de esta honra. Fáltanos ahora averiguar si la del jóven poeta, objeto del presente artículo, es digna de la prelacion que ha obtenido, y si el Liceo ha andado cuerdo en dar principio á su loable empresa, por el tomo que á la vista tenemos. Corolario indispensable ha de ser del favorable fallo que arriba emitimos, la aprobacion del pensamiento práctico de aquel instituto.

Abramos ahora el libro al acaso y leamos la página que se nos presente. Tiene por título la composicion en que hemos tropezado *La guirnalda*, y es un fantástico ensueño del poeta que cree ver á aquella suspendida de los aires, y aguardando á que la mano de una hermosa se la ciña blandamente á sus sienes. Gózase con infantil placer describiendo ora las oscilaciones de la florida cadena, ora pensando quien será la fortunada vírgen que para si la logre:

Palma del mejor modelo
será esa guirnalda hermosa,
que al aire ondea graciosa
mintiendo el iris del Cielo.
Listadas de azul y gualda
sus bellas flores nacieron;
jamás las gracias tegieron
tan peregrina guirnalda.
Ved las auras amorosas
¡como vagando la mecen!
ved ¡que conformes parecen
entre los lirios las rosas!
. . . . . .
. . . . . .
Y cuan gallardas las flores
dán, con gentil movimiento,
capullos y hojas al viento,
frescura, esencia y colores!
Si alguna entre tanta bella,
aspira al don soberano,
levante airosa la mano
y ciña su sien con ella.
Mas cuide no se la ciña
sin ser de beldad modelo,
pues pagará, vive el Cielo,
su inadvertencia de niña.
. . . . . .
Y fresca y suave y pura
sobre los aires flotando,
desde hoy la dejo esperando
la Reina de la hermosura.

Quien asi sueña gratamente, quien tan bellos delirios alimenta, ese no debe haber perdido ninguna de las ilusiones de la infancia, nada de ese rico tesoro que un dia y otro van mermando, hasta quedar como un triste recuerdo que martiriza al alma, porque manifiesta cuanto es amarga la realidad despues de las dulces fantasías que con nosotros crecieron en la cuna.

Nada hay de escepticismo en las frescas composiciones de Campoamor: su alma henchida de fé y de pureza, solo vé las rosas del mundo, porque aun no ha sentido sus espinas; mecido asi por las halagüeñas esperanzas que engendra, canta el incierto vuelo de la mariposa, y el afan de la niña, que imágen del hombre corriendo en pós de la felicidad, se afana ganosa de coger el matizado insecto: aquí el poeta es filósofo, tal vez por instinto, y donde no vió mas que la vana porfia de una niña, halla el pensador un punto de graves y amargas meditaciones.

Y tiernas flores hollando,
y frescas áuras batiendo,
la niña sigue corriendo,
la mariposa volando.

Corona este pensamiento final el de toda la composicion, y termina dignamente aquella delicada alegoría, que presenta dos faces, no menos bella la una que la otra; la apariencia y el fondo, la idea y el desempeño; que igualmente honran al filósofo que al poeta. Créase este en sus delirios un mundo á la vez ideal y positivo, que tiene de lo primero la forma y de lo segundo la espresion; en cada flor, en cada arroyo, en cada onda levísima y transparente, halla mil gratas imágenes, que con sentido acento, con suave franqueza, describe ligera y minuciosamente. Nuevo rey de Arcadia, posee verjeles, y praderas y dilatados bosques: en ellos no moran ya las pastoras de otro tiempo: en ellos no suena ya la flauta amorosa de Fileno, ni la zampoña rústica de Batilo; si el teatro es el mismo, los actores han cambiado de trage y de nombre, que estraño anacronismo fuera pintarnos al blondo y amoroso pastor apacentando su rebaño, cuando otra tan diferente realidad tenemos. No; hoy el poeta no vé esas que podemos llamar visiones; hoy nos cuenta á nosotros, torpes y descreidos cortesanos, los placeres y la poesía de la naturaleza, que es de suyo sobrado magnífica para necesitar de actores humanos, y sonlo de ella los rios, las áuras, las flores, los insectos, las aves, las maravillas todas de la creacion. ¡Y como al escuchar todas esas belle-

(1) Un tomo en 8.º Véndese en la portería del Liceo.

zas que ignorábamos, ¡como resbala por nuestra mente un tardío pesar, un sentimiento vago de amargura, y tal vez una loca envidia, al ver á quien supo descubrir á nuestro lado un manantial de goces y de tranquilos deleites, que nosotros no habíamos adivinado!.....

Y si se duda de esto que asentamos, ábrase el libro por dó quier, y por dó quier se hallará el testimonio de nuestras palabras; ni tampoco se crea que no es verdadera la poesía de Campoamor, ni que sea toda de ensueños y de fantasías; si en el alba y en el anochecer no vemos mas que el dia que nace y el dia que muere, culpa es nuestra que no contemplamos el espectáculo magnífico de la creacion, que no vemos sus galas ni sus prodigios; que miramos al sol cuando nos alumbra, y que le olvidamos en cuanto se esconde. En las tres bellísimas silvas á la luz está descrito con admirable verdad el movimiento de la naturaleza en tres épocas distintas: el cuadro que presenta el poeta al despuntar la aurora, es grato, apacible y halagüeño.

Ya la luz matutina,
fantástica, riente,
se asoma peregrina
por el rosado oriente,
y rica y esplendente
entre risas y perlas se avecina.
En las auras pasando
sus levísimas huellas
lijera vá estampando,
las nubes matizando
éstas de nieve, de carmin aquellas.
Ya las tiñe nevada
riendo bulliciosa,
ya en sus limpios vapores
partida en mil colores
las esmalta rosada,
bellas, si colorada,
pero si blanca, hermosa.
Y asi pasando leve,
fugaz, de nube en nube,
pisando veleidosa,
con su fulgida huella,
esta con pies de nieve,
con pies de rosa aquella,
la luz de la mañana
por el oriente sube,
derramando lozana
con grata confusion jazmin y rosa.
. . . . . .
. . . . . .
Las despeñadas fuentes
su venida celebran,
hirviendo transparentes,
y con bullir sonoro
entre las guijas de oro
cuajando espumas, sus cristales quiebran.
El amoroso bando
de céfiros suaves
vá por el valle errando,
sin fin multiplicando
los dulces ecos de las dulces aves.
Saludan la alborada
los arroyos corriendo,
los pájaros trinando;
aquellos las orillas
de perlas guarneciendo,
y estos al aire blando
plumas y sones dando.
. . . . . .
. . . . . .

Descúbrese aqui el profundo estudio que el jóven poeta ha hecho de los buenos modelos en este género, y bien á las claras se nota que ha sazonado su inspiracion la suave musa de Rioja. Con pesar renunciamos á señalar otras bellezas de esta y de otras composiciones; quedémoslas tambien dejar vírgenes para que el lector mas goce hallándolas hermosas, sin que nadie sino su propia razon se lo haya dicho.

Pero, se nos opondrá por algunos, «semejante escuela, tan apacible estilo, no es el que corresponde á nuestra edad, no es el que reclama nuestro siglo, porque no está en armonía con sus pasiones violentas, ni con su espíritu fogoso y ardiente.»—Y que, ¿son menos bellas por eso las obras del Sr. Campoamor? ¿Ha de circunscribirse la poesía á las pasiones humanas, ha de ser siempre una epopeya, no ha de enseñar los goces apacibles de la vida, pues que la otra enseña sus borrascas y sus dolores?.... Para algunos, hoy solo es posible la poesía, que sino creó, desenvolvió al menos Byron; para algunos, todo ha de ser en ella profundo y amargo; para algunos, con Argensola, Garcilaso y Góngora, pasó la edad y el gusto de sus obras. Errada como es, y perjudicial como nos parece esta opinion, creémosla con todo sobrado débil para que nos esforcemos en combatirla: fatales serian las consecuencias si se tratase de limitar el horizonte por donde puede revolar el genio; si se le marcase el espacio que hubiese de recorrer, y si se le pusiesen vallas y diques. Concedamos que hoy dia el siglo de Napoleon ha variado nuestros gustos y nuestras creencias; no soñemos con las zagalas, ni con los pastores amorosos que tan bien retrataron nuestros grandes poetas; pero no prostituyamos los accesorios, los medios, los fines de sus obras con un loco espíritu de novacion y de progreso.

El Sr. Campoamor ha tomado de los eminentes modelos de nuestra poesía, lo que puede sin riesgo adoptarse; á ello ha unido su imaginacion creadora, su sutil ingenio, y se ha formado así un género que con razon puede llamar propio: en él hermana lo apacible con lo sublime; la verdad con la belleza; el sentimiento con la voluptuosidad. Rico en imágenes, exacto y claro en la locucion, terso en el estilo, se ostenta siempre variado y ameno: recorre el lector su libro sin apercibirse de ello, y como la afanosa abeja que liba las flores mas frescas y galanas, asi pasa aquel de una en otra composicion, hasta que la última termina su grato éxtasis. ¿Y despues de esto se nos dirá por alguno que no responde este género á las exigencias de nuestro siglo, que es en él pálido y opaco, que Byron, Victor Hugo y Lamartine le han hecho imposible?... Nosotros mas eclécticos, mas tolerantes, aceptamos las obras y la escuela de esos tres poetas, porque en lo bueno no hay escuela, y la belleza las comprende á todas; pero para descansar de los dolores de la vida, para olvidar sus penas y sus angustias, haya un bálsamo que aplaque el ardor de la fiebre; haya una fresca gruta donde descanse la mente inquieta; haya en fin un florido pensil donde se aduerma el ánimo gratamente; siquiera al despertar parezca la realidad mas áspera y mas dura.

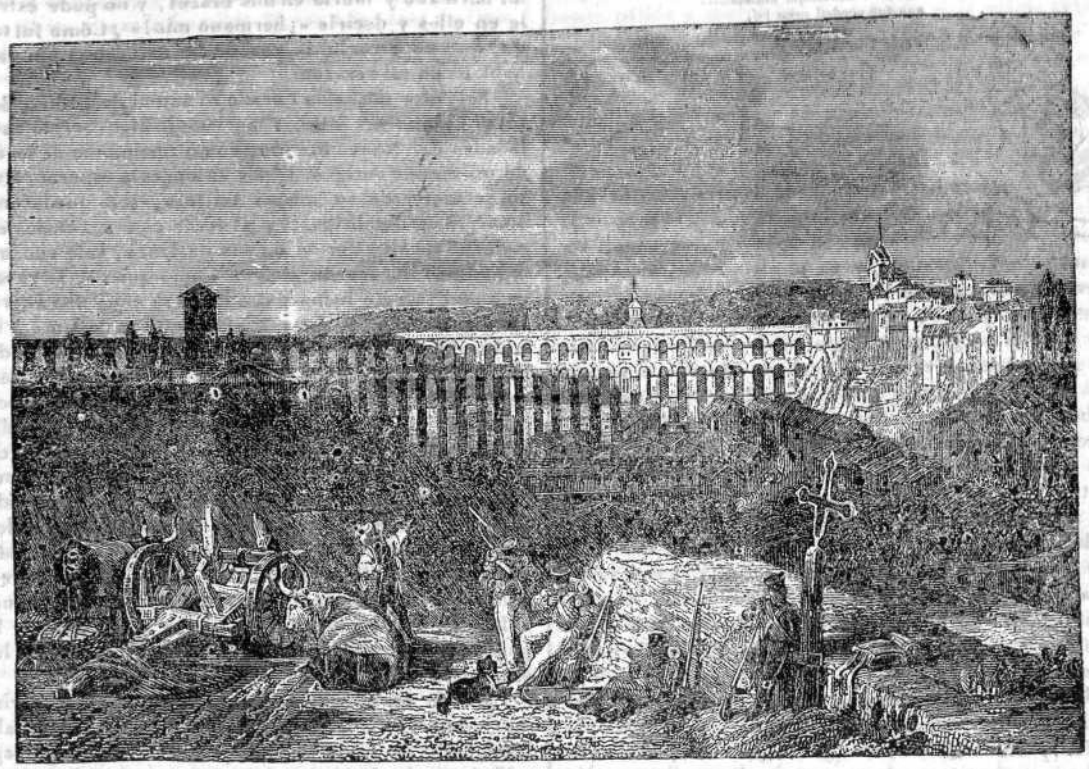
R. DE NAVARRETE.



ADVERTENCIA. Los señores suscritores á la segunda edicion del Semanario, pueden desde hoy acudir á recoger la tercera y cuarta entregas reunidas del tomo segundo (1837), con lo cual queda completo dicho tomo y abierta la suscricion al tercero (1838) que está en prensa.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.

ESPAÑA PINTORESCA.



EL ACUEDUCTO DE SEGOVIA.

Entre los muchos monumentos antiguos que recomiendan á Segovia, el mas importante por su objeto y por su grandiosa ejecucion, es el acueducto romano.—Esta ciudad se halla situada sobre dos colinas, y en el valle que las separa, posicion que privaba del agua á una gran parte de sus habitantes. En una época remota que la mayor parte de escritores fijan en el reinado de Trajano, trató de satisfacerse aquella necesidad por un acueducto, que aun en el dia es una de las obras romanas mas admirables y mejor conservadas. Empieza á nivel de la tierra recibiendo desde luego el agua que conduce, sostenido por un solo órden de arcos que en un principio no esceden de tres pies, y siguiendo por un declive casi insensible vá á ganar la cima de la colina que está al estremo opuesto de la ciudad, adquiriendo altura á medida que el terreno baja, de suerte que en la parte mas elevada parece un puente levantado sobre un abismo. Hay dos ramales que forman con relacion á la ciudad un ángulo bastante obtuso; y desde el principio de este ángulo, es desde donde en realidad se hace imponente. Allí sus dos órdenes de arcos se elevan majestuosamente uno sobre otro, y causa ciertamente asombro al comparar con su elevacion su estrecha base. La solidez de este monumento que ha desafiado los esfuerzos por lo menos de diez y seis siglos, parece inesplicable cuando se examina de cerca la sencillez de su construccion, que se compone únicamente de piedras cuadradas colocadas unas sobre otras, sin apariencia esterior de cimento alguno de argamasa, bien sea porque efectivamente hayan sido colocadas sin aquel ausiliar, ó ya por que el tiempo las haya limpiado de él y dejado libres sus ángulos. Dá compasion el ver algunas miserables casucas aglomeradas en torno de las jambas de aquellos arcos, buscando en sus robustos escombros un apoyo contra su propia debilidad, y pagando este beneficio con la degradacion de aquel grandioso monumento; pero apenas se elevan á la tercera parte de su altura, y sirven para hacer resaltar mas y mas la nobleza y magnificencia del acueducto. Su vista, la del magnífico alcázar y la de la catedral unidas á la general de la ciudad, que forma la figura de un barco, producen agradable sensacion en el viagero que arriba á Segovia, dándole á conocer la importancia que en otros tiempos tuvo aquella ciudad, hoy tan tristemente decaida.

EL LAGO DE CARUCEDO.

TRADICION POPULAR.

III.

HIERRO Y CASTIGO.

Solo ¡ una mujer amaba!....
que fué verdad creo yo,
porque todo se acabó,
y esto solo no se acaba.

CALDERON. —*La vida es sueño.*

En una hermosa mañana de primavera del año 1493, un caballero de Calatrava armado de todas armas se apeó en la portería de San Mauro de Villarrando, y ya pisaba el umbral, cuando acertó á ver delante de sí la pasmada figura del padre Acebedo, portero de la abadía, que con atónitos ojos le miraba. — ¿Tan mudado vuelve un antiguo amigo que no le conoce el padre Acebedo? le dijo el recien llegado. —¿Quién os habia de conocer, Salvador, respondió el buen religioso abrazándole, tan galan y gentil como venía con esa cruz de caballero al lado?--Harta priesa me dí para ganarla con aquellos perros, repuso Salvador con aparente jovialidad; pero decidme ¿y el santo Osorio?..... añadió, procurando encubrir su zozobra. —¿Pero sabeis que venis flaco y malparado en tales términos que nadie diría que érais vos? ¿Estais enfermo?....Jesus! y es este aquel mozo tan gallardo? vaya! si parece que la vejez le ha cogido de improviso en lo mejor de su camino! —Pero el venerable abad?... replicó Salvador con impaciencia.—¡Ay, hijo! contestó el buen portero, está tan postrado con la carga de los años, que apenas se puede decir que vive. Ha mandado levantar una especie de ermita con su vivienda en la *Hondonada del Naranco*, y allí pasa las horas en la soledad sin venir nunca al monasterio. Estos dias pasados hablaba mucho de vos y de la pesadumbre que le causaría morir sin que le cerráseis los ojos. Pero os poneis tan pálido!... ¿queréis tomar alguna cosa?—No, nada, replicó Salvador, procurando ocultar su turbacion; solo os pido que le prevengais acerca de mi llegada, porque podria hacerle mucho daño mi repentina vista. —Si por cierto, dijo el padre Acebedo, voy allá volando, pero venid vos tambien á aguardar la ocasion de abrazarle en la huerta.

Encamináronse en efecto los dos hácia allá, y el honrado portero con su priesa y su alegría urdió con tanta sencillez como torpeza una fábula, por entre cuyos hilos el buen abad vió harto claro lo que aquello quería decir; y levantándose con no vista y maravillosa presteza, se encaminó á la puerta gritando:—Salvador! hijo mio! por qué no vienes?—Corrió este desalado al encuentro esclamando:—Oh, padre mio! padre mio! y en el mismo dintel se abrazaron ambos sin ser poderosos á decir una palabra. Repuestos por fin y sosegados al cabo de una buena pieza, habló de esta suerte aquel varon piadoso —El cielo ha oido mis oraciones, y ahora despues de haberte abrazado ya puede venir la muerte. Como los dias del hombre pasan semejantes á la flor del heno, y los mios estan contados, anhelaba verte para descubrirte el secreto de tu familia y nacimiento. Largos años te aguardé; pero como no volvias y el plazo iba ya vencido, y á mi diligencia estaba encomendado el abrir el pliego, rompí el sello y lo ví todo. Si en tu corazon se anida la vanidad mundana, regocíjate y alza la cabeza, porque eres hijo de los poderosos de la tierra. Doña Beatriz de Sandoval fue tu madre, y el que te engendró mi compañero de juventud y dulce amigo Don Pedro Giron, maestre de Calatrava. —¿Con qué segun eso, preguntó Salvador con ansiedad, el maestre Don Rodrigo Tellez Giron, que murió en el cerco de Loja, era mi hermano? — Si por cierto: la misma sangre corria por vuestras venas. —Con qué era mi hermano! respondió Salvador con una voz interrumpida de sollozos, con qué era mi hermano y murió en mis brazos, y no pude estrecharle en ellos y decirle «¡hermano mio!» ¿Cómo fuí tan sordo, que no escuché la voz de la naturaleza que tan alto hablaba en mi corazon?

Salvador no habia llorado ni aun al despedirse de Cristóval Colon: sus últimas lágrimas habian corrido en las soledades del Nuevo Mundo, como testimonio de los dolores de un mundo antiguo. Desde entonces la esperanza voló de su corazon: de su misma tristeza, solo quedaron heces amargas y desabridas, y al tocar con sus dedos el bello cadáver de su amor y de sus ilusiones, solo encontró un esqueleto descarnado y frio. Como quiera, la revelacion de aquel secreto habia pulsado en su alma una cuerda que imaginaba rota, y que respondió en son doliente á las palabras del abad: tan cierto es que allá en el fondo del corazon humano siempre hay un eco que responde á los dolores. Salvador habia nacido de un amor que no recibió la bendicion de la iglesia, en la época revuelta y desdichada del reinado de Enrique IV; sus padres murieron cuando niño, y los zelos de la madre de Don Rodrigo Giron, que temblaba que el maestrazgo de Calatrava, concedido á su hijo, no pasase á su hermano, le acompañaron desde la cuna con tal constancia, que de seguro hubiese caido bajo sus golpes, si el buen abad de Cardeña, pariente de su madre, no le hubiese puesto al abrigo de los ignorados valles de Carucedo. Era su suerte la de conocer la vida por sus amarguras, y los amores de la tierra por los vacíos que su pérdida deja en el alma.

Pasado un buen espacio, y como el abad le viese ya mas sosegado, le habló del porvenir que le aguardaba de los deberes de su nacimiento y de la fortaleza y magnanimidad propia de los hombres, y en especial de los caballeros. Salvador le respondió:—Escuchadme, padre mio, porque mi resolucion es séria y profunda, y quiero que la conozcais. Ya sabeis que en mis dulces años amé con la pureza de los ángeles á un ángel que vino á consolar y embellecer estos valles, y que aquel amor se disipó como el rocío de las praderas. Entonces me lancé por el camino de la gloria, y delante de la vencida Granada el rey me vistió el hábito que veis; pero mi alma estaba enferma de soledad y de ansia de mayor nombradía. Busqué con un hombre enviado de Dios un nuevo mundo al través de la inmensidad y de los abismos del Oceano, y la tierra prometida desplegó á nuestros ojos todas sus galas y riqueza. La vista de aquellas playas solo trajo lágrimas á mis párpados, vacíos á mi corazon y desengaños á mi entendimiento. Por premio de nuestros trabajos el gran Colon y yo hemos tenido grillos á los pies, y la cuchilla del verdugo sobre nuestra cabeza. Ya lo veis, padre mio; el amor es una flor del cielo que se agosta en esta tierra empapada en lágrimas, y la gloria no pasa de una dorada mentira. ¿Creeis por ventura que un corazon tan llagado como el mio se curará con el humo de las vanidades mundanas? ¿No era mas bello el nombre que labré con mi espada, que el que la suerte tardía me ofrece ahora como por una burla cruel? Yo he venido á buscar el consuelo al pie de los altares y en el seno de la oracion: mi resolucion es invariable, y si mañana mismo me abriéseis las puertas del santuario y recibiéseis mis votos, tened por cierto que la bendicion de mi padre bajaría so-

bre mi cabeza, cubierta con la cogulla de San Bernardo.

Siguióse una larga pausa á esta declaracion, sin que ni el religioso, ni el caballero se diesen priesa á romper el silencio.—Salvador, le dijo por fin el anciano, maravillado me dejas con tu resolucion, y aunque no seré yo quien te la reprenda, menos te encubriré las dudas que me asaltan. Dudas tremendas por cierto; porque si el despecho y no la resignacion te traen al silencio del claustro; si en vez de un corazon humilde llevas á las aras de Dios uno lastimado de orgullo y de desesperacion, por ventura encontrarás la pelea donde pensaste hallar el descanso. Créeme, hijo mio, Dios no envia sus ángeles de consuelo sino á las almas que se desprenden y desatan de las aficiones de la tierra. Dime, ¿si llegases á encontrar un dia á la muger que amaste, no maldecirias de la hora en que naciste?

Brilló entonces en los ojos de Salvador uno de aquellos relámpagos que dan muestras de las tempestades interiores, y dijo con suma zozobra:—¿Pero no me dijisteis que murió?—Sí: murió para tí y para todos, aunque su alma vivirá eternamente para Dios! replicó el anciano prontamente.—Pues entonces, añadió Salvador con sordo acento, tanto mejor, y por caridad dadme vuestro santo hábito, que sino me juzgais digno de él lo iré á pedir á la puerta de otro cualquier monasterio.—El prelado vacilaba todavía, hasta que el mancebo le dijo con entereza.—¿Qué temeis? ¿No veis que mi frente ha comenzado ya á encalvecer, y que no hay ilusiones, ni engaños por dulces que sean, que resistan á treinta y tres años de pesares?—El religioso entonces como vencido, alzó los ojos al cielo y esclamó:—Hágase la voluntad de Dios!

A los pocos dias tomó Salvador el hábito de San Bernardo en la iglesia de la abadía, y asimismo profesó; cosa en que vino el santo Osorio vencido de sus ruegos, y usando de las facultades que tenia para dispensar el noviciado. Fácil es de conocer la admiracion que causaría á todos los monges semejante suceso, tanto mas cuanto que el nacimiento del nuevo hermano ya no era un misterio, y que ademas todos le habian visto llegar adornado con la cruz de una de las órdenes militares mas gloriosas de España. Miraron como un predestinado al hombre que en la flor de su edad de aquel modo tenia en menos la halagüeña fortuna con que el mundo le brindaba, y desde entonces le mostraron una especie de respeto que su austeridad y devocion aumentaban y engrandecian sobre manera. De allí á pocos dias acaeció la muerte del venerable Fr. Veremundo Osorio, que pasó á mejor vida consumido de caridad y con toda la paz y el sosiego del justo, y en su lugar y como testimonio de veneracion á su memoria, eligieron por sucesor suyo á Fr. Salvador Tellez Giron.

El nuevo abad trataba con dulzura verdaderamente paternal á todo el mundo: el rigor y la penitencia solo consigo propio los usaba, y su mano no contenta con enjugar las lágrimas que la muerte de su predecesor habia hecho correr en el pais, derramaba sin cesar beneficios y consuelos. A pesar de tanta caridad, los monges antes esquivaban su compañía que la solicitaban. A veces encontrábanle paseando en un claustro solitario, y aunque pasasen junto á él ni los sentia ni los saludaba, tan embebido andaba en sus meditaciones. Otras veces los que mas cerca de él estaban en el coro oíanle pronunciar en vez de los versículos sagrados, palabras incoherentes y sin sentido, cuya significacion no comprendian, pero que por el acento con que salian de su boca, sucedia que los dejaban helados de espanto. Habitualmente permanecia encerrado en el oratorio de la cámara abacial, donde se guardaba la imágen de una Dolorosa de que años antes habian hecho merced al monasterio; y arrodillado delante de ella pasaba las horas. Parecia salida aquella vírgen del pincel afectuoso y puro de Alberto Durero, así por la casta suavidad de la espresion, como por la correccion suma del dibujo y la delicada belleza de las líneas. Habia desaparecido de su rostro toda la flor de lozanía y de juventud con que los pintores han solido adornar á María, no quedaban mas que los misterios del dolor en aquella frente pálida y marchita, y la gracia y la mágia primitiva, propia de la madre de Dios, oscurecidas por las nubes del pesar. Salvador, que segun pudimos ver en el asalto del castillo de Alhama, era muy devoto suyo, acudió á demandarle su amparo y á mostrarle las heridas de su pecho: y en verdad que durante algunos dias creyó que la reina de los ángeles le miraba con amor, porque encontraba un inesplicable consuelo en contemplar su dulcísimo semblante, manantial para su alma de suaves y desconocidas imaginaciones, que tanto se asemejaban al recuerdo de las dichas pasadas, como á la esperanza de las venideras. Y sin embargo, absorto en la contemplacion de aquella imágen soberana, poniéndola á manera de talisman sobre sus mas enconadas llagas, y amándola con toda la efusion de su alma, sentía su corazon apartado de la paz del justo, y como codicioso y zeloso del amparo de aquella purísima vírgen. Mas de una vez se preguntó con la sangre helada de terror si las memorias de su vida pasada no venian á mezclarse, disimuladas é invisibles en sus religiosas meditaciones; y si en aquel semblante angélico no le representaba la fantasía otro semblante que por largo tiempo se habia aposentado en su alma.—Pero dónde, se replicaba sosegándose, dónde aquella belleza infantil y florida? ¿dónde aquella frente en que la alegria pusiera su asiento? Combates son estos del enemigo comun, añadia ya con calma; velemos y estemos en pie porque anda alrededor de nosotros como leon rugiente buscando victimas que devorar. Resistámosle con pecho fuerte, y andemos con valor nuestra jornada, pues que peregrinos somos en la tierra.—Asi lo ponia en verdad por obra; pero sus combates interiores hacian su semblante cada dia mas adusto y sombrio, y daban á su voz cierto eco duro y destemplado que alejaba las gentes.

Un año se habia pasado desde que le nombraron abad, y las cosas estaban en el estado que dejamos dicho, cuando una tarde que oraba delante de la Dolorosa de su oratorio, aconteció que nuestro conocido el padre Acebedo asomó presuroso por el cancel de la cámara, y se dirigió allá. Abrió la puerta con mucho tiento, y vió al prelado de hinojos en la tarima del altar, tan embebecido que no le sintió.—Sí: razon tenia aquel santo varon, decia en voz baja y desconsolada; los espíritus de la calma no han venido á mí, y donde me fingí el descanso he palpado la incertidumbre y la pelea. ¡Oh vírgen pura! ¿nó está limpio todavía mi corazon de las aficiones terrenas, y moriré sin que cierre mis ojos un sueño de paz?—La soledad del lugar, la luz oscura y apagada que entraba por una estrecha y aguda ventana de vidrios de colores, y que apenas dejaba ver el bulto confuso del abad delante de la borrada imágen de la vírgen, y el acento desolado de aquellas breves palabras, amedrentaron al buen portero; asi es que volvió atras, hizo ruido y llamó al prelado, temeroso de enojarle si le sorprendia. Salió este con aquel aspecto grave y recogido que tanto imponia á sus monges, y le preguntó:—Qué traeis, padre portero?—Padre nuestro, respondió este inclinándose, de dos dias á esta parte cunde en los alrededores una supersticion estraña. Dícese que una maga, ó bruja, ó no sé que vision, viene por las noches á la fuente de Diana, y tan amedrentados tiene á los paisanos que hasta los mismos criados del monasterio

se escusan de llevar allí sus bueyes.—¿Y no habeis vos procurado desvanecer semejantes mentiras? preguntó el abad con tono severo.—Si, padre nuestro, replicó el portero; pero ¿de qué puede servir mi humilde opinion delante de supersticiones tan añejas?—Bien está, contestó el prelado: id con Dios, que yo atajaré semejantes desvaríos.

Por el camino que antiguamente guiaba á las Médulas, y que, segun digimos en la primera parte, es un valle que en el dia llaman *Foy de Barreira*, se encontraba á la mano derecha la linda y graciosa fuente de Diana en una especie de retiro delicioso, que brindaba al pasagero con la sombra de sus árboles y la frescura de sus aguas. Los años y los hombres la habian, empero, destrozado, y solo se conservaba el pedestal de la estátua derecho en medio del pilon apuntillado, y el torso mutilado de la Diosa misma caido por tierra á pocos pasos de distancia, y vestido de musgo y de yervas silvestres. En aquel lugar habian pasado las primeras pláticas de amor entre Salvador y María, y sin embargo acercábase aquel sereno y repuesto á semejantes sitios, porque allí mismo habia ido á desafiar importunos recuerdos, y allí mismo entendió de jarlos vencidos.

Alumbraba la luna desde la mitad de los cielos espléndidos y azules, cuando Salvador llegó á la fuente. Sus argentados rayos pasaban trémulos por entre los sauces que amparaban el manantial sagrado en otro tiempo, y con el leve movimiento de sus hojas fingian un encaje aéreo de reluciente plata que al dibujarse en la rizada superficie del pequeño estanque, formaba un estraño mosáico, lleno de formas caprichosas y vagas. Reinaba al rededor silencio profundo, y solo el monotono murmullo del agua y el canto lejano y riquísimo del ruiseñor turbaban la calma de las soledades. Como nada se divisaba por allí, el monge se sentó sobre la estátua de la Diosa, cuando un rumor semejante al del aura de la noche, sonó á su lado, y vió pasar á la maga que, sin reparar en él, se sentó á la orilla de la fuente y se puso á mover las limpias ondas con su mano. Maga debia de ser en verdad, porque ni su blanco y tendido velo, ni su estatura aventajada, ni su esbelto y delicado talle, ni su ropaje estraño eran de humana criatura. Levantóse Salvador como sobresaltado, y comenzó á observar los movimientos de aquella fantástica criatura que vuelta de espaldas hácia él pronunciaba al parecer misteriosas palabras, que se perdian entre el ruido de la fuente. Levantóse á poco rato, y encaminándose hácia donde estaba el abad, quedó este helado de un religioso terror, viendo delante de sí la vírgen misma de su oratorio. Venia andando lentamente, y cuando ya llegaba cerca pronunció con triste y apagada voz estas palabras del Cantar de los Cantares.—«Sostenedme con flores, cercadme de manzanas, porque desfallezco de amor.» —No era la vírgen! Salvador dió un grito de aquellos que hielan la sangre, y cayó sin sentido sobre la estátua de Diana.

Cuando volvió en sí halló á la maga de rodillas junto á él rociándole la cara con agua de la fuente. Levantóse entonces acelerado, quiso huir, y como si la mano del destino le sujetára, permaneció inmóvil mirando con ojos desencajados aquella blanca y melancólica vision, hasta que al fin esclamó con una voz que partía las entrañas. —María! María! ¿Por qué tu sombra en estas soledades? ¿Qué has venido á pedir á los hijos de los hombres?—¿Quién eres tu, respondió ella con una particular sonrisa: tú, cuya voz me trae á la memoria la imágen de mis pasadas alegrías?....Aqui mismo, continuó yendo y viniendo con desatentados pasos; aqui mismo fuí tan alegre y tan dichosa! Pero todo pasó y hoy ando sola por medio de los bosques y en el silencio de la noche, como la sombra de los muertos, y la corona se ha caido de mi cabeza.—Salvador entonces fuera de sí, se acercó á ella y le asió una mano sin que hiciese el menor ademan, antes le miraba con una infantil y prolija curiosidad.—Esto es verdad! dijo Salvador; mis manos estrechan esta mano! esto no es un antojo de mi loca fantasía. ¿Con qué eres tú, María! la misma María?—No soy la misma, replicó ella con gravedad, porque antes era María la dichosa, la bien querida, y hoy soy María la desdichada y la llorosa. Y sin embargo, añadió con una loca alegría, harto mas dichosa soy que antes, porque aquellas redes de hierro me ahogaban, y ahora respiro el aire de la mañana en las alturas, y veo ponerse el sol, y salir las estrellas, y me siento en la orilla de las fuentes á platicar con los ángeles que bajan entre los rayos de la luna para consolarme. ¿Pero quién eres tú que me has hablado con palabras tan dulces como las del hombre que amé en mis primeros años?—Es que soy yo! yo! Salvador! mírame bien! ¿nó me conoces?—¿Quién? tú Salvador! repuso ella palpando su cabeza; ¿dónde estan, pues, tus hermosos cabellos castaños? ¿dónde tu arco y tus flechas? ¿dónde tu arreo de cazador y la gentileza de tu persona?....Y luego añadió como reflexionando: tú no puedes ser, porque Salvador baja tambien algunas veces en los rayos de la luna y trae una ropa resplandeciente, y no ese triste hábito que tu vistes.—Está loca, loca! Dios mio! esclamó Salvador retorciéndose los brazos. —Loca! loca! repuso ella repitiendo maquinalmente sus palabras; bien pudiera ser que lo estuviese, porque he llorado y sufrido tanto que las lágrimas han consumido mi juventud y mi alma.—Dicho esto púsose á caminar al rededor de la fuente cantando en voz baja versículos de Job y de Jeremías. Traia vestido el hábito de las novicias de San Bernardo, y una corona de flores marchitas en la cabeza; estaba flaca, descolorida y macilenta: de tanta lozanía y beldad solo quedaba el óvalo purísimo de su cara y sus rasgados ojos: y la Dolorosa del monasterio pudiera pasar por traslado de aquella marchita hermosura. Salvador estaba allí á un lado sombrio y amenazador.—Segun eso, dijo con amargura, mis meditaciones, vigilias y plegarias han sido incienso quemado en los altares de la tierra! Segun eso mis armas se han vuelto contra mi, y las piedras del santuario se han alzado para herir mi prosternada cabeza!—María pasaba entonces por delante de él cantando el versículo de Job.—«Hablaré con amargura de mi alma: diré á Dios. «no quieras condenarme:» manifiéstame por que me juzgas asi!»—Tenia razon el santo Osorio, dijo el monge despues de una breve pausa; muerta estaba para mi, pero no para los pesares. Y yo la lloraba perdida en las soledades del Nuevo Mundo cuando ella me llamaba quizá desde el silencio del claustro!...Es verdad, añadió mirándola; las penas han secado el tallo de la flor y el soplo de la muerte se llevará sus hojas amarillentas, como el viento de la noche sus palabras desordenadas y dulcísimas.—La monja pasó de nuevo entonando el verso de Job.—«Por qué me sacaste de la matriz? ojalá hubiese perecido para que yo no me viera. Hubiera sido como si no fuera, desde el vientre trasladado al sepulcro» —Y en seguida se paró delante del abad y dijo con voz apagada.—«¡Oh, vosotros todos los que pasais por los caminos, atended y ved si hay dolor semejante á mi dolor!»—Siguióse á estas palabras un profundo silencio en que el eco lejano y distinto de las rocas repitió «semejante á mi dolor!»—¡Oh! sí; murmuró Salvador con voz sorda, dolores hay que no caben en el corazon del hombre, y que solo deberían llegar en las alas del ángel de la muerte.

María se habia vuelto á sentar en el borde de la fuen-

te, y miraba á la luna con distraccion profunda. Recio combate pasaba en tanto en el alma del monge, y clara muestra daban de él su agitacion incesante y viva y las sombrías ojeadas que lanzaba alrededor.—¿Qué he de hacer, dijo por último en voz alta? ¿La he de abandonar cuando Dios la ha privado de su razon y el mundo de su amparo? María, añadió acercándose á ella; es preciso que dejes este sitio y vengas conmigo.—Miróle ella fijamente y le contestó:—Si iré tal, porque me hablas como quien se apiada de los infelices, y no me encerrarás entre las redes de hierro: ¿no es verdad? Mira; yo necesito ver los campos, las aguas y la luna, porque en su luz bajan los espíritus blancos que me hablan de mis pasadas alegrías.—Echaron á andar en silencio, y dado que la loca lo interrumpia alguna vez volviendo al cántico de las sagradas poesías, y se paraba á sacudir las gotas de rocío que á manera de líquidos diamantes colgaban de las ramas de los abetos, todavía llegaron á la puerta del monasterio, cuando no bien el alba comenzaba á reir. Paróse sin embargo la infeliz asustada, y dijo con desconsuelo:—¿Sabes que me moriré si me vuelves á las rejas de hierro?

—Sí, respondió el abad con cariño; y por eso te llevo á unos campos llenos de flores y alumbrados por una luna resplandeciente.—Llamó en seguida al portero y abrió este la puerta de par en par: ¿pero cual fue su asombro al ver aquel fantasma de mujer que cruzaba el ámbito de la portería con paso lento y triste ademan? dió un grito de horror, y se arrimó á la pared para no caer.—¿Estais en vos, P. Acebedo? le dijo el abad agarrándole.—¡Ah! sois vos padre nuestro? respondió el asustado portero con indecible alegría; ¿con qué parece que vuesa paternidad la ha convertido al gremio de nuestra santa iglesia?—¿Qué estais ahí hablando de conversion ni de iglesia? replicó el abad, no poco enojado.—Sí, padre nuestro; á la maga ó bruja, ó lo que es que ha pasado por delante de mí....—Necio sois en verdad: ¿no reparais que es hermana nuestra, y que viste nuestro santo hábito? Está loca la infeliz y sin duda se habrá escapado de algun convento.—Tal vez estará endemoniada, y entonces entre los dos con sendos estolazos y conjuros la podremos librar del enemigo malo y....—Adelante pasára en sus remedios, si una colérica mirada de su prelado no le atajase á lo mejor.—Id, le dijo este friamente, y preparad el *Retiro del Abad*, porque allí quiero que descanse esta desdichada, que tal vez la soledad y el sitio la curarán harto mejor que vuestros consejos.—El pobre portero caminó á priesa para cumplir lo que se le mandaba, no sin murmurar de la sabiduría de los prelados que siempre han de tener razon, por mas que á los súbditos les sobre.

El retiro del Abad era la morada solitaria que habia mandado construir el santo Osorio para pasar en ella los últimos dias de su vida, y consistia en una reducida vivienda y una capilla en que se habian prodigado los primores del arte gótico. Dominaba esta graciosa fábrica la *Hondonada del Naranco*, y á su voz, aunque mas allá de la cerca de clausura, la enseñoreaban los negruzcos y descarnados peñascos que en el dia sirven de límite occidental al Lago de Carucedo. Llegábase al pequeño edificio por un largo y frondoso emparrado, y desde sus miradores se divisiban los frescos y floridos vergeles de la abadía, las verdes colinas de los alrededores, y la masa grave y severa del monasterio; mientras á los pies y en una deliciosa hondura se distinguian grupos de granados y cerezos, cuyos troncos desaparecian entre romeros y retamas que por su parte hacian sombra á un reducido número de colmenas, cuyas abejas sin cesar susurraban entre las flores. El único árbol corpulento que allí crecia era un robusto castaño, en cuyo ramage anidaban las tórtolas y palomas torcaces. En suma, era un sitio aquel que así se prestaba á los misterios de la meditacion y del recogimiento, como á la contemplacion de las escenas grandes y elocuentes de la naturaleza.

A este lugar condujo Salvador á María, y se separó de ella, diciéndole.—Todo lo que ves puedes disfrutar y correr cuando quisieres: tambien la luna platea estas soledades, y aquí tienes un altar para pedir á Dios que vengan á tí esos ángeles que te consuelan.—Dicho esto se alejó en compañía del padre Acebedo, que por su parte habia cumplido con los deberes de la caridad trayendo del monasterio leche y frutas para alimento de la loca. Esta se habia quedado contemplando la salida del sol por entre los montes del Oriente sin echar de ver la falta de sus compañeros, que por su parte llegaron á la abadía sin hablar palabra; el abad á causa de la tormenta que trabajaba su alma, y el portero amedrentado de su ceño y ademan sombrío.

Nuestros lectores se servirán volver atrás con nosotros, y recordar el dia en que María y su desdichada madre salieron aceleradamente de Carucedo, sin que supiésemos quienes eran, adonde iban, ni que propósitos eran los suyos. Hoy que de todo estamos enterados, gracias al buen genio que acompaña la curiosidad de los historiadores, podemos anunciar que María era hija de un poderoso señor de Asturias, que D. Alonso de Quirós se llamaba, y que de secreto se casó con nuestra Ursula, doncella de buen linage, pero tan inferior á su esposo en bienes de fortuna y en calidad, que toda su parentela se desabrió con él por demas y comenzaron á denostarle sin recato ni miramiento. Tan adelante llevó las injurias un su deudo lejano, que D. Alonso le provocó á singular combate; pero la fortuna, que tan ceñuda se le mostraba; tampoco de esta vez le favoreció, y quedó muerto en el campo dejando á su mujer y á su hija de pocos meses cercadas de viudez y horfandad espantosas. Temiendo que Ursula reclamase algun dia la herencia de su hija, aquel linage orgulloso la persiguió y vejó en tales términos, que la infeliz abandonada de todos y por donde quiera rodeada de lazos y de asechanzas, se vino á refugiar al valle de Carucedo, atraida de la fama de las virtudes del difunto abad. Ya sabemos el triste fin de aquel descanso que imaginaba sólido y seguro, y que la pobre mujer viendo á su hija expuesta á las persecuciones de un hombre desalmado y poderoso, huyó sin esperar consejo de nadie y en alas de su terror á buscar la proteccion de un caballero digno de este nombre, y que la amparase de sus perseguidores. Pero las tribulaciones habian minado su vida, y la muerte la sorprendió en un pueblo de las montañas de Leon, llamado San Martin del Valle. Con cuanta amargura cerrase los ojos esta desdichada, no hay porque encarecerlo, baste decir que dejaba á su hija desamparada y sola en el mundo, y juguete de los malvados. Sin embargo, como á veces la fuente del consuelo brota en el arenal mismo del dolor, aconteció que la abadesa de un convento de religiosas Bernardas, que habia en aquel pueblo, la asistió con todo el esmero de la caridad cristiana, y la prometió de mirar por su hija, con lo cual murió mas resignada, encargando á esta que buscase en el claustro un puerto contra las tempestades mundanas.

María por su parte, vuelta en sí de tan acervo golpe, declaró el estado de su corazon á la piadosa abadesa, su nueva madre, y esta mujer, compadecida de la pobre huérfana, envió un mensagero al venerable Osorio pidiéndole noticias de Salvador en una carta recatada. Duraba todavía la guerra de Granada, y el buen religioso, postrado por una larga enfermedad, estaba ya abandonado por muerto, cuando llegó el mensagero de la abadesa

de San Martin. Viendo frustrado el objeto de su viage, procura este al menos, como discreto, indagar el paradero de Salvador, que para todos era un misterio. Sin embargo, como donde quiera hay gente que todo lo sabe, no faltó quien le dijo que los arqueros de D. Alvaro Revolledo le habian preso y asesinado en su fuga, en venganza de la muerte de su señor. Como quier que solo siniestros indicios recogiese en sus pesquisas, dió la vuelta á San Martin, y á los pocos dias tomó María el velo y profesó, cumplido su noviciado. Este velo santo, empero, no calmó la fiebre de sus dolores, y aquel corazon que no concebia mas que el amor, que solo para amar habia nacido, se secó cuando la esperanza se derramó de él como de vasija quebrada. Era por cierto sobrado recio el combate que sin cesar trabajaba á aquella tierna y delicada criatura, asi es que su razon se resintió al cabo de poco tiempo, y vino por fin á perderla del todo. Sin embargo, su locura era dulce y apacible, y de contínuo hablaba de las alegrias perdidas, de las aguas y de la luna. Veíasela pasear á veces repitiendo versículos de los libros sagrados que aplicaba casi siempre á su situacion, y solo se mostraba placentera mirando al astro de la noche y comunicando, segun decia, con los ángeles blancos que venian á hablarle de las esperanzas del cielo. Asi se pasó mucho tiempo, hasta que un dia su demencia pareció tomar otro carácter mas sombrio, y comenzó á llorar amargamente quejándose de que aquellos montes la ahogaban, y diciendo que iba á morir. Estaba el monasterio de San Martin asentado en un valle angosto, cercado de peñascos y de silvestre aspecto, y como su situacion encrudeciese la manía de la loca, la abadesa determinó trasladarla al de San Miguel de las Dueñas en el Vierzo, que todavia se levanta, orillas del rio Boeza en la feraz ribera de Bembibre, y en situacion deliciosa. Aquel pais ameno y pintoresco aquietó por algun tiempo su ansiedad, pero poco tardó en decir que aquellas rejas la sofocaban, hasta que una noche escaló el muro de la huerta, y vagando por los montes, llegó al término de San Mauro, sin otro alimento que raices y frutas silvestres.

Volvamos ahora á Salvador, que ceñudo, callado y á paso lento entró en la cámara abacial. Encerróse en su aposento, y paseándose desatentado y como loco, y poniéndose la mano sobre el corazon:—¿Con qué es verdad, exclamó, que siempre la he traido fija y clavada aqui como un dardo del infierno? ¿Con qué á ella me encomendaba de hinojos ante los muros de Alhama, por ella lloraba en los bosques de Guanahani, y delante de ella he venido á postrarme en el retiro del claustro? La piedra busca su centro, sin poderlo evitar; los rios se arrastran al Océano, y el hombre cumple su destino. En vano vela y despedaza su cuerpo, porque la hora llega, y todo se acaba!—En realidad era su suerte en demasia miserable, y no es de estrañar que dudase y se desesperase.

De esta suerte se pasaron algunos dias, y los monges de San Mauro se preguntaban unos á otros:—¿Qué tendrá nuestro buen prelado, que los ojos se le hunden, el rostro se le seca y de dia en dia se consume? ¿Para qué asistirá siempre al coro si acaso está enfermo, ni para que caminará de esa suerte el primero por la senda de la penitencia?—Enfermo estaba en verdad, y no poco, porque su espíritu era un verdadero campo de batalla, y sus fuerzas desfallecian de tanto pelear. Al contrario la monja se mejoraba y sosegaba de dia en dia, y muchas veces se le oia cantar con tono menos triste. Visitábala siempre Salvador en compañia de algun religioso, y sus palabras, si bien llenas de dulzura, eran graves y comedidas. verdad es que mas tarde, y en la soledad de su celda, se revolcaba por el suelo como San Gerónimo en el desierto, pero sus monges nada adivinaban; tal era su circunspeccion y reserva.

La fuga de María alarmó, como era natural, á las religiosas de San Miguel, y por todas partes despacharon avisos y mensageros en busca suya. Uno de ellos, despues de haber corrido todas las montañas de la Guiana, llegó por fin á San Mauro y entregó al abad una carta, dándole ademas cuenta de su mensage. Púsose aquel pálido como la muerte; pero reponiéndose al punto, respondió al mensagero que la religiosa extraviada estaba allí, pero que de tal modo adelantaba en el recobro de su razon, que habia resuelto guardarla por unos dias mas, despues de lo cual él mismo la acompañaria con dos monges y la dejaria en su casa. Otro tanto dijo por escrito á la abadesa, y con esto despachó al mensagero que sin perder tiempo dió la vuelta á San Miguel. Largo tiempo permaneció el abad sentado en su taburete, revolviendo en su encendida imaginacion mil encontrados y locos proyectos, como quien está en vísperas de una de aquellas crisis tremendas que deciden de la vida entera.—¡Eso no! dijo por fin levantándose como un leon herido; apartarla de mi es imposible! He registrado los lugares mas secretos de mi corazon, y en ninguno encuentro fuerza para llevar á cabo tan horrible propósito.—Salió en seguida de la celda, y solo y con acelerados pasos se encaminó al Retiro del Abad. No estaba en él María, pero al punto la divisó sentada al pie de un romero y cerca de una colmena, mirando con atencion la actividad de las solícitas abejas. Llegóse á ella y le dijo:—María! mírame bien! ¿no te trae mi voz á la memoria el recuerdo de tus dias alegres.?—Sí, respondió ella con ingenuidad; ya te lo he dicho otra vez. —Pero, no me conoces, añadió él con ansia! ¿no conoces á tu Salvador?—Midióle la doncella de alto á bajo con sus lánguidos y hermosos ojos, y le replicó:—No; tu no eres Salvador; porque mi amante habia nacido para llevar el arco de los cazadores, ó el casco de los guerreros y no el hábito de los monges.—Salvador se quedó por un rato suspenso, y en seguida con la velocidad del rayo tomó el camino de la abadía. En verdad que si hubiera reparado en la escena que á su alrededor se ofrecia, tal vez hubiera reflexionado mas la estraña resolucion que acababa de tomar, porque el cielo estaba cubierto de pardas y pesadas nubes, el aire caliente y espeso; los ciervos corrian bramando por las montañas, volaban los pájaros como atontados, y en las entrañas de la tierra oíanse una especie de rugidos sordos y amenazadores. Otra no menor tempestad, empero, rugia en el alma del desdichado, y asi sin hacer caso del trastorno que parecia amagar á la naturaleza, llegó á su celda, vistióse por debajo de sus hábitos el trage de cazador que usó en sus primeros años, ocultó asimismo entre sus ropas el arco y flechas y su gorra con plumas, y tomando en las manos su antiguo rabel, enderezó de nuevo sus pasos hácia la Hondonada del Naranco. Poco tardó en oirse entre las retamas el son del instrumento que acompañaba una cancion de caza; y María, como si despertase del letargo de su locura, se levantó trémula, palpitante y escuchando con ansiedad, hasta que por fin exclamó:—Salvador! Salvador!—Salió este entonces con el gentil arreo de cazador, y la doncella delirante y fuera de sí vino á caer desmayada entre sus brazos. Mucho tardó en volver en sí, hasta que por último repuesta ya, tornó á abrazar á Salvador diciéndole con inefable ternura:—Salvador! alma mia!—María! amada de mi corazon! respondia este, cuando la gorra de cazador se le desprendió de la frente y descubrió la cabeza rasurada y el cerquillo de un monge. La doncella al verlo desatóse de sus brazos como pudiera de los lazos de una serpiente; miró con zozobra en

torno suyo y vió el hábito de Salvador caido entre los brezos: reparó en seguida en su propio ropage; lanzó una mirada errante y desencajada al convento, y como con aquel sacudimiento repentino recobrase su razon, mil ideas tan claras como espantosas se agolparon en su mente, y exclamó cubriéndose la cara con ambas manos.—¡Oh desgraciado, desgraciado! ¿Cómo has podido abusar así del infortunio de una loca ofrecida á Dios, tu que tambien has hecho tus votos delante de los altares? ¿Cómo has podido arrojar á tus pies ese hábito que para santificarte tomaste? Vuélveme á mi claustro solitario, y déjame morir con mi inocencia! —Salvador se quedó confuso y como anonadado por un rato, mordiéndose los lábios y con los ojos clavados en tierra, hasta que con resolucion desesperada le dijo, señalándole sus hábito caido: —Si; lo he hollado porque me separaba de tí, y porque todo lo atropellaría para llegar donde tu estas! ¿Sabes que despues que te perdí he sido poderoso y afamado, y que la nombradía y la riqueza me parecieron sin tí todo despreciable? ¿Sabes que por huir de tu memoria me acogí como tu á un altar, y que el altar me rechazó, y que el destino con ímpetu irresistible me ha lanzado á tus pies? Pues bien! cúmplase mi estrella! ya nunca me separaré de tí, y al que quisiera dividirnos le arrancaría el corazon con mis manos! —En esto un bramido sordo se oyó allá en el seno de los montes, y la doncella dijo acongojada. —¿No temes que la tierra se abra debajo de tus pies, y que tus palabras te separen de mi por toda la eternidad? —Aumentóse entonces el ruido subterráneo, y el suelo comenzó á temblar bajo sus pies: —¡Oh! añadió la virgen con las manos juntas; vuélveme al santo asilo de donde me arrancó mi locura, que tenemos al cielo irritado y la muerte nos cerca por todas partes! —No; respondió Salvador, ciego de amargura y de despecho; jamás me separaré de ti! y venga la muerte á sorprenderme á tu lado con tal que ruede yo en tus brazos por los abismos sin fin de la eternidad! —No bien acababa de pronunciar estas palabras, cuando estalló el terremoto con la mayor violencia: vínose á tierra estrepitosamente el Retiro del Abad: cayóse igualmente la cerca de la clausura, y de los peñascos que enseñoreaban la hondonada, brotó con fragor horrible una catarata semejante á las del diluvio, que se despeñó inundando y arrastrándolo todo. —¡Oh, Dios mio, Dios mio! exclamó María cayendo de rodillas, ¡perdon para nosotros! —Tomóla Salvador en sus brazos y abalanzóse á subir el repecho; pero un trozo del edificio que rodando venia, arrastró consigo á los dos desdichados que desaparecieron bajo el remolino de aquella súbita inundacion. Los monges asustados del terremoto y del estrépito de la catarata que ya invadia los sotos y la huerta del monasterio, salieron de tropel y subieron al Campo de la Legion, donde de rodillas y con las manos juntas rogaban á Dios. Aquel diluvio subterráneo continuaba en tanto vomitando su enorme columna de agua, y en menos de una hora ya toda la abadía presentaba la superficie turbia y alborotada de un lago tormentoso, por donde de trecho en trecho asomaban las cimas de los árboles mas altos y las torres de la iglesia, como los mástiles de un navío colosal sorbido por las olas.

Entonces fue cuando un estraño espectáculo atrajo las miradas de todos los monges, y era que un ropage blanco y negro como sus hábitos flotaba sobre las aguas, como el manto del señor cuando caminaba con pie enjuto sobre la mar irritada, mientras un cisne de blancura resplandeciente, alzándose del agua y posándose en la cima de las rocas de donde brotaba la inundacion, cantó con una dulzura y tristeza infinitas como si á morir fuese; despues de lo cual levantó el vuelo y se perdió en las nubes. Acordáronse al ver esto del prelado á quien algunos habian visto encaminarse al Retiro del Abad, y de la pobre loca; y sobre ellos y sobre la aparicion del hábito y del cisne se formaron estrañas conjeturas que cada uno glosaba y coloreaba á gusto de su imaginacion, si bien todos estaban acordes en que un gran pecado debió producir tamaño trastorno. De todas maneras, los monges consternados y privados de su asilo, se retiraron á Carracedo, rico monasterio situado en la ribera del Qüa; y en el pais quedó la tradicion que acabamos de contar.

CONCLUSION.

Y es lástima en verdad que todo ello no pase de una de aquellas maravillosas consejas que donde quiera sirven de recreo y de alimento á la imaginacion del vulgo, ansiosa siempre de cosas milagrosas y extraordinarios sucesos; porque el asunto despojado de la hojarasca teológica de «mí tio D. Anastasio el Cura» que decia el barquero; y salva la flogedad y desaliño del curioso viagero, no deja de ofrecer interés. Por lo demas el Lago de Carucedo tiene el mismo orígen que la mayor parte de los otros, y lo único que lo ha producido son las vertientes de las aguas encerradas en un valle sin salida. Por otra parte es mas que probable que ya en tiempo de los romanos existiese, porque las cercanías estan llenas de vestigios de estos valerosos conquistadores, y suyo, y no de otra mano, parece el conducto subterráneo por donde esta hermosa balsa de agua descarga en el Sil parte de sus caudales, y que desemboca por debajo del pueblo que llaman Peña Rubia. Tal es la verdad de las cosas desnuda y fria como casi siempre se muestra.

ENRIQUE GIL.

AL FIRMAMENTO.

Corra la luz por tus eternos mundos
En tu bóveda inmensa disipada!
Su cabeza frenética, humillada
El pliélago dobló;
Y sus abismos líquidos, profundos
Plegó ante un leño en su estension perdido:
Y cual furioso toro, ya vencido,
Dócil al triste yugo se prestó.

Mas tú al hombre atrevido desafias
Con la bárbara voz del rudo viento;
Y se estremece el mísero al acento
Del trueno celestial:
Le niegas el abrigo de tus soles,
El ardiente volcan de tus estrellas;
Tan solo alcanza de sus luces bellas
Reflejo errante, rayo sepulcral.

La vírgen eres tu del universo,
El hombre en tus senderos no camina;
No profana la bóveda divina
Su bárbaro furor.
De tu seno de fuego se despiden
Mil cometas, mil soles, mil estrellas;
Que van luego á perderse, cual centellas
Bajo el inmenso trono del Creador.

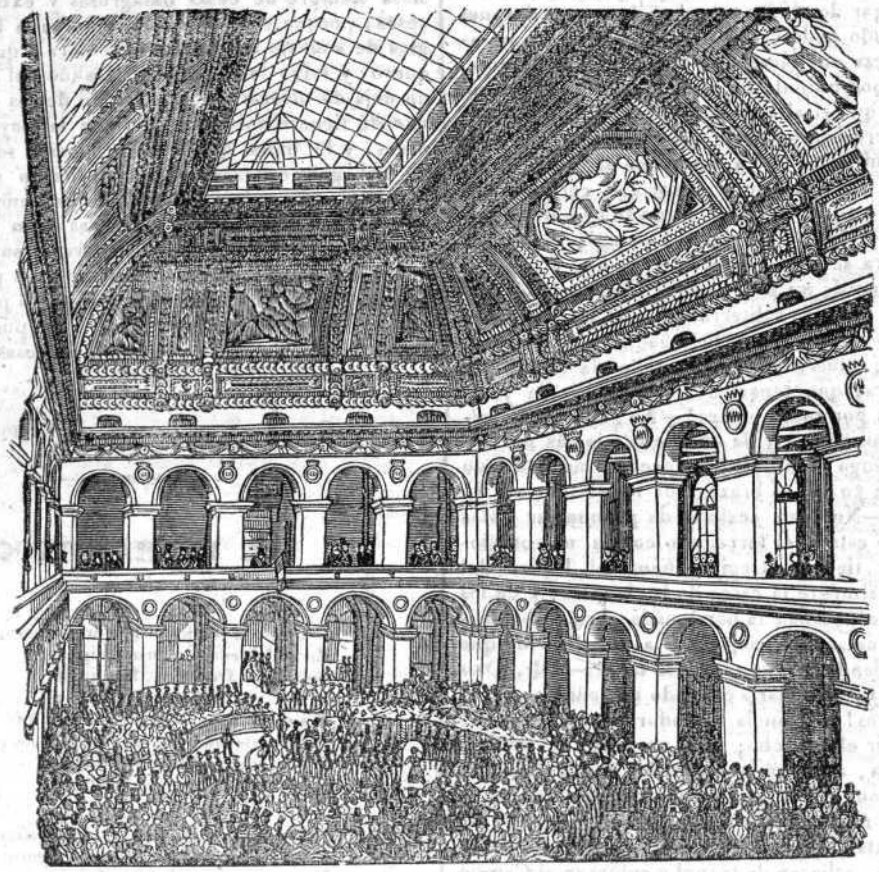
Yo he soñado vivir como el arcángel,
Habitante del puro firmamento;
Dirigiendo cien mundos de mi aliento
De zafiro y rubí.

Yo levanté tu velo de diamante,
Vi los portentos que tu seno encierra;
Y la beldad, las dichas de la tierra
Eran ceniza y lodo junto á tí.

¡Hora de paz cuando la tibia luna
Recorre silenciosa el firmamento!
Acalla entonce un dulce pensamiento
Los ecos del pesar:
Silban entre los árboles las auras,
Luz purísima y blanda do quier brilla;
Y entre los brazos de la fresca orilla
Duermen las ondas del tranquilo mar.

La humana mente sus miserias deja,
Para bañarse en tan sublime encanto:
Para admirar el estrellado manto,
Para lanzarme á tí:
Errante vago por tu seno puro,
No vivo ya sobre el odioso suelo,
Y en alas de ilusion dulce consuelo
Desciende como un ángel sobre mí.

SALVADOR BERMUDEZ DE CASTRO.



INTERIOR DE LA BOLSA DE PARÍS.

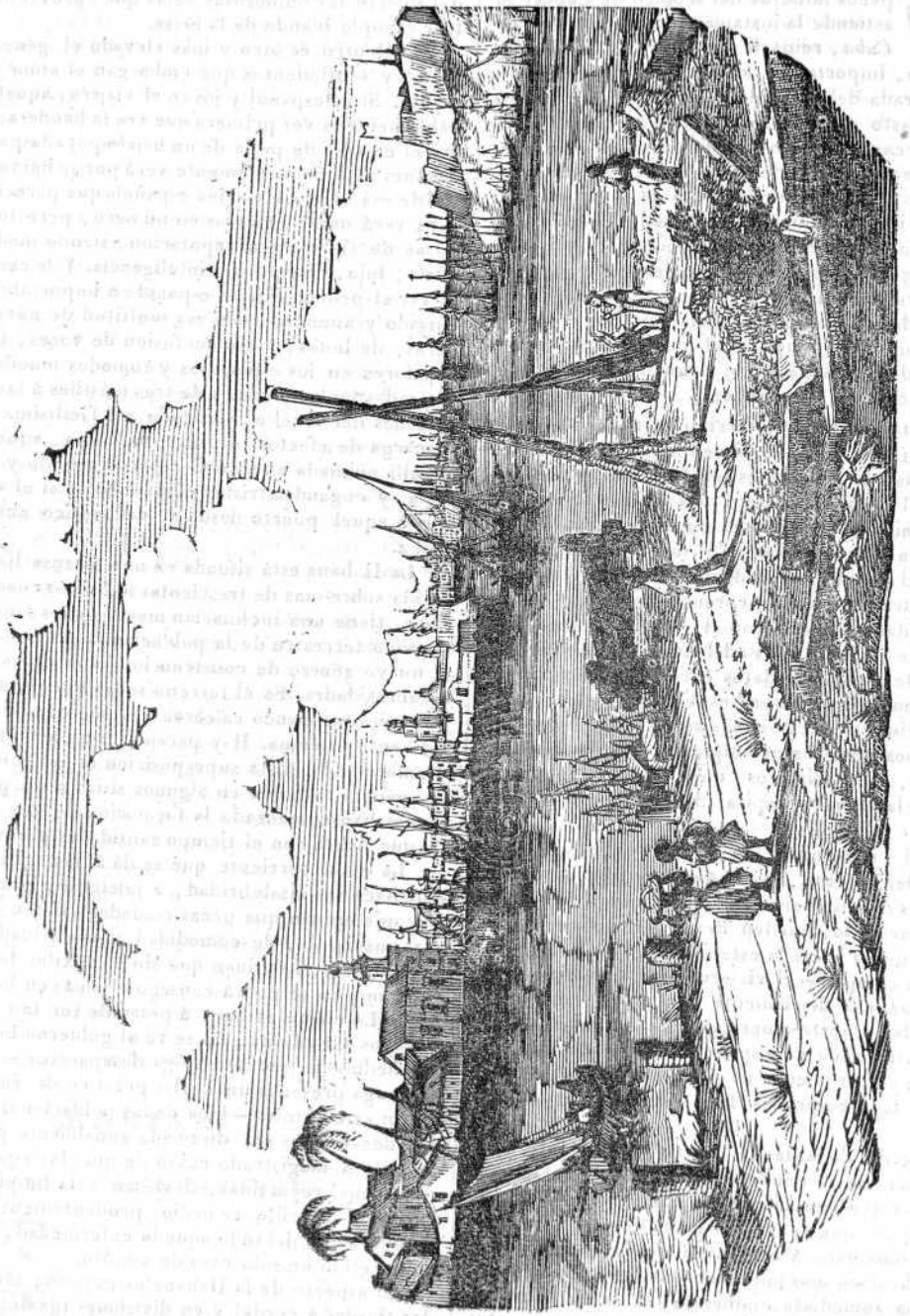
(Habiéndose hecho la descripcion de la bolsa de París en el tomo segundo del Semanario, no se acompaña artículo á este grabado por no repetir aquella.)

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores á la segunda edicion del *Semanario*, pueden pasar á las respectivas librerías á recoger la tercera y cuarta entregas reunidas del tomo segundo [1837], con las cuales queda concluido este. En las mismas librerías se halla de venta este tomo segundo, el primero y el cuarto [1836, 1837 y 1839.] Y queda abierta la suscricion para el tercero [1838] único que queda por reimprimir, que se está concluyendo y será entregado de una vez en el mes de setiembre próximo, anticipándole de este modo al ofrecimiento que se hizo al público de concluir la reimpresion en diciembre. Tambien sigue abierta la suscricion al año corriente de 1840 que formará el tomo quinto de la coleccion.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.

VIAJES.—LA HABANA.



(Vista de la ciudad y puerto de la Habana.)

LA HABANA.



Á pocos minutos del trópico de Cáncer se estiende la justamente celebrada *isla de Cuba*, reina de las Antillas, por su riqueza, dimension, importancia, civilizacion y nombradía. Situada á la entrada del seno mejicano, créela el viajero la llave de un vasto continente; al mismo tiempo que, considerando sus campos estensos y feraces, sus ocho grados de oriente á ocaso y uno de norte á sur, parece colocada entre ambos mundos, por la mano de la naturaleza, para ser el depósito del comercio universal. Heredera de la primacía que tuvo un tiempo Santo Domingo, ondea con toda su antigua gala y esplendor la bandera vencedora en San Quintin y Otumba. Hija mas amorosa que amada, sostiene el crédito de la célebre opulencia castellana, y sufrida, á la par que rica, muestra al mundo cuan firmemente estan anudados los lazos que la unen á la nacion de sus padres, á la cuna de su grandeza.

Pero tan vasto y celebrado territorio, floron tan bello de la corona de Castilla, es en la península española tan poco conocido, tan tibiamente estimado, tan ingratamente juzgado, cual pudiera serlo un pais remoto de estraño y enemigo dominio. Asi es, que el mayor número de españoles que lleva á aquellos paises el mandato del gobierno ó el deseo del propio engrandecimiento, llega á ellos con ideas tan estrañas que se sorprende á vista de cuanto le ofrece la realidad. Asi es como el gobierno contribuye menos de lo que pudiera á los adelantos de aquellos paises, porque suele carecer de datos para formar su sistema de administracion, y no siempre es feliz en la eleccion de delegados. Interin en escritos mas sérios y estensos que este manifestamos nuestros principios acerca de cuestion tan importante, describiremos, imparcial viajero, la célebre ciudad de la Habana, capital de la hermosa isla de Cuba.

Cuando en las inmediatas horas al mediodia sopla benigna la brisa del Oriente, los numerosos buques que de todas las partes del universo se encuentran á la puerta de aquel rico mercado, pueden desplegar sus anchas lonas, y hacer rumbo hácia la estensa bahía de la Habana. Desde luego se complace el viajero en notar la diversidad de banderas que allí diariamente concurre, siendo muchas las españolas ó norte-americanas; el número infinito de vapores y barcos de vela que cruzan desde la Habana hasta el vecino y rico puerto de Matanzas, y las muchas velas que en las tempranas horas del dia zarpan del puerto.

A la izquierda divísase *El Morro*, importante fortaleza, coronada con la bandera de Castilla y el sinnúmero de señales que anuncian á los habitantes de la poblacion los viajeros que se acercan á sus limpias y frecuentadas costas. Inmediato á este castillo, la roja *Cabaña*, vastísima fortificacion mas importante todavia, aunque dominada por una inmediata eminencia. A la derecha del puerto y enfrente del Morro la *Punta*, que parece otro de los centinelas que guardan la estensa bahía. Y si la vista se dilata por los vecinos campos, hijos de una naturaleza riquísima y jóven, se ven las delgadas y poéticas palmas, los sombrios cedros, las colosales y robustas ceibas, los aromáticos naranjos y las ricas caobas. Se ven los árboles que producen el delicado caimito, el suave y erguido mango, los torcidos cocoteros, las doradas cañas y, tendidas por el suelo, esas frescas, vistosas, regaladas piñas, reina de las frutas del universo. Se ven los mangles amorosos de las aguas, y el término de algunos rios que traen de lejos sus puros cristalinos raudales. Es limpia la entrada del puerto, y no es necesario práctico para franquearla; y es gozo ver á menudo que pasan los buques bajo los cañones del Morro, tan oprimida dejan la boca del puerto las numerosas velas que aprovechan para entrar el soplo blando de la brisa.

Ya dentro es otro y mas elevado el género de reflexiones y sentimientos que embargan el alma y ocupan la mente. Si es español y jóven el viajero, aquella será probablemente la vez primera que vea la bandera nacional sobre el castillo de popa de un bajel apoyada por numerosos cañones; allí probablemente verá por primera vez los restos de esa gloriosa marina española que pereció en Trafalgar; verá naves, escasas en número, pero todavía orgullosas de su antigua reputacion, siendo modelo de buen gusto, lujo, disciplina é inteligencia. Y le causará sorpresa ver el primer puerto español en importancia, tan concurrido y animado, con esa multitud de naves, de banderas, de botes, y esa confusion de voces, fardos y trabajadores en los espaciosos y cómodos muelles. Y el ver atracadas embarcaciones de tres mástiles á las gruesas tablazones del muelle, haciendo así facilísima la carga y descarga de efectos. Aquella confusion, aquel laberinto, aquella animada existencia esparce orgullo y alegria en el alma, y engendra tristes pensamientos si el viajero se dirije á aquel puerto desde el cadavérico abandonado de Cádiz.

La Habana está situada en una estensa llanura, construida sobre mas de trescientas mil varas cuadradas de terreno, tiene una inclinacion mas ó menos sensible desde el estremo terrestre de la poblacion hasta la bahía, si bien el nuevo género de construccion ha modificado mucho las escabrosidades. Es el terreno sobre que está edificada la poblacion un banco calcáreo grueso, de una dureza generalmente estrema. Hay parajes, no obstante, en que es desmoronable. Esta superposicion es perfecta, sin vacios, de manera tal, que en algunos sitios estos principios calcáreos han comenzado la formacion de una piedra nueva de que habrá con el tiempo cantidades grandes.

La mala corriente que se dá á las aguas en esta ciudad hace su insalubridad, á juicio de algunos. Personas hay que opinan que pocas ciudades existen cuyo suelo sea mas susceptible de comodidad y salubridad. Otras, por el contrario, imaginan que sin el auxilio de cloacas, ninguna mejora se podrá conseguir jamás en la limpieza pública. Lo cierto es que, á pesar de ser tan conocidos los estragos del vómito, no se ve al gobierno buscar bastante los medios de que esta plaga desaparezca.—Conviene que se tenga presente un hecho práctico de suma importancia en este asunto.—Una de las poblaciones del sur de los Estados-Unidos era diezmada anualmente por el vómito; un celoso magistrado cuidó de que las aguas, hasta entonces mal repartidas, sirviesen á la limpieza pública, y con este sencillo remedio, prudentemente aplicado, ha desaparecido del todo aquella enfermedad, sin que se haya repetido un solo caso de vómito.

El aspecto de la Habana es curioso; las calles son todas tiradas á cordel y en divisiones iguales; pero esta regularidad en el conjunto no está igualmente observada en los detalles. Asi que sorprende el ver al lado de un suntuoso palacio una mezquina y asquerosa casa, y la construccion mas moderna y elegante al lado de la mas antigua é irracional. Nótase en los edificios disparidad tan estrema, pero sin sorprender por cierto, pues nada es menos estraño que ver una iglesia antiquísima y un teatro moderno.

La poblacion está sembrada de magníficas obras públicas. El *paseo de Tacon*, el *Campo de Marte*, la *plaza de Armas*, los *dos Teatros*, la *casa de Gobierno*, el *Templete* que está en el sitio en que se dijo la primer misa en aquel pais, la *Catedral* en que descansan los restos de Colon, el *Cementerio*, mandado formar por el obispo Espada, cuya memoria es tan amada en aquel pais, y el Marqués de Someruelos, capitan general entonces de la isla, magnífico asilo cruzado en todas direcciones por hermosas calles de árboles; la *casa de Beneficencia*, obra pesada de arquitectura de fines del siglo pasado. Este establecimiento se halla en un estado admirable de limpieza y administracion. Suele invertir sesenta mil duros anuales, y cuenta con un crecido sobrante. El convento de San Francisco es el monumento de arquitectura mas importante de cuantos tiene la Habana. Su arquitectura es pesada, maciza. Su nave principal tiene dos órdenes de capillas, y sobre los cuatro arcos de la mayor elévase un espacioso cimborrio, desde donde se estienden interiormente unas bellas galerías pintadas de verde y oro. Tiene su torre 46 varas de elevacion, y es la mas alta de la ciudad.—La silleria del coro es de caoba de la isla, y está esquisitamente tallada.

El teatro de *Tacon*, que llevamos dicho, es el mejor en que resuena la lengua española, pero desgraciadamente la compañía que allí representa es escasa por lo general en mérito. La distancia á la península, el poco adelanto en este ramo aun en los mas de los teatros de España, y el infundado temor al vómito y al mar, es obstaculo para que muchos buenos artistas se dirijan á aquellos paises, en donde les esperaría una fortuna regular. El dueño de este teatro es empresario de los dos principales que tiene la Habana. Dos son las compañías que trabajan a sus órdenes: la italiana de ópera y la española. La primera suele hallarse compuesta de artistas muy distinguidos, buscados en Italia: *La Albini* que estaba allí el último año fué escriturada en mil duros mensuales, viajes pagados y un beneficio que se puede valuar en dos mil y quinientos duros. *Montresor* era el aplaudido tenor de la época. Y como la compañía se hallaba tan completa y aun doble, la empresa perdia, pero en cambio ganaba estraordinariamente con la comedia. El teatro de Tacon está muy concurrido siempre, y en este solo una vez por semana hay ópera, asi como en el de la Habana solo una vez hay funcion dramática. Pero es moda en este último abonarse, y la aristocracia toda del pais, que es mucha, rica y generosa, casi sostiene el teatro con sus palcos.

(*Se concluirá.*)

Jacinto de Salas y Quiroga.

MARIANO.

NOVELA DE COSTUMBRES.

— « El coche ha pazao ya.

— « Maldita zea la hora en que nazizte Chepe: ez una infame noticia la que me traez.

— « Y qué! Pacencia y barajar.

— « Pacencia! Y eze pícaro D. Luiz ze reirá en miz hocicoz dezpuez de haberme zoplao la novia.... No; juro á Dioz que no. Mira: zaca el tordiyo y á montar. ¿Irá muy lejoz el coche?

— « Coza de medio cuarto de legua. Pazó mientraz yo eztaba conzolando á la pobre Paca, que ziempre está yorando, como ci no hubiera aprendido en la ezcuela otra coza.

— « Ya me tiene acribiyao con zuz lágrimaz y zuz arrumacoz.

El que esto último decia era un hombre como de veinte y cinco años, alto, bien formado, cuyo rostro revelaba hondos pesares, y vestido con el trage que generalmente acostumbran llevar los contrabandistas y majos andaluces: calzon corto, botines de cuero bordados de sedas de colores, chaquetilla adornada con belloticas y alamares, faja encarnada, pañuelo de seda con brillante sortija al cuello, y sombrero calañés: una canana bien provista de municiones que le rodeaba la cintura, una carabina de mas que regular tamaño y una manta *de muestra*, que le servia ya de defensa en un encuentro de arma blanca, ya de abrigo en rigurosa noche de invierno, completaban su pintoresca y cómoda vestimenta. El segundo interlocutor que acababa de merecer del primero una maldicion y el nombre de Chepe, lucia el mismo trage, aunque de menos lujo; y á juzgar por la confianza que entre ambos reinaba unas veces, y por el respeto que otras manifestaba Chepe á su compañero, cualquiera los hubiera tenido ó por dos amigos, ó por amo y criado.

El sito en que se hallaban era la entrada de un cortijo situado al lado derecho del camino real de Sevilla, sobre una altura desde la cual se divisaban y aparecian como fantásticas alfombras las verdes y olorosas campiñas de Andalucia. Elevábanse á su frente como en contraste algunos peñascos por cuyas grietas se deslizaban transparentes arroyuelos, que se perdian entre las desigualdades del terreno, y volvian á aparecer mucho mas lejos para pagar su humilde tributo al delicioso Guadalquivir. Era la tarde de un dia de noviembre; el cielo estaba despejado, la atmósfera serena, y solo en el corazon de un desgraciado bramaba oculta tempestad.

II.

Mariano era hijo de un contrabandista de Málaga que se habia enriquecido en el comercio: su padre quiso darle una educacion esmerada, y con este objeto lo envió á Cádiz bien provisto de recomendaciones y de dinero. Mariano era inclinado á los placeres, generoso, valiente y carecia de esperiencia; tenia hermosa figura, rasgueaba con primor la guitarra, y no pensaba en el porvenir: con estas disposiciones pronto se halló en Cádiz como en su centro. Con efecto, algunas músicas nocturnas, varios misteriosos encuentros de la plaza de San Antonio y de la alameda del Cármen, tal cual paliza dada y recibida al salir del Valon ó en la Mirandilla, tres ó cuatro amigos calaveras, y unos ojos árabes llenos de fuego, elocuentes, irresistibles, hicieron de nuestro jóven un héroe. —¿De qué te sirve pasar todo el dia como un buho sobre los libros? le dijo un amigo ¿No eres rico? El estudio se ha inventado para los pobres. Tú no has de ser abogado, ni canónigo.... Vamos, quema esos mamotretos y aprende á vivir.—La voz de un amigo es una cosa sagrada; se introduce en el corazon, lo domina; es la voz de Dios, pura, desinteresada.... ¿Quien se resiste á la voz de un amigo?

No tardó mucho tiempo Mariano en esperimentar los efectos de aquella perniciosa sirena. Habia visto en un paseo á la hermosa Inés, hija del marqués de L***; y verla, adorarla, y poner en juego medios eficaces para ser correspondido fue para él obra de un solo dia. Serenatas debajo de sus balcones, billetes amorosos, señas, dinero

á las criadas, nada escaseó Mariano para llegar al logro de sus deseos. Sin embargo ninguna respuesta, ni el mas ligero favor habia recibido que le alentase en su empresa, y esto mismo le obligaba á proseguirla, llegando á enamorarse tan perdidamente de Inés que primero hubiera renunciado á la vida que á su posesion.

Llegó por fin el dia en que su suerte iba á decidirse.

Paseábase Mariano pensativo y á la ventura por las calles de Cádiz una mañana del mes de octubre de 1817 cuando oyó que le llamaban por su nombre: paróse, miró hácia atrás, y reparó en una mujer cubierta con un velo negro. Creyó el jóven al pronto que era alguna de sus conocidas aventureras y se disponia á seguir su camino; pero ella se le acercó, y asiéndole del brazo le dijo:

— «¿Cuánto daria V. zeñor D. Mariano, por tener ezta noche una entrevizta con la zeñorita Inez de L***?

—« Ah! respondió nuestro heroe sorprendido: y V. puede.... Pero no; ¿quién ez V.?

—Zu donceya, zi V no lo toma á mal.

— « ¡Ez pozible gran Dioz! Y eya.... Ah! por piedad.... dígamelo V.. . ¿Me ama?

— « Ez V. correzpondio, pero....

— « ¡Qué! ...

— « Hay de por medio un rival formirable.

— « Juro á Dioz que lo mataré.

— « Bien hecho y mejor penzao.

— « ¿Y cuándo la he de ver?

— « Ezta mizma noche á laz nueve irá V. á eztacionarze debajo de la ventaniya que hay detraz de la caza del marquéz: eya eztará arriba, y hablarán VV.; pero cuidao con D. Luiz.

— « ¿Quién ez D. Luiz?

— « El Rival.

III.

Las nueve de la noche daba el reloj de San Antonio, hora en que reunida una brillante tertulia en el salon del marqués de L*** presentaba el espectáculo de esos magníficos *Soirées* que modernamente hemos admirado y admiramos en los grandes *hótels* y palacios de París y de Madrid. Todos los concurrentes se esmeraban en contribuir á disfrutar lo que en esas reuniones de la alta sociedad se llama *una noche deliciosa*; deliciosa que consiste en hablar de la última moda, en elogiar la voz y *maneras* de la *dama soprano*, en criticar el enlace del conde H. . que vá á pagar sus trampas, en tocar una obertura al piano y en pasear un rigodon. En 1817 no conociamos rigodones, y los bailes de primera clase eran mucho mas animados pues no se habia escluido de ellos el wals por alto, el nacional y airoso bolero y la espresiva contradanza española. La tertulia del marqués de L*** era pues preferible bajo este aspecto á las que hoy disfrutamos.

En aquella tertulia reinaban tambien la alegria y la franqueza que los graves españoles hemos ido desterrando poco á poco, no se si á pretesto de nuestras desgracias ó de nuestra orgullosa pobreza. Y con todo; tambien habia allí una mujer triste, una mujer con el rostro risueño y el corazon despedazado, una víctima de la preocupacion y del despotismo paternal, que habia comprendido á fuerza de ejemplos la necesidad de hacer creer á todos que estaba alegre, porque hace veintitres años eran hipócritas las hijas de familia, no por cálculo como ahora, sino por obligacion. Inés, única heredera de grandes riquezas estaba ya destinada á sacrificarse, uniendo su mano con la de D Luis, hijo primogénito de un titulo de Castilla: era un pacto de familia, un tratado en que solo las apariencias sociales, no las conveniencias, habian tenido parte. El corazon, la felicidad de dos novios era un incidente secundario, una cosa subalterna: por otro lado, era claro que habian de ser dichosos una vez que poseian grandes riquezas y dos títulos. ¿Para qué mas en este mundo?

Don Luis amaba á Inés; pero esta, al paso que aborrecia en él una petulancia sin límites y el insoportable orgullo que heredó de su familia, habia notado las fogosas miradas que Mariano, nuestro jóven enamorado, la dirigia en los paseos y en la iglesia; habia leido sus billetes llenos de entusiasmo y de pasion, y admiraba su gallardia y la fama de valiente que entre los guapetones de la vida airada se habia adquirido. Por mucha vanidad que tenga una mujer, siempre es sensible á estas prendas. Inés pues amaba á Mariano, lo sabia, y aunque dispuesta interiormente á no vencer una pasion que nunca es tan violenta como cuando es naciente, presentía los terribles obstáculos, mas aun la imposibilidad de romper los detestables lazos que la unian á D. Luis.... presentia en fin que iba á ser desgraciada.

Avanzaba la noche, y Mariano esperaba hacía una hora al pié de la ventanilla el cumplimiento de sus deseos. Arrimado para no ser visto, mas por decoro de Inés que por miedo, á un ángulo que formaban dos lienzos de pared, proyectando en la calle negra sombra, se entregaba de antemano á la felicidad que dentro de pocos momentos iba á gozar. No le parecia sueño aquella aventura, porque estaba acostumbrado á creer todo posible, ni hallaba dificultoso que la hija de un grande, bella, jóven y virtuosa se enamorase de él, porque juzgaba á todos los corazones por el suyo: el desencanto debia ser horrible. Asomó por fin una mujer, la noche estaba oscura, tanto mejor para el misterio de una cita....Era ella...Ni ¿cómo dudarlo?

— « Buenaz nochez, pronunció una voz que pareció á Mariano la de un ángel.

— « Hermoza mia! He yegao por fin al término de miz ezperanzaz. Ah! Zi zupieraz lo que paza en ezte corazon too tuyo! Miz cartaz te lo han dicho ya mil vecez; pero tú, ingrata, dezconocia, ni á una zola me haz conteztao.

— «No era ecente....maz no por ezo merezco talez nombrez. ..Yo....ez precizo ecirlo....zí....yo....amo á V.

— « Bendita mil vecez zea eza rezalaizima boca. Ah mona! Zi pudiera apretarte aquí contra mi pecho! Acabaz de hacerme el hombre maz feliz.

— « Y yo zoy la mujer maz dezgraciáa....Mañana.....

— « Qué! Qué!

— « Mañana debo cazarme.

— « ¡Con quién!!

— « Con D Luiz....mi padre ze ha empeñao y. ..

Un rayo que cayera en aquel momento no hubiera desconcertado á Mariano tanto como aquellas palabras. Calló largo espacio, pero recobrando al fin su acostumbrada sangre fria dijo á Inés:

— « ¿Eztáz rezuelta á zer mia?

— « Zi, contestó ella.

— « ¿Tienez valor?

— « No me falta. ¿Qué debo hacer?

— « Mañana á las cinco saldráz á miza; yo te ezperaré con doz cabayoz en ezte mizmo zitio y huirémos de Caiz.

— « ¡Malvado! gritaron al mismo tiempo; Inés desapareció, y un hombre con la espada desnuda se precipitó sobre Mariano. Hízose éste atrás, empuñó la navaja, y dijo á su contrario.

— « ¿Ze yama V. D. Luiz, mi amigo?

— «Si, respondió el de la espada; D. Luis de Parede es mi nombre, villano; entrégate ó te mato.

— « Graciaz á Dioz que pueo cumplir mi juramento esclamó el jóven: dije que mataría á D. Luiz, y lo mata

ré. Al mismo tiempo dió un salto hácia adelante y atravesó con el cuchillo el pecho de su rival. Cayó éste dando gritos, y Mariano se retiró paso á paso, perdiéndose en breve por las callejuelas de la ciudad.

IV.

Un mes despues de este suceso se hallaba Mariano á la entrada de un cortijo en el costado derecho del camino real de Sevilla; á su lado estaba sentada una mujer llorosa que al parecer imploraba su piedad.

— «Ya te he icho, Paca, decia él, que me haz hecho dezgraciao, y cuando un hombre como yo lo ice, ze le puee creer.

— « Yo te amaba, respondió la mujer sollozando.

— «Tambien me ijizte que eya me amaba y mentizte.... ¿Y qué me importa tu amor? Huizte del rezentimiento del marquéz cuando zupo que habian representado el papel de zu hija hablando conmigo desde la ventaniya, la noche que herí á D. Luiz, y me pedizte un azilo en eztoz andurrialez. Te lo concedí por caridá; tú cuidaz de mí y de mi criao, en una palabra, me zirvez en el cortijo como zerviaz al marquéz en zu gran caza de Cáiz. ¿Qué maz quierez?

—«Tu amor....

— «Caya, perra de Lucifer....Mi amor! ¿Zabez tú lo que ez mi amor?...Ah! ¡Eya zola! ¡Inéz!...

Y Mariano se separó de Paca, y pasó largas horas meditando en las consecuencias de un crímen que hacia dias habia concebido.

D. Luis no habia muerto, ni su herida presentaba el menor peligro; el susto que á pesar de su valor le asaltó cuando se vió acometido por Mariano, á quien suponia indefenso, y una enorme piedra en que no habia reparado, produjeron su caida. Pocos dias tardó en restablecerse, y el marqués agradecido al empeño con que habia salvado el honor de su hija, comprometido por la intriga de Paca, activó las diligencias matrimoniales, y la union de Inés con D. Luis tuvo efecto á entera satisfaccion de todos sus amigos. Súpolo Mariano en su retiro, y supo tambien que los nuevos esposos debian salir para Madrid cinco dias despues de la boda. En consecuencia determinó observar el camino real con cuidado, valiéndose al efecto de su criado Chepe, hombre como él resuelto, y que se habia visto obligado á escaparse de Cádiz, por hallarse comprometido en un lance de puñaladas que habia producido el resultado de dos ó tres muertes. Asi estos dos hombres, fuera de la ley por distintos motivos, se habian unido para hacerse mas fuertes contra la ley: el hombre desgraciado comia, bebia y dormia con el hombre perverso, confundiéndose los dos en el seno de la libertad, en los montes, del mismo modo que la ley los confunde en las cárceles y en el patíbulo.

Cuando Mariano supo que el coche que conducia á Inés y á D. Luis habia pasado por el camino real, sintió una opresion violenta, como si su corazon se encontrase apretado entre dos planchas de hierro. Pero las emociones duraban en él un minuto; sabia vencerlas y dominar todo sentimiento desde el instante que formaba una resolucion: al frente de un imperio hubiera sido inatacable, al frente de un ejército un conquistador.

Montó Mariano en su tordillo, y seguido de Paca y de Chepe se adelantó por un atajo, calculando que antes de anochecer podria bajar al camino real por un punto á donde el coche no hubiese llegado aun, á causa de una cuesta que tenia que bajar. Precisamente se encontraba al fin de aquella cuesta el sitio en donde Mariano habia determinado llevar á cabo su venganza.

Cerca ya del camino dejó los caballos en el bosque al cuidado de Chepe, y se adelantó con su carabina. A pocos momentos divisó el coche. Ardiendo entonces en ira, y asomando á sus labios una sonrisa irónica .. Ya te tengo, esclamó, pérfido D. Luiz; no gozaráz por mucho tiempo de tu dicha.—Y diciendo y haciendo empuñó la carabina, cuando se sintió detenido por el brazo de Paca que le habia seguido sin ser vista.

— « ¡Qué traez aquí! dijo Mariano con desprecio.

— « Vengo á eviterte un crímen, respondió Paca, ya que yo zoy la cauza de tu dezgracia ...Mira, añadió con entusiasmo, y señalando al cielo, ayí está el Dioz que noz ha de juzgar...tu corazon ez bueno...perdona á D. Luiz.

— «Nunca, nunca, no hay perdon, gritó Mariano; y apartando bruscamente á Paca con su fuerte brazo, levantó la carabina, apuntó al coche, y el tiro resonó por el bosque como el estampido de un seco trueno. La primera víctima de la venganza de Mariano fué el cochero. Precipitóse D. Luis al camino armado con dos pistolas, pero su rival habia vuelto á cargar la terrible carabina, y el segundo tiro acabó con la vida del esposo de Inés. Corrió Mariano al coche en donde yacia desmayada la inocente y desventurada causa de aquel infortunio, y abriendo la portezuela la sacó en sus brazos al camino. Acudieron Paca y el criado con los caballos, volvieron á montar, y se internaron por el bosque, llevando Mariano á Inés desfallecida.

V.

El año de 1818 ahorcaron en Málaga á un famoso bandido llamado Mariano ó por otro nombre *El sin miedo*: era natural de la misma ciudad, y habia hecho su nombre célebre á fuerza de delitos. En sus últimos momentos refirió al religioso que le ausiliaba la historia de su vida: murió arrepentido de sus crímenes, y dejó declarado que al lado del cortijo en que fue preso, se hallaria al pie de un árbol una maleta llena de onzas de oro, las cuales era su voluntad se entregasen por iguales partes á Sor Inés y á Sor Francisca, religiosas hospitalarias de S. Juan de Dios de Cádiz, á quienes habia tenido en su poder por haberlas sorprendido en un camino, y que habian huido de él apenas pudieron hacerlo.

El religioso citado apuntó los principales incidentes de esta historia, y su cartera me ha inspirado la idea de estractar un cuento que publico, no como interesante, sino como provechoso para la juventud.

J. M. DE ANDUEZA.

CRITICA LITERARIA.

LAS NOVELITAS FRANCESAS.

La literatura novelera francesa va en decadencia: su gran senescal el Sr. *Honorato Balzac*, se planta ya en 800 ejemplares, algunas veces menos, muy pocas mas. *Jorge Sand* llega con dificultad á mil. *Alejandro Dumas*, de 800 á 900, y *Julio Janin* para llegar á los 1000 tiene que hacer sonar un mes antes y otro despues de la publicacion la trompeta de la fama: tómese pues por término medio 700 ejemplares, y resultará uno solo por cada cuarenta y ocho mil quinientos cuarenta franceses y francesas, y esto que las diez y nueve vigésimas partes de aquellos saben leer,

escribir y contar; hacemos abstraccion de los honrados lectores y lectoras rusos, ingleses, alemanes, bávaros, suecos, noruegos, españoles, italianos, americanos, asiáticos, y otros que tienen la bondad de cambiar su dinero á trueque de esas lindas producciones.

Jorge Sand, con sus pretendidas disertaciones filosóficas, con sus detalles de tocador y con sus descripciones agrestes, marcha con una lentitud que fatiga al lector. Mr. Balzac es tan pesado y tan fastidioso como Jorge Sand, si bien suple á las disertaciones filosóficas de este con minuciosas observaciones y descripciones de antiguos muebles y adornos, de los que no perdona ni siquiera un clavo. La novela de Dumas es el reverso de aquellos; en él los hechos se precipitan con una rapidez extraordinaria. Abrese una trampa bajo los pies del heroe, y cae este en el foso, y apenas sale de el se halla con otra trampa: camina dos pasos mas, otra trampa le espera; y asi de trampa en trampa llega el héroe trampeando hasta que dá en la última, que es por supuesto la mas ancha y mas profunda, y ó bien se hace añicos la cabeza, ó sale triunfante y va á gozar en paz del fruto de sus proezas.

No hay que buscar en esta lectura ni filosofia, ni objeto. Todo el interés consiste en acumular hechos sobre hechos: Eulalia, v. g., jóven lindísima (y esto es muy esencial) va á las Tullerias en busca de su hermosa amiga Clarisa; encuentra allí á un hombre de ojos verdes y de seis pies de estatura: Eulalia, sin tener la mas mínima idea del amor, queda perdidamente enamorada, y á pesar de que la muchacha tiene virtud y educacion, sin embargo se deja seducir, porque el hombre de los *seis pies* y *de los ojos verdes* á quien habia tenido por un paladin es un mónstruo tamaño ¿Qué hace Eulalia? Va y se echa á llorar: pero con *su educacion* y *su virtud* vuelve al cabo de algunas semanas en busca de nuevas aventuras y de nuevos mónstruos que la hacen reir y rabiar alternativamente. Tal es la novela de Alejandro Dumas, y en ella una situacion hace olvidar á otra antes que la primera haya causado impresion alguna. Al paso que en las de Jorge Sand y de Balzac el lector saltará fastidiado veinte hojas de cada situacion para haber de llegar á la peripecia.

Todos estos escritores pretenden ademas tener un estilo elegante; pero ¿sobre qué estriban sus pretensiones? en general le vemos duro y afectado. En una página la nube *cierne los rayos del sol* ó de la luna: las *cariatides* «salpican de sus pechos hilos de agua perfumada que cae en el estanque y *empaña* el cristalino espejo con sus vaporosas gotas;» ó bien «los ojos de la heroina sepultados en sus órbitas quedarán como suspensos en el glovo de lágrimas;» de forma que para comprender el lector esta gerigonza debe ser á la vez panadero, jardinero y oculista. Esto en toda tierra de cristianos no es otra cosa que palabras zurzidas á otras palabras, ó en términos mas técnicos, *música celestial*.

Con palabras, es verdad, se habla y se escribe; enhorabuena; pero si para decir *una jóven hermosa* nos tiene el autor durante diez páginas anatomizando la belleza de sus piernas, y la gracia de su cintura, el fuego de sus ojos y la trasparencia de su cutis; si diez páginas mas adelante emprende de nuevo, bajo el mismo tono, otra escursion por la muchacha adelante, el lector no podrá menos de darse á los diablos, y digan lo que quieran los entusiastas, tirará el libro debajo de la mesa.

El estilo de Jorge Sand es ardiente como de mujer, y encierra bellísimos trozos; pero en general cada palabra tiene su epiteto. «Los rios *tormentosos* arrastran sus *enardecidas* aguas á través de los *profundos* valles circumbalados de rocas *escarpadas*.» Carece tambien de gradacion; á una página llena de animacion sigue ó precede otra que aunque bien escrita aparecerá lánguida por lo brusco del contraste, y despues de haber elevado al lector hasta las nubes, tiene gusto en dejarle caer de un golpe en el duro suelo.

Pero si esto decimos en cuanto á la forma, ¿qué no podrá decirse en cuanto al fondo de todas estas obras? Sangre y cadalsos por do quier; crímenes espantosos justificados ó convertidos en objeto de burla; la seduccion, la violencia, el adulterio, el incesto; tales son los materiales en que fundan el éxito de sus obras aquellos autores. Asi el *Padre Gorlot* (de Balzac) despues de haberse arruinado por su hija, se deshace de la única renta que le queda para proporcionar á esta misma hija la distraccion de una cita adúltera y secreta. Asi en *la Mujer virtuosa* el juez Grandville, el héroe de la novela, compra una hija hambrienta de manos de una madre hambrienta tambien, por la cual se arruina y concluye por engañarla; y en *Lelia* y *Leon Leoni* solo se ven prostitutas, bandidos, maniáticos, asesinos y estafadores.

Una vez puestos á la obra los modernos noveleros en nada se detienen, y la fabula mas comun que sirve de testo á sus novelas, suele ser esta ú otra semejante. Un marido de 40 años toma por esposa á una doncella jóven, *tierna paloma*, ángel de dulzura y de belleza, criatura ideal y vaporosa que no estaba formada para un marido tan prosáico.—Infidelidad obligada de la mujer aérea.—Si el marido tiene la tontuna de llevarlo á mal, entonces estocadas, puñaladas, pistoletazos entre el marido y el amante. Si este es el que se enfada, tambien hay puñaladas y golpe que canta el credo, con la diferencia de que entonces es al marido á quien le toca recibirlas de mano de su substituto, que es exactamente el refran de *tras de c... apaleado*. Algunas veces hay una completa abnegacion, un perfecto estoicismo del marido, y aun suele el mismo estimular los amores de su mujer; pero en todos los casos la heroina siempre por supuesto es una criatura dócil, incomprensible, ángel de otra region mas elevada.—Ahora bien, preguntamos á estos señores autores, si es que tienen esposas, hijas ó hermanas ¿dán ustedes á leer sus obras á sus hijas y á sus mujeres?

¡No! responderán; porque ningun corazon honrado puede dejar tales obras en manos de una doncella ó de una mujer jóven sin temblar por su virtud y por su felicidad. Abramos cualquiera de sus páginas.—«Es casi imposible en Francia á una mujer casada el ser virtuosa.» «dice Mr. Balzac; lo cual no dejó de ser un agasajo para las señoras de su familia, y para las demas francesas.—«No puedes entrar religiosa (dice Jorge Sand), aun tienes un recurso; hazte cortesana.»—«La ley del matrimonio es dirimente ante Dios como el matrimonio civil es dirimente ante los hombres.»—«La fidelidad conyugal es una escepcion, la mayoría tiene otras necesidades.»

¡Y quien asi escribe es una mujer! (1). Recorred ahora los diarios franceses y contad á cuantos desgraciados han conducido esas máximas al Sena; cuantas seducciones, adulterios, violencias, separaciones han causado; cuantos amantes se han dado la muerte mútuamente; cuantos hombres de mérito se han dejado arrastrar de esta execrable manía.

Otro inconveniente de lo extraordinario es que no ha de ser manoseado; y precisamente ha sucedido todo lo contrario. Apenas hay cursante en cualquiera de las aulas francesas que no sea autor de una ó mas de estas novelas terribles, y muchas veces la componen á cuatro manos. La

(1) Todo el mundo sabe que bajo el pseudonimo de Jorge Sand se encubre la señora baronesa de Dudevant.

forma es menos atrevida que las de las obras de Jorge Sand y de Balzac, pero en cuanto al fondo pudiera decirse que habian sido fundidas en la misma turquesa. La mina de lo estraordinario se agota muy en breve; una vez agotada se roba de los antiguos y de los modernos, de la España y de la Inglaterra, de Italia y de Alemania, y no pocas veces sucede que un autor se roba á sí mismo, sin acordarse ya e lo que escribió.

De aquí esa inmensa cantidad de novelas francesas en que nos ahogamos; cantidad tal que todo francés parece haber nacido novelista. El mancebo de una tienda forma su tomito; el oficial de sastre nos regala el suyo; la condesa, el militar, el estudiante, todos forman novelitas que es un primor. —¿Cuál es vuestra profesion, caballero?—Si haceis esta pregunta á doscientos jóvenes que veais vagar por los paseos de París, los ciento noventa os responderán: —«Literato.»—Preguntadles que ramo de literatura siguen, y os responderáu con énfasis que saben *hacer de todo*. Y no os engañarán, porque seguramente no hay cosa mas fácil que zurcir diez ó doce páginas de un libro, á diez ó quince de otro; diez ó quince del tercero á diez ó quince del cuarto; y de este modo hacer un tomo primero: se fabrica del mismo modo el segundo, y luego se le pone un título, y ya tenemos una novela mas.

RECUERDOS POÉTICOS DE LA EDAD MEDIA.

La poesía de imágenes, aquella que en la rudeza primitiva de la sociedad se identifica con las sensaciones dándolas cuerpo, forma y movimiento; que sirve á la vez de intérprete á un pensamiento religioso; de conductor á un sistema imperfecto de civilizacion, de norte á la galantería y al valor, y raras veces á la razon; esa es precisamente la poesía de la edad media. Y esa es la verdadera poesía; porque solo ella logra inflamar la fantasía del hombre, enardecer su corazon, y abrir la puerta al verdadero heroismo. Hágasela instrumento de las verdades en que se funda el orden social, y ya entonces, sin perder sus formas ideales, sin dejar de recorrer un mundo fantástico poblado de imágenes grandes y sublimes, será el eco de la razon, porque la razon, no dogmática, acompañará forzosamente á los hechos emanados de aquellas doctrinas. ¿Quién es capaz de sostener que el idealismo de la poesía de imágenes no hallará cabida, y aun preferencia, al lado de la filosófica y yerta poesía de nuestro siglo? Ardua empresa sería por cierto: sería lo mismo sostener que un discurso didáctico es preferible por su estilo á un discurso oratorio.

Cada vez que volvemos la vista á esa sima histórica y tradicional en cuyo seno inmenso se ha ido precipitando la multitud de siglos que dejamos para siempre á espaldas del nuestro, la imaginacion contempla absorta una série de seres gigantescos, de seres poéticos, cuyas cabezas cubiertas del pesado almete, descuellan en medio de las generaciones pasadas como los héroes de Homero entre la muchedumbre de sus soldados: verdaderas figuras épicas, engrandecidas por las imágenes robustas y atrevidas de los antiguos romanceros de Europa. A ellas deben sus formas hercúleas, su brazo de hierro, su valor indomable, su constancia en los peligros, su resignacion en los trabajos, su piedad religiosa, su galantería con las hermosas, su inalterable amor y decision por la patria: y solo á los romances heróicos, á los juglares y trovadores con su inmensa libertad de imaginacion y de poesía, debieron indudablemente lo que de ordinario omitía la narracion lacónica y diminuta de las antiguas crónicas que á veces hacen dudar de los héroes cantados por los romanceros. ¡Que mucho incurrieran en ese olvido, cuando al referir las nuestras el memorable suceso de la restauracion de España, han dado motivo á dudar de la existencia de Pelayo, heroe principal de aquella gloriosa empresa!

Sin embargo la tradicion poética ha podido mas en todas partes que el silencio de los cronistas; y al través de multitud de fábulas con que el orgullo supersticioso de la humanidad se complace en adornar al ídolo que reverencia, se descubre un hombre, y ese hombre estuvo dotado de prendas que no pudieron hundirse en el olvido, y llevando en derredor suyo la historia de la sociedad de su siglo con los vicios y virtudes, con las hazañas y desastres, con la creencia y el valor de donde tomaron orígen aquellas mismas fábulas.

Por eso, y sin estendernos á citar muchos de los personages semifabulosos ó tradicionales de la edad media, hallamos en nuestros romanceros dos héroes coetáneos uno francés y otro español, iguales en las aventuras de su nacimiento, iguales en valor, iguales en ser el apoyo de sus monarcas, iguales en lo dudoso de su existencia, y por último iguales en haber ocupado la musa de los poetas épicos de Italia y de España: hablo, pues, de Roldan, Rolando ú Orlando (1), sobrino del celebre Carlomagno, y de Bernardo del Carpio, sobrino de Alonso el Casto, rey de Leon. Sabido es que Pulci, Boyardo y Ariosto hicieron del primero el héroe de sus poemas, así como el segundo lo fue del poema que con el mismo nombre escribio nuestro célebre Balbuena; y ambos fueron ampliamente celebrados por nuestros romanceros españoles.

¿Serán estos heroes reales ó fantásticos? Cuestion es esta muy poco importante para la poesía, aunque lo sea de suma entidad para la historia.

Quiméricos ó verdaderos, ellos por sí solos representan un siglo, una época fecunda en observaciones para el filósofo, en imágenes para el poeta. El Roldan de los cancioneros, el Roldan de las hazañas portentosas, es un guerrero terrible de indomable valor y de invencible brazo; de costumbres austeras y religiosas y muy hábil para convertir agarenos; ese es precisamente el tipo de la edad media; la existencia mística apoyada en la fuerza brutal y rodeada del delito; el arrepentimiento al acercarse la muerte.

El Bernardo de nuestros romances es jóven, de rubios y ensortijados cabellos, de recios miembros, é igualmente atrevido y valeroso que el paladin francés: sobre estas prendas resaltan en gran manera su ternura para con su desgraciado padre el conde de Saldaña; su inalterable fidelidad al rey Alonso el Casto, de quien se veia altamente ofendido. Pero la memoria de Bernardo, históricamente mas dudosa que la de Roldan, no ha dejado como este vestigios y aun testimonios visibles de su existencia tradicional. Por todas partes se presentan recuerdos del héroe fancés: háblase de su época como de la de los encantadores y jigantes. El viagero al recorrer los montes pirineos vé la inmensa *Brecha de Roldan*, representada en el grabado que acompaña á este artículo, en donde las empinadas rocas parecen como hendidas por una fuerza prodigiosa. Los habitantes de ese pais dicen que aquel famoso paladin separó las enormes masas de granito con la pujanza de su espada. Sí, en efecto, hacia resonar los

(1) Con estos tres nombres es conocido en nuestros cancioneros.

ecos de su trompa guerrera en la estension de veinte leguas á la redonda del Pirineo, bien podia su brazo de hierro hendir las montañas mas elevadas. Por todas partes las imágenes poéticas sirviendo de páginas á la historia.

La poesía, pues, se deleitaba en aumentar las proporciones jigantescas del héroe de Carlo Magno, sin sospechar que toda aquella grandeza sublime habia de servir de magnífico trofeo á otro héroe, y á otra poesía nutrida de imágenes épicas fogosas, como el clima en que se conciben. Bernardo, por la tradicion y los romances españoles venció, y quitó la vida á Roldan en combate singular en la famosa batalla de Roncesvalles: segun ellos toda la honra y prez del mas valiente de los paladines de Carlo Magno pasó á laurear las sienes del guerrero castellano. De aquí el comun estribillo de nuestros paisanos:

Mala la visteis franceses
La caza de Roncesvalles,
D. Cárlos perdió la honra
Murieron los doce pares, etc.

En otros romances se refiere el trájico fin de Roldan de la manera siguiente.

. . . . . .
Apercíbense los reyes
Con las gentes de su estado,
Halláronse en Roncesvalles
Do muy recio han batallado,
Mueren allí muchas gentes
Franceses y castellanos.
Venció el rey D. Alfonso
Por el esfuerzo sobrado
De Bernardo su sobrino,
Que era el mas señalado.
Mató Bernardo por sí
A Roldan el esforzado,
Y á otros muchos capitanes
De Francia muy estimados.

Con mas estilo póetico espresa lo mismo otro poeta anónimo en los siguientes versos:

. . . . . .
El gran sobrino de Alfonso
Furioso busca al de Cárlos;
Hállale en sangre teñido,
Y el viene en ella bañado.
Los mas bravos corazones
Que humano pecho ha encerrado
Juntos á batalla vienen
Con fuerza y ánimo osado.
Para verla se suspende
La del uno y otro campo,
Entre la esperanza y miedo
Los corazones temblando.
El cielo que á Orlando espera,
Fortuna que se ha camado,
Dan y quitan la victoria
De un francés á un castellano.

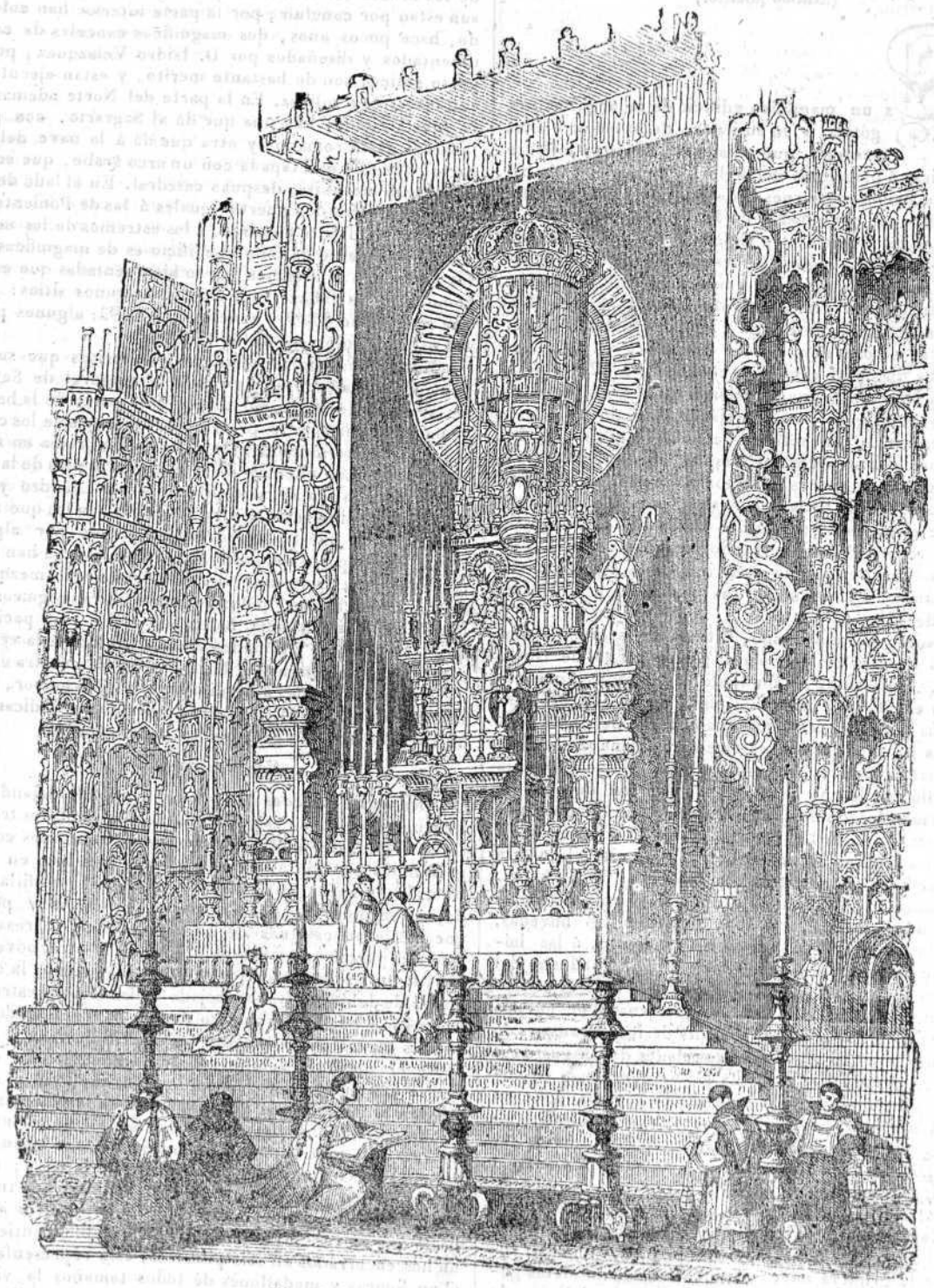
He aquí la edad media: he aquí la poesía identificada con las sensaciones. he aquí al hombre de la sociedad naciente impulsado á la vez por el sentimiento religioso y por el instinto del valor. Dirijanse estas sensaciones á un centro de utilidad comun y será el hombre de la civilizacion y de la cultura, pero sin renunciar á su tendencia física y moral por ser obra de la naturaleza.



(Vista de la brecha de Roldan en los Pirineos.)

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.

ESPAÑA ARTISTICA.



Vista del altar mayor de la catedral de Sevilla.

LA CATEDRAL DE SEVILLA.

(Artículo primero.)

Es un magnífico edificio de la arquitectura gótica, y en su jénero de lo mejor y mas suntuoso que existe en España; empezó á construirse á principios del siglo XV, pues el auto capitular fue hecho en viernes 8 de julio de 1401, vacante la silla episcopal por muerte de D. Gonzalo; y entonces se dijo: «qué se labre otra Eglesia, tal é tan buena, que no haya otra su igual.» Se ignora que arquitecto trazó tan admirable fábrica que empezó en 1403: algunos quieren atribuir tan famosa obra al arquitecto Alonso Martinez, que siete años antes, en 1396 era maestro mayor del cabildo: otros á Pero Garcia que lo era en 1421: lo que se sabe fijamente es que en el año de 1462 dirijia la obra Joan Norman, al que siguieron otros maestros, hasta Alonso Rodriguez y su aparejador Gonzalo de Rojas, que pusieron á 10 de octubre de 1507 la última piedra del cimborio. Esta parte del templo, cuya altura corria parejas con las campanas de la torre, se vino en completa ruina con tres de los arcos torales, por haber flaqueado uno de ellos, en la noche del dia 22 de diciembre de 1512. Se reparó el daño cerrando, como se ve en el dia, con una bóveda; obra que estuvo bajo la direccion del Maestro Joan Jil Hontañon; que concluyó á 4 de noviembre de 1519.

El templo es cuadrilongo, y tiene de largo 369 pies corriendo de Oriente á Poniente; y de ancho de Norte á Sud 217, sin contar el fondo de las capillas; que entonces es el total del largo 398 pies, y el ancho 291: esceptuamos la capilla real, que queda fuera del cuadrilongo por la parte de su figura circular. Tiene el edificio cinco espaciosas naves, no contando la de las capillas: la de enmedio con la que le atraviesa, que son de mas altura, forman lo que llaman el crucero; que tiene de ancho 59 pies y de alto 134; las laterales 39 y medio y 96 de alto: las capillas 37 de ancho y 49 de alto: la altura de la bóveda en donde estaba el cimborio es de 158 pies. Las columnas que las forman grupos de varias columnitas haciendo un todo, son 36 y sostienen 68 bóvedas, ademas de los medios pilares correspondientes á las bóvedas que mueren en el muro del edificio. El adorno del templo es sumamente sencillo, al par que todo el es elegantísimo, y de una esbelteza que enajena. Por encima de los arcos de las capillas, y al pie de los arranques de las bóvedas altas, corren andenes calados de un gusto esquisito: asi como los adornos de las ventanas que en número de 93 tiene cada una su vidriera pintada, que en nada ceden á lo mejor de este jénero (si esceptuamos algunas que hay modernamente embadurnadas): fueron trabajadas por los célebres artistas que en esta clase de obras florecieron en el siglo XVI.

Se entra á la catedral por nueve puertas distribuidas en esta forma: en la parte de Poniente está enmedio la principal ó grande, á sus lados dos pequeñas que dan enfrente de la primera nave; enriquecidas de doseletes góticos y adornos de este jénero, estátuas y medallones de figuras resaltadas de barro cocido, obra de Lope Marin en 1548; todo es allí bello y digno de aprecio. La puerta grande estaba por concluir, pero por los años de 1827 se trató por el cabildo y el prelado actual de acabar la puerta; obra que costearon mútuamente, y que llegó á concluirse; solo le faltan las estátuas y un gran medallon. El mérito de esta obra tanto en la parte de ejecucion como en el diseño de ella, la creemos bien infeliz. En cada uno de los brazos del crucero hay dos grandes puertas, que aun estan por concluir; por la parte interior han colocado, hace pocos años, dos magníficos canceles de caoba inventados y diseñados por D. Isidro Velazquez, por el gusto gótico, son de bastante mérito, y estan ejecutados con maestría y solidez. En la parte del Norte ademas de la puerta citada, hay una que dá al Sagrario, con portada del gusto romano; y otra que dá á la nave del Lagarto, que está casi tapada con un arco árabe, que era de la antigua mezquita, despues catedral. En el lado de Levante hay otras dos puertas iguales á las de Poniente, y estan unas enfrente de otras, á los estremos de las naves.

El pavimento de todo el edificio es de magníficas losas, y llaman la atencion por lo bien sentadas que estan, como por las labores que hay en algunos sitios: obra que empezó en 1789 y concluyó en 1793: algunos pedazos estaban enlosados desde 1737.

Nos parece oportuno indicar las fábricas que sucesivamente se han ido agregando á la catedral de Sevilla, las que han hecho perder y oscurecer parte de la belleza y majestad con que se presentaria á los ojos de los curiosos uno de los monumentos de mas nombradia en nuestra España Las oficinas de la contaduría; las de la parte que dá á la lonja; las capillas de San Leandro y San Isidro; la capilla real, y otros edificios son los que afean el esterior de nuestra catedral ocultándola por algunos sitios. Por la parte del *patio de los naranjos* se han construido al pie y arrimadas al muro del templo mezquinas é indecentes casillas, que parecen raquíticos pigmeos. Solo una crasa ignorancia ha podido sufrir con paciencia que tales pegotes permanezcan aun unidos á la célebre catedral para mengua del buen gusto y de nuestra época.

Nos ocuparemos en seguida de la capilla mayor, coro, sala de cabildo, sacristía mayor, y jiralda: y dedicaremos un segundo artículo para hablar de las capillas.

Capilla mayor.

Ocupa dos bóvedas de la nave principal; dejando una intermedia desde su espalda á la capilla real; los tres intercolumnios de la última bóveda estan cerrados con un gran muro elevado á bastante altura, que hizo en 1522 Gonzalo de Rojas: está adornado con una guardilla calada, en seguida hay dos órdenes de doseletes y peanas, que sostienen estátuas de barro cocido de sobresaliente mérito; parece una obra de filigrana: la otra bóveda la cierran tres soberbias rejas de gusto plateresco; la de enmedio de doble mérito, trabajada delicada y maestramente en 1518 por Fr. Francisco de Salamanca, lego dominico: las otras dos estan sobre un macizo de vara y media sobre el nivel del templo; la de enmedio tiene en su frente una puerta que por medio de la que llaman *crujia* se pasa al coro. Desde esta puerta se andan 27 pasos en donde empiezan las gradas de mármol, que en número de 10, y de todo el ancho de la bóveda, conducen al altar mayor. Ocupa este todo el frente de la nave; es del jénero gótico y de una altura extraordinaria; lo trazó en 1482 Dancart, y muerto este, le siguieron otros artistas hasta que se concluyó en 1564 El retablo contiene 44 nichos encerrados en seis pilastras; está representado en él en figuras y medallones de todos tamaños la vida de Jesus y de la Virgen su madre, con algunos otros pasajes sagrados. La madera de que fue construido es la lla-

mada alerce, y segun documentos antiguos, se talaron para esta obra cuantos árboles habia de esta especie en el campo llamado de Tablada. El Sr. Cean al hablar de esta capilla dice: «Su adorno es el mas rico, el mas menudo y prolijo que se conoce del jenero gótico.»—El velo que le cubre en la Semana Santa tiene 1360 varas de lienzo.

Son de mucho mérito el tabernáculo y atriles de plata, que estan sobre el altar, obra del excelente platero Francisco Alfaro.

El coro.

Entre él y el altar mayor queda enmedio la bóveda en que estaba el cimborio: ocupa el coro dos bóvedas del crucero; y se encuentra cerrado por todos los costados; el frente que dá al altar mayor tiene una reja de igual mérito que las del presbiterio, con una puerta enmedio. A los lados colaterales se ven, en los dos intercolumnios de la primera bóveda, un vestíbulo de ricos jaspes formado de columnas con bajes y capiteles de bronce dorado de mal gusto; hay aqui dos puertecitas para entrar al coro. Sostienen estas columnas un armazon ó algaravía trabajado en madera para cajas de dos órganos; son de detestable gusto los espresados adornos que se encaraman hasta tocar el cerramiento del arco; á tanto se elevó Luis de Vilches, que fue su autor, en 1724. Los órganos son magníficos, y en su jénero de lo mas escelente que se oye; el del lado de la epístola lo trabajó D. Jorje Bosch en 1792, y el otro que está enfrente el actual artista D. Valentin Verdalonga, digno de memoria. El otro intercolumnio lo cierran por cada lado dos cuerpos de arquitectura del gusto plateresco, ejecutados en alabastro con bastante perfeccion, por Nicolas y Martin de Leon en 1531 á 1554. Son cuatro cuerpos, y en cada uno de ellos hay su capillita, que nada tienen digno de notarse, á no ser algunas esculturas de Montañez. La espalda del coro, que mira á la puerta grande, dejando un espacio de tres bóvedas, es otro cuerpo de arquitectura de 27 pies de alto y 54 de ancho; es de órden dórico, y está formado con ricos y raros mármoles; en el centro hay un altar de nuestra señora de los Remedios, pintura de una antigüedad remotísima, debajo una tablita de Francisco Pacheco pintada en 1633: á los lados del altar hay dos rejas que dan al coro; se ven aquí cuatro bajos relieves trabajados en Jénova, de buena ejecucion, y alguno que otro adorno de mérito: estan en este sitio las subidas para los órganos.

Pasemos ya al interior del coro, cuya sillería, que es gótica, está ejecutada con maestría é inteligencia por Nufro Sanchez en 1470, y la concluyó el citado Danant en 1479: las sillas son por todas 117: la del prelado mas rica de adornos está de frente; á sus lados las dos rejas ya mencionadas que dan al trascoro: hay encima dos buenos cuadros pintados en 1613 por Diego Vidal, el Viejo. El facistol, obra de gran mérito, lo ejecutó en 1570 Bartolomé Morell; en él se colocan los magníficos y volumi nosos libros de coro, que suelen estar sembrados de viñetas, letras y adornos, pintados por los nombrados artistas del siglo XVI Luis Sanchez Padilla, Andres Ramirez, y los Ortas; en el XVII Andres Riquelme, y otros excelentes miniaturistas.

Sala de Cabildo.

Este departamento indispensable en todas las catedrales, en la de Sevilla es una pieza digna de la mas detenida meditacion: la trazó Diego de Riaño en 1530, que murió antes de concluirla; y la continuó Juan de Minjares, en 1584, discípulo aventajado de Herrera, cuando pasó á Sevilla á empezar la obra de la casa lonja. La sala de Cabildo tiene su entrada por la capilla que llaman del mariscal, de donde se pasa al ante-cabildo, que es una pieza de 46 pies de largo, 22 de ancho, y 34 de alto; aparece en sus paredes un cuerpo jónico á cada lado, compuesto de diez columnas, en cuyos intermedios y cornisamentos hay estátuas y medallones, que representan pasajes de la historia sagrada; debajo de cada uno dísticos latinos escritos por el canónigo Francisco Pacheco. El cierro de esta pieza es graciosísimo, pues forma un cañon de bóveda figurando artesonado; y tiene una cupulilla cuadrada: todo es de piedra. Entrando en el antecabildo por una puerta que hay á la izquierda, se vá por medio círculo cerrado hasta dar en la sala. Es una fábrica de figura elíptica, cuya circunferencia es de 135 pies; su largo 50; su ancho 34, y su altura 42.—El pavimento es de mármoles de colores haciendo un dibujo caprichosísimo: enfrente la puerta está la silla del presidente, y al rededor unidas á la pared hay bancas de madera forradas; una colgadura llega hasta ellas, que está suspendida de una cornisa dórica, sobre cuyo cornison descansa un cuerpo de arquitectura jónico con 16 columnas, y en sus intercolumnios se hallan medallones de bajo relieve, que son de un mérito singular y admirable; fueron traidos de Jénova, como los del ante-cabildo: tienen tambien sus versos del citado Pacheco. Los basamentos de los medallones suelen estar pintados; y 8 lo estan por el célebre poeta Pablo de Céspedes, que representan las cuatro virtudes, y cuatro tarjetones con niños. En los 16 recuadros de la primera faja de la bóveda hay siete claraboyas de vidrios de colores, y hay tambien 8 círculos, que los ocupan otras tantas pinturas de la mano hermosísima de Murillo. Desde la cornisa del cuerpo que llevamos hecha mencion arranca la bóveda, que vá formando recuadros en tres fajas hasta rematar en una linterna de la figura de la pieza, adornada con 8 columnas corintias, é igual número de ventanas. Ademas de las pinturas referidas, existen en la sala encima de la silla del prelado un San Fernando, de Pacheco; un retrato del Sr. Borbon, moderno, y una Concepcion de nuestro admirable Murillo, de lo mas perfecto que pintó el jenio andaluz.

El pintor Pedro de Medina doró los contornos de las repisas, y puso los perfiles negros, en 1668: y sin embargo de esta profanacion es la sala del cabildo mas perfecta que existe en España.

Sacristía mayor.

La trazó en el año de 1530 Diego de Riaño; pero habiendo fallecido á poco, Martin de Gainza presentó al cabildo un modelo conforme en un todo á la traza de Riaño; fue aprobado: la obra comenzó en 1535, y estaba concluida á primero de octubre de 1543. La entrada á la sacristía está por la octava capilla del lado de la epístola, contando desde la de S. Laureano: la portada la forman dos columnas de órden compuesto con su arquitrave, friso y cornisa, y en medio un arco de figura oblicua adornado de platos con viandas y frutas; todo de piedra trabajado con sencillez, orijinalidad y gracia. Giran aquí dos puertas de bozne, y estan llenas de bajos relieves con figuras y adornos de mérito, obra de Guillen en 1548: el medio punto del arco lo cerraba un tablero que representaba la muerte de Abel, el cual parece que años pasados anocheció. La sacristía tiene de largo 70 pies, de ancho 49, y de alto 120: su figura es el de una cruz griega con brazos iguales: rodea por bajo á todo el edificio un pedestal corrido, sobre el que se elevan ocho grandes columnas, que sostienen la media naranja. Los brazos de la cruz presentan espaciosos lienzos de muro en los la-

dos de Oriente y Poniente, y contienen dos pilastras de igual altura que las columnas. en medio de los dos cuerpos se levanta otro pequeño de orden compuesto; dentro de este hay otro mas rico con arco; en el centro de cada uno existen dos lienzos de Murillo, S. Isidro y S. Leandro del tamaño natural, cuadros que son la admiracion y el pasmo de cuantos los observan: fueron pintados en el año de 1655. Sigamos la obra de la capilla que en los lados de Norte y Sud no tiene pilastras, en el primero está la entrada, que no viene en medio: en el lado del Sud hay tres arcos que dan á unas capillas de que hablaremos. Todas las columnas del edificio están embutidas de mil caprichosos adornos y labores como todo el friso en donde lucen innumerables figuras y juguetes derramados con profusion por todas partes: encima de la cornisa se levantan cuatro arcos, y en sus centros esten las vidrieras que dan luz á la sacristía: sigue luego el arranque de la cúpula, que es soberbia y elegante enriquecida de adornos y estátuas, cuyo número pasará de 80 en todo el edificio: cierra la cúpula una graciosa linterna con ventanas; en su centro se vé al Padre Eterno.—En la parte de ejecucion nada hay que desear; todas las labores, estatuas y adornos estan trabajados con el mayor gusto é inteligencia por Lope Marin, Lorenzo del Rao, Juan Picardo y otros. Es ciertamente en su género una joya que con dificultad encontrará competidora. Felipe II cuando estuvo en Sevilla, año de 1570, la prefirio á la capilla real; aunque la sacristia es un compuesto licencioso por sus adornos, mas que la capilla.

Hemos referido que en el lado del Sud hay unas capillas formadas de bóvedas y columnas, á las que se sube por dos gradas de mármol; son cinco altares, el de enmedio tiene en su centro una tabla estucada, sobre la cual está colocado el nombrado cuadro del descendimiento, de Pedro Campaña, que existia en la parroquial de Santa Cruz: por bajo del cuadro se abren dos puertas y se hallan las reliquias que guarda y conserva esta catedral, con la veneracion que son debidas. En los otro cuatro altares hay otros tantos lienzos de poca estima que no merecen ni citarse. Los cuadros que cita Cean en el altar de la sacristia, y eran de Anton Perez, existen en la actualidad en la oficina de la mayordomía de fábrica. En la última capilla de la derecha están colocados un S. Bruno obra de Montañez, que era de Cartuja, y un S. Fernando del célebre escultor Pedro Roldan.

Por bajo de los dos mencionados cuadros de Murillo estan colocadas grandes cajonerías en las que se conservan los ornamentos, capas de las procesiones, paños, etc., que sirven para los sagrados oficios del ministerio sacerdotal; en esta parte se admiran los famosos bordados de imajinería del siglo XVI, y piezas que por su justo mérito y valor son de un precio exorbitante. La cajonería era toda de bozne, trabajada por Guillen y Pedro Garcia; pero por los años de 1822 se refundió, embutiendo en una nueva desairada y fria pedazos de frisos, adornos y puertas de la antigua.

La sacristia mayor de la catedral de Sevilla no solo es célebre por su fábrica, sino que en el dia es verdaderamente un museo; riqueza que debe al celo é inteligencia que en las bellas artes tiene acreditado para con nacionales y estranjeros el Sr. director D. Manuel Lopez Zepero, actual canónigo.

Nombrado individuo de la comisiou encargada de recojer los objetos artísticos de los conventos suprimidos, colocó entonces (1836) en clase de depósito; los cuadros que se ven en la catedral perteneciente á los espresados conventos. En los claros que dejaba el muro á uno y otro lado pel S. Isidro y S. Leandro se han puesto cuatro lienzos colosales de Juan del Castillo, maestro de Murillo; y estaban en Monte-Sion. Al lado derecho de la puerta, una Concepcion de Murillo de lo mas bello que pintó: cerca de los arcos de las capillas, hay dos lienzos de Zurbarán, ademas otros muchos cuadros todos de estima: algunos son del cabildo. Sobre la cajonería se han colocado las cuatro virtudes cardinales, que eran de Cartuja, esculturas de excelente mérito, y que dicen de Montañez, sin tener presente que Ponz al hablar de ellas dice ser de un tal Solis, discípulo de aquel célebre escultor, segun vió en el archivo del espresado Monesterio de Cartuja. El San Juan y la Vírgen son de Montañez.—Al lado izquierdo de la puerta de la sacristia está un estante que guarda la nombrada custodia de plata del artifice Leonés Juan de Arfe.—Sobre dos pedestales de madera, que iguales á los de las columnas se han levantado á uno y otro lado de la capilla de enmedio, se han sentado dos célebres obras: Santo Domingo medio desnudo dando la disciplina, de Montañez, y era de Porta-celi. En el otro lado la nunca bien ponderada estatua de barro cocido de Pedro Torrejiano, que representa á S. Gerónimo en penitencia, todo desnudo. No queremos defraudar á nuestros lectores de una noticia que hace poco hemos leido, en una de las obras que en el siglo XVI publicó nuestro doctor sevillano Juan de Mallara; dice asi, hablando del monasterio de S. Gerónimo: »donde estan dos figuras de barro á los »lados del altar mayor; que son, á la mano derecha un »San Gerónimo en la penitencia, y á la izquierda una »Nuestra Señora, que las hizo el maestro Pedro Torrejia»no, y encarecer el artificio de ellas, no es para mi ma»no, sino para los ojos de los que lo vieran: y luego apro»barán ser las mas raras que hay en el mundo.» Esta nueva estatua se ha perdido, pues nadie la cita, ni habla de ella ningun escritor.

En un patio pequeño que esta contiguo á la sacristia, se guardan en seguros estantes las alhajas de oro, plata y piedras preciosas; entre ellas no dejan de examinarse que casi todas las piezas son mas apreciables por su valor esencial, que por el mérito artístico. El pavimento de la sacristia es de mármol haciendo labores, el saltadero que tenia en medio ha sido trasladado á un lado de la pared.

LA JIRALDA.

»Pues de la torre mayor, que es »yt de Santa Maria, muchas son »las sus nobdezas, é la su grande»ecia, é la su velda, é la su alteza.»

Crónica jeneral de D. Alonso el Sabio.

Este monumento es el mas antiguo que se conserva en Europa de la arquitectura de los árabes, y fue fabricado segun la opinion de todos los autores en el año 1000 de nuestra redencion, en el reinado de Benabet-Almucanus; la construyó el moro Guerrer ó Herber, hasta la altura de 250 pies. Tenia en el siglo XIV por remate un gran espigon de hierro, en el cual estaban ensartadas una encima de otra cuatro grandes bolas de bronce doradas, pero tronchada la espiga en el terremoto que acaeció en 1395, permaneció en este estado. El cabildo acordó por auto del 5 de enero de 1558 oir el parecer del maestro mayor de la iglesia Fernan Ruiz, que trataba de aumentar la torre, contra el parecer de otros peritos en la materia. Pero logró premiso el Fernan para hacer la obra, y la empezó en 1560 concluyéndola á los ocho años; obra que costó 50,000 ducados, elevando la torre á cien pies mas de su altura. La jiralda es de figura cuadrada, y cada uno de sus lados tiene 50 pies de ancho. El cimiento es de piedra hasta la elevacion de un estado del suelo, lo demas de ladrillos de un tamaño y de un grueso exorbitante. Es muy probable que los cimientos de esta atre-

vidísima obra esten formados de la ruina y de la demolicion que de los edificios de la dominacion romana hicieron los árabes; así que antes que se hiciesen las gradas, se descubrian en los cimientos de la torre, en aquellas piedras que estaban á flor del terreno, varias inscripciones y trozos de otras que se conservan trasladados por Argote de Molina en su obra, que existe M. S., *Aparato para la historia de Sevilla.*

La demas fábrica como hemos dicho es de ladrillo: á la altura de 87 pies empiezan los graciosos adornos arabescos; en cada fachada hay ventanas árabes con sus columnas enmedio y á los lados; delante tienen un antepecho de mármol.—Se entra á la torre por una puerta sumamente baja, y se sube por 35 cuestas, que estan en un vano que corre entre el muro esterior y el centro, sostenidas por bovedillas. Las cuestas segun se sube van angostando, á causa que las paredes interiores se engrosan progresivamente, que parece debia ser al reves.—Al concluir las cuestas se llega al primer cuerpo, en que estan colocadas 24 campanas, entre los arcos de este cuerpo, que concluye con una balaustrada y en sus cuatro estremidades jarras de azucenas trabajadas en hierro. Desde aquí empiezan los 100 pies añadidos por Ruiz, que son tres cuerpos que van en disminucion: el primero tiene el mismo ancho que el macizo interno de la torre; esta formado de cuatro arcos con columnas dóricas; tiene balaustrada, y en su friso se lee al rededor *Turris fortissima nomen dómini. Prov.* 8. En su centro está la campana del reloj, que á mediados del siglo XVIII trabajó admirablemente el lego franciscano Fr. José Cordero. El segundo cuerpo es jónico de figura circular, con pilastras y ventanas prolongadas y con antepecho: el tercero es lo mismo, y lo cierra una cupulilla sobre la que asienta en un gran globo de bronce la estatua del mismo metal, conocida con el nombre de *Giraldillo*, la cual ha dado nombre á la torre, y es conocida en todo el mundo con el de *Giralda*. Dicha estatua que representa la fé la ejecutó en 1568 Bartolomé Lorell; es una gallarda figura, su altura de 14 pies, y su peso 28 quintales; en la mano derecha tiene un lábaro, y encima de él dos velitas; en la izquierda una palma; la cabeza se vé adornada de casco guerrero con plumas: está sobre el citado globo que tiene 5 pies de altura, en donde jira por medio de una gruesísima barra de metal, que atraviesa los cuerpos de la torre segundo y tercero.

Varios sitios de la Giralda por la parte esterior en los huecos de los arcos estaban pintados al fresco por el célebre Luis de Vargas, las últimas obras que de esta clase hizo tan excelente pincel: en el dia casi todo ha desaparecido, y solo aparecen restos lastimosos, que poco á poco irá consumiendo el temporal y el sol de la canícula.

La altura total de la Giralda hasta las plumas del capacete de la fé es de 350 pies.

Sevilla, marzo 1840.

JUAN COLON Y COLON.

VIAJES.

LA HABANA.

(Conclusion. Véase el número anterior).

La riqueza del pais es grande; tiene su orígen en la agricultura, aunque se crée en el esterior que aquel pais es meramente comercial. Los grandes propietarios son las personas notables del pais, al paso que los comerciantes, ó son hombres desconocidos y vulgares que han hecho su fortuna á fuerza de trabajo y economia, ó son dependientes de casas estrangeras, salvo ligeras escepciones. Pero entre los comerciantes y los agricultores hay poca union. Por lo general aquellos dueños del dinero oprimen á estos; y en otro sitio demostraremos la necesidad de proveer buenas leyes sobre la materia.

La estraccion suele ser inmensa; hay año que no baja de cuatrocientas mil cajas de azúcar y de un millon de arrobas de café, sin contar el tabaco en rama y trabajado, los bocoyes de miel de fuerza, las tercerolas miel de abeja, la cera y las pipas de aguardiente.

Este estado de prosperidad hace que la industria esté protejida. Testigo y muestra de ello es el célebre camino de hierro que va á Guines desde la Habana. Tiene 48 millas, pudiéndose calcular que produce anualmente cerca de doscientos mil duros entre carga y pasageros.—Son diferentes los caminos que se estan construyendo, y creemos que en breve la isla estará ocupada, en sus sitios mas importantes, de cómodos ferrocarriles.

Este movimiento unido al de mil y ochocientos buques que entran en el puerto, y cerca de dos mil que salen de él anualmente, darán una idea del adelanto de la Habana.

Sus aduanas solas producen cerca de seis millones de duros, con lo cual es facilísimo de esplicar como ascienden las rentas de la isla á nueve millones de duros.

Diremos dos palabras acerca del estado intelectual de la Habana, y aunque tampoco es este el sitio de estendernos sobre la materia, daremos una idea de él, diciendo que conocemos 10 imprentas en la Habana, fundadas todas en un siglo, porque la mas antigua, que es la de Gobierno, es de 1747. Tiene esta 10 prensas y 59 operarios. La mas moderna es la de Oliva, fundada en 1838, por donde se ve que se imprime bastante en aquel pais. Y lo mas estraño es el lujo de las impresiones, al cual no podemos comparar las nuestras. Consiste tan notable diferencia en el buen papel y tipo que de los vecinos Estados unidos se lleva, y de la prohibicion que esperimentamos en España de tamaña ventaja.

Hay dos periódicos, el uno de los cuales hace la fortuna de su editor, no por la novedad de las materias que trata en sus estensísimas columnas, sino por su antigüedad, y falta de concurrentes. El gobierno de la isla no está autorizado á conceder permiso para el establecimiento de periódicos, ni con la previa censura, rigorosamente observada en el pais. El de la península no concede tampoco semejantes permisos. Acaba de negar uno á una res-

petable corporacion de la Habana para la fundacion de un periódico de agricultura y artes.

La literatura por lo tanto no tiene campo, porque, si bien esta ha existido siempre sin periódicos y con censura; no obstante, ha habido siempre cierta tolerancia con el filósofo y poeta. Allí la hay ó no, segun el capricho del censor. Véuse allí por lo tanto mil anomalías. Se han tolerado frases atrevidísimas, y condenádose otras casi inocentes ó inocentes del todo.

Entre los escritores de prosa que allí mas lucen pueden contarse los señores Luis Caballero, Delmonte y Echevarria, que gozan de alta reputacion; y entre los poetas los señores Velez, Milanés, Andueza y algunos mas de menor nombradía. El ilustre Heredia, que pertenece á la poesía nacional, ha muerto recientemente en Méjico. Pero el poeta primero á mi entender, sino en gusto, en genio al menos de aquellos paises, es un mulato de Matanzas, llamado Plácido. Sus cantos revelan un corazon de leon, y una frente de águila. Cuando analicemos las obras de todos estos escritores se convencerán nuestros lectores de la verdad de nuestras observaciones.

Hay igualmente en la Habana dos imprentas litográficas, recientemente fundadas, y es fuerza confesar que ese ramo está como el de la imprenta, y generalmente todo lo que es industria en mayor adelanto que en Madrid. Periódicamente se publican allí vistas hermosas de los edificios del pais, que muestran un gran estado de adelantos, lo cual unido á las bellas ediciones que allí se hacen,—actualmente la de Calderon.—La impresion de un Semanario en inglés para el comercio.—Y otras mejoras de esta especie, podemos tener orgullo los españoles de que sea provincia de España la rica isla de Cuba.

Sus habitantes viven con lujo, pero es inexacta la idea que de su molicie se tiene. Todos los ricos allí son propietarios; todos los propietarios, agricultores; y estos viven contínuamente en faenas y ocupaciones. Seis meses del año, es decir, el tiempo todo de la zafra ó cosecha, viven en el campo, y no siempre en sus deliciosas y cafetales, sino en sus productivos y nada hermosos ingenios.

Las quintas no obstante que rodean la Habana son de un gusto esquisito. Las de los condes de la Fernandina, Villanueva y Santovenia, la llamada del Obispo son de un lujo y elegancia á que nada se puede comparar en las cercanías de la metrópoli.

A ciertas horas del dia la Habana ofrece un aspecto realmente estraño; en sus calles, poco cuidadas, rara vez secas, no descansa jamás el pie de las bellas americanas, y el forastero, ignorante de los usos del pais, ó poco acomodado para sostener un carruaje, ó curioso y observador, que discurre por aquellas calles, se ve casi solo, sin encontrar mas que hombres de color, ocupados en sus faenas, y muchedumbre infinita de *quitrines*, carruajes del pais que embaracen su marcha. Es tal el número de estos, que es necesario la atencion mas cuidadosa para no ser atropellado por alguno, si bien la destreza de los caleseros que los dirijen, y la construccion bien entendida, dan garantía de seguridad.

Pero estos carruajes escitan la curiosidad del viajero: sus ricos estribos y adornos de plata, el radio inmenso de sus ruedas, el tapacete con que se pueden preservar del sol ó la lluvia los que dentro van, el traje curioso del calesero, el bien enjaezado caballo, todo con remates de bruñida plata, ofrece un espectáculo curioso. Cuando á cierta hora de la tarde, el sol ha perdido su fuego y el calor disminuido, si se ve discurrir las calles á uno de esos ligerísimos quitrines, caido el fuelle y tapacete, llevando dos ó tres bellísimas cubanas, de que ve el observador desde el breve y bien calzado pie hasta el rico y abundante cabello, cree que ningun carruaje se puede inventar mas elegante y lindo que aquel para pais de mujeres tan hermosas.

Pero, dolorosamente, es entonces solo cuando puede el viajero recrearse en la vista de aquellas interesantes criaturas; poco aficionadas á la sociedad, rara vez se las ve en reuniones, paseos, bailes y teatros; las noches que destina en todas partes el jóven al dulce y sencillo trato con el sexo encantador, en la Habana es fuerza dedicarlo al blando y regalado sueño; porque, el hombre mas relacionado en el pais no tiene á donde ir, si se esceptua, en las tempranas horas, á los hermosísimos y grandiosos teatros, de los cuales el de *Tacon* es el mejor en que resuena la lengua de Calderon y Cervantes.

Al propio tiempo, por una contradiccion estraña, no hay pais ninguno mas afecto á novedades. Basta anunciar la funcion mas insignificante, pero nueva, para que los teatros se llenen de gente. Pero la uniformidad seca, la imaginacion viva de aquellos naturales, y el lujo hace disminuir las fiestas extraordinarias.

Cualquiera puede creer, al recordar el orígen de aquella poblacion, su gobierno y relaciones, que son muchos los puntos de contacto que tienen con nuestros hábitos y costumbres las de aquellos paises. Sin embargo, nada hay menos parecido que nuestro carácter moderno, y el de nuestros hermanos de ultramar. En nosotros, el hastío de la vida, el desengaño de los sucesos nos abruma, nos hace insensibles al entusiasmo; en ellos, por el contrario, la fé ejerce su influjo poderoso; nosotros somos frios porque vivimos en el prosáico presente, ellos son entusiastas porque ven el poético porvenir.

Asi que, aman á los hombres que descuellan, creen en las ideas nobles, grandes, y abrazan con ahinco todas las empresas que prometen un porvenir risueño. Por eso, se ven multiplicarse los planes para la construccion de caminos de hierro; por eso se adoptan todas las ideas que, desarrolladas, pueden dar felices resultados, y por ello hallan cumplida proteccion todos aquellos que proponen algo nuevo, algo útil. En suma, bajo el aspecto material, la riqueza y poderío de la isla va creciendo considerablemente, y es de esperar que continue progresando.

Bajo el órden intelectual, son muchas las consideraciones que es preciso tener presentes para imponerse del estado de aquel pais.

Del sistema de gobierno deriva necesariamente el de educacion, y no es este el momento ni el sitio, en tan estrechos límites, de analizar uno y otro; preparamos para el público otro trabajo mas serio sobre la isla de Cuba, y en él trataremos de probar que el estado de la instruccion pública de aquella isla no está en relacion con su prosperidad y adelanto industrial, y que si el gobierno no trata de establecer un buen sistema de enseñanza, es fuerza que se consolide de dia en dia mas el carácter justamente suspicaz de los americanos, y seamos responsables al mundo del inmenso partido que no hayamos sabido sacar de un pais y de unos hombres en quienes vertió el cielo sus mas preciosos y abundantes dones.

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.

SONETO.

A ELVIRA.

Tímida vírgen que la suerte impía
Vogando lleva sobre mar incierto,
Como la palma en medio del desierto,
Inmóvil quedas en la mente mia.
El recuerdo amoroso todavia
Vive en un alma dó el amor ha muerto:
Constante siempre del cádaver yerto
Mi pecho guarda la ceniza fria.
Asi pobre laguna llora á solas
Si dejó el cisne por lejana bruma
Sus orillas cubiertas de amapolas:
Y como huella de su ausente pluma,
Por un momento las tranquilas olas
Conservan triste la flotante espuma.

SALVADOR BERMUDEZ DE CASTRO.

UNA CARGA DE CABALLERIA.

Las armas canto, y el varon escelso..... pero no crean VV. que esto vaya á ser ni canto, ni aun poesía, porque para el asunto basta con que sea *rezado*, y como dice Berceo en la vida de Santo Domingo de Silos....

«Quiero fer una prosa en roman paladino»
«en la que cada uno fabla á su vecino.»

Voy, pues, á referir un hecho de armas de los mas atroces y estupendos que vieron los siglos, en que Perotes el hijo del tio Borrascas tuvo la temeraria osadia de cargar á duplicadas fuerzas; y si no se cubrió de inmarcesibles laureles fue no por falta suya, sino de la victoria misma, como dijo el otro general.

Era una noche de las mas frias de otoño, y oscura como boca de lobo, ó por mejor decir como los conceptos de un romántico: el viento con su helado soplo despojaba los árboles de sus marchitas galas, y arremolinaba á sus pies aquellas mismas hojas, que poco antes los adornáran, triste remedo de las humanas pompas. Entretanto doce individuos de los trece que guarnecian el castillo de Mandelna (no se molesten VV. en buscarlo por el mapa) se calentaban á la llama que despedian unas gavillas de sarmientos, que les daban luz y lumbre á un tiempo mismo.

Este edificio, que no era ninguna plaza de primer orden (como habrán conocido nuestros lectores por el número de gente que lo guarnecia) se componia de un vetusto torreon qne en otra época edificaron moros ó romanos, y en tiempos mas bonacibles habia venido á parar en palomar: pero en la época á que nos referimos por efecto de una de las guerras, que con tanta frecuencia desgarran el corazon de nuestra patria, habia vuelto á recuperar su primer destino. Unas cuantas aspilleras repartidas en las cuatro casas del edificio, y á diferentes alturas; una debil empalizada, y un foso angosto y seco, atravesado por cuatro maderos travados entre sí, que de noche servian de puerta, y de dia de puente levadizo constituian esto que los defensores llamaban *castillo*, y los enemigos *caserna*.

Yo no sé á punto fijo (ni importa para el caso) si los defensores eran *brigants ó jurados*, *blancos ó negros*, nacionales de Isabel II ó realistas de D. Ramon; pero lo cierto es que se hallaban comprometidos, y que por miedo de algun golpe de mano, se recogian todas las noches en aquel sitio: asi que cada uno puede libremente colgar el milagro á quien le dé la gana; pues la historia aun no ha pasado sobre este hecho de armas aquella linterna, que en lugar de llevar número como las de los serenos, tiene un rótulo que dice, *antigua revelo*.

Lo cierto es que aquellos trece individuos qee asi empuñaban los instrumentos de Marte y Belona, como los de Ceres y Triptolemo se hallaban ya cansados de oir y contar á la vez aventuras picantes, noticias exageradas y fazañas propias, y principiaban á rendirse á discrecion al Sr. Morfeo, que los iba encadenando uno á uno cuando vino á sonar en sus oidos el *quien vive* del centinela que estaba á la puerta, y en seguida crugieron las cadenas, y se oyó caer el puente levadizo. ¿Quién vendrá á estas horas? ¿qué novedad habrá? se preguntaban unos á otros, cuando vieron entrar al tio Canuto con los ojos espantados y el paso trémulo cual si todavia se hallára dominado de pavor.

—¿Qué traes tú por aquí? le preguntó Perotes, que era el gefe de la guarnicion, y comandante del fuerte.

—Que hay moros en campaña.

—Lo que traes tú no es moros, sino una buena turca.

—No señor, que entuadia no ha entrao en mi boca la gracia de Dios.

—¡Hijo de tu madre! ¡¡puf!! si echas un tufo á bodega que se puede hacer sopa en vino con tu aliento.. vamos, despacha ¿qué es lo que hay?

—¡Que ha de haber! un monton de enemigos en la vega.

—¡¡En la vega!! gritaron todos á un tiempo, y los que poco antes tenian los párpados medio cerrados los abrieron de modo, que parecia que los ojos se les iban á saltar de sus órbitas.

¡En la vega! ¿de veras?

—Tan de veras que los he visto yo mesmo, y con estos mesmos ojos que han de dar cuenta á Dios.

Vaya, como estás asi, los dedos te se antojan huéspedes.

—¡Si se me antojarán!.... sobre que me ha corrido uno de ellos, que llevaba unos vigotes que se los podia atar por la nuca, y una lanza mas larga que las varas del palio.

—¿Pues qué son de caballeria?

—¡Pues de que han de ser! .. y con unos trabucos que se los pueden poner por montera.

—¡Bárbaro! si acabas de deci que te corrió un lancero.

—Si es verda.. me entivoque .. que eran lanzas y no trabucos.

—¿Y cuántos? ¿son muchos?

—No son mas que dos.

—¡Y para eso tanta bulla! ¿por qué dices que habia *un monton*? un monton son tres, y tú no has visto mas que dos: ¿los has contado bien?

—¡Pues no los he de contar!. .. y aun se me ha figurao que el uno de ellos era el hijo del tió Blas el emigrao, y en ese caso el otro debe ser Francho el Garrotillo, que suele venir con él algunas noches junto á la noguera del tronco gordo, por hablar con su novia la hija de la tia Manguela.

—Ya tenia yo noticias de esas venidas, (dijo Perotes requemado de los celos) y si tal supiera, por vida del dios Baco y baquero, que esta mesma noche habia de hacer una criba del pellejo de Garrotillo.

—Pues si quies encontrarlo, no tienes mas que ir dica la noguera.

Sí que voy allá; pero tambien como no le halle, voto que has de llevar una sotana, que te acuerdes pa toa tu vida; y empuñando su lanza con ademan furioso dijo: «vamos alla, compañeros» pero los compañeros que no tenian celos, y que mas se hallaban poseidos de sueño que de entusiasmo, indicaron que convendria estar á la defensiva.

—¡Cómo que á la defensiva! ¿y hemos de consentir que esos dos bribones huellen *con su inmunda planta* este pais clásico de la lealtad?

¿Y si nos engaña ese borrachin?

—No nos engaña, que yo sé que tambien otras noches han venido.

—¿Y si son mas?

—No serán mas.

—¿Y si es alguna emboscada?

—¡¡Que emboscada, ni que calabazas!!

y ni las protestas, ni las amenazas, ni las advertencias bastaron á retraer de su empeño al celoso Perotes.

Poco rato despues se oyó en el piso bajo del fuerte el ruido de cargar á discrecion fusiles y escopetas; entretanto que Perotes afirmandose en los estrivos arengaba á los *bravos* que le iban á seguir, advirtiéndoles que iban á pelear pro *aris* et *focis*, es decir, á capa y espada; pues aunque en el aula de latinidad no habia pasado del banco del quis vel qui, retenia estas palabras de haberselas oido frecuentemente al Dómine D. Pretonio.

«Ea.... vamos al avio: cuatro quedan aqui pa defender el *juerte*; otros cuatro con migo *via rauta* al tronco gordo, y esos otros tres van con el cabo *Morlaco* por atras de la peña de la *rueca* á cortarles la retiraa. Firmees. ..armas al hon....franco deré.... marchen, aut.... y se oyó otra vez caer el puente, y salieron los valientes á campo raso.

Al llegar al sitio que habia indicado el espia Canuto divisó efectivamente Perote dos bultos, oyó pasos y ruido de armas.

Entonces sin andarse en chiquitas, con intimaciones ni contraseñas, embistió frenético de cólera con lanza en enristre, y á todo el galope de su rocin gritando «á ellos, á ellos, rendisus pillos, judios, collones» y otros epitetos á este tenor, ni mas ni menos que los que prodigaba el héroe de la Mancha, al embestir á los jigantes de los campos de Montiel.

Avínole bien el haber gritado para que la partida del cabo *Morlaco* que acababa de llegar, (y cuyo ruido de armas y pasos era el que habia oido) no le soplase una descarga, pues afortunadamente conoció sus gritos. Entretanto Perotes alcanzó á uno de los bultos, diciéndole *date traidor*, le sacudió un bote de lanza con tal furia que cayó mal trecho con su jaco, y la lanza se hizo astillas, ni mas ni menos que le sucedió á D. Quijote en su pesada aventura

Llegó entonces la infanteria á paso de ataque, y al ir á reconocer el campo, y recojer los cadáveres advirtieron con asombro que Perotes habia muerto de una lanzada á..... *la noguera de tronco gordo.*

¡Segunda edicion de la aventura de los molinos de viento, hecha á oscuras en el siglo de las Luces!

V. DE LA F.





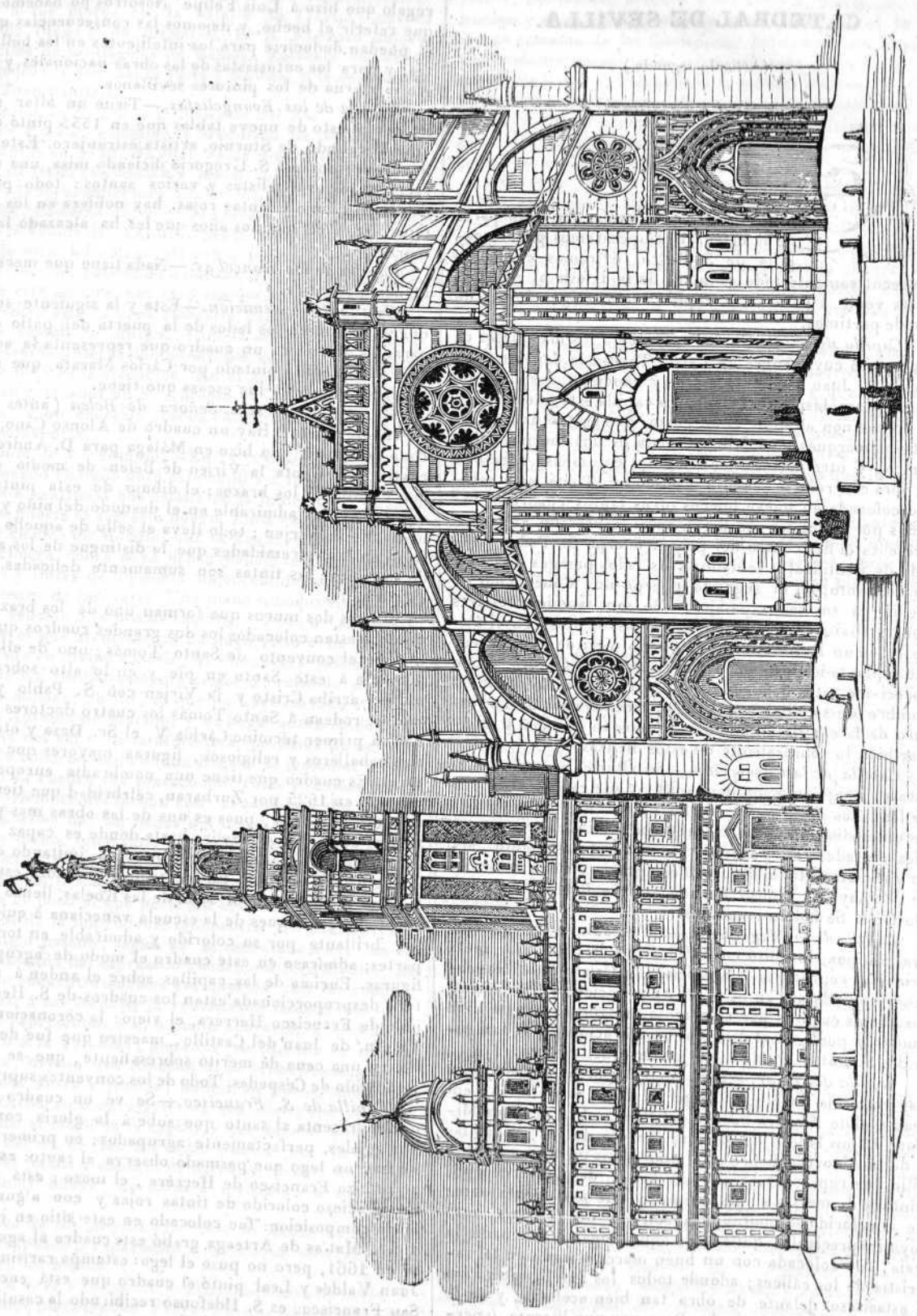
Se suscribe al Semanario Pintoresco en Madrid en la librería de Jordan calle de Carretas, y en la de la Viuda de Paz frente á las Covachuelas. En las provincias en las administraciones de correos y principales librerías. Precio de suscricion en Madrid Por un mes *cuatro* reales. Por seis meses *veinte* reales. Por un año *treinta y seis* reales. En las Provincias *franco de porte.* Por tres meses *catorce* reales. Por seis meses *veinte y cuatro* reales. Por un año *cuarenta y ocho* reales

Las cartas y reclamaciones se dirigirán francas de porte *á la Administracion del Semanario*, calle de la Villa, número 6, cuarto principal.

En las mismas librerías se halla abierta la suscripcion á la primera série del Semanario; tres tomos en folio (1836, 1837 y 1838) de la que van ya publicados los dos primeros tomos, y el tercero se entregará á los señores suscritores á principios del próximo setiembre, quedando terminada la reimpresion antes del tiempo prometido en el prospecto.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.

ESPAÑA PINTORESCA.



(Vista esterior de la Catedral de Sevilla.)

CATEDRAL DE SEVILLA.

(Artículo segundo.)

DE SUS CAPILLAS.

Solo nos queda que hablar de esta parte de la catedral; empezaremos por la capilla de S. Pedro, é iremos corriendo consecutivamente todo el muro de la iglesia al rededor, hasta venir á parar á la capilla real contigua á esta de donde partimos.

Capilla de S. Pedro.—Pertenece á los marqueses de Malagon á cuya sangre de Pardo Tavera la dejó su fundador D. Juan Tavera, chantre y canónigo, despues cardenal y arzobispo de Toledo. La capilla está adornada en su frente con altar de buen gusto, que costeó uno de los citados marqueses en 1625. Consta de dos cuerpos; uno jónico, y otro corintio con medias columnas, concluye la obra con remate sencillo y gracioso. Tiene este retablo colocado en nueve huecos otros tantos cuadros pintados por Francisco Zurbaran en el espresado año: representa el del centro del primer cuerpo S. Pedro vestido de pontifical y sentado; á sus lados pasages de la vida del santo; en el segundo cuerpo una Concepcion en medio; á sus lados pasajes, y lo son tambien los tres lienzos apaisados que rellenan los basamentos: en el ático se vé un Padre Eterno de escaso mérito, que parece fue suplantado en lugar del de Zurbaran. Cuanto deben apreciarse estos cuadros no hay para que encarecerlo, el nombre de su autor es la mejor recomendacion. Lo oscuro de la capilla impide que se puedan conocer y estudiar bien lo sobresaliente de estos lienzos.

Capilla de la Concepcion.—Su altar es pequeño, pues esta y la siguiente son dos capillitas que estan á cada uno de los lados de la puerta de los Palos. El retablo consta de un medio relieve que representa á la Vírgen, y á sus pies pintados varios santos, como en el basamento, arco y remates, todo ejecutado con gracia y buen colorido: se atribuye á Alonso Fernandez que floreció en el siglo XVI. Se hallan retocados.

Capilla de la Magdalena.—Su retablo es de la catedral antigua; lo pintó en 1499 Gonzalo Diaz. La tabla principal representa la aparicion de Cristo á la Magdalena; hay ademas en otras la Anunciacion, y varios santos. Estos cuadros por su remota antigüedad han perdido mucho y por las mal dirigidas restauraciones que han sufrido. Su autor era de lo mejor en aquella época.

Capilla del Pilar.—Está cortada por un costado para dar paso á la puerta del Lagarto. Tiene dos altares, enfrente el de Nuestra Señora del Pilar, obra de Juan Millan, y á un lado el de Nuestra Señora de las Angustias ó de la Alcovilla. Sobre este altar habia un lienzo de Murillo que representaba un *Ecce-homo*, de medio cuerpo, pintura de mérito singularísimo, y que por la brillantez de su colorido se confundiria con las del Ticiano: esta joya inapreciable, quitada de aquel lugar donde nadie la veia, fue colocada con un buen marco dorado en la sacristía de los cálices; adonde todos los inteligentes iban á estasiarse delante de obra tan bien acabada, y de la que nunca se habia gozado. Pero por una lijereza (permitásenos esta espresion, y no es nuestro ánimo ofender á nadie) el *Ecce-homo* de Murillo recibe el ambiente de Paris, adonde fue dirijido por el Cabildo á modo de regalo que hizo á Luis Felipe. Nosotros no hacemos mas que referir el hecho, y dejamos las consecuencias que de él puedan deducirse para los intelijentes en las bellas artes, y para los entusiastas de las obras nacionales y de la gloria eterna de los pintores sevillanos.

Capilla de los Evangelistas.—Tiene un altar sencillo compuesto de nueve tablas que en 1555 pintó en Sevilla Hernando de Sturnio, artista estranjero. Estos cuadros representan á S. Gregorio diciendo misa, una resurreccion, los evangelistas y varios santos: todo pintado con buen dibujo y tintas rojas: hay nobleza en los carácteres. No hace muchos años que les ha alcazado la restauracion.

Capilla de las Doncellas.—Nada tiene que merezca la atencion artística.

Capilla de la Asuncion.—Esta y la siguiente son pequeñas y estan á los lados de la puerta del patio de los naranjos. Encierra un cuadro que representa la advocacion de la capilla pintado por Cárlos Marata, que apenas se distingue por la luz escasa que tiene.

Capilla de Nuestra Señora de Belen (antes de la corona de Cristo.) Hay un cuadro de Alonso Cano, el último que pintó, y lo hizo en Málaga para D. Andrés Cascante. Representa la Vírjen de Belen de medio cuerpo con el niño en los brazos; el dibujo de esta pintura es una maravilla, admirable en el desnudo del niño y en las manos de la Virjen; todo lleva el sello de aquella exactitud en las estremidades que le distingue de los artistas de su época: las tintas son sumamente delicadas. Todo es alli bello.

En los dos muros que forman uno de los brazos del crucero estan colocados los dos grandes cuadros que existian en el convento de Santo Tomás; uno de ellos representa á este Santo en pie y en lo alto sobre unas nubes; arriba Cristo y la Vírjen con S. Pablo y otros santos: rodean á Santo Tomás los cuatro doctores, y estan en primer término Cárlos V, el Sr. Deza y otros varios caballeros y religiosos, figuras mayores que el natural. Es cuadro que tiene una nombradia europea: fue pintado en 1625 por Zurbaran, celebridad que tiene justamente adquirida, pues es una de las obras mas perfectas del arte; alli se admira hasta donde es capaz el pincel de llevar la fuerza del claro oscuro, imitando exactamente á la naturaleza En frente de este cuadro está el de S. Andrés, pintado por Juan de las Roelas, lienzo famoso con todos los toques de la escuela veneciana á quien imitó; brillante por su colorido y admirable en todas sus partes; admírase en este cuadro el modo de agrupar las figuras. Encima de las capillas sobre el anden á una altura desproporcionada estan los cuadros de S. Hermenejildo de Francisco Herrera, el viejo: la coronacion de la Virgen, de Juan del Castillo, maestro que fue de Murillo, y una cena de mérito sobresaliente, que se atribuye á Pablo de Céspedes. Todo de los conventos suprimidos.

Capilla de S. Francisco.—Se vé un cuadro colosal que representa al santo que sube á la gloria conducido por ánjeles, perfectamente agrupados; en primer término hay un lego que pasmado observa al santo: este lienzo lo hizo Francisco de Herrera, el mozo; está pintado con gracioso colorido de tintas rojas y con algun fuego en la composicion: fue colocado en este sitio en junio de 1657. Matías de Arteaga grabó este cuadro al agua fuerte en 1661, pero no puso el lego: estampa rarísima. Don Juan Valdés y Leal pintó el cuadro que está encima del San Francisco: es S. Ildefonso recibiendo la casulla de la Vírgen: está tambien grabado por Arteaga.

Capilla de Santiago.—Roelas ya mencionado pintó

el cuadro de la advocacion de esta capilla en 1609; se vé al santo mayor que el natural montado á caballo destrozando á los moros en la batalla de Clavijo: cuadro lleno de fuego y de majestad. El S. Lorenzo colocado encima de Santiago es de Valdés. Enfrente se hallan dos cuadros, y son: Santa Justa y Rufina, y la degollacion de S. Juan Bautista.

Capilla de Escala.—D. Baltasar del Rio, obispo titular de Escala, canónigo y arcediano de Niebla, dotó esta capilla en 1518. Su altar es de piedra mármol trabajado en Italia con bastante maestría y gusto. Presenta un cuerpo de arquitectura plateresca con dos columnas corintias, en medio un magnífico medallon en que está de relieve la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles; por bajo otro del milagro de pan y peces; arriba un Padre Eterno con ángeles en estátuas. Debajo del presbiterio que está en alto hay otro cuerpo de arquitectura en cuyo centro está la urna cineraria del fundador con su estátua vestida de obispo. Toda la obra es digna de la mas detenida observacion admirable en todas sus partes, y sobre todo en la ejecucion. En el muro frente del altar estan colocados un S. Antonio, una Anunciacion de Murillo, y un crucifijo, todos cuadros de mérito. Eran de los conventos.

Capilla de S. Antonio.—En 1478 un canónigo llamado Fernando Castaño dotó esta capilla á la que se trasladó la pila bautismal que estaba en la inmediata, cuando se abrió puerta al sagrario nuevo. Luce en esta capilla el célebre cuadro de Murillo; una de sus mejores obras, sino la primera, sobre cuyo lienzo manejó la contraposicion de luces y tintas de un modo inconcebible, asi como el desleimiento de las tintas. Una mano humana con su pincel ha vencido á la misma realidad. Todo es allí admirable, y el que atentamente no haya visto á S. Antonio arrodillado en divino extásis; el niño Jesus brillando en medio de luz verdaderamente celestial, rodeado de multitud de ángeles; en fin, el que no haya clavado sus ojos en el S. Antonio de Murillo, y se haya adormecido á la influencia del sol y de la atmósfera purísima de Sevilla, no puede conocer hasta donde llegaba el jenio del pintor andaluz. El cuadro fue pintado en 1656 y colocado en 21 de noviembre del mismo año: el cabildo le dió 10,000 reales. Encima hay un lienzo del baustimo del Señor de la misma mano. Ignoramos en que época trataron de limpiar el cuadro de S. Antonio, y entonces le robaron parte de su brillantez, de sus colores y medias tintas, y estuvo en poco el que pereciese el cuadro. Estos son los resultados de la imprudente ignorancia. El mal seria á fin del siglo pasado, segun ya se espresaba Ponz en su viaje, hablando del espresado cuadro de S. Antonio. La capilla se encuentra ademas enriquecida con los cuadros siguientes: á los lados de la ventana dos famosísimos lienzos, que representan á S. Agustin adorando á la Vírjen, y en otro á la Trinidad, pintados por Murillo en su mejor época: debajo una Soledad de su primer tiempo. Encima Santa Justa y Rufina, de buenos paños, que parecen de Zurbaran ó de alguno de sus discípulos los Polancos. En el muro de la capilla y que mira al altar está Nuestra Señora de las Mercedes pintada por Zurbaran, admirables paños y cabezas de cartujos: debajo una Concepcion muy buena, de escuela sevillana, si no es de Murillo.

Capilla de las Angustias.—Hay un lienzo de Roelas, muy estropeado, representa á la Vírjen con el Señor muerto en los brazos.

Capilla de la Visitacion.—El retablo está formado de varias tablas pintadas por Pedro Villejas Marmolejo, artista sevillano del siglo XVI de bastante mérito. Los cuadros representan la visitacion de la Vírjen á Santa Isabel, del tamaño natural; á sus lados S. Roque, S. Sebastian y en el medio punto un niño Jesus; en el basamento retratos de los fundadores: todo tiene mérito particularmente las actitudes y los escorzos; el colorido es agradable y dulce, imitando á la escuela italiana en donde estudió.—En una urna de cristal está encerrado un San Gerónimo, obra excelente del escultor sevillano del siglo XVI Gerónimo Hernandez que poseia grandes conocimientos en la anatomía.

Capilla del nombre de Jesus.—De S. Leandro.—De la Pasion. Ninguna de estas tres tienen nada que notar.

Capilla de Nuestra Señora del Consuelo (antes llamada de S. Anton.) Se vé en ella un cuadro de esta Señora pintado en 1720 por Alonso Miguel de Tovar, de bastante mérito sobre todo en el dibujo: sabia copiar felizmente á Murillo, á quien se conoce imitaba con acierto.

Encima del anden que corre sobre la puerta grande á altura estraordinaria estan puestos tres cuadros; la Concepcion de Murillo, de efecto maravilloso y que fue pintada para el arco toral del convento de S. Francisco, por lo que está en su altura, á sus lados una Ascension de Juan del Castillo, y un Santiago de Roelas, cuadros que para su recomendacion no necesitan mas que el nombre de sus autores.

Capilla del Angel de la Guarda.—Llamada antes de S. José. Encierra el cuadro de Murillo del Anjel, pintado con suma dulzura, y es admirable la túnica del niño, en donde se nota hasta la trasparencia de una manera increible.

Capilla de S. Agustin.—Nada tiene que merezca la atencion.

Capilla de S. Isidoro.—Esta capilla, la de las Angustias y la de S. Leandro, de que hemos hecho mencion, fueron fabricadas á mediados del siglo XVII, rompiendo para ello el muro de la fachada de Poniente, logrando afear de este modo aquella parte de la Catedral.

Capilla de Nuestra Señora de la Cinta.—La efigie es antigua segun su estilo parece; su mérito es mediano.

Capilla del Nacimiento.—Su altar está enriquecido con ocho tablas del sevillano Luis de Vargas, y las pintó en 1555: la de en medio representa el nacimiento; á los lados los cuatro evanjelistas; en el basamento varios pasajes: todo pintado al gusto que trajo de Italia, sobresaliendo en los escorzos, en cuya parte es admirable, y en la correccion del dibujo.

Capilla de S. Laureano.—La dotó el arzobispo Don Alonso de Gia, que yace en ella, y murió en 1417: en el ángulo de esta capilla que mira á S. Miguel, se colocó la primera piedra del edificio en 1403. Nada hay que ocupe la atencion. Los cuadros son de Matias Arteaga, medianos.

Capilla de Santa Ana.—El retablo es de la iglesia antigua, y era el llamado de S. Bartolomé; hay pinturas en tabla en nichos góticos: es una antigualla que debe conservarse para que sirva de muestra de lo que era la pintura en Andalucía á mediados del siglo XV. Por bajo han colocado un lienzo muy mediano de escuela romana. Esta capilla tiene una bovedita que eleva el altar para dar paso á las oficinas de aquel lado de la catedral.—Por ser esta capilla una de las menos oscuras han colocado varios cuadros pintados por Murillo, para Capuchinas; Santo Tomás de Villanueva, magnífico lienzo y célebre por el desnudo de un pobre: S. Francisco abrazando al Señor crucifijado; una Concepcion y un Nacimiento. De Zurbaran S. Hugo en el refectorio de la Cartuja, cartujos

llenos de verdad, fuerza de claro oscuro. Hay ademas dos cuadros que parecen de Valdés.

Capilla de S. José.— Aqui se encuentra un retablo moderno formado de jaspes, mármoles y bronces, trazado y concluido á principios de este siglo por D. Pedro Arnal. Es un cuerpo de arquitectura sencillísimo y elegante, con columnas corintias; concluye en un medio punto. D. José Esteve trabajó la estátua de S. José puesta sobre un grupo de ánjeles. D. Alonso Giraldo la de San Miguel y demas estátuas que adornan el altar. En esta capilla estan los cuadros de Murillo que representan á San Juan Bautista S. José, Santa Justa y Rufina, S Leandro y S. Felix de Cantalicio que entrega á la Vírjen el niño Dios, la espresion del santo, la belleza del niño cuya carne es celestial, la dulzura de la Vírjen, unido á esto todas las dotes del pintor sevillano, ponen los inteligentes á este cuadro por una de las primeras obras suyas. De Zurbaran un S. Bruno hablando con el Papa Urbano, de paños asombrosos, y un Padre Eterno de medio cuerpo encima del altar, de mérito estraordinario. Hay ademas un nacimiento de Francisco Antolinez, discípulo de Murillo, y buen imitador de su maestro.

Capilla de S. Hermenejildo. — Yace en ella el cardenal arzobispo D. Juan Cervantes que la dotó. Está en un sepulcro de piedra mármol, ejecutado por Lorenzo Mercadante de Bretaña, escultor que floreció á mediados del siglo XV, en Sevilla, á donde vino desde su patria. Su obra está colocada en medio de la capilla, figura una urna sostenida por seis leones, y sobre ella tendida la estátua del cardenal vestido de pontifical: en las cuatro fachadas hay anjelitos con escudos de armas y en las esquinas estatuitas, todo del gusto gótico: su ejecucion nada deja que desear. Este monumento se encuentra mutilidísimo y en el abandono mas lamentable; á los pies de la estátua hay una cierva prodigio del arte. El altar de la capilla es de pésimo gusto, la efijie del santo titular de Juan Martinez Montañez.

Capilla de la Antigua. — Basta para nuestra idea el indicar que la Señora que con dicho título se venera en esta capilla es de una antigüedad remotísima, pues algunos la ponen en los godos, y que se conservó oculta mientras la dominacion agarena. Está pintada la Señora en un trozo de muro que desde la catedral vieja se trasladó milagrosamente al sitio en que ahora existe una puerta lateral enfrente de S. Cristoval. Habiendo dejado esta capilla para su enterramiento el cardenal D. Diego Hurtado de Mendoza, se ensanchó elevando su bóveda; y la Señora fue trasladada al lugar que ocupa en el dia. Traslacion tambien admirable hecha á 18 de noviembre de 1578, siendo arzobispo D. Cristobal de Rojas Sandoval. Se construyó en el siglo XVIII un retablo de mármoles y jaspes con dos cuerpos, que no merece que nos detengamos en él. Al lado del evanjelio se encuentra el sepulcro del cardenal Mendoza, que su hermano el marqués de Tendilla le mandó erijir en 1509, y lo ejecutó el maestro Miguel Florentin: es de mármol, de gusto plateresco, y está ejecutado con maestría é intelijencia; aunque en la parte de adornos suele estar cargado. Al lado de la epístola labraron en 1741 el sepulcro del arzobispo D. Luis Salcedo; obra bien infeliz y desgraciada. El sevillano Domingo Martinez y sus discípulo en el siglo XVIII pintaron todos los cuadros que hay en esta capilla, y los frescos de la bóveda: obras todas de escaso mérito.

La capilla tiene una sacristía, y en ella existen muchos cuadros, entre ellos no debemos pasar en silencio un oratorio del divino Morales, que representa el *Ecce-homo*, la Dolorosa y S. Juan: un S. Gerónimo de gran estima: una Piscina, cuadro que llama la atencion por la fuerza de claro-oscuro, y por los pobres de primer término que estan perfectamente entendidos: no sabemos sus autores: de Lucas Valdés hay un lienzo apaisado del Obispo Lázaro con sus hermanas: y de Francisco Pacheco una Concepcion con el retrato del poeta Miguel Cid á sus pies, que estaba antes en la puerta del Lagarto.

Capilla de la Concepcion. — Esta capilla y la siguiente estan á los lados de la puerta que mira al Sud. Conserva en su altar un excelente cuadro de Luis de Vargas, que representa la jenealojía temporal de Cristo; los retratos de los fundadores, y en el zócalo los cuatro doctores: tiene fama casi popular la pierna de Adan que se halla en dicho cuadro admirablemente escorzada. Algunos le llaman la capilla de la *Gamba*, por cierta anécdota que parece pasó, y se cuenta, entre Vargas y el maestro Alesio. La escasísima luz de esta capilla hace que no se vean y se estudien tan singulares obras.

Capilla de la Santa Cruz. — El pintor Sevillano Pedro Fernandez de Guadalupe pintó en 1527 las tablas de que se compone el retablo: representan la Vírgen con el Señor en los brazos al pie de la cruz, S. Juan y las Marías; varios santos á los lados; en el zócalo pasos de la Pasion y retratos de los fundadores: todas obras apreciables. En el muro que forma un ángulo con el que está la capilla, pintó al fresco en 1584 un S. Cristoval tan colosal que tiene de alto 11 varas y media, el maestro Mateo Perez Alesio, italiano. Es digna de observarse en esta pintura ademas de la frescura del colorido, la grande intelijencia que manifestó en el dibujo: es obra de mucho mérito

Capilla de los Dolores. — Adornan esta capilla varios cuadros, y merecen nombradía un Señor á la columna de bastante aprecio, de escuela sevillana; una Herodías, apaisado, de la escuela de Rubens. — Esta capilla dá paso á la sacristía que llaman de los *Cálices*, pieza en su forma de bella arquitectura gótica, en su frente está erijido un altar, á sus lados oratorios. Las paredes de la sacristía estan cubiertas de cuadros, y entre ellos llaman la atencion unas vírgenes que hay de la escuela de Zurbaran, tal vez de los Polancos, con otros dos religiosos dominicos: una excelente Magdalena, por sus ropas bien plegadas: una Dolorosa por el estilo de Morales: el retrato del P. Contreras de Vargas: el de la madre Dorotea de Murillo y la Vírgen de la Servilleta de tanta nombradía, aunque le pese á Mr. de Saint-Hilaire, cuyo niño es de lo mas concluido y gracioso en su clase que salió del pincel de nuestro pintor. Un Salvador y un calvario de Roelas: un famoso apostolado que se cree de Bernabé Ayala, díscipulo de Zurbaran: y el nombrado cuadro de Goya de Santa Justa y Rufina. En el altar de la sacristía está colocado el notable crucifijo de Juan Martinez Montañez, que estaba en Cartuja; es la obra mas apreciable de aquel escultor, y en su jénero la consideramos como la mejor pieza que se conserva en España.

Capilla de S. Andrés.— En su altar hay una copia del S. Andrés de Roelas, que estaba en Santo Tomas, cuyo orijinal existe ahora en la Catedral, como dejamos dicho. Se conserva en tabla una adoracion de los Reyes pintura antigua, que se cree de Alejo Fernandez.

Capilla de la Purifica ion. — Todo el retablo es de mano del célebre Maese Pedro de Campaña, flamenco. Consta de diez famosas tablas, y no necesitan de mas encomios que el solo nombre del pintor. Representa el cuadro de enmedio la Purificacion, digno de observarse porque alli se desnudó del gusto flamenco; hay ademas varios santos y retratos de los fundadores: todo está pin-

tado con suma correccion, con fuerza de claro-oscuro, y con grande espresion y elegancia en las cabezas y personajes: los retratos son asombrosos. Este magnífico retablo ha sufrido la restauracion.

Capilla de los Santiagos. — Ocupa con la siguiente los dos lados de la puerta que mira á Levante. — La adornaron los fundadores con dos estátuas de barro cocido de Santiago el mayor y el menor; esta se dice que era del cimborio que se desplomó.

Capilla de Santa Bárbara. — Su retablo tiene diez tablitas pintadas por Anton Ruiz, en el siglo XVI: son regulares, bien que estan estropeadísimas.

Capilla de la Concepcion. — Concluida la catedral destinó el cabildo esta capilla para que sirviese de enterramiento á las cenizas de los caballeros que asistieron á la conquista de Sevilla, cuyos cuerpos estaban depositados en la antigua catedral, y la traslacion se efectuó en el año de 1520. Creyeron tan sagrados restos que ya para siempre estarian en paz; pero logró removerlos en el año de 1654 D. Gonzalo Nuñez de Sepúlveda, veinticuatro y caballero del órden de Santiago, hombre riquísimo, y como tal dotó la fiesta de la Concepcion en ciento y cincuenta mil ducados: todo se doblegó á tan pingüe fundador, y logró cuanto quiso que fue remover de aquel lugar sagrado las cenizas y restos de tan venerandos y valientes varones, que aun con trozos de sus armas y armaduras fueron trasladados á la bóveda de la sacristía de los cálices, donde aun permanecen: entónces la capilla quedó para enterramiento de los opulentos Sepúlvedas. Hasta la lápida que tenian los conquistadores ha desaparecido, solo se conserva en algunos escritores que la copiaron antes de tal remocion. Muerto á 24 de Noviembre de 1655 D. Gonzalo, su mujer Doña Mencía de Andrade trató de adornar la capilla, cuya empresa la cometió á Fracisco de Rivas, é hizo un altar malo: las estátuas las trabajó Alonso Martinez, díscipulo de Montañez. — Hay en el retablo un crucifijo colosal que antes estaba en la capilla pues era conocido en 1635, se atribuye á Alonso Cano, y otros á Doña Luisa Roldan

Capilla real. — Consagrada la Mezquita de Sevilla por órden de S. Fernando para que sirviese de Iglesia católica, estuvo sin alteracion ninguna hasta que D. Alonso X la dividió, señalando la parte que daba á la Torre para capilla real, se puso enmedio un altar; se colocó la vírgen de los Reyes, y el cuerpo de S. Fernando. La capilla continuó en este estado hasta que D. Juan II permitió se demoliese para que la obra de la catedral pasase adelante, obligándose el cabildo á edificar una capilla propia y conveniente de la familia real. Interin no se concluia la obra pasó cuanto habia en la capilla á la nave del Sagrario, año de 1432. La actual capilla empezó á construirse segun la traza y diseño que por acuerdo del cabildo en 7 de setiembre de 1541, hizo el arquitecto Martin de Gainza; este murió y le sucedió Fernan Ruiz, que falleció en 1672, y logró concluirla en 1575 Juan de Maeda. La capilla real tiene de largo 81 pies, 59 de ancho, y su altura de 130: la entrada es por un espacioso arco igual en su altura y ancho á la nave del crucero. Toda la obra que es del gusto plateresco, es famosa; la rodea un zócalo sobre el que se elevan ocho grandes pilastras, con capiteles arbitrarios; sigue el cornisamento, y en seguida arranca la cúpula, que consta de fajas con recuadros dentro de los cuales se ven bustos de los reyes, de piedra; en los últimos hay cabezas de ángeles. La capilla forma un cuadrado y despues un medio circulo, que es donde está el altar mayor, que se sube por diez gradas que ocupan todo el frente de la capilla. El retablo que es de gusto gótico, es obra de Luis Ortiz en 1647, alli está la Vírgen de los Reyes: encima del altar empezando de la cornisa hasta el arranque de la cúpula hay formada una caprichosa concha, y en sus canales figuras de ángeles acomodados á aquellas angosturas que producen un efecto agradable. Toda la capilla está llena de estátuas de piedra de gran mérito ejecutadas por célebres artistas del siglo XVI. A los pies de las gradas del presbiterio esta colocada la urna que encierra el cuerpo del santo rey; es de plata sobredorada con cristales, y la costeó D. Felipe V. Por dos puertecitas abiertas á los lados del altar se baja á una bóveda formada bajo las diez gradas mencionadas; se encuentra un altar con la imajen que S. Fernando traia en el arzon de la silla: á sus costados estan los nichos de los cuerpos de Doña María Padilla, y de D. Fadrique, y una caja en la que estuvo San Fernando. Ignoramos en que sitio estan los restos de los infantes D. Alonso y D. Pedro, cuando todos los autores estan contestes que fueron trasladados y sepultados en esta capilla; pero nadie indica el lugar. Dos arcos rebajados en los segundos espacios dan entrada á dos capillas: en la del lado de la epístola está el coro y sacristía; y en la otra el archivo y sala capitular: encima de los arcos hay otros dos que dan luz á dos tribunas con sus antepechos calados. A uno y otro lado de la entrada de la capilla estan colocados los sepulcros de Doña Beatriz, muger de D. Fernando y de D. Alonso el Sabio: las urnas estan en alto cubiertas con paños de seda antiguos, con almohadones y sobre ellos corona y cetro. La capilla está cerrada con una pesadísima reja de mal gusto: obra del siglo pasado.

Sevilla, 29 de Abril 1840.

JUAN COLON Y COLON.

LENGUAS ORIENTALES.

El estudio de las lenguas orientales y de las llamadas primitivas y sabias ha tenido en todos tiempos y paises un corto séquito de adeptos respecto de otros ramos del saber humano. Las dificultades que ofrecen sus elementos y el cabal conocimiento de sus respectivas índoles: el poco atractivo que tiene su cultivo comparado con el de otros estudios mas amenos, y sobre todo el corto lucro que presentan al interes individual son motivos poderosos para retraer de semejante aplicacion á muchos hombres estudiosos. Sin embargo seria hacer una profesion de ignorancia la de calificar á estos estudios de inútiles, clasificándolos en el número de las habilidades puramente curiosas. El conocimiento de la lengua hebrea, y aun de la caldea y siriaca es sumamente interesante para la inteligencia de los sagrados libros, y por consiguiente muy del caso para formar un ramo principal en los estudios eclesiásticos. Sin poseer unas nociones regulares del griego antiguo, no sé como se podran percibir las bellezas esparcidas con tanta profusion en los autores de los buenos dias de la culta Grecia, ni como nadie podrá apellidarse humanista consumado.

Todos saben cuan importante es la instruccion de la lengua árabe, y en España debia reinar mas esta persuasion que en otras naciones; sea que se considere el gran

número de obras de diversas materias con las que han enriquecido nuestra literatura los árabes-españoles, sea que nos contraigamos únicamente á nuestra historia y á nuestro idioma mas usual que debe tanto á aquella antigua, rica y figurada lengua. Por desgracia no esta difundida, (cual debiera y merece) entre nuestra juventud la aficion á este ramo precioso del saber, que como otros varios se contemplan con una indiferencia que seguramente honra poco á la presente edad. Empero no ha sido lo mismo en las anteriores á las que con tanta arrogancia se acusa de ignorantes y atrasadas. En la materia que nos ocupa se han distinguido notablemente los españoles, principalmente desde el siglo XIII hasta bien entrado el XVIII en cuya época fue muy visible la decadencia de las letras en todos sus ramos.

Los reducidos límites de un periódico no permiten que nos esplayemos en un asunto tan interesante á nuestra historia literaria, y así nos contentaremos con dar una noticia sucinta acerca de los españoles que mas se han aventajado en las lenguas orientales y sabias, dando con eso una ligera prueba de lo que nos interesan las glorias de nuestros antepasados y el honor de la literatura nacional.

Alderete citando á S. Alvaro de Córdoba, dice que la juventud cristiana del siglo IX era aficionadísima al idioma y á la literatura árabe ya en prosa, ya en verso, teniendo á sus libros en grandísima estimacion. Este aprecio continuó en los siglos siguientes. En el XII sobresalieron como eminentes gramáticos árabes *Abylcasem*, sevillano y *Alhasedri* jaenés, lo mismo que la mora valenciana *Thonais*.

Los progresos del siglo XIII fueron aun mas notables. *David Kimchi*, judio español esta considerado como grande y eminente maestro en la lengua hebrea. *D. Rodrigo Jimenez* arzobispo de Toledo, casi al mismo tiempo poseyó acaso mayor número de idiomas que ningun hombre de su siglo. *D Alfonso el Sabio* protegia y fomentaba el estudio del árabe en sus dominios, y varios maestros de la universidad de Salamanca correspondiendo al celo del monarca, traducian de aquella lengua á la latina no pocos libros de matemáticas y medicina que conceptuaron útiles para leer en las escuelas. Una sociedad de religiosos dominicos se dedicaba tambien por entonces y con el mas laudable empeño á entender no solamente el árabe, sino el hebreo y el caldeo.

Este género de instruccion continuó con éxito en los tiempos posteriores. En el año de 1414 Garcia Sarmiento Alvarez de Alarcon era celebrado por su saber en el Hebreo y Caldeo como lo manifestó en Tortosa en la junta que se tuvo en aquel año para la conversion de los judios, y en el de 1445 asombraba á la escuela parisiense el jóven español *Fernando de Córdova* quien ademas de otros conocimientos propios de aquel siglo, poseia las lenguas hebrea, griega, árabe y caldea. — A fines del siglo XV y principios del XVI se reunian en Alcalá de Henares no pocos hombres eminentes, y son bien conocidos los nombres de *Antonio de Nebrija* y *Diego Lopez de Zuñiga* por su inteligencia en el latin y griego, *Fernando de Pinciano*, *Alonso de Zamora*, *Pedro Coronel* y *Alonso de Medina*, por la que tenian en el hebreo y otros idiomas orientales. Hasta las damas procuraban instruirse, y todos saben cuanto apreciaba la aplicacion de las suyas la insigne reina *Doña Isabel la Católica*, discípula ella misma en el latin de *Doña Beatriz de Galindo*: *Doña Ana de Cervaton* era excelente en dicho idioma. Posterior á estas señoras fué la toledana *Doña Luisa Sigea* que no contenta con saber con perfeccion el latin, poseia una inteligencia nada vulgar en el griego y *hebreo*, teniéndola ademas en el árabe y siriaco, y no sé que haya mujer ninguna con la que esta dama pueda compararse respecto á este ramo. *Doña Juana Morella* tuvo tambien mucho ingenio para esto. Existia á fin del siglo XVI.

Mucho antes *Fr. Pedro de Alcalá*, monge gerónimo, habia compuesto un vocabulario y un catecismo árabe para uso de los moros, y por órden del arzobispo de Granada el insigne Sr. Talavera. La inteligencia de las lenguas griega, hebrea y caldea se fué haciendo bastante comun entre nuestros teólogos de aquel siglo, haciéndola servir á beneficio de la propagacion de la fé católica. Fruto de esta loable aplicacion fueron los catecismos que se publicaron por entonces entre los cuales han llegado á nuestra noticia el que compuso *Francisco Roig* (creo era catalan) no solo en idioma siriaco, sino tambien en malabar. El libro cristiano de *Andrés de Oviedo* y el nuevo testamento de *Luis Caldeira*, ambos en Etiope. *Diego Collado*, *Gaspar Villela*, *Luis Sotelo*, *Eduardo de Silva* y *Pedro Gomez* escribieron gramáticas, diccionarios y catecismos en lengua japonesa; como en la chinesca trabajaron con tan buen exito *Francisco Diaz*, *Juan Morales*, *Martin de Bada ó Baza*, y *Raymundo del Valle*; y como en la Bracmácnica ó Hyndona *Diego Rivero*, *Gaspar de San Miguel*, *Pedro Sanchez de Aguilar* y *Pedro Escobar*, ¿y cuantos ilustraron y conocieron la multitud de idiomas del nuevo mundo?

El P. *Martin del Rio* se dió á conocer en aquella época por su intelijencia en las lenguas orientales; y brilla como astro de primera magnitud resplandeciendo su fama por toda Europa el celebérrimo *Arias Montano* de quien dice Justo Lipsio (extrangero doctísimo) que en el se hallaban congregadas todas las doctrinas y lenguas que divididas se hacian admirar en otros hombres. Ademas de su gran saber en varias ciencias y ramos de erudicion, poseia con perfeccion diez lenguas ademas de la materna, entre las que deben contarse la hebrea, caldea, árabe y siriaca. Este hombre eminente vivia en tiempo de Felipe II de quien fue sumamente apreciado por su virtud y talentos. Omitimos otros muchos hombres intelijentes pero que son menos conocidos. En los tiempos posteriores no han faltado españoles distinguidos en el estudio de las lenguas de esta clase singularmente en la griega y árabe, de las que se han hecho traducciones estimables que citariamos con gusto sino fuesen tan conocidas de los sabios, y si por otra parte no temiésemos incurrir en la nota de prolijos en un artículo, cuyos límites no permiten estenderse demasiado en esta materia. Mi fin no ha sido otro que ofrecer un ligero bosquejo de esta parte de nuestras glorias literarias, que acaso es de las menos conocidas, sacando del olvido nombres de españoles respetables, vindicando al mismo tiempo el saber de aquellos siglos, tan superficial como injustamente juzgados en este, por falta de conocimiento en la historia de nuestra literatura; y en fin para contribuir en lo posible á que este ramo del saber humano no decaiga entre nosotros hasta el punto de desaparecer enteramente con grave mengua de nuestra aplicacion é inteligencia.

F. Fabre.

LOS NIDOS DE TONQUIN.

La gastronomía, que diariomente va estendiendo su dominio, y ha hecho que contribuyan á sus placeres los conocimientos del naturalista, la intrepidez del marino y la ciencia del químico; la gastronomía que exige del médico recetas para aumentar las fuerzas digestivas, está todavia en Europa muy lejos de llegar al grado, no diremos de perfeccion, pero sí de refinamiento que en la China. Sus habitantes aprecian infinito muchos objetos que nosotros tendríamos por poco delicados; pero los cuales tienen para aquellos hombres estragados por la fácil satisfaccion de todos los gustos materiales, el mérito de la rareza y el de satisfacer su vanidad por lo subido de su precio. Tales son los *nidos del tonquin*, artículo muy importante de comercio en la China, y que se presenta como un bocado regaladísimo en las grandes mesas. Este manjar no es otra cosa que el nido de una especie de golondrina, (*arundo esculenta*) medio ave y medio murciélago; este nido construido casi del mismo modo que los de las golondrinas, se compone de una sustancia viscosa y aglomerada; muy parecida á una masa de cola de pescado fibrosa y semitrasparente. Unos dicen que esta materia proviene del mismo animal, otros que la recoje en medio de las espumas del mar.

En las cavernas de las costas, en las islas del Océano es donde principalmente se cogen los nidos del tonquin. Para llegar á la entrada de estas cavernas batidas por el mar, hay que bajar una roca abierta á pico de muchos centenares de pies de altura, quedar colgado sobre el abismo mas de una hora, sin otro apoyo que las débiles escalas de junco y de bambú que de trecho en trecho entapizan las paredes. Cuando se llega á la entrada de las grutas se encienden teas, y se procede á cojer los nidos, colocados por lo comun en grietas y hendiduras, á donde es necesario entrar con precaucion. Reina alli una eterna oscuridad, y no se oye otro ruido que el bramido de las olas que se precipitan con estruendo al fondo de aquellos abismos. Es preciso un pie muy firme y una cabeza muy serena, para escalar sin caerse aquellos peñascos húmedos y resvaladizos, porque un bamboleo ó un paso en vago ocasionarian una muerte infalible; y estos accidentes no son raros.

Los nidos mas estimados son los de las cavernas mas húmedas, y que los pájaros no han ensuciado todavía con la nidada: son mas blancos, limpios y trasparentes que los demas.

La recoleccion se hace dos veces al año; y si se tiene cuidado de no destruir las rocas al cojer los nidos, el número de estos es casi igual en cada vez. Se ha hecho la prueba de no bajar á las grutas mas que de año en año, pero no se ha encontrado al cabo de este tiempo mayor número de nidos que el que se coje de seis en seis meses.

Antes de pasar estos nidos al comercio se tiene cuidado de secarlos á la sombra, porque los rayos del sol los deteriorarían en el color y cualidad; y despues se dividen en nidos de primera, segunda y tercera calidad, y se los coloca en cajitas de madera. Las cavernas esplotadas con cuidado dan casi un 55 por 100 de nidos de primera calidad, 35 de los de segunda, y 11 de los de tercera: estos últimos están echados á perder por los excrementos de los polluelos. ¿Se creerá que este artículo le compran los chinos á razon de 600 reales y mas la libra de primera calidad? Por este precio puede conjeturarse la clase de consumidores. Una gran cantidad se destina á las mesas de la corte. Los chinos dicen que no hay cosa mas estomacal, estimulante y sana que este alimento; pero su único mérito consiste en el precio á que se venden, porque lisongea á la vanidad de los ricos que los consumen. La cantidad anual de estos nidos que se importa en la china, asciende casi á 24.2000 libras, y dando á cada libra el precio medio de 200 reales, resulda que para este solo artículo pagan los chinos á las islas el archipiélago mas de 48 millones de reales.

MOISÉS.

EL PUEBLO LIBRE.

Levántate Israel, alza la frente,
sacude el sucio polvo de tus pies,
que hallaste gracia ante el Señor clemente,
y tuyo es el desierto que allí ves.

El Dios de Isaac y de Jacob airado
tus enormes delitos castigó,
lloraste, y de tus culpas apiadado
al gran Moisés por capitan te dió.

¡Faraon! ¡Faraon! despierta y mira;
el pueblo de Israel huye de tí,
el mar ante Israel templa su ira,
porque Isreal divisa el Sinaí.

«Abrete, ó mar; el Dios de Isaac me ampara,»
dijo Moisés, y el mar enmudeció,
y al estender la portentosa vara,
en dos mares el mar se repartió.

Bendice al Dios de Isaac, pueblo dichoso,
indigno de sus dones y su amor;
él es en tierra y cielo poderoso,
él es tu fuerte escudo protector.

¿Adónde vais sin detener la rienda,
esclavos del soberbio Faraon?
Corred, corred, la cristalina senda
será vuestro sepulcro y perdicion.

Que el gran Moisés desde la opuesta orilla
libre á su pueblo de cadenas vé,
y dobla el pueblo entero la rodilla
y adora á Dios con verdadera fé.

Deten, oh Faraon, de tus vasallos
el loco empeño, que á la muerte ván,
y pronto sus indómitos caballos
del rojo mar las víctimas serán.

¡Oh! Ya se alza Moisés, ya el brazo fuerte
estiende hácia las aguas otra vez.
y las aguas se enjutan y á la muerte
los satélites van de diez en diez.

Y devoran las hondas sus despojos,
con espumoso y hórrido bramar,
y Faraon tambien con turbios ojos
arroja el manto y la corona al mar.

—

Eres libre Israel, alza la frente,
sacude el sucio polvo de tus pies,
que hallaste gracia ante el Señor clemente,
y tuyo es el desierto que allí ves.

EL PACTO.

¡Gloria al Dios de Israel! de noche y dia
el pueblo libre sin cesar clamaba,
y el sustento celeste bendecia
que en sus campos hallaba.

Habló á Moisés del Sinaí en la cumbre
el Dios de Isaac terrible en su clemencia,
postróse en confusion la muchedumbre
y esperó su sentencia.

«*Feliz será tu pueblo si me adora,*»
dijo á Moisés y le mostró su faz:
esa es la ley del pueblo Salvadora,
cúmplela; vete en paz.»

Y de llamas el monte circuido
contempló de Israel el pueblo yerto,
y del horrible trueno el estallido
resonó en el desierto.

Centellas y relámpagos cruzaron
del Sinaí los ásperos confines,
y en el aire armoniosos resonaron
ecos de mil clarines.

Y vió Moisés angélicas visiones
y harpas mil escucharon sus oidos,
que esparcian de lo alto en las regiones
fantásticos sonidos.

Y el pueblo «*Gloria al Dios de las alturas*»
atónito y confuso repetia,
y el Señor de Israel sus criaturas
de lo alto bendecia.



Bajó Moisés y de la ley escrita
al pueblo las dos tablas enseñó,
observarlas juró el Israelita,
y su pacto rompió.

Ingrato á infames ídolos placeres
ofreció desalado en sacrificio,
y adúlteras pecaron sus mujeres,
y adoraron el vicio.

La sangre del hermano derramaron,
y á un impuro becerro altares dieron,
á Moisés y sus tablas olvidaron,
y al Señor ofendieron.

—

Terrible del Señor fué la venganza,
que tambien era grande el desacato;
pero quedóle el arca de la alianza
en prenda de su amor al pueblo ingrato.

J. M. DE ANDUEZA.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.

USOS Y TRAJES NACIONALES.



LOS ARAGONESES.

Notable es por cierto el contraste que se ofrece á la vista del que por primera vez entra en Aragon por la carretera que guia de Madrid á Zaragoza. Despues de haber atravesado los áridos montes de la provincia de Guadalajara, y mas allá una sierra mísera y cubierta de raquíticas carrascas, el viajero desciende á unos campos incultos y de bastante estension que le recuerdan los versos de Juan de Mena en su laberinto.

En lo que pudieron por mi ser leidos
las guerras que ovo Aragon hallaran,
los campos de Hariza y de Belamazan
do no vencedores halle ni vencidos:

y en efecto si aquella sierra es como una muralla que la naturaleza misma situó entre dos pueblos rivales, estas llanuras se pueden considerar como un vasto palenque entre dos campos enemigos, y que frecuentemente regaron con su sangre castellanos y aragones.

Pero al entrar en Aragon la escena varía enteramente, y el viajero encuentra por fin el apetecido verdor y la frondosidad por tanto tiempo deseada. Alhama con sus baños termales; y el pueblecito de Bubierca situado sobre una colina en la entrada de un ameno valle, son los primeros que despliegan á su vista sus pequeñas heredades cubiertas de hermosos frutales; y desde allí hasta Cala la vista del viagero descansa casi sin interrupcion

sobre hermosas colinas cubiertas de viñedo, y por el otro lado sobre la fertil vega que fecundan las aguas del Jalon.

Pero dejando aparte la descripcion topográfica del pais para los geógrafos, como tambien la de su historia y fueros, para entretenimiento de cronistas y políticos pasaremos á observar las costumbres de este pais, por tantos motivos célebres.

Es bien sabido que la base del caracter aragones la forma cierta firmeza del ánimo, que unos llaman constancia y energía, y otros terquedad ó testarudez, sin considerar si la accion sobre que recaen tales calificaciones, es ó no justa y prudente; pues si la accion es tal; el sostenerla será constancia, y si por el contrario será terquedad. Pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que los aragoneses dificilmente retroceden de su propósito, si bien tardan á decidirse, de donde se derivó aquel adagio que dice «al aragones no dejarselo pensar.»

Son los aragoneses generalmente piadosos y amantes de su religion: prescindiendo de la milagrosa efigie de la Vírgen del Pilar, á la que no se puede menos de nombrar hablando de Aragon, por la singular devocion que le profesan, hay alli mas vírjenes aparecidas quiza que en toda España, de modo que pudiera muy bien disputar á Sevilla el título de *tierra de María Santisima*.

Este instinto religioso hizo á los aragoneses reunirse en cofradias y hermandades, de modo que casi todos los gremios y oficios tienen su santo titular, cuya fiesta celebran con mas ó menos solemnidad segun sus facultades.

Para ello acostumbran en algunas partes el que salgan desde la víspera por las calles la gaita y tambor, para reunir á los cofrades, los cuales van en corporacion á oir vísperas.

Al dia siguiente van igualmente á la funcion de iglesia precedidos de la gaita y tambor, y del pendon de la cofradía, que es un gran giron de 4 ó 5 varas de damasco blanco ó encarnado con la efigie del Santo y sus atributos, la vara del pendon suele ser de 7 ú 8 varas de altura, y por consiguiente tiene que conducirlo uno de los mas jaques del gremio, pues tal operacion no es para puños de poco mas ó menos: marchan en seguida seis ó nueve de los mas condecorados de la cofradía, de tres en tres, llevando en medio al prioste, cuya vara pintada sobresale de las demas, por llevar encima una pequeña efigie del Santo adornada de lentejuelas y flores. Con todo á vueltas de esta piedad el diablo hace de las suyas, pues luego entran las comilonas, el baile y otras profanidades en las cuales suele haber absurdos monstruosos que á veces arruinan á los mayordomos ó priostes. A pesar de eso, tienen sus utilidades, pues sobre promover el espíritu de asociacion, se ha solido echar mano de ellas para los festejos públicos, pedidos y repartos vecinales, pues se les cargaba un tanto, dejándoles la facultad de repartirlo entre sus individuos, con proporcion á sus haberes cuya estadística conocian ellos mejor que nadie.

Para igual objeto de nivelar las cargas sirve el *catastro* que es un libro público, en el cual estan consignadas las propiedades territoriales, y el haber de cada uno, y esto con gran minuciosidad y especificacion, cosa muy necesaria y útil en un pais esencialmente agrícola. Tambien hay en varios pueblos un juez de campo, que suele ser un individuo de ayuntamiento, el cual termina verbalmente las controversias de poca monta, que se suscitan sobre asuntos rurales, haciendo los repartos para los *reaces de cazes* y acequias, y designando las épocas del riego, y las horas en que corresponde á cada uno, lo cual es tambien muy necesario en un pais en que frecuentemente escasean las aguas. Y á pesar de estas precauciones el riego suele ser la manzana de la discordia entre los labradores de Aragon, y por lo comun estas cuestiones se deciden en la misma vega, convirtiendo los instrumentos de labor en otras tantas armas ofensivas.

Los labradores aragoneses estan justamente reputados por unos de los mas laboriosos de España, pues cultivan un terreno en estremo duro al cual hacen producir ademas de los cereales necesarios para el consumo del pais, hortalizas y frutas de las mas sabrosas y variadas, y que gozan de una reputacion bien merecida. En el bajo Aragon se hacen escelentes vinos, entre los que tienen especial nombradía los de Cariñena y Cosuenda, y los de Borja y Ainzon y otros varios, pero por lo comun los demas vinos de Aragon son algo ásperos y de mucho cuerpo, lo cual los hace muy á propósito para los bautismos tabernarios: esta aspereza proviene en gran parte de la precision en que se ven algunas veces de coger el fruto anticipadamente, y quiza tambien del método de elaborarlo.

Otro de los productos principales de Aragon es el cáñamo que se creia escelente, en especial en la ribera de Jalon, donde llega á una altura estraordinaria.

Con este motivo abunda en Aragon *la gente de la estopa* que son los alpargateros, soguetos y talegueros, comunmente trabajan mezclados hombres y mujeres, sentados en la calle á la puerta de sus casas, y como su oficio sedentario no les impide el dar curso á su genio fisgon y divertido, sostienen de un lado al otro de la calle las conversaciones mas animadas y chismográficas, haciendo objeto de sus chanzonetas al pobre transeunte.

El comercio de Aragon lo hacen en gran parte catalanes y franceses, aquellos para los tejidos; estos para la quincalla. Los almacenes y tiendas de toda clase se conocen con el nombre de *botigas*, de donde les viene á los comerciantes el de *botigueros* La industria consiste en algunos paños gruesos y barraganes en Albarracin, Illueca, Tarazona y otros puntos; fábricas de jabon, bajilla, curtidos y algunas ferrerías.

Los aragoneses son por lo comun muy aficionados á las corridas de toros, para lo cual hay muy buenas plazas en Zaragoza, Calatayud, Tarazona y otras. En muchas partes acostumbran correr las reses en el mismo corral del matadero antes de matarlas, y aun personas acomodadas suelen tener gusto de entrar á echar una suerte: en otras partes suelen tambien con motivo de alguna solemnidad correr toros por las calles, aunque lo comun es uno solo y ensogado. Esto recuerda el chasco que sucedió á cierto ilustrísimo personage, que yendo por una calle el dia 28 de diciembre, vió venir corriendo una turba de mozos: preguntándoles porque corrian contestaron sin detenerse. «*Señor que vienen los inocentes.*» ¡Cual se quedaria el buen señor, cuando se encontró al revolver la esquina, nada menos que con una manada de toros!

Antes solia haber por las noches corridas que llamaban *jubillos*: para ello ponian al toro unas grandes pellas de pez y resina en los cuernos, y en seguida les prendian fuego y lo soltaban: aunque esta costumbre ha caido en desuso por los grandes inconvenientes que acarreaba.

Pero lo que todavia conservan los aragoneses con mas ahinco son sus *rondas*, á pesar de los esfuerzos que han hecho algunas autoridades para abolirlas; aunque es verdad que han decaido mucho, y lo mejor que han perdido aquel carácter hostil, que en otro tiempo las hiciera formidables. Juntábanse antes cuatro ú cinco valentones con sus trabucos naranjeros, y se repartian la custodia de las esquinas de la calle que escojian por teatro de estos ar-

rojos barbari-amorosos; con lo cual les cuadraba perfecte aquella coplilla que solian dar al viento:

Que bien paice un cuerpo güeno
plantaico en una calle
diciendo con su trauco
«por aqui no pasa naide»

y frecuentemente se salian con la suya, y ni justicia, ni alguaciles, ni miñones eran suficientes para desalojarlos de sus inexpugnables esquinas, hasta que á ellos se les antojaba largarse. A veces retirándose á su casa un pacífico vecino llegaba á sus oidos un tremendo *atras* que detenia sus pasos; pero al querer retroceder sentia á sus espaldas *el quien vive* de la justicia que le cortaba igualmente la retirada: entonces acurrucándose en el hueco de una puerta para ser bien á su pesar espectador de la refriega, no le quedaba otro recurso que encomendarse á todos los santos del cielo para que le librasen de aquellos Scilas y Caribdis. Afortunadamente este abuso ha desaparecido ya, pero no asi el de apalearse cuando se encuentran dos rondas opuestas, ó dos amantes rivales bajo unas mismas ventanas; pues los aragoneses prefieren las *vias de hecho*, á la palabreria impertinente de otras provincias: y al fin esto de *sacudirse el polvo* sobre la marcha y en un acceso de cólera es mas español, que no los exóticos desafios á sangre fria con su obligado de padrinos y billetes, y el ridículo final de almuerzo en fonda. En Aragon no, apenas han mediado dos ó tres contestaciones siente el que ha replicado á un tiempo mismo un puñetazo y un *«mia que te pego.»*

En el dia para las rondas se reunen unos cuantos individuos que cantan y tañen á la vez, y forman su orquesta con un par de guitarras, guitarrillo ó bandurria yerrecillos y pandereta, aunque esto como es de suponer admite mas ó menos latitud: hay algunos que tocan la bandurria con mucho primor y lijereza de modo que sus sonidos agudísimos hacen en estos conciertos el efecto de un violin, Al oir pasar una de estas rondas á media noche, y durante las apacibles penumbras del estío, no puede uno menos de incorporarse en la cama, y da gustoso la incomodidad de haberlo dispertado por el placer de oir aquellas voces limpias y sonoras que acompañadas del suave sonido de las cuerdas, se pierden á lo lejos con singular vaguedad. Entonces el desvelado observador si está dotado de una imaginacion viva y entusiasta, se cree trasportado á oir las misteriosas serenatas de los árabes, y arrojándose de su lecho para ver pasar los embozados galanes, advierte disipándose su romántica ilusion que no son abencerrages con turbantes y albornoces, sino aragoneses con mantas y *cacherulos*.

Algunas veces suelen dirigir á sus novias en tales ocasiones cuartetas ó jotas compuestas por ellos mismos, pues los aragoneses suelen estar dotados de alguna facilidad para improvisar: y mucha propension para la música, como es facil de observar por la gran cantidad de músicos aragoneses (en especial vocales) que hay en las catedrales de España. En todas las de Aragon hay escelentes orquestas (capillas) y tambien aun en las colegiatas de las ciudades subalternas. Por lo que hace á las jotas es tal la multitud de ellas que apenas habra objeto sobre que no haya la suya, de modo que con la mayor facilidad estará una criada cantando todo el dia y sin repetir una sola: á veces no se les halla sentido alguno á estas cuartetas, pero en cambio otras le tienen no muy inocente.

Observa un escritor que comunmente los pueblos mas graves suelen tener la música y el baile sumamente alegres, y cita en su apoyo los walses de los alemanes, y las bailadas de otros varios pueblos, notables por la austeridad de sus costumbres. Esto mismo se puede observar en Aragon, pues sus jotas son de lo mas alegre, tanto en el canto como en el baile, á pesar del caracter grave y serio de sus habitantes. Entre las diferentes jotas merece especial mencion una titulada la jota al aire, en que despues de haber bailado dos parejas, toman los bailarines á sus compañeras por las cinturas y bailan sosteniéndolas en alto.

En todos estos bailes las mujeres usan castañuelas que en algunas partes llaman *pulgarillas*, y las saben repicar con mucha gracia.

Los juegos mas usuales en Aragon son el tiro de barra la estornija y la pelota, á la que suelen competir con los navarros, que son seguramente de los mas diestros.

En los grandes partidos en que á veces cruzan sumas no pequeñas suelen jugar *á largo*, para lo cual escojen un camino derecho ó una calle á propósito: botan la pelota sobre una banqueta de madera, y la bolean con unos guantes grandes de baqueta cóncava en el fondo. *La estornija* es un palo aguzado por los estremos al cual sacuden en el aire con otro palo grueso que llaman *el marrillo*, y que le arroja á gran distancia.

La organizacion física de los aragoneses parece que indica hasta cierto punto su caracter moral: por lo comun son de buena estatura, robustos y fornidos, musculatura y facciones muy marcadas, gran cabeza, pantorrilla gruesa y bien torneada, y sobre todo una espalda *ancha como un trillo*, en una palabra, lo que se llama un hombre cuadrado.

Todas estas cualidades sobresalen mas y mas en los *miñones*, que son por decirlo asi la flor y nata de los mozos del Aragon. Esta tropa ligera, que desde mucho tiempo estaba organizada para la proteccion y seguridad pública, parece ser en esta época lo que eran antiguamente los *almugabares* en el mismo reino. Vestidos casi al uso del pais con su chaquetilla encarnada, su pistola al lado y su carabina al hombro, han sido siempre el terror de los malhechores. Cuando en 1836 se los trajo á la Corte, y se incurrió en la ridícula torpeza de sustituirles el uniforme extrangero á su trage holgado y nacional, fué tal el horror que les inspiró esta brusca transicion, que en breve se desvandaron para volver á su pais natal.

Las aragonesas suelen ser por lo comun robustas y agraciadas, y lo que se llama buenas mozas: soportan con facilidad las fatigas, y en algunas partes alternan con los hombres en las labores del campo, principalmente en la época de la recoleccion. Pero lo mas chocante es el ver las conducir sobre la cabeza enormes pesos y objetos sumamente voluminosos: muchas veces se las ve llegar de la fuente con tres enormes cantaros, uno en la cabeza, y los otros dos sostenidos con los brazos sobre las caderas: igualmente cuando van al horno llevan sobre la cabeza una gran tabla llena de panes para el consumo de una semana: otras veces al retirarse del mercado despues de vender su verdura llevan sobre la cabeza tres ó cuatro grandes cestas, de modo que parecen unas torres ambulantes. El trage de las mujeres es regularmente un jubon negro ó de indiana, aunque frecuentemente van sin el, en cuyo caso hace sus veces el corsé, pañuelo de percal al cuello, y de seda ó blanco los dias de fiesta, saya ó basquiña, que en verano suele ser de indiana ó percal azul celeste, y en el invierno de bayeta encarnada: mantilla de franela negra con un terciopelo estrecho, pero demasiado largas, lo cual las hace parecer por detras, algo desairadas: completan esta trage una imágen de plata de la vírjen del Pilar, pendiente del cuello con un cordon negro, un delantal oscuro, medias de algodon azul,

y alpargatas, pues los zapatos se reservan para los dias de fiesta.

Los hombres suelen llevar calzon y chaqueta de paño pardo ó negro pero mas frecuentemente de pana ó terciopelo azul, y el chaleco de lo mismo con botones de metal. Tambien suelen llevar en vez de botones unas carreras de realitos de plata, como igualmente en la parte inferior del calzon: una faja morada de estambre que les cubre desde la mitad del pecho, hasta mas allá de la mitad del vientre, la cual ademas de servir de abrigo en invierno y verano y sostener las bragas, conduce en sus anchurosos pliegues, la nabaja, el tabaco, las cartas, el pañuelo, la merienda, en fin cuantas menudencias se colocan en los bolsillos de chaquetas y calzones: pero lo que tiene lugar preferente en las fajas aragonesas, es el dinero, el cual está en posesion de ocupar una de las puntas de las faja, la que para mayor seguridad se aprieta con una anilleta de metal. Son tambien de ordenanza el pañuelo de color en la cabeza, que llaman *cacherulo* el cual no cede el puesto ni aun al mismo sombrero, de modo que este tiene que situarse sobre lo que aquel no alcanza á cubrir; y las medias de estambre ú algodon azul las cuales no llegan mas que hasta los tobillos, y desde alli se sujetan por debajo de la planta del pie con una trabilla de la misma hilaza, por lo cual les dan el nombre de medias de puente. Este trage tiene como es facil de suponer muchas modificaciones en un pais tan vasto como Aragon, asi es que hácia la parte de Alcañiz son mas comunes las medias blancas, y la faja azul y mas estrecha.

En otros pueblos estan admitidos los calzones de lienzo pintados de *achote amarillo*, y algunas otras variaciones que seria prolijo enumerar. Pero las prendas de equipo que pueden considerarse como generales en todo Aragon, son tres cosas: las alpargatas, la manta y el sombrero á manera de rodela. Las alpargatas son abiertas y con una pequeña capellada donde apenas pueden entrar las uñas de los pies: cuando un mozo desea calzar su alpargata con elegancia, pone dos ó cuatro varas de iladillo azul en cada una, y en seguida rodea á su pierna y pantorrilla todo aquel tejido manrresano con mas gracia y simetria que pudiera jamas el mismo Sofocles ceñirse su coturno. Es tal la predileccion de los aragoneses por sus alpargatas que las usan hasta los zapateros. Pero esto no escluye el usar zapatos en las grandes festividades.

Acuérdome con este motivo que estando en una casa de campo á pasar una temporada se me rompieron las botas y zapatos que habia llevado, gracias al suave piso de los cerros: en tal conflicto probé á ponerme unos zapatos que tenia el *torrero* (1) hacia mas de treinta años como que los habia estrenado el dia de su boda: pero habia dos incovenientes para que yo pudiera llevarlos, el uno que me cabian los dos pies en un zapato, y el otro que estaban vinculados al culto divino, y es el caso que cuando los dias de fiesta subia un cura del pueblo inmediato á decirnos misa por privilegio que tenia el oratorio de la casa, se quitaba las alpargatas, y se ponia los *zapatos nupciales*, para acercarse al altar con mas decencia.

Por esta razon los zapatos estaban situados al pie del cajon que hacia de sacristía, como destinados *ad hoc*.

Por lo que hace á la manta que llevan al hombro, se puede considerar como el *fac totum* de los aragoneses: ella es á la vez su capa su cama, su asiento, su silla de montar, su costal, su mantel, en una palabra su recurso universal.

(1) En Aragon llaman torres á las huertas y granjas, y torreros á los colonos.

¿Y que diremos del enorme sombreron ó rodela que cubre el vértice de sus trasquiladas testas? quitasol en el camino, paraguas en tiempo de lluvia, vaso de beber al pasar los arroyos, mesa durante la comida, mostrador para contar las *cuadernas* (1) almohadon para arrodilarse en la iglesia, mueble en fin aplicado á otros mil objetos: ¡que mas! si se ha visto mas de una vez una de estas rodelas trasformada en bacia de afeitar... metamorfosis que no le ocurriera al mismo narizotas de Ovidio.

En cuanto á las monedas, pesos y medidas de Aragon es de notar que son algo diferentes de las de Castilla. La libra aragonesa tiene 12 onzas, que equivalen á unas 14 de Castilla, porque la onza aragonesa es algo mayor que la castellana. Los cereales se miden por *cahices*: cada cahiz tiene 4 fanegas, y estas se subdividen en medias: la fanega aragonesa es tambien mas pequeña que la de Castilla. Las monedas de Aragon eran *libras Jaquesas* (porque se acuñaban en Jaca) *sueldos* y *dineros*: las libras han quedado reducidas á monedas imaginarias, y solo se mencionan ya en los documentos públicos, pero los sueldos y dineros están admitidos en el comercio; el sueldo tiene ocho cuartos, y el dinero equivale al ochavo de Castilla.

Esto suele dar márgen para algunos lances ridículos, como el que sucedió en el mercado de Guadalajara, donde habiendo comprado un aragones unas lechugas pedia á la hortelana que le volviese su dinero: negábase ella supuesto que se llevaba las lechugas, y hubiera pasado adelante la disputa, si un intelijente no les hubiera advertido el valor del dinero aragones.

A pesar de estas ligeras variaciones de lenguaje el dialecto de Aragon es el mismo que el de Castilla; asi que es muy estraño que un hombre como el Sr. Mondejar, quiera reconocerle diferente origen, asegurando que en Aragon se hablaba el Lemosin, hasta que D. Fernando el Católico introdujo el castellano. Con solo abrir los anales de Zurita, los fueros, ó cualquier documento público podran convencerse de lo contrario. Seria muy facil el probar por la confrontacion de los escritos contemporáneos, y de distintas épocas, que el lenguage aragones estuvo casi siempre al mismo nivel que el de Castilla, y que fueron bajando por iguales grados desde el latin corrompido por los godos, hasta el estado que tienen en la actualidad, á pesar del poco roce que hubo entre ambos reynos por mucho tiempo. El lenguage aragonés tiene todavia mas mezcla de palabras arábigas que el castellano hasta el punto de que muchos nombres de establecimientos y oficios públicos son arábigos: asi se llaman *almudid* y *alfoli* los depósitos de trigo y de sal: Zalmedina, mostacafes, almogatacen eran nombres de empleos público-bajo el régimen foral.

Comunmente se divide á Aragon en alto y bajo sirviendo el Ebro de línea divisoria: el alto Aragon comprende la parte septentrional, con los territorios de Cinco villas, Jaca, Huesca, Fraga y Barbastro, y los valles de Hecho y Anso cuyas costumbres y trages orijinales merecen artículo aparte. El bajo Aragon comprende la parte meridional, y los territorrios de Zaragoza, Tarazona, Borja, Calatayud, Daroca, Teruel y Albarracin. La parte de Alcañiz y los territorios que bañan los rios Martin y Guadolope se conocen vulgarmente en Aragon con el nombre de *la tierra baja*. Todos estos territorios participan algun tanto, como es natural, de las costumbres de los paises limítrofes: asi vervi-gracia hácia la parte de Tarazona y Calatayud las costumbres se asemejan á las de las Castillas y rivera de Navarra; hácia Teruel tienen

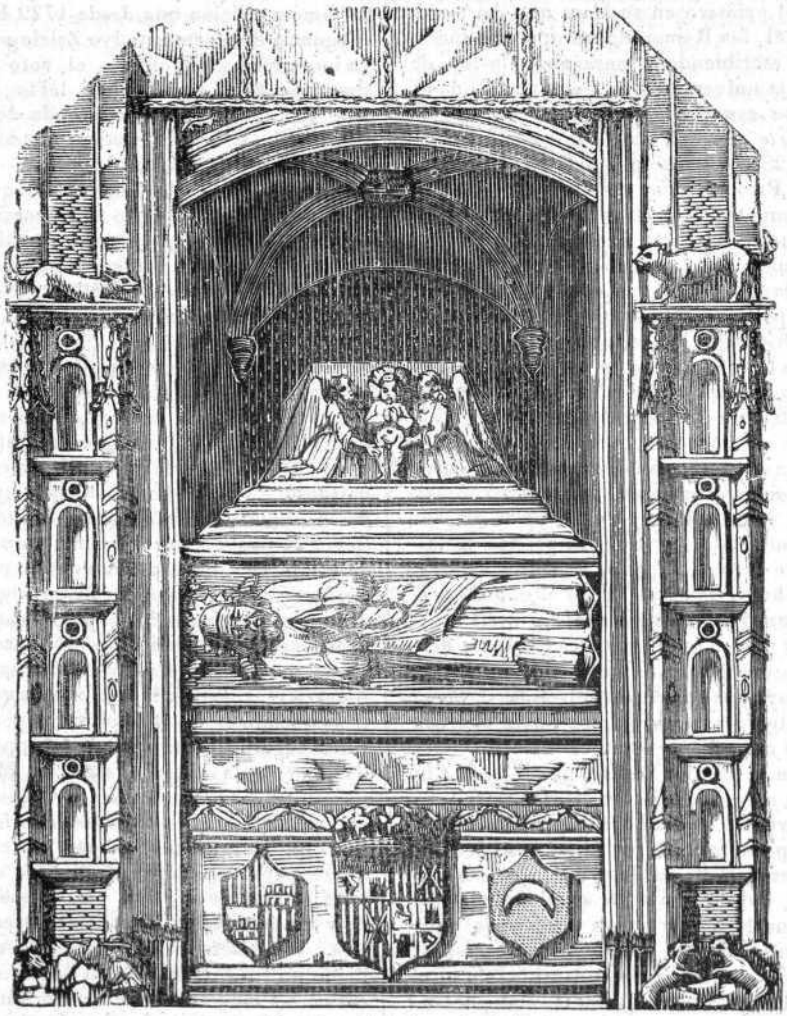
(1) Las piezas de dos cuartos.

ya cierto sabor valenciano, y en tierra de Fraga y Barbastro las costumbres y el lenguaje se resienten algun tanto del catalan.

De lo dicho hasta aqui se puede inferir una cosa, á saber, que el caracter aragonés no es para tratado con la superficialidad con que por lo comun se ha hecho. De aqui provienen los pareceres estremados y absurdos que de él se han formado, pues considerando unos á los aragoneses como unos Espartanos modernos, otros por el contrario se han propasado hasta el punto de llamarlos africanos de España ¡absurdo monstruoso! pues se valian para formar este juicio de dos ó tres costumbres aisladas y peculiares de un corto número de individuos.

La clase acomodada de Aragon, el noble, el comerciante, el eclesiástico, el abogado ect. son tan ilustrados alli como en el resto de España, y ni su traje, ni su porte, ni sus modales se diferencian de los de igual clase, y aun esceden en finura á los de otras provincias. Pero estos son los hijos de la civilizacion, y yo he creido que debia tomar por tipo al aragonés sencillo y primitivo, al hombre de los campos, porque como queda dicho el pais de Aragon es esencialmente agrícola. Por lo demas tomar por punto de vista un pequeño número de individuos desmoralizados, temerarios, y sin educacion alguna para juzgar por ellos á todo un reino, seria lo mismo que juzgar del cuerpo humano por sus berrugas. ¿Que juicio formaria de la corte de España, el que tomase por tipo á los manolos?

V. DE LA F.



(Sepulcro de Raimundo Lulio.)

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.

RAIMUNDO LULIO.

Nació este genio asombroso en la ciudad de Palma cerca el año 1232, de una familia ilustre del principado de Cataluña enlazada con los barones de Robles y condes de Boxadórs. Su padre que tambien se llamó Raimundo, acompañó al rey D. Jaime en la conquista de esta isla, y el espresado monarca le asignó en el reparto general de las tierras las alquerias *Biniatrón y Aliebiti*: su madre rac

doña Ana de Heril, señora no menos noble por su linaje, que distinguida por sus virtudes. Obtuvo Raimundo en su mocedad los empleos de paje y mayordomo del Rey de Mallorca, y despues de haber tenido por mucho tiempo una vida desarreglada, dando un mal ejemplo á sus hijos y demas familia, se retiró al monte de *Randa* célebre entre los mallorquines desde aquella época. Allí consagrado incesantemente á la oracion y al estudio, tomó la pluma y escribió un libro intitulado *Arte mayor* y despues el *Arte general*, los cuales leyó públicamente penetrado de la pureza de su doctrina. Llamado á Mompeller por Don Jaime II compuso el *arte demostrativo*, y logró de aquel soberano la fundacion de un colegio en el lugar de *Miramar* en Mallorca, para la enseñanza de lenguas orientales. Este seminario que confirmó y aprobó el Papa Juan XXI en 1276, es el primero en su clase que ha tenido la cristiandad, y en él fue Raimundo un operario incansable, predicando, escribiendo y enseñando la ley del verdadero Dios. En la universidad de París abrió una escuela de orden de su cancelario, y enseñó en ella los comentarios de su *Arte general*, obra que posteriormente puso en árabe y en 1288 presentó á la santa Sede y al colegio de cardenales. Pasó otra vez á Mompeller, de allí á Génova, y últimamente á Roma donde á presencia del pontífice pronunció una elocuente oracion para animarle á seguir la conquista de la tierra Santa: al intento volvió á Génova y de allí á Pisa, en cuyos puntos juntó cuantiosas limosnas para aquella empresa. Pero como fueron muchos los obstáculos que se opusieron á que tan laudable conquista se llevase á cabo, y viendo Lulio frustradas sus esperanzas, se embarcó para Tunez donde predicó el evangelio, sufriendo tormentos los mas crueles de los pocos árabes que no respetaron sus vastos conocimientos en la historia natural, en la medicina y en otras ciencias humanas; conocimientos que le grangearon despues una estimacion entrañable de la mayoría de los mismos infieles. Abandonados por nuestro paisano los dominios sarracénicos se embarcó para Nápoles, en cuya capital en 1293 enseñó su doctrina: pasó el año siguiente á Roma, y allí acabó su libro de *Anima rationali* y compuso el *Articulis fidei* y su *Apostrofe*. En París donde se dirigió desde la corte romana, escribió la *Philosophia amoris*, concluyó las *cuestiones* dirigidas á Tomás Atrebansese, y restituido á su patria se empleó con bastante provecho en la conversion de muchos de los moros que aun permanecian en la isla. De esta pasó á la de Chipre, donde esparció rasgos luminosos de su profundo saber, arguyendo en virtud de real orden con los cismáticos y nestorianos: poco despues partió para Africa fundando en Bona una escuela de su doctrina, que delatada al gobierno agareno, hubo de salir de aquella ciudad para sustraerse á la muerte que le tenian preparada aquellos bárbaros. Por entre montes y malezas penetró hasta Bujía, levantó allí su voz anunciado la santidad de nuestra religion y reprobando la nefanda secta mahometana, lo que le acarreó una penosa y dilatada cárcel, consiguiendo últimamente el que se le mandase salir de Bujía, conminándole con la pena de muerte si volvia á entrar en aquella ciudad. Pero Lulio, despues de haber repetido sus viages á Roma, Paris, Génova, Chipre, Jerusalen, Mallorca y Viena, donde asistió al concilio convocado en 1311, insistiendo en la conquista de tierra Santa y en la fundacion de seminarios, que logró ver decretada, volvió al Africa, y murió en Bujía apedreado por predicar la religion, en 29 de diciembre de 1315. Entre los escritos escojidos de este hombre grande, pueden contarse los siguientes: *El amigo y el amado.—La diputacion de Raimundo con Homerio.—El árbol de la ciencia.—El libro para los clérigos.—El Sentenciario.—Las alabanzas de la Vírgen.—La disputa del entendimiento y la fé.—La orden de Caballeria.—Las maravillas de la naturaleza.—Gramática completa.—Gramática breve.—Arte de retórica.—Lógica nueva.—Pequeña lógica.—Lamentacion filosófica.—Rudimentos filosóficos.—El alma racional contra los errores de Averroes, y contra la falsa doctrina de la eternidad del mundo.—Nueva metafísica.—La milicia secular.—La milicia clerical.—Arte de astronomía.—Libro de los planetas.—Tratado de la cuadratura del círculo.—Principios de la medicina teórico-practica.—Pincipios del derecho.*—ect. Estas y las demas obras de Raimundo que forman el estenso catálogo que trae el P. Custurer en la pág 598 y siguientes de sus *disertaciones históricas*, podrá verlas el curioso en la famosa edicion que desde 1722 hasta 1742 publicó en Maguncia el benemérito Ivo Zalzinger en 8 tomos de marca imperial, y si consulta el voto particular de sabios desapasionados que las han leido, conocerá facilmente que fue el hombre mas grande de su siglo y que tuvo sobre todas las ciencias miras metódicas, muchas acertadas y las mas sublimes.

Nadie ignora que Lulio antes que Bacon de Veralamio alzase el noble grito de libertad filosófica, y mucho antes que el célebre Erasmo cultivando con filosófico pulso las bellas letras diera al mundo literario dias de gloria y honor á las ciencias útiles; dotado por la naturaleza de vastos y grandiosos proyectos, de sublime talento y compresion universal, dió un agigantado paso en la escabrosa senda del saber, y sepultando en el olvido las ridículas fórmulas del ergotismo estúpido, al través de la atmosfera de oscurantísmo en que yacian sepultados los pueblos mas célebres de la Europa, este portento de ingenio, cultivando las lenguas orientales y observando el magestuoso y sencillo curso de las leyes que rigen el orbe físico; dió el primer ejemplo, inaudito entonces, y que sirvió de pauta á los sabios restauradores de las ciencias, de establecer sobre la observacion y esperiencia los conocimientos físicos, que auxiliados de las matemáticas, son deudores á Lulio de los rápidos progresos que Newton y demas sabios de primer órden hicieron en el vasto campo del estudio de la naturaleza. Incansable en sus tareas literarias, y ardiendo en los mas vivos deseos de destruir las sombras de la ignorancia y fomentar el comercio, canal seguro de la riqueza de los pueblos, ataca por todas partes la absurda secta de Mahoma, enemiga por principios de la ilustracion, y presentando sus planes de ataques militares para destruir el islamismo, al paso que fomenta las cruzadas, origen del comercio y de muchos bienes para la Europa, demuestra en sus escritos inmortales lo fino de su juicio y lo grandioso de su genio sólido y emprendedor. Cuando la invencion de la *aguja náutica*, y del *ácido nítrico* que lo descubrió estando destilando una mezcla de nitrato de potasa y arcilla que se forma en las habitaciones y se une inmediatamente á los álcalis que se hallan cercanos de él; no bastase para acreditar á Raimundo de un talento universal ¿no responderán acaso las famosas universidades de Roma, Bolonia, París y Salamanca, que le son deudoras de toda su gloria y ornamento?. En ellas fundó las cátedras de lenguas orientales con que se ha enriquecido el orbe literario de muchas producciones que yacerian en el polvo del olvido. En ellas dió lecciones de matemáticas y otros ramos científicos, abriendo el nuevo y desconocido sendero para las ciencias exactas, y con el objeto de evitar ó minorar los naufrajios, redujo á un sistema de doctrina náutica las prácticas usadas y las observaciones hechas por los marinos de Levante y del Occeano combinadas con los

principios de la astronomía que tanto habian cultivado los árabes y rabinos, y escribió con su acostumbrada erudicion su *arte de navegar*, en el cual habla difusamente de los vientos y de las causas que los producen. En otra de sus obras de náutica que escribió en 1295 dió excelentes documentos sobre la necesidad que tenia el marino de considerar el tiempo para navegar, los puntos á donde debía refugiarse, y sobre la estrella y el iman los rumbos y distancias que andaba. Dijo en su *geometría* que de ella dependia la náutica, y entre sus figuras se nota un *astrolabio* para conocer las horas de la noche: y en su *arte general* no solo puso un compendio de ciertas instrucciones para los marinos, sino que trató espresamente de la navegacion, sentando que desciende y procede de la geometría y aritmética, y en comprobacion de ello traza una figura dividida en cuatro triángulos y constituida en ángulos rectos, agudos y obtusos; á semejanza de los *quartieres*, que hoy sirve tanto para la navegacion, declarando por medio de esta invencion cuanto anda una nave segun el viento que rige y el rumbo que sigue respecto á los cuatro puntos cardinales; de lo cual deduce el lugar ó paraje del mar en que se halla á una hora ó momento determinado, y trata ademas en dicha obra de las señales que pronosticaban la direccion de los vientos.

De lo dicho se deduce que el primer tratado de náutica en la edad media se debe á un español, á un mallorquin, al famoso Lulio, honor inmortal de nuestra patria, cuyo mérito por desgracia no hemos conocido hasta que los extranjeros nos han dispertado de nuestro letargo, y á ejemplo de Cervantes á quien tanto aprecian y respetan las naciones cultas; á Lulio le han prodigado elogios los sabios de primer órden, y han colocado su estátua en París en el salon de los grandes hombres que han honrado la especie humana por sus talentos y escritos en la larga serie de los siglos; pero el servicio mas distinguido que podria hacerse á la literatura española, seria el que un sabio, libre de todo espíritu de partido, con la ilustracion competente en las ciencias naturales y con una crítica imparcial, diese un extracto de cada una de sus obras, declarase las genuinas, lo que tienen de nuevo para su edad, y de juicioso en todas: como asimismo que sistema, noticias y opiniones estravagantes, absurdas ó imposibles se deben imputar al siglo XIII y no á Raimundo; trabajo de que resultaria mucha gloria á la nacion, y que seria bueno desempeñase algun mallorquin juicioso é instruido en las cosas de su compatriota.

JOAQUIN MARIA BOVER.

El grabado que va á la cabeza de este artículo representa el sepulcro de alabastro que contiene las cenizas de Raimundo Lulio, del mismo modo que se vé en la iglesia del convento de Franciscanos de Palma. Lo hemos preferido á cualquier otro dibujo que podiamos acompañar, porque con este se muestra un exacto diseño del monumento que perpetúa el mérito de su autor Francisco Sagrera cuya fábrica emprendió en virtud del contrato que le firmaron los jurados de Mallorca en 23 de octubre de 1487.—Este Sagrera fue hijo del célebre artífice de la lonja de Palma á quien ayudó en esta obra y en la del castillo del Ovo de Nápoles, y no falta quien le atribuya la famosa testa de D. Juan Valero de la sacristía de dominicos, que tanto encarece el sabio Jovellanos.

LA JUVENTUD DE NAPOLEON.

POR ALEJANDRO DUMAS.

El dia 15 de agosto de 1769 nació en Ajaccio un niño que recibió de sus padres el nombre de *Bonaparte* y del cielo el de NAPOLEON.

Los primeros dias de su infancia transcurrieron en medio de aquella febril agitacion que sucede á las revoluciones. La Córcega, que medio siglo hacía trataba de adquirir su independencia, acababa de ser medio vendida, medio conquistada. Si habia salido de la esclavitud de Génova solo habia sido para caer en manos de la Francia Paoli vencido en Ponte Nuovo habia ido á buscar con su hermano y sus sobrinos un asilo en Inglaterra donde Alfieri le dedicaba su *Timoleon*. El aire que respiró el recien nacido estaba inflamado con los odios civiles, y la campana que anunció su bautismo, vibraba aun los rebatos populares.

Cárlos Bonaparte y Leticia Ramolino sus padres, ambos de sangre patricia y originarios de la hermosa aldea de S. Miniato que domina á Florencia, habian abandonado el partido de su amigo Paoli y aliádose al bando francés. Marboeuf que volvia como gobernador á la isla á que diez años antes habia llegado como general, obtuvo una plaza para el jóven Napoleon en la escuela militar de Brienne, y algun tiempo despues Mr. Berton subdirector del colegio inscribió en sus registros la nota siguiente.

«*Hoy* 23 *de abril de* 1779 NAPOLEON *de* BONAPARTE *entró en la escuela militar de Brienne-le-Chateau á la edad de* 9 *años*, 8 *meses y* 5 *dias.*»

El recien venido era corso, es decir, de un pais que aun en el dia lucha contra la civilizacion con una fuerza de inercia tal que ha conservado su caracter en defecto de su independencia: no hablaba mas que su idioma materno; tenia la tez tostada por el sol meridional, y el mirar sombrio y penetrante de un montañés. Esto era mas que suficiente para escitar la curiosidad de sus compañeros y aumentar su natural timidez, por que la curiosidad de la infancia es burlona y desapiadada. Un profesor llamado Dupuis se compadeció del pobre aislado y tomó á su cargo el darle en particular algunas lecciones de idioma francés. Al cabo de tres meses sabia ya lo suficiente para estudiar los primeros elementos de latinidad, pero desde luego se manifestó en él aquella repugnancia que siempre conservó á las lenguas muertas, mientras que por el contrario su aptitud para las matemáticas se desarrolló desde las primeras lecciones; de aqui resultó que por uno de aquellos convenios que tan frecuentes son en los colegios Napoleon encontraba la solucion de aquellos problemas que no podian resolver sus compañeros, y estos en cambio le componian los tesis y versiones de que ni siquiera queria hablar.

La especie de aislamiento en que hacia algun tiempo se hallaba el jóven Bonaparte debido á la imposibilidad de comunicar sus ideas, elevó entre él y sus compañeros una especie de barrera que nunca llegó á desaparecer completamente. Esta primera impresion dejó en su espíritu un penoso recuerdo muy semejante al odio que dió origen á aquella misantropía precoz que le hacia buscar recreos solitarios, y en la que algunos historiadores han pretendido entrever los pensamientos profeticos de su genio naciente. Ademas, varias circunstancias que en la

vida de cualquiera hubieran permanecido ocultas, dan algun fundamento á las anécdotas de aquellos que han querido crear una infancia escepcional á aquella juventud prodigiosa. Citaremos dos de aquellas.

Una de las mas habituales diversiones del jóven Bonaparte, era el cultivo de un reducido jardinito rodeado de empalizadas, al que se retiraba por lo general á las horas de recreo. Uno de sus colegas deseoso de saber lo que hacia solo en su jardin, le escaló y le vió ocupado en formar en batalla una multitud de morrillos, cuyo grandor indicaba los grados. Al ruido que hizo el indiscreto se volvio Bonaparte, y viéndose sorprendido mandó al colejial que se retirase: este en vez de obedecer se burló del jóven estratéjico, que poco dispuesto á chanza, agarró un morrillo de los mas gruesos y le embió bonitamente al medio de la frente del burlon que cayó en tierra peligrosamente herido.

Veinticinco años despues, esto es decir, en los momentos de su mas elevada fortuna anunciaron á Napoleon que un sugeto que se decia colega suyo deseaba hablarle. Como no era la primera vez que los intrigantes se valian de igual pretesto para llegar á su presencia el ex-colegial de Brienna mandó al ayudante de servicio que preguntase el nombre de su antiguo condiscípulo; pero aquel nombre tampoco dispertó ningun recuerdo en la imaginacion de Napoleon: volved, le dijo y preguntad á ese hombre sino podria citarme alguna circunstancia que ayudase á mi memoria. El ayudante volvió diciendo como única respuesta que le habia enseñado una cicatriz en la frente: «¡Ah! ya me acuerdo, contestó el emperador, fue un general en gefe que le tiré á la cabeza.»

Durante el invierno de 1783 á 1784 cayó una cantidad tan considerable de nieve, que todos los sitios esteriores quedaron interceptados. Bonaparte obligado á pesar suyo á pasar en medio de los recreos entrepitosos de sus cólegas las horas que solia dedicar al cultivo de su jardin, propuso hacer una salida, y por medio de palas y azadones practicar en la nieve las fortificaciones de una ciudad que seria enseguida atacada por unos y defendida por otros. La proposicion era demasiado simpática para ser rehusada. El autor del proyecto fue elejido como era natural para mandar uno de los dos partidos. La ciudad sitiada por él fué ganada despues de una heróica resistencia de parte de sus adversarios. Al dia siguiente se derritió la nieve pero aquella nueva clase de recreo dejó un profundo recuerdo en la imaginacion de los estudiante. Hechos ya hombres se acordaban de aquel juego infantil de aquellas murallas de nieve batidas en brecha por Bonaparte, al ver las murallas de tantas plazas caer ante la presencia de Napoleon.

A medida que crecia Bonaparte, se iban desarrollando las ideas primitivas que por decirlo asi llevaba en germen, é indicaban los frutos que algun dia debia producir. La sumision de Corcega á la Francia, le daba á él su único representante en el colegio la odiosa apariencia de un vencido enmedio de sus vencedores. Un dia que comia á la mesa del P. Berton, los profesores que ya antes habian advertido la susceptibilidad nacional de su educando, afectaron hablar mal de Paolí. Encendióse el rostro del jóven que no pudiendo contenerse dijo: «Paoli era un grande hombre que amaba su patria como un antiguo romano y nunca perdonare á mi padre, que fué su ayudante de campo, el haber cooperado á la reunion de Corcega á la Francia; hubiera debido seguir la suerte de su general y caer con él.»

Al cabo de cinco años el jóven Bonaparte habia aprendido todo cuanto en matemáticas podia enseñarle el Padre Petrault. Su edad era la designada para pasar de la escuela de Brienna á la de París; sus notas eran buenas, Mr. Heralio inspector de colegios militares dirijió al rey Luis XVI el siguiente informe.

«Mr. de Bonaparte (Napoleon), nació el 15 de agosto de 1769, estatura 4 pies diez pulgadas y diez líneas; «ha concluido el cuarto año: es de buena constitucion «y excelente salud; caracter sumiso, honrado y agradecido; conducta muy regular: siempre se ha distinguido «por su aplicacion á las matemáticas. Sabe muy bien la «historia y la geografia: es bastante flojo para los ejercicios de placer y para el latin. Podrá ser un excelente marino, y merece pasar á la escuela militar de París.»

En consecuencia de esta nota el jóven Bonaparte obtuvo su entrada en la escuela militar de París, y el dia de su marcha se hizo el siguiente asiento en los registros.

«En 17 de octubre de 1784 salió de la escuela militar de Brienna Mr. Napoleon de Bonaparte, nació en la «ciudad de Ajaccio en la isla de Corcega en 16 de agosto «de 1769, hijo del noble Carlos María de Bonaparte diputado de la nobleza de Corcega residente en la dicha «cuidad de Ajaccio, y de la Señora Leticia Ramolino, segun el acta unida al registro folio 31; y recibido en este «establecimiento en 22 de abril de 1779.»

Ningun hecho particular señaló la permanencia de Napoleon en la escuela militar de París, á no ser una memoria que dirijió al P. Berton manifestándole los defectos que habia advertido en la organizacion de aquella escuela; uno de dichos defectos y acaso el mas peligroso era el escesivo lujo que rodeaba á los colegiales. «En vez «de sostener un numeroso sequito de criados para los escolares, decia Bonaparte en lugar de darlos comidas servidas con un lujo desmedido, de ostentar costosos trenes tanto para los caballos como para los escuderos; valdria mas obligarlos á servirse por si mismos escepto en la «cocina, hacerlos comer pan de municion ú otro semejante; acostumbrarlos á cepillaser la ropa, á limpiar sus botas y zapatos. Supuesto que son pobres y estan destinados al servicio militar no es unicamente la educacion lo «que debiera darseles. Sujetos á pasar una vida sobria y á «sostener su equipo estarian mas robustos, sabrian arrostrar «las intemperies de las estaciones, soportar con resignacion las fatigas de la guerra é inspirar á los soldados un «respeto y una adhesion sin límites.» Bonaparte tenia entonces 15 años; 20 años despues fundó la escuela militar de Fontainebleau. (*Se continuará.*)

ADVERTENCIA.

Los Señores suscritores á la segunda edicion del Semanario Pintoresco se servirán acudir á las respectivas librerías á recoger el tomo tercero de la misma obra (1838) que se entrega completo anticipando asi el término que se fijó en el prospecto; y quedando desde hoy cumplida la suscricion. En adelante se espenderán los tomos sueltos á precio de 36 reales cada uno en Madrid y en las provincias con el aumento del porte. Los que tomaren la coleccion completa de los cuatro tomos (desde 1836 á 1839 inclusive) y se suscriban al quinto que es el año actual de 1840 recibirán los cuatro primeros á razon de 30 reales en Madrid y 36 en las provincias francos de porte.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



MORATIN.

Hombres hay verdaderamente célebres que por sí solos señalan una época de transicion, ya en el orden político, ya en el moral, ya en el literario: nombres en derredor de los cuales se agolpan precipitadamente cuantos de antemano sentian su ánimo dispuesto á ensayar aquellos sacudimientos sociales, aquellas reacciones que mas inmediatamente nacen del incansable deseo de dar nueva direccion á nuestras sensaciones, que no de la ausencia de los goces que estas nos proporcionan.

No está, por cierto, la literatura exenta de esos vaivenes que son como esenciales á todas las obras humanas: lejos de eso se adhiere tan fuertemente á las varias modificaciones sociales, que ó las precede ó las sigue muy de cerca, vistiendo sus mismos disfraces y preconizando sus aciertos ó sus desvaríos. Tan exacto es, que la huma-

nidad colocada entre el error y el acierto, con igual facilidad adopta el uno con el otro, y con la misma los funde, formando de su amalgama un nuevo orden de cosas, un nuevo sistema, no siempre conforme con la razon y la verdad. De aquí el no haber ningun sistema acreditado en todas sus partes, porque todos participan de esa liga funesta del error que es la divisa de las obras humanas.

Fácil es inferir por lo dicho contrayéndonos á la república de las letras, que el nombre de Moratin representa una época de transicion literaria, por lo mismo que se veía muy cercana otra de transicion política, preparada en una nacion vecina hácia la mitad del siglo último y llevada á cabo en la misma, poco antes de comenzar el presente. No hay, pues, que considerar solamente ni en Moratin ni en sus obras al crítico y al poeta que censura y ejecuta, con sujecion á principios dados no establecidos por el mismo; sino al hombre de un siglo de reaccion literaria en pugna con otra literatura desgastada y moribunda, que iba cediendo el campo á nuevas exigencias de una sociedad igualmente nueva.

Si Moratin hubiese nacido en el siglo de Lope y Calderon, Moratin dominado por aquel gusto, por aquella tendencia especial de la poesía, preponderante á la sazon en una nacion belicosa, galante, ardiente, rodeada por todas partes de visibles testimonios de su gloria aun no amortiguada, precisado á seguir la reaccion literaria que en aquel momento resolvia destruir la parodia del teatro greco-latino verificada en las piezas dramáticas de Lope de Rueda, Torres Naharro, Castillejo y otros varios, hubiera contribuido como aquellos creadores del teatro nacional á su crecimiento y preponderancia, aun cuando como Lope de Vega, hubiera conocido los errores ó sean los estremos á que forzosamente conduce toda reaccion, sea cual fuere el objeto á que se dirija. Entonces hubiera conocido otra sociedad, otras costumbres, otras inclinaciones, otros deseos, en armonía con la vida, el calor y el movimiento que percibimos en nuestro antiguo teatro: Moratin entonces no hubiera sido el autor de el *Café* y de el *Sí de las niñas*. Pero nuestro teatro comenzó á dejenerar desde mediados del siglo XVII, y dejeneraba con la misma rapidez que la nacion en donde vió la luz primera. Las costumbres variaban de índole y de objeto, y verificándose lentamente la reaccion social, comenzaba á realizarse igualmente la literaria: una ocasion faltaba, y esa la proporcionaron los franceses. Su teatro, imperfecto en todos tiempos hasta aparecer la época memorable de Luis XIV, necesitó acudir á la matriz de todos los teatros europeos, á fin de reproducir bajo sus formas lo que hasta entonces habia vanamente intentado por sus propios medios. Mas ese tipo de la sociedad greco-romana no podia servir sin notables alteraciones para otra sociedad que aun cuando presumia alguna vez asemejarse á ella, no por eso evitaba el irse colocando á mayor distancia de la misma. Remedáronse ciertas fórmulas como cosa mas hacedera en lo literario; y nuestra nacion asociada á la mas vecina por intereses mercantiles y vínculos de familia, si no pudo seguirla por el escabroso camino de la reaccion política, coadyuvó con todas sus escasas fuerzas á la reaccion literaria. Interpretáronse los preceptos de Aristóteles y de Horacio, sirviendo de comentadores los mismos que propagaban la nueva doctrina, considerada como canónica en la poética de Boileau; y nuestro Luzan, eco fiel de la escuela de París, asentó las bases de la nueva fé literaria en medio del marchito campo de la literatura española.

Desde ese momento fué condenado sin apelacion no tan solo aquel teatro nutrido de un sentimentalísmo monotono y lloron que importado de Alemania habia invadido y acabado de desvirtuar y corromper nuestra poesía dramática, sino que igualmente lo fue, con inaudita injusticia, nuestro antiguo teatro no por otra causa sino por no hallarse ajustado al marco poético prescrito en los cánones del crítico frances.

Comenzábase, pues, á presentar como ofrenda debida á la nueva escuela, los nuevos frutos de los ingenios españoles; y no faltaba quien calificase de verdaderas trajedias los yertos diálogos que con tal nombre publicó Montiano, y de buenas comedias las que sin ingenio, calor ni movimiento pudo escribir á fuerza de arte y de lima el apreciabilísimo autor de nuestras fábulas literarias; pero la reaccion comenzaba; y sabido es que en sus principios aun los mayores desaciertos merecen los aplausos del vulgo.

Nuestro teatro en fin cayó de su elevada altura; mas no á impulso del nuevo, que de modo alguno podia competir con el ni en situaciones ni en poesía; cayó porque una nueva sociedad reemplazaba á la antigua, porque habian modificado las costumbres, los hábitos, las inclinaciones y por consiguiente el gusto; porque á la poesía de imágenes habia sucedido la filosófica y discursiva; porque á unas generaciones festivas, galantes, embelesadas con el idealismo de su siglo, habian seguido otras tétricas materiales, especulativas, para las cuales la árida lisonja de lo positivo auyentaba la idea del pensamiento y de la expresion.

En medio de esta crisis apareció en la palestra literaria Don Leandro Fernandez Moratin: poco diremos de su vida privada, porque no haríamos otra cosa sino repetir la que al frente de la bellísima edicion de sus obras publicó en 1830 la Academia de la Historia. A ella remitimos á cuantos deseen conocer con mas estension al Moratin de la sociedad, y por ahora hace mas á nuestro propósito conocer al heróe de nuestra reaccion dramática.

Este ilustre literato nació en Madrid á 10 de marzo de 1760. A su padre Don Nicolás, excelente humanista y buen poeta, debió casi toda su educacion moral y literaria. Tan escaso de fortuna como rico de entendimiento hubo de ejercer en su juventud el oficio de joyero para sustentar á su madre, aunque sin abandonar el estudio de las letras. Despues de haber fallecido aquella, continuó en el mismo oficio y en igual estado de oscuridad y pobreza no obstante haber obtenido el *accessit* en dos concursos de la Real Academia Española; el uno en 1779 por su romance heróico de la *Toma de Granada*, y el otro en 1782 por su *Leccion Poética*, sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana.

La fortuna de Moratin no varió por eso de aspecto hasta el año 1787 en que el conde de Cabarrús comisionado á Francia por el gobierno, le llevó consigo en clase de secretario. Vuelto á España publicó en 1789 la *Derrota de los pedantes*, folleto en prosa para ridiculizar los malos poetas de aquel tiempo. Poco despues, protegido por Don Manuel Godoy á quien debió un beneficio de 3000 ducados y una pension de 600, comenzó en 1790 á dar sus comedias al teatro, principiando por el *Viejo y la Niña*, y siguiendo en el 92 con *La comedia nueva*, vulgarmente *El Café*. Apoyado en mejor fortuna recorrió despues varias naciones extranjeras, observando y estudiando todo cuanto veia de notable en ellas.

A su regreso en 1796 fue nombrado secretario de la interpretacion de lenguas, y en 1798 publicó la traduccion del Hamlet de Shakspeare ilustrándole con notas críticas fundadas en los principios clásicos que él profesaba.

En 1803 dió al teatro de la Cruz, con varia fortuna la comedia de *El Baron*, y al año siguiente *La Mogigata*

recibida con bastante aplauso: mas ninguna de sus composiciones obtuvo tantos como *El sí de las Niñas*, cuyas primeras representaciones duraron 26 dias consecutivos hasta que las interrumpió la Cuaresma.

Moratin era hombre de genio tímido y aun receloso; y esa fue la causa de haber hecho siempre vida oscura y retirada: y si medroso fue en tiempos de paz y de sosiego, mal podria dejar de serlo cuando invadida la península en 1808 por las tropas francesas, en todos sus ángulos resonaba el grito de guerra. Así es que acobardado por las circunstancias, creyéndose rodeado siempre de peligros y de males, estos absorvieron toda su atencion en términos que con posterioridad á sus comedias no publicó mas que los *Orijenes del teatro Español*, y las traducciones de la *Escuela de los Maridos* y *El medico á palos* del célebre Moliere.

Sus relaciones con varios personages de los que siguieron el partido de Napoleon, le obligaron por temor á dejar á España cuando las tropas de aquel la evacuaron; y despues de varias vicisitudes, quebrantada por los disgustos su salud, falleció en París á 21 de Junio de 1828.

Sus poesías líricas merecen buena acogida en nuestro Parnaso, si bien no son el timbre principal de su reputacion literaria.

Hecha esta breve reseña de su vida, hablemos del poeta.

Moratin, adornado de los varios conocimientos de su época, estudió y apreció, como era justo, nuestro antiguo teatro: de otro modo hubiera dejado en duda su criterio y buen juicio. Pero tan repetidas veces habia oido los sarcasmos y diatribas lanzados por los críticos franceses contra aquel mismo teatro, que tanta parte tuvo en la reforma del suyo; repetíase con tanta frecuencia la consabida cantinela sobre el desarreglo de Lope de Vega, los embrollos de Calderon, las metáforas descabelladas, los equívocos, los retruécanos y la afectacion oriental de nuestros dramáticos, que ya le costaba trabajo á Moratin, así como á los demas críticos de su tiempo, alabar algunas de las muchas bellezas de todas especies de nuestras antiguas comedias; bellezas que hasta tolerables hacian los desaciertos de imaginaciones lozanas, fomentados por el gusto de una sociedad especial, que gozaba con ellos en igual grado que la italiana con *Arlequin* y *Pantalon*, y la francesa con *les Diableries* en épocas coetáneas. Y con tanta precaucion se tributaban las debidas alabanzas á aquellas bellezas, que se procuraban al mismo tiempo hacer resaltar con sumo cuidado los errores en que nuestros poetas incurrieron, para no ponerse en contradiccion con el fallo irrecusable de los dictadores de la nueva escuela: fallo que recusaba como blasfemias aquellos elogios, así como en la actualidad será para algunos una heregía literaria el oir ensalzar á Moratin como uno de nuestros mejores poetas dramáticos.

Moratin, fiel á los principios de la nueva doctrina, y admirador de Moliere y de Racine, aun mas que de Calderon y de Moreto, llegó á persuadirse que la rigurosa observancia de las famosas unidades, piedra de escándalo de la moderna escuela, la sencillez, rayando en pobreza de la intriga dramática, y la expresion prosáica en reemplazo de la abundancia poética de nuestro antiguo teatro, eran las prendas mas recomendables en una buena comedia. Así lo creyó, y lo practicó en sus composiciones, llenas por otra parte de bellezas cómicas de un órden superior, á veces inimitable.

La reaccion literaria condujo á Moratin á cometer un error por condenar otro error: si lo fué en los antiguos dramáticos infringir sin motivo justo los preceptos de la buena crítica, y llevar á veces mas allá de lo conveniente y necesario la intriga, las situaciones y su espresion poética, confundiendo todos los géneros sin tener cuenta con aquellas, no es de menor cuantía limitar las dimensiones de la fábula y la complicacion de la intriga dramática á la reducida estension de tiempo y de lugar determinados, violentando y encogiendo la accion hasta encajonarla en un estrecho marco á despecho de la verosimilitud que se desea conservar intacta, y con notable perjuicio del interés cómico que no estriba exclusivamente en los caractéres y en la diccion. Pero como escuela reaccionaria, la de Moratin llenó completamente su encargo en contraposicion de la antigua, puesto que tocó en un estremo contrario, que es el término de todas las reacciones.

Ahora estamos presenciando otra nueva, que con obras y doctrinas ha declarado guerra al clasicismo francés, sostenido por Moratin y sus coetáneos. En esa reaccion no hay principios fijos ni otros guias que la imaginacion entregada á sí misma: el pirronismo literario ha sucedido á la creencia supersticiosa en los preceptos: hemos tocado en un estremo por huir del estremo opuesto; y si por acaso se alzase otra bandera literaria, nunca dejaria la exajeracion de principios porque nunca dejaria de ser exclusiva. Este es el órden invariable de las cosas; y nada en él debe sorprendernos por ser bien sabido que el sistema de las reacciones es el sistema universal de la naturaleza: asercion comprobada por la historia científica, moral, política y literaria de todos los pueblos. La especie humana sigue el mismo impulso, en lo cual no hace otra cosa que obedecer sin conocerlo á una ley superior á su voluntad, cuyos efectos ciertamente no causan sorpresa al hombre observador, acostumbrado á ver á los demas y aun á veces á sí mismo, no detenerse nunca en la mitad de la carrera á tomar de los sistemas opuestos lo esencialmente bueno de cada uno de ellos, sino que apenas llegan al estremo retroceden por no poder caminar mas adelante, y vuelven á emprender de nuevo su carrera. Mas apartándonos de estas consideraciones generales ¿podríamos en materia de buen gusto llegar á conocer el delicado y esquisito sin el auxilio de los contrastes que ofrece la versatilidad del gusto mismo? Siendo la comparacion el fundamento de nuestros juicios, así como el graduador de nuestras sensaciones, ¿habria alguno capaz de saborear las bellezas cómicas de Moratin antes de conocer los desvaríos de Comella? Moratin aparece tanto mas grande, cuanto mayores fueron los desaciertos de sus predecesores, puesto que no lograron pervertir su gusto.

José de la Revilla.

LA JUVENTUD DE NAPOLEON.

POR ALEJANDRO DUMAS.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

En 1785 despues de haber sufrido exámenes en que quedó con todo lucimiento, fué nombrado segundo subteniente en el regimiento de La Fere de guarnicion entonces en el delfinado. Despues de haber permanecido algun tiempo en Grenoble pasó á Valence: allí empezaron á brillar algunos resplandores de su futuro sol en el crepúsculo del ignorado jóven. Bonaparte era pobre; y tan pobre como era creyó que podia ayudar á su familia, y llamó á Francia á su hermano Luis que tenia 9 años menos que él. Ambos estaban alojados en casa de Madama Bon, calle Mayor, núm. 4; Bonaparte tenia una alcoba, y en-

cima de esta alcoba habia una buardilla que servia de habitacion al jóven Luis. Todas las mañanas despertaba á su hermano dando con un palo en el techo, y le daba su leccion de matemáticas. Un dia el jóven Luis á quien este llamamiento servia de molestia, bajó con mas sentimiento y lentitud de lo que acostumbraba; iba Bonaparte á llamar por segunda vez cuando Luis entró en la habitacion.

«Vamos á ver, ¿qué tienes hoy que estás tan perezoso?, le dijo Bonaparte.

—¡Ay hermano, le contestó el jóven, soñaba una cosa tan hermosa!

—¿Y que soñabas?

—Soñaba que era rey.

—Entonces sería yo Emperador: dijo el jóven subteniente levantando la cabeza «vamos á la obligacion.»

Y en seguida el futuro rey recibió la leccion diaria que le daba el futuro Emperador. Esta escena pasó delante de Mr. Parmentier médico del regimiento.

El alojamiento de Bonaparte estaba enfrente de la casa de un rico librero llamado Marco Aurelio, cuyo establecimiento cuenta de antigüedad desde 1530, y abunda en preciosidades literarias. En él pasaba todas las horas que el servicio militar y las lecciones fraternales le dejaban libres. Estas horas no las desperdiciaba como vamos á probarlo.

En 7 de octubre de 1808, el Emperador Napoleon dió una comida en Erfurth á sus convidados el Emperador Alejandro, la Reina de Wesphalia, los reyes de Babiera, Wartemberg y Sajonia, el gran duque Constantino, el príncipe Primado, el príncipe Guillermo de Prusia, el duque de Oldemburg, el príncipe de Mecklemburg-Schwerin, el duque de Weimar, y el príncipe de Talleyrand. La conversacion recayó sobre la Bula de oro que hasta el establecimiento de la confederacion del Rin habia servido de constitucion y reglamento para la eleccion de los Emperadores y el número y la calidad de los electores. El príncipe Primado entró en algunos pormenores sobre dicho documento y fijó su fecha en 1409.

—Creo que os equivocais, dijo sonriéndose Napoleon; la bula de que hablais fué proclamada en 1336 reinando el Emperador Carlos IV.

—Es cierto, señor, contestó el príncipe; ahora me acuerdo ¿pero cómo es que V. M. está tan enterado de estas cosas?

—Cuando yo era teniente de artillería.... dijo Napoleon....

—Al oir estas palabras se pronunció un movimiento tan vivo de admiracion entre los nobles convidados, que el narrador se vió precisado á interrumpirse, mas al cabo de un instante continuó:

—Cuando yo tenia el honor de ser un simple segundo teniente de artillería, permanecí tres años de guarnicion en Valence: amaba muy poco el bullicio y vivia retirado. Una feliz casualidad hizo que me alojase en casa de un librero instruido y complaciente: leí y releí su biblioteca, y nada he olvidado ni aun de aquellas materias que ninguna relacion tenian con mi profesion. Por otra parte, la naturaleza me ha favorecido con la memoria de los guarismos; muchas veces me sucede con mis ministros el recordarles el pormenor y el conjunto numérico de sus cuentas por antiguas que sean.»

No fue este el único recuerdo que Napoleon conservaba de Valence. Entre las pocas personas á quienes visitaba, se contaba Mr. de Tardiva, abad de S. Rufo, cuya orden habia sido estinguida algun tiempo antes. En su casa vió á la señorita Gregoria de Colombier y se enamoró de ella. La familia de esta jóven habitaba en una hacienda llamada Bassian, media legua distante de la ciudad: el jóven fue recibido en la casa é hizo en ella diferentes visitas. Pero se presentó un noble delfinés llamado Mr. de Bressieux, y Bonaparte conoció que era tiempo de declararse si no queria ser ganado por la mano; por consiguiente escribió á la señorita Gregoria una estensa carta manifestándola su amor y rogándola se la comunicase á sus padres. Estos, colocados en la alternativa de dar su hija á un militar sin porvenir ó á un noble propietario, dieron la preferencia á este y devolvieron la carta á Bonaparte por medio de una tercera persona que quiso encargarse de ello, segun se lo habia rogado á la persona á quien habia sido dirijida; «conservadla, dijo Bonaparte, algun dia servirá de testimonio de mi amor á la señorita Gregoria y de la pureza de mis sentimientos.» Aquella persona guardó la carta, y su familia la conserva aun. Tres meses despues Gregoria era esposa de Mr. Bressieux. En 1806 Madama Bressieux fue llamada á la corte con el título de dama de honor de la emperatriz, su hermano enviado á Turin en calidad de prefecto, y su marido nombrado baron y administrador de los bosques del estado.

Las demas personas con quienes Bonaparte se relacionó en Valence, fueron MM. de Montalibet y Bachasson, los cuales llegaron á ser ministros de lo interior el uno y el otro inspector de provisiones de París. Los domingos se paseaban juntos los tres jóvenes fuera de la ciudad, y solian detenerse á ver un baile que á cielo descubierto y mediante la cantidad de dos sueldos por caballero y contradanza, daba un tendero de la ciudad que en sus ratos ociosos ejercia tambien la profesion de violinista. Este violinista era un militar que habiendo obtenido su licencia, se habia establecido en aquella ciudad donde ejercia pacíficamente su doble industria; pero como este no le bastaba, al tiempo de la creacion de los departamentos solicitó y obtuvo una plaza de encargado espedicionario en las oficinas de la administracion central. En 1790 los primeros batallones de voluntarios que se formaron se apoderaron de él y le llevaron consigo. Este soldado, tendero, violinista y encargado espedicionario, fué despues el mariscal Victor, duque de Bellune.

Cuando Bonaparte salió de Valence, quedó á deber á su fondista, llamado Mr. Coriol, 3 francos y 10 sueldos. Llegó á París al mismo tiempo que Paoli. La asamblea constituyente acababa de asociar la Corcega al beneficio de las leyes francesas: Mirabeau habia declarado en la tribuna que era tiempo de llamar á los patriotas fugitivos que habian defendido la independencia de la isla, y Paoli habia vuelto. Bonaparte fué recibido como un hijo por el amigo de su padre, y el jóven entusiasta se halló cara á cara con su héroe: este acababa de ser nombrado teniente general y comandante militar de Corcega.

Bonaparte habia obtenido licencia, y se aprovechó de ella para ir á visitar á su familia, de la que estaba separado hacia 6 años. El general patriota fue recibido con delirio por todos los partidarios de la independencia, y el jóven teniente asistió al triunfo del célebre desterrado: fue tal el entusiasmo, que el voto unánime de sus conciudadanos condujo á Paoli á un mismo tiempo á la cabeza de la guardia nacional y á la presidencia de la administracion departamental. Durante algun tiempo estuvo en perfecta inteligencia con la constituyente; pero una mocion que hizo el abate Charrier en que proponia que se cediese la Corcega al ducado de Parma en cambio del Plasentir, cuya posesion estaba destinada para indemnizar al papa de la pérdida de Aviñon, fue para Paoli una prueba de la poca importancia que la metrópoli daba á la conservacion de su pais. Entonces fue cuando el gobierno inglés que tan generosamente habia acogido á Paoli durante su destierro, abrió comunicaciones con el nuevo pre-

sidente. Paoli por su parte no ocultaba la preferencia que concedia á la constitucion británica sobre la que preparaba la legislatura francesa. Desde entonces data la disidencia entre el jóven teniente y el viejo general: Bonaparte quedó ciudadano francés, y Paoli se hizo nuevamente general corso.

Bonaparte regresó á París al principio de 1792: allí encontró á su antiguo colega Bourrienne que llegaba de Viena, despues de haber recorrido la Prusia y la Polonia. Ninguno de los dos escolares de Brienna era afortunado. Unieron, pues, su miseria para hacerla menos penosa: el uno solicitaba servir en la guerra, el otro colocarse en los negocios estrangeros; á ninguno de los dos despachaban, y entonces pensaban ocuparse en especulaciones mercantiles que su falta de fondos les impedia casi siempre realizar. Un dia trataron de tomar en arrendamiento varias casas que acababan de construirse en la calle de Montholon para subarrendarlas en seguida, pero las exigencias de los propietarios les parecieron exageradas, y tuvieron que abandonar esta especulacion por la misma causa que antes habian abandonado otras muchas. Al salir de casa del constructor los dos especuladores, advirtieron no solo que no habian comido, sino que no tenian de que comer. Bonaparte remedió esta necesidad empeñando su reloj.

Llegó el 20 de junio, sombrío preludio del 10 de agosto. Los dos jóvenes se habian citado para desayunarse en una hostería de la calle de S. Honorato: al concluir el desayuno oyeron un gran tumulto y las voces de *vivan los sans culottes, abajo el veto.* Era una tropel de seis á ocho mil hombres conducidos por Santerre y el marqués de Saint Hurugues: «sigamos á esta gente,» dijo Bonaparte, y los dos jóvenes se dirigieron hacia las Tullerías deteniéndose sobre un terrado: Bonaparte se apoyó en un árbol, y su compañero se sentó en un parapeto.

Desde allí nada pudieron ver de lo que pasaba, pero les fue fácil adivinarlo cuando vieron salir á Luis XVI á una ventana que daba al jardin y ponerse un gorro encarnado que le presentaban con la punta de una pica.

«*Coglione, Coglione!*» murmuró en su idioma corso el jóven teniente, que hasta entonces habia permanecido mudo é inmóvil.

—¿Y qué querias tu que hiciera? dijo Bourrienne.

—¿Qué? barrer á cañonazos cuatrocientos ó quinientos, y los restantes aun no hubieran dejado de correr.

En todo aquel dia no supo hablar de otra cosa que de aquella escena que produjo en él una de las mas fuertes impresiones que nunca habia esperimentado.

Así fue como Bonaparte vió desarrollarse ante sus ojos los primeros sucesos de la revolucion francesa. Asistió como simple espectador á los fusilamientos del 10 de agosto y á los asesinatos del 2 de setiembre: y viendo que no obtenia entrada en el ejército regresó á Corcega.

Las intrigas de Paoli con el gabinete inglés habian tomado tal vuelo durante la ausencia de Bonaparte, que nadie podia equivocarse en sus proyectos. Una entrevista que tuvieron el jóven teniente y el viejo general concluyó por una rotura, y los antiguos amigos se separaron para no volver á verse sino en el campo de batalla.

Paoli levantó el estandarte de la rebelion; los partidarios de Inglaterra le nombraron generalísimo, y la convencion le declaró fuera de la ley. Bonaparte estaba ausente: habia conseguido su solicitud de ser puesto en actividad: nombrado comandante de guardia nacional activa se hallaba á bordo de la flota del almirante Truguet, la que se apoderó en aquel tiempo del fuerte de S. Esteban, que los vencedores se vieron obligados á evacuar á muy poco tiempo. Al volver Bonaparte á Corcega, encontró la isla sublebada; los miembros de la convencion encargados de llevar á efecto el decreto fulminado contra el rebelde, se habian visto obligados á retirarse á Calví; Bonaparte se reunió á ellos; tentó un ataque contra Ajaccio que fue repelido. En el mismo dia se manifestó un incendio en la ciudad; los Bonaparte vieron arder su casa, y un decreto pronunciado poco despues los condenó á destierro perpétuo: el fuego les habia dejado sin asilo, la proscripcion los dejaba sin patria: volvieron los ojos hácia Bonaparte, y Bonaparte hacia la Francia. Toda aquella pobre familia se embarcó en una débil nave, y el futuro césar se hizoá la vela, participando de su fortuna sus cuatro hermanos á tres de los cuales se preparaban tres coronas, y sus tres hermanas una de las cuales debia ser reina tambien.

Detubiéronse en Marsella y la Francia oyó sus ruegos: José y Luciano fueron empleados en la administracion del ejército; Luis fue nombrado sargento, y Bonaparte pasó como primer teniente; esto es, con ascenso, al cuarto regimiento de infantería, entonces de guarnicion en Niza, y en el cual fue muy poco despues nombrado por antigüedad capitan de la segunda compañia.

Llegó el año 93 escrito con caracteres de sangre; media Francia luchaba contra la otra media; el oeste contra el medio-dia. Leon acababa de rendirse despues de un sitio de cuatro meses; Marsella habia abierto sus puertas á la convencion, y Tolon habia entregado su puerto á los ingleses.

Un ejército de 30,000 hombres se dirijió contra la ciudad vendida. La lucha empezó en las gargantas de Ullioules. El general Dutheel que debia dirijir la artillería estaba ausente; el general Dommartin su teniente habia quedado fuera de combate en el primer encuentro; el oficial de mayor graduacion del arma debia reemplazarle, y este oficial era Bonaparte La casualidad estuvo entonces acorde con el talento, suponiendo que bajo el nombre de talento ó de casualidad no invoquemos á la providencia.

Bonaparte que recibió su nombramiento, se presentó al estado mayor y fue introducido ante el general Cartaux, hombre soberbio y cubierto de oro de pies á cabeza, que le preguntó qué traia para su servicio: el jóven oficial le presentó el pliego que le encargaba de presentarse á sus órdenes á dirijir las operaciones de artillería. «Artillería, contestó el general, no la necesito; esta tarde tomo á Tolon á la bayoneta, y mañana quemo la ciudad.»

No obstante, cualquiera que fuese la seguridad con que hablaba el jeneral en gefe, no podia apoderarse de Tolon; asi es que tuvo paciencia hasta el siguiente dia: al amanecer partió en su cabriolé acompañado de su ayudante y del gefe de batallon Bonaparte, á inspeccionar las primeras disposiciones ofensivas. Con las observaciones de Bonaparte habia renunciado, no sin trabajo, á la bayoneta, y habia apelado á la artillería; en consecuencia dió sus órdenes directamente, y estas órdenes acababan de ejecutarse é iban á producir el efecto.

Apenas habian pasado las alturas desde las cuales se ve á Tolon reclinado enmedio de su jardin semi-oriental y bañando sus pies en la mar, descendieron los tres del cabriolé y se introdujeron en una viña, dentro de la cual se distinguian algunas piezas de artillería colocadas detras de un especie de parapeto. Bonaparte miraba en deredor suyo, y no podia atinar lo que pasaba: el general gozó por un instante de la admiracion de su gefe de batallon, y en seguida volviéndose al ayudante, le dice con la sonrisa de la satisfaccion.

—«¿Dupai, son esas nuestras baterías?

—Sí, mi general.

—¿Y nuestro parque?

—Está á cuatro pasos.

—¿Y las balas rojas?

—Las calientan en las bastidas inmediatas.»

Bonaparte que no habia querido dar crédito á sus ojos, hubo de creer á sus oidos. Mide el espacio con la vista ejercitada por la estratéjia, y advierte que hay mas de una legua de distancia desde la batería á la ciudad. Cree que el general ha querido esperimentarle, pero lá gravedad con que Cartaux continuaba sus disposiciones no lo permitió dudar. No obstante quiso arriesgar alguna observacion sobre la distancia, y manifestó su temor de que las balas rojas no llegasen á la ciudad.

—«¿Lo crees tu? dijo Cartaux.

—Lo temo, contestó Bonaparte, y me parece que debiera hacerse el primer ensayo en frio para asegurarse bien del alcance.»

Cartaux hizo cargar y disparar una pieza, y mientras que él miraba el efecto que haria en las murallas Bonaparte le manifestó la bala á mil pasos de distancia tronzando los olivos, rastreando la tierra, y despues de haber rodado ya fria algun espacio, pararse á la tercera parte de la distancia que el general contaba verla recorrer.

La prueba era concluyente, pero Cartaux no quiso ceder, y culpó á los aristócratas de Marsella que «habian adulterado la polvora.» Pero adulterada ó no, el hecho es que no alcanzó mas lejos, y los tres espedicionarios volvieron al cuartel general. Bonaparte pidió un plano de Tolon, y despues de haber estudiado un instante la situacion de la ciudad y sus obras de defensa desde el reducto construido en Monte Faron que la domina hasta los fuertes La Malgue y Masbousquet que protegen sus costados, el jóven gefe puso un dedo sobre un nuevo reducto formado por los ingleses, y dijo con la rapidez de la concision y del talento.

«Aquí está Tolon.»

Cartaux que no comprendió el sentido de las palabras, dijo en voz baja á Dupai su ayudante.

«Parece que el *capitan cañon* no es demasiado diestro en geografia.»

En este momento entró el representante del pueblo, Gasparin: Bonaparte que ya habia oido hablar de él como de un hombre, no solo buen patriota sino de un talento despejado, el gefe de batallon se dirijió á él.

Ciudadano representante, le dijo, yo soy gefe del batallon de artillería. La ausencia del general Dutheil y la herida del general Dommarten han puesto esta arma bajo mi direccion. Pido que nadie mas que yo se mezcle en ella, ó de lo contrario de nada respondo.

—¿Y quién eres tú para responder de nada? preguntó el representante admirado al ver un jóven de 23 años hablarle con tal resolucion.

—¿Quién soy? replicó Napoleon retirándole á un estremo de la sala y hablándole en voz baja; soy un hombre que sé mi obligacion y me hallo entre personas que ignoran la suya. Pedid al general en gefe su plan de batalla y vereis si digo bien ó mal.

El jóven oficial hablaba con tal convencimiento que Gasparin no vaciló un instante: «General, dijo acercándose á Cartaux, los representantes del pueblo desean que en el término de tres dias los sometas tu plan de batalla.

«Espera tres minutos y te le voy á dar, respondió Cartaux.» Sentóse á la mesa, tomó la pluma y escribió el famoso plan de campaña que ha llegado á ser un modelo en su género: dice asi.

«El general de artillería incendiará á Tolon durante tres dias, al cabo de los cuales la atacaré en tres columnas y me apoderaré de ella.»

«*Cartaux.*»

Remitido este plan á París y puesto en manos de la junta de ingenieros, ésta le halló mas gracioso que discreto: Cartaux fue destituido y puesto en su lugar Dugommier.

El nuevo general á su llegada encontró que su jóven gefe de batallon habia tomado todas las disposiciones: era este uno de aquellos sitios en que la fuerza y el valor nada pueden si la artillería y los estratégia no lo han preparado todo de antemano. No habia ni un palmo de terreno en que la artillería no tuviese que habérselas con la artillería. Por todas partes se oian sus estallidos, y los relámpagos se cruzaban como en un violento huracan; retumbaba en la mar y en la llanura; hubiérase creido que era á la vez un volcan y una tormenta.

Enmedio de aquella multitud de llamas fue donde los representantes del pueblo quisieron cambiar una batería que habia colocado Bonaparte; habíase comenzado la operacion cuando llegó aquel y lo repuso todo en su lugar; los representantes quisieron hacerle algunas observaciones. «Mezclaos en vuestros negocios, los contestó, y dejadme á mí hacer mi obligacion de artillero: esta batería está bien, y respondo con mi cabeza.»

El dia 16 empezó el ataque general. Desde entonces el sitio no fue mas que un prolongado asalto. El 17 se apoderaron los sitiadores de Pas de Leidet, de la Crois Faron de Saint-Andre, de Pomets y de los San Antonios; y por la noche iluminados por la tempestad y por el cañon tomaron el reducto inglés: puesto allí Napoleon se contaba por dueño de la ciudad; herido de un bayonetazo dijo al general Dugommier que se halla herido de un balazo en una rodilla y otro en un brazo: «Mi general, acabamos de tomar á Tolon, id á descansar que pasado mañana dormireis en la ciudad.»

El 18 se rindieron los fuertes de la Eguillete y de Balaguier, y sus baterías se dirigieron contra la ciudad; las casas se incendiaban, las balas silbaban sobre la ciudad, los aliados empezaron á disminuirse. Entonces los sitiadores que tenian su vista fija sobre Tolon y su rada, ven declararse el fuego sobre varios puntos que no habian sido atacados. Eran los ingleses que decididos á partir habian puesto fuego al arsenal, á los almacenes de marina y á las naves francesas que no podian llevar consigo. A vista de las llamas se levantó un grito general; todo el ejército pedia el asalto, pero ya era tarde: los ingleses se embarcaban bajo el fuego de las baterías francesas vendiendo asi á los que por ellos habian vendido su patria. Llega la noche; las llamas que en muchos puntos se habian elevado, se ven apagarse en medio de grandes alaridos: eran los presidiarios que habian roto sus cadenas y apagaban el fuego que habian encendido los ingleses.

El dia 19 entró en la ciudad el ejército republicano como Bonaparte habia predicho, y el general en gefe durmió aquella noche en Tolon.

Dugommier no olvidó los servicios del jóven gefe de batallon, que doce dias despues de su entrada en la ciudad recibió el grado de general de brigada.

LOS DOS JAIMES
ó
LA JUSTICIA HUMANA.

Romance Andaluz.

I.

La manta al hombro terciada,
y el calañés en la ceja,
votos y ternos arroja
un hombre de tez morena.
Alta estatura, ojinegro,
valiente cual lo demuestra
su torvo y altivo ceño,
su frente oscura y soberbia;
nada teme de los hombres
y á su vista huye cualquiera,
que es peligroso encontrarle
en caminos y callejas.
Lleva canana y trabuco,
viste calzon de agujetas,
y una chaqueta de majo,
y una corbata de seda.
Cuando dice: *alto a la gente*,
todo el mundo à su voz tiembla,
como tiembla el marinero
al ver llegar la tormenta.
Y todo el mundo se para,
y todo el mundo le ruega
que deje al menos la vida,
ya que la bolsa no deja.
Y él deja lo que le place,
sin que haya importuna lengua
que de sus hechos murmure,
ni sus dictámenes tuerza:
que su ley todo avasalla,
y á ninguna ley sujeta,
ora castiga al honrado,
ora al malévolo premia.

No nació para bandido
un hombre de tales prendas,
como pregona la fama
desde *Melilla* hasta *Ceuta*;
porque si estuvo en presidio,
estuvo por culpa agena,
que agenas culpas tal vez
son causa de propias penas.
Mataron á un hombre en *Ronda*,
por amores en pendencia,
ocultóse el agresor,
hallaron una arma en tierra,
aquella arma era de *Jaime*,
y.... Qué! ¿Se quieren mas pruebas?
Jaime libró en el presidio
del cadalso la cabeza.

Una mujer le acompaña
en su triste soledad,
halla el bandido piedad,
sino justicia en España.
Huyó de *Ceuta* el bandido:
¿adónde vá sin consuelo,
maldecido por el cielo,
y del mundo aborrecido?
¿Su conciencia destrozada
pedirà perdon á Dios?
¿Y de qué, si entre los dos
está la cuenta saldada?
El cielo no le maldijo,
mentira fue de los hombres,
que equivocaron dos nombres:
Jaime el padre, y *Jaime* el hijo.

II.

Proscrito y errante vaga
á la ventura el bandido,
y arroja ternos y votos
contra los hombres inicuos.
---«Zoy un ente abandonao
á mi funezto deztino;
tarde ó temprano ezte cueyo
adornarà alto patibulo.
¿Y dónde eztán loz infamez
que inventaron miz delitoz?
¿Dónde la juzticia eztá?
Yo me la haré por mí mizmo.
Que nàa debo á loz hombrez,
ni del mundo á loz caprichoz,
nàa al que vió zin vengarme
miz ziete añoz de martirioz.
Zolo eztoy, zolo en la tierra,
ni tengo deudoz, ni amigoz;
perezca la raza humana,
y aunque me trague el abizmo.
Una mujer le detiene.....
---¿A dónde vaz, *Jaime* amigo?
le dice con voz cortada
por sollozos y suspiros.
---Voy á matar.... al que encuentre
en el bozque, en el camino,
en la ciudá, ó en la iglezia,
tal vez en el cielo mizmo.
---Yora tuz dezgraciaz, *Jaime*,
zigue la virtú tranquilo
y.... ---¡La virtú! le replica
el ladron con regocijo.
¡La virtú!.... ¡Mázcara horrible,
con que el magnate atrevío
encubre zuz dezafueroz,
revizte zuz torpez vicioz!
¡Pretezto del ambiziozo!
¡Del zacerdote ludibrio!
¡Pantaya de loz gobiernoz!
¡De loz puebloz ezterminio!...
¿Qué ez la virtú?.... Una mancha,
un juguete, un.... ¡Voto à Crizto
La virtú..... ez un gran crímen,
que arraztra al hombre á prezidio.
¿Pienzaz acazo que miento?
No, *Paca*, la verdà igo,
puez ziete añoz en cadenaz
miz brazoz he retorcio.

Paca al bandido adoraba
y á presidio le siguiò,
sin su amor no respiraba;
Paca era el bien que quedaba
al que el mundo desechó.
Con él de *Ceuta* huyó un dia.
¡Raro amor! ¡Rara mujer!
Esa mujer ¿qué queria?
Bajo el sol de *Andalucía*
solo se quiere..... querer.
¡*Andalucía!*..... De amores
y de bellezas jardin,
para calmar mis dolores
dame alguna de tus flores,
dame un bello seraf[illegible].
Y era feliz el bandido.....
¡Feliz!..... Ah! no: la venganza
con rencoroso latido
llamaba al pecho oprimido;
era su dulce esperanza.
Y se habia de vengar,
que jurado lo tenia,
y era escusado pensar
que *Jaime* pudiese amar,
si no mataba ó heria.

Y *Paca* desconsolada
lloraba su triste suerte;
y *Jaime* con su mirada
decia: *la suerte echada*;
ó recibo ó doy la muerte.



III.

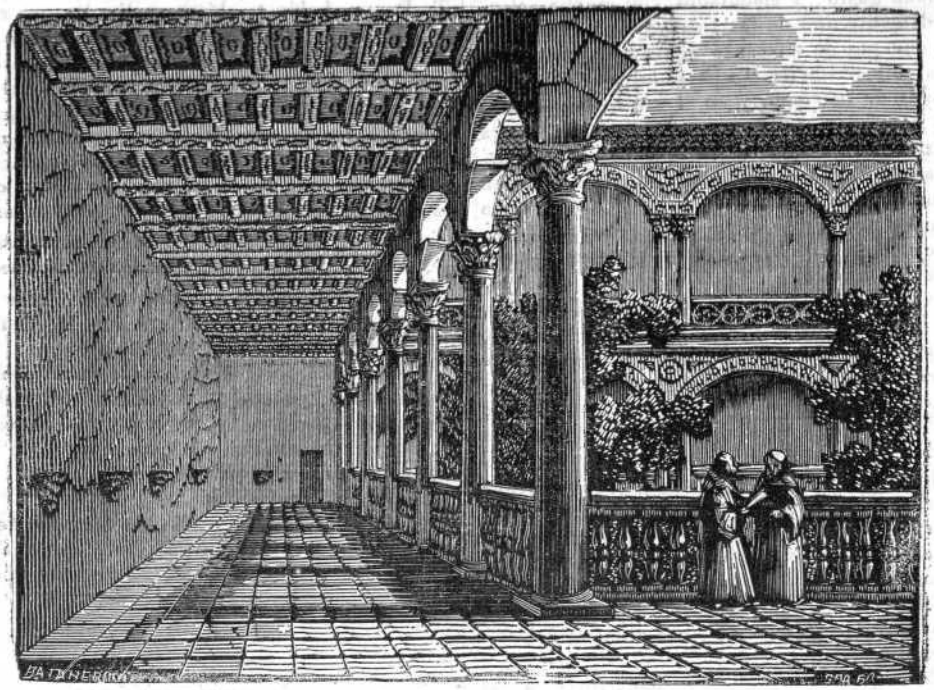
Vagaba *Jaime* al acaso
por una sierra famosa,
donde tiemblan los viajeros
y de *Ronda* el nombre toma.
Era la tarde de un martes,
tarde obscura y borrascosa,
en que el cielo encapotado
de nubes pardas y rojas,
amenazaba del caos
representar la parodia.
También un hombre al acaso
por vereda tortuosa
subia alegre cantando
de la *Rondeña* una copla.
Encontráronse los dos,
y al mirarse con zozobra,
Jaime empuñó su trabuco,
y el otro tentó la bolsa.
--«Aquí está el oro que traigo,
dijo al bandido el de *Ronda*,
y el bandido respondió:
--«Guarde el dinero en mal hora,
y dispóngase á morir,
que ya la vida le zobra.
--«Por Dios, por la virgen santa,
zeñor ladron....--«Dale bola,
¡tanto azpaviento por náa,
cuando tiene la pachorra
de cruzar por el camino
donde *Jaime* rabia y yora!....
--«¡*Jaime*! ¡Qué ezcucho! ¡Hijo mio!
--¡Mi padre! ¡Quién!...... Y una sombra
cruzó por aquella frente
desesperada y rugosa.
--«No puée zer, dijo luego;
no tengo padre, que el que obra
como zu mercé conmigo,
ez verdugo de zu honra.
--«Zí, *Jaime*, tu padre zoy,
y aquí me tienez ahora
dizpuezto á darte mi vida....
--«Vamoz primero á otra coza.
¿Quién matò en *Ronda* à aquel hombre?
--«Yo....» ¿Por qué?....--Porque á *Ildefonza*
tu madre, cierto domingo....
--«Bien muerto: ademaz me importa
zaber, cuyo era el puñal,
que zirvió para la obra.
--Tuyo....--¿Y quién mi acuzaor
cuando eztuve ya en *chirona*?
--Yo....--Me alegro. ¿Y en prezidio
quién aliviò miz congojaz?....
¿Caya zu mercé?.... *Paquita*,
aquì eztà mi padre, hermoza.
Llegó *Paca*, y un gemido
se oyó salir de la boca
de aquel desalmado padre.
--Ya eztaz vengao, *Juan Rozaz*;
¡nueztroz hijoz me maldicen,
y en mi prezencia ze adoran!!!
--«Zì, ziempre, ziempre aqui unioz:
Paca ez mi amor, ez mi ezpoza;
aquí empieza mi venganza....
--«Y acabarà, puez lo ignoraz,
con ezta fiel puñalàa,
que à doz traidorez inmola.
Jaime dió un beso en la frente
á *Paca*, y luego abrazòla,
y el padre en entrambos pechos
hundió del puñal la hoja.

Empezó por una muerte
cierto asesino ignorado,
que en *Ronda* vivió envidiado,
protegido por la suerte.
Un hijo tuvo infeliz,
á quien el mundo infamó,
y por los montes vivió,
sin cometer un desliz.
Y el cielo no le maldijo,
mentira fué de los hombres,
que equivocaron dos nombres
Jaime el padre y *Jaime* el hijo.

J. M. DE ANDUEZA.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.

ESPAÑA PINTORESCA.



(Vista interior del cláustro de Lupiana.)

EL MONASTERIO DE LUPIANA.

En aquella parte de la provincia de Castilla la Nueva, conocida con el nombre de la Alcarria, está situado el pueblecito de Lupiana, en el centro de una hondonada que forman varios cerros, dos leguas al E. de Guadalajara. Sobre uno de ellos se descubre, al través de algunos árboles frondosos, el célebre monasterio de S. Bartolomé, que fue el primero de la órden de S. Gerónimo que se fundó en España.

Antiguamente no habia allí mas que una pequeña ermita dedicada á S. Bartolomé, que despues fue ampliada por un tal Diego Martinez de la Cámara (llamado asi por haberlo sido de D. Alfonso XI), como lo declara el epitafio que se le puso en dicha iglesia.

Diego Martinez de la Cámara
que Dios perdone, que finó Domingo, 12 dias
andados del mes de Setiembre era de M. et
C.C C. et LXXVI años, que fizo esta iglesia de
S. Bartolomé á servicio de Dios á su costa.

El convento de Lupiana no tiene por la parte esterior cosa que cautive la atencion, pues consiste en un agregado de casas; y únicamente le ennoblece la torre que es toda de piedra y bastante airosa.

Dentro del convento hay dos cláustros notables: el primero es de poca estension y estaba antes adornado con varios cuadros grandes que han sido trasladados á Guadalajara con otros varios efectos del mismo edificio.

En él hay un letrero que en caracteres góticos dice asi:

«Este es el primer cláustro en el cual fue primeramente fundada la órden del bienaventurado S. Gerónimo »en España, por el muy Santo Padre Gregorio XI, de »santa memoria, en el año del Señor de mil trescientos »cincuenta y cuatro, á suplicacion de los venerables pa»dres Fr. Pedro Fernandez Pecha y Fr. Fernando Ya»ñez de Cáceres, primeros frailes de la órden, recibien»do nuestro hábito de mano del dicho Santo Padre, el »cual dicho cláustro fue erigido en este monasterio por »el muy reverendo padre D. Tomé Manrique, arzobispo »de Toledo en el sobredicho año.»

En la parte opuesta y al rededor de la pared, igualmente que este, hay otro rótulo que declara los bienhechores que reedificaron este cláustro arruinado; mas el mal estado del letrero, interrumpido en muchas partes, le hace casi ilegible.

Pero lo mas principal del Monasterio y digno de atencion es un hermoso cláustro que fue edificado el año de 1472 por el Arzobispo de Toledo D. Alonso Carrillo, célebre en los reinados de Enrique IV y los Reyes Católicos.

Este cláustro, que es en gran parte de mármol, per-

tenece al gusto gótico-germánico, dominante en aquella época. Consta de dos cuerpos de órden compuesto, con seis arcos en el frente de cada cuerpo y dos entradas para el patio, adornados todos de bichos, mascaroncillos y otros adornos, todo lo cual, como tambien la balaustrada del primer cuerpo y los calados del segundo son de muy buen gusto, y ejecutados con mucho acierto. Desgraciadamente uno de los frentes está recargado con otros dos cuerpos de diferente gusto y arquitectura, y que son obra muy posterior. La parte interior del cláustro está enlosada de mármol, y en el centro hay enterrados algunos generales, priores y otros monges, cuya vida y circunstancias se refieren en unos tarjetones pintados en la pared. Por eso cuando los monges pasaban por este cláustro se abstenian de pisar por el centro donde estaban los sepulcros de sus predecesores. El techo es todo de madera labrada, y conserva aun algunos vestigios de su hermosura.

Por el cláustro de arriba se entra á la sala Capitular, que en el dia no ofrece otra cosa notable que su techo de madera labrada: por las paredes están los rótulos que indican el asiento correspondiente á cada uno de los priores. Como el monasterio de Lupiana fue el primero que se fundó en España de la órden de S. Gerónimo, tenia en memoria de esta primacía la prerogativa de ser el punto señalado para la celebracion del Capítulo general, para la eleccion de General de la órden; á cuyo efecto concurrian, no solo los priores de los monasterios de España, sino tambien de Portugal y América.

En estas ocasiones el monasterio de Lupiana tomaba un carácter de movimiento y vitalidad desconocidos fuera de aquella sazon. Veíase llegar de todas partes á los reverendos Priores precedidos de sus robustos mozos, y caballeros sobre poderosas mulas, semejantes á las que llevaban los encantadores de quitasol y anteojos que venció el héroe de la Mancha poco antes de la descomunal batalla con el Vizcaino.

Reuníanse mas de cincuenta Priores, los cuales, agregados á los monges de Lupiana que solian ser en número de cuarenta á cincuenta, componian una respetable comunidad.

La solemnidad de este acto atraia tambien muchos curiosos de los pueblos inmediatos que concurrian á presenciar aquel espectáculo, y á gozar de los relieves de la funcion, pues á todos alcanzaba la proverbial esplendidez de los Gerónimos.

Por uno de aquellos raros contrastes tan frecuentes en las cosas humanas, que introducen el ridículo al lado de lo mas grave y severo, como la tarasca en la procesion del Córpus, los bufones al lado de los Príncipes, y al gracioso en una escena romántica de puñal y tósigo, el Capítulo de los PP. Gerónimos solia terminar por una escena mímica y burlesca, la cual, aun cuando no fuese de la esencia de la funcion, con todo, no era lo que menos llamaba la atencion de los alegres espectadores.

El tercer dia del Capítulo, luego que el nuevo General quedaba instalado en su empleo, acostumbraba regalar á los mozos una onza de oro para que se divirtiesen aquel dia á sus espensas, y como es de suponer se invertia en copiosas libaciones á la salud del electo. Constituyéndose en seguida los mozos de mulas en Colegio electoral, procedian á nombrar un General de entre ellos, como si dijéramos *de corpore capitu'i.*

Para que se vea lo sabroso que es el mandar, aunque no sea mas que en broma, habia tambien en aquellas elecciones sus parcialidades, candidaturas, intrigas, programas, y todo lo demas que toca y atañe á unas elecciones hechas en regla, á pesar de su efímera duracion y de los estrechos límites en que se hallaba circunscrita su jurisdiccion.

Adornado el General de los peatones con las burlescas insignias de su mando, recibia las felicitaciones de sus electores y amigos, y para que la parodia fuese completa, ademas de las canciones báquicas que suplian por Te Deum, habia tambien predicador que echaba su sermon, en el que arrancaba frecuentemente de su auditorio lágrimas de risa. Por supuesto se escogia para el sermon uno de los mas discretazos, el cual, adornado de un camison en vez de túnica, y otros varios arreos por el estilo, se envanastaba en un cuébano que servia de *cúlpito.* El sermon era análogo á las circunstancias, y alguna vez solia salir á relucir aquel tan célebre en los fastos tabernarios de España, cuyo tema es:

Mundus alicuando per manducationem
acarreavit sibi suam perditionem,

tema que el mismo Longino (el preceptor de retórica), no lo hallará mas adecuado á la regla, de *«que salga de la naturaleza misma de la oracion.»*

Frecuentemente esta parodia daba lugar á pequeñas ocurrencias, en que se descubrian antiguas rivalidades, celos comprimidos, y todas las demas pasiones de que es susceptible el corazon de un mozo de mulas, y no pocas veces acabaron tambien como el rosario de la aurora.... á farolazos.

En el dia el monasterio de Lupiana se halla habitado por un guarda, que ha reemplazado á su numerosa comunidad. ¡Y cuántos edificios de su clase y aun mejores le envidiarán esta pequeña fortuna!

V. F.

NECROLÓGIA.



RISTE deber es el que hoy nos proponemos llenar, anunciando á los amantes de las ciencias la irreparable pérdida que acaban estas de sufrir en España, con el fallecimiento del sábio físico, del escelente matemático el Ilmo. Sr. D. Antonio Gutierrez, uno de sus mas nobles hijos, y digno representante de las ciencias en la capital del orbe literario.

Si su distinguido discípulo D. Vicente de Masarnau, único que en los periódicos de la capital ha lamentado la infausta pérdida de su maestro, la hubiera pasado en silencio, y no hubiese pedido al público el sufragio de sus lágrimas; ni un solo acento habria interrumpido silencio tan vergonzoso, ni el eco del dolor resonára sobre la tumba de varon tan eminente para encomendar su nombre á la posteridad.

Cuando acaudalado de saber y ciencia, y al corriente de los mas modernos descubrimientos hechos en ambos mundos en los conocimientos físico-matemáticos, volvia á su patria á regentar la cátedra de física aplicada á las artes, del Real Conservatorio; cuando una multitud de personas de todas clases se disponian á oir los acentos que en 1835 resonaron, al esplicar los importantes secretos de aquella parte del saber humano; la muerte, contra cuya losa se estrellaron los sublimes talentos de Arquimedes, el asombroso ingenio de Keppler y de Newton, acaba de arrebatarlo á su patria y á todo el mundo científico. Murió en París el 3 de Agosto de 1840, á consecuencia de un accidente de apoplegia que le sobrevino estando en casa de su condiscípulo y amigo el célebre mecánico Mr. Breguet.

Pocas son las noticias que hemos podido recoger acerca de su vida; porque hermanando su encumbrada ciencia con la mas escesiva moderacion, virtud tan propia de un sábio como agena de las medianas reputaciones; de tal suerte supo consagrar su vida á la enseñanza y á la oscuridad del estudio, que robándole aquella á los honores y dignidades, para que muchas veces habia sido propuesto, ocultó á nuestros ojos, como con un denso velo, la carrera de su vida, y solo nos dejó una leccion en su modestia, y su ciencia para admirarle.

A D. Vicente de Masarnau debemos, pues, los ligeros apuntes de que nos hemos valido para formar este artículo, únicos datos que ha podido recoger de los amigos mas allegados del difunto D. Antonio Gutierrez.

Tuvo este su cuna en el Principado de Asturias, en Soto de la Barca, hácia el año de 1777, naciendo de padres pobres, pero honrados. Circunstancia notable que se observa en la mayor parte de nuestros hombres eminentes, justa compensacion entre los fútiles bienes de una fortuna material, y los que dá al hombre la superioridad de su ingenio, en medio de una naturaleza sublime y agreste.

Poco mas hacia de medio siglo que habia espirado el XVII, tan fecundo en acontecimientos científicos, tan rico de ingenios, y de tanta utilidad y adelanto para las leyes de la física y de la astronomía; cuando nuestros sábios de España daban con sus observaciones y sus trabajos un nuevo impulso á la filosofía natural, que Newton habia sustraido del yugo de las hipótesis, dándola una nueva forma geométrica, agena de las impertinentes discusiones del Peripato.

Y asi como por el órden constante y fijo que rige las leyes del universo material, tanto en el globo como en la inmensidad del espacio, vemos los hechos sucederse por vias inmutables; del mismo modo entre las existencias morales, hay una sucesion contínua, inestinguible, que uniendo los hechos posteriores á los recientes, y estos á sus causas primordiales, forman, por decirlo asi, una cadena, cuyo primer eslabon, hablando de las ciencias físico-matemáticas, forjó la Grecia, y á la que solo añadirá el último aquella nacion que agote sus propiedades á la materia, y su ingenio al hombre.

Por esta razon, á los célebres matemáticos de aquella época habian de suceder otros tambien, no menos célebres, y con cuyos nombres se habian de honrar los anales de las matemáticas, astronomía y filosofía natural.

Todas, ó casi todas las naciones de Europa, acudieron con sus sábios al grito que resonó en la Francia, con motivo del arreglo de pesos y medidas en 1798: y el Instituto nacional vió reunidas en su seno las notabilidades de la época, enviadas á su vez por los reyes de España y Dinamarca, y por las repúblicas Bátava, Cisalpina, Romana, Liguriana y de la Helvecia. D. Gabriel Ciscar y D. Agustin Pedrayes fueron los enviados por Cárlos IV. Mientras resonaban los nombres de estos dos sábios con los de D. Antonio Ulloa y D. Jorge Juan, no solo en los cuatro costados de la Península, sino en todo el mundo ilustrado, Gutierrez, estudiando las matemáticas en los Reales Estudios de San Isidro, bajo la direccion del célebre profesor D. José Ramon de Ibarra, se disponia ya á ser el mantenedor de las glorias de España, cuando hubieran aquellos de pagar á su vez con la vida el tributo que todos debemos á la naturaleza.

Por eso instalada en 1802 la escuela de caminos y canales, de tal modo logró elevarse sobre todos los demas discípulos del escelente profesor D. José Lanz (1), que sabedor el gobierno en 1804 de su mérito y disposiciones en la carrera de ingeniero civil á que se dedicaba, lo envió inmediatamente pensionado á París, de donde solo habia de volver en 1807 con el carácter de profesor, á la misma escuela en donde antes fuera alumno, dejando el banco del discípulo para ocupar la cátedra del sábio.

Si le hubiéramos de seguir en todos los periodos de su vida, y hacer sobre ellos las reflexiones que nos sugieren su virtud y sus talentos; esta memoria, que solo tiene por objeto lamentar la pérdida de un grande hombre español, ocuparía necesariamente muchas páginas, y pasaría por lo tanto los estrechos límites de un artículo.

Catedrático interino en 1810 de la clase de física de San Isidro, que regentó despues en propiedad el año 1822, estando en aquel edificio la universidad central; secretario en 1816 de la junta de proteccion del Museo de ciencias naturales de esta corte; ganada por oposicion en 1818 la cátedra de matemáticas de la real casa de Pages; individuo en 1820 de la junta nombrada para el restablecimiento de la escuela especial de caminos y canales; profesor en ella desde 1821 hasta su supresion en 1822; estos son los importantes servicios que D. Antonio Gutierrez hizo á su patria por espacio de 16 años. Infatigable y poderoso atleta, con su misma fuerza intelectual, con su asídua laboriosidad, con su constancia labró el eterno monumento de su gloria que tuvo principio en su cátedra de 1807, y cuya cúspide deseamos ver coronada con la publicacion de sus escelentes y numerosos manuscritos para honra del suelo que le vió nacer.

Pero sus importantes servicios no debian terminar aquí. Creado el conservatorio de artes y la direccion general de estudios, no tardaron en contar á Gutierrez, esta entre sus vocales mas beneméritos, y entre sus escelentes catedráticos aquel. Y cuando en 1835 la muerte de D. Juan Peñalver hizo en él necesario el nombramiento de un director, se le vió rehusar este honroso título, temeroso de que nuevas obligaciones le arrebatasen á la inmensa y variada concurrencia que de todas partes de la capital acudia, ansiosa de penetrar los recónditos arcanos de una naturaleza que á todos rodea, que todos observan, y que sin embargo tan pocos conocen.

En este tiempo fué cuando se vió precisado á publicar en cuadernos sueltos sus lecciones de física, porque eran muy escasos sus bienes de fortuna, y no queria por otro lado prostituir la dignidad de su ciencia á la tiránica ambicion de un librero, que ni aun el papel hubiera pagado de sus obras.

Con el duodécimo cuaderno tuvo que suspender sus lecciones, porque (dicho sea con oprobio) todos los conocimientos adquiridos en 34 años de incesantes tareas, todo el estudio de un hombre de genio, todos sus viages, todas sus vigilias no produjeron los medios necesarios para sufragar los gastos de su publicacion. ¡Tan corto fué el número de personas á quienes el deseo de saber hizo adquirir la única obra de ciencias exactas que se publicaba en Madrid por aquella época! Obra que lamentamos no tener concluida, para responder con ella á los sarcarmos, que allende de los mares y del otro lado de los Pirineos pudieran venirnos.

Los notables descubrimientos de estos últimos años, los importantes trabajos verificados por la resolucion del gran problema de la figura de la tierra desde el Perú y la India hasta la parte mas elevada del continente europeo, dejaban en conocido atraso el cultivo de las ciencias en España; al paso que la ciudad de París era el centro del movimiento científico y literario de todo el mundo, brillante como el sol que va á estender sus encendidos re-

(1) Murió en París el año 1839 en los brazos de Gutierrez.

flejos desde el polo del sur al helado setentriou. El descubrimiento de 1819 debido á Mr. O-Erted en Copenhague, conocido hoy en la física con el nombre de electro-magnetismo, y que van enriqueciendo cada dia los modernos sabios de la Francia como un descubrimiento reciente, solo podia examinarse, sino en su cuna, en la parte al menos que mas ha contribuido á sus adelantos.

Bien convencido de ello Gutierrez, emprendió un viage á París en 1838, habiendo sido antes condecorado con la cruz de comendador de Isabel la Católica.

Viósele en aquella capital, tanto en este viage como en todos los demas que hizo para conseguir su objeto, cultivar la amistad de los hombres mas eminentes, recorrer las fábricas y talleres mas principales, visitar los establecimientos científicos, y acudir á las cátedras donde las explicaciones de Arago, Dumas y Gay Lusac resonaban al descubrir los sublimes misterios de la ciencia de los astros, y los que á cada paso nos presenta la imensidad de nuestro globo.

La apertura en este año de las cátedras del Conservatorio no estaba lejos; y cuando todos los amantes de las ciencias se daban el parabien, lo mismo que á los amigos de Gutierrez por su próximo regreso, le sepultó la muerte para siempre en un suelo extranjero, que no contento con los sabios que en su seno encierra, se muestra avaro de conservar hasta el último despojo de los estraños.

Ha muerto, sí; pero no para las ciencias: y aun han de resonar por largo tiempo en la boca de los muchos y buenos discípulos, que á su muerte nos deja como el mas precioso legado, los acentos que en 1807 se oyeron los primeros para apagarse en 1840. Quédanos entre tanto la pena en el corazon, y eterno en la memoria el nombre del ilustrísimo Sr. Don Antonio Gutierrez.

F. DE M.

AGRICULTURA.

CULTIVO DE LA VID.



Despues del trigo, la vid es el vegetal que en España ofrece el mayor interés al labrador que la cultiva ya desde la mas remota antigüedad con el mejor éxito. El mismo Fenelon, que en sus bellas ficciones del Telémaco es como Homero fiel historiador, no tiene reparo en decir, que ninguna tierra produce racimos mas deliciosos. Sin embargo, fuera de algunas provincias del Mediodia los vinos en general no son tan esquisitos como debieran, siendo tan despreciables en algunos parages que ni de balde los quieren en el comercio; no siendo otra la causa que la ignorancia del cultivo de tan precioso arbusto, y del arte de la vinificacion.

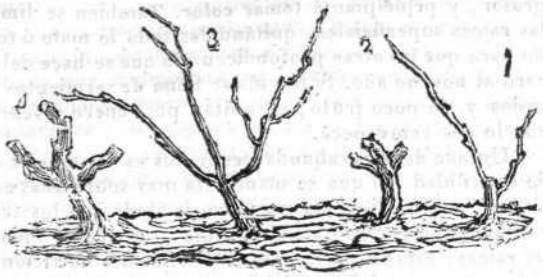
A pesar de la docilidad con que la vid responde á los afanes del labrador, no mejorará sus frutos, ni mucho menos sus vinos sin un conocimiento científico de la naturaleza de la planta, del clima, localidad, terreno, esposicion, labores, modo y tiempo de aplicarlas, y todas las demas circunstancias que pueden influir en la bondad de su producto, siendo particularmente la operacion de la poda lo que debe llamar la atencion del cultivador, porque dirigida con acierto y marcando la altura correspondiente á cada vid, perfeccionará la madurez de sus frutos y la calidad de sus jugos, punto del mayor interés, pero difícil de aclarar. Todavía se sigue prestando un ridículo homenage al influjo de la luna para practicar dicha operacion, sin conocer el momento mas favorable de verificarla, que la misma planta indica, y es cuando empieza á entrar en savia, ó bien sea al primer movimiento de sus líquidos: regla general para todos los paises. Variará el tiempo segun los climas; pero cuando la planta principie la formacion y engruesamiento de sus yemas, entonces se debe practicar. Si se hace antes, la naturaleza no puede atender á la cicatrizacion de las heridas, y espone al vegetal á perecer; si se practica mas tarde sobrevienen flujos de los jugos, y hasta la desorganizacion del vegetal. La operacion de la poda se funda en algunos principios que el labrador tendrá presentes. El jugo nutritivo sube desde las raices á las ramas lo mas verticalmente posible, acumulándose en los brazos rectos con detrimento de los otros. Las ramas, á las que afluye abundante savia, producen mucha madera y poco fruto; y aquellas, á las que no acude tanto jugo, dan mas frutos y menos madera. Toda rama vieja no da yema, sino obligada por la poda. Por esta operacion distribuye el agricultor la savia con justo equilibrio, evitando que salgan ramas tragonas, que agolpadas en gran número en el tronco de la vid presentarian una vegetacion muy lozana, pero con poco producto. Una vid abandonada á sí misma daria pocos racimos y malos, y podada llega la planta á florecer mejor y sucesivamente, como le sucede á la vid de Ischia que da fruto tres veces al año. Se practicará esta operacion en dia sereno y tiempo seco con los cortes oblícuos, escusando las grandes cuchilladas y las inútiles por chicas que sean, cubriéndolas si son grandes con los ungüentos de Forshit, para substraer las heridas del contacto del aire, y favorecer su cicatrizacion.

Examinando los varios métodos de podar la vid mas usados en España, no se hallan observaciones suficientes para preferir alguno de ellos. La poda en redondo tiene la desventaja de que los sarmientos salen rectos y casi verticales, elevándose demasiado, y quedan espuestos á los embates del viento, y los frutos distantes de la accion de los rayos caloríficos no maduran con perfeccion. La poda de vasa ó rastra es vencida por su propio peso; se encorva y arrastra por el suelo, atrae todo el jugo nutritivo, y los racimos caen desprendidos antes de madurar. Perturbado el equilíbrio de los líquidos y estancados en los tegidos, vienen ulceraciones que acaban con la planta, y si no una vejez anticipada la inutiliza. Otros métodos hay mas ó menos perfectos seguidos indistintamente sin acomodarlos á determinadas circunstancias.

Todos los inteligentes debian fijar la atencion en esta materia, que estudiada daria los resultados mas útiles. A pesar de lo espinoso y difícil que es este asunto, segun la doctrina de Andrés Tonin, describiré los métodos mas adaptables á todas las circunstancias, siguiendo á la vid desde el primer momento de su plantacion. Al tiempo de su plantío, bien sea de acodo, de estaca ó de vid enraizada, se rebaja en el acto, dejando solo dos yemas. Al año de su plantacion no se poda con el fin de asegurar su completo arraigo y el mayor desarrollo. Al segundo año se practicará la poda muy corta encima de la yema mas próxima á la tierra, suprimiendo al mismo tiempo todos los sarmientos. Brotes desarrollados de esta primera poda: (*fig.* 1.ª)

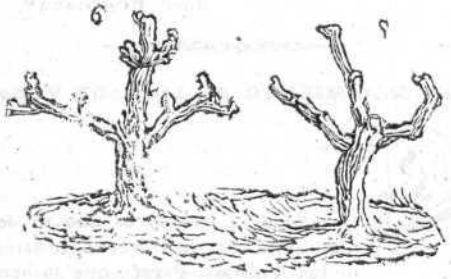
Segunda poda. Debe ser un poco menos corta que la anterior; se opera sobre la primera, segunda y tercera yema, segun la fuerza del vegetal. Todas las demas yemas se raspan: (*fig.* 2.ª); la tercera demuestra los brotes que han resultado: (*fig.* 3.ª) En esta época se aplican tutores ó rodrigones, y es dañosa la operacion del despampanado.

Tercera poda. Se practica sobre las primeras, segundas y terceras yemas de los brotes que resultaron de las del año precedente: (*fig.* 4.ª) Tiene por objeto formar la cabeza de la vid ó ramas madres. Estas pueden variar en número; pero nunca pasarán de cinco.



Cuarta poda. Se hace en los sarmientos del último crecimiento; se quitan todas las yemas menos la primera, y se suprimen cuantos retallos salgan de las raices: (*fig.* 5.ª)

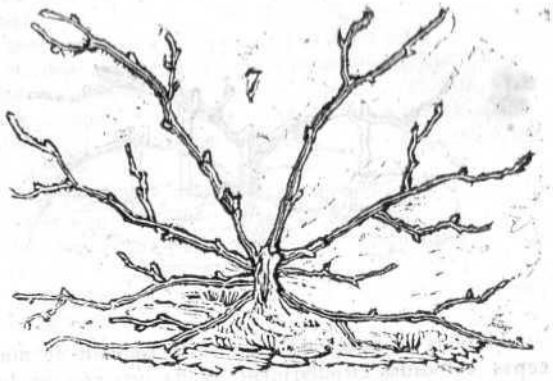
Quinta poda. Formacion completa de la cabeza de la vid: (*fig.* 6.ª) La operacion de despampanar viene bien en algunos climas para apresurar y mejorar la maduracion de la uva; pero solo se aplicará á los pies vigorosos y muy inmediatos á otros.



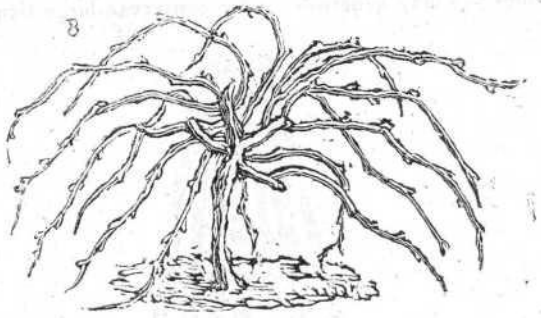
Al llegar la vid al sesto año de su plantacion, y quinto de su poda, se debe hallar con todas las partes que la han de constituir.

Las podas siguientes son modificaciones de las anteriores, y resultado necesario de los diversos climas, terrenos, especies de vid, edad, esposicion y variaciones atmosféricas, por lo que dividiremos todas las podas en bajas, medianas y altas.

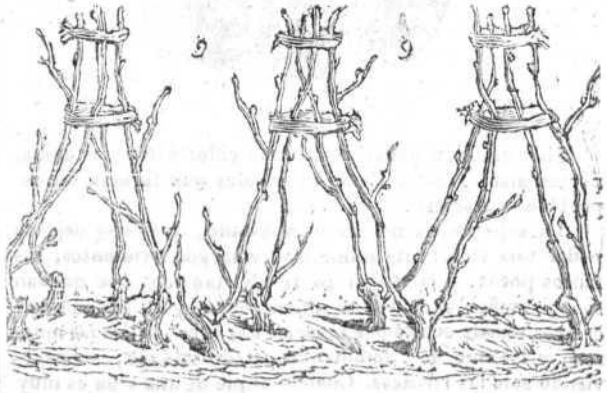
La teoría del primer método consiste en mantener las cepas muy bajas, para que los racimos próximos á la tierra, hallándose en una capa de aire mas caliente, maduren mejor, y su jugo adquiera cualidades mas espirituosas. Para llenar este objeto se eligen especies prontas de sarmientos de poca extension, racimos pequeños y sus granos poco apretados. Se plantarán las cepas á las distancias calculadas en el crecimiento anual de los sarmientos. Cada cepa tendrá lo mas cinco ramas, y en cada una de estas tres ó cuatro sarmientos, segun la edad, vigor y circunstancias de la localidad. Vides rastreras. La cepa apenas sale de la tierra echa los sarmientos, arrastrándose por el suelo: (*fig.* 7.ª) Convienen en las faldas de los montes y colinas pendientes.



La poda, en que solo salen sarmientos de las ramas madres á la altura de uno ó tres pies, y se encorvan hácia la tierra formando una cubierta hemisférica, bajo la cual los racimos son garantidos de los rayos de un sol ardiente que secaria los frutos, se prefiere en los climas cálidos: (*fig.* 8.ª)

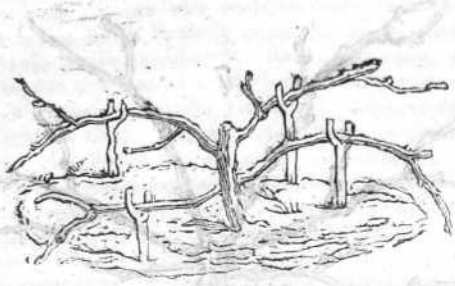


La poda, que tiene por objeto reunir sarmientos de cuatro cepas vecinas por su estremidad superior en forma de pirámide cuadrangular, se emplean para escusar escalas en donde son precisas para tener las vides elevadas. Medio que se emplea en los paises en que se necesita todo el calor de un sol naturalmente débil; pero que reflejando en la tierra sus rayos, hieran estos con mas actividad toda la superficie del tronco de la vid: (*fig.* 9.ª)



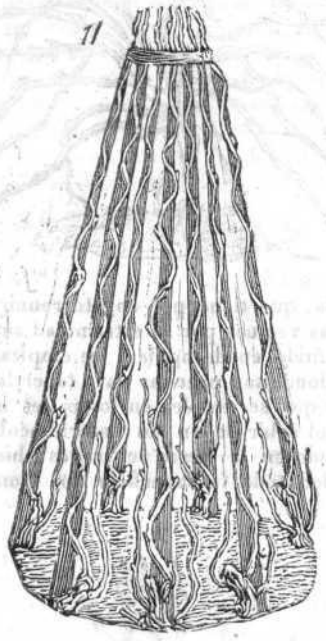
Se pueden podar las vides colocando los sarmientos al rededor de la cepa, sostenidos por tutores en forma de fieldos, tienen la ventaja de que los frutos gocen de las

influencias del aire, de la luz y del calor del clima: (*fig.* 10).



La poda en figura de cono es la reunion de muchas cepas colocadas circularmente cada una con su tutor: (*fig.* 11). Conviene en los collados escarpados para aprovechar las pequeñas porciones de tierra cultivable que se halla esparcida entre las rocas desnudas. Aplicable esclusivamente este método en los paises meridionales para que los racimos no sean abrasados por los rayos directos del sol, cuya reverberacion es muy enérgica en los terrenos áridos y blancos. Los vinos que dan estas vides son muy generosos, y se conservan largo tiempo.

11



Hay tambien podas en que las vides estan sostenidas por escalas, arcos y líneas de árboles que forman un espectáculo gracioso.

La esperiencia nos ha manifestado, que si se deja de podar una viña brota numerosos y largos sarmientos; sus frutos pocos, y la mayor parte abortan; los que quedan son pequeños, y maduran difícilmente, y en los años sucesivos pierde sus ramas madres. Las varas delicadas mueren, y las que no, caminan al estado salvage, sobreviviendo solo las rústicas. Cuando el pie de una viña es muy viejo, ocupa mucho lugar, sus racimos son mas pequeños, y el número de yemas se disminuye, entonces se podan muy cortas las ramas que han de ser reservadas. Algunos años despues se recortan las ramas madres; á los tres las secundarias, y si se nota la influencia de la vejez hasta la cepa á ras de tierra. Por este medio se pueden conservar las cepas por mucho tiempo; y esto es tanto mas importante, cuanto en general las vides viejas producen mejor vino. La operacion de arrancar las hojas que sombrean los racimos é impiden su maduracion, se practica al fin del estío cuando los granos de la uva tienen su grosor, y principian á tomar color. Tambien se limpian las raices superficiales, quitándoles todo lo malo ó torcido para que las otras profundicen, lo que se hace del tercero al noveno año. Si la viña se llena de sarmientos delgados y de poco fruto, se quitan por enero y febrero, con lo que rejuvenece.

Un año de superabundantes frutos es seguido de otro de esterilidad, lo que se manifiesta mas sobre unas especies que sobre otras. La razon es sin duda que los frutos consumen mayor actividad de sabia, y bajando menos á las raices, estas no crecen ni hay suficiente nutricion para los gérmenes del año siguiente.

Se previene este accidente aumentando las labores, colocando abonos al pie de la vid, y podando mas corto que en los años anteriores.

Otra de las operaciones importantes es el arrancar el epidermis del tronco de las vides, porque sirven de guarida á una multitud de insectos, que resguardados del frio del invierno se avivan á la primavera, y devoran los tiernos brotes con grave perjuicio del producto de la vid.

Si este precioso vegetal ocupa el segundo órden en la escala de la riqueza agrícola, ya es tiempo que los propietarios se instruyan en la física vegetal, y no se desdeñen ponerse al frente de los trabajos rurales, introduzcan sanas prácticas, enmienden las defectuosas, y desechen las absurdas.

José Echegaray.

EL NACIMIENTO DE LOPE DE VEGA.

El valle de Carriedo es uno de los sitios mas románticos de la vertiente setentrional de las Asturias. Parece que se han reunido en él todas las bellezas naturales para realizar á la vez lo ideal del poeta y del pintor. Vejetacion vigorosa y aromática, selvas vírgenes, ordenadas sobre gradas de rocas de diversos colores; torrentes espumosos que se precipitan desde la cima de las montañas como cascadas artificiales; jardines sin cultivo suspensos para el placer de la vista fuera del alcance de las manos; caminos fantásticos que parecen escalas dirigidas hácia las nubes, frecuentados únicamente por la cierva de los montes ó por el contrabandista que ha llegado á ser su intrépido compañero: nada falta á aquel paisage verdaderamente meridional para formar uno de los cuadros mas grandiosos que puedan idearse.

En el centro de aquel admirable anfiteatro se presenta á la vista la villa de la Vega, colocada de una manera pintoresca en el centro de su cuadro natural, y aun ostenta en el dia bajo aquel hermoso cielo, las perfumadas azoteas de un castillo ennoblecido por sus habitantes en el siglo XVI.

En una templada tarde del mes de febrero del año de 1562, se veia á alguna distancia del castillo un caballero que á paso corto subia una cuesta escarpada que ter-

minaba en un verdoso terraplen dominado por el campanario de una capilla. Esta capilla era la de Nuestra Señora de la Vega, patrona venerada, cuya festividad acababa de celebrarse. Las campanas anunciaban la conclusion del último oficio del dia, y los piadosos montañeses regresaban á sus casas haciendo resonar sus cánticos. El caballero era D. Felix de Vega, dueño y señor del solar y de los cortijos que formaban la mayor parte de la villa que se honraba con su nombre. Habitante desde su nacimiento del pais, creado, por decirlo asi, por sus antepasados, habia crecido, prosperado, vivido sin conocer un solo momento de desgracia ó de melancolia, y la jóven asturiana que completára su felicidad acaso no tuviera en toda España quien la igualase en belleza, en gracia, ni en ternura. Pero hacia quince dias que por la primera vez, despues de cinco años de matrimonio, la hermosa Francisca Fernandez se hallaba ausente de su noble esposo, y he ahí por qué D. Felix de Vega, como digno y verdadero marido español, vivia fastidiado en medio de todas sus prosperidades. Es cierto que á escepcion de las bellezas naturales el título de señor asturiano ofrecia á su viudez muy pocas distracciones. En busca de estas, y como maquinalmente, paseaba en la campiña á aquellas horas, y la oracion que con tal motivo dirigió al ángel de su guarda, no fue escuchada sino por el genio de su mal.

En el momento en que D. Felix llegaba á la plataforma de la colina, atrajeron su atencion unos clamores que salian de la capilla. Distinguió un grupo de aldeanos encolerizados, en medio del cual se defendia una pobre jóven con un niño en sus brazos.

—Fuera, fuera, la gitana.... El santuario no está abierto para los zíngaros condenados, clamaba la multitud repeliendo á la infeliz fuera de la iglesia.

—Yo no soy jitana ni condenada, hermanos mios, contestaba la jóven con ademanes suplicantes. Si mi marido es un jitano herético, no por eso dejo yo de ser española y católica como vosotros, y no me podeis impedir que venga al templo á solicitar para mi hijo el bautismo á que es tan acreedor como los vuestros.....

—No hay bautismo para los malditos, replicaban los fanáticos sin caridad. Vuélvete á tu caverna de hechiceros, y si te place haz bendecir á tu hijo por Satanás.

La pobre madre iba á ceder á la fuerza, y retrocedia ya inundando con sus lágrimas á su hijo, cuando un sacerdote anciano, de blanca cabellera, apareció revestido de sobrepelliz en el cancél de la puerta, atraido por los clamores de los montañeses; la madre se precipitó hácia él lanzando un grito de esperanza. Contenido por este incidente que complicaba la escena, D. Felix de Vega reprimió el movimiento que habia hecho para contener el tumulto, y se acercó al teatro de la alarma para enterarse de los pormenores, y ver su desenlace. Un minuto de atencion puso al pastor espiritual al corriente de cuanto pasaba, y conociendo su deber mejor que el tropel de amotinados, reprendió á estos su dureza para con la infeliz mujer. Restablecido el silencio, el sacerdote pudo interrogar á la madre, que pedia el bautismo para su hijo.

—¿Quién sois? ¿De dónde venis, hija mia? la preguntó con dulzura.

—Soy Juana Valdés, mujer de un jitano errante en este pais. Mi marido no es católico: pero yo no he dejado de serlo, y vengo á ofrecer á Dios este hijo que he dado á luz hace quince dias.

—Aun cuando no fueseis cristiana, contestó el pastor, vuestro hijo tendria derecho á serlo, pues asi lo deseais; porque las fuentes sacrosantas del bautismo están abiertas para todas las criaturas de Dios.

En seguida, habiendo reconvenido nuevamente á los montañeses, les declaró que el único medio de espiar su falta era bendecir ellos mismos al niño á quien acababan de maldecir.

—Escojed entre vosotros, continuó, un padrino y una madrina....

Apenas el anciano habia pronunciado estas palabras, hubo de interrumpirse con dolor viendo que los aldeanos recobrando toda su inhumanidad al oir su caritativa proposicion, habian vuelto la espalda por un movimiento simultáneo, y se retiraban murmurando nuevas maldiciones contra la gitana.

—Qué, esclamó el sacerdote indignado, os vais todos! ¿No quedará uno siquiera para avergonzar á los demas?... No habrá una mujer, una madre, que se apiade de su hermana en Jesucristo!....

En el momento en que este caritativo llamamiento acababa de pronunciarse sin hacer volver ni una sola cabeza, una señora que llegaba á caballo por el lado opuesto á el en que se hallaba D. Felix, echó prontamente pie á tierra ante el pastor, diciendo:—Yo seré la madrina de ese niño.

—Y yo el padrino, añadió D. Felix imitando á la desconocida.

La humanidad tuvo sin duda mucha parte en el movimiento del Sr. de Vega, que solo fue prevenido un instante por la repentina proposicion de su compañera; pero otro sentimiento muy humano tambien le habia aproximado á la hermosa dama, cuyos dos ojos negros habia visto brillar por entre los pliegues de un elegante manto, como las estrellas veladas por la nube.

Entraron en la capilla inmediatamente: el pastor hizo tocar á vuelo las campanas, y el niño Felix Pablo Valdés fue debida y solemnemente bautizado, é inscripto su nombre en el registro de nuestra señora de la Vega, á par de el del noble hidalgo D. Felix y de la señora Paula de los Montes. Nuestro caballero no pudo saber mas en aquel momento acerca de su bella y misteriosa comadre; y si quiso obtener el permiso de visitarla, hubo de usar de la siguiente estratagema.

Cuando descendia rápidamente de la colina acompañando á la señora y á la gitana, encontró á los aldeanos que se retiraban, y puso su rigorismo á prueba, invitándoles para el dia siguiente á la comida del bautismo del gitano. Tan glotones como fanáticos, y sin reparar en que se contradecian á sí mismos, acepteron tan grato ofrecimiento; y despues de haber murmurado un epiteto que los caracterizaba enérgicamente, D. Felix transmitió con humildad su invitacion á su jóven madrina, que no pudo rehusar su presencia á un banquete dispuesto en obsequio suyo.

Separáronse citándose para el siguiente dia en el castillo de la Vega, y D. Felix regresó á su morada, admirado de que le hubiese abandonado aquel tedio que antes le poseia. Una hora pasó en dar las órdenes mas minuciosas para el banquete; abrazó á sus tres hijos con una distraccion inusitada, y se retiró pensativo, olvidándose de contestar á la última carta de su esposa.

Veinticuatro horas despues ya se habia celebrado la comida: la hermosa madrina habia sido obsequiada como una reina en el castillo de la Vega, y D. Felix habia hecho dos descubrimientos que deberemos consignar aquí: el primero concerniente á la marquesa de la Puebla de los Montes, de la cual habia aprendido cuanto deseára saber. Era una gran señora de Madrid, viuda y libre hacia algunos meses. El segundo descubrimiento de D. Felix era relativo á él mismo: habia advertido, no sin temor, que se hallaba perdidamente enamorado de Paula.

II.

Lejos de los ojos, lejos del corazon, dice un antiguo proverbio español. Este axioma era tanto mas conocido de la hermosa Francisca Fernandez, cuanto que los celos habian tomado asiento en su corazon desde el momento que se habia separado de su esposo.... Sabiendo que Don Felix era tan apasionado como débil, habia emprendido con harto pesar suyo un viage indispensable para asuntos de familia; y al mismo tiempo que hacia todo lo posible por abreviar su ausencia, fingia prolongarla para dar á su noble esposo el placer ó la leccion de una sorpresa.... El mismo dia en que emprendió el regreso hácia la Vega, habia escrito á D. Felix que no la veria aun en un mes. Pero fué ella misma la sorprendida á su llegada al castillo, en vez de sorprender al que queria hallar descuidado.

D. Felix se habia ausentado el dia antes; habia desaparecido sin decir donde iba ni cuando volveria; sin abrazar á sus hijos á quienes habia abandonado á manos mercenarias. Sus mismos criados hubieran ignorado su ausencia, á no haber sido porque los habia encomendado el secreto. Habia contado en ello sin su huéspeda, y fácilmente puede imaginarse cuáles serian las sospechas de Francisca. Preguntando á todo el que encontraba con aquella sagacidad propia de los celos, no tardó en saber la aventura de la capilla, y este hilo la condujo hasta la gitana. Interrogada esta, contestó inocentemente la historia de sus bienhechores; la habian visitado repetidas veces; al principio cada uno de por sí, y despues juntos; uno y otro á porfía la habian colmado de dones hasta el dia en que la marquesa la habia anunciado su marcha para Madrid.

—Y marchó? preguntó la jóven, estremeciéndose.

—Anteayer, respondió la gitana, y añadió sin comprender el efecto que producirian sus palabras: el señor de la Vega vino por la tarde, y me dirijió la misma pregunta; creo que tambien haya partido, porque despues no he vuelto á verle.

No necesitó Francisca oir otra cosa: nada tardó en adivinar el resto. Arrojó su bolsillo á la gitana, y regresó con precipitacion al castillo.

—Caballos! caballos! parto al instante, dijo á sus criados. Caballos y un carruage, repitió con viveza; que si un padre en un acceso de pasion puede olvidar á sus hijos, una madre tambien puede olvidarse de ellos en el furor de sus celos.

III.

A la entrada de una calle estrecha de Madrid, contigua á la puerta de Guadalajara, una lámpara suspensa delante de una imágen de San Fernando despedia una luz pálida y vacilante. A su resplandor veíase un caballero de corta talla, bien portado, con el sombrero sobre la vista, la espada al costado, y enmascarado el rostro; paseábase con lentitud, paráudose á cada momento para advertir si alguien se le acercaba. La reducida calle de San Fernando estaba tan tranquila y silenciosa, como agitadas las principales de la poblacion. El embozado empezaba ya á inquietarse de no ver mas que las tinieblas ni oir mas que silencio, cuando otro caballero, tambien enmascarado, de una talla y aspecto enteramente semejantes, se acercó con aire deliberado, y echando mano á la guarnicion de su espada,

—Qué haceis ahí, caballero? preguntó este al primero con voz débil, pero animosa.

—Hago lo que no tengo intencion de decir, contestó el paseante con mas orgullo que firmeza.

—Si no teneis intencion de decirlo, yo necesito saberlo, replicó el otro con tono amenazador.

El primero hizo un movimiento de espanto, acompañado de un ademan de indignacion, y parecia reunir todo su valor para rogar á su interlocutor que se retirase.

—Eso mismo os iba yo á pedir, caballero, replicó el segundo: necesito estar solo en este sitio, donde espero á otra persona.

—Tambien yo espero; y si no os parece mal, podemos esperar los dos.

—Es imposible os digo! Id por vuestro camino de buen grado, y si no, lo hareis por fuerza.

—Esta amenaza pronunciada con un tono insultante hizo sin duda subir al rostro del primer paseante todo el fuego de la sangre española que corria por sus venas; porque sin asegurarse si sus fuerzas le permitirian batirse con el provocador, sacó temblando su espada de la vaina. El otro le imitó inmediatamente como hombre deseoso de llevar las cosas al peor estremo, y ambos caballeros se hallaron en guardia al frente uno de otro, deseosos de vengarse como dos rivales que se adivinan sin conocerse, y tiemblan, sin embargo, de dar el primer golpe, como dos niños á quienes causa horror la sangre derramada. Uno y otro manejaban la espada con tanta torpeza como audacia, y cada uno se esforzaba á ocultar su turbacion bajo la apariencia de la cólera.... Un agudo insulto lanzado por el provocador hizo cesar la indecision: las dos cabezas no eran dueñas de sí mismas; los brazos se levantaron, y se cruzaron los aceros....

Solo un minuto duró el combate: al cabo de él el primer caballero midió la tierra, dando un grito que hizo estremecer al otro. El vencedor se aseguró de que su adversario solo habia sido herido en una mano, é inclinándose á su oido, le dijo con voz vacilante.

—Marquesa de la Puebla de los Montes, hemos desempeñado nuestro papel como hombres verdaderos. Acordaos que os ha herido en la mano la mujer á quien habeis herido en el corazon.

—Un instante despues apareció un nuevo personage en la calle de San Fernando: Francisca, que reconoció á D. Felix, corrió á él, le tomó la mano, y le mostró á la marquesa desmayada, á quien dos criados retiraban de su órden.

—Una hora despues la hubiera muerto, dijo la celosa española; pero vos, señor, aun podeis ser digno de mí: venid á pedirme perdon, y á ver á nuestros hijos.

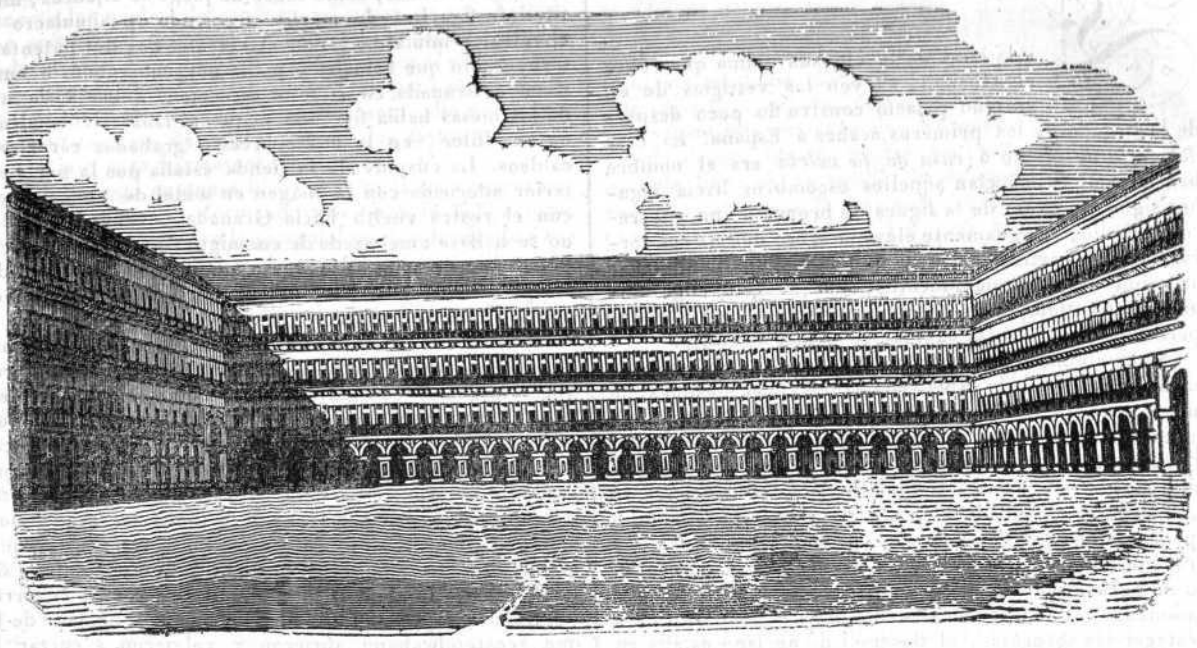
Abatido por la sorpresa y confusion D. Felix, se dejó conducir por su consorte como un niño por su madre. Le contó cómo habia sabido su marcha de la Vega en seguimiento de la marquesa, cómo los habia descubierto y espiado en Madrid en las funciones de carnaval cómo habia sorprendido su primera cita en la calle de San Fernando, y de qué modo habia consumado su venganza, previniendo su deshonor. D. Felix, menos culpable que ligero, mereció en la misma noche su perdon por su arrepentimiento.... y nueve meses despues de esta reconciliacion enteramente española nació D. Lope de Vega Carpio, primer poeta dramático de su siglo.

Este grande hombre se complacia algunas veces en referir como *estuvo en poco el no ser hijo de su madre*; y añadia que el hijo de la gitana de Carriedo, educado á espensas de su familia, era el célebre Felix Pablo Valdés, el mejor intérprete de sus obras maestras, y el primer trágico de España.

En cuanto á la marquesa de la Puebla de los Montes, aprovechando á su modo la terrible leccion de Francisca, se retiró á un convento de relijiosas de Madrid, del que llegó á ser abadesa, y aun manifestaban en él, poco tiempo hace, su retrato, fácil de reconocer por la profunda cicatriz de la mano derecha.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.

ESPAÑA PINTORESCA.



LA PLAZA MAYOR DE CORDOBA,

(vulgo la corredera).

Pocas serán las poblaciones de alguna consideracion en España donde no se encuentre algun buen edificio construido en el siglo XVI, tiempo en que progresaba la civilizacion, se afinaba el gusto, y adelantaban las bellas artes.

Entre los varios que en la citada época se construyeron en Córdoba se cuenta la plaza mayor llamada *corredera* por ser el sitio destinado para correr toros, y celebrar otros ejercicios de caballería en que frecuentemente se ocupaba la nobleza. Faltándole á esta ciudad una buena plaza, pues que la que tenia no era otra cosa que una calle mas ancha donde otras diversas desembocaban, desde 1551 principió la ciudad á comprar muchas casas para derribarlas, y formar la plaza, dándola una figura regular. Mas la decoracion que ahora tiene no se construyó hasta el año 1683, en que el corregidor Don Francisco Ronquillo, á pesar de ser aquel tiempo muy calamitoso por la peste que se padecia, el terremoto y la baja de la moneda, promovió esta obra, venciendo todas las dificultades el celo y teson de aquel magistrado y del ayuntamiento de la ciudad. Los dueños de las casas, que no podian pagar el costo de la obra que les correspondia, vendian las vistas á los que suplian el gasto, que se desquitaba despues en funciones y corridas de toros. Por este medio se labró una plaza que puede sin duda ponerse en el número de las mejores de España.

Es cuadrilonga, y tiene de largo 372 pies: el ancho no es el mismo por el testero inferior que por el superior, aunque la diferencia apenas se percibe. El testero del frente, que presenta el grabado, tiene 168 balcones, y está sostenido por 29 arcos. El del frente superior, llamado del arco alto por el grande que da entrada á la plaza por aquella parte, tiene 156 pies, doce arcos sin el grande, y 78 balcones; 27 en los pisos del medio y alto, y 24 en el inferior. El testero, llamado del arco bajo por el otro grande que tiene, se estiende 130 pies; consta de 10 arcos sin el grande, y de 23 balcones cada uno de los pisos medio y superior, y de 20 el bajo. Todos estos lados tienen soportales.

El frente que no se presenta en el grabado, no guarda uniformidad con lo demas, sino en la parte que corresponde al pósito, que consta de ocho arcos con soportales, y tiene diez y ocho balcones en cada piso: despues sigue el buen edificio de la antigua cárcel, que se construyó por los años de 1570, y mediando la boca de una calle llamada en lo antiguo de los Odreros, se completa el testero con algunas casas sin soportales ni balcones; pero sí con tres hileras uniformes de ventanas sostenidas por columnas pequeñas, á las que llaman de doña Ana Jacinta por haberlas labrado una señora de este nombre y del apellido de Angulo. Estas ventanas son por todas 69, 23 en cada piso.

Son, pues, todas las vistas de la plaza que se ocupan en las corridas de toros 435, y se pueden hacer en ella 352 varas de andamio.

Esta plaza, que es el principal mercado de la ciudad, ha sido y es, como hemos dicho, el sitio de los festejos y regocijos públicos, y tambien, hasta hace poco, donde se ejecutaban los reos: y en otro tiempo donde se celebraban tambien en ella los grandes autos del tribunal de la fe.

L. M. R.

EL CALIFA Y EL ASTRÓLOGO.

Cuento granadino.

En la cima de la elevada colina que cubre el Albaicin, se ven los vestigios de un antiguo palacio construido poco despues de la llegada de los primeros árabes á España. La casa *del gallo de viento ó casa de la veleta* era el nombre bajo el cual se conocian aquellos escombros hacia algunos siglos, á causa de la figura de bronce de un guerrero á caballo, antiguamente elevada sobre una de sus torres, con la particularidad de que la direccion del viento nada influia en sus movimientos, porque esta efigie fue por mucho tiempo un talisman de gran virtud, la que perdió despues por las causas que vamos á referir.

Hace algunos centenares de años que reinaba en Granada un rey llamado Aben-Habuz, el cual despues de haber ostigado, molestado y saqueado á sus vecinos durante su vida, la edad le habia hecho menos turbulento, y solamente deseaba disfrutar en paz los laureles que habia recogido. Pero por desgracia sucedió que los hijos de los que él habia robado y tiranizado, creyeron oportuno apoderarse de los dominios que pertenecieron á sus padres; de forma que á su vejez Aben-Habuz se vió rodeado de encarnizados enemigos; y como Granada se halla dominada por montañas elevadas muy á propósito para proteger las sorpresas, el desgraciado anciano estaba en una contínua alarma temiendo alguna invasion.

Mientras que por sí mismo esperimentaba una calamidad que antes habia hecho sufrir á otros, se presentó un célebre médico árabe en su corte. Aunque parecia de una edad avanzada venia á pie desde el centro de Egipto, donde por mucho tiempo estudiára las ciencias ocultas, habiéndose hecho iniciar en los misterios de Theuth: de aquí el juzgarle todos poseedor del secreto de prolongar la vida; secreto que no habia podido menos de poner en uso para sí mismo. Ibrahim-ben-Ageeb (asi se llamaba el anciano prodigioso) fue recibido con mucha distincion por el rey, á quien como á todos los monarcas de edad avanzada, le agradaban los profesores de medicina. Le ofreció, pues, una magnífica habitacion en palacio; pero prefirió para su residencia una cueva ó gruta en medio de los jardines, en cuya parte superior hizo abrir lucernas que le permitiesen observar, como desde el fondo de un pozo, el cielo y las estrellas. En seguida cubrió las paredes de la caverna de geroglíficos y figuras cabalísticas cuyo significado solo él conocia.

En muy poco tiempo llegó á ser el sábio Ibrahim consejero íntimo del Califa, el cual siempre le pedia dictámen en los casos mas espinosos. Un dia que Aben-Habuz se lamentaba de la precision de mantenerse incesantemente en guardia contra las empresas de sus jóvenes vecinos;—¡O rey! le dijo el astrólogo, nada hay mas fácil que preservarte de esas alarmas.—¿Podrás hacerlo? preguntó asombrado el anciano monarca; podrás?..... y cómo?—Cuando yo estaba en Egipto habia un príncipe rodeado de peligros semejantes á los tuyos, y uno de sus astrólogos le regaló un talisman cuyo secreto poseo, y aun estoy en el caso de mejorar su composicion.—¡Oh sábio hijo de Ajeeb! exclamó el rey fuera de sí; construyeme un talisman semejante, y será tuya la décima parte de las riquezas de Granada.

El astrólogo puso inmediatamente manos á la obra. Hizo levantar en medio del palacio una elevada torre en forma de observatorio, cuya plataforma era una especie de tienda llena de aberturas, cada una de las cuales correspondia á otros tantos desfiladeros de las montañas, y delante de cada abertura se hallaba una mesa, en la que se veian formadas, como sobre un juego de aljedrez, multitud de figuritas de marfil ofreciendo un simulacro de ejército en miniatura, con el retrato fiel del potentado ó reyezuelo que reinaba y podia por consecuencia amenazar á Granada en aquella direccion. Sobre cada una de las mesas habia fija una pequeña lanza de la altura de un alfiler, en la cual parecian grabados caracteres caldeos. La cúspide de la tienda estaba por la parte esterior adornada con la imágen en metal de un centinela con el rostro vuelto hácia Granada, cuando la ciudad no se hallase amenazada de enemigos; pero tan luego como alguno de estos se acercase á ella inmediatamente debia poner lanza en ristre y moverse hácia el punto de donde viniere el peligro.

Cuando el talisman estuvo concluido, Aben-Habuz deseaba con impaciencia esperimentar su eficacia, y provocar la guerra con tanto calor como antes habia empleado para conseguir la paz. Sus deseos fueron cumplidos. Una mañana el guarda de la torre le advirtió que el caballero de bronce miraba á las montañas de Elvira, y que su lanza indicaba el paso de Lope.—«Que las trompetas y tambores llamen á las armas á todos los granadinos, esclamó Aben-Habuz.—¿Para qué? interrumpió tranquilamente el astrólogo; el negocio puede concluirse sin tambores ni trompetas. Venid y subamos solos á la torre.

Los dos ancianos subieron en efecto mas deprisa de lo que acostumbraban; abrieron y volvieron á cerrar la puerta con cuidado; corrieron á la mesa de la ventana que daba frente al paso de Lope, y vieron, con gran sorpresa del rey, que las figuras del tablero estaban todas en movimiento; los caballos daban saltos y corbetas, los guerreros blandian sus espadas; y si se escuchaba atentamente podia distinguirse como á lo lejos el sonido de los añafiles y trompetas y los relinchos de los caballos; pero tan confusamente, que parecia el zumbido de un enjambre de abejas en el fondo de la colmena.

—Esto te indica ¡oh rey! que tus enemigos entran en campaña por esta parte. Si quieres causarles solamente un terror pánico y llevarlos en retirada sin efusion de sangre, no tienes mas que tocar esas figuras de marfil con el mango de esa lanza mágica; pero si quieres destrozarlos debes tocarlas con la punta.»

Un lívido rayo de venganza brilló en los ojos del califa, y su barba canosa temblaba de placer; tomó con ansia la lanza homicida diciendo:—Hijo de Ajeeb, creo que poca ó mucha derramaremos sangre.» Y al decir estas palabras tocó á algunas figuras con el mango del instrumento y picó á las demas con la punta. Estas últimas cayeron al instante como muertas, mientras que el resto comenzó á dar carreras sobre la mesa reproduciendo todas las circunstancias de una retirada en desorden.

Mucho le costó al astrólogo impedir que el belicoso monarca esterminase todos aquellos fugitivos ya que tan poco le costaba: pero al fin logró sacarle de la torre obligándole á embiar batidores en descubierta á las montañas. Volvieron estos con la nueva de que el dia antes habia penetrado un ejército por las gargantas de la sierra en direccion de Granada; y que casi á la vista de la ciudad habia estallado una insurreccion entre los jefes, que despues de haber venido á las manos unos contra otros, se habian retirado precipitadamente y con mucha pérdida hácia su territorio.

Aben-Habuz estaba fuera de sí de gozo al ver de aquel modo asegurada la eficacia del talisman.—Al cabo, dijo, voy á disfrutar dias felices, y mis enemigos estarán pa-

ra siempre á mi disposicion.... Oh sábio Ibrahim, qué recompensa de tu rey bastará para remunerar tan gran servicio!— Los deseos de un filósofo son sencillos y limitados, respondió Aben-Ajeeb; proporcionadme únicamente los medios de cambiar mi gruta en una habitacion mas cómoda, y quedo satisfecho.—¡Cuán bella es la moderacion del verdadero sábio! dijo para sí el rey lleno de contento por haber cumplido á tan poca costa con la ley del agradecimiento; é inmediatamente dió orden formal á su tesorero de satisfacer todos los gastos que Ibrahim hiciese para hermosear su gruta.

El astrólogo entonces hizo tallar en la roca numerosas y variadas estancias, formando una série de habitaciones en correspondencia con la pieza del centro destinada á sus observaciones astrológicas. Las paredes de aquellas salas se cubrieron con las telas mas preciosas de damasco, y el suelo con las mas ricas alfombras de Persia; los muebles principales consistian en otomanas y divanes del gusto mas esquisito.—«Soy ya viejo, decia, y no podré dormir sobre las esteras como lo hacia en mi juventud: estas paredes húmedas necesitan cubrirse.» Baños suntuosos se construyeron tambien con particular esmero; nada faltaba allí; las esencias, los perfumes eran de primera calidad.—«El baño, dijo, es necesario para volver la ligereza, la elasticidad á las fibras desecadas por el estudio.» De las bóvedas de aquellas salas se suspendieron lámparas de plata y de cristal alimentadas perpétuamente con un aceite raro compuesto por una receta que se habia descubierto en los sepulcros egipcios, y que esparcia una hermosa claridad en aquellas deliciosas estancias.—«El brillo del sol es demasiado vivo, decia, para los ojos de un anciano, y la luz de la lámpara es mas apropiada á las meditaciones de un filósofo.»

Entre tanto el tesorero suspiraba á cada suma que tenia que desembolsar para las obras y ornato de aquella mansion sin igual, y concluyó por hacer presentes al rey sus quejas.—«He dado mi palabra, contestaba este; paciencia: todo tiene su término, y probablemente le tendrá tambien esa obra para la cual sirve de modelo al astrólogo el interior de las pirámides de Memfis.» Y el rey no se equivocó; la gruta quedó concluida, llegando á ser un vasto palacio subterráneo.

—Ahora estoy contento, decia Ibrahim; creo que nada me falta;.... nada mas que un poco de distraccion; alguna cosa que pueda deleitar mis ojos y refrescar mis ideas en los intervalos del trabajo; por ejemplo, bailarinas.—Bailarinas? repitió el tesorero estupefacto.—Bailarinas, repuso gravemente Ibrahim; mas en corto número, porque soy filósofo y sé reducirme: pero de todos modos cuidad de que sean jóvenes y hermosas.»

Este pellizco fué el último que se dió al tesorero del rey por Ibrahim, por aquel sábio tan fácil de contentar, tan moderado en sus deseos. Desde el mismo dia se encerró en su profunda morada para entregarse enteramente al estudio: y desde este dia tambien el belicoso Aben-Habuz empezó cómodamente sus campañas, dando batalla sobre batalla sin salir de su torre encantada, dispersando y aniquilando ejércitos enteros como quien espanta moscas; provocando é insultando á sus vecinos para estimularlos á nuevas escursiones en sus tierras, hasta que por último los innumerables desastres que habian sufrido y cuya causa no podian atinar, los desanimó en tales términos que no se atrevian á respirar fuera de sus dominios.

Hacia ya muchos meses que el centinela de bronce permanecia inmóvil con el rostro vuelto hácia Granada, lo que empezaba á parecer un poco monotono al digno monarca, cuando una mañana la veleta giró bruscamente rechinando sobre el enmohecido gozne, y su lanza empuñada hácia la parte de Murcia. Aben-Habuz corrió presuroso á la torre; pero los figurines de la venta no habian practicada en aquella direccion permanecian tranquilos; ni siquiera un guerrero se movia.

El monarca, sorprendido de aquella circunstancia, envió un cuerpo numeroso de caballería para reconocer las fronteras señaladas. Despues de tres dias de recorrer un pais desierto y asolado, volvió aquella á la capital sin haber encontrado mas que una hermosa jóven que dormia al lado de una fuente, y de la cual se apoderaron, juzgándola digna de un califa. Estaba vestida con el lujo y esquisita delicadeza de las mujeres godas en tiempo de la conquista de los árabes. Las mas hermosas perlas de Oriente brillaban enlazadas con sus cabellos de azabache, y el resplandor de su frente alternaba con el brillo de los diamantes que la adornaban: de su cuello pendia una cadena de oro, sosteniendo una lira del mismo metal.

»Divina hermosura, esclamó Aben Habuz, cuya sangre, aunque amortiguada, no habia dejado de ser inflamable, ¿quién eres? ¿de dónde vienes?—Yo soy, respondió, hija de uno de los príncipes godos que reinaban en esta comarca. Habiendo sido destruidos en las montañas los ejércitos de mi padre como por encanto, sus súbditos sublevados le arrojaron de sus estados, y su hija se ve hoy reducida á la esclavitud.—«Cuidado, oh rey, dijo en voz baja el astrólogo al califa: esta podrá ser mas bien una de las poderosas magas del norte, disfrazada bajo esa forma seductora: he advertido desde luego un sortilegio en sus ojos; y he ahí sin duda alguna el enemigo señalado por el talisman de la torre.»

—Posible es; pero su hermosura y encantos han hallado gracia en mi corazon.—Escucha, oh rey, repuso Ajeeb, yo te he proporcionado grandes victorias por el poder de mi magia, sin reclamar nunca la mas mínima parte en el botin. Por eso ahora te pido que me entregues esa cautiva, tanto para combatir los maleficios de que la juzgo poseedora, como para recrearme con los sonidos de su laud y los acentos de su voz.—¡Qué! aun quieres más mujeres? esclamó Aben-Habuz: ¿no tienes ya bailarinas?—Sí; pero no tengo cantarinas, y un poco de música, suspendiendo agradablemente las fatigas de mi espíritu, me producirá indecibles beneficios.—Pues por ahora haz tregua con tus necesidades filosóficas, repuso el monarca con impaciencia. Esta cristiana me agrada en estremo, y la aprecio tanto como Mahoma á la hija de Copto.»

El astrólogo insistió en su demanda; pero solo le sirvió para recibir del rey otra negativa mas terminante, y ambos se separaron bastante incomodados; el primero para encerrarse en su subterráneo, y el segundo para entregarse sin reserva á su ridícula pasion. Aben-Habuz no tenia juventud; pero poseia riquezas, y un amante viejo debe por necesidad ser generoso. Asi fué que el Zacatin, aquel opulento bazar de Granada, se vió puesto incesantemente en contribucion para satisfacer los numerosos caprichos de la princesa; y las mas preciosas producciones del Africa y del Asia no eran ya suficientes para satisfacerlos. Cada dia se celebraban en la ciudad torneos, corridas de caballos, combates de toros y diversiones de todas clases; de forma que la memoria de los hombres no recordaba otras fiestas mas suntuosas.

La princesa las recibia como un homenage debido á su rango y hermosura; ó mas bien parecia no complacerse en otra cosa que en empeñar al califa en nuevos dispendios que agotasen su tesoro. Su conducta respecto á él consistia en una completa indiferencia; y cuando las instancias del barbudo la importunaban, ó se manifestaba demasiado emprendedor, poseia un medio infalible de

deshacerse de él con solo tocar sencillamente las cuerdas de su lira; los párpados del viejo enamorado se cargaban, su cabeza vacilante se inclinaba al pecho, é inmediatamente caia en un profundo letargo, acompañado de ensueños deliciosos, de los cuales despertaba, de muy buen humor, es cierto, pero sin haber adelantado un paso en sus amores.

En semejante estado de embriaguez Aben-Habuz se vió repentinamente amenazado de un peligro, contra el cual era impotente el talisman de Ibrahim. En el seno mismo de su capital estalló una insurreccion contra el enamorado monarca. Este, recobrando, al saberlo, la energía de su juventud, montó á caballo, y puesto á la cabeza de sus guardias, en un momento puso en fuga á los sediciosos. Restablecida la tranquilidad, fué al subterráneo á buscar al astrólogo que aun le conservaba rencor, y aproximándose á él, le dijo en tono cariñoso:

— O sabio Ibrahim, tú me habias predicho los peligros que me amenazaban con aquella esclava cristiana; pero dime: ¿no habrá ningun medio eficaz para evadirme de ellos?—Uno solo; renunciando al objeto que los suscita.— Antes renunciaria mi reino. — En ese caso te espones á perder uno y otro. — No seas inflexible ¡oh tú el mas sabio de los filósofos! Considera la doble perplejidad de un monarca y de un amante, y vuelva otra vez tu imaginacion á servir de auxiliar á mis deseos. Solo suspiro por mi reposo: no pido mas que una salvaguardia contra las agresiones de mis súbditos, como la que poseo contra mis enemigos esteriores. Quisiera tener una especie de fortaleza inexpugnable — ¡qué sé yo! un reducto secreto, un asilo impenetrable donde pudiese concluir mis dias en el seno de la paz y de la ternura.

El astrólogo miró algun tiempo al monarca con aspecto grave. — «¿Y qué me darás, le dijo, si te proporciono el asilo que deseas? — Tú mismo señala tu recompensa, y cualquiera que sea, si se halla en mi poder, te aseguro, á fé de rey de Granada, que la obtendrás.— ¿Lo prometes?.... Escucha ¡oh rey! ¿Has oido hablar del palacio y de los jardines encantados de Irem? — Sí, seguramente; hácese mencion de ellos en el Corán, capítulo intitulado *El alba del dia*. — Pues has de saber que durante mi permanencia entre los sacerdotes de Egipto tuve en mi poder el libro de la sabiduría de Hermés Tremegisto, y está en mi mano el crearte para tí una residencia semejante, una mansion real como la de Irem, desde donde puedas verlo todo sin ser visto de nadie. —¡Discípulo ilustre de los Jerofantes! esclamó el califa trasportado de gozo: proporcióname esa morada que me ofreces, y desde luego te cedo la mitad de mi reino. No soy tan exigente, repuso Ibrahim; solo te pido por premio la primer bestia de carga que pise el umbral de aquel palacio con mas lo que lleve sobre su lomo.

El monarca consintió, no pudiendo menos de elogiar el desinterés del filósofo; y este dispuso lo conveniente para sus operaciones mágicas. Solamente hizo edificar en forma visible y palpable una inmensa portada sobre la colina situada encima de su habitacion subterránea, y concluida que fué, se encerró en su gruta para entregarse á sus ocultas operaciones. Salió de ella al tercero dia, y presentándose á Aben-Habuz con el rostro pálido todavía á causa de las vigilias pasadas en la preparacion de los encantos — Oh rey! le dijo, mi tarea está terminada. La cima del Albaicin se halla ocupada por el Eden terrestre que te he prometido. Sígueme, y lo verás.» — Ambos se dirijieron inmediatamente á la colina, acompañados por solo la belleza goda, montada sobre una mula ricamente enjaezada. Aben-Habuz miraba cuidadosamente desde bastante lejos para tratar de descubrir los pórticos y las torres de su palacio encantado; pero la portada era lo único que se descubria sobre la árida llanura de la colina. — Eso es lo prodigioso, dijo Ibrahim; nada debe hacerse visible hasta despues de haber pasado por debajo de aquel arco; pero ya puedes distinguir los caractéres mágicos trazados en su frontispicio: son los talismanes que defienden la entrada de ese paraiso. Mientras que Aben-Habuz contemplaba con la boca abierta aquellas figuras cabalísticas, la princesa impaciente por ver el interior picó de espuela á su mula, y pasó el arco. — «Mira ¡oh rey! esclamó con viveza el astrólogo en aquel momento, la primer bestia de carga ha pasado el pórtico; he ahí mi recompensa.» — El califa se sonrió al oir estas palabras, que consideraba como una chanza de su compañero; pero cuando comprendió que iba de veras, los pelos blancos de su barba se le herizaron de indignacion.

« Hijo de Ajeeb, le dijo en tono severo, qué significa ese necio equívoco? ¿Has querido por ventura sorprenderme con las espresas condiciones de nuestro tratado? Si asi fuere, elije la mula mas fuerte de mis caballerizas, cárgala de los obgetos mas preciosos que te proporcionen Granada y el Zacatin; todo será tuyo, segun mi promesa; pero guárdate de levantar tus pretensiones hasta la que forma las delicias de mi corazon. — ¿Qué me importan tus riquezas? repuso con altanería el astrólogo: ¿no poseo yo los secretos de la sabiduría egipcia, y con ellos todos los tesoros del mundo? Esta jóven cristiana es la que quiero porque me pertenece, y para ello empeñaste tu palabra.

Indigno hijo del desierto, cualquiera que sea tu ciencia reconoce sin embargo á tu amo, y no seas tan soberbio que de esa suerte esperes burlarte de tu rey. — ¡Mi amo! ¡mi rey!... ¿El miserable poseedor de un monton de tiera en la Iberia mandar al que reina sobre los elementos?.... Burla! compasion!.... Aben-Habuz, adios; gobierna y conserva si puedes tu pequeño reino de Granana, suspirando á la puerta de este paraiso terrenal, en el que no entrarás, asi como el legislador de los hebreos no entró en la tierra de promision; que yo, despreciando tu imprudente furor, vuelvo para siempre á los dominios subterráneos que me he proporcionado á tus espensas.»

Al concluir estas palabras echó mano á la brida del palafren de la princesa que se acercaba para oir el altercado de que ella misma era obgeto; dió una patada en el suelo, y se abismó con su presa en las entrañas de la tierra, sin dejar rastro de la abertura por donde habia descendido. — Cuando el rey volvió en sí hizo llamar mil operarios con picas y azadones para cavar en la colina en el sitio de su desaparicion; cavaron y cavaron, mas inútilmente: aquellos instrumentos se hacian pedazos contra las rocas de granito, ó si llegaban á hacer alguna escavacion á medida que se profundizaba el hoyo, volvia á llenarse de nuevo.

Entonces el rey buscó la entrada del palacio subterráneo del astrólogo; pero en vano, porque jamás pudo encontrarla; y lo que mas sintió fué que con la desaparicion de Ibrahim Ajeeb se desvanecieron las propiedades del talisman de la Torre, y el centinela de bronce permaneció fijo y clavado sobre la cima de la tienda con su lanza vuelta hácia el lugar de la colina que correspondia á la caverna del mago, como para indicar que allí estaba encerrado el enemigo mortal de Aben-Habuz.

De cuando en cuando parecia penetrar la bóveda de la montaña los débiles sonidos de una lira y la voz de una maga. En cierta ocasion un aldeano vino á decir al rey, que habiéndose introducido él en la noche anterior por una rendija, de la que salia alguna claridad, habia pene-

trado hasta una habitacion tallada en la roca, en la cual habia visto al astrólogo sentado sobre un magnífico divan, dormitando al sonido del laud de la jóven goda, que parecia tambien dotada del poder mágico de paralizar las facultades de su rival en maleficios.

Aben-Habuz corrió á la abertura; pero esta desapareció á su llegada, y aun faltó poco para que dejase los pies entre la grieta de la roca que se habia cerrado al pisarla.

Desde entonces el lugar destinado á reproducir las maravillas de Irem continua presentando el aspecto de una esplanada desnuda y desierta, ya sea que algun sortilegio hiciese invisible el Elíseo prometido, ó bien que solo fuese una impostura del astrólogo: esta segunda suposicion fué la que adoptaron caritativamente los granadinos, nombrando despues aquel sitio, unos *la locura del rey*, y otros *el paraiso del loco*.

Para colmo de la desesperacion de Aben-Habuz, los vecinos á quienes tanto habia maltratado y provocado al abrigo del talisman de la torre, no se descuidaron en tomar la ofensiva por todas partes tan luego como supieron que el encanto protector habia cesado; de forma que los últimos años del desventurado monarca no fueron mas que una série de alborotos y calamidades, en medio de las cuales perdió por fin la corona. Entonces se hizo *derviche*, y murió sobre una humilde estera.

CRITICA LITERARIA.

POESIAS

DE

DON MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

Dos tomos en 16.° marquilla (1).

Dos son las clases á que corresponden las poesías que dan motivo á este artículo; y es tanta la distancia que media entre sus diversas índoles, que nunca las hubiéramos creido hijas de un mismo autor á no constarnos que en efecto era así. La una nos revela al poeta lírico eminente, la otra al eminente poeta satírico.

Bajo el epígrafe de *poesías ligeras y juguetes* inserta el señor Príncipe en el primer tomo una porcion de composiciones lindísimas, de entre las cuales sentimos que no se hayan eliminado *La reconciliacion*, *Al amor*, *La boda aldeana*, *Suscripciones* para un jardin, *La Aurora* y algunas otras del apéndice, por parecernos poco dignas de figurar al lado de las restantes. Es verdad que el nombre de *juguetes* las pone á cubierto de la severidad de la crítica; y verdad es tambien que la edad en que compuso algunas de ellas, segun manifiesta la fecha, y segun el mismo autor nos lo indica, exigen que se las mire con toda la indulgencia debida á los pocos años; pero juguete es tambien la bellísima sáfica *Al pajarillo*, juguete *La gresca estudiantil*, y juguete el soneto titulado *La frescura*, y son sin embargo tres florecillas preciosas, aun prescindiendo de la edad. *La gresca estudiantil* es una de las mejores anacreónticas que tenemos en castellano, y tanto esta como la sáfica *Al pajarillo* creemos que no las recusaria Villegas. Dicha sáfica nos parece imitacion de la que con el mismo título compuso Noroña; pero imitacion muy superior al original, así como *La frescura* lo es del romance de Iriarte *Como el poeta se quedó en blanco*, si es que no estamos equivocados. Muy seguros eran en 1826 los primeros pasos del señor Príncipe en la carrera poética. Las letrillas tituladas *El beso* y *A Betissa cantando* estan llenas de suavidad y fluidez, lo mismo que las anacreónticas *Mi rosa maliciosa*, *El arroyo* y *Las ondas*, en las cuales vemos perfectamente conservado el carácter de este género de poesía. Las composiciones tituladas *Contra las églogas venatorias* y *Pensamientos de un fumador* tienen un fondo filosófico en medio de su aparente ligereza; y los romances *Quince años*, *El corazon en vela*, *La lluvia*, *Sobre perro* y *El* y *Ella* (pág. 88) son donde quiera notables, ora por su simplicidad y candor, ora por lo bien conservado del tono y por la correccion con que estan escritos. Coronan esta primera seccion los sonetos imitando el estilo de Camoens, que no sabemos porque se han incluido en ella, cuando vemos en el segundo tomo los que llevan por título *Amor y desden*, al lado de los cuales pudieran figurar aquellos. Lo mismo decimos de las quintillas á *Eduardo y Julian* que constituyen la seccion segunda, y que tan vivas simpatías escitaron cuando el señor Zorrilla las leyó en el Instituto español. Las letrillas báquicas son tambien unos juguetillos muy bellos y á veces originalísimos: citaremos en prueba de nuestra asercion la II, la V, la X y la XV. Las oditas que llevan por epígrafe *La leccion de guitarra* son casi todas notables por su ternura, por su melancolía, por su gracia ó por la originalidad de sus pensamientos. Nos contentaremos con citar las III, IV, VI, VII, VIII, IX y X como mas dignas de atencion, si bien no estan todas íntimamente relacionadas con el instrumento que les sirve de asunto.

No faltará quien diga que las poesías indicadas hasta aquí son eco en gran parte de una literatura que ya pasó: nosotros creemos que si el señor Príncipe se hubiera limitado solamente á esta clase de composiciones, mereceria censura; pero habiéndose propuesto á lo que parece darnos una idea de su habilidad en los diversos géneros á que se ha dedicado, consideramos oportunísima su insercion. Y bien mirado todo, ¿por que ha de haber pasado el tiempo de deleitarnos con el aroma de las florecillas por muy humildes que parezcan?

Pero lo que mas brilla en este primer tomo es indudablemente el género epigramatorio y el satírico. Preciso es confesar que el señor Príncipe ha conseguido resucitar la musa de Quevedo y de Iglesias con una felicidad admirable. No es un raudal tan impetuoso como aquel; pero es mas correcto y mas puro: no es tan insinuante como el segundo; pero le escede en conocer al mundo y á los hombres, y en la elevacion de sus miras. Gracia, ligereza, mordacidad, travesura, filosofía, versificacion eminente.... tales son las dotes sembradas en estas preciosas letrillas. Aunque no sabemos cual de ellas preferir, citamos no obstante la primera como modelo de facilidad y fluidez; la III en que cada verso es un concepto ó un pensamiento feliz; la IV dirigida á las niñas; la V en que juega el autor con las dificultades del metro y de la rima; la VIII en que con la sátira mas punzante se zahiere el espíritu de francesismo exagerado que caracteriza nuestras cosas; la IX llena de travesura y originalidad; la XXI que ofrece el primer ejemplo de romancillo de cuatro sílabas asonantado de que tenemos noticia, donde luce el poeta su exactitud en el pensar y su habilidad como versista; la XXII, digna corona de las anteriores, aunque diversa en el tono; y últimamente las XIII y XIV, en que el poeta combate las pretensiones y el espíritu de esclusivismo que distingue á dos literaturas rivales, mo-

(1) Véndese en la librería de Boix, calle de Carretas.

tejando igualmente el delirio romántico y la fria abyeccion de la escuela llamada clásica.

En cuanto á los epígramas, ¿qué dejan por desear los siguientes?

Se queja de padecer
Dolor de cabeza Irene;
Mas no acierto á comprender
Cómo le puede doler
La cabeza que no tiene.

—

Equivocando un alcalde
Las señas de Baltasar,
Puso: *nariz*, *cinco pies*
Y casi *dijo verdad*.

—

El ciego mas desgraciado
No es amigo Bernabé,
El ciego que nada ve,
Sino el que ve demasiado.

—

Una obra ha dado Inés;
Os lo juro por la cruz:
Yo no diré qué obra es,
Mas sí que la ha dado á luz.

—

Corrijiendo á su escribiente,
Dijo un Baron: ¡abestruz!
Escribe Baron con B,
Que no soy Varon con V.

—

Cuando traduce á Marcial, sus traducciones son frecuentemente modelos: inútil es detenernos en aglomerar mas citas, lo mismo que en encarecer el mérito de unos epígramas á favor de los cuales dicen mas los ejemplos traidos que cuanto nosotros pudiéramos decir en su abono.

Hemos visto al poeta jugar fugitivamente, ó reirse á espensas de las ridiculeces humanas: veámosle ahora elevarse á otra region diferente con toda la pompa, con toda la magestad, con toda la entonacion que es dado alcanzar á los talentos superiores. El segundo tomo comienza con una hermosa composicion *Al estudio de la poesía*, llena de entusiasmo y de fé, y sembrada de periodos ondeantes y armoniosos. Le sirve de base la máxima fundamental: *sin ilusion no hay poesía*, sobre cuyo pensamiento giran tambien las dos que llevan por título *A Zorrilla* y *El romanticismo*. Oigamos al autor en aquella.

Hubo un tiempo en que el hombre se alegraba,
Y en el amor y la amistad creia,
Y al templo en su afliccion se recogia,
Y al númen en sus penas invocaba.
Dios, su dama y su rey eran su emblema;
Religioso, patriota y caballero
Por ellos desnudaba el limpio acero;
Ellos hacian su ventura estrema.
¿Qué importaba la argolla, el triste yugo,
La injusticia, el baldon, la tiranía?
El hombre era feliz cuando creia,
A despecho del hacha y del verdugo.
Hoy la suerte cruel burla sañuda
Su mejor esperanza y su deseo,
Y el hombre es infeliz porque es ateo,
Y si ateo no es, cede á la duda.
¿Quién del triste mortal compadecido
Volverá al corazon su paz primera?
¿Será la ciencia descarnada y fiera?
Pero los sabios ¡ay! nos han perdido.
Hija del corazon, no de la mente
La bienhechora fé brillaba un dia:
Hija del corazon la poesía
Despertarla tal vez sabrá elocuente.

Oigámosle en la segunda:

Nuestra naciente musa
En cantos inmortales
LIBRE á lo menos y ESPAÑOLA sea:
Religiosa, no atea
Ni fanática vil: grande y sublime,
Pero bella tambien, nunca espantosa:
Ideal, no quimérica: graciosa,
No afeminada: enérgica y valiente,
Nunca dará ó feroz: siempre elocuente,
Siempre cercada de ilusion hermosa.

Creemos que la poesía tiene que ser así, ó es imposible que exista: la descarnada realidad, el positivismo del siglo, acabarían por asesinarla, si la juventud no hubiera comenzado ya á oponer un dique á la moda que á pocos dejó de fascinar cuando esta composicion se escribió. Esta circunstancia pudo tal vez influir en la demasiada acritud con que el autor ataca á los partidarios de una escuela que en medio de sus delirios no por eso ha dejado de producir bellezas de primer orden. El Señor Príncipe es demasiado ilustrado para no reconocerlo, y ha hecho bien en prevenirnos en una nota que sus ataques se dirigen al romanticismo *exagerado* ó *frenético*. Así lo dijo tambien en la discusion que sostuvo en el Liceo, con cuya declaracion la conferencia acabó por reconocer la literatura de *justo medio* como la única posible.

EL MÉDIO, EL JUSTO MEDIO! á mano diestra
Precipicios mirais; á la siniestra,
Precipicios tambien: helado el polo,
Tostado el ecuador, salvages solo
Los pueden habitar. ¿Qué nos importa
Que el inerte lapon ame su nieve,
O que desnuda por la ardiente arena
El árabe feroz la planta lleve?
Otra zona á nosotros, otro clima,
Otros placeres nos dispensa el cielo:
En nuestro amado suelo
La estacion al mortal mas placentera
Ès la genial, la hermosa primavera,
Media igualmente entre el calor y el frio.

En una cosa no convenimos con el Sr. Príncipe, y es en la lijereza (permítasenos la espresion) con que dice:

¿Cuándo será que por honor de España
Literatura nacional tengamos?

Su patriotismo le engaña en esta parte, porque ¿cómo es posible desconocer el carácter nacional del romancero y de nuestra literatura dramática en el siglo XVII? Si despues adoptaron nuestros poetas el gusto francés, haciéndolo suceder al italiano del siglo XVI, debe tenerse presente que en el siglo XVIII no era posible hacer otra cosa, como dice Quintana; y por lo que respecta al tiempo presente, ni deja de haber escepciones honrosas, ni aun cuando no las hubiera, dejaría de ser disculpable seguir en literatura á los que con menos motivo seguimos ciegamente en casi todas las cosas. Laméntese en buen hora el Sr. Príncipe de ese espíritu de extranjerismo que todo lo invade; pero no *acuse* á las letras de ceder á las circunstancias cuando no pueden hacer otra cosa. Por lo demas convenimos en un todo con los principios proclamados en *El romanticismo*, cuya lectura recomendamos á la juventud, no solo por el laudable fin á que se dirige, sino por la habilidad extraordinaria con

que el autor ha sabido sacar partido poético de un asunto esencialmente dogmático, y por consiguiente poco ó nada á propósito para lucirse. Algo mas se acomoda al tono festivo del *Tema con variaciones*, capricho original lleno de travesura y de gracia, en el cual es digna de ser estudiada la oportunidad con que el poeta cambia de metros, al mismo tiempo que critica el prurito de variarlos hasta el infinito sin otra razon que la de cansarse el versificador del metro una y otra vez elegido.

Las composiciones referidas pueden considerarse como la profesion de fé literaria del autor. El poemita del *Árbol* es un ejemplo práctico de esa poesía de *Justo medio*, y una de las producciones mas bellas y mas originales que existen en la coleccion. ¡Qué hermosa es la ocurrencia de suponer un árbol plantado por dos esposos condenados por el cielo á no tener hijos!

Volemos, volemos,
Y en medio del prado
Un árbol plantemos,
Y en él contemplemos
El fruto anhelado.
Y dias serenos
Tendremos en breve,
Y hermosos y buenos,
Si un árbol al menos
Su vida nos debe.

Es imposible leer esta produccion sin amar al vegetal que le sirve de asunto. Aquella inscripcion, aquel ángel, aquella historia narrada por él, aquellas consideraciones tan filosóficas y tan bien sentidas aplicadas al estado de los dos esposos, aquellos pensamientos que le sugiere el árbol, aquella versificacion en fin tan oportunamente variada.... todo conspira á hacer de esta composicion un poemita que á nada se parece sino á sí mismo. La unidad del plan y la correspondencia de las partes á constituir un todo le hacen pertenecer al género clásico: la originalidad y atrevimiento de la concepcion, el aire de misterio con que el autor se insinua y la variedad de sus formas, á la literatura romántica.

Nos hemos dilatado sin sentir, y es preciso acordarnos de que escribimos en determinados límites. ¿Quereis oir periodos rotundos y sonoros que se confunden á veces con los de Quintana? Leed la oda á la diputacion provincial de Zaragoza. ¿Quereis melancolía y ternura? La memoria de Abelardo y Heloisa os brindan con ellas. ¿Anhelais un romance filosófico bien hecho? Leed la edad media. ¿Os placen los giros suaves y ligeramente tristes? En la composicion á unas lágrimas los teneis. ¿Quereis una produccion religiosa y á la par política? Leed la oda á la aparicion del cólera asiático. ¿Apeteceis la copa del consuelo y los cantos de una uncion divina? La consolatoria á Don J. G. hablará á vuestro corazon. ¿Os placen finalmente los cantos de Tirteo? Ahí los teneis en las odas al cinco de Marzo.

Hoy hace un año que la gente impía
Vuestro recinto hollaba:
Hoy hace un año que la chusma esclava
Ante vosotros maldiciendo huia.

De triste noche y lóbrega encubiertos
Los siervos engreidos,
Solo tardaron en quedar vencidos
Lo que tardásteis en estar despiertos.

Es necesario haber tenido parte en esa célebre jornada para poder apreciar debidamente las magníficas estrofas que constituyen esta composicion.

No somos tan ciegos en medio del entusiasmo con que hemos leido las poesías del Sr. Príncipe, que desconozcamos los lunares que mas de una vez oscurecen su mérito. Versos reconocemos, bien que pocos, que necesitan volver al yunque, y armonías poéticas en que se descubre el artificio mas de lo conveniente. Las desinencias de los periodos son con alguna frecuencia bastante parecidas, y no rara vez participan del sonsonete mas bien que de la verdadera armonía. La rima no siempre es rica, ni siempre bastante variada. La cabeza domina de cuando en cuando al corazon, y en algunos trozos de las composiciones citadas, y en otras que nos dejamos por citar, no tanto vemos al verdadero poeta lleno de imaginacion y fantasía, como al razonador desabrido. Su estilo altamente recomendable por su nobleza, dignidad y elevacion en las composiciones sérias, desciende algo mas que á la sencillez en algunas de las ligeras y satíricas; y últimamente se han insertado en uno y otro tomo poesías que nada hubieran perdido en suprimirse. Y sin embargo, ¿qué importan estas debilidades inherentes del hombre al lado de esas bellezas superiores de versificacion y de estilo esclusivamente propias del génio? La medianía nunca hará grandes cosas, pero los talentos superiores pueden mas de una vez mostrarse desiguales á sí mismos. El autor reconoce que no todas las composiciones le inspiran confianza, y no sería estraño que las exigencias de su situacion ó las del librero le hayan obligado á insertar lo que nada contribuye á su gloria. Es preciso tener presente que el siglo es altamente antipoético, y que si ahora apareciera la Eneida, el círculo de sus admiradores sería tan reducido como poco á propósito para recompensar los once años de trabajo que le costó á Virgilio. ¿De qué le ha servido al Sr. Príncipe su invencible vocacion á las letras? La lectura de su biografía es capaz de desconsolar al hombre mas lleno de fé; y tenemos datos para creer que en ella no se dice todo. Al llegar aquí, la pluma se nos cae de la mano. ¿Cuándo será protegido el talento en esta desventurada nacion? Sin proteccion, sin salud, sin tranquilidad de ánimo, rodeado constantemente de desgracias, esclavo de sus ocupaciones para sostener una familia numerosa, perseguido en fin por la suerte desde que nació..... todo conspiraba á ahogar el génio del autor de estas poesías, y el autor sin embargo ha sabido aprovechar los escasos momentos que le ha permitido su trabajada y laboriosa juventud para dedicarse á hacer versos. ¿Quién se atreverá á juzgarlos de un modo absoluto? Al que esto hiciera, al que prescindiese de las circunstancias en que se han escrito, podria contestar el poeta con el sabido dístico de Ovidio:

Carmina proveniunt, animo deducta sereno;
Nubila sunt subitis tempora nostra malis.

* *

EL MESIAS.

¡*Jerusalem*! ¡*Jerusalem impia*!
muerte das al Señor de las alturas,
y escarneces osada su agonia,
hierro clavando en sus entrañas puras.

Despedazas sus miembros sin consuelo;
mas ¡ay! la sangre que el *Mesias* vierte,
apenas humedece el mustio suelo,
en principio de vida se convierte.

Y esa cruz, que en el Gólgota levantas,
flor es gallarda, cuyo suave aroma
fortifica en la fé las almas santas,
y ahuyenta del pecado la carcoma.

Es manantial precioso, que del mundo
riega sin fin la dilatada alfombra,
fuente de inspiracion, árbol fecundo,
que á todos brinda con su dulce sombra.

Deicida ciudad, ¿cómo vacilas
en trance tan horrible é inaudito?
¿cómo brillan enjutas tus pupilas?
¿desconoces acaso tu delito?

¿No sientes al influjo de las nieblas
oscuro el Sol y condensado el viento?
¿no oyes entre el silencio y las tinieblas
cual retumba la tierra en su cimiento?

¿Ves del templo las luces apagadas,
y el milagro no ves, ciudad maldita?
¿ni en sus anchas cortinas desgarradas
cumplirse al fin la profecía escrita?

Sí; mataste á tu Dios, y Dios potente
castiga tus pecados sin ejemplo,
y comboca naciones de repente,
que arrasen hasta el pie tu santo templo.

¡*Jerusalem!* ¡*Jerusalem!* tus muros
desplomados están; piedad no esperes,
que el fiero vencedor ojos impuros
clava ya deshonesto en tus mujeres.

La tierra que oprimian tus bastiones
brota ya en su lugar zarzas y yedra,
y escúchase la voz de las legiones,
al esclamar: *no hay piedra sobre piedra.*

Llora, llora en silencio tus maldades,
raza proscrita que aborrece el mundo,
ludibrio despreciable á las edades,
pueblo en todos los pueblos vagamundo.

¿De qué tus leyes te valdrán un dia?
¿de qué tus *Fariseos* y *Doctores*,
si errante entre la muerte y la agonia
serán todos los pueblos tus señores?

Besa el polvo, ciudad, de tus escombros,
que polvo tus señores te dejaron,
al sustentar sobre sus fuertes hombros
la venganza de Dios que en tí lanzaron.

Que ya el dia se acerca venturoso
de gloria y de salud para los hombres,
en tanto que sin trégua, sin reposo,
huyen tus hijos á ocultar sus nombres.

Huyen cobardes, la maldad les ciega,
y al fruto de salud vuelven la espalda,
fruto que *Cristo* con su sangre riega,
y es del género humano la guirnalda.

Huid, que escrito está, corred ingratos,
los ojos de llorar secos y rojos,
y al *Mesias* llamad, cuando insensatos
resucitar lo miran vuestros ojos.

¿Conocerlo quereis? Tiembla, *Judea*,
vano es tu anhelo, tu esperanza vana;
y escrito está, que tu nacion no crea,
mientras todas repiten el *Hosanna*.

¿Qué nueva celestial los aires hiende,
y puro gozo al corazon derrama?
¿qué ventura en placer el pecho enciende?
¿es la voz del Señor que acá desciende
y la tierra y los aires embalsama?

¿A dónde van con presurosa planta
las hijas de *Sion*, que antes lloraron?
¿cumplióse al fin la profecía santa?
¿augusto del sepulcro se levanta
el que tres dias antes enclavaron?

Vedle allí sin lesion; vedle triunfante
destrozar con su pie la sierpe altiva;
vedle del hombre compasivo, amante,
quebrantar con su fuerza de gigante
torpe opresion, que de vivir le priva.

Allí está; sus discípulos le admiran,
y él deja su doctrina á las naciones;
y tristes los discípulos suspiran,
que indignos de su afecto ya se miran,
porque dudaron de él sus corazones.

Y el hijo de *David* dulce consuelo
á sus hijos prodiga enternecido;
que el hijo de *David* bajó del cielo
para cubrir con misterioso velo
los pecados del mundo arrepentido.

No á su lado de intrépidos guerreros
falange fiel, cual capitan comboca;
persuaden sus acentos verdaderos,
¿y para qué le sirven los aceros,
si habla Dios desde el cielo por su boca?

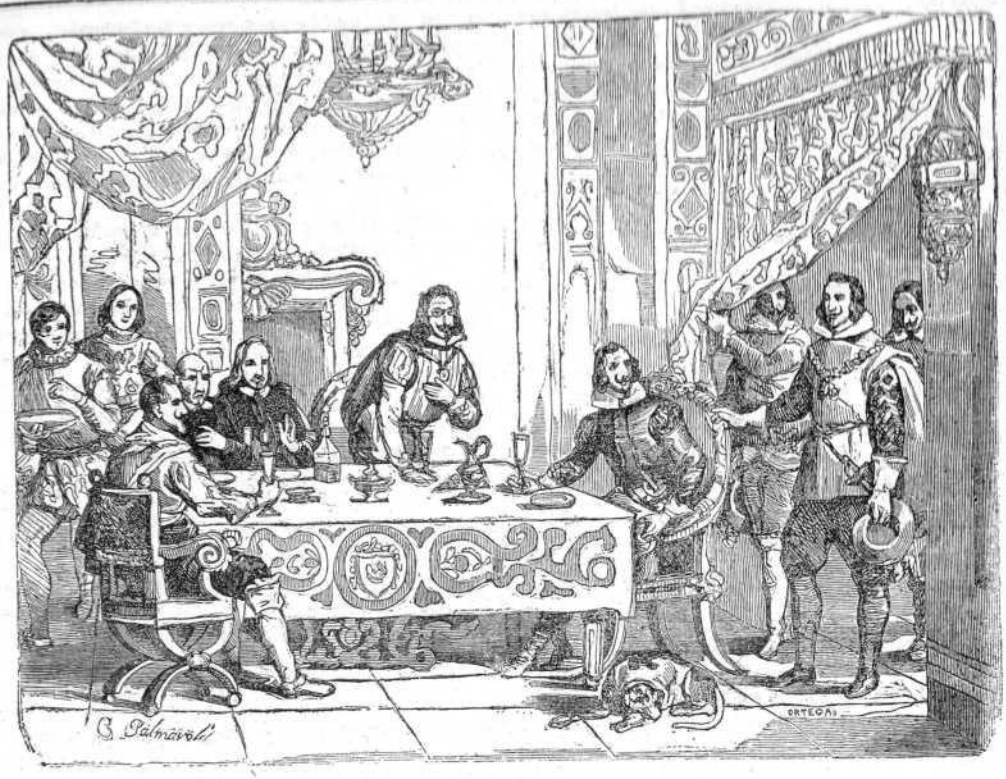
Doce son los impávidos doctores,
y al orbe entero humillará su ciencia;
sufrirán del martirio los dolores,
y olvidarán que fueron pescadores,
al escuchar de muerte la sentencia.



Id, predicad, les dice, *á los humanos*
lo que de mi aprendisteis y habeis visto:
y ellos con mas poder que los tiranos,
convertirán los hombres en hermanos,
al estender la religion de *Cristo*.

J. M. DE ANDUEZA.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.



EL MARQUES DE JAVALQUINTO.

Cuento.

Dicha y grande debe sin duda haber sido el vivir en la coronada villa de Madrid, durante el reinado estravagante del Señor D. Felipe IV, de feliz recordacion para poetas y comediantes. Aquella vida de talento y contentamiento propio, aquel sistema de desprecio universal, de completa y admirable burla, de francachelas y truanerías, por cierto, no poco se prestaban á los ingeniosos enredos de la comedia y á los chistes agudos del epigrama. Asi es que, desde Calderon, el galan y caballeresco, hasta Quevedo, el mordaz y socarron, de todos tintes y matices ha habido ingenios en aquella corte privilegiada. El rey, inteligente y bondadoso, no era el protector de los poetas, como el glorioso tiranuelo de Francia, Luis XIV, sino su verdadero y entusiasta amigo. El francés hacia dormir al grande, al eterno Racine á los pies de su cama, cual si fuese este un sabueso; mientras que el español permitia que Quevedo le hablase con el sombrero puesto y el embozo echado, y le dijese por disculpa burlonamente:

En estas mañanas frias,
Los amigos verdaderos,
Ni se dan los buenos dias,
Ni se quitan los sombreros.

De trescientos pasaban los escritores de aquellos dias, cuyos nombres y obras han llegado hasta nosotros; y á buien quiera mas menudamente enterarse de esta verdad y sus detalles, remitiremos al *Laurel de Apolo*, del fénix *Lope*, y al *Para Todos* del exacto, sino sublime, *Montalvan*.

Uno de los poetas que por aquellos tiempos gozaban sin la menor contradiccion de los favores del público era el marqués de *Javalquinto*, discípulo y amigo del eternamente sublime Calderon, y amigo y un tanto maestro del galan poeta Coronado. La sensatez de su razon, la exactitud de su gusto, el elegante tono de sus modales, la delicadeza de su alma, todo contribuia á que fuese generalmente amado, si bien no siempre era estrepitosamente aplaudido. Sus obras dramáticas, de las cuales se conservan algunas, eran correctas y nobles, pero carecian en general de esa sal cómica, en verdad, en verdad algo estraña á aquella época. En cambio, escepto Calderon, nadie le escedia en conceptos altos y portentosos, y ninguno, incluso él, le igualaba en afectuosidad amorosa y galantería caballeresca. Así, ninguno lograba atraer la buena voluntad y amorosos sentimientos de las hermosas, cual este noble poeta, y ni el mismo galan y afortunado *Villamediana* se atrevia á disputarle la palma de la victoria en las justas y combates de amor. Y era lo mas estraño en esto que el marqués, aunque satisfecho de su fortuna, no usaba de ella, ni mostrando vanagloria, ni oprimiendo ó despreciando al sexo de la flaqueza.

En el dia á que nos referimos, el jóven marqués reunia á su mesa al anciano *Lope*, cuya fecunda musa es y será el milagro de la naturaleza; al conde de *Coruña*, poeta tambien y hombre de gusto; al burlon y satírico conde de *Simela*; al calumniado *Montalvan*; al marqués de *Alcañices*, cuyo voto en materias de gusto era sin apelacion; y en suma á otros varios ingenios de la época. Sazonaba dulce y alegremente la comida una conver-



sacion chistosa y alegre, siendo el objeto de esta la comedia, hoy perdida para el mundo, de las letras que Calderon acababa de publicar con el título de *D. Quijote de la Mancha*. Si hemos de juzgar del mérito de esta produccion por los entusiastas aplausos que mereció, por el agudo chiste del argumento, y por el mérito del autor, mucho ha perdido la corona literaria de España perdiendo este brillante floron. Pero el siglo contemporáneo, siempre escaso apreciador, no dejó al nuestro mas que el título de aquella obra, y tal cual elogio en obras muy poco conocidas. Una cosa parecerá locamente estraña á nuestros lectores; y es, que tratándose de asunto tal, no hagamos mencion del engendrador de tan portentoso argumento, de este *Cervantes* que su siglo dejó morir de hambre, como este siglo puede dejar perecer de pobreza á escritores tan insignes como él, porque el siglo en que vivimos nos juzga á nosotros, ve demasiado nuestros defectos personales, nuestro rango y amabilidad, y no bastante quizá el mérito de nuestras obras. Pues, si ni nombrado hemos á Cervantes, es de ello causa que en la mesa de *Javalquinto* á que nos referimos, nadie se acordó del ilustre estropeado de *Lepanto*, del buldero de *Toledo*, del protegido de un Señor de buen corazon.

Los razonamientos agudos volaban de mesa; ya uno decia del marqués de Santa Cruz y con este el chusco Villamediana

El marqués de Santa Cruz
Nunca cometió desliz;
Un dia come perdiz,
Otro se acuesta sin luz.

ya otro, igualmente socarron, hablando del gran duque de Osuna, decia:

El duque bienes agenos!
Fue tan humilde, que el rey
Le dió oficio de virey,
Y aspiró á dos letras menos.

Sarcasmo que fue bien recibido, á pesar de la amistad de todos hácia el grande hombre; pero era convenido que todo allí se podia decir, siempre que se dijese con gracia. Referir todos estos dulces coloquios fuera interminable, y así solo haremos mencion de lo que importa á nuestro cuento.

Conviene saber que el marqués de *Java'quinto* que presidia la mesa, se hallaba de espaldas á una puerta, y como asi estuviese, tomó el vaso lleno de *Lacrima Cristi*, única que allí habia, y dijo:

Con la de Cristo brindemos
Al rey que todos amamos,
Ya que aqui no lo tenemos....

Y al ir á continuar la redondilla, fue interrumpido el marqués por una voz que de detrás de él salia, concluyendo así la improvisacion:

Porque no le convidamos.

Era el rey mismo que con el duque de *Sesa*, su anciano amigo, habia llegado hasta aquel sitio sin ser sentido. Los vítores y aplausos llovieron sobre la improvisacion real, tan oportuna y cariñosa. Llenó el rey poeta la copa de Jerez, y prestándose á apurarla, dijo:

Ya que pensásteis comer
Sin haberme convidado,
Mis amigos, he pensado
Solo esta copa beber.

Bebió, en efecto, solo por castigar á sus amigos, y cuando hubo concluido, tomó del brazo al marqués, señor de aquella casa, y llevándolo á otra habitacion, así le dijo:

—Vengo á vos, mi buen marqués, porque sois mi amigo, y quiero que me saqueis de un lance en que me encuentro.

—Señor, V. M....

—Marqués, interrumpió vivamente el rey, S. M. el rey de España y de sus Indias vive en el palacio del *Buen Retiro*. El que viene á vos es un ingenio de esta corte.

—Pues bien, señor ingenio, al rey y al ingenio, á entrambos amo. Decia magestad, porque sé que á los grandes y á los gatos es fuerza empezar siempre tratándolos con respeto, porque suelen sacar las uñas cuando uno menos piensa.

—Tambien yo sé que á los amigos y á los perros es preciso tratarlos con cariño, porque aunque ladren, siempre lamen los pies de aquel á quien aman.

Ahora bien, marqués, sabeis á qué vengo? Háme sucedido una estraña aventura. Antes de ayer en mi real palacio del *Buen Retiro* encontréme con la mujer mas linda de la corona de Castilla; su trage de comendadora realzaba portentosamente su hermosura. Por cariño á mí me dejó ver el rostro mas peregrino que haya jamás visto. Ella no me conocia; pero pareció interesarse por mí. Quedamos citados para anoche, y anoche volvió. Oh! estoy loco de amor, mi buen marqués.

—Y teneis necesidad de hablar de ello para ser feliz; propiedad de todo enamorado.

—No, mi buen amigo, vengo á tí por necesidad. Anoche á última hora me ofreció ella poner un lazo en su reja, y yo le dí palabra de pasar y tomarlo, para que así me conociera.

—Y quereis que os acompañe.

—No, que vayais solo.

—Solo, Señor! quereis engañarla mas todavía..... me pondré el antifaz.

—No, marqués, ireis sin él. Yo lo exijo de vuestra amistad.

—Señor, no os entiendo.

—Tened paciencia, y me entendereis. Cuando *Leonor*, que este es el nombre de mi amada, me daba tan deliciosa cita, la reina estaba inmediata á ella. Oyólo casi todo. Cuando nos retiramos á mi estancia dióme quejas. Sabeis cómo la disuadí? Diciéndole que erais vos el favorecido, y me lo habiais contado á mí. Ella es celosa, y querrá tal vez cerciorarse mas y mas. Sacadme, pues, de tan terrible compromiso. Perdonad que me haya servido de vuestro nombre.

—Pero es inútil, Señor, ir con antifaz; la reina os verá á la hora de la cita, y verá á otro tomar el lazo.

—Puede creer que es algun criado, y tiene de vos demasiada buena opinion para no creer que todas las mujeres os den citas. Id, y si le hablais, decidle que la amo con delirio.

—Iré, pues, Señor; pero si el diablo se mezcla en este asunto, dadme desde luego vuestra absolucion.

—La llevais. —Sois demasiado leal.

—Y vos sobrado mi amigo.

—Esto dicho, se separaron el rey y el marqués.

II.

Eran las seis de la tarde; el sol bajaba magestuoso á besar las aguas del *Buen Retiro*, y la estrella de *Venus* huia ya con su acostumbrada hermosura. No lejos de la puerta de la Vega, en Madrid, una casa pintada de almazarron miraba á Oriente como para recibir los rayos primeros de la mañana. Seis rejas bajas, divididas en dos lados, parecian centinela de una puerta de herradura grande y antigua. En una de ellas, la última al norte, estaba sentada *Doña Leonor de Mendoza*, entretenida en dulces coloquios con su madre vigilante y anciana. En la reja mas meridional un lazo verde hallábase ligeramente atado, y este era el objeto de toda la atencion de la jóven castellana. Los cabellos de esta eran negros y suaves como la seda destrenzada; sus ojos salientes y oscuros lanzaban al acaso unas miradas profundas, que solo un águila podia sostener; su boca era la boca casta del placer, y todo su porte y elegancia parecian formados ó para presidir el torneo mas espléndido, ó para servir de modelo á la mas perfecta de las creaciones. Su rostro revelaba una impaciencia en la hora aquella, impaciencia cuya causa buscaba en vano la cariñosa madre, y que hubieran hallado fácilmente nuestros lectores. Es claro que la dulce y sabrosa broma del rey le prestaba recuerdos deliciosos, y el deseo de conocer quien fuese caballero tan galan y entendido la movia mas y mas á desear con ansia el momento próximo de la cita. A menudo creia que el máscara no acudia á por el lazo, y este pensamiento la angustiaba; creia otras que, aunque tan lleno de talento y gracia, podia ser aquel caballero algun hombre de aspecto inferior á su antifaz, ó tal vez menos gallardo de lo que ella podia desear. Pero se encomendaba ardiente á su buena estrella para que aquel esperado caballero fuese tan apuesto y noble como ella lo habia concebido.

No tuvo mucho que esperar la doncella: á breve rato un gallardo jóven con negros ojos y cabellera negra, con miradas ardientes y paso noble se divisó á lo lejos. Llevaba con mucho desembarazo un abanico en la mano; soltó el lazo de la última ventana con accion imperceptible, y lleno de gracia se acercó á la bella *Leonor*. Hizo, como que no reparaba en el rostro, escarlata de gozo y vergüenza de la doncella, y dirijiéndose á su amada, le dijo:

—Señora, perdonad se acerque á hablaros un desconocido. En el baile de palacio de ayer encontré por acaso este delicado abanico; á duras penas indagué que era vuestro, y vengo yo mismo á traérosle.

—Doy mil gracias á vuestra cortesanía, caballero. Es de *Leonor*, en efecto, que lo dejó estraviado. No sabeis el placer que me dais, porque es un recuerdo de mi amada abuela. Si quereis entrar, os daremos las gracias con mas espacio.

—Perdonad, señora, sino os complazco. Mi deber me llama.

—Al menos querreis dejarnos vuestro nombre?

—No tengo en ello reparo. Soy el marqués de *Javalquinto*.

—Poeta, murmuró Leonor.

—Sea por muchos años, contestó la anciana; conocí á vuestra madre, que en paz descanse. A vos conocí cuando niño; jugabais siempre con mi niña en casa de mi prima la de *Malpica*. Despues las desgracias me han alejado del mundo.

—Lo celebro, señora, y volveré á daros las gracias.

—Cuando gusteis, hidalgo.

Dicho lo cual, la jóven, penetrada del dardo profundo de una voz metálica y deliciosa, y prendada de aquel porte esvelto y magestuoso, quedó muda sin atender á las alabanzas que la buena madre daba á la marquesa de *Javalquinto*. El caballero, por su parte, apasionado de las miradas de *Leonor*, llevaba en el corazon el remordimiento de haber hecho ofensa á su rey y amigo. Y cuando á la mañana siguiente le dió cuenta de su comision, añadióle: «Señor, yo esta noche no asistiré á las máscaras.»

—Sois un loco, marqués, le dijo el rey.

—Sí, señor, en llevar abanicos en nombre ageno á la mas bella de Madrid.

Entró entonces la reina, y entre bromas y coloquios sabrosos pasó la hora de las visitas.

III.

Eran las altas horas de la noche; los estensos salones del *Buen Retiro* estaban llenos de graciosas y elegantes máscaras. Una, entre todas, llevaba un disfraz estraño, y como puesto no para lucirse, sino para ser conocida. Un lazo verde llevaba prendido al lado izquierdo, y se conoce que lo llevaba con mas orgullo que pudiera un hábito de Alcántara. Sentóse en un sillon como fastidiado de no haber hallado á quien buscaba; pero á breve rato una bella y elegante máscara, ligeramente cubierta, se le acercó, y tomándole modestamente por el brazo, le dijo al oido.

—No pude venir antes.

—Bendita, le fué contestado, os buscaba. Anoche he soñado con vos.

—Y yo con vos eternamente. Desde que anocheció no he hecho mas que repetir vuestros versos divinos.

—Mis versos, y quién os dijo?.... quién os los dió?—

—Lo bueno es tan popular en estos tiempos!

—Y lo admirable tan raro!

—Como vuestra gracia, marqués.

—Como vuestra belleza, reina. Por qué me llamais marqués?

—Porque lo sois.

Lo soy, es verdad; pero no acostumbro á oírmelo llamar. Llamadme *Felipe* fuera de aquí, y aquí *D. Juan*, *D. Pedro*, como querais mejor.

—Es vuestro nombre *Felipe*?

—El mismo.

—Cosa estraña! sois tocayo del rey!....

—Del rey! Os burlais, Leonor.

—Oh dejadme repetir vuestros versos.

Son las flores de la vida
Los primeros sentimientos;
Amarlos es mi delicia,
Acariciarlos mi empleo.
Besar las trenzas de seda
De nuestro angélico dueño,
Estrechar su blanca mano,
Contemplar su rostro bello,
Eso es vivir en la tierra.
Como se vive en el cielo.

—Estos versos no son mios, Leonor.

—No son vuestros? Yo los leí en vuestra comedia, *Quien no sepa mas que aprenda.*

—Esa comedia no es mia, *Leonor.*

—Pues un amigo vuestro, Señor, me la dió por vuestra. De quién es, pues?

—Del marqués de *Javalquinto.*

—Del marqués de *Javalquinto*? y quién sois vos? Dijo asustada la engañada doncella.

—El máscara de las otras noches.

—Pero, quién sois vos, quién sois vos? pronto.

—No me dijisteis que lo sabiais?

—Quién sois, por los ángeles.

—Soy el que mas os ama en la tierra.

—Sí, pero vuestro nombre?

—Qué os importa?

—Decídmelo, ó me voy para nunca volver.

—Pues os lo diré. Soy el *rey.*

Al decir esto, la jóven soltó el brazo de *Felipe*, y, llena de dignidad, le dijo:

—Señor, perdonad; os escuché dos noches sin conoceros; hoy creí que erais el marqués de *Javalquinto*; que á él es á quien dí ese lazo.

—Pero á mí fué á quien le ofrecisteis.

—Pero él fué quien lo recogió. —A él dí yo el lazo.

—Y sin duda el corazon.

—Así es, Señor.

—Pues lindo papel he hecho en esta comedia.

—Consolaos, Señor; en otras lo hareis mejor. Os sobran galanteos.

—Pero no las hermosas como vos.

—Señor, yo no os amo á vos; amo al marqués de *Javalquinto*; aunque os amára, nunca lo sabriais: sois casado.

—El marqués de *Javalquinto* lo es tambien.

—Infeliz de mí! dijo la jóven aterrada.... y desapareció.

IV.

Un mes despues tomó el hábito en las comendadoras de Toledo *Doña Leonor de Mendoza*, la mujer mas bella de su siglo, siendo padrino de la toma de hábito el rey *Felipe* de España, y hallándose presentes los caballeros todos de su córte, escepto el marqués de *Javalquinto.* Este, durante un año, permaneció llorando en su casa, despues de cuyo tiempo iba á menudo á orar á la iglesia de las Comendadoras: entraba á la iglesia antes que las religiosas al coro, y salia despues que todas. Doña Leonor y él se volvieron á ver una vez mas en la vida; pero jamás se volvieron á hablar.

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.

GEOGRAFIA.

REGION CALAICA.

Como un apéndice de la region *Cantábrica* puede ser considerada la *Calaica*, separada solamente de ella al septentrion por el gran Sistema Pirenáico hasta su hundimiento en los senos del Océano por el cabo de *Finisterre.* Una cadena subalterna (acaso la principal) de esta enorme mole, que se desprende de ella en los linderos de Asturias, al Occidente del puerto de *Pajares* y á los 2° 10' O. del meridiano de Madrid; se dirige oblícuamente hácia S. O. con los nombres de *Rabanal*, *S. Mamed y Jerez*, dando orígen á otras ramificaciones, una de las cuales sirve de cumbre divisoria entre los rios *Tamaga* y *Ave* para terminar cerca de la desembocadura del Duero, en los dominios portugueses, y como para separar por el mediodia á esta region del dilatado valle de aquel gran rio.

Atendidos estos confines naturales, es fácil conocer que esta region física comprende la mayor parte de Galicia, el distrito conocido con el nombre del Vierzo, y una gran porcion de la provincia que por su situacion se denomina en Portugal, la de *entre Duero y Miño.*

Atraviesan toda esta region seis ó siete cadenas procedentes de las principales y compuestas de montes encumbrados y coronados de nieve la mayor parte del año, é interrumpidos con valles profundos regados por rios (entre los que el *Miño* ocupa el primer lugar), por arroyos perennes, y á veces por torrentes impetuosos (1),

(1) Estos paises están muy bien regados. Ademas de la multitud de riachuelos poco conocidos que confluyen en el *Miño*, se distinguen por mas conocidos en Galicia los de *Lerez*, *Ulla*, *Fambre*, y *Ezaro*; y en Portugal, los de *Lima* (navegable 6 leguas), el *Cavado* y el *Ave.* Descargan en el Océano sus aguas.

lo que presta al pais un aspecto, si bien agreste en algunos puntos, en lo general variado, y le hace contemplar por el naturalista como un fortísimo peñasco inclinado al Occidente, que la Providencia ha dispuesto para fortificar aquel ángulo de la Península con sus numerosos estribos, como se robustecen los esquinazos de un vasto y sólido edificio.

Las costas de este poderoso vecino participan de la desigualdad y variedad del terreno, y ningunas otras de la Península presentan tantas sinuosidades ni aun tan profundas algunas, como las que ofrece Galicia en las 56 leguas que corresponden á la region de que hablamos. En las 25 que tiene la provincia de Entre Duero y Miño se vé una escotadura bastante profunda hácia el centro. El puerto de *Viana*, cuyo muelle baña el poderoso Lima; la desembocadura fronteriza del Miño; el puerto de *Bayona*; la ámplia y limpia ria de *Vigo*; la de *Pontevedra*; la espaciosa de *Arosa*; la de *Roya* y la de *Corcubion* en la que se precipita el rio Ezare por una bella cascada, son puntos marítimos muy notables, que formando todo un litoral compuesto de entradas, penínsulas y cabos, se halla guarnecida por mayor número de puertos que otras provincias de nuestra Península.

Aunque el clima es frio en toda la parte central por efecto de su elevacion; aunque las continuas lluvias entristezcan no pocos distritos; sin embargo es apacible y templado hácia la costa, tanto por la inmediacion del mar como por los benéficos influjos de los céfiros del Occidente.

Es lástima que su mineralogía no nos sea mas familiar; pero entre los productos de esta clase, es conocido en la historia el oro que el *Sil* arrastraba en otros tiempos entre sus corrientes; riqueza agotada en su orígen por la avaricia romana, y cuyos restos se manifiestan aun en algunas partículas, que bien que escasas, se muestran de vez en cuando.

Si la vegetacion no es tan rica como en nuestras comarcas meridionales, no por eso es tan despreciable que no merezca fijar nuestra atencion.

Las campiñas de Orense y Rivadavia, las de Monforte, Tuy, Pontevedra y Entre Duero y Miño, y el fértil valle de Miñox, son muy feraces, y en muchas de ellas se vé ya la influencia de un pais templado.

La frondosidad de algunos sitios es notable, y no falta bastante madera de construccion ni pastos abundantes para sus ganados vacuno, caballar y de cerda, que forman un ramo no despreciable de industria en el pais. Otro artículo importante es la pesca tan abundante como esquisita en sus costas y rios. El *congrio*, *raya*, *mielga*, *pulpo* y otras cien especies son copiosísimas; siendo bien conocida la fama de los *sábalos* y *lampreas* del Miño; las truchas de otros rios; las *sardinas* de Vigo; las *ostras* de Redondela; los *salmones*, *mógiles*, *sollos*, *reos* y *lenguados* del rio Lerez, afluente de la ria de Pontevedra, y los pescados que de estas y otras especies puéblase la marina y rios de la parte portuguesa que corresponde á estas regiones.

Habítala una nacion céltica de orígen, brava, laboriosa, constante y dotada de la fuerza y robustez propias del Norte. Los hombres muestran siempre deseos de ocuparse, y son inteligentes en la agricultura: las mujeres les ayudan en las faenas campestres, y la rueca es para ellas una especie de adorno, un instrumento de ocupacion continua. Unos y otras son aplicados á sus intereses, y entienden bien la economía doméstica. La poblacion es numerosa, y no deja de llamar la atencion si se considera que no es grande la estension de esta comarca; que mucha parte de su superficie está cubierta de montes y peñascos; que carece parte de ella de artículos esenciales de subsistencia y de riqueza; que hay pocos propietarios, y que no deja de haber bastantes emigraciones; pero lo cierto es que á pesar de todo esto cuenta cerca de dos millones de habitantes, ateniéndonos á un cálculo prudencial. Solo la provincia de *Entre Duero y Miño*, que no obstante su corta estension es pais por otra parte de lo mas fértil de esta region, cuenta en ella al pié de 900.000 almas, poblacion que escede á la de los paises mejor poblados de Europa. Respecto de la de Galicia no debemos dejar de observar que ha ido tomando incremento desde el siglo XVI hasta nuestros dias; lo que no es menos admirable si se considera que desde la misma fecha ha ido á menos la de otras provincias aun mas favorecidas por la naturaleza.

El sistema primitivo y patriarcal de caserios esparcidos y pequeñas aldeas que aquí se observa, el pastoreo unido á la labranza, la grande elaboracion de lino, la aplicacion al cultivo de la tierra, la pesca y otros medios de subsistencia favorecen sin duda este aumento de poblacion.

Háblanse en ella dos dialectos hijos de un idioma corrupto que nació en medio de la oscuridad de los siglos bárbaros; pero que adquirió su perfecta formacion muy á los principios del siglo XII, contribuyendo á esto el establecimiento de dos príncipes franceses D. Enrique y D. Raimundo de Borgoña, casados con las hijas del rey de Castilla D. Alonso VI, y condes-feudatarios de esta corona. Muchos franceses, como es natural, se establecerian con ellos, segun las congeturas de *terreros y merinos*, y de la introduccion de muchos vocablos *lorenes-ses y borgoñones* de aquella época, con los latinos corruptos desde la dominacion de los suevos y de los godos; con muchos de la lengua castellana que entonces se formaba, y con la agregacion de no pocos modismos peculiares al pais, se fué organizando este idioma que posteriormente se dividió, como hemos dicho, en *gallego* y *portugués*: este tuvo su orígen en esta region, y despues se propagó á todo lo que se llama Portugal cuando las armas cristianas fueron en lo sucesivo apoderándose de sus dominios, y arrancándolos del poder mahometano.

Los *bracaros* y los *nerios* habitaban esta region en los primeros albores de nuestra historia, y segun el testimonio de Estrabon y de otros autores de la antigüedad eran belicosos, tenacísimos en la defensa, sufridos en la adversidad, y dificultosísimos de subyugar. Al fin de muchos años de esfuerzos fueron sometidos por los romanos, quienes hicieron tanto caso de esta comarca que la pusieron á la cabeza de otras confinantes, estableciendo en ella dos colonias augustas (*Braga y Lugo*) con audiencias (*conventos jurídicos*) para administrar justicia. Distinguíanse ya entonces, ademas de estos pueblos privilegiados, Iria Flavia (*Padron*) Aurium (*Orense*) Tyde (*Tuy*) y Belgidum en el Vierzo: dos grandes calzadas facilitaban las principales comunicaciones; una por los puntos próximos á la costa, y la otra por el interior entre las dos *Colonias- Audiencias*.

Despues de aquella dominacion constituyó este pais la porcion principal y mas permanente de la de los suevos, cuyos monarcas tenian su corte en Braga en el siglo y medio de su existencia política. Los visigodos se apoderaron de este reino bajo el reinado del activo Leovigildo, y le conservaron con vigilancia hasta el infeliz ocaso de su poderosa monarquía, en el que los sarracenos se posesionaron de la mayor y mejor parte de esta region, si acaso no fué de toda ella. Su suerte en los primeros cinco siglos de aquellas prolongadísimas guerras experimentó no pequeñas vicisitudes; y si bien no tardó mucho tiem-

po despues de la invasion en restaurarse, la vemos no obstante hasta fines del siglo X acometida con frecuentes y á veces duraderas incursiones de los mahometanos, alternadas con las de los piratas normandos, aun mas feroces y devastadores que aquellos, y cuyas rapiñas y desolacion se estendian hasta pueblos separados bastante de su litoral.

Ademas de estas desventuras no dejó de esperimentar este pais bastantes inquietudes domésticas y alternativas, motivadas unas veces por sublevaciones populares contra la autoridad de los reyes de Astúrias, y otras por resentimientos de sus nobles y ricos hombres. Constituido provincia de la corona de Leon, seguia por lo ordinario la la suerte de esta monarquía, aunque tambien en algunas ocasiones tuvo sus reyes particulares, que sin embargo no trasmitieron á su posteridad este estado desmembrado de la diadema leonesa.

Esta region fué dividida de un modo independiente en parte española y portuguesa en el siglo XII. Hasta entonces esta última estaba sujeta á la monarquía castellana, y Henrique de Borgoña, yerno de Alfonso VI, la habia gobernado con título de conde, aunque con mucha autoridad hasta el año de 1112 en que falleció. Heredó este estado con el mismo título y preeminencias su hijo Don Alonso, que fué uno de los héroes de aquella edad y el fundador de la monarquía portuguesa, pues habiendo obtenido en 1139 la memorable victoria de *Ourigue* contra todas las fuerzas de los moros confinantes, fué aclamado rey por sus soldados en el campo mismo de batalla, á cuya aclamacion correspondieron los pueblos (1).

El nuevo monarca se dispuso á sostener su nueva dignidad, á pesar de la oposicion de Alfonso VII de Castilla, y esta comarca fué durante algun tiempo el teatro de nuevas hostilidades hasta que se transigieron estas desavenencias mejor de lo que se creia y esperaba, La situacion de este pais le hizo denominar provincia de *Entre-Douro é Minho* por los dos grandes rios que le limitan al N. y al S. La primera corte de estos príncipes fué *Guimaraens* en esta misma provincia, de donde se cree era natural el mismo príncipe Alfonso Enriquez.

F. Fabre.

NOTICIA HISTÓRICA DE LOS ADELANTADOS.

Ignórase cuando se establecieron los Adelantados, aunque algunos fijan su orígen en el reinado del Rey Fernando III, llamado el Santo, pues antes de él no se hace mencion de este empleo. El padre de este monarca tuvo por Adelantado de Leon á D. Martin Sanchez su primo hermano y su cuñado, hijo de D. Sancho, Rey de Portugal, y de Doña María Fernelos, segun Duarte Nuñez de Leon escritor célebre.

En la história de S. Pedro de Arlanza se refiere que Niño Nuñez Rasura, justicia mayor de Castilla, casó con Theuda ó Toda, hija de Teudo, Adelantado de Leon.

D. Fernando Fernandez fue Adelantado de Estremadura reinando Alfonso el Bueno. Comprendia Estremadura todo el territorio de las márgenes del Duero desde Soria á Portugal; por lo que los antiguos llamaron á Soria puerta de Estremadura; y por ello se viene en conocimiento de que los Adelantados son anteriores á aquel príncipe.

Era este empleo de tan elevada dignidad que las mismas leyes lo engrandecen, en términos de conocerse por ellas que solo el Rey era superior á los Adelantados. La de Partida, lib. 22, tít. 9, Part. 2, dice: «*Adelantado tanto quiere decir, como Home metido adelante en algun fecho señalado por mandado del Rey: é por esta razon el que antiguamente era puesto sobre la tierra Grande, llamáronle en latin Præses Provinciæ.*» Despues añade. «*El oficio de este es muy grande, ca es puesto por mandado del Rey sobre todos los Merinos, tambien sobre todos los de las Comarcas, é Alfoces, como sobre los otros de las villas.*» Y mas adelante. «*El puede oir las alzadas que ficiesen los Homes de los juicios que diesen los Alcaldes de las Villas contra ellos, de que se tuviesen por agraviados aquellos, que el Rey oiría si en la tierra fuese.*» En otra ley, que es la 2.ª, tít. 9, Part. 2.ª, llámase al Adelantado *el capitan general.* Segun estas definiciones era en paz como presidente ó justicia mayor de algun reino ó provincia, y en la guerra el capitan general.

Por todo se colije la alta categoría de los Adelantados, igualándolos otra ley con los Almirantes; pero la 24 del tít. citado ordena sean los dos castigados con una misma pena si delinquieren.

Hay decretos que señalan al Canciller mayor 600 maravedises por los derechos de Adelantados (suma considerable en aquellos tiempos), lo mismo que por el título de Almirante y el de Duque; con lo que se prueba que estas tres dignidades eran iguales en honores y emolumentos. En los edictos y bandos, la fórmula de la publicacion era: «*el Rey y su Adelantado ordenan se ejecute etc.*»

El primer Adelantado que se conoció en el reinado de San Fernando fue D. Alfonso Perez de Castro, que murió en ocasion de llevar un socorro considerable á Córdoba por órden del Rey: disfrutó aquel empleo con el título de Adelantado de la frontera y Andalucía. Despues lo fue un hermano del Rey llamado D. Rodrigo Alfonso de Leon, con poder absoluto en paz y en guerra. El infante D. Manuel lo fue igualmente de Murcia.

En el reinado de D. Alfonso el Sábio hubo muchos Adelantados. En el de D. Sancho el Bravo los hubo tambien de todas las provincias libres de la dominacion arábiga. En el de D. Fernando IV fueron 14 los Adelantados. Reinando D. Alfonso, último de este nombre, se contaron mas de 17, entre ellos el infante D. Fadrique, hijo del rey. En tiempo de Enrique II hubo tambien diferentes Adelantados de quienes hace mencion la historia.

De todo lo referido se infiere que los empleos de Adelantados gozaron de grande honor y dignidad, porque cuando los Reyes Católicos conquistaron á Granada establecieron tambien otro Adelantado, ademas de los que habia, con título de la iglesia de Toledo, que desde aquel tiempo poseyó la misma conservando la jurisdiccion aneja á este empleo; diferenciándose en esto de los demas Adelantados que solo gozaban los honores de tales. Permaneció despues en la casa de los Duques de Arcos, como Duques de Maqueda.

Sebastian Hernandez.

(1) Segun dicen muchos historiadores, entre los trofeos ganados en esta batalla se distinguian cinco estandartes reales azules de los moros, que el rey tomó por blason, y son los que hasta el dia se ven representados en el escudo real de Portugal como monumento de su gloria.

LA CARTUJA DE VALLDEMUSA.

La villa de Valldemusa que antes de la conquista de la isla fue un caserío que perteneció á Musa, moro rico y poderoso, está situada en lugar alto, entre elevados montes, y á distancia de 3 leguas de la ciudad de Palma. Célebre desde la mas remota antigüedad por la fertilidad de su suelo, por su abundancia de ricas aguas, y por la pureza de sus aires, fue escogida por el rey D. Sancho I de Mallorca para tener en ella uno de sus reales sitios. En efecto, con real privilegio de 3 de julio de 1321 mandó el referido monarca edificar un suntuoso alcázar sobre el monte del *Pujol*, cuyos planos y su ejecucion confió al arquitecto mallorquin Guillermo Jordá, y terminado ya en 1324 se encargó su custodia al honorable Martin Montaner que fue su primer alcaide. La importancia de este palacio no tan solo se deduce de haber sido el punto donde los reyes de Mallorca tenian su alconár, sino tambien de la multitud de reales órdenes que se espidieron para que los representantes del patrimonio de S. M. cuidasen de su conservacion. Por último, D. Martin de Aragon y Mallorca, único soberano de su nombre, con privilegio de 15 de junio de 1399 dado en la Aljafería de Zaragoza, dió este alcázar, con sus aguas, jardines y bosques, al P. D. Pedro de Solanes, jurista y monge profeso de la Cartuja de Scala Dei para fundacion de un monasterio de su órden. Llevóse esta á cabo, y en 8 de mayo de 1446 el Ilmo. Sr. D. Fr. Juan de Aranda, obispo albanense, consagró la iglesia. Esta tira 28 varas de largo con 8 y media de ancho, se empezó su reedificacion en 1717: su fábrica es de buena piedra, su bóveda de hermosa ojiva, cuyos arcos cruzados apoyan sobre repisas en lugar de columnas. En ella es digna de admiracion la hermosa sillería de su coro; los 15 lienzos que representan los misterios de dolor y gozo pintados en 1676 por el sábio profesor Fr. Joaquin Juncosa, cartujo catalan que murió en 1708, en los que se ve mucha fuerza de claro-oscuro y valentía de dibujo: el altar de campaña del rey Don Martin que consiste en dos tablas á modo de libro, una con la imágen de la vírgen y otra con la de Jesucristo, siendo trabajo delicadísimo los encajes y flores del ropage, y de un mérito singular las dos antiquísimas pinturas. Es muy regular que estas y las de Fr. Joaquin Juncosa las haya recogido el *Instituto Balear*, sucesor de la desgraciada universidad literaria que tantos hombres insignes produjo al mundo científico, para colocarlas en el museo provincial, establecimiento que si no nos han engañado no ha llegado á realizarse. En el altar mayor se ven de bulto, una vírgen dolorosa, San Bruno, San Juan, y la beata Catalina Tomás, todo obra bien ejecutada del esclarecido escultor Adriano Ferrau, y en la sacristía varios lienzos del citado Juncosa y de otros profesores célebres, que segun un artículo del *Progreso* se están perdiendo en el zaguan del estudio general de Palma.

Lo único que existe del antiguo destino de nuestra Cartuja, es la horrorosa cava en que se conserva algunas argollas, y una elevadísima torre con varios falconetes y tercerolas que sirvieron para defensa del pueblo en las distintas incursiones de los moros.

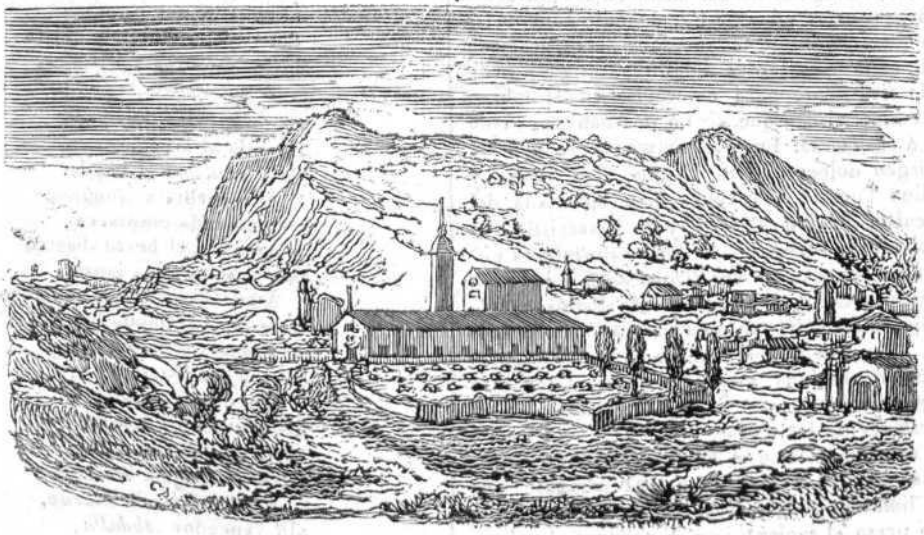
Vivian en este monasterio el 12 de agosto de 1835, dia en que se decretó su supresion, 22 monges, que empleaban en limosnas todo su crecido patrimonio. En la Cartuja estuvo preso el sapientísimo Jovellanos, lumbrera de la literatura española, desde 18 de abril de 1801 hasta 5 de mayo de 1802, y en ella escribió las escelentes representaciones dirigidas á Cárlos IV, la bella epístola moral sobre los vanos deseos y los estudios de los hombres, y otras de sus escogidas producciones.

Oigase como cantaba el erudito Rodoveda los milagros de la amena Valldemusa:

En el ibérico mar
una isla está elevada,
la mayor de las Baleares
cuya capital es Palma,
que en mil doscientos y treinta
nuestra gente conquistaba.
En aquella un valle ameno
Musa el moro gobernaba
antes que Jaime el invicto
lo echase de él á lanzadas.
Valle frondoso y profundo
cercado de altas montañas,
cuyas cumbres eminentes
de peñascos coronadas
ofrecen raros caprichos
é inaccesibles murallas.
Pródiga natura en ellas
por sus faldas y quebradas
de inmensas matas y encinas
ostenta pomposa gala,
á favor de los canales
que en pintorescas cascadas
con agradable murmullo
forman cristalinas aguas.
Alamos, de lo mas hondo
á la alta cumbre amenazan.
En los picachos se asoma
algun roble de atalaya,
y enjambres de pajarillos
conciertan en las cañadas.
Allí los hijos de Agar
con gran arte cultivaban,
poniendo en anchos bancales
las tierras desniveladas
que sostienen gruesos muros
de piedra bien ajustada.
Aun hoy dia sus olivos,
cóncavos por edad larga,
cuentan del aire impelidos
al agitarse sus ramas
del tiempo de la conquista
los encuentros y batallas.
Aquí suenan, es la peña
do *Xenalí* tremolaba,
retando al aragonés
de *Benzuleima* la banda.
Allí perdiera *Abubecar*
su tremenda cimitarra,
traspasado el brazo diestro
por una enemiga lanza.
Aquí *Omar* á tres cristianos
mantuvo contienda larga;
uno mató, y de los otros
recibió dos estocadas.
Allí el fogoso alazan
que *Zenitoraf* montaba,
atropellando enemigos
salvó la insignia africana
Aquí fué viuda *Maróa*,
allí vencedor *Abdalla*,
y por aquí *Benabét*

á *Durfort* dió libre entrada,
sometiendo á los contrarios
los pueblos de esta comarca.
Despues en aqueste valle
que del orbe se recata,
se dió asilo á la virtud
y austeridad solitaria,
cuyo camino entre peñas
cipreses fúnebres marcan.
Todo es silencio apacible,
tranquila inocente calma
que celebran ruiseñores
y gilgueros á bandadas.
Aquí batió *Gual de Mur*
el tropel de gente armada
con que feroz *Barbaroja*
á Valldemusa saqueára,
y le quitó los cautivos,
saco y pendon que llevaba.
Aquí cincuenta del pueblo
comandados por *Zanglada*
reembarcaron la morisma
del puerto *la foradada*.
Aquí *Jovino erudito*
mas de diez lunas contaba,
llorando en adversa suerte
los desaciertos de España.
Aquí tambien ciudadanos,
que en Barcino se preciaran,
víctimas de sus virtudes
condujo fortuna infausta.
Con pecho firme aunque triste
buscando alivio á sus ansias,
y en prolongados paseos
encuentra consuelo el alma.
Ora do nace el arroyo
observan su linfa clara,
y á la causa de las ciencias
sus ideas las comparan,
que en raudales divididas
lleven el bien á su patria.
Ora miran de la aurora
el carro y eje de nacar;
mas tal vez nube interpuesta
les impide contemplarla,
y se acuerdan de otra aurora
que allá en su pueblo brillaba,
otro tanto oscurecida
por nubes aglomeradas.
Canta el colono en el campo
los romances de Rosaura,
observan en la casita
su mujer bajo la parra
hilando junto á su niño,
y aderezando las havas:
¡Oh cuántas veces su suerte
por esta humilde trocaran,
que no conoce la intriga
ni ingratitudes amargas!
Encuentran la fresca yedra
que con la higuera se abraza,
y asi quisieran unidos
todos los genios de España.
En quitar la mala yerba
ven cuadrillas ocupadas,
otro tanto ellos quisieran
que entre los hombres se usara.
Ningun animal dañino
en cumbres ni sierras hallan,
mas nos cuentan que en su tierra
hasta en los palacios andan.
De cuando en cuando en el monte
se sientan á media falda
de madroños y lentiscos,
y verde mirto adornada,
do las aguas se despeñan
al son de las alboradas,
y el azahar llena el ambiente
de su agradable fragancia:
mas entre los altos pinos
un cuervo graznando pasa
del modo que á sus placeres
cálculos tristes asaltan,
y en busca de distracciones
trepan la cuesta encrespada.
Desde allí la mar descubren,
hay quien cree ver á España,
y entonces enternecidos
¡patria! ¡cara patria! esclaman.

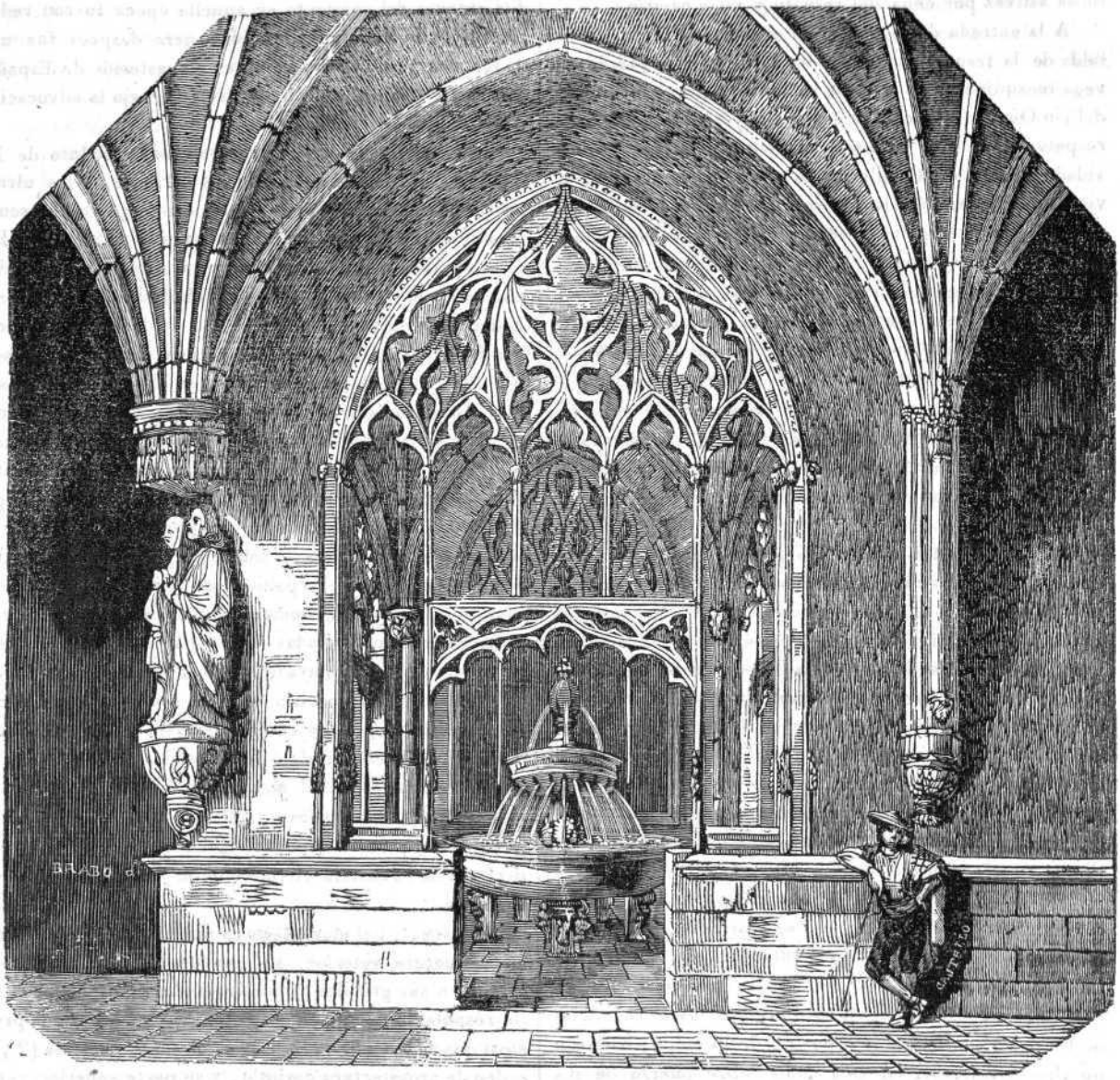
JOAQUIN MARÍA BOVER.



(Vista de la Cartuja de Valldemusa.)

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.

ESPAÑA PINTORESCA.



(Vista interior del monasterio de Oña.)

EL MONASTERIO DE SAN SALVADOR DE OÑA.

Caminando entre las altas y escabrosas montañas de Castilla que conducen al tranquilo y escondido pueblo de Oña, al desembocar en uno de aquellos barrancos, se divisa á este dibujándose confusamente sobre la misma sombra de los montes á cuya falda está situado. ¡Qué pobre vista presenta al viajero el pueblo de Oña! Apenas se distingue á lo lejos confundido con los escarpados cerros que le sir-

ven de abrigo. Al aproximarse mas se observa con satisfaccion su oscuro recinto, sus pardas torres, sus endebles muros y la mole sombría de su monasterio, que, á manera de la erguida y colosal palmera que se eleva sobre el humilde vergel que la rodea, sobresale con magestuosa altivez por cima del ruinoso y viejo caserío.

A la entrada de la poblacion se ven esparcidos en la falda de la fragosa eminencia los mústios vergeles de su vega mezquina, y se percibe el sordo y grave murmullo del rio Omino, que con su estendido y rápido curso ciñe respetuosamente el escabroso cimiento del antiguo y olvidado pueblo de Castilla. ¡Ah! ¡qué portentosa es la vista de aquellas elevadas sierras! ¡qué grato el ambiente que en ellas se respira! ¡qué dulces los recuerdos que á la imaginacion ofrecen!.... Al mirar el aspecto imponente de aquellas agrestes regiones, la tivia luz del sol que apenas brilla en un cielo sombrío, las montañas nevadas de lejano horizonte, la turbulenta corriente del caudaloso rio, y el sosiego inspirador de la apacible soledad; al mirar, digo, estos portentos de la naturaleza reunidos en tan reducido y brillante cuadro, no puede menos de elevarse el alma al Criador á la consideracion sublime de sus obras, y mirar esta como la mejor y mas perfecta de todas ellas.

El pueblo es triste y miserable; sus calles son estrechas y pendientes; y el aspecto de su pobre caserío manifiesta bien á las claras el orígen de su remota antigüedad. La primera fundacion de Oña se pierde en la oscuridad de los siglos: la existencia de sus duros cimientos, á juzgar por la consistente firmeza de ellos, parece tan antigua como los riscos que los sostienen y los collados que circundan el valle. En los remotos tiempos fue habitado por los españoles que huyeron del ignominioso yugo de Cartago y de Roma, y posteriormente tambien buscaron allí un abrigo los desolados moradores de Castilla contra la ominosa invasion sarracena.

La luz de la verdad habia aparecido ya en el mundo con la doctrina de nuestro divino Salvador, cuando la naciente iglesia perseguida encontró en este pueblo un refugio para sus hijos los fieles; y los mismos judíos en el desamparo y abatimiento en que (por los altos juicios de Dios) les constituyó la ceguedad de su culpa, hallaron un alivio consolador en Oña como dulce puerto de sus merecidas desgracias y vida aciaga y errante. Allí fundaron con separacion de los cristianos un barrio, que se denominó *Barrio-uso*, y cuyo nombre posteriormente ha conservado.

En las turbulentas guerras de Castilla contra los moros, cuando ya por los primeros adalides de nuestro suelo se les disputaba gloriosamente á los bárbaros el precioso terreno de sus conquista, D. Sancho, el último conde soberano de Castilla, fundó en Oña por los años 1002, un monasterio para consagrar á Dios en él sus victorias, y acrecentar la combatida fé. Este sagrado albergue de la austeridad y de la penitencia, erigido por un príncipe tan celoso y magnánimo, fue un poderoso muro contra el torrente devastador de los sarracenos, y donde se abrigaron las virtudes de muchas vírgenes cristianas que huyendo de las peligrosas escenas del mundo buscaron la paz apetecida en el cláustro solitario. Las dimensiones del convento en aquella época fueron reducidas, y su estructura humilde; pero despues fue uno de los mas grandiosos y célebres monasterios de España, consagrado á la gloria de nuestro Dios bajo la advocacion de San Salvador de Oña.

Los sucesos de la guerra asoladora, el luto de los pueblos, la criminal osadía de los bárbaros, y los ultrajes hechos por ellos á la religion, congregó en el oscuro recinto de este monasterio, por los años 1020, á muchos prelados sábios y piadosos cuyas virtudes y austeridad eminentemente cristianas resplandecieron despues para honor de nuestro suelo (1), á par de las que practicaron las esposas de Jesucristo: y este domicilio es fama que fué respetado por los moros y el precioso depósito de la mas esquisita piedad y el mayor celo por la religion. Las vicisitudes desgraciadas de la suerte, las tormentosas guerras de Castilla, la horfandad y el desamparo en que quedó el sufrido rebaño de los fieles al rigor de los sacrílegos enemigos, no pudieron contrastar la inalterable existencia y el soberano poder de este santo monasterio, que sobreponiéndose milagrosamente á la horrorosa y deshecha tempestad del mundo, salió libre é intacto sobre sus irritadas olas, como el arca de la alianza se elevó poderosamente sobre las aguas del diluvio.

Cuando principiaron á sentirse los dulces beneficios de la anhelada paz del castellano suelo, como el premio debido que diera el cielo á las virtudes de sus hijos, se habian reformado en el monasterio de San Salvador de Oña ambas comunidades, y últimamente solo quedó en él la de los severos monges, para honroso y ejemplar dechado de la austera virtud que ha llegado hasta nuestros dias.

El aspecto del monasterio es magestuoso é imponente: su estructura esterior, sin ser delicada ni primorosa, ofrece en sus grandes dimensiones y sencilla forma el sello respetable de su remota antigüedad. La portada principal que dá entrada á la iglesia es elegante y vistosa (2), su orden de arquitectura corintio, y su parte superior, compuesta de hermosas columnas, cornisas y escudos, le da mas realce y suntuosidad. Despues de contemplar en este sitio la curiosa perspectiva que presenta el viejo convento de Oña, desnudo en su esterior de los adornos y primores del arte, y entrando por la inmediata puerta que sale á un ancho patio del edificio, se encuentran los espaciosos andeles bajos del convento y en ellos las esca-

(1) Vivió en este monasterio Santa Trigidia, y se conserva en él su cuerpo; el del obispo San Ato y el del abad San Iñigo, natural de Calatayud.

(2) Véase la lámina que vá al final de este artículo.

leras que conducen á las principales habitaciones de él. Estas, exentas ya de sus bellezas y adornos por los ultrajes del tiempo, serian dignas de la admiracion del observador á conservarse en el estado de esplendor y suntuosidad que un dia debieron tener. Queda, sin embargo, en algunas de ellas el vistoso pavimento de luciente piedra, puertas de negro nogal con lindas molduras, altas y estensas bóvedas rodeadas de cornisas y preciosos relieves de estilo gótico, y en las paredes los marcos de trabajado ébano, donde se contenian bellas y antiguas pinturas que la mano destructora de la época ha hecho desaparecer. Los cláustros altos del monasterio son estrechos, sencillos y sombrios: estiéndense estos en diferentes direcciones formando una especie de laberinto en razon á su número y prolongacion. Las celdas son primorosas y cómodas, y sus ventanas y balcones dan vista al ancho patio de que hemos hablado, al inmenso huerto del convento, ó al agreste y montuoso yermo que rodea á este. La habitacion que era del abad, se distingue entre todas las demas por su estension y belleza; á pesar que los antiguos adornos que la decoraban han desaparecido. Por la estructura interior de toda esta parte del convento se conoce que fue edificada en distintas épocas y bajo diverso plan de direccion, pues no forma la obra *el todo* compacto y ordenado que el arte recomienda.

¡Qué tristeza infunde el recorrer estas mansiones desiertas y destruidas que fueron en un tiempo el objeto del religioso respeto de los príncipes y el asilo de la piedad! En ellas se aposentaban los reyes de Castilla cuando buscando una gustosa tregua á los cuidados enojosos de la corte, dejaban el tumulto de ella por la tranquila soledad de este retiro.

Pero lo mas grandioso y digno de admirarse que conserva el monasterio de Oña es su hermosa iglesia y el patio y cláustros góticos que dan interiormente entrada á ella. Esta es obra algo mas moderna que lo restante del antiquísimo convento, que acabamos brevemente de describir, y de un mérito y primor extraordinariamente superiores en su estructura. La iglesia se construyó por los años 1470, siendo abad Fray Juan de Roa, y los cláustros se hicieron por los de 1495 á 1500 bajo la direccion de algunos de los mejores arquitectos de aquella época que concurrieron en Oña á la construccion de estos soberbios é inmortales monumentos del arte.

El patio es bello y ostentoso, no solo por su estension, sino por el esmero, la proporcion y elegancia de su admirable obra. Su plano forma un perfecto cuadro enlosado de mármol: en uno de sus ángulos tiene una abundante y preciosa fuente de piedra; y rodéanle por sus cuatro lados los sorprendentes y magníficos cláustros cuya esquisita arquitectura gótica ha sido con justicia la admiracion de cuantos han visitado el monasterio. En el estremo de uno de estos cláustros se encuentra la puerta que dá á la iglesia: es grande, y su elegante portada ofrece una vistosa perspectiva.

En la actualidad al entrar en la iglesia del convento de Oña se esperimenta una impresion desagradable al ofrecérsele de pronto á los ojos el deterioro de aquel recinto y el negro monton de sus escombros. Solo la detenida consideracion de sus oscurecidas bellezas puede hacer grata la permanencia en este antiguo templo, seno un dia de la severa piedad y solemnidad del culto divino y ahora del estrago, de la miseria y la profanacion. Entrando por la puerta de los cláustros y á mano izquierda, se encuentran unas altas verjas de hierro que dividen la parte inferior de la iglesia, que termina con el cancél y la puerta principal, de la superior y mas estensa que concluye con el presbiterio y altar mayor. Estas magníficas verjas, conservadas aun en bastante buen estado, separaban el concurso devoto de los fieles de el de los retirados monjes en muchas festividades religiosas, y mayormente en las horas consagradas por estos á la penitencia y oracion. Todo el interior de la iglesia es esplendoroso y bien concluido: brillando en la gótica arquitectura de la única nave de que se compone el mas esquisito gusto y la mas lucida ostentacion. El órgano se eleva magestuosamente al lado del coro alto, y enfrente de la puerta de los mencionados cláustros, bien conservado en el general estrago: la mayor parte de las capillas del templo apenas contienen restos de su antiguo estado de grandeza y primor; tal es el velo ruinoso que los cubre. Antes de llegar al altar mayor, y cerca del elevado y elegante presbiterio, se estienden á derecha é izquierda, en dos entradas simétricas que forma la iglesia, el hermoso coro bajo compuesto de negro y bruñido nogal, y adornados sus asientos de bellas molduras del mas esmerado trabajo y delicada proporcion. El presbiterio de mármol oscuro se eleva mas de cuatro pies sobre el desigual y ruinoso pavimento del templo; en el que, y casi en su último término, se halla el ara sagrada. Sobre ella y á bastante elevacion se alza el grandioso y dorado tabernáculo adornado de estátuas, cornisas y follajes, que constituyó el soberbio altar mayor de este viejo santuario. En los lados del evangelio y la epístola se ostentan, colocados entre columnas y sostenidos en anchos pedestales, los ocho antiguos sepulcros de negro nogal do yacen los restos del primer fundador del monasterio con los de otros personages de esta ilustre familia que posteriormente reinaron en España. Al lado del coro bajo se encuentra otra grande y espaciosa puerta que conduce á los cláustros interiores del convento y tambien á la sacristia. Esta es digna del suntuoso monasterio á que pertenece y el local mejor conservado que se halla en todo él. Su primorosa estructura es gótica y su bóveda variada y vistosa. Rodéale por sus cuatro frentes, sin dejar mas espacio que el que ocupa la puerta, una estensa y corrida mesa, de cedro al parecer, sobre la que se levantan algunos espejos y doce hermosísimos cuadros (con marcos y cristal) pintados al ólio que representan los doce apóstoles. Por su sobresaliente mérito ha sido considerado es-

te apostolado, desde tiempo remoto, como una de las mas ricas joyas del convento.

La frondosa huerta que tiene á la espalda el edificio es notable por la estension de su rádio y el grande estanque que en ella se conserva, en cuyo abundante raudal, naciente en aquellas montañas, pueden bogar barcos, y ejercitarse la pesca. Este célebre convento ha tenido pingües rentas y 28 prioratos que fueron en un tiempo conventuales hasta que por el concilio tridentino y capítulo general de los monges se mandó hacer la reunion de todos.

Al visitar los inmensos cláustros de este sagrado y solitario albergue; al contemplar sus antiguos sepulcros destruidos, sus altares arruinados y todas las bellezas de su famosa suntuosidad aniquiladas y oscurecidas, se apodera del alma el mas acerbo sentimiento, deplorando amargamente el rigor de tan culpables ultrajes producidos en menoscabo de la moderna civilizacion. Mas ¡ay! que estos grandes y soberbios monumentos erigidos á la ostentacion del culto religioso, al recuerdo de hombres eminentes en virtudes, armas ó saber, ó á las épocas célebres de nuestros triunfos, en el dia el genio de la presuntuosa ignorancia y el torrente fanático y destructor de la revolucion los ha hollado lastimosamente, profanando con su injusto encono objetos tan apreciables y sagrados: objetos de alta valia en que se ensalzaba la gloria del Dios de nuestros padres, se eternizaban las victoriosas empresas, aprendian las artes y se ejercitaban las letras.... Monumentos, en fin, tan útiles como respetables, y cuya honrosa conservacion es el esplendor de las naciones, el testimonio de sus hechos, el barómetro de su ilustracion, y la historia muda de sus pueblos.

Tal es el estado de abandono y humillacion en que se halla el insigne y venerable monasterio de San Salvador de Oña al equivocado impulso de las anheladas reformas: la utilidad de estas se empaña y oscurece á la criminal profanacion de estos sublimes modelos de las artes, cuya permanente duracion debiera siempre lisongear á los buenos españoles, viendo en esta página elocuente del saber, las virtudes y azañas de nuestros antepasados, el orgullo de la patria, y la gloria de su cielo.

JUAN GUILLEN BUZARAN.



[Vista exterior del monasterio de Oña].

CONOCIMIENTOS AGRÍCOLAS.

INSECTOS QUE DESTRUYEN LAS ALFALFAS Y MEDIOS DE EXTINGUIRLOS.



Toda investigacion que se haga en la agricultura está ligada con la doctrina y luces de las demas ciencias naturales. Las que especialmente deben fijar la atencion del que se dedique á extender los límites de los conocimientos agronómicos, es la física y filosofía vegetal que nos enseñan las relaciones que existen entre las plantas, analizan su estructura, se ocupan del estudio de las substancias que las alimentan, de las causas físicas que pueden ser útiles ó nocivas á su primer desarrollo, y de todas las circunstancias susceptibles de influir en bien ó en mal sobre su existencia. El vuelo audaz con que vemos en nuestros dias lanzarse el ingenio del hombre en lo mas recóndito de las ciencias auxiliares á la agricultura ha hecho que participe esta de sus adelantos; así la química descomponiendo los vegetales nos da á conocer los diversos elementos que hacen parte de su organizacion; reduce á verdaderos límites el arte de analizar las tierras; manifiesta las mejoras de que es capaz el suelo cultivable, y el modo de obrar de todos los agentes de la vegetacion. La ciencia que ha de

contribuir á engrandecer el horizonte de la agricultura será la zoologia, ó sea el estudio de los animales, y en particular la entomologia, el tratado de los insectos, la parte mas bella de la naturaleza viviente; pero la mas difícil y atrasada, á pesar de los trabajos de infatigables naturalistas. Se han estudiado los insectos con relacion á las utilidades que pueden reportar al comercio, las artes y la medicina: resta que nuestros esfuerzos se dirijan á destruir los que nos son dañinos. Si algunos pocos nos sirven de provecho, la mayor parte nos perjudican atacando nuestros artefactos, vestidos y plantas. Los nocivos son formidables enemigos, porque la naturaleza nos ha dejado el cuidado de destruirlos, y los medios para ello son bien insignificantes. Con el estudio de la entomologia sabremos su modo de vivir y de nutrirse; con la física y fisiologia vegetal qué especie de planta será su alimento preferido, y la química nos enseñará los agentes que sin perjudicar los vegetales destruyan los insectos.

El insecto es la obra maestra del criador por la delicadeza y sublimidad de su organizacion, por lo maravilloso de su metamórfosis, y en fin por su poder ilimitado sobre todo lo viviente. El mismo hombre que ostenta una orgullosa superioridad no se libra del poder de los insectos, y es muy probable que la mayor parte de las enfermedades que le aquejan sean debidas al desarrollo de ellos en el parenquima de sus órganos. Hasta en la sangre humana los ha encontrado Borelli. Todo está poblado de insectos dotados de diversos gustos é inclinaciones; unos se devoran entre sí, los hay parásitos de todos los animales, y los mas se alimentan de las plantas y sus productos. Aquellos cuerpos sobre que nacen les sirven de pasto; la naturaleza, tierna madre, apenas los da á luz les presenta la morada y el alimento, y este generalmente consiste en substancias vegetales. En efecto el medio mas universal de nutrirse es de plantas, no respetando ni el duro leño de los árboles; pero con particularidad los prados artificiales son atacados todos los años de cierta plaga de insectos que los despoja de sus hojas, los reduce á un estado de languidez, y desmejorándose sucesivamente acaban antes de tiempo. Los prados artificiales son el nervio de la agricultura, su piedra filosofal; con razon decia Artur Young, que aquel labrador será mas rico que siembre mas prados. Con su extension y la mejora de los que existen en España se convertirá en la mayor fertilidad este suelo benéfico que no espera mas que la mano del hombre. Muchos son los vegetales aptos para prados artificiales; pero con razon damos la preferencia á la alfalfa: no es tan útil el vallico, aunque alabado por los extranjeros, porque no se siega mas que una vez al año; da poco forrage, se pone duro con el tiempo, y como cereal es una de las peores preparaciones para la sementera del trigo, á cuya familia natural pertenece. El pipirigallo en algunos terrenos pudiera ser mas ventajaso; pero la alfalfa ocupa el primer lugar entre las plantas de prados artificiales. Todos los geoposiscos antiguos hacen un elogio de este precioso vegetal, y la experiencia ha justificado que con razon le tiene merecido. Los romanos la daban el mas esmerado cultivo, y la llamaron *medicago*, como si fuera una medicina universal para los animales. Los árabes la tenian por uno de los mejores alimentos para los ganados: dada en verde á las burras, vacas y ovejas, aumenta la secrecion de la leche. Podria dar buen fruto por 10, 15 y mas años; pero su duracion es corta, y los productos débiles por el rutinario cultivo que se sigue. Es mas recomendable que las demas plantas de prados por el numero de cortes que se la dan, que llegan en los paises meridionales á 10 y 12. Se cria espontánea y se llama mielga; es perenne, con raices perpendiculares y profundas; si se siembra espesa, los tallos son pocos, débiles, y no pudiendo recibir la accion directa del lumínico y del aire, su substancia se altera, haciéndose el tegido acuoso é insípido. Estos accidentes se remediarian si se adoptase el método de sembrarla en líneas distantes un pie, entre cuyos espacios, aplicando las labores en tiempo oportuno, y combinadas con los riegos, resultaria una prodigiosa multiplicacion de tallos y partes foliaceas; circunstancia que busca el labrador en sus prados. Ademas de esta utilidad, dicho método facilitaria el poner en ejecucion los medios mas directos y positivos contra los insectos que devoran nuestras alfalfas.

Cuando el sol de la primavera con su calor fecundante obliga á la tierra á que se cubra de producciones, millares de insectos adormecidos por el frio reviven, y los gérmenes que dejó la generacion anterior principian á avivarse, estimulados por el calor benéfico que penetra su núcleo orgánico, y le convierte en nuevo ser. Sufre este mecanismo transformatorio é inesplicable una casta de insectos peculiar de la alfalfa, que son de forma cilíndrica, delgados, largos como de media pulgada, de color mas ó menos negro, piel lisa, blanda, flexible; cabeza escamosa, reluciente, negra; el cuerpo sin anillos; con seis pies anteriores; su multiplicacion en algunos años es tan prodigiosa, que cubren casi toda la planta, y sus partes foliaceas son destruidas en un instante. Se llama en algunas provincias este insecto cuca. Se observa desde abril hasta junio, en el que desaparece, no quedando mas rastro de semejante animal que las hojas de la alfalfa acrivilladas y roidas. Segun la descripcion, este insecto se halla en estado de larva, y siendo esta originaria de gérmenes que dejaron otros insectos de organizacion diferente, nos resta saber qué especie es; pero antes daremos á conocer las transformaciones á que está sujeto este y todos en el periodo de su existencia.

Todos los cuerpos organizados sufren transformaciones y mudanzas de figura. Los insectos tienen tres metamórfosis, cuyos estados se denominan larva ú oruga, ninfa ó cripsálida, é insecto perfecto. El primer estado dura mas ó menos tiempo con algunas mutaciones ligeras en el curso de su crecimiento hasta la época crítica de transformarse en ninfa ó cripsálida: entonces cada especie emplea su modo particular de preparar su morada que los libre de la intemperie y del ataque de sus muchos enemigos: esta morada es en forma de capullo con seda ú otros materiales, ó bien eligen los parages menos habitados, y hacen agugeros en la tierra, penetran la madera, se colocan debajo de la corteza de los árboles, ó retuercen las hojas, con otras innumerables maniobras, que no se pueden conocer ni admirar lo bastante. Asi quedan sin moverse, como privados de existencia, tomando el nombre de ninfa ó cripsálida por algun tiempo, despues del cual se hiende esta, y sale el insecto en estado perfecto, rompiendo en seguida las paredes de la cárcel que se fabricó. Muchos pierden la vida al verificar este cambio; y les valdria mas arrastrar por el suelo, que adquirir alas con tanto trabajo y peligro. Despues de esta metamórfosis viene el insecto en todo su complemento; su cuerpo ya no tiene relacion con las formas anteriores, y dotados en este último estado de la facultad de la propagacion, cumplen con este deber de la naturaleza; dejan de existir, y su posteridad queda abandonada á los cuidados de esta madre universal que no falta á reproducirlos con una fecundidad admirable. Tal es la marcha de la procreacion y vida de los insectos. Los antiguos, menos ilustrados que nosotros en las ciencias naturales, desconocian estos maravillosos fenómenos de las metamórfosis, admitian la generacion es-

pontánea, y la aparicion de los insectos la atribuian á la putrefaccion como madre comun de los seres. Un buey muerto producia, segun ellos, abejas, un caballo abispas, zánganos; este error ha llegado hasta nuestros dias; y si no fuera por los adelantos de la historia natural estaríamos en la ridícula idea de que un buey, un elefante muerto, un monton de estiercol podrian causar la generacion de los insectos, objeto de nuestro desprecio; pero si se observa con que arte y habilidad está organizado cada uno de estos vivientes hasta el mas sencillo, es imposible creer que coordinacion tan perfecta de músculos, de nervios, de venas y de articulaciones sea efecto de la combinacion fortuita de las moléculas de una materia que se corrompe. El insecto es la obra en que brilla mas la omnipotencia del Criador, y no puede admitirse que seres de tan admirable fábrica provengan de generacion espontánea como se ha creido. El mismo Ovidio dice en sus metamórfosis: ¿no veis como los cadáveres que se corrompen convierten poco á poco por la fermentacion los líquidos que contienen, y los cambian en pequeños animales? Este error de los antiguos y de algunos de los siglos XV y XVI proviene de la falta de observacion, y de seguir ciegamente la autoridad de Aristóteles. Como las indagaciones sobre la generacion de los insectos exigen mucho cuidado y perseverancia y la ayuda de finos microscopios, no es estraño que dicho error haya durado tanto tiempo. En el dia estamos plenamente convencidos de que todo viviente viene de otro ser semejante á él, y que la generacion de cada especie y la de los insectos es tan perfecta como la del hombre mismo.

En el conocimiento de la propagacion, y transformaciones de los insectos, estriba el método que vamos á proponer para perseguirlos y acabarlos. Ya es tiempo que las luces de las ciencias naturales se popularicen y se pongan al alcance de todos. De la anterior doctrina deduciremos la clasificacion del insecto de que se trata. Hemos dicho que es una larva, vive como unos 40 dias, despues desaparece, y á la primavera se presenta el insecto perfecto que es un coleoptero con 4 alas, dos superiores crustáceas y las inferiores membranosas mas grandes, pero se envainan en aquellas con un pliegue transversal; es negro, de unas tres á cuatro líneas de largo, la estremidad del abdomen en punta, la cabeza cubierta en parte por la caperuza con unas antenas terminadas en maza. Segun estos caracteres, pertenece al género Melolonta de Cuvier, de Fabricio y Lineo, familia de los lamelicornes, seccion de los filofagos. Todos los de esta seccion devoran las partes tiernas y foliaceas de las plantas en estado de larva y de insecto perfecto.

Tambien en el mes de agosto aparece otra casta de insectos, enemigos devoradores de la alfalfa, y compite y aun supera en estragos á la anterior. Se presenta bajo la forma de un gusano de doce anillos, con seis pies anteriores y aun rudimentos de otros posteriores, en todo semejante á una oruga. En algunas localidades húmedas se multiplican de un modo extraordinario, no forman capullo, y se transforman en mariposa, como una mosca de grande, de color blanquizco ceniciento, y vuela por la tarde. Parece ser un insecto del género *falena*, orden 2.° Lipidopteros, familia de las nocturnas. Dice Cuvier que los métodos de clasificacion de este último son muy imperfectos, y no será extraño que se hayan equivocado las especies; pero cualesquiera que sean, los medios de destruccion siempre serán los mismos, y aun se podrán aplicar con ventaja contra muchos insectos que atacan nuestros mas estimados vegetales. Prévias estas nociones veamos como los hemos de perseguir en todos los periodos de su existencia. Casi todos los insectos antes de invierno mueren, dejando su prole resguardada del frio, y sino ellos mismos se ponen al abrigo de él. Un libro era necesario para explicar las varias precauciones que les hace tomar su instinto para ponerse ó colocar sus huevecitos á cubierto de la intemperie y de sus muchos enemigos. Hasta la cubierta esterior del huevo es de tal naturaleza que le preserva de la humedad. En estado de huevo, larva, ninfa é insecto perfecto, procuraremos su destruccion. La primera circunstancia que buscan los insectos para guarecerse ó depositar sus gérmenes, es la tranquilidad de su morada; asi buscan los parages incultos y abandonados como bosques y prados. Los campos de alfalfa se hallan en este caso, porque en el transcurso de algunos años no hacemos mas que aprovecharnos de su forrage y regar. La prodigiosa multiplicacion de insectos que en la estacion del calor infestan dichas plantas, se debe al abandono en que dejamos por tanto tiempo los campos en que se crian. En el cultivo tenemos un recurso cierto y positivo que contribuirá á la destruccion de los insectos. Con las labores aplicadas antes de la primavera entre los espacios intermedios de las líneas de la alfalfa con un pequeño arado, se trastornarian las guaridas de los gérmenes, y exponiéndolas á la intempérie perecería la mayor parte. Aunque se haga esta labor en tiempo de frio, no perjudicaría á la planta porque sus raices son perpendiculares y profundas; al contrario la tierra removida lateralmente por el arado la cobijaría, y las raices rotas se multiplicarían hasta lo infinito; aumentándose los puntos absorventes del alimento, los tallos serian en mayor número y los cortes del forrage mas frecuentes. Removida y ahuecada la tierra en los primeros riegos ó á la aproximacion de una lluvia, se esparcirán cenizas por el campo para que formando una legia con el agua, mate todos los huevos é insectos que hayan escapado del rigor del invierno. Si las lluvias son copiosas se usará la cal: la esperiencia ha confirmado que echada en los montones de estiercol y lavando con ella los árboles, perecen huevos, larvas y semillas de malas yervas. La cal apagada en leche echada sobre los racimos y otros frutos, los preserva de los animales. La lechada de cal es un específico contra el tizon de los granos, y lejos de dañar la vegetacion la da mas vigor y preserva de los insectos y hasta de los pájaros. El mismo Arias dice en sus lecciones de agricultura que la cal es de un uso muy antiguo; que obra como disolvente promoviendo la descomposicion de los seres orgánicos, y atrayendo el gas ácido carbónico lo retiene en beneficio de las plantas. La cal aunque activa no daña, y en el dia se usa mucho; se puede mezclar con azufre, con hollin, con el polvo de los caminos y carbon pulverizado. En los terrenos secos se usará el yeso: produce efectos maravillosos en los prados artificiales de las leguminosas, y aun en el invierno dobla la cosecha de la alfalfa. Segun Bose obra apoderándose de la humedad del aire, y ayuda á la fermentacion de los abonos. Debe usarse con moderacion, y si puede ser mezclado con cenizas. Las propiedades del yeso son muy poco conocidas. Cuando á pesar de las labores y de las substancias dichas, esparcidas por el campo antes de la primavera, apareciesen algunas larvas ú orugas, se acabarán de destruir con el método de la caza que usan en Valencia, repitiendo la operacion tarde y mañana. En seguida se espolvorearán las plantas con yeyo calcinado: el que por su accion fuertemente estimulante destruye los insectos que se pongan en contacto con él, acrecentando las partes tiernas y foliáceas de la planta mas de lo ordinario, por cuya razon se le ha llamado el abono del milagro. La introduccion de esta práctica se

debe á los americanos, y Mr. Soquet, repitiendo estas mismas esperiencias, ha confirmado el aumento de forrage cuando se esparce sobre la alfalfa, y toda la familia de las leguminosas.

Cuando el segundo insecto que hemos descrito se presenta en estado perfecto, lo podremos perseguir colocando en el campo de trecho en trecho hogueras de paja algo húmeda y de estiercol enterizo, porque un humo espeso perjudica á estos insectos, y les seria mas deletéreo si se echase algo de azufre. En resúmen, con las labores, legías de cenizas, cal, yeso, la caza y el espolvoreo hecho todo á su debido tiempo podremos exterminar en un par de años los insectos que infestan nuestras alfalfas; método que se podria generalizar con algunas modificaciones contra todos los insectos.

Para asegurar el éxito, y que no sean infructuosos los medios propuestos, las autoridades debian obligar por via de policía á que en una provincia, comarca ó partido, los esfuerzos dirigidos á la destruccion de los insectos sean simultáneos; solo de este modo nos podemos librar de semejante plaga por mucho tiempo. En el dia, por no querer atacar todas las especies á la vez, quedan en el mismo ó mayor número; y aunque uno ó dos labradores pongan el mayor cuidado en aniquilarlas, el campo del vecino le proporciona mas que los que pudieron ellos acabar. Se le darán al labrador las instrucciodes necesarias para que los persiga con conocimiento, animando al mismo tiempo, y premiando la actividad de los que mas trabajen. En fin la mano poderosa del gobierno removeria todos los obstáculos con medidas legislativas y oportunas.

José Echegaray.

COSTUMBRES UNIVERSITARIAS.

LA BORLA.

Hace pocos años que con motivo de graduarse de doctor un amigo mio en la universidad de Alcalá de Henares pasé á dicho pueblo, y asistí por primera vez á esta ceremonia: con este motivo tuve ocasion de observar las costumbres de sus estudiantes, sus ejercicios literarios y el aparato anticuado de sus ceremonias, que fué lo que mas llamó mi atencion. Al presente esta misma universidad se nos ha entrado por las puertas de la capital; pero tan disfrazada que no la conoceria la madre que la parió. Los usos y trages antiguos han desaparecido en su mayor parte, y dentro de pocos años apenas quedará quien los haya visto ni se acuerde de ellos: entonces se leerán con novedad aquellas cosas que ahora por haberlas visto recientemente no hacian impresion. Una órden del gobierno desnudó á los estudiantes de sus bayetas, y los redujo en el esterior al comun de los ciudadanos: quizá otro segundo golpe concluirá con todas las costumbres antiguas, á no ser que se crea mas oportuno hacer una amalgama de usos antiguos y modernos, de la misma manera que se quitan los adornos góticos de una fachada por no embadunarla despues con una mano de estuco, ó por un anacronismo harto frecuente se reunen trozos de diferentes épocas, colocando un retablo de gusto moderno entre los prolijos adornos de un templo de la edad media. Para enterarme, pues, á fondo de todo cuanto viese, me asocié con un estudiante jóven y de bastante instruccion, que estaba en la misma posada que mi amigo, el cual se ofreció á ser mi *Cicerone*.

Llegó por fin el dia de la Borla, anunciada desde la tarde anterior en la universidad por un repique de campanas.

Serian las diez de la mañana cuando nos dirigimos hácia la universidad mi compañero y yo: entramos por el hermoso patio del colegio mayor de S. Ildefonso, y despues de haber atravesado otros dos llegamos á un sitio que mi compañero dijo se llamaba el Paraninfo: dan este nombre á un vetusto salon donde se juntaba el claustro de doctores para conferir el grado de doctor (ó como vulgarmente se dice la Borla), y para algunos otros actos literarios.

Un tablado elevado media vara sobre el pavimento corria desde la puerta hasta una cátedra, sita en frente de ella, dividiendo el salon en dos partes iguales: el de la derecha servia para los doctores, y el público se acomodaba en la izquierda: las señoras podian asistir á las tribunas.

Mi amigo me insinuó que podíamos colocarnos en un banco que habia en el area de la derecha, destinado para los parientes y amigos del graduando; pero yo que deseaba por el contrario estar en parage donde pudiese observarlo todo sin llamar la atencion, preferí el colocarme en uno de los bancos destinados para el público.

Desde allí me entretenia en ver las diferentes figuras que sucesivamente se iban deslizando por la puerta adentro á ocupar el salon. Un doctor en leyes entraba pavoneándose con borla carmesí: por debajo de la sotana que le llegaba apenas á las rodillas se descubrian su pantalon azul y sus grandes travillas: saludó con borla en mano á varias señoras que ocupaban las tribunas, y en seguida se dirigió hácia un corro de doctores que disputaban acaloradamente: en la parte opuesta un grupo de estudiantes con sotana escurrida y sombrero de forma ambigua se divertian en burlarse de los concurrentes de uno y otro sexo, y reirse de sus catedráticos y de un cadete de artillería, que por mirar á las tribunas se cayó contra un banco, con no poca algazara de los alumnos de Minerva.

Entre tanto yo no cesaba de repetir mis preguntas á cada momento para informarme de todo, cuando vino á cortar nuestra conversacion un estraño ruido de atabales, chirimías y bajones: entonces una confusa chusma entró presurosamente, é inundió todos los ángulos del salon, y los doctores se recogieron á sus respectivos sitios.

En breve se oyó la música ratonera á la puerta del salon: las chirimías y bajones entraron dentro, y fueron á tomar asiento en un banco bajo junto á los de los doctores. El estandarte de la universidad adornado con unos enormes lazos de cintas era conducido por un estudiante, amigo del graduando: presentóse este en seguida con la cabeza descubierta, y al lado de su padrino, precedido de los bedeles y el maestro de ceremonias que iban de golilla, y seguido del rector y su acompañamiento: al entrar este, el maestro de ceremonias dió un bastonazo: todos nos pusimos en pie hasta tanto que se sentó el rector en su sitio, que era por cierto una tabla pelada debajo de la cátedra, asiento mas duro sin duda que la saca de lana, y harto mezquino, aunque lo llamasen preeminente. El graduando se sentó sobre el tablado al lado de su padrino, el cual principió un discurso latino, pidiendo la venia con palabras ampulosas y frases altisonantes (1) al Sr. D. Rector, á la sagrada facultad, á los venerandos

(1) Las palabras latinas Dominus Dominus se traducen en castellano Señor Don; no sé, pues, por qué daban al rector este tratamiento, diciéndole Domine Domine Rector.

perscrutadores de los sagrados cánones, á los integérrimos intérpretes de las leyes, á los sapientísimos investigadores de los arcanos de la naturaleza, y al respetable público: al invocar á este último, dirijió una mirada vaga y risueña hácia las tribunas; en seguida tosió, sacó el pañuelo, limpióse frente y narices, y principió su declamacion con aire magistral, espetándonos un exordio tan general, que venia allí tan á pelo como en un sermon de ánimas. A poco rato supimos de donde era natural el graduando, su mucha aplicacion, y los repetidos honores con que habia sido condecorado durante su carrera literaria, por los cuales se habia hecho acreedor al premio que se le iba á conferir.

Yo que sabia lo que era mi amigo, que durante su carrera habia tenido sus puntas y collar de holgazan, y que se graduaba sin mas méritos que los de nuestro Señor Jesu-Cristo, no pude menos de burlarme en mis adentros de tan baja adulacion; aunque por otra parte conocí el derecho que tenia á ella el graduando, puesto que la habia comprado con su dinero. Cansado, pues, de oir elogios, entablé otra vez el diálogo con mi estudiante, y en verdad que todo el auditorio, inclusos los doctores, hacia lo mismo, y el murmullo de tantas conversaciones alternaba con la estrepitosa declamacion del padrino.

¿No me sabrá V. decir qué alusion tienen los diferentes colores de que usan los doctores en sus borlas?

No sabré decírselo á V., aunque oí decir á un teólogo que tenian cierta analogía con los aureolas de los bienaventurados: solo puedo decirle que los teólogos que se sientan los primeros junto al rector, llevan la borla y capirote de blanco, los canonistas usan el verde, y los legistas el encarnado: aquellos que ve V. de azul debajo del banco de los teólogos son los maestros en artes, ó doctores en filosofía.

¿Y aquel de la borla amarilla á qué facultad pertenece? Es un doctor y catedrático de Medicina, el único que hay en esta universidad, por haberse suprimido en ella esta facultad por el plan de estudios del año 1824.

Entonces mi amigo hizo la observacion de que esta universidad, que en sus principios no se componia mas que de teólogos, médicos y maestros en artes, habia variado de tal modo que en el dia ya no tenia doctores médicos; los de filosofía se iban concluyendo, pues nadie se graduaba en ella; y la facultad de teología, en otro tiempo tan numerosa, era la que menos individuos tenia en sus aulas.

Dígame V.: ¿qué empleo tiene aquel jóven que está tambien sobre el tablado frente al graduando y su padrino?

Aquel es un amigo del graduando, y como un segundo padrino: le llaman la gallina, asi como al otro padrino le llaman el gallo. Dióme no poco que reir la ocurrencia de aquel gallinero académico. Habia observado durante la conversacion algunos colegiales que habian entrado con sus trages peculiares, que me llamaron no poco la atencion; hícelo presente á mi interlocutor, el cual me dijo, que en efecto habia en Alcalá tres ó cuatro colegios menores, los cuales en sus trages y colores no guardaban analogía con los de las facultades que estudiaban, como yo habia creido. Uno de ellos se titulaba de los verdes, porque usaban manto de este color y beca de color de ladrillo, y eran legistas. En el de Málaga estudiaban teología, y llevaban manto encarnado y beca morada; y en otro que llamaban del Rey usaban manto de paño pardo y beca de azul oscuro, y eran juristas. Díjome tambien, que á fines del siglo pasado habia otros muchos con diferentes trages y obgetos, como el de Lugo, otro de Leon, de Aragon, de Santa Justa y Rufina, de Irlandeses, el Trilingüe y otros varios que se suprimieron por falta de renta, aunque al colegio mayor de San Ildefonso no le valió el tenerlas para que no le suprimiese el benignísimo príncipe de la Paz, pues vendió sus principales fincas en un millon de reales, y en verdad que no fueron caras.

Aquí llegábamos de nuestra conversacion, cuando el padrino, alias el gallo, concluia tambien su discurso.

Levantóse, y dirigiéndose al rector, le pidió el grado de doctor para su cliente. Accedió á ello el rector, y entonces, hincándose de rodillas el novel doctor, juró uno tras otro todos los misterios de nuestra santa fé, y otras varias cosas que ni eran misterios, ni de fé.

Entre tanto los bedeles andaban muy afanados repartiendo propinas á los doctores: iba yo á preguntar si habia tambien propinas para el público, lo cual me hacia creer la multitud de artesanos, y aun pobres que habian concurrido, cuando volvieron á sonar las chirimías y bajones, formando un ruido semejante al que forman el maido del gato y el sordo abullido de un perro cuando se preparan á embestirse: entonces el rector tomó la borla del graduando que estaba sobre una bandeja de plata, y haciendo con ella la señal de la cruz, la puso sobre la cabeza de su dueño. En seguida el padrino condujo al doctor novel al pie de la cátedra, sobre la cual estaba encaramado el decano de la facultad: dirigióle este una arenga que nada tenia de improvisada, advirtiéndole y ponderándole la dignidad que acababa de contraer y las obligaciones en que le constituia, y para exhortarle al estudio le entregó un librito encuadernado en tafilete, muy parecido á una guia de forasteros.

Faltaba todavía lo mejor: ¡cómo me habia yo de figurar que en el siglo XIX habia de ver armar caballero! y á quién? á un estudiante: en efecto; bajó el decano de su cátedra, y principió la ceremonia algo diferente por cierto de la que usó el ventero con el hidalgo de la Mancha: como el nuevo doctor no llevaba donde ceñirse la daga ni la espada, no hizo mas que tomar los chismes conforme se los fueron dando, y dejarlos en seguida sobre la mesa, despues de dar tres cortes al aire: en cuanto á las espuelas por no ponérselas á los pies, se las pusieron en la mano.

Principió en seguida á repartir abrazos á todos los doctores, principiando por el rector, y concluyendo por el último maestro en artes: abrazos hubo allí casi comparables á los que le dió á Roldan el amigo Bernardo, si no mienten los romances.

Concluido el ceremonial de los abrazos, restableciése nuevamente el órden en el salon, y el baston del maestro de ceremonias concluyó de imponer silencio, para que oyésemos el panegírico de nuestros reyes que es lo último, y lo que nos restaba que oir. Principió á recitarlo el nuevo doctor con voz apagada, y con un estilo monótono que descubria á la legua, que el relator y el redactor de aquel discurso eran personas diferentes: bien es verdad que á juzgar por lo hinchado del estilo, y lo vago de sus conceptos, no estaban muy distantes el uno del otro: por fortuna el amigo no fué muy prolijo: despues de haber recitado mal lo poco que dijo, tartamudeando y dejándose cláusulas enteras con detrimento de la composicion, y no poca mortificacion del padrino que le apuntaba por bajo, llegó por fin á una cláusula en donde se atascó: tosió, tartamudeó 304 veces una misma palabra, y no sabiendo que decir, se quedó parado: entonces volvieron á sonar las chirimías y bajones, y con esto se levantó la sesion, saliendo el nuevo dotor entre los abrazos y aplausos de sus amigos que le repetian irónicamente la consabida fórmula de «V descanse,

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



CERVANTES.

REDUCIR á las diminutas proporciones de un artículo de periódico la multitud de variados incidentes que abraza la vida del inmortal autor del Quijote, seria vano empeño cuando no menguase el interés que constantemente inspira la memoria de tan celebrado ingenio. Proverbial su pobreza; conocida su profesion de soldado en los tercios españoles; señalado por su valor en el memorable combate naval de 18 de octubre de 1840.

Lepanto, en cuyas aguas quedó humillado el orgullo otomano por la pericia y denuedo del invicto Don Juan de Austria, hijo natural de Cárlos V; no ignorada de nadie su cautividad en Argel, ni su arrojo y perseverancia por librar de las cadenas á sus compañeros de esclavitud, únicamente faltaba conocer menudamente hasta las mas pequeñas circunstancias acerca de su orígen y nacimiento, estudios, viages, empleos que tuvo despues de su regreso á España, y cuantas particularidades pudieran ayudarnos á formar cabal idea de su carácter, hábitos é inclinaciones. Mas esa falta, que sin duda aumentaba en los amantes de nuestras glorias literarias el deseo de conocer al autor de un libro que sirve de instruccion y agradable entretenimiento á todos los pueblos cultos de Europa y América, y cuya lectura pertenece á todos los siglos y á todas las sociedades, la cubrió ámpliamente el Sr. D. Martin Fernandez de Navarrete. A su erudicion y esquisita diligencia debemos el conocer la verdadera patria de Cervantes, disputada hasta entonces por todos los pueblos que ambicionaban la gloria de haber servido de cuna á tan ilustre escritor. Madrid, Sevilla, Lucena, Toledo, Esquivias, Alcázar de San Juan y Consuegra creyeron por algun tiempo poseer cada uno de por sí honor tan distinguido, fundándose para ello en algunos pasages oscuros de las obras del mismo Cervantes; pero el Sr. Navarrete ha demostrado de una manera auténtica y convincente, que aquel nació en Alcalá de Henares, donde fué bautizado en la parroquia de Santa María la Mayor el dia 9 de octubre de 1547: por lo tanto nadie puede ya despojar á esa ciudad de la gloria que inútilmente se han disputado los demas pueblos referidos. Remitimos, pues, á cuantos apetezcan conocer todas las singularidades de la vida de Cervantes, á la que escribió el Sr. Navarrete, y fué publicada en 1815 por la Academia Española.

Tampoco respecto de sus obras nos ha dejado tarea alguna que desempeñar la posteridad de Cervantes: la crítica ha empleado sus mas delicadas armas para hacer patente todo su mérito, asi como sus errores: el juicio acerca de sus escritos se ha fijado de una manera irrecusable que nadie ignora, y que cede en loor suyo, pues que aparece como el primer novelista de Europa, á pesar del transcurso de tres siglos, y de la diversidad de formas y gusto que ha adoptado la moderna literatura.

Sin embargo, ¿podrá decirse por eso que el exámen de las diversas obras de Cervantes no da márgen á nuevas consideraciones literarias, ya se comparen aquellas entre sí, ya se consideren con relacion á la época en que se escribieron? A mi parecer no. Yo creo que en las obras de Cervantes hay dos autores distintos; uno que pertenece á la escuela italiana, otro á la escuela de la antigüedad. Veamos el modo de hacer evidente esta proposicion en cuanto lo permiten los estrechos límites de un periódico.

No me detendré á enumerar las causas á que debió su renacimiento en Europa, y singularmente en Italia, la literatura clásica de los griegos; ni tampoco la adulteracion que sufrió en la Grecia moderna, degradada y envilecida hasta el punto de ser presa de los otomanos. Baste á nuestro intento saber, que las semillas del buen gusto se esparcieron por Italia, dando en ella sazonados frutos, de que participaron las demas naciones del continente. España, que por sus conquistas en aquel pais se hallaba en disposicion de sacar mejor partido de la nueva cultura italiana, tomó de ella lo que bastaba para dar mayor lustre á su literatura, en términos de advertirse en la del siglo XVI la belleza, el vigor y lozanía que respiraban las obras del Dante, del Ariosto, del Tasso, del Petrarca y de otros varios que procuraban levantar las letras del abatimiento en que yacieran hasta entonces.

Cervantes, durante su mansion en diversas capitales de Italia, estudió aquellos autores de la misma suerte que lo hicieron Cristóval de Mesa, Francisco de Figueroa, Torres Naharro, el doctor Mira de Amescua, Bartolomé de Argensola, Suarez de Figueroa y otros varios españoles. Natural era, pues, que siguiese en sus escritos las huellas de una nueva escuela muy superior á la que habia recibido en su patria, sin que por eso perdiese de vista los excelentes modelos de la antigüedad, como lo patentizó en algunas imitaciones que hizo de Apuleyo, de Heliodoro, de Horacio, de Virgilio y aun de Homero.

Pero en Italia comenzaba á tomar incremento á la sazon un nuevo género de literatura, hijo bastardo de la antigua epopeya. Habia sucedido á esta durante el imperio griego el romance; esto es, una especie de epopeya humilde, y por decirlo asi, casera, en que no las acciones heróicas, las grandiosas empresas, los trastornos de los imperios y las trágicas desgracias de los príncipes; sino los amorios domésticos, las intrigas de ambiciosos oscuros, y las quisquillosas rivalidades de amantes desdeñados formaban el fondo poético de sus argumentos, todos ó la mayor parte fabulosos. Los romances de Antonio Diógenes, primer autor de ellos entre los griegos, el de Genofonte de Efeso, ó los amores de *Abrocoma y Anthia*, el de *Tedgenes* y *Cariclea*, de *Eliodoro*, obispo de Trica, y el de los amores de *Clitofante* y de *Lencipe*, de Aquiles Tacio, escritores del siglo IV de la iglesia, y posteriormente ó sea en el bajo tiempo de la literatura griega, los romances de Eumacio, Teodoro Podromo, Niceta Egeniano y Constantino Manases despertaron en Europa el gusto hácia ese nuevo género de literatura.

Los romances pastoriles ó sean composiciones bucólicas, mezcla de prosa y verso, comenzaron á aparecer en Italia á principios del siglo XVI. Jacobo Sannázaro dió el ejemplo en su Arcadia, y de allí se introdujo con aplauso en nuestra España, como lo acredita la buena acogida que tuvo la *Diana* de Jorge de Montemayor, que aunque portugués, logró introducir en Castilla el gusto por los romances bucólicos. Asi fué que Alonso Perez y Gaspar Gil Polo continuaron el mismo argumento, el pensamiento mismo de la *Diana*: imitáronlos por igual estilo Luis Galvez de Montalvo en *El pastor de Filida*; Suarez de Figueroa en *La constante Amarilis*; Valbuena en *El siglo de oro*, y Lope de Vega en su *Arcadia*; con cuyo título, idéntico al libro de Sannázaro, indicó aquel célebre poeta el orígen italiano de semejante género de composiciones.

Cervantes, jóven y alentado por el ejemplo, no quiso ser menos que los demas poetas de su época, y escribió *La Galatea* bajo la pauta de los modelos que tenia á la vista, tributando con ese romance pastoril su primer holocausto á la nueva escuela y á la lengua en que los habia estudiado, pero sin menoscabo. He aquí, pues, á Cervantes puramente imitador, y sin poder entregarse todavía á las inspiraciones de su propio ingenio.

Introdújose tambien por entonces con bastante crédito otro género de composiciones de ingeniosa invencion, en que descartadas las proezas militares y los amorios pastoriles presentaban sus autores cuadros de la vida comun, lecciones de la vida social, retratando al vivo los vicios y ridiculeces de ciertas clases de la república: género de literatura que igualmente debimos á los italianos, y del cual tenemos el tipo en el *Decamenon* de Boccacio. El *Patraímelo* de Juan de Timoneda, *La selva de aventuras* de Gerónimo de Contreras, y otras alegres y

picarescas como *El lazarillo de Tormes* y el *Guzman de Alfarache* eran en el siglo XVI raudales nacidos de aquella misma fuente, y de antiguas traducciones como la del *Asno de oro*, de Apuleyo.

De nuevo se nos presenta Cervantes como imitador de la escuela italiana en sus *Novelas ejemplares*, en la de *La tia fingida*, y en el *Viage al Parnaso*, imitacion del de César Caporali, romance crítico de la literatura de su tiempo, templado y urbano cual lo era el carácter del autor aun contra sus mismos Aristarcos, y aun cuando lamentaba sus desgracias y estremada pobreza. Lo mas singular que se advierte en el gusto literario de Cervantes es, que de edad avanzada, cercano al sepulcro, y despues de haber dado con feliz éxito suelta libre y venturosa á su inagotable imaginacion en la nunca bastantemente alabada obra del Quijote, todavía se sometiese á la condicion de imitador en la embrollada fábula de *Persiles y Segismunda*, quien con tanta destreza y valentía logró ser incomparablemente original en la del *Ingenioso hidalgo de la Mancha*. Anomalía es esta que tan solo puede explicarse por el imperio del hábito y del ejemplo; imperio en tal manera poderoso que obligaba al mismo Cervantes á mirar su *Persiles* como la página mas brillante de su reputacion literaria.

Asi lo creyó Cervantes; mas nosotros que en ese punto no podemos conformarnos con su opinion, nos desentenderemos de su *Persiles* y aun de él mismo, como imitador de la escuela italiana, para considerarle solamente como escritor ingenioso, original y aun inimitable. Tal y tan diferente del anterior me ha parecido siempre el que tuvo toda la fuerza necesaria de imaginacion para concebir y desempeñar con feliz éxito la fábula del Quijote. Permítaseme antes de todo indicar brevemente los fundamentos que tuvo Cervantes para escribir esa novela.

No me detendré, por no ser prolijo, á formar, como seria necesario, la historia de la decadencia del poema épico, origen natural de las novelas; sus diversas fases; el gusto variable de los pueblos en ese género de literatura; las causas que han debido producir esas mismas variaciones; y las diferentes formas con que se ha presentado el idealismo á la imaginacion humana, buscando siempre lo sorprendente y maravilloso ya en la naturaleza, ya en los ensueños de la fantasía, segun las costumbres, legislacion y espíritu religioso de los pueblos. Porque si bien semejante exámen nos demostraría la lenta degeneracion de la grandiosidad épica, y de que manera iba tomando el carácter particular de las generaciones que la admitian, conforme al gusto, necesidades y exigencias de pueblos que nada han tenido de comun con los que primero comunicaron á la epopeya su aliento y el entusiasmo de su imaginacion; tan prolijo exámen escederia los límites de un periódico, y reclamaría de justicia mas diestra pluma que la mia. Me limitaré por lo tanto á decir, que desde fines del siglo XV comenzaron á resonar en Europa las hazañas de aquellos valerosos paladines que en la tierra Santa y en las frecuentes contiendas con los señores feudales, hicieron generoso alarde de su denuedo y valor en los combates; porque este es el punto de partida de las historias caballerescas, y sus monstruosas fábulas el objeto de la festiva burla de Cervantes en su Quijote.

La época á que comunmente se refieren las aventuras de aquellos arrojados campeones, es precisamente la que medió entre la total decadencia de las letras y su restauracion; esto es, la época de mayor oscuridad y barbarie; época en que perdida hasta la memoria de la antigua civilizacion, y predominando el desconcierto político de los pueblos venidos del norte, ni los príncipes tenian la necesaria autoridad sobre sus súbditos, ni los grandes respetaban el poder de unos monarcas que nada eran desde el momento en que ellos les negasen su apoyo, ni los habitantes, sometidos á la despótica arbitrariedad de los señores, podian disfrutar del sosiego y seguridad que de ningun modo podia otorgarles la impotencia de las leyes, supeditadas por la mas poderosa de la espada.

Inútil era, por cierto, en semejante crisis social, que algunos de aquellos valientes paladines, en cuyos pechos resonaba la voz de la justicia y de la humanidad, tomasen sobre sus hombros el grave cargo de reprimir la insolencia de los poderosos, de amparar al débil, de proteger la viudez y la orfandad, de dar su apoyo al menesteroso y desvalido, de desagraviar por fin á la religion y á la sociedad entera, ultrajadas por los bárbaros desafueros del feudalismo. Aislados, sin unidad de plan, sin concierto en sus designios, sin el apoyo de las leyes, sin la autoridad que dá la opinion pública, cuando puede manifestarse unánime, libre y espontáneamente, los esfuerzos de aquellos guerreros generosos lejos de producir el bien, tan solo contribuian á acrecentar el mal. La sociedad era entonces un perpetuo campo de batalla en donde ya no se contendia por el bienestar de la misma, sino por satisfacer el encono, la venganza, y las odiosas rivalidades de individuos y de familias particulares. No era posible, pues, que habiéndose sustituido á la razon el agravio, al derecho la fuerza, pudiera ser oida la voz de la justicia ni la de la conveniencia pública; puesto que la cuestion consistia no ya en discurrir, colocar en su trono á la verdad, y reorganizar la sociedad entera, sino en sofocar el grito de la razon, pelear y vencer, y destruir el edificio social á trueque de levantar, aunque fuese sobre sus ruinas, el tiránico imperio de la espada.

Tal era el estado político y moral de la sociedad en la época conocida con el nombre de la *edad media*: estado que tan solo el espíritu de paz de la religion cristiana pudo aunque lentamente hacerle variar de aspecto. No me detendré á señalar los medios canónicos de que para ello se valieron varios concilios, incluso el de Letran del año 1179, ni de la ley llamada *tregua de Dios*, ni la prueba legal del *duelo*, con la cual reduciendo á combate singular lo que podria ser querella de muchos, evitaba la mayor efusion de sangre, ni tampoco la que prohibia esos combates en los domingos, como dias destinados al culto y la devocion; porque ademas de hacer dilatado este artículo serviria únicamente para manifestar los medios indirectos de que se valió la iglesia para poner coto á la sangrienta ferocidad de aquellas edades.

Mas tal vez hubieran sido infructuosos la influencia de la autoridad religiosa, y los esfuerzos de la temporal si la empresa de las cruzadas no hubiera llevado en pos de sus banderas una nobleza bulliciosa y turbulenta, y multitud de oscura plebe, cuyo elemento era el desórden, cuyo patrimonio consistia en sus crímenes: esta emigracion y la mayor cultura que á su regreso habian adquirido los cruzados, contribuyeron poderosamente á cambiar el aspecto social de los europeos, consolidando la autoridad pública, y dando vigor y estabilidad á las leyes.

Pero aun cuando el siglo XV fue respecto de los anteriores lo que una planta hermoseada por el cultivo en cotejo con otra silvestre, no podia, sin embargo, olvidarse la memoria de aquellos fervorosos adalides que sin esperanza de recompensa arrostraban impávidos la muerte buscando ocasiones en que pudieran dar socorro y amparo al oprimido, defensa y proteccion al débil y menesteroso. Porque verdaderamente este proceder heróico

y noble nacia de un principio de virtud; y la virtud ha sido siempre el fundamento de la sublimidad y de la belleza, la base tambien del interés con que son recibidas las creaciones del ingenio aun en las sociedades mas relajadas. Y en efecto, un caballero de la edad media, que á su valor, desinterés y generosidad, unia la robustez y belleza del cuerpo, la sensibilidad y ternura del corazon, la fidelidad á su dama, el respeto al bello sexo, su amor á la gloria, y su piedad religiosa, era ciertamente el *bello ideal* de la poesía; era el tipo de un ser casi sobrenatural; era un modelo que debia inflamar el ánimo de los hombres, y cautivar el amor y entusiasmo de las mujeres.

Faltaba solamente que ese modelo, ese tipo ideal, engendrado por los sueños de la fantasía, hallase una pluma sublime capaz de representarle á nuestros sentidos sin ajar su belleza, y sin convertirle en objeto de mofa y menosprecio. Mas desgraciadamente faltó esa pluma; y hasta que aparecieron el Ariosto y el Tasso, los paladines de la *guerra santa* no pudieron presentarse á nuestra imaginacion revestidos del bello ideal de la poesía. Lejos de eso los autores de los libros caballerescos, nada versados en disponer una fábula con ingenioso artificio, no hicieron otra cosa que presentar un amontonamiento confuso y monstruoso de torneos, justas, batallas y aventuras repetidas hasta el fastidio, en que no hay mas diferencia sino los diversos nombres de los personages; errores groseros de historia y geografía; mezcla indefinible de ternura y ferocidad, de inmoralidad y supersticion, de hazañas imposibles, de prodigios absurdos, y de un sistema maravilloso, ridículo y estravagante.

Las sociedades de los siglos XV y XVI no solo toleraban esos romances, sino que se deleitaban con su lectura: fenómeno singular que resalta notablemente atendido el grado de cultura de aquellos siglos, en que los adelantamientos de la civilizacion, y la fuerza de los poderes del estado contrastaban de una manera estraordinaria con lo inverosímil y ridículo de la profesion de los caballeros andantes. Semejante anomalía pudiera esplicarse por la índole misma de los libros caballerescos y el espíritu particular de aquellos siglos. Un principio de inmoralidad y libertinage predomina en todas esas historias, y bien sabido es cuan poderoso aliciente es ese para la juventud. Infinitas reflexiones pudiéramos hacer en este punto que hallariamos comprobadas por el clamor unánime de nuestros filósofos y moralistas del siglo XVI, contra el uso excesivo que de semejantes libros se hacia en España, y por la peticion que contra los mismos hicieron al emperador Cárlos V las Córtes de Valladolid celebradas en el año 1555.

Los continuos embates de la opinion y de la autoridad habian comenzado á minar el gusto por los libros de caballería, cuando nuestro célebre Cervantes se propuso dar cima á aquella empresa, valiéndose para ello de las irresistibles armas de la sátira, ingeniosa cual ninguna otra, soberana como su envidiable ingenio. Basta citar la *Historia del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha* para que todos conozcan el objeto y la bondad de la obra; porque, como decia el mismo Cervantes, *es tan clara que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran.* Exenta, pues, del análisis y de la censura, goza del privilegio esclusivo de recrear en todos tiempos á las diversas clases de la sociedad.

Concluyamos ya: esta obra es la que hace de Cervantes un autor distinto del que compuso las novelas, la Galatea, el Parnaso, y las comedias y entremeses que tan escasa reputacion le dieron, porque en ninguna de esas obras fué original, en ninguna campeó con entero desembarazo su fecunda imaginacion, en ninguna ostentó sus vastos conocimientos, su sólida filosofía, su amenidad, su gracia y las bellezas de diccion, como en el Quijote: en ninguna como en esta fué tan feliz en las imitaciones, porque tampoco en ninguna siguió tan de cerca la buena escuela de la antigüedad y el buen gusto que ciertamente no era comun en su tiempo á las obras de ingenio. Sin el Quijote la memoria de Cervantes no hubiera penetrado jamás en el templo de la inmortalidad.

JOSE DE LA REVILLA.



(Aventura de los molinos).

CUENTO DE LA ALHAMBRA.

La notable inclinacion del pueblo español á las historias maravillosas le proviene sin duda del Oriente: por eso las provincias meridionales de la Península, que los sarracenos poseyeron mas tiempo y mas recientemente que las demas, son las que mas propension tienen á aquellas: allí las ideas, las imágenes, todas las formas del discurso han debido conservar, y conservan en efecto mas vivos y mas brillantes los coloridos y el reflejo de los árabes.

Las palabras ó los caractéres mágicos, los maleficios, los talismanes, los amuletos, los hechizos, los tesoros encantados defendidos por dragones y mónstruos terribles, componen por lo regular la trama de esos cuentos estravagantes. La Alhambra, por la multitud de sucesos que se enlazan á su historia, seria naturalmente una mina inagotable en este género, capaz de satisfacer con abundancia la insaciable curiosidad de un nuevo Haroun-al-Raschid.

En toda la extension de la vasta montaña, antes tan poblada, donde se eleva aquel palacio, no hay una roca, una rambla, una caverna, un barranco, un trozo de muralla levantado, un escombro de atalaya que no ofrezca algunas reminiscencias del singular periodo musulman, y que la imaginacion de sus sucesores no haya tenido la habilidad de hacer aun mas original. Sobre la principal cima de aquella montaña del Sol se observa una profunda escavacion, cuya forma indica evidentemente una de las profundas cisternas en que los moros recogian cuidadosamente su elemento favorito en su mayor pureza. Pues á los ojos de los granadinos es la entrada de un inmenso subterráneo, en el que Boabdil, refugiado con toda su corte, permanece tres siglos ha, retenido por un encanto, y de donde sale una sola noche al año para visitar silenciosamente su antiguo dominio.

Añaden que si se mira á Granada desde lo alto de Sierra Nevada durante el paseo nocturno de la real fantasma, no se ve la catedral con su media naranja, ni las iglesias con sus campanarios, ni los conventos con sus claustros; sino que en su lugar se distinguen mezquitas y minaretes, superados por la orgullosa media luna en vez de la sagrada cruz.

Aseguran tambien, que cuantos han intentado descender á la caverna en cuestion no han vuelto á ver la luz; y que si se arroja una piedra, atraviesa durante algunos segundos un vacío inmenso, hasta que, encontrando la punta de una roca, choca en ella con un estrépito semejante al de cien rayos encontrados, que al cabo de un nuevo intervalo muy abajo, muy abajo se precipita, silbando en un lago, y todo queda en silencio; mas este silencio no es muy duradero. El abismo parece conmoverse. Repentinamente un débil murmullo, un sordo zumbido se eleva de la inmensa profundidad. El estrépito se aumenta, crece y se aproxima, semejante al tumulto confuso de una multitud agitada con un terrible choque de armaduras y ruido de timbales, como si algun ejército sorprendido se formase rápidamente en batalla en las entrañas de la tierra.

Pero la siguiente novela nos dará ocasion de volver á hablar sobre esta tradicion.

EL COMANDANTE MANCO Y EL SOLDADO.

Entre los gobernadores que hubo en la Alhambra en ocasion en que aquella fortaleza se hallaba en mejor estado que en el dia, se cita á un comandante *Manco*, nombrado asi porque habia perdido un brazo en la guerra.

Casi contemporáneo de los señores feudales, y no menos penetrado que estos de la importancia y privilegios de su elevada posicion, afectaba la misma irreverencia, las mismas rivalidades con respecto al capitan general de la provincia, que el otro con respecto al monarca: no ignoraba que las altivas torres que él mandaba habian tenido mas de una vez en jaque á Granada y todo su reino; de forma que arrebatado por su hinchada vanidad á aquellos tiempos heróicos de la Alhambra, se complacia en afectar un aspecto terrible desde lo alto de aquellas almenas, y acostumbraba decir que «cuando sacaba su espada temblaba Granada.»

Sin embargo, el terror respetuoso que se preciaba inspirar no era demasiado conocido, ni pudo preservarle del pesado chasco que vamos á referir.

En una hermosa madrugada de San Juan la última patrulla de la noche recorria los muros de Generalife para atravesar á la Alhambra, cuando atrajeron su atencion los pasos de un corcel, á los que se mezclaran los acentos de una voz áspera y varonil, que repetia una cancion de guerra castellana. La patrulla hizo alto, y poco despues se encontró á cierta distancia de un vigoroso escudero, de color atezado, con barba poblada, cubierto con el casco usado de un infante, y conduciendo por la brida un soberbio caballo árabe, enjaezado á la morisca.

¿Quién vive? gritó el comandante de la ronda, admirado de tal encuentro. — Un pobre soldado que viene de la guerra con la bolsa vacía y el cráneo roto, replicó el extranjero.

Y efectivamente tenia la frente ceñida con una benda negra, y los restos de su uniforme estaban demasiado raidos; pero no por eso dejaba de parecer un truan alegre y determinado.

— ¿Puedo yo saber, continuó mirando de alto á bajo al gefe, como quien trata de orientarse, qué ciudad es esa que está al pie de la montaña? — ¿Esa ciudad? contestó el otro mas sorprendido aun, par diez! esto es muy raro.... Estar en la montaña del Sol, y preguntar el nombre de Granada! — Granada?.... ¡Madre de Dios! es posible? — Puede que no, replicó el otro en tono chocarrero: ¿y quién sabe si ignorareis tambien que teneis á vuestra vista las torres de la Alhambra? — ¡La Alhambra! dijo el soldado estremeciéndose: mi sargento, no os burleis!.... Si en efecto es la Alhambra, tengo cosas bien estrañas que revelar á su gobernador. — Pues yo os lo facilitaré bien pronto, replicó el gefe de la patrulla, porque tengo intencion de conduciros á su presencia.»

Y al mismo tiempo se apoderó de las riendas del alazan, colocó al soldado en medio de los suyos, y la tropa siguió las márgenes del Darro para entrar en la ciudadela por la calle de los Gomeles. Al llegar delante de las ruinas de un puente morisco, por el que antiguamente se comunicaba la Alhambra con la casa de la Moneda, el caballo árabe se detuvo de repente, y se resistia á pasar, haciendo corbetas, y sacudiendo los frenos. No pudiendo lograr que pasase, el sargento se dirigió al preso, el cual se aproximó sin vacilar, y con el dedo pulgar hizo una doble cruz sobre la frente del alazan, y el animal continuó pacíficamente su camino.

Entre tanto los ociosos y las comadres se habian reu-

nido. — Es un brujo, decia uno. — Un contrabandista, afirmaba otro. — Un bandolero, repetia el tercero. — Brujo ó bandolero, replicaban las comadres, bien pillo necesita ser para escapar de entre las uñas del comandante Manco, aunque no tiene mas que un brazo.»

Cuando informaron á este eminente personage de que habian sorprendido á un sugeto sospechoso, rondando al rededor de la Alhambra, acababa de tomar su jícara de chocolate en compañía de su confesor, que era un reverendo franciscano, y de la sobrina de su ama de gobierno, jóven malagueña, cuyos ojos negros, segun los maldicientes, poseian flechas capaces de traspasar el corazon de bronce del gobernador, que, segun decian, se humanizaba á veces con ella. Pero dejemos esto á un lado, porque no es prudente entrometerse en los negocios domésticos de los poderosos de la tierra.

Despues de haberse rizado el vigote cuidadosamente, el comandante Manco se ciñó su prolongada espada, tomó un aspecto imponente y áspero, y mandó que hiciesen entrar al arrestado. Presentóse este escoltado por el sargento y sus soldados, y al golpe de vista escudriñador de su escelencia contestó con un continente imperturbable y despejado, que agradó muy poco al antiguo guerrero.

— Acusado (dijo por fin el gobernador, reclinándose magestuosamente en un inmenso camapé, forrado de terciopelo carmesí) ¿qué teneis que esponer en vuestra defensa? ¿quién sois? — Un pobre soldado, que solo he sacado de la guerra tropezones y reumatismos. — Un soldado, eh?.... Un soldado.... en hora buena.... Pero parece que habeis traido de la guerra, á mas de vuestros tropezones y vuestros reumatismos, un magnífico caballo árabe. — Es cierto. Y en cuanto á esto mismo tengo que hacer á V. E. comunicaciones; y comunicaciones de la naturaleza mas estraña y de la mas alta importancia para la seguridad de esta fortaleza y de Granada. Pero son secretos que no pueden confiarse sino á vos solo, ó á presencia de personas honradas con vuestra confianza íntima.

El gobernador mandó al sargento que se retirase á esperar sus órdenes. — Este santo varon, añadió, es mi confesor; podeis hablar delante de él: en cuanto á esta señorita, continuó señalando á la sobrina de su ama, que no parecia muy dispuesta á abandonar el puesto, esta señorita es la discrecion misma, y puede tambien oirlo todo. — No me opongo, replicó el soldado, dirigiendo á la doncella un saludo militar, acompañado de una mirada expresiva.

— Como decia á V. E., soy un soldado viejo que cuento mas heridas que campañas. Pero habiendo concluido mi tiempo, recibí mi licencia en Valladolid, y me puse en camino para mi pueblo en Andalucía. Ayer tarde atravesaba á pie una dilatada llanura de Castilla la Vieja.... — Alto ahí, interrumpió el gobernador; debo haceros observar que de aquí á Castilla la Vieja hay mas de cien leguas. — No digo que no, contestó tranquilamente el soldado; pero he prevenido á V. E. que tenia cosas estrañas que referir, cómo podreis juzgar si os dignais prestarme atencion. — Continuad, replicó el gobernador retorciéndose el vigote.

— Atravesé una estensa llanura, prosiguió el extranjero, cuando el sol se puso. En todo cuanto alcanzaba mi vista no distinguia ningun rastro de habitacion, y me persuadí de que si queria dormir tendria que hacerlo en el suelo con mi mochila por almohada, y el firmamento por tienda. Pero V. E., que ha hecho la guerra, sabe que á un soldado le importa poco el pasar una noche á la luna. — El gobernador hizo con la cabeza un signo afirmativo, sacando su pañuelo al mismo tiempo para retirar el vigote que cosquilleaba los lados de sus narices.

— Sin embargo, continuó el soldado, proseguí marchando hasta llegar á un puente suspenso sobre un barranco, por el cual corria un arroyuelo casi seco por el calor. El otro estremo del puente estaba obstruido por los escombros de una torre morisca enteramente derribada; pero con una bóveda bastante bien conservada en los cimientos. Por de pronto he aquí mi albergue, esclamé, y apostaria á que V. E., que ha hecho la guerra, hubiera sido de mi opinion. — Peores los he tenido yo en mi tiempo, contestó el gobernador abanicándose con el pañuelo.

— «Pero ante todas cosas, continuó el soldado, descendí al barranco á refrescarme, porque mi paladar estaba hecho una hornilla, y el agua era bien fria; luego abrí el morral, saqué una cebolla y algunos mendrugos, únicas provisiones que llevaba, y me senté á la orilla del arroyo para empezar mi cena. Apenas habia tragado el primer bocado, cuando me pareció oir un ruido subterráneo. Escuché; eran las pisadas de un caballo, y en el momento salió por entre una abertura practicada en los cimientos del edificio un hombre que conducia un caballo por el diestro: difícilmente podia yo distinguir á la claridad de las estrellas aquel personage misterioso; y creo que semejante encuentro á aquellas horas y en medio de las ruinas hubiera agradado bien poco á cualquiera otro viagero. Pero yo que, gracias á Dios y á mi bolsa vacía, nada tenia que perder, continué tranquilamente despachando mis mendrugos. El recien venido conducia su caballo en direccion del arroyo, de forma que pude fácilmente examinarle de cerca, y ví con sorpresa que estaba vestido y armado como las antiguos moros. Su caballo estaba igualmente enjaezado á la oriental con grandes estribos cortados en forma de pala: metió la cabeza en el agua hasta los ojos, y parecia beber hasta reventar.

— » ¡Voto á San! camarada, dije sin mas preámbulo á su amo, que vuestro caballo tenia sed. — Yo lo creo, respondió el extranjero con acento africano: hoy hace un año que no habia hecho otro tanto. — Por Santiago, repliqué, que eso ya es esceder á los camellos y á los dromedarios que he conocido en Africa. Pero vamos á ver; pues que teneis el aspecto de un soldado, quereis disfrutar de la merienda de un soldado?» — Porque lo cierto es que no me hubiera disgustado el tener compañía, aunque fuera la de un infiel, para distraerme en aquel lugar áspero y solitario: V. E no ignora que los soldados de todos los paises y de todas las creencias son amigos en tiempo de paz.» El comandante Manco hizo una nueva señal de asentimiento.

— » No tengo tiempo para detenerme á comer ni á beber; tengo que hacer un largo viage antes de la salida del sol. — ¿En qué direccion? — En la de Andalucía. — Precisamente á mi camino!.... Camarada, ya que no habeis aceptado mi cena, deberiais permitirme montar con vos en ese caballo que me parece bastante fuerte para llevar dob'e carga. — En hora buena, contestó. Y es preciso convenir en que despues del ofrecimiento tan franco que yo le habia hecho, hubiera sido muy poco generoso en negármelo. Saltó, pues, en la silla, y yo en la grupa. — Teneos firme, me dijo; mi caballo marcha como el rayo. — No tengais cuidado por mi, le contesté, y partimos.

» De la andadura pasó el caballo insensiblemente al trote, del trote al galope, y del galope á un paso que sin duda no tiene nombre en términos de equitacion, ni en ningun idioma sublime. Era una carrera que escedia á la velocidad de los huracanes: por mejor decir, no

corríamos, que volábamos, y no como las aves, sino como las flechas, como las balas de los mosquetes. Rios, rocas, valles, colinas parecian huir en remolino detras de nosotros. —¿Qué ciudad es esa? pregunté á mi compañero. — Segovia, contestó, y ya el alcázar quedaba á nuestra espalda. — Esta sierra? — Guadarrama, y ya el Escorial estaba á nuestra vista!.... Para abreviar tan dilatada historia, y no molestar á V. E., mi conductor, despues de haber atravesado á Madrid, Toledo, las campiñas de la Mancha, y yo no sé qué tantas ciudades sepultadas en el sueño, se detuvo repentinamente sobre la cresta de una montaña, diciéndome. — «Ya hemos llegado.» Yo miré al rededor, y solo pude ver la entrada de una caverna.

(Se *continuará*.)

LITERATURA.

TENEMOS á la vista una obra que acaba de ver la luz pública, cuyo título es *El movimiento de España, ó sea historia de la Revolucion, conocida con el nombre de las Comunidades de Castilla*, escrita en latin por el presbítero D. Juan Maldonado, autor contemporáneo, y aun testigo presencial de muchos de los sucesos que refiere. Este libro le ha vertido al castellano con suma exactitud y precision, é ilustrado con varias notas y documentos el presbítero Don José Quevedo, bibliotecario del Escorial.

No pertenece la narracion histórica que anunciamos al género elevado y magnífico que presenta las revoluciones de los imperios en un cuadro grandioso de estudiadas proporciones en donde solamente se ven de lleno los sucesos mas importantes, los resultados felices ó funestos á que dieron motivo, y las reflexiones morales y políticas que deduce el historiador para señalar á las naciones y á sus gobernantes la senda que deben seguir para conservar ilesa la integridad de sus respectivos fueros. El *movimiento de España*, antes que historia, pudiera llamarse conferencia familiar entre algunos amigos sobre las causas que produjeron aquella revolucion, y los lamentables excesos á que diera lugar el furor de los partidos. Los curiosos pormenores referidos por Maldonado con suma sencillez, y con todo el aspecto de la mas severa imparcialidad, del levantamiento de las ciudades de Castilla, como tambien aunque con mas brevedad, de las germánicas de Valencia, hacen sumamente interesante ese libro á cuantos desean conocer á fondo los móviles ocultos, los que parecen mas insignificantes en los sucesos de importancia, y que sin embargo contribuyen poderosamente á promover y acelerar el curso de las revoluciones. Porque asi en estos, como en todos los acontecimientos que de algun modo influyen en la suerte próspera ó adversa de la especie humana, detrás del motivo aparente que los promueve, se esconden por lo comun intereses privados que dan el impulso sin ser conocidos de la muchedumbre, y que rara vez aparecen á toda luz en las historias magnas de los pueblos. Eso es precisamente lo que desea conocer el observador estudioso, y eso lo consigue tan solo con la lectura de obras semejantes á la de que se trata.

Felicitamos cordialmente al traductor por el importante servicio que ha hecho á la literatura, salvando del olvido en que yacía ese antiguo manuscrito del siglo XVI, recomendable por la utilidad que de él puede sacarse para rectificar algunos hechos de esa parte interesantísima de nuestra historia. ¡Ojalá que de igual manera lograsen salir del polvo de nuestras bibliotecas multitud de preciosos manuscritos que ignorados hasta de los curiosos, ninguna utilidad reciben de ellos, ni las ciencias, ni la historia, ni la literatura en cuyo obsequio se escribieron!

LAURA.

LEYENDA HISTÓRICA.

I.

Al pie de negro castillo
negros pesares lamenta
paladin de negras armas,
que en negro corcél campea.
Negras sombras le hacen sombra,
y es su fortuna tan negra,
que solo de negra noche
la oscuridad le deleita.
Y le deleita el recuerdo
de sus mal calladas penas,
pues cuando á voces las dice
con decirlas se consuela.
Y ellas de Laura al oido
en mil suspiros envueltas,
fieros rigores murmuran,
tiernos amores revelan.
Y la hermosa castellana,
mas blanda que blanda cera,
cuando se queja el amante,
tambien llorando se queja.
Y no llora desamor,
ni celos su alma atormentan,
que el brazo de su guerrero
banda roja ciñe en prenda
de que juntos le acompañan
valor y amor en la guerra.
Y haciendo de amor alarde,
y de valor dando muestra,
ostenta en el ancho escudo
con este mote dos flechas:
En lo de amar y vencer
no hay paladin que me venza.
Llora Laura en la ventana
de la triste fortaleza
estorbos que á sus amores
opone cruzada reja.
Y con sus labios la toca,
y entre sus labios la estrecha,
creyendo que á tanto fuego
los hierros dóciles sean.....
El caballero entre tanto
apoya la lanza en tierra,
y el crujir de su armadura
dice á Laura que se apea.
Mas de un suspiro retiene,
mas de una lágrima seca,
para escuchar de la trova
la adolorida cadencia.

Que no es la primera vez
que canta trovas, aquella,
paladin amartelado
por aliviar su dolencia.
Triste preludio de amor
hiere del laud las cuerdas,
que quien ama tristemente,
tristemente se querella.
Y luego con voz sonora,
á su dolor dando rienda,
alzó los ojos al cielo
y cantó de esta manera.

II.

El nombre querido de Laura la hermosa
allà en su garganta confuso espiró;
cruzó por su mente vision horrorosa,
que en odio iracundo su calma tornó.
De bulto siniestro la sombra escondida
se agita un instante con risa feroz,
y un hombre en la almena de faz denegrida
dirige al guerrero fatídica voz.
«En mal hora vengas, el vil caballero,
en mal hora vengas, el vil trovador;
si calzas espuela, si empuñas acero,
tambien tengo espada, tambien tengo honor.»
Y dice, y un guante colérico arroja;
á tientas lo busca sañudo el campeon,
y Laura entre tanto con fiera congoja
los hierros mordia de negra prision.
«Ya tarda el contrario», murmura el amante,
un ay! le responde.... un ay! de dolor....
«*la fuga.... la fuga....* Mas él arrogante,
que venga, replica, *la muerte ó tu amor.*
Y entonces entona de amor la querella,
que amor en su pecho constante grabó;
brillaba en el cielo de amor una estrella,
estrella benigna que amor le brindó.

Y los amantes se vieron,
y sus ojos se encontraron,
y felices suspiraron,
y amores mil se digeron.
Y el laud volvió á sonar,
y aquel bulto á aparecer;
y Laura empezó á temer,
y el caballero á cantar.

—

Cantiga d' amores
vos rinde, señora,
quen fiel vos adora
con cuita é dolores.
Por ende favores
vos pide el garzon,
doleos, fermosa,
de pena angustiosa;
habed compasion.

—

Magüer acucioso
de hinojos, postrado,
fiducia he cobrado,
é calma, é reposo.
Agora dichoso
facerme debeis;
ca non ha ventura
la mia amargura,
si vos non quereis.

—

Mayor gentileza
¿quen vido en torneos?
¿Quén supo deseos
pagar con crudeza?
¿Quen pudo á terneza
non dar galardon?
Fermosa omecida,
catad mi ferida;
habed compasion

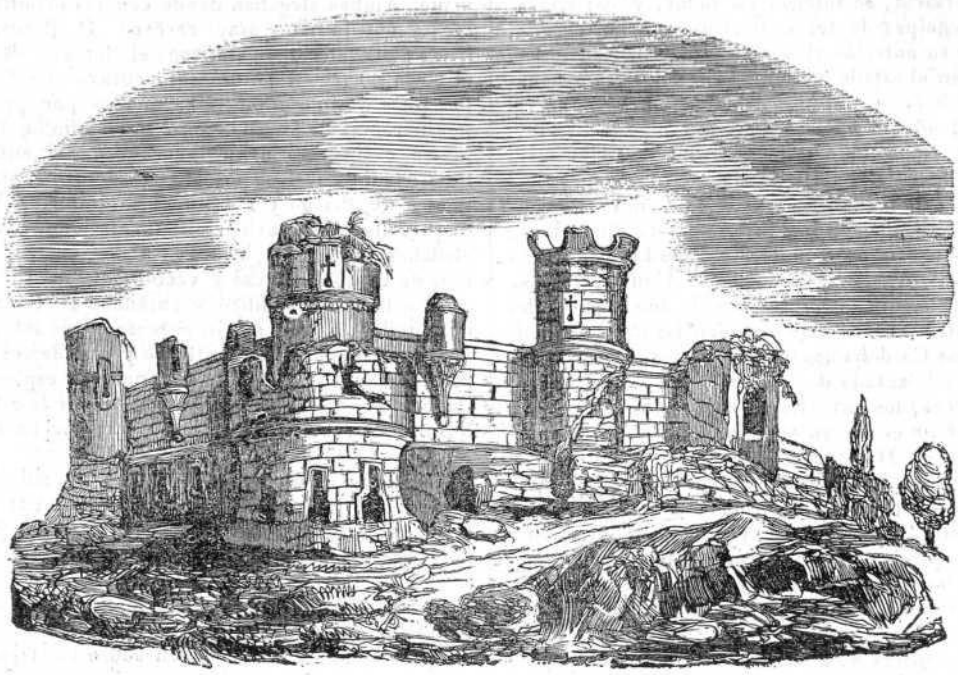
III.

Aqui el trovador llegaba,
mas de repente calló,
que sordo ruido escuchó
de puerta que rechinaba.
Y otra vez el mismo bulto
aparecer misterioso
vió el trovador silencioso,
entre las sombras oculto.
Dos hombres poco despues
cara á cara se encontraron,
y altaneros se miraron
de la cabeza á los pies.
Cruzáronse dos espadas
á dos pechos dirigidas;
sobraba una de dos vidas,
una de dos estocadas.
El mas cobarde atacaba,
el mas valiente ofendia;
y el uno perder queria
lo que al otro le sobraba.
Y uno habia de vencer,
y uno habia de morir,
porque los dos existir....
eso no podia ser.
Vano fuera allí alegar
razon, justicia ó derecho;
ambos tenian un pecho
que ofrecer y traspasar.
Al fin un hombre cayó
sin proferir un quejido.
«Vive Dios, que estais herido»,
el otro hombre pronunció.
»Hablad al punto, si es tal,
y en el reñir cesaré....
¿No me respondeis?...-- «Sí, á fé;
muerto soy», dijo el rival.
Y nadie supo cual de ellos
fué el vencido ó vencedor,
ni á cual hicieron favor
de Laura los ojos bellos.
Que es tan antigua esta historia,
y yace tan olvidada,
como memoria pasada
que se pierde en la memoria.
Y solo una piedra allí,
en la torre de *Guevara*,
este suceso declara;
mas abajo dice así.
«En el bosque de la *Encina*
ficiéronse cruda guerra
el conde de Salvatierra
é D. Iñigo de Urbina.»
«E sendos golpes se dieron,
é muerto el conde fincó,
é D. Iñigo se alzó
con *Guevara*. Ansí digeron
que á la infanta de Leon,
fija del rey D. Fernando,
fizo presa con su bando
del conde la sinrazon.»
«Rescatóla sin ayuda
don Iñigo el esforzado»....
lo que sigue está borrado;
será la fecha sin duda.

J. M. DE ANDUEZA.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.

ESPAÑA PINTORESCA.



EL CASTILLO DE AGUILAR.

Trompelidas las huestes musulmanas desde las orillas del Tajo hasta el otro lado del Genil por nuestras armas vencedoras, la guerra se encrudeció entre ambos pueblos, pugnando el infiel por recobrar el usurpado señorío, y el castellano por lanzar del suelo de sus mayores la raza proterva de los hijos del Islam. Las villas y castillos fronterizos al reino de Granada opusieron fuerte dique á la saña de los primeros, abriendo campo á los segundos en que ejercitar sus virtudes militares, sus planes de conquista, y mas de una vez sus enconos y peculiares venganzas; que de todo nos enseña la historia de aquellos siglos.

Poley, villa fuerte y poderosa, asentada sobre las ruinas del Ipagro de los griegos, á siete leguas de Córdoba hácia el Sur y en el corazon de Andalucía, fue reputada punto importante desde su conquista por Fernando III en 1240. A ello contribuia no poco su posicion geográfica y la antigua fortaleza erigida por los romanos en la parte oriental de la poblacion, capaz aun de resistir á los embates del enemigo, siempre que intentase invadir la frontera. Esta razon, unida á las circunstancias del pais, pingüe por su riqueza agrícola, determinaron al santo rey á conservarla en su corona, cediendo en tanto el señorío de algunos de los lugares sometidos, á los maestres, prelados y rico-hombres que le ayudaron y sirvieron en esta guerra. El del castillo de Poley comprendia un vasto territorio, en el cual habia edificados varios fuertes de menor importancia, que, andando los tiempos convirtiéronse en otras tantas villas ó ciudades, depositarias de sus primitivos nombres. Eran estos, Monterique (hoy Monturque), Montilla, el Ponton (hoy puente de D. Gonzalo) y Castil-Anzur, lugares todos defendibles por la naturaleza y por el arte, de las irrupciones estrañas, y puntos de contacto con los límites de varios estados poderosos, cuyos concejos y pendones, auxiliándose mútuamente en los mayores peligros, arrancaron en diferentes encuentros á los infieles los despojos de sus victorias, ó reprimieron sus álgaras por todo el pais.

Muerto San Fernando y corriendo los años de 1258, D. Alonso el Sábio su hijo trocó el señorío de Cabra, incorporado recientemente á su corona, con el de Aguilar ó Poley, propio á la sazon del concejo y ciudad de Córdoba, segun nos muestra el privilegio rodado de Valladolid, fecha 5 de febrero del mismo año. El objeto de esta permuta parece fue, el otorgar nueva merced de los estados de Poley por juro de heredad perpétuo á favor de D. Gonzalo Yañez Dobinal, rico-hombre portugués, de la antigua familia de los Aguiares ó Aguilares de aquel reino, y aventajado en armas no menos que señalado en lealtad y buenos servicios á los reyes de Castilla. Pero tan raras prendas en tiempos turbados y azarosos no quedaron exentas de lunares, que empañaron su lustre. Aceptada la merced del señorío de Aguilar por D. Gonzalo, y prestado el juramento de fidelidad á D. Alonso, vióse con escándalo poco despues, que alzada la bandera de rebelion por el infante D. Sancho, y comunicando el fuego á estas provincias, quebrantó el primero sus palabras, rompió los lazos de gratitud que para con el soberano contragera, y ayudó en su empresa á

este príncipe, siguiéndole despues; hasta que, por los años de 1283 trabada una sangrienta refriega entre las gentes de D. Sancho y los moros de la Vega de Granada, con grave riesgo de la vida de su gefe. Don Gonzalo, ansioso de libertarle, se internó en la lid, y cayó atravesado por los golpes de los contrarios: castigo terrible, pero justo, de su anterior alevosía.

Sucedióle en el estado un hijo suyo del mismo nombre y de notable fama, asi por su valor como por su riqueza, el cual adoptó para sí y dió por blason á su villa de Aguilar un águila negra en campo de plata y las barras del condado de Barcelona, de cuyos señores descendia por línea de hembra. Muerto este en 1312, heredóle su hijo primogénito D. Gonzalo, de quien tanto nos dicen las historias. Acompañado de su hermano Fernan Gonzalez de Aguilar, sirvió á D. Alonso XI en su minoría, adquiriendo ambos gran loa de buenos vasallos y capitanes valerosos. Pero las turbulencias de Andalucía y la rebelion de Córdoba contra los tutores, á cuya cabeza estaba el adelantado de la Frontera D. Juan Ponce, señor de Cabrera, los envolvieron en la comun desgracia: pues personándose el rey en aquella ciudad, como supiese los desmanes de D. Juan, y las injusticias, robos y cohechos de Di Sanchez, gobernador de Jaen, que ayudado de los Aguilares mantenia secretos tratos con el rey moro de Granada, hízolos juzgar, y condenó al primero á ser degollado, precipitando al segundo por el puente del Guadalquivir. Temerosos de igual suerte los hermanos Aguilares, pasáronse á los infieles, concertáronse con el rey Jusef, y tomaron la vuelta de su estado, en el que hicieron la guerra á su soberano legítimo: mas apercibido con tiempo D. Alonso, partió con buen golpe de los suyos contra Aguilar, el cual sin esfuerzo ni combate se entregó, solicitando los rebeldes el perdon del monarca. Olvidando este en apariencia la ofensa, dejóles ir libremente en su compañia, dando á poco en la batalla del Salado el mando de la retaguardia á D. Gonzalo de Aguilar, juntamente con D. Pedro Nuñez. Pero como su comportamiento en ella no desmintiese la anterior conducta, fue arrestado y preso de órden del rey en la torre de Cartagena, donde murió, dejando un hijo pequeño que huyó á Portugal. Fernan Gonzalez su tio tomó posesion del estado; pero á poco murió tambien á manos de los infieles, yendo á socorrer á los cristianos sitiados en aquella torre.

Entonces D. Alonso agregó á la corona el señorío de Aguilar, año de 1343, quedando así unido hasta el reinado de D. Pedro, el cual, por los de 1352, lo donó á su ayo y favorito D. Alonso Fernandez Coronel, con la gracia de rico-hombre. Muy mal correspondió D. Alonso á esta gracia; porque desavenido con Alburquerque á poco tiempo, volvió sus armas contra el rey, haciéndose fuerte en su castillo de Aguilar. Mas D. Pedro le cercó allí, y al cabo de algunos meses se rindió la villa, que fue entrada á saco; despues la fortaleza con sus defensores, en 1.° de febrero de 1353, en cuyo dia fueron delante del castillo decapitados, D. Alonso Fernandez Coronel, su sobrino D. Pedro, con otros deudos y cómplices de su delito: con esto volvió tercera vez el estado á la corona; pero el rey lo dió nuevamente, tres años despues, al Maestre de Calatrava D. Martin Lopez de Córdoba, del cual es bien sabido que murió defendiendo los hijos y tesoros de D. Pedro en el cerco de Carmona en 1370; ó mejor, que fue de sus resultas preso y degollado en Sevilla de orden del rey D. Enrique, en el citado año.

Su muerte dejó vacante el señorío de Aguilar, cuya posesion solicitaron porfiadamente D. Bernardo de Cabrera y D. Gonzalo Fernandez de Córdoba, alguacil mayor de esta ciudad, la cual habia mantenido con bizarro denuedo por D. Enrique, durante su ausencia en Francia, y libertado del asedio de las huestes del rey su hermano. Ambos alegaban deudo con los primitivos Aguilares, y aun lo habia muy cercano D. Bernardo de Cabrera; prevaleció sin embargo el derecho de la privanza al de la sangre, y D. Gonzalo obtuvo el estado, si bien por pura y simple merced, que no por parentesco, ni por herencia de familia. En 30 de julio de 1370 se despachó carta real á su favor, y desde entonces hasta nuestros dias lo han poseido sus descendientes los marqueses de Priego y condes de Feria. Hoy anda en los duques de Medinaceli, juntamente con sus castillos y aledaños, reducidos, como va dicho, á otros tantos pueblos de notable riqueza y vecindario.

Fortaleció, reedificó y ensanchó D. Gonzalo su villa de Aguilar, y para mayor defensa erigió sobre el antiguo baluarte romano, desmantelado y casi destruido desde la resistencia de Don Alonso Coronel, un espacioso é inespugnable castillo, no menos célebre por la estructura solidísima de sus obras esteriores, que por su bella arquitectura.

Sobre un cuadrilátero ó estribo de sillería, antiguo cimiento de la fortaleza de Ipagro, arranca el lienzo de muro y frente meridional del castillo, de 240 pies de longitud, el cual se halla sostenido por dos anchos cubos circulares, y una torre cuadrada que defiende toda la parte oriental, y principalmente la puerta situada cerca del ángulo, que la enlaza con la fachada del mediodia. Admirable por su sólida construccion sobre un tajado peñasco, ofrecen sus muros por algunos sitios masas enormes de cerca de cuatro varas de espesor: y como si aun todavía no bastase tan bien meditada defensa á resguardar la entrada de cualquier asalto imprevisto, adelántase al lado izquierdo y á respetable distancia del muro interior un baluarte, circular tambien, coronado de almenas, penetrado con aspilleras, y defendido de un foso, el cual servia de barbacana á la fortaleza, dominando las obras esteriores el circuito antiguo y parte de la poblacion derramada en la próxima vertiente de la colina. Esta torre tuvo su entrada única por el muro meridional, y se halla á su vez dominada por el torreon circular de la izquierda, entre el cual y la puerta hay practicadas garitas salientes, sostenidas en vistosos remates, sobresaliendo entre sus labores águilas rapantes, símbolo del estado de aquel nombre. Este signo y los demas blasones de los primeros Aguilares fueron colocados por Don Gonzalo de Córdoba sobre la puerta principal del castillo, donde subsistian todavía en 1782.

Los demas lados esteriores de él guardan la misma proporcion, alternando los torreones ó cubos en los ángulos con las garitas intermedias, siendo tal la prolijidad del arquitecto de esta obra que para que cada una de sus partes correspondiese al todo, exornó los cubos con festones, cadenas, hojas y guirnaldas en relieve del mas acabado gusto.

La distribucion interior, aunque casi borrada por la mano del tiempo y el vandalismo de la ignorancia, se deja bien conocer: despues de pasado el ámbito ó soportal abovedado, dentro del cual giraban las puertas, nótase el lugar que debió ocupar la escalera, y hácia la mitad del muro los machones y arcos de sillería que sostenian el pavimento del salon del homenage, situado hácia la parte de oriente en la misma torre cuadrada de que va hecha mencion. Tiene este de largo cerca de 75 pies por 30 de anchura, y aun se notan en sus frentes los estribos de la grande ojiva que le cerraba, y los junquillos ó aristas

cruzando en opuestas direcciones hácia la clave principal. Tres ventanas, casi borradas hoy, hubieron de dar luz á tan grandiosa estancia; la una sobre la puerta, la otra sobre el patio grande del castillo, y la tercera en la misma torre oriental. Hácia el lado del sur corre una galería, destinada sin duda en su parte baja á los departamentos donde se alojaba la guarnicion, y en el segundo piso á los de los dueños y su servidumbre. Entre la galería y el gran salon se encuentra el patio, de proporcionadas y vastas dimensiones, de 110 pies de largo, y cerca de 85 de ancho, el cual enlazaba las habitaciones meridionales con las septentrionales del castillo por pasadizos, destruidos hoy totalmente. Ocupan su centro dos algives, largos como de 24 pies por 15 de anchura, en el mas deplorable estado, obstruidos de escombros, y quebrantadas ó hundidas sus bóvedas de ladrillo por los enormes sillares derrumbados de la fortaleza, sillares que, mas bien que el transcurso de los siglos, ha desprendido una órden bárbara y antinacional; una medida que, so pretesto de mejorar el piso de las aceras de la villa, dió en tierra con un monumento ilustre de las artes, testigo de nuestras glorias, teatro de sucesos importantes, y cuna de varones eminentes. Cuando el presbítero Don Fernando Lopez de Cárdenas escribia sus apuntes de la historia de Aguilar (1) (de donde hemos estractado estas noticias) á fines del pasado siglo, el castillo de Aguilar se encontraba habitable, casi intactos sus muros, útiles sus torres, y digno de ser visitado; hoy, gracias á una reprensible despreocupacion mas funesta que todas las preocupaciones de la antigua aristocracia española, es solo un estéril monton de ruinas, blanco de la ingratitud y olvido de la generacion presente.

M. DE LA CÓRTE.

BELLAS ARTES.

ESPOSICION DE LA ACADEMIA DE SAN FERNANDO.

Tristísimas reflexiones nos conduciria la pública esposicion de pintura y escultura que acaba de verificarse en las salas de la Academia, si tratásemos de meditar sobre las causas que han debido influir en la escesiva escasez de obras presentadas en ella. Pero esas reflexiones, por mas dolorosas que fuesen, no alcanzarian á remediar un mal positivo y evidente, un mal que descubre el estado de desaliento en que hace algunos años se encuentran las bellas artes en España; y por cierto que las declamaciones filosóficas no bastarian para sacarlas del estado de postracion en que las vemos, ni para allanar los obstáculos que á su fomento se oponen. Baste saber, por lo mismo, que la esposicion de este año ha sido sumamente pobre, no solo en el número, sino en la calidad de las obras presentadas.

Cortísimo es el catálogo de las que merezcan hacer de ellas mencion honorífica; con el sentimiento ademas de no hallar, entre las que están en ese caso, ninguna perteneciente al género historial; á ese género que descubre á toda luz la estension de los conocimientos artísticos de un profesor, su imaginacion, su sensibilidad y el estudio que ha debido hacer del hombre moral, única fuente del idealismo, y de la sublimidad del pensamiento dominante en la ejecucion de su obra. No por eso se entienda que nuestras doctrinas artísticas desechan, de cuadros que no sean históricos, las condiciones que en estos exigimos; pero si bien cabe en los retratos el estudio filosófico que de ellos debe hacerse, siempre será en menor escala, y con relacion á una condicion espresa, cual es la semejanza, de la que ningun artista puede ni debe desentenderse.

Dejando para despues consideraciones de naturaleza análoga á la de las presentes, pasemos á dar alguna idea de las obras mas acabadas de la esposicion de este año.

El cuadro que sin disputa campea á la cabeza de todos es el del señor Tejeo, compuesto de retratos de familia, de cuerpo entero y tamaño natural. La composicion está bien entendida; tiene sencillez y buen efecto; su dibujo es correcto y severo, cual era de esperar de un profesor que se distingue siempre por esa aventajada cualidad: buen partido en los paños, con escelente efecto en la sedería; entonacion vigorosa y reposada en lo general; dureza en algunos tonos poco jugosos de las carnes, con especialidad en la cabeza de la señora: la figura de su esposo es la que hallamos mejor dibujada y pintada.

A la inmediacion de este cuadro habia otros dos de familia de menor tamaño que el tercio del natural, pintados en París por Don Cárlos Rivera. Las figuras tienen buena casta de color; mas no nos atreveremos á decir otro tanto del pais que les sirve de fondo: en este no vemos bastantemente estudiada la variedad y el reposo conveniente de tonos para un pais que sirve de fondo á una composicion. Tal vez tenga en ello mucha parte la premura con que se haya ejecutado; y á la verdad no dejan de advertirse en la misma algunos accidentes que dan bastante valor á semejante sospecha. De todas maneras, no hemos hallado en estos dos cuadritos la mano maestra que pintó la marcha al suplicio de Don Rodrigo Calderon.

En la misma sala se veia un busto de mármol blanco, bastante bien trabajado por Don Francisco Perez, retrato de la difunta marquesa de Santa Coloma.

Muy pocas obras ocupaban la sala de entrada, otros años llena de las presentadas por los señores académicos. Lo mas notable que en ella habia, era un busto en yeso de nuestro célebre Calderon, ejecutado por Don Sabino Medina; un grupo igualmente en yeso, mitad del natural, que representa á Cain matando (con la vulgar quijada de que no habla la Sagrada Escritura) á su hermano Abel. Este grupo, ejecutado por Don Francisco Elías, descubre las felices disposiciones del autor, y la utilidad que podrá sacar de los modelos del antiguo que para ello ha consultado, si acierta, como es de esperar, á conocer los primores del arte que en aquellos se encierran. Del mismo autor es tambien un bajo relieve en yeso, que si no nos equivocamos representa á Priamo á los pies de Aquiles, pidiéndole el cadáver de Hector. Composicion difícil para un bajo relieve, y muy delicada por la fuerza de expresion que debe animar el rostro de esos dos personages.

En la sala inmediata llamaba solamente la atencion un cuadro al olio de la señorita Weis, que no sabemos lo que representaba, pintado con bastante ligereza y diafanidad de tintas, aunque un poco frias: una vista de la casa que habitó en Segovia Juan Bravo, uno de los gefes de las comunidades de Castilla en el siglo XVI, pintada con bastante verdad y buen efecto por el señor Abrial; y el interior del salon de embajadores de la Alhambra, ejecutado á la aguada por Don Manuel Ruiz de Ogarrio, en

(1) Este manuscrito existe hoy en poder de un sugeto aficionado, natural y vecino de esta villa.

El diseño que va por cabeza del artículo presente fué sacado en presencia de su original, tal como existe actualmente, en mayo de 1839.

el cual no sabemos qué cosa sea mas digna de admiracion, si la rigurosa exactitud con que estan ejecutados los innumerables adornos, grecas y leyendas arábigas de distintos colores y matices que resaltan en el dibujo, ó la incomparable paciencia y fatigosa constancia de que es menester hallarse provisto para llevar á cabo tan ímprobo trabajo. Obra de raro mérito que siempre hará honor á los conocimientos del Sr. Ogarrio.

Sentimos de todas veras no poder hacer mencion de varios cuadros que hallamos al paso hasta llegar al gabinete de retratos de la academia, en el que había uno, de que hablaremos ahora; porque asi aquellos, como la mayor parte de los colocados en las restantes salas hasta la salida, darian motivo á largas censuras artísticas, con particularidad los tres únicos cuadros que representaban sucesos históricos; ademas de no saber si sus autores se conformarian con ellas, ó si nuestro buen deseo seria equivocadamente interpretado de otra manera. Sabemos, sí, apreciar como es debido los esfuerzos de un artista que desea adelantar en su profesion; sabemos tambien que debe errar en sus ensayos, y hasta sabemos respetar esos mismos errores que á su tiempo sirven de utilísima leccion al mismo que los cometió. Si hay en efecto talento y disposicion en el artista, el estudio y la práctica le enseñarán el camino del acierto; no es menester desalentarle anticipadamente con un cúmulo de observaciones y preceptos que no pueden ser abarcados ni comprendidos de una vez. Repetimos que respetamos hasta los errores de un principiante, porque tal vez se oculta detras de ellos un artista eminente. Estos motivos nos obligan á guardar silencio respecto de esos cuadros para detenernos en uno pequeño pintado por el Sr. Alenza, tan conocido ya como imitador del célebre Goya.

Ese cuadro representa un sacerdote que va á administrar el santo viático, sin duda á algun pobre, segun las pocas luces que lleva, y la clase de personas que le acompañan. Toque libre y fácil, que es la manera peculiar del autor; suma verdad en los caractéres de los personages, y agradable efecto de claro-oscuro por el gusto y tono vigoroso de Rembrant. Son tambien del mismo profesor varias aguadas y dibujos de pluma, ejecutados con la ligereza, buen efecto y gracia que tan diestramente sabe emplear siempre que pinta escenas populares.

En la sala de la biblioteca habia dos cuadritos del señor Romero; el uno era retrato de un sacerdote, pintado con bastante verdad en las tintas: el otro representaba una jóven sentada, á quien un mancebo sorprende por detras, tapándola los ojos con las manos. Estos dos cuadros pertenecen á la escuela particular del señor Gutierrez, de quien acaso el autor será discípulo. El segundo de estos dos cuadros nos llamó la atencion por la trasparencia y jugo de sus tintas, especialmente en las carnes, y por las buenas máximas en la distribucion del claro-oscuro.

Nuestras doctrinas, que nunca son esclusivas en ninguna materia, nos conducen á aplaudir lo que esencialmente es bueno, aunque lo hallemos en una escuela distinta de la nuestra. He aquí por qué en la manera especial de la actual escuela de Sevilla, nos agrada esa casta de color que, sin ser la de Murillo, como pretenden sus discípulos, participa sin embargo de las buenas máximas de la antigua escuela en cuanto al ambiente, entonacion y blandura de sus tintas; y solo desearíamos un poco mas de limpieza en estas, y mas correccion en el dibujo.

En la misma sala se ha espuesto una copia de un cuadro de Horacio Vernet, ejecutada en Paris por el señor Ortega, uno de los jóvenes que sobresalen entre nosotros por sus grabados en madera. El asunto versa sobre una anécdota ocurrida entre Miguel Angel y Rafael, en ocasion de encontrarse estos dos grandes artistas en una de las escaleras del Vaticano. Julio II, protector de ambos, aparece en lo alto de estas, imponiendo silencio á sus cortesanos para escuchar la contienda de los dos célebres rivales (1).

La composicion es buena, con bellos y bien distribuidos grupos, escelente dibujo segun el gusto de la escuela romana. Pero se advierte escesiva dureza en las tintas, y sobre todo absoluta falta de perspectiva aérea; porque careciendo de ambiente la composicion, sus diversos planos ó términos se vienen adelante como si estuvieran en uno mismo todas las figuras que entran en ella.

Con este motivo no podemos menos de hacer una observacion importante acerca del estado de la pintura entre nosotros. Demasiado apegados á seguir la escuela romana y la francesa, no tan solo en el dibujo, lo cual aplaudimos, sino tambien en el colorido, que para nada necesitábamos imitarlo de esas escuelas, hemos abandonado las verdaderas y escelentes máximas de color que nos legaron en sus obras nuestros grandes artistas, y los principios que les guiaban en el interesante estudio de la perspectiva aérea; hemos renunciado, en suma, á tener una escuela original, una escuela verdaderamente española, de que actualmente carecemos.

Algunas veces hemos llegado á creer que la causa de no tener escuela original consiste en que varios de nuestros profesores de pintura han hecho su principal estudio del colorido en Roma y en París. Sabemos muy bien que la escuela romana, como conjunto de obras clásicas de pintura y escultura, es la mas á propósito para formar grandes artistas. Pero ¿es indispensable que estudien en ella el colorido? ¿No bastaría para el objeto que allí les conduce, limitarse á estudiar el dibujo y la composicion en presencia de los escelentes originales del antiguo, de Rafael y Miguel Angel? El estudio del modelo vivo y de los cuadros de la escuela flamenca, veneciana y española, de que hay abundante copia en nuestro Museo, ¿no bastaría para formar escelentes coloristas? Por nuestra parte no vacilamos en la afirmativa.

En buen hora que vayan á Italia á ensanchar la esfera de sus conocimientos á vista de los restos de la antigüedad y con presencia de los cartones de los artista mas celebrados, ya que no sea posible adquirirlos para nuestras galerías; pero á lo menos resérvese á su patria la gloria de haberles dado una escuela de color que será original, y sin duda mas aventajada, que la imitada por moda en pais extranjero.

Concluiremos por fin escitando el celo de los señores que intervienen en las públicas exposiciones de la Academia de San Fernando, para que procuren verificarlas en local mas ventajoso al efecto que se busca en las obras del arte. Las salas de la Academia, pequeñas, sin puntos de distancia, con luces bajas y de mala calidad, son lo mas á propósito para privar de una parte de su mérito al cuadro de mas bien estudiado colorido.

(1) No podemos menos de llamar la atencion del gobierno sobre la exorbitancia de los derechos de entrada, impuestos al cuadro de que hablamos. Aunque á punto fijo no podemos señalar la cantidad, tenemos entendido que subió á unos 500 rs. poco mas ó menos. No alcanzamos por qué á un artista que ha trabajado una obra, y la trae á su patria tal vez para honrarla con ella, se le impone tan asombroso derecho. Y en el caso de haber causa legítima para hacerlo asi, ¿cuántos miles deberian recargarse á los cuadros franceses que se introducen en la Península?

CUENTO DE LA ALHAMBRA.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

Sin embargo, al cabo de algunos instantes creí distinguir, á pesar de la oscuridad, una multitud de individuos en trage oriental, unos á caballo, otros á pie, que de los treinta y dos vientos habian acudido á la embocadura de la sima, como abejas á la puerta de una colmena. Pero mi guia, antes de darme tiempo á que le pidiese esplicacion, apretando los hijares de su caballo, se habia lanzado con la multitud en la caverna. Descendimos largo rato por una senda tenebrosa en forma espiral, que me parecia iba á conducirnos á los antípodas de la montaña. Por fin empezó á vislumbrarse una débil claridad, cuya causa no podia yo descubrir: incierta y pálida al principio como el crepúsculo del dia, fué aumentándose poco á poco, y permitiéndome reconocer los objetos que me rodeaban. Habia grandes salas embovedadas, talladas en la roca á derecha é izquierda de nuestro camino. En unas se advertian multitud de corazas, yelmos, lanzas y cimitarras colocadas en órden como en los arsenales; otras contenian equipos y municiones de guerra. En una nueva série de subterráneos, que se perdian de vista, se descubrian prolongadas filas de caballeros armados hasta las uñas y con la lanza en ristre, dispuestos á cargar al enemigo; pero parecian petrificados sobre las sillas como otras tantas estátuas. Mas allá estaba la infantería en buen órden; pero tambien inmóvil. Todos estos guerreros llevaban el trage y armas como los antiguos moros de Andalucía.

Finalmente llegamos á la entrada de una gruta inmensa, en cuyas paredes embutidas de oro y plata brillaban las mas preciosas pedrerías orientales. A uno de los estremos se veia un rey moro sentado sobre un trono que deslumbraba, rodeado de su corte y de una guardia de esclavos negros, con sable en mano, mientras que una numerosa multitud pasaba y se renovaba incesantemente inclinando la rodilla al llegar delante del monarca. Unos llevaban magníficas túnicas flotantes, otros armaduras, ya bien pulimentadas é intactas, ya abolladas y cubiertas de orin. Yo entretanto me frotaba los ojos, y la lengua se me escapaba de la boca. Camarada, dije á mi introductor despues de un largo silencio, ¿dónde estamos y qué significa todo esto?— Todo esto, contestó, es un grande y terrible misterio. ¡Cristiano, tienes á tu vista la córte y el ejército de Boabdil, último rey de Granada. —¿Qué diablos me decís? si hace ya algunos centenares de años que este príncipe y los suyos desterrados del continente fueron á morir miserablemente al Africa.

—Eso es en efecto lo que se lee en vuestras falsas crónicas, replicó el moro con desden; pero habeis de saber que Boabdil y los guerreros que sostuvieron la última lucha de Granada están aqui encerrados por un encanto invencible. El rey y el ejército que salieron de la Alhambra despues de la capitulacion de la ciudad, era un ejército de fantasmas, á las que Alá permitió tomar aquella forma para engañar á los monarcas cristianos; porque no ignoreis, amigo mio, que la España toda es un pais encantado; que no hay una caverna ni una torre antigua que no encierre algunos hijos del profeta sumergidos en un sueño mágico hasta la espiacion completa de los pecados por los cuales permitió Alá que la posesion de este reino fuese temporalmente usurpada á los verdaderos creyentes. Desde entonces una vez al año en la víspera de vuestro S. Juan ven suspenderse su fatal encanto desde que se pone el sol hasta que aparece de nuevo; y en este intervalo acorren de todos los ángulos de España para venir á rendir homenage á su soberano, como habeis presenciado; y yo mismo he venido como sabeis desde Castilla la Vieja donde debo hallarme de vuelta mañana antes de amanecer. Esta es una muy corta y rara distraccion; pero nos consolamos acordándonos que está escrito en el libro del destino que á la espiracion de nuestro encanto, Boabdil debe descender de la montaña del sol á la cabeza de sus escuadrones, y despues de haber restablecido su autoridad en Granada, someterá de nuevo la península á la ley musulmana.

—¿Y cuando sucederá eso? pregunté. —Solo Alá lo sabe. Hace algunos años habiamos esperado que ese dia se acercaba, pero desgraciadamente vino de gobernador á la Alhambra un soldado viejo conocido bajo el nombre del comandante Manco, que él con un solo brazo hace mas daño que los mas espeditos con los dos, y que por la noche dicen que duerme con solo un ojo á fin de tener el otro sobre su fortaleza. Y seguramente en tanto que semejante hombre ocupe ese puesto y se halle dispuesto á repeler nuestra primera irrupcion, temo que tengan bien poca esperanza Boabdil y sus guerreros.» Entonces el comandante Manco ajustó su cinturon, acarició su vigote, y se estiró sobre su camape de forma que parecia haber crecido vara y media.

—«Pero para abreviar tan larga historia, y economizar los momentos de V. E., continuó el soldado, mi compañero despues de haberme hecho esta confianza, echó pie á tierra. «Quédate ahí, me dijo, mientras que voy á inclinarme ante el miramamolin», y se perdió entre la multitud que se precipitaba hácia el trono. Luego que me ví solo dije para mí, ¿qué haré? esperar al infiel que vuelva y me lleve sabe Dios donde, sobre su caballo del otro mundo? ¿O me escurriré bonitamente de esta cueva de espectros para respirar el aire de los vivos? Un soldado tarda muy poco en tomar su partido, y yo me decidí por el último. En cuanto al caballo, como que pertenecia á un enemigo del reino y de la fé católica, era de buena presa segun las reglas de la guerra. Asi que, saltando de la grupa á la silla, volví bridas, introduje los estribos moriscos en sus hijares, y le hice tomar mas que de paso el camino por donde habia venido.

Era empresa arriesgada; porque mientras atravesaba las salas donde estaban los escuadrones y batallones armados, se oyó un fuerte pataleo acompañado de gritos amenazadores. Piqué de espuela, pero al mismo tiempo se oia detrás de mí el ruido sordo de un formidable galope de caballos, que hacia temblar todo el subterráneo; y á poco rato fui alcanzado y envuelto por una multitud que me condujo á la salida de la caverna desde donde se dispersó en la direccion de los cuatro vientos cardinales. En medio de aquel terrible turbion, fui lanzado á tierra sin conocimiento, y cuando volví en mí me hallé sobre la cima de una montaña con un caballo árabe al lado y mi brazo enredado entre las bridas, lo cual me persuadió que le impidió regresar á su guarida en el fondo de Castilla la Vieja.

«V. E. puede juzgar de mi sorpresa cuando mirando en derredor, reconocí las producciones y los indicios de una comarca mucho mas meridional que la en que me hallaba la víspera; con una gran ciudad, torres, palacios, y una catedral á mis pies. Me levanté, descendí de la montaña con precaucion conduciendo del diestro á mi caballo, porque no me atreví á subir en él temiendo algun nuevo sortilegio, y entonces fue cuando encontré vuestra patrulla, por la que supe que me hallaba delan-

te de la célebre ciudad de Granada. Tal noticia me hizo manifestarle mi deseo de ser presentado á V. E. para revelarle los peligros invisibles que le rodean, á fin de que tome las medidas oportunas para preservar á esta fortaleza y á todo el reino de las tentativas del ejército infiel que debe salir un dia de los senos de la montaña del Sol.

— Está bien, muy bien, dijo el comandante Manco rascándose la oreja como quien no sabiendo que pensar de esta comunicacion concordante con la tradicion mas acreditada del pais, trataba de leer en los ojos del franciscano que por desgracia los tenia cerrados á impulsos del sueño. — ¿Y vos, amigo, que pareceis hombre de recursos y de imaginacion, qué me aconsejais contra ese peligro? — No le toca á un simple soldado remontar hasta su general, y mucho menos un general de la esperiencia y sagacidad de V. E.; pero me parece que deberia desde luego cerrarse la entrada de la caverna con una sólida pared maestra á fin de aprisionar en ella á Boabdil y su ejército; en seguida, añadió santiguándose devotamente y volviéndose hácia el fraile, se deberia consagrar solemnemente el lugar por medio de la cruz, de reliquias é imágenes de santos en número suficiente para neutralizar los encantamientos. ¿Qué os parece, reverendo padre?

— Seguramente, contestó el franciscano con tono distraido; porque en aquel momento su atencion se habia fijado sobre una borla de oro que pendia por debajo de la casaca del soldado. Se acercó de repente, y á pesar de la resistencia de este, logró poner la mano sobre una enorme bolsa de terciopelo que no parecia desprovista. Desocupada sobre la mesa del gobernador deslumbró sus ojos y los de la concurrencia una rica coleccion de cruces de diamantes, de rosarios, de perlas, de monedas antiguas de oro, muchas de las cuales cayeron saltando sobre el suelo, y no pararon de rodar hasta los estremos de la habitacion.

— «Infame sacrílego, esclamó el reverendo transportado de furor á vista de las cruces y de los rosarios, ¿que iglesia ó que capilla has despojado de estos objetos sagrados?— Ni una ni otra, contestó el soldado con serenidad, cuando sucedió este accidente iba á informar á S. E. de que al apoderarme del caballo del infiel habia descubierto debajo del arzon de su silla la presente bolsa que yo suponia podria contener el botin de sus antiguas correrías en tierra de cristianos. « Esta nueva declaracion y el tono con que fue hecha renovaron la perplejidad del valiente gobernador; pero algunas palabras que en voz baja le dijo su director espiritual le hicieron decidirse.

— « Cáspita, amigo, dijo entonces al soldado frunciendo las cejas; te equivocas miserablemente si crees darme que temer con tus historias de montañas y de sarracenos encantados. — Yo os protesto Excmo. Sr... — Silencio: tu puedes ser soldado viejo; pero has dado con otro aun mas viejo que tú, y muy poco dispuesto á dejarse burlar. Hola, guardias, conducid á este hombre á la torre Bermeja. « La malagueña quiso interceder por el preso, pero una mirada severa del gobernador la cerró la boca. — « V. E. pensará lo que guste con respecto á mí, replicó el soldado con toda su serenidad; pero no por eso dejaré de suplicarle que tome en consideracion el aviso que acaba de recibir tocante á la caverna de la montaña del....—Bueno, bueno, perillan; piensa en tus propios asuntos que acaso no llevan buen camino. Hasta la vista.

Aquí se concluyó el interrogatorio; el preso fue conducido á las torres Bermejas, y el caballo á las cuadras de S. E. En cuanto á la bolsa del soldado no obstante de algunas reclamaciones del franciscano con respecto á las santas alhajas que contenia, y á su entender pertenecian á la iglesia, el comandante Manco consignó provisionalmente el todo en sus arcas guarnecidas de hierro.

Para esplicar la medida severa empleada contra el desconocido, nos será preciso decir que las Alpujarras, montañas inmediatas á Granada, se hallaban á la sazon infestadas de bandidos bajo el mando de un atrevido salteador llamado *Juan Borrasco*, que por medio de mil disfraces se introducia hasta en la misma ciudad para espiar la salida de convoyes, de mercancías ó de viajeros bien provistos. Estos rasgos de audacia reiterados habian llamado la atencion de las autoridades, y provocado de su parte una vigilancia rigurosa con respecto de los forasteros y vagabundos; de forma que el gobernador de la Alhambra se lisongeaba de tener bajo su ferula al capitan de la terrible banda.

No tardó en esparcirse la voz. Todos afirmaban que el formidable Borrasco, el terror de las Alpujarras habia caido en poder del comandante Manco. Asi fue que todos cuantos habian ó creian haber sido robados por aquel, acudian á las torres Bermejas para complacerse en ver al bandido en el fondo de un calabozo como quien vé á la hiena por entre los hierros de la jaula. Pero ninguno conoció en él á Juan Borrasco, porque aquel terrible salteador era de una fisonomía feroz y repugnante, al paso que la del soldado era en estremo agradable y espresaba la alegría y la franqueza. Asi es que empezó á correr la voz de que en la relacion del último podia haber algo de cierto; y un gran concurso de curiosos se dirijió hácia la montaña del Sol, para registrar la entrada de la caverna, y aun algunos se atrevieron á descender no se sabe hasta que profundidad, pero no osaron decir lo que habian visto ni oido.

La popularidad fue gradualmente aumentándose en favor del soldado. Porque los bandoleros, los contrabandistas y generalmente todos los demas que ejercen otras industrias de este jaez no suelen llevar entre el pueblo el sello de reprobacion que les imprime la ley; son por el contrario una especie de personages caballerescos á los ojos de las clases bajas; por consiguiente empezaron muy luego á murmurar contra el rigor que se ejercia sobre el preso, que concluyó por verse considerado como un martir.

Este entretanto se consolaba con una mala guitarra, acompañando con ella su inagotable repertorio de romances y seguidillas que le proporcionaba tantos oyentes como sugetos transitaban por aquel punto. Ademas de esto, las proposiciones galantes que dirigia á las mujeres le hacian parecer hermoso á los ojos de estas, y sobre todo despues que se habia despojado de su barba espesa. La malagueñita de que arriba hicimos mérito no fue la última en quien halló simpatía. Despues de haber solicitado en vano del ceñudo gobernador algo menos de rigor en favor del soldado, resolvió tomar bajo su responsabilidad este caritativo cuidado, poniendo en contribucion todas las noches la cocina y la bodega del potentado de la Alhambra.

Mientras se tramaba este pequeño complot en lo interior de la ciudadela, se formaba una tempestad aun mas terrible en lo esterior. El franciscano habia dicho alguna cosa en cuanto á la bolsa del soldado al inquisidor general, y este funcionario reclamaba el botin del sacrílego para la iglesia, y su cuerpo para el primer auto de fé. El gobernador no queria ceder ni lo uno ni lo otro reivindicando los despojos para el real fisco, y alegando en cuanto al preso que á el le correspondia hacerle ahor-

car de las almenas como espía apresado junto á los muros de la ciudadela.

La cuestion se acaloró; el santo oficio sostenia sus pretensiones, y fijó definitivamente un dia para la entrada y el libre ejercicio de sus familiares en la Alhambra. — Que entren, respondió el Manco, ya que todas las puertas los están abiertas; pero ya veremos cual se dispondrá mas pronto; si la hoguera ó las baterías. Y en seguida dió las órdenes correspondientes. — «Sanchica, dijo á su jóven ama antes de acostarse, mañana llama á mi puerta antes del primer canto del gallo; tengo cierto asunto que me precisa á vigilar por mí mismo.»

El gallo cantó, pero nadie fué á llamar á la puerta del gobernador: ya hacia tiempo que el sol doraba los hielos de Sierra Nevada cuando el veterano fue repentinamente interrumpido en sus ensueños matutinos por el sargento de quien hablamos arriba que con el terror impreso en su frente tartamudeaba estas palabras.

— Se fugó!... comandante!... se fugó...

— Se fugó!... ¿Quién?

— El soldado, el contrabandista, el bandido, el diablo.... ¡que se yo quién es! Su calabozo está vacío y la puerta cerrada, de suerte que se ignora como ha podido escaparse: lo que en definitiva podria probar que es satanás ó Belcebú!

— ¿Quién fué el último que le vió ayer?

— Sanchica, que le llevó la cena.

— «Pues llamar á Sanchica inmediatamente.»

Nuevo desastre: la habitacion de la doncella estaba desocupada, y su cama vacía; claro es que se habia fugado con el preso. Esto fue una puñalada para el comandante Manco; pero aun le esperaba otra desgracia. Al entrar en su gabinete halló su arca estropeada, y de ella le faltaba la bolsa del soldado, con mas dos talegos de doblones que componian toda su fortuna.

Pero ¿qué camino habian tomado los fugitivos? Un pastor que durante la noche habia bajado de la sierra del Sol declaró que habia oido á lo lejos un poco antes de amanecer el galope de un caballo acompañado de un diálogo interrumpido por algunas carcajadas.

— «Qué visiten las cuadras» esclamó el gobernador fuera de sí.

Asi lo ejecutaron. Todos los caballos ocupaban sus plazas escepto el árabe; en su puesto habia una escarpia clavada sobre el pesebre, de la que pendia una piel de un jumento desollado el dia anterior, y entre las dos orejas colocado un papel en que se leian estas palabras. «*Regalo de un soldado viejo al comandante Manco.*»

EL TIO LOBERO.

Hay un ser en el reino animal que no ha sido aun descrito por los naturalistas, y que merece sin embargo fijar un momento la atencion del observador curioso. Ora se le eleve á la dignidad de hombre porque tiene sus formas, ora se le coloque en la raza de las fieras porque participa de su instinto; el *hombre-fiera*, ó la *fiera-hombre*, pues ambos epitetos le convienen, es una aberracion de la naturaleza digna de ser presentada al público; acreedora á que se la dediquen cuatro líneas siquiera en un *Semanario Pintoresco*.

En el corazon de una fragosa sierra, donde no se descubre ninguna humana huella, se encuentra como suspendida sobre la vertiente de unas descarnadas y antiquísimas rocas una choza miserable de paja y espinos, mansion donde vegeta una familia salvage que jamás conoció los encantos ni los peligros de la sociedad. Un hombre atezado, miserable, tan inmundo como los animales cuya carne está vedada á los musulmanes por la ley de su profeta, tan destrozado como cualquier drama traducido por un escritor de municion, tan cerdoso, en fin, y de tan fiero aspecto como el oso del Pirineo, yace en el suelo que le sirve de lecho, apoyando la cabeza en un lobo recien degollado, cuya sangre brota aun en abundancia, y cuya boca entreabierta deja descubrir los aguzados colmillos y las hambrientas fauces. Un chicuelo de cuatro años, forrado de piel de zorra, juguetea en un rincon con seis lobeznos que se agrupan y encaraman sobre una cazuela que contiene algunas gotas de leche. El tierno infante, que á primera vista parece hermano de aquellos, los arrastra de las patas, los zambulle en la vasija, los aprieta y estruja, y se sonrie bárbaramente de verlos padecer.

Un vestiglo que se escapa á toda descripcion, y que sin embargo tiene la osadía de titularse mujer, atiza con trémulas manos una hoguera donde se asan y consumen los ahumados miembros de un erizo. Al ver las facciones de la vieja, iluminadas por la llama, se creyera descubrir en ella el genio del romanticismo que inspiró á Victor Hugo el *Han de Islandia*, y á sus sectarios y discípulos las *monstruosas* novelas y los dramas *patibularios*.

Aquel hombre, pues, que duerme sobre su víctima, es el cazador de alimañas; el lobezno que retoza con los lobeznos es su hijo; y el vestiglo que prepara el asado es la madre del uno y la mujer del otro. Estos seres salvages viven aislados en medio de la sociedad; caminan á oscuras entre las luces del siglo; no pertenecen al pueblo ni á la nobleza, ni jamás se ocuparon de gerarquías; son libres sin haber tenido que conquistar su libertad; ricos en medio de las privaciones y de la pobreza; robustos sin conocer á los doctores de la medicina, y felices porque no tienen *porvenir* ni *pasado*. Ellos ven transcurrir sus dias con la impasibilidad de un tronco á quien los años mutilan la corteza, y no piensan en el término de su vida, á la manera que la roca batida por las olas no imagina que desprendida alguna vez ha de rodar hasta el abismo de los mares. Cuarenta años hace que habitan la misma cabaña, que hacen las mismas tareas, que se alimentan y vegetan del mismo modo. El sol es para ellos una hoguera que calienta, y nada mas; el mundo solo un monte donde hay erizos y leña; la vida un conjunto de cuatro ó cinco necesidades, de donde brotan otros tantos placeres. Sus almas no son susceptibles de retener las impresiones, ni aun casi de recibirlas: se asemejan al agua donde instantáneamente desaparecen los sulcos trazados por un remo.

El *lobero*, padre y patriarca de esta pequeña tribu, no es el Robinson de la fábula, ni el salvage del Canadá, ni el caribe del Africa, y sin embargo participa del aspecto, hábitos é inclinaciones de estos tres seres. No pertenece á la república humana, y sin embargo egerce en ella una industria con la cual trafica y se sostiene. Busca á las alimañas, las sigue, vigila sus movimientos, reconoce sus huellas, las sorprende, las acomete, y las vence. La práctica le ha enseñado las sendas y trochas mas frecuentadas de las fieras, las épocas en que producen sus crías, y las guaridas donde las encaman. El tiene una exacta estadística de los habitantes del monte, sabe á punto cierto el número de lobos que en él se abrigan, con distincion de sexos y aun de edades; las grutas en que se ocultan, y las horas en que las abandonan para buscar su

sustento. Tan familiarizado está con el trato de estos feroces animales, que pasa cerca de ellos sin echar mano á su cuchillo; y cuando alguna vez entre las sombras de la noche cruza silencioso por las cañadas donde reposan los rebaños, ladra el mastin, y se estremecen las ovejas teniéndole por una fiera que vá á devorar los recentales.

Como la ley señala un premio á los esterminadores de animales dañinos, el *lobero* tiene su principal interés en el beneficio de esta mina, pero no en su completa esplotacion. Asi es que al apoderarse de los lobatos perdona la vida á la madre para que pueda rendirle otros frutos, y solo lucha frente á frente con ella cuando la necesidad le reduce á este estremo.

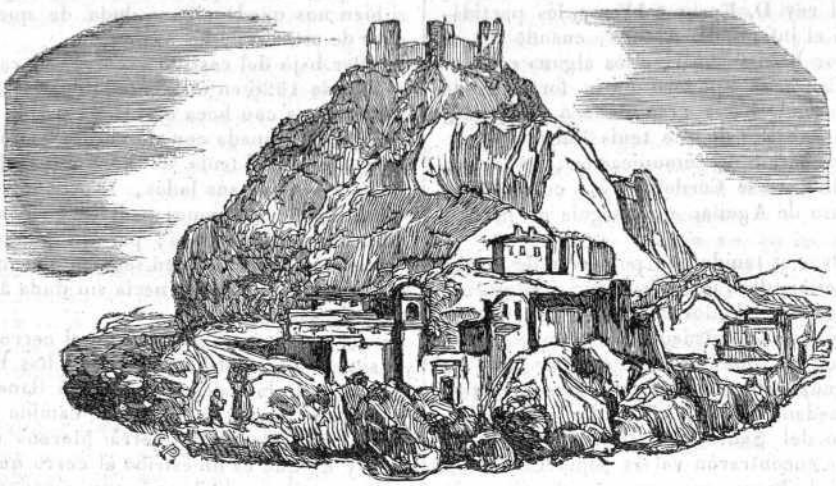
Terminaré estas ligeras apuntaciones sobre el *hombre-fiera*, refiriendo una anécdota de su vida; página suelta que podrá servir para el libro de su historia, si algun curioso se ocupase en escribirla. Es el caso que una tarde á puestas del sol caminaba el *tio 'obero* en direccion á su cabaña, rendido de cansancio, y pesaroso del mal éxito de sus trabajos de aquel dia; se sentó á reposar sobre una piedra, dirigiendo en derredor sus torvas miradas por ver si descubría alguna raposa de las que á tales horas suelen andar cazando las descuidadas aves que se retiran á sus nidos. Largo rato permaneció así sin descubrir ningun objeto de los que ocupaban su imaginacion, cuando repentinamente vé agitarse las ramas de una parte del monte bajo, percibe las pisadas de un animal que se acerca hácia un grupo de rocas, y le siente escarvar la tierra, sacudirse, y rastrear al parecer sobre la yerba para meterse en una caverna. Entonces el hombre de las selvas se pone en pie, observa los matorrales y carrascos inmediatos, mide distancias, compara alturas, analiza mentalmente la posicion de los objetos, y saca finalmente por consecuencia que aquella gruta es la guarida de una loba de poca edad, cuyos veloces pies han burlado por mucho tiempo su vigilante persecucion. No bien concibe esta sospecha, cuando un rayo de esperanza le ilumina: pone mano á su cuchillo de monte, arroja al suelo el cayado, envuelve el brazo izquierdo en la piel que á prevencion lleva siempre sobre su hombro, y se adelanta con paso firme hácia la entrada de la caverna. Sondea con escudriñadores ojos el interior, y percibe en confuso, al través de la oscuridad que en ella reina, una pata de la fiera: entonces fuera de tino la ase con violencia, la arrastra con hercúleo empuge hácia sí, y cuando iba á herirla con el cuchillo, le deja caer de la mano, y lanza un ahullido de terror.... el lobo á quien iba á inmolar era su hijo, el cual aun en su tierna edad descubria ya el instinto de su padre de perseguir á las alimañas en sus guaridas.

C. Diaz.



MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.

ESPAÑA PINTORESCA.



VISTA DE LA VILLA DE ALMODOVAR DEL RIO.

La villa de Almodovar, llamada del rio por su proximidad al Guadalquivir, para distinguirla de otras poblaciones del mismo nombre, está situada á la orilla derecha de éste, en la ladera oriental de un elevado cerro, cuatro leguas al O. S. O. de la ciudad de Córdoba.

El nombre de esta villa es árabe corrompido de *Hisn-modvvar*, que segun unos, quiere decir *castillo redondo*; segun otros *fortaleza de las tiendas ó de las saetias*; mas no conviniendo ni á este ni á los demas castillos que asi se nombraron en tiempo de los árabes la primera interpretacion; siendo demasiado peculiar la segunda, y muy comun y general la tercera, todas nos parecen infundadas; mas sospechamos llamaron asi los árabes á todas las fortalezas notables por su posicion ventajosa, pues acaso pueda la denominacion *Hisn-modvvar* traducirse por la castellana *castillo seguro* ó cosa equivalente, sobre lo cual nos remitimos á los inteligentes en aquel idioma.

Cuando los árabes tomaron á Córdoba, tres millas al Occidente de esta ciudad habia una poblacion llamada Séguda, de que hace mencion la obra que lleva el título de *el moro Rasis y el arzobispo D. Rodrigo*; creemos, pues, que esta poblacion, que segun parece estuvo situada en el cortijo nombrado Villa-rubia, donde se encuentran ruinas de edificios, debe reducirse á Almodovar; pues fundado su castillo por los árabes, parece probable se fuese poco á poco trasladando la poblacion al sitio de Almodovar, buscando, segun era comun entonces, el abrigo de la fortaleza.

Esta villa permaneció en poder de los moros cuatro años despues de la conquista de Córdoba, habiéndose entregado *por pleitesía* al santo rey D. Fernando en 1240.

Desde este tiempo estuvo Almodovar sujeta á la jurisdiccion y señorío de Córdoba hasta el año de 1629 en que el rey D. Felipe IV la vendió con la alcaidia del castillo á D. Francisco del Corral y Guzman, caballero del orden de Santiago y señor de la villa de la Reina.

El castillo domina perfectamente la poblacion, pues el cerro en que está situado tiene unos 255 pies de alto, y su núcleo es una grande roca, como se descubre por varias partes, especialmente por la del rio, y la subida es agria y trabajosa. Fue, como ya indicamos, construido por los árabes y reedificado despues de la conquista de la villa, en cuya ocasion fue colocado en el lienzo interior del lado del mediodia el escudo de Castilla y de Leon. Esta fortaleza incluye una plaza en que se encuentra como un almacen subterráneo que algunos han creido ser una mina, y las paredes como de dos algibes ya cegados. Los muros están casi derruidos.

Desde la esquina situada entre Oriente y mediodia sale un arco como de doce pies de largo y nueve de ancho, por el cual se pasaba á la torre y ahora está horadado en el centro, por lo que no se puede entrar en ella sin peligro de precipitarse. Tiene esta torre de alto 102 pies, y está muy bien conservada en lo esterior, aunque le faltan los canes de las ventanas y las almenas y garitas, y en lo interior es la que tiene mejores piezas. En la parte inferior tiene un subterráneo en cuya bóveda se ve una argolla de que pende una cadena. Dentro de la plaza hay otras cuatro torres casi arruinadas de menor altura que la primera: tres son esquinadas y una redonda. Parece que aun habia dos mas: de una han quedado dos medios lienzos y la otra ya no existe. La cava ó foso aun se distingue por la parte de Oriente.

Era esta fortaleza tan inexpugnable y famosa en tiempo de los árabes, que el rey Aben Mahomad de Baeza buscando asilo donde refugiarse de los suyos que habian resuelto matarle por la entrega que habia hecho de variar plazas y castillos al rey D. Fernando el santo por los años de 1228, desde Baeza se dirigia á este castillo; pero los suyos que le siguieron ó los cordobeses dieron sobre él antes que llegase y le cortaron la cabeza.

El rey D. Pedro el Cruel tuvo presa en este castillo á Doña Juana de Lara, señora de Vizcaya, mujer de su hermano D. Tello, á la que poco despues mandó quitar la vida en Sevilla. El mismo rey D. Pedro habia elegido esta fortaleza para custodiar sus tesoros.

El rey D. Enrique III, despues de haber tenido pre-

so á su tio D. Fadrique, duque de Benavente, hijo natural de su abuelo D Enrique II y de Doña Leonor Ponce de Leon, en el castillo de Burgos y en Monreal, últimamente le mandó poner en este castillo, donde murió.

Mientras duraban las revueltas ocurridas en Córdoba entre los adictos al rey D. Enrique IV, y los partidarios de su hermano el infante D. Alonso, cuando ya se habia conseguido que hubiese entre ellos alguna concordia, el conde de Cabra se apoderó de la fortaleza de Almodovar, desde donde hacia gran daño á la ciudad, y por medio de los caballos de que tenia llena la campiña, impedia el comercio y comunicacion, con cuyo motivo volvió á alborotarse Córdoba, y á cometer sus violencias don Alonso de Aguilar que seguia el partido del infante.

Aunque Almodovar es tenida por poblacion de origen árabe, y no hay noticia de que en su sitio ó contornos la haya habido en tiempo de los romanos, se encuentran sin embargo algunas antigüedades del tiempo de estos en sus inmediaciones que inducen á creer hubo en aquellos lugares alguna poblacion, aunque, como de otras muchas, no haya quedado memoria. Por los años de 1829, en el barrio llamado del Santo por estar allí la ermita de San Sebastian, se encontraron varios sepulcros y en ellos algunas vasijas de barro; mas en uno de ellos, lo que es de notar, hasta una docena de botecitos de vidrio bastante fino como de cuatro pulgadas de alto, cubiertos de un barniz dorado, ya destruido por partes, de figura esférica y con proporcionado cuello, que exhalaban un olor aromático. Todos fueron destruidos hasta no quedar ya mas que uno que tenemos á la vista.

En la casa llamada del Peral, que está en parage bastante elevado de la poblacion, haciendo obra se han hallado varias ánforas de cinco cuartas de alto, muy gruesas y pesadas, de la figura siguiente.



En el sitio llamado el Sotillo, que dista de Almodovar tres cuartos de legua, á la orilla izquierda del rio se encuentran en gran número ánforas sin cocer semejantes á la anterior, por lo que se cree hubo allí alguna alfarería. Tambien se encuentran ánforas de igual clase en el cortijo del Temple, heredad que perteneció á los caballeros templarios.

En el cerro de San Cristobal, que no dista mucho de la poblacion, se encuentra una sala subterránea, que ya con los escombros de sus paredes y tierra que le cae se va cegando: en la posesion del Alamillo, cerca del Higueron, se conserva un pedazo de edificio muy antiguo construido de ladrillo; y finalmente en el sitio llamado San Ildefonso, que ahora es un olivar y encinar que dista medio cuarto de legua al N. N.-E. de Almodovar, se encontró en una ocasion cerca de un arroyo que nace en la misma heredad gran cantidad de sillares y un pavimento de argamasa.

Tales descubrimientos persuaden que por estos sitios hubo poblacion ó poblaciones en tiempo de los romanos, si bien nos queda alguna duda de que las ánforas sean obra de estos ó de los árabes.

Por bajo del castillo y en su ladera oriental se halló el año de 1826 en un cercado de tierra calina una pieza subterránea con boca ó entrada por la parte superior, la cual estaba tapada con un ánfora y una losa. Dentro de esta pieza, que tenia de hondo mas de doce pies y un poyo á uno de sus lados, se encontró un cadáver con una espada: no hemos podido saber mas circunstancias de este descubrimiento; pero sí que el subterráneo fue macizado con piedras en seguida que lo descubrieron. Este enterramiento pertenecia sin duda á tiempos posteriores á la conquista.

El rio, que pasa lamiendo el cerro, á cuya falda está situada la poblacion; las muchas huertas abundantes de agua que la rodean; la estensa llanura que tiene á su frente por la que se dirige el camino de Córdoba; los azulados montes de la Sierra Morena que se eleva á su lado y de que es un estribo el cerro que la domina; todo esto contribuye á hacer muy amenos y divertidos los contornos de esta villa.

LUIS MARIA RAMIREZ Y LAS CASAS-DEZA.

ARTES DE IMITACION

MUSICA.

Este arte delicioso, encantador; este arte, cuya poderosa influencia sobre las costumbres no puede ponerse en duda porque la historia escrita y tradicional nos la presenta desde remotos siglos como uno de los medios mas poderosos para inspirar á los hombres el espíritu de sociabilidad; este arte, repetimos, va ocupando rápidamente en España el lugar que de justicia le corresponde, y ha obtenido siempre en todos los pueblos civilizados.

No se entienda por esto que no ha sido cultivada antes de ahora la música en nuestra patria con éxito feliz: lejos de eso podemos presentar comprobantes de la importancia que llegó á adquirir desde principios del siglo XVI entre nosotros, y de su animosa competencia con la música italiana del mismo siglo. Si alguno dudase de esta verdad, bastaria á nuestro propósito citar el nombre sobrado célebre de *Bartolomé Ramos*, natural de Baeza, maestro de música en Bolonia despues de haberlo sido en Salamanca, y autor de un tratado de música escrito en lengua latina. Citaríamos igualmente á Francisco de Tovar, autor de dos obras en castellano tituladas *Arte de canto llano, contrapunto y de órgano*, y *Entonaciones corregidas segun el uso de los modernos*. Hablaríamos tambien de *Diego de Ortiz Toledano*, que escribió en lengua italiana *Il primo libro delle glosse sopra le cadenze*. Y por último, deteniéndonos á designar nominalmente á cuantos ilustres profesores de música enriquecieron, asi nuestras catedrales como las de Italia y aun la capilla pontificia, haríamos mencion de Cristóval Morales, natural de Sevilla, nombraríamos con él veinte y dos profesores españoles que en el mencionado siglo for-

maban la capilla del Pontífice romano, concluyendo por el nombre de Francisco Salinas, quien sin embargo de haber quedado ciego en su niñez, fué tan prodigioso en la música, que no tuvo igual, tanto en la teoría como en la práctica. Así lo asegura Andrea Scoto, que le conoció, con estas palabras literales: «*in Theoretica, et practica Musica ætate sua parem non habuit.* Este hombre singular compuso siete libros de música, llenos de erudicion, de lo mas escogido de los antiguos autores griegos y latinos, impresos en Salamanca en 1577, de cuyo paradero no tenemos noticia. Nuestro Ambrosio de Morales en uno de sus escritos encarece todavía mas el mérito de Salinas, diciendo haberle visto y oido, y experimentado tambien los maravillosos efectos de su habilidad; porque ora con el canto, ora con el instrumento, de tal manera enagenaba al auditorio, y tan imperiosamente dominaba en sus sensaciones, que á su arbitrio excitaba en ellos ya el llanto, ya la alegría, ya el terror, produciendo los mismos efectos sorprendentes de la música que tanto han encomiado los escritores de la antigüedad.

Nunca han faltado tampoco en siglos posteriores maestros eminentes en el arte, cuyo mérito contribuia á aumentar la celebridad de nuestras catedrales; pero aun no habia llegado la época de hacerse vulgar, por decirlo así, la música sublime. Circunscrita á los templos, parecia consagrada únicamente á acompañar, con toda la pompa y solemnidad posibles, las preces que los fieles dirigian al Eterno. El vulgo entonces no acompañaba sus cantinelas populares, ya satíricas, ya amorosas, ya tradicionales, sino con ese género de música festiva y ligera, que si bien patrimonio esclusivo del pueblo, tuvo sin embargo hasta últimos del siglo pasado el privilegio de penetrar en los salones de las clases elevadas. Epoca hemos conocido del siglo presente, en que una guitarra, acompañando los acentos picarescos ó sentimentales de nuestras damas, constituia uno de los principales atractivos de las tertulias españolas.

Mas como en Italia, Alemania, Francia, y generalmente en todos los paises de Europa, iba cundiendo el gusto por los espectáculos líricos á medida que las combinaciones armónicas progresaban, fué preciso que España, olvidando sus *tonadillas* y *zarzuelas*, sustitutos de los antiguos *oratorios sacros*, diese tambien cabida en su suelo á esas magníficas composiciones melodramáticas que, con el nombre de óperas, absorvian la atencion de toda la Europa culta.

Una asociacion formada por personages de alta categoría acometió la empresa de plantear la grande ópera en esta Córte, valiéndose al efecto del teatro llamado de los Caños del Peral, y de compañías que se hacian venir de Italia. Mas los teatros de Madrid, poco á propósito por su reducida capacidad para espectáculos de esa naturaleza, la escasez de recursos en las clases medias para frecuentarlos, y la falta de gusto no cultivado todavía respecto de un género en que el discernimiento y la aficion se aumentaban en razon de la multiplicidad de las sensaciones que aquellos despiertan, fueron causas bastante poderosas para que la empresa se malograse. A pesar de eso fué necesario que el grito de guerra que en 1808 resonó por toda la Península, acabase de auyentar de Madrid la compañía de ópera, de la cual en dicho año era prima-donna la señora Marquesini.

Los sucesos de la guerra de la Independencia produjeron un largo interregno musical, en el que Euterpe permaneció triste y silenciosa, si bien daba algunas señales de vida por medio de las guitarras de que hemos hecho mencion, ó por alguno de los pocos pianos que entonces adornaban los saraos madrileños.

Por fin, cerca del año 1820 aparecieron en la Corte las señoras Morenos, que desde Italia vinieron á renovar las ya olvidadas sensaciones: regresó del mismo punto á depositar en su patria los últimos restos de su habilidad la célebre Lorenza Correa; y por último vino tambien la señora Sala á despertar completamente el gusto por los grandes espectáculos líricos. Desde entonces ese gusto ha prevalecido con mas ó menos fortuna de los empresarios de los teatros; pero influyendo siempre de una manera muy notable en la educacion fina y delicada de la juventud de ambos sexos, y en su gusto por la armonía.

El estudio de la música se ha hecho, pues, una parte integrante de la educacion; y ha dado márgen á que se aumentase el número de profesores de ese arte, así como el sobresaliente mérito que los distingue; porque en los sugetos que se dedican á esa profesion ya no se tolera la humilde mediania. La ópera y los conciertos públicos y privados, que ha bastantes años se disfrutan en Madrid, han asegurado de un modo inalterable el predominio que la música debe tener en todo pais civilizado y culto.

Pero no debian de detenerse en esta altura los progresos que la música ha hecho entre nosotros. Era preciso, ademas, pensar en sacudir, por cuantos medios fueran posibles, la dependencia en que esa misma aficion á la música nos colocaba respecto de los extranjeros mas adelantados que nosotros en ella, y de quienes necesariamente habíamos de recibir todos los auxilios indispensables para fomentarla. Este pensamiento grande y eminentemente patriótico dió orígen al establecimiento del real Conservatorio de música y declamacion de esta Corte en vida del último monarca.

Allí, reunidos los profesores que mas se han señalado por su indisputable mérito y por su conocida habilidad en el arte, bien conocidos y frecuentemente aplaudidos del público, dieron principio á esa emancipacion artística, por decirlo así, y continuan de la misma suerte, formando artistas muy distinguidos, que ó bien trayendo del extranjero las remuneraciones de su habilidad, ó bien economizando en nuestros teatros las que forzosamente habian de darse á estraños artistas, hacen cada vez mas verosímil la posibilidad de poder muy en breve gozar de los magníficos espectáculos á que ya estamos acostumbrados, sin necesidad de que para ello salga nuestro numerario de la Península.

Mas no por eso se habria llenado cumplidamente el grandioso objeto de que tratamos, si al propio tiempo que se fundaba una escuela que pudiera llamarse española, no se procuraba tambien establecer los métodos de enseñanza mas apropiados al intento, sin necesidad de mendigarlos de Italia y Francia. Esta base fundamental de una enseñanza artística, que deseamos llamar con toda propiedad española, la hemos visto plantear felizmente por nuestros mas distinguidos profesores de música. Sin detenernos por hoy á hablar de las producciones y métodos de los señores Carnicer, Saldoni, y otros artistas bien conocidos del público, nos fijaremos con particularidad en el *Método completo de piano* que para el Conservatorio de música y declamacion de esta Córte, ha comenzado á publicar D. Pedro Albeniz, profesor en el mismo establecimiento.

Esta obra, de la cual ha salido á luz el primer cuaderno, está fundada sobre el análisis de los mejores métodos de piano conocidos hasta el dia, así como en la comparacion de los diferentes sistemas de ejecucion de

los pianistas mas distinguidos de Europa. El Sr. Albeniz, haciendo suyas las mas escogidas doctrinas de estos, tanto respecto de la teoría como de la práctica del arte, y combinándolas con las que sus conocimientos y larga esperiencia le han suministrado, ha conseguido formar un método, por medio del cual, llevando al discípulo de lo menos á lo mas, de lo sencillo á lo dificultoso, y amenizando de tiempo en tiempo la avidez de los preceptos y la continuidad de los indispensables ejercicios, le pone en disposicion y sin fatigar su ánimo, de llegar á la mas completa ejecucion con inteligencia y seguridad. Es de presumir que el resto de la obra corresponderá en un todo al plan que se manifiesta desde luego en el primer cuaderno.

Acreedor se ha hecho el Sr. Albeniz á todo género de elogios, no tan solo por lo acertado de su método, en el cual ha debido emplear mucho tiempo de penosas tareas para comparar multitud de composiciones, métodos y escuelas diferentes, en distintas épocas y bajo distintos gustos; sino tambien por su desprendimiento en facilitar á todos los amantes de la música, por un precio sumamente módico, una obra en cuya publicacion ha debido emplear cuantiosas sumas. Un cuaderno de 80 páginas en papel de marca mayor, acompañado de una estampa litografiada que representa la verdadera posicion de las manos sobre el teclado; la instruccion teórica preliminar que por lo comun se echa de menos en todos los métodos, escesivamente diminutos en esta parte; 460 ejercicios preparatorios; 30 instructivos sobre las variadas combinaciones del solfeo; y otros 10 ejercicios recreativos para desahogo del discípulo en el estudio de los anteriores; y todo esto por 25 rs.: nos ha parecido un precio tan en extremo moderado, que solamente una venta muy afortunada puede recompensar las tareas y desembolsos de su recomendable autor, quien manifiesta bien de lleno que á su interés particular prefiere el mayor lustre de su reputacion artística, los progresos del arte, y sobre todo los de los alumnos del Conservatorio. El vice-protector del mismo establecimiento, en vista del informe honorífico que ha dado la junta facultativa acerca del mérito y ventajas del método del Sr. Albeniz, ha mandado adoptarle por texto en la respectiva clase.

No de otro modo se logra la completa prosperidad de las artes en los pueblos cultos. Creemos por lo tanto que solo falta una época de tranquilidad y de abundancia para que la música llene en España los mismos objetos que en otros paises, á saber: recrear el ánimo y acrecentar los intereses materiales.

LAS VAQUILLAS DE SAN ROQUE.



EPAN cuantos vieren la presente de vaquillas que allá en mi lugar (que está en una rinconada de Aragon) hubo en otro tiempo una peste que diz era epidémica, contagiosa, y una porcion de cosas por el estilo. Los hombres morian como chinches, porque los médicos hacian de las suyas, al paso mismo que los boticarios hacian de las agenas, pues convertian sus pocimas en oro, y sin haber hallado la piedra filosofal. Los fieles se daban cada puñada que se hundian *las telas del corazon*; y otros que en vez de darse allí, se daban un poco mas abajo, se metian los nudillos en la parte inferior del estómago, que sin duda de entonces vino aquello de *hacer de tripas corazon*; y entre tanto la peste *ni por esas*.... En esto á uno de ellos le vino á las mientes el nombre de S. Roque; pues á este santo bendito le sucede como á santa Bárbara, que se acuerda de ella la gente cuando truena. Dicen, pues, las crónicas (á que me refiero en caso de necesidad) que luego que principiaron los del pueblo á encomendarse al señor san Roque, al poco tiempo principiaron á venir los gorriones: el color del cielo, que hasta entonces habia sido como plomizo, se trocó en un azul mas claro que el de las sayas que llevan las mozas los dias de fiesta, y principiaron á sentirse otras varias señales de alivio, con lo cual la pobre gente principió á respirar; es decir, los vivos, pues uno de los síntomas mas alarmantes de esta epidemia era, que los que morian de ella dejaban de respirar. Tocábanse, pues, los vivos el cuerpo con las manos, y aun asi no querian creer que lo estaban, hasta que desengañándose de que no eran almas en pena, principiaron á volver á sus faenas acostumbradas, ó como diríamos en el dia, se restableció *el statu quo*.

Deseosos, pues, de no parecer ingratos con su santo protector, determinaron obsequiarle anualmente con una misa de tres en ringla, y cuatro con el que fumea, á la cual debian asistir los cabildos eclesiástico y civil de gala con uniforme. Sucedió en esto, como en otras muchas cosas, que habiendo entrado por la iglesia, salieron por el cementerio; pues no bastándoles la funcion de iglesia para desfogar su gratitud, idearon el tener *in honorem tanti festi* una *vaquillada*, y no digo novillada, porque allí acostumbran correr vacas, pues diz que son mas *furas*.

Esta piadosa y loable costumbre se ha ido perpetuando de generacion en generacion hasta nuestros dias, aunque en estos últimos tiempos ha sufrido algunas interrupciones, pues con motivo de los adelantos del siglo y los progresos de la ilustracion se ha conmutado alguna que otra vez en otra diversion menos feroz que la de las corridas, la cual consiste en molerse á palos entre blancos y negros por via de desahogo, como se descalabran los muchachos en las pedreas de moros y cristianos por via de pasatiempo.

Sucedió, pues, hace algunos años, que los señores concejales, que eran todos gente chapada y amigos de los usos antiguos y pias observancias, determinaron tener su miaja de corrida, prévias las formalidades de ordenanza.

Para ello bajaron (por supuesto antes habian subido) de la ermita del santo, que está sobre un cerrito que tiene sendas toesas de elevacion, aunque yo no sé cuantas.

Abrian la marcha una turba de escopeteros que gastaban la pólvora en salvas, dando pruebas de su mucha agilidad y destreza en el manejo del arma, aunque con el pequeño inconveniente de que alguna que otra baqueta se quedase olvidada en el cañon, y saliese luego entre torbellinos de humo: venian en seguida la gaita y tambor alegrando los aires con una música menos bronca que la de las escopetas, un pendon de siete á ocho varas de alto, y la cofradía con varas y velas. Descollaba en medio de ella la efigie del santo con sus conchas y calabaza, y un sombrero de tres picos mas historiado que el de un estudiante de la tuna: llevaba á derecha é izquierda sus dos edecanes, un angel en actitud de curarle la llaga del muslo (por mas señas que habiéndose desencolado de su sitio, hubo que atarlo con vara y media de cinta encarnada á la pierna del santo), y un perro con una coqueta de la tahona, que no de las del tocador. Cerraban la marcha á retaguardia el cabildo eclesiástico y el ayuntamiento: este con todos sus ornatos, y aquel con todos sus ornamentos.

Luego que llegó la comitiva al átrio de la casa de

ayuntamiento, adelantóse hácia su presidente el prioste de la cofradía, empuñando su vara listeada de azul y encarnado, sobre la que se ostentaba una pequeña efigie del santo: desembarazóse de su sombrero de rodela, descubriendo su dura cabeza rodeada de un pañuelo de color, por debajo del cual salian sus mal peinadas greñas como salen las vedijas de lana por los desvencijados flancos de un vetusto colchon. Encaróse con el presidente, y con voz turbada y carrasperosa le dirigió una arenga, solicitando su permiso para correr vaquillas.

Perdonen mis lectores si no les doy un traslado de este documento, pues la distancia á que me hallaba, y el sordo murmullo del impaciente auditorio, que lo que menos le importaba era la arenga, impidió el que llegase á mis oidos aquel dechado de elocuencia veterinaria, que apenas en quince dias de ímprobo trabajo pudo traspasar á las mientes del prioste la afanosa diligencia del mariscal compositor.

El resultado fué que el señor presidente, despues de haber hecho como que se dejaba convencer, hizo tambien como que lo aprobaba, dando en señal de ello una cabezada, semejante á las que dan los muchachos sobre el Nebrija. Divulgóse en el acto tan apetecida nueva, y el numeroso concurso, que esperaba ansioso la apetecida aprobacion, prorrumpió en espresivas señales de gozo, arrojando al alto los sombreros, y todavía mas altos los gritos de «viva S. Roque y las vaquillas.»

XI.

Serian las nueve y media de la mañana cuando ya todo el pueblo se hallaba reunido en la plaza mayor y sus inmediaciones, esperando por instantes el principio de la funcion.

Los balcones y ventanas se veian poblados de numerosos espectadores; y no siendo suficientes aquellos, rebosaba la gente hasta por los tejados. Otros con ánimos mas hostiles ocupaban el centro de la plaza, ostentando briosos sus atléticas formas, capaces de habérselas mano á mano hasta con los formidables brutos con que iban á luchar. Otros mas precavidos habian construido sus parapetos de vigas entre los postes que sostienen los *portegados* de la plaza para salir desde allí á hostilizar al enemigo, y tener un asilo donde guarecerse en caso de apuro. Todas las boca-calles estaban cortadas con puertas y maderos coronados de una turba de muchachos que, asomando las cabezas y brazos por entre sus claros, remedaban muy al vivo un cuadro del purgatorio. Interin que salian á la plaza los cuadrúpedos, entretenianse algunos de los fijados en jugar al toro, recibiendo en vez de cornadas cachetes quizá mas formidables. Dieron por fin las diez, y entonces la autoridad se dignó asomar sus vigotes al balcon, con no poca algazara de los impacientes espectadores, y sacando un pañuelo blanco que tenia el doble objeto de servir de señuelo, y conservar la policía en sus respetables narices, hizo con él la señal para principiar.

No bien tremoló en los aires el *suprascripto* pañuelo, cuando ya estaban abiertas de par en par las puertas de la carnicería para dar paso franco á un ternerito *septenario*, que era, por decirlo asi, el programa ó prospecto de la funcion.

Nótese de paso, que el ser funcion de vaquillas no escluye para echar algun torito del tenor presente, por supuesto sin bolas ni garambainas, porque eso no se usa entre gente formal: y véase tambien (y valga por segunda amonestacion) en lo que se parecia este novillito septenario á los prospectos y programas, que, sobre ser exagerados por lo comun, rara vez se cumplen exactamente; antes suelen dar gato por liebre, asi como en esta ocasion daba la autoridad al público toro por vaca.

Escasamente habria llegado el robusto animal al centro de la plaza, cuando ya llevaba sobre sus costillas mas de dos docenas de garrotazos que le habian regalado los mozos mas valientes del pueblo, los cuales se hallaban formados á la parte esterior del improvisado toril para hacerle este agasajo á la salida. Pero asi que llegó al medio de la plaza principió á dar tan buena cuenta de su cuadrúpeda y cornúpeta persona, que la dejó con muy pocos lidiadores. Mas estos pocos supieron volver tan bien por el decoro de la humanidad, que á breve rato se hallaba ya el toro sin gana de fiestas, y ellos todavía con ganas de embromarle: á pesar de eso tenia de cuando en cuando algunas salidas *exabruto*, que terminaban con *tozoladas* y *batacazos*. Crecia el número de aficionados á la par que menguaban las fuerzas del toro, y ya principiaban otra vez á descargarle sendos estacazos, ó como si dijéramos *á tomar sobre él la iniciativa*, cuando la autoridad mandó que sacaran los *gueyes* para relevarlo, y por evitar que á su vista misma se cometiese un *toricidio*.

Siguiéronse tres ó cuatro vaquillas por el mismo estilo poco mas ó menos; pero como la relacion de sus fechorías sería quizá demasiado pesada y monótona, dejaremos por un momento las vacas para dar una ojeada sobre las *notabilidades* de la plaza. Entre la ligera cuadrilla de lidiadores llamaba especialmente la atencion un jóven que parecia reunir la ligereza del gamo, la agilidad de la ardilla, la astucia y serenidad de la raposa. Al ver sus formas airosas y livianas, su aspecto siempre alegre, sus ojos vivarachos y saltones, fácilmente le marcará cualquiera por oriundo de las márgenes del Turia. Parchear al toro, saltar al trascuerno, capearlo con un pañuelo, limitándose á un estrecho círculo, todo se lo hallaba hecho con la mayor soltura y destreza: si la vaca acosaba algun indiscreto aficionado, al punto estaba allí para echarle su manta; si sacaban algun *moñaco*, él era el que lo empinaba, y citaba la res para que le embistiese, y sacase sus pajizas tripas. La plaza toda resonaba con sus aplausos, y tanto las bellas como las feas tremolaban sus pañuelos en obsequio suyo. Mas de cuatro mozas se mordieron los labios, diciendo interiormente: «¡*Ah, si hiciera otro tanto mi chico*!» Otras, cuyo corazon se hallaba todavía desalquilado, hubieran dado una pestaña y la mitad de la otra porque el ágil valenciano se hubiera dignado arrojar sobre ellas una amorosa ojeada. Pero en vano, pues las miradas de *Chirivías* (asi llamaban al valenciano) tenian su norte, y este norte era un balcon tercero en uno de los ángulos de la plaza, y en aquel balcon tercero estaba la *Pepica* la *de la Puebla*, una de las mozas mas garridas que habia en mi pueblo y sus inmediaciones, y que venia á ser la estrella polar de aquel norte, que si no tenia un volcan de Yecla, tenia en cambio el corazon de una Pepa, que valia por un volcan. Pero por mucho que Chirivías la mirase, era mas aun lo que la miraba otro mozo que no apartaba de ella la vista ni un momento; y esta nueva brújula, que se dirigia hácia el norte *Pepil* sin la menor declinacion, era *Rompesquinas*, el mozo mas valiente que bebia en aquel tiempo las aguas del Jiloca, y célebre por sus hercúleas proezas en toda la estension del terreno que bañan con sus ondas el Jalon y el Monables, el barranco de Rivola y las salobres aguas del Peregil. Y era mustio y abatido, ni aun siquiera se habia dignado echar una suerte al toro, y arrinconado en un ángulo de la plaza, frente al balcon de la Pepica, permanecia embozado hasta los ojos en su doble manta (y no porque hiciese frio), y ocultando su ceñuda frente

bajo los anchos pliegues del pañuelo. Al verle con tan adusto semblante, y apoyado contra un poste, se le hubiera tenido por una de aquellas estátuas hercúleas que decoran las antiguas fachadas, aparentando sostener sobre sus hombros las columnas de la portada, y lanzar torbas miradas sobre los que penetran sus umbrales. El ojo menos perspicaz conociera, en la alteracion de su semblante, que alguna pasion violenta le agitaba, y esta pasion era la de los celos que paralizaban sus movimientos, al paso que hacian hervir su sangre con un fuego devorador. Cada aplauso que se daba al valenciano era una flecha que atravesaba su abatido corazon; y cuando le veia dirigir sus obsequios al balcon de en frente, no podia menos de rechinar los dientes de cólera, y temblaba de rabia como un azogado. Lo de menos hubiera sido el desembarazarse de él con una puñada; ¿pero no pudiera eso mismo malquistarle mas con el obgeto de su rústica ternura?

Tales eran los dos *vice-versas* que por distintas rutas aspiraban á un mismo objeto: si el valenciano llamaba la atencion por su movilidad y ligereza, el aragonés atraia la curiosidad por su inaccion y quietismo: aquel dotado de formas graciosas y esbeltas, este otro de una musculatura atlética: aquel ágil, este fornido: aquel risueño, este sério: aquel inconstante y veleidoso, este otro firme y tenaz; y si conforme eran un horchatero y un destripaterrones hubieran sido caballeros del siglo XV, aquel hubiera sido el hijo de Almanzor escaramuzando sobre un corcél, blandiendo su corvo alfange, y adornado de ligera marlota, y este otro el de Machuca de Vargas oprimiendo los bijares de un caballo cubierto de impenetrable barda, manejando la ferrada maza, y cubierto del pesado almete.

Conociendo bien Chirivias el motivo de la inaccion y abatimiento de su antagonista, juzgó oportuno aprovecharse de aquella especie de estupor para jugarle á mansalva una *partida serrana*. Corríase ya la quinta res que era una vaca de cinco años vivaracha y ligera, y todavía Rompesquinas permanecia en el mismo estado de inmovilidad: tres ó cuatro veces habian pasado varias reses por junto á él, sin que ni siquiera se moviese, ó bien porque no advirtiera el peligro, ó porque impávido lo despreciára. Entre tanto Chirivias, despues de haber hecho dos ó tres cabriolas delante del balcon de la Pepica para llamarle la atencion, le dirigió una mirada como de lidiador que toma la vénia de la autoridad, y encaminándose hácia donde estaba la res, la citó, y perseguido por ella se dirigió hácia el ángulo donde estaba el mohino Rompesquinas, y al llegar junto á él dió una media vuelta, dejando burlado al animal y casi frente á frente de su desapercibido adversario.

Al oir este el ruido miró en derredor de sí y vióse enteramente perdido, pues no tenia escape: todos los espectadores prorrumpieron en un grito de terror, y tambien la Pepica dió un alarido, que él distinguió claramente entre los demas, y aquel alarido que penetró hasta lo íntimo de su alma le hizo conocer que todavía abrigaba la Pepica algun interés por él, pues de lo contrario no se asustára por su suerte.

Animado por esta reflexion instantánea, y viendo al terrible animal que ya le embestia, decidióse á una accion desesperada, y despues de arrojarle la manta á los ojos, agarróse á los cuernos de la vaca, y principió con ella un lucha descomunal. Avalanzése entonces un robusto gañan y principió á tirar de la cola de la vaca con toda su fuerza. «Aparta, *Pacorro* (le dijo Rompesquinas), que quiero habérmelas con ella mano á mano.

—«Ya sabes que Pacorro en jamás te ha dejao solo» y diciendo esto sacaba una navaja de media vara, aborto formidable de las fraguas de Ateca; pero antes que pudiera hacer uso de ella, apretando nuestro atleta los dientes con toda su rabia, y haciendo un esfuerzo horroroso dió con el animal en tierra, *sin agenas intervenciones*, diciéndole con aire de triunfo:

«*á entendimiento me ganarás, pero á juerza no.*»

III.

La corrida de la tarde habia principiado bajo muy diferentes auspicios, pues la escena habia variado enteramente: ya no era Chirivias el que llamaba la atencion y arrebataba los aplausos, porque su mala accion habia concitado los ánimos en contra suya, y él mismo habia dado márgen á que le suplantase su competidor; y reanimado este con el grito de la Pepica, y la consecuencia que de él sacó le habia trasformado en otro hombre, y recobrado sus abatidos brios.

Ademas, el esfuerzo y serenidad que habia mostrado en la terrible lucha que habia sostenido, habia provocado en su favor un interés casi general; asi que por donde quiera que iba convidábale la gente *de bota* con el blanco de Cosuenda ó con el tinto de Aniñon, segun eran las facultades de los *de botos*. Hasta los *currutacos* y los descendientes de los antiguos *infanzones* y *mesnaderos*, que aquel dia habian trocado el balcon por la plaza, el baston por el garrote, la levita y las botas por las alpargatas y chaquetilla de lienzo, no se desdeñaban de llevarle á su lado, y le prodigaban el amigable título de *viejo*.

Envalentonado Rompesquinas con tantas distinciones se escedia á sí mismo haciendo á cada paso prodigios de valor, pues para obligar á un hombre á que sea temerario, no hay mejor medio que prodigarle desmedidos aplausos. Poco faltó para que este arrojo no tuviese funestos resultados.

Habia presenciado la funcion de la mañana un aprendiz de sastre, que por tener los pies algo torcidos era conocido con el apodo de *Zambique*. Envidioso de los aplausos que habian conseguido Rompesquinas, Chirivias y otros varios aficionados, ardia en rabiosos deseos de cubrirse de iguales laureles: determinó, pues, tomar en la funcion una parte activa, y hacer todo lo posible para atraer sobre sí las miradas del público; pero era preciso para ello idear un medio estrepitoso, de modo que supliesen el arte y la invencion, lo que impedian la naturaleza y la falta de habilidad. Suelen decir comunmente que todos los *señalados de la mano de Dios* tienen mucha viveza y prontitud para inventar, con lo cual se suple en parte el defecto de su organizacion: sea de esto lo que quiera, lo cierto es que Zambique ideó en poco tiempo un plan ingenioso á la par que original. Para realizarlo se dirigió á la plaza durante el mediodia, ínterin que las vacas se consolaban á su modo de las averias de la mañana; y ayudado de algunos amigos suyos á quienes reveló parte del proyecto, abrió un hoyo á un lado de la plaza, no sin prévio permiso de la autoridad, metieron en seguida dentro de él una gran tinaja que no era de las célebres del Toboso, sino de las mas robustas de Sastrica, las cuales sino tienen tanta fama, al menos tienen mas barriga, y vaya lo uno por lo otro.

Luego que estuvo bien apisonada la tierra de alrededor y nivelado el piso, de modo que los bordes no sobresaliesen de la superficie del suelo, embutióse en ella el impávido Zambique ni mas ni menos que como se mete un conejo casero en el cántaro que le sirve de gazapera.

Desde aquella trinchera acosaba impunemente al toro con una garrocha, y el pobre animal debia admirarse

(si es que los toros se admiran) de que hasta la tierra le pariese enemigos, como los parió en otro tiempo cuando al señor Cadmo se le antojó el sembrar dientes de culebra. Sucedió, pues, que habiendo atisbado un toro al obgeto estimulante, irritado sin duda de tan baja osadía, arremetió hácia el con tal ímpetu, que faltó poco para que sucediera un *desastre*, pues apenas le dió tiempo para tirar la garrocha y cubrirse á medias con una tapadera fuerte de madera, que para tales casos tenia al lado.

Pero el toro, que debia sin duda ser gran geómetra, calculó tan bien la distancia, y supo bajar los cuernos tan perfectamente, que de una topetada arrojó por los aires la tapadera hecha pedazos, dejando al pobre Zambique con el agarradero en la mano, agazapado y sin defensa. Mas el toro, ó porque conociese la dificultad de penetrar en aquella sima, ó por no contaminar sus glorias con una victoria *de-sastrosa*, se contentó con volver las posaderas, y tendiendo su cola sobre el espinazo, hizo sobre el vencido cierta cosa, que yo quisiera no tener que indicar ni aun remotamente, en obsequio de la limpieza.

Viendo esto Rompesquinas, y temiendo que el peligro fuese mayor, arrojóse á la defensa del entinajado, que era primo suyo, y como tal le habia cosido y pespuntado los calzones de pana azul con que campaba en aquel momento.

Pero por esta vez la fortuna no le fue propicia, pues queriendo repetir la suerte de por la mañana, y postrar en tierra al toro para subsanar de este modo la afrenta de su pariente, al querer coger las hastas volvióse el toro, y le dió una pequeña cornada en un brazo: y no fue eso lo peor sino que por evitar una cogida se vió en la precision de arrojarse en la tinaja, con no pequeño detrimento de la limpieza de sus vestidos, que se pusieron cual digan dueñas, y aun mas de los huesos de su aturdido pariente, que hubo de esperimentar en esto lo que suele acontecer á los que tienen amigos indiscretos, que creyendo favorecer empeoran á un mas la causa de sus clientes.

Este pequeño incidente dió que reir tanto como el de por la mañana habia dado que admirar, pues todos se alegraron de que terminára en sainete lo que pudo ser tragedia. Viendo entonces el señor Presidente que el caballero Febo se despedia ya para ir á ver otras vaquillas en los antípodas, mandó sacar los cabestros que volvieron al toril conduciendo á su compañero como en triunfo; con lo cual se suspendió la sesion hasta nueva orden, para dar tiempo á que refrescase la autoridad, ínterin que la aristocracia de los balcones tomaba chocolate y agua con *bolaos*, y el pueblo soberano convirtiendo la plaza en merendero esprimia hasta la pez de los botillos: es decir, suspendiéronse las *vacas* para dar lugar á *Baco*.

IV.

Luego que se concluyó el refresco volvióse á anudar el hilo interrumpido de las vaquillas, sacando á la plaza un ternerito de medio año para diversion de los muchachos, y con el plausible objeto de irlos avezando á estas lides: acosado el pequeño animal por aquella diabólica turba, se defendió muy bien por un rato, con perjuicio de los calzones y aun de las pueriles nalgas, hasta que agotadas sus nacientes fuerzas principió á ceder, viendo lo cual la autoridad y los vivos deseos de los ciudadanos adultos de probar que tal se lidiaba *con el compañero*, mandó sacar la última vaquilla, que por cierto no era vaquilla, sino un toro mas grande que un trinquete, para que de este modo ni el principio ni el fin correspondiesen al nombre de la funcion.

Luego que Rompesquinas lo vió en la plaza, deseoso de recobrar el honor comprometido de resultas de la pesada aventura del penúltimo toro, tomó un *cuévano* que le prestaron en el meson, y salió con bizarro continente gritando: «al cuévano al cuévano.» Agregósele una turba de hasta dos docenas de mozos, los cuales se abrazaron de la cintura unos detrás de otros formando una larga cadena en pos de Rompesquinas. Luego que este vió tan bien cubierta su retaguardia, desprendióse de los brazos de Pacorro que le tenia ceñido por la cintura, y se volvió con aire marcial para ver quienes eran aquellos intrépidos que se habian alistado bajo la enseña del cuévano, pues tan enseña era esta como la mejor de los antiguos condes que alzáran pendon y caldera. Pero viendo entre ellos á su competidor Chirivias, alzó la voz y con los ojos centellantes de cólera les dirigió, en vez de arenga, la siguiente *orden del dia*....

«Cualquiera que rompa la trena que pague el vino por »toos, y el que no quiera que se vaya mas allá de don»de jue el Pare Pailla.» Amen, gritaron todos, y Pacorro continuó: «Ea chicos, el que la haga la paga, y »cuidiao con que naide suelte ni recule, porque

Tarazona no recula
mas que lo mande la gula.»

Y volviendo á sujetar con sus fornidos brazos la cintura de Rompesquinas, le dijo con cierta espresion de ternura y valor al mismo tiempo: «ea maño, vamos anduviendo, que la procesion está detuvia y....» No tuvo tiempo para concluir la frase, pues adivinándoles quizá el toro su pensamiento, determinó ahorrarles el trabajo de buscarlo, y se vino para ellos como un cohete. Avalanzóse contra aquella columna cerrada, imágen en miniatura de la falange Macedonia, que le recibió con un grito de ánimo empujando con brio para hacerle retroceder: en vano el toro luchaba contra la boca del cuévano, que apoyado en la barriga de Rompesquinas y sostenido por sus nervudos brazos, le obligaba á conservarse á cierta distancia, pero no respetuosa. Retiróse el toro viendo la inutilidad de sus esfuerzos, y tomando otro partido principió á embestir de flanco con no poco trastorno de los que estaban los últimos, que tenian que recorrer un rádio demasiado estenso, para conservarse siempre á retaguardia de Rompesquinas. Este por su parte se afanaba en presentar al toro su cuévano, pues su obligacion era dar siempre la cara al toro para proteger á los que guardaban sus espaldas: con todo no pudo evitar que huyesen los que estaban los últimos, viendo la ostinacion del toro en no atacar de frente sino por el flanco.

Lo peor fue que asi que se desbandaron embistió el toro con tanta fuerza, que despues de forcejear por largo rato, abandonado Rompesquinas de todos escepto de su inseparable Pacorro, y debilitado algun tanto su brazo por la herida, aunque pequeña, vinieron ambos al suelo, pero sin soltar el cuévano. Levantóse Rompesquinas rápidamente, y avalanzándose hácia el toro que bregaba por desprenderse de una manta que le habian echado sobre la cabeza, le sacudió con el cuévano tan estupendo porrazo sobre los cuernos, que resonó el golpe por todos los ángulos de la plaza.

Atónito el animal con golpe tanto
huye llevando la funesta manta:
condolida la autoridad de su quebranto,
envíalo al toril, y la sesion levanta.

Entretanto que la gente se ponia en movimiento pronunciándose en retirada, Rompesquinas se dirigió á la taberna llamando con voz imperiosa á los secuaces del cuévano que encontraba al paso. « Vamos á ver, dijo luego que llegó, ¿quién ha sio el primero que ha flojao la trena? y tres ó cuatro voces respondieron á la vez, «yo no he sio, yo no he sio.»

Aura naide habrá sio, replicó Coscorron con ceñudo semblante, y encarándose con Chirivias que era uno de los del « yo no he sio» le dijo con cierto aire brusco: «siempre habrá sio ese maraco.» « Ese ha sio, él ha sio» gritaron varios de los interpelados deseosos de ponerse ellos á cubierto, aun cuando fuera á costa del precepto de « al prójimo contra una esquina.»

En vano trató el pobre Chirivias de sincerarse, alegando pruebas y testigos, pues Rompesquinas dando la cosa por pasada en autoridad de cosa juzgada, le echó encima toda la ley diciéndole con semblante entre ceñudo y maligno: « Quien tal hizo, que tal pague, pues esta fue la palabra que se dió.»

«Eso no consentiré yo, dijo Pacorro, que delante de mí pague dengun forastero.»

«Pues pagará, que no es forastero, pues está domeciliao aquí.»

« Pues no pagará....»

« Por vida de la mina de Daroca que naide me rechiste porque si llego á coger una estepa....»

« Poco á poco, señores, gritó un alguacil introduciéndose en el corro, ya saben VV. que se ha echao bando pa que naide se meta con denguno, ni denguno se meta con naide.»

« Pues entonces, gritaron varios, que diga el menistro quien debe pagar: » y el alguacil dándose un aire de importancia y revistiéndose de toda la autoridad que le daba su nuevo carácter de juez árbitro y compromisario: « creo, dijo, que se debe tener consideracion con Chirivias en razon á la hospitalidad, auuque en rigor si él soltó él debia pagar, pues la palabra es palabra, y como dice el refran:

al hombre por la asta
y al buey por la palabra.»

V. DE LA F.



EL VALLE DE MI INFANCIA.

A ***

. . . . . .
Celui qui, sur la mouse, au pied du sycomore
Au murmure des eaux, sous un dais de saphirs,
Assis à ses genoux, de l' une á l' autre aurore,
N' aurait pour lui parler que l' accent des soupirs;
. . . . . .
Serait-il un mortel, ou serait-il un dieu?

LAMARTINE.

Tornemos, prenda mia,
Tornemos, si, la huella presurosa
A la enramada umbría,
Dó en auras de ambrosía
Voló la flor de nuestra infancia hermosa.

No mas el mundo quiero,
Ni ese soñar que al ánimo desvela;
Tu dulce amor sincero,
Tu beso lisongero,
Es solo el bien que mi esperanza anhela.

Allí siempre á tu lado
Ceñido el cuello por tus brazos leves,
Suspirando agitado
El pecho enagenado
Cuando tus labios á mis labios lleves;

Mi lánguida mirada
Fija en tus ojos del amor destellos,
Y tu trenza rizada
Muellemente enlazada
En lúbrico tropel con mis cabellos;

Siempre ante tí de hinojos,
Sin respirar mas aura que tu aliento,
Sin mas luz que tus ojos
Siempre en tus labios rojos
Bebiendo amor el corazon sediento;

Irá el alma gozando
Sin que la sed de la ambicion la irrite,
Tantas dichas contando
Cuantas el aire blando
Dulces suspiros murmurando agite.

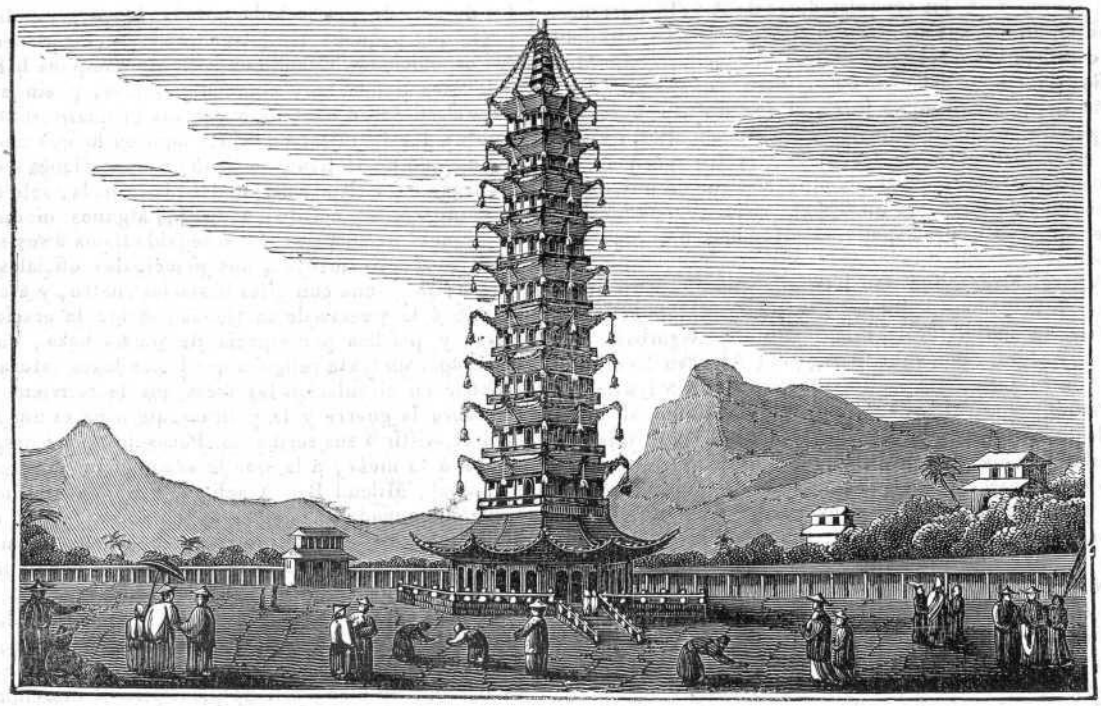
Ay! Vamos, pues, y el dia
De nuevo, al remontar su lumbre hermosa,
Nos vea ya, alma mia,
En la floresta umbría
Dó nuestra infancia resbaló amorosa.

Nos vea delirantes,
Libres, mi bien, del mundanal desvelo,
En risas incesantes
Gozando palpitantes
Solos con nuestro amor, en nuestro cielo.

RAMON DE SATORRES.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.

VIAGES.—LA CHINA.



(La torre de porcelana de Nanking.)

Esta magnifica torre se halla situada en el centro de Nanking, segunda ciudad de la China: se compone de nueve cuerpos todos de igual construccion, el último de los cuales se halla á tal elevacion que hay que subir para llegar á el 184 escalones de dimensiones no muy proporcionadas. Todo el esterior de la torre es muy brillante, y está pintado de colores verde, rojo y amarillo. En los intermedios de las ventanas hay nichos con imágenes, segun el gusto de los chinos, y el interior está perfectamente alumbrado y perfumado. Las nueve bóvedas son de color verde, y las esquinas de las galerías salen considerablemente hácia fuera, colgando de cada una campanillas de metal sonoro que producen un sonido agradable cuando las columpia un viento suave, del mismo modo que segun Tácito sonaban las del prodigioso templo de Memnon de Tebas en Ejipto. Termina esta torre en una especie de pirámide maciza, y por consiguiente no se puede subir á ella sino por el esterior, y desde el globo en que remata descienden ocho cadenas aseguradas en los ocho ángulos salientes. La perspectiva que se presenta á la persona situada en la última galería debe ser admirable, porque no solo se vé toda la ciudad, sino todo el pais alrededor hasta la otra parte del Kianga, y no es facil imaginar el grandioso espectáculo que ofrecerá una ciudad tan populosa, un territorio tan fertil y animado y un anchuroso rio cubierto de naves que surcan en todas direcciones.

Este bellísimo edificio tiene de elevacion 220 pies castellanos, y se le ha dado el nombre que le distingue por estar cubierto todo su esterior con porcelana de los chinos, muy superior á los azulejos de la Alhambra de Granada y de algunos edificios de Sevilla.

La incomunicabilidad de aquella caprichosa nacion no permite afirmar á punto fijo el origen de aquella prodijiosa torre. Hay quien asegura que fue inventada para templo; pero lo reducido de sus estancias hacen inverosimil este aserto, por lo que parece mas creible haber sido construida como monumento público de algun acontecimiento nacional. No falta tambien quien afirma que aquel edificio fue erigido en conmemoracion de una victoria obtenida sobre los tártaros; pero tampoco es probable porque habiéndose apoderado aquellos del imperio en 1640 y arruinado la ciudad de Nanking, no hubieran dejado intacto un monumento elevado en memoria de su derrota; sentimiento noble que pocas veces anima á los conquistadores civilizados y casi nunca á los bárbaros.

ABD-EL-KADER.



ABD-EL-KADER, el célebre guerrero africano, que tanto ha dado que hacer á los conquistadores de Argel, pertenece á una familia antigua de los marabutos, que hace remontar su orígen hasta los califas fatimitas: nació en Sidi-Macchidia, á las inmediaciones de Mascara: aquella poblacion es una especie de seminario en el que los marabutos sus antepasados reunian á los jóvenes de aquellos contornos para instruirlos en las letras, la teología y la jurisprudencia. Hállase situada en el declive de una elevada montaña, y presenta un aspecto risueño y pintoresco, en el que todo predispone al estudio y á la contemplacion.

Abd-el-Kader fue tan bien educado como un árabe puede serlo por su padre, que halló en él el poderoso auxiliar de una naturaleza inteligente y vigorosa. Era aun muy jóven, y ningun pasage del Alcoran le era difícil, antes bien, sus esplicaciones escedian á las de los mas hábiles comentadores. Se entregó tambien al estudio de la historia y de la elocuencia, y así es, que en el dia es justamente reputado por el hombre de mas talento en su pais, ventaja inmensa entre los árabes. Conoce perfectamente no solo la historia de su pais, sino la europea en aquellos puntos en que tiene algun contacto con la suya.

No descuidó tampoco los ejercicios corporales, y se le tiene generalmente por el mejor ginete de Berbería. Finalmente, á la edad de 25 años se hacia notable por todas aquellas escelentes cualidades que los hombres desean ver en aquellos que ponen á su frente.

Tiene en la actualidad 32 años, su talla es mediana, grueso de vientre, su fisonomía afable é imponente, sus ojos hermosos, su barba negra y poco poblada, sus dientes desiguales y con algunas manchas azuladas, sus manos hermosas y cuidadas con esmero: suele inclinar un poco la cabeza hácia el hombro izquierdo: sus modales son afectuosos, y llenos de finura y dignidad: son muy raras las veces que se entrega á la cólera, y siempre sabe dominarse: todo su aspecto es muy seductor, y es difícil el tratarle sin cobrarle afecto.

Sin embargo de que su valor es grande, su espíritu es mas organizador que militar; y aunque su alma goza de un temple bastante fuerte en circunstancias penosas, no por eso ha dejado de esperimentar algunos momentos de abatimiento. Sus costumbres son puras y rígidas. No tiene mas que una mujer, y la ama con ternura. Su familia se compone de una hija de nueve años, y un hijo de cinco. Cuando vivia en la ciudad de Mascara, antes de la entrada en ella de las tropas francesas, habitaba una hermosa casa, pero que no era el palacio; vivia sin guardias, y como un simple particular. Todos los dias bastante temprano se dirigia al palacio ó beylik para entregarse á los negocios de la administracion, y dar sus audiencias, y por las tardes regresaba á su casa para vivir como hombre privado.

Viste con la mayor sencillez: su trage es el árabe puro sin ninguna especie de adorno ni distintivo de autoridad: en lo único que suele desplegar algun lujo es en sus armas y caballos: durante algun tiempo tuvo un albornoz cuyos flecos eran de oro: pero como uno de sus hermanos políticos á quien habia nombrado Kaid, de una poderosa tribu, desplegó con este motivo un lujo que escitó contra sí la emulacion, le hizo llamar, y despues de haber reprendido su conducta, añadió: «toma ejemplo en mí: yo soy mas rico y mas poderoso que tú, y sin embargo mira con que sencillez visto; ni aun quiero conservar esos miserables flecos que ves en mi albornoz»: é inmediatamente los cortó. Desde entonces no ha llevado sobre sí ni el mas mínimo hilacho de plata ú oro.

Abd-el-Kader consagra al estudio todos los momentos de ocio de que su vida agitada le permite disponer: posee una pequeña biblioteca que le acompaña en todas sus espediciones. Cuando se halla en campaña habita una magnífica tienda muy cómoda y lujosa, y sin embargo no se desdeña en contribuir con sus propias manos al trabajo de las fortificaciones. Hé aquí en lo que emplea el dia cuando no le tiene destinado á operaciones militares: al llegar á su tienda despues de la jornada, solo deja en su compañía un criado, y destina algunos momentos á la limpieza de su persona: en seguida llama á sus secretarios, y sucesivamente á los principales oficiales de sus tropas; despacha con ellos hasta las cuatro, y á esta hora sale á la puerta de su tienda; dirige la oracion pública, y predica por espacio de media hora, cuidando de escoger un texto religioso que le conduzca naturalmente á poner en circulacion las ideas que le conviene esparcir sobre la guerra y la política: pero no es una obligacion el asistir á sus sermones. Pocos instantes despues se sienta á la mesa, á la que le acompañan su secretario principal, Miloud Ben-Arach, su confidente íntimo, sus hermanos cuando se hallan en el ejército, y uno de sus agás: los manjares que le sirven son poco numerosos, pero buenos y preparados con esmero. No fuma ni toma tabaco, y hace muy poco uso del café.

Aunque tiene ideas de religion no las lleva hasta el fanatismo. No teme el entrar en cuestiones teológicas con los cristianos, y lo hace con política y sin acritud: es hombre de bien, y tiene principios de moralidad bastante razonables: cumple sus palabras con exactitud, aunque en la parte diplomática es fino y astuto. Gobierna á los árabes con dulzura y justicia: nada dista mas de su carácter que la crueldad, y siempre que le ha sido posible se ha mostrado indulgente y generoso para con sus enemigos. Solo dos han sido condenados á muerte durante su administracion, y eso fue despues de juzgados; el Cadí de Arzew, y Sidi el Gomary cheik de Augand, que fue ahorcado en Mascara en agosto de 1835: aunque se dijo que habia hecho ahogar á Sidi-el-Aribi, este gefe, que habia sido legalmente condenado por traicion, murió en su prision del cólera morbo.

La conversacion de Abd-el Kader es animada y á veces brillante. Mr. Allegro, oficial de estado mayor del general Trezel, hallándose en conversacion con el Emir pocos dias antes del rompimiento de las hostilidades, le aconsejaba con destreza que desistiese de parte de sus pretensiones, con motivo del tratado de paz del general Desmichels, y trataba de probarle que no debia dejarse seducir por los halagos de la fortuna hasta el estremo de aspirar acaso á una cosa fuera de su alcance: «Allegro, le dijo el Emir, hace tres años que no era yo otra cosa que uno de los cuatro hijos de mi padre; cuando mataba á un enemigo en un combate me veia obligado á apoderarme de su caballo y de su equipo para aumentar mi fortuna. Ya ves lo que soy en el dia, ¿y quiéres que no confie en mi poder»?

Abd-el-Kader solo aparenta envidiar á la Europa las perfecciones materiales, y se le dá bien poco de nuestra civilizacion: le agrada oir hablar de los actos de go-

bierno de Bonaparte, y lo que mas admira en él no son sus triunfos militares, sino el órden que al salir de un trastorno general supo establecer en sus estados.

En su vida privada es económico en demasía, pero como príncipe sabe gastar con oportunidad. Solo tiene algunas ideas inexactas sobre comercio y rentas.

CRITICA LITERARIA.



A *Historia de la civilizacion española desde la invasion de los árabes hasta la época presente* (1), de la cual no han salido á luz hasta ahora mas que los dos primeros tomos, és una obra umamente interesante, y que honra sobremanera á su laborioso autor. El Sr. D. Eugenio de Tapia, bien conocido por otras obras de suma importancia y utilidad, al acometer la de que hablamos, ha comprendido la necesidad que todos tenemos de hacer de la historia dos géneros de estudio, absolutamente distintos entre sí, por el diverso objeto que en cada uno de ellos nos debemos proponer. El primero, que hacemos comunmente en nuestra juventud apegados en la geografía y cronologia, sin las cuales es casi inútil, pudieramos llamarle puramente *estudio*; puesto que tan solo nos sirve para adquirir el conocimiento de los sucesos notables que tuvieron lugar en diversos pueblos y naciones, la situacion y descripcion de estas, las diversas formas de su religion y gobierno, y las épocas en que se verificaron los trastornos sociales que han hecho cambiar la faz de esos mismos pueblos y naciones. Pero el estudio de la historia general no basta para llenar cumplidamente las condiciones que los verdaderos estudios nos imponen; ni la edad en que acostumbramos hacerle, sin toda la solidez y gran copia de ideas que para analizar y juzgar de los hechos se necesita, puede en manera alguna producir otros resultados que sastisfacer una curiosidad desprovista de examen y criterio: de aquí los muchos errores de todas clases en que frecuentemente incurrimos, autorizándolos no pocas veces con ejemplos históricos mal aplicados: de aqui los errores morales, religiosos, políticos, militares, administrativos y económicos; porque no deteniéndose el comun de los lectores á examinar las causas de que producen las vicisitudes de las sociedades que nos precedieron, las confunden todas, hacen aplicaciones inexactas, y forjan sistemas ingeniosos sobre principios falsos, que necesariamente deben producir falsas consecuencias en la práctica.

Todos esos inconvenientes los salvan las histórias parciales de cada uno de los elementos constituyentes de un gran pueblo; porque desentrañando aquellas mas detenida y minuciosamente que la general, las causas de prosperidad ó decadencia de una nacion determinada, aunque sin desentenderse de los vínculos que han debido estrechar sus relaciones con las demas, é influir por consiguiente en su destino próspero ó adverso, puede observarse en sus páginas con mas facilidad el enlace y conexion de los hechos; examinarlos aislados ó colectivamente, y formar juicios mas acertados sobre los singulares fenómenos que presenta la historia de la especie humana.

Es verdad que hay hombres á quienes basta la lectura de la historia general de un pueblo, para abarcar rápidamente aquellos pormenores que constituyen el total de los acontecimientos que tiene á la vista, para formar desde luego un juicio acertado acerca de su verdadero origen y del encadenamiento de las diversas concausas que han producido un efecto determinado; pero esos hombres son en corto número, y la mayor parte de los demas necesitamos que otro ingenio mas profundo y meditador ofrezca á nuestro entendimiento ése enlace oculto de los sucesos, para rectificar nuestro juicio, y mayor consistencia á nuestras opiniones, ya que no podamos pasar sin tener alguna, buena ó mala, acertada ó errónea.

A este grande y sublime objeto se han dirigido, en el presente siglo con especialidad, los esfuerzos de los filósofos. Entrando de lleno en la investigacion de los elementos morales que con mayor fuerza han debido caracterizar los fenómenos históricos, comunes bajo cierto aspecto á todas las naciones civilizadas, han procurado romper esa unidad de caracter, deslindar los rasgos peculiares de cada pueblo, y por cuales medios han concurrido, como de consuno, á dar ese caracter general á los acontecimientos mas influyentes en las modificaciones que han experimentado las sociedades cultas. Semejante la historia á un edificio inmenso, cuyo conjunto sorprende y embelesa la inmaginacion, es natural que despues de haber recibido el ánimo sensacion tan agrada le, se recrée en examinar uno por uno los cuerpos de que se componen las partes que le sirven de adorno, su simétrica correlacion, y la concurrencia de todas á un pensamiento único, como único es tambien en la historia el punto á donde vienen á parar los varios acontecimientos que forman la unidad de su conjunto moral. Tarea tan grave y delicada se propuso desempeñar Mr. Guizot en sus lecciones sobre la *Historia general de la civilizacion europea*, bien conocidas de todos los amantes de las letras. Y aunque en ellas se descubre desde luego la profundidad del pensamiento y delicada crítica de tan recomendable escritor, parécenos sin embargo que el cuadro que trazó de los progresos de la civilizacion europea desde la irupcion de los bárbaros del norte hasta la revolucion francesa peca por diminuta en sus proporciones, atendida su cualidad de *historia general*, aun desentendiéndonos por otra parte del espíritu de nacionalidad que en ella domina, y que si bien es loable en sí mismo, perjudica en gran manera á la severidad y rectitud que debe reinar en investigaciones de tal cuantía que sobre ellas asientan los juicios definitivos de las cosas. Fuera de este inconveniente la obra de Mr. Guizot es digna de los elogios con que los sabios la han honrado.

Tal vez la habrá tenido presente el Sr. Tapia al escribir la que está dando á luz acerca de la civilizacion española; pero si bien el pensamiento es el mismo, aunque limitado á la historia de España, el plan es diferente, de mayor magnitud; y abrazando en su totalidad las épocas mas señaladas de los pasados siglos. Acaso se extiende alguna vez en la narracion de los sucesos mas de lo que la necesidad exije: y acaso se abstiene mas de lo conveniente de aventurar su propio juicio en algunos casos, dejando á los hechos que hablen por sí mismos. Esta conducta loable bajo muchos aspectos, y no pocas veces útil en ciertas ocasiones, que revela por otra

(1) Se vende en las librerías de Cuesta, Perez y Rios.

parte la cordura del escritor, adolece del inconveniente de quedar los hechos á merced de erradas interpretaciones; porque desgraciadamente no es muy crecido el número de los que puedan formar juicio acertado de las cosas. No seria difícil señalar multitud de opiniones equivocadas que precisamente, como ya hemos dicho, tienen su cimiento en hechos históricos malamente examinados.

A la erudicion y sana crítica con que está escrita la obra del Sr. Tapia reune la circunstancia de salir acompañada de varios documentos interesantes, asi por lo poco conocidos, como por la mayor ilustracion y claridad que de ellos reciben algunos puntos todavia no bien dilucidados de nuestra antigua historia.

No podemos menos de elogiar el acierto del Sr. Tapia en elegir como punto de partida de su obra la época en que los árabes se apoderaron de la mayor parte de nuestra península; porque realmente entonces comenzó á clarear en el horizonte español la aurora de su civilizacion y cultura. Los siglos anteriores, partícipes de la rudeza goda y sumidos en la ignorancia que tan de cerca siguió á la decadencia del imperio; mezcla confusa de leyes, de costumbres de lenguage, sin unidad ni espíritu nacional, mal podia presentar España bajo todos los caracteres de sociedad naciente ninguno de aquellos rasgos originales, expresivos, que desde luego anuncian la existencia de una civilizacion progresiva, que no llegó á conocer el imperio godo. Pero durante la dominacion arábiga sucedió todo lo contrario. La sociedad española crecia, se ilustraba; y si bien en siglos mas cercanos á nosotros hemos visto á veces suspenso el curso progresivo de su civilizacion, tampoco podremos olvidar las páginas gloriosas de su historia entre nosotros, reproducidas en las obras de los insignes escritores del siglo de oro de nuestra literatura.

Felicitamos al Sr. Tapia, y nos felicitamos á nosotros mismos, por ver salir á luz una obra de grave empeño y profunda meditacion, en tiempos como los presentes, de suyo ligeros y frívolos, en que solamente se apetecen ligeros halagos á la fantasía, sensaciones fuertes pero fugaces, y nada de hacer trabajar al entendimiento con mengua del deleite.

GARCI-LASO DE LA VEGA.

Episodio histórico del siglo décimo cuarto.

I.

LA EPOCA.



Medio siglo habia transcurrido del décimo cuarto, y ya las esperanzas que el rey Don Alfonso habia hecho concebir de una paz durable en sus estados, acababan de desvanecerse delante de los muros de Gibraltar. Su muerte, que abrió el camino del trono á D. Pedro su hijo, fue para la España una verdadera calamidad, y tal vez el nombre del nuevo rey se repitiera hoy con aplauso, si las turbulencias, reprimidas tantas veces por su antecesor, de los grandes señores de aquel tiempo, no le hubieran obligado á las demasías que de él se cuentan, y que le han conquistado para la historia el renombre de Cruel.

Habia ya perecido degollada en Talavera doña Leonor de Guzman, madre de los bastardos D. Tello, D. Fadrique y el conde de Trastamara, que mas tarde debia alcanzar la real diadema por medio de un fratricidio, y el impetuoso D. Pedro, que á pesar de su poca edad habia aprendido á conocer á los grandes del reino, con mas acierto que el rey su padre en sus gloriosas espediciones contra los moros, habia resuelto partir desde Sevilla á la ciudad de Burgos, con el fin de tantear las dificultades y embarazos, que por parte de los que seguian el bando de sus enemigos hermanos tendria que sufrir, y resuelto tambien á esterminarlos con un simple amago de su voluntad.

Entre los hombres que el insaciable D. Juan Alfonso de Alburquerque, favorito de D. Pedro, único magnate, á quien este nunca pudo sondear, habia determinado sacrificar á su venganza ó ambicion, era el principal Garci-Laso de la Vega, adelantado mayor de Castilla, que en Burgos moraba tranquilo, y sin mezclarse en las parcialidades que los bastardos por un lado, y la reina viuda doña María con los allegados á la casa de Lara por otro, sostenian con perseverancia y secreto. Pero al mismo tiempo era el caballero á quien con mas ojeriza miraba el jóven rey, entre cuantos en Castilla creia que le dañaban, porque el de Alburquerque le habia indispuesto en su ánimo, bajo pretesto de que las compañías que el adelantado tenia reunidas en Burgos y sus inmediaciones estaban destinadas á talar la tierra, y á hacer traicion á D. Pedro, sosteniendo las pretensiones del conde D. Enrique.

Garci-Laso estaba muy lejos de merecer aquella ojeriza, y la historia ha cuidado de restablecer la buena fama y nombre que le usurpó en tiempos aciagos su desastrosa muerte.

II.

EL ESCAPULARIO.

Dos personas, un hombre y una mujer, se entretenian con sabrosa plática, sentados en cómodos sillones, en un rico estrado de una casa principal de la ciudad de Burgos. Hablaban de la próxima llegada del rey.

— «¿Cuándo debe entrar? preguntó la dama.

— «Mañana sin falta, dijo el caballero; y por Dios que me place, pues su presencia disipará la negra tempestad que empieza á amenazar á Castilla.

— «¿Temes nuevos peligros?

— «Ciertamente, Leonor, no creo que hayan pasado los que puede traernos la muerte de la de Guzman: los bastardos son poderosos señores, y me parece que aun tenemos mucho que ver.

— «Pero tú no debes inquietarte....

— «De ningun modo; mi conciencia y mis manos están inocentes de la sangre que se ha derramado: el autor de todo es el señor de Cea y de Alburquerque.

— «¡Y qué! ¿No hay quién desengañe al rey?

— «¡Desengañarle! Esa seria empresa temeraria.

— «Pues yo....

— «¡Tú, Leonor! Dios me libre de semejante calamidad. ¿Sábes quién es el rey? ¿Le has visto alguna vez?

— «Sí, en Sevilla: hace dos años que le ví... Pero ¿qué tienes? ¿Por qué pierdes el color....

— «¿Reparó en tí?

— «Era cerca del anochecer. Yo iba con mi madre

por las encantadas orillas del Guadalquivir, cuando noté que dos caballeros nos seguian: retirámonos al momento, y aquellos hombres no desistieron de su empeño; siguiéronnos tambien hasta el portal de casa.... Mi madre los conoció: el uno era D García Manrique, y el otro Don Pedro de Castilla.»

El caballero no pudo permanecer mas tiempo sentado, y empezó á pasearse agitado por el salon. Al mismo tiempo entró un criado y le dijo, que á la puerta esperaba sus órdenes un escudero de la reina doña María. Sorprendióse al pronto, y dirigiendo una mirada de sobresalto por la habitacion, mandó que entrase el escudero.

— «¿Qué misterios son estos? dijo la dama. Estoy impaciente por saber....

— «Nada temas, Leonor; debe de ser algun mensage que la reina me enviará desde Celada; pronto saldremos de cuidado.

No bien hubo acabado de pronunciar estas palabras, cuando entró el escudero, el cual, desabrochándose el vestido, metió la mano en el pecho, y despues de mirar á todas partes, sacó de él un escapulario, y lo puso en las manos del caballero. Examinóle este con cuidado por ambos lados, y al fin se fijó en el que tenia pintada una imágen de nuestra Señora del monte Carmelo, leyó algunas palabras que en él estaban escritas, y poniendo el escapulario en el sillon, dijo al escudero sonriéndose:

— «Puedes decir á quien te envia que estimo el aviso, pero que el dármele es tiempo perdido, porque nada hay que pueda torcer mi lealtad.

— «Tengo encargo de deciros, replicó aquel, que el leon está ya dentro de Burgos.

— «¡El leon! ¡Ah! no me acordaba; asi es como le llaman los traidores. Buen escudero, tú quieres decirme que el rey llegará á Burgos mañana.

— «Mañana no me podréis decir otro tanto. Don Pedro ha entrado en la ciudad hace media hora.

— «¡Sin avisarme!! esclamó el caballero, dejándose caer anonadado en el sillon: ¡Leonor! ¡esposa mia! ¡Pérfido Alburquerque!»

Retiróse el escudero, y doña Leonor se apoderó del escapulario. En él estaba escrito lo siguiente:

«Si mañana domingo se presenta al rey Garci-Laso de la Vega, será muerto por su mandato.»

Un ay! fué lo único que pudo articular aquella dama, y cayó al suelo sin sentido.

III.

EL ENCUENTRO.

Grandes preparativos habia hecho la ciudad de Burgos para celebrar la entrada del monarca de Castilla. Corriéronse aquel dia cañas y sortijas; lidiaron los caballeros soberbios toros, y el rey Don Pedro aplaudió desde el balcon la destreza con que el valiente Garci Laso su adelantado mayor oscurecía á los mas intrépidos justadores. Pasóse el dia en fiestas y regocijos, y llegó la noche, alegre tambien y bulliciosa para todos los que miraban asegurada la tranquilidad general con la fuga de Don Enrique de Trastamara á Galicia, seguido de la mayor parte de sus parciales; noticia que recibió Don Pedro al mismo tiempo que entraba en la ciudad. La reina doña María no pudo ocultar su conmocion al oir aquella nueva, y dijo al rey: «ahora reinaréis en paz». Miróla Don Pedro con encarnizados ojos, y respondió estas notables palabras: «Si el bastardo ha librado su carne de mis garras, ha dejado por Castilla bastantes huesos en que cebarme.» ¿No me apellidan el leon de España? Pues, vive Dios, que yo haré que no mientan.»

La reina madre se retiró silenciosa; pero ayudada de los allegados que sus dádivas le habian proporcionado al rededor de su hijo, logró saber poco despues, que el Zurdo, capitan de los ballesteros, habia recibido órden de prevenir su gente para el siguiente dia, y que se habia pronunciado el nombre de Garci-Laso en la cámara del rey. Doña María sospechó la verdad, y envió al adelantado el escapulario que ocasionó el accidente de su esposa doña Leonor.

Garci-Laso no se dejó abatir por tan inesperado golpe. Conoció que algo habia que temer en los primeros momentos; pero ignoraba que un simple recelo en el ánimo de Don Pedro equivalia á una sentencia de muerte. Hallábase inocente de toda trama; confiaba ademas en el afecto que el rey le habia demostrado en Sevilla, y no dudaba burlar las tramas de su enemigo Alburquerque, por mucho que este le hubiese perjudicado en el ánimo de aquel. En vano doña Leonor deshecha en lágrimas quiso persuadirle á que se escondiese; en vano le instó desesperada á que tomase la fuga.—No, dijo el buen caballero abrazándola; entonces mereceria con justicia el nombre de traidor y de desleal, que nadie, ni el rey, puede hoy echarme en cara.—Y vistiéndose sus mas lucidas galas, montó un arrogante corcel, y corrió á la plaza, en donde su destreza y habilidad le ganaron universales aplausos.

Al volver á su casa dijo á doña Leonor:—«Esposa mia, todo vá bien; el rey me ha victoreado, y hé aquí un billete de su puño, en que me pide vaya mañana á palacio *para hacerme merced.*

— «Mañana es domingo, repuso doña Leonor.

— «Es verdad; pero no hay otro dia, pues Don Pedro se marchará el lunes temprano. ¿Crees pues que me matará?

— «Mi corazon solo recela desgracias desde que recibiste el fatal escapulario.

— «Sosiégate; estas letras deben tranquilizarnos: *para haceros merced.*»

Concluido este corto diálogo, embozóse en su ancha capa, y salió á recorrer la ciudad, de cuyo sosiego estaba encargado.

Las doce serian de la noche cuando pasando el adelantado por delante de su casa, reparó que dos bultos cruzaban la calle y desaparecian en la oscuridad. Siguiólos con sigilo, y vió que dando vuelta á la primera esquina se detuvieron: hízolo él tambien y oyó su conversacion.

— «Hermosa es la doña Leonor como una perla, dijo el uno fingiendo la voz.

«Esa es una de vuestras muchas locuras, le contestó el otro: es preciso que abandoneis esta aventura.

«¡Abandonarla! Ni por pienso: eso será cuando haya conseguido mi gusto, antes no. ¿Habeis reparado con qué orgullo nos ha dado con la ventana en los hocicos?

— «Eso prueba que habeis perdido el juego.

— «Eso prueba que necesito envidar mas fuerte, y si es preciso echar el resto: por lo demas estoy seguro de ganar la partida, porque doña Leonor al fin es mujer, y las mujeres se resisten, pero al fin ceden temprano ó tarde.»

A este tiempo vió Garci-Laso que otro hombre se acercó á los dos interlocutores: estos hicieron ademan de dejarle la acera, y aquel les dijo:

— «Caballeros, si lo sois, retiraos á descansar, que es tarde; y si nó, retiraos tambien, que el rey Don Pedro está en Burgos, y en su nombre os lo requiero.

— «Haceos vos de largo, seor corchete, dijo el que

antes habia hablado el último, y decid al rey Don Pedro de mi parte que venga á echarme de aquí.

— «¡Cómo! ¡Traidores! replicó el corchete; y gritando *favor á la justicia*, arremetió espada en mano con los dos rondadores. Tiraron estos de las espadas, y poco tardó en conocer el hombre de la justicia que se las habia con diestros espadachines, pues tanto le acosaron, que tuvo por prudente irse retirando poco á poco, y defendiéndose de las furiosas estocadas que á oscuras le dirigían.

— «Matémosle por si nos ha conocido, dijo el uno.

— «Nada de eso, repuso el compañero; él cumple con su deber.»

La suerte del combate se cambió repentinamente, porque apareciendo Garci-Laso al lado del partido mas débil, acometió con furia á los del otro, diciéndoles: daos á prision, miserables, ó por Cristo, que os pase á estocadas. Y tantas les tiró, que hubieron de ponerse á la defensiva.

— «Garci-Laso es, gritó uno de ellos.

— «Sí, dijo este, Garci-Laso de la Vega, adelantado mayor de Castilla: en nombre del rey os intimo que os estéis quedos, si no quereis morir.

— «Quedos estamos, buen caballero, repuso el mismo: ahí está mi acero, que no es entregaré, pero que pongo en el suelo, como en prenda de paz. Avanzad ahora y reconocedme; pero decid á ese hombre que se retire algunos pasos, porque me importa que solo vos me veais.»

Hízolo asi Garci-Laso; adelantóse hácia el desconocido; sacó de debajo de la capa una linterna sorda que siempre llevaba de noche, y retrocedió esclamando:

— «¡El rey!!

— «No; el leon», replicó este: y cogiendo su espada, se metió por una callejuela inmediata. El que le acompañaba le sigió en silencio.

Garci-Laso se retiró pensativo, mas apenas entró en su casa, salióle al encuentro doña Leonor pálida y llena de zozobra.

— «¿Le has dicho que eres mi esposa? la preguntó el adelantado; y se conocia que de la respuesta que esperaba dependia la decision de su suerte.

— «¿Qué me preguntas? ¿A quién has encontrado?

— «A Don Pedro de Castilla.

— «¡Al rey!

— «Sí, al rey; al mismo que te siguió en Sevilla; al mismo á quien no hace una hora has cerrado la ventana.

— «¡Dios mio! ¡Era él!

— «Sí, él, él: pronto, pronto. ¿Qué te ha dicho?

— «Que me ama.....

— «¿Y tú?.....

— «¡Yo!.....¿Y mé lo preguntas? Le he declarado que estoy casada, y que es vana su pretension.

— «¿Me has nombrado?

— «Ha insistido en su propósito, y le he vuelto las espaldas sin responderle.

— «¡Ah! Ven á mis brazos: me has salvado la vida.»

IV.

EL REY Y EL LEON.

El dia siguiente almorzaba lleno de alegria el rey Don Pedro en el *Sarmental*, nombre que se daba al palacio del obispo, en el cual se habia aposentado. Rodeábanle varios señores de su córte, el principal de los cuales, Don Juan Alfonso de Alburquerque, distraia su atencion, narrándole las diferentes prisiones que aquel dia se habian hecho en la ciudad, señaladamente la de tres vecinos de Búrgos, tenidos por del partido del conde de Trastamara, cuando le anunciaron la llegada del adelantado mayor, que con sus cuñados Ruy Gonzalez de Castañeda, y Pero Ruiz Carrillo esperaba en la antesala las órdenes de su alteza. Al mismo tiempo entró en la cámara del rey la reina doña María.

— «Madre mia, y señora, la dijo D. Pedro, sin moverse de su sitial, espero que ya estaréis contenta conmigo, pues empiezo á gobernar el reino con arreglo á vuestros consejos: pronto vereis que aspiro á merecer el nombre de *justiciero*. Que entre el adelantado, añadió, dirigiéndose á un escudero.

La reina entonces le miró de pies á cabeza, y le respondió con desdeñosa sonrisa:

— «Ya veo, hijo mio, que empezais á merecer el dictado de *Cruel*.»

Y sin detenerse mas, salió del aposento, acompañándola Don Vasco, obispo de Palencia, su chanciller mayor.

Entró Garci-Laso, y parándose á pocos pasos de la mesa del rey, se descubrió, y le hizo acatamiento. Don Pedro hizo una seña con la mano, y todos los caballeros, menos el de Alburquerque, se fueron de la sala: en seguida, clavando los ojos en el adelantado, le dijo:

— «No estabais la noche pasada tan humilde como en este momento.

— «La noche pasada, respondió Garci-Laso, no me ha visto vuestra alteza.

— «Alburquerque, mirad lo que dice: vos me acompañábais, y tuve que descubrirme á él para que no me matase.

— «Afirmo, Señor, que no he visto á vuestra alteza, cuando vuestra alteza dice. No ha habido en Búrgos mas novedad en toda la noche, que el haber tropezado yo con un mozo que hacia resistencia á la justicia, pero he olvidado su nombre.

— «Sin embargo, el mozo se acuerda muy bien de que obrásteis como un leal servidor del rey Don Pedro. Por eso os hace merced de veinte cuentos de maravedís.

— «Señor, tan alta recompensa....

— «Esto por lo de anoche, como rey: como leon, os debo otro premio mayor.

— «Vuestra alteza puede disponer de mi vida y hacienda.

— «Decidme ahora, señor adelantado, ¿á qué servicio destinais las compañías que habeis reunido en Búrgos, en S. Esteban y en Celada?

— «Al de vuestra alteza.

— «Mirad que no me engañeis.

— «Si hay quien lo contrario diga, desde ahora afirmo que es un impostor y un infame. Las compañías son de vuestra alteza al momento que quiera disponer de ellas.

— «Ya pienso hacerlo. Entre tanto *id con Dios, buen Garci-Laso*, ya que sois tan leal servidor, como valiente vasallo.»

Garci-Laso besó las manos al rey, y salió; pero en la antecámara halló al alcalde Domingo de Salamanca, que con cuatro escuderos le esperaba. Las puertas del aposento permanecian abiertas, y el de Alburquerque gritó al alcalde:

— «*Bien sabeis lo que tenedes de facer.*»

Este detuvo á Garci-Laso, que empezó á creer la terrible verdad; acercóse despues á la cámara, y dijo al rey.

— «*Señor, vos mandad eso; cá yo non lo diria.*» Y el rey furioso se levantó, y todos le oyeron gritar: «*Ballesteros, prended á Garci-Laso.*»

Prendiéronle en efecto, y le maniataron con crueldad,

sin que pudiese oponer la menor resistencia, puesto que ninguna arma llevaba; pero su serenidad no le abandonó un instante, y viendo á su amigo Ruy Fernandez de Escobar, que casualmente entraba en aquel momento, le rogó que contase á su esposa doña Leonor y á sus hermanos el triste caso en que se hallaba, y que les digese que moria por bueno.

El rey se volvió á sentar á la mesa, y Garci-Laso le dijo: mándeme dar vuestra alteza un clérigo con quien me confiese. D. Pedro miró á Alburquerque, y este ordenó que se llamase á un confesor.

Ruy Fernandez de Escobar avisó lo que sucedia á doña Leonor, cuyos hermanos huyeron sin perder tiempo, librando asi sus cabezas del furor del rey; pero ella corrió á palacio resuelta á perecer ó á salvar á su esposo.

En el mismo instante que ponia el pie en la antecámara, resonó en su corazon la tremenda voz de D. Pedro, que dijo al ballestero Juan Ruiz: *Matad à Garci-Laso de la Vega.* Sus fuerzas la abandonaron, y solo tuvo lugar de ver que los ballesteros descargaron sus ferradas mazas sobre la cabeza de su infeliz esposo. El dolor la mató.

Vióla D. Pedro desde su sitial, y creyéndola desmayada, dijo á Alburquerque. Ya lo veis: he ganado la partida; pero si no socorreis á doña Leonor, no se atreverá á llegar hasta mí. Y viendo á la reina que estaba llena de inquietud por la suerte del adelantado, procuró sosegarla, diciendo:

— «No os asusteis, señora; no es gran cosa: uno de los huesos que en Castilla me han dejado los bastardos.»

Arrojaron á la calle el cuerpo de Garci-Laso, y el rey D. Pedro siguió almorzando con la mayor tranquilidad.

Aquel dia obsequió á su monarca la ciudad de Burgos con una famosa corrida de toros.

J. M. DE ANDUEZA.

ANIBAL [1].



STE fue el hombre extraordinario que logró ser temido de las cohortes de Roma como á su mas poderoso enemigo: este el cartaginés que los mallorquinos tuvieron por paisano hasta que la pluma del distinguido académico D. Miguel Salvá manifestando cual era su verdadera patria, corrigió la doctrina de Plinio, que apoyada por personas de mas crédito que verdadera crítica, habia sido esparcida otra vez por uno de los parasitos de nuestra literatura. Aníbal, este coloso de los héroes que ha llenado al mundo de su fama, nació en Cartago y no en la isla Conejera. Floro, lib. 2, cap. 6, y el historiador Megalopolitano, lib. 3, cap. 11, dicen que contaba 9 años cuando vino á España, y que aquí fue educado, y llegó á ser hombre culto y de conocida ilustracion. Nepote le hace discípulo de griego de Solino Lacedemonio, y aprovechó tanto en aquel idioma, que á mas de escribir en él la historia del Proconsulado de Gneo Manlio en Asia, segun Voss., de hist. graec., lib. 4, cap. 13, elevó en Italia un monumento á Juno Lacinia con una inscripcion púnica y griega que, como escribe Livio, lib. 28, cap. 46, contenia la historia de sus hechos. Pero sus hazañas belicosas fue lo que mas contribuyó á inmortalizar su nombre. Jura á su padre Amilcar, gobernador de las islas Baleares, un encono eterno contra Roma: une las fatigas de soldado á los estudios de general, y llega á ser un escelente militar aun antes de los 15 años. Habia cumplido la edad de 26, cuando á los 219 antes de J. C. se le confia el mando del ejército que sus paisanos los cartagineses habian reunido para vengar los ultrajes de los romanos, y tomando á estos la ciudad aliada de Sagunto, en cuya jornada sirvieron con valor los isleños baleares, segun Escolano, recoge en una série de acciones los mas gloriosos laureles.

Dudamos si los 8500 fundibularios mallorquines, que, segun Florian, tan temibles se hicieron por la destreza con que arrojaban los glandes, pasaron ya con Aníbal á Italia, ó si se incorporaron despues á su ejército; pero lo que es cierto, que atravesando con ellos el *Rodano* se avanzó en 10 dias hasta el pie de los Alpes, causándole el peligroso tránsito por estas montañas las mas penosas fatigas, pues los hielos, nieves, peñascos y precipicios parece que se habian agolpado á la vez para impedir su paso. Los bibliógrafos franceses, de donde hemos sacado esta especie, dicen que despues de 14 dias de viajar por montes y por valles entró en el llano, donde tuvo el disgusto de ver que su numeroso ejército de 60.000 hombres se habia reducido á 26.000. Aníbal, á pesar de tan considerables pérdidas tomó á Turin, destruyó las cohortes de Cornelio Scipion, que encontró acampadas al borde del Tesino, y poco despues dispersó las de Sempronio, no muy lejos de la ribera de Trevie. Esta memorable batalla dió un golpe fatal á los vencidos, y los vencedores, estrujados del frio mas vigoroso, no tuvieron la satisfaccion de recibir con gusto los timbres que recogieron en una victoria que tanta gloria habia de atraer á Cartago. Hasta 217 no logró el general Aníbal vencer á Neyo Flaminio que quedó muerto con 15.000 romanos junto al lago de Trasimenes, y de los 6000 prisioneros que hizo en aquella ocasion, únicamente dió libertad á los latinos.

Afligida la república con tantas pérdidas, creyó que el modo de repararlas algun tanto era elegir dictador á Q. Fabio Máximo, capitan valeroso que desde un principio solo se ocupó en observar los movimientos de Aníbal, ocultarle los suyos, y fatigarle por medio de repetidas marchas. Esta conducta de Máximo, y el no haber querido esponerse á un combate desventajoso, le hizo poco recomendable entre los romanos; asi es que la autoridad y el mando se dividió despues entre él y Minucio Felix. Terminado el tiempo de la dictadura entraron á reemplazar á estos últimos Terencio Varro y Paulo Emilio, que fueron vencidos en el año 216 en la batalla de Cannes, á costa de 5630 caballos de Aníbal que perecieron en este combate. El general cartaginés, en vez de pasar á Roma para aprovecharse de las riquezas que le proporcionaron sus victorias, quiso hacer aquel invierno en Cápua; pero las delicias de esta ciudad fueron, segun Tito Livio, tan dañosas á sus soldados, como útiles habian sido sus armas para sembrar el terror y el luto entre los romanos. Tal es el modo de pensar de Livio y de otros historiadores mas moralistas que políticos, que en nada coinciden con la opinion del célebre Condillac, pues segun este sabio

(1) El autor de este artículo es nuestro colaborador y amigo Don Joaquin María Bover, de la Academia de la historia; y el retrato que lo acompaña se ha sacado del tomo 3.° del *Tesoro de antigüedades griegas* de Jacobo Gronovio, y se ha cotejado con el que existe en el salon de sesiones del Ayuntamiento de Palma entre los de los mallorquines ilustres en virtud, letras y armas.

filósolo, es falso que los placeres de Cápua afeminasen é hiciesen perder la disciplina de los soldados de Anibal. Sin salir este de Italia se mantiene 14 años, tomando ciudades y ganando victorias; pero Roma, que de cada dia hacia mayores esfuerzos, levanta en un año 18 legiones, y llega á tiempo de poder causar al ejército de Cartago una decadencia notable, como asi lo quiere Polivio. Mas Anibal era valiente, y la disminucion de sus tropas no fue parte á contener el proyecto de poner sitio á la capital del mundo, aunque lo hubo de levantar en 211 á causa de las lluvias, hielos y vientos, sin haber podido saludar los muros de Roma. El cónsul Marcelo viene en seguida á batirse con él en tres distintos combates que hicieron retirar á Anibal, mientras que Asdrubal su hermano se dirigia á Roma para socorrerle, encontrando no muy lejos á Claudio Neron que destruyó su ejército, y le dió muerte en batalla. Neron entró otra vez en su campo, y cojiendo la cabeza ensangrentada de Asdrubal, mandó ponerla á la entrada del de Anibal. La pérdida de un hermano, que tanto amaba por sus virtudes, no pudo menos de consternarle, y le obligó á pasar á Africa para llorar su muerte y para salvar á Cartago, que apretada por todas partes sentia interiormente los efectos de una guerra tan ruinosa. Entonces hubo una entrevista entre Anibal y Scipion, y no habiendo querido este entrar en negociaciones sin que antes el Senado de Cartago hubiese hecho las reparaciones al de Roma, no asintió á lo propuesto por el cartaginés, sino que viniendo á batalla en el año de 202 la perdió Anibal no lejos de Zama con muerte de 40.000 soldados de su cohorte. Esta funesta jornada movió á los cartagineses á procurar la pacificacion de su patria por medio de tratados con Roma, y Anibal, avergonzado de ser testigo del oprobio de la ínclita Cartago, se refugió al palacio de Antíoco, rey de Siria, y diciendo: «*libremos á los romanos del terror que les inspiro*», tomó un tósigo que le quitó la vida á los 64 años en el de 183 antes de J. C. Polivio Megalopolitano dice que estuvo casado con Imilce, dama española, natural de Castulo.

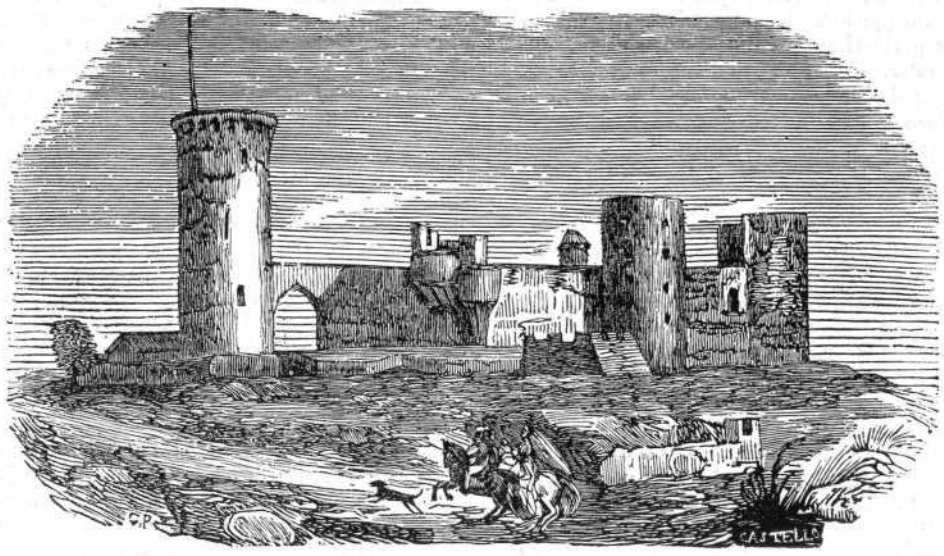
Tito Livio representa á Anibal con una crueldad inhumana, con una perfidia mas que cartaginesa, sin religion, y sin respeto á la santidad del juramento. Disimulando nosotros lo que podia quedarle del carácter y vicio de su nacion, creemos que los hechos atribuidos á Anibal por el historiador latino son precisamente apócrifos como nacidos del encono que contra él llevan los romanos. Un valor mezclado con la sabiduría, una firmeza que nada la turbaba, un perfecto conocimiento de la ciencia militar, una escrupulosa atencion para observarlo todo, una actividad sin igual, han hecho creer indudablemente que Anibal fué el mejor de los generales que ha tenido el mundo. Cultivó las letras en medio del tumulto de las armas. Son muchos los escritores que, objetándole no haber llevado su ejército victorioso despues de la batalla de Cannes, repiten lo que en aquella ocasion le dijo Maharbal, capitan cartaginés: «*Anibal, vos sabeis vencer, y no sabeis aprovecharos de la victoria.* Otro autor mas juicioso dice que Maharbal no tuvo motivo para pronunciarse con tanta ligereza contra general tan benemérito.

JOAQUIN MARÍA BOVER.



MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN

ESPAÑA PINTORESCA.



EL CASTILLO DE BELLVER.

Dos millas al oeste de la ciudad de Palma, en un monte elevado 404 pies sobre el nivel del mar, y distante 2640 de su orilla, está situado el castillo de *Bellver*, que los antiguos llamaron de *Pulchro vissus*, denominacion equivalente á *buena vista*. La de *Bellver* que presenta un aspecto imponente y grandioso por ser, como dice el sabio Jovellanos, uno de los mejores monumentos militares del siglo XIII levantado con tino y maestria, recuerda al curioso é ilustrado viagero los muchos y singulares acontecimientos de que ha sido teatro, Pedro Salvá, arquitecto mallorquin y *obrero* mayor del palacio de D. Jaime II, lo construyó de órden de este soberano magnánimo y emprendedor, y hubo de empezarlo despues de 1263, pues una Real carta de 22 de mayo de aquel año, dirigida al *espectable* Arnaldo Bastida, tesorero y procurador real de Mallorca, no tan solo nos conserva el nombre del autor de esta magnífica obra, sino tambien el del punto de donde se estrajeron los sillares que se emplearon en ella, que fue la dehesa *Almaling* de Pedro Granada, no muy lejos de Palma. Su figura es elíptica, todo de escelente sillería, y de firme é ingeniosa construccion: su plaza de armas es muy espaciosa, y sus muros y fosos corresponden al conjunto: tiene las bases de algunas almenas de buen entalle, que estuvieron suspendidas por matacanes: el padastro ó torre de homenage, que se comunica con el fuerte por medio de un puente, es orbicular y de una elevacion respetable, y su horrorosa cava, conocida con el nombre de *la olla*, es la mas cruda prision de la isla. Si bien, como hemos dicho, se empezó la fábrica de este castillo en el reinado de Jaime II, tenemos por muy seguro que no se concluyó por entonces, pues los libros de datas del real patrimonio Balear correspondientes al año 1332 hacen memoria de varias cantidades satisfechas á los arquitectos Pedro Tayada y Arnaldo Llompard, maestros mayores del castillo de *Pulchro vissus*. Tal vez quedó paralizada la obra de este para atenderse á la del palacio real de Palma que en 1309 estaba ejecutando el *obrero* Pedro Salvá. Sea como fuere, los arquitectos Tayada y Llompard hubieron de dar fin á la fábrica de *Bellver*, pues en 1343 ya estaba guarnecido este castillo por el alcaide Nicolás Marí y los guardias Jaime Oleza, Bernardo Mitifoch, Raimundo Palon, Bartolomé Estevás, Mateo Serra, Guillermo Mestre y otros; en cuya ocasion fue tomado por Bernardo de Sot á nombre de D. Pedro IV de Aragon, usurpador de la corona de D. Jaime III, y aun hemos leido en un papelejo del Heydeck de Mallorca, que *Bellver* fue el lugar

donde aquel monarca hizo construir una campana que á semejanza de la famosa de Huesca, se oyeron sus sonidos por todo el reino. Del asalto, saqueo y crueldades que hicieron los comuneros en este castillo en el año 1522 se conserva aun con aprecio una hermosa cántiga de aquel tiempo.

En *Bellver* lloró amargamente su desventura el sapientísimo Jovellanos, lumbrera de la literatura española: permaneció en el, segun escribe el padre Luis de Villafranca, sufriendo inumerables insolencias del gobernador Don Ignacio García, hombre verdaderamente estravagante, desde el cinco de mayo de 1802 hasta el seis de abril de 1808.

En este castillo encontró su trágico fin el bizarro militar y benemerito patriota de quien habla esta inscripcion, que se ve grabada en marmol, en uno de los merlones de su muralla. «*Aquí fué fusilado el Excmo. Sr. Don Luis Laci, teniente general de los ejércitos nacionales, el dia cinco de julio de* 1817 *á las cuatro y cuarenta minutos de la mañana, víctima de su ardiente amor á la libertad. La patria recuerda con entusiasmo sus glorias militares, y llora sus virtudes.*»

El castillo de *Bellver* fué tambien destinado en 1824 para prision del sabio jurista D. Estevan Bonet y Perelló: aun parece que aquellas tremendas bóvedas vuelven los melancólicos sonidos de la cítara con que cantaba su *fuga de las musas*.

Solo nos falta decir, por conclusion de este artículo, que la castellanía de *Bellver* ha sido por algunos siglos señorío del Prior de la cartuja de Valldemusa, quien nombraba los alcaides, en clase de tenientes suyos, en virtud del privilegio de D. Alonso V de Aragon de veinte de abril de 1408; pero habiéndose resuelto por real orden de diez de octubre de 1717 que aquella eleccion correspondia á S. M, quedó el referido monasterio con la posesion de unas llaves del castillo, y con el goze de cincuenta libras anuales sobre los fondos del real patrimonio, por razon del sueldo que debia percibir como castellano.

JOAQUIN MARIA BOVÉR.

EGIPTO.

LA FUENTE DE MOISÉS.

Todos conocemos el orígen de esa fuente abierta por la vara de Moisés en su tránsito por el desierto hasta llegar á la Tierra Santa con el pueblo de Israel. Algunos expositores han dudado de la existencia actual de sus manantiales; pero los viageros la atestiguan, y hacen de ellos la siguiente descripcion.

Sobre la orilla occidental del golfo de Suez, cuatro leguas al sur de la ciudad del mismo nombre, y casi frente al valle del *Extravío*, se encuentran dos manantiales, indicados en todos los planos geográficos, los cuales son conocidos con el nombre de *fuente de Moisés*.

Aunque el agua de esa fuente es menos salada que la de muchos pozos abiertos en otros parages del desierto, es salobre, sin embargo, y por consiguiente no apaga la sed tanto como el agua dulce; pero sirve para la vegetacion, y los animales y aun las personas pueden beberla por uno ó dos dias sin experimentar incomodidad notable. Por otra parte, como corre y se renueva continuamente, está siempre clara, y no tiene olor ni sabor desagradables, mientras que la del mayor número de pozos se enturbia de ordinario por la agitacion en que se la pone al sacarla, teniendo casi siempre un olor bastante fétido. El pozo de *Adgirent*, por ejemplo, situado á cuatro leguas al norte de Suez, destinado para las caravanas de la Meca, á tres jornadas del Cairo, tiene doscientos pies de profundidad: las materias animales y vegetales, que por mil accidentes caen dentro de él, llegan á corromperse de suerte, que el agua, prescindiendo de su cualidad salobre, despide un olor á hidrógeno sulfurado casi insoportable.

En todos tiempos ha debido ser la fuente de Moisés de suma utilidad para los árabes de *Tor*, que habitan las cercanías del monte Sinaí; porque precisados á sacar de Egipto una parte de sus comestibles y los objetos de industria extranjera, llevando en cambio los productos que recogen de los áridos bosques que coronan sus montañas, su transporte solamente han podido hacerle en caravanas; y por lo mismo la fuente de Moisés ha sido siempre punto señalado para el descanso de las mismas. Ademas de esto, desde que se fundaron establecimientos marítimos en la costa del golfo, ya en el mismo Suez, ya á la entrada del valle del Extravío sobre el camino que conduce del mar Rojo á Memphis, la fuente de Moisés ha debido ser muy frecuentada como indispensable recurso, cuando, despues de largas sequías, llegaban á agotarse las cisternas.

Pero la época en que la fuente de Moisés parece haber excitado un interés mayor es la de la guerra de los venecianos unidos á los egipcios contra los portugueses, despues del descubrimiento del paso á la India por el cabo de Buena-Esperanza. Bien sabido es que para defender los primeros su preponderancia mercantil, que hasta entonces habian conservado sin rivales, hicieron construir y armar escuadras en Suez. No es probable que estableciesen astilleros en la fuente de Moisés, cuya localidad no ofrece ventaja alguna para ese objeto; pero es de creer que en ella hiciesen lo que llamamos aguada. De todo cuanto se fabricó en aquel tiempo sobre su terreno, nada queda sino algunos vestigios considerables de obras subterráneas, con especialidad de recipientes trabajados con sumo cuidado, adonde vertian las aguas de los manantiales para ser conducidas por medio de un gran canal hasta la orilla del mar. Este canal fué descubierto por Bonaparte durante sus conquistas en Egipto: su longitud es de 700 á 800 toesas, y termina en la orilla entre dos mamilas producidas por los escombros, vestigios sin duda del punto de aguada propiamente dicha. La aguada debió estar dispuesta, al parecer, de una manera acomodada á la forma de los vasos en que acostumbraban embarcar el agua.

A distancia de unas cien toesas, y al norte del último manantial, se encuentra un montecillo en que se ven restos de jarrones y otras vasijas de tierra mal cocida, así como tambien ruinas de hornos de alfarería. Estos datos y

el hallar aun crecido número de palmeras distribuidas con cierta simetría, que no puede ser obra de la casualidad, prueban haber sido habitado en algun tiempo el terreno en que está situada la fuente de Moisés, y que toda la playa comprendida entre los manantiales y la orilla del mar estuvo tambien cultivada. Por otra parte se nota que las vasijas de tierra no eran de las que se usaban en el pais para sacar agua de los pozos, sino al contrario, de tamaño crecido, propias para embarcar agua; puesto que la escasez de madera de todo aquel terreno, y acaso la falta de industria, impedian la construccion de barricas usadas en las embarcaciones.

La fuente de Moisés presenta un fenómeno muy notable de hidrostática. Los ocho manantiales que la componen brotan desde la cima de otros tantos montecillos cónicos, terminado cada uno de ellos por una especie de crater que sirve de pila al manantial, desde donde desciende el agua bañando la superficie cónica del montecillo por reguerios naturales. Estos montecillos son de altura desigual: el mas elevado levanta cuarenta pies; carece ya de agua, y su crater está lleno de la arena que en él ha amontonado el viento; pero se descubre todavía en su centro el tronco de una palmera, que despues de haber crecido mucho, fué cortada por los árabes.

Pudieran darse razones físicas bastante fundadas para demostrar la causa de haberse formado esos ocho montecillos de donde brotan los manantiales, asi como tambien puede demostrarse que estos en su orígen no fueron mas que uno en corroboracion del texto de la sagrada escritura. En efecto el manantial, cuyo crater está mas elevado y seco, puede creerse sin violencia que su altura de cuarenta pies es un máximun determinado, no tanto por la fuerza de la presion que el agua ha experimentado en la parte baja del montecillo, cuanto por la resistencia de que son capaces las paredes de los conductos subterráneos y naturales que la conducen; de suerte que el agua, habiendo llegado á esa altura, ha podido romper sus paredes, buscar otras salidas, y producir nuevos manantiales que habrán motivado el secarse el primitivo; y por consiguiente alrededor de ellos se formarian, como en aquel, los montecillos, de cuyas cimas brota el agua en la actualidad.

Sea lo que fuere, es muy probable que en épocas remotas la fuente de Moisés no tenia otro manantial que el actualmente seco, y que los ocho de donde brota el agua, y cuyos cráteres estan mas bajos, se han producido posteriormente ó por la ruptura natural de paredes demasiado débiles, ó por las escavaciones practicadas con diversos fines en tiempos en que la fuente era muy frecuentada, y sus alrededores habitados.

Seria de sumo interés reconocer la forma y naturaleza de los canales naturales que llevan el agua de esa fuente á través de una gran llanura de arena, en donde experimenta una presion capaz de hacerla subir á mas de cuarenta pies sobre su nivel; y cerciorarnos al mismo tiempo de si esa agua viene en efecto de la cadena de montañas que desde la Siria cruza hasta el monte Sinaí, y que se distingue desde cerca de cuatro leguas al este de la fuente, ó cuál es el verdadero punto de partida de tan célebre raudal. Mas ese reconocimiento exigia un viage mas detenido y circunscrito al mismo tiempo á nuevas y mas extensas investigaciones geológicas.

CARLOTA CORDAY.

Un episodio de la revolucion francesa.

I.

DOS CARTAS.

—¡Ah! es preciso que me separe de tí, decia la jóven Carlota á su amiga Hortensia. Mi destino está en París, en esa ciudad, donde triunfan alternativamente el crímen y la virtud, donde Genaro....

—¿Qué has sabido de él? la preguntó su amiga con impaciencia.

—«Toma, lee la carta que acaban de traerme.»

Hortensia desdobló el papel, y leyó lo que sigue.

«Amada mia: la capital de nuestra hermosa Francia »es un vasto mercado, al cual acuden todos los depar»tamentos para vender sus opiniones y comprar las age»nas; la convencion nacional es el verdadero santuario, »es la salvacion de la patria, y su actitud amenaza á la »Europa entera: sin embargo, no todo lo que brilla es »oro puro. Ayer me presenté al ministro de la guerra, »y le dije que el departamento de *Calvados* no depon»dria las armas, mientras abrigase la representacion na»cional á ciertos hombres nacidos mas bien para desacre»ditar la revolucion que para llevarla á cabo. Un hom»brecillo de figura enfermiza, y cuyo trage anunciaba »miseria y desaseo, estaba sentado delante de una mesa »y leia varios papeles. Al oir mis palabras se levantó y »preguntóme quienes eran los representantes á los cua»les aludia. No vacilé en nombrar á Marat, apellidándole »inmundo y á Camilo Desmoulins. Una fiera sonrisa ani»mó su cadavérica fisonomía, y volvióse á sentar. Estoy »temblando, mi querida Carlota; era el mismo Marat en »persona....» El resto de la carta se reducia á mil protestas de cariño.

Una lágrima se desprendió de los ojos de Hortensia al devolver el escrito á su amiga.

—«Es una desgracia fatal, le dijo: Genaro corre el mayor riesgo en París, porque Marat es el ídolo del pueblo.

—«Yo le derribaré, si se atreve á acusar al hombre que adoro, respondió Carlota. ¿Crees, acaso, Hortensia, que mi amor es alguno de esos fuegos fatuos, que aparecen deslumbrando nuestra vista con vivos resplandores, y desaparecen al momento para dejarla en mayor oscuridad? No: mi amor es una pasion que á ninguna otra se parece; es una cosa santa, una segunda existencia mucho mas preciosa que la vida; una necesidad que jamás se verá satisfecha; una esperanza de felicidad, pero de una felicidad inconcebible, un pensamiento delicioso, que se desliza del alma, y vá ocupando sin cesar todas las horas de mis dias y de mis noches ... ¡Hortensia! mas que todo esto es mi amor. Y Genaro.... ¡Genaro!... ¡Ah! Hay instantes en que no me atrevo á pronunciar su nombre, porque temo que alguna rival le oiga, y adore al que le lleva; hay instantes en que lo repito dentro de mi

corazon, y me parece que él me escucha; y entonces quisiera volar á su lado, y confundir mi alma con la suya, y morir con él, para que el mundo no profanase nuestro amor. ¿Lo creerás, amiga mia? ¿Creerás tú que esta carta, nuncio terrible de los peligros que rodean á Genaro, es mi mayor ventura? ¡Ah! vosotras, las almas tranquilas, las que no habeis alcanzado la dicha y el tormento de amar, no concebís esto; pero yo sí, lo concibo, porque esta carta me llama á París; á París que tanto he aborrecido siempre y que desde hoy amo, como si allí se meciera la cuna de mi infancia, en donde sin duda mi amante padece entre cadenas, en donde no hay acaso un corazon bastante virtuoso, que se atreva á llevar al preso un pedazo de pan y un jarro de agua. ¿Concibes ahora el placer de Genaro, cuando yo me presente delante de su reja con ese pan, con esa agua y con todo mi amor?

— «Pero, querida Carlota, eso es imposible; es un sueño, hijo de tus deseos. Si Genaro está preso, no podrá verte, no hallarás medio de llegar hasta él, ni sabrás donde le tienen.... ¡Hay tantas cárceles en París! Y luego si preguntas, te mirarán como sospechosa, como espía de los emigrados, te prenderán....

— «¿Y quién se atreverá á ello? No, no temas, nadie puede prender á una amante que se sacrifica por su amado. ¿Qué mal les he hecho yo? Desengáñate; mi inocencia es una fuerza irresistible, y las puertas de los calabozos se abrirán á mi voz. Marat, el mismo Marat, cuya pluma *es un colmillo de javalí*, cuyas entrañas son de hiena, depondrá sus resentimientos á la vista de una mujer de veinticinco años, que le pide su amante. ¿Piensas tú que no lo hará?

— «Creo que tu esperanza se duerme en un porvenir engañoso.

— «¿Y por qué, pues, se dicen salvadores de la república y amigos del pueblo, Marat y los *montañeses*?

— «Esos y otros son los nombres con que se alucina al pueblo.

— «¡Se alucina! ¿Con que no es cierto que Marat ama la república?

— «Sus escritos lo revelan: es un partidario del crímen, se deleita con la sangre, y pospone su felicidad á su venganza.

— «¡Y ese es el hombre del pueblo! ¡Ese hombre ha sido llevado en triunfo por las calles de París! Bien merece ser desgraciada la nacion que tolera en su seno tales monstruos. Pero.... no es esto, no es esto lo que yo debo pensar ahora. Es necesario que yo parta hoy mismo; ¿hoy, lo entiendes? Es preciso que yo llegue á París, que hable á Marat, que me arroje á sus pies....

— «¡A sus pies!

— «Sí, á sus pies ¿por qué no? No me digas otra vez que es un malvado, ¡Oh! no me lo digas: necesito creer que se apiadará de mis lágrimas y que me devolverá mi amante. Mira: yo le diré: «*Ciudadano representante, toma mi vida en rescate de la de Genaro.*

— «Y el ciudadano aceptará, no lo dudes: es hombre que sabe hacerlo; morirás por tu amante.

— «¡Ah! ¿Qué has pronunciado? Repite esas palabras.... ¡Moriré por mi amante!.... ¿Con que hay un medio seguro de salvar á Genaro? ¡Qué felicidad!

— «Ambos pereceréis, desgraciada amiga.»

— «En ese caso habrá un tercero que nos acompañe. Yo puedo perdonar mi muerte, pero la de mi amante.... ¡Ah! nunca, nunca.

Las dos amigas callaron, y Carlota se asomó á una ventana: miró largo rato hácia el camino de París, y dijo en voz baja:

— «No tendré que acudir al último estremo: la compasion hará por mí mas que el puñal.

— «¡La compasion! replicó Hortensia en el mismo tono. En París se ha publicado una ley que prohibe la compasion.»

Volvieron ambas á guardar silencio, y una palidez mortal apagó los hermosos colores del rostro de Carlota.

El diálogo que acabamos de escribir se tenia en una sencilla habitacion de la ciudad de *Caen*, entre la hija de un honrado procurador republicano del Calvados y otra jóven que se hizo desgraciadamente célebre en la revolucion francesa. Esta vivia con su amiga, á quien amaba con la ternura de una hermana, y hacia veinte dias que por pasar algun tiempo en su compañía, se habia separado de su padre Mr. Hilaire Corday, el cual habitaba una pequeña quinta á pocas leguas de distancia.

Pocos momentos despues que acabaron de hablar, Carlota hizo saber á su padre por medio de un billete, que un asunto del mayor interés la llamaba á París; metió en una maleta la ropa mas precisa, y en seguida hizo ajustar una silla de posta, previniendo al postillon que al anochecer la esperase á la salida de la ciudad. Solicitó tambien y obtuvo de dos *girondinos* desterrados diversas recomendaciones para París, y pasó el resto del dia con Hortensia, que no cesaba de llorar, considerando los peligros que iban á cercar á su amiga, y presintiendo la desgracia de que pronto seria víctima.

Llegada la hora de partir, Carlota se arrojó en sus brazos, y le dijo estas palabras: *Si muero, consuela á mi pobre padre*; pero su voz no se alteró, ni sus ojos se humedecieron. Habia formado una resolucion, salvar á su amante ó perecer con él; y aquella jóven tan pura, tan amante, tan poética, no veia, no sentia, no reflexionaba sino el objeto esclusivo de sus ilusiones. Dotada de un espíritu fuerte y emprendedor; hermosa como el último pensamiento de un mártir, y acostumbrada á mirar el porvenir como un tropel de venturas, el presente como una molesta pesadilla, y como una felicidad eterna lo pasado, confiábase sin vacilar á merced de la suerte, segura de su triunfo, cualquiera que fuese el término que esta le destinase. Habia olvidado en aquel momento su juventud, su tranquilidad, el mundo entero; y solo el nombre de Paris, que pronto debia asombrarse de su arrojo, era lo que la imaginacion de Carlota Corday veia escrito en todas partes con letras de fuego.

Arrancóse de los brazos de la inconsolable Hortensia, y ya ponia el pie en la escalera amiga, que no debia volver á subir, cuando un hombre de mala traza, cubierta su cabeza con el gorro republicano, puso en sus manos un pliego.

— «¡Es de París!

— «¡Es de Genaro! esclamaron á un tiempo las dos amigas.

Y el hombre del gorro les dijo:

— «Hablad mas bajo, ciudadanas, porque si el ciudadano representante de *Caen* llega á saber que he traido eso, me hará guillotinar. A duras penas he podido salir de la capital.»

Carlota abrió la carta, y recorrió con la vista las primeras líneas; un sudor frio empezó á bañar su pálida frente; apoderóse de todos sus miembros un temblor convulsivo, y cerrando los ojos, cayó al suelo sin sentido.

Hortensia y el republicano acudieron inmediatamente á su socorro, y la colocaron en su cama. La primera cogió la carta que la mano de Carlota acababa de desamparar, y leyó:

«Carlota mia: estoy condenado á muerte, y mañana.... »Marat se ha vengado del insulto....»

Hortensia tampoco pudo continuar.

II.

UNA AMANTE.

La ciudad de París presentaba en 1793 el imponente aspecto de un gran campo militar, y la Europa admiraba en silencio las disparatadas decisiones que diariamente se debatian en el seno del Convencion nacional, ventiladas primero en las *secciones*, aplaudidas despues en los *jacobinos* ó en los *fuldenses*, y propuestas al cuerpo legislador por alguno de los oradores mas descollantes de la *Montaña*.

El redactor del *Amigo del Pueblo*, el célebre Marat, cuyo triunfo sobre los *girondinos* fue sin disputa uno de los sucesos memorables de la revolucion, yacia sin fuerzas para volar á la tribuna y lanzar sus formidables anatemas contra sus enemigos políticos: una calentura inflamatoria, consecuencia inmediata de la incesante agitacion de una vida borrascosa, gastada en debates parlamentarios siempre reñidos, y en un trabajo mental inaguantable para el hombre de constitucion mas fuerte, le habia reducido á un estado de debilidad, que le impedia tomar parte en las importantes discusiones que se sucedian sin interrupcion, y en las cuales Robespierre empezaba á asomar la cabeza, revelando el hombre que debia hacer olvidar la gloria de Marat. Pero este trabajaba en su casa noche y dia, y la incansable prensa del *Amigo del Pueblo* circulaba á París y á los departamentos las doctrinas del que desde su lecho gobernaba entonces á la Francia.

El seis de agosto se presentó en casa de Marat una jóven, cuyo modesto pero limpio trage predisponia en su favor. Era de regular estatura, muy blanca, y sus hermosísimos ojos negros, que el pudor le obligaba á tener inclinados hácia el suelo, cuando no agitaban su corazon violentas pasiones, podian mirarse como la menor perfeccion de su rostro. Vestia exactamente el trage de las campesinas normandas; saya corta blanca y delantal negro, y cubria sus pobladas trenzas de ébano una graciosa papalina.



(Carlota Corday).

El ama de gobierno de Marat era una mujer que frisaba en los cincuenta años, de repugnantes facciones, y de un carácter poco á propósito para contemplar sin envidia los atractivos de la jóven que tenia delante. Examinó á esta con maligna curiosidad, y despues de haberse enterado muy por menor de todos los adornos que daban mayor realce á su belleza, le dijo:

— « Con que ciudadana, ¿pretendes hablar al ciudadano Marat?

— « Sí, respondió la jóven; tengo que comunicarle noticias interesantes.

— « Ya, ya me figuro, ciudadana, de que clase serán esas noticias, pero mejor te estaria aprender otro oficio mas honroso. ¡Válgame Dios! ¡Cuánta maldad hay todavia en la república!

— « Ciudadana, no me insultes así, pues no lo merezco: necesito hablar al representante Marat....

— « Y yo digo que no le hablarás, ciudadana insolente; y te prometo que pronto cortará la guillotina esa hermosa cabeza que levantas con tanto orgullo.

— « En eso último, puede ser que no te equivoques, porque ha llegado la época de cortar cabezas. Tal vez no esté muy segura la del representante Marat, si se niega á oirme.

— « Ciudadana Margot, gritó Marat desde su aposento, deja entrar á cualquiera que sea: la salud de la república exige que se atiendan los clamores del pueblo.

— « Entra pues, ciudadana, dijo Margot: así como así, yo hacia mal en privar al representante de tan lin-

o bocado. Y volviendo la espalda se dirigió refunfuñando ácia la cocina.

Entró la jóven, y encontró á Marat en el baño. Hizo un movimiento para retirarse; pero el temor de perder, para el logro de su designio, una coyuntura que tal vez no volvería á presentársele, la obligó á permanecer en la habitacion, la cual tuvo cuidado de examinar rápidamente con la vista.

Marat se hallaba solo y tomaba un baño tibio: á su lado estaba la mesa en que trabajaba, sobre la cual habia varios números del *Amigo del Pueblo*, y en una silla inmediata una jarra blanca con algun cocimiento y un vaso. La jóven normanda se acercó á él, y le dirigió la palabra.

— «Salud, ciudadano.

— «Esa me falta, ciudadana: si la tuviera mis esfuerzos salvarian la república.

— «¿Ya desconfias, ciudadano?

— «Temo que la condescendencia del partido de la *Montaña* ocasione la ruina de la patria. Se necesita sangre.

— Sí, sangre como la que se ha derramado de poco tiempo á esta parte. ¿Sabes que los *girondinos* han jurado tu muerte?

— «Que vengan, no les temo; en la Convencion los he destrozado todos, uno tras otro, acabarán en la guillotina.

— «Ellos son los que trabajaban en la conspiracion que debia estallar en París, drigida por un traidor de Caen que te habia insultado: su nombre era....

— «Genaro Vergniaud, sobrino de uno de los diputados por la Gironda; su atrevimiento le costó la cabeza.

— «¿Y conspiró?

— «Sí, sí, conspiró. ¿Crees, ciudadana, que aqui guillotinamos á los que no conspiran? Pero ya basta; tengo sueño, y asi dime pronto el negocio que te trae á mi casa, siempre abierta para el pueblo.

— «Has de saber, ciudadano representante, que esos mismos *girondinos* son los que atizan en secreto la sublevacion del departamento de Calvados, y están en correspondencia con los emigrados de Coblentza.

— «¡Qué me cuentas, ciudadana! ¡Ah! ¡Ya son mios! Pero.... una prueba, ciudadana; una sola prueba, y salvarás la república.

— «Aquí la traigo, dijo la jóven, y echando la mano al pecho, sacó de él un puñal pequeño, y lo hundió con fuerza en el de Marat, diciéndole: *asesino de Genaro Vergniaud, muere á manos de su amante.*

— «A mí, Margot, mi buena amiga.... esclamó Marat queriendo huir, y cayó en el baño, cuya agua se tiñó con su sangre.

Margot oyó la esclamacion del representante, pero no se atrevió á acudir sola: gritó desde la ventana, y en un instante se presentaron mas de cuarenta ciudadanos armados de fusiles y picas, los cuales encontraron á la jóven con el puñal en la mano que contemplaba con delicia el cadáver de Marat.

Todo se convirtió al momento en alboroto y confusion: corrió de boca en boca la noticia de la muerte del *amigo del pueblo*, y mas de cien picas amenazaron hacer pedazos el cuerpo de aquella hermosa jóven, que, serena, risueña en medio de tanto peligro, parecia no oir los horribles gritos de la multitud, ni las furiosas imprecaciones de que era objeto. Ya la habian agarrado por los brazos, sin que opusiera la menor resistencia, y se disponian á sacrificarla á su rabia, cuando uno de los mas alborotados contuvo á sus compañeros.

— «¿Qué vais á hacer? les dijo. ¡Una muerte oscura al asesino del grande Marat! No, ciudadanos; miradla; es hermosa, y merece bien figurar en la guillotina.

— «¡A la guillotina! ¡A la guillotina! gritaron con rabia hombres y mujeres. Y ya empezaban á formarse todos en dos hileras, para dar á la justicia que iban á egecutar cierto carácter de legalidad, cuando llegó, acompañado de un piquete de la guardia nacional, un oficial, que acercándose á la jóven, la dijo:

— «¿Cual es tu nombre, ciudadana?

— «Carlota Corday, respondió ella sin vacilar.

— «Sigueme á la *Consergería*.

— «Vamos.

III.

LA SANGRE PIDE SANGRE.

Eran las cinco de la mañana del diez de agosto, dia destinado al juicio y sentencia de Carlota Corday. El pueblo inundaba ya las inmediaciones de la *Consergería*, y muchos preguntaban si era cierto que el asesino del invencible Marat no era mas que una jóven: otros aseguraban que, aunque esta habia dado el golpe, contaba con un sinnúmero de conjurados que debian proclamar al mismo tiempo el trono absoluto, y que no le proclamaron, porque los buenos ciudadanos estaban siempre alerta: los que se preciaban de seguir el hilo á las maquinaciones secretas de los enemigos de la república decian, que aquella fanática se habia vendido al oro de Inglaterra, y los que creian acertar propalaban, que habia sido seducida por los *girondinos* desterrados. Así el verdadero motivo que armó su brazo fué un secreto para su época, y en la nuestra muy pocos son los que no han juzgado aquella desgraciada jóven como una víctima del fanatismo político.

Carlota yacia sepultada en un hediondo calabozo, sin mas cama que el frio suelo, ni mas alimento que un pedazo de pan duro y negro y un jarro de agua. Hallábase empero tranquila, y aunque sabia que iba á ser sentenciada á muerte, su corazon palpitaba con sosiego, y algunos deliciosos recuerdos de sus infelices amores llenaban su mente de felicidad. Acordábase tambien de los primeros años de su vida, del desamparo en que pronto quedaría su padre, y del sentimiento de su amada Hortensia, cuando supiese el término á que le habia conducido su viage á Paris, y entonces deslizaban por sus mejillas algunas lágrimas que en vano procuraba contener... No tardaba sin embargo en fortalecer su ánimo aquella intima conviccion que la sostuvo desde el punto en que abrazó la resolucion de matar á Marat, hasta que la vió cumplida: érale insoportable la vida sin la vida de Genaro, y vengado este por su mano, preferia morir en la guillotina al dolor de vivir desesperada.

»Que me lleven, decia; verán que mis pasos no vacilan al subir las escaleras del cadalso, y que sus dicterios y amenazas se convierten para mí en cánticos de triunfo y de victoria. ¡Insensatos! ¡Vais á vengar en mí la muerte de vuestro hombre! ¿No pensais por ventura que yo me he adelantado, vengando en vuestro hombre la de mi amante? ¿No pensais que en medio de vuestra horrible algazara se levantarán mil voces de bendicion á mi nombre, allá en el fondo de los corazones ulcerados? ¿Imaginais acaso que podrán maldecirme, la madre, cuyos hijos entregó vuestro hombre al hacha de los verdugos, la esposa que llora al esposo sacrificado por el que calculaba á sangre fria las cabezas que sobraban en Francia, y el valiente guerrero que pasaba, merced á una acusacion de Marat, desde el mando de una brigada á las tinieblas de una carcel? Mi nombre, republicanos, se escribirá en la historia, porque yo sola,

»vengando á mi amante, he libertado á la Convencion »y á la Francia del tirano que las oprimia: los vuestros.... »pasarán al olvido, porque sois muchos los que os ha»beis reunido para matar á una mujer: el mundo entero »sabrá que el sanguinario Marat pereció á manos de Car»lota, pero ¿quién dirá al mundo los nombres de mis »asesinos?»

A las ocho de la mañana se reunió el tribunal que debia juzgar á la heroina del Calvados. Los jueces eran aquellos mismos que convirtieron en triunfo una acusacion dirigida por la Convencion nacional contra Marat, los mismos *jacobinos* que en el recinto de sus sesiones ponian la pena de muerte á la orden del dia, y fulminaban las sentencias sin apelacion desde el *tribunal revolucionario*. Hechuras del coloso Danton, se preparaban ya á destruirlo y á diezmar la Francia.

Llevada Carlota ante el tribunal por una turba de furiosos que se apoderó de todas las puertas y avenidas, el presidente tocó la campanilla para restablecer el orden. Todas las miradas se clavaron entonces en aquella desgraciada jóven, cuyo sereno continente parecia desafiar á todo un pueblo, á una revolucion entera, y jueces hubo (preciso es confesarlo en honor de la humanidad) cuyos rostros espresaron señales de piedad, al aspecto de tanto infortunio y de tanta resignacion.

La voz del presidente se dejó oir clara y sonora.

—«Ciudadana, dijo: el supremo tribunal revolucionario exige de ti una relacion exacta de tu nombre, los de tus padres, y de los motivos de tu último viage á Paris.

— «Ciudadano presidente, respondió Carlota con firmeza, eso no es necesario. ¿Crées que pienso escitar vuestra compasion con falsas declaraciones? Una sola cosa debes preguntarme y es, quién ha asesinado al tigre Marat: á eso respondo, que yo.

Los miembros del tribunal tardaron largo espacio en volver de la sorpresa que les causaron las palabras de la intrépida jóven, lo cual ocasionó un tumulto en que esta hubiera perecido al furor del pueblo, si los soldados que la custodiaban no lo hubieran impedido. Al fin se calmaron algun tanto los ánimos, y el presidente volvió á tomar la palabra.

— «Ciudadana, ten mas apego á tu vida, y respeta al tribunal. ¿Cual es tu nombre?

— «Carlota.

— «¿Los de tus padres?

— «No respondo á esa pregunta: los nombres de mis padres no quedarán apuntados por culpa mia en vuestros registros de sangre.

— «¿Con qué arma has cometido tu execrable crímen?

— «Con un puñal.

— «¿Quién te le dió?

— «Lo compré en el camino, mas no me preguntes en qué pueblo, porque no responderé: me he propuesto decir la verdad sin comprometer á nadie.

— «¿Conoces á los *girondinos* desterrados de la Convencion?

— «Si; alguno de ellos me dió recomendaciones para Paris, pero he roto las cartas.

— «¿Quién te las dió?

— «No respondo.

— «¿Son cómplices tuyos los diputados Duperret y Fauchet?

— «No tengo cómplices: yo sola he concebido la muerte del tirano, y yo sola la he ejecutado.

— «¿Qué motivo te indujo á ello?

— «Pregúntalo á las viudas de los que Marat envió á la guillotina.

— «Sin embargo, tu has visitado á Duperret y á Fauchet antes de perpetrar el crimen que habias meditado.

— «Es verdad; fuí á suplicarles que me alcanzasen una audiencia de Marat.

— «¿Les declaraste tu designio?

— «No; nadie ha tenido noticia de él hasta despues de ejecutado: no queria yo que tal vez se malograse por una revelacion indiscreta.

— «¿Que dijiste á Marat?

— «Que los *girondinos* conspiraban en Normandía: me pidió una prueba, y le dí una puñalada en el corazon.

— «Ciudadana, firma lo que has declarado.

Carlota se acercó á la mesa, cogió la pluma, y despues de leer el escrito que le presentaron echó en él su firma: en seguida se levantaron los jueces; el presidente recibió la votacion en secreto, y dirijiéndose á Carlota, dijo:

— «Ciudadana, el tribunal revolucionario te sentencia á que sea cortada tu cabeza dentro de cinco dias en la *plaza de la Revolucion*.

— «La sangre pide sangre, respondió la amante de Genaro.

Cerróse el tribunal, y ella fué conducida á la Consergería, acompañada de las maldiciones del populacho.

IV.

Un carro conducia á Carlota Corday el 15 de agosto de 1793 por las principales calles de Paris. Iba escoltado por los hombres mas desalmados del arrabal *Saint Antoine*, y precedido por aquella porcion de pueblo que siempre insulta á la desgracia, sea cual fuere el partido á que pertenezca el caido; y que mas tarde habia de acompañar al mismo destino á Danton y á Robespierre, sus ídolos. La hermosa Carlota se habia esmerado aquel dia en su compostura, y el vivo encarnado de sus mejillas, el carmin de sus labios, y la angelical sonrisa con que recibia los bárbaros dicterios que le prodigaba la plebe, hacian singular contraste con el lúgubre patíbulo que levantaba su ensangrentada frente, y al pié del cual aguardaban su víctima los verdugos, declarados en Paris permanentes.

Llegada la comitiva á la *plaza de la Revolucion* bajó del carro aquella desdichada víctima del amor, y entregó una sortija que llevaba en el dedo al sacerdote que la auxiliaba. «Tomad, le dijo, esta pobre prenda de mi me»moria: haced llegar á mi querida Hortensia las cartas »que os he dado para mi padre, y Dios os bendecirá.»

— «El te reciba en su santa gloria, respondió el eclesiástico bañado en lágrimas.

Carlota Corday subió las gradas del patíbulo sin auxilio ageno. Uno de los verdugos cortó sus largos y hermosos cabellos, y el otro descargó el golpe de muerte sobre su cuello, en medio de la rechifla de un populacho feroz, que vió sin estremecerse rodar hasta la plaza aquella preciosa cabeza.

Las últimas palabras de Carlota fueron ¡Genaro! ¡Dios mio!

J. M. DE ANDUEZA.

EL ULTIMO SUSPIRO.

AL SOL.

La fleur de ma vie est fanée
Il fut rapide, mon destin!
De mon orageuse journée
Le soir touche presqu' au matin.
MILLEVOYE.

¡Ay! pára ya, sol mio, la moribunda huella,
Y al borde de tu tumba consuela mi dolor;
No pierdan ya mis ojos tu lánguida centella,
No pierdan ya mis labios tu vivido calor.

El rayo, que mi frente vivificante dora,
Alumbre de mis ojos la oscura languidez:
No partas ¡ay! sol mio; la luz que hoy me enamora
Mañana ya mis lágrimas no enjugará tal vez.

El ala de la muerte sobre mi frente umbría
Estremecido siento girar en confusion;
Y estos suspiros trémulos que el corazon envia,
Del que abandona el mundo los postrimeros son.

Morir, cuando la vida sus rayos encantados
Refleja sobre el cielo de hermosa juventud;
Perder ¡ay! el poeta laureles tan soñados;
Abandonar tan presto su canto y su laud.

Mas ay! Si del destino las nubes sin bonanza
Turbaron para siempre mi aciago porvenir;
Si ya perdí en el mundo la flor de mi esperanza,
¿Qué resta á mis dolores ¡Oh sol! sino morir?

Estinga, pues, la muerte de mi vivir la llama;
Prepare ya la tierra mi lecho funeral;
Y esa tu luz dudosa que su esplendor derrama
Circunde ¡oh sol! mi frente, cual iris celestial.

Los últimos suspiros del pecho agonizante
Conserva entre tus alas en prendas de mi amor:
Consérvalos, sol mio; mi corazon amante
Ofrendas mas queridas no tiene en su dolor.

Ya sabes ¡sol querido! de mi vivir la historia;
Ya sabes cuanto al alma tu luz enagenó,
Y cual en sus dolores, al par ¡ay! que en su gloria
Tras esa lumbre pura frenética corrió.

Cuando la tierna infancia dorando mis cabellos
Veló con sus sonrisas mi labio virginal:
Al beso que en mi frente selláran tus destellos,
Mi pecho estremecia su calma angelical.

Volaron ¡ay! las horas de tan feliz reposo,
Y en pos de aquellas horas la juventud llegó:
Brindóme sus caricias un mundo artificioso,
Y el son de sus laureles mi anhelo dispertó.

Amar fue mi destino, y un ángel de ventura
Llevó á mis labios cándidos la copa del amor:
Brillaba en su sonrisa de tu alba la ternura,
Y en su mirar radiaba de un cielo el resplandor.

Mil veces ¡ay! entonces ceñido entre sus brazos
Las cuerdas de mi lira frenético pulsé;
Y en amorosas trovas del corazon pedazos
Tu amor, y sus amores dichoso al par canté.

Tu luz y su suspiro fué el aura de mi aliento;
Mis glorias, ¡ay! de entrambos las cuitas suspirar;
Las penas de mi amada cifraron mi tormento,
Y siempre tu crepúsculo mi llanto hizo brotar.

Mas ¡ay! la muerte fiera con su álito abrasado
Secó los labios célicos de mi adorado bien:
Y para siempre entonces arrebatóme el hado
La aureola de ventura que ornára ¡Oh sol! mi sien.

Las glorias de mis dias tuvieron ¡ay! su ocaso;
Las lágrimas vinieron de la alegría en pos;
Y hoy el suspiro incierto de mi vivir escaso
Al mundo y sus quimeras da el postrimer adios.

Adios, sol: vé y prosigue tu fúnebre carrera,
Y alumbra de los hombres el llanto perenal;
Que es del eterno luto tu fúlgida lumbrera
En el panteon del mundo antorcha funeral.

Y si al volver mañana sobre mi tumba fria
Una mujer llorando calmára su dolor:
¡Ay! duélete sol mio! tan férvida agonia
La arranca ¡ay! á una madre la prenda de su amor,

Tan solo ella en el mundo con perenal desvelo,
Llorando sus congojas, mi amor recordará;
Tan solo.... ¡Oh madre! espera: que hay para el justo un cielo
Do Dios allí á las madres sus hijos tornará.

RAMON DE SATORRES.

Se suscribe al Semanario Pintoresco en Madrid en la librería de Jordan calle de Carretas, y en la de la Viuda de Paz frente á las Covachuelas. En las provincias en las administraciones de correos y principales librerías. Precio de suscriccion en Madrid. Por un mes *cuatro* reales. Por seis meses *veinte* reales. Por un año *treinta y seis* reales. En las Provincias *franco de porte*. Por tres meses *catorce* reales. Por seis meses *veinte y cuatro* reales. Por un año *cuarenta y ocho* reales.
Las cartas y reclamaciones se dirigirán francas de porte *á la Administracion del Semanario*, calle de la Villa, número 6, cuarto principal.

ADVERTENCIA.

Habiéndose concluido la reimpresion de los tres primeros tomos de esta publicacion correspondientes á los años de 1836, 1837 *y* 1838, *se espenderán los tomos sueltos al precio de* 36 *reales en Madrid, y en las provincias con el aumento del porte. Los que tomaren la coleccion completa de los cuatro tomos (desde* 1836 *á* 1839) *y se suscriban al* 5.° *que es el del año actual, recibirán los cuatro primeros á razon de* 30 *reales en Madrid y* 36 *en las provincias francos de porte: Desde principios de setiembre en que segun se anunció quedó cerrada la suscripcion á dichos tres tomos no se espenden cuadernos de trimestres ni números sueltos de los mismos por no descabalar las colecciones.*

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



JUAN DE JUANES.

Pocas son las noticias que tenemos de la vida de este célebre pintor, tan poco feliz en recuerdos biográficos, como célebre por sus obras artísticas, y ha llegado esta incuria á tal punto, que aun á fines del siglo pasado se ignoraba hasta su verdadero nombre. Regularmente se le suele llamar Juan de Juanes, y con este nombre le cita Palomino, el cual como se vé se equivocó tambien en el apellido á pesar de

haber gastado un largo párrafo en la derivacion de este patronímico para saber si debia ser Juanes, Juanez ó Ivañez. En este mismo error seguiriamos en la actualidad á no tener la fortuna de haberse descubierto á fines del siglo pasado su testamento otorgado en Bocairente á 20 de diciembre de 1579 ante Cristobal Florens: gracias á este hallazgo podemos decir algo con exactitud acerca de su vida.

Vicente Joanes (pues este es su propio nombre), nació el año de 1523; probablemente en Fuente la Higuera. Despues de haber aprendido el dibujo se asegura que pasó á Italia, lo cual se echa de ver tambien de su estilo y colorido, aunque no es cierto que fuese discípulo de Rafael, pues habia este fallecido en 1520. De vuelta á España se estableció en Valencia donde casó con Gerónima Comes, de cuyo matrimonio tuvo tres hijos. Juan Vicente de Joanes siguió la escuela y estilo de su padre, aunque no llegó á su mérito. Por eso muchos inteligentes han asegurado que varios de los cuadros que se atribuyen á Juan padre de Juanes son realmente del hijo, y por consiguiente de un mérito inferior á los del padre. Quizá por esto equivocándose los cuadros y los nombres de padre é hijo, resultó el equivocado título de Juan de Juanes. Tuvo ademas Joanes dos hijas llamadas Dorotea y Margarita, que fueron escelentes en la pintura, y aun se asegura que son suyas las pinturas que hay en la parroquia de Sta. Cruz de aquella ciudad en la primera capilla á mano derecha cerca del sitio donde fue enterrado su padre.

Durante su vida fue muy apreciado en Valencia, y en especial del arzobispo, que era entonces Santo Tomás de Villanueva, el cual le encargó entre otras cosas los dibujos para una tapicería que mandó trabajar en Flandes, la cual regaló á la catedral: las pinturas eran de asuntos sacados de la vida de la Vírgen.

Tambien pintó el retrato de medio cuerpo de dicho arzobispo que es el mas parecido, y se conserva en la sala capitular con los de los demas obispos.

Pero en lo que convienen todos los que hablan de él es en su mucha piedad, cuya descripcion es casi lo único que nos han trasmitido de su carácter y costumbres. Todos los asuntos de sus cuadros son religiosos, por lo cual, y por la mucha dulzura de su colorido, imitando á Morales, á quien á veces sobrepujó, mereciera el renombre de divino que se aplicó al otro. Antes de principiar sus cuadros solia recibir los sacramentos, y aun se refiere que cuando pintó su célebre cuadro de la Purísima Concepcion, no puso el pincel en él, sin haber comulgado aquel mismo dia. Hizo este cuadro que es una de sus obras mas famosas, á instancias y por la idea del P. Alberro, y se colocó en su capilla de la casa profesa de la compañía de Jesus en Valencia.

Habiéndole llamado de la villa de Bocairente, y estando ya concluyendo las pinturas del retablo de la capilla mayor cayó enfermo, y murió pocos dias despues el 21 de diciembre de 1579 á la edad de 56 años. El año de 1581 fue trasladado á la parroquia de santa Cruz de Valencia como él mismo habia dejado dispuesto.

En cuanto á su mérito artístico todos convienen en que fue uno de los mejores pintores de nuestra escuela, y fundador de la de Valencia: el fué el primero que mejoró el colorido, el cual habia estudiado en las obras de Rafael y sus discípulos, sobreponiéndose á las maneras duras de que adolecian la mayor parte de sus contemporáneos. Sus obras sobresalen por la exactitud y correccion del dibujo, la inteligencia en los escorzos, y sobre todo por la rara habilidad de hacer todas las figuras tan bien peleteadas, que parece que se van á mover los cabellos al mas ligero soplo. Son tambien notables por la amabilidad, espresion y dulzura que daba á las facciones, y en especial en varias imágenes que hizo del Salvador que compiten y quiza sobrepujan a las del Divino Morales.

Sus pinturas mas célebres existen en Valencia especialmente en la catedral, aunque confundidas con las de su hijo: tambien en las parroquias de S. Nicolas, S. Estevan, Santa Cruz y otras y en los conventos de la ciudad. Entre ellas no es de omitir el famoso cuadro de S. Francisco de Paula, en que le representa apoyado sobre un báculo, el cual hizo para su convento de Valencia.

Fuera de esta ciudad se conservan algunos cuadros suyos en la catedral de Segorbe, en las parroquias de Bocairente y de Fuente la Higuera, y en algunos conventos á las inmediaciones de la capital. En general son muy pocos los que existen en poder de particulares.

En el museo de Madrid hay una buena coleccion de ellos bien conocida de los inteligentes: en ella sobresalen los seis cuadros del martirio de S. Estevan, que estan tres á cada lado de la puerta de la sala primera española: en ellos se echa de ver la gran escuela de Rafael, y son de lo mejor que hay en el museo.

Dícese que algunas pinturas de Joanes han sido estraidas para el estrangero: con este motivo nuestros lectores pueden recordar lo que se dijo en el número 6 del semanario del presente año, con respecto á las extraidas para el museo real de París.

LA IGLESIA DEL SANTO SEPULCRO.

De todos los monumentos de Jerusalem, el mas importante por los sublimes y divinos recuerdos que le enriquecen, es la iglesia del santo Sepulcro, comprensiva de tres: la del santo Sepulcro propiamente dicha, la del Calvario y la de la invocacion de la Cruz.

Elévase la iglesia del santo Sepulcro en el valle del Calvario, en el mismo sitio donde fué sepultado Jesucristo. El edificio cruciforme y circular, como el Panteon de Roma, recibe la luz del dia tan solo por una cúpula ó media naranja, bajo la que está situado el santo Sepulcro. Hállase adornada esta rotunda de diez y siete columnas de mármol, que describiendo siete arcadas sostienen una galeria superior compuesta de otras tantas arcadas y columnas, aunque mas pequeñas que las del órden inferior. Sobre el friso de la segunda galería se elevan varios nichos correspondientes á las arcadas y que antiguamente se hallaban decorados de mosáicos, y sobre el arco de estos nichos se apoya la cúpula.

El coro de la iglesia, situado al oriente del sepulcro, es doble, como en las basílicas antiguas, cuyas naves colaterales, adornadas de capillas, se estienden en torno del santuario. En la nave derecha hay abiertas dos escaleras, una de las cuales conduce á la iglesia y á la cima del Calvario, y la otra á la iglesia de la invocacion de la santa Cruz.

La iglesia del santo Sepulcro, de una antigüedad incontestable se comenzó á edificar segun unos, en el imperio de Adriano, y segun otros, en el de Constantino; y aunque sucesivamente fue asolada por Cosroes, rey

de los Persas, y devastada por el califa Hakem, el cuerpo y las obras fundamentales de este edificio no parecen haber sufrido mucho en estos ataques, de manera que se hallan en el dia en el mismo estado que cuando se erigieron.

El aspecto de la iglesia del santo Sepulcro es sumamente imponente, y todas sus estaciones están marcadas con un sello profundo y bíblico. Iluminada por multitud de lámparas que arrojan en todos los objetos un dulce y misterioso resplandor, escita en el alma aquellas benévolas sensaciones que la elevan á la contemplacion, y embargada la memoria por mil recuerdos á cual mas sublimes y magestuosos, hállase el ánimo en aquella apacible y respetuosa quietud tan necesaria para elevar á la divinidad los puros afectos del corazon, sin ninguna marca terrenal que los empañe. Oyense partir de vez en cuando de lo alto de las arcadas que habitan los sacerdotes cristianos, cánticos y salmodias que parecen descender de los cielos. Unese á la variedad de las voces y de los idiomas, la de los instrumentos que resuenan á todas las horas del dia y de la noche. El órgano alterna con los cimbalos, en tanto que una nube de incienso se eleva por toda la nave, y parece dar física realidad á los misterios que en el altar se representan.

La oscuridad que reina á la entrada de la iglesia conmueve al peregrino en el momento que pasa sus umbrales, y le prepara á las grandes impresiones que vá á esperimentar.

El primer objeto que se le presenta á la vista es *la piedra de la uncion*, en la que fue perfumado con mirra y aloes el cuerpo de Jesucristo, antes de ser colocado en la tumba: elévase á pocas pulgadas del suelo, y tiene cerca de ocho pies de longitud y dos de latitud. Con el objeto de evitar los piadosos hurtos que de ella hacian los peregrinos, hállase cubierta de mármol rojo. Cada una de sus esquinas está adornada con un pomo de cobre; diez lámparas arden continuamente sobre ella, y á sus lados enormes candelabros con cirios de quince á veinte pies de altos.

A la derecha de la iglesia, y á doce pasos de *la piedra de la uncion*, se halla el *Calvario*, diez y ocho á veinte pies sobre el nivel del suelo, y al que conducen dos escaleras de veintiuna gradas por cada lado. La cima se halla transformada en la actualidad en dos capillas revestidas de mármol, separadas por una arcada, y cuyo pavimento es tambien de mármol. Llámase una de ellas *Capilla del Calvario*, y se halla continuamente iluminada por gran número de lámparas. En el sitio que ocupa fue alzada la santa Cruz en que murió Jesucristo, y dicho sitio se halla cubierto por un altar.

Segun las tradiciones Jesucristo tenia vuelto el semblante hácia Occidente; y Jerusalem se hallaba á su espalda. El lugar donde fueron colocadas las cruces de los dos ladrones se vé indicado por dos piedras negras. Estas dos cruces no se colocaron en la misma línea que la del Salvador, sino que formaban una especie de triángulo, de modo que Jesucristo podia ver á los dos criminales crucificados á su lado.

No lejos del lugar donde se eleva la Cruz, se vé una de las piedras que se partieron cuando Cristo espiró, segun nos dice el evangelio; el prodigio está manifiesto y conmovedor, y habla á los ojos: la hendidura de la roca está patente, y se vé por entre un enrejado de plata.

La otra capilla que forma parte del Calvario, se eleva en el sitio donde fue atado á la cruz el Salvador, y todos los dias se celebran en ella los santos misterios. El suelo enfrente del altar se halla incrustado con adornos en mosáico de todos colores, entre los cuales domina el encarnado, como para indicar que aquel sitio fue enrojecido con la sangre del Señor, y arden sin cesar en esta capilla multitud de lámparas.

A la derecha del altar hay una ventana con rejas que dá á una capilla esterior dedicada á *Nuestra Sra. de los Dolores*, donde se ofrece todos los dias antes de la aurora el santo sacrificio. A este sitio se retiró la Vírgen mientras los sangrientos preparativos del último suplicio destinado á su hijo.

Bajando del Calvario y á la derecha, se llega á una capilla de cuatro pies de largo y dos y medio de ancho. En el altar se vé la columna de las injurias, de mármol negro. Es parte de una columna mayor que se conserva en Roma, en la iglesia de Sta. Praxedes espuesta á la devocion de los fieles. En este trozo de columna fue donde hicieron sentar los judíos á N. S. cuando le coronaron de espinas y le maltrataron el rostro.

A veinticinco pasos mas distantes se baja por una escalera de treinta y dos gradas á la capilla de Sta. Helena. Esta capilla es muy vasta y se halla cubierta con una cúpula sostenida por cuatro columnas de desigual corpulencia. A la izquierda se vé el lugar donde oraba Sta. Helena, mientras que se hacian por órden suya escavaciones para encontrar la verdadera Cruz. A la derecha y en la misma capilla, pero doce gradas mas abajo, hay un pequeño santuario, en el mismo sitio en que se halló el signo augusto de la redencion.

Tres siglos hacia que los fieles lloraban perdida la santa Cruz; habíanla enterrado los paganos en la colina con montañas de piedras, tierra y escombros, y en tiempo del emperador Adriano habian elevado allí las estátuas de los falsos dioses. Santa Helena, animada con el piadoso deseo de encontrar la cruz del Salvador, emprendió con firme resolucion á le edad de sesenta y nueve años el viaje de Palestina; ¡así cerraba santamente una larga existencia! Por órden suya y á vista suya fueron levantadas las tierras las estatuas, y los templos abatidos, y transportados á larga distancia los materiales. Haciendo profundas escavaciones en diversos lugares se llegó al fin á donde se hallaba el santo Sepulcro, y muy cerca de él, segun lo decia la tradicion, se descubrieron las tres cruces, y aparte los tres clavos y la inscripcion de la del Salvador. El cielo dió á conocer por un milagro el instrumento de la redencion, pues segun dicho de S. Macario, obispo á la sazon de Jerusalem, se aplicaron las tres cruces al cuerpo de una mujer moribunda y el contacto de la tercera la curó al momento. Otro prodigio mas ruidoso refieren S. Paulino y Sulpicio Severo: se aplicó la santa Cruz á un cadáver, y en el momento recobró la vida.

Fuera de sí santa Helena, por haber encontrado el tesoro que mas amaba su corazon, envió una parte considerable al emperador Constantino, su hijo, quien recibió un don tan precioso con tanto gozo como respeto, y mandando colocar un trozo en su casco, para que le sirviese de salvaguardia en los combates, hizo encerrar lo restante en una caja de plata cuya guarda confió al obispo de Jerusalem. No tardó en introducirse el uso de esponerla públicamente el viernes santo á la veneracion de los fieles: en este dia iba el obispo á prosternarse el primero ante ella, y á su ejemplo imitándole el clero y el pueblo. A este uso se refiere la ceremonia que se hace todos los años, en semejante dia, en todas las iglesias católicas, ceremonia admirable, en que el oficiante, descubriendo la Cruz, dirige al púeblo cristiano aquellas palabras tan propias para penetrarle de reconocimiento y amor «*Ecce lignum crucis.*»

En la misma línea de la capilla de santa Helena, y diez pasos mas distante, se encuentra otra fundada en el

lugar en que se repartieron los soldados las vestiduras de Jesus.

Cuarenta pasos mas adelante, haciendo un ligero contorno, se llega al lugar en que Jesucristo se apareció á Santa Magdalena, despues de su resurreccion, donde se ha erigido un altar.

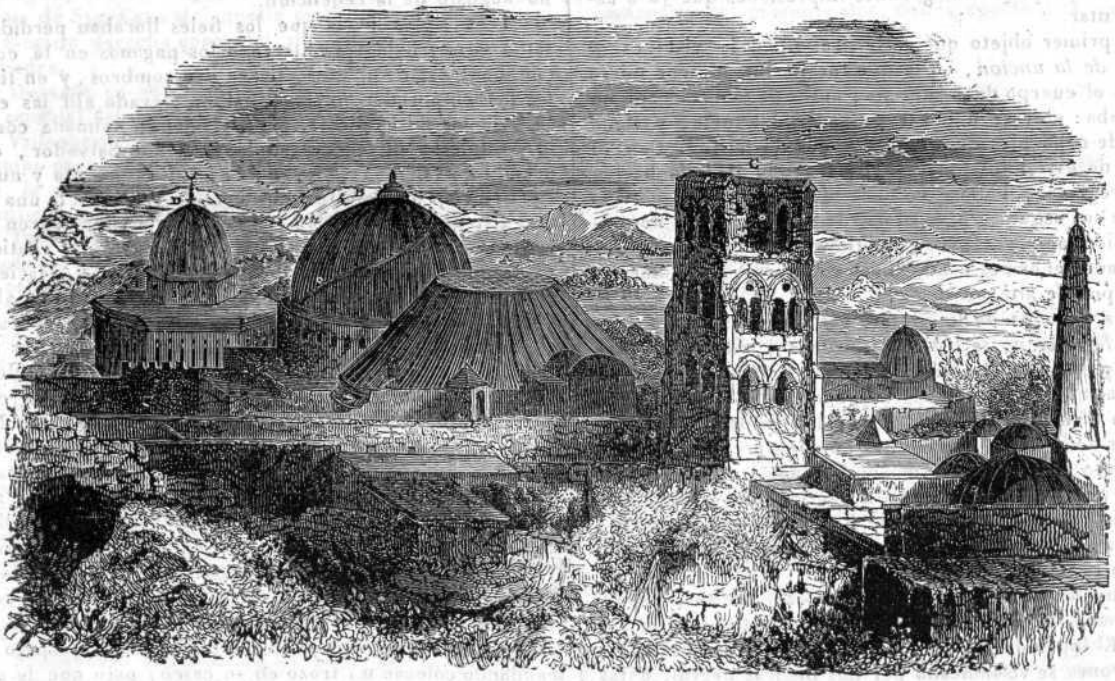
Enfrente está la capilla de la Aparicion, llamada asi porque, segun la tradicion, fue allí donde se apareció el Salvador por primera vez á su santa madre despues de la resurreccion.

Saliendo de esta capilla se ve una magnifica rotunda, rodeada de diez y ocho corpulentas pilastras que sostienen una galeria y una cúpula magestuosas. En medio de la capilla, bajo la cúpula por donde entra la luz que ilumina el interior, se eleva un edificio ó mausoleo de mármol blanco y amarillo, en forma de catafalco. Bajo este monumento está la sepultura de Jesucristo. La entrada está por la parte de Oriente. Pasada la puerta está la capilla del Angel, cuyas paredes interiores se hallan revestidas de mármol. En el centro se eleva un pedestal que sostiene una piedra de diez y ocho pulgadas en cuadro, en la cual se sentó el ángel el dia de la resurreccion, cuando las santas vírgenes fueron á embalsamar el cuerpo de Jesus, y el angel las dijo: *surrexit, non est hic*: ha resucitado, no esta aquí.

Enfrente del pedestal se vé una puertecilla muy baja y estrecha, por la que entra gran claridad. Para pasar por ella es necesario inclinarse hasta la mitad del cuerpo. Esta puerta da entrada á un santuario de cerca de seis pies de largo sobre otros tantos de ancho y ocho de elevacion; está iluminado por cuarenta lámparas, cuyo humo sale por tres troneras practicadas en la bóveda.

A la derecha se ve una mesa de mármol de la misma longitud del santuario y de la mitad de latitud: este santuario es el santo Sepulcro, esta mesa es la mesa sepulcral en que fue puesto el cuerpo de Jesucristo, vuelta la cabeza á occidente y los pies al oriente. La tumba y la mesa estan abiertas á buril en peña viva; y se las ha cubierto con mármol para substraerlas á la indiscrecion de los peregrinos que algunas veces se permitian romper algunos trozos para llevarselos.

Los padres de Tierra Santa celebran todos los dias el sacrificio de la misa en el santo Sepulcro. Los que cantan las alabanzas del Señor permanecen á la parte de fuera; pero el sacerdote oficia en la tumba misma, en un altar portatil que se eleva para el sacrificio.



(Vista esterior del templo del Santo Sepulcro).

En otro tiempo se veian en la iglesia del santo Sepulcro las tumbas de dos grandes heroes cristianos; la una era la de *Godofredo de Bullon*, terror de los musulmanes, que arrostró mil veces la muerte por su Dios, y que habiendo sido proclamado rey despues de la victoria, declaró que jamas llevaria una corona de oro donde Jesucristo habia llevado una corona de espinas: la otra era la de *Baldovino* su hermano que siguiendo noblemente sus huellas, fue digno sucesor de su reinado. En el dia ya no aparece el menor vestigio de estos monumentos, y solo se muestra al peregrino el sitio que ocuparon. Estos sepulcros han desaparecido: solo se han librado de este desastre las espuelas y la espada de Godofredo de Bullon, prendas que son consideradas por los santos padres como un precioso tesoro. El puño de hierro de la espada era dorado antiguamente y aun se notan algunos señales de la doradura. La hoja es muy pesada y muy larga. He aqui lo único que nos queda de Godofredo de Bullon, sino contamos tambien su santo nombre, y sus gloriosos y sublimes hechos.

V.

EN UNA NOCHE DE TEMPESTAD.

A MI AMIGO D. F. GAVITO.

Negra es la noche por Dios,
la lluvia cae á torrentes;
dejemos á los vivientes,
y aquí escribamos los dos.

¿Y qué nos importa, dí,
esa horrible tempestad?
Te basta á tí mi amistad,
la tuya me basta á mí.

Esta ventana cerremos,
y el velon aquí pongamos.
¿No te parece que estamos
tan solos como queremos?

Vengan tintero y papel,
cualquiera para mí es bueno.
¡Cuánto ha durado ese trueno!
Cargen mil diablos con él.

Dicta, amigo; una letrilla
de Celia á los ojos bellos.
¿Sabes que me abraso en ellos?
Otro relámpago brilla.

Es imposible escribir;
¡Vaya un llover sin segundo!
A trueno tan furibundo
algun rayo vá á seguir.

Pongámonos de soslayo,
que el viento apaga la luz.
¡Por la señal de la cruz!
¿Qué será? ¿Centella ó rayo?

Abre un momento el postigo,
por ver si el agua cesó.....
Yo nada veo ¿y tú?--No.
Vuélvelo á cerrar, amigo.

Y pues la tormenta crece,
y crece la oscuridad,
quietos aquí, que en verdad
tambien estoy en mis trece.

Pasemos la noche en vela
con la botella y la pluma;
cuando aquella se consuma,
otra habrá de centinela.

Valdepeñas es famoso.
¿Quién se ha de estar en ayunas?
Acerca esas aceitunas,
y ese quesillo sabroso.

Y ronde el galan la calle
por obsequiar á su dama;
por ganar premios y fama
el otro en lides batalle.

Salga el doctor por matar
cuando á deshora le llamen,
y el fiscal por un dictámen
vaya al juez á visitar.

¡Cuál se mojan esta noche
aunque los cubra la capa!
El que una *trucha* no atrapa
solo se lo debe al coche.

Nosotros somos felices
en esta atmósfera pura,
mientras ellos la figura
tapan de pies á narices.

Y á nosotros ¿qué nos dá
de todo esto por mas señas?
Lo que dure el Valdepeñas
el placer nos durará.

¡Calla!.....¿Granizo?..... Y de á libra.
Es preciso convenir
que el que lo puede sufrir
puede apostarlas á fibra.

¡Y que haya necios que pasen
en una esquina el chubasco!
Merecen que les dé chasco
la muger con quien se casen.

No, pues la cosa vá seria.
¿En que vendrá á parar esto?
En la botella hay un resto....
apuremos la materia.

Y basta ya de beber
que nos quita el discurrir.
--«Pero ¿qué hemos de escribir?
--«Una letrilla ha de ser.

Ea, pon el primer verso,
y empiece ya la tarea.
--«Si ha de ser letrilla, sea.
¡Que se aplana el universo!

--¿Qué es eso? ¿Te has vuelto loco?
¡Ah! Ya.... Se abrió la ventana....
La clavarémos mañana.
¿Te opones? --No. --Yo tampoco.

--«Sigamos pues. --Allá voy;
escribe: *primera copla*....
¿Oyes como el viento sopla?
Este mundo acaba hoy.

Pero eso no nos importa,
saca, saca otra botella.
que el único medio es ella
de hacer la vida mas corta;

A los ojos de.... Una pausa;
tapemos esas rendigas,
que interrupciones prolijas
el resoplido me causa.

Así estan bien; vaya el viento
á incomodar á otro lado.....
Pero el velon se ha apagado:
aquí sí que empieza el cuento.

--Nada creo hemos perdido,
porque si á oscuras quedamos,
al menos no nos mojamos,
con que cuento concluido.

--«Mas si por remate dar
á la letrilla te apuras,
mira que estamos á oscuras,
y vuelve el cuento á empezar.

Y por cierto que hace frio.
¿Dónde la botella está?
--«Búscala con tiento. --Ya.
--«Este vaso es tuyo ó mio?

Vamos á abrir el balcon....
¡Qué noche! No hay una estrella.
¡Si cayera una centella
para encender el velon!

Aguárdate, que ya escampa,
y secos truenos retumban.
--«En las orejas me zumban
siga adelante la trampa.

¿Quién dijo miedo? A fé mia,
con el vinillo caliente,
si nos dá algun accidente
no será de *alferecía*.

¡Con qué suavidad se cuela!

Ya los relámpagos vuelven.
-- «En el aire se disuelven:
no tienen mucha pajuela.

La tempestad vá de paso.
¿No ves allí claridad?
-- « Solo veo tempestad
desde el oriente al ocaso.

-- Pues yo jurára pardiez
que son nubes mas delgadas.
-- « Las nubes poco preñadas
no descargan de una vez.

Mira, mira; ya amanece.
Si lo dije, ya nos vemos.
-- «Pues la botella apuremos,
y nuestra tarea empiece.

--« ¿Qué tarea? --La letrilla.
--« Por Cristo, no me acordaba:
mas ya la noche se acaba,
y yo me duermo en la silla.

J. M. DE ANDUEZA.

VIAJES. — OCÉANO PACÍFICO.

NERON, REY DE LAS ISLAS DE MASACRA.

DURANTE el año de 1830 fue cuando el capitan americano Morell, comandante del brick el *Antartico*, de Nueva York, descubrió el grupo de las islas de Masacra en el Océano pacífico. Apenas habia anclado la nave, cuando los naturales cuyo color se diferencia muy poco del de los africanos, comenzaron á reunirse en torno de aquella, aunque permaneciendo á una distancia respetuosa en sus respectivas canoas, dando á conocer en sus ademanes la curiosidad, la admiracion y el temor de que se hallaban poseidos. Poco despues osaron avanzar hasta una milla de distancia del barco americano, pero ya entonces permanecieron inmóviles y sin atreverse á pasar mas adelante.

Al verlos el capitan Morell, desplegó una bandera blanca en señal de amistad, y los manifestó varios collares de vidrio de colores y otros objetos que brillaban á los rayos del sol. Por este medio los decidió á aproximarse, pero cuando examinaron de cerca las jarcias y arboladura de la nave, pareció haberlos sobrecogido un miedo tal, que ninguno se atrevia á subir á bordo. Distinguíase entre los isleños uno que parecia el gefe de los demas, y á falta de otro nombre los americanos le distinguieron con el de Neron. Su talla era atlética, sus miradas llenas de magestad y de nobleza: su adorno era mas lujoso, ó por mejor decir, mas estravagante, y consistia en una multitud de conchas y flores colocadas en la cabeza, en el cuello y en la cintura, mientras que sus brazos y piernas se veian cubiertas de anillos y brazaletes nacarados de bellísima concha de tortuga. Pudo persuadírsele por último á que subiese á bordo con algunos de los suyos.

Es imposible describir con exactitud su admiracion luego que se vieron sobre cubierta: no parecia sino que habian perdido el movimiento: tal era su estupidez; y para sacarlos de su arrobamiento fue preciso tomar del brazo á Neron, y hacerle volver en sí á fuerza de demostraciones de amistad.

Algo recobrado por la benevolencia y cordialidad de su recibimiento, fue poco á poco volviendo de su sorpresa y dando á conocer su estremada curiosidad: examinó rápidamente los mástiles, las velas, el puente, los cables, las áncoras y todo cuanto á su vista se ofrecia; pasaba de uno á otro objeto, los tocaba con las dos manos, preguntaba por señas el uso de cada cosa sin esperar jamás contestacion, poniendo en seguida la mano sobre otra cosa. Por último se puso á saltar como un loco sobre la cubierta, riendo alternativamente y prorrumpiendo en esclamaciones de gozo y de sorpresa: cuando alguna cosa le chocaba mas que otras, esclamaba: *rett-stiller*; esto es hermoso. Sus compañeros se interesaban tambien á vista de los objetos que los rodeaban, pero sin atreverse á manifestar sus sensaciones á presencia de su gefe.

(*Se continuará.*)

CRÍTICA LITERARIA.

Nueva edicion de las obras de Quevedo.



Es indudable que el siglo presente en medio de ser para nosotros tan borrascoso, y que hasta ahora no presagia un porvenir muy lisongero, lleva consigo sin embargo cierto espíritu de vida y movimiento, cuya tendencia bien dirigida pudiera producir los resultados ventajosos que todos con ansia apetecemos. Mucho antes de concluida la desastrosa guerra que ha aniquilidado nuestra patria; antes de que pudiéramos lisonjearnos con la imágen halagueña de una paz durable; cuando todavía la incertidumbre del éxito y el cúmulo de desgracias ocasionadas por el rencor del fanatismo político, sumergian los ánimos en la afliccion y el desconsuelo; comenzaba á manifestarse ese nuevo espíritu; ese deseo de adquirir nuevos goces intelectuales; ese gusto, en fin, dispuesto á saborear cuanto pueden producir de útil y agradable las artes y el ingenio humano.

Testimonios de esta verdad son el crecido número de asociaciones litetarias que bajo el nombre de academias, ateneos, institutos, liceos etc., se han establecido en la capital y provincias de España; la multitud de periódicos, folletos, y aun obras literarias de un mérito positivo, que han visto la pública luz desde el año 1833

hasta el presente; las muchas composiciones de todos géneros en que la juventud española sedienta de gloria, é impulsada por el noble empeño de disputar la suya á los literatos estrangeros, hace gala diariamente de la facil imaginacion que debió á la naturaleza. Las bellas artes concurriendo por otro medio á caracterizar la tendencia irresistible de la época actual, han hecho alarde en las esposiciones anuales de la academia de S. Fernando á pesar de la penuria de los tiempos, de lo mucho que pueden contribuir los ingenios españoles, bajo un régimen de verdadera prosperidad, á realzar la antigua gloria de su desventurada patria. El ornato público ha ganado considerablemente por la simetría y bella distribucion de partes que se observan en los edificios; y hasta en los muebles de adorno y lujo se descubre el espíritu inventor y el buen gusto que actualmente predominan en los talleres de nuestros artistas.

De este movimiento, no rápido todavía porque la situacion especial en que la revolucion nos ha colocado no puede consentirlo, nace el deseo natural de hacer objeto de especulacion el gusto por las nuevas sensaciones, procurando llamar la atencion sobre lo útil por medio de los atractivos con que el arte puede adornarlo. No á otra causa debemos la aparicion en la arena literaria de varios periódicos de agradable instruccion y deleite que á imitacion del presente *Semanario*, amenizan con grabados en madera las descripciones topográficas, las narraciones históricas, las biografías importantes, etc. etc. logrando por este medio que encuentre deleite la vista en lo mismo que halló placer el entendimiento. Esa costumbre de amenizar la lectura por medio de aquellos accesorios, ha pasado de los periódicos á los libros con éxito muy ventajoso; y si bien las empresas de esa clase no rendirán al presentte las utilidades que serian de desear, época deberá llegar necesariamente en que estas corresponderán á los esfuerzos de los empresarios El estímulo es grande y poderoso en vista de lo que en ese género se publica en Inglaterra y Francia; pq que es difícil resistir al deseo de comprar las obras publicadas en esas naciones con el lujo tipográfico y los lindísimos grabados que en crecido número las adornan.

A imitacion de ellas se publican actualmente en Madrid dos obras: una la muy conocida de *Las aventuras de Gil Blas de Santillana*; otra, *Las obras festivas en prosa y verso de D. Francisco de Quevedo Villegas*; en las cuales compiten el ingenio y buen gusto de muchos de nuestros mas apreciablee artistas.

Limitándonos á tratar por ahora de la segunda, cuya bella edicion dirige D. Basilio Sebastian Castellanos, anticuario de la Biblioteca nacional, y profesor de arqueologia en varios establecimientos públicos de esta corte; no podemos menos de alabar la correccion y esmero que se advierte en la impresion, asi como la diligencia en adquirir para ejecutarla un hermosísimo papel, en el cual los tipos y grabados adquieren deplicada belleza y buen efecto. A estas ventajas, que ciertamente no son muy comunes en impresiones españolas, hay que agregar otra de no menor consideracion, cual es la multitud de grabados en madera, que adornan y amenizan la obra: grabados en que generalmente campean la soltura y facilidad de nuestros dibujantes y grabadores, al par de su imaginacion y buen gusto en el toque atrevido y espirituoso, si bien alguna vez se desvian del pensamiento, en ocasiones equívoco, del punzante Quevedo. Sin embargo de eso, la edicion de que tratamos puede colocarse sin rubor al lado de muchas que de igual clase se publican en el extranjero; teniendo siempre en cuenta la suma inmensa de dificultades, á veces insuperables, que es preciso vencer en España para llevar á cabo empresas de tanta cuantía, entre ellas la de no poder contar jamás con el número necesario de suscripciones que remunereu los desvelos y desembolsos que aquellos ocasionan. Esas mismas consideraciones nos obligan á mirar como sumamente módico el precio de tres reales por cada entrega, la cual consta de 16 páginas de escelente carácter de letra y diez grabados de diversos tamaños; de los cuales damos dos muestras en la letra con que principia este artículo y la lámina que vá al final tomada de la dedicatoria y portada del discurso *El alguacil alguacilado*.

Ademas de los elogios que merece la empresa por el feliz pensamiento de dar á luz esta edicion rodeada de cuantos alicientes pueden hacer agradable la lectura de las obras de Quevedo; merecen alabanza, ademas por haberse propuesto, en cierto modo sacar del olvido á muchos de nuestros antiguos escritores, dignos por cierto de figurar en la moderna literatura, sino por el plan y estilo de sus obras, tan distintos del gusto moderno, á lo menos por la profundidad y solidez de los pensamientos; por el extremado conocimiento que aquellos hombres tenian de la sociedad, aunque nuestra presuncion nos haga creer que los aventajamos en esa parte; y por el objeto moral que constantemente dirigía su pluma, aun cuando no siempre se valiesen de los medios mas decorosos para conseguirle.

Bajo este concepto pocos ó ninguno de nuestros antiguos escritores ha rayado mas alto que D. Francisco de Quevedo; ninguno ha presentado como el las cosas en toda su desnudez; ninguno ha desenmascarado con tanta osadía los vicios y extravagancias de los hombres y de las clases de la sociedad; ninguno en fin los ha llamado con tanta lisura, por los mismos nombres que tanta significacion y valor tienen entre la plebe: solo Gracian compite con él y aun le aventaja en el atrevimiento con que lanza sus dardos venenosos á gerarquías elevadas, acaso porque no habia sufrido tan de cerca como Quevedo los pesados efectos de su venganza.

Este autor presenta un fenómeno harto singular por cierto. Mundano por una parte, ascético por otra, la naturaleza de sus muchos escritos nos le presenta bajo esos dos carácteres enteramente distintos y contrapuestos. Sus obras satíricas rayan en la procacidad: las místicas y morales en la austeridad heremítica. Y así es que su lenguage y estilo, cambiando siempre de índole y de formas, son variados hasta el infinito, si bien distinguiéndose constantemente por el gusto sentencioso que ya dominaba en el siglo XVII. A este defecto producido por el abuso, agregaba la manía comun á nuestros antiguos de hacer vano alarde de su inmensa erudicion sagrada y profana; así como en las obras festivas mostraba excesivo empeño en agotar la sal y donaire de nuestra lengua, apurando los equívocos, los conceptos picantes y los epítetos hasta el punto de ser no pocas veces trivial é insulso.

Mas á vueltas de estos y otros defectos, se notan en sus obras filosóficas rasgos nobles, elevados, magníficos; en las satíricas gracia, donaire, jocosidad verdadera. Quevedo fué, pues, uno de los hombres mas eminentes de su tiempo; y ciertamente que nada hubiera podido atenuar la solidez de su talento y el brio de su imaginacion, á haber vivido en época de menos corrupcion literaria; en época que le hubiera permitido dar á sus escritos aquel sabor del buen gusto desterrado entonces de las letras por el culteranismo. Si Quevedo no hubiese quemado en sus aras tan abundante incienso, sus obras habrian grangeado mas duradera fama á su nombre. Pero ase-

ciándose á los que con mayor tenacidad trabajaron en abrir nueva senda al ingenio, empresa que rara vez suele llevarse á cabo sin detrimento del buen gusto literario, su nombre llegó á señalar una época determinada; la época de la decadencia de las letras.

Aun cuando lo dicho sea una verdad patente á todos, Quevedo merece sin embargo ser estudiado con esmero. Sus escritos son un tesoro de erudicion y de verdades eternas comunes á todos los hombres y á todos los siglos; y nosotros no podemos menos de felicitar á los empresarios de esta nueva edicion por el distinguido servicio que hacen con ella á nuestra literatura. ¡Ojalá que sus esperanzas sean cumplidas, para que reanimados por un éxito feliz, puedan ofrecer al público en lo sucesivo iguales ediciones de nuestros antiguos y ya casi olvidados escritores!

REVILLA.



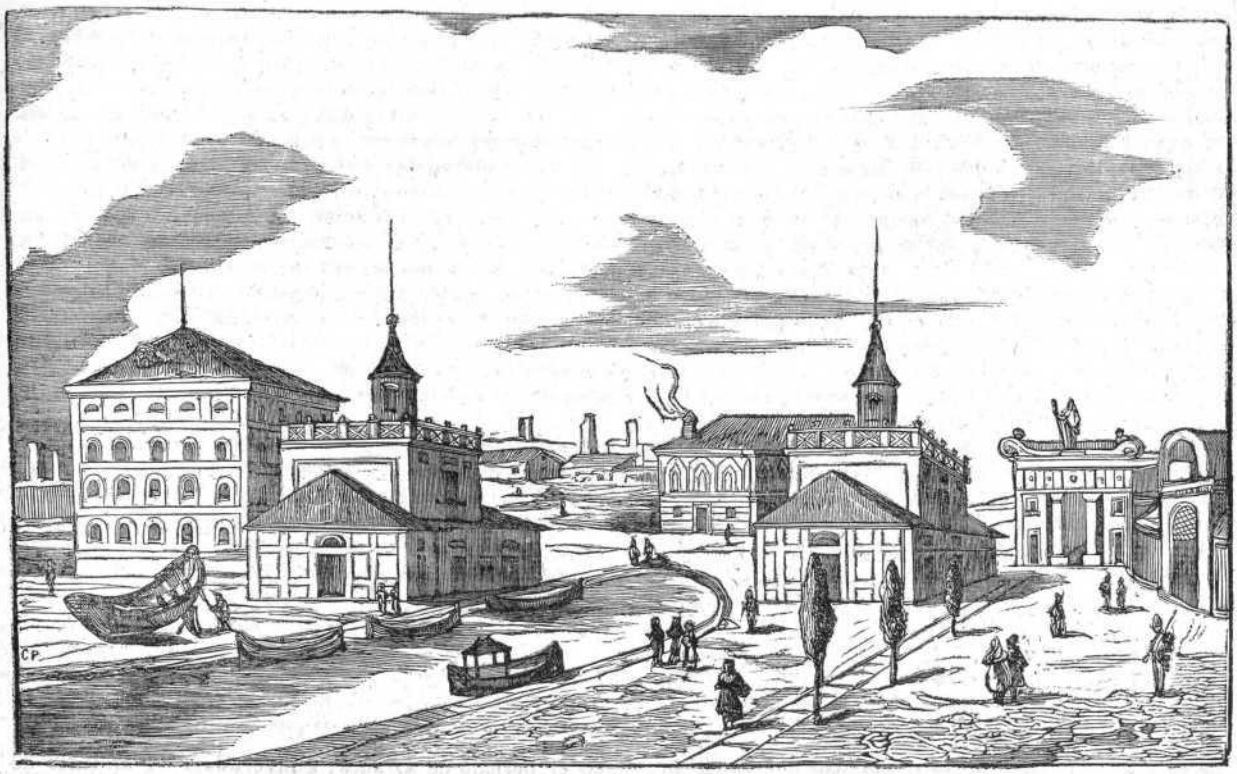
(Portada de El alguacil alguacilado en las obras de Quevedo).

Se suscribe al Semanario Pintoresco en Madrid en la librería de Jordan calle de Carretas, y en la de la Viuda de Paz frente á las Covachuelas. En las provincias en las administraciones de correos y principales librerías. Precio de suscriccion en Madrid. Por un mes *cuatro* reales. Por seis meses *veinte* reales. Por un año *treinta y seis* reales. En las Provincias *franco de porte*. Por tres meses *catorce* reales. Por seis meses *veinte y cuatro* reales. Por un año *cuarenta y ocho* reales.

Las cartas y reclamaciones se dirigirán francas de porte *á la Administracion del Semanario*, calle de la Villa, número 6, cuarto principal.

MADRID: IMPRENTA DE LA VIUDA E HIJOS DE D. TOMAS JORDAN.

CANALIZACION INTERIOR.



CANAL DE CASTILLA.

(Vista de la terminacion del ramal del Sur contiguo á Valladolid).

Hoy presentamos á nuestros lectores un ligero bosquejo de las obras construidas por la empresa del canal de Castilla en la terminacion del ramal del Sur á la proximidad de Valladolid. Esta antigua capital, que por varias causas se hallaba reducida á un estado completo de decaimiento, ha visto nacer en un corto periodo un elemento para su futura prosperidad y engrandecimiento. La llegada del canal del Sur á Valladolid ha variado ya esencialmente el aspecto de su provincia. Rica en granos, vinos y otros productos agrícolas, que anteriormente contribuian poco á su prosperidad por falta de estraccion, en el dia se esportan por el canal, dispertando el espíritu de especulacion y de empresa que indudablemente irá cada dia en aumento. Las obras importantes que se han hecho para llegar á este resultado, llaman la atencion de los hombres observadores que se interesan en el bien de su patria. Nosotros hemos creido que podria ser grato á nuestros lectores el darles alguna idea de tan importante empresa, y á este efecto les dedicamos la lámina que precede, acompañada de algunas noticias acerca del mismo canal.

La idea del canal de Castilla se remonta á mediados del siglo XVI. Entonces, cuando el maestro Esquivel medía por triángulos la superficie de la península, otros matemáticos é ingenieros reconocian y nivelaban el valle del Pisuerga y los campos de Valladolid; pero ni de aquellos triángulos ha quedado mas que una desconsoladora noticia, ni de estos reconocimientos y nivelaciones quedó tampoco sino su memoria consignada en algunos espedientes de la administracion. Las guerras de Felipe II, los desaciertos de Felipe III; la ligereza de Felipe IV y la nulidad de Cárlos II, no permitieron madurar este proyecto concebido por su ilustre abuelo Cárlos V.

En el reinado de Fernando VI se volvió á pensar en una obra de tamaña importancia. En el año de 1751 se dió órden al capitan de navío D. Antonio de Ulloa, y al ingeniero D. Cárlos Lemaur para que reconociesen de



nuevo y se asegurasen de la posibilidad del canal proyectado. En los años de 52 y 53 se acreditó por medios geométricos aquella posibilidad desde la villa de Golmir cerca de Reynosa hasta la del Espinar. En el mismo año de 53 se proyectó otro ramal nuevo, que tomando las aguas del Carrion, penetrase hasta Medina de Rioseco por tierra de Campos. Asi quedaron trazados aunque en grande los límites y el plan; y aquel mismo año de 1753 principió por este ramal último la egecucion de las obras, que continuaron hasta 1757 en la estension de 5 leguas.

Dos años despues en 1759 se comenzaron las obras del ramal del Norte, tomando su principio desde Alar del Rey; pero se trabajó con tal lentitud que á los 26 años solo se había conseguido la escavacion de 7 leguas. Despues se activaron estas operaciones, y en 1791 al cabo de 32 años de ellas quedó espedita la navegacion hasta Calahorra, en un espacio de 14 leguas. El costo de este ramal y el de las obras de escavacion egecutadas hasta entonces en el ramal de Campos, ascendieron á 55 millones de rs. vn.

Procedióse en seguida á dar principio al ramal del Sur, partiendo desde Serron donde se une al de Campos, y su término á muy corta distancia al Sur de Palencia. Tres leguas solas fueron la estension de este ramal: ocho años el tiempo empleado en hacerle; y cerca de 9 millones fué el costo que tuvo al erario.

Este era el estado en que se encontraba el canal de Castilla á fines del siglo último. 22 leguas se habian construido en los ramales de Campos, del Norte y del Sur, en el periodo de 47 años, é invertídose 64 millones de reales. Asi continuó por muchos años: caprichos y rivalidades, primero entre las personas de la alta administracion, los apuros de la tesoreria despues, la guerra de la independencia y los trastornos políticos posteriormente no podian menos de paralizarle. El Gobierno aun con la mejor voluntad no estaba en disposicion de hacer nada para su progreso. Abandonado á sus propios productos apenas bastaban estos para pagar á sus empleados. Sus directores mudaban de nombre: veian ensanchar ó estrechar sus facultades: trastornaban á veces la organizacion de sus oficinas; pero el canal permanecia siempre bajo el mismo pie, con sus 22 leguas, las de 1799, sin prolongarse por aquellas provincias que le aguardaban como al conductor de su prosperidad futura.

Llegóse asi hasta el año de 1828 en que pasando el rey D. Fernando VII por las provincias de Castilla de regreso de su viage á Cataluña y las provincias vascongadas, tocó por sí mismo la conveniencia de dar impulso á las obras del canal, que hasta entonces por su corta estension apenas producia ventaja alguna al pais, y sus productos cubrian con dificultad los gastos de entretenimiento y administracion.

Aleccionado el monarca por las vicisitudes que habian ocurrido en la construccion de las obras existentes del canal, y atendiendo al inmenso costo que habian tenido bajo la administracion del gobierno, resolvió encomendar su conclusion á una empresa particular. A éste efecto invitó al celebre banquero D. Alejandro Aguado,

que accidentalmente se hallaba en la corte, á que se hiciese cargo de esta empresa: este asociándose con otros capitalistas españoles, convinieron al fin las condiciones del contrato que se formalizó por medio de una real cédula de S. M. que lleva la fecha de 31 de marzo de 1831.

Esta empresa empezó sus trabajos con mucha actividad, prolongando el canal hasta Valladolid, y continuando las obras del ramal de Campos hasta la villa de Fuentes de D. Bermudo, venciendo obstáculos y dificultades que son consiguientes á esta clase de empresas en todos los paises, y muy particularmente en España, en que la emulacion y la ignorancia suelen estar en oposicion con todo lo que es útil y grandioso.

Próximo á llegar el canal en un breve término hasta la ciudad de Rioseco, en cuya direccion estaban muy adelantados los trabajos, sobrevino la muerte del rey Fernando VII á fines del año de 1833; con este acontecimiento se pusieron en combustion las provincias de Castilla, y por disposicion del capitan general se retiraron del campo todos los trabajadores por temor de que engrosasen las filas de los rebeldes, quedando desde entonces paralizados los trabajos por las espuestas causas, y la imposibilidad en que se ha encontrado el gobierno de cumplir las condiciones mas esenciales de su contrato con la empresa.

Los resultados que se han tocado con la llegada del canal á Valladolid demuestran cuanto ganaria el pais con la completa conclusion del proyecto. Aquel punto es hoy un centro de animacion y movimiento donde afluyen los labradores con sus granos, los comerciantes, las carreterías y especuladores diversos que se dedican á operaciones mercantiles desconocidas hasta aquí. Tambien se importan por el canal y se depositan en sus almacenes abundantes frutos coloniales que procedentes del puerto de Santander se reparten para el consumo de diferentes provincias del interior y de la misma capital del reino. De aquí procede que la terminacion del canal en Valladolid, que representa el grabado se ha convertido en una factoria, que ya produce grandes ventajas las que irán sin duda en aumento con el tiempo y los beneficios de la paz. La empresa del canal ha construido en aquella localidad edificios de buen gusto aplicados á diferentes objetos, que contribuyen á embellecer aquel sitio, y á prestar comodidad á los traficantes. Entre otros establecimientos llama muy particularmente la atencion una hermosa fábrica de harinas de diez pares de piedras movidas por el agua, con maquinaria perfeccionada que ha traido de Francia y que elabora las harinas á tal punto de perfeccion, que las permite competir por su buena calidad y finura con las mas esquisitas de los Estados Unidos: otra fábrica igual aunque de ocho pares de piedras ha construido en la caida de agua de la esclusa 30, y se han egecutado ademas bajo sus auspicios otras tres en las esclusas 38, 40, y en *Viña-Alta* á la proximidad de Palencia, á que se han asociado varios particulares acomodados del pais, dedicados á este ramo de industria tan adelantado hoy en Castilla á beneficio de estos esfuerzos, que no tenemos que envidiar nada en esta parte á los estrangeros. Los almacenes que rodean la concha ó puerto del canal en Valladolid, son espaciosos y bien dispuestos, y su ornato esterior simétrico y de buen gusto. Estos edificios se aumentan diariamente, y tenemos entendido que se va á construir un arsenal de carena para las barcas, que aumentadas considerablemente por el tráfico, requieren esta dependencia para sus reparaciones.

Otra de las ventajas que ha adquirido Valladolid con el canal, es el establecimiento de varios barcos para pasageros que navegan entre esta ciudad y la de Palencia, y entre éste punto y Alar del Rey recorriendo el canal en toda su estension. Estos barcos construidos con elegancia y solidez, y en que se hallan reunidas todas las comodidades que razonablemente se pueden desear, prestan una gran facilidad á los habitantes de los pueblos próximos al canal, que se trasladan de un punto á otro con rapidez, comodidad y economia.

Varias de las obras que ha construido la empresa merecian por su importancia una descripcion mas detenida, tales como el dificil paso de Dueñas, el de Sopeña y el Berrocal, pero nos abstenemos de hacerlo por no permitirlo los estrechos límites de un articulo, Son muy conocidas de las personas que han visitado con alguna atencion las provincias de Valladolid y Palencia, á cuyo testimonio nos referimos, cabiéndonos la complacencia de haber observado que las obras se han egecutado con inteligencia y solidez, como lo acredita el tiempo que ha transcurrido desde que se han puesto en uso, y el buen aspecto que conservan.

Doloroso es que una obra de esta importancia no se concluya en toda su estension, y seria muy de desear que se allanasen todos los obstáculos que á ello se opongan, orillando algunas diferencias que existen entre el gobierno y la actual empresa por medio de una transaccion prudente, y pueda verse por éste medio terminado tan gran proyecto, disfrutando de sus ventajas la nacion en general, y particularmente la provincias que debe atravesar.

Tenemos entendido que los propietarios de esta util empresa son en la actualidad los señores marques de Casa Irujo y el Sr. de Remisa. Al paso que debemos felicitar á estos Sres. por los resultados favorables que han obtenido ya sus esfuerzos; esperamos que no perdonarán medio ni sacrificio para conpletar su obra; en lo que harán un inmenso bien á su patria, acrecentarán al mismo tiempo su fortuna, y se harán dignos del eterno reconocimiento de sus conciudadanos.

* *

LITERATURA RABÍNICA ESPAÑOLA.

ARTICULO 1.°

Al tomar la pluma para formar un pequeño bosquejo de esa literatura, se presenta inmediatamente á nuestra imaginacion la multitud de prevenciones desfavorables y el desprecio, harto injusto á veces, con que son mirados en todos los pueblos católicos los discípulos de Moisés, los antiguos depositarios de la ley de Dios, de las profecías y de la religion revelada, y los que encenagados por fin en el error llevaron al suplicio al redentor del género humano. Tampoco ignoramos el estado de envilecimiento en que yacen generalmente diseminados, errantes, sin patria, sin nacionalidad, segun la prediccion del profeta Oseas, espuestos al capricho de los legisladores, al riguroso celo de las creencias religiosas, sujetos, en fin, á un perpetuo estado de emigracion, de incertidumbre y de pena. Nada de esto ignoramos, y menos aun los vicios de que ado-

ecen, y que son consecuencia natural en quienes habiendo perdido su patria y sus leyes como los hebreos, se ven precisados á mendigar la hospitalidad de pueblos estraños, regidos por una religion y unas leyes que no son las suyas; y tienen que buscar por consiguiente en la astucia, en la hipocresía y en el engaño los medios de hacer menos insoportable el despotismo que ejercen constantemente sobre los desvalidos, todos los que cuentan tener el derecho imprescriptible de oprimir á los demas hombres.

Pero todas estas consideraciones que tal vez bastaron á nuestros escritores antiguos para hablar siempre con desden de los judíos, y no hacer mérito de ellos como literatos, deben desaparecer de nuestra vista cuando al fijar la atencion en las numerosas obras científicas y literarias producidas por los rabinos españoles, veamos en estos, no un pueblo, pues que no lo componian, pero sí una raza antiquísima, industriosa, culta, ávida de riquezas y de saber, que no obstante el anatema lanzado por el cielo sobre todas sus generaciones en los ramos diversos del saber humano ha hecho servicios importantes á los demas hombres.

La tradicion vulgar, autorizada por antiguos historiadores, nos habia hecho creer que los judíos españoles, á ejemplo de los de otros paises, no fueron jamás otra cosa que meros comerciantes, asentistas y logreros; dedicados á manejar caudales del erario público, á servir empleos domésticos en los palacios de los reyes y de la alta nobleza, ó bien al agiotage en cualquier género de especulacion industrial. Pero era creencia vulgar, era falsa, y solamente nacida de la antipatía religiosa con que el pueblo los miraba. D. Nicolás Antonio en su biblioteca-hispana y D. José Rodriguez de Castro en la suya de autores rabinos españoles han demostrado la injusticia de esa tan absoluta asercion.

Los rabinos españoles, á semejanza de nuestros árabes, forman época señalada en la literatura desde el siglo XI; y esa literatura tal cual es nos pertenece, porque la mayor parte de sus autores habian nacido y aprendido en España, y porque otros varios que no recibieron el ser en nuestro suelo se valieron de la lengua castellana para espresar sus pensamientos. Por consiguiente no podemos menos de hacer honrosa conmemoracion de aquellos que con su ingenio y saber añadieron una hoja mas al lauro de nuestras antiguas glorias literarias.

Destruido en el siglo V por el emperador Tito Vespasiano el templo de Jerusalem, despues de la mas obstinada resistencia por la parte de los judíos; estos, prófugos y errantes, emigraron á diversos puntos de Europa y Asia, llevando consigo sus libros y tradiciones cuidadosamente conservados en todos tiempos y paises: esto es, no perdieron la cultura é ilustracion que llegaron á conseguir, no obstante las persecuciones y desgracias que incesantemente sufria aquella raza proscripta.

Refugióse en España no corto número de ellos pertenecientes á las tribus de David y de Judá, sin que por el momento se diesen á conocer como inteligentes en ciencias y letras; ni podia menos de ser así, puesto que aun no se habia comunicado al oriente el sacudimiento literario producido mas tarde por el ingenio árabe. Así es que en ciencias y amena literatura solo pudieron comenzar á sobresalir los rabinos españoles cuando nuestros árabes las cultivaron con buen éxito. Hasta entonces únicamente fueron conocidos por sus esposiciones y comentarios á los cánones del *Talmud*, que es el cuerpo de doctrina religiosa y moral de los judíos, y al mismo tiempo su código de derecho eclesiástico y civil.

Despues de la emigracion judáica, reunióse en Persia crecido número de sus sabios y doctores, los cuales establecieron academias en donde se resolvian cuantas dudas se suscitaban acerca de sus dogmas religiosos; y de allí se recibian por los demas judíos, así de España como de otros paises, las decisiones sobre los puntos mas árduos de la ley.

En esa literatura sagrado-hebráica sobresalian principalmente los judíos de España, celebrados desde muy á los principios de su estancia en ella, como *sapientísimos*, en términos de merecer la distincion de verse incluidos en el catálogo de sus primitivos y mas insignes doctores, con el sobrenombre de *Rabanim*, que quiere decir: *maestros universales*. No se limitáron solamente á esto las muestras de singular aprecio dispensadas por los judíos á los rabinos españoles, sino que tambien contaron sus edades como las de sus antiguos sabios llamados *Tanaim*, que significa *doctrineros*, *ó maestros*; los cuales hacian cabeza de su tribunal supremo y de su academia universal. Estos *Tanaim*, filósofos, teólogos, profetas, y maestros de los judíos, eran los depositarios de la ley escrita, interpretaban la sagrada escritura, y enseñaban de viva voz la declaracion de la ley y de sus preceptos. De las interpretaciones de aquella hechas por esos sabios, se formó un libro que los judíos llaman *Misná*; esto es, una recopilacion de expositores teológicos de la religion judáica.

Permanecieron los judíos españoles bajo la dependencia de las academias de Persia, en cuanto á las decisiones teológicas, hasta que aquellas hubieron de disolverse á causa de las persecuciones que les sucitaron los árabes orientales. Trasladados entonces á España varios de los sabios que las componian, entre ellos *Rabí Mosek*, uno de los mas afamados, en compañia de su hijo *R. Hanoc*, los judíos cordoveses elijieron á estos por sus principales maestros: de suerte que en aquel tiempo, mediados del siglo X, se reprodujeron en Córdova las academias de Persia, y á ellas acudian á estudiar los hijos de los demas judíos de la península. A estos fundadores de las academias hebreo-hispanas sucedieron varios de sus mas sobresalientes discípulos, celosos promovedores del estudio de la ley antigua. Y tanto llegó á progresar la ciencia de los maestros españoles, que apenas murió el último *Gaon*, ó maestro, juez universal de los judíos de Persia, comenzaron á contar en la forma que hemos dicho las edades de aquellos, dándoles el título de *Rabanim* ó maestros universales.

Permanecieron estas academias en Córdova, hasta que conquistados la mayor parte de los reinos de Andalucía en 1249 por el santo rey D. Fernando, se trasladaron á la ciudad de Toledo, en donde continuaron hasta la novena edad en que se verificó la expulsion de los judíos de los reinos de Castilla y Portugal, ordenada por los reyes católicos D. Fernando y Doña Isabel, poco despues de la conquista de Granada.

Hecha esta breve reseña histórica de la introduccion de los hebreos y de su literatura en España, réstanos dar á conocer en otro artículo los caractéres esenciales que en esta predominan.

REVILLA.

ANTONIO EL SICILIANO.

Anécdota histórica del año 1475.

Apenas el sol principiaba á dorar con sus lucientes rayos los gallardetes de las naves surtas en el puerto de Nápoli, y las aguas reflejaban los primeros albores del astro naciente, oiase por las calles y el vecino campamento el confuso sonido de las trompas y atabales, que convocaban á los soldados de la armada, mientras que por otra parte los cabos corrian presurosos con sus tercios á relevar las guardias y recorrer los puntos avanzados.

Por todas partes se veia llegar á las puertas de la ciudad aldeanos cargados de bastimentos, y los faluchos de los pescadores á la playa á depositar en ella sus respectivas mercancias: solo un pequeño esquife con su vela latina se adelantaba á todos los demas mortificando no poco con su velocidad el amor propio de los pescadores de la Romelia que se veian postergados.

Tripulábanlo unos cuantos jóvenes macilentos, cuyos andrajosos vestidos revelaban que hacia poco habian escapado del tiránico cautiverio de los turcos. Llegados á la orilla saltaron con velocidad en ella, postrándose é incando sus rodillas en la arena bendecian al ser supremo que benigno los restituia á la tierra de sus padres. Sobresalia entre aquellos infelices uno jóven de buena presencia y agradables formas, que parecia dominar á los demas. Si su acento y hablar siciliano revelaban su patria, su noble continente y magestuoso semblante parecian indicar tambien la grandeza interior de su alma, y le atraian el cariño de cuantos le miraban. Abrazó tiernamente á sus compañeros, y despidióse lacónicamente de ellos proponiendo el lugar donde se reunirian.

Preparábase á romper por entre la numerosa turba de espectadores y ociosos impertinentes que espiaban sus acciones y le acosaban con indiscretas preguntas, cuando paró de repente como herido de un conductor eléctrico á la voz de un oficial estropeado que le llamaba por su nombre: ¡Antonio! ¡Antonio! (decia el oficial) sí; él es... no hay que dudarlo.., y ya el cautivo se habia arrojado en sus brazos, y le estrechaba con el cariño de dos amigos que no se han visto por largos años.

No tardó el mísero cautivo en saber nuevas harto dolorosas de boca de su amigo: tus padres, le dijo este, han fallecido en Sicilia; y tus hermanos, que te lloran muerto, yacen sumidos en la indigencia: por mi parte me he visto siempre perseguido de la suerte: de nacion en nacion, de guerra en guerra, he pasado lo mas florido de la juventud entre los peligros de las armas corriendo en pos de unos fantásticos honores: al presente que una vejez prematura principia á enervar mis fuerzas, veme aqui reducido á empuñar otra vez las armas, y tomar partido con los venecianos contra las inmensas fuerzas de Mahomet á quien sus continuas victorias han granjeado justamente el renombre de grande. El general Mocenigo comandante de la armada veneciana se ve reducido con sus escasas fuerzas á permanecer aqui de observacion entre tanto que acuden los refuerzos que se le han ofrecido de toda la cristiandad.

Al oir esto el cautivo miró en todas direcciones; habló con su amigo en voz muy tenue é imperceptible, y en seguida guiado de él se dirigió á la tienda donde campaba el general.

II.

Voy, querido Rugier, á contarte los tristes sucesos de mi vida desde el punto de nuestra separacion, voy á desgarrar á tu vista la venda fatal que cubre las heridas de mi pecho carcomido de la ira, y de los funestos planes de venganza.

Al decir esto, los dos amigos, á quienes ya conoce el lector, se acomodaron sobre una elevada roca que dominaba el puerto y la ciudad de Nápoli: el fugitivo Antonio principió entonces su triste narracion.

Ya te acordarás Rugier del famoso sitio de Negroponto, en que el sultan Mahomet II con una escuadra de 300 velas y un ejército de mas de cien mil combatientes principió á combatir aquella ciudad: yo por mi parte ninguna necesidad tenia de quedarme alli espuesto á todos los horrores de un sitio; pero el amor que profesaba á la hermosa Ana hija del general Erizi, provisor y tercer comandante de la ciudad: me obligó á permanecer, y ponerme á las órdenes de su padre: alegróse de mi resolucion, y en prueba del cariño que me profesaba, me confió una compañia para custodiar uno de los puntos avanzados del castillo, donde el mandaba.

Nada te diré de las terribles privaciones. y de los continuos riesgos que durante aquel memorable asedio tuvimos que sufrir: su grandeza los ha hecho desgraciadamente célebres por toda la cristiandad. Llegó por fin aquel aciago dia en que los defensores de la ciudad, rendidos de fatigas y perdidos sus mejores jefes, tuvieron la inadvertencia de abandonar descuidadamente la puerta llamada Buruliana, por donde el enemigo logró sorprender y entrar en breve á la ciudad. Bien agenos nosotros de semejante suceso empuñamos las armas al oir el griterio y los confusos alaridos de la ciudad creyéndolo algun asalto del enemigo. Un soldado con la espada rota, y cubierto de heridas se avalanza á nosotros y nos avisa que la ciudad esta perdida, que los primeros comandantes Calvo y Bondulmiero han sucumbido ya á los golpes de la cimitarra; y como si solo hubiera sobrevivido para ser portador de tan infaustas nuevas, espira apenas concluida su triste relacion. Quiero avisar en el castillo, pero ya es tarde, y repentinamente nos vemos envueltos por un diluvio de moros que avanzaban contra él: en vano es toda defensa; á los primeros golpes sucumben nuestros mas valientes, y yo frenético al considerar el peligro en que se iba á encontrar la hermosa Ana, reitero mis inútiles esfuerzos por abrirme paso hácia el castillo: una lluvia de golpes me postra en el suelo sin sentido. Yo no sabre decirte mas de lo que alli pasó, y el tiempo que permanecí sumergido en aquel deliquio; al volver en mi resonó al punto en mis oidos el estampido del cañon, y los quejidos de los moribundos que espiraban en horrible agonía. Postrado y sin movimiento dirijo la vista en derredor de mí, y no descubro sino cadáveres y miembros mutilados; pero en medio de aquel trastorno ¡cuán grato no me fue el ver aun tremolar el estandarte de la fé sobre los muros del castillo! Los musulmanes se retiraron vergonzosamente rechazados por un puñado de valientes; el fuego cesó, y Mahomet empeñó su palabra de respetar los bienes y vidas de los moradores del castillo. ¡Infeliz comandante! Tú ignorabas que aquel bárbaro no tiene palabra, y que en los raptos de su cólera olvida aun los derechos mas sagrados de la humanidad.

Un estremecimiento involuntario agitó los miembros del mísero Antonio al pronunciar estas palabras.

Cubrióse el rostro con las manos, y permaneció un rato inmovil y silencioso, cual si quisiera desechar algun recuerdo horrible ó alejar un presentimiento funesto: vuelto en sí de su estupor continuó de esta manera.

«Unos tártaros que recorrian el campo me arrastraron hasta un foso donde me arrojaron entre otros muchos heridos: allí esperaba la muerte por instantes, y aun llegué á desearla, pero fue en vano, pues estaba destinado para mayores trabajos: mis heridas fueron curadas, no por humanidad como yo creí al principio, sino por la utilidad que pudiera proporcionarles mi rescate.

Deseoso de saber sobre la suerte de mi comandante y de su hija traté de informarme luego que tuve ocasion de ello. ¡Oh cuanto mejor hubiera sido permanecer en la mas horrible incertidumbre antes que cerciorarme de su trágica muerte! El bárbaro Mahomet faltando á su palabra hizo aserrar por medio del cuerpo al infeliz Erizzi, y su hija no consintió estrechar contra su seno al impuro asesino de su padre, ni admitir en su faz vírginal los labios aleves que pronunciaran su muerte. Frenético el Sultan en un acceso de cólera descargó sobre su cuello la feroz cimitarra!....

En vano intentó despues arrepentido de su barbarie volverla á la vida: la bella Ana cerró para siempre sus hermosos párpados. Luego que supe tan funestas nuevas, frenético y desesperado, rompí las vendas, rasgué mis heridas no bien cicatrizadas, y me arrojé por mil precipios hasta que faltándome las fuerzas que me comunicaba mi delirio febril caí casi exánime y sin sentido. Entonces mi imaginacion delirante me hizo ver mil fantasmas horribles, y mil proyectos de venganza: no tardó en ponerme delante la imágen de la bella Ana: me parecia verla mirándome lánguidamente, y mostrarme la herida todavia fresca, que abriera el alfange agareno. De repente sus lívidas facciones tomaron un aspecto siniestro: sus miradas errantes anunciaban la cólera, y mostrándome una tea que humeaba en sus manos, la blandió con aire amenazador, y desapareció entre las nubes.

Al volver de mi deliquio me hallé mal arropado entre los andrajos de mi camilla adonde me habian conducido desde el campo: mi rabia se habia calmado, la cólera y los proyectos de venganza se habian reconcentrado en lo interior del pecho, y á sangre fria y con una calma nueva para mí meditaba los medios de destruir al perseguidor de los cristianos, al hombre terrible que con una mirada hace temblar á otros cien mil hombres.

Pero los dias de Mahomet aun no estaban cumplidos, y antes de que yo pudiese lograr mi designio el Sultan victorioso habia regresado á su corte.

Cinco años, Rugier, he gemido forzado en dura esclavitud; ora bajo el látigo del arraez, bogando en las galeras del Sultan; ora bajo el baston del agá, trabajando en el arsenal de Galipoli las embarcaciones que habiamos de empujar con nuestros brazos: en ese mismo arsenal he fraguado las combinaciones del plan mas arrojado, y que quiza si se logra dará fin al tiránico dominio del bárbaro manchado con la sangre de mil víctimas. El general Mocenigo aprueba mi proyecto, y me ofrece todos los socorros necesarios; cuento con dos de los cautivos que escaparon conmigo: los infelices han visto desaparecer en breves momentos los fantásticos proyectos de felicidad que habian concebido durante su cautiverio, y cansados de vivir corren en pos de mí á una muerte casi segura é inevitable. Pero tu prudencia, querido Rugier, y la ayuda de tu valeroso brazo que me ofreciste esta mañana, no me dejan titubear sobre el éxito feliz de nuestra arriesgada empresa.

III.

Son las diez de la noche, y la ciudad de Galipoli permanece en un profundo silencio: sus habitantes sumergidos en apacible sueño olvidan las fatigas del dia precedente, y los pesares que agovian su existencia: apenas se interrumpe el silencio por el ladrido de los perros, y el desapacible chillido de la lechuza que vela en el alto minaret de la mezquita mayor. La misma quietud reina en el puerto y en el vecino arsenal: el marinero descansa tranquilo en la quilla de su barca interin que el centinela que vigila entre las almenas del castillo combina sus observaciones al oir los silvidos del vendaval entre los árboles del vecino bosque, y los roncos mugidos de las olas precursores de gran calamidad. Solo una barquilla misteriosa surca las aguas, y se acerca á la playa del arsenal silenciosa y cautamente, á tiempo que el fanal del puerto rodeado de una densa neblina alumbra apenas los objetos mas vecinos: toca la orilla, y saltan en tierra los cuatro que la tripulan.

»Tú, Rugier (dice uno de ellos cuyo acento revelaba al cautivo Aantonio) ven conmigo, y vosotros esperadnos aqui un momento.» Y diciendo esto desaparecen entre la maleza. No se hicieron esperar mucho los dos aventureros: »todo ha salido á pedir de boca, dijo Antonio reuniéndose á los otros compañeros, y yo era de parecer, puesto que la fortuna nos sonrrie, ver si podemos hacernos mar adentro, pues la mecha me parece que dará lugar para ello.= que me place, dijo Rugier... pero antes procuremos desembarazarnos de estos enemigos... en aquel punto vieron acercarse una ronda de génizaros que recorrian la playa.

«A ellos» gritó Antonio: y no bien lo habia dicho, cuando de repente se estremeció la tierra, el mar retrocedió de su playa, y una esplosion terrible superior á la detonacion de 100 cañonazos dejó á todos absortos de terror. En aquel mismo instante se hallaron todos iluminados por un resplandor meridiano producido por las llamas que el arsenal vomitaba por todas partes. «¡A ellos»..,. repitió Antonio, y aquellos infelices musulmanes petrificados de terror sucumbieron á los reiterados golpes de sus agresores, sin tener casi valor para defenderse.

Pero la empresa de hacerse á la mar era ya no solo arriesgada sino imposible, pues los puentes de las embarcaciones estaban ya coronados de marineros y soldados, y se veia por todas partes al través del humo y de las llamas los botes cargados de gente armada que se dirigian hácia tierra, y reflejar las picas y los corvos alfanges de los soldados que cruzaban en todas direcciones.

Por un efecto de la supersticiosa creencia del fatalismo los turcos hubieran creido hacer un insulto á la divinidad con solo haber intentado apagar el incendio; asi que permanecian inmóviles con los brazos cruzados observando los presurosos adelantos de las llamas devastadoras, contentándose con esclamar de cuando en cuando: Alá, Alá, ó cúmplase la voluntad de Dios.» Entretanto otros mas diligentes intentaban buscar por todas partes al autor del incendio, y para ello combinaban todas sus observaciones y sospechas.

Apostaría, dijo un turco de mala traza que escuchaba su conversacion, á que daba yo con el perro que tiene la culpa del incendio, y á fé que no es ninguno de los que decís.»

Todos los espectadores fijaron su vista en el nuevo interlocutor, el cual aprovechándose de aquel silencio producido por la sorpresa, continuó diciendo. Esta mañana ví llegar un barco con cuatro aldeanos griegos, pero se les conocia que no eran tales, pues su acento les hacia traicion: no me salve Alá, si al punto no me sospeché de ellos, y mas que la fisonomía del uno no me era del todo desconocida: posteriormente los he visto vendiendo frutas.... ¡Qué dices, Mustafá! gritó uno de los oyentes: vendiendo frutas; quizá sean suyas esas que fluctuan en la

superficie del agua, y que parece que se han caido de esa barca, á la cual han alcanzado las llamas.... «Pero no veis, dijo otro, aquellos que parece tratan de esconderse en el bosque, y van recatándose de ser vistos?

¡Pues van vestidos de griegos!

Ellos son, ellos son, dijo Mustafá; y al punto una multitud de sarracenos vibrando sus cimitarras se arrojó hácia los valientes cristianos que trataron de refugiarse en el bosque.

(*Se concluirá.*)

VIAGES.

LA HOZ DE BARCENA.

En la pintoresca montaña de Santander, á diez leguas de distancia de esta ciudad, se encuentran diseminadas por un estrecho valle las reliquias de varios pueblos que existieron, y que apenas conservan en el dia mas que el nombre y algunos edificios mutilados é inseguros. Tales son los lugares de Media Concha, Pié de Concha, Bárcena y Pujayo. El terreno cubierto de piedras, que travadas en otro tiempo servían de robustos muros y sólidas cercas, obstruyen hoy el paso al viagero, que fatigado tiene que sentarse sobre ellas para penetrar en las yermas poblaciones de donde fueron arrancadas. El humilde *Besaya*, cuyas cristalinas aguas corrieran tranquilas otras veces por entre menuda arena se divide en arroyuelos, que amoldándose á las sinuosidades de las rocas, ora se ocultan, ora aparecen de nuevo, y ora se derraman con blando susurro en los baches y rodadas. Al ver á este riachuelo lamer cariñosamente las piedras que no puede arrastrar, torcer su curso, y acomodarse por decirlo así á la ley del mas fuerte, se presenta instantáneamente á los sentidos la imágen de un pobre andrajoso, que se humilla ante el poder, y rastréa por las calles, esquivando el encuentro de los ricos, tal vez mas duros que las rocas. Cuadro de desolacion, cuadro tristísimo es por cierto el que ofrecen estas ruinas descarnadas y este riachuelo que susurra entre ruinas. Los moradores del valle no pueden recordar sin lágrimas la fecha de la catástrofe, que les arrancó sus hogares y sus familias; y el 17 de agosto es y será un aniversario constante de luto en aquel parage para la presente generacion. La noche de ese dia (en el año de 1834) cuando los pacíficos aldeanos se entregaban al sueño, se sintió repentinamente un estruendo subterráneo que conmovia las montañas vecinas. Los mas tímidos sobrecogidos de terror saltaron del lecho para asomarse á las ventanas; pero las densas sombras les impedian distinguir los objetos y reconocer la causa de su terror. El viento silvaba sordamente á lo lejos; la atmósfera estaba cargada de humedad, y el terremoto se aumentaba progresivamente estendiéndose por la cordillera de cerros que circundan el valle, con un ronco bramido que parecia anunciar la destruccion del mundo, el choque y disolucion de los elementos todos. Oyese en esto un eco atronador, semejante al trueno de las tempestades; pero mayor en intensidad que el producido por la detonacion de una mina de pólvora; la tierra se estremece, entreabre sus profundos senos, y derrama torrentes de agua que se precipitan al llano arrastrando en su impetuoso curso cuanto encuentran al paso. Entonces á la llama de las antorchas que el miedo del peligro hizo encender, se vieron las casas enteras navegar largo trecho por entre las aguas agitadas, otras menos sólidas carcomidas por sus cimientos caer á impulsos del huracan sirviendo de sepulcro á sus moradores; y otras, en fin, inclinarse, zozobrar y rendir como despojos una parte de sus muros á los soberbios elementos. Los copudos castaños y los frondosos nogales flotaban sobre las ondas chocando contra los edificios; las enormes rocas de granito que coronan la cima de los montes rodaban con estruendo hasta el valle; y el ruido de la caida, el estrépido de los torrentes, el hervor de las aguas en su salida de las simas, y el zumbido de los vientos formaban una horrible asonancia con los ayes de los moribundos, los gritos de desesperacion, las religiosas plegarias de los sobrevivientes, el crugido y rechinamiento de los edificios que se desplomaban. Vióse en esta noche fatal la familia de un traginante vogar con ahinco sobre toneles vacios, procurando buscar un abrigo á la inclemencia de las olas. El padre llevaba consigo sus cuatro hijos mayores, la madre conducía tres pequeños, y desatinados en medio de la oscuridad, sin guia, sin direccion ni medio alguno para rejir sus frágiles varquichuelos; ya se encontraban y alargaban los brazos, ya interponiéndose las aguas los alejaban gran trecho, y ya sumergiéndose en parte y volviendo á aparecer, se comunicaban con sepulcrales gritos la progresiva desaparicion de los objetos de su cariño. *La niña se ahoga*, decia la madre con la calma de la desesperacion. = *Arrójala*, le contestaba el marido, apretando contra su corazon á los hijos que aun respiraban. — *El pequeño no puede agarrase.* = *Hundele en el agua para que muera pronto....* Tal era la conversacion de estos dos seres infelices: un momento despues quedaron en el mas profundo silencio, y solo el hijo mayor, mas ágil ó mas afortunado que los otros, pudo escapar milagrosamente de la terrible innundacion, y derramar despues flores y lágrimas sobre la tumba de sus padres. Nada diremos de infinitas escenas análogas á esta, que tuvieron lugar en aquellos angustiosos momentos, y que nos han sido referidas por testigos presenciales, ni nos detendremos á bosquejar el patético cuadro que ofreceria en medio de la desolacion general la religiosa actitud de un sacerdote párroco de Media Concha, que asido de una roca ayudaba á bien morir á sus feligreses, con voz tan entera y tan cristiano fervor como sino tuviese á sus pies un golfo embravecido y próximo á devorarle.

Al inmediato dia todo desapareció menos los cadáveres y los restos de los edificios. El *Besaya* perdidas las aguas con que le enrriqueció la avenida, tornó á su humilde estado; y las piedras arrancadas por la corriente quedaron empotradas en los sitios donde hoy se encuentran. Cuadro de desolacion, cuadro tristísimo es por cierto, el que ofrecen estas ruinas descarnadas y este riachuelo que susurra entre ruinas.

Partiendo de este valle en la direccion de Reinosa, se encuentra una garganta sombría, formada por dos montañas altísimas que describen la figura de una hoz. Parece dificil hallar un sitio en que la naturaleza se ostente mas grandiosa, mas inculta y salvage á la vez; á la par que el hombre rivalizando con ella, hace alarde de vencer con la fuerza y el ingenio los insuperables obstáculos que le presenta á cada paso. Corona la cima de uno de estos cerros el camino antiguo de Reinosa, cuya inclinacion es tan escesiva, que no pueden transitar por él con alguna comodidad otra clase de carruages que las chirriantes y miserables carretas del pais; por cuya razon se ha empezado á practicar uno nuevo y mucho menos pendiente, y que corta la montaña casi por su mitad. Ora se coloque el observador en la antigua, ora

en la nueva carretera, si tiende la vista en derredor suyo, no puede menos de esperimentar á la vez un cúmulo de sensaciones variadas, de aquellas que no penetran en los gabinetes ni los salones, y que solo se respiran con el aroma de los campos. Mírase descollar al frente una altísima montaña, cuyos inciertos contornos van á perderse en la oscuridad de los recodos y plieges de una sombría cordillera. El pico mas elevado de este cerro sobrepuja á las nubes en altura, y cuando las cenicientas ráfagas que encapotan el rocío pasan reposadamente por debajo de la cresta, sueña el poeta que divisa la cabeza de un gigante que fuma tranquilo, y arroja al aire bocanadas de humo. El águila altiva no se desdeña de anidar sobre la cumbre de esta montaña; y el oso trepa por sus ásperas quiebras, haciendo rodar alguna vez enormes moles de granito que se precipitan con estruendo hasta los pies del coloso. En medio de la fragosa pendiente crece el madroño, estiende sus ramos el sombrío nogal, y el castaño agitado por el viento sacude á un lado y otro sus punzantes herizos. Grandes rebaños de cabras circulan por las estrechas sendas que forman los avellanos y las zarzas, y algun chotillo atrevido se encarama por las rocas y alarga la inerme cabeza para despuntar los tallos de una planta silvestre. Oyese en confuso el rumor de algunas cascadas, y el blando murmullo de las aguas que deslizándose por la yedra, bajan á pagar su tributo al *Besaya*; y este rio sepultado en el hondo de la garganta, corre por entre guijos y peñascos orgullosos, en medio de su pobreza, por encerrar en su seno algunas truchas y anguilas. En el descenso del monte se descubre una reducida pradera, donde tiene su asiento la solitaria ermita de S. Pedro: pobre edificio, otros tiempos frecuentado de todos los fieles de la comarca, y hoy sin mas compañía que la de cuatro vetustos álamos, cuyas raices se han petrificado entre los cimientos de sus muros.

Este sitio tan novelesco por su posicion, lo es aun mucho mas por los cuentos tradicionales que se le refierén: quien dice que fué elegido por un hombre cargado de crímenes, en el periodo de su arrepentimiento; quien sostiene que era la residencia de un Santo ermitaño que hizo grandes obras de caridad, y fué sepultado por los ángeles bajo el altar de la Capilla, y quien en fin asegura, que sirvió de reclusion á una mujer, á quien sus padres tiranizaron la voluntad, y no pudo tomar el velo en la órden de su vocacion.

Si se aparta la vista de esos sitios para fijarla en el nuevo camino que se está construyendo, se agolpan los objetos á los sentidos y las sensaciones al corazon. Mas de cien vizcainos, de aquellos que con las armas en la mano sostuvieron por espacio de siete años una guerra fratricida convertidos hoy en pacíficos obreros en virtud de un célebre convenio, hacen estremecer el aire con el estruendo de sus picos y barras, entonando los alegres zorzicos de su pais. Estos hombres endurecidos con las privaciones, infatigables para el trabajo, y serenos en los peligros; constituyen una pequeña república en medio de aquellas desiertas soledades: aquí se distingue una *chavola* (1) donde se guardan los aperos: allí otra mas espaciosa donde se distribuyen los ranchos, y allá en la parte mas baja y sombría del reducido imperio se descubre un grupo numeroso de estas rústicas viviendas, sembradas sobre el borde de un precipicio. Las unas sirven de posada nocturna á los fatigados obreros, y en las otras se cuece el pan, se aguzan las herramientas, se construyen cestos de mimbre, y se cura á los heridos. Tal es la escabrosidad del terreno, y tales los peligros que ofrece la pendiente de la montaña, que ha sido preciso edificar un hospital para socorrer á los infelices que se despeñan, ó reciben peligrosas contusiones en la socavacion y desprendimiento de las rocas.

(1) Choza.



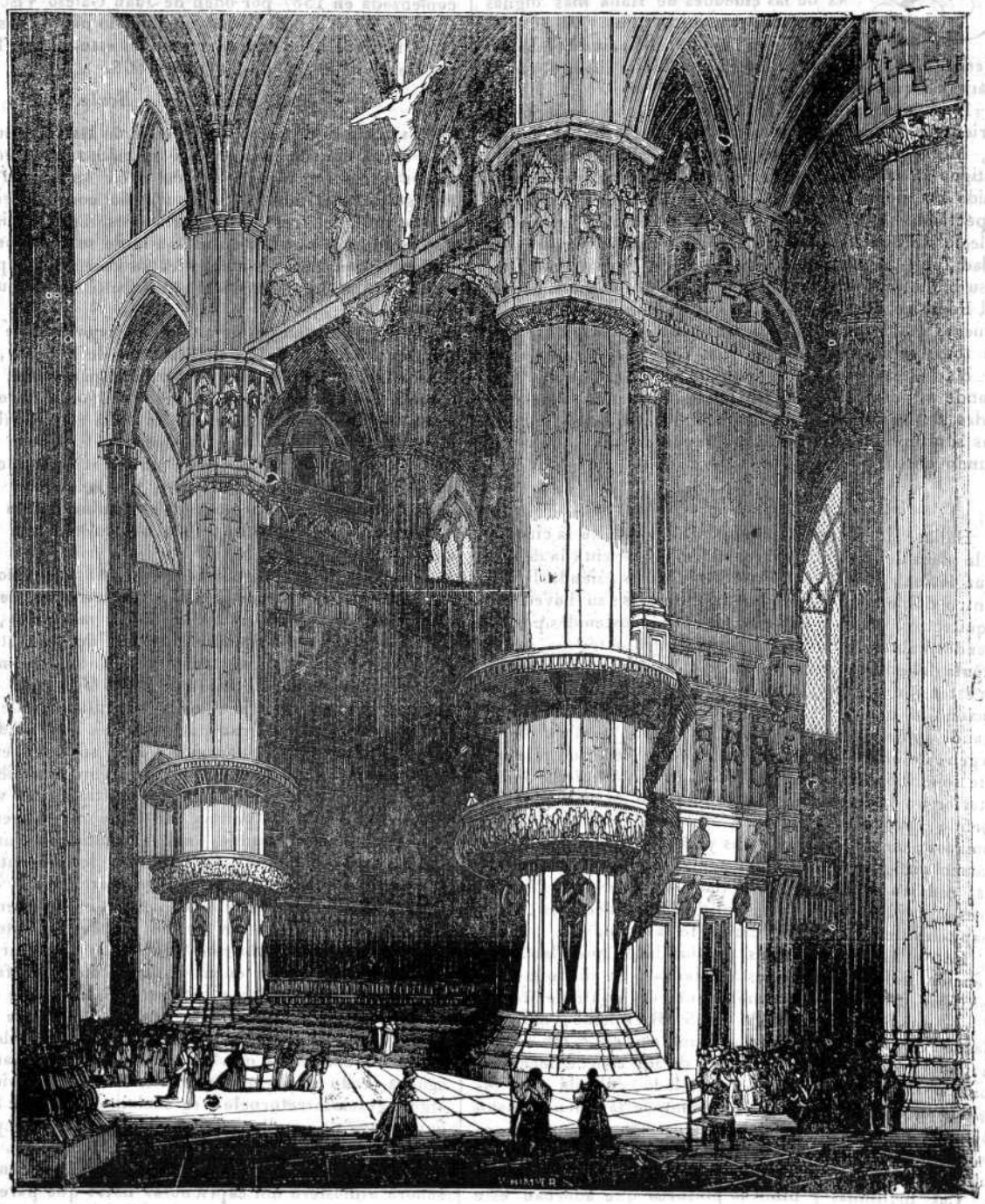
Admirable y muy admirable es esta obra gigantesca del hombre. Abrir una ancha senda en el declive de un cerro, donde solo se encuentran enormes moles de granito; donde la mano no puede asir, ni la planta afirmarse, sin riesgo de que el temerario pasagero ruede y se precipite en un insondable abismo. Y sin embargo estas masas colosales que han respetado los siglos, caen á impulsos del barreno, y sirven de pavimento llano para el tímido transeunte....

Yo quisiera en este momento poseer la pluma del novelista de Escocia, para trasmitir á mis lectores una por una las particularidades de este paisage pintoresco, de este grandioso cuadro. Cuando le ví por primera vez, no pude menos de creerme transportado á una nueva region: sentí una melancolía indefinible acompañada de una especie de inspiracion poética que me hizo apostrofar así, dirigiendome á los que arrastran una vida monotona y sedentaria en los estrados de la corte: «Venid á colocaros sobre esta piedra que ha resistido á la segur del tiempo y á la violencia de las intemperies; ved esa opaca montaña vecina de los astros, esos cabritillos que juguetean entre las nubes, esa ermita caduca apoyada en cuatro álamos tan viejos como ella, momia de piedra estraida al parecer de los arenales del Egipto; escuchad el rumor de las aguas que se precipitan al rio, el murmullo del rio que se sepulta en las simas, y el estruendo de las piedras que se desploman sobre sus ondas: mirad esas cabañas que simbolizan las primitivas moradas del hombre, y esos hombres de las edades primitivas entregados á la ignorancia y al trabajo: oid sus alegres, cantares, sus gritos estrepitosos, el ruido de sus picos, y el eco de sus estrañas voces. — Volved los ojos en fin hácia aquel gigantesco ponton que ha de atar uno á otro dos cerros muy distantes, hácia esos barrenos de polvóra que estallan con estruendo horrísono, y lanzan contra el Cielo enormes trozos de montaña entre nubarrones de humo; hácia esas culebras que silvan entre los peñascos y se revuelven contra el hombre que destruye sus guaridas; hácia ese Cielo nebuloso y opaco que presta una incierta luz á esa garganta pavorosa, y decidme despues si vuestro corazon permanece en el sueño estúpido de los salones; ó si palpita estremecido, y dilatándose en el pecho, pugna por salir y lanzarse todo en brazos de la naturaleza.

C. Diaz.

MADRID: IMPRENTA DE LA VIUDA E HIJOS DE D. TOMAS JORDAN.

VIAJES. — ITALIA.



MILAN.

(Vista interior de su catedral.)

MILAN.

Una de las ciudades de Italia mas dignas de notarse por los artistas y viageros es la de Milan, capital del reino Lombardo Veneto, situada en una fresca y deliciosa llanura en la márgen izquierda del Olona.

No es nuestro objeto hablar hoy de su vistosa puerta Oriental, de sus numerosos palacios de Marino, Visconti, Mezzi y Castelli, de su magnífico anfiteatro de estilo antiguo mandado construir por el príncipe Eugenio, circuido de piedra de sillería, y capaz de contener 30.000 espectadores; pasaré tambien en silencio el magnífico colegio de Breda en donde se halla establecida la universidad fundada por la emperatriz Maria Teresa en 1766, y su biblioteca ambrosiana, fundada en 1609 por el cardenal Federico Borromeo, que contiene mas de 14.000 volúmenes y mas de 15.000 manuscritos, apartaré los ojos de todas estas preciosidades para poder esponer algunas de las bellezas de su grandiosa catedral, la basílica mas grande y hermosa de toda Italia, despues de la de San Pedro de Roma, y de su magnífico teatro de la Scala el mas sumtuoso tambien de aquella península, y quizás del mundo entero.

Catedral de Milan.

Hállase situado este templo en el centro de la ciudad, en la plaza del mismo nombre: su forma presenta la de una cruz latina, y está dividida en tres naves, siendo la del centro doble mas grande que las laterales: su bóveda de arquitectura gótica y sus cruzados estan sostenidos por 52 grandes columnas de marmol, de figura octógona, y la cúpula del edificio por otras cuatro de mayor corpulencia. La estension del templo es de unos 117 metros, y su elevacion de unos 66; pero si á esta se agrega la de su grande aguja de estilo morisco, y el de la estátua de la virgen, de cobre dorado, resulta que la elevacion total de este soberbio edificio es de 108 metros. Admírase en el interior un hermoso baptisterio formado de una urna de pórfido, procedente sin duda de algunos antiguos baños romanos; circúyenlo preciosas y brillantes columnas de mármol antiguo, que heridas por los rayos de las lámparas, reflejan su resplandor en todos sus contornos: los altares y capillas son de marmol de diversos colores, y los chapiteles de bronce perfectamente labrado.

Entre las innumerables preciosidades que llaman la atencion del viagero en esta catedral, se distinguen la bellísima estátua de mármol blanco del pontífice Martin V, la no menos admirable de S. Bartolomé, obra de Marco Agrati, quien supo darle una espresion tan viva y verdadera que arranca lágrimas de los espectadores, al contemplar al santo en pie y desollado, colgada á las espaldas su ensangrentada piel. Admírase tambien el mausoleo de mármol negro del cardenal Caracciolo, y el sepulcro de S. Cárlos Borromeo en una hermosa capilla subterránea.

Las bellísimas y bíblicas pinturas que adornan este templo, ejecutadas por los mejores pintores de Italia, la multitud de cristales y claravoyas en que se representan varios pasages históricos, y los lucientes mármoles negros que por do quier se ven, le comunican cierta magestad y sombra que escita en el alma respetuosos afectos y religiosas efusiones hácia la divinidad.

En la fachada se admiran numerosas columnas de sumo gusto y variedad, coronadas de bellas estatuas, y cuanto tienen de mas maravilloso la escultura y arquitectura: los estucos de mármol en que remata todo el edificio parecen separados como otros tantos puntos, y presentan el golpe de vista mas imponente. Esta catedral que ocupa el lugar de un famoso templo de Minerva, fue comenzada en 1387 por órden de Juan Galeso Visconti, y acabada por órden de Napoleon, siendo una de sus glorias la de haberse hecho coronar en ella este grande hombre rey de Italia en 26 de mayo de 1805.

Gran teatro de la Scala.

La Scala es el teatro mas grande de Italia, y supuesto que en el dia solo nos quedan las ruinas por recuerdos de los circos romanos, se puede decir que es el teatro mas grande del mundo. Solo su patio contiene cómodamente mas de tres mil espectadores. La magnificencia de sus adornos no cede en nada á la de sus proporciones, pudiendo considerarse á este teatro como el templo mas hermoso que ha consagrado el diletantismo al culto del arte lírico.

Para gozar completamente de la sorprendente impresion que causa la vista del interior de la Scala, es necesario entrar en él principiado ya el espectáculo, cuando adorna el foro alguna magnífica y dilatada decoracion, y cuando los numerosos coros entonan alguna vibradora melodia de Bellini ó de Mercadante. Entonces los dos sentidos que mas parte tienen en el sentimiento de la admiracion, la vista y el oido, quedan de tal manera embargados, que apoderándose del ánimo cierta especie de aturdimiento febril no queda accion ninguna libre al analisis.

Las gigantescas proporciones de esta sala sonora, sus bóvedas animadas con frescos, sus seis filas de palcos ricamente adornados, el brillo de los mármoles, de las pinturas y de oro bruñido, la gracia de las festoneadas colgaduras que adornan todos los palcos y en medio de las cuales esparcen su luz numerosas bujías, la decoracion de la escena tan mágica y tan dilatada que parece haberse abierto una gran puerta á una espléndida campiña; aquellos cánticos enérgicos que se unen en masas de armonia conmoviendo el aire con sus vibradoras percusiones; la orquesta con sus multiplicadas voces de laton y de cobre, la pompa, en fin y magnificencia del aparato escénico, aquellas anchas y flotantes plumas que sombrean las delgadas y finas tocas y los elegantes sombreros de las damas, los hermosos terciopelos, aquellos purísimos armiños, aquella copiosa lluvia de lentejuelas que adornan los bordados, y las resplandecientes armas de los caballeros, todo este lujo, todo aquel armonioso estruendo se apodera en masa de los oidos, y fascina la vista de los espectadores, sin permitirles fijarse en pormenor alguno. Concluido aquel coro formidable, donde se unen sin la menor confusion cien voces vibradoras, desde los contraltos mas graves hasta los sopranos mas agudos, todo queda en silencio.... Despide un violin solo algun gracioso retornelo, se adelanta la *prima donna* y entona una de aquellas maravillosas cantinelas cuyo secreto encantador posee tan solo la escuela italiana. Su voz, acogida por el mas profundo silencio, lanza en aquella sonora atmósfera mil caprichosas notas que parecen descender del cielo y pasar por las vibradoras cuerdas de las liras que el pintor de la cúpula colocó en manos de las Musas y de otras divinidades alegóricas.

La Scala ofrece seis órdenes de palcos, cada órden

se compone de cuarenta: total doscientos cuarenta. La puerta de estos palcos dá á un largo pasillo que los separa de una especie de antepalco que sirve de vestuario. Caben cómodamente ocho ó diez personas en la mayor parte de estos palcos, ó mas bien gabinetes, porque tal nombre les merecen sus muchos adornos. Todos están colgados con telas de seda de damasco, lustrina, raso y aun terciopelo. La barandilla que los circuye es de la misma tela: la puerta y los lienzos del fondo están cubiertos con espejos, hay varias bujías colocadas en mesitas de mármol, el techo está adornado tambien de tela ó pintado elegantemente al fresco, y el suelo está cubierto con una alfombra. Agréguese á todo esto los demas accesorios consabidos de las franjas y borlas de las colgaduras, las sortijillas doradas, los cuadros de los espejos, los candeleros, almohadones, etc. etc. y podremos formarnos una idea de lo poco que estos palcos se parecen á los de nuestros teatros. Para entrar en ellos se tiene que pasar por un cuartito, que sirve como si dijéramos de antesala, y en donde están los criados para introducir las visitas y para lo demas que se ofrezca.

Los palcos de la Scala son propiedades particulares que solo redituan á la empresa de teatros una corta suma por cada persona que los ocupa, á la manera que en algunos de nuestros teatros secundarios, y esto esplica tambien la elegancia de estas encantadoras localidades que adornan como los gabinetes de sus palacios. Allí van cinco veces por semanas todas las nobles y hermosas milanesas á presentarse á la vista de sus admiradores, y á recibir las visitas sucesivas de sus conocimientos. La funcion comienza á las siete; pero hasta las nueve no ofrece el teatro un aspecto animado y elegante. El proscenio está rodeado de innumerables filas de sillones con respaldo, separados unos de otros para mayor comodidad de los espectadores y tambien del que entra á mitad de funcion que puede buscar sin incomodarles su número.

Cuando llegan las señoras á los palcos, descorre un criado vestido con su librea las cortinas de seda, y sacude el polvo de los muebles y los coloca en órden, lo cual efectuado, aparecen las damas y los caballeros, dándose principio á las visitas que duran hasta el fin de la funcion.

La primera fila de palcos ocupa el lugar de nuestras galerías, y se eleva del suelo como la primera fila de dichas gradas, por consiguiente está sometida á la inquisicion de los espectadores que ocupan el proscenio, y es preciso que sea muy hermosa, ó que haya abdicado toda clases de pretensiones la señora que ocupe algunos de estos palcos, puesto que desde allí tiene que oir las observaciones que su figura ó su trage escitan en el público.

La segunda fila es la mas aristocrática, y por consiguiente la mas cara. En la tercera y cuarta no pueden ser distinguidas las señoras desde las lunetas sino con el auxilio de los lentes y antojos. La quinta no está como las primeras dividida en palcos sino que se forma de salones cada uno de los cuales ocupa el espacio de tres ó cuatro palcos, espaciosos y elegantes salones perfectamente iluminados, lo que contribuye sobremanera á hermosear el aspecto del teatro. Estos palcos se hallan ocupados por reuniones de jóvenes que forman allí su especie de tertulia donde juegan, hablan con libertad, leen los periódicos y aun cenan algunas veces. Para ellos el espectáculo es una cosa secundaria, y si se asoman al teatro es únicamente por oir cantar á la *Prima donna*, ó al tenor en voga, la *Cavatina* ó el duo principal. En estos asientos se ven pocas señoras, pues únicamente asisten á ellos cuando no les ha sido posible encontrar otra localidad.

La sesta fila no corresponde á lo demas del teatro, por las personas que asisten á ella. No quiere decir esto, y fácil es de concebir, que en un teatro tan notable como la Scala, ocupe este lugar el pueblo bajo, sino los espectadores que no llevan guantes, los diletanti proletarios. Justo será decir que esta *tertulia* italiana, de mejor gusto que la de nuestros teatros, es acaso la mas atenta á la representacion, porque no la distrae ninguna idea de elegancia, pudiendo entregarse libremente á su gusto apasionado por la música.

Esta sesta fila es la única en que varía el precio de entrada. Introducida cualquiera persona en el vestíbulo puede ir adonde mejor le parezca, ya sea al patio ó á los palcos. Para salir no se dá contraseña alguna, pues componiéndose el público de la Scala de un inmenso número de abonados los dependientes del teatro apenas vigilan sobre este particular, y no obstante casi se puede asegurar que el intruso que quisiere especular con la falta de vigilancia, difícilmente conseguiria introducirse fraudulentamente, á no ser que los acomodadores cerráran los ojos, lo que se hace siempre al fin del espectáculo.

En los dias de *gala*, funciones á que asiste la córte, ó solemnidades líricas, se coloca encima de cada columna que separa los palcos una araña dorada con bujías. La vista que ofrece este teatro en semejantes ocasiones es verdaderamente mágica. En las funciones ordinarias se ven iluminados muchos palcos interiormente; el del emperador lo está siempre aunque no esté ocupado, cuyo derecho de ocupacion solamente tiene la córte de Viena.

Pero demos brevemente una idea del arte lírico actual en Italia.

La mayor parte de las óperas son en dos actos, cada uno de los cuales se divide en varios cuadros. Concluido el primer acto, se ejecuta un intermedio de baile, que dura por lo menos hora y media, y que deja á los cantores tiempo suficiente para descansar y pasar al segundo. Se ha de advertir que los artistas italianos salen al teatro cinco ó seis veces por semana, por consiguiente necesitan este descanso en el curso de las representaciones. En la estacion de invierno, se ejecuta, concluida la ópera, otro baile de género cómico, que prolonga la funcion hasta media noche por lo menos. Los trages de los artistas, especialmente en los bailes, son de mucho lujo, por no decir muy bellos, supuesto que el brillo de las lentejuelas, de los encajes de oro y plata, pedrerías y talcos, seduce menos que cautiva el gusto de las masas de Italia. Ningun actor que representase algun papel importante, se atreveria á presentarse en la escena sin toda clase de bordados y plumas, las mas veces poco adecuadas á la severidad de la tradicion histórica. Todas las *prima donna*, particularmente, parece que han bañado sus trages de terciopelo en el rio Pactolo, rio que llevaba en sus corrientes laminas de oro, y la última confidenta de ópera deslumbra como el cielo de una noche de Italia. En el teatro de Milán se presentaria Hernan Cortés vestido de oro, cuando aun no habia ido á conquistar Méjico y el Perú, y en Nápoles se presentaban los pescadores de la *Mutte de Portici*, representada con el título de *Fusella*, con galon de oro en sus gorros frigios.

A causa de una tradicion que perjudica notablemente á la verosimilitud no menos que á la visualidad, todos los coristas, comparsas y demas personal subalterno salen vestidos uniformemente. Así es que un grupo de caballeros parecen una compañía de soldados. Las mujeres, llevan tambien un mismo vestido con cola, ó sin ella, no distinguiéndose en mas que en su figura.

Pero en cambio no se perdona gasto alguno para que

todo el aparato escénico sea del mayor lujo. Se ha visto en una misma estacion poner en escena tres ó cuatro bailes, exornados con un lujo igual al que se despliega una ó dos veces por año, en el teatro de la ópera de París, y en cuyo elogio se oyen resonar por mucho tiempo las aclamaciones de los periódicos. Los rasos, terciopelos, encajes de oro, perlas y lentejuelas, las armaduras y las plumas caen á discrecion sobre aquel numeroso personal, bailando, saltando y accionando; y si el público reconoce en una obra nueva algo que haya servido para otra anterior, silva, el baile hace *fiasco*, como dicen ellos, y todos los trages y todo el aparato escénico desaparece con la obra. En el último invierno fueron silvados cuatro bailes sucesivos que no volvieron á representarse segunda vez. Otras tantas óperas esperimentaron la misma suerte, lo que nos prueba que los milaneses no se duermen para sostener la superioridad de su teatro lírico.

Es un error que en los grandes teatros de Italia se ejecute una misma ópera, por espacio de muchos meses, en solo tres meses se han cantado *siete* óperas y cuatro de ellas nuevas para el público. Por aquí se inferirá lo que trabajan los artistas de Italia. Por la noche tienen que ejecutar la ópera anunciada, por la mañana tienen que ensayar la que le ha de suceder, y que estudiar todas las novedades escritas espresamente para los teatros en que se hallan. Es necesario tener un pecho de bronce y un valor de hierro para resistir tanto; débese agregar á todo esto que las voces de cabeza y las mistas de cabeza y de pecho son inadmisibles en los teatros italianos, por consiguiente todo se tiene que cantar con voz de pecho.

No concluiremos este artículo sin trazar algunas líneas acerca de la formacion de las compañías líricas en Italia. El año lírico se divide por lo regular en tres estaciones, la primavera, el otoño y el carnaval. Cada una de estas estaciones se compone de tres meses, y lo demas del año lo absorven los intervalos de las estaciones, y algunas representaciones suplementales. En cada estacion se cambia de compañía, y muy raras veces permanece un artista seis meses en una misma poblacion: si ha gustado se le vuelve á ajustar, pero de un año á otro lo mas pronto. La estacion mas importante de Milán con respecto á los cantatrices es la de invierno, pues por lo regular se reunen en esta época los primeros artistas de Italia. Entonces es tambien doble la compañía, es decir, que dos óperas se ejecutan con diversos cantores. Hay dos primeros tenores, dos ó tres bajos, y cinco ó seis cantores mas. Terminada esta estacion se marchan los principales artistas á alguna ciudad donde mas en voga esté la estacion de la primavera. Y en otoño se esparcen y unen á otros artistas en voga y representan por los teatros donde esta estacion es la mas importante. En el intervalo de una ó dos semanas que media entre una y otra estacion llegan los nuevos artistas, ensayan la ópera con que debe abrirse el teatro y así sucesivamente. Fácil es de inferir lo activo y laborioso de la vida de los artistas italianos, Solo tienen el término de ocho ó diez dias para aprender y ensayar una ópera, y como se escriben muchas particiones espresamente para cada teatro, no basta que se hayan formado un repertorio de los grandes maestros, sino que necesitan plegarse, por decirlo así, á estudios siempre renacientes, y tanto menos fecundos en resultados, cuanto que sucede muy raras veces que una ópera escrita por un maestro de segundo órden, se represente en otro teatro distinto de aquel para que ha sido compuesta. En la actualidad no hay en Italia mas que cuatro maestros que tengan el derecho de hospitalidad general en todos los teatros donde se canta el italiano. Estos son, Rossini, Bellini, Donizetti y Mercadante. Retirado Rossini hace mucho tiempo á su villa de Bolonia el mundo lírico no ha sabido en que emplea el tiempo, aunque hay suficientes motivos para sospechar y temer que no llama la música su atencion. Apenas el ilustre perezoso ha tomado la pluma hace algunos meses para escribir una aria que el tenor Ivanoff ha agregado á una ópera que ejecutó para su primera salida, Rossini ha dado la escena francesa á Mr Meyerbeer, y la de Italia á Mr. Donizetti, que rival suyo de hoy en mas, ha ocupado por sí solo casi todos los ecos de esta tierra esencialmente música. Este maestro fecundo ha heredado el cetro que abdicó el *Cisne de Pesaro*. La popularidad de Donizetti es hoy inmensa en toda Italia, y justo es que digamos que se la merece dignamente. Donizetti ha sabido aun mejor que Bellini espiritualizar todas las pasiones, elevando las almas hasta las regiones misteriosas del arte. Bellini solo tenia una cuerda en su lira: Bellini era el Lamartine de la música. Donizetti las tiene todas.

ANTONIO SICILIANO.

Anécdota histórica del año 1475.

(*Conclusion. Véase el número anterior.*)

IV.

Ya han cesado las músicas y los bailes en el palacio de Mahomet; ya no se oye á lo lejos el canto de las esclavas que festejan al sultan, ni sale de las ventanas la brillante luz de mil antorchas que iluminan los salones, donde los hermosos pebeteros forman una atmósfera artificial con los aromas que se queman en ellos. El sultan descansa sumergido en delicioso sueño á favor de las copas de Eschiras que ha bebido á pesar de su ley y su profeta. Mil ensueños aéreos y fantásticos revolotean en su imaginacion, y le facilitan proyectos ambiciosos, ora lúbricos amores, ó bien inmensos tesoros cuales necesita para sus vastas conquistas. De repente múdase la escena, y á las gratas ilusiones suceden las mas tétricas imágenes: la hija de Erizzi se presenta á los ojos del sultan, no ya con las gracias que la adornáran en otro tiempo, sino con semblante adusto y amenazador: en vano intenta huir de su vista y volverse de otro lado; la sangre se hiela en sus venas, un nudo fatal comprime sus fauces, y le impide la respiracion; un sudor frio baña su cuerpo, y el corazon late fuertemente para desechar la sangre que le oprime. De repente el palacio se estremece, las magníficas colgaduras caen al suelo ó se agitan contra las paredes, y hasta su mismo lecho parece que le arroja de sí. A la convulsion se sigue instantáneamente un horroroso estruendo, que segunda vez conmueve el edificio.

La vision desaparece como una llama fosfórica; tiembla Mahomet involuntariamente; incorpórase en su lecho,

y limpiándose los párpados duda si está dispierto ó le acosa alguna horrible pesadilla. Arrójase presuroso á su habitacion; abre las ventanas, y á favor de un resplandor rojizo que ilumina los edificios y las calles vé correr presurosos habitantes y soldados con la consternacion pintada en sus semblantes. Oye los alaridos que crecen por instantes en la ciudad y en la marina, y mil pensamientos á cual mas negros y suspicaces se agolpan en su imaginacion, sin fijarse en ninguno. ¿Si le será traidor el visir? ¿si acaso la armada de los nazarenos habrá hecho algun desembarco de rebato? ¿ó se amotinará la soldadesca indisciplinada y tumultuosa pidiendo sus pagas? Perplejo entre tan contrarios pareceres vístese presuroso, busca sus armas, y llama á sus esclavos. Pálidos y temerosos acuden estos; nada saben; nada contestan á sus reiteradas preguntas, y sus respuestas dudosas é inexactas no sirven sino de aumentar la confusion. En esto un confuso griterío llena las calles de la ciudad y los patios de palacio, y se dirige á la mansion del sultan: el agá de los genízaros se presenta á él.

¿Qué ocurre? grita Mahomet.

Señor, unos perros nazarenos han incendiado el arsenal; pero han sido descubiertos.

¿Qué has hecho de ellos?

Señor, no he permitido que los matasen como merecian, y los traigo á vuestra presencia.

¡Qué entren al punto! gritó el sultan con voz ronca y bramando de cólera, al paso que en su imaginacion ideaba los suplicios mas horribles.

Antonio se presentó el primero entre larga fila de soldados: venia sereno é impávido, y casi sonrió al entrar en el salon ideando un segundo, golpe: sus compañeros permanecian igualmente animosos.

¿Qué motivo has tenido, perro infiel, (gritó Mahomet sofocado de cólera y dirigiéndose al siciliano) para cometer tal atentado?

¿Y qué motivo tuviste tú (replicó Antonio) para asesinar bárbaramente al comandante de Negroponto y á su hija?

Estas palabras desgarran el pecho del sultan; acuérdase de su ensueño fatal; sus dientes rechinan de cólera, y sus miembros se agitan con un movimiento convulsivo.

Hubo un momento en que se creyó que Mahomet luchaba consigo mismo, y que trataba de imitar la magnanimidad de Porsena. Pero no tardó mucho el desengaño. «Pues que tanto te interesas por aquel perro (dijo volviéndose á Antonio) morirás como él.

Si, infame, voy á morir como él, y mi sombra unida á la suya te perseguirá incesantemente noche y dia.

Cual el judío de la Luisiana que conducido al pie de la hoguera lanza una mirada vilipendiosa sobre los guerreros de la tribu enemiga, y entona impávido su himno de muerte, de la misma manera el cautivo Antonio continuaba sus denuestos contra el tirano sin intimidarse al ver la sierra fatal que iba á desmenuzar sus miembros.

¡Ay de tí, infame! le dijo, si yo hubiera estado suelto! y un puñal que cayó al suelo al quitarle la ropa reveló cuales habian sido sus pensamientos ulteriores.

Entonces volviéndose á sus compañeros y señalando el horrible instrumento, les dijo: «Hé aqui el remedio á nuestros males.»

V.

Cuatro dias despues se levantaba en la catedral de Napoli un soberbio catafalco: allí con letras de oro se veian inscriptos los nombres de Antonio y de sus tres compañeros; las campanas de la ciudad clamoreaban lúgubremente; los marineros abatiendo flámulas y gallardetes empavesaban sus naves con negros crespones, y los oficiales de la armada y del ejército vestidos de luto concurrian á las exequias.

Una salva general de la armada y de las baterías del puerto anunció el principio, y otra igual el fin de la augusta ceremonia.

¿Y de que le sirve todo este aparato al pobre Antonio? dijo un derrengado general que paseaba al lado del comandante Mocenigo ínterin que se hacian los disparos.

«Por mi parte, dijo él, no me he contentado con «esto: he señalado al hermano de Antonio una pension «por cuenta de la república, y ademas yo me encargo «de dotar á sus hermanas: ya veis que mi reconocimien«to es positivo.»

Por lo que toca al heróico Antonio, la historia poco agradecida á su generoso sacrificio se descuidó en trasmitirnos su apellido; pero en cambio le honró con el renombre de su patria, apellidándole *Antonio el Siciliano*.

V. F.

NERON, REY DE LAS ISLAS DE MASACRA.

(Conclusion).

El capitan Morell invitó á Neron á que bajase con él á lo interior del buque, pero no quiso acceder hasta que tres de los suyos hubiesen acometido tan árdua empresa; dióles para ello la órden, á la que obedecieron aunque con repugnancia. Bajaron en efecto, y al terror sucedió la admiracion y sorpresa, al ver la multitud de armas que por todas partes brillaban. Luego que Neron oyó los gritos de alegría de sus súbditos no pudo resistir al deseo de bajar á participar de sus emociones. Presentáronlos un espejo, y quedaron atónitos al ver en él copiados sus semblantes y repetidos sus gestos y ademanes: mirábanse los unos á los otros, se abrazaban, prorrumpian en esclamaciones de un gozo inesplicable, y reian á carcajadas.

Pocos momentos despues se vió el buque rodeado de una multitud de barcas llenas de indígenas de aquellas islas tan negros como los anteriores y deseosos de examinar los prodigios que los que se hallaban á bordo los referian. Bajaron á la cocina, pero no hubo fuerza humana capaz de hacerlos probar el pan ni ningun otro manjar de los que se los presentaron. El gefe Neron vió los cañones, y quiso saber cual era su uso; pero Morell no creyó político ni conveniente satisfacer su curiosidad; tomó sin embargo un poco de pólvora y la quemó á presencia de sus huéspedes, los que quedaron tan aterrados que cayeron boca abajo; pero viendo que ningun mal les habia sobrevenido se levantaron al momento y dieron á entender que aquello producia el efecto del rayo y del relámpago. Luego que su curiosidad se vió satisfecha y empezó á calmar el ardor de su entusiasmo, se distribuyeron á Neron y sus principales compañeros algunos regalos que aceptaron con agradecimiento.

No quiso Neron quedarse atrás en demostraciones de

amistad y obsequio. Mandó ir á la isla una multitud de canoas que á poco volvieron cargadas de cocos y otros productos de aquella comarca: en seguida aquel gefe rogó al capitan le acompañase á recorrer sus tierras, y Morell saltó en compañía de Neron á la canoa de este, haciendo que les siguiese la chalupa bien armada y tripulada. El gefe negro condujo á los europeos á su choza que se distinguia de las demas en ser mas estensa y elevada. Tomaron allí alguna refaccion consistente en frutas y pescados de varias especies, y en seguida se sentaron sobre esteras formando un círculo en el que figuraban los gefes principales y algunas mujeres hermosas en su color y casi desnudas: todas las miradas de estas se dirigian al capitan Morell, á quien sin duda consideraban por gefe de alguna poderosa tribu de una isla remota. Morell presentó á la reina un par de tigeras, una nabajita y un collar de vidrio de colores, lo que S. M. aceptó con entusiasmo, principalmente las tigeras; estos efectos escitaron la admiracion general de un grupo de seres que jamás habian visto un pedazo de hierro, y cuyos mejores útiles eran de conchas ó de piedras debidas á la casualidad.

Pero lo que mas escitaba la general atencion fue la persona del capitan. Nadie se atrevia á llegar á él escepto Neron, y aun este lo hizo con una especie de temor supersticioso. Luego que se hubo convencido de que era de carne y huesos como ellos, y que no era facil hacer desaparecer el color blanco de que creian bañada su tez que suponian negra, arengó largamente á sus súbditos por la sorpresa que tan raro fenómeno les causaba. Los concurrentes le escuchaban inmóviles y con la boca abierta; rogaron á Morell que se desabrochase la casaca y la camisa para ver si el cuerpo era lo mismo que la cara, y el resultado fue ir en aumento su admiracion. Fueron aproximándose y enterándose uno por uno, y cuando ya se hubieron satisfecho, las mujeres se fueron quitando sus collares de conchitas, y los hombres los adornos de plumas y coral de sus cabezas, y los fueron ofreciendo respetuosamente al capitan. Mas de cuatrocientos negros rodeaban á los americanos, y simultáneamente empezaron á coro una cancion que á juzgar por sus grotescos ademanes era dirigida á tributar las gracias á Morell y los suyos.

Habiendo estos dado á entender que deseaban recorrer la isla marcharon precedidos de seis indios que los servian de batidores, y durante la correría, asi Neron como sus isleños se esforzaban por distraer á sus huéspedes, saltando y haciendo cabriolas. El terreno era montuoso, y todas las plantas parece respiraban lozanía y juventud. Notábanse algunos arbustos cubiertos con profusion de hermosas flores, las que Neron manifestó eran cultivadas de intento para su adorno personal.

Distinguíanse hácia el medio de la isla algunos montículos cubiertos de trozos de coral apilados sobre ellos y separados unos de otros por estrechos senderos: aquel lugar era el cementerio: cada montículo indicada una tumba, y nadie era osado de acercarse á él: allí solo se inhumaban los gefes y guerreros de distincion: los cadáveres de los demas habitantes eran arrojados al mar.

La estatura de aquellos indios es de 6 pies: son bien proporcionados, fuertes, nervudos, vigorosos y no poco gruesos, y sus brazos y piernas bien formadas; su cabeza estremadamente graciosa; su tez delicada; sus cabellos algo encrespados aunque bastante suaves. Los ojos los tienen grandes, la nariz proporcionada y elegante, los labios encarnados y un poco gruesos, y se abren suficientemente para dejar ver dos filas de dientes blanquísimos y tersos como el marfil. Pero el conjunto de su fisonomía es agreste, y dá á conocer aquella ferocidad propia de los pueblos que aun desconocen los beneficios de la cibilizacion. La mayor parte asi hombres como mujeres van enteramente desnudos, aunque algunas de estas usan una especie de saya hecha con la segunda corteza del cocotero que las llega desde la cintura hasta la rodilla. Sus adornos consisten en conchas, huesos y dientes de pescados que cuelgan de la nariz, de las orejas, de los brazos, de la cintura y de las piernas. Los gefes se distinguen por turbantes de pluma que ondulan con gracia á impulsos del viento.

Las armas de aquellos isleños se reducen á arcos, flechas, mazas, y hachas hechas de palmera y de palo de rosa cinceladas y trabajadas con delicadeza y su punta es estremadamente dura y aguzada: las hachas y mazas tienen esculpidas en sus mangos horrorosas figuras de guerreros dispuestos al combate.

VIENA.

Por tercera vez volvemos los ojos hácia la populosa ciudad de Viena, capital del imperio y archiducado de Austria, morada en un tiempo de las legiones romanas, dominada posteriormente por los godos, por los hunnos y por los húngaros, y constituida posteriormente residencia de la casa de Austria en el reinado de Maximiliano.

En dos artículos insertos en la primera série de nuestro periódico enteramos á nuestros lectores acerca de su posicion topográfica, poblacion, clima, plazas, arsenales, alimentos y costumbres de los vienenses; réstanos pues que hablar de sus magníficos edificios, canales, establecimientos de instruccion pública y de otras particularidades dignas de llamar la atencion de los inteligentes y curiosos.

Entre los mas bellos edificios de Viena sobresale el palacio imperial, llamado el Burg que ha dado nombre á la plaza en que tiene su entrada (Burg Platz), y que se halla situada hácia la parte occidental de la ciudad. Este palacio es un edificio antiguo, sumamente grande y muy desproporcionado, aunque casi todas sus partes son de un estilo bellísimo. Contiénense en él magníficas colecciones de mineralogía, preciosos gabinetes de historia natural, de objetos de artes, curiosidades y medallas. El tesoro imperial de este palacio es digno de admiracion tanto por la antigüedad de los objetos que encierra, como por su valor intrínseco. Consisten los objetos de antigüedades en una preciosa coleccion de bronces, estátuas y joyas de diversas materias, de quinientos vasos etruscos, cuatrocientas lámparas antiguas y treinta y dos mil medallas de oro y plata: se hallan tambien entre otras cosas, algunas obras de platería del célebre Ben-veneto, que aun en el dia pueden presentarse como modelos dignos de imitacion. Admírase tambien la corona de hierro y el manto real que llevaba Bonaparte cuando fue coronado rey de Italia y los ornamentos imperiales de Carlo Magno los cuales son mirados con religiosa veneracion,

que á pesar de su estilo grotesco, no se desdeñan aun en el dia los emperadores de cubrirse con esta investidura, en la época de su consagracion: no debemos olvidarnos de unir á estas riquezas el bello museo Bresiliense, que se ha abierto hace pocos años al público.

El emperador habita la parte del palacio llamada Schweitzeshoff. Hallase rodeado este palacio de edificios sumamente notables: admirase á uno de sus lados la antigua chancillería del imperio adornada con cuatro grupos de colosales dimensiones, y al otro la biblioteca imperial, edificio muy estenso construido por el arquitecto Fischer de Exlach, en la cual se contienen trescientos mil volúmenes, seis mil ejemplares de los primeros ensayos de la imprenta, y doce mil manuscritos, siendo dignos de notarse entre estos los geroglíficos mejicanos, un manuscrito de Dioscorides con dibujos de plantas en vitela y pintadas en el siglo quinto: el original del senado consulto que regularizó las fiestas bacanales, en el año 167 de Roma; el manuscrito del Tasso, de su *Jerusalem restaurada*, y varios papiros egipcios. Algo mas distante y en el mismo lado está situado el picadero ó escuela de equitacion, modelo de arquitectura, uno de los mas grandes y bellos de Europa, obra maestra de Fischer de Erlach. Contiguo á el está el teatro de Burg. En el jardin público llamado Volksgarten hay un templo en que se admira la bellísima estatua de Teseo, una de las obras maestras de Canova.

Para formarse una idea de la suntuosidad de los edificios de Viena deberiamos pasar revista del palacio del archiduque Cárlos, de la casa moneda, de la chancillería aúlica y del estado de los edificios del consejo aúlico y de guerra; de las chancillerías aúlicas de Bohemia, de Austria, de Ungria y de Transilvania, del palacio del arzobispo, del de la universidad, de los teatros, del palacio de la asamblea de los estados, edificado al estilo gótico, del observatorio y de muchos otros cuya descripcion nos ocuparia demasiado tiempo.

Muy pocas ciudades de Europa cuentan mayor número de iglesias que Viena, á escepcion de las de Italia. La catedral de S. Esteban la mas elevada de todas está en el centro de la ciudad, es de hermosa arquitectura gótica, tiene de largo 396 pies, y de ancho 255, y la adorna un obelisco que llega á la elevacion de 505. En la torre, cuya altura pasa de cuatrocientos pies, hay una campana que pesa 36,000 libras, formada de cañones tomados á los turcos cuando levantaron el sitio de Viena. La iglesia encierra mas de treinta y ocho altares de mármol y las tumbas del emperador Federico IV, del principe Eugenio de Savoya y de otras varias notabilidades. La iglesia de S. Pedro edificada por el estilo de la magnífica basílica de este nombre en Roma tiene una cúpula cubierta de cobre. La de los Agustinos, no muy distante del palacio imperial, es digna de observarse, sobre todo por el hermoso mausoleo de la archiduquesa María Cristina, construido por Canova, y el de Leopoldo II, por Zoner. La de S. Ruperto trae su origen del año 740. En la de los Capuchinos inmediata al Neue Markt está el mausoleo de la familia real, y contiene setenta y cuatro féretros. Es digno de notarse la costumbre que existe en Viena con respeto á la sepultura de los miembros de la familia imperial: sus cuerpos se entierran en la iglesia de los Capuchinos; pero sus entrañas se llevan á la iglesia de S. Esteban, y sus corazones á la de los Agustinos. Cerca del arrabal de Wieuden se eleva la iglesia mas proporcionada de Viena, la de S. Cárlos Borromeo que fue construida en cumplimiento de un voto hecho por el emperador Cárlos IV, para que cesase la peste de 1713. Finalmente Viena tiene una iglesia Luterana, dos griegas, una griega unida y dos sinagogas.

Las escuelas especiales de instruccion pública son muchas. En el instituto politécnico se enseña cuanto tiene relacion con las artes, la industria y el comercio. La academia de medicina y de cirujía es digna de notarse tanto por su organizacion como por la belleza de su edificio.

La universidad que cuenta setenta y nueve profesores, fue fundada en el siglo XIII, y dirijida mucho tiempo por los jesuitas, hasta que á mediados del siglo XVIII pasó bajo la direccion del célebre Von Swieten, quien hizo considerables mejoras en el departamento de medicina, cuya academia, en el dia, es la mejor de Alemania. Tiene la universidad un precioso jardin botánico, un observatorio, un anfiteatro de anatomía, un gabinete de historia natural y una biblioteca de 100.000 volúmenes: el numero de estudiantes que concurren á ella puede calcularse en unos 2000: hay cátedras de química de física y ciencias naturales. La escuela de orientalistas esta destinada para formar interpretés que faciliten las relaciones del Austria con la Puerta otomana. En la biblioteca Teresiana se hallan 30 000 volúmenes; ademas de esta hay cinco bibliotecas públicas, tres establecimientos gimnásticos, un establecimiento especial donde se enseñan las bellas artes, otro donde se enseña su aplicacion á los productos de la industria; una academia donde se forman diestros ingenieros; un conservatorio imperial, de donde salen músicos distinguidos ascendiendo el número de discípulos de este establecimiento á mas de doscientos: hállase ademas enriquecido con archivos musicales muy importantes: con una biblioteca compuesta de obras teóricas é históricas relativas á la música, y una coleccion de instrumentos antiguos y modernos, de todos los pueblos del mundo. Una escuela normal forma escelentes profesores, y un seminario, eclesiásticos instruidos. La universidad protestante cuentan con muy pocos discípulos, porque los protestantes ricos prefieren educar á sus hijos en sus propias casas. Finalmente cuéntase en la ciudad cinco grandes colegios y sesenta escuelas elementales. Una de estas se halla destinada para los hijos de los labradores, y en ella aprenden gratuitamente á leer, escribir, la aritmética y dibujo. Las otras estan destinadas para los hijos de los artesanos á las que concurren los domingos, de nueve á once. Las jóvenes pertenecientes á las familias del estado medio reciben su educacion en los conventos, pues para las de los artesanos y oficiales existe una institucion particular.

Viena cuenta muchas instituciones de benificencia, entre las que citaremos una escuela de sordo-mudos y la casa imperial de huérfanos. En uno de los arrabales de la ciudad hay fundada una casa de correccion para todos los mendigos de la provincia, y otra de detencion para todos los vagabundos: en una palabra, en Viena se ejerce la beficencia con tal regularidad, que son muy pocas las capitales en donde se hallen menos pobres.

Viena es la primera ciudad del imperio en órden á las manufacturas, que ocupan mas de sesenta mil individuos. Su fábrica de porcelana es de las mas celebres de Europa: solamente la del gobierno emplea ciento cincuenta pintores, y mil y quinientos operarios. Tiene muchas fábricas de acero, de hilos de oro y plata, galones, de laton muy estimado, de ropas de seda, cintas, guantes, encajes papel é instrumentos de física y de música. La imprenta y el grabado de láminas y mapas son tambien ramos muy importantes.

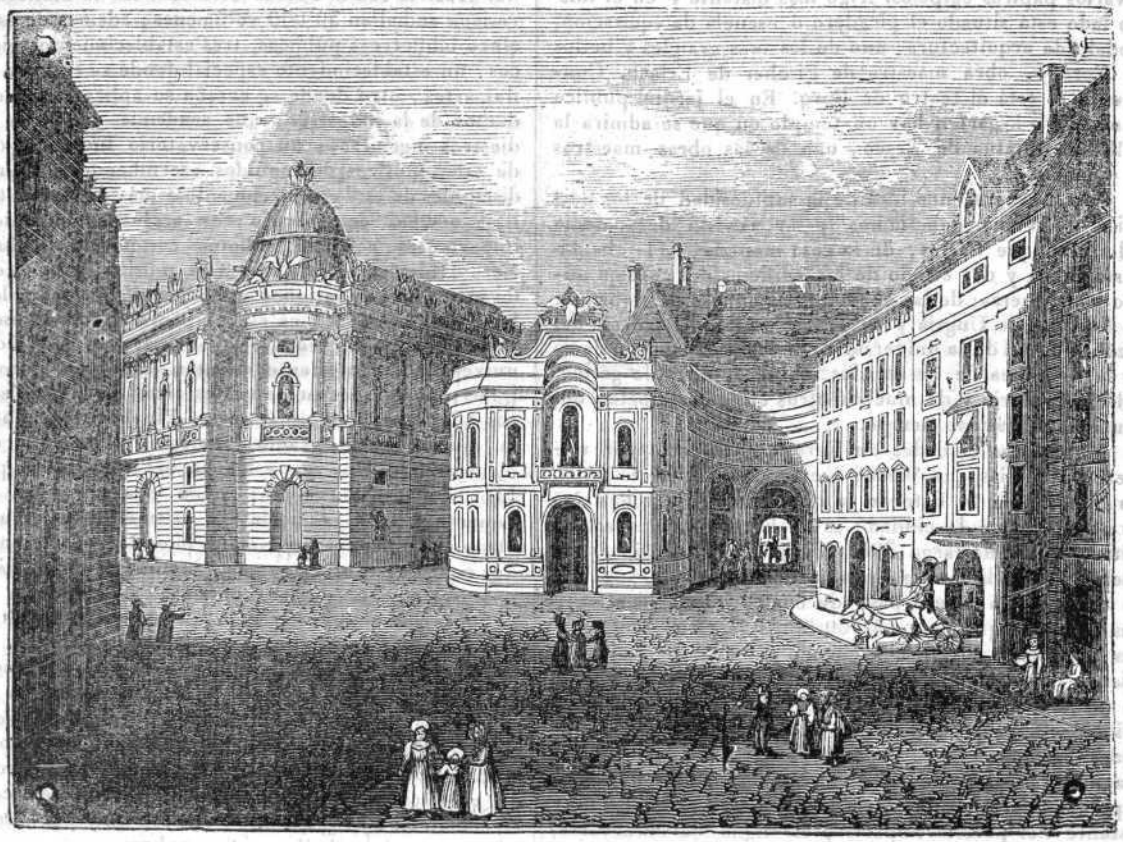
El canal de Neustadt terminado en 1803 comunica á Viena con el Danuvio y es de gran utilidad para su abastecimiento. Las embarcaciones suben por medio de esclusa hasta el estanque que hay en frente de la casa de la

ciudad. El 12 de febrero de 1833 se abrió un gran salon destinado á la esposicion de todos los productos naturales é industriales de los estados austricos.

A pesar de los grandes estragos que hicieron en Viena la peste en 1679 y en 1713, y el cólera morbo en 1832, la poblacion se halla aumentada considerablemente; los arrabales se han estendido con mas de seiscientas casas. En cada una de sus habitaciones, muy capaces se aglomera una poblacion de mas de cuarenta personas por lo menos: la casa de Fratner, por ejemplo, contiene cuatrocientos inquilinos y produce mas de 624000 reales.

Las fortificaciones interiores que circuyen la ciudad, no bastan para hacer de Viena una plaza que pueda ofrecer alguna resistencia. Así es que su guarnicion no pasa de 12,000 hombres.

A pesar de la importancia de esta capital, han nacido en ella pocos hombres célebres. Entre estos se citan algunos escritores que han ilustrado la literatura alemana; el historiador Schrockk, el médico Collin, el poeta Enrique Collin, J. B. Alxinger, y el célebre literato Mastalter. A la verdad, no parecen haber tenido hasta aquí mucho atractivo para las clases ricas de Viena los goces que procuran las ciencias y las letras. Las representaciones teatrales no son para ellos mas que un pasatiempo, y su gusto en esta clase de materias está lejos de constituir ley en Alemania.



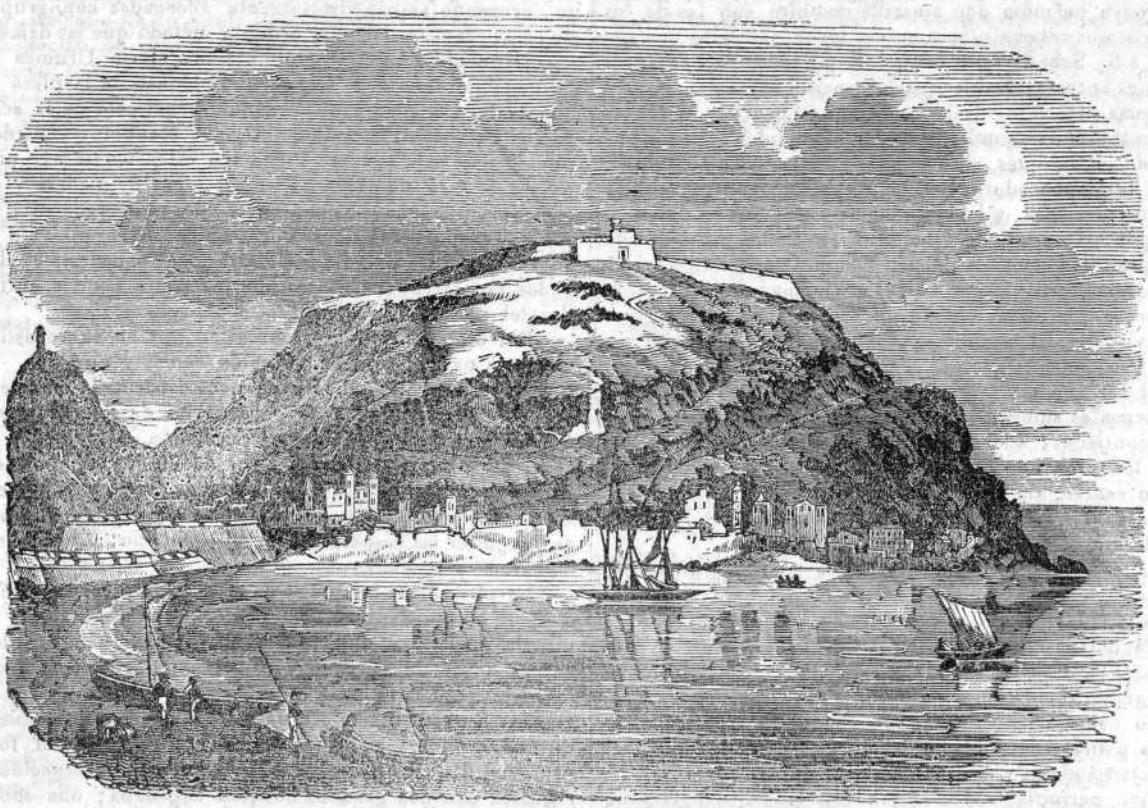
(Vista del palacio imperial y plaza de San Miguel).

Se suscribe al Semanario Pintoresco en Madrid en la librería de Jordan calle de Carretas, y en la de la Viuda de Paz frente á las Covachuelas. En las provincias en las administraciones de correos y principales librerías. Precio de suscriccion en Madrid. Por un mes *cuatro* reales. Por seis meses *veinte* reales. Por un año *treinta y seis* reales. En las Provincias *franco de porte*. Por tres meses *catorce* reales. Por seis meses *veinte y cuatro* reales. Por un año *cuarenta y ocho* reales.

Las cartas y reclamaciones se dirigirán francas de porte *á la Administracion del Semanario*, calle de la Villa, número 6, cuarto principal.

MADRID: IMPRENTA DE LA VIUDA E HIJOS DE D. TOMAS JORDAN.

ESPAÑA PINTORESCA.



(Vista general de la ciudad y puerto de San Sebastian).

SAN SEBASTIAN.

La hermosa ciudad de S. Sebastian, plaza fuerte de España, en la provincia de Guipúzcoa, se halla situada en una planicie que empezando á formarse por el N. al pie de una montaña medianamente elevada, sigue luego por E. y S., hasta que termina en el mar Océano cantábrico. El frente de tierra mira directamente á una marisma que inunda el mar en sus crecientes, y por la cual corre el rio Urumea despues de salir del hermoso valle de Loyola, que empieza en Astigarraga. Esta marisma está cerrada por unas lomas desiguales, pero que dominan toda la ciudad. Las de la izquierda del rio tienen á su falda y pie el arrabal de S. Martin entre 500 á 700 varas de la plaza, y ciñen la concha del puerto hasta el arrabal de la Antigua, continuando entrecortadas por una cañada hasta enlazar con las descendencias del monte Iqueldo. Las de la derecha siguen la corriente del rio, terminan por encima del convento de S. Francisco, tuercen hácia el E., mirando al N. paralelas al monte Ulia con el que forman un delicioso valle por el camino que va desde esta ciudad á Pasages, que termina como carretera en la Herrera, á donde llegan dichas lomas. Este frente de tierra viene á cerrar en mareas altas toda la península que forman la plaza y el monte, comunicándose por el arenal de San

Martin, con el camino de Hernani. Así que no distando los dos brazos de mar que bañan ambos muros de E. y O. mas de un tiro de fusil entre sí, viene á reducirse el pueblo con la montaña que le hace espalda, á una perfecta península, formando un golpe de tan agradable perspectiva, que se representa, como una ciudad flotante, encima de las aguas del Océano.

La variedad de montes, sierras, collados y llanos que la circundan; la amenidad y frondosidad de las arboledas; las bellas plantas y verdura que mantienen vestido el suelo de su distrito casi todo el año, con un verdor placentero al que realza mucho mas aquella espinosa planta que solo se cria en toda la estension que hay desde el cabo de Finisterre hasta el de Higuer, en Fuenterrabía, la argoma, cuya hermosa flor amarilla compite con las de los mas vistosos retamales que cubre todas las sierras que rodean á S. Sebastian, y la vistosa abundancia de tantos zarzales entretegidos de laureles, morales, frisales, rosas y azucenas silvestres, despidiendo una fragancia que deleita los sentidos; la abundante caza que se anida en las espesura de los bosques, de jabalíes, corzos, zorros, liebres, y en las embocaduras de los rios, de grullas, anades, gaviotas y cisnes, y las grandes cascadas que se derrumban por los encañados y quebraduras de los montes, que aumentan los caudales del rio Urumea, que van á parar al Océano, cerca de S. Sebastian forman una vista muy pintoresca, y ofrecen grato solaz y divertimiento al cansado viagero, al cazador, y sublimes inspiraciones al artista y al poeta.

El terreno sobre que está fundada la ciudad y sus contornos es sumamente arenisco, y con poca greda, lo cual contribuye á la comodidad del piso, pues no se forman lodos cuando llueve. La forma de la ciudad es la de un rectángulo, cuyos lados opuestos, la union con el monte y el frente de tierra tienen de 1.600 1 700 varas de longitud.

La mayor parte de su construccion es muy moderna, pues destruida y abrasada el año 1813 por las tropas aliadas esta ciudad y con ella los bellos magníficos edificios que la hermoseaban y los ricos tesoros de esquisitas memorias y antigüedades que contenian, se dió principio á su redificacion con arreglo al plan aprobado por el supremo consejo de Castilla, en marzo de 1816, dando nueva planta á la poblacion, delineando sus calles á cordel, alargándolas y ensanchándolas con toda la regularidad que permitia la disposicion topográfica del terreno llano en la mayor parte y en su total enteramente cuadrado. Se hicieron nuevos cimientos en los solares de las calles alineadas, proporcionando por este medio la construccion de casas tan capaces y tan superiores á las antiguas, como se puede colegir de que 120 de las nuevas ocupan 237 solares de las anteriores. Todas las casas llevan una misma altura, igualdad de vuelo en los rafes ó aleros, de cornisa continuada y balcones, y lo que dá realce á todo las pilastras que resaltan en las medianías entre los edificios, pues se ha dispuesto en tal conformidad que cayendo por sus medias cañas todas las aguas vertientes de los techos, y saliendo á la calle por boqueretes á nivel del suelo, se evitan las incomodidades de goteras.

Una de las obras mas elegantes es la construccion de la plaza nueva, situada en el centro del pueblo. Sus fachadas edificadas sobre 53 arcos de medio punto, que forman el primer cuerpo, tienen tres pisos esteriores, ademas del entresuelo interior, en los que hay balcones corridos con bellos balaustrados, formando otras tantas galerías que adornan las fachadas.

Todo el primer cuerpo de la obra, las jambas, cornisa y cartelones que la adornan son de piedra sillar, mezclada con piedra caliza azul de las de Hernani, cuya interpolacion da solidez y elegancia á la obra. La parte interior de los arcos forma hermosos y espaciosos soportales bien enlosados; y se recorren las cuatro fachadas cubiertas por haberse construido bellos terrados sobre arcos rebajados de piedra sillar, en las cuatro bocascalles que entran en la plaza.

Otra de las obras atrevidas é imponentes ha sido la apertura con que se dió comunicacion recta y plana desde la puerta del mar hasta la plaza nueva, la cual se verificó atravesando tres manzanas de solares de casas, y seccionando una colina de arena de 30 pies de altura. Por medio de un puente canteril de arco elíptico, sigue la calle del campanario y por debajo del arco la nueva del puerto, cruzando ambas vistosamente adornadas con grupos de casas grandes, de igual orden y método que las demas,

El puente de santa Catalina sobre el rio Urumea se ha concluido tambien despues del bloqueo de la plaza el año 27 bajo el plan y direccion del arquitecto de la academia D. Pedro Manuel de Ugarte Mendia, reuniendo la elegancia á la solidez. Tiene una estension de 510 pies de largo y 28 de ancho. Es de 8 arcos de madera y de armadura polígona de sumo gusto, y sus manguardias de piedra sillar berroqueña, construidas sobre pilotage y adornadas en la parte superior de cuatro pedestales elevados con jarrones de la misma materia á las dos entradas del puente.

Entre las fábricas que sobresalen mas en S. Sebastian merecen paticular mencion las de remos y curtidos.

Su puerto ó concha es de poca capacidad: en su entrada hay suficiente agua para navios de guerra, pero á poco que se interne se va perdiendo el fondo, y es muy poco y de dificultosa entrada en los temporales. Entre el monte Urgull y la plaza hay un pequeño puerto ó arsenal bastante cómodo con varios muelles donde se aseguran las embarcaciones de comercio, y hacen sus embarcos y desembarcos.

La plaza es de las que se llaman irregulares, reduciéndose á un cuadro, cuyo lienzo oriental es de 11 á 12 pies de grosor, y el ocidental de 7, rematando ambos en los cubos de Torrano y del Ingente, entre los cuales se estiende la muralla meridional que es de 32 pies de gruesa. En este lienzo está la puerta de tierra, cubierta con un tambor de estacada y al piso del foso principal. Este baluarte es de muy sólida construccion y robustez con dos grandes bóvedas á prueba, una sobre otra, que sirven de almacenes.

El frente de la Zurriola dá sobre el rio Urumea, que cae al pie esterior de la muralla, sigue toda su longitud hasta desaguar en el mar. Entre las lomas y convento de S. Francisco el mar y rio hay un arenal bajo y espacioso que cubren las altas mareas, y entre este, las lomas y montaña derecha se forman unas montañas de arena movediza, en su capa superior de 900 varas de largo y 460 de ancho, que forman varios montecillos que dominan la ciudad, y son dominados por el monte Urgull.

La plaza carece de agua en todo tiempo, pues la única fuente de buena calidad, viene de fuera por una cañería descubierta muy facil de cortarse.

El frente del puerto es una ala ó muro sencillo, y aunque al parecer es mas endeble, en realidad es el mas fuerte de los tres de la plaza, si se atiende á que su pie bañado por las altas mareas, dejando en las bajas un estrecho arenal de piso movible, al que es necesario entrar á la desfilada, de suerte que este foso natural es de grande obstáculo á los sitiadores en caso de ataque.

San Sebastian siempre ha sido un pueblo comerciante; su tráfico es tan antiguo como el pueblo mismo. Muchos

escritores aseguran ser las leyes marítimas y mercantiles contenidas en su célebre fuero concedido por el rey Don Sancho el Sabio de Navarra hácia el año de 1150, de las mas antiguas de la nacion. En efecto la individual menudencia con que se especifican en el citado fuero los géneros y mercaderías que entraban y salian en San Sebastian en el siglo XII, las relaciones que tenia este puerto con otros famosos por el comercio cual Bayona y la Rochela; el establecimiento de un almirantazgo en el mismo S. Sebastian, quizá el mas antiguo del reino, segun toda consta del propio fuero, le suponen como un emporio del comercio.

Los repetidos ataques con que ha herido el tiempo esto importante ciudad, particularmente en estos últimos años, entorpecieron como era consiguiente sus fábricas y comercio, alejando de su centro considerables capitales con la emigracion de personas notables por sus riquezas é ilustracion; pero el feliz restablecimiento de la paz, cuyo precio no conoce quien no ha probado lo amargo de la guerra, la halagüeña perspectiva de una ciudad naciente que á las gracias de la infancia agrega todas las bellas cualidades que el hombre de bien y pacífico puede apetecer para vivir en sociedad, como la cultura, afectuosa cortesanía, nobleza, franqueza y dulzura de costumbres de sus habitantes han estimulado á muchas de las primeras familias del reino á establecerse en ella, donde disfrutan los frutos preciosos que produce la union, principal elemento de la felicidad pública.

LITERATURA RABÍNICA ESPAÑOLA.

ARTICULO 2.°

Es ciertamente singular la semejanza que ofrece la literatura hebrea con la arábiga en su marcha progresiva. Ambas fueron importadas de Oriente por dos pueblos de creencias y origen absolutamente distintos, y de todo punto contrarios al pais y creencia religiosa de la nacion en que se establecieron. Ambas, al comenzar á fomentarse fundaban su orgullo en las esplicaciones y comentarios de sus libros sagrados. Ambas llegaron en los mismos siglos, con muy corta diferencia, á la altura particular designada á cada una de ellas por su índole y condicion respectiva. Ambas extendiendo á los conocimientos profanos el predominio del entendimiento, cultivaron las ciencias y letras humanas con general provecho. Y ambas, por fin, entrando en comercio recíproco con la naciente literatura castellana, la ayudaron á crecer y nutrirse, hasta que ya en edad viril acudió á beber en los mismos manantiales en donde aquellas adquirieron su verdor y lozanía.

Los hebreos sabios, antes y despues de su dispersion por toda la tierra, hacian en general del estudio de la lengua griega uno de los fundamentos mas sólidos de su ilustracion; de manera que no les fueron desconocidas, ni absolutamente inútiles, las obras maestras de la antigüedad; á veces impugnadas, á veces alabadas en las suyas, segun las hallaban mas ó menos conformes con las doctrinas que ellos profesaban, aunque siempre combatiendo vigorosamente la idolatría de los gentiles. Sin embargo, debemos creer que la literatura arábiga, de tan poderosa influencia en España desde el siglo X, influyó igualmente en la hebrea rabínica; puesto que el carácter de sus producciones se identifica en gran manera con el de las castellanas en los siglos posteriores al XI, en que ambas literaturas florecian. No podia menos de suceder asi atendidas las circunstancias favorables que contribuyeron á hacer preponderante en España la literatura arábiga, y el escaso apoyo de la rabínica, reducido á los parciales esfuerzos de unos hombres aislados, tolerados mas que consentidos en pueblos estraños y antipáticos para con ellos. Por el contrario; el esplendor de las letras árabes se apoyaba en el explendor de su imperio; las obras clásicas de la antigüedad habian sido traducidas y comentadas en idioma arábigo; y este llegó, por lo tanto, á ser la lengua científica de su época. Por otra parte, el gobierno arabe alentaba y protegia á los hombres sobresalientes en cualquier ramo de los conocimientos humanos, y proporcionaba medios de llevarlos al último grado de prosperidad y grandeza. Sí el buen gusto y la exactitud científica no llegaron entre ellos á su posible perfectibilidad, causas mediaron para que así sucediese, nacidas de una concurrencia de circunstancias harto agenas por cierto de la capacidad que siempre manifestaron para cultivar con fruto todos los ramos del saber humano.

Los hebreos españoles no podian contar con iguales elementos para adelantar en su genuina literatura. Carecian de estímulos; obraban sin objeto, sin espíritu compacto de nacionalidad; sus esfuerzos eran aislados, y luchaban en competencia de una nacion muy culta, con una lengua bien formada, eco de saber en escuelas y academias públicas: he aquí por qué se vieron precisados á seguir las huellas de la que se enseñoreaba entonces como cabeza de las demas literaturas de su tiempo. Los hebreos, pues, constantes únicamente en sus dogmas y doctrinas religiosas, cuyo gusto literario fué siempre uniforme en cuanto á su exposicion y comentarios, siguieron en el cultivo de las letras profanas el camino mas trillado á la sazon; y dedicándose con esmero á la lengua arábiga, llegaron hasta el punto de escribir en ella muchas de sus mas preciadas obras.

El solo hecho de valerse para expresar sus pensamientos de los idiomas latino, arábigo y castellano, reservando el nativo para las discusiones dogmáticas, manifiesta de una manera indudable que la literatura profana no era suya, sino prestada; prestadas sus inspiraciones; prestados sus adornos y sus galas; de la misma suerte (y sea dicho sin escándalo) que la romana literatura de España no fué nuestra, sino hija bastarda del Lacio; de la misma suerte que la literatura española del siglo XVIII y lo que vá del presente tampoco es nuestra, sino hija mestiza de la francesa; por haber muerto en el XVII la que mas carácteres tenia de verdaderamente española. Tan cierto es que de igual manera influyen las naciones poderosas en el órden político como en el literario; y que un gran pueblo debe tener certeza de estender su influencia sobre las letras y las costumbres hasta donde alcance la preponderancia de sus armas y política.

La época notable de los escritores rabinos de España se fija comunmente en el siglo XI; pues aunque algunos pretenden encontrarla en el IX, no alegan suficientes razones para autorizar su aserto. Prueba es de lo contrario el que los judíos establecidos antes de ese tiempo en nuestro pais, embiaban á sus hijos á las academias de Persia establecidas en las ciudades de *Pombeditá* y *Mehasiah*,

y allí estudiaban las letras sagradas bajo la direccion de los *Emoraim* ó expositores del Talmud. Pero concluidas aquellas academias, ó *Yesibas*, se trasladaron estas á España, abriéndose la primera en Córdoba por *R. Moseh*, en el año 948.

No hay duda en que desde el siglo X se enumeran ya varios rabinos españoles muy versados en materias gramaticales; pero siempre con mas preeminencia en las discusiones teológicas, asunto inagotable de sus mas voluminosas obras; sin que por eso descuidasen el estudio de los conocimientos útiles. Asi es que ya en el siglo XI vemos citados honoríficamente algunos rabinos como muy célebres en jurisprudencia, astronomía, filosofía y medicina; de los cuales no hablaremos, porque habiendo escrito en su lengua nativa, ningun fruto demos sacar de tan enojosa enumeracion.

Contrayéndonos á los que lo hicieron en castellano, los bibliógrafos citan entre otros escritores del siglo XI, al rabino *Isaaque*, autor de una obra de medicina escrita en nuestra lengua, y en la que trata de varias especies de calenturas como tambien de las tercianas y cuartanas; códice antiquísimo que pertenece á la biblioteca del Escorial.

Si es cierta la fecha remota del año 1070, que se pretende dar á este códice; si no hay en ella error ó suplantacion, como es de temer, los eruditos tienen motivo para hacer nuevas indagaciones sobre la antigüedad de la lengua castellana; puesto que el mas antiguo documento que de ella poseemos, de autor español, es el poema del Cid, cuya fecha nadie se atreve á fijar mas allá del siglo XII, Y si en efecto la obra de Isaaque pertenece al siglo XI, habría necesidad de hacer retroceder la del poema del Cid al X por ser todavia mas anticuada su habla que la de nuestro rabino. Para los que conocen aquel poema no es necesario trasladar aqui trozo alguno que daría sobrada extension á este artículo, y por consiguiente solo copiaremos uno de la obra de Isaaque que dice así: «Conviene que tornemos aquello de que es nuestra en«tencion é que comencemos á saber de la fiebre que es «et qual et como et porque é donde nace é donde é como «se cria ca en demandar de la fiebre si es sera grand san«ades. Ca veemos é entendemos que fiebre es en muchas «maneras mas comencemos á saber que es la su defini«cion sabremos la su natura é la su sustancia qual es ca asi se demuestra la sustancia qual es de las cosas.» Este antiguo códice, que no obstante la rudeza de su lenguage, no carece por eso de doctrina científica, deja traslucir una edad posterior al siglo XII. Dejaremos pues á los eruditos la indagacion de este punto filológico.

Aunque solamente nos hemos propuesto hablar en general de los rabinos que escribieron en castellano, no podemos menos de hacer mencion de uno de los que lo hicieron en hebréo, por ser su fama un nuevo timbre de nuestras antiguas glorias. El *R. Abrahan Ben Meir Aben Hezra* llamado por los judíos *Chacam*, ó sabio, nació en Toledo, segun se cree en el año 1119: fué excelente filósofo, astrónomo, médico, poeta, gramático, cabalista, y uno de los intérpretes mas sobresalientes de la ley antigua. Si hemos de dar fé al dicho de *Hilarion Altoben Seni*, en sus *Tablas reales*, fué tenido Aben Hezra por inventor del modo de dividir la esfera celeste, por medio del ecuador, en dos partes iguales. Mas lo que no tiene duda es, que fué muy instruido en varias lenguas, particularmente en la arábiga; y que su ansia de saber le indujo á viajar por Inglaterra, Italia, Grecia y otras partes, hasta que por último pasó á la isla de Rodas, en donde falleció. Varias obras escritas por este rabino, algunas de las cuales exisien en la bibloteca del Escorial, manifiestan en sentir de los demas rabinos, sus extensos conocimientos en las ciencias que abarcaba; y algunos críticos modernos han apoyado aquel juicio, añadiendo no poco lustre al nombre de Aben Hezra.

En el largo catálogo que podriamos presentar de rabinos españoles del siglo XII, eminentes por su sabiduría, se advierten tres cosas: 1.ª que la base de todos sus estudios era la astronomía, y por consiguiente la astrología, tan admitida y manoseada en aquellos siglos. 2.ª Que la medicina fué una de las ciencias que mejor cultivaron, y en que mas sobresalieron; en términos de que los *Aforismos médicos de Ben Maimon*, *ó Maimónides*, uno de los rabinos mas sabios, no eran reputados por inferiores á los de Hipócrates, en sentir de muchos médicos hebreos. Y 3.ª que su grande estudio de las lenguas hebrea, caldea, griega, arábiga y latina les proporcionaba medios seguros de progresar asombrosamente en las ciencias, así naturales, como especulativas y exactas. Comprueban esta opinion las varias obras rabínicas de aritmética, álgebra, astronomía, astrología y cábala, publicadas por los rabinos en el siglo XII.

El mismo Maimónides, ya citado, manifiesta sobradamente en sus numerosas obras, cuan vasta era entonces la instruccion rabínica, puesto que este insigne escritor trató en ellas de jurisprudencia, teología, filosofía, lógica, medicina y matemáticas, valiéndose alternativamente de las lenguas hebréa, arábiga, caldea y griega. Sus obras, pues, son en tan crecido número, que admira pudiese tener espacio suficiente ni aun para la simple materialidad de escribirlas. Débese suponer por lo mismo, que á pesar de su gran talento, debió incurrir forzosamente en considerables errores, como acontece siempre que nos proponemos hacer caminar al entendimiento con mas velocidad de lo que permite la reflexion: causa muchas veces de haberse malogrado grandes ingenios.

Los reducidos límites de un periódico no nos permiten dar pruebas de la literatura arábiga en la rabínica española, enumerando los muchos *namahathiquim*, ó traductores, que vertieron al hebréo las obras mas celebradas de los árabes en todas materias: así como la circunstancia de haber escrito los rabinos con preferencia en su lengua ó en la arábiga, idiomas poco cultivados en los siglos modernos, ha contribuido tal vez á no dar estimacion á su literatura. No ha sucedido lo mismo con la antigua á causa de contenerse en ella los libros sagrados, fundamento de nuestra religion, y ser por consiguiente conocida aun de las clases ignorantes.

Es verdad que la moderna literatura hebréa se diferencia notablemente de la antigua, entendiendo por ésta los libros de Moisés y de los profetas, hasta la venida de J. C. Aquella, difundida por los judíos en Europa, despues de la total destruccion del templo de Jerusalen por los romanos, tiene el carácter de las abstracciones y de la especulacion científica; á medida que la organizacion de los estados los predisponia al mejor cultivo de las ciencias útiles para el progreso fabril é industrial; y por consiguiente decayó de su elevacion poética. Mas á esta decadencia contribuyó con mas fuerza que ninguna otra causa el nacimiento del cristianismo. Hasta entonces la interpretacion de la ley y de las escrituras se había hecho, en cierto modo, concienzudamente por los hebréos; y aunque disentian entre sí respecto de ciertas interpretaciones, no se desviaban sin embargo del espíritiu de la revelacion. Mas desde la venida de J. C. se negaron á reconocer en su persona el Mesías anunciado por los Profetas; y abrieron por consiguiente un nuevo campo para lidiar contra sus antagonistas los cristianos. Desde aquel momento á la interpretacion sincera del texto sagrado sucedió la argucia so-

fística y la sutileza del ingenio, á fin de sostener con gratuitos comentarios y forzados argumentos que no podia ser Jesus el Mesías prometido. A impulso de esta tendencia moral, el espíritu de discusion fué destruyendo poco á poco las galas de la fantasía; y toda su literatura se resintió por consiguiente de aquel cambio imprevisto. La *Cabala*, que en su sentido recto significaba entre los judíos la ciencia de la tradicion y de las doctrinas recibidas conforme á los dogmas religiosos, se trasformó en una vana ciencia, llamada luego por desprecio *cabalística*, á causa del abuso de los hebréos en formar de ella ridículas combinaciones de letras y anágramas con las palabras de la sagrada escritura, á fin de averiguar lo inaveriguable, á fin de darse por iniciados en supersticiosas adivinaciones, y á fin de atacar con aire de misterio y de profunda penetracion los dogmas esenciales del cristianismo. Mas todo esto, como hemos dicho, se convirtió en daño para su literatura; porque perdió su primitivo carácter de ingénua sencillez, y aquel verdor y lozanía que ha servido siempre de distintivo á la literatura oriental.

En la antigua hebráica, aun prescindiendo de la causa sobrenatural que con sus inspiraciones influía en la mente y en el corazon de los autores de libros sagrados, mediaban otras causas comunes, capaces de contribuir de alguna manera á la prosperidad literaria de los hijos de Israel.

Desde luego hallamos en ellos un pueblo antiquísimo y civilizado, el primero en conocer la existencia del verdadero Dios, en recibir sus leyes y tributarle culto: un pueblo que entusiasmado con su creencia religiosa, alma de sus leyes políticas, militares y civiles, lucha constantemente por su religion y libertad contra enemigos audaces y poderosos: un pueblo que sufriendo la esclavitud á pesar de su espíritu de independencia, y todo género de penalidades y miserias en castigo de su desobedencia á los mandatos del supremo Hacedor, mas y mas inflama su pensamiento con la idea grande y sublime que habia formado de la divinidad: en fin un pueblo esencialmente espiritual; con una legislacion de igual naturaleza; con unas costumbres arregladas á los mismos principios religiosos, con un espíritu de nacionalidad y patriotismo afianzado en la solidez de sus dogmas; con una literatura fogosa, nutrida del espiritualismo de su religion, de la grandeza de las imágenes orientales acomodadas á la grandeza misma del objeto de sus meditaciones; y expresada por medio de una lengua enérgica, concisa y varonil. Tales son las ventajas con que podia contar la antigua literatura hebréa para ser animada y grande, para que sus escritos fuesen verdaderas epopeyas; como expresion, al fin, de una sociedad mecida en el seno de una religion espiritual, preparada siempre á rechazar en todos sentidos la mas leve idea de materialismo.

A este punto limitamos nuestras observaciones para no incurrir en la nota de difusos. Poco hemos dicho de la literatura rabínica; pero eso poco bastará tal vez para que otros con mas copia de erudicion y de crítica, pongan mas en claro el mérito que con relacion á su época llegaron á alcanzar los rabinos españoles.

REVILLA.

EL CABALLERO DOBLE.

¿Por que se muestra tan pesarosa la blanda y hermosa Eduvigis. ¿Qué meditaciones embargan su pensamiento, sentada y distraida, apoyada la frente en sus manos, el codo sobre la mesa, mas melancólica que la desesperacion, mas pálida que las estátuas de alabastro que lloran sobre las losas de los sepulcros?

Una lágrima pura como el cristal se desliza de sus párpados por el suave vello de sus mejillas; una lágrima sola, pero que jamás cesa de caer, y á la manera de aquella gota de agua que se filtra por las bóvedas de la roca, y que al fin deshace la peña, asi esta lágrima tan sola cayendo sin cesar de sus ojos sobre su corazon le ha herido y atravesado de parte á parte.

Eduvigis, hermosa Eduvigis, por ventura no creeis en Jesucristo, en el dulce Salvador? dudais acaso de la misericordia de la santísima Virgen María. ¿Por qué comprimís sin cesar contra el pecho vuestras lindas manos diáfanas, y delicadas como las de las Silfides? Consolaos, bella Eduvigis; vais á ser madre: vase á cumplir vuestro deseo mas amado, y el conde de Lodbrog, vuestro noble esposo, ha prometido un altar de plata maciza, y un incensario de oro fino á la iglesia de S. Cuberto, si le dais sucesion.

Mas ah! la infeliz Eduvigis tiene el corazon traspasado con los siete dolores, porque un terrible secreto corroe su alma.

Hace algunos meses; era una noche de horror y oscuridad; las torres retemblaban en sus cimientos; las veletas rechinaban en sus agujas; el fuego chispeaba en las chimeneas; el viento golpeaba en las ventanas como un importuno que quiere entrar; despedía el buho su fatídico canto en las selvas, y ensanchaba sus narices el javalí en el bosque. En esta noche de tristeza y luto llegó á la quinta de Eduvigis un extranjero, bello como un ángel, pero como un ángel decaido; su sonrisa era dulce, y dulce tambien su mirada; y no obstante esta mirada y esta sonrisa helaban de terror, é inspiraban aquel horror y estremecimiento que se esperimenta al asomarse al borde de un abismo. Una gracia malvada, una languidez pérfida, como la del tigre que olfatea su presa, acompañaban todos sus movimientos, y alucinaba á la manera de la serpiente que fascina á los pajarillos.

Era este extranjero un cantor: su atezado semblante manifestaba que habia visto otros cielos: y segun el decia, venia de Bohemia, y pedia hospitalidad por solo aquella noche: pero permaneció aquella noche, y otros dias y otras noches tambien, porque la tempestad no se apaciguaba, y el castillo se agitaba en sus cimientos, como si el huracan quisiera derruirle y hacer caer su corona de almenas en las aguas espumosas del torrente.

Ocupaba todo el tiempo en cantar estrañas poesías que turbaban el corazon, inspirándole funestas ideas, y mientras que duraba su cántico, se posaba en su espalda un cuervo negro y lustroso como el azabache, y llevaba el compás con su pico de ébano, y parecia aplaudir sacudiendo sus alas. Eduvigis palidecia como los lirios á la claridad de la luna; Eduvigis se ruborizaba como las rosas de la aurora, y se dejaba caer en su sofá, lánguida, medio muerta, asoporada, como si hubiese respirado el perfume fetal de aquellas flores que causan la muerte.

Pero una bella sonrisa azul desarrugó la frente del cielo, y el cantor de Bohemia pudo partir. Desde aquel dia Eduvigis no cesa de llorar apoyada en el ángulo de la ventana del castillo.

Eduvigis es madre de un hermoso niño blanco como el alba, encarnado como el clavel. El anciano conde Lodbrog ha mandado fundar el altar de plata maciza, y ha dado mil monedas de oro al platero, en un bolsillo de piel de rengífero para que fabrique el copon que deberá ser ancho, pesado y de cabida de una gran medida de vino.

El niño es blanco y encarnado, pero tiene la mirada sombría del extranjero bohemiense: su madre lo ha observado con atencion Ah! infeliz Eduvigis; porque habeis mirado tanto al extranjero con su arpa armoniosa y á su funesto cuervo!

El capellan bautiza al niño y le dá el nombre de Olof. El astrólogo sube á la torre mas alta para sacar el horoscopo.

La admósfera estaba despejaba y fria; una cresta de montañas cubiertas de nieve dividia el manto del cielo: y largas y pálidas estrellas brillaban en el oscuro azul de la noche, como si fueran soles de plata.

Sube el astrólogo á lo alto de la torre; observa el año, el dia y minuto del nacimiento del niño; forma largos cálculos con tinta roja sobre un pergamino lleno de signos cabalísticos; entra en su gabinete, vuelve á subir á la terraza: no se ha engañado, el tema de nacimiento está tan exacto como un pesillo de piedras finas: no obstante lo forma de nuevo, y no encuentra error alguno.

El pequeño conde de Olof tiene una estrella doble, una verde y otra roja; la una verde como la esperanza, la otra encendida como las brasas; la una favorable, la otra adversa.

El astrólogo entra en el aposento de Eduvigis con paso grave y acompasado, y dice, pasando su mano huesosa por su larga barba de mago.

—Condesa Eduvigis, y vos, conde Lodbrog, dos estrellas han presidido al nacimiento de vuestro precioso hijo: la una verde, roja la otra: Olof se halla sometido á dos ascendientes contrarios; su vida será muy feliz ó muy desgraciada; tal vez sea entrambas coses.

El conde Lodbrog respondió al astrólogo, la estrella verde influirá en su vida; pero Eduvigis temia en su corazon que influyera la estrella roja, y descansando su frente entre sus manos, y el codo en sus rodillas comenzó á verter amargo llanto. Su única ocupacion, despues de dar el pecho á su hijo, era mirar por entre las vidrieras de su ventana cual caia la nieve en témpanos duros y apiñados, como si se hubieran desplomado en los cielos las alas blancas de todos los ángeles y de todos los querubines.

De vez en cuando pasaba por delante de los cristales un cuervo negro graznando y sacudiendo la nieve de sus alas, y recordaba á la bella Eduvigis el cuervo singular que se posaba en el hombro del extranjero de dulce mirar de tigre, de encantadora sonrisa de víbora.

Y sus lágrimas caian con mas rapidez de sus ojos sobre su lacerado corazon, sobre su corazon traspasado de parte á parte.

El jóven Olof es un niño particular: parece que encierra su delicada y blanca piel dos niños de un carácter diferente: unos dias es bueno como un ángel; otros dias soberbio como un demonio, despedaza á bocados el pecho de su madre, y desgarra con sus uñas el rostro de su ama.

El anciano conde Lodbrog dice sonriendo: sé que Olof será un buen soldado, porque tiene un genio belicoso: pero Olof es un niño insoportable, caprichoso como la luna, antojadizo como una mujer, corre y se detiene sin motivo aparente; abandona lo que ha comenzado á hacer, y hace suceder á la mas inquieta turbulencia la inmobilidad mas absoluta: aun cuando se halla solo parece conversar con un interlocutor invisible; y cuando se le pregunta la causa de todas estas agitaciones, dice que le atormenta la estrella roja.

Olof ha llegado á los quince años: su carácter se ha hecho aun mas inexplicable: su fisonomía, aunque de una belleza estraordinaria, tiene cierta vaga espresion: es rubio como su madre, con todos los rasgos de la raza del Norte; pero en su blanca frente como la nieve aun no pisada por el cazador, ni manchada por el pie del oso, bajo su frente de antiguo linage de los Lodbrog brilla entre dos roseados párpados y sus largas y negras cejas una pupila de azabache iluminada con los dulces ardores de la pasion italiana, una mirada cruel y dolorosa, como la del estrangero, cantor de Bohemia.

Mas ay! ¡cómo se pasan rápidos los años! Eduvigis reposa ya bajo las tenebrosas bóvedas del panteon de Lodbrog, al lado del anciano conde que se sonrie en su féretro por que no se ha estinguido su nombre. Eduvigis estaba ya tan pálida que apenas la ha cambiado la muerte. Reclinada en su tumba hay una estatua, unidas ambas manos y apoyados sus pies en una galga de mármol, fiel compañera de los difuntos. Nadie sabe lo que dijo Eduvigis en sus últimos instantes; pero el sacerdote que la confesaba ha quedado mas pálido que la moribunda.

Olof, el blanco y rubio hijo de la desconsolada Eduvigis cuenta ya veinte años. Es sumamente diestro en todos los ejercicios; ninguno le aventaja á tirar el arco: su flecha hiende la del contrario que retemblaba clavada en el corazon del objeto que servia de blanco; sin freno y sin espuelas doma los caballos mas indómitos.

Jamás ha mirado á una jóven impunemente; pero ninguna de cuantas le han amado ha sido dichosa. La fatal desigualdad de su carácter se opone á toda realizacion de felicidad. La mitad de su cuerpo está dominado por la pasion, la otra mitad por el odio; tan pronto domina sobre él la estrella verde, como la estrella roja. Un dia esclama con la mayor dulzura. «O blancas vírgenes del Norte; brillantes y puras como las nieves del polo, cuyas pupilas son claras como la luna, cuyas mejillas estan bañadas de los frescos albores de la aurora boreal!» y otro dia grita inflamado de pasion. «O vosotras hermosas hijas de Italia, doradas por el sol y rubias como el oro, vosotras que abrigais corazones de fuego en pechos de bronce!» Y lo mas triste y lastimoso es su sinceridad en ambas esclamaciones.

Pero no le acuseis, vosotras infelices y desconsoladas bellezas, vosotras sombras lastimosas, porque Olof es mucho mas desgraciado: su corazon es un terreno hollado sin cesar por los pies de dos luchadores desconocidos, cada uno de los cuales intenta, como en el combate de Jacob y del Angel, derribar á su adversario.

Hállanse á veces en los cementerios, bajo las largas hojas del verbasco, bajo las ramas del gamon de un verde mal sano, entre la balluca y las ortigas, mas de una piedra abandonada, donde el rocio de la mañana esparce sus puras lágrimas. Mina, Dora, Zeela; cuanto es pesada la tierra á vuestros pechos delicados y á vuestros cuerpos encantadores.

Un dia llama Olof á su fiel escudero Dietrik, y le manda ensillar su caballo.

—Señor, mirad como cae la nieve, como silva el viento haciendo inclinar hasta el suelo la cima de los abetos;

¡no ois á lo lejos ahullar los ambrientos lobos, y bramar como las almas en pena los rengíferos agonizantes!

— Dietrik, fiel escudero, yo sacudiré la nieve como la pelusa que se pega á la capa; pasaré bajo el arco de los abetos, inclinando un poco la garzota de mi casco; las uñas de los lobos se embotarán en esta bien templada armadura, y separando la nieve con la punta de mi espada, descubriré al desmayado rengífero que gime y vierte ardientes lágrimas el florido y lozano musgo de que se halla privado.

El conde de Olof de Lodbrog, porque tal es su título desde que murió el anciano conde, parte en su arrogante caballo acompañado de sus dos grandes perros, Murg y Feuris; porque el jóven señor tiene una cita, y ya tal vez á pesar del frio de la brisa, se halla asomada en el tallado balcon que hay en lo alto de la delgada torrecilla del castillo la jóven hermosura impaciente, intentando distinguir entre la blancura del campo el penacho del caballero.

Olof corre la campiña en su gran caballo de formas de elefante, cuyos hijares dibuja con las espuelas; atraviesa el lago convertido por el frio en un trozo de mármol, y donde se encierran los peces helados, y tendidas las nadaderas, como petrificaciones: las cuatro erraduras del caballo, armadas con agudos clavos, muerden la dura superficie: Olof envuelto y acompañado de una neblina formada por su sudor y su respiracion parece cabalgar en una nube; los dos perros Murg y Feuris corriendo á los dos lados de su señor, arrojan por sus ensangrentadas narices largas surtidores de humo, como los animales fabulosos.

Llegan por fin al bosque de abetos que semejantes á los espectros estienden sus pesados brazos cargados de blancas redes de nieve: el peso de la nieve encorba las mas tiernas y flexibles ramas, y ofrecen á la vista mil preciosos anillos de plata. El negro terror habita en esta floresta, donde las rocas figuran formas monstruosas, donde cada árbol con sus raices parece ocultar á sus pies un nido de dragones. Pero Olof no conoce el terror.

El camino se estrecha mas y mas; los abetos cruzan inestricablemente sus ramas dando dolorosos quejidos; apenas algunas ráfagas de luz permiten ver la cadena de nevadas colinas que se elevan en blandas ondulaciones por el encapotado cielo.

Pero felizmente Mopso es un vigoroso alazan que llevaria en sus ancas sin flaquear al gigantesco Odin: ningun obstáculo le detiene: salta por encima de las rocas; cruza los barrancos, y de vez en cuando arranca de los guijarros que hiere su casco bajo la nieve una multitud de centellas que se estinguen tan pronto como nacieron.

— Animo, Mopso, valor! ya solo te resta que atravesar el reducido llano y el bosque de abedules: una linda mano acariciará tu arrasado cuello, y en una abrigada cuadra te aguardan anchas medidas de cebada mondada y de avena.

¡Que espectáculo tan encantador ofrece el bosque de álamos! todas las ramas están acolchadas con el blanco vello de la escarcha, cuyas ramillas mas finas se diseñan en blanco en la oscuridad de la admósfera, semejantes á un gran canastillo de feligrana, ó á una madrépora de plata, ó á una gruta con todas sus estalácticas; las ramificaciones de aquellas flores estrañas con que el hielo azoga las vidrieras no ofrecen dibujos mas complicados y varios.

(*Se concluirá*).

CRITICA LITERARIA.

(Nueva edicion de Gil Blas de Santillana).



Bien hubiéramos querido hacer mencion de esta empresa cuando en el número 47 del Semanario, correspondiente al año actual, hablamos de la nueva edicion de las obras de Quevedo; pero las consideraciones á que naturalmente dió motivo la breve reseña del mérito de ese celebrado poeta satírico, cerró la entrada á las que debemos hacer respecto de la tan antigua y conocida fábula de costumbres, designada con el título de *Aventuras de Gil Blas de Santillana*. Y con tanto mas motivo debimos haber hecho mérito de su nueva edicion, cuanto que lleva consigo el derecho de prioridad, puesto que es la primera de su clase que se ha publicado en España, con tipos y papel de nuestra patria, ilustrada con las observaciones de Llorente acerca de la debatida cuestion sobre el verdadero autor de esa obra, y adornadas sus páginas con viñetas y estampas, todas dibujadas y grabadas por los mismos artistas españoles que ejecutan las del Quevedo. Asi es que tanto en una como en otra publicacion, se advierte la destreza de aquellos, y lo cercanos que se hallan á lo mejor de las ediciones francesas de igual género: sin que sirva de obstáculo en la del Gil Blas la inferioridad de nuestro papel respecto del francés; pues no por eso aparece menos limpia la impresion, ni de peor efecto los grabados, que en la del Quevedo.

Respecto del verdadero origen de esa novela que puede llamarse europea por lo conocida que es en todas partes, no ha faltado quien teniendo siempre á la vista el rasgo de mal humor y aun de indignacion que el P. Isla consignó en la portada de su traduccion del Gil Blas, ha tratado de indagar la verdadera patria de esa composicion que los franceses desde luego declararon por suya, fundados únicamente en que por suya la publicó *Mr. le Sage*. Esas indagaciones no han producido todavia pruebas concluyentes en favor de las justas pretensiones de los españoles para llamar suya una obra que tan solo pudo ser escrita por quien hubiese estudiado muy detenidamente las costumbres públicas y privadas de nuestro pais y de nuestra corte del siglo XVII, y aun narrado, por decirlo asi, esas mismas costumbres, sus bellezas, sus resabios, y las preocupaciones vulgares de la época, para poderlas presentar con todo el colorido, con toda la valentía de esa espresion característica de los españoles, no obstante lo mucho que ha debido perder en su version al francés, y de este al castellano, á la verdad no siempre tan correcto, como serlo debiera, mediando para ello la pluma del P. Isla.

Quizá no está muy lejos el dia en que el Semanario tome sobre sí la árdua empresa de resolver definitiva-

mente tan interesante problema. Tal vez si sus diligencias no dejan burlado tan patriótico empeño, podrá lisongearse de consignar en los fastos de nuestra literatura el verdadero autor español de esa célebre novela; por qué raras circunstancias llegó á poder del que se titula su autor; las alteraciones que este creyó conveniente hacer en el original; y de esa suerte confirmar la opinion del P. Isla, que ciertamente no pudo espresarse en términos tan esplícitos, como lo hace en la portada de su traduccion, sin tener para ello el íntimo convencimiento de que aquella obra era originariamente española.

Entre tanto, y reservando para ese caso el juicio crítico de tan interesante novela, no podemos menos de recomendar su nueva edicion adornada con 500 grabados (de cuya perfeccion pueden servir de prueba la letra con que da principio este artículo, y viñeta que vá á su final); y aplaudir el celo y loables deseos de sus editores por dar mayor lustre á nuestra literatura.

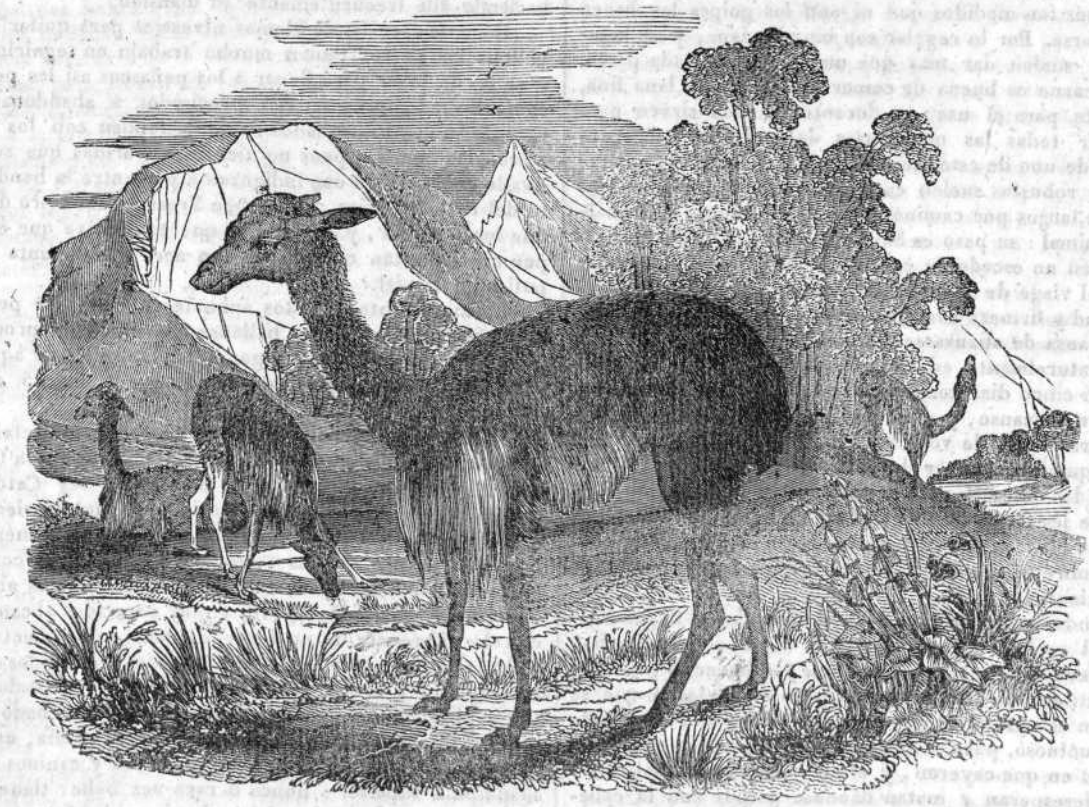


Se suscribe al Semanario Pintoresco en Madrid en la librería de Jordan calle de Carretas, y en la de la Viuda de Paz frente á las Covachuelas. En las provincias en las administraciones de correos y principales librerías. Precio de suscricion en Madrid. Por un mes *cuatro* reales. Por seis meses *veinte* reales. Por un año *treinta y seis* reales. En las Provincias *franco de porte*. Por tres meses *catorce* reales. Por seis meses *veinte y cuatro* reales. Por un año *cuarenta y ocho* reales.

Las cartas y reclamaciones se dirigirán francas de porte *á la Administracion del Semanario*, calle de la Villa, número 6, cuarto principal.

MADRID: IMPRENTA DE LA VIUDA DE JORDAN E HIJO.

HISTORIA NATURAL.



LOS LLAMAS.

Aunque apenas habrá personas que no tengan algunas noticias acerca del cuadrúpedo cuya estampa presentamos, porque muy pocas serán las que no hayan leido la célebre historia de Robinson Crosué, en la que tan interesante papel tienen los Llamas, creemos no obstante que leerán con gusto nuestros suscritores la historia y propiedades de los amigos del industrioso hombre salvaje, mucho mas hallándose escitada su atencion por las curiosas aunque breves noticias que de ellos nos dá el autor de aquella admirable obra.

Segun mas respetables naturalistas, el Perú es el país y la verdadera patria de los Llamas, pues si bien suelen ser llevados á otras provincias, como por ejemplo, á la Nueva España, esto se hace mas bien por curiosidad que por utilidad, en vez de que en toda la estension del Perú, desde el Potosí hasta Caracas, son de la mayor necesidad, pues consiste en ellos toda la riqueza de los indios.

El Llama tiene cerca de cuatro pies y ocho pulgadas de alto, y su cuerpo, incluso el cuello y la cabeza, es de seis pies de largo, teniendo solo el cuello cerca

de tres pies y medio de longitud. La cabeza de este animal es bien formada y algo parecida á la del caballo; los ojos grandes; el hocico algo largo, los labios gruesos, el superior es como el de la liebre hendido por medio y el inferior un poco pendiente; carece de dientes incisivos y caninos en la mandíbula superior; las orejas tienen de largo cuatro pulgadas y ocho líneas, y las lleva inclinadas hácia delante, levantándolas tambien y moviéndolas con facilidad; el largo de la cola apenas escede de nueve pulgadas, y esta es derecha, delgada, y algo levantada; los pies son hendidos como los del buey, pero tienen en la parte posterior un espolon que sirve al animal para sostenerse y asirse en los pasos escabrosos; la lana de la espalda, grupa y cola es corta, y muy larga por los hijares y vientre; y finalmente el color de los Llamas es vario, pues los hay blancos, negros y píos.

Estos animales caminan con la cabeza levantada, y con pasos tan medidos que ni aun los golpes les hacen apresurarse. Por lo regular son muy lascivos, y las hembras no suelen dar mas que un hijuelo en cada parto.

Su carne es buena de comer: su pelo una lana fina, escelente para el uso; y durante su vida sirven para conducir todas las mercancías del pais. La carga ordinaria de uno de estos animales es de 150 libras, aunque los mas robustos suelen cargar hasta 250: hacen viages bastante largos por caminos intransitables para otro cualquier animal: su paso es bastante lento, y cada jornada que hacen no escede de cuatro á cinco leguas. Segun se lee en el viage de Corcal, no hay animal que con tanta seguridad y firmeza camine por los peñascos como el Llama, á causa de afianzarse en una especie de espolon que tiene naturalmente en el pie: por lo regular caminan cuatro ó cinco dias consecutivos, despues de los cuales necesitan descanso, y ellos por sí mismos le toman de 24 á 30 horas antes de volver á emprender la marcha.

No quieren caminar de noche con el peso que llevan, y asi se les descarga para dejarlos pacer: comen poco, y nunca se les da de beber: su lana tiene un olor fuerte, y es larga, blanca, gris, y bastante hermosa; duermen apoyados sobre el pecho, dobladas las piernas y cubiertas con el vientre.

Cuando se les hace trabajar demasiado, si llegan á tirarse al suelo con la carga no hay medio alguno de hacerlos levantar, y todos los golpes y diligencias para ello son inútiles: el último recurso para escitarlos á que se levanten es apretarles los testículos; pero aun este suele ser infructuoso, pues se obstinan en permanecer en el mismo sitio en que cayeron, y si se continua en maltratarlos se desesperan y matan dándose golpes con la cabeza á uno y otro lado.

«El Guanaco, dice el inca Garcilaso en sus comentarios reales, tiene el pescuezo largo y parejo, cuyo pellejo desollaban los indios, y lo sobaban con sebo hasta ablandarlo y ponerlo como curtido y dello hacian las suelas del calzado que traian; y porque no era curtido se descalzaban al pasar de los arroyos, y en tiempos de muchas aguas.... Los españoles hacian de ello riendas muy lindas para sus caballos... Y asimismo correones y guruperas para las sillas de camino, latigos y aciones para las cinchas, y sillas ginetas.... La carne de este ganado es la mejor de cuantas hoy se comen en el mundo, tierna, sana y sabrosa: la de sus corderos de 4 á 5 meses, mandan los médicos dar á los enfermos, ántes que gallinas ni pollos... Con ser las recuas de á 600, 800 y aun 1000 y mas cabezas de este ganado y los caminos tan largos, no hacen costa alguna á sus dueños, ni en la comida, ni en la posada, ni en el herraje, ni aparejos de albarda, xalma, pretal, cincha... Ni otra cosa alguna... En llegando á la dormida los descargan, y los echan al campo, donde pacen la yerba que hallan; y de esta manera los mantienen todo el camino sin darlos grano ni paja: bien comen la zara (maiz), si se lo dan.» La causa de no necesitar albarda, ni enxalma es por la espesura de la lana de que estan cubiertos y que les sirve de tal. La lana de los Llamas domesticados es mucho mas suave que la de los silvestres.

El Llama en el estado de naturaleza es mas robusto, vivo y ligero qne el domesticado; corre con la velocidad del ciervo, y trepa por los peñascos como la cabra. Estos animales se juntan en manadas á veces de 200 á 300, y cuando ven á alguna persona la miran muy atentos, dan un ronquido, y relinchan casi como los caballos, y por fin huyen todos juntos hasta las cimas de las montañas; prefieren la parte del norte y la region fria, y suben hasta mas arriba del parage en que empieza la nieve, haciendo alli frecuentemente su mansion.

Hácense cacerias de Llamas silvestres para quitarles el vellon: los perros tienen mucho trabajo en seguirlos, y si se les dá lugar para llegar á los peñascos asi los perros como los cazadores se ven precisados á abandonarlos. Cuando se ven estrechados no se defienden con los pies ni con los dientes, pues no tienen mas armas que su saliva la cual arrojan con indignacion por entre la hendidura del labio superior, como dice Frezier, al rostro de los que los insultan, y se asegura que esta saliva que escupen cuando están coléricos es tan acre que levanta ampollas en la piel.

El incremento de estos animales es bastante pronto y su vida no muy larga: hállanse en estado de producir á los 3 años, en todo su vigor á los 12, y desde aquella edad empiezan á decaer, de suerte que á los 15 estan enteramente estragados.

Varias veces se ha intentado transportar esta clase de animales á las provincias de España, segun asegura OExmelin, siendo una de ellas en tiempo del rey Católico, pero el clima les fué tan contrario que todos murieron.

El conde de Buffon coloca al Llama en el número de las ovejas, pero autores tambien respetables le colocan entre los camellos. El P. Blas Valera dice: «estos animales son del tamaño de ciervos y muy parecidos al camello, con la diferencia de no tener corcoba.» En efecto, el Llama tiene el cuello largo y encorbado, y hendidos el labio superior y el pie: se echa doblando y ocultando manos y pies bajo el pecho y vientre: estando echado apoya el pecho sobre un callo que tiene en él: rumia, camina gravemente, carece de dientes incisivos y caninos en la mandíbula superior: nunca ó rara vez bebe: tiene pulpejo y no casco en la planta de pies y manos, todo lo cual es idéntico en el camello, con solo la diferencia que este bebe, aunque resista 7 ú 8 dias la sed, de que tiene corcoba y de que su lana ó pelo no es tan fino como el del Llama.

Aunque en España conocemos este animal con el nombre de Llama en su pais natural del Perú se les dá el de Alpaca, pues la palabra Llama es voz genérica con que los indios del Perú nombran á todos los animales que tienen lana.

El uso de los Llamas se ha disminuido mucho desde que los españoles introdujimos en el Perú caballos y mulos, y por haberse disminuido en especie, á causa de que en las cacerias que se hacen de estos animales matan los cazadores indistintamente los machos y hembras que entran en los cercos, lo cual hacen sin necesidad, porque estando encerrados los Llamas podian trasquilar las hembras y minorar el número de los machos, segun se hacia antiguamente.

SOBRE LA GRAMÁTICA LATINA

á principios del siglo XVI.



Sabiendo de dar á nuestros lectores en uno de los números próximos la biografía del célebre Luis Vives, hemos creido oportuno anticipar una breve noticia acerca del estado de la literatura, y en especial de la gramática latina, á principios del siglo XVI, para que se conozca mejor el mérito de este escritor eminente, y lo mucho que trabajó para la restauracion de las ciencias.

Apenas habrá quien ignore el estado deplorable en que se hallaban todas ellas en España, por una consecuencia necesaria de la incesante guerra que fue preciso sostener para arrojar de nuestro suelo á los árabes, lo cual hacia necesario atender á la existencia física antes que á la moral. Ni era tampoco mucho mas satisfactorio el lastimoso cuadro que ofrecian las ciencias en lo restante de Europa, á escepcion de la Italia (merced á los griegos espatriados) no solo por las continuas guerras y los escasos medios de comunicacion que tenian los pueblos, sino tambien porque la imprenta estendia á la sazon muy lentamente su mágica influencia.

Casi las únicas ciencias que se cultivaban por entonces eran la dialéctica y la teología; pero estas se hallaban enteramente á merced de ciertos sofistas, disputadores eternos, que solo esperaban á que cualquiera sentase una proposicion para decidirse ellos por la contraria, y echar el formidable *contra sic argumentor*: El mismo Vives se quejaba de que por haberse dejado alucinar del espíritu de sofistería, habia adquirido tales resabios, que frecuentemente se le escapaban algunas sutilezas, aun cuando procuraba estar muy sobre sí para evitarlas: y Alfonso García Matamoros, uno de los mejores catedráticos de Alcalá, y contemporáneo de Vives, aseguraba haber encontrado maestros que le ofrecian adiestrarle en probar cualquier absurdo, y hasta evidenciar que lo blanco era negro.

Habíase introducido al mismo tiempo tal jerga de barbarismos, un latin tan inculto y grosero que este idioma llegó á ser una especie de *caló* literario: asi es que muchas veces solian decir á sus discípulos, cuanto mejor gramático, peor dialéctico. (*Cuanto melior eris grammaticus, tanto pejor dialecticus et teologus*).

Por desgracia tales maestros llegaron á adquirir escesivo crédito entre el ignorante vulgo, lo cual contribuyó no poco al atraso de las ciencias, por lo mismo que el latin era entonces el único medio conocido de aprenderlas.

En efecto en medio de la carestía general de libros, apenas se encontraba alguno que otro escrito en lengua vulgar, pues escepto algunos pocos griegos, casi todos los demas ya fuesen de los romanos, ya de los santos padres, ya en fin de los godos, estaban escritos en latin; por lo tanto era preciso saberlo bien para servirse de ellos. Ademas se habia usado por mucho tiempo el escribir en este mismo idioma todos los instrumentos públicos, aunque por lo comun en un estilo muy grosero.

Por efecto tambien de la escasez de libros era preciso servirse de los que se hallaban mas á mano, y como los que comunmente se dedicaban á la enseñanza eran los clérigos y los monges, usaban para ello de sus breviarios y de las vidas de los santos nuevos, que solian ser los únicos libros que tenian á su disposicion. Asi es que apenas eran conocidos de nombre los autores clásicos del tiempo de Augusto que afortunadamente habian sido copiados y librados de la barbarie de los siglos medios, por los benedictinos de Monte-Casino.

Tal era el estado de la gramática latina, especialmente en España, cuando se presentó Nebrija en la palestra, y secundado de algunas otras personas inteligentes, trató de sacarla del tortuoso camino que seguia. Era tal la fama de malos gramáticos que tenian los españoles, que los italianos daban por imposible, que un español fuese buen latino, y aun algunos críticos alegaban que no lo habian sido en la antigüedad, torciendo el sentido de lo que dijo Juvenal sobre el tonillo por el cual eran reconocidos en Roma los poetas cordobeses; lo cual, como es fácil de conocer, recaia sobre la locucion, no sobre la gramática. Pero Nebrija desmintió altamente á estos míseros detractores, logrando formar en poco tiempo escelentes discípulos, que hablaban un latin no solo castizo, sino elegante, como se puede ver en muchos de los escritores del siglo XVI, época de la restauracion de la lengua latina.

Bien pronto fueron adoptados los autores del siglo de oro de la literatura romana, los cuales, reproducidos por la prensa, llegaban á manos de los discípulos con mas facilidad, viéndose en breve circular por las aulas los escritos de Ciceron, Tácito, Julio Cesar y Tito Livio, y de los poetas, Virgilio, Ovidio y Marcial.

Todas estas obras fueron corregidas, aumentadas ó anotadas por los hombres mas eruditos de aquel tiempo, tanto nacionales como extranjeros; y asi es que de solo Marcial hay tres célebres comentadores todos contemporáneos.

Admirados de estos adelantos los antiguos dómines, trataron de oponerse á ellos por no ver en breve desiertas sus aulas, y aun tuvieron la ridiculez de acusar de idólatras á los que estudiaban en los libros de los gentiles. Pero viendo que los obispos no solo no eran de este parecer, sino que antes por el contrario exhortaban á los sacerdotes á estudiar la gramática latina por los buenos modelos del siglo de Augusto, variaron de plan, y dejando á un lado las invectivas, trataron de aumentar el repertorio de sus libros de enseñanza con otros mas elegantes como las epístolas de S. Gerónimo, los himnos de Prudencio y algunos otros santos padres y escritores eclesiásticos de buen estilo.

De aqui provinieron los dos bandos que se disputaron por largo tiempo y con teson el dominio de las aulas: los unos se llamaban breviaristas, y los otros ciceronianos. Estos partidos, huyendo uno de otro, cayeron (como sucede siempre) en dos extremos á cual mas ridículos.

Los breviaristas, unidos con los escolásticos, hacian, ó por mejor decir, continuaban aquel latin impuro que se habia posesionado de las aulas, uniendo los idiotismos de la sagrada escritura con las voces técnicas de las ciencias, y algunas otras exóticas tomadas de las lenguas vivas.

Por el contrario, las ciceronianos degeneraron en una pedantería ridícula afectando no usar ninguna palabra, que no hallasen en Ciceron. Estos, á imitacion de los protestantes (que generalmente se hicieron ciceronianos) usaban por lo comun de un estilo ampuloso é hinchado, sacrificando frecuentemente la claridad á la pureza del lenguage. Asi, v. g. decian *sacra conficere*, en vez de *celebrare sacrificium missae*, y Jesus *Sospitator* en lugar de *Salvator*: hombre habia que hubiera sufrido con mas calma un ataque de gota que no el oir decir á los escolásti-

cos *nihil volitum quin praecognitum.*» Llegó á tal estremo la pedantería que habiendose presentado en Valencia un maestro nuevo de gramática, titulándose *gramaticae professor*, fué esto bastante para que atragera sobre sí las bufonadas de los ciceronianos, á pesar de ser esa palabra de origen puramente latino.

En vano algunas personas bien intencionadas trataron de unir estremos tan opuestos conciliando ambas escuelas, pues no habiendo podido llevar adelante plan alguno, apareció un tercer latin en que se echaban de ver los errores de uno y otro partido, resultando por consiguiente una amalgama disparatada.

En medio de estas contradicciones el latin se generalizó de tal modo, que casi llegó al estremo de hacer los oficios de lengua viva, siendo por lo menos el idioma de los sábios, puesto que no solo se hablaba en las cátedras, y se usaba en las esplicaciones, sino que en algunas universidades (y especialmente en Alcalá por mandato espreso de Cisneros) no se permitia hablar otra desde que se entraba por la puerta. Ademas los sábios escribian en latin todas sus obras, y de aqui proviene haberse escrito casi todas las de aquel tiempo en este idioma, llevando á tal punto esa mania que hasta las cartas familiares se escribian de ese modo, aun cuando fuesen paisanos, y por consiguiente supiesen su lengua nativa.

Por esa misma razon todas las obras de Luis Vives están escritas en latin, y hasta sus cartas familiares son en la misma lengua.

Bien pronto el furor de latinizar contagió á todas las clases del estado, y de aqui provino el *culteranismo*, objeto de burla para los escritores satíricos posteriores á aquella época. No solo los hombres sino hasta las mujeres aprendian ya el latin, y eran pocas las señoras nobles que dejaban de aprenderlo despues que vieron que la reina Isabel lo estudiaba con la *Latina*. Y ¡como no parecia regular que tales señoras lo supiesen, sin dar muestra de que lo poseian, usaban frecuentemente de términos latinos y retumbantes, aun en las conversaciones familiares. Llegó á tal punto el frenesí latino-femenil que Santa Teresa se vió en la precision de encargar á sus monjas que no fuesen latinas.

En el dia nos vemos ya en bien distinto caso, pues lejos de estudiarle se va *reformando* el latin en tales términos que quizá dentro de algunos años se buscarán los buenos latinos, como se buscan en el dia los profesores de árabe y hebreo.

EL CABALLERO DOBLE.

(Conclusion. Véase el número anterior).

QUERIDO Olof, cuanto habeis tardado! Yo temia que los osos de la montaña os hubiesen cerrado el camino, ó que los lefes os hubiesen convidado á bailar, dijo la jóven castellana haciendo sentar á Olof en el sofá de roble, en el interior de la chimenea. Pero ¿por qué habeis venido á una cita amorosa con un compañero? ¿Teneis miedo de pasar solo por la floresta?

— De qué compañero hablais, flor de mi alma? dijo Olof sorprendido á la jóven castellana.

— Del caballero de la estrella roja que llevais siempre con vos. Del que fue engendrado por una mirada del cantor de Bohemia, del espíritu funesto que os posee; libraos del caballero de la estrella roja, ó jamas escucharé vuestras palabras de amor; porque yo no puedo ser esposa de dos hombres á un mismo tiempo.

Vanas fueron las protestas de Olof, ni siquiera obtuvo la gracia de besar uno de los dedos de rosa de la mano de Brenda, y partió desconsolado y resuelto á combatir al caballero de la estrella roja, si podia encontrarle.

A pesar de la severa acogida de Brenda, volvió á tomar Olof á la mañana siguiente el camino del castillo, reflexionando mientras lo corria: sin duda Brenda ha perdido el juicio; porque ¿qué quiere decir con el caballero de la estrella roja?

La tempestad era de las mas violentas; la nieve caia á torbellinos, y apenas permitian distinguir la tierra del cielo. Una nube espiral de cuervos giraba con siniestro murmullo por encima del penacho de Olof, á pesar de los ladridos de Fenris y de Murg que saltaban al aire para apresarlos. Distinguíase encima de la cabeza de Olof aquel cuervo negro y luciente como el azabache, que posado en el hombro del cantor de Bohemia, llevaba el compás de sus canciones con su pico.

Feuris y Murg se detienen súbitamente: ensanchan sus narices y sorben el aire con inquietud, cual si olfateáran la presencia de un enemigo y no la de un lobo ó de una zorra, porque un lobo y una zorra no serian parellos mas que un bocado.

Se oye ruido de pasos, y aparece al punto por el recodo del camino un caballero montado en un caballo de enorme alzada, y seguido por dos enormes perros.

Quien no hubiera creido que era Olof! Iba armado exactamente lo mismo: su escudo llevaba el mismo blason, y solamente se distinguia en que la pluma de su casco era roja y la de Olof era verde.

El camino era estrecho, y necesario que uno de los dos caballeros retrocediese.

— Volved atrás para que yo pase, dijo á Olof el caballero de la pluma roja calada la visera. El viaje que me resta que hacer es largo, soy esperado, y necesito llegar cuanto antes.

— Por la memoria de mi padre, que no seré y oquien retroceda. Voy á una cita de amor, y los amantes tienen mucha prisa, respondió Olof llevando su mano al puño de la espada.

El desconocido sacó la suya, y comenzó el combate. Las espadas, descargando sobre las mallas de acero, hacian saltar manojos de centellas deslumbradoras, y aunque de un temple superior, en breve se mellaron como sierras. Semejantes los dos combatientes, envueltos entre el humo que arrojaban sus caballos y la bruma de su angustiosa respiracion, á dos negros herreros cebados en descargar sus pesados martillos sobre el hierro candente. Los caballos animados del mismo furor que sus caballeros, mordian á grandes dentelladas sus venosos cuellos, arrancándose pedazos de piel: agitábanse con furiosos brincos, se alzaban sobre sus patas, y sirviéndose de sus cascos como de puños cerrados, se daban terribles golpes; entanto que sus señores martillaban horrible y tenazmente sus corazas, los perros se deshacian á bocados y ahullidos.

Filtrábanse las gotas de sangre por entre las conchas

de las armaduras, y cayendo abrasadas sobre la nieve, formaban pequeños hoyos de rosa, y continuaban cayendo con tal frecuencia y tan repetidas cual si fueran las armaduras una criba. Los dos caballeros estaban heridos.

Cosa admirable: Olof sentia los golpes que dirigia al caballero desconocido, sentia el dolor de las heridas que hacia y recibia: habia esperimentado un gran frio en el pecho, como de un hierro que traspasa y hiere el corazon, y no obstante su coraza no estaba falseada en el sitio del corazon: la única herida que tenia era en el brazo derecho. Duelo singular donde el vencedor padecia tanto como el vencido, donde dar y recibir era una cosa indiferente! Mas reuniendo Olof sus fuerzas, hizo volar de un revés el terrible yelmo de su adversario.

—Que horror! El hijo de Eduvigis y de Lodbrog se vió ante su presencia: un espejo no le hubiera presentado mas fielmente su imágen. Olof se habia combatido con su propia sombra, con el caballero de la estrella roja; el espectro arrojó un gran grito y desapareció.

La nube de cuervos se remontó hasta el cielo, y el valiente Olof continuó su camino; al regresar por la tarde á su castillo llebaba á la grupa á la jóven y hermosa castellana, que aquella noche habia oido sus amorosas ansias. —No viendo ya al caballero de la estrella roja, se habia decidido á dejar caer de sus labios de rosa sobre el corazon de Olof aquella amorosa confesion que tanto cuesta al pudor. El cielo estaba despejado y azul; Olof levantó la cabeza para mirar su estrella doble y mostrársela á su querida; pero solo brillaba la estrella verde; la roja habia desaparecido.

Al entrar Brenda en el castillo, regocijada de este prodigio que atribuia al amor, advirtió al jóven Olof que las negras pupilas de sus ojos habian tomado un hermoso azul signo de reconciliacion celeste.—El anciano Lodbrog dejó correr una leve sonrisa por bajo de sus blancos vigotes desde el seno de su tumba; porque á decir verdad, aunque nunca lo habia manifestado, los ojos negros de Olof le habian dado que pensar algunas veces. —La sombra de Eduvigis radió de alegria porque el hijo del noble señor Lodbrog ha vencido en fin la maligna influencia del cuervo negro y de la estrella roja; el hombre ha vencido al espíritu incubo.

Esta historia manifiesta los efectos que pueden resultar de un ligero momento en que se olviden los deberes de una mirada que tal vez se cree inocente.

Jóvenes esposas, no alceis jamás los ojos para mirar á los trobadores que recitan encantadoras y diabólicas poesías; jóvenes doncellas, no os fieis mas que de la estrella verde esmeralda: y vosotros los que teneis la desgracia de hallaros dominados por dos genios, combatid con valor y tenacidad aun cuando debierais heriros con vuestra propia mano, con vuestro mismo acero; combatid al enemigo que os domina interiormente, al menguado y traidor caballero.

Si quereis saber quien nos ha traido esta leyenda de Noruega, os diremos que su fiel portador ha sido un cisne, un hermoso cisne nos la ha traido en su pico amarillo, un cisne blanco como la nieve que ha cruzado el Fiord, mitad nadando, mitad volando.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

EL MUNDO INVISIBLE.

I.

LA NEUROSE.

Hay algunas horas en que la inteligencia estraviada en los trabajosos senderos del analisis, y espantada súbitamente de la debilidad de sus raciocinios en presencia del universo, se siente abrumada por el peso de una fuerza desconocida. Entonces se eleva en nuestro interior una voz fatal que nos manda detenernos, y se abre espontáneamente ante nuestros ojos un abismo profundo, tenebroso, imágen de la noche, donde mas de una vez nos sumergen las teorías formadas por nuestra fragil razon.

En estas horas de abatimiento, pierde la ciencia todo su prestigio; reducida á sus justas proporciones se nos aparece bajo una forma incompleta, sin armonía en sus partes, mas digna de piedad que de respeto. Pero la imaginacion, esta esclava siempre pronta á nuestras órdenes, nuestra mejor amiga, tal vez, estiende por un momento su precioso manto sobre las espaldas de la débil ciencia, y oculta de nuestra vista su triste desnudez. Rápidos relámpagos iluminan nuestras tinieblas; percepciones incompletas, instantáneas y lúcidas, no obstante, nos hacen avanzar á pasos agigantados por caminos desconocidos hácia el objeto misterioso buscado por el filósofo con tal ahinco y con tan poco fruto, por espacio de tantos siglos.

Dichosos y demasiado cortos instantes, en que el alma, desembarazada del cuerpo parece gozar antes de tiempo de las delicias que el sentimiento le promete en el porvenir: revelaciones interiores; suaves y sublimes armonías cuya conciencia poseemos sin conseguir nunca sus resultados; preciosas armonías que saben algunas veces llegar hasta el alma, sin alterarse en nada en el crisol destructor á que dan el nombre de espíritu. ¿Pero porqué viene tan presto el orgulloso deseo de penetrar los misterios del cielo, á emponzoñar estos esquisitos y puros placeres? ¿por qué nos fatigamos continuamente á la manera de viageros curiosos é insaciables, en ascender á las montañas mas elevadas, en pisar sus mas agudas crestas y sus nieves eternas, con el objeto de descubrir un nuevo horizonte que huye sin cesar ante nosotros, y cuyos límites no podria alcanzar jamás nuestra débil vista, cuando sentados al pie de la montaña, sin la menor fatiga, podriamos contemplar tantas maravillas? ¿Por qué nos transportamos en nuestra ignorante vanidad por las regiones del espacio, lejos de los objetos que nos rodean y que miramos con desden, en busca de mundos superiores y desconocidos? Esto consiste en que alli nos parece acaso el sol tan brillante, tan grandes las esferas, los caminos tan anchos que creemos estar mas cerca de Dios. Porque en nuestras ideas humanas, nos represen-

tamos la grandeza y el poderío muy elevados, y si pensamos en un eterno y supremo ser, nuestros ojos se dirigen hácia el cielo, como si fuese mas bello haber creado las estrellas que los guijarros y los musgos por donde caminamos: y no queriendo ver nada de este globo que nos parece demasiado pequeño, ni saber nada de cuanto pasa á dos pasos de nosotros, elevamos nuestra débil vista al universo inmenso intentando comprenderle.

Hallábame un dia sumergido en este triste y dulce desvarío, consecuencia inevitable del trabajo de la ciencia y de investigaciones infructuosas: el tiempo huia rápidamente; la noche se avanzaba con precipitacion, y yo miraba desde mi ventana como se ocultaban las lejanas colinas una á una, al paso que iban desapareciendo las amarillentas y enrojecidas tintas del sol poniente; ¡es tan grato perder en una poética contemplacion la tiránica costumbre de observar! A la manera que un viagero vuelve á lo lejos la vista hácia la morada que acaba de abandonar y que no piensa volver á ver jamás, asi miraba yo, como si quisiera darle el último adios, al cielo aun puro, al que el invierno iba á cubrir de nieblas en breve, y á sulcarlo de nieve; porque sabido es que siempre gozamos con doble placer un bien que vamos á perder, que otro que podemos disfrutar continuamente, por eso el otoño es para nosotros la estacion mas hermosa.

No podré decir yo cuanto tiempo duró esta completa felicidad; pero un ignorante orgullo se apoderó de mi espíritu: la tierra perdió sus perfumes, el aire su frescura, la noche su poesía. Yo me habia convertido en astrónomo, y me sentí oprimido y estrecho en este globo. No podemos, esclamé, no podemos en nuestro reducido planeta concebir la grandeza de Dios: aqui nada es digno del pensamiento del sabio, todo esta ya conocido y previsto, todo es perecedero y limitado: lo infinito solo existe en el cielo. Si toco con mis manos uno de esos astros que ruedan en el espacio, si veo suspendidos sobre ellos otros astros; y sobre estos otros astros tambien, entonces me aseguraré de que Dios es verdaderamente grande.

Asi, yo infeliz y débil criatura huia de la tierra con el pensamiento, como se huye de una fiesta tumultuosa y desordenada; y lanzándome lejos de este mundo con mas rapidez que el águila de los Alpes, volaba al través de los cielos. Lanzado hasta los límites de mi simple vista, y tomando un nuevo esfuerzo en breve toqué esos astros esplorados por nuestros sabios, medidos con sus compases pesados en sus balanzas. Y viéndome aun allí, en un mundo conocido, aun hay otra cosa mal alta, esclamé, y me esforcé en elevarme hasta los misteriosos soles, ya presentidos, pero aun no descubiertos. Tal vez iba ya á tocarlos, y á describir las ocultas leyes que les dan movimiento, tal era al menos mi pensamiento, pero mi loca amiga, la que me llevaba tan caprichosamente á merced de mis vanos deseos, replegó súbitamente su manto, y ví delante de mí, escritas en caracteres lívidos, las palabras que lleva selladas en la frente el genio del mal: ¡Orgullo é impotencia!

Adios mundos, adios cielo! Yo volví á mi ser natural, volví á ser hombre. Como nada sostenia mi pensamiento, un frio interior y súbito paralizó mis miembros, y me sentí caer con la rapidez del rayo de aquella inconmensurable elevacion en que me hallaba.

Héme aquí, pues, otra vez mas incrédulo y desdeñoso en esta tierra, donde nada me parecía bastante vasto á mi inteligencia, donde me parecia todo tan pequeño, que creia haberlo ya abarcado. Criatura ignorante, cuanto me engañaba!

Mas repentinamente una conmocion violenta hizo estremecer todo mi cuerpo: llena de vértigos mi cabeza parecia que iba á saltar en pedazos; mis ojos impelidos interiormente por una fuerza estraña, y arrastrados por otra fuerza contraria, se retiraban en sus órbitas; un enorme peso suspendido sobre mis párpados los obligaba á cerrarse á pesar suyo; mil demonios me torturaban á un mismo tiempo el craneo, y me seria imposible describir el sufrimiento que me causó este tumulto atroz de tormentos diversos.

Si tales dolores hubieran durado mucho tiempo se hubiera seguido como consecuencia inevitable la muerte; pero la pérdida de los sentidos vino á terminar en breve mi infernal suplicio y caí en un completo desvanecimiento.

Cuando salí de este estado, padecia mucho, y á pesar de que era de dia, yo no podia distinguir ningun objeto porque todo se perdia en un horizonte azulado y prolongado hasta lo infinito, y al bajar mis párpados veia pasar y repasar por delante de mis ojos enormes vigas largas y torcidas. Yerto de sorpresa, arrojé un grito de terror: en aquel mismo instante adverti que entraba alguno en mi estancia, y aunque no distinguia nada, reconocí en el metal de la voz á un sábio médico amigo mio.

Ah; doctor, le dije permaneciendo inmóvil; ¿sabeis lo que me ha sucedido esta noche! no distingo mas que grandes maderos que suben y bajan ante mis ojos, la claridad del dia, y un horizonte azulado.

—Esta V. soñando, me dijo el doctor, dándome un golpe en las espaldas; pero luego que se aseguró de que no dormia, se quedó inmóvil de admiracion?

—Dios mio, esclamó, no me ve V.?

—No, yo no veo mas que una sombra confusa, maderos que pasan y cruzan, y la inmensidad, le respondí.

—Entonces acercó algun objeto á mis ojos, preguntándome que veia.

—Es V. el que aplica esa gran barra de acero, le respondí; es un gran pararrayos con un enorme cable al que me parece que estoy colgado.

—El gran Paracelso, murmuró el doctor en su interior, refiere en su libro de los poseidos, que fue atacada una mujer de una enfermedad semejante á la impresion que dejan los grandes sustos.... Esto lo leí hace tiempo, sin darle crédito alguno; pero en la actualidad.... Estraño fenómeno.... misterio impenetrable....

— Pero y que sucedió, esclamé interrumpiéndole; curó Paracelso á su enferma?

—Esto era en el siglo XVII, y la enferma fue quemada viva en Verona, por órden de Marcelo II, como poseida del diablo, no obstante de que el sábio alquimista hizo un licor para curarla, al menos segun pretendia.

— Ah ¡Dios mio!

—Pero, consuélese V., ya no estamos en aquellos tiempos de ignorancia y de barbarie: la ciencia ha progresado mucho desde aquella época, sabemos que su enfermedad de V. depende del sistema nervioso, de una falta de equilibrio en las fuerzas orgánicas; y podemos decirle que ha invertido el órden de la sensaciones el fluido vital, marchando en sentido contrario por vuestros nervios ópticos; que es un estado flemático de vuestras pupilas que divirge el rayo visual en lugar de concentrarle, una constriccion de la retina, una sobreescitacion morbosa, una *neurose* en fin.

—Y que remedios la cura, pregunté al momento.

—El tiempo, la paciencia y la naturaleza.

—Pues donde estan esos progresos en la medicina, que deciais ahora?

—No os enseña que vuestra enfermedad se llama neurose?

Despues de algunas tristes reflexiones sobre el estraño estado en que me hallaba contando con que los esfuerzos que haria la naturaleza para recobrar sus antiguos derechos debian aliviarme, me puse á contarle con la tranquilidad de un discípulo de Epitecto mi audaz espedicion de la noche, y de que manera no pareciéndome la tierra bastante vasta, me habia elevado de ella á visitar otros mundos.

— Pues bien, mi querido astrónomo, me dijo el doctor suspirando, en cuanto yo cesé de hablar, eso que padeceis es un castigo del cielo, porque está escrito. Nadie podra alzar el velo que me cubre, y Dios ha castigado vuestra temeridad. A unos da la duda roedora, á otros la locura, y queriendo mostrar á V. que las señales de su poder son tan visibles en la tierra como en el cielo, ha vuelto sus ojos microscópicos.

El foco de la vista esta á algunas líneas de sus ojos de V.; alli se muestran los objetos notablemente engrandecidos, pero mas lejos se hacen invisibles, y lo infinito se halla á dos pasos de V.: las vigas que pasan por delante de sus ojos, son las cejas que se elevan y descienden con los párpados; una fina aguja, una hebra de seda, he aqui el pararrayos y el enorme cable que veia V. Tranquilícese V.; la enfermedad no puede durar mas de tres dias, y si quiere V. seguir mis consejos, mientras tanto que permanezca aprovechemos el tiempo en examinar en alguno de sus detalles este mundo que V. ha desdeñado.

V.

(*Se continuará*).

EL HIJO DE D. FARFAN.

E l'osa pure, e'l tenta, e ne riporta,
in vece de castigo, onore e laude.»

Gerusaleme liberata. V. 22.

Por las frondosas alturas
que circundan á Lopera,
cuando las estrellas puras
de la celestial lumbrera
rompen las nieblas oscuras
que ennegrecian la esfera,
vaga envuelto en grana y oro
Don Farfan, terror del moro.

Fijas están sus miradas
en la ciudad enemiga,
que él con tropas esforzadas
en duro cerco fatiga;
y á las violentas punzadas
del corazon, la loriga
parece recinto estrecho:
tal dolor le agita el pecho.

Tras espeso bosque oculto
se mantiene, y perturbado,
temiendo ver el insulto
que sospecha confirmado.
Sale de Lopera un bulto
por un portillo escusado;
Farfan lo aguarda sañudo
y con el brazo forzudo.

Cuando se acerca lo para:
«Villano español», le dice,
borron de familia clara,
pues su fama contradice
la del vil que se separa
del honor. «Hijo infelice
de mi amor, que en negro dia
dió al mundo la esposa mia.»

«Ya que descarado ofendes
cuanto en noble celo acata
tu padre, y el lustre vendes
de tu nombre, fiera ingrata,
consuma lo que pretendes:
en mi tu furor desata.
De esta hueste soy caudillo;
clava en mi pecho el cuchillo.»

«La punta en sangre teñida
muestra á la gabilla infame
donde hallastes acogida.
Su vista en valor la inflame:
y orgullosa y atrevida
cual torrente se derrame
por el suelo de Castilla
para colmar tu mancilla.»

«Y él, sin que el padre le asombre,
le replica en noble acento.
«Bien os valga el santo nombre
de padre, que no consiento
de nadie baldon, ni hay hombre
fuera de vos, que un momento
viviera, tras el lenguage
con que me cubrió de ultrage.»

«Señor padre, habeis herido
honra que no es toda vuestra;
parte de ella he merecido
con mi valor y mi diestra:
honra que no ha consentido
de interpretacion siniestra
soplo impuro, sin que ardiente
cual fiero volcan rebiente.»

«Ved que soy tan castellano
como vos; tan caballero
como el que mas; y en la mano
ved que no falta el acero.
¿Quereis saber el arcano
que se encierra aquí? primero
no lo sabreis, os lo juro,
que embistamos ese muro.»

«Pues á los muros» -- esclama
Farfan; y los tercios junta,
y á su intrepidez inflama
mostrando la heróica punta,
signo de victoria y fama.
«¿Do está el mancebo?» pregunta
con afan que en vano esconde. --
Mas nadie á su afan responde.

Comienza el ataque: unidos
los tercios, honor de España,
se muestran apercibidos
á la mas cumplida hazaña.
Lanzan altos alaridos
las tropas; con fuerza estraña

combaten, aunque serenos
castellanos y agarenos.

Y al tiempo que la batalla
mas sangrienta se enardece,
dentro de la almena estalla
grito que el aire estremece;
y de pronto en la muralla
cristiana turba parece,
que con orgullo tremola
noble bandera española.

Cien jóvenes esforzados
son que un mancebo acaudilla,
cuyo acero á los sitiados
con fieros tajos humilla.
Y á tal proeza animados
los guerreros de Castilla
van veloces á la puerta,
ya por mano amiga abierta.

Cede al doble impulso el moro;
y ya es de España Lopera;
y eco de clarin sonoro
retumba en monte y pradera.
Torna el soñado desdoro
Farfan en gloria altanera,
y al hijo ansioso procura,
y en sus brazos le asegura.

Mas él responde. — «El portillo
por donde salí esta aurora
nunca pudiera yo abrillo
sin la mano de una mora
que sujetó en fuerte grillo
mi pecho. Sea en buen hora
para Castilla Lopera
y para mí la portera.»

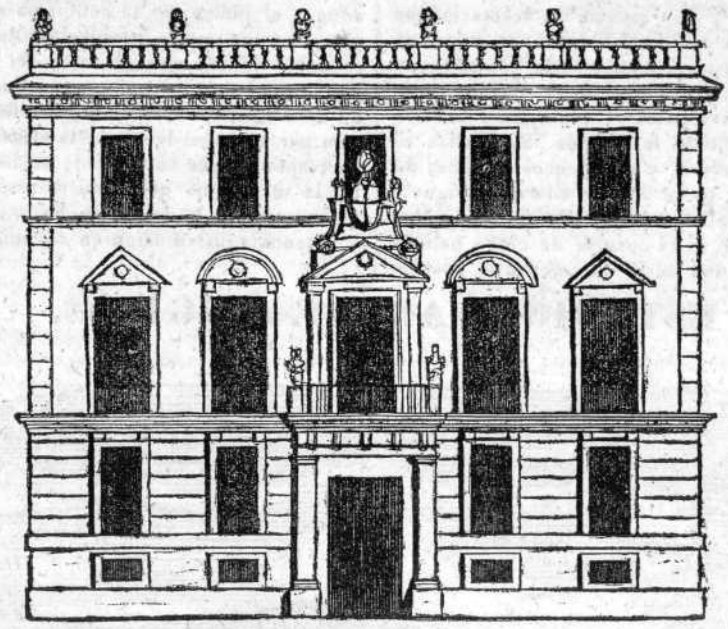
J. J. DE M.



Se suscribe al Semanario Pintoresco en Madrid en la librería de Jordan calle de Carretas, y en la de la Viuda de Paz frente á las Covachuelas. En las provincias en las administraciones de correos y principales librerías. Precio de suscriccion en Madrid. Po un mes *cuatro* reales. Por seis meses *veinte* reales. Por un año *treinta y seis* reales. En las Provincias *franco de porte*. Por res meses *catorce* reales. Por seis meses *veinte y cuatro* reales. Por un año *cuarenta y ocho* reales.
Las cartas trreclamaciones se dirigirán francas de porte *á la Administracion del Semanario*, calle de la Villa, número 6, cuarto principal.

MADRID: IMPRENTA DE LA VIUDA DE JORDAN E HIJOS.

BELLAS ARTES.



(Fachada de la casa de D. Mariano Fontes en Murcia.)

ARQUITECTURA.

Cuando vemos la elegancia y buen gusto con que se construyen actualmente las fachadas de las casas en esta córte, llegamos á persuadirnos de que ese gusto sencillo y elegante que en ellas reina, cuenta su fecha en la época presente, y que solo se limita á la villa de Madrid. Con efecto, vemos generalizado en su centro ese buen gusto que poco á poco vá transformando lo material de su poblacion, en otra muy diferente de la que á la vista se presentaba hace veinte años. Sin embargo no es de este siglo la fecha de ese buen gusto, ni Madrid el único pueblo que pueda jactarse de haberle puesto en práctica. En prueba de ello hablaremos hoy de la fachada de una casa bastante notable de la ciudad de Murcia.

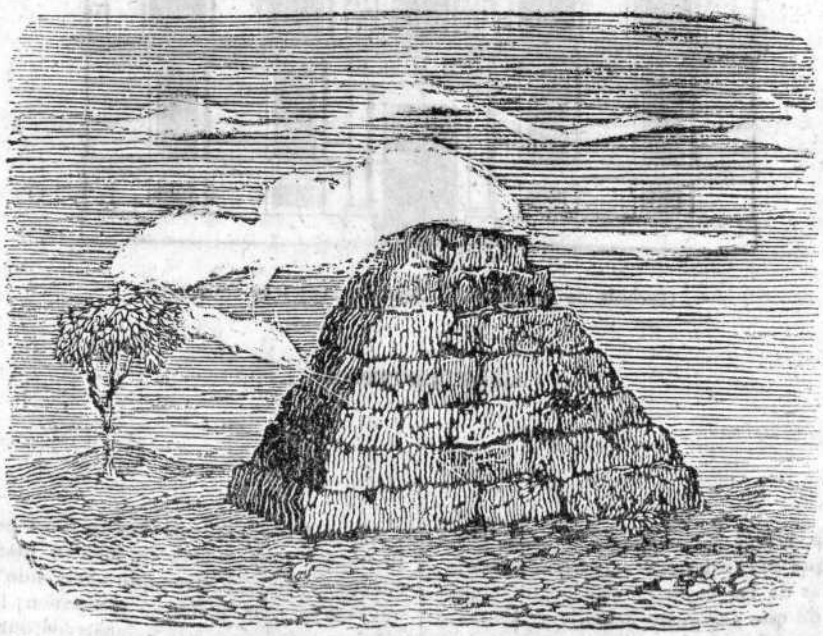
Entre los edificios que llaman en ella la atencion, aunque en la clase de los particulares, pero que manifiesta la tendencia á desterrar el churriguerismo que se observa en todas las construcciones de los últimos años del siglo próximo pasado, lo es la fachada de la casa que en la calle de Capuchinas posee el Sr. D. Mariano Fontes, hacendado en dicha ciudad.

Esta fachada construida en 1796 por el profesor Don Pedro Gilabert consta en todo su plano vertical de tres cuerpos arquitectónicos que abrazando toda su latidud de noventa y seis palmos, componen la altura total de ochenta y siete hasta la balaustrada que la remata. El primero que se eleva sobre el piso de tierra á la altura de treinta palmos, y comprende las caballerizas y entresuelos, es almohadillado, construido de piedra franca sobre un zócalo de jaspe negro de cinco palmos; sus huecos correspondientes á las caballerizas son ventanas con la proporcion de seis palmos de ancho por cuatro de alto adornadas de marcos lisos; y los de los entresuelos balcones de seis palmos de latidud por catorce de altura enriquecidos de repisas, jambas, dinteles, mensulas y guardapolvos, que sostenidos por las últimas forman línea con la imposta que lo corona en toda su longitud, sirviendo de repisas á los balcones del piso principal. En su centro se halla interrumpido este cuerpo por otro dórico con pilastras estriadas adornadas de baquetas y cornisamento correspondiente, y en él se halla colocada la puerta, recibiendo la bolada de su cornisa el balcon del

centro del piso principal. Este forma el segundo cuerpo, elevándose sobre la espresada imposta á la altura de treinta y un palmos: su fábrica es de ladrillo á llaga descubierta, fortificando los ángulos un almohadillado de piedra franca: sus huecos que tienen la proporcion de ocho palmos de ancho por diez y ocho de alto están enriquecidos de jambas, dinteles, frisos y frontones triangulares y circulares alternadamente todo ello de la espresada piedra. Hállase tambien este cuerpo interrumpido en su centro y en correspondencia del dórico inferior por otro jónico que sirve de ornato al balcon con pilastras estriadas sobre las que carga un fronton triangular de mayores dimensiones que los demas y una especie de acroterio que cortando la imposta que corona este cuerpo, se eleva hasta casi la mitad del último, y en el está colocado un escudo de armas. El tercero y último cuerpo se eleva á la altura de diez y nueve palmos, incluyendo la hermosa cornisa que corona toda la fachada. Su fábrica es igual á la del cuerpo anterior, y sus huecos balcones de seis palmos de ancho por trece de alto adornados igualmente que todos los demas de jambas y dinteles de piedra franca, de la que tambien es la cornisa de cinco palmos de altura enriquecida de una série de mensulas graciosamente distribuidas, y sobre toda ella corre un sotabanco que recibe la balaustrada de hierro de siete palmos de altura interrumpida á trechos y en correspondencia con los macizos de pilastrones sobre los que descansan jarrones de esmerado gusto.

En todas las repisas, jambas, dinteles, mensulas, frisos, sofitos, tímpanos y molduras se hallan distribuidos y diestramente tallados multitud de óvalos, festones, florones, hojas, grecas, y objetos alegóricos de esquisto gusto, causando un golpe de vista sorprendente al que ayudan en gran manera los dos cuerpos dórico y jónico que interrumpen el cuerpo inferior y principal, pues aunque el jónico no se conforma en el todo con las reglas de buen gusto establecidas en el dia, sin embargo se echa de ver que el autor del pensamiento, no creyendo oportuno colocar un resalto en una estension donde no hubiera hecho el mejor efecto, y queriendo por otra parte no perder de vista el carácter suntuoso que le correspondia por su calidad, no halló otro medio de evitar la monotonía que hubiera resultado de no distinguir su centro. Por lo demas se observa una buena proporcion y entendida distribucion en sus miembros principales.

ESTUDIOS ARQUEOLOGICOS.



LAS PIRAMIDES DRUICAS

De la villa de Campos en la isla de Mallorca.

"Ya no existis, naciones poderosas;
«Vuestra gloria acabo.
«Los arcos y obeliscos son cosos
«Montes son ya de trastornadas piedras
«¡Memorias de dolor! Allí apacienta
«Su ganado el zagal.„

(Moratin.)

Estos antiguos monumentos respetados por la transmision de veinte y ocho siglos, pueden mirarse como una prueba incontrovertible del colosal poder de los antiguos insulares. Ellos no tan solo pregonan esta verdad, sino que nos dan una idea de los conocimientos que tuvieron los primitivos baleares en la geometría y la mecánica; nos manifiestan el influjo estraordinário de sus autores los Drúidas, y nos hacen admirar la conservacion de tan estupendos vestigios despues del largo transcurso que ha mediado desde que se levantaron, resistiendo los golpes de la ignorancia que por desgracia siempre han recibido en esta isla las preciosas reliquias de nuestra antigüedad.

Muy distantes estamos de creer la poblacion de gigantes en Mallorca como lo aseguran el falso Beroso y el crédulo Binimelis, adulterando con estas fabulas nuestras historias: pero no nos cabe la menor duda de que los

autores de las pirámides del argumento eran hombres d una pujanza y valor estraordinario, pues á no ser así ¿cómo hubieran podido levantarlas, sobreponiendo unas piedras de trescientos quintales á otras de correspondiente magnitud? Verdaderamente causa admiracion al espectador inteligente la vista de los altos obeliscos, de una circunferencia de mas de 500 palmos, que con el nombre de *atalayas*, *castells de moros* y *clapers de gegans*, existen en varios puntos de la isla y en particular en los predios *son Blanch*, *el Figueral*, *Alqueria fosca*, *son Cosmet*, *son Covas*, *la Canova*, *son Calar*, *Sitjolas*, *Camp roig*, *Viñala y Bauleras* del distrito de Campos. Admírase en ellos su conservacion desde una antigüedad remotísima, su construccion de unas piezas tan enormes, y lo que es mas, el haberse transportado estas desde algunas leguas de distancia, pues tenemos observado que las pirámides en cuestion se fabricaban de canteras que no las habia en sus cercanías.

Pero ¿en qué tiempo se elevaron estos monumentos, quién los levantó y qué uso se hizo de ellos? Aunque sabemos que Jacob y otros patriarcas los erigieron iguales, ignoramos cual fué el objeto que tuvieron para ello, pues no lo dice el erudito Flores á quien debemos esta noticia.

Nuestro cronista D. Juan Dameto en el lib. 1, página 52 de su historia, hablando de estos vestigios dice que algunos escritores los creen *lucillos* de tiempo inmemorable. D. José Vargas Ponce se contenta en dar noticia de ellos, y lo propio hace D. Ventura Serra en una *Disertacion* sobre las antigüedades de Mallorca dirigida al señor Pingaron. Mr. Laureau en su *Histoire de France avant Clovis*, t. I, pág. 119 hablando de los que existen en la Bélgica dice: «Le pays des Belges, celui des celtes surtout offrent des testes, et des restes de pyramides, dont la base est existente» Los autores de la *Enciclopedia británica* en el tomo VI, pág. 19, les dan el nombre de *Cairns* y dicen lo que sigue: «Various causes have been assigned by the learned for these heaps of stones.... Cairns are of different sizes same of them veri large. Mr. Pernand describes one in the isle of Aran 114 feet over, and ofa vast height.... Cairns are to be feund in all parts of our Islands, in Cornwall, in VValles, and all parts of Nort Britain; they were in use among the nortern Nations.» Estos y otros escritores extranjeros, y el autor de la obra *Eng and illustrated* tomo V, pág. 20, atribuyen estas magníficas construcciones á los Drúidas que eran los filósofos y sacerdotes de los celtas, pasaban por los geómetras mas célebres del orbe, y consagraban sus tareas á instruir la juventud en la ciencia de los astros, en la fisiología y en los preceptos de una buena moral. Diógenes Laercio compara á los Drúidas con los sabios de Caldea, con los filósofos de Grecia, con los magos de Persia y con los *gimnosofistas* de la India, y Amieno Marcelino los hace iguales á los *eubages* y *saronides*.

Entre los edificios drúicos que existen en Mallorca, los hay orbiculares, elípticos y triangulares; algunos construidos á plomo, otros á pie de muralla; unos con puerta, otros sin ella, y en los contornos de muchos se ven cuevas artificiales como en los de la *Alqueria fosca* y del predio *Baulenas*. Los hay tambien idénticos al diseño que trae el *Magassin pittoresque* tom. I, pág. 72, art. *Pierres celtiques*, entre los cuales merecen la observacion del anticuario instruido los que se hallan en el distrito de *son Costa* de la villa de Montuiri, y en *Luchamar* del término de S. Lorenzo.

Es muy sensible que en estos edificios no se hayan encontrado algunos geroglíficos ó inscripciones, que son tan comunes en los restos del templo de Dandera, segun el autor de *L' origine des loix, des sciences, et des arts* tomo V, pág. 125, para sacarnos de la duda en que nos encontramos de si fueron construidos antes del tiempo en que Cadmo, hijo de Agenor, bajó de Fenicia á la Grecia, ó si lo fueron en el reinado de Julio César y de Augusto, en que aun se construian, como lo atestigua Diodoro de Sicilia en el tomo II, lib. 5, pág. 217. Pero á falta de estas ilustraciones, que bien podian haberlas dejado en griego, si se levantaron los edificios despues de la venida de Cadmo, en cuya época ya conocian los celtas el alfabeto que este les trajo, como lo afirma Bastus citando á César; tenemos en abono de que los monumentos del argumento datan desde los Drúidas, lo que dice el autor de la obra intitulada *Nouveau recueil de voyages au Nord*, tomo I., pág. 285, á saber: «que los Drúidas levantaron pirámides de piedras informes, muy gruesas y sin liga ni cimiento alguno.» Esta misma circunstancia, confirmada por Diodoro en el lugar citado, la observará el arqueólogo en los monumentos que hay en Mallorca iguales á los de que hablamos; y por consiguiente no tan solo debemos considerarlos obra de los celtas y de sus filósofos, á cuyo cargo corria la construccion de estos edificios segun la *Enciclopedia Británica*, t. VI. pág. 135, sino erigidos en la misma época que los de Francia, Bélgica, islas Británicas y demas paises de Europa. Pero ¿en qué tiempo ocuparon los celtas esta isla? ¿de qué modo manejaban las enormes piedras que constituyen sus pirámides? ¿Qué uso hacian de estas? El Sr. Masdeu tomo I, pág. 121, citando otros autores, afirma que los celtas, descendientes de Celto hijo de Polifemo, molestados en las provincias de los iberes, y despues de haber dado nombre á la parte de España que por el lado oriental del monte Idubeda se estiende hasta el Ebro, pasaron á los Pirineos para cambiar de terreno mil años antes de la era cristiana. D. Luis José Velazquez en sus *Anales de España*, pag. 78, y Solino *in Polyhistore*, cap. XXVI, aseguran que las Baleares pertenecieron al reino de *Bocchóris* hasta la destruccion de los *Frigios* que aconteció noventa y seis años despues de la huida de los Celtas de España, añadiendo que Boccóris fue sucesor de Báleo, y que este, acompañado de egipcios, de celtas, y de su amigo Hércules Tirio, cincuenta años antes de la desolacion, de Troya, entró en nuestras islas y se apoderó de ellas. En esta época se fabricarian seguramente estas obras tan sólidas y estupendas, y sus constructores estarian sin duda instruidos en el arte tan difícil de sacar las piedras del seno de la tierra; del modo de cortarlas, y del de emplearlas en la fábrica de los edificios; del industrioso Cadmo, hijo de Agenor rey de Fenicia, que fue quien lo introdujo entre los celtas segun *L' origine des loix, des sciences, et des arts, tome III, lib. II, chap. III, pág.* 386.

Fáltanos ahora indagar el uso que hicieron los Drúidas de las piramides en cuestion. Esta materia seguramente es para nosotros de mayor peso, porque solo nos dicen los escritores y en particular el Sr. Bastus, que los Drúidas vivian en medio de los bosques por su gran veneracion al muérdago de las encinas, y que allí daban sus lecciones á la juventud procurando instruirla en las leyes de los galos, que son las mismas que traen Strabon, Tácito y César. Ningun género de duda nos cabe en creer que los obeliscos de que hablamos eran la única habitacion de sus constructores los Drúidas ó sacerdotes celtas, pues en sus alrededores no se descubre el menor vestigio de poblacion antigua, y muchos de ellos permanecen aun en medio de selvas y campos que desde que se construyeron no han sido reducidos á cultivo. Por lo que respecta á los monumentos de esta clase que no tienen

puerta por ser rellenos, convenimos con Sículo, tomo II, libro 5, pág. 217 de su *Historia universal* comentada por Terrasson, en que los baleares acostumbraban levantarlos sobre los enterramientos; lo que se comprueba con la multitud de urnas sepulcrales que en distintas épocas se han encontrado al demoler algunos de estos edificios.

Estas son las observaciones que hemos hecho sobre el origen de unos monumentos que á no ser por su invencible robustez hubieran seguramente desaparecido, como el famoso acueducto de Ternéllas, el anfiteatro de Alcudia, el desgraciado mosaico de Sta. María, y otros muchos vestigios de épocas remotísimas, que no habiendo tenido valor para resistir la cruel guerra contra la ignorancia mallorquina, enemiga implacable de tan respetables memorias, han caido exánimes bajo el yugo de su horrible adversario. ¡*Pudet hæc opprobia dici et non potuisse refelli*!

JOAQUIN MARIA BOVER.

EL CABALLERO NEGRO.

Novela histórica.

I.

DON JUAN EL TUERTO.

JOVEN pero valiente y generoso era el hijo de D. Fernando *el Emplazado* cuando empuñó las riendas del gobierno. Jamás destruian sus esperanzas los reveses, antes le alentabau, teniendo en mas vencer los mayores obstáculos en pró de sus pueblos, que disfrutar regalados festines. No por esto era menos aficionado á la diversion y al lujo, antes bien participaba de los regocijos públicos ataviándose con ricos vestidos salpicados de perlas y oro, que realzaban muy mas su noble porte y graciosas maneras. Cuando la guerra contra los moros no le apuraba, sentíase inflamado de ardiente deseo de manifestar la fuerza de su brazo; volaba á los torneos cubierto de lucidas armas, y mas de una vez hizo besar la arena á esforzados paladines.

Entre los grandes señores que contribuyeron á las revueltas intestinas, que trastornaron el reino durante la menor edad de Alfonso XI, eran los mas temibles y principales D. Juan Manuel, señor de Villena y padre de la reina doña Constanza, y el famoso infante D. Juan *el Tuerto*. La arrogancia y menosprecio con que este último trataba aun á los nobles de mayor gerarquía, le habiau constituido en una especie de tirano aborrecido de todos, pero á quien todos temian por su desmesurado poder, pues como deudo de Alfonso obtenia parte de su privanza, y la Vizcaya le reconocia por señor. Tiempo habia que su corazon abrigaba odio mortal contra el rey, y su altivo y turbulento genio solo esperaba propicia coyuntura de arrojar abiertamente la máscara de lealtad con que se cubria introduciéndose entretanto con maña en la confianza de D. Juan Manuel, quien miraba la amistad del infante como un recurso no despreciable para llegar dá mandarlo todo.

Los ocultos manejos de estos cortesanos no se escapaban á la penetrante sagacidad del rey, quien justamente desconfiado del infante, empezaba á negarle su confianza, aunque sin desecharle de su lado, pues temia darle ocasion para tramar nuevos disturbios, cuando tan necesaria le era la paz interior, á fin de volver todas sus fuerzas contra los moriscos de Andalucía.

Hallábase la corte en Valladolid, y mientras Alfonso recibia en el régio salon de palacio los homenages que le prodigaba la nobleza, paseábase D. Juan Manuel con ceñudo rostro por la galería inmediata, á cuyo remate habia una ancha escalera de piedra, que conducia á las habitaciones inferiores. No tardó en aparecer en lo alto de la escalera el señor de Vizcaya, el cual, viendo á su amigo tan amostazado, le dijo:

—¿Qué nuevo cuidado os aqueja, señor de Villena?

—«Ahí es nada, contestó este en voz baja» ¿Qué hemos de hacer ahora? ¿Ignoráis que el rey vá á marchar ahora mismo?

—«¡Diablo! ¿Qué me decís? ¿Y adónde vá?

—«A Vitoria con toda la corte.

—«¿Y eso os contrista? En Vitoria harémos lo que teniamos concertado para Valladolid.

—«Es que tengo órden de salir hoy mismo para la frontera de Andalucia.

—«¡Por el ojo que me falta! No parece sino que el rey adivina nuestros intentos.

—«Es preciso alzarnos.

—«¡Alzarnos! Fácil es decirlo; ¿Y el cómo?

—«Retirándonos á Villena.

—«¿Y si el rey os prendiese dentro de Villena, y os mandase degollar como vasallo rebelde? ¿Qué me diriais cuando os llevasen por las calles maniatado entre lucida comparsa de guardias escuchando las santas amonestaciones del compasivo misionero? ¿Y qué luego al divisar un encumbrado patíbulo, y encima descamisado jayan preparando los mohosos filos del hacha para dividir con ella...

—«Alto ahí, señor infante, que no he subido tan alto, que pueda sufrir tan desatinados pronósticos: cuenta que no os alcancen á vos mismo.

—«Ello es cosa que tarde ó temprano deben esperar los que, como nosotros, andan revolviendo conspiraciones.

—«Yo creo que en Toledo estaremos seguros.

—«Y yo os digo que en Toledo tendréis el mismo desastrado fin que en Villena.

—«Al demonio con tus vaticinios. ¿Adónde irémos pues?

—«A Aragon.

—«Entiendo, entiendo. Almazan cae en la raya de ese reino.

—«Y es parage seguro para urdir atrevidas empresas.

—«Ya, ya. Mientras el guerrero afile allí la punta de la lanza, no faltará alguna celestial doncella....

—«Rica sobre todo, señor de Villena.

—«Que haga menos triste la soledad de aquellos bosques....

—«Encantadores, si á las posesiones de Almazan, se añaden las de Alcocer.

—«Mala sierpe os envenene el corazon; sois un hombre impenetrable, dijo el señor de Villena retirándose.

—«Ayúdame tú á conseguir la mano de la hermosa heredera de Almazan, que despues ya nos veremos, murmuró el infante cuando D. Juan Manuel bajaba la escalera.

Un confuso ruido que provenia de los aposentos interiores llamó su atencion, y á poco rato se presentó en la galería el rey seguido de una brillante comitiva de grandes. Llegado que hubo á poca distancia del infante,

este se adelantó, y le pidió la mano para besársela; mas el rey le preguntó:

— «Don Juan ¿me seguiréis á Vitoria?

— «Señor, sí; á Vitoria y á todas partes, respondió turbado.

— «Basta, añadió el rey: alzad del suelo, y á cabalgar todos. Sereis mi amigo, infante, cuando me probeis el deudo que conmigo teneis.

Dicho esto bajaron; y pocos minutos despues salió toda la corte de la ciudad.

II.

EL PASO DEL ZADORRA.

No lejos del camino real que conduce de Vitoria á Salinas, y en el sitio en que una doble hilera de encinas disputaba en otro tiempo al sol el paso entre sus ramas, se apeaba un guerrero, y entregaba el corcel á su criado. Tenia calada la visera de un casco de acero empavonado de negro, y eran del mismo color todas sus armas: un enlutado crespon cubria el mote del triangular escudo, y ondeaban sobre la cimera de su yelmo plumas largas y negras.

El talante de este campeon espresaba la fogosa intrepidez de su corazon, asi como las inquietas miradas que lanzaba al través de las barras de la visera hácia el inmediato y prolongado puente de piedra indicaban el noble deseo de acometer arriesgadas proezas, ó llevar á felice término comenzadas aventuras.

Era uno de aquellos dias en que deseando el rey Don Alfonso de Castilla hacer alarde de los caballeros que le seguian en los combates, recorria los campos de Arriaga. Con él estaba la flor de los caballeros de Vitoria y Treviño, ataviados todos con la rica banda carmesí que el rey les habia concedido en premio de sus hazañas contra los infieles, siendo los primeros D. Gonzalo de Mendoza, cubierto con una cota cuyos perfiles eran de oro, el intrépido Mendíbil, oprimiendo el mismo caballo que en las orillas del Guadalhorce sostenia la pujanza del sarraceno Ozmin, y el invencible D. Lope de Vendaña, cuyo escudo con el mote *siempre reto al mas fuerte*, daba á entender su noble brio. La cortesana amabilidad del príncipe entusiasmaba á estos animosos aventureros, y mucho mas la prueba de confianza que les daba, poniéndose en sus manos, cuando todo el reino estaba trastornado por las intrigas de los grandes. Pero Alfonso conocia cuanto era amado de los nobles, cuyos servicios habia premiado con la *Orden de la Banda*, y sabia que fieles en la guerra que le suscitó su esforzado competidor el rey de Aragon, siempre se opusieron á la entrada de este en el territorio de las Castillas. ¿Ni cómo el hidalgo pecho del que mas adelante eternizó su memoria en las riberas del *Salador* pudiera temer traicion de los mismos que acababan de elegirle por Señor?

Lleno de las grandes esperanzas que su corazon presagiaba ya para su glorioso reinado, se dirigia al puente del Zadorra, cuyas aguas bañan una de las campiñas mas deliciosas y pintorescas que puede soñar la imaginacion; y enagenado con los difíciles proyectos que pronto debia poner por obra, no reparó que varios caballeros que iban delante como á la descubierta, habian detenido sus corceles á la entrada del puente. D. Lope de Vendaña se acercó á él, y le hizo reparar en el caballero de la negra armadura.

— «No os inquieteis por mí, respondió Alfonso; será algun mensagero que me trae nuevas de la reina.

En esto el agudo sonido de trompeta guerrera hirió los oidos de los nobles, que inmediatamente picaron los caballos llevando á su cabeza al rey. Cuando llegó este al puente, dijéronle los descubridores:

— «Señor ¿pasaremos?

— «¿Quién lo estorba? replicó Alfonso impaciente.

— «Mi lanza, gritó el caballero negro.

— «¡Tu lanza!... Débil barrera contra mi brazo. ¿Cuántos moriscos ha derribado tu lanza?

— «La empuña un noble, y Dios y mi dama la protegen.

— «El sol te es contrario. Si realmente eres caballero, y no un foragido disfrazado, llégate á mi campo, y dos reyes de armas nos partiran el terreno.

— «Despues de vencerte; ahora te cedo esa ventaja.

— «¿Qué harás de mí, si me vencieres, arrogante campeon?

— «Si quedas herido, y eres quien yo me figuro, te daré el golpe de gracia, introduciéndote la *misericordia* hasta el corazon; despues.... arrojaré tus despojos al Zadorra.

Todos los guerreros rodearon á Alfonso, cuyos ojos brillaron de placer al oir las razones del enlutado, y viendo que el de Vendaña se preparaba á castigar su arrogancia, mandóle imperiosamente se mantuviese quedo, y haciendo sentir la espuela á su bridon, calóse la visera del reluciente yelmo, embrazó la rodela, requirió la lanza, y partió al galope.

Partió tambien á su encuentro el desconocido; y ya llegaban con furioso ímpetu el uno con el otro, iban ya á hacerse pedazos en tan terrible choque, cuando de repente el caballo del caballero negro se desvió de la direccion que llevaba, hízose á un lado, y esclamó su dueño afianzándose sobre los estribos:

— «¡Cómo, Señor!.... ¡Sois el maestre de la Banda!... Caballeros, ha sido un error. Yo me confieso vencido.

— «Abajo la lanza, infame, le gritó Alfonso despues de detener á su caballo: quien no sabe sostenerla, no es ni puede ser caballero.

— «Señor, respondió el negro, soy noble, mas que todos vuestros nobles y tanto como vos.

— «Aquí D. Juan, aquí Señor de Vizcaya, gritó mas alto el irritado monarca. ¿Qué castigo merece este cobarde?

— «¡Cobarde!.... Vive Dios, rey de Castilla, que hombres de mi pró no sufren tales demasias.

— «¿Qué castigo merece? volvió á preguntar el rey.

— «Un misionero y un verdugo, contestó D. Juan.

— «Y dígote yo, D. Tuerto, D. Villano y D. Traidor, que tú eres el infame que yo ando buscando. Sed testigo, poderoso rey de Castilla, y vosotros valientes caballeros, de que yo, conocido con el nombre de *el Caballero negro*, acuso al infante D. Juan de traidor é instigador de maldades; y en prueba de lo dicho le desafio á lanza y espada, á pié ó á caballo, y á todo trance. Levantad mi manopla, D. Juan. Rey de Castilla, ved una señal de mi nobleza.»

Acercóse diciendo esto á Alfonso, y le mostró un pergamino.

— «¡Como!.... ¡Vos aquí! esclamó este admirado.

— «De lejanas tierras vengo buscando á V. A. para defenderle contra sus enemigos.

— «¿Dónde está vuestro padre?

— «Ha renunciado todos sus derechos en favor de V. A.

— «Don Juan, continuó el rey dirigiéndose al infante, podeis alzar esa prenda: este guerrero es noble.

— «Que lo pruebe primero, repuso el infante.

— «¿Soy noble yo D. Juan? le preguntó Alfonso con vozatronadora.

— «Señor, sí, el primero de los nobles de las dos Castillas.

— «Pues entonces dígolo yo, y basta.

— «Y basta, repitieron á una todos los caballeros.»

Don Juan el Tuerto recogió el guante á su pesar: el rey llevando á su lado al de las negras armas, y seguido de los demas guerreros, volvió á entrar en la ciudad.

III.

LA PROPOSICION.

Elévanse hácia las montañas de Aragon, no lejos de la famosa sierra de Albarracin, las arruinadas torres de un antiguo castillo, cuyas respetables ruinas sirven de guarida á los innumerables lobos que buscan en ellas un asilo cuando el nebuloso Moncayo arroja sobre los bosques sus violentas tempestades. No siempre estuvieron condenados al silencio los anchos patios de aquel castillo, y en la época de los sucesos que vamos refiriendo ostentaba tal magnificencia y solidez, que con razon tenia derecho á esperar mas larga duracion. En uno de sus aposentos pasaba largos dias y tristes noches la bellísima Blanca, hija del infante D. Pedro, que murió sofocado en un dia de refriega delante de los muros de Granada. Acompañábala su madre Doña María, y en vano procuraba esta disipar con sus caricias las sombrías nubes que oscurecian el corazon de la doncella, la cual, víctima de una pasion, complacíase en recorrer los mas apartados sitios de la fortaleza, dando así pábulo al desasosiego que la consumia, producido por la ausencia del enlutado aventurero, que pocos dias antes se partiera camino de Castilla, llevando consigo la tranquilidad y el amor de la tierna heredera de Almazán.

Una mañana oyeron los habitantes del castillo el sonido de la corneta, y un movimiento repentino sucedió á la calma que hasta entonces habian gozado: cruzaron el patio y en varias direcciones los hombres de armas, y una voz pronunció estas palabras desde una de las torres: *es gente de paz*. Volvió á reinar la tranquilidad que la corneta habia interrumpido, y todos menos Rodrigo, conserge de la fortaleza, se retiraron.

En esto apareció á la salida del bosque un caballero armado de todas armas fatigando con su peso los hijares de un brioso corcel. Era un hombre como de cuarenta años, enjuto de carnes, un tanto encorvado hácia adelante, y llevaba las armas como á su pesar. Cuando llegó cerca del foso, su escudero tocó tres veces la corneta, á cuya señal contestó el soldado de la atalaya, y adelantándose Rodrigo le señaló la entrada hasta el patio. Allí desmontó el caballero, y su criado se acercó al conserge significándole que su señor estaba impaciente por rendir homenage á la bella castellana.

Miróle de alto á bajo Rodrigo, y le preguntó.

— «Cuál es el nombre de tu señor, ó qué título lleva entre los nobles?

— «El caballero de la Torre, dijo el escudero.

Atravesó Rodrigo el patio, y anunció á las damas la llegada del guerrero.

— «No tengo noticia de que ningun caballero aragonés lleve ese nombre, dijo Doña María.

— «Será tal vez castellano, ó alguno de los caballeros de la *Banda*, repuso Blanca.

— «Sea quien fuere, añadió su madre, aquí encontrará hospitalidad. Que entre el caballero de la Torre, y sea bien llegado á los estados de Almazán.

Salió el conserge y se presentó el campeon: Blanca pensó morir de espanto al reconocer á D. Juan *el Tuerto*; pero Doña María conservó bastante serenidad para ofrecerle que descansase.

— «No dejaré mis armas, ni entregaré mis miembros al reposo, dijo el infante, en tanto que no me oigais sobre un asunto que á ambos nos interesa, y acerca del cual debe decidir mi hermosa prima.

— «Decid, D. Juan, lo que os plazca, contestó Doña María.

— «Mucho me han ponderado la hermosura de Blanca los paladines que han pasado por estos contornos; pero confieso que anduvieron cortos en demasía, pues su belleza eclipsa....

— «Me habeis dicho que el negocio que aquí os trae debe interesarme....

— «Con efecto, señora; ya es preciso que sepais que el rey de Castilla se prepara á despojaros de Almazán y Alcocer.

— «No lo creo, D. Juan; mas si así fuese, valor tengo y armas para defenderme.

— «¿Y qué harán dos débiles mujeres contra todo el poder del pérfido Alfonso y contra el envilecido escuadron de caballeros de la *Banda*?

— «Infamais á esos guerreros, dijo Blanca; pero sabed que son valientes y generosos: paladin hay entre ellos que aun no ha ceñido la banda, y sin embargo romperá la mejor lanza en mi defensa.

— «¡Será tal vez el de Vendaña!.... No, que ya pertenece á la órden detestable.... Blanca ¿quién es ese afortunado campeon? Dilo, dilo al punto.

— «Don Juan, le interrumpió Doña María, acordaos que estais en presencia de las castellanas de Almazán.

— «Es pues preciso que yo salte la valla, y os diga sin rodeos que vengo á solicitar la mano de Blanca. Si accedeis á mis deseos, levantaré un ejército en esta frontera, y me haré fuerte en estos muros contra Alfonso y contra el mismo infierno. El señorío de Vizcaya unido á vuestros estados acrecentará nuestro poder, y....

— «Nunca tan atrevido os creyera, D. Juan, respondió con altivéz Doña María: pedis la mano de mi hija, como si fuera vuestra vasalla, y olvidais que el alvedrío de una dama es bastante poderoso para despreciar descorteses ofertas y desiguales alianzas.

— «¡Desiguales!... Mi nobleza....

— «No hay nobleza sin virtud.

— «Esto ya es demasiado, y mi orgullo no se baja á suplicar. Por última vez, prima mia; ¿aceptas mi mano?

— «Don Juan, *nó*, pronunció la doncella con resolucion.

Mordió el infante desesperado la acerada manopla, exaló su rabia con un horrible juramento, y bajando precipitadamente al patio del castillo, volvió á montar en su corcel y se alejó á toda brida.

IV.

EL FIN DE UN BANQUETE REAL.

Dos meses despues de la entrevista de D. Juan el Tuerto con las nobles damas de Almazán, se celebró el famoso torneo de Valladolid en que el caballero negro salvó al rey la vida: algunos traidores disfrazados entre los mismos que justaban acometieron al rey en la liza, y este debió su salud á los acertados botes del desconocido y de los guerreros de la *Banda*. Reconocido á tan señalado servicio dispuso un banquete al cual fueron convidadas las principales damas de la córte y todos los nobles que se habian hallado en las justas; el infante D. Juan era de este número.

Grandes preparativos se habian hecho de órden del

rey para la fiesta; iluminároнse los salones de palacio; vistiéronse sus balcones y murallas de ricas colgaduras; y los primorosos sillones, las magníficas rinconeras y aparadores, los oficiales de servicio preciosamente ataviados, y las escogidas músicas repartidas en los diversos departamentos dieron bien á entender que jamas se habia visto en Castilla tan suntuoso recreo, que nunca se habia regalado un rey con tal boato.

Ocupaba la cabecera de la mesa sentada bajo un bellísimo dosel de azul y grana la hermosa heredera de Almazán, como reina que habia sido del torneo, y tenia á su lado izquierdo á la infanta D. Maria su madre, y al derecho al rey. Seguian las damas y caballeros interpolados, distinguiéndose allí nombres ilustres, célebres bellezas y brillantes reputaciones guerreras, y todos celebraban en repetidos brindis la magnificencia de Alfonso y la buena suerte de sus empresas.

Concluido el banquete levantóse el rey con una copa de oro en la mano: todos imitaron su accion, y guardaron silencio.

— «Hermosas damas, valientes caballeros, brindad con migo á la buena boda de la reina del torneo con el paladin de las armas negras.

— «¡Viva, viva! repitieron por todas partes; su nombre, que declare su nombre; ¡viva!

— «¡Mi rival tambien! dijo en voz baja D. Juan el Tuerto.

— «Rey de Castilla, tiempo es de descubrirme, pues mis votos se han cumplido: V. A. no tiene ya enemigos, y yo voy á alcazar el único premio á que aspiraba mi corazon.

— « A mí me toca descubriros y premiaros. Nada he hecho por vos hasta ahora, y vive Dios que es tiempo de no parecer ingrato. D. Luis de La — Cerda, primogénito de D. Alonso de La — Cerda el *desheredado*, ¿qué merced pides al rey de Castilla?

— « La de morir en su servicio, contestó el guerrero, y un grito de admiracion resonó por los salones al salir su nombre de la boca del rey.

Aquí no pudo contenerse el infante D. Juan, y viendo que doña Maria hablaba con particular complacencia al campeon, adelantóse hácia ella y la dijo.

— « Mirad, señora, que hay un duelo pendiente entre ese guerrero y mi persona; todavia no es esposo de mi hermosa prima.

— «¿Qué decis, D. Juan? preguntó el rey indignado.

— « Pido, respondió este, que V. A. revoque ese enlace que usurpa mis derechos.

— «¡Tus derechos, traidor! le gritó el de La — Cerda. Ven, ven á discutirlos, y á devolverme mi guante; el guante que te arrojé en el puente del Zadorra.

— « Ahora mismo, esclamó el Tuerto con furor; y desenvainando la espada se arrojó á D. Luis: este evitó el primer golpe, desnudó el acero, y en medio de la confusion y del desórden que produjo tan inesperada escena, acometió al infante con tal brio, que le llevó reculando hasta la puerta del salon: allí le alcanzó, y tirándole una furiosa estocada, le dijo: muere en paz. Cayó D. Juan, sus armas resonaron sobre el alfombrado pavimento, y salpicó con su sangre á su enemigo.

Tal fué el trágico fin de D. Juan el Tuerto, que aseguró para muchos años con su muerte la tranquilidad de Castilla. Pocos dias despues de este suceso se celebraron con gran aparato las bodas de doña Blanca de Almazán con el primogénito de los La — Cerdas.

EL BOTICARIO DE ZAMORA.

Ben Jusef, el boticario
de Zamora, es un hebreo
algo mas que estrafalario
por lo mal vestido y feo.
Gaban en colores vario,
de medio siglo trofeo,
cubre encogiendo la falda,
vasta colina en su espalda.

Tosca cuerda es su cintura,
con la que á veces enreda
barba entre torda y oscura,
de áspera crin, no de seda.
Sombrero de inmensa anchura,
que mas parece una rueda
de molino, graso y sucio,
le guarece el occipucio.

Sus dedos, garfios agudos,
ó mas bien, tenaces barras
de tegumentos desnudos,
no son dedos, sino garras.
Ojos breves, no sañudos,
con redondas antiparras
que cabalgan en la cumbre
de nariz de media azumbre.

Verás, si entras en su casa,
las mas raras baratijas:
muchas figuras de masa,
culebras y lagartijas;
vegigas llenas de grasa
de hipopótamo, sortijas
con letras y con figuras
las mas estrañas y oscuras.

Yerbas secas infinitas,
espíritus, gomas, untos,
raices, piedras, pepitas,
y cabellos de difuntos.
De polvos varias cajitas;
de unguentos vastos conjuntos,
y un cocodrilo en el techo,
lleno lo interior de afrecho.

De este arsenal bien provisto
saca lo que es necesario
para su egercicio misto
de adivino y boticario,
que él lo futuro ha previsto:
da fuerza al octogenario;
halla lo que se ha perdido,
y á las doncellas marido.

Siempre gozoso y risueño
sirve bien al que lo paga;
cura al rico con empeño;
con chistes al pobre halaga.
Mas diz que escaso de sueño,
solo y por la noche vaga
desde el ocaso á la aurora
por los muros de Zamora.

Y no embargante el asedio
del adalid castellano,
cuando pasa por enmedio
de sus tropas, vuelve sano.
Gracias á estraño remedio,
sin duda puede el anciano
librarse, dice la gente,
del español diligente.

Mamud, alcaide en Zamora,
festivas bodas prepara
con una gallarda mora
de hermosura prenda rara.
Mas cuándo casarse ignora
porque su dicha acibara
temor que batalla incierta
su boda en sangre convierta.

Llama á Ben Jusef un dia,
y le dice: «Buen anciano,
sírveme de astuto espía
dentro el cerco castellano.
Qué noche saber querria
podré enlazar con mi mano
la de mi adorada prenda
sin que el español lo entienda.»

«Lo sabrás» dijo el hebreo:
vase, y pronto está de vuelta,
y responde: --«A tu deseo
da esta noche brida suelta
porque tienen jubileo
los de Castilla, y absuelta
yace de ataque y fatiga
toda la gente enemiga.»--

«Toma este bolson»--le dice
triunfante Mamud, y ordena
que aquella noche felice
se disponga baile y cena;
que nada se economice
con tal motivo; y apenas
se hunde el sol, ya en la mezquita
Mamud de gozo palpita.

Mas cuando en alegre fiesta
Mamud su cariño esplaya,
seña de alarma funesta
da en la almena la atalaya.
Mamud á luchar se apresta;
con el susto se desmaya
la novia, corren armados
al muro los convidados.

Trábase dura contienda,
que mil muertes amenaza:
no hay moro que no defienda
con duro teson la plaza.
Por mas que el cristiano emprenda
siempre el moro le rechaza;
y tanto el daño le aqueja
que el lance aburrido deja.

Cuando la aurora amanece
tras la nocturna desgracia
colgado en alto aparece
la perla de la farmacia.
Si tal galardon merece,
si fue error, ó bien falacia
lo que infamó su memoria,
no nos lo dice la historia.

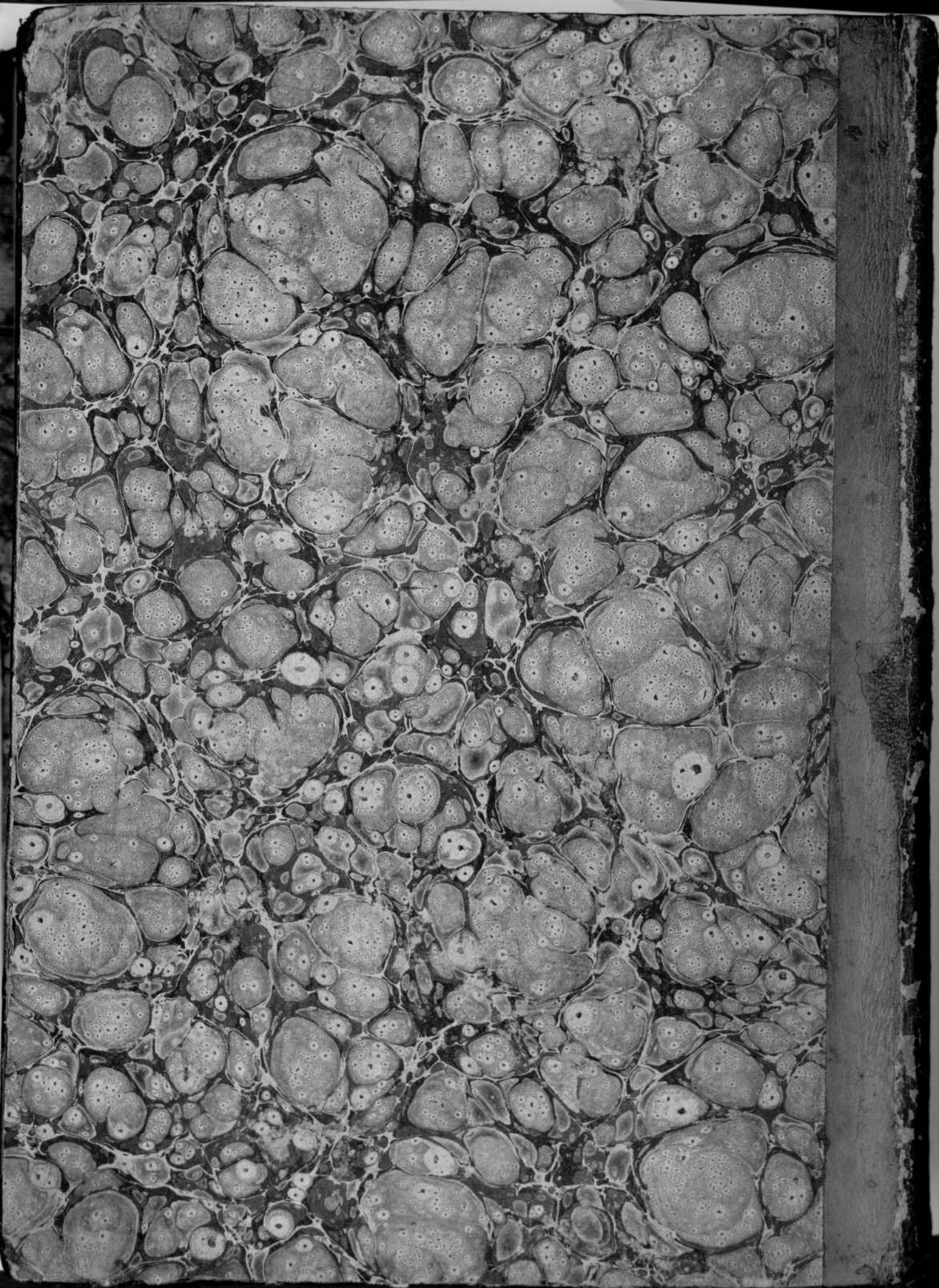
J. J. DE M.



ADVERTENCIA.

Con la entrega próxima del SEMANARIO *se repartirá á los señores suscritores la cubierta, portada, é índice de materias contenidas en el tomo II de la segunda série comprensivo de todo el año de* 1840.

MADRID: IMPRENTA DE LA VIUDA DE JORDAN E HIJOS.



[illegible]

[illegible]SIARIO

[illegible]PINTORESCO

6